Almudena Grandes

El corazón helado



Lectulandia

El día de su muerte, Julio Carrión, poderoso hombre de negocios cuya fortuna se remonta a los años del franquismo, deja a sus hijos una sustanciosa herencia pero también muchos puntos oscuros de su pasado y de su experiencia en la Guerra Civil y en la División Azul. En su entierro, en febrero de 2005, su hijo Álvaro, el único que no ha querido dedicarse a los negocios familiares, se sorprende por la presencia de una mujer joven y atractiva, a la que nadie había visto antes y que parece delatar aspectos desconocidos de la vida íntima de su padre. Raquel Fernández Perea, por su parte, hija y nieta de exiliados en Francia, lo sabe en cambio casi todo sobre el pasado de sus progenitores y abuelos, a los que ha preguntado sobre su experiencia de la guerra y del exilio. Para ella sólo una historia permane-ce sin aclarar: la de una tarde en que acompañó a su abuelo, recién regresado a Madrid, y visitaron a unos desconocidos con los que intuyó que existía una deuda pendiente. Álvaro y Raquel están condenados a encontrarse porque sus respectivas historias familiares, que son también la historia de muchas familias en España, desde la Guerra Civil hasta la Transición, forman parte de sí mismos y explican además sus orígenes, su presente. También porque, sin saberlo, se sentirán atraídos sin remedio. Con El corazón helado Almudena Grandes nos entrega sin duda su novela más ambiciosa, en la que traza a través de dos familias un panorama emocionante de la historia reciente de nuestro país, y también del conflicto de las nuevas generaciones con la memoria.

Lectulandia

Almudena Grandes

El corazón helado

ePUB v1.0
Batera 27.05.11

más libros en lectulandia.com

1ª edición: febrero de 2007
© Almudena Grandes, 2007
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Tusquets Editores, S.A. - Cesare Cantù, 8 - 08023 Barcelona
ISBN: 978-84-8310-373-9
Depósito legal: B. 2.217-2007
Fotocomposición: Pacmer, S.A. - Alcolea, 106-108, baixos - 08014 Barcelona

A Luis.
A Mauro, a Irene y a Elisa

Os guardo yo

Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.

ANTONIO MACHADO

I
El corazón

Estoy cansada de no saber dónde morirme. Ésa es la mayor tristeza del emigrado. ¿Qué tenemos nosotros que ver con los cementerios de los países donde vivimos? [...]

¿No comprendéis? Nosotros somos aquellos que miraron sus pensamientos uno por uno durante treinta años. Durante treinta años suspiramos por nuestro paraíso perdido, un paraíso nuestro, único, especial. Un paraíso de casas rotas y techos desplomados. Un paraíso de calles desiertas, de muertos sin enterrar. Un paraíso de muros derruidos, de torres caídas y campos devastados [...] Podéis quedaros con todo lo que pusisteis encima. Nosotros somos los desterrados de España [...] Dejadnos las ruinas. Debemos comenzar desde las ruinas. Llegaremos.

MARÍA TERESA DE LEÓN, *Memoria de la melancolía*
(Buenos Aires, 1970)

Lo que diferencia al hombre del animal es que el hombre es un heredero y no un mero descendiente.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Las mujeres no llevaban medias. Sus rodillas anchas, abultadas, pulposas, subrayadas por el elástico de los calcetines, asomaban de vez en cuando bajo el borde de sus vestidos, que no eran vestidos, sino una especie de fundas de tela liviana, sin forma y sin solapas, a las que yo no sabría cómo llamar. Por eso me fijé en ellas, plantadas como árboles chatos en la descuidada hierba del cementerio, sin medias, sin botas, sin más abrigo que una chaqueta de lana gruesa que mantenían sujeta sobre el pecho con sus brazos cruzados.

Los hombres tampoco llevaban abrigo, pero se habían abrochado las chaquetas, también de punto y gruesas, más oscuras, para esconder las manos en los bolsillos de los pantalones. Se parecían entre sí tanto como las mujeres. Todos tenían la camisa abotonada hasta el cuello, la barba dura, recién afeitada, y el pelo muy corto. Algunos usaban boina, otros no, pero su postura era la misma, las piernas separadas, la cabeza muy tiesa, los pies firmes en el suelo, árboles como ellas, cortos y macizos, capaces de aguantar calamidades, muy viejos y muy fuertes a la vez.

Mi padre también despreciaba el frío, y a los frioleros. Lo recordé en aquel momento, mientras el viento helado de la sierra, un poco de aire habría dicho él, me cortaba la cara con un cuchillo horizontal, afiladísimo. A principios de marzos el sol sabe engañar, fingirse más maduro, más caliente en las últimas mañanas del invierno, cuando el cielo parece una fotografía de sí mismo, un azul tan intenso como si un niño pequeño lo hubiera retocado con un lápiz de cera, el cielo ideal, limpio, profundo, transparente, las montañas al fondo, los picos aún enjoyados de nieve y algunas nubes pálidas deshilachándose muy despacio, para afirmar con su indolencia la perfección de un espejismo de la primavera. Qué buen día hace, habría dicho mi padre, pero yo tenía frío, el viento helado me cortaba la cara y la humedad del suelo traspasaba la suela de mis botas, la lana de mis calcetines, la frágil barrera de la piel, para congelar los huesos de mis dedos, mis plantas, mis tobillos. Tendríais que haber estado en Rusia, en Polonia, nos decía él cuando éramos pequeños y nos quejábamos del frío que hacía en su pueblo en mañanas como ésta, esos domingos de invierno en los que el cielo más bello del mundo elige amanecer en Madrid. Tendríais que haber estado en Rusia, en Polonia, lo recordé entonces, mientras contemplaba el desprecio del frío en la firmeza de aquellos hombres a los que él podría haberse parecido, tendríais que haber estado en Rusia, en Polonia, y la voz de mi madre, Julio, por favor, no le digas esas cosas a los niños...

—¿Estás bien, Álvaro?

Escuché primero la voz de mi mujer, luego sentí la presión de sus dedos, el tacto de una mano que buscaba la mía dentro del bolsillo del abrigo. Mai me miraba con los ojos muy abiertos y una sonrisa indecisa, la expresión de una persona inteligente que sabe que nunca encontrará la manera de consolar a nadie frente a la devastadora hazaña de la muerte. Tenía la punta de la nariz colorada, y su pelo castaño, de

costumbre liso, apacible, batía sobre su cara como si el viento lo hubiera vuelto loco.

—Sí —le confirmé enseguida—, estoy bien.

Luego apreté sus dedos con los míos hasta que volvió a dejarme solo sin apartarse un centímetro de mi lado.

No existe consuelo frente a la muerte, pero a él le habría gustado que le enterraran en una mañana como ésta, tan parecida a aquellas que escogía para montarnos a todos en el coche y llevarnos a Torrelodones a comer. Qué buen día hace, mirad ese cielo, qué limpia está la sierra, se ve hasta Navacerrada, qué mañana tan buena, este aire revive a un muerto, qué suerte hemos tenido... A mi madre, aunque de pequeña hubiera veraneado en aquel pueblo, aunque hubiera conocido a su marido allí, no le gustaban esas excursiones. A mí tampoco, pero a todos nos gustaba él, su fuerza, su entusiasmo, su alegría, y por eso sonreíamos y hasta cantábamos por el camino, ahora que vamos despacio vamos a contar mentiras, tralará, hasta que llegábamos a Torrelodones, ese pueblo tan raro que primero parecía una urbanización y luego una estación de tren rodeada por unas pocas casas. ¿A que no sabéis por qué se llama así? Claro que lo sabíamos, la torre de los lodones, esa miniatura de fortaleza, como un castillo de juguete, que se eleva sobre un cerro junto a la carretera, pero él nos lo explicaba en cada viaje, es una torre antiquísima, los lodones eran como los visigodos, para que os hagáis una idea... Mi padre siempre decía que no le gustaba su pueblo, pero le gustaba llevarnos allí, enseñarnos los montes, los cerros, los prados donde cuidaba las ovejas con su padre cuando era niño, y pasear por las calles saludando a los paisanos para contarnos luego y siempre la misma historia, ése era Anselmo, su abuelo era primo hermano del mío, aquella señora se llama Amada, y la que va con ella es Encarnita, son íntimas amigas, desde pequeñas, ese hombre de ahí, Paco se llama, tenía un genio malísimo, pero mis amigos y yo íbamos a robar fruta a su huerta cada dos por tres...

Paco, que al menor ruido salía de casa con una escopeta de perdigones que nunca disparó contra los pequeños ladrones que le esquilmaban las higueras, los cerezos, era mucho mayor que mi padre y debía de haber muerto antes que él, pero Anselmo había venido a su entierro, y Encarnita también. Los reconocí bajo la máscara seca que la vejez había adherido a sus rostros verdaderos, las caras más redondas, más amables, que habían sonreído a mis ojos de niño. Habían pasado muchos años, más de veinte, desde que el irresistible esplendor de un cielo de domingo nos llevó a comer a Torrelodones por última vez, y yo no había vuelto después. Por eso me impresionó tanto la imagen de aquellos ancianos, por los que el tiempo había pasado más deprisa y más despacio hasta desembarcarlos en una vejez diferente, tan distinta de la vejez de mi padre, que podría haber sido igual que ellos y al final de su vida se les parecía menos que nunca. Tal vez cualquier otro día, en otra situación, en otro entierro, ni siquiera habría distinguido sus caras en la masa oscura y uniforme de sus

cuerpos agrupados, pero aquella mañana soleada y triste, azul y helada, los estudié uno por uno, una por una, la reciedumbre vegetal de sus troncos, sus piernas cortas y macizas, la tiesura espontánea, casi arrogante, de sus hombros viejos pero no decrépitos, y el color de su piel, marrón, opaca, curtida por el sol de la sierra, que estalla hacia dentro y quema sin dorar. Las arrugas verticales, profundas, largas como cicatrices, surcaban sus mejillas de arriba abajo, pero no elaboraban complejas telarañas de hilos finos al borde de los ojos. Allí también eran pocas, hondas, decididas, propias de un rostro tallado con un cuchillo, la herramienta del tiempo escultor que había escogido un buril más fino, quizás también más impío, para trabajar en la cabeza de mi padre.

Julio Carrión González nació en una casa de Torrelodones, pero murió en un hospital de Madrid, con la piel muy blanca, una hija médico intensivista en la cabecera de su cama, y todos los cables, todos los monitores, todos los aparatos del mundo alrededor. En algún momento, mucho antes de engendrarme, su vida empezó a diverger de la de aquellos hombres, aquellas mujeres, entre los que había crecido y que le habían sobrevivido, esos vecinos del pueblo que habían venido a su entierro como si vinieran de otro tiempo, de otro mundo, de un país antiguo que ya no existía, que yo había conocido y sin embargo no era capaz de recordar. Todo había cambiado también para ellos, yo lo sabía. Sabía que si llegaban a tiempo, si tenían a alguien cerca con un coche o un teléfono y la capacidad de pensar deprisa, ellos también morirían rodeados de cables, de monitores, de aparatos. Sabía que la costumbre de salir de casa sin abrigo, sin medias, sin bolso, en zapatillas, no tenía por qué estar relacionada con el saldo de sus cuentas corrientes, que engordaban desde hacía años gracias el éxodo sistemático de madrileños que eligen abandonar la ciudad, y pagan cualquier precio por un prado que antes apenas daba de sí para alimentar a una docena de ovejas. Lo sabía, y sin embargo vi en sus caras morenas, en sus cuerpos arbóreos, en la pana desgastada de sus pantalones y el pitillo que algunos sujetaban entre los labios como un desafío, una imagen antigua de pobreza profunda, una imagen cruel de España en las rodillas desnudas de esas mujeres que apenas se protegían del frío con una chaqueta de lana que sujetaban sobre el pecho con los brazos cruzados.

Al otro lado estaba su familia, los elegantes frutos de su prosperidad, su viuda, sus hijos, sus nietos, algunos de sus socios y las viudas de otros, unos pocos amigos escogidos, habitantes de mi ciudad, de mi país, del mundo al que yo pertenecía. No éramos muchos. Mi madre nos había pedido por favor que no avisáramos a nadie. Al fin y al cabo, Torrelodones no es Madrid, nos dijo, a mucha gente no le vendrá bien desplazarse... Todos entendimos que prefería enfrentarse a los conocidos en el funeral, y todos habíamos respetado sus deseos, así que no éramos muchos, yo no había avisado a mis suegros ni a los hermanos de mi mujer, ni siquiera a Fernando

Cisneros, que era mi mejor amigo desde que los dos empezamos la carrera juntos. No éramos muchos, pero no esperábamos a nadie más.

A mí no me gustan los entierros, ellos lo saben. No me gusta el gesto indiferente de los sepultureros que adoptan una expresión de condolencia artificial y previsible, tan humana, cuando su mirada se tropieza con la de los deudos. No me gusta el ruido de las palas, ni la brutalidad del ataúd rozando las paredes de la fosa, ni la silenciosa docilidad de las sogas al deslizarse, ni la liturgia de los puñados de tierra y las rosas solitarias, ni esa sintaxis pomposa, fraudulenta, de los responsos. No me gusta el ritual macabro de esa ceremonia que siempre acaba siendo tan breve, tan trivial, tan inconcebiblemente soportable, todos lo saben. Por eso estaba solo, lejos, con Mai al lado, separado de los míos y de los otros, tan lejos de los abrigos de pieles como de las chaquetas de lana y casi a salvo del ronroneo del cura que mi familia se había traído de Madrid, el padre Aizpuru, del que mi madre decía que había llevado a sus hijos por el buen camino, al que mis hermanos mayores seguían tratando con la misma reverencia ñoña e infantil que él mismo cultivaba cuando arbitraba los partidos de fútbol en el patio del colegio, y que a mí nunca me había caído bien, porque también había sido mi tutor en el último curso del bachillerato y me había obligado a hacer gimnasia en el patio, desnudo de cintura para arriba, en las mañanas más frías del invierno.

¿Qué sois, hombres o niñas? Otra imagen de España, él llevaba la sotana cerrada hasta el último botón y yo tiritaba como un cordero recién esquilado mientras caía una lluvia que parecía nieve, millones de gotas mínimas, ingrávidas, ignorantes de las recompensas de la virilidad humana, que desarrollaban una pauta peculiar al estrellarse contra mi cuerpo, y primero helaban, y luego me quemaban la piel enrojecida al ritmo de sus palmadas. ¿Qué sois, hombres o niñas? Yo nunca contestaba con entusiasmo a esa pregunta, ¡hombres!, porque en mi cabeza sólo cabía una idea, una frase, tres palabras, serás cabrón, Aizpuru, serás cabrón, y me vengaba como el tonto más ingenuo que jamás ha cumplido dieciséis años, quedándome callado en la misa de los viernes, sin rezar, sin cantar, sin arrodillarme, jódete, Aizpuru, que por tu culpa he perdido la fe. Hasta que él llamó a mi madre, la citó en el colegio después de clase, habló mucho tiempo con ella, le pidió que me vigilara. Alvarito no es como sus hermanos, le dijo, es más sensible, más conflictivo, más débil. Un buen chaval, estudioso, responsable, sí, inteligente, hasta demasiado inteligente para su edad, por eso me preocupa. Los chicos como él pueden torcerse, por eso creo que conviene que le vigilen, que le estimulen un poco. Y aquella noche, mamá se sentó en el borde de mi cama, me peinó con los dedos, y sin mirarme a los ojos, me dijo, Álvaro, hijo, a ti te gustan las chicas, ¿verdad? Sí, mamá, le contesté, me gustan mucho. Ella suspiró, me besó, salió de la habitación, nunca volvió a interrogarme sobre mis gustos y jamás le contó a mi padre una palabra de su

conversación con mi tutor. Yo acabé el curso con buenas notas y una imperturbable sintonía en la cabeza, serás cabrón, Aizpuru, serás cabrón, sin sospechar que muchos años después comprendería que era él, y no yo, quien tenía razón.

Álvaro, hijo, ya que no te ha dado la gana de ponerte un traje y una corbata, sé cariñoso por lo menos con el padre Aizpuru, te lo pido por favor... Eso era lo único que me había pedido mi madre aquella mañana, y yo me había adelantado a darle la mano antes que nadie para que la frialdad de mi bienvenida fuera compensada de inmediato por los aspavientos de mi hermano Rafa, de mi hermano Julio, hombres y no niñas que se abandonaron en los brazos de aquel anciano gordo que les acariciaba la cabeza, y les besaba en las mejillas, y les arrugaba las solapas, babeando todos, llorando a la vez. Fraternidad marista, amor filial, yo tengo dos mamás, una en la tierra y otra en el cielo. Una mariconada, bien pensado. Intenté comentárselo a mi mujer y me pegó un pisotón. Mi madre de la tierra, que me dirigió la última mirada de alarma en el vestíbulo de su casa, debía de haber hablado con ella, y mi padre acababa de morir, íbamos a enterrarlo, todos teníamos bastante y su viuda más que ninguno, así que hice todo lo que se suponía que tenía que hacer, todo excepto acercarme a la fosa.

El padre Aizpuru tenía razón, yo no era como mis hermanos, y sin embargo era un buen chico, siempre lo he sido, y he creado menos problemas, menos conflictos que cualquiera de ellos dos. En el mundo anumérico, acientífico, en el que me crié, mi capacidad para el cálculo abstracto, superior desde luego al de la media de la población, cimentó la leyenda de una inteligencia que tampoco creo poseer. Soy físico teórico, eso sí, y esta definición enarca las cejas y redondea de asombro los labios de quienes la escuchan por primera vez, hasta que se paran a pensar en su significado, mi sueldo de profesor en la universidad, mis posibilidades de llegar a ser lo que ellos consideran rico o importante. Entonces comprenden la verdad, que soy un hombre corriente, razonable, incluso vulgar, o al menos lo fui hasta aquella mañana, cuando mi única extravagancia, una aversión morbosa a los entierros, precipitó mi ánimo desde la tristeza honda y universal de los supervivientes a un misterioso estado de alerta sensorial, cuya responsable debió de ser en parte la pastilla que Angélica se empeñó en que me tomara con el desayuno. Tú no has llorado, Álvaro, me dijo, tómate esto, que te vendrá bien. Era verdad que no había llorado, yo lloro poco, muy poco, casi nunca. No le pregunté a mi hermana lo que era y tampoco estoy seguro de que no fuera mi propio dolor el que se interrumpió a sí mismo, cesando de repente a favor de lo que después sólo podría explicarme como un súbito exceso de conciencia, una mirada concentrada y distante al mismo tiempo que se dejó capturar por las rodillas anchas, abultadas y pulposas de las mujeres del pueblo de mi padre, antes de diseccionar con el mismo imprevisto bisturí los rostros y los cuerpos de mi propia familia.

Estaban allí, y de repente podía mirarles como si no los conociera. El padre Aizpuru no se callaba nunca, y a su lado mi madre miraba al horizonte con sus ojos acuáticos, esa mirada azul de mujer extranjera que seguía siendo joven en un rostro de anciana, la piel transparente, tan fina que parecía a punto de romperse, cansada de arrugarse, de doblarse sobre sí misma en abanicos concéntricos de infinitesimales pliegues. Las arrugas de mi madre no tenían carácter, sus ojos sí, porque parecían dulces pero sabían ser duros, y eran astutos con la ventaja de su color inocente, y al reír eran bellos, pero la cólera los iluminaba desde dentro con una luz más pura, aún más azul. Todavía era una mujer guapa, mi madre, lo había sido tanto, tan rubia, tan blanca, tan exótica, Angélica Otero Fernández, sueca imaginaria, toda una rareza. Tu familia debe de ser de Soria, le decía mi padre, de sangre íbera, los íberos eran rubios, de ojos claros... Mi padre era gallego, Julio, respondía ella siempre, de un pueblo de Lugo, y mi madre de Madrid, lo sabes de sobra. Bueno, pero yo digo antes, en origen, o si no, tu padre sería celta, insistía él, que no encontraba otra manera de explicarse la feroz supremacía de los genes de su mujer sobre los suyos, esa cosecha de niños de ojos claros, tan rubios, tan blancos, tan exóticos, que sólo se interrumpió una vez, en el instante de mi nacimiento.

Gitano, gitanito, me llamaban mis hermanos, y él les mandaba callar, y luego venía hacia mí, y me abrazaba. No les hagas caso, Álvaro, tú eres como yo, ¿no lo ves? Con el tiempo, aquello había acabado siendo más cierto que nunca. El padre Aizpuru tenía razón, yo no soy como mis hermanos, ni siquiera me parezco a ellos. Rafa, el mayor, cuarenta y siete años, siete más que yo, seguía siendo rubio incluso después de quedarse calvo. Al lado de mi madre, serio, casi rígido, imbuido de la solemnidad de la ceremonia, era un hombre alto y avejentado, con los hombros estrechos en relación con su estatura y una barriga impropia de su delgadez. Julio, el tercero, tenía tres años menos y un aspecto casi idéntico, aunque los signos de la edad avanzaban mucho más despacio a través de su rostro, de su cuerpo. Entre ellos había nacido Angélica, la doctora Carrión, que tenía unos ojos distintos, casi verdes, y envidiaba mi pelo, el suyo fino, frágil, quebradizo. La misteriosa sangre de los Otero, de los Fernández, había dado mejores resultados en las mujeres que en los hombres. Mis hermanos no eran demasiado atractivos, pero mis hermanas eran muy guapas, Clara, la pequeña, muy rubia también aunque tuviera los ojos de color miel, hasta espectacular. Y luego estaba yo, tan corriente en la calle, en el parque, en el colegio, pero tan extraño en mi casa como si viniera de otro planeta, tan parecido a mi padre sin embargo. Cuatro años después de que naciera Julio, cinco años antes de que naciera Clara, aparecí yo, con el pelo negro, y los ojos negros, y la piel oscura, y los hombros anchos, y las piernas peludas, y las manos grandes, y el vientre liso, Carrión perdido, más bajo que mis hermanos, apenas tan alto como mis hermanas, diferente.

El día del entierro de mi padre, en el cementerio de Torrelodones, aún no sabía

hasta qué punto aquella diferencia llegaría a ser dolorosa. Aizpuru no se callaba nunca, y no se callaba el viento, que estremecía todas las cosas excepto las nubes que a lo lejos seguían deshilachándose despacio, sin llegar a filtrar el brillo líquido de las últimas nieves. Tendrías que haber estado en Rusia, en Polonia, me habría dicho él, porque hacía frío, yo tenía frío, a pesar de la bufanda, de los guantes, de las botas, llevaba las manos en los bolsillos y todos los botones abrochados, aunque no fuera rubio, aunque no fuera pálido, aunque no me pareciera a mis hermanos. Ellos también tenían frío, pero disimulaban, los hombros erguidos en una posición casi marcial y las manos unidas, sujetándose entre sí por encima del abrigo. Mi padre habría adoptado la misma postura en el último entierro al que hubiera acudido, y su aspecto habría sido parecido, parecidos sus guantes, sus gestos, tan distintos de la paciente resignación que fortificaba la mirada de Anselmo, de Encarnita, unos ojos que no tenían prisa porque no esperaban ya que nada les sorprendiera, que se humillaban sólo frente al tiempo y extraían arrogancia de su inmenso cansancio para mirar sin ganas el mundo de los otros. Ésa era la condición que mi padre había perdido, pensé entonces, porque él había vivido otra vida, había tenido más suerte, y el dinero no compra la felicidad, pero sí la curiosidad, y la vida en las ciudades no es sana, pero tampoco es aburrida, y el poder envilece, pero también ejercita la sutileza, y él había tenido mucho dinero, mucho poder, y había muerto sin conocer la condición vegetal, mineral quizás, en la que la vida había precipitado a aquellos niños que jugaron con él y ahora, en el instante de su definitiva desaparición, habían venido a reconocerle como a uno de los suyos.

No lo era. Ya no lo era. Por eso me impresionó tanto verlos allí, agrupados a un lado de la fosa, sin mezclarse con la otra mitad del duelo, estudiando a la viuda, a los hijos de Julito Carrión con la misma neutral sagacidad que yo invertía en sus rostros, en sus gestos. Si no me hubiera fijado en ellos, si no hubiera aceptado el desafío pacífico de sus rodillas desnudas y sus chaquetas de lana, quizás no habría llegado a ver nada después. Pero seguía mirándoles sin preguntarme por qué, mientras me preguntaba si ellos también se habrían dado cuenta de que yo no me parezco a mis hermanos, cuando el padre Aizpuru por fin dejó de hablar, y buscándome con los ojos, pronunció aquella frase temible, aproxímense los familiares.

Hasta aquel instante no había sido consciente del silencio, pero distinguí el ruido de un motor desde muy lejos y celebré su estrépito, el ronquido que enmascaraba el eco sucio de esas palas que removían la tierra como si pretendieran insultarme con su aspereza, castigar mis oídos de hijo cobarde, de alumno rebelde del padre Aizpuru. Aproxímense los familiares, había dicho, y yo no me moví, se lo había anunciado a mi madre, a mis hermanos, a mi mujer, no me gustan los entierros, todos lo sabían. Mai me miró, me apretó la mano, yo negué con la cabeza, y se fue con ellos. Sólo entonces fui consciente del silencio, y con él, de la naturaleza del único sonido,

agudo, feo, metálico, que enturbiaba la limpieza de aquella mañana fría y sin pájaros. Luego vendrán las sogas, calculé, los resoplidos de los hombres esforzándose y la humillación brutal de la madera que golpea las paredes de la fosa, pero no escucharía ningún otro sonido, porque llegó aquel coche, distinguí el profano, reconfortante ruido de su motor desde muy lejos, lo oí crecer, acercarse, cesar de golpe un instante después de que las palas terminaran su trabajo.

No éramos muchos pero no esperábamos a nadie más, y sin embargo, alguien llegaba ahora, a destiempo.

—¿Tú que quieres, mamá?

—Nada, hijo.

—Mamá, tienes que comer...

—Ahora no, Julio.

—Pues yo creo que voy a pedir fabada, y de segundo...

—¡Clara!

—¿Qué pasa? Estoy embarazada. Tengo hambre.

—Dejadla que coma lo que quiera. Hoy no es un día normal, cada uno tiene que hacer el duelo a su manera.

—¿Sí? Pues yo quiero angulas.

—¡Ni hablar!

—¡Pero papá! La tía Angélica acaba de decir...

—Me da igual lo que haya dicho la tía Angélica. Tú no pides angulas y se acabó.

—Vale, pues bogavante.

—¿Tú qué quieres, llevarte un bofetón?

—Y yo lo mismo que Guille...

—O sea, para Enrique otro bofetón.

—Bueno, ¿habéis decidido o no?

—Sí, chuletas de cordero para todos los niños —mis dos sobrinos bufaron a la vez, pero ninguno se atrevió a protestar—. De las entradas me encargo yo, y mamá que se tome una sopa, por lo menos.

—Que no quiero, Rafa.

—Pues un puré de verduras.

—Que no.

—Angélica, díselo tú.

—Es verdad, mamá, tienes que comer algo.

—¡Una cosa, una cosa, una...! ¡Jo, que tengo la mano levantada!

—Vamos a ver, Julia, ¿y a ti qué te pasa?

—Pues que yo soy niña y prefiero pollo al ajillo.

—A ver, los que quieran pollo que levanten la mano...

Mi cuñada Isabel, brazo armado de su marido, que ejercitaba su condición de

primogénito con inequívoca autoridad y ninguna consideración hacia la del camarero, empezó a contar y todos se callaron de repente, como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa en la reproducción de una película mil veces repetida, las comidas familiares de los Carrión Otero en cualquier restaurante de la carretera de La Coruña, doce adultos, ya sólo once, y once niños, que pronto serían doce, hablando, gritando y moviéndose a la vez.

—Oye, mamá, ¿quién era esa chica que ha llegado al final? El silencio duró más de lo que yo había calculado, porque todos me escucharon y ninguno supo contestarme.

—¿Qué chica? —mi madre me devolvió la pregunta.

—Álvaro, por cierto, ¿y tú qué quieres? No te tengo apuntado.

—¿Yo...? Chuletas, como los niños.

—Calla un momento, Isabel —la curiosidad devolvió por un instante el brillo a unos ojos azulísimos—. ¿Qué chica, Álvaro?

—Pues una chica... De la edad de Clara, más o menos, tirando a alta, castaña, con el pelo largo, liso... Ha llegado en coche, al final. Yo la he visto entrar, se ha quedado cerca de la puerta. Llevaba pantalones, unas gafas de sol muy grandes y una gabardina forrada de piel. ¿No la habéis visto?

Nadie la había visto. Había entrado en el cementerio andando despacio, pisando con cuidado para evitar que sus botas de tacones muy altos se hundieran en la tierra y despreocupándose al mismo tiempo de la suerte de sus tacones, porque no miraba al suelo, tampoco al cielo, miraba hacia delante, o mejor dicho, se dejaba mirar, caminaba sobre la hierba rala, desmochada, sembrada de piedras, como si avanzara por una alfombra roja bajo la luz nocturna de los focos. Parecía llegar de otro lugar y dirigirse a un sitio muy distinto, porque había algo en su actitud, en su forma de moverse, de acompañar sus pisadas con el compás blando de sus brazos, los hombros cómodos, relajados, que desmentía una norma universal, el encogimiento forzoso, inconsciente pero inevitable, hasta ligeramente teatral, que unifica a las personas que asisten a un entierro incluso cuando nunca llegaron a conocer al difunto. No podía ver sus ojos, pero sí su boca, su barbilla, los labios entreabiertos, una expresión serena y casi sonriente, aunque en ningún momento llegó a sonreír. Tampoco se acercó mucho. Se quedó a mi altura, tan lejos de las chaquetas de lana como de los abrigos de pieles, como si no pretendiera tanto ver como dejarse mirar, consciente tal vez o quizás no, en absoluto, de que yo era su único testigo, el único que podía mirarla, que recordaría haberla visto después.

—Se me ha ocurrido que a lo mejor trabaja con vosotros, ¿no? —miré a mi hermano Rafa, a mi hermano Julio—. Igual es una antigua secretaria de papá, o... No sé, puede ser una empleada de la inmobiliaria.

—Pero entonces se habría acercado a saludarnos, creo yo —Rafa me miró, miró a

Julio, él asintió, los dos me miraron a la vez—. Yo no he avisado a nadie de la oficina, desde luego.

—Yo tampoco.

—Bueno, pues... No sé. El caso es que yo la he visto... También puede ser que conociera más a papá que a nosotros, que por ejemplo fuera una enfermera del hospital, de las que le han estado cuidando, ¿no? Igual le ha dado corte acercarse a saludar...

Pero todo eso lo imaginé después, mientras buscaba una explicación razonable para su repentina desaparición, tan brusca, tan inexplicable como su llegada. Al principio pensé algo mucho más tonto, que se había equivocado, que no creía venir a un entierro, que tenía cualquier otra cosa que hacer en aquel cementerio pequeño, apartado, en aquella mañana fría de un jueves de marzo con sol y sin pájaros. No era sólo su actitud, esa despreocupación de mujer que pasea por el puro placer de dejarse mirar, sin haberse propuesto llegar a sitio alguno. Su aspecto también dificultaba su presencia en el entierro de mi padre, en ese duelo partido en dos, la memoria de su infancia y la de su edad adulta encarnadas en dos realidades compactas, opuestas, antagónicas. Ella era joven, iba bien vestida, muy abrigada, llevaba el pelo suelto y ningún maquillaje, en contraste con la aparatosa sofisticación de sus botas de mosquetero. En aquel momento, en aquel lugar, podría pertenecer a mi familia, debería haber pertenecido a mi familia, y sin embargo, yo no la conocía. Si era pariente de Anselmo, de Encarnita, de cualquiera de los vecinos del pueblo que permanecían juntos, agrupados, sin mezclarse con los madrileños pero acompañándoles a distancia con ese gesto de sombría serenidad inscrito en el código tácito que ella prefirió ignorar, debería haberse acercado a saludarles, y no lo hizo. Al contrario, abrió el bolso, sacó un paquete de tabaco, un mechero, encendió un cigarrillo, se quitó las gafas y me miró.

—No sé qué decirte... —mi hermana Angélica necesitó más tiempo para reaccionar—. Yo trabajo en la UCI, conozco a todas las enfermeras de allí, y tu descripción no me encaja mucho con ninguna, la verdad. Antoñita es joven, pero no es alta, y las otras... Además, puede ser que le diera corte saludar a mamá, pero a mí no. A mí tendría que haberme dicho algo.

—Pues no sé, pero el caso es que la he visto —insistí, mirando a mis hermanos uno por uno—. A lo mejor es vecina de alguno de vosotros, o compañera del colegio, o algo así. Podría haber estudiado contigo, Clara...

—Será del pueblo —apuntó mi hermano mayor mientras la pequeña negaba con la cabeza.

—Eso también lo he pensado, pero el caso es que no tenía pinta.

—¡Pero bueno, Álvaro! —mi madre apoyó la hipótesis de Rafa—. La pinta no tiene nada que ver. Si fuera de mi edad, todavía, pero ahora todos los jóvenes vais

vestidos igual, en los pueblos y en las ciudades. Ya no hay diferencias.

Me miró como si ella sí me conociera, como si quisiera reconocerme, y entonces pensé que a lo mejor había venido para eso, que lo que buscaba no era dejarse ver, sino mirarnos, y sostuve la mirada de sus ojos, que eran grandes y de un color extraño, verdosos pero oscuros, mientras ella me miraba de frente, con paciencia, con firmeza, como si llevara mucho tiempo esperando la ocasión de volver a vernos, como si hubiera llegado hasta allí sólo para reconocernos, para reconocerme a mí, que me había equivocado antes al mirarla, al creer que era eso lo que deseaba. En los dos últimos días había fumado tanto que aquella mañana me levanté con la ilusión de no volver a hacerlo nunca más, pero llevaba un paquete en el bolsillo del abrigo, y el cigarrillo que ella consumía despacio, sin despegar sus ojos de los míos, me obligó a abandonar su mirada y mis propósitos. Cuando empecé a fumar, ella ya había terminado, cuando volví a mirarla, ella ya no me miraba, sus ojos enfocados hacia delante, hacia mi madre, que sollozaba mientras Rafa cogía un puñado de tierra y lo tiraba sobre el ataúd, hacia Clara, que dejaba caer unas flores en la fosa con un gesto desconsolado y último, hacia mis sobrinos mayores, tan jóvenes todavía, niños vestidos de hombre con traje y corbata, incómodos en sus papeles, en sus ropas, en la estricta vigilancia de los adultos. Ahora miraba hacia allí, hacia ellos, los estudiaba, los observaba con la misma paciente intensidad que antes había derramado sobre mí, como quien cumple una misión y no tiene prisa. Entonces estuve seguro de que aquella desconocida sabía muy bien dónde estaba, y sentí una inquietud cercana al miedo, un temor poco profundo que no nacía del peligro sino de la presión de lo inexplicable, pero mi madre se dejó caer hacia atrás, mi hermano Julio la recogió, la sostuvo mientras se doblaba después hacia delante, los demás rompieron la formación, la rodearon enseguida, y comprendí que todo había terminado, las palas, los rezos, las sogas. Mi padre viajaba ya hacia el olvido cuando me acerqué por fin yo también, y ocupé mi lugar entre los míos.

—Yo sí la he visto —mi sobrino Guille, el segundo de los hijos de Rafa y el más listo de todos, dejó de jugar con el móvil y me miró—. Llevaba una chaqueta de cuadritos y unos pantalones como de montar a caballo metidos en unas botas de esas que tapan las rodillas, ¿a que sí?

—Sí, justo, ésa era. Menos mal que tú también la has visto... —le sonreí, y recibí a cambio una sonrisa de catorce años, borracha de protagonismo—. ¿Y la has visto salir?

—No, eso no. Estaba al fondo, y yo creía que iba a venir luego, como los otros, pero ya no la he visto más. Me he fijado porque... Era guapa, ¿verdad?

—Desde luego, es muy extraño... —mi hermano Rafa miró a su hijo, luego a mi madre, por fin a mí, pareció que iba a decir algo más y se quedó callado de repente.

—¿Y no puede ser pariente nuestra, mamá? —insistí—. No sé, prima lejana o

algo por el estilo...

—No —la negativa de mi madre fue seca, tajante, y sin embargo tardó algún tiempo en justificarla—. Como comprenderás, hijo, yo todavía conozco a todos mis parientes. Aunque sea vieja, estoy muy bien de la cabeza.

—Ya, pero el caso es que... —la miré a los ojos y no me atreví, pero también vi algo en ellos que no esperaba—. Nada.

—Oye, Álvaro..., ¿tú estás tomando algo? —mi hermana Angélica intervino en el tono de suspicaz solicitud que se había hecho famoso a través de los partos, hospitalizaciones y convalecencias de toda la familia—. Porque para haber tomado sólo la pastilla que te he dado esta mañana, te estás metiendo en un bucle un poco raro, la verdad...

Yo también esperaba verla de cerca, encontrarme de nuevo con sus ojos, descifrar su color, saber quién era, para qué había venido, por qué nos miraba así, con esa intensidad, esa paciencia de quien cumple una misión y no tiene prisa, pero estreché todos los abrigos de pieles, todas las chaquetas de lana, abracé a conocidos y a desconocidos, besé rostros tersos, otros arrugados, y no apareció. Mi madre, las mejillas súbitamente hundidas, una expresión de agotamiento tan intensa como no habíamos visto ni en los peores momentos de la agonía de su marido, pidió ayuda para emprender el camino de vuelta. La abracé, repartiéndome la asombrosa levedad de su cuerpo con mi hermano Julio, y entre los dos la sacamos del cementerio casi en volandas. Cuarenta y nueve años, murmuraba, hemos vivido juntos cuarenta y nueve años, cuarenta y nueve años durmiendo en la misma cama, y ahora, ahora... Ahora tienes que conocer a la hija de Clara, mamá, y ver crecer al hijo de Álvaro, a mis hijos, Julio enhebraba otras cifras, números como anclas, como clavos, como botones capaces de abrocharla a la vida, tienes cinco hijos, mamá, y doce nietos, y todos te queremos, y te necesitamos, te necesitamos para seguir queriendo a papá, para que papá siga estando vivo, tú lo sabes... Yo le escuchaba como si hablara desde muy lejos y no descuidaba el cuerpo cuya responsabilidad compartíamos, pero estaba pendiente del rastro de aquella mujer que se había evaporado con la misma habilidad que había desplegado al llegar como si viniera de ninguna parte. Mi madre caminaba muy despacio, Julio la consolaba con palabras dulces, pausadas, y yo la besaba de vez en cuando, apretaba mis labios, mis mejillas, contra su cabeza, para disculparme ante mí mismo mientras buscaba a aquella desconocida en todas las direcciones, aunque ya hubiera adivinado que no estaba allí. Quería agotar todas las posibilidades para convencerme de que había comprendido su estrategia, llegar tarde, cuando los asistentes al entierro ya se hubieran distribuido de espaldas a la puerta y los familiares más cercanos estuvieran reunidos alrededor del sacerdote, ver la ceremonia a distancia, protegida por el anonadamiento último que blinda los sentidos de quienes han pagado ya los otros plazos del dolor, y marcharse deprisa, mientras los que no

han sentido la muerte de cerca cumplen con el rito de afirmar lo contrario. Ella había previsto todo eso pero no había podido contar conmigo, con mi única extravagancia, esa morbosa aversión a los entierros que había desbaratado su plan, recortado su astucia. No quería que nadie la viera pero yo la había visto, sólo yo, y un niño de catorce años que la habría olvidado enseguida si no fuera porque, al salir del cementerio, ya estuve seguro de que su presencia no había sido un espejismo, ni un accidente, nada que pudiera merecer cualquiera de los nombres de la casualidad. Ella había estado allí y nos había mirado como si nos conociera, como si quisiera reconocernos, y al mirarla, yo había descubierto un rasgo familiar en su perfil, un destello borroso, huidizo, que no había sido capaz de atrapar al mirarla de frente, como no fui capaz de capturar del todo la naturaleza de la luz que iluminó con un color más puro, aún más azul, los ojos de mi madre al escuchar una pregunta inocente.

—¿Por qué no me lo has contado antes, Álvaro?

—¿El qué? — Miguelito se resistió como una fiera a entrar en la silla anclada al asiento trasero del coche, pero cuando conseguí abrochar el último cierre, ya se había quedado dormido.

—Lo de esa chica... —Mai arrancó y yo ocupé el lugar del copiloto, porque mi hermana Angélica, en la línea de su histerismo tradicional, había insistido en que no me convenía conducir y a mí tampoco me apetecía—. Podrías habérmelo contado antes, cuando hemos ido a recoger al niño, o al ir al restaurante.

—Pues sí —admití, y no encontré gran cosa que añadir—. Pero no se me ha ocurrido.

Mi mujer se paró ante un semáforo, sonrió, me acarició el pelo, se inclinó sobre mí, me besó, y esa secuencia de acciones cálidas, tranquilas, amables, me arrancó del frío y la inquietud de aquella mañana para devolverme a un lugar conocido, mi propia vida, un paisaje llano de tierras cultivadas que no solía exigir excesos de mis ojos, ni de mi conciencia.

—Qué raro todo, ¿no? —dijo ella al rato, cuando ya circulábamos por la autopista.

—Sí. O no —la muerte es tan rara, pensé—. No lo sé.

La abuela Anita tenía los balcones repletos de geranios, de hortensias, de begonias, flores blancas y amarillas, rosas y rojas, malvas y anaranjadas, que desbordaban las paredes de barro de sus tiestos para trepar por los muros y descolgarse por las barandillas, ahítas de luz y de mimos. Como en París se me helaban casi todos los años, le explicaba a su nieta cuando salía a regarlas, una tarea difícil, trabajosa, porque las plantas buscaban el espacio que no tenían y se encaramaban unas sobre otras para crecer en el aire, confundiendo sus tallos, sus brotes, pero nunca a la abuela, que sabía exactamente dónde y cuándo, cómo y cuánto tenía que regar cada maceta.

—A ver, ven aquí conmigo, al sol, que te voy a peinar.

Para Raquel, ése era el prólogo del mejor momento de todos los sábados. Por eso corría a colocarse ante uno de esos balcones que parecían anuncios publicitarios de la alegría, miraba un geranio rojo que apuntaba a la puerta del cuartel del Conde-Duque, y se quedaba muy quieta mientras su abuela le cepillaba el pelo.

—¿Y tú por qué te llamas así, abuela?

Luego, el peine recorría su cabeza de punta a punta para trazar una línea recta que la separaba en dos mitades iguales, y Anita, absorta en la destreza de sus dedos, que dividían y subdividían los mechones con una precisión casi mecánica, tardaba algunos segundos en contestar.

—Pues porque así me pusieron.

—Pero te pondrían Ana, ¿no?

—Sí, claro. Mi padre quería llamarme Placer, pero a mi madre no le gustaba. Decía que no era un nombre de mujer decente, trabajadora... —la niña no podía mirarla, pero sabía que su abuela estaba sonriendo, que siempre sonreía al contar esa especie de chiste al que ella nunca le había visto la gracia—. Y como era la pequeña de mi casa, y soy tan bajita, y tenía sólo quince años cuando nos marchamos... No sé, siempre me han llamado Anita.

Terminaba con una trenza, empezaba con la segunda, y las dos le salían igual de bien, de la misma longitud, el mismo grosor y ni un solo pelo suelto, firmes pero flexibles, apretadas y simétricas como espigas de trigo.

—¿Y tú? —le preguntaba luego—. ¿Tú sabes por qué te llamas Raquel?

—Claro que sí —tomaba aire y contestaba de carrerilla, como cuando la sacaban a la pizarra en el colegio y se sabía de memoria la lección—. A la abuela Rafaela no le gustaba su nombre, pero quería que mamá supiera decir bien la erre y por eso buscó uno más bonito que empezara igual que el suyo, y Raquel fue el que más le gustó, y a ella y a papá también les gusta, y por eso me lo pusieron aunque dicen que lo de la erre es una tontería.

—Pero no tienen razón —la abuela Anita la cogía por los hombros, le daba la vuelta, la miraba con atención, buscando algún defecto que nunca encontraba, y la

besaba muchas veces, en las mejillas, en la frente, en el pelo, en el cuello, en la punta de la nariz—. Ahora sí que estás guapa. ¿Quieres ir a despertar al abuelo?

—¡Sí!

Y salía corriendo por aquel pasillo de techo alto y suelo entarimado, largo y oscuro, tan distinto al de su piso, hasta que llegaba a la última puerta, el dormitorio de sus abuelos, donde volvía a reinar la luz. A ella le gustaba mucho aquella casa, le gustó desde que la vio por primera vez, vacía y recién pintada, con un cartel azul y amarillo, se vende, colgado en un balcón desolado, polvoriento, incapaz de prever el esplendor de su futuro. Mira, mamá, dijo cuando terminó de leer esas seis sílabas que aún se le resistían, porque ella había aprendido a hablar en español, pero le habían enseñado a leer en francés, y le pasaba algo que tenía un nombre muy raro pero que por lo visto en su familia era normal, porque ya le había pasado antes a sus padres, y a sus tíos, y a sus primos, y por eso a veces se hacía un lío al escribir en los dos idiomas. Se-ven-de, mamá, mira, pero su madre ya estaba apuntando el teléfono. Vamos, dijo luego, a lo mejor hay portero. Lo había, y tenía la llave, vengan por aquí, les dijo, nos acaban de poner ascensor, muy estrechito, ¿saben?, lo han traído de Alemania porque aquí no hay de ésos, y claro, estas casas antiguas no están preparadas para los inventos modernos...

Subieron hasta el cuarto en el ascensor más extraño que Raquel había visto en sus siete años de vida, pero hasta eso le gustó. La cabina era tan pequeña que parecía de juguete y tuvieron que colocarse en fila india, el portero delante, ella en medio, detrás su madre, como si estuvieran jugando a algo. Ya verán, les dijo aquel hombre, el piso es precioso, lo acaban de arreglar, han tirado un montón de tabiques para hacer las habitaciones más grandes y le han añadido el que estaba al lado, que era interior y no tenía ni treinta metros cuadrados, para hacer un pedazo de cocina y otro baño... En el mes y medio que llevaban buscando piso para los abuelos por medio Madrid, habían escuchado muchos discursos parecidos, pero aquél no era exagerado, ni fraudulento. Vieron primero un salón muy amplio, rectangular, con dos balcones grandes y una columna negra y redonda, de hierro fundido, plantada en el centro. A lo mejor estorba para poner los muebles, dijo su madre al verla, pero queda bien bonita, la verdad. Es que el edificio entero lo ha arreglado la hija de la dueña, que es arquitecta, ¿sabe?, fíjese, lo que son ahora las cosas, una mujer arquitecta, y no se puede imaginar lo listísima que es... Ya aquella tarde de octubre de 1976, a la luz de un sol cansado que se posaba como una gasa dorada y limpia sobre las cansadas hojas de los árboles, la habitación del fondo del pasillo fue la que más le gustó a Raquel, porque tenía otra columna, tan alta, tan redonda y reluciente como la del salón, con el mismo capitel de hojas y pámpanos, pero no estaba en el centro, sino a un lado, y delante, en la pared opuesta al lugar que ocuparía la cama, una galería de ventanas se abría a un mar de tejados y azoteas, olas rojizas, ocres, amarillentas, rompiendo en el horizonte más allá

de lo que parecía el vacío y era en realidad un patio muy grande, casi un jardín, porque las copas de las acacias llegaban hasta el tercer piso.

Desde allí, Raquel miró Madrid, el rojo de las tejas que bailaban entre la luz y la sombra, siempre iguales y siempre distintas, como escamas, como pétalos, como espejos traviesos que absorbían el sol y lo reflejaban a su antojo para componer una gama completa de colores calientes, desde el amarillo pálido de las terrazas hasta el naranja furioso de los aleros iluminados, que contaminaban los severos perfiles de pizarra de las iglesias con una ilusión de alegría ferviente. Las torres puntiagudas, aisladas, esbeltas, se elevaban sin arrogancia sobre el perfil irregular de la ciudad, que bailaba como un barco, como un dragón, como el corazón anciano y poderoso del cielo, más bonito que Raquel había visto jamás. Qué grande es el cielo aquí, pensó al contemplar la extensión infinita de un azul tan puro que despreciaba el oficio de los adjetivos, un azul mucho más azul que el azul cielo, tan intenso, tan concentrado, tan limpio que ni siquiera parecía un color, sino una cosa, la imagen desnuda y verdadera de todos los cielos. Unas pocas nubes altas, alargadas, tan frágiles que apenas oponían un velo transparente que filtraba la luz sin enturbiarla, parecían escogidas, dibujadas, colocadas a propósito para demostrar la profundidad de un azul ilimitado, el cielo total que la saludó aquel atardecer sin que se diera cuenta, igual que había despedido a su abuelo Ignacio en el amanecer de un día muy antiguo ya, cuando él todavía no imaginaba que lo llevaría consigo adondequiera que fuera, durante tanto, tanto tiempo.

Ella ya conocía la importancia que el sol, la luz, el azul, tenían para ellos, los españoles. Me voy a morir, Rafaela, le había dicho a su mujer su otro abuelo, Aurelio, el padre de su madre, al salir de la consulta del médico que le diagnosticó una cardiopatía grave, irreversible a medio plazo. Me voy a morir, ya lo has oído, y quiero morirme al sol. Rafaela no esperó a que Raquel naciera, pero tampoco quiso contarle la verdad a su única hija, que se había casado en Francia, antes que sus hermanos, y acababa de quedarse embarazada. Nos volvemos, le dijo solamente, vamos a vender la casa de aquí para comprarnos una en la playa, cerca de Málaga, en Torre del Mar o por allí cerca, donde le guste a tu padre... Nos volvemos, no nos volvemos, ellos se han vuelto, me parece que se vuelven, a mí me gustaría volver, mi padre no quiere, yo creo que los míos volverán antes o después. Nadie decía nunca adónde volvían, no hacía falta. Raquel, que nació en 1969 y se crió escuchando conversaciones fabricadas con todos los tiempos, modos y perífrasis posibles del verbo volver, nunca preguntó por qué. Las cosas eran así, simplemente. Los franceses se mudaban, se iban o se quedaban. Los españoles no. Los españoles volvían o no volvían, igual que hablaban un idioma distinto, y cantaban canciones distintas, y celebraban fiestas distintas, y comían uvas en Nochevieja, con lo que cuesta encontrarlas, se quejaba la abuela Anita, y lo carísimas que están, qué barbaridad...

Sus abuelos maternos se habían vuelto, y por eso, desde que cumplió tres años, todos los veranos la mandaban con ellos a aquella casa blanca y cuadrada, luminosa y fresca, que tenía un patio grande con una parra donde se sentaba el abuelo Aurelio a ver el mar. Ella se encaramaba encima y se quedaba callada, besando a su abuelo, que estaba muy malito pero no lo parecía, y él le decía siempre lo mismo, qué bien se está aquí, ¿verdad?, y sonreía, qué bien se está aquí. Luego, en agosto, llegaban sus padres y los llevaban en el coche a Fuengirola, a comer en la playa, y a Mijas, a montar en burro, y a Ronda, a ver los toros, y los últimos días del verano todos se ponían muy tristes, tanto que Raquel sentía que ellos no volvían, sino que abandonaban, que se exiliaban de las buganvillas y de las adelfas, de los naranjos y de los olivos, del olor del mar y de los barcos del puerto, de las tapias encaladas y de las casas blancas, de las ventanas florecidas y la sombra de las parras, del oro del aceite, de la plata de las sardinas, de los sutiles misterios del azafrán y de la canela, de su propio idioma y del color, del sol, de la luz, del azul, porque para ellos volver no era regresar a casa, porque sólo se podía volver a España, aunque nadie se atreviera nunca a decir esa palabra.

Por eso, cuando llegaban a París, los padres de papá, los que no volvían, les invitaban a cenar, y la abuela Anita les hacía muchas preguntas, contádmelo todo, dónde habéis estado, qué habéis comido, cómo está el país, qué dice la gente, qué música escuchan, ¿hacía mucho calor?, ¿había muchos turistas?, ¿lo habéis pasado bien?, ¿y los precios, cómo están?, ¿me habéis traído lo que os encargué? Sí, se lo habían traído, una caja enorme llena de pimentón dulce y picante, de latas de atún y de anchoas, de ñoras y de guindillas, de ajos morados, de orzas de lomo, de queso manchego, y un jamón entero, y chorizos de Salamanca, y morcillas de Burgos, y judías blancas, y garbanzos, y tocino, y dos garrafas inmensas de aceite de oliva que siempre compraban a la vuelta, en un pueblo de Jaén. Qué bien, decía ella entonces, qué bien, y se le llenaban los ojos de lágrimas, y berenjenas, os habéis acordado, qué alegría, y qué hermosas son, aquí no se encuentran así, claro, como no saben hacerlas... Por supuesto que saben, Anita, la cortaba entonces el abuelo Ignacio, por supuesto que saben. Lo único que pasa es que no las hacen como a ti te gusta. Bueno, pues eso, aceptaba ella, y luego, con un poco de miedo porque le quería mucho, los dos le querían mucho, se quedaba mirando a mamá y le preguntaba, y tu padre, ¿qué tal está? Pues bien, contestaba ella, muy bien, la verdad, es increíble, parece que el cambio le ha sentado estupendamente, a lo mejor es el clima o..., bueno, ya sabes. La abuela asentía con la cabeza y concluía al final, claro está, para que su marido se volviera a mirarla como si acabara de pincharle con una aguja muy larga, un arma certera, dolorosa, afilada. Eso es una tontería, Anita, una tontería. Y no vuelvas a decirlo porque no tengo ganas de volver a escucharlo.

Después, la abuela se encerraba en la cocina y se tiraba tres días guisando,

preparando la fiesta de todos los segundos fines de semana de septiembre, cuando su marido y ella invitaban a cenar a todos sus amigos españoles y a algunos franceses que disfrutaban igual de la comida, menos su yerno, Hervé, el marido de la tía Olga, que era encantador, muy simpático, muy buena persona, muy progresista pero muy normando, tanto que decía que el aceite de oliva le sentaba fatal. La abuela se ofendía muchísimo, aunque siempre preparaba algo especial para él, una ensalada de endibias con nueces picadas y el aliño de queso azul que más le gustaba, menuda porquería, ya ves, decía entre dientes, o cualquier carne guisada con mantequilla, el menú alternativo que cada año pesaba más, porque cada año había más franceses y menos españoles en la fiesta anual de los abuelos. El verbo volver aceleraba sus tiempos, se desplazaba deprisa desde el futuro hasta el presente, iba conquistando el pasado por un camino inverso pero constante que no les llevaba hacia atrás, sino adelante. Después de tantos años de inmovilidad, el perpetuo letargo de una siesta dormida en cueva ajena, todo había empezado a cambiar muy deprisa para ellos, los españoles. Raquel era pequeña, pero se daba cuenta. Se vuelven, se vuelven, se vuelven, se vuelven, ya se han vuelto.

Nos volvemos, dijo también su padre, y aunque él había nacido en Toulouse, y su mujer en Nimes, no podría haber utilizado otro verbo, decirlo de otra manera. Nosotros también nos volvemos. Era septiembre del 75, habían pasado el mes de agosto en Torre del Mar, y su padre había encontrado trabajo en España, no en Málaga, la ciudad del abuelo Aurelio, sino en Madrid, la ciudad del abuelo Ignacio. Me voy la semana que viene, papá, yo solo. Los demás se quedan hasta Navidad, mientras encuentro un piso, y le busco un colegio a la niña y eso. Como Raquel se queda sola con los críos y el trabajo le pilla tan lejos, y mamá va todos los días a Aubervilliers a trabajar, en cambio, he pensado que, si no os importa, se podrían quedar con vosotros estos meses, y así tampoco tendríamos que esperar hasta el final para hacer la mudanza, porque a ti no te importa dejar a los niños en el cole y recogerlos luego, ¿verdad, mamá...?

Su hermano Mateo era todavía tan pequeño que nunca tendría recuerdos de París, pero ella había cumplido ya seis años, y empezó a echarlo todo de menos antes de tiempo.

—Pero, vamos a ver..., ¿por qué no te quieres ir? —la abuela Anita picaba las nueces para la ensalada del tío Hervé y vigilaba con gesto preocupado el silencio huraño de su nieta—. Ya verás lo bien que vais a estar en Madrid, y por el colegio no te preocupes. ¿No te acuerdas de cómo lloraste cuando te conté que ya no ibas a volver a mi guardería? ¿Y qué? Pues nada. Encontraste a Mademoiselle Françoise, que era tan simpática, y enseguida hiciste un montón de amigos. Pues en España igual, o mejor, porque es tu país, nuestro país. Nosotros somos españoles, ya lo sabes.

Yo no, estuvo a punto de responder ella, vosotros sí pero yo no, yo soy parisina,

nací aquí y no me quiero ir, me da miedo irme, dejar a mis amigos, mi colegio, mi barrio, mi casa, el autobús, las calles, los programas de la televisión. Eso pensó, y si se conformó con una queja más modesta no fue porque sus seis años no le consintieran formular sus sentimientos con precisión, sino porque ya sabía, siempre había sabido, que en aquella casa estaba prohibido decir eso en voz alta.

—Si por lo menos fuéramos a Málaga. Allí están los abuelos, y lo conozco de ir en verano.

—¿Y qué? Tu abuelo Ignacio es de Madrid. Pídele que te cuente, anda. Yo no he estado nunca allí y me la sé de memoria...

—¿Y por qué no os venís con nosotros, abuela?

—Pues porque unos llevan la fama y otros cardan la lana, por eso mismo —terminó de picar las nueces, las echó en un cuenco, lavó el cuchillo, lo secó, puso los brazos en jarras y se la quedó mirando—. Porque a tu abuelo no le da la gana, porque es el hombre más cabezón que hay en el mundo, y eso que yo soy aragonesa, ¿eh?, terca como una mula, eso es lo que dice, pero no, el terco es él, y que no, que no, que no, y que no. Cuando quisieron darle la nacionalidad francesa, no la quiso él, cuando pudimos empezar a ahorrar, se negó a comprarse un piso, y ya ves, tu abuelo Aurelio, el negocio que hizo, que con lo que le dieron por la casa de Villeneuve, con lo pequeñísima que era y todo lo que le faltaba por pagar, se compró la de Torre del Mar y le sobró dinero. Pero tu abuelo Ignacio no, él no, él, ¿de qué? Él tiene que ser siempre el que más... narices tenga. ¿Y para qué, digo yo, para qué? Pues para nada. ¿Dónde está tu abuelo Aurelio, el que tuvo la debilidad de echar raíces en Francia? En España. ¿Dónde está tu abuelo Ignacio, el que se niega a invertir un céntimo en un país donde está de paso? En Francia. Aquí estamos y aquí seguiremos. Nos volveremos los últimos, mira lo que te digo, los últimos.

—Pero a ti te gustaría...

—Claro que me gustaría —la abuela sonrió, se sentó en una silla, la cogió en brazos—. Si me hubiera casado con un francés, como Olga, pues no, pero... Me casé con tu abuelo, tuve esa suerte, porque hemos sido muy felices pero siempre en español, hablando en español, cantando en español, criando hijos españoles, con amigos españoles, comida española, costumbres españolas, comiendo tarde y cenando más tarde todavía, trasnochando y durmiendo la siesta... Aprendí a guisar igual que mi suegra, cocido los sábados, paella los domingos, lo he seguido haciendo todos estos años, y mira que la quería, ¿eh?, que la quise como si fuera mi madre, igual que a mi madre, porque eso fue para mí cuando nació tu padre y ni siquiera sabíamos dónde estaba Ignacio, si estaba vivo o muerto, y yo era soltera y todo eso. En aquella época lo pasamos muy mal, pero todo era lógico, tenía sentido, y sin embargo, ahora... Ahora ya no sé qué hacemos aquí, qué vamos a hacer aquí, sobre todo cuando os volváis vosotros. Si fuera por mí, ya estaríamos en Madrid.

—¿Y tu pueblo?

—Mi pueblo ni me lo nombres, porque no quiero ni verlo, ni acercarme quiero, mira lo que te digo...

Las cosas eran así. Así de raras, así de absurdas, así de incomprensibles. Porque nosotros somos españoles. Su padre había nacido en Toulouse, su madre había nacido en Nimes, su abuela Anita se había marchado a los quince años de un pueblo de la provincia de Teruel que su nieta nunca podría nombrar ni queriendo, porque ella no había querido volver a pronunciar su nombre. Por ahí, por la sierra de Albarracín, decía solamente, y que estaba viva de milagro porque los habían matado a todos, a su padre, a sus hermanos, a sus cuñados, a todos menos a ella, que un mal día, con quince años recién cumplidos y el coraje de una mujer de treinta, echó a andar por una carretera con una hermana enferma de tuberculosis y una madre que a los cincuenta parecía una anciana, hasta que, de campo en campo, llegó a Toulouse.

Allí, cuando se quedó sola, vivió al amparo de un matrimonio de Madrid, Mateo Fernández y su mujer, María, que habían tenido dos hijos varones, uno fusilado en España, el otro prisionero en algún lugar de Francia, movilizado a la fuerza en un grupo de trabajo militarizado sólo por ser español, y que aún tenían dos hijas, la mayor viuda con poco más de veinte años, su marido fusilado también, ante las mismas tapias que su cuñado. Anita se casó con el único hombre joven de la familia Fernández que había logrado sobrevivir a dos guerras, la nuestra y la otra, decía ella, como si en España las guerras fueran más valiosas, mejores y distintas, y se había alegrado muchísimo de que su hijo mayor se hubiera emparejado con Raquel Perea, la hija de Aurelio, un malagueño que sólo tenía miedo de las tormentas y que estuvo a punto de cruzar la frontera después de escaparse del campo donde había conocido a Ignacio Fernández, alias el Abogado, pero que en el último momento, cuando ya estaba viendo el color del uniforme de los guardias civiles, se dio la vuelta porque somos de un país de hijos de puta, ésa es la verdad, qué le vamos a hacer.

Ése era el mismo Aurelio que había vuelto porque quería morirse al sol y cada año estaba más lejos de la muerte, viviendo a la sombra de una parra que llenaba de lágrimas los ojos de la mujer que ahora mecía a la nieta de ambos en la cocina de su casa de París, la abuela Anita, que en su vida había visto una parra andaluza ni había estado en Málaga, que no conocía más Mediterráneo que el de la Costa Azul, que había vivido en Francia más del doble del tiempo que pasó en aquel pueblo de Aragón cuyo nombre no quería decir jamás, que estaba viva de milagro y que seguramente había salvado la vida de su marido, el que no quería volver a España, cuando él, en algún momento del año 45, le dijo que estaba pensando en cruzar la frontera porque allí dentro hacía falta gente, hombres con experiencia, capaces de organizar a los que habían seguido luchando por su cuenta. Por favor te lo pido, Ignacio, le había dicho ella, por lo que más quieras, no vuelvas, tú ya has hecho

bastante, ya has dado bastante, y yo sólo te tengo a ti, ya no tengo familia, ni padre, ni madre, ni hermanos, ni casa, ni pueblo, ni país, ni nada, sólo te tengo a ti, a un hijo al que has conocido con dos años, y dentro de poco, a otro al que a lo peor no llegas ni a conocer, tú ya has hecho bastante, deja ahora a los demás. Los demás han hecho lo mismo que yo, dijo él. Pero los demás no pueden hacer nada por los que están aquí, y tú sí. Tú también haces falta aquí, Ignacio, tú has ayudado a mucha gente y hay mucha gente que te necesita todavía...

Ese argumento extremo, urdido con tanto amor como desesperación, retuvo en Francia al hombre más cabezón del mundo, que había querido volver a España cuando su mujer no quería que volviera, y que no quería volver ahora, cuando ella lloraba de nostalgia por la sombra de una parra que no había visto jamás. Así de raras eran las cosas, y Raquel no las entendía, nadie podría entenderlas, pero aquel laberinto sentimental, donde las calles sin salida desembocaban en una casa blanca al borde del mar y la prosperidad se convertía en una cadena perpetua que sólo podía limar el fragilísimo acero de las paradojas, era el escenario de su vida, la que le había tocado vivir en lugar de cualquier otra.

Estoy hasta los cojones de la guerra civil, decía su padre, y lo decía cantando, usando cualquier musiquilla de las que se entonan en las excursiones, y su madre se echaba a reír para añadir el segundo verso, y de la valentía de los rojos españoles, chimpún, estoy hasta los cojones del cerco de Madrid, seguía su padre, y de la batalla de Guadalajara, chimpún, replicaba su madre, y los dos se reían a la vez, estoy hasta los cojones del Quinto Regimiento, y de la foto de mi padre en aquel tanque alemán, chimpún, chimpún, chimpún... Así volvían a casa los domingos, después de la paella de la abuela Anita, muertos de risa, y sin embargo, él ya estaba en España, ella haciendo las maletas, y Raquel recibiendo la misma respuesta a todas sus preguntas, pues porque sí, porque nosotros somos españoles. Hasta que su abuelo Ignacio le contestó de una manera distinta.

—Yo pude haber muerto muchas veces, ¿sabes? Primero en nuestra guerra. Luego, cuando me detuvieron en Madrid, cuando me escapé de la cárcel, cuando me metieron en Albatera, cuando me tiré de un tren en medio de la provincia de Cuenca, cuando fui de Barcelona a Gerona dentro de un camión, cuando crucé la frontera, en el campo de Barcarès, donde murieron muchos, cuando me fugué de mi compañía, cuando Madame Larronde avisó a mi madre de que su cuñado estaba a punto de denunciarme, y después, cuando volví a mi compañía, cuando volví a escaparme, cuando luché contra los alemanes, a ver... —las había ido contando con los dedos—. Trece veces pude haber muerto y aquí estoy, ¿qué te parece?

—¿Y cuando quisiste volver a España y la abuela no te dejó?

—Ésa no cuenta.

—¿Y por qué te escapabas tanto?

—Pues porque me querían matar.

—¿Quiénes?

—Todos.

Pero eso fue después de aquella mañana de noviembre imposible y tropical, cuando en la calle hacía mucho frío y dentro de casa demasiado calor, el que desprendía la voz de su madre gritándole al teléfono, mamá, mamá, ya lo sabemos, claro, lo han dicho por la radio y ha llamado mi marido hace un rato, ¿sí?, qué bien, pero no llores, mamá, dile a papá que se ponga, papá, papá, no chilles, cálmate, a ver si te vas a poner malo tú ahora, encima...

Raquel aún no entendía los relojes, pero se dio cuenta de que era muy tarde porque las persianas filtraban un resplandor que pintaba el aire con ráfagas de luz, y era jueves, de eso estaba segura, había ido contando los días que faltaban para que la tía Olga la llevara al cine con los primos, se lo había prometido, y aún quedaban un día y una noche para que empezara el viernes. Entonces sonó el timbre de la puerta y era ella, la tía Olga, por la mañana, sola y chillando también. Raquel se asustó. Se quedó muy quieta, en la cama, intentando calcular qué habría pasado, hasta que escuchó llorar a su hermano Mateo y se levantó sin pensar, y salió corriendo. Estaban todos en la cocina, tan tristes, tan sombríos como nunca les había visto. La tía Olga se sonaba la nariz mientras ponía la cafetera en el fuego, mamá tenía los ojos hinchados, pero parecía más ocupada en calmar al niño que en tranquilizarse ella misma, y la abuela meneaba la cabeza entre suspiros tan hondos como si le costara trabajo respirar. Su marido, sentado ante la mesa vacía, los brazos inertes, colgando a los lados del cuerpo, fue el único que la vio llegar.

—¿Qué pasa? —Raquel se acercó para sentarse sobre sus rodillas sin pedir permiso.

—Que se ha muerto Franco —y él la abrazó apretando fuerte, como si se alegrara de haber encontrado algo que hacer con las manos.

—¿Y no hay colegio?

—Para ti no. Hoy es fiesta.

—Pues no estáis muy contentos, que se diga...

Él parecía el más triste de todos, pero al escucharla se echó a reír, y su mujer, su hija, su nuera, le siguieron con muchas ganas. Entonces empezó la fiesta verdadera, un día larguísimo y extraordinario, quizás no el más raro de todos los días raros que Raquel viviría desde entonces hasta una tarde de mayo del año 77, porque aquéllos fueron los años raros, la primera época excepcional de su vida, pero sí el único en el que la dejaron hacer lo que le dio la gana desde por la mañana hasta por la noche.

A la hora de comer seguía en camisón, no se había tomado la leche, había engullido a cambio un paquete entero de galletas de chocolate, había roto un cenicero, se había bebido dos cocacolas, se había puesto perdida de sombra de ojos y

de lápiz de labios con las pinturas de su madre, y nadie parecía darse cuenta de eso, ni de nada, en una casa donde todos habían faltado al trabajo y sin embargo ninguno paraba de moverse ni un momento, porque no paraba el teléfono, ni el timbre de la puerta, conocidos y desconocidos que tampoco habían ido a trabajar, y llegaban y la besaban, y se marchaban o se quedaban, y comían o no comían, porque en la casa de los abuelos no se comió aquel día y sin embargo comieron muchas veces, tantas que no pararon de comer. La abuela Anita se encerró en la cocina, como hacía siempre que estaba nerviosa, y aparecía cada dos por tres en el salón con una bandeja, y luego llegó el tío Hervé con los primos, Annette, que se llamaba así por la abuela, y Jacques, que se llamaba así porque sí, y Raquel ya se divirtió más y comió menos, y se dedicó a maquillar a su prima, que tenía un año menos que ella y se dejaba hacer de todo, hasta que escuchó dos palmadas y luego la voz de su abuelo, ¡hala!, vámonos a la calle.

Eran las cuatro y media de la tarde y ya no lloraba nadie. Mamá le limpió la cara con un algodón embadurnado en un líquido blanco que olía mal y una sonrisa de oreja a oreja, como si estuviera encantada de verla así, llena de manchas de todos los colores, y le puso un traje nuevo que acababa de comprarle, el abrigo de salir y un gorrito ridículo, a juego, que se llamaba capota y era odioso. Estuvo a punto de quitárselo en el último momento para dejarlo en la mesa del recibidor, pero le distrajo la oferta del tío Hervé, dispuesto a llevársela a su casa con sus hijos, como iba a hacer con Mateo, y aún más la respuesta del abuelo, no, ella no, ella que venga. Ya es mayor, y así se acordará siempre de este día.

Raquel se acordaría siempre de aquel día, pero no por los besos y los abrazos, la alegría y las lágrimas, el júbilo y el estrépito de los tapones que saltaban de las botellas de champán al ritmo de los juramentos más feroces que escucharía en su vida, la fiesta española, un destello salvaje, sombrío, en los ojos oscuros dilatados a medias por el alcohol y la melancolía, que estallaba detrás de las puertas de algunas casas de París sin que París se diera cuenta, lugares especiales, familiares y extraños a la vez, donde recibían a los abuelos gritando sus nombres y les invitaban a probar una tortilla de patatas, otra más, que nunca sería la última, porque aquélla fue una noche larga de botellas de champán y tortillas de patatas, de besos repetidos y abrazos fuertes, de maldiciones y apellidos, de venganza pública y rencores privados, de brindis por los ausentes y preguntas en el aire. Porque somos españoles y los españoles nunca podemos ser felices del todo, una variedad domesticada y ebria de la desesperación se asomaba a las comisuras de los labios, a la humedad de los ojos, a las aristas de la cara de aquellos hombres secos, consumidos, agotados por el constante ejercicio de su dureza, que levantaban una copa en el aire para repetir, uno tras otro, muerto el perro, se acabó la rabia, y que sin embargo tenían la rabia dentro, tan agarrada al corazón que, mientras se obligaban a parecer felices, ya sabían que

iban a morir antes que ella.

Raquel se acordaría siempre de aquel día, pero no por la milagrosa transformación de su abuela, que parecía de repente una mujer muy joven, porque le brillaban los ojos, y los labios, y el pelo, mientras se movía deprisa, con una agilidad desconocida, caminando como si flotara, como si bailara, como si su sola sonrisa bastara para sostenerla por encima del suelo, ni por la forma en que la miraba su abuelo, pozos salvajes, sombríos, también sus ojos salvo cuando la seguían como si estuviera a punto de enamorarse de ella, treinta y tres años después de que ella le enamorara por primera vez. Los dos se besaron en la boca durante mucho tiempo cuando terminaron de bailar en una plaza donde otros españoles mucho más jóvenes y muy distintos, frutos amargos de la España de Franco, estudiantes y exiliados voluntarios de última hora mezclados con pseudoaventureros izquierdistas de buena familia y trabajadores a secas, habían improvisado una verbena con el acordeón de un argentino que sabía tocar pasodobles.

Eran españoles y bebían champán. Eran españoles y por eso bailaban, y cantaban, y hacían ruido, e invitaban a beber, a bailar, a cantar, a cualquiera que se acercara a mirarlos, pero su alegría era distinta, mucho más pura, rotunda y luminosa, más trivial quizás que la que iluminaba las mejillas hundidas de quienes habían pagado un precio elevadísimo por sonreír aquella noche, pero también más entera, más cercana a la felicidad auténtica. Los vieron por casualidad, cuando iban a recoger el coche para volver a casa, y se quedaron mirándoles por pura diversión, sólo porque eran tan jóvenes y hablaban tan alto y se reían tan fuerte y hacían tanto ruido y estaban tan contentos.

—¿Sois españoles? —preguntó a la tía Olga el que se fijó en ellos, y Olga bebió de la botella antes de contestar.

—Sí.

—¿Emigrantes? —insistió, y Olga volvió a beber, negó con la cabeza, hizo una pausa para tomar aire y señaló al abuelo.

—Ése es mi padre —dijo—. Ignacio Fernández Muñoz, alias el Abogado, defensor de Madrid, capitán del Ejército Popular de la República, combatiente antifascista en la segunda guerra mundial, condecorado dos veces por liberar Francia, rojo y español —y en su voz tembló una emoción, un orgullo que Raquel no pudo interpretar.

Había escuchado lo mismo tantas veces, ése era su abuelo, el padre de su padre, que cantaba estoy hasta los cojones de la guerra civil, y se reía, y su hermana, que coreaba sus cantos y sus carcajadas, estaba ahora muy seria, tanto que ni siquiera se molestó en limpiarse la lágrima que descendía despacio por su mejilla, pero eso no le sorprendió tanto como la reacción del desconocido, casi un muchacho, que se acercó a su abuelo, le tendió la mano, y se dirigió a él con un acento emocionado, el cuerpo

muy derecho, la cabeza alta, un gesto de hombre adulto en la mandíbula.

—Señor, para mí es un honor saludarle.

Raquel, que se acordaría siempre de aquel día, contempló la escena como si estuviera sentada en un cine, viendo una película. El acordeón dejó de sonar, los que bailaban se quedaron quietos, los que cantaban callaron de pronto, y en la plaza pequeña hizo mucho frío mientras corría un murmullo entrecortado, respetuoso, casi litúrgico, capitán, república, exiliado, rojo, palabras venerables, pronunciadas en voz baja con mucho cuidado y los labios rozando el oído de su destinatario, para no herirlas, para no desgastarlas, para no restarles ni un ápice de su valor.

Capitán, república, exiliado, rojo, palabras preciosas como joyas, como monedas, como un manantial de agua fresca que acabara de brotar en el centro de un desierto. Todas las miradas convergieron en aquel señor alto y bien vestido, que no se distinguía de los franceses porque era rubio, de piel clara, y en la mujer morena y bajita que se apretaba contra él y parecía demasiado sofisticada para ser española, porque llevaba el pelo corto, teñido de rojo oscuro, peinado como si estuviera despeinado, y un abrigo muy moderno que le llegaba hasta los pies y la envolvía como si fuera una capa. Aquellos chicos tan jóvenes, con gafas redondas de montura fina y el pelo largo, las camisas asomando por debajo del jersey entre las trenkas desabrochadas, y aquellas chicas que llevaban el pelo suelto pero por lo demás iban vestidas casi como la abuela Rafaela, con faldas largas y toquillas de punto sobre los hombros, les miraban con una expresión grave y anhelante, respetuosa y conmovida, como si llevaran toda la vida esperando ese momento.

Los abuelos, al principio, sólo sentían asombro, un estupor tan profundo que él no acertó a decir nada cuando estrechó la mano del primero. Yo también quiero saludarle, señor, dijo el segundo, el tercero le llamó camarada, y la cuarta, que era una chica, le dio las gracias, le debemos tanto a la gente como usted, dijo. Entonces la abuela, que había mantenido el llanto a raya durante todo el día, rompió a llorar muy despacio, mimando las lágrimas que se caían de sus ojos con una mansedumbre plácida y templada, estoy muy orgulloso de conocerle, señor, es un placer, un honor para mí, hasta que el último, un chico bajito y menudo con el pelo negro, muy rizado, se cuadró ante él como hacen los soldados, a sus órdenes, mi capitán, y el abuelo cerró los ojos, los abrió de nuevo y por fin sonrió.

Será posible, murmuró, meneando la cabeza, y repitió esa frase tan suya, que no acababa de ser una interrogación ni era una exclamación del todo, será posible, lo que decía siempre que algo le parecía imposible para bien o para mal, prólogo invariable de sustos y sorpresas, de tristezas y alegrías inesperadas, será posible, eso dijo, y en lugar de darle la mano, le abrazó.

En ese momento, la plaza entera pareció respirar, expandirse y contraerse en un movimiento armónico, espontáneo, los edificios y los cuerpos recuperando a un

tiempo sonido y movimiento, y el acordeón volvió a sonar, la abuela cogió a su marido del brazo, sácame a bailar, Ignacio, y bailaron juntos, solos en el centro de la plaza, y luego se besaron en la boca durante mucho tiempo, como si por fin estuvieran contentos del todo, contentos de verdad, y Raquel les había visto besarse en la boca muchas veces, pero nunca así, y sin embargo tal vez tampoco eso habría bastado para que se acordara de aquel día toda su vida.

Cuando acabaron de bailar, todos les aplaudieron, se agruparon alrededor de ellos, descorcharon más botellas, brindaron por aquel día y por aquella noche, muerto el perro, se acabó la rabia, decían ellos también, y ya se atrevieron a hacer preguntas y a contestar a las preguntas de los abuelos. Había un poco de todo, catalanes, gallegos, media docena de andaluces, un murciano, una pareja de Ciudad Real, una chica canaria, algunos vascos, dos asturianos, un aragonés de Zaragoza, y cuatro o seis madrileños, porque dos de ellos, el que había saludado militarmente al abuelo y otro, más alto y muy gordo, advirtieron que ellos, ser, lo que se dice ser, eran del mismo Vallecas. Parecían un grupo compacto, pero la mayoría no se habían conocido hasta aquella misma mañana, cuando se tiraron a la calle solos, o formando grupos pequeños de dos o tres, compañeros de estudios o trabajo, y se fueron encontrando por los bares, que es donde se encuentran siempre los españoles. Llevaban todo el día en la calle, bebiendo y cantando, bailando y haciendo ruido, y por el camino habían ido reclutando a bastantes franceses, chicas sobre todo, a un par de chilenos y al argentino que tocaba el acordeón, pero Raquel no se enteró mucho de eso, porque se quedó dormida en un banco y tuvieron que despertarla para las fotos.

En el coche se durmió otra vez y no se espabiló hasta que su madre se empeñó en desnudarla y ponerle un camisón a pesar de sus protestas. Entonces ya no pudo volver a dormirse. Escuchó ruidos de puertas, de grifos, el susurro de las despedidas, y un silencio incompleto, enturbiado por el eco sigiloso de alguien que también estaba despierto pero pretendía pasar inadvertido. Aquella noche, Raquel estaba sola en la habitación, Mateo se había quedado a dormir en casa de la tía Olga. Se levantó, salió al pasillo y vio la luz del salón encendida. Su abuelo no la regañó por estar levantada. Al contrario, sonrió, la cogió en brazos, y le contó que él había podido morir muchas veces.

—¿Y por qué te querían matar todos?

—Por republicano, por comunista, por rojo, por español.

—¿Y tú eras todas esas cosas?

—Sí, y las sigo siendo. Por eso pude morir tantas veces, pero salvé la vida, y ¿sabes para qué? —Raquel negó con la cabeza, su abuelo volvió a sonreír—. Para nada —hizo una pausa y lo repitió otra vez, como si le gustara escucharlo—. Para nada. Para bailar esta noche un pasodoble con tu abuela en una plaza del Barrio Latino, con un frío que pelaba y delante de una pandilla de inocentes. Muy

simpáticos, eso sí, muy buenos chicos, generosos, divertidos, estupendos, pero unos inocentes que no saben de lo que hablan y no tienen ni idea de lo que dicen. Sólo para eso.

—Eso no es nada.

—No, tienes razón. Pero es sólo muy poco. Poquísimo. Casi nada.

El abuelo la besó, la miró. No había dejado de sonreír y Raquel no había visto nunca, y nunca volvería a ver, una sonrisa tan triste. Eso fue lo que recordaría siempre de aquel día, de aquella noche del 20 de noviembre de 1975, la tristeza de su abuelo, una pena honda, negra y sonriente, el balance de aquel día de risas y de gritos, de champán y de tortillas de patatas, de juramentos feroces y de honores imprevistos, una fiesta española, salvaje y sombría, feliz y luminosa, a sus órdenes, mi capitán, y aquel hombre cansado que sonreía a su último fracaso, una derrota pequeña, definitiva, cruel, cínica, ambigua, despiadada, insuperable, obra del tiempo y de la suerte, victoria de la muerte y no del hombre que la había esquivado tantas veces.

Ignacio Fernández no había derramado una sola lágrima aquel día, aquella noche. Había visto llorar a su mujer, a su hija, a su nuera, a muchos de sus amigos, de sus camaradas, hombres que habían podido morir como él y que como él habían sobrevivido para ver pasar por su puerta el cadáver de su enemigo. Vamos a brindar, decían, porque somos de un país de hijos de puta, un país de cobardes, de miserables, de estómagos agradecidos, un país de mierda, él había escuchado todo eso y no había derramado ni una sola lágrima. Porque en cuarenta años no hemos sido capaces de matarlo, vamos a brindar, y él no había dicho nada, no había hecho nada excepto levantar su copa en silencio una y otra vez. Me quiero morir, Ignacio, le había dicho un hombre mayor con el que se había abrazado muy fuerte en algún lugar de los muchos por los que habían peregrinado aquella noche. No me jodas, Amadeo, había contestado él, hoy no es día para morirse, y entonces ya estaba sonriendo, pero su nieta aún no había entendido su sonrisa, no había desenmascarado la pena negra, honda, que ahora afloraba a los labios de su abuelo, curvados en una mueca que había perdido su eficacia mientras estaban solos, abrazados, en la casa dormida.

—No hables así, abuelo —intentó decir Raquel, y sólo pudo decirlo a medias, porque las lágrimas ensuciaron su garganta, taponaron su nariz, alcanzaron sin dificultad la frontera de sus ojos.

—Pero, bueno... —su abuelo la separó un poco, la miró despacio, frunció las cejas, volvió a abrazarla—. ¿Y a ti qué te pasa?

—No lo sé —y no lo sabía—. Es que me pongo triste de oírte hablar así.

—No te preocupes. Estoy contento, aunque no lo parezca. Ahora ya puedo volver yo también.

A la mañana siguiente, Raquel no se acordaría de cómo se quedó dormida, pero

nunca en su vida olvidaría esta conversación. El abuelo la había cogido en brazos, se había acostado a su lado, la había besado muchas veces y enseguida se había hecho de día, y mamá había entrado en la habitación metiendo prisa, levántate, Raquel, hija, vamos, a desayunar, y la había vestido, y la había peinado. Después, la abuela la había llevado al colegio como si fuera una mañana normal, y era una mañana normal, lo fue excepto porque ella estaba muerta de sueño y se durmió en el recreo, y luego, por la tarde, cuando la tía Olga fue a recogerla para llevarla al cine con sus hijos, se durmió otra vez y no vio la película. Eso, al fin y al cabo, fue una suerte, porque cuando volvió a la casa de los abuelos estaba muy despierta, y reconoció sin vacilar a su padre en el hombre joven que se bajaba de un taxi, enfrente del portal, para desencadenar otra fiesta española, privada y familiar, agria, dulce, amarga, salada, húmeda y seca, pero definitiva.

—Quería estar contigo, papá, contigo y con mamá.

Su padre no dijo más que eso, no hacía falta más, repartir los regalos, una caja muy grande para Raquel, otra más pequeña para Mateo, perfume para su mujer, aceite para su madre, y una crónica distinta, paciente y minuciosa, de los acontecimientos de la víspera tal y como se habían vivido desde dentro, el relato que su padre siguió con atención y la cara seria, sin sonreír ni siquiera cuando su hijo mayor descendió de lo universal hasta lo particular, confesando que todavía le dolía la cabeza por la monumentalidad de la cogorza que se había cogido el día anterior, porque después de las copas de por la mañana, en la oficina, había seguido brindando con sidra, con vino blanco, con ron, con whisky. No fue culpa mía, resumió, tuvimos que mezclar porque a la hora de comer ya se había acabado el champán en Madrid. Entonces, la abuela empezó a hacer planes, a barajar fechas, a contar dormitorios, podemos irnos a vivir cerca de vosotros, ¿no?, ¿qué te parece, Ignacio?

Su marido no contestó enseguida. Antes, se bebió de un trago el coñac que tenía en la copa, se levantó de la silla, se paseó por la habitación, apoyó los puños en la mesa, y sólo después, estalló.

—¿De qué estás hablando, Anita? ¿Me quieres decir de qué estás hablando? —la abuela bajó la vista y no dijo nada, nadie se atrevió a despegar los labios, aunque el tío Hervé, que era francés y a aquellas alturas debía de estar muy saciado ya de pasiones españolas, insinuó un gesto de cansancio que su suegro no detectó—. ¿Tú sabes quién manda en España? ¿Es que no has visto llorar a ese hijo de puta? ¿Es que no sabes quién es? Llama a Aurelio, anda, llámale. Que te lo cuente él, o Rafaela, que en Málaga lo conocen mucho, todo el mundo lo conoce allí.

—Pero el otro día, cuando viste a Ramón, tú me dijiste...

—¡Ya sé lo que te dije! Que Ramón me había dicho que Fulano le había contado que Mengano había oído que Zutano se había enterado de que en una reunión secreta, que nadie sabe ni dónde ni cuándo ha sido ni quiénes se han reunido, alguien, que

tampoco se sabe quién es, había dicho que no se iba a hacer nada sin nosotros. Eso te dije. ¿Y sabes lo que significa eso? Eso no significa una mierda, ni eso significa. Será posible, Anita, será posible... Que yo, ahora mismo, ni siquiera soy español, joder, que yo no tengo pasaporte, ni español ni francés ni de ninguna parte, sólo papeles de refugiado político y un carné del Partido Comunista de España, que está también prohibido en Francia, por cierto. ¿Adónde quieres que vaya yo con eso?

—Pues Aurelio...

—Aurelio estaba enfermo y yo no.

—Eso no tiene que ver.

—¡Claro que tiene que ver! Aurelio está jubilado y yo no, yo tengo cincuenta y siete años y no puedo vivir del aire, Anita, no me puedo marchar así como así, y tú tampoco. Tú tendrás que hablar con tu socia, vamos, digo yo, tendrás que decidir qué vais a hacer, si te compra tu parte o si cerráis la guardería, y yo tengo que encontrar trabajo, yo no puedo...

—Pero ya has hablado con Marcel, y él...

—¡Él nada! Él hará lo que pueda, pero cuando pueda, y ahora no se puede, ahora hay que esperar, ver qué pasa, cómo evoluciona todo. Eso es lo que voy a hacer yo, por lo menos. Si tú quieres volverte antes, ya sabes. Habla con tu hijo, que estará encantado.

—¡Qué cabezón eres, Ignacio! —la abuela movió la cabeza de un lado a otro, como si después de una larga carrera repetida muchas veces hubiera llegado una vez más al muro alto, liso, conocido, que nunca sería capaz de franquear.

—No soy cabezón —él contestó sin levantar la voz, casi con dulzura—, soy realista.

—Nada, de realista nada. Cabezón, cabezón, cabezón, eso es lo que eres, nunca he conocido a nadie tan cabezón como tú.

Su marido renunció a defenderse de esa acusación. Volvió a sentarse en su silla, rellenó su copa, probó su contenido, jugó con ella un rato, y nadie se atrevió a hablar, aunque Raquel se dio cuenta de que su padre estaba sonriendo a su madre, que le devolvió la sonrisa a escondidas mientras el tío Hervé, definitivamente harto, escondía la cara entre los brazos, que había cruzado antes sobre la mesa.

—Y por cierto... —al escuchar de nuevo la voz de su marido, la abuela se puso tiesa, pero él ya no se dirigía a ella, sino a su hijo—. ¿Por dónde dices que vives?

—En una urbanización de cuatro edificios con un jardín común, cerca de Arturo Soria.

—¿Y eso dónde está?

—Pues no sé cómo explicártelo... Al final de la calle de Alcalá, pero al final del todo, más allá de la plaza de toros.

—¿En la Ciudad Lineal?

—No, más lejos. En la carretera de Canillejas.

—¿En Canillejas? —Ignacio Fernández miró a su hijo con una cara de susto casi infantil, las cejas muy levantadas, los ojos grandes, la boca abierta—. Pero si eso está lejísimos de Madrid...

—Estaba, papá, estaba. Ahora ya no está, ahora es Madrid. La ciudad ha crecido mucho desde que tú te fuiste.

—Pues yo, desde luego, no pienso vivir en Canillejas —dijo, y miró a su mujer, que le respondió con una sonrisa extraña, mientras movía la cabeza como si pretendiera darse la razón a sí misma.

—¿Y qué quieres? —su hijo también sonrió—. No creo que encuentres nada en la mismísima glorieta de Bilbao.

—Pues si no es allí, lo más cerca que pueda.

¿Cómo se llama esta plaza? Un año después, ésa fue la primera pregunta que Raquel le hizo al portero, mientras le ayudaba a quitar un cartel azul y amarillo del balcón de un piso que, al parecer, ya no estaba en venta. Plaza de los Guardias de Corps, contestó él. ¡Qué difícil!, calculó ella en voz alta, y aquel hombre, que le había dicho a mamá que ya sabía que el piso era un poco caro pero que en aquel barrio no iban a encontrar nada mejor, se lo apuntó en un papel. ¿Y a cuánto está de la glorieta de Bilbao?, preguntó luego. ¿Andando?, quiso saber él, y ella asintió, a diez minutos yendo despacio... Eso no es mucho, ¿verdad? No, qué va... Yo diría que es muy poco.

Te va a encantar, abuelo, te va a encantar, le anunció luego, cuando volvieron a casa y se precipitó sobre el teléfono para ser la primera en darle la noticia, no te imaginas lo grande que es el cielo desde allí.

Mi madre colapsó el buzón de mi móvil en la hora y media que duró mi segunda clase de aquella mañana. Álvaro, hijo, soy mamá, que no se te olvide darle a Lisette el dinero para el jardinero; Álvaro, hijo, acuérdate de recoger el correo, a ver si te lo vas a dejar allí, que eres muy despistado; Álvaro, hijo, cuando recojas el correo, míralo bien y tira todo lo que sea propaganda, por favor, que ahora no tengo la cabeza para tonterías; Álvaro, hijo, en vez de comer algo deprisa y corriendo en el bar de la facultad, que a saber qué os darán, pídele a Lisette que te haga una comida rápida en casa, que ya sabes que es muy dispuesta para la cocina; Álvaro, hijo, llámame al salir de La Moraleja, no sea que haya bajado con tu hermana a comprar, o a dar un paseo, o algo... Borré todos los mensajes antes de marcharme de la facultad, mientras esperaba en la barra del bar a que me trajeran una cerveza y dos montaditos de lomo, la especialidad de la casa, famosa en toda la Autónoma por más que las malas lenguas digan que el secreto de su sabor consiste en que la cocinera jamás lava la plancha, y luego dejé un recado en el buzón de Mai, la única despistada de los dos, para recordarle que aquella tarde no podía ir al colegio a recoger a nuestro hijo, porque me había llegado el turno de hacer lo que mi madre llamaba «ir a darle una vuelta» a su casa.

Había pasado poco menos de un mes desde la muerte de mi padre, y deduje sin dificultad que habría confiado antes la misma tarea a mis dos hermanos varones, en riguroso orden de edad y excluyendo a las mujeres, según su costumbre. No sabía qué habían sentido ellos al volver a una casa que inevitablemente conservaría aún las huellas de papá, su forma de disponer los objetos sobre la mesa de su despacho, el ángulo de su sillón favorito frente al televisor, su cepillo de dientes quizás en el vaso del cuarto de baño, porque todavía nos encontrábamos en esa fase autista y generosa de los duelos, en la que cada uno procura evitar a los demás la sobrecarga de su propio dolor, y espera que le ahorren la proporcional cuota de dolor ajeno. Íbamos casi todas las tardes a estar un rato con mi madre, y por eso nos veíamos con una frecuencia muy superior a la que habíamos practicado en mucho tiempo, pero en virtud de un pacto tácito, riguroso, esquivábamos la memoria reciente y fragmentada de nuestros años adultos para instalarnos en los recuerdos comunes de una infancia compartida, más dulce y fácil de digerir para todos.

En tiempos de paz, cuando ningún conflicto exterior perturbaba las conversaciones de conveniencia, el tiempo, el fútbol, los hijos, en la mínima y cómoda rutina de una comida semanal a la que casi siempre faltaba alguno, yo me llevaba bien con todos mis hermanos. Pero los últimos tiempos no habían sido pacíficos, y algunas comidas familiares, algunas fiestas de cumpleaños de los niños, y hasta la Nochebuena del año 2003, habían desembocado en unas broncas monumentales que rompieron el freno que siempre había representado la repugnancia de mi padre por las discusiones políticas para reproducir, a pequeña escala, las

tensiones que sacudían al país entero. En el comedor de su casa, la correlación de fuerzas reproducía la composición del Parlamento. La derecha tenía la mayoría absoluta, pero la izquierda, mi mujer, mi cuñado Adolfo y yo, con el apoyo pasivo y casi siempre silencioso de mi hermana Angélica, era apasionada, peleona. El radicalismo de nuestras posiciones se había ido alimentando mutuamente hasta el punto de que yo, que me había afiliado muchos años antes a un sindicato sólo por apoyar a mi amigo Fernando y había ido adoptando posiciones políticas más por instinto que por necesidad, me encontré arengando a mis alumnos contra el gobierno antes de que se convocara la huelga general de 2002, y ni siquiera me asombré de mi elocuencia. Eran tiempos de guerra, y aunque el conflicto sólo fuera simbólico, ideológico, la necesidad afilaba los instintos. Los míos seguían reluciendo como cuchillos el primer día de marzo de 2005, cuando la muerte de nuestro padre cohesionó a todos sus hijos con el pegamento rápido de un solo sufrimiento dividido entre cinco, pero ya se empezaban a notar las junturas, las grietas antiguas y las nuevas, más sensibles todavía a la estructura coyuntural del adhesivo.

Como sucede en casi todas las familias numerosas, la nuestra había estado dividida desde siempre en dos grupos clásicos, el de los mayores, Rafa, Angélica y Julio, y el de los pequeños, que integrábamos Clara y yo. El detalle de que Julio me sacara un año menos de los cinco que yo le llevo a Clara, nunca había contado, pero con el paso del tiempo empezaron a contar otros factores transversales, que completaron esta división vertical con otras horizontales, elaborando un diagrama más complejo para todos, excepto para mí.

Rafa y Julio trabajaban juntos. Ambos habían seguido los deseos de mi padre, que sugirió al primero que hiciera Empresariales, encarriló al segundo para que estudiara Derecho, y tenía pensado que yo fuera arquitecto para poder repartir las responsabilidades básicas de sus empresas entre sus tres hijos varones. Cuando le dije que no me apetecía estudiar Arquitectura y que pensaba hacer Físicas, me explicó con mucha insistencia las ventajas de su planteamiento, pero nunca llegó a reprocharme mi decisión, lo que no impidió que yo me sintiera culpable durante mucho tiempo por haberlo decepcionado. La vocación de Angélica, médico en una familia sin antecedentes sanitarios, le gustó mucho más, y la inconstancia de Clara, que empezó dos carreras y no terminó ninguna, le pilló demasiado mayor para enfadarse.

Frente a la solidísima sociedad profesional que vinculaba casi desde la universidad a mis dos hermanos varones, mis hermanas fueron construyendo poco a poco una alianza basada exclusivamente en su género y capaz de superar con progresiva holgura los once años de edad que las separaban. Pero, además, Angélica y Julio compartían la experiencia de haberse divorciado y vuelto a casar, y los dos habían tenido hijos de ambos matrimonios. Rafa y Clara, por su parte, se habían casado sólo una vez, pero con parejas de un nivel social más alto que el nuestro,

aunque en el caso de mi cuñada Isabel, aristócrata por parte de padre y madre, el volumen de la fortuna familiar desluciera bastante el brillo de los apellidos.

En todos estos avatares, yo me había ido quedando al margen. No trabajaba en la empresa paterna, había sido el último en casarme, mi primera y única boda había sido civil, mi mujer era funcionaría de la Comunidad de Madrid, su familia de clase media pelada, y mi hijo, el único nieto de mis padres que iba a un colegio público. Era, además, el único Carrión que votaba a la izquierda, hasta que Angélica, la mujer perfecta, capaz de acoplarse con el sinuoso sigilo de una orquídea tropical al tronco del hombre que tuviera al lado, estrenó el tercer milenio abandonando por sorpresa a su primer marido, un urólogo bastante tonto que ya la había abandonado a ella un par de veces, para colgarse del que se convertiría en el segundo, un oncólogo mucho más listo que ella, atractivo, simpático, ateo militante y más radical que yo.

Desde entonces, mi cuñado Adolfo me apoyaba en todas las discusiones y mi hermana seguía nuestro ritmo con dificultad, porque antes nunca le había interesado la política más allá de una inclinación instintiva, incluso patológica en mi opinión, hacia la causa de la ley y el orden, que consistía en echarle la culpa de todo a las víctimas. Cinco años después de su segunda boda, apenas lograba reprimirla, y supongo que a su marido le emocionaban mucho sus esfuerzos. A mí no, pero le agradecí que hubiera incorporado a alguien interesante a las reuniones familiares.

La solitaria equidistancia de mi posición me permitía mantener una relación parecida con todos mis hermanos, incluso con aquellos, como Rafa y Angélica, a los que quería pero no me caían bien. Julio, que de pequeño parecía eternamente condenado a admirar y emular al primogénito, se había ido desmarcando con soltura de aquel papel hasta convertirse en un hombre muy distinto del que prometía, un personaje sometido a luces y sombras igual de violentas. Era muy simpático, muy divertido, adoraba a sus hijos aunque sólo pensaba en tirarse a cualquier cosa que se moviera, y sabía disfrutar de los placeres de la vida que no cuestan dinero. Era, además, mucho más débil que Rafa, lo que para mí representaba más bien una virtud, y aunque nos separaban muchas cosas, y siempre que la política no anduviera por medio, lo más parecido a un amigo que tenía entre mis hermanos.

Con Clara seguía manteniendo una intimidad especial, vestigio de todos los años durante los que habíamos sido una sola cosa, los pequeños, aunque no dejaba de darme cuenta de que a veces me miraba como a un marciano, como si no acabara de comprender adónde había ido a parar su hermano Álvaro. Nada de esto me había importado mucho hasta el día en que mi padre tuvo otro infarto, y la gravedad del pronóstico se prolongó en una noche larguísima, de la que los cuñados fueron desertando, uno por uno, para dejarnos a solas con mi madre en la sala de espera de la UCI. Entonces, quizás porque no tenía otro recurso para engañar a las horas que empujarían a mi padre hasta el amanecer, les observé y me observé entre ellos, y

pensé en mi familia, en lo que éramos, en lo que habíamos sido, en los rasgos que nos unían y nos separaban, lo que había permanecido y lo que se había llevado el tiempo.

Mi padre llegó vivo al día siguiente y viviría algunos más, casi dos semanas. Desde entonces, mi madre y mis hermanos me resultaban misteriosamente importantes, hasta necesarios, no sólo por lo que representaban en sí mismos, sino por la parte de mí que encerraba cada uno de ellos. Y sabía que no era más que un efecto secundario del dolor, una treta de mi memoria exhausta, sobrecargada por la urgencia de la cuenta atrás, la exigencia de fijar cada fecha, cada lugar, cada imagen de aquel hombre a quien ya nunca podríamos rescatar de la muerte, pero ni sabía, ni quería, ni podía eludir mis propias trampas. Recordar a mi padre era pensar en todos nosotros, recién lavados, peinados y vestidos para posar ante una cámara, en la foto de los sucesivos carnés de familia numerosa que mamá guardaba en el mismo altillo donde estaban también las carpetas con las notas y el libro escolar de cada uno. Y en eso pensé mientras conducía sin ganas, casi con miedo, al encuentro de la ausencia de mi padre, los objetos en su mesa todavía, su sillón frente al televisor, su cepillo de dientes quizás, o su huella vacía y aún más temible en el vaso del cuarto de baño. Pero no contaba con Lisette.

—¡Álvaro! —había abierto la verja del jardín con un mando a distancia, pero ella me estaba esperando delante de la puerta, como si hubiera escuchado el ruido del coche a tiempo—. ¡Pero qué gusto verte!

La miré un momento, desde abajo, por el puro placer de mirarla. Luego, mientras salvaba la media docena de escalones que elevaban el porche sobre el nivel del suelo, me pregunté cómo me recibiría. Delante de mi madre, Lisette me trataba de usted y me llamaba «señoriíto Álvaro». Delante de mi mujer, me tuteaba pero no me besaba cuando me veía. Aquella tarde, como siempre que estábamos los dos solos, me besó en las dos mejillas y después me abrazó, balanceándose contra mí como una madre que consuela a su hijo pequeño.

—¿Cómo estás, niño?

—Bien —le contesté, pero mi sonrisa se deshizo al interpretar el sentido de su pregunta—. Bueno...

—Ya... —ella dejó resbalar despacio las palmas de sus manos sobre mi cuello antes de desprenderse del todo de mí—. Me imagino.

Me miró con una expresión tan compungida que me costó trabajo no volver a sonreír, y la seguí al interior de la casa.

—Tu madre me llamó para avisar que venías —dijo, mientras me precedía hasta el salón—. Te he preparado unos sandwichitos, una ensalada...

—Gracias, Lisette, pero he comido en la facultad, antes de salir.

—¡Ah! —parecía decepcionada—. ¿Y no vas a probar un tocino de cielo, ni siquiera, con el trabajo que me ha costado aprender a hacerlos?

—Bueno —sonreí por fin, pese a todo—. Eso sí.

Lisette era pequeña y concentrada, azucarada y brillante, densa y dulce como el postre que me ofrecía. Tenía cara de muñeca exótica, los ojos rasgados, maquillados con sabiduría, los labios gruesos, rojizos, un cuerpo compacto, menudo y esbelto, con las curvas justas, muy acentuadas, y la piel lujosa, mullida, del color que tienen los caramelos de café con leche. ¿Has visto a la muchacha nueva de mamá, esa que se ha traído de Santo Domingo?, me había preguntado Julio en el cumpleaños de uno de sus hijos, y cuando le contesté que no, se sujetó la cabeza con las manos, ¡joder, no veas qué polvo tiene la tía!, y me pasó un brazo por los hombros antes de concluir, ay, qué verano más malo vamos a pasar, Alvarito...

En ese momento me eché a reír, pero no di demasiado crédito a su profecía, porque mi hermano era tan mujeriego que se tropezaba con un polvo de muerte, o dos, todos los días, aunque sólo saliera de casa a pasear al perro. Sin embargo, cuando vi a Lisette tuve que admitir que, por encima de los indiscriminados y facilones criterios que guiaban su afición, esta vez no había exagerado. Oye, le dije la siguiente vez que nos vimos, cuando mi padre todavía tenía ganas de llevarnos a todos a comer a un restaurante los domingos, que sí, ¿sí de qué?, me preguntó él, de eso que me dijiste del Caribe, le respondí, aunque estábamos solos con Rafa en la barra y ninguna de las mujeres podía oírnos, ¿a que sí?, parecía entusiasmado, yo asentí con la cabeza, la hostia, añadí, ya te lo advertí, replicó él, pero increíble, insistí, acojonante, remachó, ¿queréis dejar de decir gilipolleces?, terció Rafa, al que, según Julio, las mujeres siempre le habían interesado lo justo, o sea, poquísimo, parecéis un par de colegiales salidos, colegiales no, Julio se echó a reír, pero salidos..., y yo me reí con él.

A mí me gustaban las mujeres mucho más que a Rafa, pero me preocupaban mucho menos que a Julio. No las buscaba, no corría detrás de ellas, no las invitaba en los bares ni las perseguía de semáforo en semáforo. Siempre me habían parecido una especie de don, un bien extraordinario que flotaba muy por encima de mi cabeza y de vez en cuando se derramaba sobre mí sin que yo hubiera hecho nada para merecerlo. Jamás he creído merecer la predilección que algunas de ellas han mostrado por mí, aunque sólo sea porque siempre me ha parecido también que, aparte de hermosas, divertidas, suaves, dulces y excitantes, las mujeres son muy raras. Nunca he perdido el tiempo en desentrañar el misterioso mecanismo de sus razonamientos, ni he dudado jamás de que son ellas las que eligen, así que me he limitado a verlas venir, sin lamentarme por las que no están a mi alcance ni considerar que su disposición es un valor en sí mismo, aceptando su existencia como un regalo, con gratitud y sin hacer preguntas. Además, a mí me gustaba mi mujer.

Mai y yo llevábamos nueve años juntos y ninguno de los dos había dado todavía señales de desánimo. Ella seguía siendo alegre, tranquila y paciente, no se metía

demasiado en los aspectos de mi vida que no la concernían, y preservaba la independencia de la suya. Yo agradecía su falta de exigencia y celebraba que no echara de menos la exasperación aguda y dolorosa de otros amores, como los que mantenían postradas a algunas de sus amigas antes de propulsarlas hasta el vértice de una montaña rusa que desembocaba sin remedio en una sucesiva postración, su vida entera una tormenta a punto de estallar, el mismo rayo acertando de pleno en el mismo pararrayos para hacer temblar un edificio habituado a sacudirse una y otra vez desde sus cimientos, sin derrumbarse jamás.

—Esto es el colmo, es que es una imbécil, no te vas a creer lo que ha hecho esta vez... —me advertía antes aún de colgar el teléfono, indignada por aquellos excesos que a mí sólo me divertían, porque me parecían increíbles, inverosímiles de puro exagerados.

Luego se recostaba en el sofá del salón para que le acariciara el pelo mientras me ponía al día de cualquiera de aquellas pasiones interminables, celos, broncas, sospechas, súplicas, reconciliaciones, sexo salvaje, viajes de negocios, celos, broncas, sospechas otra vez, y yo dudaba de que ella no sintiera a veces una punzada de extrañeza profunda, más allá de la razonable incomprensión de los mecanismos que anulan la razón y la experiencia a favor de una felicidad incierta, mítica, escurridiza e incorpórea como el humo. O no. Quizás no.

Yo no lo sabía porque nunca había tenido acceso a esa clase de dolor, o de alegría, y por eso, algunas noches, al escuchar a Mai, me preguntaba si ella no tendría las mismas dudas que yo, si nunca se habría interrogado por el balance de nuestra propia vida, qué nos estábamos perdiendo a cambio de ganar la imagen de pareja ideal, serena, estable, equilibrada, con la que los dos parecíamos igual de conformes. Pero jamás descubrí en mi mujer el menor indicio de insatisfacción, ni siquiera en el plano hipotético, teórico, imaginario, en el que se situaban mis tímidas conjeturas, esa estúpida debilidad mía que cesaba en el instante en que era consciente de ella. Bastaba sólo un instante para hacerme recordar que quería mucho a Mai, que me gustaba, y que éramos felices juntos. Eso siempre había sido suficiente en las situaciones de riesgo, y aunque en algunos momentos raros, aislados, había cedido a la tentación, sólo le había sido infiel lejos de casa y con mujeres casuales que no me gustaban demasiado, o al menos, no lo suficiente como para poner en duda el carácter deportivo y excepcional de una noche tonta. Cuando presentía que cualquier mujer podía llegar a gustarme más que eso, me armaba hasta las cejas.

Por eso no sufrí el primer verano que Lisette pasó en casa de mis padres, y mantenía con ella desde entonces una relación peculiar, un coqueteo inocuo, intermitente y moderadamente placentero que no me inquietaba en absoluto. Era un experto en esa clase de juegos, y ellas, las mujeres que más me gustaban, Lisette, la secretaria del museo, alguna compañera del departamento, se daban cuenta. A veces,

sobre todo cuando eran muy jóvenes, mi falta de ambición las ofendía, pero en general nos divertíamos.

—Muy bueno —reconocí al terminar el tocino de cielo—. Cada día te salen mejor.

—Gracias —sonrió—. Y tu madre..., ¿cómo está?

—Mal. Ella dice lo contrario, pero... De todas formas, le viene bien estar en casa de Clara. Se pasa la vida organizándoselo todo, la despensa, los armarios, el trastero —Lisette volvió a sonreír—. Mi hermana debe de estar desesperada, pero ella se entretiene.

—Tú crees que va a volver, ¿verdad?

—¡Pues claro que va a volver! —exageré el tono de mi respuesta porque había detectado cierta angustia en su voz, y me di cuenta de que temía por su puesto de trabajo—. Parece mentira, Lisette, ni que no la conocieras... Se lleva con Curro tan mal como siempre, y antes o después, se aburrirá de pasarse el día ordenando lo que ya ha ordenado el día anterior. Clara sale de cuentas el mes que viene y mamá esperará a que nazca la niña, desde luego, pero a mediados de junio, en cuanto empiece a hacer calor, se vendrá para acá, eso seguro. Ya sabes que le encanta traerse a los nietos en verano.

—Yo podría ir con ella, para ayudarla y eso —frunció los labios en una mueca extrañada y dolida al mismo tiempo—. Se lo digo siempre, pero no quiere.

—Claro que no. Porque va a volver. Y necesita que estés tú aquí pendiente de todo, de pagar al jardinero, a la asistenta... Por cierto, te he traído dinero —busqué en mi cartera media docena de sobres cerrados, que mi madre había reunido con una goma después de identificarlos con su caligrafía picuda y elegante, de trazos largos, antiguos—. ¿Y el correo?

—Está en el despacho de tu padre —improvisó a destiempo un gesto de disculpa —. Siempre lo dejaba allí. Si quieres, te lo traigo...

—No. Voy contigo.

No sabía cómo se habían sentido mis hermanos pero sabía que yo iba a sentirme muy mal, y sin embargo no había previsto la clase de tristeza que respiraba en los objetos, que latía en los techos, en las paredes, que enrarecía el aire e impregnaba el espacio de aquella casa con una pátina invisible y anacrónica, como de antigua, imposible novedad. Cada paso que daba, cada puerta que abría, cada cosa que tocaba, eran pasos, puertas, cosas que existían en una realidad a la que mi padre ya no pertenecía, y que afirmaban su ausencia en la inevitable familiaridad de mi mirada, de mis manos, de mis pies, mientras recorría un camino que habría podido completar con los ojos vendados.

La materia no tiene espíritu y sin embargo, mi cuerpo sin alma se dolió de la implacable memoria de una habitación, un escritorio antiguo, de madera, un sillón de

cuero color vino, una alfombra persa de colores pálidos, dos butacas y un sofá al fondo, ante una mesa baja, dando la espalda a una gran librería de madera con puertas de cristal. El despacho olía a mi padre, conservaba el tacto de sus dedos, el sonido de su voz, la costumbre de los ojos que lo habían recorrido sin sorpresa día tras día, año tras año, descuidados del momento en el que unos dedos temblorosos y amantes los esconderían para siempre bajo el consuelo estéril de los párpados. En esa habitación habían ocurrido también episodios importantes de mi vida. Allí me escondía cuando era un adolescente para hablar por teléfono con mis novias o para leer libros prohibidos, allí declaré mis intenciones de no estudiar Arquitectura y anuncié que me habían dado una beca para hacer otro doctorado en una universidad norteamericana, allí le conté a mi padre que me iba a casar con Mai y que iba a tener un hijo, pero nada de eso tenía valor ahora, mientras la brutalidad del brillo de los muebles, el suelo recién encerado, la matemática precisión de los ángulos que trazaban la mesa y el sillón, la grapadora y el abrecartas, la agenda y el estuche de las plumas, afirmaban la definitiva desaparición del hombre que nunca volvería a usarlos. Atrapado en la imagen imposible, cadavérica, de aquella habitación ordenada y reluciente como la sala de un museo, volví a sucumbir a la certeza de lo definitivo y me pregunté cuántas veces más sucedería, cuándo podría empezar a recordar a mi padre por mi propia voluntad, libre de la presión de los ritos y de los objetos, de la bienintencionada hostilidad de las palabras y las ceremonias, los paisajes y el calendario.

Yo quería a mi padre. Lo admiraba, lo necesitaba, lo echaba de menos, y sabía que sería así toda la vida, pero aún no había aprendido a conjugar los verbos en pasado. No era fácil. La muerte iguala a los mortales, les da nombre y naturaleza, pero su mísera magnanimidad democrática se estrella contra la despojada conciencia de los supervivientes. Todos los muertos son iguales, decimos, pero no es verdad, no en la memoria de cada uno. Mi padre era un hombre mucho más extraordinario de lo que hemos llegado a ser sus hijos, y su fuerza, su energía, su entereza se reflejaban en nosotros para mantenernos enteros, unidos, con más eficacia que las amorosas estrategias de mi madre. Yo era el que mejor lo sabía, porque era también el que más se había alejado de él, el único que no se había esforzado en parecérsele. Por encima del abismo que separaba mis propias convicciones de las suyas, ahora lamentaba esa distancia, y la seguridad de que era insalvable no me consolaba. Él siempre había sabido que le quería, que le admiraba, que le necesitaba, pero tampoco eso bastaba para desalojar la insistente sospecha de mi culpa, la de haber acabado siendo el hijo que él nunca habría querido tener. En eso tampoco me parecía a mis hermanos y eso era lo que me atormentaba más que a ellos.

No era fácil ser hijo de un hombre como mi padre, una máquina de seducir, un conquistador innato, un mago, un hipnotizador, un genio de la lámpara de su propio encanto. Nunca había conocido a nadie a quien no le cayera bien, nadie que no le

quisiera, que no se le rindiera, que no codiciara con ansia su presencia, su compañía. Nadie excepto, quizás, yo algunas veces, cuando me miraba en él como en un espejo y me sentía abrumado por la diferencia, disminuido por su superioridad, receloso de su suerte. Ni siquiera llegué a ser más alto que él, y los dos centímetros que no crecí para igualar su estatura se agigantaron en mi conciencia adolescente como una metáfora de mi incapacidad para estar a su altura.

Algunas veces me he sentido orgulloso de mí mismo, pero nunca he logrado que mi padre se sintiera orgulloso de mí. Y sin embargo, y a pesar de que yo era el único de sus hijos que cuestionaba su modelo, el cúmulo de virtudes que representaba, él fue siempre más generoso conmigo de lo que yo era con él, como si hubiera adivinado que mis disidencias no eran un capricho, sino una necesidad que surgía de mi inferioridad, la opción tal vez cobarde, pero también sensata, que me llevó a intentar ser un hombre distinto, en lugar de seguir el ejemplo de Rafa, el ejemplo de Julio, para convertirme en la tercera réplica defectuosa de nuestro padre. No era fácil ser hijo de un hombre como él, no lo había sido para mí, al menos, y esa dificultad casi olvidada, enterrada en la arena de los días que se habían sucedido sin pausa y sin dolor desde los tiempos en los que era la persona más importante de mi vida, volvía a brotar en cada segundo que dedicaba a recordarle. La muerte es atroz, es salvaje e impía, insensible, cínica y mentirosa, también mentirosa. Pero saberlo no me servía de nada.

—¿Esto es todo lo que hay? —Lisette me lo confirmó con la cabeza mientras recogía el mazo de cartas que descansaba en una esquina de la mesa, como un desafío de la actualidad, la realidad objetiva de los calendarios y los relojes, en aquella habitación donde el tiempo nunca volvería a pasar como antes—. Me lo llevo al salón.

No quería sentarme en su sillón, no quería apoyar las manos en su mesa, tocar sus cosas, pero al salir no pude dejar de ver los huecos de la pared.

—¿Y las fotos que había aquí? —preguntaba por tres retratos enmarcados, uno de mi padre, con uniforme del ejército alemán, posando al lado de un avión, otro en el que mi madre y él se miraban de perfil, sonriéndose el uno al otro, ella casi una niña, él un hombre ya, el apellido y la dirección de un fotógrafo de la Gran Vía en el ángulo inferior derecho, y una instantánea quemada por los bordes en la que mi padre aparecía entre mis dos hermanos mayores, vestidos con el uniforme del equipo de fútbol del colegio.

—Se las ha llevado Rafa —Lisette me dedicó una expresión cautelosa, que se convirtió en sonrisa cuando me vio sonreír—. Julio se ha llevado la foto de tu madre que estaba encima de la mesa, en un marco de plata, no sé si te acuerdas... Las niñas no han venido todavía. ¿Tú no te vas a llevar nada?

Me tomé un par de segundos para meditar esa respuesta, calculé en qué temible

grado habría incrementado la muerte el culto ñoño e incondicional que rendía mi hermano Rafa a la personalidad de mi padre, y negué con la cabeza.

—Todavía no —respondí por fin—. Tengo que pensármelo.

No tardé mucho tiempo en clasificar el correo, una treintena de cartas entre las que había menos publicidad que sobres cuadrados de papel caro, escritos a mano, en los que identifiqué otros tantos pésames tardíos. Había también algunos recibos, que Lisette se quedó para archivarlos con los demás, y cinco cartas de distintos bancos, cuatro en sobres corrientes, con ventanita, y otra en un sobre cerrado, que abrí para descartar que contuviera la oferta publicitaria de un crédito, una cubertería de plata o un ordenador portátil. Cuando comprobé que se trataba de una carta personal de un asesor de inversiones, la guardé con las demás. Me despedí de Lisette con dos besos distraídos, silenciosos, y me marché a Madrid.

La carretera de Burgos estaba tan atascada que, a la altura de Alcobendas, tuve tiempo para comprobar que la fachada del museo interactivo con el que colaboraba desde hacía algunos años, ya estaba libre de las banderolas anaranjadas que habían anunciado durante un trimestre la exposición sobre Marte que nos había prestado un museo alemán. La próxima sería sobre agujeros negros, y la había montado yo solo. Estaba muy contento del resultado, pero eso no impidió que, mucho antes de llegar a Madrid, me encontrara pensando en la mujer del cementerio, como me sucedía, desde hacía casi un mes, en algún momento de todos los días.

Pensaba en ella y pensaba en mí, y apenas lograba reconstruir el misterioso estado en el que me hallaba cuando la vi, aquel súbito exceso de conciencia que la había presentido, y que la mantendría para siempre en mi memoria como un ingrediente póstumo, oscuro y oculto, de la figura de mi propio padre.

No me atrevía a hablar de esto con nadie más, porque me daba cuenta de que mi insistencia tenía un aspecto enfermizo que tampoco lograba explicarme, pero me había llevado hasta el ayuntamiento de Torrelodones para confirmar que no se había celebrado ningún otro entierro el mismo día, ni el anterior. Al día siguiente, en cambio, se había enterrado a dos personas, un motorista de diecinueve años, muerto en accidente de tráfico, y una mujer muy mayor, nacida en el pueblo. La funcionaría que me atendió, y que aceptó sin hacer preguntas mis embarulladas explicaciones acerca de una confusión con la factura del coche fúnebre, me contó que ahora la población había crecido mucho, pero la mayoría de los recién llegados eran madrileños y sus familiares preferían devolverlos a Madrid cuando morían. Lo de tu padre es distinto, claro, porque él era de aquí, me dijo, y en ese momento me despedí deprisa y salí disparado, porque mi hermana Angélica era capaz de ingresarme en un sanatorio si algún conocido le comentaba que yo había vuelto al pueblo para hacer esa clase de preguntas.

Mi insistencia tenía un aspecto enfermizo, yo lo sabía, pero aquella visita descartó para siempre el consuelo de la casualidad, porque los accidentes de tráfico no se adivinan y todos los descendientes de las personas que llegan a morirse de viejas se conocen de sobra en un pueblo como aquél. La presencia de una mujer desconocida en el entierro de mi padre no era un error, una equivocación, ni una confusión de ningún tipo. Debería haberlo lamentado, pero me sentí extrañamente reconfortado, hasta satisfecho por eso. No le conté nada a nadie, ni siquiera a Mai, y sin embargo, fue ella quien me guió sin querer en una dirección imprevista.

—Oye, Álvaro —me dijo aquella misma noche, cuando Miguelito ya estaba acostado y los dos cenábamos a solas y en paz, en la cocina—. He estado pensando... ¿Cuántos años tenía tu padre cuando se casó con tu madre?

—Pues, no sé. A ver, déjame... Él nació en el 22 y se casaron en el 56. Treinta y cuatro.

—Ya... —asintió despacio, como si masticara el dato junto con la ensalada—. Eso había calculado yo.

—¿Por qué?

—No sé. Es que es alucinante, ¿no?, un hombre que ha vivido ochenta y tres años, que no se casó hasta los treinta y cuatro, al que le pasaron tantas cosas, una guerra civil, una guerra mundial, todo eso. Y nos parece normal, claro, porque era él, y le conocíamos, y conocíamos su historia desde siempre. Pero en realidad, hay muchas cosas de su vida que no sabemos, que yo por lo menos no sé y que tú no me has contado. A lo mejor tuvo un montón de novias antes, ¿no?, en Rusia, por ejemplo, figúrate... No sé, ahora tengo la sensación de que tendríamos que haberle hecho muchas más preguntas, de que hemos perdido la oportunidad de recordarle mejor, es difícil de explicar. Igual es sólo que le echo de menos —me miró, cogió mi mano por encima de la mesa, la apretó—. Yo le quería mucho, Álvaro, ya lo sabes...

—Él te quería mucho a ti —le respondí, apretando su mano a la vez.

Mai había sido una de las grandes conquistas de mi padre. Cuando la conocí, unos meses después de volver de Boston, yo estaba aún convaleciente de un noviazgo irregular y complicadísimo con una norteamericana de origen asiático que se llamaba Loma y era encantadora e insoportable a partes iguales, a menudo en el mismo día, con frecuencia en la misma hora, a veces incluso en minutos sucesivos. Al principio pensé que eso era la célebre pasión, pero con el tiempo me convencí de que debía de padecer más bien un trastorno nervioso de algún tipo, la dejé, y ella se dedicó a destrozarme la vida. Nunca había pensado en quedarme a vivir en Estados Unidos, pero Loma fue el factor decisivo de mi regreso a España. Cuando volví a Madrid, lo último que me apetecía era empezar otra vez, y sin embargo, treinta años, soltero, funcionario, a mi alrededor todo el mundo conspiraba sin descanso para emparejarme. Mai no estaba incluida en ninguna de esas operaciones, y sin embargo

se acostó conmigo la misma noche que la conocí.

¡Qué pena!, me dijo a la mañana siguiente, pero, en fin, así es la vida, ¿no? Me he tirado un montón de años esperando a que apareciera un tío interesante, y ahora que estoy medio ennoviada, de repente, vas y apareces tú... Nos despedimos con un beso lánguido y la inevitable melancolía de los hasta nunca, pero no habían pasado ni ocho meses cuando mi amigo Fernando, que estaba casado con una prima hermana suya, volvió a invitarme a una fiesta.

—No me han contado nada pero me temo lo peor —me advirtió—. Ándate con ojo porque esto me huele a cacería y tengo la impresión de que te han adjudicado el papel de zorro...

Me eché a reír y él se me quedó mirando con una sonrisa burlona.

—¿Qué pasa, que te gusta la idea? —añadió entonces.

—No lo sé —le contesté—, eso deberías decírmelo tú, que eres el experto en esa familia.

—Bueno, las hay peores —admitió, antes de mover la mano derecha en al aire para bendecirme hasta que a los dos nos dio la risa—, pero luego no digas que no te lo advertí...

¿Qué ha pasado con tu novio?, le pregunté a Mai cuando la vi, aunque ya lo había deducido de su aspecto, mucho más sofisticado, más elaborado que la primera vez. Nada, me contestó, ése es el problema, que no acaba de pasarme nada. Estaba muy guapa, con un vestido marrón escotado y corto, mechas anaranjadas en el pelo, los ojos relucientes de decisión, ese brillo salvaje que enciende los ojos de las mujeres cuando van de caza. Me alegro, le dije, me he acordado mucho de ti. Eso no habría sido verdad del todo diez minutos antes de la exhibición de clarividencia que el profesor Cisneros me había dedicado en su despacho de la facultad, pero lo fue entonces, mientras ella dejaba caer un poco la cabeza para sonreírme de lado, descarada, tentadora, perfecta. Y no lo dudé. Ni aquella noche, ni a la mañana siguiente, ni unos meses más tarde, cuando dejó caer que estaba pensando en venirse a vivir a mi casa porque ya no dormía nunca en la suya.

El único momento de incertidumbre de todo el proceso tuvo lugar algún tiempo después, cuando ya había agotado todas las excusas imaginables para esquivar la curiosidad de mi familia. Era julio, hacía mucho calor, pero Mai no quiso ponerse un biquini debajo de la ropa, ni siquiera lo metió en el bolso, y mientras atravesábamos la verja, bastante imponente de por sí, de la imponente propiedad de mi padre en una de las zonas más caras de La Moraleja, parecía tan abrumada que, por un instante, hasta llegué a pensar que nuestra historia no sobreviviría a aquella paella. Dios mío, dijo cuando aparqué el coche en el hueco que me habían dejado los de mis hermanos, todos ellos sentados ya en el porche, formados alrededor de mis padres como los miembros de un tribunal. Cuando empezamos a subir los escalones, él se levantó, se

adelantó unos pasos y nos dedicó una versión específicamente encantadora de su famosa sonrisa radiante. En ese momento pensé que mi novia, que era muy inteligente y mucho más desconfiada que yo, recelaría de la impecable calidad de su simpatía. Pero me equivoqué.

Con el tiempo, Mai se convertiría en la nuera favorita de mi padre, la única que seguiría mereciendo hasta el final una atención constante y ambigua, el afecto en absoluto paternal, incluso infiltrado por ciertos gestos de seducción nostálgica de los que no sé hasta qué punto eran ambos conscientes, al que Julio Carrión había recurrido siempre para conquistar a las mujeres de sus hijos, frente a la complicidad viril, repleta de sobrentendidos entre machotes, que ofrecía a sus yernos con el mismo éxito. A mí me divertían mucho los apartes de mi padre y mi mujer, y aún más los celos de mi madre, y hasta los de mis hermanos, que no podían soportar la azarosa ventaja que aquella chica corriente, que ni siquiera había sido nunca un buen partido, me daba a destiempo sobre ellos. En mi familia se competía por el favor, por el amor de mi padre, siempre había sido así, y a diferencia de mí, Mai no tenía oposición. La mujer de Rafa era más bien fea, bastante borde y, sobre todo, muy, muy lenta, incapaz de seguir los juegos de palabras, los retruécanos y las dobles intenciones de su suegro, que a veces perdía la paciencia y le decía en un tono de exageración jocosa que no terminaba de ocultar del todo su irritación, hay que ver, Isabel, ni que fueras tonta. La primera mujer de Julio, Asun, mona, discreta, mansa y muy sensible a su encanto, le gustaba más, pero la perdió antes de tiempo. En 1999, unas semanas antes de su décimo aniversario de boda, mi hermano la dejó por otra, que para mi padre nunca dejaría de ser precisamente eso, la otra.

—Pero ¿tú la has visto bien? —me preguntó cuando me atreví a iniciar una tímida defensa, el coche de Julio circulando aún por el sendero que atravesaba el jardín.

—Sí, papá —admití, y sucumbí a una risa tonta que ayudaba muy poco a mis bondadosas intenciones—. La conocí antes que nadie.

Quiero pedirte un favor, Álvaro... Aquella mañana había detectado el nerviosismo de mi hermano en su voz como si lo tuviera delante y no al otro lado del teléfono, es muy importante para mí, no puedes decirme que no... Aquel prólogo, mucho más solemne que el habitual oye, Alvarito, que soy Julio, que tú en este momento estás comiendo conmigo, que tengo que informarte de la situación de la empresa y se nos va a hacer muy tarde, ¿vale?, me alertó de la excepcionalidad de la situación, pero no me preparó para lo que vendría después. Mai y tú tenéis que cenar conmigo un día de éstos, os quiero presentar a mi novia. ¿Qué novia?, le pregunté, bueno, es que..., verás, me contestó, yo me he divorciado... Todavía no, objeté, hacía sólo dos semanas que nos habíamos enterado de que se iba a separar, bueno, pues me estoy divorciando, eso da lo mismo, ¿o no? No se lo negué y él cogió carrerilla, es una chica estupenda, de verdad, maravillosa, me gusta muchísimo, creo que nunca he

estado tan enamorado de nadie, y vosotros sois los progres de la familia, Álvaro, se supone que estáis de mi parte... Tampoco le llevé la contraria en eso, él tomó aliento y siguió, más tranquilo. Es que Verónica, porque se llama Verónica, pues..., no se fía de mí, no me extraña, pensé yo, pero no dije nada, y yo voy en serio, te juro que voy en serio, pero ella no está segura, porque le conté que me había divorciado..., en fin, mucho antes, te lo puedes figurar, y está mosqueada, ¿sabes?, necesito presentarle a algún Carrión pero ya, y no puedo recurrir a nadie más, he pensado que a vosotros os da igual, ¿o no?, si ni siquiera estáis casados por la Iglesia, Álvaro, no me jodas, no me irás a decir ahora que creéis que el matrimonio es para toda la vida... A Mai no le sentó muy bien la urgencia de mi hermano, pero estuvo de acuerdo conmigo en que no podíamos negarnos, y al final, e incluso en contra de sus propios principios, se divirtió tanto como yo.

Julio nos invitó a cenar en el restaurante más lujoso, famoso y selecto que se le ocurrió, un alarde que perjudicó desde el primer momento los intereses de su novia, una chica de veintiséis años y belleza indiscutible, por más que Mai se empeñara en discutirla. Verónica, que tenía un expediente académico bastante aceptable aunque nadie pudiera creerlo a simple vista, llevaba un maquillaje que le sacaba un par de décadas, acababa de salir de la peluquería, se había pintado lunares de purpurina en las uñas, e iba enfundada a presión en un conjunto de minifalda y chaqueta de una talla menos, o dos, de la que le habría aconsejado cualquier dependienta, pero cuyo tejido vaquero, lleno de parches de lentejuelas, espejos y bordados de colores, bastó para que Mai reconociera de lejos la firma de un modista italiano sofisticado y sobre todo, me dijo, carísimo.

Así, y allí, se parecía demasiado a todas las demás veinteañeras, pocas, y treintañeras escasas, bastantes, que estaban cenando en el mismo lugar, a la misma hora, con hombres ricos, algunos de los cuales tenían edad de sobra para ser el padre de su novio, que todavía no había cumplido los cuarenta. Mi hermano Julio es así. Siempre se ha comportado como si considerara que la reflexión no es más que un trámite engorroso, y además superfluo. Su estrategia de aquella noche era una consecuencia de lo que él entendía por acción y de los resultados que solía cosechar, porque en un restaurante normal, y a pesar de los doce años que los separaban, la pareja que formaba con Verónica no habría llamado la atención más allá del escote, espléndido, es el sujetador, me susurró Mai, que desbordaba los límites de una especie de corsé de color negro y efectos quizás no suficientes para justificar la ruina de una familia, pero, desde luego, muy perturbadores. Claro que eso no se lo dije a mi mujer, y si me puse de parte de mi hermano no fue por el escote de su novia, sino porque ella era lista aunque no lo pareciera, porque miraba a Julio como si fuera Dios, y porque él la correspondía con miradas de dios pagano, humano, todopoderoso en su pequeñez de mortal atrapado en la formidable ingravidez de sus pechos. Un

mes y medio después, cuando en contra de todas mis calculadas recomendaciones de cautela y paciencia, apareció con ella sin avisar en la comida del cumpleaños de mi padre, él no se dejó engañar por la modestia de su camiseta, sin embargo.

—¡Pero si es un putón, Álvaro, hijo, por Dios, no hay más que verla!
—y se limitó a trasladar su escándalo desde el cuerpo de su futura nuera hasta mis ojos—. Hombre, de tu hermano no me extraña, porque Julio piensa con la polla, ya se sabe, pero tú eres más listo, vamos, creo yo...

—Que no, papá, si yo te entiendo —le interrumpí con suavidad—, si es verdad que parece un putón, pero yo tengo la impresión de que no lo es. Yo creo que es una buena chica, en serio.

—Buena, no te digo yo que no... Y para ponerle los cuernos a tu hermano, seguro. Dentro de un mes, ése no entra por las puertas.

—Ya verás como no, papá —insistí—. Ya verás como es al revés.

Tenía razón, y de eso también me enteré yo antes que nadie. Oye, Alvarito, que soy tu hermano Julio, que tú en este momento estás comiendo conmigo, que tengo que informarte de la situación de la empresa y se nos va a hacer muy tarde, ¿vale? No había pasado ni un año desde la boda, y sin embargo Julio y Verónica siguieron llevándose bien, siendo felices a su manera descompensada, elemental pero eficaz, y de vez en cuando, y aunque habían tenido dos hijos muy seguidos y aún eran tan pequeños que su madre los llevaba encima a todas partes, ella volvía a vestirse como antes y él a mirarla como un dios olímpico, cautivo en su inservible omnipotencia. Hasta que un día mi padre tuvo un infarto grave y lo hospitalizaron por primera vez, seis meses antes de la que sería definitiva, y Julio entró una tarde en el hospital llorando como un crío, porque Verónica le había pillado dos veces seguidas, y sin broncas, sin gritos, sin amenazas, había empezado a hacer las maletas.

Mi hermano me lo contó entre sollozos, ahora ya tienes la casa para ti solo, le había dicho en la puerta, ya no hace falta que pidas más favores, que te acuerdes de borrar todos los mensajes del móvil antes de abrir la puerta, que escondas los recibos de las tarjetas de crédito. Yo me voy. Ya puedes follar aquí con quien quieras. Entonces me di cuenta de que era la primera vez que veía llorar a Julio desde que éramos pequeños, y le pregunté por qué no lloraba menos y dejaba de meterse en la cama con cualquiera. Él me miró como si no tuviera respuesta para eso, se encogió de hombros y siguió llorando. Verónica se fue de casa con los niños, estuvo fuera casi dos meses, y no se quejó, no llamó a nadie para poner a parir a su marido, no visitó abogados, no pidió dinero ni urdió venganzas. Yo estoy muy enamorada de él, pero no puedo más, dijo solamente, y ese repertorio de gestos dignos, sobrios, sólidos, venció las últimas resistencias de mi madre y de mi hermano Rafa, pero tampoco convenció a mi padre.

—Ya te dije yo que era un putón —me comentó en el tono que empleaba para

decir las cosas que no tenían importancia, cuando Julio se había arrastrado lo suficiente como para que ella accediera a volver a casa con él—. ¿Te lo dije o no? —repitió, y me quedé tan helado que no encontré nada que contestar.

El hielo de aquellas palabras se me quedó dentro como una astilla frágil pero resistente, uno de esos diminutos fragmentos de madera que se deslizan bajo la piel sin hacer daño, que no abren una herida ni convocan el color de la sangre, pero se van endureciendo con el tiempo hasta convertirse en un relieve calloso que forma parte indisoluble del dedo donde se han clavado, igual que el cuerpo blando de un camarón abandonado sobre una roca se hace piedra con ella. Así, aquellas palabras de mi padre se fosilizaron en mi espíritu, ese espacio ideal que identificamos con el corazón, y nunca he podido recordarlas sin un escalofrío. Quizás fue culpa mía, quizás debí preguntarle por qué las había dicho, a qué criterios obedecía un juicio tan inconcebible para mí. Quizás tuve yo la culpa, pero no me atreví a hacer ninguna pregunta, quizás porque me dio miedo escuchar alguna respuesta.

Estás exagerando, Álvaro, Mai, como siempre, se puso de su parte, tu padre es un hombre muy mayor, va a cumplir ochenta y tres años, ¿qué quieres?, seguramente él no puede aceptar que una mujer deje a su marido en ninguna circunstancia, y menos si se trata de un hijo suyo, y si lo ve tan mal como hemos visto a tu hermano... Era verdad que Julio lo había pasado mal, tanto que llegué a encontrar cierta grandeza en la metódica insistencia de su humillación, una nobleza trágica de la que yo nunca había sospechado que llegara a ser capaz, como nunca había acertado a imaginar ni aproximadamente la intensidad de un amor que él mismo traicionaba una y otra vez. Entonces volví a pensar que yo no había experimentado jamás nada parecido, pero me sentí muy cerca de mi hermano, de sus ojos congestionados, de sus manos temblorosas, de la desesperación de su aspecto de preso en huelga de hambre, la piel apagada, las mejillas hundidas, los huesos cada día más relevantes bajo la ineficaz compasión de sus elegantes trajes arrugados. Entonces, también, comprendí a Verónica, a la que se había marchado de casa y a la que volvería sin duda algún día, al abrir la puerta para llevar a los niños a la guardería y encontrarse con que su marido había vuelto a dormir vestido, sentado en el suelo del descansillo de su piso de alquiler. Cuando eso sucedió, mi padre acababa de salir del hospital pero estaba muy débil. Le quedaban cuatro meses de vida y a pesar de todo, y de que su voz era apenas un eco pálido de su voz, encontró fuerzas para pronunciar aquellas palabras, ya te dije que era un putón, y yo no fui capaz de superarlas.

Volví a escucharlas cuando mi mujer recordó en voz alta todo lo que él habría podido contarnos y no habíamos querido saber, y las recuperé sin pretenderlo en el atasco de la carretera de Burgos, porque la extrañeza de Mai se había fundido con la figura de la desconocida para cultivar en mi imaginación una inquietud que no estaba seguro de sentir en realidad y que no había conocido hasta entonces.

Mi insistencia tenía un aspecto enfermizo, y lo sabía, pero la hostilidad de mi padre hacia mi cuñada adquiría tintes distintos, más sombríos y secretos, casi culpables, cuando la relacionaba con la fugaz aparición del cementerio, y la indiferencia de los demás no me serenaba, porque la única respuesta a mis preguntas eran muchas más preguntas a las que ya nadie podría contestar por mí. Nunca se me había ocurrido plantearme qué clase de hombre, de hombres distintos tal vez, podría haber llegado a ser mi padre antes de convertirse en él mismo, qué clase de hombre podría haber seguido siendo mientras mi conciencia y mi memoria lo registraban como a un ser único, íntegro y sin fisuras. A lo mejor hasta tuvo una novia en Rusia, había dicho Mai, y yo me había entretenido tejiendo aquella historia y otras mucho más extrañas, pero ninguna había logrado rescatarme del frío de media docena de palabras pronunciadas en el tono de las cosas que no tienen importancia, ni ayudarme a entender la mirada de una mujer joven que parecía equivocada y no lo estaba, mientras me miraba como quien cumple una misión y no tiene prisa.

Mi interés, casi mi obsesión, por recordar datos sueltos, imágenes, palabras, acordes discordantes en la melodiosa figura del hombre que yo había conocido, sometía mi memoria a una tensión extrema de resultados engañosos, desleales con la realidad, a base de forzar interpretaciones complejas de los hechos más simples. La muerte es atroz, cruel, insoportable. Tal vez sólo era eso, la suma de mi dolor y de mi culpa, una morbosa aversión a los entierros que no tenía otra justificación que la propia naturaleza de tales ceremonias. Más allá, sólo quedaba el tiempo, que iría limando los picos y rellenando los huecos, devolviendo seguramente cada cosa a su lugar y mi ánimo al horizonte sereno donde mi padre volvería a encajar en el perfil desmedido de la montaña más alta. Porque había sido un hombre mucho más extraordinario de lo que llegaríamos a ser sus hijos.

Metí el coche en el garaje y fui andando hasta la calle Argensola. Mi hermana Clara vivía allí, en un piso enorme, antiguo y muy bonito, en el que habíamos vivido todos juntos cuando éramos pequeños. A mí me encantaba aquella casa, y la había recordado con nostalgia desde que mi padre decidió matar dos pájaros de un tiro, y edificó en una de sus parcelas de La Moraleja para gozar de una vivienda representativa de su estatus y escapar al mismo tiempo de la agitación que estaba empezando a sacudir lo que hasta entonces había sido uno de los barrios más tranquilos del centro de Madrid. Cuando nos mudamos a las afueras yo tenía quince años, y me pasé los diez siguientes viajando entre las dos casas, la antigua, que mi padre no había vendido por la clamorosa oposición de mis hermanos mayores, que le convencieron de que era mucho más insensato obligarles a coger el coche de madrugada y hartos de copas, que permitirles quedarse allí las noches de los viernes, de los sábados, y la nueva, a la que dejé de ir a dormir los fines de semana cuando conquisté al mismo tiempo la mayoría de edad y la llave de Argensola. Después,

durante casi cinco años, en los que invertí buena parte de mi tiempo libre en calcular dónde podría poner otra estantería para los libros que desbordaban ya las posibilidades de mi minúsculo, agradable y desproporcionadamente caro apartamento de Boston, sentí una añoranza aún mayor por aquel piso de techos altos y habitaciones amplias, cuadradas, pero al regresar me encontré con que no tenía opción. Clara, la novia más precoz de todos mis hermanos, ya había fijado una fecha para la boda y estaba haciendo obras. Me conformé con lo más parecido que podía pagar en el mismo barrio, un piso grande y un tanto destartalado en la calle Hortaleza que quedó muy bien después de arreglarlo, aunque no me ahorró del todo la punzada de melancolía que me asaltaba cada vez que entraba en el portal de la casa de mi hermana.

—Mira que eres, Álvaro —mi madre abrió la puerta, me dedicó una sonrisa apagada, me besó con fuerza en las mejillas—. Ya sabía yo que no me ibas a llamar antes de salir, y bien que te lo he dicho.

—Pero, mamá, si ya sabías que iba a venir —Clara, los labios hinchados, los tobillos más hinchados aún, las piernas hinchadísimas, vino a mi encuentro caminando detrás de su inmensa tripa, y me saludó con la alegría de un soldado acorralado que ve venir de lejos a los refuerzos—. Y, además, Álvaro también sabía que tú ibas a llamar a Lisette para preguntarle a qué hora había salido, o sea que...

—¿Y cómo iba a saberlo, a ver?

—Porque te conozco, mamá —la besé otra vez y ella me cogió del brazo mientras mi hermana se reía—. Porque te conozco.

—De todas formas, yo no sé qué trabajo te cuesta llamar a tu madre, hijo mío...

Clara supuso en voz alta que a todos nos apetecía tomar un café y nos dejó solos en el salón. Me senté con mi madre en un sofá y contemplé con ternura una escena que no había vuelto a ver desde que era pequeño, mientras ella revisaba la correspondencia con su elegante pericia de siempre, rasgando los sobres con un abrecartas que ya estaba preparado sobre la mesa y que producía un corte tan limpio como un bisturí. Al llegar, la había encontrado físicamente bien, mucho mejor de lo que pretendía estar. A pesar de la fragilidad de su aspecto, era una mujer fuerte, que nunca había padecido una enfermedad grave y siempre se había recuperado de las leves antes de tiempo. Todos estábamos seguros de que resistiría bien el golpe, y sin embargo no logró mantener los ojos secos más allá de la segunda tarjeta de pésame, y cuando leyó la última los cerró, se dejó caer sobre el sofá, hundió la cabeza en el respaldo y permaneció así, ausente, en silencio, durante un rato. Clara llegó con el café y la miró con un gesto equidistante entre la inquietud y la compasión. Ella volvió en sí muy despacio.

—No sabéis las ganas que tengo de que se acabe todo esto.

—Sí lo sabemos, mamá, no te preocupes —contesté al contemplar en ella el

cansancio que yo mismo había sentido hacía muy poco, esa urgencia de empezar a recordar a mi padre por mi propia voluntad, libre de la presión de los ritos y de los objetos, la bienintencionada hostilidad de las palabras y las ceremonias.

Mi madre me cogió la mano, asintió con la cabeza, suspiró, volvió a erguirse y luego, ignorando la taza que Clara le había puesto delante, miró todas las demás cartas por encima, deteniéndose sólo en el sobre cuya solapa yo había destrozado al atravesarla con un dedo.

—¿Y esto qué es? —me preguntó, sosteniendo el papel con membrete de Caja Madrid que yo había leído antes.

—Pues una carta que ha llegado por mensajero, de alguien de un banco que quiere hablar contigo de unos fondos que tenía contratados papá, creo... A ver, déjame mirarlo —volví a leer el texto por encima y le hice un resumen—. Sí, bueno, papá tenía invertido un dinero, aquí no pone cuánto, en unos fondos con desgravación fiscal. Y este señor quiere saber si te interesa recuperar el capital o reinvertirlos en otros que, naturalmente, según él, ahora son mucho más ventajosos, etcétera. Te lo puedes figurar.

—¿Y cómo se llama?

—¿Este señor? —mi madre asintió—. Pues R. Fernández Perea. No sé, Ramón, Ricardo, Rafael...

—No lo conozco.

—O Roberto —apuntó Clara.

—O Remigio —añadí yo, y mi hermana se echó a reír, pero la mirada de impaciencia de su madre la disuadió de seguir jugando.

—No, no me suena nadie con ese nombre. ¿Y qué se supone que tengo que hacer, llamarle por teléfono?

—Bueno... —volví a consultar la carta—. Él dice que está a tu disposición para celebrar una entrevista personal, pero puedes llamarle, por supuesto. Aquí está su teléfono.

—Vete a verle, mamá —Clara la miró, me miró a mí después—. Tratándose de dinero, es mejor, ¿no?

—Sí —le di la razón sin mucho interés—. Es posible.

Entonces mi madre se tomó el café muy despacio, yo le pregunté a Clara qué tal estaba, ella me contestó que fatal, harta de tripa y deseando parir, y cuando parecía que el tema no daba más de sí, volvió sobre él por sorpresa.

—Mira una cosa, Álvaro —me dijo—. Las cuentas, o como se llamen, de la carta esa, ¿estaban a nombre de papá o de alguna de las empresas?

—Parece que de papá. Es el único nombre que aparece.

—Entonces vas tú —sentenció—. Le llamas, quedas con él y te enteras de todo.

—¿Yo? —intenté defenderme—. Pero ¿por qué? Si yo no sé nada de esto, mamá,

que vaya Rafa, que es el que entiende de dinero.

—Rafa entiende del dinero del grupo, pero tu padre nunca mezcló las cuentas. Nuestro dinero aquí, el de las empresas allí, decía siempre. Por eso es mejor que vayas tú. Además, tus hermanos están siempre muy ocupados. A ti no te cuesta nada acercarte un rato, cualquier mañana, al banco ese y...

—Mamá, yo también trabajo, ¿sabes?

—Sí, bueno, en fin... No compares. Si ni siquiera das clase todos los días, hijo.

—Pero... —voy a inaugurar una exposición sobre agujeros negros dentro de dos semanas y tengo que ir al museo casi todos los días, iba a decir, pero me callé a tiempo—. Vale.

Renuncié a agotarme en una batalla inútil, como todas las que ya había perdido mientras intentaba convencer a mis padres y a mis hermanos de que el Estado no me pagaba un sueldo todos los meses por estar de vacaciones, una causa que no había mejorado en absoluto con mi incorporación como asesor al equipo de un nuevo museo interactivo de las ciencias. Ahora ganaba más que mi hermana Angélica, la otra Carrión funcionaria, pero ese dato, lejos de incrementar mi prestigio, había terminado de convencer a mi familia de la disparatada inanidad de mi profesión. ¿Y dices que un banco os ha dado dinero para montar esto?, me preguntó mi madre el día que vino al museo conmigo y con mi sobrino Guille, cuya opinión me interesaba mucho más porque entonces era el niño de diez años más listo que conocía. Millones y millones, mamá, le contesté, y ella arqueó las cejas, pues parece un salón de recreativos, hijo mío, concluyó. ¿Y qué quieres, que pongamos retratos de Newton en las paredes y vitrinas con maquetas de catapultas medievales?, le pregunté, y ella me contestó que así, por lo menos, parecería un museo. No volvimos a cruzar una palabra hasta que Guille regresó, es increíble, Álvaro, me dijo, pero acojonante, me encanta, en serio... Mi madre regañó a su nieto por hablar tan mal y luego, en el camino de vuelta, a mí, por malgastar mi legendaria inteligencia en tonterías.

—Entonces vas tú a ver a ese señor del banco, ¿no? —repitió en la puerta, cuando yo ya no esperaba más que dos besos de despedida.

—Sí, mamá, voy yo.

Eso fue todo. Mi madre envió a aquella entrevista al hijo equivocado. Y ya nada volvió a ser como antes.

Aquella tarde, cuando fue a despertarlo, Raquel Fernández Perea se encontró a su abuelo Ignacio sentado en la cama, con las gafas puestas y mirando a lo lejos, hacia un punto suspendido más allá del color, el cielo de primavera que no es tan azul como el de invierno ni tan hermoso como el de otoño, pero suspende sobre la ciudad una promesa tierna y se emociona al sentir el crujido del aire que se estrena a sí mismo en cada segundo.

—Son las cinco, abuelo —anunció la niña, e interpretando su sonrisa como una licencia, corrió hacia la cama y se tumbó a su lado, cuidando de colocar bien las trenzas para que la abuela no se enfadara con ella después—. ¿No te has dormido?

—No —respondió, pero se corrigió enseguida, como si no quisiera levantar sospechas—. Bueno, sí, un poco.

—¿Y adónde vamos a ir hoy?

El abuelo Ignacio dormía la siesta como si fuera una noche pequeña en medio del día, porque se desnudaba, y se ponía el pijama, y bajaba todas las persianas y cerraba todas las puertas antes de irse a la cama. La abuela Anita prefería dormitar con la televisión encendida, sentada en una mecedora, con un cojín en los riñones, otro en la cabeza y algo para leer entre las manos, un libro o el periódico que se le iba cayendo de los dedos muy despacio, siguiendo el ritmo al que cedían sus gafas mientras resbalaban por su nariz hasta quedarse enganchadas en la punta. ¡Uy, creo que he dado una cabezadita!, decía al despertarse, y se negaba a aceptar la versión de su nieta, que la había visto dormir con la boca abierta desde antes de que raptaran a la mujer del granjero o a la hija del gobernador, hasta que llegaba el séptimo de caballería o los piratas salían victoriosos en la última batalla de la película que había emitido la primera cadena. Qué voy a roncar, qué voy a roncar, decía luego, si aquí el único que ronca es tu abuelo... Eso también era verdad, porque a veces Raquel le escuchaba desde el centro del pasillo, y la habitación del fondo parecía la guarida de una familia de monstruos feroces con un solo pulmón, que se desvanecían sin resistencia alguna cuando ella abría la puerta, levantaba las persianas y decía en voz alta, ya son las cinco, abuelo, ¿adónde vamos a ir hoy?

Así empezaba el mejor momento de todos los sábados, que eran los mejores días de la vida de Raquel desde que los abuelos volvieron a España. No había sido fácil, pero había merecido la pena. No había sido fácil porque les habían esperado mucho tiempo, más del que todos calculaban. Ignacio Fernández Muñoz se negó a poner un pie en Barajas hasta septiembre de 1976, y dejó muy claro que venía de vacaciones.

Sólo de vacaciones, repitió, después de besar a sus nietos sin ninguna solemnidad en la voz, ningún indicio de emoción o incertidumbre, ni la pálida sombra de un temblor, como si de verdad creyera en las palabras que decía o se sintiera protegido por la uniforme impersonalidad que convierte todos los aeropuertos del mundo en territorio neutral. Cada uno de sus gestos, de sus movimientos, desde la elegante

indiferencia de sus pasos hasta la curiosidad cortés de las miradas que dirigía a los viajeros, a sus equipajes, y a las bailaoras de plástico en miniatura que le devolvían la mirada desde todos los escaparates con los ojos muy pintados, moño de pelo negro y bata de cola, eran tan exactos y comedidos, tan indolentes como si los hubiera estado ensayando durante varios días delante de un espejo. Raquel se sintió decepcionada por su naturalidad, el aplomo con el que aparentaba estar llegando a Suiza, una actitud de simpatía distante y desinteresada que habría inducido a cualquier extraño a suponer que no era más que el acompañante de su mujer. Porque la abuela sí, la abuela besó el marco de la puerta por la que salió al vestíbulo del aeropuerto, Anita, por favor, murmuró él, y volvió a hacer lo mismo al atravesar la puerta que la separaba de la calle, Anita, deja de hacer tonterías, anda, por favor te lo pido, y lloró, y se rió, y se tapó la cara con las manos mientras decía cosas raras, frases hechas, palabras sueltas que no acababan de encajar bien entre sí, acordándose de su madre sin venir a cuento después de haberlos abrazado por turnos, estrechándolos muy fuerte. Y sin embargo, cuando llegaron hasta el coche, y acomodaron las maletas, y se apretaron dentro, él dirigió su propia ceremonia de bienvenida sin perder nunca el control, pero sin molestarse tampoco en ocultar que la había planificado de antemano. El conductor giró la llave de contacto, pisó el acelerador, y cuando iba a meter la marcha atrás, su padre le detuvo con una pregunta.

—¿Adónde vamos?

El hijo se quedó mirándole con extrañeza. Eran las doce y media de la mañana de un día soleado, un calor benévolo que ya presentía la convalecencia amable del otoño. —Pues a casa, a dejar las cosas, ¿no?

—Ni hablar —la voz del viajero era firme, pero sorprendentemente risueña a la vez—. Pues sí, era lo que me faltaba, volver a Madrid después de treinta y siete años para ir derecho a conocer Canillejas, ya te digo...

—¿Y adónde quieres ir?

—A las Vistillas.

Su hijo, que había sonreído a la brusca y caprichosa determinación del recién llegado, volvió la cabeza y le dirigió una mirada precavida, donde el desconcierto no pesaba tanto como la intuición de un ridículo inminente.

—Y eso, aparte de en las letras de los chotis..., ¿dónde está?

—¡Pues dónde va a estar! Donde ha estado siempre, al final de la calle Bailén, vamos, digo yo...

—Ya... —pero el coche no se movió, la cabeza del conductor
tampoco—. ¿Y por dónde voy?

—Pero, bueno, Ignacio, será posible... —el padre sonreía, moviendo la cabeza de pura satisfacción, como si la ignorancia de su hijo le devolviera algo que creía haber perdido muchos años atrás—. Vamos a ver. La Puerta del Sol, ¿te suena?

—Claro, papá.

—Bueno, pues llegas hasta allí, coges la calle Arenal, desembocas en Ópera, rodeas el teatro, sales a la plaza de Oriente y giras a la izquierda.

—Y Arenal..., ¿cuál es? Porque hay dos, ¿no?

—Yo te lo digo, hijo, yo te lo digo.

Raquel, sentada a su lado, le escuchaba murmurar, esto ha cambiado mucho, no lo reconocería, porque eso..., no, no puede ser, ¿o sí?, no, no sé, estoy perdido, Anita, será posible, hasta que llegaron a una avenida muy grande, con árboles, y fuentes, y muchos coches en todas direcciones, y su voz se elevó más clara que antes, más grave y más seria, más triste y casi furiosa.

—La Castellana —dijo, y la abuela, que estaba sentada junto a la otra ventana, con Mateo en brazos, le buscó la mano, se la llevó a la boca y la besó muchas veces —, joder... Joder.

—La cojo, ¿no?

—¡Pues claro, coño, cómo no la vas a coger! —la incertidumbre de su hijo le rescató de su propia emoción—. Ve hasta Cibeles, y luego coge Alcalá hasta arriba... Pero, bueno, cómo está esto, si lo han destrozado... Mira, Raquel, cuando yo vivía aquí, este paseo estaba lleno de palacetes como ése, ¿ves?, algunos cayeron con los bombardeos, porque nos bombardeaban todos los días, ¿sabes?, pero yo no sé qué pasaría después, porque... ¿Y ves ese edificio tan grande de la izquierda? Es la Biblioteca Nacional, esto sí que está igual, y por esa calle, que se llama Génova, se va a mi casa, y esto es Recoletos, y el Café Gijón, qué barbaridad, ¡mira esa fuente!

—Sí —y ella, que no podía comprender que su abuelo la estaba usando como escudo contra sí mismo, le interrumpió de pronto—. La Cibeles. La he visto muchas veces. Ahora vivimos aquí, abuelo.

—Claro —aceptó él—, claro.

Y sin embargo, la llevó a un lugar donde nunca había estado antes, y le enseñó que una ciudad puede ser algo más que un conjunto de calles con casas donde vive la gente.

—¿Por qué querías venir aquí, abuelo? —le preguntó cuando ya se había cansado de estar de pie, a su lado, mientras él lo estudiaba todo sin pronunciar una palabra, como si pretendiera reconocer cada edificio, cada tejado, cada puente, cada cuesta, cada árbol, cada loma, cada uno de los picos de la sierra que se levantaba al fondo, recortándose contra el horizonte con tanta nitidez como si todo formara parte de un gigantesco decorado.

—Bueno, las vistas son muy bonitas, ¿no?

—Sí, pero... —Raquel no se atrevió a llevarle la contraria del todo—. No sé, hay muchos sitios más bonitos. El Retiro, por ejemplo. O la plaza Mayor. A mí me gustan más que esto.

—Sí —su abuelo la miró, sonrió—. Pero éste fue el último sitio de Madrid donde estuve antes de marcharme. De aquí me fui y aquí quería volver... —entonces se volvió hacia su mujer, acercó la cabeza a la suya, bajó la voz—. Aquí fue donde...

—Ya lo sé —Anita se apretó contra él, le besó en la cara—. No pienses en eso, vamos a tomar algo, anda.

Raquel no entendió el sentido de esas palabras, pero adivinó que el repentino interés de su abuela por arrastrarles a la terraza más cercana no pretendía otra cosa que reemplazar aquellos puntos suspensivos con un punto y final. Eso no le sorprendió tanto, sin embargo, como el súbito adelgazamiento de la voz de su abuelo, que se fue apagando como una emisora de radio mal sintonizada mientras el camarero se inclinaba poco a poco sobre él sin llegar a descifrar lo que le estaba pidiendo. ¿Una caña?, ofreció, y el abuelo negó con la cabeza, carraspeó, tragó saliva y repitió la pregunta, para que su interlocutor asintiera por fin con una sonrisa de alivio, ¡ah!, vermú, perdóneme, no le entendía, vermú de grifo, sí, claro que tenemos... Raquel no sabía lo que era eso, pero si salía de un grifo y lo servían en aquel bar, no podía ser nada muy raro, ni muy caro.

En Madrid había miles de bares, eso le había llamado mucho la atención cuando llegó, y en cada bar había muchas botellas, muchísimas, centenares de botellas, paredes enteras recubiertas de ellas, y en el centro de cada barra, una especie de cacharro de metal, dorado o plateado, con unas ruedecitas y unas palancas que manejaba un camarero callado, con la cara seria, como si controlar esa máquina fuera una misión muy difícil o muy importante, tanto que nadie le hablaba ni se atrevía a molestarle mientras inclinaba un vaso con una mano y con la otra tiraba de la palanca. En ese instante, cualquiera pensaría que iba a pasar algo grandioso, pero por el grifo sólo salía cerveza, y luego una espuma blanca que él nivelaba con una espátula para tirar la mitad por el desagüe, volver a rellenar el vaso y hacerlo chocar por fin sobre la barra. *Ahi* tiene, solía decir entonces con una sonrisa, no *ahí,* como en Málaga, sino *ahi,* porque en Madrid nadie sabe pronunciar ese acento. El cliente le devolvía la sonrisa antes de darle las gracias como si el camarero hubiera hecho algo muy grande por él, y si conocía su nombre de pila, lo añadía al final para subrayar su gratitud, para hacerla más larga, más ancha, más intensa.

Siempre era así. Raquel había contemplado esa ceremonia muchas veces, había visto cómo aprendían sus padres a darle las gracias a Andrés, que era como se llamaba el camarero del bar que había en la esquina de su casa, y hasta se había fijado en que la máquina del café, que solía estar al fondo, adosada a la pared, no le merecía a nadie ningún respeto. Los camareros hablaban entre ellos al manejarla porque lo hacían sin mirar, sin darse importancia, y los clientes ni siquiera les daban las gracias cuando les ponían delante una taza sin anunciarla. Ella no sabía que de los grifos de los bares saliera otra cosa que no fuera cerveza, pero aquella mañana al abuelo le

pusieron delante una copa de vidrio corriente rellena de un líquido oscuro, casi marrón, un cubito de hielo y media rodaja de naranja, y él la levantó en el aire, la miró, la olió, y la hizo girar entre sus dedos como si fuera algo distinto, un nombre, un apellido, una pista preciosa, el mapa de un tesoro o un tesoro en sí mismo. Cerró los ojos antes de beber, y cuando los abrió eran más grandes, más claros y más limpios, tan raros que Raquel se asustó.

Nunca había visto llorar a su abuelo. Tampoco lo vería aquella mañana, pero en la emoción que abrillantaba sus ojos secos, comprendió que lo que estaba pasando era muy importante aunque ella no lo entendiera, aunque todo le pareciera vulgar, aunque lo fuera. Había tantos bares en Madrid, tantas barras, tantas palancas, tantos grifos, tantos camareros investidos del sumo sacerdocio de la espuma y tantas fuentecitas alargadas de loza blanca con dos minúsculos bocados dentro, que aquélla no podía ser especial. Parecía igual que todas las demás, y sin embargo el abuelo cogió una de las dos patatas fritas con un boquerón en vinagre encima que le habían puesto al lado de la copa, se la comió, y sonrió. Ésa fue la primera vez que Raquel Fernández Perea vio sonreír a su abuelo, la primera vez que contempló su sonrisa auténtica, dos labios curvándose de pura alegría en un rostro sin sombras, sin reservas, sin miedo y sin dolor. Su abuelo sonreía como un niño pequeño, como un adolescente feliz, como un estudiante fervoroso, un soldado valiente, un fugitivo con suerte, un abogado tranquilo, un luchador resignado y un madrileño lejos de Madrid, como todos los hombres que había sido, como todos los que volvió a ser en ese instante, apenas un segundo, el tiempo suficiente para pensar que tal vez hubiera llegado el momento de firmar la paz consigo mismo. Raquel no entendía nada, pero sabía que estaba pasando algo importante, estuvo segura de eso cuando el abuelo cogió la mano de su mujer, se la apretó, y ella se echó a reír.

—Y si no llegan a tener vermú de grifo, ¿qué, eh? —la abuela estaba tan contenta como él—. Hay que ver, Ignacio, pero qué cabezón eres...

Aquella mañana, Raquel aún no sabía que cuando Ignacio Fernández Muñoz era un muchacho y estudiaba Derecho en la calle de San Bernardo, en el caserón antiguo y venerable que albergaba la Universidad Central, todos los días, al salir de clase, alargaba el camino de vuelta a casa parando en todos los bares, donde pedía siempre un vermú de grifo y recibía una tapa de propina. Su nieta nunca le había oído contar eso. Durante muchos años, el abuelo Aurelio había echado de menos el mar, no la inmensidad de las olas, la arena de la playa, la sutil fugacidad del horizonte o la grandeza del azul en movimiento, sino un pedacito concreto de mar, un pañuelo de agua andaluz y pequeño, familiar y privado, que se pudiera divisar a la sombra de una parra, en el patio de una casa propia, blanca y luminosa, aislada en lo alto de un cerro y rodeada de huertos, tan lejos del pueblo como de la costa. Raquel lo sabía, y sabía que la abuela Rafaela había echado de menos dos cosas, las sardinas asadas y la

música. Con lo que me ha gustado a mí siempre el cante, decía, hay que ver, con lo que me gusta a mí una juerga y allí que no había manera, oye, qué disparate, que cuando me puse a limpiar la consulta de un médico, camarada, muy buena persona, en Nimes, después de nuestra guerra, y cantaba yo por mi cuenta mientras trabajaba, él siempre me decía, no cante usted así, Rafaela, por favor, que me asusto, que es que parece que le duele algo, no cante usted así, claro, si ellos no cantan, ni siquiera en las fiestas, si allí nadie saca nunca ni una triste guitarra...

Raquel había escuchado esa historia muchas veces, y había visto a su abuela feliz, en su casa de Torre del Mar, con la radio a todo meter, copla va y rumba viene, bailando sola en la cocina. Su sonrisa era parecida a la que iluminaba la cara de la abuela Anita cuando abría el paquete que le traían de España todos los septiembres, y media docena de latas de anchoas y una ristra de ñoras se convertían en algo mucho más grande que media docena de latas de anchoas y una ristra de ñoras, como si un país entero, el aire, la tierra, los montes, los árboles, las sierras, los llanos, las ciudades, los pueblos, las palabras y las personas, se hubieran acomodado en los resquicios de una caja de cartón, reservando su esencia más pura y mejor para la piel morada de las berenjenas que la abuela acariciaba, año tras año, igual que a sus nietos, con una especie de conmovida reverencia en las puntas de los dedos y un júbilo manchado de nostalgia temblando en sus palabras, qué alegría, hijo mío, qué alegría, y hay que ver qué hermosas son, pero qué alegría... Ni siquiera su hermano Mateo se alegraba tanto al ver los regalos de Navidad como su abuela Anita al ver las berenjenas, Raquel lo sabía, pero nunca, hasta aquella mañana de septiembre, se le había ocurrido pensar que su abuelo Ignacio, que jamás dejaba pasar la ocasión de recordarle a su mujer que por supuesto que en Francia había berenjenas, y por supuesto que los franceses sabían hacerlas, echara algo de menos.

—El cielo, sobre todo el cielo —le respondió aquella misma tarde, cuando se le ocurrió preguntárselo por fin y le escuchó enhebrar un argumento tras otro sin vacilar, como si hubiera dedicado cada día de los últimos treinta y siete años de su vida a memorizar en secreto aquella lección—. La luz de las mañanas de invierno, ese aire fino, tan seco, que te corta la cara y te despierta por dentro. El agua del grifo, que sabe mejor aquí que el agua mineral en cualquier otra parte. La primavera de febrero, aunque siempre sea tan corta, y tan tramposa, aunque no dure nada, diez días, como mucho quince, pero esa alegría de salir a la calle a tomar el sol, sin paraguas, sin abrigo, y las aceras de repente llenas de terrazas, como si el destino hubiera decidido perdonarnos el frío sin motivo... —la miró, sonrió, movió la cabeza como si ni siquiera él estuviera muy seguro de entender lo que iba a decir—. Me he acordado mucho de los febreros de Madrid, ¿sabes?, aunque parezca mentira. Me he acordado todos los días de todos los meses de febrero que he vivido en Francia. Y luego los bares, la calle, salir de casa muy temprano por la mañana, cuando todos están

durmiendo, comprar el periódico y desayunar en un bar, en una mesa al lado de una ventana, café con leche y una ración de porras, o dos, una detrás de otra, y leer las noticias mientras los parroquianos las comentan en voz alta...

—¿Eso te gusta? —su nieta le interrumpió, muy extrañada.

—Pues claro —él la miró un momento con atención y se echó a reír—. ¿Qué pasa, te parece raro?

—Rarísimo. Lo bueno es desayunar en casa, ¿no? Con el pijama puesto, calentita...

—Eso mismo dice siempre tu abuela, pero a mí nunca me ha gustado desayunar en casa. Claro que hay una cosa que todavía me gusta menos, y son los bares donde te meten prisa para que te vayas. Eso lo odio más que ninguna otra cosa en este mundo, y por eso echo tanto de menos los bares de aquí, en los que se puede empalmar tranquilamente el desayuno con el aperitivo... —y al fin hizo una pausa, como si por primera vez tuviera que pararse a pensar antes de continuar—. Es duro acostumbrarse a vivir sin aperitivo, ¿sabes? Una costumbre tan tonta, fíjate, una comida de más, tan pequeña, tan innecesaria, tan insana, decía mi madre, porque en lugar de abrir el apetito, te lo quita, y eso es verdad, un par de vermús con unas anchoítas, unas patatas fritas, un par de mejillones, y luego otro, y otro, y al llegar a casa ya has comido, pero estás tan borracho, tan bien, tan a gusto, que te vas derecho a la cama, una horita de siesta y como nuevo, y a las nueve de la noche, a empezar otra vez. Eso es ser rico, ¿sabes?, eso es vivir bien, vivir en los bares. Joder... Y mira que yo disfruté bien poco de esa vida, nada, tres años escasos, porque luego empezó la guerra, y empezó mal, los fascistas avanzaron muy deprisa, tomaron Toledo, siguieron avanzando, y una noche que estábamos todos cenando en casa, nos enteramos de que el gobierno estaba pensando en irse, en marcharse a Valencia, que estaba a punto de dejarnos solos, abandonados, porque daba la ciudad por perdida...

A aquellas alturas, Raquel ya se había dado cuenta de que el abuelo no hablaba para ella, una niña de siete años que apenas sabía que una vez en España había habido una guerra, que su familia la había perdido, que por eso antes vivían en Francia y que menos mal, porque a los que se habían quedado, los habían matado. Sabía también que eso tenía que ver con las dos únicas manías de la abuela Anita, que jamás comía albaricoques ni había vuelto a decir el nombre de su pueblo en voz alta, pero sus conocimientos no iban mucho más allá. Y sin embargo, siguió escuchando a su abuelo con tanta atención como si entendiera lo que decía, porque sus ojos brillaban otra vez como los de un hombre mucho más joven, y eran capaces de contagiarle calor sólo con mirarla.

—Nunca en mi vida olvidaré esa noche, nunca. La noticia no era oficial, y en la calle había mucha gente que no le daba tanta importancia, pero nosotros estábamos muy politizados y vivimos la marcha del gobierno como una huida y, sobre todo,

como una traición, la primera... Mi padre, que era un republicano acérrimo y llevaba ya dos semanas de mal humor, desde que se largó Azaña, porque ése, que era el presidente de la República, salió corriendo el primero, no te lo pierdas, estaba indignado. Mi hermano Mateo, que era el que se había enterado de que el gobierno se había reunido con los partidos políticos para informarles de que era imposible defender Madrid, estaba tan furioso que ni siquiera justificó a Largo, el presidente del Consejo, que era socialista, igual que él... Pero el que se puso peor, o mejor, en realidad, fue mi cuñado Carlos, el marido de mi hermana Paloma, la bella Paloma, la llamábamos, te acuerdas de ella, ¿no?

—Sí... —Raquel se acordaba de ella, una mujer mayor, con el pelo blanco, que parecía la madre de la abuela Anita y casi del abuelo también. Vivía en casa de su hermana María, en las afueras de París, tenía cara de loca y no salía nunca a la calle —. Pero no me parece nada guapa.

—Pues lo era. Guapísima. La mujer más guapa que he conocido en mi vida.

—¿Más que la abuela? —le preguntó su nieta, extrañada, porque hasta aquel día, Anita Salgado Pérez había ostentado, sin ninguna competencia y con poco más de metro y medio de estatura, el título de belleza oficial de la familia Fernández Perea.

—Bueno... Era distinto. La verdad es que la abuela me gustaba mucho. Era muy pequeñita pero muy guapa, una preciosidad, como una miniatura, perfecta, eso es verdad, pero mi hermana era más mujer, más alta, más... —se quedó un rato pensando, como si a él mismo le sorprendiera lo que estaba diciendo, y buscó una manera de explicarse mejor—. A lo mejor es sólo que los demás no éramos guapos, y por eso Paloma destacaba tanto. Mi hermano Mateo... En fin, tenía las orejas pegadas al cráneo, que ya es algo, y los ojos muy azules... También tenía cara de torta, el pobre, y era muy cabezón, pero supongo que no estaba mal. Sin embargo, María y yo salimos más bien feíllos.

—Tú no eres feo, abuelo.

—¿No? —e improvisó una expresión de escándalo que desató la risa de su nieta —. ¿Con estas orejas de soplillo y este pedazo de nariz que tengo, y este cuello tan largo, que parezco una cigüeña?

—No es para tanto... —protestó Raquel, cuando terminó de reírse—. Estás exagerando. Eres muy alto, tienes buen tipo... A mí me gustas. No me importaría ser tu novia.

—Gracias —y la besó en la cabeza—. Lo tendré en cuenta.

—¿Y el marido de Paloma?

—Él tampoco era lo que se dice guapo, pero sí atractivo, muy moreno, muy inteligente... Tenía mucho carácter. Estaba enamoradísimo de su mujer, y se le notaba. Mi madre decía que parecían una pareja de artistas de cine, la verdad es que daba gusto verlos.

—No, quiero decir que qué pasó con él.

—Lo fusilaron después de la guerra. Paloma se quedó viuda con veinticuatro años.

—¡No! Eso tampoco —Raquel se impacientó—. Eso ya lo sé, que lo fusilaron a él, y a tu hermano Mateo también, ¿no? Eso ya me lo habéis contado. Lo que yo quiero saber es qué pasó aquel día.

—¡Ah...! —hizo una pausa y la miró—. ¿De verdad quieres que te lo cuente? —ella asintió con la cabeza y mucha vehemencia, tanta que su abuelo recordó por fin que estaba hablando con una niña de siete años—. No vas a entender nada.

—Da igual.

—¿Seguro? —él volvió a mirarla, sonrió—. En fin, allá tú... Pues lo que pasó fue que aquella noche estábamos todos en casa, y eso ya era muy raro, porque Carlos y Mateo llevaban tres meses combatiendo. Mi cuñado tenía dos días de permiso, o sea, como de vacaciones, para que lo entiendas. Aquellos días le dieron permiso a mucha gente, para tenerla contenta, me imagino, porque ya se veía venir la que se nos caía encima. Mi hermano había estado luchando en la sierra todo el verano, pero su regimiento había recibido la orden de volver para defender Madrid desde Madrid, porque teníamos a los fascistas ahí mismo, en la puerta, al final de la calle Princesa, para que te hagas una idea... A él también le habían dado permiso para ver a la familia, pero tenía que volverse a dormir al cuartel. Y, bueno, lo que pasó fue que Carlos, que también era socialista... —se detuvo para agarrarse la barbilla con la mano y mirar al techo, como buscando allí alguna clase de inspiración—. A ver cómo te lo explico. Carlos era uno de mis mejores amigos, y algo más, casi mi ídolo. Me había dado clase de Civil en la facultad, en primero. No era su especialidad, pero acababa de empezar y aceptaba cualquier cosa, porque era muy joven, siete años mayor que yo, claro, pero muy joven para ser profesor, y muy brillante, y muy juerguista, y yo le admiraba mucho, mucho, así que me pegué a él, empezamos a salir juntos, le presenté a mi hermana, se hicieron novios, se casaron enseguida, y seguimos siendo muy amigos después, y aquella noche... Me impresionó mucho verle, oírle, porque él era un hombre muy tranquilo, ¿sabes?, con mucho sentido del humor, un profesor de Derecho Procesal, un intelectual, estaba escribiendo un libro que no llegaría a publicar nunca, pero aquella noche se puso hecho una fiera, en serio, yo he luchado en dos guerras y no he vuelto a ver a nadie tan rabioso, ni tan convencido, ni tan encabronado como él, ni siquiera a tu abuelo Aurelio, y eso que el pronto de tu abuelo se hizo famoso en todo el sur de Francia, sobre todo aquel día que capturamos el tanque alemán...

Raquel se echó a reír. Eso sí que podía imaginarlo, porque lo había escuchado contar muchas veces, la furia con la que Aurelio había cogido por las solapas al guerrillero francés que quería destrozar su tanque, la fuerza con la que le había

paseado en vilo por la habitación, y sus gritos, en una lengua que su interlocutor no conocía pero aquella noche entendió estupendamente, con ese tanque voy a cruzar yo la frontera, ¿me oyes, imbécil?, en ese tanque vuelvo yo a mi pueblo, así que mucho cuidado, y el tanque ni tocarlo...

—Y Carlos, ¿con quién se peleó?

—¡Uf! Con nadie. O con todos, con el mundo entero. Franco no va a entrar en Madrid, gritaba. Ésos no entran aquí ni por encima de mi cadáver, fijaos en lo que os digo, ni por encima de mi cadáver entran, porque si me matan, volveré del otro mundo para cargármelos, les meteré un tiro entre las cejas a todos, uno por uno, y cuando termine con ellos, empezaré con los héroes que se están yendo a Valencia, que ésos también se van a enterar de si se puede defender Madrid o no, esos que se vayan preparando, pero no, no van a tener tanta suerte, porque a mí no me van a matar, a mí me van a sobrar vida y cojones para ver cómo acabamos con ellos, porque vamos a acabar con ellos, fijaos en lo que os digo, que acabamos con ellos, que ésos no pasan, que no y que no, ya veréis como no... Me impresionó tanto lo que decía, y cómo lo decía, que al día siguiente fui, y me alisté voluntario.

—¿Para ir a la guerra? —y aunque siempre lo había sabido, aunque había visto muchas fotos de sus dos abuelos armados y vestidos de uniforme, se asustó tanto al escucharle que él se echó a reír.

—Pues claro, ¿para qué iba a ser...? Tenía dieciocho años, y cuando llegué a casa con el fusil, mi padre me echó una bronca terrible, no te lo puedes ni imaginar... Pues sí, esto era lo que nos faltaba, me dijo, primero tu cuñado, luego tu hermano y ahora tú, Ignacio, ahora, encima, tú, que no vas a durar ni dos días, porque no eres más que un crío, y un irresponsable, y el niño mimado de tu mamá... Eso me dijo mi padre. Pero cuando el gobierno huyó y nos dejó solos, cuando teníamos a Varela en el puente de Toledo, como quien dice, yo ya era fusilero del Quinto Regimiento. Me dieron dos días de instrucción y ¡hala!, al frente, pero duré, ya lo creo que duré, y duró Madrid, y duró Mateo, y duró Carlos también, aunque él casi no lo cuenta, porque le estalló un obús y estuvo mucho tiempo en el hospital, pero había dicho que iba a vivir, y vivió. Se quedó cojo, eso sí, y con el brazo derecho entero pero inútil, que el pobre tuvo que aprender a hacerlo todo con la mano izquierda cuando tenía ya casi treinta años, no me importa, decía, se me da mejor que con la derecha... Ahora, que se acabaron para siempre los vermús. Para siempre. Hasta esta mañana, que se dice pronto, hasta esta misma mañana, será posible...

—¿Sí? —y quizás, nada de lo que había escuchado aquella tarde sorprendió a Raquel tanto como eso—. ¿En París no hay?

—Sí que hay, pero no es lo mismo... Cuando me fui de aquí, yo no sabía que me marchaba a un mundo sin tapas, sin vermú de grifo, sin esas medias borracheras que se pueden mantener dos o tres días y que nunca te tumban, pero nunca tampoco se te

quitan del todo, mientras te ríes y te ríes y te vuelves a reír, y no haces otra cosa que reírte durante horas enteras. Eso he echado de menos, mucho, muchísimo, lo bueno y lo malo también, el ruido, los gritos, la suciedad de las aceras, aunque parezca mentira, hasta eso, a las mujeres malhabladas y a los camareros que limpian todas las mesas con el mismo trapo. Yo, que no soportaba el flamenco, que lo detestaba sobre todas las cosas de este mundo, porque cuando era niño no había ni un solo bar, ni un solo restaurante, ni un solo rincón de Madrid donde no se escuchara esa música cada día, cada noche, a cualquier hora, lo he buscado como un loco por todas las emisoras de todas las radios que he tenido en mi vida. Porque hasta el flamenco echaba de menos. Pero sobre todo el cielo. Cuando has nacido aquí y te marchas lejos, los otros cielos parecen tan pobres, tan falsos, como los que están pintados en los decorados de los teatros.

A Raquel le asombró que su abuelo hubiera echado de menos tantas cosas y que nunca hubiera querido hablar de ellas en voz alta, pero no se atrevió a preguntarle por qué. Tenía miedo. Miedo de no pertenecer ya a la ciudad, al país al que seguía perteneciendo su memoria, miedo de no reconocerse en los espejos de su infancia, de su juventud, miedo de haberse adentrado para siempre en el laberinto turbio y sin solución de los ciudadanos provisionales de ninguna parte. He perdido tantas cosas en mi vida que me daba miedo haberlo perdido todo y no haberme dado ni cuenta, eso le dijo al final, cuando ya le había encargado a su hijo que le buscara una casa para instalarse definitivamente en Navidad. La abuela enunciaba con timidez, muy de vez en cuando, las ventajas de vivir en la carretera de Canillejas, pues hay que ver lo bien que estáis aquí, sin ruido, sin coches, con sitio de sobra para aparcar, y el jardín, es estupendo, pero no se atrevió a ir más allá, y todos lo entendieron. Su marido amaba tanto su ciudad que habría sido más que cruel, imperdonable, arrancársela ahora, y para él, Canillejas nunca sería Madrid. Para su nieta tampoco.

Durante aquellos días de septiembre, Raquel aprendió a mirar la ciudad con los ojos de su abuelo. Todas las tardes, Ignacio Fernández tomaba prestado el coche de su hijo y se llevaba a su nieta a cualquiera de los cinco o seis distritos escasos que para él eran, habían sido y siempre serían Madrid. A veces, si no tenían previsto andar mucho, la abuela Anita iba con ellos, pero el abuelo casi siempre pronosticaba largas caminatas porque si no, le decía a Raquel, tu abuela nos va a ir parando en todos los escaparates. Y la niña, que dejaba escapar una queja distinta en cada baldosa cuando sus padres la obligaban a ir andando a cualquier sitio, asentía con la cabeza, muy sonriente, y de la mano de su abuelo, subía y bajaba cuestas como si nada, o como si todo fuera andar con él por aquellas calles.

Luego, los fines de semana se echaban a perder. Los dos se sentaban juntos en el sofá del salón, muy enfurruñados, porque habían hecho planes, ir al Rastro, o a la plaza Mayor, volver a las Vistillas a tomar un vermú o sentarse en una terraza, del

Retiro, y los demás se empeñaban en llevarles de excursión, El Escorial, Toledo, Segovia, Ávila, Aranjuez, Chinchón, ¡ah, no!, decía el abuelo, de ninguna manera, Chinchón no, ¿para qué?, pero iban, y admiraban la plaza, las calles, las casonas, y comían cochinillo o cordero asado, a elegir, porque la abuela Anita nunca había estado en la zona centro, y quería verlo todo lo antes posible.

—Todavía os queda un fin de semana —su padre conducía el coche durante estas expediciones, y se tomaba con calma el embotellamiento del domingo por la tarde—. Si quieres, mamá, podemos ir a tu pueblo. Lo he mirado en el mapa y no...

—Ni hablar —y cortó a su hijo con la misma destreza con la que manejaba los cuchillos sobre la tabla de picar de la cocina—. Yo a mi pueblo no vuelvo. No quiero volver a pisarlo en mi vida, ni acercarme quiero, mira lo que te digo. Y cuando yo digo una cosa, la cumplo, por cierto. No como tu padre.

—Porque eres terca como una mula, Anita, por eso.

—¡Pues anda que tú!

—¿Yo qué?

—Tú más —y cuando parecía que ahí iba a quedar todo, volvió la cabeza como si estuviera muy interesada en contemplar el paisaje, entornó los ojos e impulsó la voz hasta situarla en un tono distinto, agudo y zalamero, casi infantil—. Claro que a Teruel capital sí me gustaría ir, y a Zaragoza también, sobre todo a Zaragoza. Mi madre siempre me llevaba con ella cuando iba a ver a mis abuelos, que vivían allí, como era la pequeña me mimaba mucho, pobrecita, mi madre...

—Bueno, pues muy bien —su hijo se apresuró a aceptar la sugerencia antes de que la abuela se echara a llorar, que era lo que sucedía casi invariablemente cada vez que se acordaba de su madre—. El fin de semana que viene te llevo a Zaragoza.

—Nos hemos quedado sin Rastro, abuelo —le dijo Raquel aquella noche, cuando él fue a su cama a darle un beso.

—No te preocupes —contestó él—, ya iremos. Cuando vuelva tendremos tiempo de sobra, todos los fines de semana para nosotros solos.

Y así había sido. A las viejas costumbres que Ignacio Fernández recuperó en enero de 1977, se sumó una nueva. Todos los sábados, entre las nueve y las diez de la mañana, recogía a Raquel en su urbanización de la carretera de Canillejas y la llevaba a su propia casa, en la plaza de los Guardias de Corps, enfrente de lo que un día fuera el cuartel del

Conde-Duque de Olivares. Las mañanas eran siempre parecidas. Dejaban el coche en el garaje, hacían la primera parada en el quiosco, la segunda en la churrería, y charlaban un momento con el portero, armados ya con el periódico y las porras, antes de subir a casa. La abuela Anita, que siempre se había negado a desayunar en los bares, les estaba esperando con café recién hecho, un tazón de leche con cacao y muchas ganas de ver a su nieta. Luego, las dos se iban juntas a hacer la compra, y a

Raquel le encantaba empujar el carrito y contestar a las preguntas de su abuela, que le pedía consejos sobre la fruta o el pescado como si fuera una mujer mayor, antes de explicarle cómo iba a cocinar esto o aquello. De vez en cuando, un tendero se equivocaba y le decía, mira qué bien, qué suerte tiene tu madre contigo, y las dos se reían mucho. Las mañanas de los sábados eran siempre parecidas, y muy felices, porque la abuela las reservaba sólo para estar con ella.

Con el dinero que su socia francesa le había pagado por su mitad de la guardería, Anita había montado un negocio con otras dos socias, esta vez minoritarias, aunque todo quedaba en la familia, porque una era la madre de Raquel y la otra una de sus tías, la mujer del hermano mayor de su madre, que se llamaba Aurelio, igual que su padre. Las dos habían trabajado en lo mismo, cada una en un país distinto, y entre las dos convencieron a Anita sin demasiado esfuerzo para montar un taller de marcos donde, además de aceptar encargos, vendían láminas y pósters, portafotos, cuadros terminados y algunos objetos de regalo. La abuela nunca había hecho nada parecido, pero tenía muy buen gusto para combinar tamaños y colores, y le gustaba recibir a los clientes, aconsejarles, escoger con ellos los márgenes de los *passepartout* y el estilo de las molduras. Ella no se ocupaba de enmarcar porque decía que era demasiado mayor para aprender un oficio, pero disfrutaba mucho con su trabajo, aunque sus socias ya sabían que no podían contar con ella los sábados por la mañana. Las tardes de los sábados, en cambio, Anita abría la tienda a las cinco y media y dejaba a su marido solo con su nieta durante tres horas, que fueron las mejores horas de los mejores días de la vida de Raquel hasta aquella tarde de mayo en la que encontró a su abuelo despierto, con las gafas puestas y la mirada clavada en un punto suspendido más allá del cielo.

—Que adónde vamos a ir hoy, abuelo...

—Hoy vamos a ir de visita —dijo él, y le sonrió con su sonrisa de antes, la sonrisa de París, tan parecida a una máscara, una mentira piadosa con los demás pero implacable consigo mismo.

—Vale, pero ¿adónde?

—A casa de un amigo mío.

—¿Sí? —Raquel frunció el ceño, porque las tardes de los sábados eran sólo para ellos, para ellos solos, nunca había intervenido nadie más hasta entonces—. ¿Y va a ser divertido?

—Seguramente. Tiene muchos hijos, algunos de tu edad.

Pero no iba a ser divertido, no lo fue. Fue un episodio extraño, misterioso, oscuro, divertido no. Raquel lo adivinó enseguida, antes de que la abuela abriera la puerta para besarles a toda prisa y anunciar que se iba corriendo porque llegaba tarde. Su marido le recordó que pasarían a recogerla hacia las ocho y media para ir luego los tres juntos a cenar por ahí, y eso también formaba parte del programa habitual, el plan

de todos los sábados, que ella reconstruiría en voz alta con precisión y el orgullo de haber cenado en un restaurante, cuando sus padres fueran a comer con los abuelos al día siguiente, para llevarla con ellos de vuelta a casa después. Y sin embargo, nunca le contaría a su padre, ni a su madre, ni a su abuela Anita, lo que pasó aquel sábado que parecía como los demás y fue distinto desde el principio, desde que el abuelo escogió ponerse un traje gris y una corbata en lugar de la camisa y el jersey con los que siempre había salido con ella de paseo, antes de sacar de un cajón de su escritorio que siempre estaba cerrado con llave una cartera de piel castaña, muy antigua, con las esquinas descoloridas por el paso del tiempo.

—¿Qué es eso, abuelo?

—Una cartera —y se la enseñó a una distancia cautelosa—. ¿No lo ves?

—Sí, pero... ¿qué tiene dentro?

—Papeles.

—¿Qué papeles?

El abuelo no sólo no contestó a su pregunta, sino que hizo como si nunca la hubiera oído, y eso fue otra novedad, porque él no se cansaba de su curiosidad, jamás le pedía que se callara, que lo dejara en paz, ni murmuraba entre dientes, hay que ver, hija mía, qué pesada te pones, como hacían sus padres. El abuelo Ignacio siempre había contestado a todas sus preguntas y, a diferencia de su mujer, nunca se había preocupado por el aspecto de su nieta. Sin embargo, aquella tarde, antes de salir de casa la estudió con atención, desde los zapatos hasta las cintas de raso, por supuesto entonadas con el vestido, por supuesto entonado con la chaqueta, que la abuela había colocado al extremo de sus dos trenzas perfectas.

—¿Qué miras?

—Nada —y la besó en la frente—. Lo guapa que eres.

Luego, como si quisiera desmentir las contradictorias novedades de su indiferencia y su atención, se esforzó por comportarse como otras veces, cuando de verdad disfrutaba explicándole los nombres de las calles o evocando episodios de su propia infancia, anécdotas de personajes pintorescos que había conocido o de los que había oído hablar cuando era un niño, pero aquella tarde Raquel no le dio mucha importancia a sus palabras porque se dio cuenta de que para él tampoco eran importantes.

—No vamos a salir del barrio, ¿sabes? Lo vamos a cruzar, más bien, de punta a punta. Mi amigo vive en la calle Argensola, que está al final de Fernando VI, alguna vez hemos ido por allí para salir a Recoletos, ya lo verás...

Había oído palabras parecidas muchas veces, y sin embargo escuchó aquéllas como si fueran nuevas y distintas, porque habían perdido el acento alegre de la despreocupación a favor de una emoción más grave.

Su abuelo guardaba una memoria asombrosa de la ciudad donde había nacido,

recuerdos tan ricos, tan minuciosos y precisos de la situación de las calles, de las fachadas de los edificios, de las fuentes y las estatuas, las tiendas y los cines, que la abuela estaba convencida de que la había ejercitado en secreto, año tras año. Él lo negó al principio, pero luego, cuando se cansó de burlarse de su mujer, que había tardado más de una hora en empezar a orientarse en Zaragoza, reconoció que todas las noches, al apagar la luz, pensaba en Madrid, en un lugar, en una iglesia, en una esquina concreta que tomaba como punto de partida para reconstruir de memoria la calle Viriato, la plaza de Santa Ana o la Carrera de San Jerónimo, hasta que se quedaba dormido, y si no lo lograba a la primera, al día siguiente le echaba un vistazo a un plano para intentarlo otra vez. Raquel había sido la espectadora privilegiada, y a menudo única, del entusiasmo con el que Ignacio Fernández celebraba la lealtad de su ciudad con su memoria, y por eso percibió enseguida la misteriosa indolencia de su voz mecánica, neutral, desprovista de la vida, de la energía de otros sábados.

Aquella tarde, su abuelo hablaba por hablar, como si se hubiera dado cuerda a sí mismo sólo por estar ocupado en algo, y dejaba las frases a la mitad para saltar de un tema a otro sin terminar las historias que había empezado. Apretaba su mano con fuerza, con demasiada fuerza, mientras caminaba muy derecho, la cabeza alta, recta, casi rígida, sobre un cuello que había renunciado a la flexibilidad, su capacidad de moverse hacia los lados, y sus piernas avanzaban a una velocidad constante, recorriendo una distancia idéntica en cada paso. Raquel seguía su ritmo a duras penas, como si estuviera encadenada a una máquina, el autómata concienzudo que ocupó el cuerpo de su abuelo durante el último tramo, los últimos y silenciosos metros en los que su nieta empezó a sufrir por él, cuando ya estuvo segura de que aquello no iba a ser divertido y de que el hombre al que su abuelo iba a visitar no podía ser un amigo.

—Ya hemos llegado.

Ignacio Fernández se detuvo ante un portal grande y oscuro, y volvió a mirar a su nieta, no como antes, en casa, mientras estudiaba su ropa, su peinado, sus zapatos, sino mucho más adentro, al fondo de sus ojos, de su conciencia, el saldo de sus ocho años de niña feliz y muy lista, tanto que en aquel momento adivinó algunas cosas que eran ciertas aunque ella no pudiera entenderlas del todo, que su abuelo estaba muy nervioso, que estaba calculando si no sería mejor darse la vuelta para regresar a la rutina alegre y callejera de todas las demás tardes de sábado, y que en aquel momento su compañía era importante para él. Entonces, como no sabía qué hacer, hizo lo mismo que había visto hacer tantas veces a la abuela Anita cada vez que su marido se enfadaba, o se ponía triste, o lo pasaba mal. Cogió su mano derecha con las dos manos, se la llevó a la boca y la besó muchas veces. Cuando terminó, su abuelo sonrió con esa sonrisa triste que Raquel ya conocía, la cogió en brazos y la abrazó con fuerza, con demasiada fuerza, mientras le devolvía los besos en la cara, en el

pelo, en la cabeza. Después, colocó bien su vestido, volvió a encajarse la cartera de piel marrón debajo del brazo izquierdo, le dio la mano y entraron los dos juntos en aquella casa.

En el tercer piso había dos puertas, muy grandes y muy altas, de madera oscura, brillante, recién barnizada. Sólo una tenía una placa dorada en el centro, pero Raquel se dio cuenta de que su abuelo la habría escogido aunque no tuviera ningún apellido escrito. También se dio cuenta de que, al abandonar la suya para tocar el timbre, su mano temblaba como una hoja de periódico en medio de una tormenta, y entonces fue ella quien la apretó con fuerza, con demasiada fuerza, cuando volvió a encontrarla entre sus dedos.

—Buenas tardes. ¿Qué desea?

El abuelo no contestó a la doncella uniformada que abrió la puerta, porque vio aparecer enseguida a una mujer que a Raquel le pareció una actriz de cine, muy elegante, muy rubia, con los ojos muy azules y la piel muy blanca, arreglada como para ir a una fiesta, con un vestido negro sin mangas, unos zapatos de tacón alto y muchas joyas, en los dedos, en las muñecas, media docena de sartas de perlas blancas y negras confundiéndose alrededor de su cuello. Usaba un perfume tan penetrante que conquistó el descansillo sin esfuerzo, y les dedicó una sonrisa cortés, trivial, que sería el único gesto relajado que Raquel llegaría a contemplar aquella tarde en su hermoso rostro.

—Déjalo, María —le dijo a la doncella—. Yo me ocupo.

—Tú debes de ser Angélica —supuso el abuelo en voz alta como todo saludo, y aquélla era su voz, clara, firme, serena, la voz de un hombre que había recuperado su propio cuerpo y el control absoluto de sus palabras, sus gestos, sus movimientos, una metamorfosis tan misteriosa como la precedente, que debería haber tranquilizado a su nieta y sin embargo terminó de alarmarla del todo.

—Sí... —aquella mujer vaciló, miró al visitante con atención y se estiró, levantando al mismo tiempo la muralla del usted, la voz y la barbilla—. Perdone, pero creo que no nos conocemos.

—Claro que nos conocemos —y hasta se permitió el alarde de sonreír—. Lo que pasa es que tú no puedes acordarte de mí porque la última vez que nos vimos tenías tres años, pero estoy seguro de que sabes quién soy —entonces hizo una pausa más larga, y tan calculada como si estuviera interpretando un papel dramático sobre un escenario, quizás porque ella ya había juntado las manos y se frotaba una con la otra, como si estuviera poniéndose nerviosa—. Tu madre y yo éramos primos hermanos. Me llamo Ignacio Fernández.

Vámonos, abuelo, vámonos, pensó Raquel entonces, mientras la actriz de cine se ponía blanca, mucho más blanca, blanca como una enferma, como una estatua, como una llama moribunda de su propia blancura, vámonos de aquí, abuelo, por favor...

Ella dio un par de pasos hacia atrás, marchita y desmadejada de golpe como si nada la sostuviera, como si todos los huesos de su cuerpo se hubieran disuelto en un momento para abandonarla a la suerte de una muñeca de trapo, una pobre marioneta de movimientos torpes, inconexos, no sonrías así, abuelo, así no, no sonrías así... Raquel quería hablar pero no podía, sus labios se negaban a moverse, y aquella mujer que parecía herida, fulminada por un nombre, un apellido que le hubiera estallado por dentro como una bomba programada con mucho tiempo, mucha paciencia, mucha astucia, había dejado de brillar, ya no brillaban sus perlas, no brillaban sus joyas, no brillaban sus ojos, ni su pelo dorado, ni su perfume caro, vámonos de aquí, abuelo, vámonos, por favor, vámonos, pero él sonreía, tenía los labios curvados en el ángulo exacto de la tristeza, y estaba tranquilo, como si acabara de desprenderse de una carga muy pesada, la que ahora hundía los hombros de la mujer que cerraba los ojos y se sujetaba la frente con los dedos como si su cabeza fuera a desprenderse de su cuerpo de un momento a otro, vámonos, abuelo...

—Vámonos —logró decir Raquel por fin, en voz muy baja, casi un susurro.

—He venido a ver a Julio —pero la voz de su abuelo se impuso a la suya—. ¿No está en casa?

—No... No, él... Ha ido... —ella le miró, miró a la niña, intentó ganar tiempo, cerró los ojos, volvió a abrirlos, miró el reloj—. Volverá enseguida.

—Muy bien —Ignacio Fernández dio un paso adelante, aunque nadie le había invitado a pasar—. Si no te parece mal, preferiría esperarle. Después de tanto tiempo...

—Claro, claro —la dueña de la casa reaccionó enseguida, como si temiera el final de la frase—. Pasa, por favor... ¿Y esta niña?

—Es mi nieta Raquel.

—¡Qué mona! —la actriz de cine intentó volver en la amplitud de su sonrisa y la caricia de sus dedos enjoyados, pero la angustia convirtió su rostro en una máscara, barnizó sus ojos con un brillo vidrioso, inspiró en la niña una lástima temible, más profunda que el miedo—. ¿Quieres venir a jugar un rato con mis hijos? Iba a ponerles la merienda...

Raquel apretó la mano de su abuelo con desesperación, porque no quería separarse de él ni un instante, pero al mirarle, supo que no tenía otra opción.

—Claro, qué buena idea —el abuelo la besó en la cabeza—. Ve con ellos, anda.

—María, por favor... —la doncella no había ido muy lejos—. Acompaña a este señor al despacho. Yo voy enseguida.

La mujer rubia la cogió de la mano y la condujo por un pasillo largo, lleno de muebles de madera oscura y muchos cuadros, algunos grandes, antiguos, otros pequeñitos, colgados en grupo. Las alfombras ahogaban el sonido de sus pasos, tan firmes que Raquel tardó en identificar el origen de un ruido sordo, atropellado,

urgente, que no era más que el sonido de su respiración. Aquella mujer jadeaba como si alguien la estuviera persiguiendo, como si corriera en lugar de caminar, como si se sintiera atrapada en un lugar ajeno, extraño, peligroso, mientras recorría el pasillo de su propia casa. Al doblar la esquina, el pasillo cambió, perdió los muebles, los cuadros, las alfombras, para ganar a cambio la luz de dos ventanas que se abrían a un patio interior. Al fondo, había una puerta doble de madera, con hojas batientes como las de los bares de las películas del oeste. Ella la empujó y desembarcó a Raquel en una cocina muy grande, con muebles blancos, y en el centro, una mesa preparada para la merienda.

—Bueno —por fin la mujer rubia soltó su mano, le dedicó una sonrisa tan crispada que parecía una mueca, y señaló a los dos niños sentados a la mesa—. Estos son mis hijos pequeños, Álvaro y Clara. Niños, tenéis una invitada. Se llama Raquel, y es prima vuestra, muy lejana pero... O no. No, no, es más bien sobrina, creo, segunda, o tercera, no sé, siempre me hago un lío con lo de los parentescos. En fin... Siéntate aquí. ¿Quieres un chocolate? Fuensanta lo hace muy rico...

Estaba tan nerviosa que al apartar la silla tiró una servilleta, y luego dio una vuelta completa alrededor de la mesa sin encontrar el cajón de los cubiertos. Una señora gorda y sonriente, de unos cincuenta años, vestida con un uniforme azul que apenas se distinguía bajo el delantal blanco, inmaculado, le tendió una cucharilla y dijo que ella se ocupaba de todo.

—Gracias, Fuensanta... Voy un momento al baño... Tengo que... ¿Dónde habré dejado el tabaco, Dios mío?

Raquel miró a aquellos niños que no parecían hermanos, él con el pelo muy negro, corto, fuerte, y los ojos grandes, oscuros como pozos a los que no se les veía el fondo, ella muy rubia, más que su madre, con la piel sonrosada y los ojos dorados, más pequeños que los del niño, pero limpios y transparentes como dos gotas de miel. Le pareció muy guapa y más que eso. Tenía la clase de belleza de los niños que salen en televisión, en los anuncios de champús o de galletas, el encanto dulcísimo de quienes siempre hacen el papel más lucido en las obras de teatro del colegio, ese atractivo innato, magnético, que establece la jerarquía en los pupitres y los recreos. Raquel tampoco se habría resistido al deseo de admirarla, de ser amiga suya, de invitarla antes que a nadie a todos sus cumpleaños, si la hubiera conocido otro día, en un lugar donde no sintiera la necesidad de medir sus palabras, de temer por su abuelo, de defenderse de las señoras muy rubias y muy amables que la invitaban a merendar con sus propios hijos. El niño le llamó mucho menos la atención y sin embargo fue quien más se fijó en ella.

—¿Tú eres mi sobrina? —ésa fue la primera de una larga serie de preguntas.

—No lo sé —y era verdad, porque nadie le había hablado nunca de aquella familia.

—¿Cuántos años tienes?

—Ocho.

—Yo tengo siete —dijo su hermana.

—Y yo doce —él pensó un momento y luego negó con la cabeza—. No puedes ser nuestra sobrina. Somos todos demasiado pequeños. Serás nuestra prima, seguramente.

—No lo sé —repitió Raquel—, pero mi abuelo le ha dicho a vuestra madre que era primo de su madre, o algo así...

—Estaría bien que fueras prima nuestra, porque nosotros no tenemos —le explicó la niña.

—¿No?

—No —confirmó su hermano—. Papá y mamá eran hijos únicos. ¿Tú tienes?

—Sí, yo tengo muchos... Miguel y Luis, que viven en Málaga, Aurelio, Santi y Mabel, que tienen una casa al lado de la de mis abuelos, en Torre del Mar, Pablo y Cristina, que viven aquí, y luego los de París, Annette y Jacques.

—¿Tienes primos en París?

—Sí. Antes vivíamos allí. Yo nací en París.

—Entonces eres francesa.

—No. Soy española. Mis padres son españoles, y mis abuelos también.

—¡Qué raro! —el niño la miró como si no se creyera una palabra de lo que le acababa de contar—. Los que nacen en Francia son franceses.

—¿Y tienes hermanos? —preguntó la niña.

—Sí, uno. Se llama Mateo, tiene cuatro años. Pero voy a tener otro en noviembre.

—Nosotros somos cinco. Clara es la pequeña.

—Y tú el segundo más pequeño, Álvaro, no presumas...

Entonces Fuensanta sirvió el chocolate, que estaba muy rico, riquísimo de verdad, y puso en el centro de la mesa dos fuentes, una con suizos y ensaimadas, otra con picatostes recién hechos. No os lo comáis todo, les advirtió, que ahora llegarán vuestros hermanos muertos de hambre, después del partido... Cuando ya no podía más, Raquel se echó hacia atrás en la silla y para su sorpresa, casi en contra de sus deseos, experimentó un instante de auténtico bienestar, como si el sabor del chocolate, de los picatostes, hubiera borrado el presentimiento de la amargura y desterrado el miedo, la sensación de estar cercada en un territorio hostil, más peligroso que cualquier otro lugar donde hubiera estado antes.

—Tengo un tren eléctrico —le dijo el niño—. Si quieres te lo enseño.

Salieron al pasillo en fila india, él delante, Raquel en medio, su hermana detrás, en dirección a una habitación amplia y luminosa, con dos balcones a la calle, una puerta cerrada a cada lado y un montón de juguetes por el suelo.

—¿Éste es tu cuarto?

—No. Es el cuarto de jugar. Yo duermo ahí —y señaló la puerta de la izquierda —, con mis hermanos. Las niñas duermen enfrente.

—¿Quieres ver mis muñecas? —ofreció Clara—. Tengo muchas.

—No, no quiere ver tus muñecas —Álvaro la trataba con la superioridad despectiva de los hermanos mayores—. Ha venido a ver mi tren. Mira...

El tren estaba montado sobre un tablero, entre los dos balcones, y era muy bonito porque tenía un puente, y un túnel, y una estación con muñequitos que parecían viajeros, de pie en el andén o sentados en los bancos, y hasta unas montañitas con un pueblo al fondo. Había dos locomotoras, una negra y antigua, que tiraba de tres vagonetas cargadas de carbón, y otra moderna, pintada de colores brillantes, enganchada a una larga hilera de vagones de viajeros.

—El tren no es tuyo, Álvaro, es de los tres —la niña se acercó a Raquel con dos muñecas casi iguales, vestidas con la misma ropa en colores diferentes, y se las enseñó como si quisiera darle a escoger—. Mira, son mellizas. ¿A que son bonitas? Me las trajeron los Reyes, coge tú una...

Las locomotoras ya habían empezado a moverse, a cruzarse en direcciones opuestas, a subir por los puentes y perderse en el túnel, ganando velocidad en cada viaje, cuando un coro de voces masculinas que entonaban el cántico de la victoria, hemos ganao, hemos ganao, el equipo colorao, estalló en medio del pasillo.

—¡Papá!

Los dos gritaron a la vez un instante antes de que un hombre alto, moreno, corpulento, que no era joven pero conservaba el aire atlético de quienes sí lo son, entrara en la habitación precediendo a un muchacho rubio y larguirucho y a otro mayor pero muy parecido, y Raquel se dio cuenta de que Álvaro se parecía a él tanto como los demás a la mujer muy rubia.

—¡Tres a cero!

El padre de los niños gritó el resultado del partido marcándolo al mismo tiempo con los dedos de las manos, tres levantados en la izquierda, el índice y el pulgar de la derecha dibujando un círculo en el aire, antes de coger a cada uno de sus hijos pequeños con un brazo para empezar a hacerles cosquillas mientras las recibía de ellos al mismo tiempo, hasta que los tres se cayeron al suelo y rodaron por la moqueta, convertidos en un ovillo de cuerpos y risas que no se deshizo cuando se pararon a tomar aliento.

—Y todavía no os he contado lo mejor, Julio ha metido dos, ha estado inmenso, ¿a que sí, Rafa? Anda... —y entonces, Álvaro colgado de su cuello, Clara presa entre sus piernas todavía, se quedó mirando a Raquel—. ¿Y tú quién eres?

—Es una prima nuestra —le informó la niña—. Se llama Raquel.

Él se echó a reír, besó a su hija, sonrió a esa sobrina postiza con la que no contaba, y ella comprendió que, a pesar del pelo rubio, a pesar de los ojos color de

caramelo, a pesar del óvalo perfecto de su cara y la perfección sonrosada de su piel, si Clara era tan guapa, era porque sabía sonreír igual que su padre.

—A ver, a ver...

Mientras le veía acercarse andando a gatas, con los ojos tan negros, los dientes blanquísimos y una expresión juvenil, como de niño gamberro, en la cara, Raquel sintió una simpatía instintiva por aquel hombre y no se preguntó por qué, como nadie se lo había preguntado nunca, pero percibió calor, confianza, y una sensación aún mucho más extraña de cercanía, de intimidad, como si él fuera distinto de su mujer, de sus hijos, como si le conociera desde siempre y desde siempre hubiera sabido que podía fiarse de él.

—Dime una cosa... —se arrodilló a su lado y le habló con suavidad, en un tono sereno, seductor, casi sedante, como si nadie más pudiera escucharles o acabaran de quedarse solos en la habitación—. ¿A ti te gustan los chupa-chups?

—Sí —y Raquel sonrió sin saber por qué.

—¿Seguro? —entonces le enseñó una mano abierta, la cerró muy cerca de su cara e improvisó una mirada de asombro—. Pues sí que te deben gustar, porque tienes uno dentro de la oreja...

Raquel le miraba con la boca abierta, como si estuviera hipnotizada, inmovilizada de puro placer, atrapada en su voz, en sus palabras, pero escuchó un palmoteo nervioso y un par de carcajadas de los espectadores de la escena antes de sentir el roce de unos dedos junto a la mandíbula.

—Mira —y sus dedos sostenían un chupa-chups envuelto en un papel naranja—. Tómalo, es tuyo. Estaba en tu oreja.

—Gracias —dijo ella, y se echó a reír.

—Claro que, a lo mejor, te gustan más los de fresa. Déjame mirar en tu otra oreja... —repitió la operación con la otra mano y encontró un caramelo idéntico con un envoltorio de color rosa fuerte—. ¡Ahí va, qué suerte! Te crecen chupa-chups en las orejas.

Entonces, sin pensar en lo que hacía, Raquel le echó los brazos al cuello y le besó en las mejillas, y él le devolvió los besos, los abrazos, y por un instante fue como si siempre hubieran vivido juntos, como si no fueran a separarse nunca, como si ella fuera una hija más de aquel padre que iba a animar a sus hijos a los partidos, y se dejaba hacer cosquillas, y rodaba con ellos por el suelo, y andaba a gatas, y encontraba chupa-chups en sus orejas.

—Julio... —la voz de la mujer rubia, plantada en el umbral, los ojos muy abiertos, la piel muy pálida, frotándose las manos con tanta fuerza como si pretendiera desollarse una con otra, deshizo al mismo tiempo abrazo y hechizo—. Julio, tenemos visita.

—Ya lo veo —él se echó a reír—. Acabo de conocer a mi sobrina.

—Pues sí, claro, eso es... Esta niña es la nieta de Ignacio Fernández, el primo de mi madre, ya sabes. Te está esperando en el despacho.

Él cerró los ojos un momento y volvió a abrirlos para mirar a Raquel, para estudiar su cara con una expresión ambigua, que era una sonrisa pero no reflejaba placer ni simpatía, antes de desprenderla de sí con suavidad. Luego se levantó despacio, se arregló la ropa, arrugada por el forcejeo de las cosquillas, y salió de la habitación sin mirar hacia atrás.

—¡Papá, papá, no te vayas! —Álvaro le reclamaba desde el suelo—. He enganchado las dos locomotoras, están funcionando a la vez, tienes que verlo...

—Ahora, hijo, ahora. Vuelvo enseguida.

Pero Raquel no le volvió a ver. Fue otra vez la mujer rubia quien vino a buscarla cuando ya se había cansado de mirar los trenes y jugaba por fin con Clara y sus muñecas mellizas. Yo soy su madre y tú eres su tía, ¿vale?, le había dicho al enseñarle su imponente colección de accesorios, una cuna doble, como el cochecito, y la trona, y el armario, y una sola bañera para las dos. Ya las habían bañado dos veces, y las habían acostado, y levantado, y alimentado, las estaban durmiendo en brazos cuando la señora volvió, igual de pálida, de nerviosa que antes, pero Raquel ya no se dejó impresionar por eso, porque no había llegado a verla tranquila en ningún momento y pensó que siempre sería así, histérica, huidiza, incapaz de tener las manos quietas.

—Tu abuelo te está esperando, Raquel, tienes que irte.

—¡Ay, no, mamá, por favor! —Clara protestó—. Con lo bien que nos lo estamos pasando ahora...

Entonces, aquella mujer tan rara abrazó a su hija, la mantuvo apretada contra sí, la besó, y pareció estar a punto de hablar un par de veces, pero no dijo nada. Luego, cogió la mano de Raquel y deshizo el camino que las dos habían recorrido antes, desde el pasillo desnudo y luminoso, por el alfombrado corredor lleno de cuadros, hasta el recibidor donde Ignacio Fernández, muy alto, muy tieso, muy solo, esperaba a su nieta junto a la puerta. Clara fue tras ellas todo el camino, lloriqueando, protestando, suplicando entre sollozos una prórroga que era imposible, Raquel se dio cuenta, porque la maltrecha actriz de cine caminaba cada vez más deprisa, y porque se volvió dos veces para pedirle a su hija que se callara, la última a gritos, justo antes de doblar la esquina que desembocaba en el recibidor.

—Raquel...

Su abuelo la llamó por su nombre y entonces se dio cuenta de que con el brazo izquierdo seguía abrazando a la melliza pelirroja vestida de verde, y se quedó parada sin saber qué hacer, la mano derecha tendida hacia su abuelo y la otra hacia Clara, que ya corría a recuperar su muñeca cuando su madre la inmovilizó en lo que pretendió que pareciera un abrazo.

—Si te gusta, puedes quedártela.

—¡No! —su hija intentó zafarse de sus brazos, pero ella la apretó con más fuerza, sus manos cruzadas sobre las de la niña.

—Claro que sí —insistió, y se esforzó en sonreír, como si no pasara nada—. Te la regalamos.

—¡Pero, mamá, si es una melliza! —la niña levantó la cabeza, buscó los ojos de su madre y empezó a llorar de verdad, con lágrimas auténticas—. ¿No lo entiendes? Si son dos, ¿cómo voy a regalarle una?

—Eso es verdad —Raquel pensó que Clara tenía razón y estiró el brazo aún más hacia ella—. Además, yo ya tengo muchas muñecas.

—Nada, nada... —la mujer rubia se mostró inflexible en el arbitrario capricho de su generosidad—. Llévatela. Ya le compraré yo otra.

—¡Mamá!

De repente, Raquel se encontró en el descansillo. Su abuelo la había sacado de aquella casa y había cerrado la puerta sin despedirse. Eso también era raro, pero no le importó, porque la escena del recibidor había resucitado el grumo que se instaló en su pecho al llegar allí, cuando todo le daba miedo y le costaba tanto respirar como si la atmósfera del interior fuera más pobre, más pesada que el aire de la calle. Entonces recordó que aquello no iba a ser divertido, que ella lo había sabido siempre, desde el principio, y se preguntó cómo había podido llegar a olvidarlo, cómo había podido pasarlo tan bien con la merienda, y el tren eléctrico, y las muñecas, y los
chupa-chups, y sin embargo alegrarse de que el abuelo hubiera decidido bajar por la escalera en lugar de coger el ascensor, porque en cada escalón respiraba mejor y las luces, las sombras, los muros, los objetos, iban recuperando la normalidad poco a poco, centímetro a centímetro, hasta que los dos, siempre de la mano, reconquistaron la amplitud de aquel portal oscuro donde hacía casi frío, y tras la puerta, la recompensa de una tarde de mayo soleada y limpia, una brisa ligera agitando las hojas de los árboles, el sol aún capaz de calentarles.

—Qué casa tan grande tienen, ¿verdad? —sólo se atrevió a hablar cuando ya caminaban por la acera, al ritmo lento, calmoso, de otros sábados—. Y qué bonita. Deben de ser muy ricos, ¿no?

Su abuelo no le contestó enseguida, no se detuvo, no sonrió, ni usó su comentario como punto de partida para enlazarlo con una historia cualquiera. Ni siquiera la miró. Siguió andando despacio, con la cabeza recta, los ojos fijos en el horizonte, su rostro muy pálido a la luz del sol y un temblor pequeño, pero constante, en la frontera de sus labios cerrados.

—Lo que son es muy hijos de puta.

Eso dijo, y tampoco entonces quiso mirarla. Habían llegado a una plaza escondida, rectangular, con un edificio muy grande al fondo, muchos árboles delante,

un quiosco de periódicos y algunos bancos. Su abuelo escogió uno que estaba vacío, se sentó, y Raquel se dio cuenta de que había dejado de contar con ella, como si se le hubiera olvidado que era su nieta, que tenía ocho años y que estaba allí, como si todo le diera ya lo mismo. Escogió un banco, se sentó, dejó a un lado su cartera de piel castaña, muy antigua, con las esquinas descoloridas por el paso del tiempo, y se tapó la cara con las manos. Durante un instante, no ocurrió nada más. Luego, su cabeza empezó a moverse arriba y abajo, despacio al principio, con más ritmo, más intensidad después, contagiando su agitación a los hombros, a los brazos, a las manos que permanecían firmes contra sus párpados, sus mejillas, como si la piel de sus palmas se hubiera fundido con la de su cara, como si no pudieran separarse más. La niña, de pie sobre la acera, frente a él, le miraba y no podía creerse lo que estaba viendo, no de su abuelo Ignacio, de él no, y sin embargo, los sonidos roncos, guturales, viscosos, que se escurrían por los resquicios de sus dedos entreabiertos, se hicieron más nítidos, aún más inverosímiles y precisos, más sollozos, hasta que ella ya no encontró ninguna puerta por donde escapar, ninguna solución para seguir dudando de la capacidad de sus oídos, de sus ojos abiertos e incrédulos.

Aquélla fue la primera vez en su vida que Raquel Fernández Perea vio llorar a su abuelo, la primera y la última, la única, pero nunca se sintió privilegiada ni orgullosa por haber sido testigo de su llanto, como había sido tantas veces espectadora de su alegría, porque su abuelo lloraba como un niño pequeño, sin freno, sin pausa, sin consuelo, olvidado de su nieta y de sí mismo, del hombre que había sido y del que seguía siendo, un hombre que había podido morir muchas veces y había salvado la vida para celebrar la muerte de su enemigo bailando un pasodoble con su mujer en una plaza del Barrio Latino de París, muy poco, poquísimo, casi nada, con un frío que pelaba y delante de una pandilla de inocentes, Ignacio Fernández Muñoz, alias el Abogado, defensor de Madrid, capitán del Ejército Popular de la República, combatiente antifascista en la segunda guerra mundial, condecorado dos veces por liberar Francia, rojo, español, y propietario de una pena negra, honda y sonriente que su nieta no olvidaría jamás, como no olvidaría la tarde en que le vio llorar, más solo, más angustiado, más derrotado que nunca, incapaz de seguir reteniendo por más tiempo todas las lágrimas que no había dejado ir mientras toreaba a la muerte por su cuenta, mientras se fugaba de las cárceles, de los campos, de los trenes, de los que le querían matar sólo porque era él, y que eran todos, mientras se acostumbraba al fracaso perpetuo de una vida próspera en un país ajeno, y al sueño imposible de la ciudad propia que volvía a perder cada mañana, porque somos de un país de hijos de puta, vamos a brindar, porque somos de un país de mierda, brindemos, él había levantado la copa, todas sus copas, pero había retenido también todas sus lágrimas para dejarlas ir ahora, sin freno, sin pausa, sin consuelo, para llorar el llanto de una vida entera, él, su abuelo Ignacio, el que sonreía al dolor, el que burlaba a la muerte,

el que no lloraba nunca, el hombre que podía haber muerto muchas veces y había vivido para volver a casa, para recuperar su lugar, para cobrar sus deudas, a sus órdenes, mi capitán, para nada, había dicho él, para nada.

—No llores, abuelo, por favor... No llores.

¿Qué ha pasado?, le habría gustado preguntar, ¿qué te han hecho, abuelo, quién ha sido, por qué, cómo, cuándo, cuánto te duele?, pero no pudo decir nada, ni siquiera que le quería, que aquella tarde de mayo, tan cálida, tan limpia, tan cruel, había aprendido que le quería muchísimo, que no había nadie en el mundo a quien quisiera más que a él. Lo que a ti te hace daño, a mí me hace daño, eso era lo que sentía, lo que habría querido decirle, pero no pudo, porque estaba llorando, lloraba igual que él, como la niña pequeña que ella sí era, sin freno, sin pausa, sin consuelo, y no se tapaba la cara con las manos porque las necesitaba para aferrarse a su abuelo, para acariciarle, para explicarle la verdad, que le quería tanto que le dolían las palabras que no salían enteras de sus labios contraídos, los sonidos que se perdían en su garganta ahogada por los sollozos, y no conocía el origen, la razón de las lágrimas que mutilaban cada sílaba que intentaba pronunciar, pero sentía que esas lágrimas le dolían porque eran suyas, porque le pertenecían a él, porque ella había escogido llorar el llanto de su vida entera.

No llores, logró repetir por fin, después de un rato, y se abrazó a sus mangas, escondió la cabeza en su cuello y se quedó muy quieta. Esta vez, él respondió enseguida. La apretó con fuerza, la besó en la cabeza y mantuvo sus labios firmes contra su pelo hasta que los dos se tranquilizaron. Luego, manteniéndola sujeta entre sus manos, la separó de sí, la miró, sonrió y volvió a besarla en las dos mejillas. Tenía los ojos enrojecidos, los párpados hinchados y la piel de los pómulos muy fina, tan frágil de repente como si fuera de papel.

—Ésta es la plaza de las Salesas —dijo, y su voz, ensuciada por el llanto, adoptó sin embargo el acento y el ritmo de otras veces—. Se llama así porque antes había un convento, pero esa iglesia de ahí detrás se llama Santa Bárbara, porque la fundó Bárbara de Braganza, una reina de España que era hija del rey de Portugal —hizo una pausa, se frotó los ojos, volvió a sonreír—. Esa calle lleva su nombre. Aquí enfrente estaban los juzgados donde condenaron a mi cuñado Carlos, ¿te acuerdas? Y el edificio gris que está adosado a la iglesia por detrás, ¿lo ves?, es el Tribunal Supremo. Su fachada da a otra plaza que hay detrás, la plaza de la Villa de París.

Raquel se quedó un instante callada, sin saber qué decir, cómo interpretar esas palabras frías y calientes a la vez, que tendían un puente o proponían un pacto cuyos términos no estaba muy segura de comprender. Por eso se limpió los ojos, se sonó los mocos, y dijo lo mismo que habría dicho si aquella tarde no hubiera pasado nada.

—Y las dos son cuadradas, porque si fueran redondas se llamarían glorietas.

—Justo —las lágrimas volvieron a aflorar por un instante a los ojos de Ignacio

Fernández Muñoz, pero las mantuvo a raya en honor a la inteligencia de su cómplice —. No le cuentes nada a la abuela, ¿de acuerdo?

—Te lo prometo.

Él sonrió a la solemnidad de su nieta, que había levantado en el aire la mano derecha con los dedos cruzados para reforzar su compromiso, y la abrazó otra vez.

—Recoge la muñeca —dijo entonces, mirando al suelo—. Se te ha caído.

—No la quiero —Raquel la recogió de entre sus pies, la acostó en el banco, y buscó luego en sus bolsillos hasta encontrar los chupa-chups, que dejó a su lado, el de naranja a la izquierda, el de fresa a la derecha, era tan bonita, pensó al despedirse de ella, con el pelo rojo y aquel vestido verde lleno de volantes y puntillas—. No la he querido nunca.

—Parece una ofrenda —murmuró su abuelo cuando lo vio.

—¿Y eso qué es?

—Nada. Una tontería que se me acaba de ocurrir... Pero alguna niña se va a alegrar mucho al encontrársela. Vamos.

Y entonces, como si de verdad no hubiera pasado nada aquella tarde, se levantó al fin, se encajó su vieja cartera debajo del brazo izquierdo, ofreció a su nieta la otra mano, y echó a andar hacia Recoletos con el paso regular, tranquilo y relajado, de otros sábados.

—¿Quieres un helado? —propuso al llegar al paseo.

—Bueno. De fresa, pero pequeño, porque he merendado... —mucho, iba a decir, pero se calló, porque no quería recordar nada bueno de aquella tarde.

El abuelo escogió uno grande de vainilla, mantecado, decía él, y se lo comió despacio, sin hablar, disfrutando mucho de su sabor y del paseo, Recoletos lleno de niños con patines, de madres con bebés, de parejas de novios que se besaban en los bancos y grupos de amigos que juntaban las mesas de las terrazas en largas hileras repletas de cañas de cerveza. Se escuchaban sus voces, sus risas, y el eco de los juegos de los niños, pareados y canciones, interminables retahílas de frases sin más sentido que el de acompañar los movimientos de las palmas velocísimas, las manos que volaban en el aire, encontrándose y separándose, chocando entre sí para componer una pauta rítmica y constante que Raquel conocía muy bien.

—¿Qué ha pasado, abuelo? —se atrevió a preguntar al final, cuando ya no quedaba ni rastro del cucurucho entre sus dedos y la templada alegría del aire de mayo, la gente en la calle, caía como un bálsamo compasivo sobre su incertidumbre.

—¡Uf! Es una historia muy larga. Muy larga y muy antigua. No la entenderías y además... Creo que tampoco te conviene saberla.

—¿Por qué?

Él volvió a mirarla muy despacio, muy adentro, hasta el fondo de sus ojos, de su conciencia de niña de ocho años, y Raquel intuyó que nunca contestaría a esa

pregunta, pero se equivocó.

—Bueno... —titubeó al principio—. Ya hemos vuelto, ¿no?, y lo lógico... Lo más normal es que tú ya vivas aquí siempre. Y para vivir aquí, hay cosas que es mejor no saber. Incluso no entender... —hizo una pausa y sonrió a la expresión concentrada de su nieta, que intentaba descifrar sus palabras en vano—. Mañana por la mañana podemos ir al Rastro, si quieres. Hace muy bueno, y seguro que a la abuela le apetece venir con nosotros. Ya sabes tú que, a ella, todo lo que sea comprar...

Ignacio Fernández había podido morir muchas veces, pero había vivido para estar seguro de lo que a su nieta Raquel le convenía y no le convenía saber. Pasarían muchos años, muchas cosas, antes de que ella comprendiera el sentido de aquel discurso oscuro, que era claro, luminoso y justo, como las verdades necesarias a las que se renuncia a tiempo y por amor.

Entonces ya había dejado de pensar en sí misma, en sus padres, en su familia, como españoles. El color, el sol, la luz, el azul, no necesitaban apellidos en un país donde los suyos no requerían explicación, ni reflexión alguna. Pasaron muchos años, muchas cosas, y su hermano Ignacio, el tercer Ignacio Fernández consecutivo de la familia, nació en Madrid, igual que el primero, pero no se sintió nunca especial, ni diferente por eso, porque ya vivían aquí y era lo lógico, lo normal. Cuando ya parecía que nunca iba a ocurrir, una tarde de junio como cualquier otra, su abuelo Aurelio se quedó dormido mirando el mar pequeño y andaluz que había escogido para morir, y mientras viajaba a la casa blanca y luminosa de los veranos de su infancia, Raquel ni siquiera se dio cuenta de cómo había ido perdiendo la memoria de los años raros, y del tiempo anterior, que llegaría a parecerle muchísimo más extraño todavía cada vez que volviera a París, donde había nacido Mateo, donde había nacido ella, donde parecía mentira que hubieran nacido y vivido los dos, que un domingo cualquiera de los años ochenta se encontraron sobre la mesa de la abuela Anita con una ensalada de endibias aliñadas con queso azul y nueces picadas que no recordaban haber visto jamás, y que estaba muy buena a pesar de su aspecto lacio y un poco asqueroso.

Pasaron muchos años y muchas cosas en España, al principio muy deprisa, más despacio después, mientras los deseos y la realidad aprendían a encajar en sus moldes flamantes, nuevos pero estrechos, como fue encajando su vida en las etapas de una vida cualquiera, la trabajosa negociación de sus propios deseos con las estrecheces de la realidad disponible, y habría querido ser actriz de teatro, pero terminó haciendo Económicas, y le habría gustado trabajar en algo más interesante, pero encontró enseguida trabajo en un banco, y se casó, pero se divorció, y deseó tener un hijo, pero no encontró ni al padre ni el momento, y fue desgraciada a veces, pero a veces fue feliz.

Pasaron muchos años, muchas cosas, pero Raquel Fernández Perea no dejó nunca de mirar al cielo. Y nunca olvidó cómo se llamaba el hombre que hizo llorar a su

abuelo.

Amaneció un día feo, húmedo, nublado, pero a las nueve en punto, cuando dejé a mi hijo en el colegio, el cielo estaba limpio, el sol hacía ademán de calentar, y la primavera se insinuaba en el aire como el velo de una novia dispuesta a llegar a tiempo a la ceremonia de su boda. Marzo se acabaría al día siguiente, y con él, mi último plazo razonable para esquivar una larga secuencia de doloridos reproches telefónicos, Álvaro, hijo, cómo puedes ser así, qué trabajo te costará ir a ver a ese señor, hay que ver, para un favor que te pido, desde luego, parece mentira...

Mi madre nunca comprendería que el nombre de aquella oficina me inspiraba una pereza limítrofe con el desaliento y una indignación íntima, difícil de explicar, la que siempre he sentido frente a los lenguajes para iniciados, todas esas expresiones deliberadamente incomprensibles que ocultan el sentido de lo que deberían explicar. Se podría llamar Departamento de Asesoría Financiera, incluso Asesoría Financiera a secas, pero no, claro, eso sería demasiado vulgar, eso se entendería. El asesor que se resistía a renunciar al dinero que la muerte ya le había arrebatado a mi padre pertenecía al Departamento Comercial de la Sociedad Gestora de Instituciones de Inversión Colectiva, Sociedad Anónima, y aquél no era destino para una mañana de primavera.

Sin embargo, hacía tan bueno que cedí a un capricho de adolescente ocioso, volví al garaje, dejé allí el coche con mi cazadora dentro, y me fui andando hasta la plaza de las Descalzas Reales. Estaba seguro de que mi absoluta impericia en el tema y la certeza de que no sería yo quien tomara ninguna decisión definitiva, cooperarían para reducir al mínimo la duración de aquella entrevista, y si no fuera así, podría coger un taxi hasta Recoletos y luego un tren de cercanías hasta la facultad. Aunque me había juramentado conmigo mismo para que mi madre no llegara a saberlo jamás, aquella mañana no tenía clase, pero había quedado a las doce con los miembros de mi grupo de investigación.

Llegué al banco de buen humor y bastante más tarde de lo que esperaba, pero encontré sin contratiempos la sede del trabalenguas que andaba buscando, y me dirigí a la recepcionista como si tuviera alguna idea del significado, siquiera aproximado, del nombre del lugar donde trabajaba.

—Buenos días. Vengo a ver al señor Fernández Perea.

Ella, una mujer de cincuenta y muchos, muy pintada y bastante gorda, dejó el pitillo que se estaba fumando en un cenicero donde, a pesar de la hora y del símbolo que indicaba, justo encima de su cabeza, que estaba prohibido fumar, había ya tres colillas, y me dedicó una mirada hostil.

—La señora —dijo.

—¿Perdón? —pregunté, sin tener ni idea de lo que me estaba diciendo.

—La señora Fernández Perea —me aclaró—. En este momento no está casada pero no le gusta que le llamen señorita. Yo estoy soltera y tampoco me gusta.

—¡Ah! Lo siento —dije, como si hubiera hecho algo por lo que debiera disculparme, y me sentí tan mal conmigo mismo por pedir perdón, que saqué la carta del bolsillo y se la enseñé—. En esta carta no figura su nombre completo, y tampoco he podido deducir del texto que se tratara de una mujer.

—Bueno —aceptó ella, resignándose a una tregua—. ¿Tiene usted cita?

—No. En la carta no indica que debiera pedirla.

—No me diga. ¿Y tampoco dice que es conveniente que se vista usted por las mañanas?

Estuve a punto de darme la vuelta y largarme de allí, pero ella ya había pulsado el botón del interfono antes de terminar de insultarme.

—Raquel... Tienes visita. No, no sé cómo se llama. No, no ha llamado antes. Sí, espera, la referencia es JCG 32... Sí, ahora mismo se lo digo
—soltó el botón del interfono, me devolvió la carta y me miró—. Pase, le está esperando. Es el tercer despacho a la izquierda. Encima de la puerta hay una placa con el nombre —hizo una mueca parecida a una sonrisa, elevando apenas las comisuras de los labios—. Completo.

Después, cuando ya sabía que se llamaba Mariví, que tenía úlcera de estómago, y que odiaba a los hombres en general porque uno en particular la había abandonado por un muchacho cuando tenía veintidós años, no fumaba y pesaba cincuenta kilos, pensé muchas veces en ella como en una frontera, una barrera, el testigo último de lo que éramos mi vida y yo, el mundo de los otros y mi mundo, antes de Raquel. Mariví, que era tan borde, no llegó a serlo tanto como para forzar mi huida, y sus reflejos cortaron mi retirada antes de que pudiera plantearme sus consecuencias. Si hubiera sido sólo un poco más lenta, un poco más hostil, yo me habría ido, habría vuelto a mi casa, habría cogido el coche, me habría marchado a la facultad, y desde allí habría llamado a mi madre para informarle del resultado de la frustrada entrevista, yo no sirvo para esto, mamá, ya te lo dije, he perdido una mañana para nada y no estoy dispuesto a perder otra. Ella se habría escandalizado por mi reacción, desde luego, Álvaro, hay que ver cómo eres, pareces un crío, habría insistido un poco, y luego habría llamado a mi hermano Rafa, pensando que eso era lo que debería haber hecho desde el principio. Entonces habría pasado algo, sin duda, pero yo ni siquiera me habría enterado, porque Rafa habría asumido el tema en solitario, con el legendario arrojo y la hidalguía que presumía heredados de nuestro padre. Llevaba toda su vida esperando una ocasión así, anhelando la oportunidad de convertirse en el mártir soldado que soluciona los conflictos de los demás y carga con toda la responsabilidad, todos los costes, todas las culpas. Yo ni siquiera me habría enterado y habría seguido viviendo en mi propia vida, una apacible llanura de tierras cultivadas que no solía exigir excesos de mis ojos, ni de mi conciencia. Por eso, pensé muchas veces en Mariví. Después, cuando a mi alrededor el mundo no era más

que una infinita extensión de tierra quemada.

Y sin embargo, aquella mañana, mientras dudaba entre llamar con los nudillos a la puerta o no, miré el reloj y comprobé con satisfacción que no eran más que las nueve y veinticinco. Estupendo, me dije, ahora me siento, escucho el rollo que me va a largar asintiendo con la cabeza y mucha educación, apunto cuatro números, y a las diez, como muy tarde, estoy en la calle otra vez. Al final, golpeé con suavidad en la madera, no obtuve respuesta, repetí la llamada con más energía y escuché un «adelante» decidido, cantarín, que me franqueó la entrada a un despacho bastante grande, cuadrado y luminoso, con dos ambientes, una mesa de pino de tamaño considerable y diseño sencillo, pero diseño, colocada al fondo, ante una pared acristalada que daba a la calle, y un par de sofás dispuestos en ele alrededor de una mesa baja en primer término. Llevaba tantos años trabajando en la universidad que reconocí sin dificultad la categoría laboral de mi anfitriona, que no era un pez gordo, maderas nobles, alfombras caras y más de tres metros de distancia entre la mesa de trabajo y la zona de recibir, pero tampoco una empleada cualquiera, despacho pequeño, mesa mediana, carro para el ordenador, un par de butacas para las visitas y gracias. Era un lugar agradable, con plantas maduras y grabados abstractos enmarcados con buen gusto, todo eso vi, todo eso me dio tiempo a ver y a pensar en un par de segundos, antes de levantar la vista para encontrarme de frente con ella, Raquel Fernández Perea, la mujer que había asistido a destiempo y sin motivo al entierro de mi padre, la desconocida que acababa de dejar de serlo.

Mi cuerpo la reconoció antes que yo y se contrajo por su cuenta en un espasmo que no pude controlar, como si fueran de otro los brazos que temblaban, y de otro los hombros que se encogían, y de otro también mis piernas, que se detuvieron al comprender que eran incapaces de levantar la tonelada que cada una de ellas pesaba de repente. Pero ella no pudo advertir mi debilidad, porque estaba absorta en su propio asombro y me miraba con la boca muy abierta, los brazos rígidos, los puños apretados contra el tablero de la mesa. Estuvimos así, quietos, callados, desorientados cada uno en su propia inmovilidad, en su propio silencio, durante un tiempo que me pareció muy largo y no debió de serlo. Luego, ella cerró los ojos un instante, se esforzó por sonreír, y se disculpó.

—Perdone, pero es que... Esperaba a su madre.

—Sí, ya... —¿Quién eres, por qué nos has llamado, por qué viniste a mirarnos al entierro de mi padre, quién eres, qué haces aquí, qué hago yo aquí?, y sin embargo dije algo distinto, sin reconocer del todo las palabras que iba pronunciando, ni mi voz ahogada, extraña, aguda, súbitamente frágil—. He venido yo en su lugar. Como esa recepcionista tan simpática que tienen ni siquiera me ha preguntado cómo me llamo...

—Sí —sonrió de nuevo y esta vez le salió mejor, un gesto más parecido a una sonrisa auténtica—. Mariví es muy especial. Siéntese, por favor.

¿Quién eres, por qué nos has llamado, por qué viniste a mirarnos al entierro de mi padre, quién eres, qué haces aquí, qué hago yo aquí? Las mismas preguntas se encadenaban en el mismo orden dentro de mi cabeza, una y otra vez, mientras escogía un sofá, mientras me sentaba, mientras la miraba, mientras descubría que le temblaban las manos, mientras veía cómo las apretaba contra una carpeta de cartón verde con la vana pretensión de serenarlas, mientras se acercaba a mí con una sonrisa comercial, convencional, ausente, mientras ocupaba el otro sofá, mientras consultaba los papeles de la carpeta, hasta que levantó la vista, me miró, y comprendí que, fuera cual fuera la situación en la que nos encontrábamos, ella la controlaba y yo no.

—Perdone, no le he ofrecido nada —me dijo—. ¿Quiere tomar un café?

Me limité a asentir con la cabeza, ella descolgó el teléfono, pidió dos cafés con leche, ¿toma azúcar, verdad?, sí, gracias, y agua mineral para los dos, y empezó a hablar, ya sé que resulta muy duro prestar atención a los aspectos materiales después de la desaparición de un ser querido, dijo, pero su padre era cliente de este banco y nuestro compromiso, nuestra obligación, es velar por sus intereses tanto ahora como antes, era guapa, mucho más guapa de lo que me había parecido cuando la vi en el cementerio, mi sobrino Guille se había dado cuenta, yo no, por eso nos hemos puesto en contacto con ustedes, para informarles en primer lugar de la situación de los fondos que su padre suscribió a través de nuestra entidad y cuyos intereses arrojan en la actualidad un saldo digno de que sus herederos lo tengan en cuenta, había que mirarla de cerca y mirarla dos veces antes de descubrirla, era mucho más guapa de lo que parecía, una belleza secreta, enigmática en su modestia, porque no había nada específicamente hermoso en su rostro salvo su propio rostro, la sorprendente armonía que integraba unos ojos dulces, pero corrientes, una nariz pequeña, pero corriente, una boca bien dibujada, pero corriente, una barbilla regular, pero corriente, y una piel sonrosada y tersa, aterciopelada como la de un melocotón poco común, en un conjunto admirable, tan bello que se escondía de las miradas accidentales, de los ojos que no lo merecían, supongo que ustedes, es decir, su madre, sus hermanos y usted mismo, son los herederos de su padre, y en ese caso, es a ustedes a quienes corresponde decidir el destino de los fondos, ahora bien, antes debo informarle de que la inversión a la que nos estamos refiriendo goza de un estatuto fiscal privilegiado, cuyas ventajas cesarían en el instante en que ustedes optaran por recuperar el capital, ella controlaba la situación, yo no, y su ventaja crecía por segundos a caballo de aquel discurso elaborado con sabiduría y perfeccionado ante muchos otros herederos que, a juzgar por la creciente confianza que transmitía su voz, habrían capitulado antes que yo, ella no sabía que yo era el hijo equivocado, el hermano que nunca tomaría la decisión definitiva, pero se comportaba como si tampoco quisiera tener en cuenta que era además su único testigo, el único que la había visto, que podría recordarla después, entonces llamaron a la puerta y entró un camarero con los cafés y el agua,

dejó la bandeja sobre la mesa, se marchó, y me encontré haciendo un chiste en voz alta, menos mal que no los ha traído Mariví, ella sonrió, tenía los dientes de arriba separados en el centro, igual que mi madre, ya estaba muerto de miedo, añadí, y se echó a reír, y estaba aún más guapa cuando se reía, y me sentí satisfecho, casi orgulloso de haber provocado su risa, antes de preguntarme a qué estaba jugando, qué me estaba pasando, era todo tan raro, ¿quién eres?, recordé, ¿por qué me has llamado?, ¿por qué viniste al entierro de mi padre?, ¿qué hago yo aquí?, en fin, ella prosiguió en el tono dulce y preciso de una mujer de negocios que está acostumbrada a que sus clientes intenten ligar con ella y a quitárselos de encima con eficacia, ésa es la razón de que me haya puesto en contacto con ustedes, comprendo por supuesto que es un asunto delicado y que en estos momentos quizás no se encuentren con el mejor ánimo para tomar una decisión de esta naturaleza, pero no se apuren, no corre tanta prisa, sólo les pediría, por su propio interés, que lo tengan en cuenta...

En ese momento empezó a pisar el acelerador, a saltarse capítulos enteros del discurso que tenía preparado. Nunca he creído ser tan inteligente como los demás dicen que soy pero desde luego no soy tonto, y estoy acostumbrado a controlar los tiempos. En mi trabajo son muy importantes, en el suyo también, supuse, porque no hacía falta demasiada experiencia financiera para adivinar que su intención era que no nos lleváramos el dinero a otra parte, por eso había abandonado la mesa para sentarse conmigo en un territorio en apariencia más íntimo, más neutral, por eso me había invitado a un café que aún humeaba, para hacerme la pelota, para convencerme hasta donde fuera posible, para abrigarme con un manto de palabras bien estudiadas. Y sin embargo, en ese momento empezó a pisar el acelerador y yo se lo consentí, esperaba escuchar cifras, porcentajes, comparaciones asombrosas, esto es lo que les costaría llevarse el dinero ahora mismo, esto es lo que ganarán si no lo mueven en un año, en dos, en diez, estaba seguro de que ésa era la parte que venía a continuación, pero se la saltó y yo se lo consentí, no hice preguntas, no pedí datos, no exigí aclaraciones. Yo nunca había controlado la situación pero ella tampoco la controlaba ahora, ya no, y yo no sabía por qué, cuándo, dónde, cómo había perdido esa seguridad que nos sostenía a los dos, que le daba consistencia de realidad a una escena que ahora parecía soñada, inventada, imposible. Le he preparado un resumen, me dijo, estas cosas se ven mucho mejor sobre un papel. Se levantó y fue hacia la mesa, llevaba unos vaqueros negros y una camiseta del mismo color con dibujos blancos, tenía un cuerpo bonito a pesar de que sus caderas eran algo más anchas de lo que parecería proporcionado en relación con su cintura, o a lo mejor precisamente por eso, ya no lo sabía, estaba confundido, ella había perdido su aplomo, la seguridad del principio, y ahora parecía más débil, más vulnerable que yo. ¿Quién eres?, ¿por qué me has llamado?, ¿por qué viniste al entierro de mi padre?, ¿qué hago yo aquí? Aquí tiene, dijo, tendiéndome una carpeta que mantuvo abierta para que comprobara que

allí estaban todos los datos, todas las comparativas y las cifras de impuestos e intereses que no había querido enunciar para mí, lléveselo a casa y se lo mira tranquilamente, ha sido un placer, su mano era suave, sus ojos me miraron con un alivio infinito mientras la estrechaba, adiós, dijo, adiós, dije, y me fui.

No sé cómo salí a la calle. En eso también he pensado luego, muchas veces. Tuve que recorrer el pasillo, pasar delante de la recepcionista, llegar hasta el ascensor, pulsar un botón, luego otro, y atravesar la planta baja, pero no sé cómo lo hice. Sólo recuerdo una luz irreal, el suelo de mármol de un vestíbulo gigantesco reflejando los neones encendidos como si fuera de noche, como si el ascensor me hubiera desembarcado en otro mundo, en un decorado, una trampa, un espejismo. Recuerdo la frialdad de aquella luz y mi incapacidad para comprenderla, hasta que mis pies resbalaron. Estuve a punto de caerme y entonces me fijé en las personas que entraban desde la calle, el pelo mojado, las ropas empapadas, una tristeza imprevista en los jerséis de algodón de colores pálidos, rosas, azules, amarillos, mustias manchas de humedad como un tributo de rencor hacia la primavera traidora que también me había engañado a mí, aquella mañana.

Estaba diluviando. La gente se agolpaba a ambos lados de las puertas de cristal mientras el agua estallaba contra el empedrado como si pretendiera proclamar una cólera antigua y divina, el cielo se nos caía encima y el espectáculo era tan grandioso, tan aterrador al mismo tiempo, que nadie se atrevía a romper el silencio húmedo, compacto, que vinculaba entre sí a quienes no éramos más que una pequeña multitud de desconocidos. Cuando las gotas dejaron de hacer ruido, algunos valientes salieron corriendo en dirección al centro comercial más cercano, cruzándose con un par de vendedores ambulantes que se acercaron para ofrecernos paraguas a tres euros. Yo no les compré ninguno. Metí la carpeta en mi cartera y crucé la plaza hasta ganar el bar más próximo que había podido localizar.

Cuando entré, yo también estaba empapado, pero no me importaba. Pedí un carajillo y me lo llevé a una mesa situada al lado de una ventana desde donde se veía la fachada del edificio que acababa de abandonar. El bar estaba bastante vacío, pero la máquina del café hacía ruido, y una tragaperras entonaba sin parar la canción de *El golpe,* tarariro tarán tarán, tarariroraí tarantán. El carajillo me sentó bien, pero me lo bebí de un trago y seguía tiritando por dentro. Hacía muchísimos años que no bebía alcohol por las mañanas y jamás tomaba cerveza antes de la hora del aperitivo, pero tampoco me había encontrado nunca en una situación parecida a aquélla. Por eso rescaté una vieja costumbre de mis tiempos de estudiante universitario y pedí un sol y sombra. Lo peor que podía pasarme era que me emborrachara, y eso era mucho mejor que la incertidumbre en la que me encontraba.

Me bebí la copa muy despacio y no me emborraché. A las once menos cuarto ya había escampado, diez minutos más tarde el sol iluminaba los charcos como si todo

hubiera sido una broma, un cuarto de hora después sonó mi móvil. Leí en la pantallita el nombre de uno de mis becarios y rechacé la llamada. Un instante después volvió a sonar y lo apagué.

Entonces ya se me había ocurrido que también podría no hacer nada, guardar la carpeta, cuyo inocente contenido había leído con atención un par de veces hasta asegurarme de que no se me escapaba ningún detalle extraño o sospechoso, coger el tren, ir a la facultad, participar en la reunión, volver a mi casa e ir de visita a la de Clara por la tarde, para dejar la documentación en manos de mi madre, no era un señor, ¿sabes, mamá?, sino una chica, muy simpática y bastante guapa, por cierto, y además me lo ha explicado todo muy bien pero ya lo tienes aquí resumido, tú verás lo que haces, yo no tengo opinión, lo que tú decidas me parecerá estupendo.

Entonces ya se me había ocurrido que también podría no hacer nada, archivar el recuerdo de aquella mañana en la nómina de los sucesos inexplicables de una vida cualquiera, con los presentimientos irracionales y los recuerdos imposibles de episodios que nunca se han vivido, con las coincidencias asombrosas y los premios de la lotería, con los miedos de las pesadillas y los misterios cotidianos de esas luces que parece que se encienden solas hasta que nos damos cuenta de que nuestro hijo pequeño ya llega al interruptor.

Tú no has visto nada, Álvaro, también me dije eso, el día del entierro estabas medio drogado, muerto de sueño y hecho polvo, como es natural, y ni siquiera sabes si es la misma mujer, sólo crees que te lo parece. Pero a las once y media me levanté, fui a la barra, pagué. ¿Y si lo fuera, qué? Y crucé la plaza, y entré en el banco, y subí en el ascensor hasta la tercera planta, y pasé por delante de la mesa de la recepcionista sin detenerme.

—No se moleste. Ya conozco el camino. Gracias.

—Oiga —chilló ella, a mis espaldas—. Pero usted no puede... No puede hacer eso, oiga...

Abrí la puerta sin llamar. Raquel Fernández Perea estaba en su mesa, hablando por teléfono mientras apuntaba algo en un papel. Levantó la cabeza, me miró, y como antes, cerró los ojos, pero esta vez los mantuvo cerrados durante más de un instante, en un gesto preciso, consciente. No parpadeó, no apretó los párpados, se limitó a dejarlos caer, a protegerse tras ellos como si quisiera dejar de mirar, dejar de mirarme, dejar de ver el mundo, de existir en él. Cuando volvió a abrirlos, yo estaba en el mismo sitio. Se despidió de su interlocutor, una mujer, informándole de que tenía una visita imprevista, le aseguró que volvería a llamarla tan pronto como pudiera, cruzó los brazos y me miró.

—Perdone —dije, sin exhibir ningún indicio de arrepentimiento por haber irrumpido de aquella manera en su despacho—, pero necesito hacerle algunas preguntas. Hay algunas cosas que no comprendo.

—Siéntese, por favor —ella señaló una de las butacas que estaban al otro lado de su mesa con un gesto magnánimo tras el que creí adivinar la angustia de una mujer indefensa, pero el tono de su voz, sumamente impregnado de cortesía profesional, desmintió esa impresión—. Dígame.

—Verá, lo que no entiendo... Esto no funciona como una sucursal, ¿verdad? Quiero decir, esta oficina de nombre incomprensible donde usted trabaja no es un lugar al que pueda acudir un cliente para hacerse con un fondo igual que se abre una cuenta, ¿no?

—En efecto.

Me sonrió, mis palabras la habían tranquilizado, no sospechaba adónde la quería llevar, y su mirada incauta excitó un instinto que yo ni siquiera creía tener, y me inundó por dentro con el entusiasmo feroz del cazador que sorprende a su presa por la espalda y se relame despacio, disfrutando por anticipado del golpe que va a asestar. Eso fue lo que sentí mientras la miraba, tan guapa, tan serena, tan profesional, tan desprevenida, y ni siquiera me di cuenta de lo que me estaba pasando, no advertí la intensidad, la turbiedad del instinto que acababa de estrenar, no fui capaz de interpretarlo y se me olvidó armarme hasta las cejas.

—Por lo tanto —proseguí—, mi padre no era directamente cliente suyo, ¿verdad?

—No, nosotros no trabajamos así —se relajó aún más, recostándose en el sillón para recobrar el acento pedagógico en el que se había dirigido a mí antes—. Se lo voy a explicar. Ésta es la central de gestión de fondos del banco. Desde aquí gestionamos las inversiones financieras de los clientes de todas nuestras sucursales. Por supuesto, tenemos un interlocutor en cada oficina, que actúa a su vez como interlocutor del cliente. Supongo que, en este caso, su padre se pondría en contacto con el director de su sucursal para suscribir el fondo, y el director nos envió la información a nosotros. Nosotros formalizamos la operación, manejamos el dinero e informamos a cada oficina de los resultados de las operaciones de cada cliente, que a su vez recibe la información de la persona con la que trata habitualmente de sus cuentas.

—Así que los clientes nunca vienen por aquí —supuse yo a mi vez.

—Eso depende. De la situación de los fondos, del volumen de negocio, de los intereses concretos de cada momento. Pero por lo general, es como usted dice, no solemos verle la cara a nuestros clientes.

—¿Y usted se ocupa de los fondos de mi padre desde hace mucho tiempo? —sonreí y me permití el lujo de ser cortés yo también—. Es usted muy joven.

—No crea... —ella acogió el cumplido con una risita azorada, tan profesional como todo lo demás—. Pero no, es cierto. A su padre lo llevaba..., bueno, aquí lo decimos así, mi actual supervisor. Cuando lo ascendieron, repartió su cartera entre unos cuantos afortunados. Yo fui uno de ellos y entonces, entre otros clientes, heredé, podríamos decir, a su padre.

—Que nunca tuvo el placer de venir a verla a esta oficina.

—No. Bueno... nos encontramos una vez, en el despacho de mi supervisor.

En ese momento, empezó a preocuparse y dejó de sonreír. Chica lista, pensé, ya se ha dado cuenta, demasiada cortesía para un simple e inocente heredero empeñado en dar el coñazo. Ahora me miraba de otra manera, la espalda rígida contra la butaca, la cabeza recta, las manos quietas, su pierna derecha, cruzada sobre la izquierda, moviéndose en cambio con tanta violencia que yo podía seguir su ritmo desde el otro lado de la mesa. Se acabó, me dije, y el cazador excitado que había en mí lo lamentó por un instante, y de eso sí que me di cuenta.

—Y sin embargo, usted conocía a mi padre de algo más, porque fue a su entierro —hice una pausa, la miré, ella me devolvió una mirada inexpresiva pero no pudo desacelerar su respiración—. Yo la vi allí.

No me contestó. Me sostuvo la mirada en silencio, durante un momento. Luego clavó los ojos en unos papeles que estaban sobre la mesa, a su derecha. El escorzo la favorecía. La luz del sol la iluminaba desde atrás, dibujando con precisión la línea de su mandíbula, su barbilla, la perfección vertical y tierna de su largo cuello. Yo había visto pocos perfiles semejantes, pero no iba a conformarme con eso.

—Salvo que este banco tenga por costumbre enviar a alguien de incógnito a los entierros de sus clientes, claro —añadí, regodeándome en mi propia serenidad, el ritmo lento, calmoso, irritante, que imprimía a mis palabras y a mis pausas—. No es el caso, ¿verdad?

—No —dijo por fin, casi en un murmullo.

—Por eso, cuando me ha visto entrar, me ha dicho que esperaba a mi madre. Porque nos conoce, porque nos vio a todos en el cementerio. De otra forma, su suposición resultaría inexplicable. Yo me parezco mucho a mi padre, como estoy seguro de que usted sabe muy bien, pero casi cualquiera se parece a mi madre más que yo. Usted, por ejemplo. Ella también tiene los dientes separados, no sé si se dio cuenta.

—No —volvió a repetir.

—¿No a qué?

Levantó la cabeza para mirarme de una forma distinta, casi desafiante, y se revolvió en su sillón con un gesto furioso, como una niña que acaba de recibir un castigo que le parece injusto y se sabe incapaz de revocar. Cuando habló, su voz también había cambiado. Ahora era dura, seca, cortante, distinta de cualquier otro tono que yo hubiera escuchado antes.

—No me había dado cuenta de que su madre tuviera los dientes separados —el teléfono empezó a sonar—. Y sí, fui al entierro de su padre.

—¿Por qué?

—Un momento, por favor —dijo, y descolgó el teléfono—. Sí, sí, tienes razón,

no, no se me había olvidado, en serio, perdóname, es que se me ha hecho tarde, pero... Sí, espera sólo un segundo, un segundo, por favor, te lo prometo —tapó el auricular con la mano y volvió a mirarme—. Ahora no puedo atenderle. Tengo mucho trabajo. Mañana estaré todo el día metida en una reunión muy importante, pero el lunes, si quiere, podemos vernos. Salgo a las tres.

Destapó al auricular, giró el sillón, y empezó a hablar por teléfono mientras apuntaba datos en un papel, como si yo no existiera. Ni siquiera se volvió a mirarme cuando le aseguré que volvería el lunes, a las tres, sin falta.

El corazón se me estaba saliendo por la boca.

Eso fue lo que sentí cuando la vi atravesar las puertas de cristal, que el corazón se me salía por la boca, que llevaba tantas horas seguidas fuera de su sitio que no lograría encontrar solo el camino de vuelta, recuperar su lugar, volver a latir despacio, siguiendo el ritmo antiguo y regular que había perdido en los tres últimos días.

Estás exagerando, Álvaro. Eso es lo que me habría dicho Mai, y por eso no se lo conté, ni a ella ni a nadie. El aspecto enfermizo de mi insistencia, lejos de desvanecerse tras la identificación de la desconocida, se agudizaba cada minuto, mientras algo a lo que no sé muy bien cómo llamar pero que estaba dentro de mí, tal vez sólo un instinto, luchaba contra todo lo razonable para convencerme de que esto no era un final, sino un principio, el cabo de un hilo que se asoma a la entrada de un laberinto. Ahora ya estaba seguro de que aquella mujer había tenido una relación concreta con mi padre, y sabía además que se trataba de una relación difícil, de las que no se pueden explicar en poco tiempo, con pocas palabras, una relación que debía de haber tenido en algún momento, al menos, cierto carácter sentimental, capaz de justificar la presencia de Raquel Fernández Perea en una ceremonia íntima, tan emotiva y tan poco estimulante a la vez como un entierro. La perspectiva de obtener en el plazo de tres días una respuesta para todas mis preguntas no me tranquilizaba, al contrario. El viernes por la tarde, cuando fui con Mai y con Miguelito a ver a mi madre, ya se me había disparado la cabeza, pero nadie se había dado cuenta todavía. No era un señor, ¿sabes, mamá?, dije, mientras ponía la carpeta verde en sus manos, sino una chica, muy simpática y bastante guapa, por cierto, y además me lo ha explicado todo muy bien, pero ya lo tienes aquí, resumido. Tú la debes conocer, sentí la tentación de añadir, seguro que ahora sí que te suena su nombre, pero no dije nada.

Aquella noche no pude dormir. Me aburrí de dar vueltas en la cama intentando recordar, relacionar mis recuerdos, fabricar hipótesis razonables con los datos del problema, Raquel Fernández Perea, 35 años aprox., guapa, lista, con los dientes separados, empleada de Caja Madrid, Julio Carrión González, q.e.p.d., 83 años, hombre de negocios de éxito y fama irreprochable, propietario de un grupo inmobiliario, cliente de Caja Madrid entre otros bancos, intenté recordar, añadir más

datos, combinar los que tenía de todas las maneras posibles, y fui audaz, y luego conservador, de nuevo audaz, y me dormí a las seis de la mañana.

Mai me despertó cuatro horas más tarde, ¿te encuentras bien, Álvaro?, tienes muy mala cara. Es que he dormido fatal, contesté, pero estoy bien, no te preocupes. Ella siguió mi consejo pero, aquella noche, Fernando Cisneros me cogió del brazo, me sacó del salón de mi casa, donde su mujer, la mía y algunos amigos más tomaban copas mientras veían un partido de fútbol por la tele, y en medio del pasillo me preguntó qué me pasaba.

—Nada —le contesté—, no te preocupes porque está todo arreglado. José Ignacio va a firmar, y María...

—No, no es eso, Álvaro, es que estás muy raro... —me dedicó una mirada risueña y cautelosa a la vez, y volví a pensar que me conocía mejor que nadie, mejor que Mai.

En la facultad nos llamaban «la extraña pareja», porque no nos parecíamos en nada pero siempre estábamos juntos en todo, y por eso me estaba dedicando a hacer campaña para la candidatura en la que iba de número dos. Fernando ya había sido jefe de departamento, vicedecano, decano, estaba a punto de ser vicerrector y, con un poco de suerte, acabaría siendo rector en menos de diez años. La política le interesaba muchísimo más que la física, para eso ya estás tú, solía decirme, pero ni siquiera la tensión de unas elecciones inminentes había logrado despistarle.

—A ti te pasa algo —insistió—. ¿Qué es, una tía?

Estuve a punto de contarle la verdad. Lo habría hecho si no fuera porque la historia era demasiado larga para la excusa que él había fabricado, así que le contesté que no lo sabía.

—¿No lo sabes? —se burló, y se echó a reír.

—Otro día —le prometí—. Hay una tía por medio pero no es lo que tú te crees, es una historia muy larga y muy rara, de verdad, y tiene que ver con mi padre, porque... Bueno, mejor te lo cuento otro día.

—Vale, como quieras —se resignó.

Fuimos a la cocina a por hielo y volvimos al salón. Javier estaba empezando a liar un canuto. Le dije que llevaba una temporada durmiendo fatal, me lió otro para mí solo, me lo fumé cuando se marcharon y el domingo amanecí a la una y media. Tú debes de estar incubando algo, dijo Mai, es posible, contesté antes de mentir, no me encuentro nada bien, te lo dije, replicó ella, ayer te lo dije, y se fue sola con el niño a comer a casa de sus padres mientras yo me quedaba en la cama, perfeccionando las que ya eran mis dos hipótesis principales, una económica y desagradable en sí misma, otra genética y desoladora por muchas razones, incluida alguna que ni siquiera me consentí a mí mismo considerar. A partir de ahí, no había avanzado nada. El lunes por la mañana simulé una recuperación tan falsa y espectacular como mi enfermedad, y le

dije a Mai que tenía que ir a una comida que daba el decano y luego pasarme por el museo, que no me esperara. Eran las ocho de la mañana y ya tenía el corazón en la boca.

—Hola —ella me había visto cuando estaba todavía en la mitad del vestíbulo, yo me di cuenta, pero no aceleró el paso aunque eran ya las tres y diez—. Siento llegar tarde.

—No pasa nada.

Pero sí pasaba. Se había pintado los labios antes de salir en un tono casi invisible, muy parecido al de la piel que recubría, y había buscado el mismo efecto al pintarse los ojos. El rubor de sus mejillas podría parecer natural y contribuía con una calculada falta de estridencia al resplandor de un rostro que brillaba sin motivos aparentes. En el entierro de mi padre no había estado demasiado cerca de ella, pero el día de nuestra entrevista había ido a trabajar con la cara lavada. Se lo podía permitir, podía permitirse cualquier cosa, y sin embargo, hoy se había pintado los labios antes de salir. Era una chica lista, recordé, y su maquillaje, además de una confirmación de su inteligencia, un dato grave, inquietante.

—He reservado mesa en un restaurante que a todos los del banco nos gusta mucho —echó a andar en dirección a Arenal, señalándome el camino con el brazo—, muy pequeño, muy tranquilo, muy clásico, aquí al lado, en la calle Escalinata. La verdad es que me apetecía más un japonés, pero no sabía si tú eres partidario o no del pescado crudo...

No dije nada, no acerté a encontrar nada que decir, y me quedé parado en medio de la acera. Ella se volvió a mirarme, e interpretó mi desconcierto a su manera.

—No habrás comido ya, ¿verdad?

Su acento, su mirada, su expresión, eran tan inocentes como los que animaban el rostro de mi hijo cuando me descubría al otro lado de la puerta del colegio a media tarde, pero me había quedado tan estupefacto que tampoco fui capaz de contestar a una pregunta tan simple como ésa. Sentía que todo, y ni siquiera sabía qué significaba esa palabra exactamente, se había desbordado ya antes de empezar, y ni siquiera sabía qué era lo que iba a empezar.

—Tendría que habértelo consultado antes —dijo entonces—, pero no tengo tu teléfono.

—No, no es eso... —logré articular por fin—. No he comido. Es que no sabía que hubiéramos quedado para comer.

—Claro —ella reemprendió la marcha y yo la seguí como un perro amaestrado, sin ser muy consciente de mi docilidad—, por eso digo que tendría que haberte avisado. Aunque no es tan raro —sonrió—. En España, la gente come a estas horas. Yo, por lo menos, salgo del banco muerta de hambre. Pero si no has comido todavía, estupendo, ¿no?

—Bueno... —dije, por decir algo.

—No te preocupes —ella se echó a reír—, no estoy esperando que me invites, ¿eh? Pagamos a medias y andando. Al fin y al cabo, esto es una especie de comida de negocios.

—De todas formas, sí que me gusta la comida japonesa —añadí, después de un rato.

—Es bueno saberlo. Para la próxima vez —y me miró como si ya supiera que aquélla iba a ser sólo la primera—. ¿No te habrá molestado que te tutee, verdad?

—Molestarme no. No me ha molestado. Pero sí me ha parecido raro. De hecho, no me he recuperado todavía.

—Sí, me lo puedo imaginar.

Estábamos casi en Ópera, esperando a que se pusiera verde el semáforo para cruzar Arenal. Ella me dedicó una sonrisa enigmática, y no volvimos a hablar hasta que llegamos al restaurante.

No fue un trayecto largo, apenas tres o cuatro minutos, pero bastó para hacerme comprender algunas cosas. La primera fue que la mujer con la que estaba andando por la calle no era la misma con la que me había entrevistado en su despacho el jueves anterior. Tenía la misma cara, el mismo pelo, el mismo cuerpo, cubierto esta vez por un vestido de algodón estampado que le sentaba mejor que los vaqueros, aunque no ocultaba que la anchura de sus caderas excedía ligeramente la proporción que parecía exigir la estrechez de su cintura, pero era distinta. Había tan poco en ella de la profesional bien adiestrada a la que yo había creído conocer en su despacho, como de la niña rabiosa que era incapaz de sostener la mirada del adulto que la estaba presionando. No conservaba el menor titubeo ni los gestos plastificados de entonces, pero tampoco estaba muy seguro de la condición de su repentina naturalidad, esa franqueza instantánea, teñida de ironía, que pretendía ser seductora y lo era, y era también demasiado redonda, demasiado elocuente, demasiado parecida a la actitud de quien está representando un papel bien ensayado y suelta sus frases de un tirón, sin el alivio de las pausas, de las frases hechas, de los puntos suspensivos.

El segundo descubrimiento tenía que ver conmigo mismo, con el cazador excitado por el descuido de su presa que ella había despertado en mí, que nunca antes había sido yo, y que por eso también había desaparecido pero no por completo, porque aún podía recordarlo, aún podía sentir el hormigueo de las yemas de sus dedos en los míos, su saliva en mi boca, su ferocidad en el cuidado que estaba poniendo en ocultarla. Nadie que nos viera en aquel momento, mientras bajábamos por la escalinata que daba nombre a la calle que la contenía, habría podido creer que yo, el hombre de aspecto manso y desconfiado que caminaba vigilando sus pasos, hubiera tenido acorralada cuatro días antes, detrás de una mesa, a la mujer tanque que apisonaba el terreno por delante con una infinita seguridad en la potencia de sus

orugas. Y sin embargo, la excitación de aquel hombre estaba en mí, y era sólo ella quien la despertaba.

El tercero y más importante de los conocimientos que adquirí en aquel paseo era consecuencia de los dos anteriores, pero no se trataba de un hecho, sino de una intuición que nos afectaba a ambos por igual. Porque ninguno de los dos éramos en realidad lo que pretendíamos que el otro creyera de nosotros.

—Ya hemos llegado.

Empujó una puerta de madera acristalada y me miró. Yo moví la mano en el aire para indicarle que pasara primero, ella inclinó la cabeza con un gesto gracioso y sonriente antes de entrar. El restaurante no estaba lleno, pero todas las mesas libres estaban reservadas. A Raquel no le gustó la que habían guardado para nosotros y le pidió al maître que nos sentara en una esquina, al lado de la ventana.

—Antes de nada, vamos a pedir, ¿te importa? —y siguió hablando mientras estudiaba la carta, sin esperar a saber si me importaba o no—. Esto ahora está medio vacío, pero a las tres y media, cuando les da tiempo a llegar a los de Alcalá, se pone de bote en bote, no te lo puedes figurar, y entonces, pues claro, tardan mucho más en servir —levantó la vista de la carta y me miró—. ¿Quieres que compartamos algo, para empezar?

Era todo tan absurdo, aquellas palabras, aquel escenario, aquella comida, los dos sentados a la misma mesa, mirándonos el uno al otro como si nos conociéramos, como si hubiéramos comido juntos y solos muchas veces, como si nos uniera algo más que una sola pregunta y una sola respuesta, que su última frase, una oferta habitual, tan inocente pero tan vinculada al mismo tiempo a las prácticas de la intimidad, adquirió una relevancia grotesca, y me eché a reír. Estaba muy nervioso. Ella no.

—De comer —me sonrió—, digo.

—Ya, ya... Te había entendido —abrí la carta y miré por encima la lista de las entradas—. Bueno, sí, podemos compartir algo.

—¿Qué te apetece? —me preguntó, en el mismo tono que antes había empleado para indagar si me importaba que pidiéramos antes de nada.

—¿Qué te apetece a ti? —le pregunté a mi vez, más realista.

—Las anchoas son estupendas, pero buenísimas, en serio... Y las flores de calabacín... ¿Las has comido alguna vez? —negué con la cabeza—. Ah, pues tienes que probarlas.

Al final, ella misma pidió lo que le dio la gana, eligió el vino, lo probó y me ofreció su copa.

—Para mí está bien —dijo—, pero a ti a lo mejor te parece demasiado frío.

—No, está muy bueno —admití, porque era cierto, sin dejar de acusar esa nueva agresión, otra prueba de la eficacia bélica de una intimidad ficticia—. Pero, de

momento, preferiría beber en mi copa, si no te importa.

—Claro, claro —ella sonrió, recuperó su copa, llenó la mía, clavó los codos en la mesa y se me quedó mirando—. ¿Quieres que te diga por qué he decidido tutearte?

—Por favor.

—Bueno, primero por tu padre —hizo una pausa para estudiar el efecto que producían sus palabras, pero yo ni siquiera pestañeé—. Yo tuteaba a tu padre, y tú eres su hijo, mucho más joven, así que no tiene mucho sentido que siga tratándote de usted. Pero, además... Cuando me di cuenta de que no me quedaba más remedio que comer contigo, porque yo no puedo hacer absolutamente nada al salir del trabajo, ni siquiera hablar, sin comer primero, me pareció... No sé. Siempre he pensado que comer es algo que sería más lógico hacer en privado, porque al comer con alguien, por muy discreto que seas, por muy bien educado que estés, le enseñas a la fuerza el interior de tu cuerpo, órganos viscosos, cavidades, mucosas, es decir, la lengua, los dientes, el paladar... —en ese momento, ya estuve seguro de que estábamos representando una escena que no había escrito yo, y me sentí más halagado por la pasión que ella ponía en su papel que inquieto por la naturaleza del mío—. ¿No lo has pensado nunca? En realidad es algo terrible. Quien come contigo te ve masticar, tragar, deglutir la comida, atragantarte quizás, con mala suerte, limpiarte la boca, en fin... Siempre me ha parecido muy raro comer con alguien a quien no puedo tutear, permitirme la intimidad de comer delante de él, o de ella, cuando ni siquiera puedo tratarle de tú. Lo tengo que hacer muchas veces, claro, por compromisos laborales, pero no me gusta —hizo otra pausa, más breve, me miró, joder, qué peligro tienes, guapa, estaba pensando yo, y ella sonrió como si pudiera leerlo en alguna parte—. La verdad es que yo no como con cualquiera.

—Yo tampoco. Por eso no me acostumbro a estar aquí, comiendo contigo.

Después de esta mutua declaración, nos instalamos en un silencio incómodo para mí pero confortable para ella, que encontró un montón de maneras de llenarlo. Cogió su bolso, lo abrió, estudió su contenido, sacó un paquete de tabaco, un mechero, un teléfono, una agenda electrónica, perdona un momento, dijo, estuvo jugueteando durante un buen rato en la pantalla con el lápiz de plástico, miró el móvil, pulsó un par de teclas, lo volvió a dejar encima de la mesa.

—¿Qué? Parezco Barbie mujer de negocios con todos sus accesorios, ¿a que sí? —me preguntó, y se echó a reír pero yo no la seguí, ya está bien, pensé, ya estaba bien—. Lo sé, tengo una sobrina que me lo dice siempre, pero no me queda más remedio...

—¿Por qué fuiste al entierro de mi padre, Raquel?

—¡Oh, por Dios, Álvaro, qué ímpetu! —y me miró como si hubiera hecho algo raro, inesperado, más sorprendente que aquella pregunta que ya había formulado otra vez—. No seas impaciente. Seguro que estás esperando alguna revelación truculenta,

pero no, ya te advierto que en ese sentido te voy a decepcionar. Es una historia vulgar. Los seres humanos somos vulgares, muy sencillos, al fin y al cabo. Hay media docena de cosas que todos tenemos en común.

—¿Como cuáles?

—No te precipites, en serio... —chasqueó los labios, improvisó una expresión de cansancio y se inclinó hacia delante para hablarme en el tono de una madre que se ve obligada a repetir las recomendaciones más obvias ante su hijo pequeño una y otra vez—. Ya hemos pedido la comida, así que nos la van a traer y tendremos que comérnosla, ¿no? Este restaurante es bueno, pero no es barato, y sería una pena tirar el dinero. Tenemos una hora, tal vez una hora y media por delante, y lo que tengo que decirte no me llevará más de dos minutos. No quiero que te enfades conmigo antes de tiempo. Nos acabamos de conocer y me caes bien. Háblame de ti, mejor. Tú sabes muchas cosas de mí, pero yo no sé nada de ti. No me parece justo.

En ese momento, dejé de estar nervioso, dejé de estar inquieto, dejé de vigilarla, de temerla, de estudiarla, porque empecé a sentirme como un imbécil, pero no como un imbécil cualquiera, sino como el más ingenuo, presuntuoso, incapaz, desvalido y soberbio de los imbéciles que hayan existido jamás. La conciencia de mi imbecilidad me paralizó, me dejó vacío, cansado, furioso conmigo mismo. Márchate, Álvaro, logré decirme al fin, con la última fibra de compasión que me quedaba, que la entretenga su puta madre, y sin embargo no me moví, sostuve su mirada y no me moví. Me había estafado, me había atraído a su lado con engaños, me había hecho una promesa que tal vez no cumpliera jamás, y todo para jugar conmigo, para tomarme el pelo, para sentirse poderosa, para dirigirme con la misma despótica naturalidad con la que había decidido dónde iba a comer yo aquel día, qué iba a comer, y con quién. Márchate, Álvaro, pensé, que pague ella sola todo lo que ha pedido, y sin embargo me quedé, porque se había pintado los labios antes de salir de trabajar, porque tenía la respuesta a todas mis preguntas, y porque no me cansaba de mirarla.

—¿Qué quieres saber?

Antes de contestarme con palabras, me respondió con una sonrisa radiante, como si estuviera al cabo de mi negociación interior y quisiera celebrar su triunfo.

—Pues, no sé... —se paró a pensarlo, y estaba fingiendo, y yo me di cuenta—. Cuéntame cosas de la empresa de tu familia. ¿Qué cargo ocupas tú, exactamente?

—Ninguno —contesté, y me sentí mucho mejor.

—¿Ninguno? —y sólo entonces debutó en las pausas, en las frases hechas, en los puntos suspensivos—. Pero tú...

—Yo nada —y por primera vez, fui yo quien sonrió—. Soy el único de mis hermanos, de los varones, quiero decir, que no trabaja en las empresas de mi padre. Mis hermanas tampoco lo hacen. La mayor es médico intensivista. La pequeña, nada,

o sea, supongo que ella dirá que ama de casa.

—¡Ah! —procuró disimular deprisa su decepción—. Y... ¿a qué te dedicas?

—Soy profesor —a pesar de todo, y de sus esfuerzos por esconderla, la expresión de su rostro me hizo reír—. No es tan malo, ¿sabes?, ni tan raro. Somos un montón de millones, en el mundo.

—Ya, ya, lo que pasa es que, no sé... Bueno, claro, por eso llevas siempre esa cartera, que es como..., sí, pues de profesor. ¿Y dónde das clase, en un colegio?

—No, en la universidad —eso ya le pareció mejor—. En la Autónoma. En la Facultad de Físicas.

—De Físicas... De Física de la de las palancas, quieres decir, ¿no?

—De Física. De la única que hay —ahora era yo quien se estaba divirtiendo, y me permití ser condescendiente—. De la de las palancas, sí. De la de las potencias, y las velocidades, y las densidades, y los pesos, y las inmutables leyes del universo.

—¿Y eso te gusta?

—Lo que más.

—Yo la suspendía casi siempre, en el colegio... Y eso que solía sacar sobresaliente en matemáticas, no creas.

—Tendrías malos profesores.

En ese momento trajeron las entradas y ella se aplicó a servirlas con una extraordinaria diligencia. Está intentando reprogramarse, adiviné, encontrar otro camino, otro sistema, otro itinerario que la conduzca a la meta que le interesa, pero no lo tiene fácil. Y sin embargo, cuando estaba a punto de apiadarme de ella, su siguiente pregunta me reveló que no estaba dispuesta a dar nada por perdido.

—¿Y qué enseñas exactamente? —cualquiera que la oyera habría pensado que le interesaba saberlo de verdad.

—Pues, este año, una asignatura troncal de primero que se llama Principios de Física, dos cuatrimestrales de segundo ciclo y un curso de doctorado.

—¿Hoy has dado clase? —afirmé con la cabeza—. ¿Y de qué has hablado?

—Del todo. Y de su compleja relación con las partes —cogí una de las tostadas que ella me había puesto en el plato y la mordí—. Pues sí que son buenas las anchoas...

—No te entiendo —me dijo—. ¿Cómo va a ser compleja la relación entre el todo y las partes? Sólo hay una, y es evidente. El todo es la suma de las partes, eso lo sabe hasta un niño de primaria. Y no tiene nada que ver con la Física.

—¡Ah! ¿No? —sonreí desde muy arriba y me gustó, porque aún no podía calcular el quebranto de mi futura caída—. ¿Estás segura?

A aquellas alturas, estaba muy claro que a ella sólo le interesaba ganar tiempo, porque sus planes, cualesquiera que fueran, habían fracasado. Hasta hacía sólo un momento, su dominio de la situación era tal que no se había tomado la molestia de

esconder sus cartas. Todas estaban ahora delante de mí, como si las hubiera desplegado encima de la mesa. Pretendía sacarme una información que yo no le podía dar, pero la maquinaria estaba en marcha, ella misma la había diseñado, le había dado cuerda, y apenas había dispuesto de tiempo para asimilar su traición, para tragarse el discurso que se había vuelto en su contra. Porque todo lo que había dicho era verdad. Ya habíamos pedido la comida, nos la iban a traer y tendríamos que comérnosla, nos quedaba una hora por delante, había que llenarla de palabras, de gestos, de acciones, y sólo yo podía hacerlo. Así que me propuse disfrutar de la situación, calculé que ella no podía sentirse ahora menos imbécil de lo que yo me había sentido sólo unos minutos antes, y decidí lucirme.

—Por lo que se puede deducir de tus palabras, supongo que tú estudiarías esa especie de pseudociencia, rastrera en sentido literal y limitadísima en el plano teórico, que se llama Economía, ¿no? —ella se echó a reír y me dio la razón con la cabeza—. Claro. El problema de los economistas es que sois extraordinariamente arrogantes. Carecéis por completo de la humildad intelectual que se adquiere al trabajar con horizontes amplios. No te voy a discutir la brillantez de Marx, eso de que la economía mueve al mundo, pero deberías tener en cuenta que el mundo es una cosa, muy pequeña, por cierto, y el universo otra, muchísimo más grande, hasta el punto de que no sólo contiene al mundo, sino que éste representa apenas una insignificante brizna, y aún no sabemos cuánto, de su totalidad. Y fuera del reducidísimo ámbito de la economía, que se circunscribe al insignificante ámbito del mundo, el todo no tiene por qué equivaler a la suma de las partes. De hecho, podríamos decir que el todo sólo es el resultado de la suma de las partes cuando las partes se ignoran entre sí.

—¿Y sánscrito, no hablas? —sonreía, se estaba divirtiendo, yo también.

—No es tan difícil, te lo voy a explicar, verás... Te voy a poner un ejemplo clásico, facilito, relacionado con la vida cotidiana, que les he puesto a mis alumnos en clase, esta mañana. Eran de primero, así que, aunque seas economista, procura quedar bien.

—Lo intentaré.

—Supongamos que tenemos dos habitaciones comunicadas por una puerta. En la primera, hay un niño llorando. Lo llamaremos A. En la segunda, hay otro niño y también está llorando. Lo llamaremos B. Mientras la puerta está cerrada, la suma de A más B, a la que llamaremos X, equivale efectivamente al total del llanto que podemos escuchar —hice una pausa mientras el camarero servía los segundos platos, dorada a la espalda para ella, solomillo de ternera a la plancha para mí—. Veamos ahora qué ocurre si abrimos la puerta, es decir, si permitimos que las partes se interrelacionen entre sí. Aquí la situación se complica, se hace mucho más compleja de lo que parece, porque puede ser que A y B decidan seguir ignorándose, que se den la espalda y sigan llorando igual que antes. Pero también puede ser que A sienta una

curiosidad repentina por el llanto de B, y deje de llorar para quedarse mirándole. Y puede ser que ocurra lo contrario, que sea B quien dejé de llorar al percibir el llanto de A. Con suerte, A, o B, cruzará la puerta para jugar con su compañero, y si logra convencerlo, entonces el llanto cesará por completo. Con mala suerte, A, o B, furioso como consecuencia del berrinche, atacará al contrario, los dos se enzarzarán en una pelea, se pegarán, se harán daño, y su llanto crecerá, se hará más violento, más desesperado y, en consecuencia, más sonoro. ¿Lo entiendes?

—Sí. Eres un buen profesor.

—Desde luego que lo soy —sonreí—. Y, por tanto, espero que ya hayas comprendido que X puede resultar igual, mayor o menor que la suma de A más B. Eso depende de la interrelación de las partes. Por eso, sólo podemos afirmar con certeza que el todo es igual a la suma de las partes cuando las partes se ignoran entre sí.

—Vale. ¿Y eso para qué sirve?

—Desde luego, no hay quien os aguante... —se echó a reír, estaba mucho más guapa cuando se reía—. ¿Que para qué sirve? Pues para comprender cómo suceden las cosas. ¿Te parece poco? Para intentar formular reglas que alivien la insoportable angustia de nuestra existencia en esta miserable brizna de la inabarcable inmensidad del universo que es el mundo. Y, descendiendo al plano primario, elemental y rastrero al que se limitan los intereses de los economistas, para definir las catástrofes naturales, por ejemplo. Una emergencia, sin ir más lejos, es lo que ocurre cuando el todo es mayor que la suma de las partes.

—Muy bonito —y me aplaudió juntando las manos con cuidado, para no hacer mucho ruido.

—Sí que lo es. Mucho más bonito que el trabajo de cualquiera de mis hermanos. Pero muchísimo menos útil para ti, me temo.

En ese momento, una campana simbólica anunció el principio del tercer y definitivo asalto. El primero lo había ganado ella. El segundo lo había ganado yo. El tercero sería mucho más largo de lo que cualquiera de los dos podíamos calcular en aquel momento, no tendría ningún ganador y cambiaría nuestras vidas para siempre.

—Porque tú piensas que te he traído hasta aquí para averiguar cosas sobre la empresa de tu padre —avanzó por fin, con cautela—, cosas que tú no sabes y tus hermanos podrían haberme contado.

—No lo pienso —contesté, celebrando que hubiera decidido afrontar mi curiosidad de una vez—. Lo sé. Tú me lo has dicho antes.

—No exactamente —parecía tranquila.

—Pero tu relación con mi padre tiene que ver con sus negocios.

—¿Eso es lo que crees? —sonreía.

—Es una de las dos posibilidades que barajo —su sonrisa me había

desconcertado, pero ya no podía volverme atrás—. Que mi padre tuviera negocios sucios y tú hubieras intervenido de alguna manera en ellos. Como agente, como cómplice, o quizás, simplemente, como testigo.

Valoró mis palabras durante unos segundos, sin dejar de mirarme, sin dejar tampoco de sonreír.

—¿Quieres un postre? —negué con la cabeza—. ¿Un café? Espero que no te lo dejes entero, como el último al que te invité... —llamó a un camarero, le pidió dos cafés y me miró—. Tu padre tenía negocios sucios, Álvaro, todos los empresarios de su nivel los tienen. Yo conozco un par de ellos, y son sucísimos, te lo aseguro. Ni te imaginas cuánto. Pero mi relación con él no tiene que ver con sus negocios, ni con los sucios ni con los limpios.

—Entonces... —pero no fui capaz de acabar la frase.

—¿Entonces? —preguntó ella.

—Entonces...

Lo intenté por segunda vez, y por segunda vez renuncié antes de tiempo. Era verdad que manejaba otra hipótesis, pero estaba tan convencido de que la primera era la buena, que la segunda no había sido más que una especie de ejercicio de masoquismo intelectual, una pura especulación sin más fundamento que su compatibilidad con los datos del problema, y cuyas consecuencias, sin ser exactamente terribles ni escapar de los límites de lo posible, incluso de lo frecuente, sobre todo en este país, en aquella época, resultarían como mínimo amargas, y muy difíciles de procesar para todos los miembros de mi familia. Y sin embargo, era verdad que manejaba otra hipótesis, la elaboración de una sospecha que había brotado por sí sola el día que la descubrí en el cementerio de Torrelodones, cuando todavía no la había visto de cerca, cuando aún no era capaz de memorizar su rostro y me pareció atrapar un rasgo familiar en su perfil, un destello borroso, huidizo, que se perdía al mirarla de frente. Ahora, mientras la tenía delante, al otro lado de la mesa, esa impresión se desvaneció en un momento, como una pompa de jabón, pero entonces me había impulsado a preguntarle a mi madre si aquella desconocida no podría ser una pariente lejana, y esa pregunta no le había gustado, y yo me había dado cuenta. Después me había fijado en que tenía los dientes separados, pero ese rasgo no la vinculaba con mi padre, sino con su viuda, y sin embargo aquella idea ya estaba instalada dentro de mí y no pude dejar de contar con ella. Es absurdo, imposible, me dije. No puede ser. Y sin embargo, seguía encajando con los datos del problema.

—Entonces —dije por fin—, puede que seamos parientes.

—¿Sí? —y sonrió de entrada, pero luego se puso seria—. ¿En qué grado?

—No te ofendas, pero... Se me ha ocurrido... Sin ninguna razón, que conste —matiqué—, sólo por especular, pero... —tomé aire y lo solté de un tirón—. ¿Puede ser que tú seas hija de mi padre?

Estaba bebiendo agua, y su primera reacción, a medio camino entre la sorpresa y la carcajada, fue dejarla escapar en una especie de cascada frenética que lo puso todo perdido, los platos, las copas, el mantel, y a mí mismo.

—Lo siento —se reía mientras se limpiaba la cara con la servilleta, y se me quedó mirando y volvió a reír, hasta que se le saltaron las lágrimas de la risa—. ¿Ves? Éstos son los riesgos que se corren al comer con alguien con quien no se tiene demasiada confianza, perdóname, lo siento mucho...

—No eres hermana mía —concluí con alivio, mientras ella alargaba la mano para limpiarme la barbilla con una esquina seca de su servilleta, y en ese momento, y a pesar de la tensión que flotaba sobre el aparente buen humor de aquella escena, fui perfectamente consciente de que, dejando al margen los protocolarios apretones de manos del jueves anterior, aquélla era la primera vez que Raquel Fernández Perea me tocaba, aunque fuera a través de una tela.

—No, desde luego que no. Y además, soy una chica bien educada. Lo siento mucho, en serio, lo que pasa... —volvió a reírse—. Es que me he acordado de mi padre, el pobre, y... Mi padre se llama Ignacio, es ingeniero de telecomunicaciones y veinte años más joven que el tuyo. No se parecen en nada, de verdad, pero en nada de nada, son los dos hombres más diferentes que puedas imaginarte. Mi madre se llama Raquel, estudió Historia del Arte, tiene una tienda de marcos y, hasta donde yo sé, siempre ha sido una esposa ejemplar, pobrecita. No sé cómo se te ha podido ocurrir una cosa así...

Yo no despegué los labios. Ella todavía se rió un rato, meneando la cabeza en un gesto que revelaba un asombro limítrofe con el escándalo, y su reacción me pareció excesiva, pero no me preparó para lo que se me venía encima.

—La verdad es que, para trabajar con un horizonte científico tan amplio, eres muy novelero, Álvaro. Tienes mucha imaginación, para ser físico.

—Los físicos tenemos mucha imaginación —protesté, a pesar de que era consciente de que había perdido hasta el último ápice de mi autoridad—. Sin ella, no habríamos podido avanzar.

—De todas formas... En fin, no debería extrañarme, porque me estaba temiendo algo así desde el principio —levantó la mano y escribió en el aire para pedirle la cuenta al camarero—. Ya te he advertido que era una historia vulgar, que te iba a decepcionar. Los seres humanos somos sencillos, vulgares, hasta monótonos, ¿no? Todos tenemos los mismos intereses, que se repiten una y otra vez, siempre los mismos capítulos de las mismas historias, nuestras vidas son muy parecidas... Además, tú mismo lo has explicado y lo has hecho muy bien, yo no habría podido hacerlo mejor. El todo sólo es igual a la suma de las partes cuando las partes se ignoran entre sí, eres muy buen profesor, ya te lo he dicho —hizo una pausa para mirarme—. Tú y yo, hasta este momento, hemos sido dos partes de un todo que se

han ignorado mutuamente, nada más.

El camarero trajo la cuenta, ella la miró, dejó dos billetes encima de la bandeja, devolvió a su bolso la agenda, el teléfono, el tabaco, el mechero, y sacó una llave grande, moderna, aparatosa, de esas que abren las puertas blindadas, enganchada en un llavero corriente, un aro de metal con una chapa de plástico azul que contenía una etiqueta pequeña, escrita a mano.

—Tu padre y yo éramos amantes, Álvaro. Y por cierto —arrojó la llave sobre la mesa—, esto es vuestro. La dirección está escrita en el llavero.

Luego me miró por última vez, se dio la vuelta y se marchó.

II
El hielo

El programa del Frente Popular empezaba con estas palabras: «La República concebida por los partidos que forman el Frente Popular, no es una república regida por motivos sociales o económicos de clase, sino un régimen de libertad democrática, inspirado en razones de interés público y progreso social».

CONSTANCIA DE LA MORA, *Doble esplendor*
(Nueva York, 1939 - México, 1944 - Madrid, 2004)

Una noche, en el café Gayango, estábamos tomando café Juan Tomás, jefe actual de «flechas», los aviadores Treviño y Bergali y el capitán Martínez, de la División. Llegó Díaz Criado [...] Momentos después, en un coche llegó un policía, al que yo había visto mucho por la Comisaría, con una carpeta. Se sentó a su lado, abrió la carpeta, sacó unos papeles y empezó a leer nombres. Díaz Criado asentía: «Sí, sí. Bien. No, no, éste no; éste, si acaso, mañana». Recuerdo perfectamente que el policía, para que hiciera memoria, le aclaraba: «Aquél tiene un hermano cojo detenido también». «Sí, éste sí.» «Éste es aquel que vio usted el otro día, que es gordo y calvo.» «No, éste no. Esperaremos... O si no, también.» [...]

Él decía que, puesto en el tobogán, le daba lo mismo firmar cien sentencias que trescientas, que lo interesante era «limpiar bien a España de marxistas». Le he oído decir: «Aquí en treinta años no hay quien se mueva».

ANTONIO BAHAMONDE, *Un año con Queipo de Llano*
(Memorias de un nacionalista)
(Barcelona - Buenos Aires, 1938 - Sevilla, 2005)

También tiene las piernas bonitas. Eso, que tenía unas piernas bonitas, fue lo primero que pensé cuando me dejó solo, mientras la veía avanzar, despedirse del maître, abrir la puerta y desaparecer tras ella.

Joder con mi padre, fue lo que pensé a continuación, un segundo antes de que mi cabeza se llenara de palabras, ideas, imágenes, recuerdos, sospechas, sensaciones contradictorias. Un momento, tuve que advertirme a mí mismo, un momento. Y llamé al camarero, y le pedí un whisky doble.

Cuando lo llevaba por la mitad, ya me había acordado de que yo no era mi hermano Julio, pero tampoco, ni muchísimo menos, mi hermano Rafa. Así que nada de escándalos, me dije, pobre papá, era su vida, yo no tengo por qué juzgarla, estaba en su derecho, pero qué cabrón, con ochenta y tres años, hay que joderse... Entonces me dio la risa, y sucumbí a una especie de euforia delegada, matizada por el asombro, un estupor purísimo, la única respuesta que podía dar a aquella noticia más que inesperada, tan incompatible con todo lo que yo sabía como con la expresión quebrantada y frágil del rostro de mi madre, mientras repetía que su marido y ella habían dormido juntos cuarenta y nueve años, cuarenta y nueve años en la misma cama, cuarenta y nueve años, ¿y ahora qué...? Aquel recuerdo me hizo daño hasta que comprendí que no tenía ninguna razón, ninguna legitimidad para invocarlo.

Pero, bueno, ¿y yo qué sé?, me pregunté, si yo no sé nada, y pensé en mi propio hijo, Miguel, que todavía no había cumplido cuatro años a mediados de noviembre de 2004, cuando me fui tres días a La Coruña, a un congreso que me apetecía lo mismo que tirarme por un balcón, porque mi padre acababa de salir del hospital y yo estaba preocupado, y sobre todo, muy cansado. Y sin embargo, me fui a La Coruña, sin ganas pero me fui, porque el organizador era amigo mío, por no dejarle tirado.

Voy a intentar arreglarlo para estar fuera sólo una noche, le dije a Mai antes de marcharme, a ver si pueden adelantarme la mesa redonda de la tercera jornada, y lo hice, hablé con la secretaria nada más llegar, pero luego, en la cena, conocí a una titular de Valencia con la que no había coincidido nunca y de la que había oído hablar mucho a mis colegas, mal a algunas mujeres, muy bien a los hombres en general, mejor que muy bien a algunos en particular. Yo, desde luego, me puse de parte de la rama masculina de la profesión, porque no sólo estaba buena, también era lista, divertida, estaba casada y muy segura de lo que quería.

—A mí es que los congresos me alteran mucho, ¿sabes? —me dijo después, en el bar al que unos pocos fuimos a tomar una copa—. Es un fenómeno curioso, yo salgo de casa bien, tranquila, pero cuando llego, es que no lo puedo evitar... Os miro a todos así, por encima, y pienso, a ver, a ver..., ¿a quién me voy a follar yo esta noche? Es lo que tiene la Física, tantos, tantos, tantos hombres, y tan pocas mujeres, ¿verdad? Yo no sé lo que harán las historiadoras del arte, añadió al final, me imagino que acabarán a navajazos...

Vino a por mí tan derecha que se me ocurrió que igual se había acostado ya con todos los demás congresistas, pero eso me dio lo mismo, porque en esas circunstancias nunca me ha importado saber que sólo soy una muesca en un revólver y porque, además, y aunque eso resultaba cada vez más raro, yo era el segundo más joven de todos los asistentes, ella incluida. Al día siguiente, en el desayuno, me di cuenta de que me había equivocado a mi favor, porque habíamos sido muchos los llamados y, aunque bastantes como para alinear un equipo de fútbol con sus correspondientes suplentes, no tantos los elegidos. Eso no alteró en absoluto mi percepción de la realidad pero me puso de buen humor, un estado de ánimo que se consolidaría definitivamente ante la cara de pena de la secretaria del congreso, mientras me decía que podría cambiarme de acto, pero no de día, porque uno de los invitados a mi mesa redonda llegaba el mismo viernes por la mañana. ¡Ah, pues entonces nada!, le dije, me quedo hasta el viernes por la tarde, como estaba previsto, no te preocupes. Mai me dijo algo parecido, no pasa nada, Álvaro, así te distraes, que te vendrá bien.

Me distraje bastante, la verdad, tanto que no tuve tiempo para buscar una juguetería donde comprarle un regalo a mi hijo. Al final, en una tienda del aeropuerto encontré un camión con volquete, luces y sonido, que estaba bastante bien, y cuando ya me marchaba, vi en el escaparate de la tienda de al lado un chal estampado en tonos rojizos, con forro de terciopelo y unos flecos de seda muy largos, que parecía hecho aposta para mi mujer. Estaba tan seguro de que le iba a gustar, que se lo compré a pesar del precio, más de la mitad de la suma que yo había cobrado por la conferencia y la mesa redonda juntas. Mientras lo pagaba, estaba muy tranquilo, muy seguro de lo que hacía, de las razones por las que lo hacía, y de que la mala conciencia no estaba entre ellas. Le había llevado regalos a Mai muchas veces, al volver de viajes donde ni siquiera se me había pasado por la cabeza intentar ligar con nadie, y muchas otras no le había comprado nada, entre ellas un simposio en la Universidad de La Laguna durante el que no había llegado ni a deshacer la cama de mi habitación, aunque tampoco me lo había pasado tan bien como en La Coruña. Mi mujer no echaba de menos los regalos que no recibía y me agradecía los que le llevaba. Ninguno como aquel chal.

Por eso, aquella tarde, cuando Raquel me dejó solo con un whisky doble y aquella asombrosa revelación, pensé en Miguelito, que aún no había cumplido cuatro años cuando vio a su madre deshacer un envoltorio de papel rojo, brillante, y chillar primero, sostener después el chal entre los dedos como si fuera un milagro, abalanzarse sobre mí para cubrirme de besos, correr a colocarse delante de un espejo y mirarse en él durante mucho rato. Mi hijo no conservaría el recuerdo de aquella escena, era demasiado pequeño, pero tal vez la imagen de aquel chal sí llegaría a grabarse en su memoria, porque Mai lo cuidaba más que a sí misma y lo llevaba

siempre puesto cuando salía arreglada de casa. Entonces, pensé, antes o después mi hijo averiguará que fue un regalo mío, muy escogido, muy especial, muy caro, y jamás se le pasará por la cabeza que su padre, que amaba tanto a su madre que no podía pasar de largo por delante de un escaparate donde había visto algo que ella deseaba, había dedicado los tres últimos días a follar como un descosido con una profesora titular de Valencia que se las sabía todas, incluida la mejor manera de olvidarle deprisa, tan deprisa como la había olvidado él.

Yo no sé nada, me dije, Miguel nunca sabrá nada, nunca podrá escuchar la pacífica voz de su madre, aquel acento ecuánime, objetivo, casi desdeñoso con los ritos por los que estaba atravesando de mi mano, mientras me decía que el mundo era un lugar inmenso, y la vida corta, pero muy larga también. La primera vez que la escuché, aquellas palabras penetraron en mis oídos, en mi memoria torturada por el suplicio asiático de los celos de Lorna, como un bálsamo perfumado y refrescante.

—No puedo esperar que nunca en tu vida te tropieces con otra mujer que te guste, Álvaro —y parecía tranquila, contenta, segura de lo que decía—. Hay tantas mujeres, y tantos hombres también, tanta gente... Y sin embargo lo que nosotros tenemos es importante, ¿no?, para mí es muy importante, demasiado como para echarlo a perder por una tontería, ¿no te parece?

—Pues no sé, sí... —contestaba yo, sin saber muy bien adónde me quería llevar con aquel discurso—, supongo que sí.

—Pues eso —y volvía a sonreír—. Yo siempre he pensado que las tonterías es mejor hacerlas, porque cuando se te quedan dentro, se van convirtiendo en cosas mucho más graves de lo que son en realidad. Por eso, lo único que te pido es que seas leal conmigo, que me quieras, que no me humilles, que no me desprecies, y las tonterías sin importancia que puedas llegar a hacer con otras me dan igual.

La primera vez que las escuché, recibí aquellas palabras como un bálsamo perfumado y refrescante, pero la segunda vez me gustaron menos, y la tercera le pregunté por qué hablaba siempre de mí, por qué nunca pronunciaba aquel discurso en primera persona.

—¡No me irás a decir ahora que eres celoso! —exclamó con un acento risueño, que no me consintió discernir si la idea le gustaba o le parecía inadmisible.

—No, no lo creo —respondí—. Creo que no soy celoso, pero preferiría mantener la duda intacta.

Mai se echó a reír y nunca volvió a sacar ese tema. Y cuando fuera un hombre, su hijo, mi hijo Miguel, no hallaría en su memoria el menor indicio de las nebulosas condiciones del pacto que su madre le propuso a su padre, y que él aceptó con una confianza, una tranquilidad crecientes, hasta el punto de que, porque la vida es así de rara, no sólo llegó a estar seguro de que la segunda persona del singular era la única que se ajustaba con precisión al discurso de su mujer, sino que incluso, a partir de

cierto momento, despejó sin ninguna razón concreta aquella duda que pretendía preservar, al darse cuenta de que le daba mucha pereza preocuparse por el hecho de que Mai fuera de verdad o no a cenar con sus amigas cada vez que salía sola por la noche. Miguel nunca sabrá nada de esto, yo no sé nada de nada, me recordé a mí mismo, y logré convencerme sin demasiado esfuerzo.

Cuando dejé de encontrar en la copa un sabor distinto al del hielo fabricado con agua del grifo, miré a mi alrededor para descubrir que estaba a punto de quedarme a solas con los camareros, porque los comensales de la única mesa ocupada aparte de la mía se estaban levantando ya. Pagué la cuenta y me marché deprisa, pero al salir a la calle tuve que pararme a pensar qué iba a hacer a continuación. Encendí el móvil y me encontré con ocho llamadas perdidas con sus correspondientes mensajes, dos de Mai, tres de mi madre y tres de mis hermanos, una de Clara, dos de Rafa. Todas tenían que ver con lo mismo.

—Acabo de salir del restaurante —le dije a mi mujer, que me respondió a la primera—, he encendido el teléfono porque dentro no había cobertura, y me he encontrado con que soy el hombre más buscado de Madrid.

—Sí —ella se echó a reír—. Es tu madre, que quiere saber si puedes ir al notario con ella y con tus hermanos el jueves por la tarde, a las seis, para abrir oficialmente el testamento de tu padre.

—Joder —protesté—, ¿y para qué? Si ella debe de tener una copia, si seguro que ya lo sabe todo...

—¡Ah! De eso no tengo ni idea. Son cosas de tu madre, ya sabes.

—¿Y a ti te viene bien ir el jueves?

—A mí no me ha invitado, Álvaro. Vais sólo los hijos. Los yernos y las nueras no vamos a heredar, como nos podemos figurar.

—¿Te lo ha dicho así?

—Con esas mismas palabras.

—Qué propio —y los dos nos reímos a la vez—. Bueno, pues tendré que poder, a ver qué remedio...

En aquel momento, me di cuenta de que todavía no podía hablar con mi madre, afrontar con serenidad su voz delgada pero firme, aquella punta de dolorida impertinencia con la que sin duda me pincharía para reprocharme el esfuerzo que le costaba siempre dar conmigo, hay que ver, Álvaro, hijo, ¿dónde te metes?, me paso la vida persiguiéndote. Mi madre era una mujer dura, pero yo tampoco sabía cuánto, ni cómo, ni para qué, más allá de la inflexible práctica de la disciplina que nos había impuesto cuando éramos niños y que había alternado siempre con arrebatos de un cariño intenso, combinados en una proporción muy diferente de la forma de querer a sus hijos que había desarrollado su marido. Mi padre parecía mucho más blando pero también más despreocupado que su mujer excepto cuando se encolerizaba, para

abandonarse a unas explosiones de furia que nos aterraban a todos y a ella también. En la pausa que Mai aprovechó para contarme lo que había hecho durante el día, y que la profesora de Miguelito estaba muy contenta de cómo trabajaba en el colegio, aunque no le gustaba que fuera tan pegón y que se peleara en el recreo con otros niños, me pregunté si mi madre sabría algo de todo esto, si Raquel no sería la última de una larga serie de amantes cuya existencia ella habría podido conocer o no, si las infidelidades de su marido le habían dolido siempre o sólo antes, o tal vez nunca, si las había aceptado como una contrapartida inevitable de su matrimonio o le habían hecho sufrir toda su vida.

—... y yo le he dicho que no —seguía diciendo mi mujer—, que por supuesto que no, que nosotros no estimulamos de ninguna forma la agresividad del niño, aunque ya sabes lo que pienso, Álvaro, que es culpa tuya, porque como a ti te hace tanta gracia que sea tan bruto, y sólo le compras dinosaurios y robots de esos cargados de misiles...

—Ya —admití, sin pararme a discutir los archisobados criterios pedagógicos de la educadora más ñoña que había conocido en mi vida—. Lo tendré en cuenta... Oye, Mai, ¿por qué no me haces un favor?

—Que llame a tu madre —pude percibir su sonrisa sin verla—. Es eso, ¿no?

—Sí, gracias, es que..., estoy muy liado, ¿sabes? Tengo que pasarme por el museo todavía, no sé a qué hora voy a llegar a casa... Llámala y le dices a todo que sí, a ver si se queda tranquila y me deja en paz de una vez.

Tendría que pasarme por el museo pero de verdad, pensé cuando paré un taxi. Le pedí al conductor que me llevara a la calle Jorge Juan, y tuve que consultar el número del portal en el llavero que llevaba apretado en la mano izquierda desde que salí del restaurante. Eso debe de estar entre Velázquez y Núñez de Balboa, más o menos, ¿no?, supuso en voz alta, y le contesté que no tenía ni idea, que era la primera vez que iba por allí. Pero me equivocaba.

Reconocí el portal antes de entrar, y sentí un golpe de sudor frío, instantáneo, como una advertencia húmeda y helada en el centro de mi espalda.

Es verdad, pensé, entonces es verdad, y en ningún momento había pensado que pudiera ser mentira, pero todo había sido tan raro, mi encuentro con Raquel, la comida de aquel día, la noticia que me había dado, su manera de dármela, que en realidad no había dejado de enfrentarme a ella como si no fuera otra cosa que una nueva hipótesis, otra versión de mi padre, asombrosa, imprevista y risueña en principio, quizás amarga, dolorosa después, más conmovedora en todo caso que cualquiera de las teorías que yo mismo había elaborado y barajado para explicarme un misterio que, y en eso su amante llevaba razón, ahora dejaba definitivamente de ser tal para revelarse como una historia sencilla, vulgar, repetida. La imagen de aquel anciano fuerte, poderoso hasta el final, empeñándose en subir al último tren que

pasaría por su última estación, aferrándose a la vida con unas fuerzas que ya no tenía, las manos desolladas, la piel congestionada, los dientes apretados por el esfuerzo, desplazó en aquel momento otras ideas, otras imágenes, no sólo el rostro de su mujer, también la perspectiva de su insatisfacción, su incapacidad para aceptar la realidad, las previsibles humillaciones que los ochenta y tres años de su cuerpo habrían decretado sobre la insobornable fortaleza de su espíritu. Entonces, mientras entraba en el portal, y cruzaba el vestíbulo, y esperaba el ascensor, no pensé en nada de eso. Sólo en mi padre, en que había sido un hombre mucho más extraordinario de lo que llegaríamos a ser sus hijos. Y me emocioné al calcular cuánto.

La llave que me había dado Raquel abrió sin dificultad la puerta acorazada, más que blindada, del Ático E, que compartía con el F el ala derecha del edificio y la misma superficie que, en el ala izquierda, se repartían el doble de apartamentos. Mi corazón volvió a desbocarse cuando entré en un gran recibidor cuadrado y vi, al fondo, un salón descomunal, y mucho más lejos aún, una terraza que parecía precipitarse en el aire, como si estuviera a punto de echarse a volar sobre el cielo de la ciudad. Entonces sonreí, y volví a experimentar un sentimiento cercano a la euforia, pero más definido.

—Hay que ver, qué cabrón eres, papá —dije en voz alta, en presente y sólo para mí, como si él estuviera ausente, pero vivo aún—. Qué hijo de puta...

Porque aquel ático no era más lujoso, pero sí el doble de grande que el que mi hermano Rafa había intentado endosarme un par de años antes.

—Acabamos de terminar la rehabilitación de un edificio histórico, magnífico, en la mejor zona del barrio de Salamanca —me anunció por teléfono—. Es una casa muy especial, me gustaría enseñártela.

—¿Para qué? —le pregunté—, si no voy a comprarme ningún piso.

—Bueno, eso es lo que piensas ahora, pero ya verás...

Su insistencia me mosqueó mucho, porque no me fiaba un pelo de él ni de sus fantásticas iniciativas de empresario del antifaz, pero no pude evitar que una tarde fuera Mai quien descolgara.

—Pues a mí me apetece, Álvaro —me dijo luego—, aunque sea sólo por curiosidad. No nos cuesta ningún trabajo, ¿no? Quedamos con Rafa un sábado por la mañana, lo vemos y ya está.

Lo que vimos se parecía mucho más a una suite de lujo de esos hoteles que salen en las películas que a una casa donde pudiera vivir una persona normal. Tenía un salón enorme, un dormitorio inmenso con forma de ábside, un cuarto de baño con más mármol que un mausoleo persa, un jacuzzi del tamaño de una piscina mediana, y una cocina americana, ridícula, escondida dentro de un armario.

—Es impresionante, desde luego —concluyó Mai, afirmando con la cabeza como si estuviera hablando en serio.

—¿Impresionante? —pregunté yo, pero mi hermano no quiso acusar mi escepticismo.

—Podríais quedároslo —sugirió en cambio.

—¿Quedárnoslo? —volví a preguntar.

—Sí —y esta vez Rafa me respondió—, os lo podéis permitir...

Entonces me pasó un brazo por el hombro, malo, me dije, y empezó a intentar liarme por el más obvio de los principios.

—Porque tú estás ahorrando, ¿verdad, Álvaro?

Eso era verdad. Cuando volví de Estados Unidos me encontré con que mi padre había adquirido la costumbre de repartir parte de sus beneficios con nosotros, una cantidad considerable en sí misma que, al dividirse entre cinco, solía oscilar entre dos y tres millones de pesetas por hijo. Los míos me los había ido guardando, él era sumamente escrupuloso y jamás perjudicaba a un hermano para beneficiar a otro, pero lo invertí todo en la casa. Después, hasta que Mai se quedó embarazada, me fui gastando aquel dinero año tras año, en viajes larguísimos y espléndidos que mi futura paternidad interrumpiría a la fuerza en unos pocos meses. Entonces pensé que sería mucho más sensato comprar algo en la playa, un apartamento o una casa pequeña en algún lugar que con el tiempo se convertiría en el paraíso infantil y privado del niño que iba a nacer, y le pedí a mi padre que me guardara mi parte hasta que le dijera lo contrario.

Nos lo estábamos tomando con calma. A Mai le gustaba el norte, a mí no, Miguelito todavía era muy pequeño y la casa que mis padres tenían en La Moraleja, mucho jardín, mucho servicio, mucha piscina, muy grande y demasiado cómoda como para renunciar a ella todavía, pero llevaba tres años ahorrando, eso era verdad, y ya estaba cerca del final del camino. Aquel año, mi padre había repartido lo mismo que los otros, pero nos había advertido que iba a haber más. Acababa de vender su participación en una empresa que nunca le había gustado en unas condiciones tan ventajosas que había decidido repartir beneficios con sus hijos a partes iguales. Todos lo sabíamos, pero quizás Rafa era el único que conocía la cifra exacta que íbamos a recibir.

—Ya ves —me dijo al salir, antes de empeñarse en invitarnos a una copa—, entre lo que tienes ahorrado y lo que papá te va a dar un día de éstos, tienes de sobra para la entrada. Lo compras, lo pones a la venta, le sacas el doble de lo que te ha costado, porque te lo voy a dejar a precio de coste, eso por descontado, y con lo que ganes, pagas el resto y te compras lo que quieras en la playa que quieras.

—Sí, pero es que yo —intenté negarme—, yo no...

—Ya, tú no sabes nada de negocios —se me adelantó él—, lo sé, pero éste es el más limpio, el más fácil y rápido que te van a proponer en tu vida. Clara se va a quedar con otro, no creas, y Julio porque Verónica no le deja, que si no...

—Mira, Rafa, olvídame.

—Muy bien —aceptó con cara de pena, como si se compadeciera sinceramente de nosotros—. Allá tú, como quieras...

No dijo nada más excepto que nos invitaba a las copas de todas formas, y cuando llegué a casa ya se me había ocurrido que igual había hecho una tontería.

—Mira, tu hermano Rafa me tiene hasta los cojones, no te digo más —bramó mi padre desde el otro lado del teléfono—. Y eso que se lo tengo dicho, ¿eh?, que no es la primera vez, que estoy harto de advertírselo, que no os líe, que no sea tan chorizo, joder... Pero nada, no me hace ni caso. Necesitará dinero, claro, como siempre, porque andará metido en setenta negocios a la vez, y a mí no me habrá contado ni la mitad... En mi vida he conocido a nadie a quien le guste el dinero más que a tu hermano, y mira que tiene poca gracia para gastárselo.

—Pero, entonces... —intervine yo, un tanto sorprendido por su vehemencia—, esos áticos no valen...

—Esos áticos valen un dineral —me interrumpió—, por supuesto que sí, pero una barbaridad, eso es lo que valen, y por eso se los ha quedado él. Ha vendido tres, dos pequeños a una distribuidora de cine norteamericana, que los va a usar para alojar a las estrellas que vengan a estrenar películas a Madrid y para blanquear dinero de paso, me imagino, y otro grande, a un directivo del Banco de Santander que lo quiere para ir allí a acostarse con su amiguita, porque si los has visto, ya te habrás dado cuenta de que para eso es para lo que están pensados, más que otra cosa.

—Pues, mira..., no se me había ocurrido, pero ahora que lo dices...

—Total, que ya ha ganado dinero, pero todavía tiene otros tres y no le va a resultar nada fácil encontrar un comprador en poco tiempo. A la larga sí, a la larga los vendería y ganaría una fortuna, pero debe de tener prisa, vete a saber por qué, y los millonarios no crecen en los árboles, por cierto... Por eso ha pensado en vosotros, en el tonto de tu cuñado Curro, que le dijo que sí hasta que hablé yo con tu hermana, y en ti. Con Julio no se atreve, y Angélica todavía debe la mitad de la hipoteca, pero Clara, y tú, pues eso... Ahora se queda con todo lo que os voy a dar, y va cobrando el resto poco a poco hasta que yo me muera, claro, y entonces, seguro que todavía no habéis encontrado comprador... —resopló, como si ya estuviera cansado de repetir aquel discurso y pensé que seguramente así era—. Mira, tú llámale y le dices de mi parte que lo de Jorge Juan no, pero que le compras a precio de coste un chalé de los que está haciendo en Arroyomolinos para familias normales, con dos sueldos, dos hijos y un perro, ya verás como no quiere ni oír hablar del tema. Y ya verás como, al final, el que tiene que quedarse a la fuerza con uno de esos dichosos áticos soy yo, como si lo viera...

Nunca llamé a mi hermano para comprarle un chalé en Arroyomolinos, pero mi padre sí debió de hablar con él, porque Rafa no había vuelto a ofrecerme ningún

chollo cuando estuve en condiciones de rematar por mi cuenta aquella conversación.

—Por eso no querías que compráramos aquí, ¿verdad, papá?

Recorrí la inmensidad de aquel salón medio vacío mientras reconocía los muebles, tres sofás de piel blanca, una mesa baja con tapa de cristal, otra de comedor que parecía navegar con sus ocho sillas en una zona separada del resto por tres peldaños, y las tumbonas de teca de la terraza, idénticas a las que yo había visto en el ático que mi hermano nos enseñó. Te quedaste con los muebles del piso piloto, concluí, hiciste bien, total, para qué ibas a gastar más dinero... Y sin embargo hallé otros detalles reconocibles, las plantas maduras, bien cuidadas, y los grabados, abstractos y enmarcados con buen gusto que decoraban las paredes. Era evidente que allí no vivía nadie, no era eso para lo que aquellos áticos estaban pensados, recordé, pero en un estante, encima de la televisión, había algunos libros leídos, y en la mesa baja, un cenicero de cristal, limpio pero usado.

El cuarto de baño fue muchísimo más revelador. En unos ganchos cromados, junto a la puerta, encontré dos albornoces, uno blanco, más grande, y otro de color salmón, más pequeño. Sobre la encimera en la que estaban empotrados los lavabos había dos cepillos de dientes, un tubo de dentífrico, varios tarros de distintas cremas, un bote de espuma de afeitar y un estuche de pañuelos de papel. Debajo, en los cajones, encontré una caja de tampones, otra de analgésicos, un neceser lleno de cosméticos, un paquete de discos de algodón y dos tipos distintos de maquinillas de usar y tirar, unas rosas, otras azules, todo normal, como los geles, los champús y una manopla de fibra vegetal, muy usada, que vi a través de la mampara que aislaba la ducha del resto. Hasta ahí todo fue bien, pero cuando me acerqué al jacuzzi, que era más grande que el que Rafa nos había enseñado y estaba semirrodeado por una pared de cristal que ofrecía una vista espectacular, me encontré con que el borde estaba repleto de velas a medio consumir, todas iguales, blancas, pequeñas y encerradas en unos pequeños fanales transparentes. Qué horror, pensé al verlas, qué cosa más cursi, qué horterada, y antes de terminar de pensarlo, me encontré con que la cara me ardía.

Aquel calor no era más que un pálido reflejo del incendio que acababa de desatarse en mi interior, una catástrofe fulgurante, instantánea, donde el pudor atizaba a la excitación y era a su vez implacablemente alimentado por ella, para que yo pudiera escuchar el crujido de las ramas que se desgajaban de los árboles, el chisporroteo de las cortezas resinosas, el susurro de las púas en llamas, y oler el fuego, verlo avanzar por las laderas de un monte imaginario, que era yo y estaba ardiendo de una culpa inocente, que no había hecho nada para merecer, y de una vergüenza infinita que sin embargo no era capaz de apagar todos los focos, siéntese, por favor, perdóneme, no le he ofrecido nada, ¿quiere tomar un café?, y Raquel Fernández Perea, que era mucho más guapa de lo que parecía, encendiendo la última vela antes de zambullirse desnuda en el agua con su cuerpo de treinta y cinco años y

su piel de melocotón, esas piernas tan bonitas y las caderas levemente más anchas de lo que parecía exigir la estrechez de su cintura, para que mí padre la rodeara con sus brazos mientras pensaba que su hijo Álvaro era un gilipollas que no tenía ni idea de lo que era horrible, ni cursi, ni hortera en este mundo. Esa nueva sensación, la conciencia de no ser más que un pardillo, el ingenuo y fortuito espectador de una complejidad que no estaba a mi alcance, se sobrepuso a la excitación y a la culpa, a la vergüenza y al asombro, sin matizar la formidable confusión a la que todo lo que un instante antes era yo había quedado reducido sin remedio. Y esto no es nada, me dije, seguro que esto no es nada.

El dormitorio, sin embargo, no ofrecía ninguna señal particular a simple vista. Tenía las paredes estucadas en un tono amarillo anaranjado que entonaba muy bien con el de mi espíritu, y una forma de ábside achatado que prestaba a la cama, cuadrada, de dos metros por dos metros, una irreverente apariencia de altar, reforzada por la presencia de dos nichos recubiertos por molduras de escayola blanca, muy pretenciosos y bastante feos para mi gusto, que estaban situados justo encima de las mesillas. Éstas, de perfil curvo y líneas sencillas, sí me parecieron bonitas, como la cómoda a juego que estaba adosada a una de las paredes laterales. El único elemento perturbador del mobiliario era una televisión plana, inmensa, colgada en la pared del fondo a la altura idónea para verla desde la cama. Debajo, en un carro metálico con ruedas, había un vídeo, un DVD y un montón de películas muy bien ordenadas.

—Ya verás, Alvarito —me dije mientras las miraba—. Ya verás.

Pero no vi nada todavía. Antes me senté en la cama, comprobé que el colchón no era de agua, experimenté un considerable y absurdo regocijo al percibir su vulgar estructura de muelles, y me consentí a mí mismo volver a pensar que los ricos eran muy horteras, sin sentir esta vez nada especial al formular una idea tan clamorosamente sustentada por el espacio que me rodeaba. Luego, me pregunté cuál sería el lado de mi padre, concluí que lo más lógico sería que se hubiera reservado el mismo que ocupaba en su lecho matrimonial, comprobé que sobre la mesilla situada a la derecha reposaban dos mandos a distancia, y empecé por los cajones de la otra, donde no encontré nada, sólo un folleto de instrucciones del radio despertador digital que se correspondía con el modelo que estaba encima, al lado de la lámpara.

El reloj estaba en hora, y la alarma activada. Pulsé el botón por curiosidad y me encontré con que el aparato estaba programado para encenderse a las siete de la mañana. Luego ella se queda de vez en cuando a dormir aquí, deduje, y aquel indicio de normalidad, la imagen de una mujer joven que se levantaba para ir a trabajar de la cama que unas horas antes había compartido con un hombre que podría ser su padre, y hasta su abuelo, me pareció una monstruosidad, pero me acordé a tiempo de que Raquel Fernández Perea no era una pobre huérfana abandonada e indefensa, sino una chica lista que ganaba un sueldo, seguramente considerable, en una institución de

nombre laberíntico que se dedicaba a hacer crecer el dinero de los demás. Entre las razones que la hubieran llevado a liarse con uno de sus clientes no era previsible que se contaran la miseria, la necesidad de protección o la incapacidad para defenderse por sí misma. La verdad es que, para trabajar con un horizonte científico tan amplio, eres muy novelero, Álvaro, recordé, tienes mucha imaginación, para ser físico.

En el primer cajón de la mesilla de la derecha había tres objetos. El más pequeño era un pastillero cuadrado, de plata, con la superficie rayada, muy parecido, si no idéntico, al que mi padre llevaba siempre encima. Lo mismo ocurría con el portaminas de acero, muy sencillo, muy estilizado, como todos los que llevaba enganchados en el bolsillo de la chaqueta en todas las imágenes suyas que podía recordar. El tercero era un consolador de goma de color morado, que parecía relleno de una especie de gel, y olía a jabón, plástico bien lavado.

—Hostia, papá...

Raquel Fernández Perea, que es mucho más guapa de lo que parece, desnuda sobre una pila de almohadas, con sus piernas bonitas abiertas de par en par, ofrece una perspectiva insólita, obscena y encantadora de su cuerpo levemente desproporcionado, la piel perfecta, siéntese, por favor, perdóneme, no le he ofrecido nada, ¿quiere tomar un café?, mientras su vientre tiembla apenas, menos desde luego que las manos del anciano que empuña un cilindro de goma de color morado que desaparece despacio en su interior para que ella agradezca la atención con una sonrisa que deja ver sus dientes separados.

La sangre se agolpaba en mis sienes como si estuviera a punto de reventarme las venas, y al respirar no hacía otra cosa que inyectar oxígeno en un fuego del que ya no podía distinguir nada excepto el calor, las llamas que me cercaban, que prendían en mi ropa, que me ahogaban en humo con una minuciosa e implacable precisión. Te voy a decepcionar, Álvaro, es una historia vulgar, sencilla, los seres humanos somos muy sencillos, y tenía razón, tanta que encendí primero la televisión, luego el DVD, y me encontré exactamente con lo que esperaba, la mujer era morena y llevaba un corsé rojo y negro que le dejaba los pechos al aire, los hombres, porque eran dos, llevaban traje oscuro y corbata, pero ambos tenían la bragueta abierta y la polla fuera, no vi nada más, volví a apagar los dos aparatos en el orden inverso a aquel en el que los había encendido, primero el DVD, luego la televisión, para ahorrarme la destemplanza sórdida y mecánica de las escenas que vendrían a continuación, y no pude evitar hacer un chiste, modelo ejecutivo, papá, pensé para mí mismo, al acordarme de lo nervioso que le ponía mi resistencia a ponerme una corbata, al fin y al cabo, siempre ha sido lo tuyo. Ése era el chiste, pero no me hizo gracia.

No me apetecía estar más tiempo allí, husmeando en la intimidad de aquel anciano que ahora me parecía tan débil, tan frágil, tan desvalido como un animal callejero, desahuciado, un pobre hombre que estaba muerto y solo, en ninguna parte.

Aquélla fue la primera vez en mi vida que me sentí responsable de mi padre, más adulto que él, más capaz de tomar decisiones, de resolver problemas, de ampararle y protegerle como él había hecho conmigo cuando yo era niño. Has tenido que morirte, papá, pensé, has tenido que morirte para necesitarme, y la dureza de aquella conclusión me estremeció.

En el pastillero había una pastilla blanca, pequeñita, otras redondas y un poco más grandes, también blancas, y dos azules, que me parecieron raras, porque no recordaba haber visto nunca comprimidos de ese color. Me guardé una en el bolsillo, devolví el pastillero al cajón de la mesilla, lo cerré, y procuré dejarlo todo igual que me lo había encontrado, aunque antes de salir me di cuenta de que tendría que volver pronto, porque no podía compartir aquel secreto con mis hermanos, y muchísimo menos con mi madre. Al fin y al cabo, todos habíamos tenido la suerte de que ella me mandara a mí, precisamente a mí, que parecía el hijo equivocado, a entrevistarme con la última amante de su marido. Entonces me acordé de la reunión que había convocado para el jueves siguiente, y calculé que debería desprenderme de todo antes, tirar las películas, el consolador, las velas, el despertador, los cosméticos del cuarto de baño, los libros leídos, y aquél me pareció un trabajo feo, sucio, sentí una punzada de tristeza en el umbral de aquella puerta por la que tendría que volver a entrar antes de que pasaran tres días y me pregunté cuándo la habría atravesado él por última vez, cómo se encontraría, cuánto tiempo le quedaría antes de morir.

Qué putada, papá, qué putada que te hayas muerto así, con una amante de treinta y cinco años y tantas ganas de vivir, qué putada. El aire del exterior me sentó bien, pero no entibió la gélida corteza de mi melancolía, ni solidificó el estado gaseoso que mantenía todas y cada una de mis terminales nerviosas al borde de la ebullición. La calle Villanueva, además, estaba sorprendentemente despejada.

—¡Miguelito!

Mi hijo vino trotando por el pasillo, se estrelló contra mí con la misma desprevenida alegría de un toro que ve abierta la puerta del chiquero, y me hizo reír. Era verdad que era muy bruto, y también era verdad que a mí me hacía mucha gracia que fuera así.

—¿Cómo te has portado hoy? —le pregunté, después de cogerle en brazos y darle muchos besos para aspirar el aroma de su cabeza, una conmovedora amalgama de olor a tiza, goma de borrar y ketchup—. ¿Bien? —él asintió con la cabeza, muy serio —. Mamá me ha contado que tu profe dice que trabajas bien pero que te pegas mucho.

—Yo no —negó ahora, más serio aún—. Es Adrián, y Tito también, en el recreo, pum, pum...

—¿Ellos te pegan y tú te defiendes, verdad? —le pregunté, y me sonrió—. Entonces te vas a merecer un premio, por lo de trabajar tan bien, digo... ¿O no?

Mai estaba en la cocina, dándole vueltas al contenido de una sartén con una cuchara de madera.

—¡Álvaro, qué pronto has llegado!

—Sí —admití, y cerré la puerta.

—El niño está...

—El niño está viendo *Peter Pan* —la interrumpí, colocándome detrás de ella—. Se la acabo de poner. Es su peli favorita, ya sabes, y no creo que sea peligrosa, porque salen unos piratas, pero son muy simpáticos.

—Pero ¿no se la habías escondido...? Álvaro... —dejó escapar una risita nerviosa —. Álvaro, ¿qué haces?

—Nada —tenía la mano derecha dentro de su sujetador, la mano izquierda debajo de su falda, y la besaba en el cuello, muy despacio—. Bueno... Esto —y moví todos los dedos a la vez—. Le he levantado el castigo, pobrecito...

—¿Y por qué?

—¿Que por qué? —repetí, imitándola, mientras me apretaba contra ella—. ¿Tú qué crees?

—Álvaro..., estoy haciendo croquetas para cenar... Y la bechamel se me va a llenar de grumos...

Aquella noche cenamos una pizza cuatro estaciones de tamaño familiar con pan de ajo de regalo, y me di cuenta de que mi hijo interpretaba aquel menú imprevisto como parte del premio que yo, en un arrebato de graciosa e injustificada magnanimidad, había decidido otorgarle. Ya verás, me dije mientras le miraba con una punta de compasión anticipada, ya verás la próxima vez que pintes en la pared y tenga que volver a esconderte la película, pero se portó muy bien, se comió todo lo que tenía en el plato y se dejó llevar a la cama sin rechistar por un padre abrumado por su arbitrariedad.

Cuando volví al salón, Mai estaba viendo una película. Puse un par de copas, me senté a su lado, ella se recostó contra mí, como de costumbre, y logré mantener la compostura unos diez minutos.

—¡Álvaro! —tenía la camiseta en las axilas, el sujetador desabrochado, la falda arrugada en la cintura, y un acento indeciso entre el regocijo y el escándalo, que me permitió comprender que estaba contenta pero un poco asustada también—. ¿Qué te pasa hoy? Estás imposible, en serio...

—No lo sé —contesté, mientras me la sentaba encima—. Será la primavera.

Pero no era la primavera. Y cuando terminé, no estaba más tranquilo que antes de llegar a casa.

El todo puede ser mayor, menor o igual que la suma de las partes, todo depende de la interacción que se establezca entre estas últimas. Pensad bien en lo que acabo de decir porque ésta es una frase muy importante, y lo es en sí misma y porque

desemboca en esta otra, sólo podemos afirmar con certeza que el todo es igual a la suma de las partes cuando las partes se ignoran entre sí.

Eso les decía yo a mis alumnos, y ellos tomaban apuntes con mucho afán y una sombra de escepticismo en la mirada, preguntándose de qué iba yo y por qué les soltaba tantos rollos si ellos no estaban estudiando filosofía, joder, pero a mitad de curso, los más listos habían descubierto ya que la física era también un sistema de pensamiento, que tenía sus propias reglas, y que éstas no podían desarrollarse sin más con las herramientas de la aritmética. Porque dos y dos no son necesariamente cuatro, no siempre, no en todas las circunstancias, no por fuerza, no a toda costa. Cuando lo comprendáis, les decía, estaréis en condiciones de comprender muchas cosas más. Y sin embargo, el hábito de obtener un cuatro de la suma de dos y dos estaba demasiado arraigado en el mecanismo de sus conocimientos como para que lograran desalojarlo sin resistencia, yo lo entendía, y procuraba no ser demasiado severo con ellos. Tampoco lo fui conmigo cuando volví al picadero de mi padre y tuve la sensación de que todo era un montaje.

Llevaba dos días y medio trabajando con un método cercano al anonadamiento, una sobrecarga voluntaria de esfuerzo que me había sentado bien, no sólo porque desde el día que conocí a Raquel no había hecho nada más que elaborar hipótesis fallidas, sino porque, además, después de pasar la tarde entera en el museo, discutiendo con los obreros y supervisando el montaje de mi exposición, llegaba a casa de noche, y lo bastante cansado como para que Mai recuperara la serenidad. Lo mío era distinto, simple agotamiento físico y, tal vez, el alivio de saber algo más.

—Había pensado en consultarle una cosa a tu mujer —aproveché el primer cambio de clase de la mañana del martes para llamar a mi cuñado Adolfo—, pero creo que prefiero hablar contigo.

—¿De hombre a hombre?

—Pues... sí.

—A ver —el tono zumbón, malicioso, tras el que se protegía, me hizo sonreír—. Que no sea muy difícil. Y, si puede ser, muy masculino tampoco.

—Bueno, me temo que masculino sí es, pero difícil no... Verás, la semana pasada, uno de esos días que llovió tanto, tuve que ir a La Moraleja a recoger el correo de mi madre. Iba a cuerpo, con un jersey, me puse perdido de agua, y Lisette me dio una gabardina de papá. Y en un bolsillo había un pastillero de esos de plata que usaba él siempre, con una pastilla blanca, redonda, pequeñita...

—Cafinitrina —me interrumpió él, ignorando que no me estaba contando nada que yo no supiera—. Tu padre tenía que llevarla siempre encima, porque ya había tenido un infarto y antes un par de amagos.

—Vale. Luego había otras pastillas también blancas, y también redondas pero un poco más grandes, que no sé lo que son.

—Yo tampoco —Adolfo se echó a reír—, vete a saber... Igual es paracetamol, para el dolor de cabeza. O no. Si son redondas, seguramente serán alguna clase de estatina, para el colesterol. Tu padre tenía el colesterol alto, no mucho, desde luego, pero lo bastante para cuidárselo.

—Ya... Y luego había otras pastillas, que son las que me mosquearon, de color azul cielo intenso —miré el comprimido que tenía entre los dedos e intenté ser más preciso—, no sé si me entiendes, o sea, no exactamente azul celeste...

—Y de forma romboidal —completó él.

—Sí —admití.

—Viagra.

—¿Seguro?

—Hombre, yo no soy farmacéutico, pero con esas señas... Casi que sí.

—Y mi padre... —lo estaba esperando desde el principio, pero la naturalidad de mi cuñado me desconcertó por un momento—. ¿Mi padre podía tomar viagra?

—No es que pudiera, Álvaro. Es que la tomaba, me lo estás diciendo tú.

—¿Y no era peligroso?

—Bueno... —se paró un momento, como si acabara de tomarme en serio y necesitara encontrar un tono diferente para seguir hablando conmigo—. Es como todo, no sé qué decirte. Desde luego, quien formuló la viagra no estaba pensando en un paciente de sus características, pero... Tu padre era un hombre muy fuerte, Álvaro, y aunque parezca un contrasentido, porque se murió de un infarto, también era un enfermo cardíaco privilegiado, porque no era hipertenso, porque no era diabético... Y así y todo, los ambulatorios están hasta arriba de abuelos de la edad de tu padre, enfermos cardíacos que sí son diabéticos, que son hasta hipertensos, y que se ponen de viagra hasta el culo, y además alegremente, por su cuenta, sin ningún control, porque saben que sus médicos nunca se la recetarían, aunque eso ahora está cambiando, claro, y más que va a cambiar. Los especialistas se han dado cuenta de que prohibírsela no sirve de nada, de que la van a seguir tomando igual, y ahí los tienes, y a ver quién les quita lo que están bailando. ¿Que si renunciaran a la viagra quizás, sólo quizás, podrían vivir más tiempo? Por supuesto. ¿Que podrían correr menos riesgos, tener menos fatiga, menos arritmias? Claro que sí. ¿Que podrían tener más calidad de vida? Eso ya no. Eso ya depende de lo que cada uno entienda por calidad de vida, y yo, desde luego, me quedo con la definición de los abuelos. Yo, cuando me llegue la hora, pienso tomarla. Esto son dos días y luego nada, y si me equivoco, si resulta que al final la carne resucita, prefiero resucitar empalmado, no vaya a ser que me caiga la breva de ir a parar por error al paraíso musulmán y me encuentre con que me tocan treinta vírgenes para mí solo.

—Pues mira, no lo había pensado —reconocí cuando dejé de reírme.

—Es que eres diez años más joven que yo, pero ya lo pensarás, no creas que no...

Ahora en serio, Álvaro. La primera conversación, digamos íntima, que tuve con tu padre fue sobre esto. Yo acababa de liarme con tu hermana, era la tercera o la cuarta vez que iba a su casa, él me sacó el tema y a mí me pareció normal. Todavía le quedaban dos años para cumplir los ochenta, era un hombre fuerte, sano, tenía curiosidad, era lógico, ¿no? A mí me pareció lógico, por lo menos. No me preguntó si podía tomarla, pero eso estaba flotando en el ambiente y yo me adelanté. Si te apetece probarla, Julio, aunque sólo sea una vez, para ver qué pasa, le dije, avísame antes. No es nada grave, no te va a hacer daño, pero conviene calcular bien la dosis, eso es muy importante, y a tu edad es mejor hacer las cosas con cabeza. Por supuesto, me contestó, por supuesto. Y nunca me avisó, pero eso también es normal, ¿no?, porque yo era el novio de su hija, y luego su marido, y él no sabía qué grado de confianza podía tener conmigo sin incluir a Angélica, y a lo mejor no le apetecía nada que se supiera, seguramente tendría sus motivos.

—Sí —admití—, sí, todo eso lo entiendo, pero... ¿y la viagra no pudo provocarle el infarto?

—La viagra no provoca infartos, Álvaro. Permite, eso sí, la realización de un esfuerzo físico que puede llegar a resultar insuperable para un corazón enfermo, pero no creo que ése fuera el caso de tu padre, la verdad... —y sin embargo hizo una pausa, como si necesitara medir sus palabras antes de seguir—. El infarto le dio un viernes por la tarde y aquella mañana se había levantado bien, ¿no?, fuerte, y se había ido a trabajar. Cuando empezó a encontrarse mal, estaba en su despacho, tan tranquilo, no había pasado nada, y además... Le dio tiempo a llegar a casa, a meterse en la cama, tu madre llegó enseguida... No lo sé, Álvaro, pero no creo. Y si hubiera sido así, ¿qué? No te tortures. Su corazón podría haber acusado cualquier otro esfuerzo, un trabajo de lo más inocente, qué sé yo, cortar el césped, jugar con sus nietos, subir deprisa por las escaleras, enfadarse más de la cuenta o llevarse un disgusto. Y ni siquiera eso. Podría haberse rendido, haberse acabado, y su muerte no habría sido más dulce, ni más pura, ni mejor. La muerte es una mierda, Álvaro, la de tu padre y la de todos los demás. Si tomaba viagra y se pasó, nadie tiene nada que reprocharle. Estaba en su derecho. Era su vida, y fue su muerte, su riesgo. No el tuyo.

—Eso ya lo sé —Lisette, pensé, e inmediatamente después que me estaba volviendo loco—. Gracias, Adolfo. De verdad.

—De nada. Oye, y otra cosa..., has hecho muy bien en llamarme a mí. Es mejor que no le digas nada a Angélica. Se ríe mucho cuando cuento en voz alta lo de las huríes, pero me temo que esto no le haría ninguna gracia.

—Descuida —dije, y colgué, y ni siquiera me paré a pensar cómo habría podido suceder que un hombre tan encantador se hubiera enamorado de una mujer tan insoportable.

Dos y dos son cuatro, ésa es la tradición, el prestigio, el hábito, la verdad

absoluta, legendaria, que no se deja desalojar sin resistencia. Dos y dos son cuatro, y las cuentas salían, arrojaban un número perfecto, redondo, entero, sin el insidioso fastidio de los decimales. Dos y dos son cuatro y mi padre ya no era un cabrón, un hijo de puta, un héroe, un prodigio, un campeón, sino un pobre hombre adicto a las benevolentes pero quizás mortales trampas de la química. De nuevo un pobre hombre, pensé, y volví a estremecerme al comprender que antes jamás me habría atrevido a pensar así de él, del gigante que había sido mucho más extraordinario de lo que llegaríamos a ser ninguno de sus hijos, el mago, el hechicero, el encantador de serpientes al que yo admiraba tanto y que ahora había encogido, se había acobardado hasta volverse insignificante en un sillón de la sala de espera de cualquier médico privado y carísimo al que nunca le podría pagar del todo el precio de lo que había ido a buscar.

En eso también había sido excepcional, pero la certeza de su ambición no lograba expulsar de mi memoria las imágenes últimas de su cuerpo, las rodillas descarnadas, la piel tan blanca, escamosa, la flaccidez de la carne que se plegaba alrededor de sus costillas, el vello ralo, exhausto, de su pecho y de sus muslos. Ese cuerpo era de mi padre, pero mi memoria nunca se lo habría asignado si Raquel Fernández Perea no se hubiera cruzado en mi vida. Y sin embargo, me enternecía su debilidad, la modestia de su pacto con el demonio de los laboratorios, aquella ansia profunda que era más fuerte que el miedo a morir, y su soberbia, la magnifica determinación a decidir sus propios plazos en el escaso palmo de terreno que aún podía regatearle al destino. Para mí había sido difícil ser hijo de un hombre como aquél, y tampoco me resultaba fácil, ahora que había tenido que morir para necesitarme, empezar a comportarme como si fuera su padre. Y sabía que Adolfo tenía razón, que no estaba siendo justo, que no tenía nada que reprocharle, ningún derecho a juzgarle, eso también lo sabía, pero no podía controlar mi tristeza, la tentación de pensar que para él lo importante no era echar un polvo, sino saber que el próximo no iba a ser todavía el último, un combate tan desigual, tan desproporcionado, tan fracasado desde antes de empezar. Mi padre no habría estado de acuerdo conmigo, mi cuñado tampoco, quizás sólo fuera una cuestión de años, quince, veinticinco, treinta, y la muerte con un rostro cada vez más definido, mejor iluminado, menos ambiguo, y feo, feísimo, horroroso, atroz. Quizás entonces, mientras contemplara ya de cerca el rostro de la muerte, dos y dos sumaran cuatro más que nunca.

Pero mientras tanto no lo suman siempre, no en todas las circunstancias, no a la fuerza, no a toda costa. Yo se lo advertía a mis alumnos todos los años, para que ellos lo anotaran con mucho afán y una sombra de escepticismo en la mirada. No estamos estudiando filosofía, joder, protestaba siempre alguno, eso es lo que tú te crees, le respondía yo, pero no vas muy bien encaminado, por cierto. El todo sólo es igual a la suma de las partes cuando las partes se ignoran entre sí, y Raquel Fernández Perea y

Álvaro Carrión Otero ya habíamos dejado de ignorarnos. Por eso, y porque recuperé a tiempo la convicción de que dos y dos no tienen por qué ser necesariamente cuatro, cuando volví a entrar en aquel ático tuve la sensación de que todo era un montaje.

No fue nada más que eso, una sensación. No fue una idea, ni una impresión, ni una deducción, ni siquiera una intuición, sino una simple sensación, una de esas revelaciones engañosas, peligrosas, quebradizas y precarias como un cabello seco, que se aprehenden con la punta de esos nervios que no son los verdaderos nervios, sino apenas un residuo imaginario de los instintos que conservan los animales que fuimos una vez, la sobrehumana capacidad que damos por perdida para siempre excepto en los momentos de extrema desesperación. Entonces, cuando creer es más importante que pensar, florecen los hombres que ventean las minas, las mujeres que encuentran agua debajo del desierto, los niños que invocan el poder de atraer las lluvias o las niñas que ven a la Virgen María encaramada encima de un árbol. Yo nunca había podido soportar la credulidad de la gente, el fervor con el que se entregan a las supercherías religiosas o científicas, el derroche imperdonable de su fe, que para mí, incrédulo, es un bien tan costoso, tan escaso, tan imprescindible. Tampoco estaba desesperado, y sin embargo tuve una sensación, venteé una mina, sentí temblar la varita sobre la tierra, presentí la lluvia, percibí una presencia inexplicable, pero por mucho que la busqué, no hallé ninguna prueba, el menor argumento sobre el que sustentarla.

Eran las tres y media de la tarde, no había comido y estaba de pie, en aquel salón tan grande y tan vacío donde los muebles dejaban espacio suficiente para bailar un vals entre uno y otro. Llevaba un rollo de bolsas de basura de las grandes, y me había detenido en un punto concreto entre el área del comedor y la zona de estar sin otro motivo que una necesidad repentina de comprender lo que estaba viendo, igual que un perro que se niega a avanzar al descubrir la huella debilísima de un rastro dudoso, que no es el que está buscando pero que sin embargo logra excitar su olfato. En aquel lugar había algo que yo no había logrado percibir tres días antes, algo que no era exactamente un error, concluí, después de mirarlo todo con una atención de la que no había estado en condiciones de disponer en mi primera visita, pero que producía un efecto erróneo. Aquella vez abrí el armario, vacié los cajones, revisé la nevera, encontré muchas otras cosas lógicas, vulgares, previsibles, batas, zapatillas, pijamas, camisones, mantas, sábanas, manteles, toallas, ropa interior de mujer normal y de mujer procaz, latas de cocacola y de tónica, chocolate, café instantáneo, leche condensada, un exprimidor eléctrico, una cafetera, un cubo de basura, seis vasos de agua, cuatro de whisky, platos, tazas, cubiertos, periódicos atrasados, una caja de bombones abierta y medio vacía, la revista de marzo de una cadena de televisión digital, una china de hachís sin envolver, un librillo de papeles de liar, un taco de filtros.

Cogí estos tres últimos objetos, que estaban en el cajón inferior de la cómoda del dormitorio, y me los metí en un bolsillo, pero los saqué de allí enseguida, porque serían de ella, pensé, y tendría que devolvérselos. Entonces me di cuenta de que lo que tenía que hacer era dárselo todo, no tirarlo, como había pensado en un principio, sino entregárselo, porque, muerto mi padre, Raquel era la propietaria natural de todo lo que había en la casa que habían compartido. Por tanto, me dije, será mejor llenar dos bolsas distintas, una con todo lo que va a la basura, la comida, los periódicos viejos y los botes abiertos del cuarto de baño, y otra con todo lo demás. En aquel momento, me llevé la mano derecha a la cara en un movimiento automático, casi inconsciente, que no fui capaz de reconstruir después. No sé si me froté los ojos, la barbilla o la frente, pero percibí el olor del hachís que todavía impregnaba mis dedos y descubrí de repente que era eso lo que no encajaba.

El lugar donde me encontraba no olía a nada. Aunque los libros estuvieran leídos, y el cenicero usado, y los cepillos de dientes desgastados, y las velas a medio consumir, el aire estaba limpio, desprovisto de cualquier aroma distinto al de la neutralidad de los espacios deshabitados. Y era cierto que nadie vivía en aquella casa, que no era eso para lo que estaba pensada, pero tampoco se podría decir que ella viviera en su oficina y allí no había tenido esa sensación de respirar en el vacío. No podía recordar a qué olía el despacho de Raquel Fernández Perea, seguramente a humo y a café, a tinta de impresora y a su perfume, pero estaba seguro de que aquel olor existía, porque de lo contrario habría percibido de alguna forma su ausencia, como percibía ésta sin haberlo querido. Aquel descubrimiento me dejó tan atónito que estuve un buen rato sentado en la cama, buscando argumentos suficientes para desestimarlo.

El más evidente estaba en mi reloj, que señalaba ya las cuatro y veinticinco de la tarde. No tenía mucho más tiempo que perder, y eso significaba que al problema llamado Raquel Fernández Perea le quedaba una hora y media de vida. Mientras llenaba hasta arriba no dos, sino tres bolsas, con la sorprendente cantidad de objetos que contenía aquella casa que parecía vacía, no dejé de percibir la misma sensación de impropiedad, de falsedad impecablemente enmascarada, que me había asaltado al entrar, pero tampoco dejé de pensar que ya todo daba igual, que la frenética secuencia de secretos y casualidades que me había puesto boca abajo durante una semana iba a expirar muy pronto, en el plazo marcado, y después, cuando estuviera instalado de nuevo en la apacible llanura de tierras cultivadas que era mi vida, se iría desvaneciendo poco a poco, perdiendo color, relieve, intensidad, hasta encajar en la lista de los pequeños misterios de una vida cualquiera. Mi padre había tenido una amante, muy bien, a los ochenta y tres años, muy bien, yo la había conocido, muy bien, me había gustado, claro, me gustaba mucho pero a mi padre también le gustaba mi mujer, ahora iba a resultar que teníamos los mismos gustos, ¿y qué? Y nada, yo

había estado en el lugar donde se veían, había borrado todas sus huellas, le había devuelto sus pertenencias y punto final, adiós, con esa inevitable melancolía de los hasta nunca. A las seis menos cuarto, cuando me marché de allí, pensé que no había hecho otra cosa que devolver aquel lugar a su estado verdadero, vaciarlo de todo lo que sobraba en él, pero me negué a insistir en esa paradoja. Ya todo da igual, me dije, se acabó.

Eso era lo que yo creía, que todo se había acabado, pero aquel ático no estaba incluido en el inventario de los bienes de mi padre que me encontré delante de la silla que Julio y Clara habían dejado libre para mí entre las suyas, ante una enorme mesa de juntas cuyo lado opuesto ocupaban Rafa, Angélica y mi madre.

—Lo siento, mamá —dije al entrar—. No he podido llegar antes.

—No importa, Álvaro —concedió ella—. Todavía no hemos empezado. Pero podrías haber hecho el esfuerzo de ponerte un traje y una corbata, vamos, digo yo...

—Ya... —sonreí—. Bueno, eso también lo siento.

Sólo me había retrasado diez minutos, después de dejar una bolsa de basura en un contenedor, guardar las otras dos en el maletero del coche, y recorrer andando el trecho que me separaba de una dirección de Príncipe de Vergara que habría jurado que estaba más cerca. Me paré en una pastelería para comprar dos croissants y me los fui comiendo por la calle, probando en cada bocado algo más que su sabor, el descanso de saber que la llave que llevaba en el bolsillo estaba a punto de desaparecer, de desvanecerse en el aire como el recuerdo de un sueño agitado, para resucitar en la realidad que me rodeaba con la garantía de su propia e inocente naturaleza, sólo una llave que abría la puerta de una casa, una de las muchas casas que habían pertenecido a mi padre. Aquella tarde nadie la echaría de menos. La próxima vez que mi madre me mandara a La Moraleja la metería en cualquier cajón y alguien la encontraría, la dirección estaba escrita en el llavero, anda, mira qué gracia, pero si aquí hay otra y no la habíamos visto. Sonreí al imaginarlo, pero entonces no sabía que aquel ático no existiría nunca para nadie de mi familia, excepto para mí.

—No puede ser... —murmuré después de leer la lista por primera vez.

Volví a repasarla más despacio, señalando cada punto con un lápiz, y tampoco lo encontré entonces. No puede ser, joder, no puede ser, esto no puede estar pasándome a mí, a mí no, si a mí nunca me pasa nada, y todo se iba a acabar, todo tenía que haberse acabado ya... Y sin embargo, ahí estaba yo, cada vez más harto, más nervioso, más cansado de llevar a mi padre a cuestas. No me jodas, papá, renegué para mis adentros, no me jodas, si los problemas que yo tengo son que mi hijo se pega en el colegio, y que los obreros me montan los paneles al revés, y que mis alumnos se quejan de que no están estudiando filosofía, esto no puede ser... Estaba muy harto, muy nervioso, y tan cansado que lo repetí en voz alta sin darme cuenta.

—No puede ser.

—¿Qué es lo que no puede ser, Álvaro? —mi hermana Angélica no sólo era desconfiada, susceptible, puntillosa y mandona. También tenía oído de tísica cuando le convenía.

—Nada —y pasando por encima de su ceño fruncido, me dirigí directamente a mi hermano mayor—. Oye, Rafa, ¿papá no tenía un ático como aquel que me enseñaste? Ya sabes...

—En Jorge Juan —él completó la frase por mí—. Sí, sí que lo tenía. Uno de los grandes, además. Pero lo vendió.

—¿Cuándo?

—¡Pero, bueno, Álvaro! —mi hermana intervino en su habitual tono de superioridad—. Esto es el colmo. ¿A ti qué más te...?

—¡Mira, Angélica! —chillé, y una violencia de calidad desconocida escapó de mí como un caudal de agua que revienta una manguera—. No me voy a operar de nada, ¿sabes? No tengo fiebre, ni me duele una muela, ni estoy tomando antibióticos, ¿te enteras? Así que cállate y no me toques más los cojones.

—¡Álvaro! —la voz de mi madre tardó en elevarse, como si el asombro pesara más que la necesidad de censurar mi comportamiento—. ¡No le hables así a tu hermana!

En el silencio que se abrió a continuación, Julio me puso una mano en el hombro, Rafa me miró con ojos de alucinado y Clara se atrevió a defenderme.

—Tampoco es para tanto, mamá, vamos, creo...

—Claro que es para tanto —mi madre la cortó, y se volvió contra mí—. No pienso tolerar escenas como ésta, Álvaro. Yo no sé lo que te pasa, hijo, pero no me gusta nada. Te está cambiando el carácter.

—Es posible —admití, estaba tan harto, tan nervioso, tan cansado de llevar a mi padre a cuestas—. Es posible que me esté cambiando el carácter, mamá, y lo siento, lo siento mucho, pero, vamos a ver, ¿es que no puedo preguntarle una cosa a Rafa sin que Angélica se meta por medio?

Se tomó su tiempo para contestar, pero antes de hacerlo asintió con la cabeza, indicando que iba a fallar a mi favor.

—En eso, sólo en eso, llevas razón. Y haces bien, además —luego nos fue mirando a todos, uno por uno—. Éste es el momento de que preguntéis todo lo que queráis saber.

—Muy bien, pues entonces... —mi hermana, que llevaba un rato mirándose las uñas, levantó la cabeza en aquel momento—. Lo siento mucho, Angélica, de verdad. Últimamente estoy muy nervioso, muy estresado, no me aguanto ni yo, en serio. Por favor, perdóname —sólo cuando asintió con la cabeza seguí adelante—. ¿Cuándo vendió el ático papá, Rafa?

—No me acuerdo exactamente, pero hace muy poco, desde luego, no sé, dos o

tres meses. No quiso decirme cuánto había cobrado, pero seguro que lo vendió bien, siempre tuvo mucha suerte para eso, no creas —se quedó pensando y se acordó de algo que le dio mucha pena—. A mí todavía me queda uno, así que...

Esas palabras me devolvieron a quien no había dejado de ser mi verdadero padre, el anciano astuto, fuerte, poderoso, que había resultado ser un hombre mucho más extraordinario de lo que llegaríamos a ser ninguno de sus hijos. Tenías razón, papá, me dije, siempre la tenías, y aquel pensamiento no sólo me tranquilizó, sino que me llevó de la mano a una conclusión más amable, menos problemática que la que estaba prevista. Si no era nuestro, el ático tenía que pertenecer a Raquel, él se lo habría regalado, lo habría puesto a su nombre, se lo habría dejado en herencia a su manera. Tiene que ser suyo, pensé, no hay otra explicación. No la había, y esa certeza me precipitó en dos sensaciones simultáneas y contradictorias, una de alivio, al calcular que el secreto de mi padre se preservaría por sí solo, y otra de fastidio, al comprender que podría haberme ahorrado las dos visitas y el trabajo feo, sucio, de aquella misma tarde. No pude decidir cuál de las dos era más fuerte, porque mi madre, que una vez solventada la crisis de mi mala educación parecía más animada que en cualquier otro momento desde que se quedó viuda, sacó un cuadernito del bolso, lo miró por encima y reclamó nuestra atención.

—Bueno, ya habéis tenido tiempo de verlo todo, ¿no? Si no hay más preguntas, os voy a explicar lo que he pensado hacer. Como habéis visto, yo heredo dos tercios, pero voy a repartir entre vosotros más de la mitad del total. Voy a liquidar todas las inversiones de papá, bonos, fondos, acciones, sin tocar las empresas, eso por supuesto, y os voy a dar todo el dinero, a partes iguales. Las propiedades, de momento, me las quedo, porque es mucho más complicado dividirlas y no quiero disgustos. Prefiero que os peleéis entre vosotros cuando yo me muera, y con los seguros de vida y los beneficios del grupo tengo para vivir más que de sobra. El dinero que te estaba guardando papá, Álvaro, te lo voy a dar ahora, con lo demás, porque no creo que necesites seguir ahorrando —asentí con la cabeza, sonreí y ella me devolvió la sonrisa—. Y otra cosa, lo de tu deuda, Rafa... Si tus hermanos no tienen inconveniente, he pensado en partirla en dos. Una mitad te la quito ahora, de tu parte. La otra me la sigues debiendo a mí y me la vas pagando como se la hubieras pagado a tu padre, ¿de acuerdo?

—Gracias, mamá —mi hermano mayor se inclinó hacia ella y la besó en la mejilla.

—De nada, hijo —ella le devolvió el beso y la sonrisa—. Bueno, pues si a todos os parece bien, ya podemos contárselo al notario...

Yo no me imaginaba que mi padre tuviera tanto dinero. Debía de ser el único de sus hijos que no lo imaginaba, eso sí, porque mis hermanos no movieron ni una ceja mientras el notario oficializaba la operación mencionando de vez en cuando cifras

sueltas que me venían tan grandes que ni siquiera era capaz de retenerlas. Todo estaba pasando a la vez y pasando demasiado aprisa, en una proporción que desbordaba la disciplina de mi inteligencia, de mi memoria. La verdad es que, al terminar aquella reunión, aún no sabía exactamente cuánto iba a heredar, y tampoco me molesté en averiguarlo. Sabía que era más de lo que esperaba, pero también la menos importante de todas las cosas que tenía en la cabeza.

Me despedí de mi madre en el portal con dos besos, un abrazo fuerte y la sorpresa de comprobar que todo lo que había descubierto en los últimos días no llegaba a modificar mi relación con ella, como si la inquietud, la compasión, y cierto grado de difusa culpabilidad que había nacido de mi póstuma, forzosa e incluso fantasmagórica complicidad con su marido, no tuvieran fuerza bastante para interponerse entre ella y yo, para alterar la forma de ser madre e hijo que los dos habíamos desarrollado a la vez durante los últimos cuarenta años. Como sabía que estaba esperando que celebrara su generosidad, le pedí perdón una vez más, le di las gracias al oído y me devolvió a cambio una sonrisa radiante. Cuando la vi alejarse entre Rafa y Clara, tan menuda de pronto, tan delgada, tan frágil como si estuviera a punto de romperse, me pareció imposible que ella tuviera algo que ver con aquel ático de Jorge Juan, con las pastillas azules, las velas del jacuzzi, y el ansia profunda, más fuerte incluso que el miedo a morir, que había animado al hombre con el que había dormido en la misma cama durante cuarenta y nueve años.

—¿Tienes prisa? —le pregunté a mi hermano Julio cuando los dos nos despedimos de Angélica, que se marchó en dirección contraria, sin hacer ningún comentario sobre mi explosión.

—No —me contestó—. ¿Por qué?

—No sé, es que no me apetece volver a casa... —eso era verdad—. ¿Te tomarías una copa conmigo?

—Claro. Y dos —me pasó un brazo por los hombros, como si quisiera tranquilizarme, consolarme, o tal vez garantizarme que estaba de mi parte, y comprendí que una punta del secreto había aflorado sin remedio en mí—. Y, si quieres, después nos vamos de putas y quemamos Madrid. Total, somos ricos.

—No —sonreí—, Madrid, mejor, lo dejamos como está.

—Muy bien —él también sonrió—, pero que conste que no soy yo el que se ha rajado.

Al final no fueron dos copas, sino algunas más, y algo que no era la ciudad se quemó para siempre en mi interior.

—Oye, Julio... —le dije cuando el camarero nos dejó solos, renunciando a un preámbulo imposible de encontrar—, ¿tú crees que papá tenía amantes?

—¿Qué pasa —y aunque lo que iba a decir era evidente, me miró con un ligero recelo, como si no le gustara demasiado que lo tuviera en cuenta—, que soy el

experto de la familia?

—No. Pasa que eres el único de la familia con el que puedo hablar, que no es lo mismo.

Eso ya le gustó más, porque le sobraban las razones para creerme. No había previsto contarle nada a ninguno de mis hermanos, y sin embargo, mientras estábamos todos sentados en la notaría, alrededor de mi madre, me di cuenta de que cada uno de ellos tendría su propia versión de nuestro padre, y tal vez la capacidad de alumbrar zonas, esquinas, sombras que yo ni siquiera habría sido capaz de distinguir, pero Julio era el único con el que podía hablar, eso era verdad.

—Pues, no sé... —y se quedó callado un momento antes de seguir—. Lo he pensado muchas veces, no creas, pero no sé qué decirte. Por un lado... le pega, ¿no? Es decir, los hombres ricos de su generación solían cerrar las casas de putas y tenían amantes fijas, queridas de las de antes, a las que les compraban un piso, y las mantenían, y todo eso. Ésa era la tradición, y además encaja con él, con su forma de comportarse, de actuar... Con su poderío. A él le gustaba exhibirlo, ya lo sabes, y no era religioso, ni tenía demasiados escrúpulos, y sin embargo... No sé. Por otro lado, era tan serio, tan perfecto a la vez...

—Ya, pero le gustaban mucho las mujeres —mi hermano asintió con la cabeza muy despacio, como si le costara trabajo darme la razón—. Acuérdate, hablaba de eso siempre que salía el tema, y los sábados por la noche, hasta jugaba con nosotros a ponerles nota a las bailarinas de la televisión.

—Sí, sí, eso es verdad. Yo no digo que no le gustaran, no es eso, pero... En fin, no sé qué decirte, es como si por otro lado no le pegara tanto, como si no le interesara complicarse la vida. Aunque nosotros le conocimos muy mayor, eso también, cuando nació Clara tenía casi cincuenta años, y a lo mejor ya estaba harto de todo. Pero supongo que, como mínimo, algo haría, ¿no? Todo el mundo tiene algún lío de vez en cuando. De todas formas, ya no lo sabremos. Papá, desde luego, nos daba cien vueltas. Era más listo que yo, que todos nosotros juntos. Si tenía amantes, que yo creo que no, estoy seguro de que nunca se habría dejado pillar.

—Vivo no.

—¿Qué quieres decir?

—Papá tomaba viagra, Julio.

Él se quedó todavía un instante sonriendo, como si no pudiera procesar deprisa lo que acababa de escuchar. Luego abrió la boca, levantó las cejas, se echó hacia delante y me miró a los ojos con los suyos muy abiertos.

—¿Papá? —preguntó—. ¿Viagra?

—Papá —confirmé—. Viagra.

—Joder —y se quedó mirando hacia un punto indefinido que estaba detrás de mí, como si necesitara darse tiempo a sí mismo para procesar despacio la noticia—. No

sigas por ahí, que va a empezar a caerme bien... ¿Cómo te has enterado?

Le conté la misma historia que le había contado a Adolfo y las consideraciones de nuestro cuñado sobre los riesgos del medicamento, el interés que nuestro padre había mostrado por él seis años antes, su opinión sobre las condiciones en las que estaba cuando sufrió el infarto definitivo.

—A él no le extraña —dije al final.

—A mí sí.

—A mí también —reconocí—, pero, a lo mejor, en un caso como éste no es lo mismo ser un hijo que un yerno. A lo mejor, Adolfo lo ve más claro que nosotros sólo porque está más lejos, porque tiene más distancia, una perspectiva mejor, más completa.

—Claro... —Julio me miraba, afirmando con la cabeza, muy despacio—, por eso estás tú tan histérico, porque estás pensando que...

—Claro —yo confirmé sus sospechas para que ninguno de los dos tuviéramos que pasar de ahí.

—¿Sabes lo que pasa, Álvaro, lo que me pasa a mí, por lo menos? Es como si papá hubiera sido varios hombres en lugar de uno solo, porque... No sé, cada vez que hablo con Rafa de él, y últimamente hablamos mucho, desde luego, nos acordamos de cosas muy distintas, a veces opuestas, contradictorias, como si no hubiéramos tenido el mismo padre... Vero dice que es normal, que eso es lo que pasa siempre que se muere alguien, pero yo no estoy de acuerdo con ella, yo estoy seguro de que si se hubiera muerto mamá, por ejemplo, nuestros recuerdos no discreparían, no tanto al menos...

—Pero Rafa siempre ha tenido una imagen deformada de papá —me atreví a decir—, casi infantil, ¿no? Para él es como Superman, su modelo, su ídolo, su héroe.

—Sí, eso es verdad. En eso tienes razón, pero no es sólo eso... —se quedó un rato pensando—. Aunque a lo mejor tiene que ver, no creas. Rafa nunca ha podido soportar que después de una vida entera haciendo méritos, el favorito de papá fueras tú, y no él.

—¿Yo? —y quizás, después de todo, nada de lo que había visto y oído en la última semana había llegado a asombrarme tanto como me asombraron esas palabras —. ¿Pero qué dices? Si yo nunca le hice caso, no estudié lo que quería que estudiara, me marché cuando quería que me quedara, me casé por lo civil...

—¿Y qué? —me interrumpió Julio—. Eso no tiene nada que ver. Me he pasado la vida oyéndole hablar de ti, Álvaro es igual que yo, Álvaro es el más listo, Álvaro es el único que no me da disgustos... Tú eras su favorito. Tú y las niñas, especialmente Angélica, que parece mentira, con lo seca que es, pero a él le gustaba más que Clara, no me preguntes por qué... A mí no me podía ver porque teníamos un carácter muy parecido, chocábamos mucho, pero era bastante recíproco, no creas, y además, yo

siempre he sido el niño bonito de mamá, así que me daba igual, y a Clara supongo que también, al fin y al cabo, pase lo que pase, ella siempre será la pequeña. Pero Rafa no lo lleva nada bien, en serio.

—No lo entiendo —protesté, para él y para mí al mismo tiempo—. La verdad es que no lo entiendo, y además, si quieres que te diga la verdad, nunca lo había notado, jamás en la vida se me habría ocurrido... —no encontré por dónde seguir, pero Julio concluyó por mí.

—¿Lo ves? ¿Ves por qué digo que lo que pasa con papá es muy raro?

—Pero de todas formas..., Rafa era su mano derecha, ¿no?, el que lo sabía todo, el que estaba más cerca de él...

En ese momento, mi perplejidad comenzó a quebrarse, a ceder a la presión de lo que un segundo antes parecía inverosímil y ya había empezado a encajar en los límites de lo razonable. Podía ver las grietas, las fisuras por donde penetraba la luz, un resplandor tenue al principio, luego hebras aisladas, delgadas, dudosas, que se iban ensanchando sin darme tiempo a recordar detalles concretos, fechas, palabras, imágenes, pero iluminaban con eficacia un escenario donde nunca había creído estar y que sin embargo me resultaba cada vez más cómodo, más familiar, hasta creíble.

A mi padre le gustaba bailar con mi hermana Angélica. Lo hacían tan bien que parecían una pareja de bailarines profesionales, pero sólo le había visto bailar con Clara una vez, en el banquete de su boda. Tu hermano Julio piensa con la polla, tu hermano Rafa ya me tiene harto... A mí nunca me había dicho nada parecido, tú eres más listo, Álvaro, vamos, creo yo, pero tampoco me había dado nunca indicios de su predilección y jamás habíamos llegado a instalarnos juntos en una intimidad aparte. No discutíamos, no nos peleábamos, y nos queríamos, eso sí, por supuesto, yo le quería, era mi padre, él me quería, era su hijo, habíamos llegado hasta ahí, ni un paso más, pero yo pensaba que con los otros, con su primogénito al menos, sería distinto, no se me había ocurrido pensar que mantuviera la misma distancia con todos sus hijos, me resistía a aceptarlo todavía.

—Y además... —por eso insistí de nuevo—. Rafa tenía negocios con papá, ¿no? Ya has oído a mamá, antes.

—¿Negocios? —Julio levantó las cejas y se echó a reír—. Lo que tenía Rafa con papá eran deudas, no negocios. Deudas, Álvaro, porque le pedía dinero cada dos por tres, pero continuamente, sin parar. Él no le daba ni la cuarta parte de lo que le pedía, y eso me parece bien, que conste, porque el otro se pasaba quince pueblos, pero al final... Ya se sabe, lo del cántaro, y la fuente, y todo eso —hizo una pausa y sonrió—. Mira, cuando mamá ha preguntado antes si no teníamos inconveniente, he estado a punto de intervenir. Porque lo va a seguir haciendo, ¿sabes? Seguro, y ahora más, porque con mamá es más fácil, ella es mucho más blanda que papá, y por mucho que haya heredado, por mucho dinero que tenga, intentará sacarle lo que pueda, lo sé, he

estado a punto de decirlo... Pero luego he pensado, ¿y a mí qué más me da? Si yo no gano nada jodiendo a Rafa, si no voy a ser más feliz por tener más dinero en el banco... ¿Tú le pediste dinero a papá alguna vez, Álvaro?

—No. Cuando compré la casa se me ocurrió, pero la hipoteca desgravaba y total, no sé. Todavía no me había casado, no tenía muchos gastos, tampoco hacía falta.

Asintió con la cabeza, se quedó un momento callado, me miró, se acabó la copa que estaba bebiendo, pidió otra con la mano y volvió a mirarme, como si estuviera meditando, a punto de tomar una decisión sobre algo que yo no podía valorar. Pero le conocía muy bien. Era mi hermano.

—¿Y tú?

—Yo le pedí dinero una vez —y la señaló, estirando el índice de la mano derecha, para que no hubiera dudas—. Una sola vez. Y no me lo quiso dar.

—¿Por qué? —insistí, y no lo hice tanto por mí como por él, que se había apagado de repente.

—Eso todavía no lo entiendo. O mejor dicho, prefiero no entenderlo —en ese momento le pusieron otra copa delante y la dejó medio vacía de un trago antes de seguir—. Pero te voy a decir una cosa. Papá era un hombre admirable, que se hizo a sí mismo desde la nada, sin la ayuda de nadie, vale, y era un hombre encantador, tan simpático, tan seductor, tan interesante, tan inteligente, vale también. Eso es lo que pensáis todos, lo que piensa todo el mundo, y es verdad, yo no digo que no. Pero papá era también un hombre muy duro, muy hijo de puta cuando quería. Y fíjate en lo que te estoy diciendo, porque yo no soy como tú, Álvaro, no pienso como tú, no hablo como tú. Y no estoy diciendo que fuera conservador, ni anticuado, ni puritano, ni reaccionario, sino hijo de puta, un hijo de puta auténtico.

—Verónica —recordé entonces en voz alta, porque nunca había podido olvidarlo.

—No —mi hermano negó con la cabeza—. O, mejor dicho, sí pero no. Ésa fue la primera putada, de todas formas, pero bueno, ésa se la perdoné, porque era un hombre mayor, que había vivido en un mundo muy distinto, tenía otro concepto de las cosas, no sé... Cuando le dije que iba a dejar a Asun, se extrañó mucho. ¿Es que os lleváis mal?, me preguntó, y le contesté que no, porque además era verdad, y lo sigue siendo, por cierto, yo con Asun siempre me he llevado muy bien, incluso ahora, nunca discutíamos, nunca nos peleábamos, pero bueno, ni la tercera parte que con Verónica, ¿qué digo?, ni la décima... —sonrió, me miró, y dijo algo asombroso con una naturalidad que me pareció envidiable—. Claro que Vero es el amor de mi vida y Asun no, y eso no es culpa de nadie. Eso fue lo primero que no entendió. No es eso, papá, le dije, es que me he enamorado de otra mujer... ¿Qué?, me preguntó, con una sonrisita que, de momento, me sentó como una patada en los cojones, la verdad. Que me he enamorado de otra, repetí, y entonces se echó a reír. Enamorado, enamorado, dijo, imitándome, menuda tontería, ¿y qué tendrá que ver eso con lo que estamos

hablando?

—Pero... —le interrumpí sin saber muy bien lo que iba a decir a continuación, pero él no me dejó seguir.

—Pero no, Álvaro. No te equivoques. A papá no le pareció mal que yo me hubiera liado con Verónica. Lo que le pareció una estupidez fue que dejara a Asun para irme a vivir con ella. Pero, bueno, eso lo encontré casi normal, por eso te he dicho antes que se lo perdoné... La otra vino después, y no se la he perdonado nunca.

Hizo una pausa larga, y me di cuenta de que no estaba cómodo, pero encontró a tiempo un camino por donde seguir.

—Yo puedo ser un mal marido, Álvaro, pero soy un buen padre. Soy un padre acojonante. Y no lo digo para ponerme medallas, no es ningún mérito, porque no me cuesta trabajo, ésa es la verdad... A mí me encantan mis hijos. Me gusta estar con ellos, necesito estar con ellos, me lo paso muy bien, me divierto mucho con los niños, y si no tengo más, es porque mi mujer no quiere, que por mí... Por eso nunca voy a ninguna parte los sábados, ni hago viajes de fin de semana salvo que me lleve conmigo a los cuatro. Vero lo sabe, a ella se lo advertí desde antes de empezar, desde el principio, cuando nuestra historia era todavía un adulterio de guía Michelin y hoteles de lujo. Mis hijos y yo vamos en el mismo paquete, lo siento, si te vienes a vivir conmigo, a partir de ahora sólo te puedo llevar a cenar a París los martes.

—Y aceptó, claro —dije, sonriendo.

—Sí, aceptó —él también sonrió—. Pero también acepta lo demás, y quiere mucho a los mellizos, eso era lo que más me preocupaba, en serio. Yo no habría podido vivir con ella si ella no hubiera querido a mis hijos. Y los sábados..., sobre todo ahora, porque Asun se ha echado un novio y de repente le sobran los niños, y me los deja muchos fines de semana enteros. Total, que a las nueve de la noche, todos recién bañados, con el pijama puesto y apestando a colonia de bote de tamaño familiar, nos sentamos los cinco en el sofá del salón, yo en el centro, los niños a mi izquierda y las niñas a mi derecha, y nos ponemos con dos pizzas delante a ver la película del Disney Channel, que no te puedes ni imaginar los bodrios que me trago...

—Claro que me lo imagino —protesté—. A ver si te crees que yo no me los trago.

—Pues eso. Lucía es la que más chilla, pero cuando se toma el biberón, se me queda frita en brazos, y entonces, Julia, que está mayorcísima, mucho más grande que su hermano, y muy guapa, y juega a que está enamorada de mí y a que somos novios, me apoya la cabeza en el hombro, me coge de la mano y vemos la película haciendo manitas. Luego, el que se duerme es Pablo, encima de Enrique, porque le adora, es su hermano mayor, a Julia no la tiene en cuenta, y él, que al fin y al cabo sólo tiene once años, y pelusa de la otra, que es su melliza y parece su madre, se me va acercando también, poco a poco, hasta que le paso por encima el brazo izquierdo. Así acabo de ver la película, con las cabezas de los mellizos encima de los hombros, Lucía en la

pierna derecha, Pablo medio atravesado sobre la izquierda, el cuerpo dormido de arriba abajo y Verónica en una butaca, porque nunca le dejamos sitio en el sofá, diciendo siempre lo mismo, parece mentira, Julio, el que te vea, no se lo cree. Y lleva razón, pero en ese momento soy el hombre más feliz del mundo, te lo juro...

—Yo sí te creo, Julio.

Le creía, lo había visto muchas veces, mi hermano, que no era sólo el hombre más golfo, más mujeriego que había conocido en mi vida, sino también un empresario implacable, no mucho más piadoso ni más escrupuloso que Rafa, cuidando de sus hijos, dándoles de comer, haciendo los deberes, jugando con ellos con una paciencia infinita, sin perder jamás los nervios, las fuerzas, las ganas de tirar otro penalti, el último, papá. Era un fenómeno asombroso pero indiscutible, y también conmovedor, al menos para mí, que tenía sólo un hijo y ni la mitad de resistencia que mi hermano, aunque eso me pegara tan poco como la abnegación paternal, quizás sería más exacto decir maternal, le pegaba a él.

—Entonces entenderás lo demás... Mira, cuando me separé de Asun, tuve muy claro que iba a intentar que nos siguiéramos llevando bien porque, a aquellas alturas de lo irremediable, eso era más que nada cuestión de dinero. Ella estaba mal, desde luego, y la culpa la tenía yo, eso también desde luego, pero por ese lado ya no había nada que hacer, así que cuando su abogada me dijo que había que valorar el sufrimiento de su clienta, yo le dije, vale, todo menos los niños. Yo la he jodido y ella me quiere joder a mí, muy bien, me parece justo, pero a los niños vamos a dejarlos al margen... Yo no quería ir a juicio, quería arreglarlo todo por las buenas, llegar hasta el juez con un convenio privado al que no le pudiera poner ninguna pega, y lo conseguí. Me costó lo mío, no creas, estuve negociando más de un mes, porque quería que ambos propusiéramos de mutuo acuerdo la custodia compartida y un régimen de visitas distinto del habitual. Quería dividir todos los fines de semana por la mitad en vez de quedarme con los mellizos en fines de semana alternos. Eso va a ser imposible, me dijo la abogada, ¡ah!, ¿sí?, dije, ¿cuánto? —y adoptó un acento diferente, achulado, como de galán de barrio en una comedia de televisión—. ¿Cuánto qué?, me preguntó. Que cuánto me va a costar que sea posible... Ella se me quedó mirando, como muy ofendida, no le entiendo, me dijo, claro que me entiendes, guapa, le contesté, yo también soy abogado, así que vamos a dejarnos de tonterías...

—No sabía nada de eso, Julio —le interrumpí, divertido por el tono de sus confidencias pero también conmovido por su naturaleza, la escarcha de aquel proceso que jamás había comentado, del que jamás se había quejado mientras miraba a Verónica como el más torpe de los dioses olímpicos—. Nunca me lo habías contado.

—No —sonrió—, ni a ti ni a nadie. ¿Para qué? Sobre todo porque al final me salí con la mía, aunque me costó quedarme en la ruina, eso sí... Asun, que a la hora de la verdad se portó muy bien, mucho mejor que su abogada, me dijo que no quería una

compensatoria todos los meses, sino una cantidad razonable por adelantado. Ya estaba pensando en poner la tienda y a mí eso me pareció estupendo, muy sensato, lo mejor para los dos y hasta para los niños. Total, que no firmé ni la mitad de lo que había empezado pidiendo ella, pero sí el doble de lo que había empezado ofreciendo yo, y eso que fui generoso desde el principio. Ella sabía que no podía ir más lejos, sabía cuánto dinero teníamos, pero a mí me dio igual, porque, ¿qué es el dinero, a ver?

Se me quedó mirando como si esperara de mí una buena respuesta y negué con la cabeza mientras la buscaba en vano.

—Pues yo qué sé... —arriesgué después de un rato—. ¿Poder?

—No —rechazó mi hipótesis con vehemencia—. Nada. El dinero, cuando no lo tienes puede serlo todo, pero cuando lo tienes no es nada, nada, ¿lo entiendes? No fabrica nada, no sirve para nada, sólo para gastarlo, para comprar cosas agradables, para conseguir placer, y a mí me iba a dar mucho más que eso. Yo tenía la suerte de tener un padre rico, ¿no? —entonces entendí lo que quería decir, y que tenía razón—, un padre que me regalaba todos los años un par de millones sin venir a cuento, un padre que se pasaba la vida prestándole dinero a mi hermano mayor para que lo invirtiera en la última gilipollez que se le hubiera ocurrido, hidroeléctricas portuguesas, gasolineras en la provincia de Toledo, participaciones en cementeras y cosas por el estilo, así que cuando llegamos a un acuerdo, firmé. Eran mis hijos, y firmé. Con el agua al cuello, pero firmé. Primero firmé, y luego me fui a ver a papá.

—Hombre, pues a lo mejor deberías haberlo hecho al revés —y me eché a reír, porque todavía no sabía de lo que estábamos hablando—. Si ibas a pedirle dinero...

—Ya, ya lo sé. Sé que tendría que haber hablado antes con él, que me vas a decir lo de siempre, que soy demasiado impulsivo, que no pienso las cosas, vale, tienes razón. Pero aquello era tan evidente, tan grave, estaba todo tan claro, que primero firmé y luego me fui a verle. Y se lo conté todo. Y cuando terminé, no abrió un cajón, no sacó un talonario, no se me quedó mirando y me preguntó, ¿cuánto necesitas, hijo mío?, que era lo que yo pensaba que iba a hacer. No. Cuando terminé, seguía recostado en su sillón, con los brazos cruzados. No te entiendo, Julio, me dijo. La verdad es que no te entiendo, hijo, no entiendo cómo has podido hacer una tontería semejante, arruinarte por los mellizos, ni que fueras una gallina... ¿Que te gustan los niños? Muy bien, pues ten más, ahora tienes una mujer muy joven.

Había hablado muy deprisa, sin sonreír, sin detenerse, parándose apenas para respirar, como si le angustiara recordar lo que me estaba contando, como si quisiera llegar pronto al final, a aquel bar donde estábamos los dos juntos, los dos solos, mucho más cerca de lo que habíamos estado nunca, y por fin me miró, levantó los ojos de la copa donde los había escondido para evocar su conversación con nuestro padre y me miró, me sonrió, y comprendí que él ya se encontraba a salvo, muy lejos

de todo aquello, pero no podía saber cómo me sentía yo mientras percibía el agujero perfecto, hueco, redondo, que el taladro de sus últimas palabras había abierto en el centro de mi cuerpo.

—No me jodas —le rogué, y sentí aquel vacío también en mi voz.

—Te lo juro —la suya era firme.

—No me jodas —repetí, como si me hubiera quedado atascado, incapaz de encontrar otras palabras con las que defenderme de aquella enormidad.

—Te lo juro, Álvaro —y volvió a mirarme, y volvió a sonreír—. Yo tampoco me lo podía creer. Te juro que en aquel momento no me lo creí. Nunca en mi vida me había sentido tan mal, tan humillado, y me quedé parado, clavado en la butaca, esperando a que pasara algo, a que se cayera el techo, a que se hundiera el suelo, a que me dijera que era una broma.

—¿Y qué pasó? —porque aquello no pudo acabar así, me animé a mí mismo, mi padre tuvo que rectificar, cambiar de actitud, hacer algo...

—Nada —pero mi hermano arruinó mis esperanzas muy deprisa—. No pasó nada, no me dijo nada más. Muy bien, dije en voz alta, y me guardé lo demás, para los negocios de Rafa sí, pero para mis hijos no. Muy bien, papá, repetí. Me levanté, me di la vuelta y me marché. A la mierda, me dije, para siempre. Mi mujer se había quedado con todo excepto con dos cosas, un jeep que nos acababan de entregar y que todavía estaba en el concesionario porque íbamos a ponerle un montón de extras, y un apartamento muy pequeño, en Miraflores de la Sierra, que habíamos comprado para alquilarlo en verano, una vez que a Asun le dio por invertir. Pues lo vendo, pensé, y vendo el jeep, y mientras tanto, pido un crédito, y mientras me lo tramitan, le pido a Rafa veinte mil duros porque no llego a fin de mes... Así estaba, y eso fue lo que hice. Eso, y hablar con mamá, que me llamaba a todas horas para decirme que estaba equivocado, que no había entendido a papá, que él estaba hecho polvo, que yo sabía de sobra cómo quería a mis hijos, que era imposible que me hubiera dicho lo que yo creía haber escuchado...

—Y seguramente era verdad, Julio —intercedí por mi padre sin ganas, una vez más, la última—. A lo mejor le pillaste en un mal momento, preocupado, deprimido, o incluso alarmado por algo, ¿no? Es posible que hubiera tenido algún revés en los negocios o que pensara que no podía hacer por ti más que por los demás... —entonces me di cuenta de que estaba diciendo tonterías, pero seguí adelante, por encima de la paciente expresión de mi hermano—. Era un hombre muy mayor, y Verónica no le gustaba, y por eso... Yo qué sé... Es que me cuesta trabajo creer que... No lo sé.

—Yo sí —la sonrisa de Julio no había cedido un milímetro, sus convicciones tampoco—. Yo sí sé lo que dijo y cómo me lo dijo, Álvaro. Lo tenía a la misma distancia a la que te tengo a ti ahora. Y no cedí. Aquel sábado no fui a La Moraleja. Era una putada para los mellizos, desde luego, porque, después de la separación, dejar

de ver a sus primos, a sus tíos, a sus abuelos... Era una putada, pero no fui. Y la semana siguiente llamé a mamá, voy a llevar a los niños al circo, le dije, ¿quieres que te saque una entrada?, así los ves... Faltaba muy poco para Navidad y se me echó a llorar por teléfono, y luego, el sábado, siguió llorando, me rogó, me suplicó... Pero yo no podía ceder, Álvaro. Soy demasiado orgulloso y aquello había sido muy gordo, demasiado gordo.

—Y sin embargo... —pensé en mi padre, en mi hermano, en mi familia reunida alrededor de él en su enfermedad, en su agonía, en su muerte—. Al final se arregló todo, ¿no?

—Sí, pero porque al final fue él quien vino a verme. El lunes después del circo entró en mi despacho, se sentó delante de mí y me puso encima de la mesa un talón conformado por el doble de la cantidad que le había pedido. Y luego dijo algo que me impresionó mucho más. Perdóname, hijo, y no me humilles, eso me dijo, no me humilles más. Era muy listo. Había elegido muy bien las palabras, porque si me lo hubiera dicho de otra manera quizás no le habría perdonado, no habría podido, pero eligió ese verbo, me pidió que no le humillara más, y yo le conocía, sabía cómo era, tan orgulloso como yo, quizás más todavía, y le miré, y le vi tan mayor, tan derrotado mientras me pedía perdón, mientras me pedía que no le humillara... Yo le quería, Álvaro, ¿cómo no le iba a querer? Era mi padre. Así que me levanté, y le di un abrazo, y fue como si nunca hubiera pasado nada. Vendí el apartamento, vendí el jeep, me mudé a un piso de alquiler y le devolví el dinero en un par de años. Nunca volvimos a hablar del tema, pero no se me ha olvidado. No se me olvidará nunca. Por eso creo que lo que pasa con papá es muy raro. Y si quieres que sea sincero contigo, yo no sé muy bien qué clase de hombre era en realidad.

Apuró la última copa, pidió la cuenta, y busqué en vano algo más que decir.

—Ni lo sé —pero mi hermano lo encontró antes que yo—, ni me importa.

El 24 de junio de 1941 hacía calor, un calor seco, africano e impío, capaz de levantar un espejismo acuático a ras de las aceras. Eran las doce de la mañana y ya se presentía el largo tormento de otro día sin final, la crueldad del sol prolongándose más allá del atardecer para afirmar su supremacía en una noche eterna de sudor y moscas, las sábanas calientes, tenaces como mordazas, y el sueño ausente en la blancura implacable de los sentidos embotados, abocados a percibir sólo calor. Eran las doce de la mañana y Madrid una precoz promesa del infierno, pero Julio Carrión González se cambió de ropa igual, antes de salir a la calle.

—Mira que eres tonto, chaval...

Su jefe, que era el dueño del local y se estaba hartando de ganar dinero, meneó la cabeza con una expresión de ironía paternal cuando le vio aparecer limpio y recién peinado, con los pantalones y la camisa con los que había aparecido por el taller aquella mañana. El señor Turégano había ido a trabajar con lo que él llamaba su mono de verano, un par de tallas más grande que el que usaba en invierno, para que circule el aire, decía, y no le importaba que le vieran así, vestido de lona azul, con el nombre de su garaje bordado en el lado izquierdo, la cremallera abierta hasta el borde del ombligo. Porque eres el jefe, no te jode, pensó Julio al escucharle, pero no dijo nada. No le interesaba llevarse mal con aquel hombre, y no sólo porque le pagara un sueldo todas las semanas. También le convenía su extraño concepto del trabajo y la pereza, esa obsesión por supervisarlo todo sin ausentarse del garaje ni un segundo, que permitía a su empleado favorito escapar del foso sucio, grasiento y maloliente donde le cambiaba el aceite a los coches, para dar una vuelta por el centro de la ciudad de vez en cuando. Y a Julio sí le importaba que le vieran con el mono lleno de manchas, más negro que azul y brillante de porquería, aunque en aquel barrio no le conociera nadie, ninguno de esos señores bien vestidos que llevaban del brazo a aquellas señoras elegantes que pisaban con tanta fuerza como si pretendieran romper con sus tacones las aceras de la calle Alcalá o de la Gran Vía. A veces era como si las rompieran de verdad, él lo había visto, había sentido el suelo temblando bajo sus pies, se había apartado para dejarlas pasar y se había quedado mirándolas, apostando consigo mismo a que ésta sí se iba a volver para devolverle la mirada. Ninguna lo había hecho nunca, pero algún día, pensaba él, alguna se volvería, y no iba a verle con el mono de mecánico que llevaba en el garaje, ni que estuviera loco, vamos. Por eso, porque confiaba en su ambición más que en su suerte, siempre que el jefe le mandaba a hacer algún recado, se cambiaba de ropa antes de salir.

—Con el calor que hace ahí fuera, Julio, ya tienes ganas de sudar, hijo...

Era verdad que el garaje, instalado en el sótano de un edificio antiguo y sólido que había salido indemne de los bombardeos, era fresco y oscuro como una cueva, pero también olía mal, y estaba sucio, y sobre todo aparte de la vida verdadera, la verdad de las calles elegantes y los escaparates lujosos, de las mujeres guapas y el

dinero, como si la rampa que lo separaba de la calle de la Montera fuera mucho más que una cuesta de pocos metros, toda una frontera simbólica entre lo que Julio Carrión poseía y lo que deseaba. Y él no era el único que experimentaba la sórdida ilusión de aquel destierro. Mientras el jefe le explicaba lo que tenía que hacer esa mañana, Julio sentía en la nuca la envidia de sus compañeros, los tres mayores que él, los tres más antiguos en el trabajo, ninguno capaz de disputarle en cambio la predilección del señor Turégano, que un año antes, cuando en Madrid nadie se fiaba de nadie, le había contratado sin conocerle de nada.

Busco trabajo, señor, le había dicho él, lo que sea, cualquier cosa... ¿Cuántos años tienes, hijo?, le había preguntado aquel hombre mayor, calvo y regordete, que tenía más de cincuenta, tres hijas y el secreto disgusto de no haber tenido también un varón. Dieciocho, señor, y sonrió como él sabía sonreír, con los ojos y los labios a la vez, enseñando sus dientes regulares, blanquísimos. Pues el caso es que no necesito a nadie, pero..., y el patrón vaciló, ¿de dónde eres? Julio tomó aire y le contó algunas mentiras y algunas verdades, de Torrelodones, pero me vine a Madrid con mi padre antes de la guerra, una de esas casualidades, ya sabe, mi madre estaba enferma, tuberculosis ósea, la trataban aquí, el 18 de julio la pilló en el hospital, y luego, entre unas cosas y otras... Total, que ellos se volvieron al pueblo el año pasado, lo recuperaron todo, la casa, las tierras, mi padre es un hombre muy religioso, muy amigo del párroco, todo el mundo lo conoce, pero a mí... Yo ya he vivido aquí antes, señor, yo ya he probado esto, con guerra, y con hambre, y con todo, pero lo he probado y no me gustan las ovejas, ésa es la verdad. Aquel hombre se echó a reír, yo soy de un pueblo de Segovia, le dijo, y tampoco me gustan.

En ese momento, Julio Carrión González supo que había tenido suerte, lo supo antes de que al señor Turégano se le pasara por la cabeza la idea de contratarle, le había pasado muchas veces, otros nacían ricos, guapos, genios, príncipes, él había nacido simpático y lo sabía, y había aprendido a explotar ese don, yo en realidad lo que quiero es ser mago, añadió, mago profesional, ¿sabe?, me sé un montón de trucos... A verlos, dijo el patrón, y los vio, el de las monedas, el de los pañuelos, los de la baraja. Eres muy bueno, le dijo al final, sí que lo soy, admitió él sin arrogancia, pero no puedo vivir de esto, todavía no, necesito un trabajo, lo que sea, para empezar, y luego... No puedo ofrecerte mucho, claudicó sin demasiada resistencia el señor Turégano, no me importa, aceptó Julio, cualquier cosa me parecerá bien, pero antes de que el dueño del garaje concretara una oferta, le contó el chiste de los mejicanos y el perrazo, esmerándose al imitar las voces, y le vio llorar de risa. Desde entonces, Julio Carrión no sólo trabajaba en aquel garaje de la calle de la Montera. También era el hombre de confianza de su jefe, que le encargaba toda clase de tareas alternativas a su propio trabajo, algunas tan agradables como ir a recoger, y luego a devolver, los coches de los clientes que no tenían tiempo para pasar por el taller o acompañar a

alguna de sus hijas al cine, y le daba una buena propina después, toma, decía, para que te tomes una caña a mi salud, como si ninguno de los dos supiera cuánto costaba una caña.

—Mira —le dijo aquella mañana—, te vas al banco, hablas con Gutiérrez, me ingresas estos dos cheques, recoges el comprobante del ingreso, que no se te olvide, y me traes cambio de doscientas... Aquí están.

—Muy bien —contestó él—. ¿Quiere que le traiga también unas cervezas?

—Sí, a ver si las encuentras heladas, pero heladas, ¿eh? Tráete seis, y vuelve por la sombra, para que no se calienten. Anda, vete ya y que no te pase nada.

Antes de empezar a subir la rampa, Julio miró a Paquito, el compañero que tenía más cerca, y le guiñó un ojo para recibir a cambio una sonrisa apaciguada y sincera. Los dos sabían que de las seis cervezas, les tocaría al menos una por barba, y que sería mérito de Julio haberlas conseguido. Así se haría perdonar entre sus compañeros el privilegio de estar casi una hora en la calle, entre el camino de ida, el de vuelta, la cola del banco y la lentitud a la que trabajaba Gutiérrez, le diría al señor Turégano, qué barbaridad, qué hombre más tonto, e imitaría los gestos más obsequiosos del cajero, su manera de frotarse las manos, su sonrisa de conejo y esa manía de estar siempre subiéndose las gafas con el índice de la mano derecha, para que el jefe se partiera de risa antes de acordarse de mirar el reloj.

Era verdad que fuera hacía calor. El aire estaba tan caliente como si la ciudad entera se hubiera convertido en un gigantesco vagón de metro y el sol hacía daño en la cabeza, de tanto como quemaba, pero Julio sonrió y miró a su alrededor como si sólo en la calle se respirara la vida. Cuando llegó a la Red de San Luis, se paró delante de un escaparate, se despeinó el mechón que le gustaba llevar colgando en un bucle sobre la frente, se desabrochó dos botones de la camisa, se la arremangó, se subió el cuello por detrás, y se colgó un pitillo del labio inferior hasta conseguir el aspecto achulado y un poco canalla con el que más seguro se sentía. Había pensado en lucirse un poco, bajar por la Gran Vía poniéndole ojitos a las camareras de las terrazas, pero antes de llegar a la esquina escuchó los primeros gritos y distinguió una marea de camisas azules contenida entre las dos aceras,

—Qué mala suerte, joder —murmuró entre dientes, mientras se daba la vuelta con una lentitud calculada para que su cambio de rumbo no pareciera una huida—, con lo bien que se estaba poniendo el día...

Titubeó un momento antes de desechar Caballero de Gracia y alejarse un poco más para escoger Jardines, una calle oscura y despoblada, como un paréntesis de calma, o de desolación, en el abigarrado corazón del bullicio. Qué mala suerte, repitió para sí mismo mientras recorría la acera desierta, rechazando con un movimiento de cabeza la oferta de un par de putas madrugadoras de las de toda la vida, que se escondían dentro de los portales para acechar a los clientes a quienes antes abordaban

en plena calle, una tradición castiza que no cabía, pese a su raigambre, en el tradicionalismo del nuevo régimen. En aquella época, todo el mundo sabía lo que significaba en España el verbo caber. Lo sabían las putas, que habían aprendido a exhibir su cuerpo sin enseñar la cara, por si tenían que salir corriendo para intentar escapar por la azotea, y lo sabía Julio Carrión, que aquella misma mañana había vuelto a ver a Mari Carmen, la hija del Peluca, al salir de su pensión, a las ocho menos veinte.

Ahí está, había pensado al verla, hay que joderse, y se había vuelto a meter en el portal, igual que una puta callejera, para que ella al menos siguiera su camino sin descubrirle. Oculto tras la hoja de la puerta, la vio pasar, con cara de sueño y las piernas despiertas, preciosas, magníficas. Las piernas de Mari Carmen Ortega habían sido el primer monumento que Julio Carrión González admiró al llegar a Madrid, aquella tarde de junio de 1937 en la que su padre le iba arreando por el laberinto de la ciudad inmensa y desconocida como si fuera el perro que llevaba consigo para pastorear a las ovejas.

—Julio, anda, venga, rápido, que estás atontado, por aquí, sígueme...

El camión que los había traído desde Torrelodones los dejó en la calle Mayor, pero él había hecho el viaje en la trasera, rodeado de sacos y cajas de munición, y no había podido ver nada, casi nada, retazos fugaces de edificios muy grandes, algunos en ruinas, otros no, vigas de madera apuntalando las fachadas, agujeros en el suelo y gente, mucha gente, tanta como él no había visto junta en su vida, gente que andaba deprisa, como si llegara tarde a alguna parte, las mujeres con cestas, los hombres con uniformes militares de media docena de estilos distintos, los niños a su aire, disparando con palos, con tablones, con el listón suelto de alguna persiana, corriendo y persiguiéndose entre sí como si la otra guerra, la de verdad, no fuera con ellos.

—Gracias, teniente —cuando salió de allí, su padre ya estaba despidiéndose del hombre que seguía sentado al lado del conductor.

—De nada, Benigno —y miró a Julio con cara de pena, la misma cara con la que le había mirado el día anterior, antes de revolverle el pelo con la mano mientras le decía, pues entonces hasta mañana, chaval—. ¿Tiene usted a donde ir?

—Sí, voy a intentar quedarme en la pensión de una mujer de mi pueblo, en la calle de la Sal. Su hermana me ha asegurado que sigue abierta, que no se ha marchado, vamos a ver...

El teniente, que era muy joven, se despidió de los dos cuando Julio ya estaba cargado hasta arriba de bultos, una maleta en la mano izquierda, otra en la derecha, un lío de ropa envuelto en una colcha atravesado en bandolera y la jaula del periquito, el maldito periquito de su padre, enganchada en un meñique. Él no iba menos cargado, pero conocía el camino, y lo recorría con un vigor que su hijo no había visto nunca, una energía que no era más que rabia inútil, pero devolvía la tiesura a su

cuerpo y la fuerza a sus piernas mientras atravesaban la plaza Mayor a un ritmo furioso, constante, que Julio no podía seguir sin tropezarse.

—Aquí es —le dijo delante de un portal, sin mirarle, mirando en todas las direcciones excepto en la de sus ojos, como si pudiera distinguir de un simple vistazo los rostros de todos los hombres, todas las mujeres que andaban en aquel instante por la ciudad, está usted loco, padre, pensó el hijo, pero se guardó para sí su pensamiento —. Ahora hay que subir hasta el tercero.

La dueña de la pensión les saludó cómo si les estuviera esperando, y Julio la reconoció al verla, pero el recuerdo de un viaje más feliz no le afectó tanto como la compasión de aquella mujer, que se atrevió a mirarle con una expresión parecida a la que había visto apenas diez minutos antes en el rostro del teniente, a él, Julio Carrión González, que a los quince años ya no soportaba la lástima de nadie.

—Ya me ha contado mi hermana, Benigno, pero... ¿qué vas a hacer, hombre?

—Voy a hacer lo que tenga que hacer —respondió el padre de Julio, rechazando la ayuda de su paisana, que se conformó con liberar al chico del hato de ropa y la jaula del pájaro.

—Pero esto es una locura —insistió ella—, Madrid entero es una locura, no vas a conseguir nada, no tenemos nada, ni comida, ni calma, ni la seguridad de estar vivos mañana por la mañana... Los tenemos ahí —y señaló con la mano hacia el salón de su propia casa—, ahí enfrente. Todo el mundo se marcha, ¿y ahora vienes tú? ¿Para qué? Si ella se habrá marchado también, ¿qué te crees? Hambre, ruinas y bombardeos, eso es lo que hay, eso es lo único que vas a encontrar. Vuélvete al pueblo, Benigno, hazme caso. Hazlo por el chico.

—Vamos a ver, Pilar, ¿tienes una habitación libre o no? —ella asintió con la cabeza, acobardada por el tono del recién llegado, que la miraba echando chispas por los ojos—. Pues cállate, dame la llave y déjame en paz.

Lo sabe, pensó Julio al escucharla, lo sabe, ha dicho que se lo contó su hermana, se enteraría el mismo día que yo, la tía puta... La pensión estaba en un piso grande y destartalado, muy limpio pero con pocos muebles, aunque en las paredes se veía el cerco sucio, oscurecido, de los que habían tenido que quemar el invierno anterior para calentarse. Doña Pilar no les había engañado. En Madrid tampoco había carbón, ni leña, pero eso Julio no lo aprendería hasta que volviera el frío, cuando su padre y él se hubieran quedado como los únicos huéspedes de la pensión y su dueña tuviera tanta pena de sí misma, del hijo que le habían matado en el frente y del otro, preso en Huelva, que no le quedara ya ni una gota de lástima que derramar sobre ellos. Pero aquella cálida tarde de junio del 37, Madrid todavía era la tumba del fascismo, y sus habitantes los orgullosos héroes que se bastaban solos para compartir hambre, ruinas, bombardeos y lo que venga, y para compadecer de paso a un pobre hombre de pueblo que se había vuelto loco en el peor momento para enloquecer. Y lo sabían, mientras

seguía a su padre por el pasillo, mientras le veía abrir la puerta, y dejar las maletas en el suelo, y sentarse en la cama, y quitarse la gorra, y frotarse la frente con dedos temblorosos, y arrepentirse enseguida, levantando la cabeza para mirarle con un gesto furioso de desesperación, Julio sólo podía pensar que lo sabían, que todos lo sabían, el teniente, la patrona, la gente a la que habían visto por la calle y la que se había quedado atrás, en el pueblo, todos sabían que su madre se había marchado, que los había dejado, que los había abandonado para largarse a Madrid con el maestro de Las Rozas.

—¿Qué vamos a hacer ahora, padre?

—De momento, deshacer las maletas —le contestó—. Luego... Tengo que pensarlo.

Julio nunca había querido mucho a su padre. Le tenía miedo, más que respeto, y él parecía agradecer la distancia que marcaba ese temor. Cuando nació su primogénito, Benigno Carrión ya era un hombre mayor, con edad de sobra para haber sido el padre de su segunda mujer, Teresa, a la que había conocido poco después de enviudar de la primera. A Julio le inquietaba mucho la idea de que su padre hubiera tenido otra mujer antes de casarse con su madre, y miraba a escondidas sus retratos, y sobre todo la foto de aquella boda, esa señora vestida de encaje negro, con el pelo negro y los ojos negros y mantilla negra, que parecía un cuervo a punto de zamparse al jovencito de labios entreabiertos y mirada perdida en el que le costaba trabajo reconocer a su propio padre. Benigno nunca había descubierto la extraña atracción que aquellas fotos viejas ejercían sobre su hijo, pero su mujer le había pillado una vez.

—¡Ay, Julio, deja eso, anda! —le arrebató las fotos con delicadeza, las devolvió a su sobre de papel manila, y las escondió debajo de la ropa, en el cajón donde el niño las había encontrado—. A ver si tu padre se va a enfadar...

Y no pasó nada más. Con su madre nunca pasaba nada más. No es que no le regañara, que no le castigara, porque sí lo hacía, y a veces hasta le mandaba a la cama sin cenar y se pasaba un día entero sin hablarle, pero jamás le chillaba, ni le humillaba, ni le pegaba para hacerle daño. Y sin embargo, estaba siempre pendiente de él, de que hiciera los deberes, de que no faltara a la escuela, de que aprendiera bien las lecciones, de enseñarle francés. Teresa González era hija de maestros y había empezado a estudiar Magisterio ella también. Lo habría acabado si su madre no hubiera muerto de repente y su padre enfermado, de pena, decía ella, poco después, antes de viajar a Torrelodones para asumir el que sería su último destino. Ella, su hija menor y la única soltera, se fue con él allí, para cuidarle y echarle una mano con sus alumnos, y así conoció a Benigno Carrión, que estaba todas las tardes, sin faltar una, en la puerta de la escuela, aunque no tuviera ningún hijo, ni siquiera un sobrino al que recoger. Iba hasta allí sólo para mirarla, y su padre se dio cuenta antes que ella.

Ay, quita, papá, por favor, dijo cuando se lo comentó, haciendo aspavientos con las manos delante de la cara como si pudiera disolver esa noticia en el viento, si es un viejo, y un carca, y un meapilas, que está todo el día jugando al dominó con el párroco y el sacristán... Pero es un buen hombre, objetó don Julio, que daba por sentada la obviedad de su republicanismo al definirse a sí mismo como modesto librepensador, aclarando a continuación que lo de la modestia había que aplicarlo a la escasez de sus conocimientos, no a la firmeza de sus principios. ¡Ah!, ¿sí?, ¿y cómo lo sabes?, se extrañó su hija. Porque siempre que voy al café deja la partida, y al párroco, y al sacristán, y se sienta a mi lado para darme conversación, y antes o después acabamos hablando de ti, de lo guapa que eres, de lo buena que pareces, y de lo mucho que podría llegar a quererte. ¡Vaya!, concluyó Teresa, y yo sin enterarme...

Al día siguiente, cuando salió de la escuela y se lo encontró allí, de pie, con la boina en la mano, lo miró con más atención de la que le había dedicado nunca, y le pareció muy mayor, eso de entrada, pero también muy fuerte para su edad. Era un hombre corpulento, grande, todo lo contrario de los galanes esbeltos y delicados que la enamoraban desde las pantallas de los cines, pero bueno para refugiarse, para protegerse, para buscar calor en las noches de helada. Nada más, se dijo Teresa, nada más. No era feo pero tampoco guapo, aunque de joven, sin canas, habría sido atractivo, con la cara tan cuadrada y los ojos muy negros, centelleantes, la nariz afilada, decidida, la boca en cambio sorprendentemente blanda, de labios anchos, gruesos. No le gustaba, pero empezó a mirarle de otra manera, no pudo evitarlo desde que afrontó su mirada densa, oscura, cargada de deseo y de melancolía.

Una tarde él se atrevió a acercarse, y les acompañó hasta su casa. Aquella osadía se convirtió en costumbre, y la costumbre en merienda, y así, todas las tardes, cuando se sentaba con él y con su padre a tomar chocolate, Teresa sentía el amor de aquel hombre callado, hasta torpe, que encontraba dentro de sí mismo una imprevista fibra de elocuencia para hablarle con una dulzura rigurosa y caliente cada vez que don Julio les dejaba solos, cada vez más veces, cada vez más tiempo. Yo te adoro, Teresa, te adoro, te quiero más que a ninguna otra cosa en este mundo, más que a Dios, más que mí mismo. Y ella, que leía mucho, poesía y también novelas, y que lloraba sin falta la muerte de Fortunata cada vez que la encontraba agonizando en su buhardilla, y la de Anna bella y desdichada cuando el tren le pasaba por encima, y la que Heathcliff padecía en vida cada vez que el fantasma de Catalina llamaba a su ventana, y cantaba muy bien, canciones tristes de amores desiguales, desgarrados, la florista y el marqués, y más trenes, más buhardillas, más fantasmas, más dolor, y tocaba a Schubert y a Chopin, muy mal, en un piano barato y poco afinado, hasta que vinieron unos hombres a llevárselo sin que su padre se hubiera atrevido a contarle que ya no podía seguir pagando el alquiler, se estremecía al escuchar aquellas palabras que habría deseado escuchar de otros labios más jóvenes, más libres, más parecidos a los

suyos. Y sin embargo, se casó con él, sin querer pensar que nunca lo habría hecho si su padre no hubiera muerto tan pronto, dejándole por toda herencia una treintena de libros, su estilográfica y dos cepillos de plata que habían sido de su madre.

La adoración perpetua apenas sobrevivió a la boda, pero la decepción de la recién casada no llegó a bordear siquiera los límites de la infelicidad. Durante muchos años, y ella no había cumplido aún los veintiuno cuando se convirtió en la mujer de Benigno Carrión, Teresa estuvo conforme con su vida. Su marido era un buen hombre, muy trabajador, autoritario, pero también respetuoso a su manera, que la quería y confiaba en ella. Vivían bien, sin ningún lujo pero con más holgura de la que nunca había conocido la hija del maestro, y desde que nació su primogénito, que se llamó Julio en memoria de su abuelo, con una criada que se ocupaba de las tareas más pesadas de la casa. Teresa se sentía un poco culpable por eso, porque aunque ella también trabajaba mucho, y se ocupaba del huerto, y de las gallinas, su marido no tenía a nadie que le ayudara con las ovejas, y se levantaba de noche, y de noche volvía a casa, y eso, pensaba ella, justificaba su cansancio y compensaba su falta de ternura, la indiferencia por los hijos y la extinción de la elocuencia, el ejercicio callado y seco de un amor mezquino, que se conformaba con su pequeñez y el sexo domesticado, canónico, de algunas noches de sábado en las que a ninguno de los dos se les ocurría quitarse la ropa antes de empezar.

Durante muchos años, Teresa estuvo conforme con su vida, pero había nacido con el siglo, aún no había cumplido los veintiuno cuando se casó con Benigno, y nadie, ni siquiera él, fue responsable de lo que ella vivió como su despertar a la vida verdadera y su marido como la perdición de los dos. Nadie pudo evitar que pasaran los años ni que fueran aquellos, heroicos, intensos, decisivos, en los que algunos días valieron el precio de una vida entera. No fue culpa de nadie que amaneciera aquella mañana de noviembre de 1933 en la que Teresa González se metió en su dormitorio después de poner sobre la mesa el desayuno de su familia para aparecer poco después vestida de domingo, como cuando todavía iba a misa por complacer a su marido, antes de la campaña electoral.

—¿Adónde vas, Teresa, tan temprano? —le preguntó Benigno, aunque lo sabía de sobra.

—A votar —contestó ella, y besó a su hijo, luego a su hija, y pasó de largo por la cabecera.

—¿A votar? —él apretó los puños, y los dientes, pero no logró controlar del todo su indignación—. Eso será si yo te doy permiso.

—No necesito tu permiso —Teresa terminó de colocarse el sombrero, empuñó el picaporte de la puerta, se volvió hacia ellos y Julio pensó que nunca había estado tan guapa como en aquel momento—. Tengo derecho a votar, y voy a ejercerlo.

—¿Y a quién vas a votar, si puede saberse?

—A quien me dé la gana. No tengo por qué decírtelo, eso también lo sabes.

El ruido del portazo se solapó con el estrépito del cristal y de la loza, tazones y platos que Benigno hizo añicos contra el suelo sin atender al llanto de su hija, su hijo callado, conteniendo la respiración, como había aprendido a hacer en los dos últimos meses, desde aquella tarde de octubre en la que todo empezó a venirse abajo.

—No seas tan soberbio, Julio —su madre estaba sentada a su lado, en la mesa de la cocina, ayudándole con los deberes de matemáticas—, no hay nada peor que un ignorante soberbio, y tú eres un niño muy listo de once años, o sea, que no lo sabes todo, te quedan muchas cosas por aprender, deja que te enseñe cómo se hacen...

—Pero si ya sé —protestó él, con más orgullo que convicción.

—No, no sabes, porque no te salen bien, ¿o es que no lo ves? Y si no aprendes ahora, no sabrás hacerlas nunca.

En ese momento, su padre asomó la cabeza por la puerta de la cocina, como todas las tardes, pero en lugar de volver a cerrarla, se acercó a la mesa y se sentó con ellos.

—Teresa...

—Ahora no, Benigno —pero sonrió a su marido, y le besó en la mejilla antes de volver a volcarse encima del cuaderno—. Espera un momento, ya estamos terminando.

Aquella tarde, Julio Carrión González aprendió a hacer raíces cuadradas y algo más, que no fue capaz de entender mientras se afanaba sobre las cuentas que ya no volverían a salirle mal en el cuaderno, ni bien del todo en lo que le quedaba de infancia.

—Mira, Teresa —dijo su padre por fin—, vengo de hablar con don Pedro y a él se le ha ocurrido... Tú ya sabes que las elecciones del mes que viene son muy importantes...

—Importantísimas —y en los labios de su mujer, aquel signo de conformidad sonó a desafío.

—Bueno, pues hemos pensado... Como ahora resulta que vais a votar las mujeres... Se le ha ocurrido a él, al párroco, no creas, y yo no le he prometido nada, pero a mí me gustaría... —Julio miró a su padre con el rabillo del ojo y le pareció que nunca le había visto tan nervioso, ni tan pequeño frente a la majestuosa serenidad que iba impregnando la rigidez de su madre, la espalda erguida contra el respaldo de la silla, las manos cruzadas sobre la mesa, la barbilla bien alta mientras le escuchaba—. No se trata de hacer campaña, no es eso, pero si tú quisieras... Tú le caes bien a todo el mundo, Teresa, las mujeres del pueblo te admiran, te quieren mucho, y ellas son muy beatas, ya lo sabes, eso no es culpa de los curas, ni de nadie... Y, en fin, si tú quisieras hablar con ellas, para contarles quién las defiende... Ya sé que tú no eres religiosa, pero estarás a favor de su derecho a serlo, ¿no?, siempre estás a favor de los derechos de todo el mundo, y yo...

—No me puedo creer lo que estoy oyendo, Benigno —y Teresa González pasó el brazo derecho por encima de los hombros de su hijo, como si necesitara impulso para elevarse hasta las alturas desde las que miraría a su marido a partir de aquella tarde.

—Yo te lo agradecería mucho, Teresa.

—No me lo puedo creer, te lo digo en serio. Que tú me estés pidiendo a mí que haga campaña para la CEDA...

—No es eso.

—¡Claro que es eso! —y se levantó de golpe, la silla cayó a sus espaldas y no se volvió para recogerla—. ¿Qué te crees, que soy tonta? Pues no soy tonta, Benigno, soy más lista que tú y tu párroco juntos, para que te enteres. Y tú deberías saberlo, porque me conoces muy bien, sabes muy bien quién soy yo, y quién era mi padre. Y no voy a hacer nada que le obligue a levantarse de su tumba para maldecirme.

—¡Tú harás lo que yo te diga! —la voz de su marido se elevó con una autoridad que contrajo los hombros de su hijo.

—¡No! —pero esta vez ella gritó más fuerte—. ¡No! ¿Me oyes? ¡No! Eso te sirve para cuando se me queda la cena fría o se me olvida darle de comer a las gallinas, pero para esto no. No, Benigno, no. Antes me voy de esta casa, que lo sepas.

Julio Carrión nunca había querido mucho a su padre, pero a partir de aquel día lo quiso más y menos que antes, porque descubrió su debilidad, su incapacidad para imponer su voluntad en su propia familia, y las raíces de su impotencia, que no era más que miedo, miedo a que su mujer hablara, contara, explicara por ahí, en el mercado, en las tiendas, en la Casa del Pueblo que frecuentaba cada vez más a menudo, lo que sucedía en su casa, ahora que había divorcio, ahora que las mujeres votaban, ahora que el mundo se estaba volviendo del revés, maldito fuera.

Es usted un calzonazos, padre, pensaba Julio, y sentía crecer dentro de sí un desprecio que se teñía de una vaga solidaridad, sin llegar a confundirse con la ternura, cuando le veía callar, tragar, aguantarse las ganas de gritar, de llorar, de estrellar la cabeza contra la pared cada vez que su mujer salía de casa dando un portazo. Y todo para que no se supiera, para que en el casino no se comentara, para que su mujer no le abandonara, y ni siquiera por ella, sino por los demás, por el párroco, por el sacristán, por los conocidos que le saludaban por la calle con un respeto al que no estaba dispuesto a renunciar por nada del mundo. La honra, decía, mi honra, cuando discutía a gritos con Teresa en la cocina. ¿Tu honra?, se reía ella, por eso no te preocupes, Benigno, yo no me acuesto con nadie, pero con nadie, ¿me oyes?, con nadie, ya lo sabes tú de sobra, y a su hijo le dolía su ironía, su flamante sarcasmo de mujer que no necesitaba nada, que no necesitaba a nadie, ni honra, ni marido, ni siquiera la sombra de un hombre a su lado. No es usted más que un calzonazos, padre, pensaba Julio, mientras se daba cuenta de que también quería a su madre más y menos que antes, más porque era imposible no quererla, menos porque ahora era ella la que le daba

miedo.

Julio no sabía explicar lo que le estaba pasando a Teresa, no conocía las palabras justas para definir su transformación, una metamorfosis antinatural, un crecimiento inverso, prodigioso, imposible, como si el tiempo pasara al revés por su rostro, por su cuerpo, por su espíritu. Eso no bastaba para explicarlo todo, pero era bastante, porque Julio recordaba a su madre de antes, una mujer mayor para un niño tan pequeño como era él entonces, una señora bien vestida, bien peinada, de movimientos lentos y cuerpo pesado, algo más que redondo, que siempre estaba cansada y llevaba la cabeza cubierta cuando iba a buscarle a la escuela, y resoplaba al sentarse en una silla al volver a casa, mientras esperaba a que llegara su marido para servir la cena. Esa señora había desaparecido, se había evaporado, se había desprendido como una cáscara inútil del cuerpo ágil, elástico e infatigable de una mujer joven con rostro de muchacha, las arrugas que se insinuaban en su frente, en sus párpados, incapaces de combatir el brillo de sus ojos, la firmeza de su boca, el desorden de sus cabellos oscuros, sueltos y aún más hermosos.

Aquella mujer no era la misma de antes por más que siguiera siendo su madre, y cada noche dormía menos, y cada día trabajaba más, en el huerto, en la casa, con las gallinas, haciendo los deberes con sus hijos y después, cuando su marido se acostaba y ella se sentaba en una mecedora a leer, o en la mesa de la cocina, con la estilográfica de don Julio y unas cuartillas, para trabajar durante horas en unos textos que tachaba y reescribía muchas veces y que siempre empezaban con la misma palabra, compañeros. Pero nunca estaba cansada, ya no. Por eso le daba miedo, y porque no entendía lo que le estaba pasando, nadie lo habría entendido. Era como si Teresa González hubiera vuelto a nacer, por dentro pero también por fuera. Ahora no tenía tiempo para arreglarse y salía de casa vestida de cualquier manera, todas las tardes se olvidaba de pintarse los labios, nunca se había preocupado menos de su aspecto, y sin embargo, aunque antes no lo era, cada día estaba más guapa, y cada día más joven, más fuerte. Era su madre, cada día más valiente, hablando en público, organizando colectas, dando la cara en las manifestaciones, despertando los mismos susurros de simpatía y de admiración entre los hombres y las mujeres del pueblo cuando paseaba con sus hijos por la calle, los mismos susurros de desprecio y de escándalo en otros hombres, otras mujeres, que habían dejado de saludarla, pues ya ves, qué pena, susurraba ella al pasar por su lado con la cabeza muy alta, aunque siguieran tratando con respeto a su marido.

—¡Escúchame bien, Teresa! Se acabó —la primera vez que vio el nombre de su mujer, que para mayor escarnio era el único nombre de mujer, escrito en letras pequeñitas, pero muy claras, entre los oradores que iban a intervenir en un mitin del Frente Popular, Benigno Carrión se colocó delante de la puerta de su casa con la escopeta a mano, apoyada en la pared—. Tú hoy no sales de esta casa como no sea

con los pies por delante.

—¿Quieres el divorcio, Benigno? —le contestó ella en tono burlón, mientras terminaba, esa tarde sí, de arreglarse delante del espejo del recibidor—. Te lo doy, de mil amores.

—¡No, no es eso! —él chilló, se crispó, se puso nervioso, se apaciguó después—. No quiero el divorcio, no voy a consentir que te divorcies de mí, ya lo sabes.

—Pues entonces deja de decir tonterías... Y apártate de la puerta, por favor, que no quiero llegar tarde.

Teresa González, extremadamente tranquila, avanzó hasta colocarse delante de su marido, que levantó el brazo derecho en el aire como si fuera a darle una bofetada, hasta que ella le obligó a bajarlo otra vez, colgándose de él con todas sus fuerzas.

—No me levantes la mano, Benigno —le dijo entonces, mirándole al fondo de los ojos, las aletas de su nariz ensanchándose en cada sílaba, una ira oscura y contenida resbalando muy despacio por sus labios—. No se te ocurra ponerme una mano encima, porque te juro que te vas a arrepentir.

—¿Qué vas a hacer —la voz de su marido temblaba—, avisar a tus amigos pistoleros para que vengan a matarme?

—¡Ja! —y su mujer sonrió, mantuvo la sonrisa, estuvo a punto de echarse a reír —. ¿Ahora resulta que soy yo la que tiene amigos pistoleros? Hay que ver... ¡Qué poca vergüenza tenéis, Benigno, pero qué poca vergüenza! Quita.

Le dio un empujón a su marido, abrió la puerta y salió. Julio, que lo había visto todo, escuchó el repiqueteo de sus tacones sobre el empedrado y luego nada, los sollozos de su padre, que eran menos que nada porque no quería oírlos, menos que nada porque no quería verlos, ni entenderlos, ni tener que recordarlos después, aquel viejo llorón, su padre, todo el día a vueltas con la escopeta, limpiándola, cargándola, enseñándola, haciendo el payaso con ella, para acabar sentado en el suelo, como estaba ahora, derrengado, acabado, insufrible para los ojos de su hijo de catorce años, que no quería que las cosas estuvieran como estaban, que quería que todo volviera a ser como antes, que su madre volviera a ser la de antes, una mujer mayor y cansada, esposa de un hombre capaz de inspirar miedo, padre de un chico que no entendía cómo su vida había podido llegar a derrumbarse de aquella manera y que tampoco sabía qué hacer para arreglarlo, porque ya había dejado de ser un niño pero todavía no había empezado a ser un hombre, porque tenía sólo catorce años y una inmensa confusión a cuestas.

—¡Padre! —gritó sin embargo, para que por lo menos se levantara del suelo, pero no cosechó más que una mirada insensible, atontada, una mirada de vaca en los ojos de un anciano sin porvenir, pensó, sin dignidad—. ¿Pero por qué no hace algo, padre?

Él le miró como si no le entendiera, apartó los ojos, hizo un puchero, volvió a mirarle.

—Pegarme un tiro —dijo por fin, con un hilo de voz delgada, quebrada, estúpida —, eso es lo que voy a hacer.

—Ni para eso vale usted —murmuró Julio, y durante un instante no supo adónde ir.

Pero fue sólo un instante. Su padre todavía no se había levantado del suelo cuando Julio Carrión González pensó que sólo le quedaba un camino. Llegó a la Casa del Pueblo corriendo, cinco minutos antes de la hora anunciada en los carteles, pero había tanta gente empujando que creyó que no iba a poder entrar, y estaba a punto de darse la vuelta cuando uno de los que vigilaban la puerta le reconoció.

—Un momento, chaval —gritó—. Tú eres el hijo de Teresa, ¿no?

—Sí, señor.

—A mí no me llames señor —y aquel hombre se echó a reír—. ¿Qué has venido, a oír a tu madre? —Julio asintió con la cabeza—. Y muy bien que haces, no hay muchas como la tuya. Ven, anda, pasa, por aquí... Había sitios reservados en la primera fila, ya deben de estar todos ocupados, pero no importa. Tú dile a los compañeros que eres el hijo de tu madre, que te dejen llegar hasta allí, y te sientas en el suelo, aunque sea...

Julio Carrión González no se había sentido tan importante nunca en su vida. Su madre tampoco le había mirado nunca como le miró aquella tarde, cuando le vio abrirse paso entre la gente que se apiñaba en el pasillo hasta llegar al pie del estrado que ella parecía presidir, dos hombres a su izquierda, otros dos a su derecha, reproduciendo el orden en el que tomarían la palabra aquella tarde. Ella nunca había intentado atraerse a su hijo mayor con premios ni trampas, como hacía su marido, que le daba la paga semanal sólo el domingo, sólo al salir de misa. Ni siquiera hablaba de política con él, a menos que fuera Julio quien le preguntara algo. Justificaba esta única, mínima cobardía, ante sí misma obligándose a ser consciente de que, por el simple hecho de ser como era y haberse casado con Benigno, ya le ponía las cosas bastante difíciles a los niños, pero ésa no era toda la verdad, ni siquiera su parte principal. En el fondo de su corazón, Teresa González se sentía culpable, y por mucho que se supiera de memoria la lección de los indeseables vestigios del tradicionalismo reaccionario y clerical, que anidan en el subconsciente femenino como pájaros traidores a los que hay que eliminar a toda costa, se sentía mucho más cómoda fuera de casa que dentro, cuanto más lejos de su familia mejor. Por eso se emocionó tanto cuando vio a Julio sentado en el suelo, dispuesto a escucharla. Ella estaba tan segura de su causa que no buscó otras razones para explicarse la presencia de su hijo, que se había marchado aquella tarde de casa porque había querido, porque había decidido estar a su lado, no ir de su mano, no seguir sus pasos, no agarrarse a sus faldas, sino estar a su lado, algo mucho mejor, más valioso. A ver si ahora no meto la pata, se dijo después, no vaya a ser que me ponga nerviosa porque el niño me

esté escuchando, y para una vez que me dejan subirme aquí arriba, y con dos candidatos de Madrid, encima...

—¡Qué bien has hablado, mamá! —le dijo Julio al final del mitin, mientras ella lo mantenía apretado entre sus brazos, y le besaba en la cabeza, en la frente, en los ojos, en las mejillas, en los labios.

—¿De verdad? —le preguntó, aunque ya sabía ella que sí, que había estado muy bien, que la habían aplaudido tanto como al que más—. ¿Te ha gustado?

—Muchísimo. Le ha gustado a todo el mundo. Algunos me han felicitado a mí y todo...

—Y eso que no me han dejado hablar casi nada, diez minutos, me han dicho al llegar, ¿tú te crees? ¡Diez minutos! —qué guapa estás, pensó Julio, pero qué guapa y qué miedo me das—. Pero bueno, es lo que pasa, tampoco es que yo me hubiera hecho ilusiones, ¿sabes?, porque me han invitado a participar porque soy una mujer, sólo por eso, les gusta que haya una en todos los mítines, por lo del voto femenino, y querían que viniera alguna importante, pero ésas ya estaban ocupadas, claro, como son tan pocas, y por eso han tirado de mí, que estaba a mano... Y para hablar de las mujeres, sólo del tema de las mujeres, me han dicho, qué pesadez, siempre igual, como si una no tuviera ideas sobre todo, lo mismo que ellos... Por eso he hablado el doble y de lo que he querido, pues sí, no me faltaba más que eso, después de aguantar a tu padre en casa, tener que seguir aguantando aquí, ya se lo he dicho al principio, yo hablo de lo que me dé la gana o no hablo... Pero no les ha parecido mal, ¿sabes? He tenido mucho éxito, ésa es la verdad.

Era la verdad. Mientras salían juntos a la calle, los dos recibieron palmadas, caricias, enhorabuenas y palabras de aliento, ella por ser como era, él por ser su hijo. Julio nunca se había sentido tan importante, tan orgulloso de su madre. Tampoco había sentido jamás el borde del abismo en la planta de sus pies tan cerca como aquella tarde, cuando comprendió que se avecinaba un final inevitable, porque aquello no podía durar, no podía durar su casa, no podía durar su familia, no podía durar su vida. Él ya no era un niño pero todavía no era un hombre, y comprendía las cosas pero no podía tomar partido por su madre, no podía porque lo único que quería era volver a vivir como antes de cumplir once años.

—Pero, bueno —seguía diciendo ella cuando ya veía su casa al fondo de la calle —, lo importante ahora no es eso, lo único importante es ganar las elecciones... —y de repente se paró, le obligó a pararse a su lado, le miró—. ¿Y tu padre?

—Ahí se ha quedado.

—No creas que no lo siento, hijo, de verdad. No creas que no lo siento, pero no puedo hacer otra cosa. De verdad que no puedo. Ahora no —y volvió a abrazarle, volvió a besarle, lo mantuvo apretado contra sí un buen rato, hasta que él creyó que no tenía nada más que decir—. O sigo o me muero, no tengo elección.

Julio también lo sintió al día siguiente, cuando volvió a ver a su padre por la noche, callado y taciturno, convertido en un anciano abrumado por la vergüenza, incapaz de mirar a su hijo a la cara. ¿Por qué tendrá que ser usted tan calzonazos, padre?, eso pensó, eso y que era una desgracia tener una madre como la suya, y no reparó en que a ella no le concedía siquiera el beneficio de la pregunta. A partir de aquel día, su propio padre fue confirmando poco a poco sus certezas, porque decidió borrarse, ausentarse, encerrarse en sí mismo, asistir a su propia ruina en la impasibilidad del silencio. Y fue su madre quien empezó a gritar, cuando el Frente Popular ganó las elecciones, cuando los generales traidores se sublevaron contra la República, cuando el pueblo pidió armas para defenderse, cuando estallaron las primeras consignas, todos los hombres al frente, todas las mujeres a las fábricas, todo el esfuerzo de todos para ganar la guerra, no pasarán.

—Mañana empiezo a trabajar —Teresa informó a su familia en el desayuno, la última mañana de septiembre de 1936—. Me han habilitado como maestra de párvulos, los más pequeños... Espero poder con ellos. El maestro titular se ha alistado y se marcha esta tarde a Madrid.

Benigno Carrión no dijo nada, ni entonces ni unas semanas después, cuando la guerra de verdad llegó a Torrelodones de una forma imprevista, más allá de los uniformes de los soldados que estaban de permiso, más allá de los convoyes militares que pasaban por la carretera a todas horas, más allá del puesto de mando al que los agricultores y los ganaderos acudían para vender sus hortalizas, sus corderos, y de los aviones alemanes que ya habían empezado a surcar el cielo todos los días, dos veces cada día, cuando iban a bombardear Madrid y cuando volvían. Hasta entonces, eso había sido la guerra en el pueblo, pero empezó a llegar gente, y gente, y más gente, familias sin hombres, mujeres y niños cargados de trastos, colchones, ropa, cacerolas, alguna cabra, alguna vaca atada con una cuerda, y ancianos que habían cogido los útiles de sus viejos oficios por si encontraban algún trabajo, algo que hacer allí donde les llevaran. El gobierno había evacuado los pueblos más cercanos a la capital, Pozuelo, Aravaca, Humera, Las Rozas. También Las Rozas.

—Voy a daros una noticia —Teresa volvió a optar por la contundencia del hecho consumado el día que apareció a la hora de cenar con un hombre moreno y delgado, de unos cuarenta años, que llevaba una maleta en cada mano—. A partir de ahora tenemos un huésped. Se llama Manuel Castro, y era el maestro de Las Rozas. Ha venido con la gente del pueblo y se va a ocupar de dar clase a los niños evacuados. Han preguntado si alguien tenía sitio para alojarle y yo he dicho que sí, claro, porque nos sobra la habitación del desván... Benigno, ¿me estás oyendo?

—Sí, claro, bienvenido —y Julio vio a su padre levantarse, dar la mano al desconocido, y sonreír con una esquina de la boca, antes de añadir algo más en un susurro que su mujer no llegó a escuchar—. Total, para lo que vas a durar...

El día que terminaba había sido 13 de noviembre y los sublevados iban a entrar en Madrid de un momento a otro. Ya estaban tardando demasiado. De hecho, don Pedro, el párroco, le había contado a su amigo Benigno hacía ya un par de semanas, entre risitas, que un periódico de Sevilla había publicado que Franco estaba a cuatro pesetas y media en taxi de la Puerta del Sol. Julio lo sabía porque su padre le había dicho que todo se iba a arreglar, ya verás, cuando ganemos la guerra, ya le voy a ajustar yo las cuentas a tu madre, ya...

A él no le gustó lo que dijo ni cómo lo dijo, no le gustó la naturaleza mezquina, siniestra, de su tenebrosa resurrección, no le gustó la imprevista ferocidad de la sonrisa que dejó sus dientes al descubierto ni la cualidad opaca, densa, de su mirada. Ha tenido que venir Franco a sacarle las castañas del fuego, padre, pensó entonces, y le despreció más que nunca, pero le creyó, creyó que su padre tendría la suerte de los cobardes, y temió por su madre, no por su causa, ni por sus amigos, sus compañeros, los que le habían llenado la cabeza de pájaros, los que se la habían arrebatado y le habían arrancado de cuajo de su propia vida, la vida que le pertenecía, la de un niño tranquilo a la sombra de una señora bien peinada, bien vestida, que siempre estaba cansada y resoplaba al sentarse en una silla, mientras esperaba a que llegara su marido para servir la cena. Ésa era la única opinión que Julio tenía, era lo único que quería, volver a vivir la vida de antes, con su padre de antes y su madre de antes, y el miedo, y la distancia, y la ternura de antes, y sin embargo, al escuchar a Benigno temió por ella. No tardó mucho en descubrir que sufría en vano, porque su padre era un calzonazos hasta para eso.

Es cuestión de horas, de días, de semanas, decía, y pasaban las horas, los días, las semanas y no pasaba nada. Cuando quieran, le decía él, entran en Madrid cuando quieran, y una mierda, pensaba Julio, están purificando la ciudad, tienen que arrasarla, humillarla, destrozarla para que vuelva a surgir pura, nueva, limpia, y una mierda, volvía a pensar Julio, no es que hayan renunciado a Madrid, no, pero primero quieren tomar El Escorial, es lógico, al fin y al cabo es el centro espiritual del Imperio, una mierda, una mierda y una mierda, cuando quieran, decía Benigno, yo no sé a qué están esperando pero ellos lo sabrán, eso seguro, y España no es sólo Madrid, no sé quién se ha empeñado en que eso sea tan importante...

—Vamos a ver, padre —Julio le interrumpió cuando ya no podía más, un día de ese año que iba a empezar con los fascistas tomando las uvas en la Puerta del Sol—. ¿Cayó El Escorial?

—No, pero...

—¡Pues cállese ya, que parece tonto, joder! No pasan porque no pueden. Punto final.

—Qué equivocado estás, hijo mío, qué equivocado estás...

Por aquel entonces, enero de 1937, la vida de Julio había vuelto a cambiar, no en

la dirección que él anhelaba, pero sí por los recovecos de un camino oblicuo que no había podido prever, mientras el sueño imposible de aquella infancia, que nunca llegaría a recuperar, se perdía definitivamente en un hogar donde su padre, resignado con una progresiva mansedumbre al ejercicio privado y paciente de un rencor que aún parecía condenado al fracaso, abultaba cada vez menos. Mientras los días, las horas, las semanas, se llevaban su venganza al horizonte lejanísimo que su fe no era capaz de acortar, Benigno Carrión desapareció de la vida cotidiana de su mujer y de sus hijos para convertirse en una especie de fantasma, un aparecido de carne y hueso que salía muy pronto por la mañana y no llegaba hasta que todos estaban acostados, borracho de anís y de las consignas de la radio de Burgos, que escuchaba a escondidas en la casa parroquial. Así, ni siquiera llegó a enterarse de que en su casa nadie le echaba de menos. Ni siquiera Julio.

—Fijaos bien... La mano es más rápida que la vista.

Y entonces, Manuel rasgaba con mucha parsimonia una hoja de periódico, partía la mitad más pequeña en pedacitos, se los enseñaba dibujando arabescos en el aire con los dedos, la escondía dentro del resto, soplaba, y con ademanes aún más lentos, cargados de inteligencia, de misterio, desplegaba el papel que tenía arrugado dentro del puño hasta mostrar la misma hoja de periódico del principio, entera, flamante, mágica, para que Teresa y sus dos hijos, únicos espectadores de aquel prodigio, compartieran un solo asombro alborozado, aplaudiendo hasta que las manos les empezaban a doler.

—¿Cómo lo haces? —le preguntaba Julio.

—Eso no te lo puedo decir —él sonreía—. Los magos nunca revelamos nuestros trucos. A ver, elige una carta, pero no me la enseñes, enséñasela a tu madre y a tu hermana, ¿ya?, muy bien, vuelve a meterla en el mazo, donde tú quieras, yo no miro, ¿de acuerdo?

Y las dos Teresas, la mayor y la pequeña, veían la sota de oros antes de que Julio la escondiera bien, Manuel de perfil, la cabeza vuelta hacia atrás, aunque ni siquiera de frente habría podido distinguir la figura, porque su víctima la apretaba contra su palma y la tapaba con la otra mano antes de devolverla a la baraja.

—Vamos a ver... —decía entonces Manuel, mientras examinaba las cartas con el ceño fruncido para inaugurar el juego de los despistes—. Está difícil, no creas, no sé... Puede que sea el as de espadas, ¿no? No, no, ésa no es. Quizás es el siete de bastos, pero no, ésta tampoco me convence... Y si tampoco es el tres de oros, ni el cinco de copas, ni el caballo de espadas... Tiene que ser la sota de oros, ¿a que sí?

Manuel Castro era leonés, de La Bañeza, pero había abandonado su pueblo antes de cumplir seis años, cuando a su padre, que era ferroviario, le destinaron a Las Matas como jefe de estación. Al llegar a Torrelodones y a la vida de los Carrión, acababa de cumplir treinta y nueve, era socialista desde hacía casi veinte, y cuando

estaba serio parecía mayor, porque tenía un rostro grave, alargado y huesudo, pero al sonreír, su cara se iluminaba como la de un niño inquieto y goloso en el instante en que desenvuelve un caramelo. Más delgado que esbelto pero en absoluto frágil, convaleciente de una tuberculosis ósea que había estado a punto de acabar con él —por eso estoy aquí, aclaraba siempre, con la precipitación de las puntualizaciones trascendentales, porque no me han dejado alistarme— sin dejar huellas aparentes en su cuerpo fibroso, flexible, más duro que el bacilo que lo había atacado, tenía muchos motivos para estar preocupado, pero Julio lo veía sonreír todos los días. Su mujer y sus hijas se habían marchado a Valencia y le escribían de vez en cuando, cartas largas y minuciosas a las que contestaba cada vez con menos líneas, para no ponerse triste, pensaba él, para no ensombrecerse, para conservar los ánimos y la sonrisa que habían vuelto a hacer habitable su propia casa. A Julio le gustaba Manuel, le gustaba su fuerza porque iba por dentro, sin las baladronadas y los aspavientos ridículos que enmascaraban la debilidad de su padre, le gustaba su serenidad, esa manera de pensar despacio que lograba serenar e incluso imponerse a la vehemencia de su madre, y sobre todo le gustaba su control, la capacidad de dominar al mismo tiempo sus propias reacciones y las de los demás, sin necesidad de levantar la voz ni de hacer más trampas que las imprescindibles para que la mano siguiera siendo más rápida que la vista.

—¿Dónde aprendiste a hacer magia?

—Me enseñó mi suegro. Él era un mago de verdad, ¿sabes? Estuvo contratado en un circo italiano, uno de los buenos, viajó por medio mundo, fue hasta a América, ¿qué te parece? Pero luego volvió a su pueblo, conoció a mi suegra, se hicieron novios y se quedó en Madrid. Yo le conocí antes que a su hija. Le vi actuar una noche, en un teatro, me impresionó mucho y le esperé en la calle, para saludarle. Nunca he pensado en dejar mi oficio para dedicarme a esto, pero me gusta mucho, desde chico. Empecé a hacer trucos por mi cuenta, pero sin él no habría llegado muy lejos, no creas.

—¿Y por qué no me enseñas tú a mí?

—¿De verdad quieres aprender? —Julio le miró a los ojos, asintiendo con un gesto de fervor casi solemne—. Muy bien, pues vamos a hacer una cosa, lo mismo que hizo mi suegro conmigo. Voy a dejar que te acerques, que te coloques delante, encima de mí. Y voy a actuar un poco más despacio, pero sólo un poco y sólo en algunos números que no te voy a decir cuáles son. Vamos a hacer esto durante, digamos... una semana. Si eres capaz de ver algo, de adivinar algún truco, te enseñaré. Si no, nada. ¿De acuerdo?

—Chócala.

Aquella noche, Julio se esforzó hasta que le dolieron los ojos, pero no vio nada. Al día siguiente, sin embargo, se fijó en la posición de uno de los pulgares de

Manuel, que no siempre estaba a la vista mientras movía los dedos en el aire como si fueran diez, aunque eran sólo nueve. Necesitó un par de sesiones más para comprender bien lo que veía, y no acertó del todo pero fue bastante.

—Eso es lo mismo que vi yo —le dijo Manuel, muy sonriente, la primera tarde que se encerraron juntos en el desván.

La mano es más rápida que la vista, sobre todo cuando se engaña a los ojos de los espectadores, cuando se fija su atención en un detalle irrelevante, cuando el mago sabe dirigir las miradas de los otros a su antojo. No es más que eso, ingenio, trampa, astucia, una pura ilusión, aprendió Julio aquella tarde, en realidad los ojos siempre son muchísimo más rápidos que las manos, no lo olvides nunca. No lo olvidó, y progresó deprisa. Eres mejor que yo, empezó a decirle Manuel, serás mejor, seguro, y le propuso actuar con él, echarle una mano en casa primero, para ensayar, y servirle de ayudante después, en las funciones que daba la Casa del Pueblo los sábados por la noche, en el colegio, cuando celebraban fiestas improvisadas para alejar a los niños del horror de todos los días y todas las noches, y en los cuarteles, cuando actuaba ante los soldados del Ejército Popular.

Julio aceptó con entusiasmo, se esforzó por hacer bien su trabajo, y durante algunos meses fue feliz, más y menos feliz que antes, más porque le gustaba Manuel, porque admiraba su fuerza, su serenidad, su capacidad de controlarlo todo, y porque se divertía viajando con él, con su hermana y con su madre, por los pueblos de los alrededores, donde las muchachas le admiraban sin disimulos y se le acercaban al final de la función para preguntarle cómo se llamaba, cómo lo hacía, cuándo volvería. Menos porque descubrió la verdad, el precario fundamento de esa felicidad que no llegaría a echar raíces en él, que fabricaba una ilusión sonrosada, aérea, traidora, que le llevaba a olvidarse de su nombre y de sus apellidos, de su destino y de la realidad, como si su padre se hubiera muerto, como si Manuel fuera su padre, como si su madre nunca hubiera sido la señora cansada y respetable que deseaba recuperar más de lo que deseaba ninguna otra cosa.

Teresa miraba a su huésped con una devoción entregada, codiciosa, interior, cargada de admiración, de complicidad, que Julio no había visto jamás en sus ojos. Manuel estaba siempre pendiente de tenerla cerca, de protegerla, de no perderla mientras atravesaban el tumulto de las calles, y todos los días, en el desayuno, le hacía una pajarita de papel que ella recibía con una sonrisa de desproporcionada gratitud, como si tuviera mucho más que agradecerle. Julio les veía, y les escuchaba, compañero, compañera, esas dos palabras comunes, inocentes, casi triviales, que en sus labios desbordaban todos los significados que él conocía, y hasta los que era capaz de imaginar. Y podría haberse abandonado, haber elegido esa versión fácil, falsa, amable, acorde con la guerra, con los tiempos, con la cualidad terrible y convulsa del paisaje que les rodeaba, pero no quiso hacerlo porque era demasiado

orgulloso, demasiado soberbio como para renunciar a lo que era suyo, para aceptar una parte de un pastel ajeno, para conformarse con un papel secundario en un sueño postizo que no le pertenecía. Manuel le dio esa oportunidad varias veces, pero él nunca quiso aceptarla.

—¿Y a ti qué te pasa? —le preguntaba, y Julio se daba cuenta de que le trataba como a un hombre, pero tampoco era capaz de agradecérselo.

—Nada.

—¿Quieres que hablemos?

—No.

Si hubiera hablado con él, todo habría sido distinto. Si hubiera hablado con él, no le habrían dejado atrás. Pero la mano seguía siendo más rápida que la vista en el país sin reglas donde Julio Carrión vivía, la mano fue más rápida que la guerra, más rápida que el miedo, que la confusión, que la vergüenza, durante mucho tiempo, y Manuel tenía las manos vacías, el puño de las mangas subido hasta el codo mientras movía los dedos en el aire como si fueran diez, y parecían diez, pero eran nueve y todo lo demás ingenio, trampa, astucia, en realidad los ojos son muchísimo más rápidos que las manos, Julio, no lo olvides nunca, y nunca podría olvidarlo desde aquella tarde de mayo en la que sus ojos se estrellaron de frente con la realidad que hasta entonces habían logrado esquivar.

Estaba en la plaza, tonteando con las chicas, cuando se dio cuenta de que había perdido el pañuelo verde. Lo buscó por todas partes, le preguntó a Teresita, que estaba cerca, jugando con sus amigas, y ella le ayudó a buscarlo, pero no lo encontraron. En realidad no lo necesitaba, podía hacer el truco con cuatro, pero eran cinco, cinco, y había perdido el pañuelo verde. Voy a coger el de Manuel, dijo, ahora vuelvo. Su casa estaba muy cerca y fue corriendo, y al entrar gritó, hola, soy yo, ¿hay alguien?, y nadie le contestó. No esperaba que lo hicieran. A esas horas, su madre solía estar ocupada en alguno de los infinitos comités de los que formaba parte y Manuel en la calle, su padre desaparecido, como siempre. Subió deprisa por las escaleras, porque tenía miedo de quedarse sin espectadoras, no tardo nada, les había dicho, y no tardó nada, llegó hasta el desván muy deprisa, tan agitado que al principio pensó que los ruidos que escuchaba los estaba haciendo él mismo. Pero no era él. Por un instante, pensó en volverse, en marcharse, tenía cuatro pañuelos, el rojo, el blanco, el azul y el amarillo, el truco era igual de bueno, igual de vistoso con cuatro que con cinco, por eso pensó en volverse. No lo hizo. El desván tenía un ventanuco que comunicaba con el descansillo de la escalera y estaba muy alto, pero la luz del sol lo atravesaba de lleno, ninguna cortina, ningún visillo. La mano es más rápida que la vista y Julio encontró enseguida un taburete sobre el que subirse. Los ojos son más rápidos que las manos y los suyos lo fueron por fin, para siempre, mientras contemplaban a su madre, desnuda y sonriente, en la cumbre de esa belleza suya que

no hacía más que crecer, agigantarse, contradecir con terquedad al tiempo, montada sobre Manuel, que la miraba y sonreía, desnudo él también, los dedos de sus dos manos, diez esta vez, sin trampa ni cartón, acariciando su cintura, sus caderas, un instante antes de aferrarla para atraerla sobre él y hacerla rodar sobre la cama. La mano no es más rápida que la vista, todo es una pura ilusión, ingenio, truco, astucia. Una mierda, pensó Julio Carrión González, una mierda.

—Julio, hijo, pero ¿todavía estás así? —su madre le buscó por toda la casa antes de encontrarle tirado en la cama, aquella noche tenían función—. Date prisa, corre, que vamos a llegar tarde.

—Déjeme en paz, madre.

—¿Madre? —Teresa se sentó en el borde de la cama, le miró, intentó acariciarle, renunció cuando la mano de su hijo atajó la suya—. ¿Desde cuándo me llamas tú así?

—Usted es mi madre, ¿no? —se revolvió él, con una dureza que nunca había sentido antes—. Entre otras cosas. Así que la llamo como me da la gana.

Él los echó. Después, cuando empezó a añorarlos, cuando cayó en la tentación de sentirse abandonado, traicionado, desechado por ellos, intentó explicarse las cosas de una manera distinta, pero siempre supo que la verdad era otra, que había sido él quien los había echado. Le dolían. Le dolían tanto que prefería perderlos a sumirse en el dolor de otra pérdida, la de su propia vida arruinada, desgarrada, pisoteada por su traición. Porque era a él a quien habían traicionado, pensaba Julio, a él, que los quería, a él, que los admiraba, a él, que era feliz con ellos aunque no estuviera de su parte. Nunca se le ocurrió mirar las cosas de otra manera. Era demasiado soberbio, demasiado orgulloso, demasiado egoísta, y no lo sabía todo.

En esta casa hay un hombre y no es mi padre, se atrevió a decirse a sí mismo. En esta casa hay un hombre y ese hombre soy yo, y os vais a enterar de lo que significa eso. Luego, cuando ya era tarde, comprendió que aquél había sido su error, luego, cuando ya no había camino de vuelta, cuando sus cálculos, sus planes, el feroz proyecto de su tiranía, se estrellaron contra una maleta de cartón y un sobre con la letra de su madre, «Para Julio», al pie de su cama. Era el 2 de junio y en la casa no se escuchaba ningún ruido. Ya no quedaba nadie para hacer ruido en casa de Julio Carrión.

—La sopa está fría, madre —le había dicho dos noches antes, dejando caer la cuchara en el plato después de probarla.

—No es verdad, mamá —había intervenido Teresita—. Di que no, no está fría, ¿por qué le dices esas cosas a mamá, Julio?

—Tú te callas, mocosa —en ese momento Manuel dejó de comer, se recostó sobre la silla y dedicó a su discípulo una mirada de advertencia que él sostuvo con toda la arrogancia que fue capaz de encontrar en sí mismo—. Si yo digo que está fría, está fría. Caliéntemela, madre.

—Caliéntatela tú —le contestó Teresa, en su voz una firmeza que traicionaban sus ojos húmedos.

—¡No! —Julio se levantó, Manuel también, pero no le daba miedo, todavía no—. Me la calienta usted, porque es su obligación. Usted es la señora de esta casa, ¿no? Pues que se note. Guarde las apariencias, por lo menos, aunque todo el mundo sepa que no es usted más que una cualquiera.

—¡No le hables así a tu madre!

Cuando terminó de escuchar estas palabras, Julio ya estaba en el suelo y Manuel muy arriba, a la altura del bofetón que acababa de derribarle. La cara le escocía, de rabia y de dolor, mientras se levantaba para cargar contra él, que tal vez no era más fuerte, pero sí más sabio, y se había pegado muchas más veces, y volvió a tirarle al suelo antes de que hubiera logrado acertarle de lleno una sola. Entonces no le dio opción a seguir intentándolo. Se le tiró encima, le inmovilizó con la mano izquierda, y con la palma de la derecha, abierta, le pegó otra vez, un golpe humillante, cargado de superioridad, de desprecio.

—¿Pero tú qué te has creído, imbécil, quién te crees que eres tú? —le dijo entonces—. Tú no eres más que un cobarde, Julio, una mierda, ni más ni menos... El hijo de tu padre.

—Déjale —Teresa se acercó, los separó—. Sólo tiene quince años, Manuel, déjale, por favor... Por favor.

Ésa fue la última vez que habló con ellos. Cuando pudo, se levantó sin decir nada, salió corriendo, dio la vuelta a la casa, llegó hasta un callejón estrecho y sucio por el que nunca pasaba nadie, se sentó en el suelo y se echó a llorar. Ya verás, murmuraba, mientras extrañaba su propia voz, quebrada por las lágrimas, por la rabia, la misma impotencia turbia y estéril que su padre desmenuzaba con los dientes cada vez que sacaba la escopeta para limpiarla, ya verás quién soy yo, cabrón, te vas a enterar, ya lo creo que sí, voy a acabar contigo... Tardó mucho tiempo en serenarse y sólo después volvió a su casa, se sentó en el banco que había junto a la puerta y se propuso esperar a su padre despierto. No lo logró. Se quedó dormido sin darse cuenta y el frío lo despertó antes de que hubiera vuelto Benigno. Al día siguiente tampoco le vio, porque se quedó en la cama hasta que se aseguró de estar solo. Estuvo todo el día fuera de casa y cuando llegó, por la noche, cogió un trozo de pan y un poco de queso y se lo llevó a su cuarto. No les dirigió la palabra y ellos tampoco se la dirigieron a él, pero de eso sólo se dio cuenta al día siguiente, cuando despertó en una casa vacía, con la única compañía de una maleta de cartón llena de pañuelos, cubiletes, barajas trucadas y cajas con doble fondo, y las últimas palabras que le dirigiría nunca su madre, queridísimo hijo de mi corazón, perdóname todo el daño que haya podido hacerte sin querer por todo lo que te he querido, por lo que seguiré queriéndote hasta que me muera, e intenta comprenderme, y algún día, cuando seas un hombre, y te

enamores de una mujer, y sufras por amor, y sepas lo que es eso...

—Mamá —Julio no pudo seguir leyendo—. ¡Mamá!

Sin saber lo que hacía ni querer pensarlo, se levantó corriendo, se vistió sin mirar lo que se ponía, salió de su cuarto y les buscó por toda la casa, abrió todas las puertas, todos los armarios, todos los cajones, y sólo contempló el rostro desnudo de la madera, algún papel de seda sucio, arrugado, y unos zapatos viejos tirados en un rincón. Luego salió a la calle y preguntó por ellos en la escuela, en la plaza, en la Casa del Pueblo y en las de sus amigos, pero nadie le dijo nada, nadie parecía saber nada y a él le dio vergüenza contar lo que sabía. Esta tarde tienen que venir, tu madre por lo menos, le dijo una maestra, a las siete tenemos una reunión del comité de apoyo a las familias evacuadas, y ella es la presidenta, así que... A las ocho menos cuarto, el comité se reunió sin Teresa González, pero su hijo Julio siguió esperándola hasta que aquella misma mujer salió la última. Vete a casa, le dijo, igual se ha puesto enferma o le ha pasado algo y se ha ido derecha para allí. Él ya sabía que no la iba a encontrar, pero siguió su consejo, y volvió a mirar a la cara a la madera desnuda, al papel de seda sucio y arrugado, a los zapatos viejos tirados en un rincón.

No sentía nada. Mientras deambulaba por la casa vacía, no sentía nada, ni siquiera la conciencia de su insensibilidad. El día entero había pasado como si fuera un instante, ya eran casi las once de la noche y tenía hambre. Eso fue lo primero que volvió a sentir, hambre, y después todo a la vez, rabia, nostalgia, frío, dolor, culpa, furia, desesperación, inferioridad, resentimiento, orgullo, rencor, soledad y tristeza, antes de comprender que de nuevo tenía sólo un camino por delante, y que esta vez tampoco lo había elegido él.

Nunca más, se dijo a sí mismo en cada paso que dio hacia la casa del párroco, nunca más, cuando llamó a la puerta y nadie quiso abrirle, nunca más, cuando insistió y escuchó pasos, cuchicheos, el chasquido de la mirilla que se descorría, nunca más, al saludar a doña Consuelo y anunciarle que venía a buscar a su padre, nunca más, mientras seguía a la hermana del párroco hasta el sótano, nunca más, y allí estaban todos, alrededor de la radio, don Pedro, el sacristán, el boticario, dos de esos señores que habían dejado de saludar a su madre cuando se la encontraban por la calle, y su padre, Benigno Carrión, oscurecido, avejentado, bovino, nunca más Julio Carrión González volverá a ir con los que pierden, se prometió a sí mismo en ese instante, nunca, nunca más.

Sería fiel a esa promesa durante toda su vida, pero en aquel momento no podía saberlo. Tampoco podía saber que se equivocaría tres veces, antes de acertar a lo grande y para siempre. El 24 de junio de 1941, mientras escapaba por calles oscuras, estrechas, de la marea de camisas azules que rompía contra las aceras de la Gran Vía para encontrarse con otra idéntica en la calle Alcalá, su propósito era tan firme como antes, pero ya no podía dudar de su torpeza. Y no era el único. Qué asco me das, Julio

Carrión, le había dicho Mari Carmen, la hija del Peluca, casi dos años antes, pronunciando con mucho cuidado su nombre y su apellido como un aviso, un anuncio, una amenaza.

—Te estaba buscando, Julio, ¿dónde te metes? —le había dicho aquella mañana en la que no se le ocurrió esquivarla, porque ya era domingo, mayo, 1939, y la vio salir de la iglesia con un velo en la cabeza, tan modosita del brazo de su madre que tuvo que mirarla dos veces antes de reconocerla—. He ido a preguntar por ti a la pensión un par de veces...

Hacía casi dos meses que Franco había entrado en Madrid, y él se equivocó al calcular que sólo había una manera de interpretar tanto interés. Ahora ya no soy tan poca cosa para ti, ¿verdad, Mari Carmen?, como los héroes del pueblo han pasado a la historia... Sólo de pensarlo se resquebrajó de placer por dentro, pero ella le gustaba tanto que desechó enseguida la tentación de hacerla sufrir, y le dedicó una sonrisa radiante antes de contarle la verdad.

—Bueno, es que estoy todo el día en la calle. Ando buscando trabajo.

—Ya, como todo el mundo... —ella le devolvió la sonrisa antes de derribar todas sus esperanzas en un susurro cauteloso pero firme—. Lo que quería decirte es que tenemos una reunión el jueves, en casa de Virtudes, para volver a organizarnos. De momento no podemos hacer gran cosa, no sabemos cuántos somos, muchos están en la cárcel y hay otros a los que no hemos podido localizar todavía, ya veremos... —hizo una pausa para mirarle, y al comprobar que no había movido ni un músculo de la cara, volvió a sonreír, equivocando su pasmo con el sereno coraje que le habría gustado encontrar—. ¿Sabes dónde vive Virtudes, verdad? El partido nos va a mandar un responsable. Tampoco sabemos quién es, pero supongo que él sabrá lo que hay que hacer, se trata sobre todo de ayudar a los presos, ésa es la prioridad...

—¿Pero qué estás diciendo, Mari Carmen? —la interrumpió él, mientras probaba una clase de miedo diferente a todas las que había probado antes—. ¿Os habéis vuelto locos o qué?

Era una sensación sólida, espesa, física, el miedo como única condición de todos sus músculos, de todos sus huesos, de sus cinco sentidos, que no pudieron hallar otra cosa que un espejo para su propio miedo en el rostro de aquella hermosa insensata, cuyas piernas infinitas, preciosas, magníficas, le habían enseñado, nada más llegar a Madrid, que el recuerdo de Teresa González sobreviviría para siempre en su hijo, porque a él, que nunca tendría más ideas que las que le convinieran en cada momento, sólo le gustaban, sólo llegarían a gustarle de verdad, las mujeres valientes hasta la insensatez.

—Conmigo no contéis —dijo a pesar de eso, y de que las pestañas de Mari Carmen seguían siendo igual de espesas, igual de largas, igual de oscuras detrás del velo de encaje negro—. No me esperéis, no me llaméis, no vengáis a buscarme —

insistió, aunque debajo de la blusa monjil, gris y abrochada hasta el último botón, aún podía presentir la potencia del escote inmaculado que había visto algunas veces, entre las solapas de una guerrera de fantasía que ella sólo consentía en desplegar ante las solapas de las guerreras de verdad—. Ni se os ocurra hablar de mí, ¿está claro? No le digáis a nadie que me conocéis, porque mi padre es facha, ya lo sabes, siempre lo has sabido, ¿no? Pregúntaselo a mi patrona, si quieres, que ella le conoce y es de los vuestros. Yo no quiero líos, lo único que quiero es vivir tranquilo, pero si me molestáis puedo haceros mucho daño. Así que ya lo sabes. Luego no digas que no te lo advertí...

Todo eso dijo en un susurro apresurado, frenético, indiferente al milagro geométrico de unas rodillas que no se doblaron ni un milímetro mientras la hija del Peluca se estiraba entera, ponía los brazos en jarras, sacaba pecho hasta conseguir que se marcara bajo la tela informe de su blusa, y le escupía su desprecio en media docena de palabras justas.

—Qué asco me das, Julio Carrión.

Eso fue lo que dijo antes de girar sobre sus talones y alejarse de él sin volver la cabeza. Pronunció con mucho cuidado su nombre y su apellido y no añadió nada más. No hacía falta. Ella sabía que lo iba a entender. Él lo entendió, porque la conocía. Y ahí seguía, la muy hija de puta, aquella misma mañana la había visto, dos meses antes la había visto, entonces todavía no habían pasado tres semanas desde que la viera por última vez, y así desde aquel domingo de mayo del 39.

Mientras tanto, habían caído todos, todos, los que fueron a casa de Virtudes los primeros, y luego muchos más. Nos escapamos por los pelos, macho, le había contado Isidro poco después, Mari Carmen y yo, ella porque se paró el metro y tuvo que ir andando, yo porque nunca había estado allí y apunté mal la dirección. Cuando llegamos ya se los habían llevado... Alguien había avisado a la policía y no había sido él, pero el traidor, si seguía vivo, no dormiría mucho peor que Julio Carrión, dividido entre el miedo de que detuvieran a Mari Carmen y el miedo a seguir encontrándosela por la calle, sin atreverse a decidir qué sería peor, que ella cayera y pudiera escoger el momento más propicio para denunciarle con su nombre y su apellido, o que siguieran pasando las semanas, los meses, años enteros sucumbiendo en cada minuto al pánico de lo que antes o después tendría que suceder. Pero de momento no la habían cogido. A ella, que era la más bocazas, la más incauta, la más valiente. Sólo a ella.

Habían detenido a todos los demás, se habían cargado a muchos, a muchísimos, más de cincuenta en agosto del 39 de una sola tacada, en una sola madrugada, delante de la misma tapia, y la edad de todos juntos no sumaría mucho más de mil años. Él conocía a bastantes, de vista a casi todos, a los hombres y a las mujeres, porque también estaban fusilando a las mujeres, incluso a las menores de edad, a todas menos a ella. Era increíble, imposible, inexplicable, pero en el barrio se sabía todo, y

lo que no se sabía se lo contaba Isidro, que nunca perdió la esperanza de recuperarle, que siguió tratándole como a un amigo hasta que le cogieron también a él, a él pero no a Mari Carmen, la cuarta o la quinta vez, Julio ya ni se acordaba, que aquellos memos, aquellos imbéciles, aquellos suicidas, habían intentado volver a organizarse. Organizarse, porque lo llamaban así, organizarse, y los mataban a todos, a todos menos a ella.

Si hubiera sido otra, Julio habría pensado que ya había espabilado, que se había buscado un apaño, un protector, un amante falangista. Otras más feas lo habían hecho, ella no. En el barrio se seguía sabiendo todo aunque ya hubieran pasado muchos meses desde que Isidro le dio su último viva a la República delante de un pelotón. En el barrio se sabía todo, y que ella iba a la cárcel todas las semanas a ver a su marido, y que seguía viviendo en la misma casa, con su madre, con su hermana y una sola máquina de coser para las tres, con la memoria heroica e inservible de su padre muerto y la incertidumbre de no saber durante cuánto tiempo más Juan Ortega, el peluquero de la plaza de Pontejos, que el 6 de noviembre de 1936 no sabía cómo se disparaba un fusil, y al día siguiente aguantó en la Casa de Campo como el que más hasta que un moro lo mató cuando ya atardecía, seguiría siendo el único héroe inútil de la familia.

Pero de momento Mari Carmen estaba en la calle, él mismo la había visto aquella mañana, y había pensado en volver a Torrelodones, abandonar Madrid, resignarse a las ovejas, esa vida que no era para él pero era mejor que la cárcel, que el tribunal de las Salesas, que las tapias del cementerio del Este. Su padre intervendría, hablaría con don Pedro, le salvarían, o no, eso nunca se sabe, y luego se quedaría marcado para siempre, para siempre fuera del mundo de sus sueños, de la vida verdadera de los que no se equivocan al elegir un bando. Mari Carmen estaba en la calle, seguramente organizada, fuera lo que fuera lo que significaba eso ya, a aquellas alturas, y él en peligro. Por eso no le gustaban los falangistas, no quería verlos ni en pintura, sin ningún motivo, ninguna razón más allá de un escalofrío instintivo que le obligaba a recordar, a recordarse a sí mismo en un mundo, una ciudad, unas calles que no parecían iguales, como si hubiera agotado una vida entera en sólo cuatro años, el tiempo que había pasado de verdad desde que terminó de deshacer su maleta en el cuarto de aquella pensión donde ya había dormido una vez con su madre, cuando Teresa se lo llevó a Madrid con ella, en un camión abarrotado de gente, para celebrar el triunfo del Frente Popular.

—La escopeta ni la toques —aquella tarde fue Benigno Carrión, no su mujer, quien le señaló la cama en la que iba a dormir—. De la escopeta ya me ocupo yo.

Y por no verle, por no escucharle, por no estrellarse otra vez, la enésima, con el desprecio que le inspiraba aquel viejo que había estado tres días borracho antes de caer aún más bajo al pretender alzarse con el papel de marido ofendido y dispuesto a

lavar su ofensa con sangre, sólo por no seguir pasando vergüenza, Julio se fue a dar una vuelta.

Mientras salía a la calle aún tenía fresco en la memoria, en las mejillas, en el paladar, el bochorno del día anterior, aquel teniente tan joven que invitó a su padre a pasar a un despacho cuando escuchó las razones por las que le pedía un salvoconducto para viajar a Madrid. Tranquilícese y venga conmigo, le había dicho, no siga usted hablando así delante de su hijo... Luego se dirigió al soldado que estaba de guardia, llévate al chico a la cantina y dale algo de merendar, ¿y qué le doy?, y yo qué sé, una chocolatina, un vaso de leche, algo... Mientras decía eso, el teniente le había mirado con una lástima que no quería recordar, que no podía soportar. Por eso, cuando terminó de colocar su ropa en el armario, dejó a su padre en la pensión, con su escopeta, y siguió el rumbo que parecían marcar sólo para él unas piernas infinitas, preciosas, magníficas, enfundadas en una falda muy ceñida que hacía juego con una guerrera corta, de solapas inmensas y aspecto pintoresco, vagamente militar. Siguiéndolas, llegó hasta los soportales de la plaza Mayor, donde su propietaria, morena, mullida y muy joven, se reunió con un grupo de gente de su edad, entre otros un chaval simpático, con la cara llena de pecas, que se llamaba Isidro y contaba muy bien los chistes. Él sería el primer amigo que Julio Carrión tuvo en Madrid y algo más, quien le explicó adónde iban todos los días, quien le llevó a la sede de la JSU.

—¿Y Mari Carmen? —se atrevió a preguntarle el día que recogió su carné y por fin se sintió seguro, uno de los suyos.

—Mari Carmen... —Isidro le sonrió—. ¿Qué?

—No sé... —no le gustó la sonrisa de su amigo, pero tampoco encontró la manera de echarse para atrás—. ¿Tiene novio?

—Mira, te voy a dar un consejo —y todavía se estaba riendo—. Olvídate, haz como que no la ves, fíjate en otra, en serio... O eso, o te alistas voluntario y te haces cazatanques o piloto de caza como poco, tú verás.

—¿Qué pasa? —Julio, que tenía mucho éxito con las chicas, envolvió su decepción en una pregunta cuya respuesta ya había adivinado—. ¿Que sólo le gustan los soldados?

—Y no todos. Pues sí, buena es... Tendrías que haberla visto el año pasado, en noviembre, cuando se iba con su madre a la Moncloa, todas las mañanas, a cazar desertores... ¡Cobardes, cabrones, hijos de puta! ¿No os da vergüenza? ¿Para eso ha muerto mi padre, para que tenga yo que veros salir corriendo? ¡Volved al frente a luchar como hombres! Joder... Era un espectáculo, en serio, y eso que todavía no se había hecho el uniforme que lleva ahora.

—¿Y de qué es?

—¿El uniforme? De nada, o sea, de ella, que se lo ha inventado. ¿No ves que es modista? Hizo un montón de pruebas hasta que encontró lo que mejor le sentaba, y

desde entonces no se lo quita. Claro que en noviembre tampoco le hacía falta. Se ponía a chillar como una fiera, los agarraba de las solapas, les miraba a los ojos y les insultaba en voz baja, cobarde, maricón, vuelve al frente ahora mismo o dame tu fusil y me voy yo. Y luego, si eran jóvenes, y guapos, los besaba en la boca.

—¿Y volvían?

—¡Joder que si volvían! —Isidro se echó a reír—. Como para no volver... Le tenían más miedo a ella que a los moros.

Habían pasado sólo cuatro años desde aquella tarde, y ya no existían ni Isidro, ni la Juventud Socialista Unificada, ni aquella ciudad, aquel mundo, aquellas calles que sin embargo eran las mismas, y tan peligrosas como entonces, porque Mari Carmen seguía enseñando las piernas por ellas. Por eso no le gustaban los falangistas, no quería verlos ni en pintura, pero aquella mañana se los tuvo que tragar.

Bajaban por Alcalá y bajaban por la Gran Vía, uniformados, repeinados, pisando fuerte con sus botas, indemnes al calor, indemnes al sol y al fuego de las calles, y a cualquier inquietud, cualquier preocupación, al miedo, porque habían ganado la guerra y eran los amos de la vida y de la muerte, de la ley y de la fuerza, de las cárceles y de los paredones, del cielo y de la tierra. Porque para eso habían acertado, pensó Julio, mientras a su alrededor los peatones corrían al borde de la acera para levantar el brazo, o en dirección contraria para ganar unos instantes de paz precaria, insuficiente, en las callejas oscuras o en los túneles del metro. Todo el mundo corría, hacia un lado y hacia el otro, pero él se quedó quieto, no tenía más remedio que estarse quieto, porque no era más que el empleado de un garaje de la calle de la Montera, el chaval de confianza del señor Turégano, cliente del banco que estaba justo al otro lado de Alcalá, porque tenía dos talones que ingresar y doscientas pesetas para cambiar, porque no era nadie, nada, un pardillo que había sido incapaz de distinguir qué ideas le convenían de verdad. Por eso se quedó quieto, mientras esperaba a que la corriente amainara, a que la turbulencia se disipara, a que los rezagados se integraran en la mancha apretada, azulada y temible que desbordaba la confluencia de los dos ejes principales del centro de Madrid. ¿De dónde habrán salido tantos?, se preguntaba, calculando que ellos, los que hubieran permanecido en la ciudad durante el tiempo que él llevaba viviendo allí, se harían cada mañana la pregunta inversa, ¿dónde se habrán metido tantos? Pero no se acordó de Mari Carmen, porque en aquel momento, mientras las tiendas volvían a abrir sus puertas y los peatones más audaces se atrevían ya a cruzar la calle, distinguió a un falangista aislado, solo, que avanzaba cojeando, el rostro contraído en un gesto de dolor, por el borde de la acera.

Era muy joven, flaco y de aspecto frágil, no tanto por las gafas, grandes y cuadradas, con una montura de pasta negra, espesa, que subrayaba la palidez de su piel, como porque el esternón avanzaba en forma de pico desde la insignificancia de

su pecho, proyectando a ambos lados de la camisa abierta un relieve visible, deforme, que la arrogante ferocidad de su uniforme hacía aún más penoso. Tenía la cara brillante de sudor, los labios entreabiertos y, la pierna derecha encogida, el pie en el aire, pocas fuerzas ya para sobreponerse al sufrimiento. Julio le miraba. Él le miró también, durante un instante, antes de rendirse.

—¿Qué le ha pasado? —el empleado del señor Turégano se dirigió a él con el respeto que le inspiraba el color de su camisa cuando se lo encontró sentado en el bordillo, a su lado—. ¿Necesita ayuda?

—He metido el pie en una boca de riego —le contestó el falangista, que no era mayor que él—, chico, qué mala suerte. Venía con mis hermanos, pero no me han esperado, igual ni se han dado cuenta...

—¿Tiene el tobillo hinchado?

—No lo sé, vamos a ver —el accidentado se descalzó, se bajó el calcetín y se quedó mirando su tobillo derecho, enrojecido, inflamado, blando—. ¡Joder! Pues sí que... Y tenía que pasarme esto hoy, precisamente hoy...

—Debería vendárselo —le aconsejó Julio—. Si quiere le busco un taxi, debería irse a casa.

—No, ni hablar, pero ¿qué dices...? —y le interrogó con las cejas, para preguntarle su nombre.

—Julio —contestó él, y le tendió la mano—. Julio Carrión.

—Encantado —dijo mientras la estrechaba—. Yo soy Eugenio Sánchez Delgado, el pequeño de los hermanos Sánchez Delgado, ya sabes —su interlocutor no sabía, pero no se atrevió a decir nada—, y no me puedo ir a casa, Julio, hoy no... Tengo que ir con los demás, apoyarles, estar con ellos. Es nuestra oportunidad, la gran tarea de nuestra generación, ¿no te das cuenta? Nuestros padres, nuestros hermanos mayores, vencieron en la cruzada. Ahora nos toca a nosotros, es nuestro deber, nuestro desafío. España sólo fue el principio, todavía tenemos el mundo por delante. La civilización necesita nuestra juventud, nuestra fuerza. Occidente está en peligro y nos llama, nos está llamando, escucha su voz...

Aquel alfeñique pálido y contrahecho, que sabía hablar, que creía en lo que decía y estaba animado por una fuerza que él jamás conocería por muy anchos que fueran sus hombros, por muy poderosos que fueran sus brazos, por muy musculoso, y compacto, y macizo que fuera el cuerpo que había heredado de su padre, le miró a través de los espesos cristales de sus gafas y Julio reconoció su mirada. Mamá, pensó, Manuel, Mari Carmen, Isidro. Él ya había visto esa luz, el color de la convicción, el acero de las palabras por las que vale la pena morir, y vaciló, dudó, no mucho, apenas un instante, el tiempo que tardó en volver a acordarse de la hija del Peluca. Al fin y al cabo, se dijo, todos son iguales, éste, por lo que dice, más tonto, pero por lo demás... Julio Carrión González, que una noche se prometió a sí mismo que nunca más

volvería a ir con los que pierden, ya se había equivocado una vez. Cuando Eugenio Sánchez Delgado se levantó, mordiendo al dolor, para apretarle en el hombro con la mano izquierda antes de apoyarse en él, aún no sabía que estaba a punto de cometer su segunda equivocación, el error que le pondría en el camino de la tercera, y a través de ella, del acierto definitivo.

—Vamos, Julio. Si tú me ayudas, podemos llegar. Vamos a defender a Europa frente a Oriente. No lo dudes. Vamos, anda...

A mí sí me importaba saber qué clase de hombre había sido mi padre.

No creí en la indiferencia de mi hermano Julio, pero sí en su versión, en su indignación, en su rabia. La historia que me había contado compartía el mismo rango de inverosimilitud instantánea, aparente, de verosimilitud esencial y trabajosa, en el que se había situado antes la noticia de la predilección que mi padre sentía por mí sin que yo hubiera llegado a percibirla nunca. El todo sólo es igual a la suma de las partes cuando éstas se ignoran entre sí. Las partes se habían ignorado durante demasiado tiempo, pensé, y el todo se estaba haciendo demasiado grande, demasiado contradictorio y áspero como para escapar de la ley que afecta a las emergencias en sistemas de muchos componentes. Mi padre era un sistema de muchos, demasiados componentes. Aún no sabía cuántos, y sin embargo recordé a tiempo que las catástrofes suceden cuando el todo es mayor que la suma de las partes.

No podía recordar la fecha exactamente, pero hacía mucho calor y Miguelito era todavía un bebé, sería una noche de junio, julio quizás de 2001, cuando nos despertamos a la vez, mi hijo removiéndose en la cuna con los ojos aún cerrados, en sus labios una queja débil, apenas un hilo de llanto. Yo estaba empapado en sudor, Mai dormía echada encima de mí, la aparté con cuidado y no experimenté ningún alivio, tanto calor hacía. Miguel también sudaba, al cogerle en brazos sentí que su piel blanca y blanda, tierna y suavísima, estaba húmeda. Sentí también la emoción de su apaciguamiento fulminante, repentino, la emoción de saber que mi hijo reconocía mis brazos, que callaba al apoyar la cabeza contra mi hombro, que advertía la seguridad, la tranquilidad de un lugar seguro. Eran las seis menos veinte de la mañana, y se lanzó sobre el biberón de la manzanilla como un desesperado mientras le calentaba el de verdad en la penumbra de la cocina. No quise encender la luz del techo por no molestarle, y para apurar el sorprendente gozo de aquella intimidad fácil y desmedida al mismo tiempo, un padre con su hijo, su piel contra mi piel, aquel contacto nuevo, insólito, conmovedor, que él no recordaría y en el que a mí todavía me costaba reconocerme, porque no habían pasado más de tres meses y ahí estaba él, Miguelito, con hambre y con sueño, tan débil, tan incapaz de hacer nada por sí mismo, en mis brazos, a mi merced, una responsabilidad formidable, una solución sencillísima, sacar la botella de cristal del microondas, ajustar la tetina, dejar caer dos gotas sobre el dorso de la mano, acercarle el biberón a la boca, y la paz.

Me impresionaba mucho tener un hijo. Nunca había pensado en él como un propósito, una meta, ni siquiera una etapa de mi vida. No es que no hubiera querido tenerlo, pero si Mai no hubiera insistido, a mí no se me habría ocurrido proponérselo. Viví el embarazo de mi mujer como un proceso ajeno, misterioso, casi temible, sin hallar dentro de mí la menor emoción al notar sus patadas, ni al escuchar los latidos de su corazón, ni al verlo crecer de ecografía en ecografía, esos borrones grisáceos con manchas de luz y zonas de sombra en los que la ginecóloga identificaba, muy

contenta, unos pulmones, unos riñones, unos brazos y unas piernas, para que yo no viera nada, sólo manchas, luces y sombras que llevaban inexplicablemente a Mai al borde del llanto. Durante ese proceso yo estuve fuera, lejos, al margen, en un lugar donde no veía nada, no entendía nada, no esperaba nada. Cuando Miguel nació, fue diferente.

Pensaba en eso, siempre que estaba solo con él pensaba en eso, mientras me lo llevaba al porche. Me impresionaba mucho tener un hijo, y aún más comprobar cómo esa palabra, hijo, había pasado de no ser nada a serlo todo en un segundo, el instante preciso en el que empezó a respirar con sus propios pulmones, a ser él, y yo su padre. A partir de ese momento, de alguna manera Mai dejó de contar. Un segundo, un minuto, una hora antes, el niño que ya sabíamos que se iba a llamar Miguel era asunto suyo. Ya no. Ella seguía estando en el mismo sitio pero yo acababa de encontrar un sitio nuevo donde estar, y me gustaba.

Cuando cogí a mi hijo en brazos por primera vez, sentí de golpe toda la emoción que no había sentido al notar sus patadas, al escuchar los latidos de su corazón, al verlo crecer de ecografía en ecografía. Con el tiempo, esa conmoción intensa, flamante, erizada de sorpresas y de miedos, de responsabilidades formidables y de placeres insólitos, tan difíciles de definir como la calidad de la piel de un bebé, se iría transformando en un amor distinto, constante y cotidiano, menos puntiagudo y más risueño, a medida que Miguelito fue dejando de ser como todos los niños de su edad para empezar a ser él mismo, con su propio rostro, su propio cuerpo, su propia técnica para molestar y su peculiar manera de ser insoportable unos ratos, adorable otros, sin dejar nunca de serlo todo, de ser Miguel Carrión, mi hijo. Pero aquella noche de junio, julio tal vez de 2001, cuando salí con él al porche y me encontré allí con mi padre, que tampoco podía dormir, yo aún era incapaz de cogerle en brazos sin ser consciente en cada momento de que éramos yo, mi hijo y mis brazos.

Él no podía saberlo cuando me vio aparecer, cuando me senté a su lado y sin dejar de atender al bebé, al biberón, le comenté que parecía imposible que ni siquiera en el jardín, ni siquiera a las seis de la mañana, llegara a aflojar aquel calor espantoso. Pero él no quiso hablar del tiempo conmigo. ¿Y Mai dónde está?, me preguntó a bocajarro, sin esforzarse en disimular su sorpresa. Durmiendo, le contesté, y movió la cabeza, como si no pudiera procesar esa palabra. Debes querer mucho a tu mujer, hijo, dijo al rato, sí que la quiero, reconocí, pero no me he levantado por ella, lo he hecho por mí. ¿Por ti?, insistió, por mí, insistí, me gusta mucho ocuparme del niño. Él volvió a mirarme con ojos de alucinado y por fin estuvo de acuerdo en que hacía mucho calor, demasiado.

Cuando mi hermano Julio se marchó —si no nos vamos de putas prefiero llegar a casa a tiempo de ver a los niños despiertos, dijo, y sonrió menos para mí que para sí mismo—, decidí quedarme en aquel bar, prolongar la última copa a solas. Seguía sin

apetecerme volver a casa, pero las razones de mi pereza no estaban allí, sino en el maletero de mi coche. Antes de viajar a lo que cada vez se parecía más a un decorado y menos a la plácida llanura de tierras cultivadas que solía ser mi vida, tendría que volver a aquel ático de la calle Jorge Juan que no me pertenecía y deshacer el trabajo feo y sucio en el que me había empeñado aquella misma tarde. Por más que hubiera decidido que mi última intervención en aquel asunto se reduciría a depositar dos bolsas de basura en el recibidor, seguía estando harto, nervioso, y cada vez más cansado de llevar a mi padre a cuestas. Luego, además, estaba Raquel, porque tendría que llamarla, quedar con ella, devolverle la llave, verla, escucharla, controlar la excitación feroz del cazador que nunca había creído ser hasta que ella lo despertó en mí, quitarle importancia al estado de alerta consciente que comenzaría en el mismo instante en el que ella pudiera tocarme otra vez, forcejear con sus silencios, con sus pausas, la impecable representación del papel que se hubiera preparado y el desconcierto de sus puntos suspensivos, preguntarme a qué clase de juego estaba jugando, pasar por alto, o no, el pequeño detalle de que aquella chica lista, de una belleza tan sigilosa que había que mirarla con atención, y mirarla dos veces, antes de descubrirla, había sido la última amante de mi padre.

Mi padre. Aquellas dos palabras nunca habían sido un problema para mí, nunca, ni siquiera en los momentos más difíciles, todas aquellas decisiones en las que me fui apartando de sus proyectos, de sus deseos, del modelo de hijo que a él le hubiera gustado tener. Mi padre. Siempre había sido tan sencillo pensarlo, decirlo, asumirlo, que quizás el prestigio congénito de aquel concepto me había estorbado para comprender al hombre que lo sustentaba. Un pobre hombre, me dije, recordándome a mí mismo, un hijo de puta, añadí, recordando a mi hermano. Un padre y sus hijos, ésos eran los nuevos datos del problema, yo, primero hijo y luego padre, Julio, que había elegido ser padre a costa de renunciar a ser hijo, Miguelito, que era sólo un bebé de tres meses con hambre y con sueño, su piel blanca y blanda, tan tierna y tan suave, aquella noche en la que su abuelo nos contempló a los dos, yo padre, él hijo, con un asombro purísimo o tal vez no, tal vez contaminado de un desprecio superior a la incomprensión que a mí me había bastado para despejar la incógnita de sus ojos muy abiertos.

Estás exagerando, Álvaro, habría dicho Mai, poniéndose como siempre, como todos, de su parte. Él es un hombre muy mayor, hay cosas que no puede comprender, seguramente a él jamás se le ocurrió levantarse por la noche para daros el biberón a ninguno de vosotros, eso no significa que fuera menos sensible, que os quisiera menos, en aquella época la forma de ser padre era distinta, nada más. Mi mujer nunca había dicho esas palabras, yo nunca las había escuchado, pero pude oírlas entonces, pude incluso rebatirlas —tal vez tengas razón, pero prestarle dinero a un hijo que se está divorciando para que no tenga problemas con la madre de sus propios hijos no es

lo mismo que levantarse a dar un biberón, Mai, y eso sí tiene que ver con la forma de ser padre de toda la vida— en la calma de aquel bar medio vacío donde aún persistía el olor de la pólvora, las sucesivas cargas de dinamita que las palabras de mi hermano habían hecho explotar en mi conciencia, en mi memoria torturada por la obligación de recordar en una dirección nueva y distinta, porque ya no se trataba de fijar cada fecha, cada acto, cada imagen de aquel hombre al que ya nunca podría rescatar de la muerte, sino de descubrir significados nuevos, ocultos, discordes, en las fechas, en los actos, en las imágenes del hombre a quien yo había creído conocer. Y eso me convertía en un traidor, pensé, en un miserable, el hijo artero, desleal, que presta atención a las murmuraciones cargadas de sentido, a las insinuaciones malignas y fundadas, a la sincera versión del enemigo. Pero el enemigo era mi hermano y tenía razón, y ninguno de los dos habíamos elegido ser hijos de nuestro padre, no habíamos tenido otra opción, otro camino. Lo que estaba en juego era más que la memoria de Julio Carrión González. Lo que estaba en juego era mi propia memoria. Eso pensé, y no me sentí mejor, pero sí más justo.

En aquel momento, también se me ocurrió que podría no hacer nada, olvidarlo todo y olvidar deprisa, dejar cada cosa como estaba y a merced del tiempo que ya había empezado a pasar, a enterrar mi propia conmoción, mis viejas y mis nuevas emociones. Ya nada tenía remedio, porque mi padre había muerto. Si no era el hombre al que yo había querido, al que había admirado, al que había necesitado, ya nunca sería ningún otro. Tampoco tendría la oportunidad de defenderse, de explicar las palabras de Mai con sus propias palabras, de convencerme de que estaba exagerando. Y sin embargo, en aquel bar tranquilo y elegante del barrio de Salamanca yo seguía oliendo a pólvora, el whisky sabía a pólvora, las mesas y las sillas, las lámparas, la barra, mi ropa, mis propias manos estaban impregnadas del color, del olor, del sabor de la pólvora. No me apetecía nada volver a casa. Si estuviera exagerando, no habría podido aceptar la rabia de Julio. Si estuviera exagerando, no habría recuperado instantáneamente y sin intervención alguna de mi voluntad aquella sofocante madrugada de verano en la que ni yo, ni mi hijo, ni mi padre habíamos podido dormir. Si estuviera exagerando, habría percibido alguna vez, de alguna forma, esa predilección de mi padre por mí que tanto hacía sufrir a mi hermano Rafa.

Mientras pagaba, y salía a la calle, y caminaba sin ganas hacia el coche donde permanecían las pruebas de que Raquel Fernández Perea, lejos de haber dejado de ser un problema, se había convertido en el factor por el que se multiplicaban los míos, me sorprendí pensando que a pesar de la historia de Julio, aquella enormidad que él había resumido en unas pocas palabras que jamás, jamás, podría dejar de recordar —para los negocios de Rafa sí, pero para mis hijos no—, lo que más me había afectado de aquella conversación era su sorprendente intuición acerca de la multiplicidad de nuestro padre, esa dificultad para recordarle de una sola manera que había aflorado

también entre nosotros, también aquella tarde, justo antes de que se marchara, cuando le confesé que lo que acababa de aprender me resultaba todavía más duro, todavía más feo, e injusto, y difícil de aceptar, al compararlo con mis recuerdos infantiles.

—Porque papá siempre fue un buen padre —le dije, y estaba muy seguro de lo que decía—, que jugaba con nosotros, que estaba pendiente de lo que necesitábamos, que nos ayudaba, que nos consolaba...

—¿Tú crees? —dudó mi hermano—. Eso mismo es lo que dice Rafa, pero yo no lo recuerdo así. Es verdad que nos hacía trucos de magia, eso sí, sobre todo cuando había visitas, pero porque eso le gustaba, le encantaba lucirse, ya lo sabes, y venía a los partidos de fútbol, eso también, pero por lo demás... —negó con la cabeza y una mueca escéptica en los labios—. Yo creo que no era así exactamente, que hacía de padre cuando le venía bien, cuando le encajaba en la agenda, cuando no tenía previsto nada mejor que hacer, pero no recuerdo que se pudiera recurrir a él sin condiciones, como podíamos recurrir a mamá. Y una tarde que estábamos hablando de esto en casa de Clara, ella nos recordó que, por ejemplo, papá jamás fue a verla a ninguno de los recitales que daba en el colegio, nunca la escuchó tocar.

Eso es verdad, pensé, antes de reconocerlo en voz alta. Era verdad y yo todavía me acordaba de las periódicas decepciones de mi hermana, un año tras otro, mamá, Angélica y yo, a veces también Rafa, a veces también Julio, a veces todos excepto mi padre, aplaudiendo de pie en el salón de actos del colegio de las niñas. Clara no tocaba muy bien, nunca tuvo futuro como pianista, pero era la mejor de su nivel, siempre actuaba en las funciones de fin de curso y todos íbamos a verla, a aplaudirla, todos menos mi padre, que no fue nunca.

—En eso lleva razón —admití por fin—, pero yo creo que papá no quería verla tocando el piano porque le recordaba a su madre.

—¿A su madre? —me preguntó Julio con extrañeza.

—Sí, a su madre. La abuela Teresa tocaba el piano.

—¿El piano? —y me miró con los ojos muy abiertos—. Es la primera vez que lo oigo en mi vida... ¿No era maestra?

—Sí, era maestra, pero además tocaba el piano, muy mal, pero lo tocaba. Tenían uno en casa. Por lo visto, el abuelo se lo regaló cuando se casaron, papá me lo contó una vez.

—A mí no, nunca. Yo no tenía ni idea —y se quedó un momento pensando—. De todas formas, otra cosa muy rara es que a papá no le gustaba contar historias de su familia, hablar de su padre, de su madre...

—Sí, eso también es verdad. Pero aunque lo supiéramos todo, el recuerdo de la abuela tampoco le disculparía por no haber ido nunca a ver a Clara.

—No —Julio estaba de acuerdo—, desde luego que no.

Las bolsas de basura pesaban menos de lo que yo recordaba, pero de todas formas

cuando volví a meterlas en el ático estaba sudando. Mi hermano tenía razón, era difícil ponerse de acuerdo al recordar a mi padre, al menos en los detalles, pero eso tendría que haberlo pensado yo, eso tendría que habérseme ocurrido a mí, me dije, que estoy al tanto del secreto que ignoran todos los demás, harto de entrar y salir de esta casa que no existe para ninguno de ellos. Quizás no sea el único secreto, pensé luego, pero estaba cansado, muy cansado.

Antes de que Julio formulara esa cuestión en voz alta, yo había pensado otras, muchas veces, en la extraña estructura de mi familia, una piña unida, compacta, y al mismo tiempo suspendida en el vacío, nada detrás, nada a los lados, ni abuelos, ni tíos, ni primos, ni parientes de ninguna clase, los siete solos, mi padre, mi madre, mis hermanos y yo. ¿Para qué más?, nos habían dicho siempre, y que el abuelo Rafael había muerto muy joven, antes de la guerra y de que naciera su hija Angélica, y la abuela Mariana, su mujer, cuando mi hermano Julio todavía no andaba. Había visto algunas fotos, muy pocas, de ella, sosteniendo en brazos a mis tres hermanos mayores, una mujer oscura, vestida de negro, que vivía lejos, en un pueblo de Galicia. No era guapa y daba un poco de miedo, como el abuelo Benigno, el padre de papá, al que primero su hijo, y luego yo, nos parecíamos como gotas de agua. La abuela Teresa, que tocaba tan mal el piano, era su mujer pero parecía su hija en la única foto que existía de ella, la de su boda, donde miraba a la cámara de frente y con una gran sonrisa, frente al gesto serio, hosco, del perfil de su marido. Ella también había muerto muy joven, en el verano de 1937, en plena guerra, sin haber tenido otros hijos. Benigno la había seguido a finales de la década de los cincuenta y con más de setenta años, pero no había llegado a conocer a mi hermano Rafa, el hijo que su nuera estaba esperando cuando murió. Yo nunca había tenido abuelos, ni tíos, ni primos, ningún pariente, ninguna historia antigua que escuchar, apenas noticias sueltas, comentarios casuales, fragmentos que no siempre coincidían con los datos que conocían mis hermanos. Por eso, Julio nunca había sabido que la abuela Teresa tocara el piano. Por eso, quizás, era tan difícil recordar a mi padre de una sola manera, porque no existía ninguna otra versión con la que comparar nuestros recuerdos, ninguna fuente más allá de la caprichosa memoria de un hombre al que siempre le gustaba contarnos lo mismo, su infancia en el pueblo, su juventud en los hielos de Rusia, de Polonia. Un hombre que había tenido una vida muy dura a la que mi mujer no dudaría en achacar la dureza de su corazón, una dureza que, por otro lado, yo no había sido capaz de establecer con seguridad hasta después de su muerte. Quizás Raquel no fuera su único secreto, pero estaba cansado, muy cansado.

—¿Qué ha pasado, Álvaro? —al llegar a casa, Mai me abrazó con un gesto de preocupación poco profunda.

—Nada —contesté—. He estado tomando unas copas con Julio y se me ha hecho tarde. Te he llamado pero...

—No, no lo digo por eso. He estado hablando con Clara. Ha llamado para ver qué tal estabas y me ha contado que has tenido una bronca con Angélica, en la notaría.

—¡Bah! Eso no ha sido más que una tontería, ya sabes cómo es, me saca de quicio... —hice una pausa y sonreí—. Por lo demás, te informo de que somos ricos.

—Ya, eso también me lo ha contado Clara.

Mi mujer sabía de la herencia más que yo, porque mi hermana había calculado, con una precisión que en poco menos de un mes se revelaría como asombrosa, la cantidad que nos correspondía a cada uno. En cualquier otro momento, la ávida naturaleza de su repentina afición a la aritmética me habría parecido tan sorprendente como la euforia de Mai, que se obligaba a sí misma a disimular su buen humor, como si le pareciera de mal gusto estar tan contenta, pero mi padre seguía pesando demasiado sobre mis hombros anquilosados, exhaustos.

Todo estaba pasando a la vez, y todo pasaba demasiado aprisa, con una intensidad, a una velocidad que yo no acertaba a controlar. Por eso, cuando volví a hablar con Raquel, cuando quedé con ella y encontré un filo imprevisto, acerado, en el borde de todos mis dientes, me pareció increíble haber pensado alguna vez en incorporar a mi mujer a aquella cita. Y sin embargo, había pensado en eso, le había estado dando vueltas a esa idea todo el fin de semana, desde que en la misma noche de nuestra riqueza encontré un resorte útil para explotar su alegría de feliz heredera, legítima consorte de un heredero atrapado en un corrimiento de tierras, el dudoso superviviente de una catástrofe tan abrupta como el perfil de las cordilleras que habían empezado a accidentar sin sentido, sin piedad, la plácida llanura que había sido su vida hasta que el todo resultó ser más grande que las partes. Mai no podía saberlo, no podía imaginarlo siquiera cuando nos sentamos a cenar aquella noche.

—Oye, por cierto... —e improvisé el acento más inocente mientras ella servía la ensalada—, ¿tú no conocerás por casualidad a algún funcionario del Registro de la Propiedad?

—¿Yo? —se me quedó mirando, muy sorprendida—. Pues no. ¿Por qué iba a conocerlo?

—No sé, como eres funcionaría de la Comunidad... —y antes de darle tiempo para recordarme que ella trabajaba en Sanidad, le conté una historia enrevesada y falsa que me permitió comprobar, de paso, que cada día mentía mejor—. Se le ha ocurrido a Rafa, porque..., bueno, al salir de la notaría, ha hecho un aparte con Julio y conmigo para contarnos que una de las propiedades de mi padre, uno de los áticos aquellos que nos enseñó, ¿te acuerdas?, no aparece por ninguna parte. Al parecer, papá le comentó que tenía intención de regalárselo a la hija de uno de sus socios, que se casó hace poco, pero Rafa está preocupado. En realidad, nadie sabe lo que ha pasado con esa casa y no queremos que mi madre piense nada raro. Por eso... No sé, se le ha ocurrido que sería más discreto que hiciera la gestión alguien que no se

apellidara Carrión.

—Claro —mi mujer se mostró muy comprensiva—, no te preocupes. Puedo llamar yo directamente, desde mi oficina, como si fuera un asunto de trabajo. No creo que haya problemas...

No los hubo. El viernes por la tarde, al volver a casa, Mai me dio el papel donde había apuntado con letras mayúsculas, para evitar confusiones, el nombre de Raquel Fernández Perea, y a su lado, la palabra «donación». Estupendo, dije yo, entonces Rafa tenía razón, problema resuelto, y ella me sonrió antes de decirme que había pensado que lo primero que deberíamos hacer sería cambiar los muebles del salón, ponerlo todo nuevo, de arriba abajo. Y pintar las paredes de colores antes de nada, añadió, ya no se lleva tanto blanco. Del color que tú quieras, asentí, mientras calculaba que era demasiado tarde para llamar a un banco, y me sentí como un miserable por haber mentido a mi mujer en aquel asunto inocente que nunca me había deparado otro papel que el del más azaroso intermediario entre las dos caras de un hombre dividido, que por la dignidad de su propia memoria y la de la gente que le había querido, debería seguir teniendo sólo una, luminosa y pública. Por eso estuve a punto de confesar, de contárselo todo desde el principio, desde la estricta casualidad de la fecha que un desconocido asesor de inversiones había elegido para echar al buzón una carta que podría haber recogido mi hermano Julio, que podría haber recogido mi hermano Rafa, pero que recogí yo, el único testigo de la presencia de Raquel Fernández Perea en el entierro de mi padre.

Eso había sido todo, una pura coincidencia, una cadena de acontecimientos triviales, casuales, una serie de accidentes sin ninguna relación lógica entre sí al margen de la fatal necesidad de mi presencia en todos ellos. Ni Mai ni nadie podrían culparme por hacer lo que había hecho yo solo y con una considerable dosis de abnegación, porque nada habría sido tan fácil ni tan descansado para mí como hablar primero con ella, y llamar después a todos mis hermanos para dividir el secreto de mi padre entre cinco. Pero no dije nada, ni a ella ni a nadie, y el lunes por la mañana llamé a Raquel para decirle que teníamos que vernos.

—¿Ah, sí? —me preguntó en un tono risueño, juguetón, que desarbolé tan pronto como pude.

—Sí —me limité a confirmar—, hay novedades.

—¿Novedades? —su voz había cambiado—. ¿De qué clase?

—Pues... —busqué una buena manera de resumirlo todo y no la encontré—. La verdad es que no es algo como para contarlo por teléfono. Vamos a tener que vernos de todas formas, así que prefiero esperar, pero ya te adelanto que el piso de la calle Jorge Juan no es nuestro, sino tuyo.

—¿Mío? —aquella noticia la impresionó mucho—. ¿Estás seguro?

—Sí. Por eso tengo que devolverte la llave, aunque no sé cuándo vamos a poder

quedar, porque ando muy mal de tiempo. El viernes inauguro una exposición y el montaje va retrasado, como siempre...

—¿Una exposición? —y en la pausa que abrió a continuación, me pareció más desconcertada todavía—. ¡Ah! ¿Pero es que tú pintas?

—No —sonreí—, no pinto, pero eso también es largo de contar. Mira, vamos a quedar por la tarde...

—Mejor por la noche —ella se me adelantó cuando todavía no había tenido tiempo de elegir una fecha—. Así podemos ir a cenar a un japonés y te prometo que no volveré a ponerte perdido de agua.

—A cenar... —estaba valorando su sugerencia, sin acabar de aceptarla, cuando se me adelantó otra vez.

—El miércoles.

—No —objeté, sin darme cuenta de que la cena ya no estaba en cuestión—, el miércoles todavía estaré muy liado. Mejor el jueves y no muy pronto.

—¿A las diez?

—A las diez —acepté, mientras calculaba cuál era el mejor japonés que conocía —, pero esta vez elijo yo el restaurante.

—Estupendo —comentó al conocer mi elección—, supongo que sabrás que es carísimo.

—Lo sé, pero por eso no te preocupes. Invito, yo. Ya sabes que me encanta quedar por encima de los economistas...

Estaba haciendo lo que tenía que hacer, representando un papel que no había escogido. Llevaba a mi padre a cuestas y su memoria era tan incómoda, tan pesada, que mis hombros estaban ya anquilosados, exhaustos. Nadie podría culparme por eso, tampoco Mai, y sin embargo, un sentimiento parecido a la culpa estaba ya instalado en mí, porque volví a mentir a mi mujer aquella noche, y sentí un pesar más grave que mi falta cuando ella aceptó sin hacer preguntas la noticia de que mis alumnos de quinto habían decidido adelantar un mes y medio la cena de fin de curso. Y no le conté nada, ni entonces ni nunca, pero me pareció mentira haber pensado alguna vez en incorporarla a aquella cita mientras seguía hallando un filo imprevisto, acerado, en el borde de todos mis dientes.

Cuando llegué al restaurante, me había propuesto ignorarlo, proteger a toda costa mi lengua de su amenaza. Todavía no eran las diez, y me quedé en la barra. Calculaba que Raquel llegaría calculadamente tarde y acerté. Calculaba que no aparecería vestida de mujer de negocios y volví a acertar. Calculaba que nada de lo que hiciera o dijera podría alterarme ya, y me equivoqué.

La vi venir de lejos, con un vestido de tirantes de una tela brillante y muy pálida, que parecía una combinación de las de antes, porque llevaba unas tiras de encaje en el escote y en el borde de la falda. Era un vestido audaz, casi peligroso, pero sus efectos

más evidentes quedaban neutralizados por la compañía de una chaqueta de punto abrochada sólo a medias y con las mangas muy largas, que le daba al conjunto un aspecto parecido al que tendría una jovencita que se prueba la ropa interior de su madre y descubre de repente que tiene frío, o una madre a medio vestir que no encuentra otra cosa para taparse que la chaqueta todavía rosa, de aire todavía infantil, de su hija adolescente. Chica lista, pensé, pero con eso ya contaba. Lo que no esperaba era que llegara hasta mí, que se me acercara mucho más de lo que había calculado, y que me besara en las dos mejillas muy despacio, casi con cuidado, para que yo fuera perfectamente consciente de que aquélla era la primera vez en mi vida que Raquel Fernández Perea me besaba.

—Hola —dijo sólo después, y al estudiar mi cara se echó a reír—. ¿Qué pasa? No es tan raro. En España, la gente que se conoce se besa cuando se ve, ¿no?

—Y come a las tres, al salir de trabajar —añadí.

—En efecto —me dio la razón con la cabeza y se me quedó mirando con una expresión que pretendía ser seria sin conseguirlo del todo—. Oye, siento mucho lo de los besos, de verdad. Lo he hecho sin pensar —entonces volvió a sonreír, como si quisiera asegurarme que ya sabía ella que yo era incapaz de creer que pudiera hacer nada sin haber previsto minuciosamente sus efectos—. Perdóname, no quería molestarte.

Llevaba unas sandalias de tacón altísimo con las que debía de sacarme un par de centímetros, y olía muy bien. Al besarla en las mejillas, primero en la izquierda, luego en la derecha, despacio yo también, con mucho cuidado, me di cuenta de eso y de que su chaqueta todavía tenía enganchada una tira de plástico transparente de la que no hacía mucho debía de colgar una etiqueta. Es la primera vez que se la pone, pensé, a lo mejor hasta se la ha comprado para venir a cenar conmigo, y esa posibilidad me inspiró un regocijo que terminó de ponerme los dientes de punta.

—No me has molestado —le dije, era guapa, tan guapa ahora que había aprendido a mirarla—. Llevas la tira de la etiqueta enganchada en la chaqueta. ¿Te la quito?

—No, no, a ver si te la cargas, que es nueva... Me la acabo de comprar esta misma tarde —lo dijo con toda la naturalidad del mundo, como si le diera igual lo que yo pudiera pensar de aquella o de cualquier otra cosa—. No soporto guardar la ropa nueva en el armario, tengo que estrenarla enseguida, ¿a ti no te pasa?

—No —dije—, bueno, no sé. Me da bastante igual, la verdad.

—Muy masculino.

—Pues... será, yo qué sé... —entonces me acordé de la cerveza que tenía en la barra—. ¿Quieres tomar algo?

—Muy masculino también —y se echó a reír—. No, prefiero sentarme. Tengo mucha hambre. De sushi y de novedades. ¿Has reservado mesa? Esto está lleno.

—Raquel...

—¡Ay, pues no sé! A mí viniste a verme sin pedir cita antes.

Echó a andar por el pasillo y la seguí, y ya no me sentí como un perro amaestrado ni como su dueño, aquel cazador excitado que se relamía al presentir el descuido de su presa, sino como yo mismo cuando estaba con ella. La distancia inmensa, poco menos que astronómica, que me alejaba de la imagen de Raquel cuando pensaba en mi padre, había quedado misteriosamente anulada por su presencia. Mientras nos dirigíamos a nuestra mesa, y nos sentábamos, y nos mirábamos un momento sin nada que decir aún, tenía presente el ático de la calle Jorge Juan, las velas del jacuzzi, las pastillas azules y aquel consolador de goma de color morado que parecía relleno de una especie de gel, pero al mismo tiempo sentía que la mujer que tenía enfrente, la cabeza ladeada, ignorante de la potencia de su escorzo, la línea de la mandíbula, la barbilla, la perfección vertical y tierna de su largo cuello, no era del todo la misma que se deslizaba desnuda en una bañera o se recostaba sobre una pila de almohadas para entreabrir los labios en una sonrisa que dejaba ver sus dientes separados, como si la Raquel que conocía mi padre y la que había conocido yo fueran distintas, dos encarnaciones diferentes de la misma persona, dos mitades gemelas, iguales, pero no idénticas, de la misma mujer. Tal vez por eso estaba muy tranquilo, seguro de no tener que representar un papel diferente al de mi propio personaje, y dispuesto á controlar por una vez la situación.

—¿Pedimos antes de nada? —propuse, y no pude evitar una sonrisa al final.

—¿A qué estamos jugando? —ella también sonreía—. Se llamaba lo que hace la madre hacen los hijos, ¿no?

—Sí, pero tú no eres mi madre...

—Felizmente.

—...y además —pasé por alto su último comentario—, esta noche yo sí tengo muchas cosas que contarte.

Elegimos deprisa, sushi para los dos, Raquel lo pidió diciendo el nombre japonés de cada pieza, yo señalando con el dedo encima de la carta, éste, éste, éste. Ésa era mi forma habitual de pedir en los restaurantes orientales, pero ella creyó que era una broma y se rió, y estaba mucho más guapa cuando se reía. Tanto, que lamenté que volviera a ponerse seria mientras se lo contaba todo en un orden estratégico, distinto al verdadero, empezando por el testamento, la reunión en la notaría, mi sorpresa al comprobar que el ático no formaba parte del inventario de los bienes de mi padre, la constatación de que ella era la propietaria de aquella casa desde hacía casi tres meses.

—Me lo dijo alguna vez —se limitó a comentar con un misterioso acento nostálgico—, pero no le creí. Ésa es la verdad, que no le creí.

—Pues te dijo la verdad. Está inscrito a tu nombre en el Registro de la Propiedad.

—¿Y cómo te enteraste?

—Lo averiguó mi mujer —y cuando escuchó esa palabra frunció el ceño—. Es

funcionaria de la Comunidad de Madrid, trabaja en la Consejería de Sanidad.

—¿Tu mujer? —repitió, como si no le gustara el sonido de esas dos palabras—. No sabía que estuvieras casado, nunca me has hablado de ella.

—Bueno —sonreí—, nunca no significa mucho en este caso. Ésta es la tercera vez que hablo contigo.

—Sí, eso es verdad, pero de todas formas... —intentó buscar una manera de explicarse mejor, no lo consiguió, y ambas cosas me conmovieron más de lo que me convenía—. No sé, no pareces un hombre casado. ¿Y a qué se dedica, es médico?

—No, es... —hice una clase de pausa que había aprendido de mi padre—, economista.

—¡Oh! Vaya... —se echó a reír y justo después movió la cabeza, como si mi mujer hubiera dejado de interesarle—. ¿Sabes una cosa, Álvaro? Me recuerdas mucho a tu padre. No sólo físicamente, aunque eres clavado a él, ya lo sabes, sino también en otras cosas. Hace un momento, mientras estirabas esa ese, me ha parecido que estaba a punto de escuchar unos timbales, como en el circo. ¿Tú también haces magia?

—No, soy demasiado torpe. Intenté aprender, pero lo dejé enseguida.

—La primera vez que vi a tu padre —y me miró con una intensidad especial, una emoción que nunca había detectado en sus ojos hasta entonces—, me sacó dos caramelos de detrás de las orejas. Primero uno de naranja, y luego otro de fresa. Nunca lo olvidaré.

—Lo creo.

—Nunca —entonces desvió la mirada, como si no pudiera seguir hablando y mirándome a la vez—. Me pareció un hombre encantador, especial, adorable, no sé cómo explicarlo, un hombre del que me podía fiar, y tan simpático... Jamás he conocido a nadie tan seductor como tu padre. Inspiraba cariño, ¿verdad? Daban ganas de besarle, de abrazarle, de estar a su lado. Y cuando te abrazaba, te daba seguridad, confianza. No sé cómo explicarlo, pero no era un hombre como los demás.

Hizo una pausa, me miró un momento, y siguió haciendo dibujos en silencio con el dedo encima del mantel. Yo no dije nada. Sentía frío y sentía calor, estaba muy cerca, muy lejos de ella, me había perdido y navegaba sin mapas, sin brújula, sobre una voz emocionada pero tensa, dulce y violenta a la vez. Acababa de naufragar en sus palabras, en los adjetivos desmesurados y certeros, exactos y sin embargo ambiguos, que eran justos para calificar al hombre al que evocaban pero injustos para mí, porque yo no era capaz de interpretarlos, no lograba ajustar su sonido a su significado, no sabía desprender su contenido cálido, amable, de la corteza endurecida y seca que los envolvía. No había visto los ojos de Raquel mientras hablaba, ella no me había consentido contemplarlos, pero había visto sus labios, su boca de mujer que sabe reírse, que sabe que reír la favorece, y sobre ellos, una grisura

áspera, un engranaje obvio, una sonrisa trivial y mecánica detrás de cada punto y seguido, en cada sílaba, en cada verbo, en cada elogio decidido y sincero de un hombre que los merecía, pero cuya memoria no era capaz de iluminar un rostro tan hermoso, su piel tersa apagándose de pronto como la de un melocotón mustio, corriente.

Raquel Fernández Perea levantó por fin los ojos del mantel, volvió a mirarme, y supe lo que tenía que preguntar.

—¿Tú le querías?

—No.

Lo dijo de una vez, sin vacilar, sin esconderse, mirándome de frente, y su respuesta no me sorprendió aunque no sabría decir por qué, pero sentía frío y sentía calor. Estaba muy lejos, muy cerca de ella.

—No era exactamente eso, no es tan fácil... —añadió, y luego hizo una pausa y por fin sonrió, una sonrisa indudable, verdadera, sólo para mí—. Digamos que, cuando quería, tu padre era irresistible. Le bastaba con sonreír.

—Sí, eso es verdad. Es lo único en lo que no nos parecemos.

—No, tienes razón. Pero yo prefiero tu forma de sonreír, más contenida, más controlada, menos agresiva... Cuando sonreía, tu padre parecía un sol de esos que pintan los niños pequeños, un globo amarillo, coloreado hasta romper el papel y lleno de rayos. Era irresistible, sí, pero también excesivo, hasta brutal... No, brutal no es la palabra... —la buscó durante un instante, hasta que la encontró—. Humillante. La sonrisa de tu padre era humillante, Álvaro.

Asentí despacio mientras la miraba, mientras intuía que aquélla era la primera vez que la veía. Acababa de conocer a Raquel Fernández Perea, por debajo de los gestos plastificados de una mujer de negocios acostumbrada a que sus clientes intenten ligar con ella y a quitárselos de encima con eficacia, más allá de una elaborada franqueza teñida de ironía que resultaba tan seductora como demasiado elocuente, al margen de los papeles bien ensayados y del alivio de los puntos suspensivos, sin trampas, sin adornos, sin excusas, una mujer sola, maquillada con astucia y colores semejantes a los de su propia piel, y nada más, si acaso una belleza más bella que sus máscaras. Era Raquel Fernández Perea y me miraba, y tal vez se daba cuenta de que acababa de conocerla, o quizás no. Yo no podía saber si ella se había desprendido consciente, incluso deliberadamente, del último de los velos espesos, opacos como muros de piedra, que la ocultaban, o si había sucumbido sin querer a los efectos de su propia sinceridad, pero eso me daba igual. Acababa de verla, la estaba contemplando por primera vez, y me sobraba hasta el aire que respiraba. Ella también supo verme mientras me miraba, o tal vez fue otro el motivo que extinguió la chispa de ferocidad que bailaba en la repentina tristeza de sus ojos.

—Lo siento, Álvaro.

—¿El qué?

—No debería haberte dicho que no le quería —me miró, y yo sostuve su mirada, córtate las venas con un cuchillo, Álvaro, podría haberme dicho, y yo habría pensado que no era mala idea—. Al fin y al cabo, era tu padre.

No encontré nada que decir. Por un instante sentí el impulso de huir, ir al baño, meter la cabeza debajo del grifo, y confiar al agua fría la solución del intolerable tumulto que había tomado posesión de mis sentidos, el ruido que no me dejaba sentir nada excepto la presión caníbal de mis dientes. Duró sólo un instante, el que tardé en recordar quién era ella, quién era yo, por qué estábamos cenando juntos aquella noche, por qué habíamos comido juntos otra vez, cuál había sido la pregunta que nos había unido y cuál era la respuesta que contestaba a esa pregunta. Yo ya no era un niño, un adolescente desarmado, extraviado en el desconcierto de su propio deseo, y desde el principio había sabido que acabaría pasando algo así, y desde el principio había sabido que prefería no saberlo. Por eso reaccioné, logré negarme a mí mismo con éxito, y me propuse olvidar al mismo tiempo aquel instante y que nunca había vivido un instante como aquél.

—No me has ofendido, Raquel —le dije, mi voz indemne—. Yo no tengo autoridad sobre tus sentimientos y además..., te agradezco que me hayas dicho la verdad.

—Ya... —ella dejó de mirarme, miró su plato, después el mío—. No estás comiendo nada.

—No —le di la razón—. No tengo hambre.

—Pues deberías hacer un esfuerzo... —sonrió, seleccionó un bocado después de contemplar con atención los que no se había comido todavía, lo atrapó manejando los palillos con una destreza admirable, muy superior a la mía, lo mojó en la salsa de soja que había aliñado con todos los aditamentos disponibles, y se lo metió en la boca, dejando escapar un suspiro de satisfacción antes de terminar la frase—, porque esta cena te va a costar un dineral.

—No importa. Acabo de heredar, ya lo sabes. Por cierto... —saqué la llave que llevaba en el bolsillo y la deposité encima del mantel—, tú también has heredado. Y otra cosa... Estuve allí.

—¿Sí? —me miró, sonrió, miró al mantel, cedió a un amago de carcajada, se recompuso enseguida, y luego señaló mi plato con los palillos que sostenía en la mano derecha—. Bueno, pues ya que estamos llegando a estos grados de intimidad, y dado que no tienes hambre..., ¿me das el de huevas de salmón? Es mi favorito.

—Claro —yo también sonreí—. Cógelo tú. Yo lo destrozaría, ya lo has visto.

—Gracias... —se lo comió despacio, sin suspirar, antes de seguir hablando—. Eso también lo siento, Álvaro. Vas a tener que perdonarme muchas cosas, me temo. Supongo que tendría que haber ido allí a recoger antes de darte la llave, pero, no sé...

Pasó todo tan deprisa, fue todo tan raro, ¿no?

—Da igual —no me apetecía volver a verla en esa casa, a merced de la extinguida lujuria de mi padre, cuando podía disfrutar de su gula en tiempo real—. Lo hice yo. Eso es lo que te quería contar, que...

—¿Tú? —me interrumpió, con los ojos muy abiertos, en su boca la sonrisa de una niña pequeña mientras ve pasar la cabalgata de los Reyes Magos como mínimo—. ¿Tú recogiste la casa, abriste los armarios, vaciaste los cajones, lo quitaste todo de en medio?

—Sí, yo, ¿qué pasa? —ella cerró los ojos, y sin dejar de sonreír, volvió a abrirlos —. No es tan raro, ¿no? No quería que mi madre o mis hermanos... No sé, pensé que era lo que había que hacer.

—¡Álvaro! —y volvió a mirarme como si yo fuera un billete de lotería premiado —. Pues claro que era lo que había que hacer, pero no esperaba... ¡Qué mono! — entonces, sin dejar de sonreír, empezó a hacer aspavientos con las manos como si quisiera borrar esa expresión de júbilo tan infantil—. No, no, lo siento, no he querido decir eso... Quería decir..., bueno, que gracias.

—De nada. Y tampoco soy tan mono, no te hagas ilusiones, porque lo he dejado todo en dos bolsas de basura que están en el recibidor —ella arqueó las cejas en un gesto de extrañeza y se lo expliqué mejor—. Como tú me dijiste que la casa era nuestra, lo metí todo en bolsas de basura de las grandes. Al principio pensaba tirarlo, pero luego me di cuenta de que debería dártelo a ti, pensé que era lo mejor, lo más justo, que decidieras tú qué querías hacer con todo eso. Sin embargo, cuando salí de la notaría convencido de que la casa era tuya, me pareció una tontería cargar con las bolsas para dártelas la próxima vez que te viera, así que volví a dejarlas allí, tal cual, porque no tenía tiempo para volver a poner cada cosa en su sitio. De todas formas, antes de ir al notario tiré un montón de cosas. Comida sin caducar, lo siento, botes de gel y de champú que estaban por la mitad, revistas, las velas del cuarto de baño... Todo lo demás está allí, guardado de cualquier manera, espero que no se haya roto nada.

—Eso tampoco importaría mucho —su sonrisa se deshilachó despacio—. Casi todo lo que había era de tu padre o, por lo menos, lo compró él.

—¿La china también? —ya conocía la respuesta, pero echaba su risa de menos.

—¡No! —se echó a reír—. La china era mía.

—Menos mal, porque a estas alturas ya no sé... En fin, que podría creerme cualquier cosa.

Entonces cogí mi plato, casi lleno, y lo puse encima del suyo, vacío, pero ella apenas reparó en ese detalle.

—¿Y no te da miedo? —me preguntó en cambio mirándome a los ojos, en los suyos la misma intensidad que había visto antes, mientras evocaba su primer

encuentro con mi padre.

—¿Qué? —tú me das miedo, pensé, yo me doy miedo.

—Poder creerte cualquier cosa.

Después recordaría muchas veces esas palabras, cuando se pusieron de mi parte y cuando me hicieron daño, cuando me sostuvieron y cuando me aplastaron, cuando me quedé solo y seguí estando solo en medio de los vivos, y cuando sólo los muertos me hicieron compañía. El verbo creer es más ancho y más estrecho que ninguno, eso aprendería, y recordaría esas palabras muchas veces, cuando pude creer y cuando quise creer, cuando descubrí qué podían, qué querían creer los demás, cuando eso importaba más que ninguna otra cosa y cuando cualquier cosa importaba más que eso. Cuando lo tuve todo, cuando me quedé sin nada recordé muchas veces esas palabras, y aquella noche, cuando Raquel las pronunció, percibí su gravedad, su trascendencia, pero no las interpreté en la dirección correcta. Aunque no quisiera saberlo, ni siquiera pensarlo, ya la deseaba demasiado como para poder desvincular su pregunta de mi propio deseo.

—¿Tendría que darme miedo? —sonreí, yo creía que estábamos coqueteando, pero ella no me siguió y renuncié a preguntarle si de verdad era una mujer tan peligrosa.

—No lo sé. Yo no soy hija de tu padre, ya lo sabes —no esperaba esa respuesta y ella se dio cuenta—. De todas formas, la verdad..., la verdad es que me gustas mucho, Álvaro. Me gusta cómo eres, me gusta cómo piensas, me gusta lo que haces, y lo que dices, y cómo lo dices. No esperaba que tu padre tuviera un hijo como tú.

—Ahora sí que me voy a pedir una copa...

Era una chica lista, yo lo sabía, era una chica lista y desconcertante, una mujer complicada, imprevisible, más de dos, muchas mujeres en una o la más extraña que yo hubiera conocido jamás si es que había llegado a conocerla alguna vez, porque ahora dudaba de mi aplomo, de mi seguridad de antes. Seguía convencido de haberla visto aquella noche por primera vez, Raquel Fernández Perea, sin trampas, sin adornos, sin excusas, acaso una belleza más bella que sus máscaras, pero eso no significaba nada, no me servía de nada si no la entendía, y no podía entenderla, no era capaz de descifrar sus palabras, de ajustar su sonido a su significado. Tú sabes muchas cosas de mí y yo sé muy poco de ti, me había dicho el día que comimos juntos, y entonces no sabía nada de ella pero había aprendido, me había empeñado, me había agotado en un aprendizaje que acababa de revelarse inútil. La profesional bien adiestrada, la niña titubeante, la mujer tanque que aplastaba la acera de la calle Arenal con sus orugas, la curiosa despistada, la astuta fabricante de intimidades ficticias, y su cuerpo desnudo al deslizarse en un jacuzzi rodeado de velas encendidas donde la esperaba un anciano que podría haber sido su abuelo y había sido mi padre, no me ayudaban a entenderla, no la explicaban, no la justificaban. No le pertenecen,

pensé, no son ella, y sin embargo ella es, existe, está aquí, delante de mí, puedo tocarla y he tenido que verla, he tenido que oírla, la he besado, pero no sé quién, no sé cuál de todas ellas es.

—Tu hermano mayor, en cambio, no me gusta nada —dijo al rato, devolviéndome un plato donde aún quedaban un par de rollitos de esos que ella sabía llamar por su nombre—. No te lo vas a creer, pero ya no puedo más.

—Eres humana —celebré, y levanté mi vaso en el aire como si pretendiera brindar por su condición.

—Pues sí, nadie es perfecto... —señaló mi copa con un dedo—. Me tomaría uno como ése.

—Claro —se lo pedí a un camarero y la miré para descubrir que había recuperado las ganas de jugar—. A mí tampoco me gusta.

—¿Qué, el whisky?

—No. Mi hermano Rafa.

—¡Ah, sí, que estábamos hablando de él! Vino a verme, ¿sabes? —me lo imaginaba, pero me limité a asentir con la cabeza—, la semana pasada. Por supuesto, él sí pidió cita —sonreí—, y fue puntualísimo, eso también por supuesto. Nada más llegar, me dijo que tenía mucha prisa, me advirtió que nada de lo que yo dijera iba a hacerle cambiar de opinión, me informó de que la decisión de recuperar el capital era un acuerdo unánime de los herederos y canceló todos los fondos. Me trató como a la dependienta de una joyería, y digo eso porque me imagino que a las de las panaderías empieza por tratarlas de tú. Me pareció engreído, antipático y, no sé..., previsible. El típico imbécil que todas las mañanas, al mirarse en el espejo, se dice a sí mismo, eres un hombre rico y poderoso, que no se te olvide.

—Sí, ésa es una buena definición.

—Y sin embargo... No sé. Fíjate que tu padre no era en absoluto así, qué va, era encantador, simpático de verdad, y muy inteligente, tanto que trataba a todo el mundo con amabilidad, sabía decirle a cada uno lo que esperaba oír, pero tu hermano no me sorprendió como me sorprendes tú. Porque no es lo mismo hacer una fortuna que heredarla, y a un hombre como tu padre le pega tener hijos como tu hermano. A lo mejor no lo entiendes, pero...

—Sí, sí que lo entiendo —la tranquilicé—. Lo que pasa es que a ti, de entrada, te ha tocado tratar con la anomalía de la familia, que soy yo. Te habría ido mejor con mi hermano Julio, que es tan rico y poderoso como Rafa, pero también juerguista, divertido y muy simpático, casi tanto como mi padre. Además... —mi voz se ahuecó por su cuenta mientras mi imaginación se daba cuerda a sí misma—, Julio habría desplegado todos sus encantos ante ti nada más verte.

—¿Sí? —sonrió, y me hizo una pregunta cuya respuesta ya conocía—. ¿Para qué?

—Para llevarte a la cama. No deja pasar una.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —no quiso contestarme, se reía—. Yo no me parezco a ninguno de los dos. Pero tengo algunas cosas en común con Julio, desde luego...

Uno de los últimos días lectivos del año en el que yo cumplí once, quizás doce, el patio del colegio empezó a encoger antes de que sonara el timbre de las nueve en punto, para quedar reducido a la mitad de su tamaño a la hora de comer. Los camiones de los que unos hombres descargaban ladrillos y sacos de cemento no dejaron de entrar y salir en toda la mañana, para diversión de los alumnos situados al lado de la ventana, entre quienes yo no tenía la suerte de contarme, y desesperación de los profesores en general. Se estaba acabando el curso, no quedaban ni dos semanas de clase, y el padre director se había decidido por fin a levantar lo que él llamaba un polideportivo, con una pompa que tuvo bastante poco que ver con la pista de baloncesto cubierta, rodeada por tres tristes gradas, que nos encontramos al volver de las vacaciones. Para mí, esa construcción resultó mucho menos memorable que la enorme montaña de arena húmeda que creció de un día para otro, como una duna fantasma, en el ángulo más alejado del patio, junto a la tapia. La idea de escalarla fue de Roberto, que era mi mejor amigo desde el jardín de infancia, pero cuando ya estábamos arriba, fui yo quien se quedó muy quieto, muy erguido, muy cerca del borde, con los brazos abiertos y la cabeza alta, mirando hacia delante. ¿Pero qué haces, Álvaro?, me preguntó él. Calla, le contesté, espera y verás... La primera vez fue la mejor, porque la arena estaba recién apilada, apretada, compacta, y resistió mi peso durante mucho tiempo, quizás un minuto, incluso más. Presentí el movimiento en las plantas de los pies un segundo antes de que se iniciara el derrumbe, seguía teniendo el cuerpo erguido, los brazos abiertos, la cabeza alta, y al principio todo era lento, casi improbable, luego muy rápido, frenético, vertiginoso, pero yo no me encogí y sentí cómo resbalaba por la arena como si fuera agua, las piernas tensas, los brazos abiertos, el corazón en la garganta, un placer arriesgado, temerario, difícil de describir, en cada centímetro de mi cuerpo. La primera vez fue la mejor, pero careció de la emoción de la segunda, de la tercera, de la cuarta, porque la experiencia iba añadiendo un ingrediente nuevo a cada repetición, y resbalar por la montaña era fabuloso, pero permanecer en el filo, con la respiración controlada y los sentidos alerta, saboreando por anticipado el momento en el que volvería a quedarme sin suelo bajo los pies, era una sensación mucho más intensa. Yo lo sabía bien porque lo hice muchas veces aquella mañana, mientras el padre Sebas, cegato, indulgente y encargado de vigilar el recreo, me miraba con una sonrisa despreocupada, y después, cuando los obreros protestaron porque tenían que volver a reunir la arena que nosotros desparramábamos y, para asegurarse de que les haría caso, advirtieron a nuestro vigilante que corríamos el riesgo de partirnos una pierna. Entonces nos prohibió volver a hacerlo y Roberto se rajó, pero yo no. A mí me gustaba tanto que el

día que nos dieron las notas me despisté un momento de mis padres, de mis hermanos, para tirarme por última vez, y luego, en el salón de actos, cuando subí al escenario a recoger el primer premio del concurso de cálculo mental, fui dejando un reguero de granos de arena digno del cuento de Pulgarcito. Mi madre se enfadó mucho conmigo, pero me dio igual, porque aquélla era una de las cosas más grandes que yo había hecho en mi vida. Y sin embargo olvidé deprisa esa montaña, mi cuerpo resbalando por la arena como si fuera agua, el vacío en las plantas de mis pies, la emoción del riesgo, su valor, su precio, todo eso olvidé durante casi treinta años, hasta que Raquel Fernández Perea se cansó de jugar a hacer chocar los hielos de su copa, levantó la cabeza y me miró.

—Vaya, pues sois una familia de lo más interesante.

—No lo sabes tú bien...

Entonces empezó la cuenta atrás. Diez, nueve, ocho, me caigo, me caigo, me voy a caer. Lo estaba deseando, pero ella no me lo consintió, no todavía. Cuando estaba a punto de proponer que nos fuéramos a tomar una copa a otro sitio, dejó la suya en la mesa con un gesto decidido, terminante, y miró el reloj.

—La una menos cuarto, qué barbaridad, y mañana hay que madrugar... —me miró con un gesto indeciso, nervioso, a medio camino entre el alivio y la pesadumbre, como si no estuviera muy segura de acertar—. Se me ha pasado la noche volando.

—Sí —quizás sea lo mejor, me dije, es lo mejor, pero no me lo creí—, a mí también.

Me llamo Álvaro Carrión Otero, en noviembre cumpliré cuarenta y un años, soy hijo de Julio Carrión González, un pobre hombre adicto a las benevolentes y quizás mortales trampas de la química, la mujer que tengo delante se llama Raquel Fernández Perea, tiene unos treinta y cinco años, una edad razonable para ser la hija, hasta la nieta de mi padre, pero era su amante, la amante de un anciano que sucumbió a la debilidad de creer que lo importante no era echar un polvo, sino saber que el próximo no sería todavía el último, un combate tan desigual, tan desproporcionado, tan fracasado desde antes de empezar, que sólo la victoria de la muerte podía culminarlo, y la muerte triunfó, mi padre está muerto, yo no, yo estoy vivo, tengo una profesión que me gusta, un trabajo que me gusta, una casa que me gusta, un hijo que me gusta, una mujer que me gusta, tengo mucha suerte, mi mujer se llama Mai, tiene treinta y siete años pero no los aparenta, tampoco se llama Maite, María Teresa, como piensa todo el mundo, se llama Inmaculada, pero ella también tiene mucha suerte, porque su hermana pequeña no sabía decir su nombre e inventó un diminutivo que le gusta mucho más, a mí me gusta mi mujer, me gusta mi hijo, me gusta mi trabajo, mi profesión, me gusta mi vida, que no es ésta, que no se parece a esta sucesión de días cargados de nubes y de culpas, de sorpresas y de mentiras, ésta no es mi vida, esto no es nada más que una pura coincidencia, una cadena de acontecimientos triviales,

casuales, una serie de accidentes sin ninguna relación lógica entre sí al margen de la fatal necesidad de mi presencia en todos ellos, eso es todo, eso ha sido todo, eso me ha traído hasta aquí, pero éste no soy yo, yo no me parezco a este hombre alterado, abrumado, exacerbado, exhausto, estremecido por un deseo violento y perverso, insano y formidable, este instante que no se parece a ningún otro instante que yo haya vivido antes, yo no soy así, ésta no es mi vida, yo me llamo Álvaro Carrión Otero, en noviembre cumpliré cuarenta y un años, soy hijo de Julio Carrión González...

Empecé a decírmelo, a advertírmelo a mí mismo cuando pedí la cuenta, y me lo repetí muchas veces, mientras pagaba, mientras me levantaba de la mesa, mientras seguía a Raquel hasta la puerta, mientras le preguntaba si había venido en coche, mientras me preguntaba dónde vivía, mientras me decía que ella vivía enfrente del cuartel del Conde-Duque, mientras descubríamos que éramos casi vecinos, mientras decidíamos compartir un taxi, mientras me ofrecía a dejarla en su casa antes de ir a la mía, mientras rechazaba la oferta alegando que mi casa estaba más cerca que la suya, mientras el taxista paraba en doble fila, mientras volvía a besarla con más cuidado que antes todavía, mientras abría el portal, y entraba en mi casa, y me desnudaba, y cepillaba mis dientes afilados, y me metía en la cama, y percibía calor, Mai dormida, su piel suave, perfumada, y después, mientras no podía dormir, seguí encomendándome a aquel discurso, repitiendo las mismas advertencias una y otra vez, pero no sirvió de nada.

Yo me llamaba Álvaro Carrión Otero, desde luego. Julio Carrión González, también desde luego, era mi padre. Desear a Raquel Fernández Perea, que había sido su amante, era seguramente una monstruosidad, pero me daba lo mismo.

Al día siguiente todo estaba más claro.

La exposición le gustó a todo el mundo. Estaba bastante seguro de que sería así. A pesar del obligado gesto de humildad con el que acepté todos los elogios sin discriminar entre la calidad de las opiniones —es increíble, me dijo la mujer de un directivo del banco que llevaba brillantes en todos los dedos, lo he entendido hasta yo, así que fíjese...—, la verdad es que pocas veces en mi vida había logrado una relación tan satisfactoria entre el trabajo invertido, que no había sido tanto, y el resultado obtenido, que era espectacular. José Ignacio Carmona, que antes de aceptar la oferta de dirigir el museo y reclutarme como asesor, había sido mi maestro, casi mi gurú, y la principal influencia que tuve la suerte de padecer en mis años de estudiante universitario, estaba encantado. Bueno, en realidad, esto es mérito de los dos, ya sabes, le dije en un aparte, vete a tomar por culo, me contestó, y entonces me di cuenta de que se sentía hasta un poco orgulloso de mí. La reacción de Fernando Cisneros, que llegó tarde y corriendo, con el aspecto de oso acalorado que prestaban el traje y la corbata a su cuerpo ancho, cuadrado, como de gran mamífero, me

sorprendió más.

—Enhorabuena, Álvaro. Está de puta madre, en serio.

Fernando había sido el otro niño mimado de José Ignacio mientras hacíamos la carrera, y aunque los tres seguíamos siendo muy amigos, él y yo íntimos, nuestro antiguo profesor en un grado diferente, que reflejaba su venerable autoridad sobre nosotros, de vez en cuando se dejaba arrebatar por unos celos casi infantiles ante lo que él consideraba una alianza que le había dejado al margen. No, no, eso vosotros que sois los apóstoles de la ciencia, decía, vosotros los científicos, yo no, qué va, si yo no soy más que un humilde funcionario de la Administración del Estado... Yo no me lo tomaba en serio, pero José Ignacio cedía de vez en cuando a la tentación de sentirse culpable y le ofrecía proyectos que invariablemente rechazaba, aunque le mantenían tranquilo durante una temporada. Los agujeros negros habían sido la última de esas ofertas, y se la había hecho yo mismo, un par de días después de que mi padre sufriera su segundo y definitivo infarto. Llevaba el trabajo muy avanzado, pero no me habría venido mal un poco de ayuda para acabarlo. Fernando no me dijo que no, pero calculó en voz alta el tiempo que faltaba para las elecciones a rector y le dije que de momento se olvidara, que ya recurriría a él si me daba cuenta de que no iba a poder cumplir los plazos. Los había cumplido, pero conocía muy bien a Fernando Cisneros, era mi mejor amigo. Sabía que se sentía culpable por no haberme ayudado, pero sabía también que ni siquiera esa culpa habría bastado por sí sola para justificar un elogio tan caluroso de una exposición que, por su propia naturaleza, no pertenecía a la categoría de éxitos que él valoraba.

¿Pero a ti qué te pasa, a ver?, me preguntó cuando le conté que había aceptado la oferta de Carmona, ¿es que te has vuelto loco tú también, o qué? Yo no dije nada. Para poder contestarle, tendría que haber comprendido las razones que sustentaban sus preguntas y ni siquiera alcanzaba a imaginarlas. O sea, siguió él por su cuenta, que primero a José Ignacio se le va la pinza, y ahora, como si eso no fuera lo bastante grave, te la desconecta a ti... ¿Pero qué es lo grave, Fernando?, protesté por fin, es que no te entiendo... Lo grave, condescendió a explicarme, era que un físico tan importante como José Ignacio dedicara una parte de su tiempo a montar un museo para dejar con la boca abierta a los niños de diez años. Eso es un despilfarro, añadió, una barbaridad. No, no es verdad, objeté. En primer lugar, José Ignacio no va a dejar nada para dedicarse al museo, va a ser el director, el coordinador, y cuando todo esté en marcha, eso no le va a ocupar más que un par de ratos a la semana. Y en segundo lugar, esta clase de museos son cualquier cosa menos un despilfarro, Fernando, parece mentira que tú digas eso, nos pasamos la vida llorando por nuestro destino de científicos en un país acientífico para que ahora me vengas con ésas... Mira, Álvaro, contraatacó, a ti no te conviene nada perder el tiempo en tonterías. José Ignacio bueno, José Ignacio ya está donde tiene que estar, pero tú..., tú tendrías que estar

pensando en prepararte la cátedra y dejarte de Física recreativa. Entonces me eché a reír. El principal obstáculo de la carrera política de Fernando Cisneros era la pereza que le inspiraba todo lo que no fuera hacer política. No es que no investigara, no es que no publicara, es que cada vez leía menos. A su lado, yo era el rey Midas de los tramos de investigación, la abeja reina de los currículos. El que tendría que prepararse bien la cátedra eres tú, Fernando, que quieres ser rector, le dije, y además... El trabajo en el museo computa como mérito académico. ¿En serio? Claro, afirmé, aunque entonces no sabía que eso era verdad, ni que José Ignacio conseguiría que el patronato del museo firmara un convenio con nuestro departamento que acabaría financiando una buena parte de los proyectos de investigación, y sobre todo me apetece mucho. Ya llegamos a donde íbamos, ¿ves?, me replicó, tú y tus caprichitos...

—Oye, que te estoy alabando —insistió, cogiéndome por los hombros, después de que respondiera a su enhorabuena inicial con un simple movimiento de cabeza—. A-la-ban-do, ¿lo entiendes? Estoy reconociendo en voz alta que a lo mejor estaba equivocado. Si eso no es suficiente, ya me dirás lo que hace falta para ablandar tu vanidad...

—Que sí, que me alegro, y te lo agradezco mucho, de verdad —le respondí—. ¿Cómo va la campaña?

—¿La campaña? —frunció las cejas y se acarició la barba, mientras me miraba como una madre preocupada por el acceso de fiebre de su único hijo—. La campaña va muy bien, ganamos seguro, pero tú estás fatal, Alvarito.

—Sí, eso es verdad. No estoy nada bien.

Miré a mi alrededor y vi a Mai al fondo, muy entretenida, charlando en el centro de un grupo. No era probable que me echara de menos en un buen rato, así que cogí a Fernando de un brazo y me lo llevé a un rincón, detrás de los paneles.

—No te lo vas a creer, pero...

Él me miraba con una expresión seria, preocupada, muy distinta del gesto travieso que había adoptado para preguntarme si tenía un lío un par de semanas antes, en el pasillo de mi casa. Seguramente esperaba una revelación grave, dramática, la noticia de una enfermedad o el estallido de un problema insoluble. Con los años, Fernando había desarrollado un pesimismo metódico que se imponía a su verdadero carácter, fuerte, animoso, para desembarcarle en largos y monótonos periodos de melancolía, tan intensos que a veces le obligaban a conectar una especie de piloto automático que le convertía en el doble de sí mismo, un hombre de su edad, su cara, su cuerpo, que seguía hablando con la misma atronadora voz, se reía con las mismas ruidosas carcajadas, daba sus clases con la solvencia mecánica de un autómata, y se pasaba las horas muertas en su despacho sin hacer nada, con las manos cruzadas sobre la mesa y el paladar amargo a fuerza de repetir que todo es un asco. Hasta que la sombra del menor contratiempo se perfilaba en el horizonte y entonces sí, entonces reaccionaba

con una pasión, una entrega y una capacidad de trabajo asombrosas incluso para mí, y tal vez superiores a las que era capaz de desarrollar a los veinte años. En aquella época, yo le había dicho una vez, en broma, que la necesidad de conspirar era el principal rasgo de su naturaleza, que había nacido conspirador, como podría haber nacido artista, o sordo, o habilidoso. El tiempo me había dado la razón. Fernando no sabía estarse quieto, no había querido, no había podido aprender a dejar pasar las horas, los días, las semanas, en los niveles de actividad sostenida, rutinaria, que para los demás definían la madurez y para él no eran más que otro nombre de la inactividad. Desde que nos conocimos, había cambiado mucho más que yo, quizás porque había tenido más razones para cambiar, porque le habían pasado muchas más cosas, buenas y malas. Guardaba memoria de todas ellas, y por eso, incluso inmerso en el frenesí de una campaña electoral, que era lo que más le gustaba en este mundo, la experiencia de su pesimismo ya le había preparado para lo peor antes de que yo encontrara una forma de empezar.

—Bueno, resumiendo... —al final me lancé sin paracaídas—. Mi padre tenía una amante.

—Joder, pues me alegro por él, me habías asustado, coño... —se frotó la cara y se me quedó mirando con una sonrisa maliciosa—. Así que tu padre tenía una amante, mira por dónde... ¿De toda la vida, o más joven que él?

—Más joven que yo —hice una pausa, le miré, y opté por una repetición enfática —. Más joven que nosotros, Fernando.

—¿Qué? —aquel dato le desconcertó tanto que se quedó serio, callado, antes de pasar por todas las etapas de un proceso que yo conocía muy bien y que culminó con un ataque de risa—. Joder con don Julio, pero qué hijo de puta, con lo formalito que parecía, será cabrón...

—Sí, en fin... —yo recuperé en el suyo mi primer regocijo y me reí con él—. Pues eso es lo de menos.

—Pero... —y de repente se me quedó mirando con ojos de alucinado—. ¿Lo sabe todo el mundo? Quiero decir, ¿tu madre...?

—No, ni siquiera Mai. Sólo lo sé yo. Y ahora, tú.

Le conté con el menor número de palabras que pude utilizar todo lo que había pasado desde el día del entierro hasta la noche anterior sin pararme a resolver sus dudas, a contestar a sus preguntas, no teníamos tiempo para eso y se lo dije, y que nada de lo que le estaba contando era tan importante como parecía.

—¿Y esto es lo de menos? —me preguntó al final, instalado ya en una confusión completa que me resultaba tan familiar como su risa previa—. Pues no sé qué será lo de más.

—Lo de más... —tomé aire, le miré, y decidí seguir hasta el final—, lo de más es que anoche estuve a punto de acostarme con ella. Pero a punto, en serio. ¿Tú sabes lo

que es a punto? Pues eso. Porque se dio cuenta y de repente miró el reloj y dijo que se le había hecho muy tarde. Sólo por eso, que si no... No te lo vas a creer, pero hacía muchísimo tiempo que una tía no me gustaba tanto, y es más... —hice una pausa, renuncié a mirarle, y tomé otra decisión sin saber si era la mejor, sin saber ni siquiera si era buena—. No sé si alguna tía me ha gustado tanto alguna vez en mi vida. Y ya sé que todo es absurdo, y un disparate o algo peor, pero... esto es lo que hay.

Levanté la cabeza y me encontré con su cara, y en ella un gesto de inexpresividad casi total, la mirada fija, las cejas en su sitio, la boca abierta.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí.

—¿Seguro? —asentí con la cabeza y él frunció las cejas, como el primer indicio de que estaba saliendo del pasmo—. O sea, que no te estás quedando conmigo, no me estás tomando el pelo, no es una broma.

—No. De verdad que no.

—¡Joder! —el volumen de su voz se incrementó hasta rozar los límites del alarido mientras se frotaba la cara hasta cubrírsela del todo con las manos—. ¡La hostia! —se destapó la cara, se echó a reír y me arrastró a su risa—. Para que luego digan que lo de la herencia genética es una tontería. ¿Y qué piensas hacer?

—Pues... —medité un momento antes de responder— nada. Lo más probable es que no haga nada, porque lo más probable es que no la vuelva a ver. Ya lo hemos arreglado todo, no nos quedan asuntos pendientes.

—Excepto esto.

—Sí, pero esto sólo me afecta a mí.

—Eso no lo sabes, Álvaro —y ya estaba pensando en otra cosa—, eso nunca se sabe.

Elena Galván tenía el pelo muy negro, los ojos muy negros, la nariz grande, los labios finos y los rasgos duros, una expresión trágica, afilada, sobre la que ella bromeaba antes que nadie. No me podía llamar de otra manera, ¿no?, decía al presentarse, mientras dirigía un dedo burlón hacia sí misma, con esta cara tan griega... Cuando terminaba de decirlo, la sonrisa había suavizado su rostro de tal manera que parecía otro. Yo no llegué a ser su profesor, pero cuando volví de Estados Unidos su expediente aún era legendario, y seguía sobresaliendo sin piedad entre los demás becarios porque su elevada inteligencia no la estorbaba para ser muy lista, una aparente paradoja que no resulta serlo tanto entre los jóvenes brillantes y ambiciosos. Elena Galván cumplía ambas condiciones, y era además encantadora, generosa, divertida y amable con todo el mundo. Tenía las ideas muy claras, daba gusto trabajar con ella y sentía devoción por José Ignacio, por eso no me extrañó que en el curso siguiente empezáramos a ser siempre cuatro en el bar, en el comedor, en las copas de después de clase. Al principio pensé que el profesor Carmona había decidido cobijar

a un nuevo polluelo bajo sus alas, lo había hecho con alumnos menos valiosos que Elena, pero un día no pudo acompañarnos a comer y cuando ella se levantó para ir al baño, yo ya había comprendido que estaba equivocado. No me lo habías contado, cabrón, le dije a Fernando, y él se echó a reír. No tengo nada que contarte, respondió luego, no ha pasado nada todavía. Pero va a pasar, vaticiné, y él cruzó los dedos.

Lo que pasó duró casi dos años y fue tremendo. Si Elena Galván alguna vez pareció griega de verdad, fue la mañana en la que entró en mi despacho para despedirse, la piel tirante, pálida como un pergamino, dos cuencas oscuras debajo de los ojos. No me compadezcas, me dijo mientras la abrazaba, ocúpate de tu amigo, que está peor que yo, y todavía le queda mucho por empeorar, no creas... Era una mujer enamorada, despechada y harta, pero sus palabras adquirieron una resonancia metálica, peculiar, antes de llegar a mis oídos, como si su voz cobijara de pronto el inexorable aliento de la sibila. En aquel momento supe que se cumplirían. Y se habían cumplido.

Vete con ella, le había dicho a Fernando la noche anterior, una de tantas noches iguales, las noches de Elena, el mismo bar, las mismas copas, la misma conversación con una idéntica proporción de dudas y de certezas, de propósitos y de incertidumbres, antes y después de su despedida, cuando él todavía estaba a tiempo y cuando todo el tiempo se había agotado ya. Vete con ella, repetí después de un rato, y no me había olvidado de Nieves, que se parecía un poco a Mai, porque eran primas hermanas, y que era más mona que Elena, y mucho menos atractiva en cualquier otro aspecto, pero también amable, y cariñosa, y buena en el mejor sentido de esa palabra, una buena mujer para su marido, una buena amiga para sus amigos. Nieves no se merecía esto, nunca se lo había merecido, yo estaba seguro porque la conocía desde hacía muchos años, todavía no habíamos acabado tercero cuando se convirtió en la novia de Fernando y siempre me había caído bien, le tenía mucho cariño. ¿Me voy con ella?, me preguntó él aquella noche, cuando ya le había dicho dos veces que lo hiciera. ¿Qué es lo que está pasando, Álvaro? Mai me había hecho otra pregunta cada pocos días durante largos meses, tú tienes que saberlo... Mientras pude, le contesté que no, que no tenía ni idea, y después le pedí que no volviera a preguntármelo. No me pidas que te cuente eso, Mai, no me lo pidas porque sabes que no puedo hacerlo.

No llevábamos mucho tiempo viviendo juntos, aún no estábamos casados. Te importa más tu amigo que yo, me dijo por fin, cuando todo estaba empezando a llegar a su límite, es eso, ¿no?, no, no es eso, piénsalo un poco, no, no quiero, no me da la gana de pensarlo, bueno, pues allá tú... ¿Me voy con ella, Álvaro?, volvió a preguntarme Fernando aquella, la última noche, el mismo bar, las mismas copas, la misma conversación de siempre. Elena no se merece esto, pensé, nunca se lo ha merecido, y él tampoco se lo merece, son dos contra una, yo también estaba seguro de eso, de que Nieves nunca ganaría del todo, de que Fernando y Elena ganarían o

perderían juntos, y sin embargo no volví a decirle que se fuera con ella, no me atreví. Y yo qué sé, contesté en cambio, porque ya se lo había dicho dos veces y él parecía no haberme escuchado, si lo estás dudando tanto... No lo sé. La verdad es que no lo sé... Pero sí lo sabía.

En aquel mismo instante, Fernando Cisneros empezó a pensar que el mayor error de su vida era no haberse marchado con Elena Galván. Eso no es verdad, no puedes saberlo, yo acabaría aprendiéndome de memoria aquel discurso a fuerza de repetirlo, no puedes saber qué estaría pasando ahora si vivieras con Elena, no es lo mismo acostarse con una mujer que vivir con ella, igual os estaríais tirando las cacerolas a la cabeza todos los días, no puedes estar seguro de nada, piensas que ella es el gran error de tu vida sólo por eso, porque no lo sabes. Él me escuchaba con mucha paciencia, y asentía en silencio sólo para repetir al final que el mayor error de su vida había sido no marcharse con Elena Galván, y yo me quedaba sin fuerzas para seguir porque estaba más de acuerdo con él que con mis propias palabras, aunque nunca se lo diría, y nunca le diría que ya se lo advertí.

La profecía de Elena se había cumplido desde el principio, y seguía cumpliéndose en algún momento de todos los días. Yo había vuelto a verla muchos años después, una tarde de diciembre, en la calle Preciados. Había ido con Miguelito a ver las luces de Navidad, ella iba de compras con su marido, un hombre de su edad, con buena pinta, que llevaba en una mochila a una niña de un año, embutida en un buzo de colores. Fue Elena quien me vio a mí, y al principio me costó reconocerla porque había engordado un poco, se había cortado el pelo y estaba mejor que antes, más guapa, sin esa tensión dramática, exangüe, que había acentuado sus rasgos de máscara trágica durante los últimos meses que pasó con Fernando. Entonces me acordé de José Ignacio aquella mañana de las despedidas, cuando entró en mi despacho gritando cinco minutos después de que ella se hubiera marchado, pero, bueno, ¿qué pasa aquí?, ¿nos hemos vuelto locos o qué? No sé de qué me hablas, le dije, porque no tenía el cuerpo para preguntas retóricas. Elena Galván me acaba de decir que se va, me explicó, que ha aceptado una oferta de la Universidad de Castilla la Mancha, y yo, la verdad, es que no lo entiendo... ¿Es que este departamento puede prescindir de los mirlos blancos, así, alegremente? No puede ser, hay que hacer algo, mejorarle el contrato, sacarle una plaza, lo que sea, no se puede marchar, no podemos... No es eso, José Ignacio, le interrumpí por fin, no es eso. Elena y Fernando llevan dos años liados. No ha sido un rollo esporádico, ni una juerga de congreso en congreso, ha sido algo más grave, muy grave, diría yo. Él no se ha decidido a dejar a su mujer y ella ha optado por marcharse lejos, su contrato no tiene nada que ver, no va a quedarse por mucho que se lo mejores. José Ignacio me miró como si acabara de revelarle que los dos éramos extraterrestres, y luego se quejó en voz alta. ¿Y conmigo qué pasa...? ¿Cómo es posible que yo nunca me entere de nada? Me limité a sonreír

mientras el estupor se afianzaba en su rostro. Pues te voy a decir una cosa, intentó concluir cuando se lo sacudió, total, para lo que hace... No, no la digas, le pedí. No la digo, ¿no? No, por favor. Pues tendremos que llevarnos a ese imbécil a comer, eso sí, concedí, ya he quedado yo con él...

Total, para lo que hace, ya se podía marchar él y dejarnos a Elena aquí, habría dicho José Ignacio si yo se lo hubiera consentido, y después se habría arrepentido hasta el punto de desear arrancarse la lengua de cuajo. Le conocía muy bien, aunque no tanto como a Fernando, que recordó lo mismo que yo, y en el mismo orden, durante la pausa que su ensimismamiento abrió en mi confesión. Habían pasado casi siete años desde que la vio por última vez, casi seis desde que no había vuelto a hablar de ella excepto para ponerla a la cabeza de la lista de sus errores, se llevaba tan bien con Nieves como antes, como siempre, hasta donde yo sabía no había vuelto a serle infiel, pero Elena Galván todavía formaba parte de sus reflejos automáticos. Quizás nunca los abandonaría del todo.

—Yo no soy el mejor para dar consejos sobre estas cosas, Álvaro, ya lo sabes.

—Nadie es bueno para esto —contesté, y no quise añadir que yo tampoco lo fui.

—De todas formas... —se quedó un momento pensando, chasqueó los labios y volvió por fin del lugar adónde se hubiera marchado—, tú estás hablando de una intención, ¿no? O ni siquiera de eso, de un impulso más bien. No conviene sacar las cosas de quicio, no ha pasado nada, y si pasara, ¿qué? Pues tampoco. No sería incesto ni nada parecido, sería... Una curiosidad —su definición me hizo sonreír—, un detalle exótico, una rareza en tu biografía, que hasta ahora es bastante sosa, por cierto. Supongo que además eres consciente de que el hecho de que se acostara con tu padre tiene mucho que ver...

—No, Fernando, no es eso —le interrumpí—. Ya lo he pensado y estoy seguro de que no es eso. Yo no soy morboso, al revés, cuando estoy con ella...

—Nadie es morboso hasta que encuentra razones para empezar a serlo —él me interrumpió a su vez en el tono de un juez que acaba de dictar sentencia—. Y sin embargo, te voy a dar la razón en una cosa. Todo lo que me has contado es muy raro, Álvaro. No sólo lo de esa mujer, que también, sino lo demás, la historia del entierro, la carta, la visita al banco... No sé cómo explicarlo pero... no te pega. No es compatible contigo, con lo que tú eres, con lo que es tu vida, no sé, es muy raro y a ti no te suelen pasar cosas raras, ¿no? Tú eres el hombre al que nunca le pasa nada que no esté más o menos programado, el hombre que ni siquiera concibe esa posibilidad, nunca pierdes el control, ya lo hemos hablado otras veces. Y está claro que no podemos elegir determinados acontecimientos, enamorarnos, desenamorarnos, quedarnos viudos, huérfanos, en el paro, no podemos controlar la casualidad, pero tantas casualidades juntas y tú en medio de todas ellas... Es curioso, pero esta historia no me sorprendería tanto si me la estuviera contando otro, alguien menos sensato,

menos equilibrado que tú, con las ideas menos claras o más débil, más voluble. No me sorprendería tanto si me estuviera pasando a mí, que una semana de cada dos estoy hasta los cojones de todo, de mi casa, de mi mujer, de mi trabajo, de la universidad, de mi puta vida. Pero ¿a ti? Por otro lado, también es verdad que te conozco mejor que a casi nadie, por eso, bueno, ya te he dicho al principio que no iba a saber explicártelo, pero... En fin, que no te pega, no sé si me entiendes.

—Sí, sí que te entiendo. Y además llevas razón, no me pega nada.

—Pero te ha pasado —asentí con la cabeza y él me sonrió—. ¿Está buena?

—Buenísima.

—¿Cómo se llama?

—Raquel.

—Ya... —y un instante después cambió de actitud, de expresión, de postura, su voz se elevó, sus brazos se agitaron, su cuerpo se inclinó hacia mí y sus palabras no acusaron mi sonrisa—. Y es lo que yo le dije a Raquel, que ni hablar, que ese tío es un fascista, hombre, que no vamos a tolerar a estas alturas una maniobra de desembarque del Opus en el decanato, pues sí, no faltaría más...

—¿Y qué te contestó ella? —no quise volverme para no descubrirle, pero ya sabía que mi mujer se me acercaba por la espalda y que él la estaba viendo venir.

—¿Raquel? Pues...

—¿Qué —y sólo me di la vuelta al escuchar la voz de Mai—, tan tarde y todavía conspirando?

—¿Qué quieres? —Fernando se encogió de hombros—. Es mi naturaleza, ya lo sabes.

—Ha llamado tu madre, Álvaro —mi mujer se acercó a mí y me enlazó por la cintura—. Clara se ha puesto de parto. Curro se la ha llevado al hospital y los niños están muy nerviosos. Ella, por supuesto, no quiere perderse nada, y me ha preguntado si me importaría que durmieran en nuestra casa, porque se niegan a quedarse solos con la muchacha. Le he dicho que sí, claro.

—Bueno, llama a la canguro de Miguelito.

—Ya la he llamado, y está aterrada. Tiene diecinueve años, Álvaro...

—Pero yo no puedo irme todavía —le advertí—. Tengo que ir a cenar con un montón de gente.

—Ya lo sé —me dio un beso en la mejilla—. Me voy yo, pero me tengo que llevar el coche. ¿La cena es en Madrid?

—Yo te lo dejo en casa, Mai —intervino Fernando—. Sano y salvo, no te preocupes.

Aquella noche, cuando volví a casa, todo estaba más claro. Compartir el secreto me había sentado bien, no sólo porque me sentía más ligero, más descansado ahora que disponía de un testigo y algo más, un confidente dispuesto a ser tan parcial como

hiciera falta, sino porque mientras contaba mi historia en voz alta, cada episodio, cada escena, cada detalle difícil de creer había ido cobrando un sentido nuevo y sólido, como si lo que había sucedido de verdad no pudiera adquirir la definitiva categoría de certeza hasta que yo fuera capaz de contarlo, de ordenarlo y relacionarlo entre sí para construir un relato verosímil cuya principal virtud fuera convencerme a mí antes que a nadie. Mientras hablaba, me había dado cuenta de que las palabras que no me parecían suficientes para describir con exactitud mi estado, iban construyendo sin embargo un relato coherente que, más allá del asombro inicial, Fernando pudo aceptar sin dificultad, tal vez porque las propias conmociones nunca lo son tanto para los demás, o porque para él, la figura de mi padre era apenas un aderezo, el decorado ante el que se representaba el conflicto verdadero de la mujer que me había hecho perder el control. Eso, la violencia de un impulso que no había llegado a cumplirse, era lo que más le había impresionado, lo que más le admiraba y extrañaba a la vez en aquella historia turbia, complicada, donde yo me había comportado como se esperaba de mí, un hombre normal, un hijo responsable, un buen ciudadano, en todos los demás aspectos.

—Lo de tu padre no es tan extraño, Álvaro, aunque a ti te lo parezca —me dijo después de cenar, mientras me llevaba en coche a casa—. Cada familia tiene un armario cerrado, lleno hasta arriba de pecados mortales.

Sus palabras me recordaron aquéllas de Raquel, los seres humanos somos vulgares, sencillos, nuestras vidas son muy parecidas, hay media docena de cosas que todos tenemos en común. Eran dos maneras distintas de decir lo mismo, y en cualquier otro momento yo habría estado de acuerdo con las dos, pero aquella noche, aunque no tuviera más remedio que aceptar que mi propio deseo había inaugurado una fase diferente, una historia que no era la misma que la que había sucedido en aquel ático de la calle Jorge Juan, acaso ni siquiera su continuación, yo ya no podía prescindir de mi padre.

—Álvaro, hijo, tienes que hacerme un favor...

El parto de Clara había sido tan bueno que el sábado por la tarde, cuando fuimos a verla, nos la encontramos sentada, tranquila y sonriente, con el bebé dormido en los brazos. Sus dos hijos mayores, Íñigo y Fran, que se habían portado mucho mejor de lo que Mai y yo esperábamos, se abalanzaron sobre ella nada más verla, creando por fin una ocasión propicia para que mi madre, un tanto aburrida de no tener grandes truculencias que contar a las visitas, se sintiera por fin útil. Pero antes de llevárselos a merendar, me reclamó con un gesto y me ofreció la ocasión de hacerme un favor a mí mismo.

—Mira, tu hermano Julio está tan liado con los impuestos de la herencia —me explicó— que la semana que viene no puede perder ni siquiera un par de horas para pasar por La Moraleja a darle una vuelta a la casa, y como tú ya has inaugurado esa

dichosa exposición, le he dicho que estaba segura de que no te importaría cambiarle el turno.

—No —sonreí al derroche de autoridad que mi madre confundía con la petición de favores—, claro que no.

—Pues eso. Te he traído el dinero y todo, aquí está... —encontró enseguida dentro de su bolso el habitual mazo de sobres cerrados y reunidos con una goma—. Llama a Lisette y queda con ella cualquier día menos el miércoles por la tarde, porque se ha apuntado a unos cursos de baile de salón. Me pidió permiso, por supuesto, y yo se lo di, claro, como ahora está sola allí, no tiene nada que hacer y se aburre, la pobre... No hace más que ofrecerse a venir a ayudar, pero yo le he dicho que se lo tome como unas vacaciones anticipadas, a cuenta del follón que va a tener en verano, porque pienso volver a finales de mayo y luego, cuando le den las vacaciones a los niños, pues, imagínate... Pero, de momento, no puedo moverme de casa de Clara, ya lo ves...

Antes de que terminara de contarme lo contenta que estaba de tener, ¡por fin!, una nieta que se llamara Angélica, igual que ella, yo ya había decidido que iría a La Moraleja el miércoles por la tarde. Había pensado en registrar el despacho de mi padre de todas formas en mi próxima visita, pero la ausencia de Lisette me ahorraría al mismo tiempo límites y explicaciones. Por eso la llamé, quedé con ella el martes, volví a llamarla aquella misma tarde para decirle que estaba atrapado en una reunión muy importante y que no me podía mover de la facultad, le rogué que no se lo dijera a mi madre para que no se enfadara conmigo, y le advertí que no tenía más remedio que ir al día siguiente, el jueves y el viernes estoy ocupadísimo, Lisette, pero no te preocupes, tú me dejas el correo en el despacho de mi padre y yo, al coger las cartas, pongo el dinero en el mismo sitio, ¿de acuerdo? Pero yo salgo de clase a las siete, me dijo, a las siete y media puedo estar en casa. Muy bien, acepté, pues quedamos a las siete y media, se me va a hacer un poco tarde, pero, en fin... ¿Y a qué hora empiezas? A las cinco, contestó, pero si quieres no voy, es que dejar el dinero encima de una mesa, así, sin estar yo, pues, no sé... Nada, nada, tú vete a tu clase, la tranquilicé, pues no faltaría más, a las siete y media nos vemos.

No era previsible que tardara menos en ir que en volver, pero no abrí la puerta de la casa de mis padres hasta las cinco menos cuarto, y en aquel momento ni siquiera me asombré de la frialdad de mis cálculos, la metódica cautela de estafador profesional que me resultaba cada vez más familiar y complementaba de forma natural la brillante opacidad de mis excusas. Estaba aprendiendo a mentir, y a dominar la técnica de contar las cosas a medias, omitiendo las verdades que sabía, lo que en definitiva no es otra cosa que una variedad refinada de la mentira, pero cuando entré en el despacho de mi padre, me acordé de mí mismo la última vez que estuve allí, todavía entero, todavía estremecido por el dolor, por la certeza de un dolor íntegro y transparente, la memoria de un hombre admirable, mucho más

extraordinario de lo que llegaríamos a ser sus hijos.

Aquella tarde, mientras me veía a mí mismo con el antifaz y el saco de los ladrones de dibujos animados, no dudaba de que mi padre había sido un hombre excepcional, pero ya no estaba seguro del significado de aquel adjetivo. Y no dudaba de que estaba haciendo lo que tenía que hacer, pero no sabía si lo que buscaba eran pruebas para salvarle o para condenarle. Durante un instante, volví a sentirme un miserable, el hijo traidor que escucha la versión del enemigo, y eso seguía haciéndome daño, tanto que me detuve un momento en el umbral, y sin embargo ya no pensé que también podría no hacer nada. Ya no tenía margen para pensarlo.

Volví sobre mis pasos, fui al salón, me puse una copa y regresé al despacho procurando sentirme otro, aislarme de mí mismo para comprender bien, concentrar toda mi atención en los datos del problema. Era la mejor técnica que conocía y aquella tarde tampoco me defraudó. Veamos, pensé, hay un escritorio que conozco, dos columnas con cuatro cajones y un cajón central. Es probable que este último esté cerrado, pero los otros estarán abiertos, siempre lo han estado. Dos de las paredes de la habitación están forradas de estanterías, seis en total, y en la parte inferior de cada una de ellas hay un armario bajo, de dos puertas. Estos armarios están cerrados, pero sus llaves, junto con la que abre el cajón central del escritorio y unas cuantas llaves más, tienen que estar en una caja alargada de plata que está delante de los tomos centrales de la Espasa, a una altura inalcanzable para los niños...

En los cajones del escritorio no había nada interesante, pero eso no me sorprendió. Algunos estaban vacíos, otros llenos de sobres de varios tamaños, papel de cartas, una caja de tarjetas de visita recién salidas de la imprenta, bolígrafos, clips, una grapadora, algunas fotos sueltas de los nietos y talonarios de banco usados, su letra regular, pulcra y minúscula, identificando con detalle el destinatario, la cantidad y la fecha de todos los cheques que había extendido. Lo revisé todo por orden y con mucho cuidado, cerrando cada cajón antes de abrir el siguiente después de dejar cada cosa como estaba. También me había convertido en un experto en registros, y por eso, cuando cogí la caja de plata para comprobar que las llaves seguían estando allí, la puse otra vez en su sitio después de identificar la que abría el cajón central del escritorio. Allí tampoco hallé nada sorprendente o inesperado. Talonarios que aún estarían en uso si mi hermano Rafa no hubiera cancelado las cuentas a las que pertenecían, las cartillas de ahorro que su abuelo había abierto para mi hijo y mis sobrinos, los pasaportes de mi padre y mi madre, y algunas cartas informativas de diversos organismos oficiales, desde la Agencia Tributaria hasta la Dirección General de Tráfico, sin otro objeto que recordarle determinadas obligaciones fiscales o administrativas. No me desanimé, porque también contaba con eso.

No tenía muchas esperanzas de encontrar algo distinto, pero si mi padre había conservado algún indicio de otra vida, no estaría en su mesa, que abría y cerraba sin

la menor precaución delante de sus hijos, ni en la caja fuerte de su dormitorio, donde ni siquiera pensaba mirar, porque mi madre la dejaba abierta, y vacía, con la misma naturalidad cada vez que sacaba su joyero de allí. Sin embargo, nunca había visto abiertos los armarios que estaban debajo de las estanterías. Eso no tenía por qué significar nada, o podía deberse a razones inocentes, pero si mi padre hubiera tenido una caja de seguridad en un banco, me habría enterado después de su muerte, y mis hermanos habrían encontrado antes o después cualquier cosa que hubiera guardado en la oficina. Rafa tal vez no me hubiera contado nada, pero Julio sí lo habría hecho. Por eso, y a pesar de la debilidad de mis esperanzas, creía que aquellos armarios eran mi única posibilidad.

Decidí moverme de izquierda a derecha y lo primero que encontré fue un armario vacío. En el segundo, que se abría con la misma llave, estaban muchos de los regalos que Julio Carrión González había recibido de sus hijos adolescentes, muñequitos, diplomas y trofeos en miniatura «al mejor padre del mundo», de los que se pusieron tan de moda entonces. Reconocí alguno de aquellos horrores como propio y sonreí. Por eso nunca abrías los armarios delante de nosotros, pensé, antes de identificar otros regalos distintos, plumas estilográficas y relojes de sobremesa sin usar en sus respectivos y flamantes estuches, placas de homenaje dedicadas por sus empleados, y objetos diversos, de esos que solían llegar a casa cada Navidad, envueltos en papel de celofán y sembrados de bombones de licor. Los regalos de empresa ocupaban parte del tercer armario y la totalidad del cuarto, porque las dos docenas de libros fotográficos, enormes, que permanecían allí tumbados, con el lomo a la vista, no podían tener otro origen. Allí había un poco de todo, desde la fauna ibérica hasta el tesoro de las catedrales, en función de los gustos personales de quien los hubiera escogido, seguramente una secretaria que no podía tener en cuenta el de su destinatario, un compromiso de su jefe al que no habría visto en su vida, pero entre el Museo del Prado y el Parque Nacional de Aigüestortes había también una mancha azul y alargada que no se correspondía con ningún lomo.

Tuve que sacar varios libros para descubrir una carpeta de gomas corriente, de cartón azul, muy vieja. Dentro había una docena de cartas remitidas a Rusia desde Zaragoza entre 1941 y 1943 por una tal señorita María Victoria Suárez Mena, un montón de fotos antiguas y lo que parecía una cartilla militar entre otros documentos semejantes. Cerré la carpeta sin pararme a estudiar su contenido y la dejé en el suelo, a mi lado, antes de volver a colocar los libros en su sitio. Algo es algo, me dije, pero no parecía mucho. El quinto armario estaba vacío, como el espacio inferior del sexto. En el superior había cinco archivadores de cartón, rotulados por mi padre con la fecha de los últimos cinco años. Los fui abriendo todos, uno por uno, y no encontré en ellos otra cosa que declaraciones de renta y patrimonio con sus correspondientes comprobantes de ingresos y de gastos, todo clasificado en carpetas de plástico

transparente, muy limpias, muy ordenadas, muy inocentes. Detrás había una caja de metal de color gris y forma extraña. Alargada, oblonga, con las esquinas redondeadas, parecía más una caja de herramientas que otra cosa, pero tenía una cerradura en el centro, y no logré abrirla con ninguna de las llaves que mi padre guardaba en la caja de plata.

Me paré a pensar un momento y volví a mirar en el cajón del escritorio que siempre estaba cerrado. Allí, en una esquina, había visto un aro con tres llaves pequeñas. Dos eran iguales y las dos abrían la caja, pero ninguna entraba en la cerradura dorada, diminuta, de la pequeña cartera de piel que había dentro. Era larga, estrecha, y por su tamaño parecía diseñada para guardar talonarios de cheques, pero yo nunca había visto a mi padre usar nada por el estilo. La caja no contenía nada más. La cerré, la coloqué donde estaba, puse delante los archivadores, cerré después el armario, comprobé que nada estaba fuera de lugar y dispuse mi botín sobre la mesa de mi padre.

Estaba manipulando la cerradura de la cartera, bastante endeble y con la holgura suficiente como para hacerla saltar con un destornillador y un par de martillazos, cuando escuché el ruido de una puerta que se abría. Todavía eran las seis y veinticinco, pero todos mis hermanos tenían llaves de la casa. Guardé la cartera en la carpeta azul y ésta, a toda prisa, entre los libros y cuadernos que abarrotaban mi maletín, antes de decir hola en voz alta. Cuando Lisette entró en el despacho, los latidos de mi corazón todavía galopaban a una velocidad muy superior a la normal, pero ella no podía saberlo mientras me veía clasificar el correo con los ademanes lentos, parsimoniosos, de quien se resigna a estar perdiendo el tiempo.

—¡Álvaro! —se quejó con su acento dulce, cantarín—. Pero... Desde luego tu madre tiene razón, contigo no se puede. Vamos a ver, ¿no habíamos quedado a las siete y media?

—Sí —me levanté de la mesa para saludarla—, pero a las cinco ya había terminado todo lo que tenía que hacer, ¿qué quieres?, no iba a tirarme dos horas haciendo tiempo solo, en el bar de la facultad...

—Menos mal que no me he quedado a la segunda hora, como me dijiste que se te iba a hacer muy tarde... ¿Quieres tomar algo?

—Ya me he tomado una copa —le dije, enseñándole el vaso vacío.

—Bueno, pues otra. ¿Sí?

—No, Lisette, muchas gracias. No es que no me apetezca, pero tengo que conducir —empecé a recopilar el correo y señalé la esquina de la mesa donde lo había encontrado—. Ahí está el dinero.

Ella improvisó un mohín de reproche y luego me sonrió, mientras recogía los sobres que me había dado mi madre.

—Hay que ver, pero qué hombre más responsable.

Seguí hasta la puerta su cuerpo menudo y compacto, más azucarado y esbelto que nunca en su ropa de bailarina, una malla ceñida de tejido negro, brillante, y una falda a juego, que volaba con cada uno de sus pasos. Al despedirme de ella me fijé en que estaba abierta por delante y la abertura llegaba hasta el nacimiento de su muslo derecho. Entonces las palabras acudieron a mis labios por sí solas, sin que yo fuera consciente del recuerdo que las había convocado.

—Oye, Lisette, me gustaría saber... —pero en ese instante recobré el sentido común—. Nada, nada.

—¿Qué? —ella me dedicó una sonrisa cargada de intención, como si pudiera adivinar la categoría de la pregunta que nunca me atrevería a formular.

—Nada, de verdad —la besé en las dos mejillas y abrí la puerta—. Una tontería.

Me gustaría saber si mi padre se te insinuó alguna vez, Lisette, si te miraba, si te deseaba, si te hacía regalos sin venir a cuento, si fantaseó en voz alta con invitarte a cenar alguna vez o si de hecho llegó a invitarte. Eso era lo que me hubiera gustado saber, pero no me atreví a preguntárselo, porque yo era Álvaro Carrión Otero, todavía Álvaro Carrión Otero, un buen chico, un buen hijo, un buen ciudadano, un hombre normal, hasta vulgar, sin otra extravagancia que una aversión morbosa a los entierros, un profesor de Física que eludía los problemas, que ni siquiera concebía que pudieran pasarle cosas que no estuvieran más o menos programadas, que jamás le habría hecho preguntas comprometidas, arriesgadas, equívocas, a la muchacha de su madre.

Ese hombre solía ser yo. Si ya no lo era, pensé mientras conducía hasta Madrid, al menos seguía pareciéndome a él, y esa semejanza aún me consolaba.

Cuando Ignacio Fernández Muñoz vio por última vez a su hermano Mateo, hacía muchos días que no se miraba en un espejo. En los campos de concentración no hay espejos. Si aquella mañana hubiera podido verse reflejado en alguno, quizás no habría vacilado al reconocer los ojos de su hermano en una máscara seca de piel pálida, tirante, que parecía sostenerse tan sólo por la voluntad de los pómulos, bruscos, prominentes, abruptos como clavos y olvidados de su mullida apariencia de antes. Mateo siempre había tenido la cara redonda, cara de torta, le decían en casa, y era muy presumido. Ignacio nunca le había visto con barba, por eso vaciló al contemplar sus ojos azulísimos en el rostro de un extraño, un hombre mayor que avanzaba con los trabajosos movimientos de un anciano, marcando en cada paso un compás forzado, difícil, con los hombros.

Cuando vio a su hermano por última vez, Ignacio Fernández ya había dejado de desear, había abdicado de la condición humana para estrenar una naturaleza inferior y distinta, una existencia elemental que no era la vida y estaba organizada alrededor de un único verbo. El hombre que robó un camión para escapar de Madrid un mes y medio atrás, ya no era él, sino una versión esquelética y primaria de sí mismo, un cuerpo que sólo existía por y para lo que necesitaba, como si el resto de sus capacidades, la de pensar, la de sentir, la de creer, la de emocionarse, se hubieran disuelto en la fiereza de cuatro necesidades básicas, masticar y deglutir un chusco de pan negro y duro cuando lo había, beber sin mirar lo que bebía cuando podía, quitar las piedras de un trozo de tierra para sentarse o, con suerte, echarse a dormir cuando tenía sueño, y llevar siempre la manta encima para que no se la robaran. A mediados de mayo, en el campo de Albatera hacía calor, pero nadie sabía dónde ni cómo iba a pasar el próximo invierno. Nadie sabía si lograría ver otro invierno, pero mientras vivieran pendientes de una manta no tendrían que pensar, no tendrían que sentir, no creerían en nada ni se emocionarían por otras cosas. Hablaban mucho, no podían hacer otra cosa que hablar, y a veces, cuando se juntaban varios para recordar o imaginar historias en voz alta, hasta se divertían.

Ignacio no era consciente de eso, no logró serlo hasta que volvió a estar vivo, a ser un hombre, y entonces, cuando recuperó la razón, la sensibilidad y la fe junto con su naturaleza verdadera, le costó trabajo aceptarlo. Los humanos son seres que desean y la desesperación les arrebata su propia esencia, los deseca, los destripa, los arruina, los expulsa de sí mismos por el camino templado y engañoso que conduce al destino de las cosas, al cansancio de los vegetales polvorientos, de los minerales enterrados e inertes. En el puerto de Alicante, donde expiró la esperanza, sonaban los disparos un día tras otro, un cuerpo tras otro, a veces muy seguidos, a veces espaciados por horas largas como eternidades, y él miraba al mar, agua inmóvil, vacía, desierta de los barcos que nunca llegarían, la salvación que ya no se atrevían a esperar quienes no tendrían siquiera la oportunidad de probar la amargura del exilio. Ellos eran los

últimos leales, los traicionados por todos, la carne de paredón, el codiciado botín de guerra de los vencedores.

En el puerto de Alicante se habían reunido muchos miles de personas, pero ninguna tenía ganas de hablar. Nadie se atrevía ya a repetir que no, que no, que no, no nos entregarán, no nos dejarán aquí, no pueden hacernos esto, vendrán a buscarnos, tendrán que mandar barcos, Blum no, los franceses no, y los ingleses, a la hora de la verdad, tampoco, las democracias, los europeos, no pueden hacernos esto... Ya nadie hablaba, ni siquiera los más sombríos, los que no se despedían de nadie mientras buscaban la pistola con dedos sigilosos, y se apoyaban el cañón en la sien, y disparaban, y los disparos sonaban, y los cuerpos caían al suelo como fardos, como bultos, como árboles talados a destiempo, y él miraba al mar, agua inmóvil, vacía, escuchaba los disparos, oía caer los cuerpos y no volvía la cabeza, no miraba, no veía, no quería saber. A veces se escuchaban gritos, lamentos, sollozos de niños o de adultos que lloraban como niños. Los adultos no sabían llorar de otra manera en el puerto de Alicante y él miraba al mar para no ver, para no mirar, para no saber que otro español más había preferido morir a seguir viviendo en España, en la tierra donde había nacido, donde había crecido, donde se había enamorado y había visto nacer a sus hijos, en el país por el que había luchado durante tres años, por el que había pasado hambre, y miedo, y frío, y la soledad insoportable de una guerra larga, en la patria por la que lo había arriesgado todo, por la que lo había perdido todo, por la que acababa de morir. Ignacio Fernández Muñoz miraba al mar traidor y no volvía la cabeza para no ver, para no mirar, para no contar el número de los suicidas. Preferían morir a vivir en España, ellos, que eran España. Mejor no saberlo, no pensarlo, no llorarles, no preguntarse por sus razones para no encontrar razones que no quería buscar. Él era muy joven, tenía veintiún años, no le habría importado morir pero tampoco le importaba vivir. Eligió la desesperación al suicidio y así se volvió otro, seco, inerte, polvoriento pero vivo, poco humano hasta que reconoció los ojos de su hermano Mateo en el rostro de un extraño y deseó, con todas las fuerzas que ya no tenía, estar equivocado, él, que había renunciado a desear.

Se abrió paso como pudo entre la muchedumbre de hombres solos que contemplaban en silencio el único espectáculo que alteraba la monotonía de la vida en el campo. Una pareja de soldados con el fusil cargado abrían la procesión macabra de los condenados, los que olían a muerte, los que ya estaban muertos, los muertos que andaban, que respiraban, que avanzaban con la dificultad de sus manos esposadas y la cadena que los unía con otros vivos tan muertos como ellos en un cordón umbilical siniestro, postrero. Ignacio deseaba con todas sus fuerzas estar equivocado pero acertó, porque era Mateo, demacrado, agotado, tan pálido como si no le quedara ni una gota de sangre en el cuerpo, pero Mateo, su hermano, el azul de los ojos vivo aún en su rostro de cadáver prematuro.

¿Adónde los llevan?, a Madrid, a fusilarlos, ¿pero los han juzgado?, ¿que si los han juzgado?, ¿pero en qué país te crees tú que vives, chaval...? Ignacio escuchaba los murmullos, el susurro del miedo que corría de boca en boca, el aplomo de quienes fingían saber para ocultar su propia incertidumbre. ¿Y por qué no los fusilan aquí?, no lo sé, yo sí, Franco no se atreve a vivir en Madrid, no le parece seguro, todavía está en Burgos y por lo visto quiere dar un buen escarmiento antes de mudarse, ¿y qué van a hacer?, ¿colgarlos de las farolas de la Gran Vía?, de donde sea, eso les da lo mismo, hijos de puta... De la mano del miedo corrían también los insultos de boca en boca, los vencidos bajaban la cabeza al pronunciarlos, escondían, sus labios de miradas casuales, peligrosas, todo era peligroso para ellos, hijos de puta, Ignacio no quiso imitarles pero tampoco se atrevió a gritar el nombre de su hermano cuando lo tuvo delante. Mateo le escuchó, identificó su voz y le buscó sólo con los ojos, sin volver apenas la cara. Cuando le encontró, esbozó un movimiento de negación casi imperceptible, su cabeza oscilando mínimamente primero a un lado, después al otro. Sólo repitió ese gesto una vez, pero a Ignacio le bastó para entenderlo. No me mires, no me saludes, no me despidas, no me reconozcas, no le digas a nadie que eres mi hermano, sálvate.

—¡Vaya! ¿Cuándo te han ascendido a capitán?

Sólo tres meses antes, el 19 de febrero de 1939, cuando la familia Fernández se reunió por última vez en su casa de Madrid, Ignacio fue el último en llegar. Venía desde El Pardo y estaba muy cansado, más por dentro que por fuera. Mateo, que parecía haberse desplomado en lugar de sentarse en una de las butacas del salón, le saludó con aquella pregunta, pero él abrazó a Casilda, a Carlos, a sus hermanas, antes de contestarla.

—Anteayer.

—¡Joder! —Mateo, que seguía siendo brigada, estiró las piernas, se enganchó los pulgares en el cinturón y prosiguió en un tono irónico, hasta filosófico, como si estuviera reflexionando en voz alta—. Desde luego, en este ejército sólo ascienden los comunistas.

—¡Venga ya, Mateo, siempre estáis con lo mismo! Ignacio asciende por lo que asciende, tú lo sabes muy bien, y no hay derecho a que le digas eso —María Fernández Muñoz, que se había afiliado al PCE al mismo tiempo que su novio y sólo unos meses después que Ignacio, resopló de indignación antes de quedarse mirando a su hermano mayor—. De verdad que esto ya no hay quien lo aguante.

Casilda eligió aquel momento para recostarse en el brazo de la butaca donde estaba sentado el brigada, pero él no dio señales ni de haber escuchado a su hermana ni de haber percibido el movimiento apaciguador de su mujer, y siguió pendiente de Ignacio, que avanzó hasta colocarse frente a él.

—A lo mejor —replicó en un tono tan irónico, tan filosófico como el que había

empleado antes su hermano— eso pasa porque los comunistas nos dedicamos a matar fascistas, en vez de invitarlos a tomar café para negociar la manera de salir corriendo y dejar en la estacada a los demás.

Al escucharle, Mateo se levantó. Había ofendido a su hermano porque había querido, era muy consciente de que su comentario le iba a ofender. A él mismo, que no era comunista, le había disgustado escucharlo a veces de los anarquistas, e incluso, en los últimos tiempos, de sus propios compañeros. Y si se hubiera parado a pensarlo un momento, habría adivinado su respuesta, el comentario que acababa de estallarle en la cara como una ofensa recíproca, porque ésos eran los rumores que circulaban por Madrid. Pero él también estaba muy cansado, también más por dentro que por fuera, y cuando se acercó a Ignacio, su mujer se abrazó a su espalda y ni así logró hacerle retroceder.

—¡A lo mejor te parto la cara!

—¡A lo mejor te la parto yo a ti!

—¡Ya está bien! —su cuñado se interpuso entre ellos deteniendo a Mateo con el brazo izquierdo mientras apretaba el hombro derecho contra Ignacio cuando estaban a punto de empezar a pegarse—. ¿Os habéis vuelto locos o qué? Pues sí, esto era lo que nos faltaba, ya...

—Todos callados, que viene mamá.

La advertencia de Paloma, que corrió hacia su marido, no llegó a tiempo para separarlos del todo, y a María Muñoz, que nunca se enteraría de la discusión que la había provocado, se le saltaron las lágrimas al ver aquella escena, sus hijos juntos, abrazados, unidos como una piña en el centro del salón de su casa.

—¿Pero qué pasa aquí?

—Nada —Mateo, que había llegado a agarrar a Ignacio de una solapa, deslizó deprisa una mano sobre los hombros de su hermano y rodeó con la otra la cintura de su mujer—, que a tu hijo le han ascendido a capitán y va a invitarnos a todos a cenar, para celebrarlo.

—Sí —Ignacio se dejó abrazar mientras sonreía a su madre—. Había pensado en Lhardy, aunque si os gusta más otro sitio, no tenéis más que decirlo. Todavía estamos a tiempo.

—¡Será por restaurantes! —intervino María, que era la pequeña y apenas había tenido tiempo de frecuentarlos, y todos se echaron a reír.

—Hay que ver... —su madre también se reía—. ¡Qué humor tenéis, hijos míos!

María Muñoz, que se había pasado veinte años haciendo dieta para adelgazar con resultados menos que discretos y ahora podía abrocharse algunas de las faldas que usaban sus hijas antes de la guerra, los besó deprisa y volvió corriendo a la cocina, para no echarse a llorar y estropearlo todo. Creía que aquélla iba a ser la peor noche de su vida, pero se equivocaba. No pasarían muchos meses antes de que se aferrara a

su recuerdo como al último de los buenos tiempos, tiempos de hambre y de zozobra, de inquietud y de incertidumbre, de indignación, de impotencia, de amargura, de miedo, de rabia, pero también de hijos fuertes, jóvenes, vivos. No pasarían muchos meses, pero aquella noche, la víspera de su partida, de la huida que su marido y ella habían pospuesto hasta el último instante razonable, no podía saber que nunca volvería a ver a Mateo, que nunca volvería a ver a Carlos, ni a Casilda, y que sufriría por la suerte de Ignacio durante años en un país extranjero donde Paloma, sin llegar a morir, iría renunciando poco a poco a estar viva.

A veces, cuando miraba hacia atrás, la transformación que había sufrido su vida en los últimos años le parecía imposible, increíble. Ella también había llegado a odiar, y por eso no se arrepentía de nada, pero tampoco entendía muy bien cómo había sucedido, qué había pasado con aquella niña solitaria que parecía abocada a un destino tan diferente, el aburrimiento plácido, convencional, confortable, para el que había sido educada. Su madre había muerto a consecuencia del parto, y a su marido, de quien la única hija de ambos guardaría apenas un recuerdo borroso, casi mítico, porque pasaba la mayor parte del tiempo en Madrid, lo había matado una epidemia de tifus antes de que la niña cumpliera siete años. Desde entonces, María había vivido con las dos hermanas solteras de su padre en un cortijo perdido en medio de la provincia de Jaén, una casona enorme como un palacio, muy antigua y rodeada de olivares, olivares, olivares...

Cuando la dejaban subir a la azotea, los cerros sembrados de árboles que se prolongaban con la fluidez del agua en otros cerros idénticos para ondular suavemente el horizonte, creaban la ilusión de un océano verdoso, con destellos ocres, plateados, sobre el que la casa parecía navegar como un arca sellada y aislada del mundo. Era un espectáculo grandioso, pero su belleza, que asustaba a María, encerraba la maldición de la soledad. Desde la azotea, los olivos brillaban como las crestas felices de la riqueza, sin que ningún edificio perturbara la ensimismada complacencia que no podía comprender una niña sola, sin nadie con quien hablar, con quien jugar. Cuando era pequeña, solía pasar las tardes con los hijos de los caseros, dos varones algo mayores que ella, que eran muy brutos pero muy divertidos, y le enseñaron a coger nidos y a cortarles los rabos a las lagartijas. Todo eso terminó el día que cualquiera de sus dos tías pronunció la palabra fatídica, señorita. Ella era una señorita y tenía que aprender a comportarse como lo que era. Primero fue una institutriz, luego otra, después el internado en un colegio de monjas de Jaén, por último, su voz.

A María, que muchos años después sostendría a su familia dando clases de canto a niños sin más talento que el dinero que sus padres podían pagar por ellas, la salvó su voz. Cuando parecía que su suerte estaba echada, que no podía aspirar a otro futuro que una monótona sucesión de días iguales, sin variedad, sin emoción, sin

aventura alguna, su voz extraordinaria, plena de potencia, de matices, le abrió camino hacia un mundo distinto. La voz de María es un tesoro, sentenció la madre superiora delante de sus tías cuando estaba a punto de cumplir quince años, y aquí no podemos explotarlo más. Sería una pena que no la puliera, que no la educara, que no estudiara canto... Sus tías se miraron, perplejas. ¿Para qué?, preguntó Amparo, la mayor, que se había quedado soltera porque había querido, después de que su padre se negara a dejarla ingresar en un convento, si no va a ser cantante, va a heredar dinero de sobra para vivir de las rentas, ¿o no? Buscaba el apoyo de su hermana pequeña pero no lo encontró. Margarita, que aún no se consolaba por no haber conseguido un marido, y se desvelaba por las noches pensando que su pobre sobrina corría el riesgo de acabar igual que ella si no salía a tiempo del yermo social del cortijo, le llevó la contraria con mucha suavidad. Desde luego que no va a ser cantante, reconoció, pero cantar bien luce mucho en sociedad, ya lo sabes, y María tiene familia en Madrid, nuestra hermana, los hermanos de su madre, y antes o después tendrá que relacionarse, hacer amistades, no va a quedarse toda la vida aquí, con nosotras, y aunque sea rica, si además destaca porque canta bien, pues le será más fácil encontrar un buen partido, vamos, digo yo...

María siempre había pensado que para echarse novio le sería más útil su cara graciosa, redonda, la piel suave y aterciopelada, sin el menor accidente, ninguna imperfección, que al parecer había heredado de su madre, y sobre todo su pelo, castaño y brillante, fuerte y ondulado, que nunca se recogía del todo, no tanto para lucirlo como para esconder las orejas que seguían empeñadas en separarse de su cráneo después de años enteros de pegárselas a la cabeza con esparadrapo todas las noches, antes de irse a dormir, pero se limitó a cruzar los dedos y no se atrevió a preguntar si es que era fea. Nunca le había caído bien su tía María Pilar, ni sus hijas, Pili y Gloria, esas primas madrileñas tan estiradas que cinco minutos después de llegar al cortijo ya estaban deseando marcharse, pero cuando Amparo accedió a preguntarle si quería irse a vivir con ellas, las hubiera besado a todas en la boca. Y se fue a Madrid, y estudió canto, y sus primas dejaron de parecerle estiradas, y se hizo muy amiga de Gloria, y se divirtió como nunca, e hizo amistades. Aprendió que, sin ser una belleza, tampoco era fea, y destacó en sociedad, pero no besó a nadie hasta que una tarde de junio de 1911, cuando ya había cumplido diecisiete años, la besó un chico que se había enamorado de ella mientras la oía cantar el brindis de *La Traviata* en el salón de la casa de sus tíos. Se llamaba Mateo Fernández Gómez de la Riva, era de muy buena familia, amigo del novio de su prima, siete años mayor que ella, ingeniero de caminos y algo más.

—Conmigo no cuentes, que ya sabes que soy republicano.

Y entonces, Gloria, que conocía a la hija de una de las camareras de Victoria Eugenia, y se pasaba la vida haciendo planes para el día en que, por fin, su amiga

cumpliera la promesa de llevarla consigo a alguna de las famosas reuniones informales que el rey celebraba en el Tiro de Pichón de la Casa de Campo, se echó a reír.

—¡Anda ya, Mateo, no digas tonterías, por favor! Republicano, con un abuelo conde, ya ves. Desde luego, tú, con tal de llamar la atención...

Estaban sentados, tomando un refresco en el quiosco que solían frecuentar en sus diarios paseos por la Castellana, uno de los lugares favoritos de la gente elegante cuando empezaba a apretar el calor. No era el lugar más indicado para hacer una declaración como aquélla, pero el discrepante parecía tan seguro de sí mismo que se limitó a sonreír mientras los demás le hacían burla, y no se dejó afectar por los chistes, las risas de los otros. María, que se había dado cuenta de que estaba interesado en ella, porque nunca le había visto hasta que el novio de Gloria los presentó en casa de sus tíos pero desde entonces los acompañaba con mucha frecuencia, le miró con atención y concluyó que si no hablaba, si no se defendía, era porque se sentía muy superior a sus primas, a sus amigos, demasiado como para malgastar tiempo y palabras en aquel lugar, en aquella compañía. Mateo Fernández Gómez de la Riva, rubio, de piel blanca, la nariz muy grande, el cuello demasiado largo, tenía cara de pájaro, pero también era alto, delgado, apuesto a su manera, y a María le gustaba desde que levantó en el aire la simbólica copa de Verdi para descubrir en sus ojos una emoción sincera, ferviente, que le elevaba sobre los aplausos corteses, casi indiferentes, de otros invitados de su tía María Pilar. Aquella tarde, mientras le veía sonreír a las bromas tontas, infantiles, de quienes de pronto no le parecieron otra cosa que una pandilla de imbéciles, le gustó mucho más, porque lo encontró interesante, misterioso, casi peligroso. Por eso, en el camino de vuelta se colocó a su lado, y dejó que sus primas cogieran ventaja.

—¿Tú eres republicano? —y la niña rica de pueblo que había crecido sola entre olivares antes de vivir su traslado a un colegio de monjas de Jaén como una aventura incomparable, sintió un escalofrío en la espalda al pronunciar esa palabra ardiente y afilada, prohibida, clandestina.

—Sí —él contestó con mucha naturalidad, sin embargo.

—¿De verdad? —insistió, y le hizo sonreír.

—De verdad.

—¡Ah! —María sonrió a su vez, se quedó quieta, dejó que él se acercara—. ¿Y por qué?

—Porque creo que todos los hombres somos iguales —ella se dio cuenta de que estaba hablando en serio aunque la expresión de su cara siguiera siendo risueña—. Porque creo que todos deberíamos tener los mismos derechos. Porque lo que está pasando en África me da vergüenza. Porque no es justo que los pobres mueran como moscas mientras los ricos pagan para librarse de ir a una guerra que sólo les beneficia

a ellos. Porque este país está mal hecho y hay que volver a hacerlo entero, de arriba abajo.

—¿Y es verdad que tu abuelo es conde? —él asintió con la cabeza—. ¿Y no te parece bien?

—Mi abuelo sí, le quiero mucho. A ti también te gustaría, porque es muy melómano, un hombre notable, íntegro, generoso, casi librepensador, aunque no lo sabe y nunca lo reconocería. Lo que me parece muy mal es que existan condes, y duques, y marqueses. Pero es el padre de mi madre y, por desgracia, yo no voy a heredar el título.

—Pero... —María frunció el ceño—, no lo entiendo. ¿Eres republicano y te gustaría ser conde?

—Sí, me encantaría —hizo una pausa medida, risueña, para asegurarse de concentrar su atención—. Porque entonces podría pedir una audiencia, y me la concederían, y yo me iría a ver a Alfonso y le diría, toma, cabrón, métete el condado por donde te quepa.

—¡Hala!

María se puso colorada sin darse cuenta, se tapó la cara con las manos, se echó a reír, y no logró evitar que sus pies emprendieran por su cuenta una serie de ridículos saltitos. En esa secuencia de acciones espontáneas, casi infantiles, recuperó una sensación antigua, olvidada, un rabo de lagartija que se movía solo encima de una peña mientras su sangre hervía en la efervescencia de un millón de burbujas diminutas, la respuesta de su cuerpo a una codicia instintiva y temeraria de placeres oscuros, secretos, peligrosos.

—Perdóname —dijo cuando se recuperó, sus mejillas ardiendo todavía—, pero es que... Es que nunca había oído a nadie hablar así. Nunca he oído a nadie tratar al rey de tú, ni insultarle, ni... Suena casi igual que una blasfemia, ¿no? —él sonrió, como si le gustara lo que estaba escuchando—. Bueno, no sé, es que eres el primer republicano que conozco.

—¿Y te da miedo?

—No, no es eso. No me da miedo, al revés, me parece muy... —y cuando estaba a punto de decirlo, se calló, pensó un momento, calculó el riesgo, el peso de la palabra que iba a pronunciar, buscó un sinónimo más suave, menos comprometido, no lo encontró, miró a Mateo, sintió que se ponía un poco más colorada y se atrevió por fin —. Es muy romántico.

Entonces él la besó, posó apenas sus labios sobre la mejilla de María, como un anticipo, una promesa, la garantía de los besos verdaderos, los que no ponen en peligro la reputación de una señorita de excelente familia en el paseo más concurrido de Madrid, y a ella la tranquilizó tanto ese beso fugaz y comedido, tan convencional en comparación con las palabras que salían de los mismos labios, y le supo a tan poco

al mismo tiempo, que le cogió del brazo, a una distancia más que precavida, para volver andando a su casa.

Después, sus primas entraron en el comedor cantando que María se había echado novio y fue ella quien tuvo que soportar con una sonrisa estoica su propia sesión de bromas y de chistes.

—Ay, pues voy a escribir ahora mismo a mi hermana Margarita —exclamó su tía María Pilar, tan divertida como sus hijas por la noticia—, para que deje de llevarle huevos a las monjas de La Carolina... Bueno, y ahora en serio. Me alegro mucho, María, me han contado que es un muchacho muy prudente, muy formal, y que ha acabado ya la carrera, ¿no? Es ingeniero, creo... Fíjate si me gusta, que me habría encantado —y miró a su hija mayor— para alguna de mis niñas.

—Pues, por lo menos —Pili, que estaba perdidamente enamorada de un oficial del ejército que se jugaba hasta las pestañas y del que su madre había oído que mantenía a una mujer en Alcalá de Henares, contraatacó de inmediato—, mi novio no es republicano.

—¿Y Mateo sí? —María Pilar miró a su sobrina con una sonrisa de oreja a oreja, como si acabara de escuchar un buen chiste—. ¿En serio? ¡Qué frivolidad!

—Es la familia de la madre, los Gómez de la Riva —su marido, que hasta entonces se había dedicado a ojear el periódico sin prestar mucha atención al regocijo femenino, intervino en un tono igual de amable—. En esa casa están todos medio locos. Son muy excéntricos. Buena gente, divertidos, y cultísimos, eso sí, pero demasiado originales, la verdad, y eso que su padre es conde... No sé cómo los aguanta el pobre Fernández. A su mujer la lleva muy derechita, pero sus cuñados, ¡uf! El pequeño está empeñado en construir una máquina voladora de ésas y se ha roto ya todos los huesos, de los trastazos que se pega, y me han contado que otra de las hermanas es espiritista, así que... ¿cómo van a salir los sobrinos? Pues republicanos, como poco.

—Pero tú no te preocupes, María —su tía se echó a reír—, que eso no es más que una chiquillada, seguro, y además... Mejor republicano que juerguista, o jugador, o mujeriego, como otros que yo me sé. Los vicios del cuerpo no, pero las enfermedades juveniles, cuando son del espíritu, se curan con la edad.

—Y con las herencias.

La sentencia del cabeza de familia liquidó el conflicto de las ideas políticas de Mateo Fernández, que ni siquiera resurgió cuando al fin, en septiembre de 1912, Gloria fue invitada a acudir con algunos amigos de confianza al Tiro de Pichón y María rechazó la oferta de acompañarla. Hay que ver, dijo su prima, cómo se pega la tontería... Por aquel entonces, Mateo ya era su prometido y la había besado en lugares del cuerpo a los que ni siquiera había tenido acceso todavía el más golfo de los oficiales del ejército español, pero tenía un buen puesto en el Ministerio de Fomento

y seguía gozando de un prestigio irreprochable en la familia de su novia. Al margen de esta y otras pequeñas modernidades, la vida de María se parecía mucho a la de sus primas, y esta semejanza no decreció después de su boda, que se celebró en marzo de 1913 con la brillante asistencia del conde de la Riva y todos sus hijos, aunque la única excentricidad de la ceremonia consistió en que el novio no quiso comulgar. El 14 de abril de 1931, cuando su prima Gloria y ella discutieron por primera vez, ambas compartían los mismos placeres y cuidados, se ocupaban de sus hijos, se encontraban en la ópera, en el teatro, y acompañaban a sus maridos a cenas y recepciones parecidas, aunque los anfitriones, los asistentes, fueran, más que distintos, enemigos. Gloria sostenía obras de caridad, roperos parroquiales, comedores públicos, escuelas para niños pobres, y María formaba parte de comités en defensa del sufragio femenino, de la escolarización obligatoria, de los subsidios públicos para madres obreras. Sus hijos iban a colegios institucionistas, modernos, mixtos y laicos, tan privados como los colegios religiosos, segregados, tradicionales, donde estudiaban sus sobrinos, y eso bastaba para que sus vidas difirieran ya radicalmente mucho antes de que se encontraran luchando en dos ejércitos enfrentados, pero María no era consciente de haberse convertido en una mujer tan distinta de su prima cuando descolgó el teléfono y se la encontró al otro lado de la línea.

—Bueno, ¿qué? —Gloria estaba tan indignada que ni siquiera la saludó—. Ya habéis echado al rey. ¡Estaréis contentos!

—Contentos no, contentísimos —y era tan cierto que se echó a reír al decirlo—. Mateo dice que es el día más feliz de su vida. Le he tenido que regañar y todo...

—¡Qué barbaridad!

—Lo que oyes. ¿Y el día que te casaste conmigo, qué?, le he dicho.

—¿Y qué vais a hacer ahora? —Gloria, más irritada todavía por el tono festivo, jocoso, que transparentaba la euforia de su prima, pronunciaba cada sílaba como si la desmenuzara con los dientes antes de escupirla—. Si puede saberse, claro. O, mejor dicho, si es que los republicanos tenéis alguna idea de lo que vais a hacer con este país, aparte de hundirlo, que es lo único que yo creo que podemos esperar.

—Pues, mira, lo que vamos a hacer en este mismo momento —el tono de María se había endurecido tanto que a ella misma le costaba trabajo reconocerlo— es echarnos a la calle para celebrarlo. Ya tengo el sombrero puesto.

—¡A la calle! Eso, con la chusma... Anda, que todo lo que os pase os estará bien empleado.

—¿Con la chusma? —y en ese instante, María Muñoz descubrió que la indignación era anaranjada, fría y caliente a la vez, dulce mientras trepaba por la garganta, seca al estallar contra el paladar—. No, Gloria, no. Con la chusma no. Con el pueblo de Madrid. La chusma está cruzando ahora mismo la frontera. Si te gustan más que nosotros, ya sabes el camino.

Le colgó el teléfono y se quedó mirándolo como si no pudiera entender, creer que había hecho lo que acababa de hacer. Mientras tanto, su marido, que había escuchado la conversación desde la puerta, todos los niños vestidos, listos para salir, fue hacia ella y la abrazó por la espalda, muerto de risa.

—Joder, María... —le dijo muy cerca del oído, después de besarla detrás de una de sus volanderas orejas—, vas a acabar siendo más republicana que yo.

Pero ella no se rió, y salió a la calle inquieta, preocupada por su actuación, por esa rabia que no había podido controlar, y por la reacción de su prima, el estrépito de cristales rotos, ridículo, alarmante, tenebroso, pero sobre todo injusto, injustísimo, que había percibido en sus palabras, en sus pausas, en su manera de respirar como si se estuviese ahogando mientras la escuchaba. No hay derecho, se decía, no tiene derecho a hablar así, a pensar así, no tienen derecho a decir esas cosas. Y sin embargo, habría preferido no estar en casa, no descolgar el teléfono, no haber escuchado, no haber hablado, no haber arriesgado nada. Ella quería mucho a Gloria, siempre se habían llevado bien, y aunque hacía mucho tiempo que cada año se veían menos que el anterior, y sus maridos, que habían sido inseparables, apenas se saludaban, la seguía contando entre sus amigas. Y era verdad que se había radicalizado más deprisa que Mateo, porque cuando se casó con él, la república le seguía pareciendo sólo una idea romántica, y mientras su marido trabajaba, conspiraba, se reunía con unos y con otros en el ministerio, en los cafés, y en casas cuya dirección no le confiaba ni siquiera a ella, María había seguido disfrutando de una vida cómoda de mujer feliz y bien casada. Había tenido que intuir el cambio, presentirlo, acariciarlo con la punta de los dedos, para comprender que la república podía ser algo más, una tarea, un objetivo, la posibilidad de vivir y de educar a sus hijos en un país distinto. Pero no era tan fuerte como su marido, que el día más feliz de su vida no echó nada ni a nadie de menos.

—¿Quieres dejar de acordarte de esa gilipollas? —Mateo la sacudió cuando llegaron a la Puerta del Sol—. Mira a tu alrededor, mira lo que está pasando, ¿es que no lo ves? Esto es maravilloso, coño, esto es la hostia, y tú pensando en la tonta de tu prima...

Era maravilloso, fue maravilloso, pero cambió su destino para siempre, abrió una grieta imprevista en la rutina de sus placeres y sus cuidados, la obligó a elegir un camino que ni siquiera habría podido imaginar, y sembró en ella un orgullo, un amor, un dolor desconocidos. Después, cuando mirara hacia atrás, la transformación que había sufrido su existencia a partir de aquel día le parecería imposible, increíble, pero entonces no se arrepentiría de nada, no se preocuparía por nada ni por nadie que no fuera importante, no se consentiría la debilidad de sentir la menor nostalgia por aquella vida que su propia vida la había obligado a abandonar. Aprendería a ser feliz de otra manera, porque ella también habría llegado a odiar.

—Nosotros somos lo que somos, María, para lo bueno y para lo malo. Y tenemos que estar en nuestro sitio, con los nuestros.

Su marido tenía razón, tanta que aquella misma noche se avergonzaría por habérsela discutido delante de sus hijas. Pero eso fue después de que su vecina de abajo no le abriera la puerta, cuando tuvo un rato para estar sola, sentada en la cocina, pensando. Eran días duros, terribles, más de lo que parecían, más de lo que había creído cuando Mateo le anunció que Paloma acababa de llegar, y le pidió que le acompañara al comedor.

—Vamos a ver, niñas...

En la última semana de 1936, su hija mayor tenía veintiún años y llevaba casada más de dos, y la pequeña había cumplido ya diecisiete, pero su padre seguía tratándolas como cuando se las sentaba en las rodillas, y a ellas les encantaba que lo hiciera. Por eso le sonrieron a la vez mientras él escogía las palabras con tanto cuidado como si no estuviera seguro de que las dos iban a rechazar su propuesta.

—Vuestra madre y yo hemos estado hablando, y... En fin, ya sabéis que el gobierno tiene un programa de evacuación para que los civiles que quieran puedan marcharse a Levante —en ese mismo instante, Paloma empezó a negar con la cabeza y él movió la suya en sentido inverso, como si quisiera darse la razón a sí mismo—. No os voy a engañar, nosotros no nos vamos a ir. Si pidiera un traslado en el ministerio, seguramente me lo denegarían, y con razón, pero es que además prefiero trabajar para la Junta que para el gobierno, porque lo que yo conozco es esto, hago mucha más falta aquí que en Valencia. No me fui hace un mes, no me voy a ir ahora, y no me pienso ir nunca, porque ésta es mi ciudad, porque mis hijos la están defendiendo, y porque no me sale de los cojones —su mujer le apoyó una mano en el brazo pero él no se inmutó— que a un cabrón de general se le ponga en los suyos echarme de Madrid. Lo que me tenga que pasar, me va a pasar aquí. Sin embargo, mamá lleva tiempo diciéndome que, a lo mejor, vosotras...

—Ni hablar —Paloma no le dejó terminar—. Yo no me voy, desde luego. Ya me lo dijo mi suegra cuando se marchó a Almería, y ya le dije que no. Quiero estar con mi marido.

—Tu marido está en el frente, hija.

—Pero el frente está en la Moncloa, mamá. Desde aquí se puede ir andando. Y los soldados que están en el frente vuelven a casa, con permiso. Y cuando Carlos tenga un permiso, yo quiero estar en casa para dormir con él.

—¡Paloma! No hables así delante de tu hermana.

—Pero, mamá, si ha dicho dormir...

Mateo Fernández se echó a reír al escuchar la salida de su hija pequeña, que no era tan guapa como la mayor, pero sí muy rápida, muy lista, y su favorita, pero ya contaba con que a su mujer, que se había inclinado sobre la mesa para señalar a la

ingeniosa con el dedo, no iba a hacerle tanta gracia.

—¡Pues tú eres la que te vas a ir a Valencia, mira por dónde!

—¿Yo? —y ella también se echó hacia delante, hasta que su nariz apuntó de frente a la de su madre.

—Sí, tú, María, que estás muy suelta, tú, todo el día en la calle, que te has creído que la guerra es una verbena y estás muy equivocada...

—Yo no me voy, ni lo sueñes. Ni quiero ni puedo irme —y se fue relajando poco a poco hasta que volvió a apoyar la espalda en el respaldo de la silla—. Yo también tengo un novio en el frente.

—Lo tuyo no es un novio, hija —sentenció su madre—, lo tuyo es una tontería.

—¿Ah, sí? Bueno, pues será, pero es mi tontería.

—Pero si no te gustaba nada, si le tratabas fatal...

—¿Y tú qué sabes, Paloma —María se revolvió contra su hermana—, tú qué sabes si me gustaba o no?

—¡Anda que no lo sé! —Paloma Fernández Muñoz, la chica más guapa del edificio, de la glorieta de Bilbao, del barrio de Maravillas, del centro de Madrid, se echó a reír, y estaba todavía más guapa cuando se reía—. Todos lo sabemos. ¿O es que no te acuerdas de aquel día que papá le dijo a la muchacha que bajara a buscarle, porque el portal estaba cerrado y el pobre llevaba media hora esperándote en la calle, empapado y tiritando? ¿No te acuerdas de cómo llovía? ¿No te acuerdas de lo que nos dijiste? —y adoptó el acento quejumbroso y cantarín de una niña mimada para imitar a María—. Le queréis más que a mí, le queréis más que a mí, en esta casa queréis a Esteban más que a mí... ¡Si no le hacías más que desplantes! ¡Si Ignacio llegó a decirle que te mandara a paseo! Hasta que vino a despedirse con el uniforme y entonces sí, entonces, de la noche a la mañana, fue el acabóse del amor y la pasión. ¿O no, mamá?, ¿qué te dije yo esa tarde?

—Que lo que le gustaba a tu hermana no era Esteban, sino el uniforme de Esteban —y las dos se echaron a reír a la vez—. Reconócelo, María, Paloma tiene razón.

—¡Dejadla en paz! —frente a la perpetua alianza de su mujer y su hija mayor, Mateo se alineó con la pequeña, como casi siempre—. Ella sabrá si tiene novio o no...

Lo sabía. Su madre y su hermana habrían preferido no tener que aprenderlo, no tener que reconocerlo jamás, pero se enteraron una noche de otoño de 1938, cuando el brigada Fernández, que debería haber estado en su puesto, en las trincheras del frente de Usera, apareció de repente, sin avisar. En ese momento, todos se levantaron a la vez e impulsados por el mismo resorte pero, por una vez, a Ignacio, que coleccionaba heridas con el mismo afán con el que había coleccionado soldados de plomo de pequeño, no le había pasado nada.

Ignacio es el que me preocupa, le había dicho Mateo Fernández a su mujer en los peores momentos del peor noviembre de sus vidas. El otro no tanto, porque es más

tranquilo, más sensato, pero Ignacio, con ese atolondramiento que tiene... Y sin embargo, a Ignacio se le daba bien la guerra. No lo entendía ni él, pero lo descubrió enseguida, una mañana de perros, plomiza y fría, mientras sus botas se hundían en el barro de la Universitaria y una llovizna helada, insoportable, le hacía daño en la cara. Les habían mandado avanzar para asegurar un cerro, pero una bala derribó al sargento que mandaba el destacamento antes de que tuviera tiempo para organizarlos. Cuando miró hacia delante, vio a los regulares que venían corriendo, gritando como alimañas, armados con su furia pavorosa, legendaria. Y entonces ocurrió. En ese instante, sus compañeros empezaron a temblar, pero Ignacio Fernández Muñoz, incomprensiblemente sereno, se acordó de su padre, recuperó su rostro, el ceño fruncido, una concentración impasible en la mirada y un único argumento en los labios mientras le enseñaba a jugar al ajedrez, a sus diez, a sus once años. Tienes que ver todo el tablero, Ignacio. Ya sé que no es fácil pero tienes que intentarlo, esforzarte por verlo todo, tus piezas y las mías, tienes que verlo, comprenderlo de un vistazo antes incluso de analizarlo. Si no lo consigues, nunca jugarás bien. Su padre jugaba muy bien al ajedrez, y para demostrar que el otro rey, el de verdad, no era más que un hombre como los demás, recurría siempre al mismo argumento, si lo pinchas, sangra. Su hijo Ignacio recordó ambas cosas mientras veía de repente todo el tablero por segunda vez en su vida, y ya no eran piezas de madera sino hombres de carne y hueso, pero la revelación, el entusiasmo, el asombro, fueron semejantes. Ellos son más, pero nosotros estamos en alto, ellos saben luchar, pero tienen que subir, y no pueden correr y disparar a la vez porque no son más que hombres, si los pinchas, sangran. Lo pensó en menos tiempo del que habría tardado en decirlo, y sintió que la sangre se enfriaba dentro de sus venas, y que le crecían ojos en la nuca, en las sienes, en las orejas, porque de repente lo veía todo, lo abarcaba todo, lo comprendía todo y no escuchaba nada en la blancura deslumbrante de una certeza absoluta.

Mientras volvía el fusil hacia sus propios compañeros, los miró, uno por uno. Casi todos eran mayores que él, pero no necesitó levantar la voz para que comprendieran que estaba hablando en serio.

—Al que salga corriendo, me lo cargo.

Eso les dijo y ellos le miraron como si se hubiera vuelto loco, pero el pasmo empezó a compensar el pánico. Los moros gritaban, corrían, estaban cada vez más cerca, Ignacio seguía hablando con una tranquilidad que no había experimentado nunca en su vida y que lo enfriaba todo, lo hacía todo más fácil, más lento, más fluido, aunque él no supiera por qué, ni de dónde salía.

—Vamos a esperarlos. Vamos a ponernos a cubierto porque nosotros podemos y ellos no, y vamos a esperar a esos hijos de puta, porque somos menos pero estamos arriba y tenemos ventaja. Ellos tienen que subir, y cuando suban, los vamos a matar a todos igual que si tiráramos al blanco en una barraca de feria, ¿comprendéis? —se

paró, los miró, se dio cuenta de que estaban empezando a comprenderle—. Va a ser igual de fácil, porque no pueden disparar y correr al mismo tiempo, porque son hombres como nosotros, si los pinchan, sangran. Pero hay que esperar, eso sobre todo, hay que aguantar. Con dos cojones. Que ninguno dispare hasta que yo lo diga, ¿está claro?

Los moros gritaban, corrían, estaban cada vez más cerca, pero en la cima del cerro nadie se movía, nadie se atrevía a respirar siquiera hasta que el sargento, al que habían herido en un hombro dos minutos antes, tres a lo sumo, se incorporó como pudo sobre el codo del otro brazo.

—¡Hacedle caso al niño, coño! Hacedle caso al niño, que sabe lo que dice... —y antes de dejarse caer otra vez en el suelo, le miró—. No sé cómo, pero lo sabe...

Ignacio sonrió, se puso a cubierto, y entonces tuvo otra idea, una ocurrencia que aquel día le haría famoso.

—Y otra cosa... Cuando disparemos, vamos a empezar a chillar como si nos estuvieran sacando una muela. Si ellos chillan, nosotros también, ¡no te jode!

Se le escaparon dos, pero los demás le obedecieron sin saber muy bien por qué, chillaron hasta quedarse roncos, dispararon como si tiraran al blanco en una feria, y los regulares se retiraron en desbandada sin tomar el cerro.

Aquel día, a Ignacio Fernández Muñoz dejaron de llamarle «el niño» en su brigada. Por la tarde, le curaron la primera herida, un rasguño aparatoso pero superficial, en el brazo izquierdo. En el parte del día siguiente se mencionó su nombre por primera vez. No llevaba en la guerra ni una semana.

—¿Ignacio?

—Qué...

La primera vez que coincidieron sus permisos, cuando lo peor había terminado y no había hecho más que empezar al mismo tiempo, su hermano le habló a oscuras, desde su cama, como cuando eran niños. No habían pasado. Durante los últimos meses, ninguno de los dos había pensado en otra cosa, en Madrid no había habido ninguna otra cosa en la que pensar en noviembre, en diciembre de 1936. Por eso, aquella noche los dos fueron a casa de sus padres, compartieron la misma habitación en la que habían dormido durante tantos años, y extrañaron de una forma parecida la cama, el pijama, la blandura del colchón, la crujiente tersura de las sábanas. A los dos les parecía mentira que aquéllas fueran sus camas, su cuarto, con sus armarios, y sus mesas para estudiar, y sus libros para leer separados de los leídos. Los dos se sentían igual de desprotegidos, de vulnerables, sin el fusil que su madre les había obligado a depositar con mucho cuidado en el paragüero del recibidor. Ninguno de los dos sabía que aquella escena no volvería a repetirse.

Mateo ya había conocido a una chica morena y vehemente, muy joven, muy apasionada, que se dedicaba a dar lo que en la JSU llamaban mítines relámpago por

las dos aceras del paseo del Prado. Se llamaba Casilda García Guerrero y actuaba en las paradas de los tranvías, en las bocas del metro, y en cualquier esquina donde hubiera un grupo de civiles parados, hablando entre sí. Entonces se acercaba, los arengaba, los animaba a resistir, les explicaba adónde podían ir, qué podían hacer, dónde hacían falta si estaban dispuestos a luchar de otra manera, a enterrar el fascismo cavando trincheras o cosiendo uniformes. Era una monada, graciosa, regordeta, y los pantalones de miliciana le sentaban tan bien como si no los llevara.

—Eso que estás haciendo es muy interesante, ¿sabes? —la segunda vez que la vio, al comprobar que ella se le quedaba mirando como si no hubiera olvidado al soldado que la había seguido de farola en farola unos días antes, Mateo se atrevió a abordarla—. Para nosotros, saber que hay gente que se ocupa de elevar la moral en la retaguardia es fundamental...

Casilda le miró, le sonrió, le dio las gracias.

—¿Te importa que te acompañe un poco? —Mateo se atrevió un poco más, ella accedió con un gesto y volvió a sonreír—. Y a tu novio..., ¿qué le parece todo esto?

Ella le devolvió la pregunta con un soniquete cargado de sorna.

—¿Qué tendría que parecerle? —pero él no se arrugó.

—No sé, eres demasiado guapa para estar todo el día sola en la calle.

—No estoy sola. Aquel chico de allí y ese otro —señaló con el dedo a dos muchachos inofensivos, más jóvenes aún, casi dos niños— son mis compañeros. Venimos juntos, pero nos separamos para poder llegar a más gente.

—¡Uf! —exclamó Mateo, frunciendo el ceño sin dejar de sonreír—, pues mucho peor todavía... Yo estaría todo el tiempo distraído, preocupado por ti, en la calle, con tus compañeros, me olvidaría de disparar, y los fascistas me matarían.

—Ya... —Casilda se echó a reír y levantó hacia él una mirada orgullosa, desafiante—. Pero yo soy una mujer libre. Desde que mi padre se alistó, vivo sola en mi casa, tan ricamente. Y ni tengo novio ni necesito que ningún hombre se preocupe por mí.

—¡Ah! —Mateo aprobó con la cabeza, como si lo que acababa de escuchar le pareciera admirable, un instante antes de besarla en la boca y recibir a cambio una bofetada muy poco revolucionaria.

—¡Oye!, ¿pero tú qué te has creído? ¡No te digo, el tío sinvergüenza!

—Pegas fuerte, ¿eh? —gritó él mientras la veía alejarse.

Pero eso fue unos días antes de que les cayeran encima la Legión, Yagüe, Várela, los moros, las bombas de los aviones italianos, de los aviones alemanes. Un par de meses después, cuando en la calle se pasaba casi tanto miedo como en el frente y seguir vivo era un milagro semejante a ambos lados de las trincheras, Mateo se la volvió a encontrar una mañana, en las Cuatro Calles.

—¿Todavía no te han matado? —Casilda fue la primera en hablar, en sonreír.

—No —Mateo le devolvió la sonrisa—. Como no he podido preocuparme por ti...

Entonces fue ella quien se le acercó, y se colgó de su cuello, y le besó en la boca con la misma entrega, la misma pasión que ponía en sus mítines.

—Ven, anda —le dijo después, cogiéndole de la mano, y él maldijo su suerte antes de resistirse.

—Ahora no puedo, de verdad que no puedo. Tengo que volver corriendo a Usera a llevarle un despacho a mi comandante, ese coche de ahí me está esperando... —Casilda miró el coche y asintió con la cabeza.

—Espoz y Mina 5 —añadió solamente—, tercero izquierda. Y procura que no te maten.

Aquel día Mateo Fernández Muñoz intentó por todos los medios conseguir un permiso, un pase, un encargo, cualquier misión de enlace con cualquier otra posición, lo que fuera, pero no lo logró. Insistió al día siguiente, y al otro, con los mismos resultados, y por fin, cuando cayó la noche y empezó a llover, se fue a ver a su comandante, el único oficial de carrera leal a la República que combatía en aquel sector donde había un poco de todo, restos de batallones sindicales, vecinos, maestros, brigadistas, voluntarios de todos los partidos y, entre ellos, Mateo Fernández Muñoz, que sólo necesitaba aprobar dos asignaturas para licenciarse en Filosofía, que se había afiliado al PSOE en 1935 por razones estrictamente ideológicas, y que era el único hombre a sus órdenes que sabía de verdad en qué consistía el marxismo. El comandante le había cogido cariño a aquel chico serio y cultivado, que no era lo que se dice un héroe pero con el que daba gusto hablar, y cuando le vio aparecer a medianoche, sonrió. Llevaba tres días esperándole, los mismos que llevaba él alelado, haciéndolo todo al revés e intentando comprar un permiso a cualquier precio. Por eso no le dejó concluir el discurso que traía preparado.

—Total, que tu madre está enferma —recapituló por los dos, y Mateo asintió con la cabeza—. Muy, muy enferma.

—Sí, por desgracia, mi comandante.

—Dime una cosa, Fernández... —y aquel hombre duro y socarrón, que fumaba sin parar y lo decía todo gritando aunque estuviera de buen humor, levantó un dedo en el aire para señalar a su propia cabeza—. ¿Tú me has visto a mí cara de gilipollas?

—No, mi comandante —y Fernández sonrió, en contra de sus propios intereses.

—¡Ah, bueno! Me habías preocupado... —cogió un taco de papel que tenía encima de la mesa, rellenó un volante, lo arrancó y lo mantuvo en el aire, exhibiéndolo como si fuera un caramelo ante un niño goloso—. Muy bien, pues entonces te vas a donde tengas que ir, echas un polvo, uno, ¿comprendes?, uno, dos si eres rápido, y te vuelves para acá desempedrando... A las cinco de la mañana te quiero ver aquí. ¿Sabes lo que significa eso? Te lo voy a explicar. Eso significa que

como llegues a las cinco y un minuto, te formo un consejo de guerra y te mando fusilar por desertor. ¿Está claro?

—Sí, mi comandante, gracias, mi comandante.

—Y a ver si echamos ya de aquí a esos hijos de puta y nos mandan al páramo de Burgos, que os vais a enterar de lo que es la guerra con el pueblo más cercano a cincuenta kilómetros, que así no hay quien pueda, joder, y te voy a decir otra...

Pero Mateo ya había salido corriendo, y no pudo escuchar el final de aquella frase. No sabía cómo iba a arreglárselas para ser puntual pero encontró sitio en un camión antes de preguntar, y tuvo la misma suerte en todo lo demás.

—A sus órdenes, mi comandante.

A las cinco menos cuarto de la mañana, Mateo Fernández Muñoz se cuadró ante su superior. Él le miró con atención, le dio una palmada en la espalda y se echó a reír.

—Tu madre bien, ¿no, Fernández?

—Como nunca, mi comandante.

—Pues no sabes cuánto me alegro. Ahora lo importante es que no recaiga.

—Descuide, mi comandante...

Desde ese día, Mateo no volvió a dormir en la habitación que siempre había compartido con su hermano y que Ignacio abandonaría un año y medio después. ¿Pero es que tú también te vas?, su madre nunca se resignó a perderlos tan pronto, ¿pero dónde vas a dormir?, tu hermano se acaba de marchar hace un momento, ya no os veo nunca, ni a ti ni a Mateo, venís, os marcháis, y nunca sé dónde estáis, ni con quién, bueno, eso es un decir, pero mira lo que te digo, hijo, un día de éstos me vais a matar de un disgusto... Al escucharla, Ignacio se echó a reír. Mientras te matemos nosotros, mamá, le dijo, besándola en la cabeza como si fuera una niña pequeña, y mientras sea de un disgusto, es que todo va bien... Pero ya nada iba bien. Las cosas iban tan mal que, a veces, en sus camas distintas, con mujeres distintas, los dos hermanos echaban de menos sus conversaciones nocturnas, como aquella, la última, en la que se contaron el uno al otro algunas cosas que no se habrían atrevido a decirse de día.

—¿Estás despierto?

—No, Mateo, me he dormido, por eso te estoy hablando.

—Es que te quiero preguntar... ¿Tú no tienes miedo?

—No —pero lo que acababa de decir le sonó tan raro que se obligó a pararse un momento a pensarlo—. O, bueno, sí, qué estoy diciendo, claro que tengo miedo, pero nunca en el momento de tenerlo, nunca mientras estoy luchando. Antes sí, y después también, después pienso..., bueno, pienso que podría estar muerto, ¿no?, y ya sé que eso tendría que haberlo pensado antes, pero no se me ocurre, la verdad —y se echó a reír—. Cuando empieza el jaleo, lo veo todo de otra manera, como si mis ojos se convirtieran en los de una mosca, como si no se me pudiera escapar nada. No sé

cómo explicarlo, pero lo veo, veo la batalla, lo veo todo y me quedo muy frío, muy tranquilo, pero con una rabia enorme por dentro, y entonces me tiraría a los tanques y los destrozaría a mordiscos... ¿A ti no te pasa?

—Lo de la rabia sí. Lo de quedarme frío no —Mateo sonrió y su hermano percibió la sonrisa en su voz—. Y lo de destrozar los tanques a mordiscos..., pues tampoco. Pero yo sí tengo miedo. Siempre. No pasa nada, porque me lo aguanto y nadie me lo nota, y es verdad que, a veces, en los momentos peores, la rabia puede más. Pero sigo teniendo miedo.

—Mejor para ti —mintió Ignacio—. Vivirás más que yo.

Mientras su hermano Mateo pasaba la guerra dentro de una trinchera, Ignacio Fernández Muñoz luchó en todas las batallas relacionadas con la defensa de Madrid y en algunas de otros frentes. En casi todas ellas recibió dos clases de condecoraciones diferentes, menciones, ascensos, honores y heridas. Recordaba cada una de ellas, podía identificarlas, explicarlas, ordenarlas en una secuencia cronológica, cuando le hirieron de gravedad por primera vez, en Madrid, poco antes del fin de la guerra. Sus padres fueron a visitarle al hospital de San Carlos, y a María Muñoz se le saltaron las lágrimas al verle desnudo, con la piel llena de costuras.

—En la guerra mueren antes los cobardes que los valientes, mamá —le dijo, como si eso pudiera consolarla de sus cicatrices.

—No digas tonterías, Ignacio.

—¡Pero si es verdad! Pregúntaselo a cualquier militar, ya verás como te dice que tengo razón...

Entonces, su padre sonrió. Él entendía de sobra la angustia de su mujer, pero sin embargo, y sin ser capaz de explicárselo demasiado bien, como no podía explicarse muchas de las cosas que le pasaban todos los días, estaba muy orgulloso de aquel hijo por el que antes había temido tanto. Mateo Fernández Gómez de la Riva siempre había sido un hombre pacífico. La guerra le parecía una calamidad incomparable, y aquélla, la mayor desgracia de su vida, pero cada vez que la prensa publicaba el nombre de Ignacio, sentía una satisfacción que no podía disimular ni siquiera mientras su mujer hablaba sola por el pasillo, clamando con un periódico en la mano por la desgracia de haber parido a aquel insensato.

—Si tu hijo luchara con los rebeldes, Mateo, los moros se pegarían por estar cerca de él, por luchar a sus órdenes —hasta el comandante del Estado Mayor para el que trabajaba como asesor le hablaba de Ignacio de vez en cuando—. Son muy supersticiosos, y creen que hay soldados destinados a sobrevivir, hombres elegidos a los que no les puede pasar nunca nada grave, tienen hasta un nombre para eso... Nosotros somos igual de supersticiosos pero lo explicamos de otra manera. La guerra es caprichosa. ¿Cuántas veces han herido a tu hijo? Muchas, ¿no? Pero nunca le han mandado al hospital, sólo le hacen rasguños, heridas leves, unos pocos puntos y

andando... La verdad es que yo no me preocuparía por él. Lo he visto muchas, muchísimas veces en mi vida. Hazme caso, que sé de lo que hablo. Ignacio tiene suerte.

Y sin embargo, y aunque pasear con su hijo por la calle Fuencarral de abrazo en abrazo, entre los murmullos de admiración de unos vecinos a los que aún les parecía estar viéndole jugar a la pelota en los jardines del Hospicio, se hubiera convertido en el único momento agradable de días muy amargos, Mateo Fernández, que nunca había confiado en la suerte, nunca olvidó tampoco que la guerra es una calamidad incomparable. Y pensó en Ignacio, igual que su mujer, igual que sus hijas, y su yerno, cuando su primogénito entró en el salón de su casa, aquella noche de otoño de 1938. Pero la guerra también es caprichosa, y Mateo se fue derecho a por María, la abrazó, pegó su cabeza a la suya y le pidió perdón.

Esteban Durán todavía no había cumplido veinte años cuando una bala aislada, aventurera, le atravesó el cráneo. Era demasiado joven, y se aburría en esa trinchera honda como el foso de un castillo abandonado, en esa guerra quieta a la que algunos días el enemigo parecía haber renunciado sin avisar, como si los fascistas hubieran desertado en pleno por puro aburrimiento. Al principio, todo había sido distinto. Al principio, el frente de Usera había sido el infierno, luego la gloria, por fin cansancio, más que otra cosa. No habían pasado pero tampoco se habían marchado, los habían parado pero seguían ahí enfrente, aposentados como una manada de buitres al acecho, un día, y otro, y otro más. Algunas mañanas tiroteaban para demostrar que no se habían ido, otras, ni eso, de vez en cuando atacaban en serio, sin demasiado ímpetu, sin muchas esperanzas, pero atacaban, y los rechazaban, y todo volvía a empezar, el infierno, la gloria, el cansancio.

—¡A ver esa cabeza!

Los cabos chillaban como matones de patio de colegio, los sargentos les reñían como tías ancianas y malhumoradas, y los oficiales procuraban no olvidar la edad, la imprudencia de su tropa, aunque ya no maldecían la suerte de que les hubiera tocado mandar a un batallón de estudiantes que no habían esperado a que los llamaran a filas para alistarse. Después de dos años de guerra, los supervivientes se habían convertido en hombres maduros excepto en eso, su incapacidad de adolescentes para soportar la pasividad de una batalla estancada.

—¡Mete la cabeza, imbécil, que te la van a volar!

A sus espaldas estaba Madrid, las calles, los edificios, la parada del tranvía que ya no llegaba con tanta regularidad como en los primeros meses pero que seguía llegando. Algunas tardes, cuando sabía que el frente estaba tranquilo porque su hermano Mateo había vuelto a casa con permiso, en el tranvía viajaba María Fernández Muñoz, que se lavaba el pelo y se ponía tacones y una falda estrecha para ir a la guerra. Soy la hermana del cabo, luego del sargento, después del brigada

Fernández, y traigo un recado muy importante para Esteban Durán, ¿podríais avisarle, por favor? El soldado de guardia sonreía, y a ella le daba la risa al escucharle. ¡Que vaya a alguien a decirle a Esteban que ha venido a verle su novia! Cuando tocaba un cabo comprensivo, hacía buen tiempo y los de enfrente no tenían ganas de disparar, Esteban se llevaba a María a uno de los edificios en ruinas que bordeaban las trincheras y entonces, durante media hora, todo se paraba, la lucha, el miedo, el cansancio, la incertidumbre, las malas noticias de los otros frentes, los gritos que rompían el silencio de los días inmóviles.

—¡Que metas la cabeza, coño, que pareces tonto!

Esteban Durán, que estaba enamorado de la mejor amiga de su hermana desde que su madre lo llevaba de la mano a recogerla en la puerta del Instituto-Escuela, disfrutaba más de las visitas de María que de los permisos, y las recordaba como instantes luminosos, hebras de un milagro o gotas de una felicidad intensa, concentrada, que flotaban en la extensión vasta y desolada de un mar de días torpes, pesados como piedras. No era el único que tenía el privilegio de despertarse por las mañanas con la ilusión de estar pendiente del tranvía, pero muchos más compartían la desgracia de ser amados por mujeres prudentes, imprudentes, pensaba él, porque sentía que cada beso de María le sujetaba, le reclamaba, le afianzaba en el mundo de los vivos, le defendía del enemigo, le hacía inmortal.

—¡Estoy viendo cabezas!

La guerra era larga, fea, dura, aburrida, tanto que algunas veces parecía que los de enfrente se habían cansado, que se habían rendido en silencio y por su cuenta, que se habían dado la vuelta sin avisar. Las visitas de María eran la vida, la belleza, la alegría, todo lo que la guerra no era. Y aquella tarde, aunque Mateo Fernández Muñoz estaba de servicio, aunque lo estaba viendo, Esteban la presintió. Le había pasado otras, muchas tardes, a veces acertaba, a veces no. Al principio, cuando la angustia, las bombas, el hambre, el terror, eran una novedad insoportable y sangrienta, María, que estaba loca pero no era tonta, nunca iba a verle si corría el riesgo de encontrarse con su hermano. Pero los madrileños le habían perdido el miedo al miedo, y en otoño de 1938 la guerra era la única realidad existente, y el hambre, la angustia, las bombas, el terror, el pan que cada día dejaban de comer en cada casa. María ya no venía a verle cuando quería, sino cuando podía, y él guardaba todos los días la mitad de su ración por si había suerte, Esteban, sal, que tienes visita, en ese mundo al revés de la ciudad cercada donde los soldados comían más y mejor que los civiles.

—¿Quieres meter la cabeza de una vez?

La hermana pequeña ya no se molestaba en disimular ante su hermano mayor, y para él tampoco tenía sentido mirar, preguntar, preocuparse. No se querían menos, sino más que antes, pero de otra manera, porque lo único que existía era la guerra, lo

único que importaba era la guerra, y la estaban perdiendo. Esteban Durán perdía la guerra todos los días que su novia no venía a pararla con sus tacones, con aquella falda estrecha que se le estaba quedando tan ancha, con su melena limpia y brillante. Aquella tarde no fue la primera que escuchó un ruido, y estiró el cuerpo, y vio pasar a lo lejos el tranvía, el camión, el coche en el que María podía venir o no. No fue la primera vez que sacó la cabeza, y nunca le había pasado nada más grave que la decepción de no abrazarla. En el silencio de la guerra quieta, esos días en los que jamás sucedía nada, el eco de un vehículo lejano, por muy débil que fuera, llegaba a atronar en sus oídos con el júbilo de las buenas noticias que esperaba en vano, tan joven era, tanto se aburría en aquella trinchera honda como el foso de un castillo abandonado. María era la vida, la belleza, la alegría, todo lo que la guerra no era. —¡Esteban, que metas la cabe...!

Mateo Fernández Muñoz, que le había prometido a su hermana que cuidaría de su novio desde que se encontraron luchando en el mismo frente, terminó aquella frase, pero su destinatario no llegó a escucharla entera.

En la última semana de 1936, María ya estaba enamorada de Esteban Durán. No había sido el uniforme, que le estaba grande, pero sí lo que representaba, el coraje del hijo del juez, aquel estudiante de medicina tan bien educado, tan apocado, tan tímido que sólo le faltaba pedirle permiso para besarla, que tartamudeaba en el trance de sacarla a bailar, al que no había conseguido espolear a base de maltratarlo pero que se había venido arriba él solo, con una determinación, una furia que no habían tenido otros con mucho menos que perder. No sabía que se trataba del mismo impulso romántico que había llevado a su madre a enamorarse de su padre, pero tampoco que ella tendría que pagar un precio mucho más alto por afrontarlo.

Cuando lo mataron, me lo mataron, solía decir, y aquel posesivo se clavaba en la memoria de su madre, de su hermana Paloma, como una espina que nunca lograrían arrancarse del todo, lo amaba mucho más. Mateo, que lloró a Esteban con ella, nunca le contó que la de su novio había sido una muerte tonta. Lo primero que se aprende en una guerra es que ninguna muerte es tonta, que todas son igual de heroicas, igual de prescindibles y azarosas. Mientras los veía llorar, abrazados, unidos por el dolor y por la culpa, su madre recordó la admiración que había sentido hacia María aquella tarde en que la vio hablar con Paloma en el mismo sofá como si fuera la mayor de las dos, cuando comprendió que se había convertido en una mujer madura, su niña, que un año antes sólo se preocupaba por los vestidos, por las fiestas, por los novios, por aprobar las matemáticas, por no suspender el francés.

Carlos seguía en el hospital aunque ya estaba fuera de peligro. 1937 había empezado con la expectativa de su muerte, pero un mes y medio después, Paloma lloraba por él como si se le hubiera olvidado.

—Los médicos me han dicho que no va a recuperar el brazo derecho, que va a ser

como si no lo tuviera, y se va a quedar cojo, tendrá dolores toda su vida...

—¿Y qué? —María la animaba, la sacudía, le sujetaba la cara con las manos para obligarla a levantar la vista—. ¿Y qué? Está vivo, Paloma, y va a seguir estando vivo. ¿Que se queda cojo?, pues bueno, el caso es que puede andar. ¿Que se queda manco?, muy bien, pero sólo de un brazo. Le queda otro, ¿no?, y para dar clase no necesita los dos. ¿Que tiene veintiséis años? Claro, y eso no es lo mejor. Lo mejor es que el año que viene tendrá veintisiete, y luego veintiocho, y veintinueve, porque ya no le puede pasar nada más, ¿no lo entiendes? —María acariciaba las manos de su hermana, las apretaba para transmitirle su fe en un futuro alegre, tan risueño como su acento—. No lo han matado y ya no lo van a matar, no va a volver al frente. Ahora le darán un destino tranquilo en la retaguardia, una oficina, un despacho como el de papá, se quedará en Madrid, irá a trabajar todas las mañanas y volverá a dormir a casa todas las noches. Piénsalo bien, Paloma, piénsalo... Tú ya no vas a pasar miedo, ¿es que no lo entiendes? Ya no te vas a despertar de madrugada con un mal presentimiento, no vas a sufrir tanto como las demás. Ojalá dejaran manco a Esteban, ojalá...

Mientras la escuchaba, su madre comprendió hasta qué punto había estado equivocada, y cuando todavía no se había recuperado de la tristeza de ver a Ignacio con un fusil, sintió un arrebato de ternura semejante por aquella hija que también se había hecho mayor antes de tiempo, y volvió a arrepentirse por haber dudado de ella, por haber dudado de todo aquella tarde de la última semana de 1936.

—Bueno, pues con novio o sin él —pero entonces creía que aún, que por lo menos le quedaba María—, yo opino que deberías irte a Levante. Y soy la que más te va a echar de menos, que conste, pero me quedaría mucho más tranquila.

—Que no, mamá, que no me voy a ir —todavía estaba serena y hablaba despacio, sin levantar la voz pero con una firmeza que su madre desconocía—. No es sólo por Esteban. He encontrado trabajo en una guardería del gobierno. Necesitan gente y no voy a quedarme en casa, con los brazos cruzados, mientras ahí fuera pasa lo que está pasando.

—Me parece muy bien —Mateo Fernández aprobó con la cabeza, sin advertir que su mujer se le quedaba mirando como si no pudiera creer que había escuchado las palabras que acababa de decir.

—Pero... —primero se volvió hacia su marido— ¿quieres dejar de decir tonterías, por favor? —y después se encaró con su hija—. De eso nada, María. ¿Cómo vas a trabajar? Si tú estás estudiando, tienes que estudiar, tú... Eres una niña, tienes dieciséis años, hija mía.

—Diecisiete, mamá, los cumplí en octubre. Ignacio sólo me saca catorce meses, y está en la carretera de La Coruña, pegando tiros. La sobrina de la portera, que es de su edad, se ha apuntado para que le enseñen a conducir tranvías. ¿Y yo no puedo ir a dar de comer y a contar cuentos a unos niños que se han quedado solos porque esos

hijos de puta —y levantó la voz, y el brazo, y señaló al balcón con un dedo como si los pilotos alemanes la estuvieran escuchando al otro lado del cristal— han bombardeado sus casas y han matado a sus madres, y...?

—¡María! —la suya le demostró que estaba viva—. ¡No te consiento que hables así!

—¿Y cómo quieres que hable, mamá? ¿Cómo quieres que hable?

—Bien —su padre levantó las palmas de las manos en el aire antes de intervenir con mucha tranquilidad—. Tu madre quiere que hables bien. Que llames asesinos a esos hijos de la grandísima puta, por ejemplo.

—Muy gracioso, Mateo —pero, sin sumarse a las risas de sus hijas, su mujer también sonrió al reprochárselo—. Pues precisamente por eso, María, por eso. Porque es muy peligroso...

—Todo es peligroso, mamá —María se relajó, se serenó, y optó por un tono dulce, más persuasivo, procurando ignorar la que le caería encima si su madre llegaba a enterarse de que iba al frente en tranvía a ver a su novio—. No sé si te has enterado de que ahora Madrid se acaba en la glorieta de San Bernardo, a cuatro pasos de aquí. Todo lo demás se lo han cargado ya, ¿sabes? Y entrando en línea recta desde la sierra, que es de donde vienen, nosotros somos los próximos, así que... Seguimos teniendo casa de milagro. La guardería está más allá de Cuatro Caminos, pero lo mismo me puede matar una bomba allí que en la Corredera, cuando voy a hacer la compra. Esos... asesinos —miró a su padre y él se lo agradeció con una sonrisa— sólo respetan El Viso y el barrio de Salamanca, ya lo sabes, y allí no se nos ha perdido nada... Además, tampoco voy a ir sola. Charito empieza conmigo pasado mañana, y Emilia se lo está pensando. Iba a decírselo a Dorita, también, aunque sea facha, porque a ella le gustan mucho los críos, pero me la he encontrado en la escalera y hemos tenido una agarrada que no os la podéis ni imaginar... —hizo una pausa y continuó hablando con un acento parecido al que su hermana había escogido antes para imitarla—. Me alegro de verte, María, porque tengo un recadito para tu hermano Ignacio, y como no le veo nunca porque debe de estar muy ocupado matando gente... ¿Matando gente?, le he preguntado, sí, en la guerra, mujer, me ha dicho la muy pu... —y justo después de morderse la lengua, miró a su madre—. Perdona, mamá. Bueno, pues me ha pedido que le diga a Ignacio que le deja, que cuando le dijo que sí, no podía imaginarse que iba a convertirse en la novia de un rojo y que no está dispuesta a seguir siéndolo ni un minuto más. Se lo dices tú, me ha soltado, y así, él no tiene que molestarse... Pues sí, mira, le he dicho, mucho mejor. Mejor que mi hermano no tenga que molestarse en venir a hablar con una mierda como tú —su madre volvió a chillar, pero ella ya no hizo caso—, porque, por cierto, no da abasto para quitarse de encima a las mujeres que se le tiran a los brazos cuando anda por la calle. ¿Y sabes por qué? Pues porque mi hermano es un hombre de verdad, un héroe del pueblo, y no

como los tuyos, que son unos cobardes, ¡que a ver si te crees que no sabemos que los tenéis escondidos en casa dentro de un baúl, cabrones!

—¡María! —y su madre sintió que le faltaba el aire.

—¿Eso le has dicho? —los ojos de Paloma relucían mientras su hermana asentía con la cabeza—. ¡Muy bien!

—¡Paloma! Pero, bueno, ¿qué pasa aquí, es que nos estamos volviendo todos locos? —María Muñoz estrelló las manos contra la mesa, se levantó, miró a su familia—. ¿Cómo has podido hacer una cosa así, María, cómo has podido? Con lo que está pasando en la calle, tantos asesinos sueltos, todas esas muertes, ese horror...

—Pero si mientras no hagan nada malo, no pienso denunciarlos, mamá, ¿qué te has creído? —su hija pequeña parecía de pronto tan asombrada como ella, y la miraba como si no pudiera comprender sus reproches—. Mientras lo único que hagan sea seguir ahí, escondidos, te aseguro que no voy a denunciarlos. Ni siquiera se me ha ocurrido, te lo prometo.

—¡Eso da igual! ¿No comprendes que da igual? Ellos no lo saben, ellos... ¡Pobre doña Adoración! Ahora estará muerta de miedo, pobrecilla, no quiero ni pensar...

—Ellos harían lo mismo con nosotros si pudieran, mamá —Paloma fue mucho más dura.

—¡Pero nosotros no somos como ellos!

—¡Claro que no! —y su hija mayor le dio la razón con una vehemencia que las distanció todavía más—. Ellos han empezado, ellos son los que han querido que pase todo esto. Nosotros sólo nos estamos defendiendo.

—¡No, no es eso! —su madre la miró, miró a su marido y ya no le vio bien, de repente estaba muy cansada, las lágrimas le escocían en el borde de los ojos como gotas ácidas, una amargura contra la que no tenía fuerzas para luchar—. No es eso —repitió mientras volvía a sentarse, mucho más triste, más tranquila también—. Nosotros nunca hemos sido como ellos, nunca hemos hecho las cosas que hacen ellos, siempre hemos sido todo lo contrario de lo que ellos son. Que te lo diga tu padre...

Mateo Fernández amaba a su mujer. Quizás nunca tanto como en aquel momento, mientras se acercaba a ella, y la abrazaba, y la sostenía entre los brazos con la ternura de un padre que acuna a su hija recién nacida, porque entonces estuvo más seguro que nunca de sí mismo, de la mujer a la que amaba, de la clase de amor que es lo único que prospera en los tiempos difíciles.

—Vuestra madre tiene razón —dijo, manteniéndola apretada contra sí—. Lo que ha estado pasando en la calle es una vergüenza, es nuestra vergüenza. Y no podemos mirar para otro lado, porque nosotros no somos como ellos. Ya sabéis lo que opino yo de eso. Lo he dicho muchas veces y lo voy a volver a decir, prefiero ver a vuestros hermanos muertos que paseando gente —y miró a su hija mayor, luego a la pequeña

—. Por muy fascistas, por muy peligrosos, por muy culpables que sean. Eso tienen que decirlo los jueces, no unos cuantos pistoleros. Pero la Junta ha cerrado ya las checas, María, y tus hijas también tienen razón... —entonces apartó la cabeza de su mujer de su pecho con suavidad, le separó el pelo de la cara, la miró—. Esto es una guerra y no la hemos empezado nosotros. Nos han atacado, nos estamos defendiendo, y tú tienes hijos en el frente, María, dos hijos, el marido de una hija, el novio de la otra, y tienes que estar orgullosa de ellos porque no hacen otra cosa que cumplir con su deber, porque no se dedican a secuestrar marqueses para matarlos de un tiro en la nuca, sino a luchar por ti. Tus hijos están luchando por ti, y por mí, por lo que tú y yo somos, por lo que siempre hemos sido. Todos estamos metidos en esto, ¿no lo entiendes? Es tu familia, tu familia entera la que se está jugando la vida, nos la estamos jugando todos, uno por uno. Por desgracia, esto ya no es política. Esto es la guerra, María.

Ella se levantó muy despacio, se arregló la ropa, se recompuso el pelo, miró a su alrededor como si se hubiera perdido dentro de su propia casa y, sin pararse a pensarlo, besó a su marido antes de salir.

—Voy a bajar un momento a hablar con doña Adoración... —y cuando ya estaba en la puerta se volvió para mirar a sus hijas—. Qué barbaridad, por el amor de Dios.

—A Dios déjale en paz, mamá —la voz de Paloma se perdió por el pasillo—, que no es de los nuestros.

Doña Adoración no quiso abrirle la puerta. Ella oyó el taconeo de sus pasos, tal vez los pasos de sus hijas, golpeó en la puerta con los nudillos, intentó explicarse, volvió a oír el eco de unos tacones que se alejaban deprisa. Después volvió a su casa, se sentó en la cocina y estuvo un rato sola, pensando, hasta que su marido fue a buscarla, se sentó frente a ella, la cogió de las manos y le dijo algo que no podría olvidar jamás, nosotros somos lo que somos, María, para lo bueno y para lo malo, y tenemos que estar en nuestro sitio, con los nuestros. El 19 de febrero de 1939, cuando vio a todos sus hijos reunidos en su casa de Madrid por última vez, todavía no se habían movido de su sitio ni un milímetro y, también por eso, ella creía que aquélla iba a ser la peor noche de su vida.

—¿Y esto? —Ignacio, que estaba más cansado por dentro que por fuera, que siempre había querido mucho a su hermano y no quería volver a pelearse con él, había seguido sus pasos hasta la cocina—. ¡Menudo banquete! Si lo llego a saber, no os invito a cenar en Lhardy...

María Muñoz sonrió, y contempló el festín que les esperaba, una tortilla de patatas de cuatro huevos, unos pocos pimientos fritos, dos cuartos de pollo asado desmenuzado en tiras finas, para que abultaran más, tres cebollas cortadas en rodajas y aliñadas con aceite, sal y un poco de pimentón, que era lo único que no le había faltado nunca, y medio pan negro para nueve personas, diez si contaba a la hija de su

sobrina, aunque había comprado un poco de leche para hacerle una bechamel, porque la pobre Angélica comía de todo pero aún no había cumplido cuatro años.

—Ésta es la última noche que vamos a cenar juntos en mucho tiempo, ¿no? No iba a poneros lentejas, estamos todos hartos de comer lentejas... Pero cada vez es todo más difícil. Esto me ha costado una fortuna, y ya ves, las cebollas son todavía de aquellas que tú nos mandaste, las últimas, y el aceite también... —María Muñoz hizo una pausa, se quedó mirando a su hijo, dudó, se atrevió por fin—. ¿Sigues con esa mujer? —él asintió con la cabeza—. Ten mucho cuidado, hijo mío.

—Claro que tengo cuidado, mamá —Ignacio resopló, negó con la cabeza, miró a su madre con ojos cargados de cansancio—. De que no me maten. De eso es de lo que tienes que preocuparte y no de la pobre Edu. Ella no me va a hacer nada malo.

—Ya, ya lo sé, hijo, perdóname...

Mateo se había casado con Casilda unos meses antes, cuando al padre de su novia lo mataron en el Ebro. No quiero que se quede desamparada, y así, si a mí también me pasa algo... Siempre estará mejor casada que soltera, ¿no?, las cosas serán más fáciles para ella, creo yo. Había sido una boda urgente, apresurada y sin invitados, que había durado el tiempo imprescindible para rellenar un papel con dos firmas, una ceremonia muy distinta no sólo de la que les habría reunido si no estuvieran en guerra, sino también de la que habrían celebrado si no la fueran a perder. Había sido una boda triste, pero María Muñoz ya se había acostumbrado a la tristeza, y a Casilda, la hija mayor de un tipógrafo y una bordadora a la que su padre había colocado en una imprenta cuando no había cumplido aún catorce años, nada que ver con la clase de muchachas entre las que su primogénito habría escogido novia si las cosas hubieran seguido siendo como antes. Pero Mateo estaba muy enamorado de su mujer, Casilda era digna de aquel amor, y las cosas no eran como antes. Ella lo sabía muy bien, y sin embargo, ni así había podido acostumbrarse a que su hijo pequeño viviera con una mujer casada, que hablaba igual que los personajes de Arniches y era diez años mayor que él. A pesar de eso, aquella noche se arrepintió enseguida de haberla mencionado, porque Ignacio tenía razón, porque seguía estando vivo, y todo lo demás daba lo mismo.

—¿Sabes de dónde ha salido la cena de esta noche? —se acercó a su hijo, lo abrazó, se esforzó por sonreír y lo consiguió—. Tu padre ha estado comprando duros de plata a siete pesetas, a siete cincuenta... Está seguro de que es lo único que no va a perder valor, no se fía ni un pelo de los franceses. Eso lo entiendo, no creas, porque después de todo lo que hemos pasado, como para fiarse, ya ves, pero ojalá que no se equivoque, porque si no, menudo negocio... Hemos vendido algunas cosas, y hemos convertido en duros todo lo que teníamos, no quería decíroslo para que no le llamarais derrotista, pero... Ya sabes que él no es un derrotista, todo lo contrario, él haría lo que pudiera, lo que le pidieran, para... En fin, que he comprado la cena de

hoy con lo que ha sobrado de los cambios, céntimos y más céntimos, tendrías que haberme visto —intentó sonreír otra vez, pero ya no pudo—. No sé cuándo volveremos a cenar todos juntos, así que no discutas con él, Ignacio, por favor te lo pido, sobre todo eso, ya se lo he dicho a los demás, no os liéis a discutir ahora sobre lo que se hizo bien, y lo que se hizo mal, y lo que se podría haber hecho, y lo que se dejó de hacer, y que si la culpa de todo la tuvo Azaña por no fusilar a Sanjurjo, eso no, Ignacio, no habléis de política, por favor. Lo que tenéis que hacer es animarle, darle confianza, decirle que todavía podemos ganar la guerra, que la vamos a ganar. Prométemelo, hijo, porque papá está... —en ese momento, María Muñoz vaciló, se quebró, perdió el control, sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas—. Tu padre está enfermo, Ignacio, está muy mal, peor que mal, se está volviendo loco, se va a morir de pena. Tú no sabes..., tú no puedes saberlo, hijo mío. La República lo era todo para él, se ha pasado la vida luchando por ella, desde que le conozco, y hace casi treinta años, habría dado cualquier cosa por salvarla, cualquier cosa. A veces creo que habría preferido morirse a... Tengo un presentimiento, María, me dijo anoche, cuando nos acostamos, tengo el presentimiento de que yo nunca volveré a poner un pie en este país de mierda. Eso me dijo, y nos echamos a llorar, y entonces me acordé de mi prima Gloria, de lo que me dijo el 14 de abril, y... Esto es horrible, Ignacio, esto es injusto, es tan injusto... —levantó la cabeza para mirarle y él se estremeció, porque nunca antes había visto ese temblor en aquellos ojos—. No sabes cómo los odio, no lo sabes. Nunca he odiado tanto a nadie. Nunca he odiado a nadie así.

María Muñoz escondió la cara en el pecho de su hijo y él la acogió, la abrazó con todas sus fuerzas y se abandonó a los síntomas de una impotencia que ya conocía, la misma fiebre negra y espesa, el ritmo de la sangre amontonada que le había golpeado en las sienes, que le había inflamado las encías, que le había herido en los ojos con el blancor insoluble de una rabia purísima, inservible, mientras su hermana pequeña le suplicaba, le sacudía, le daba una orden que no podía cumplir por más que quisiera. Mátalos, Ignacio, mátalos, mátalos, mátalos a todos, mátalos, Ignacio, a todos, a todos, mátalos, mátalos, mátalos, mátalos... María chillaba, le pegaba, tenía los brazos rígidos, los ojos muy abiertos, era ella y había dejado de serlo al mismo tiempo, era una sola palabra, un solo grito, ¡mátalos, Ignacio, mátalos, mátalos, mátalos a todos! Al día siguiente del entierro de Esteban Durán, su madre se la había arrancado, la había sujetado, la había mantenido entre sus brazos hasta que logró romper a llorar. El día que ella se vino abajo, Ignacio no necesitó de la ayuda de nadie para reaccionar. Bastó con la aparición de su prima Mariana en la cocina.

—Esto no se ha acabado, mamá, queda mucha guerra todavía —miró a su prima a los ojos y ella le sostuvo la mirada—. Todavía tenemos media España, medio millón de hombres. Todavía. Van a tardar mucho en matarnos a todos.

Mariana Fernández Viu era hija del hermano mayor de su padre, Lucas, que a los

veinte años se mandó imprimir unas tarjetas de visita preciosas, con la corona condal encima de su nombre, para dedicarse a lo que él llamaba hacer negocios. No había trabajado en su vida excepto en la tarea de administrar su herencia con la astucia suficiente como para casarse con una mujer rica. La que le pareció mejor fue una señorita de Pontevedra a la que le gustaba aparentar tanto como a él, y que por eso resultó no serlo tanto. Cuando su hija Mariana llegó a la edad de buscar marido, sus padres ya vivían recluidos en una casa de campo, en Galicia, que era la única propiedad que conservaban. De allí la sacó Rafael Otero, un joven delicado y ambicioso, sin estudios pero con contactos políticos, que se la llevó a la capital en diciembre de 1933, cuando su protector, diputado de la derecha, le ofreció un puesto en un ministerio. El clima de Madrid no le sentó bien. Lo que él había planeado como su desembarco en el poder, desembocó en una larga serie de ataques de asma que acabaron con él a destiempo, antes de que naciera su única hija, Angélica, que todavía no había cumplido un año cuando los enemigos de su padre ganaron las elecciones. Desde entonces, y hasta que Argüelles dejó de ser un barrio para convertirse en un inmenso solar plagado de cascotes, Mariana había vivido con la niña y muy pocos recursos en un edificio de la calle Blasco de Garay que pareció haber sobrevivido a los bombardeos pero se derrumbó solo, casi por sorpresa, el día que fue incapaz de seguir sosteniéndose contra las vigas de madera que lo apuntalaban. Entonces, su tío Mateo le ofreció su casa. Habría dado cualquier cosa por no aceptar esa oferta, pero no tuvo elección. Cuando sus ojos se encontraron con los de su primo en la cocina, ya llevaba más de un año viviendo en campo enemigo.

Ignacio miró a Mariana fijamente, durante mucho tiempo, mientras su madre lloraba sin hacer ruido, sin saber tampoco que su sobrina la estaba viendo llorar. La miró y vio en sus ojos algo distinto de lo que había visto otras veces, un brillo metálico, sereno, frío, paciente. Había paciencia en la mirada de su prima, paciencia y no resignación, paciencia y no humillación, paciencia y una serenidad fácil, cómoda, casi ecuánime, hasta insensible y por eso despiadada. La serenidad del campesino que no presta atención a la mansedumbre de la lluvia que va empapando sus campos muy despacio, la serenidad de la cocinera que le retuerce el cuello a un pavo vivo mientras se compadece del reúma de su señora, la serenidad del sepulturero que trabaja pensando en esas judías pintas tan ricas que su mujer ha prometido ponerle para comer. Eso contempló Ignacio Fernández Muñoz en los ojos de su prima, una frialdad que apenas recordaba en aquellos días calientes que fundían los metales.

La miró fijamente, durante mucho tiempo, y se llevó con él esa mirada. No la olvidó jamás, y ocurrieron muchas cosas aquella noche, palabras, gestos, silencios que recordaría toda su vida, el temblor en la voz de su padre, que había envejecido décadas en el último mes, mientras le decía que le daba vergüenza irse, el temblor en los dedos de su madre mientras apretaban la mano de su cuñada Casilda un instante

después de encerrar en ella su pulsera de pedida, y el sonido de su voz apagada, suplicante, quédatela, por favor, la he guardado para ti, yo ya no voy a poder hacer nada más por vosotros, si las cosas se ponen más feas todavía, cuando nazca el niño igual te viene bien, y si no te hace falta venderla, y es una niña... Nunca olvidaría esas palabras, ni la fortaleza impecable y risueña de su hermana María, ¿pero tú estás tonta, mamá?, no digas esas cosas, anda, esto que te pasa debe ser de no comer, ¿a que sí?, ¿pero tú qué te crees, que nos vamos para siempre?, si dentro de nada estaremos todos juntos, mamá, en Francia, o en México, y enseguida aquí, otra vez, ¿qué te apuestas?, si verás nacer a tu nieto en Madrid, mira lo que te digo...

Pasaron muchas cosas aquella noche, palabras, gestos, silencios que recordaría toda su vida. Antes de entrar en el comedor, su hermano le cogió por un brazo, le retuvo a su lado hasta que los demás salieron al pasillo, le miró a los ojos. Perdóname, Ignacio, lo siento mucho, si hay alguien que se merece ascender en este ejército... No, perdóname tú a mí, Mateo, no tendría que haberte dicho..., yo también lo siento. Los dos se abrazaron sin decir nada más, y el que sobrevivió recordó para siempre aquel abrazo, lo atesoró entre los instantes más preciosos de su vida, lo evocó con la codicia del avaro que recuenta sus monedas sin cansarse y volvió a vivirlo muchas veces, en los días más duros y en los mejores, entre el deslumbramiento del amor y el acecho de la muerte, entre la velocidad del infortunio y la lentitud de la prosperidad, entre el olor a miedo de los vagones de los trenes, el olor a miedo de las noches al raso y el inconsciente olvido del olor a miedo, y después, con las emociones y los deseos, con los domingos y los días laborables, con el calor del cuerpo de su mujer en noches de invierno muy arropadas y las risas de sus hijos que crecían sin el fardo agotador de su memoria, Ignacio Fernández Muñoz guardó siempre el recuerdo de aquel abrazo como un tesoro sin precio, el salvoconducto que le permitió seguir estando vivo, llegar a ser feliz en un mundo donde ya no existía su hermano Mateo. Y sin embargo, aquella noche, cuando salió a la calle, recordó sobre todo la mirada de Mariana, aquel brillo metálico, sereno, frío y paciente, despiadado, que sería la luz de su futuro.

—¿Se va con vosotros? —le preguntó a Paloma mientras acomodaba el paso a la cojera de su cuñado por la calle Fuencarral.

—¿Quién? —ella, que andaba a la derecha de su marido, se inclinó hacia delante para mirarle—. ¿El Sapo?

—¡Paloma! —Carlos Rodríguez Arce se quedó mirando a su mujer con una expresión de escándalo que se deshizo pronto en una sonrisa.

—¿Así la llamáis? —Ignacio se reía sin disimulos, en cambio—. Es un mote buenísimo.

—¿A que sí? Se le ocurrió a María —miró a su marido, le vio reírse y sonrió—. Es que parece un sapo, no me digas que no, todo el día rumiando, hinchando y

deshinchando los carrillos, la hijaputa, con los brazos cruzados debajo del pecho, mirándolo todo y sin decir ni mu... ¡Qué asco le tengo, de verdad! —entonces volvió a dirigirse a su hermano—. Pues no, no se viene, por supuesto, y eso que papá se lo ofreció, por la niña, más que nada, que es muy pequeña, pobre... Pero no, ¿qué dices? ¿Ahora que ganan los suyos, se va a venir?

—Eso habrá que verlo —Ignacio no quiso mirar a su cuñado, que levantó las cejas en un gesto escéptico que su mujer también prefirió ignorar.

—Pues a ver si es verdad, porque de momento está todo el día en el piso de abajo, oyendo la radio de Burgos, me imagino, y cuando sube, tan contenta, la cogería y la estamparía... —cerró el puño en el aire para ahorrarse el resto de la frase—. ¡Ah!, y por cierto, que se ha hecho íntima de Dorita. Sólo abre la boca para hablar de ella, que si es un encanto, que si hay que ver, que si qué pena que rompierais...

—Por eso no te preocupes —Ignacio miró a Paloma, a su marido—. Si hay algo de antes de la guerra que no echo nada, pero nada, de menos, es a Dorita...

Si no hubiera llevado aquella blusa la habría visto igual, porque le habría llamado la atención su pelo rojo, tan raro, o sus caderas redondas, o la expresión de su rostro, que parecía estar de vuelta de todo sin haber perdido las ganas de ir más allá, pero lo primero que vio fueron sus hombros desnudos, blancos y perfectos, adornados con las pecas justas, ni tantas que sugirieran una infección ni tan pocas que pudieran pasar desapercibidas. Le gustaron tanto que se apoyó en un árbol, encendió un cigarrillo y se lo fumó mirándola, vigilando la goma del escote que se ahuecaba y se tensaba siguiendo el ritmo de su respiración, sin revelar nada más inquietante que su propia intermitencia. Cuando se resignó a su eficacia, levantó los ojos y vio que ella le sonreía de una manera tan impúdica que habría amedrentado al novio de Dorita hasta obligarle a huir con la cara colorada. Pero, por fortuna, pensó él, yo ya no soy el novio de Dorita, y por eso se acercó, le cogió la cesta que llevaba en la mano, dame tu cartilla, dijo, y espérame en ese banco, ahora vuelvo...

Las mujeres de la cola de la leche le miraron mal, algunas protestaron, todos los días lo mismo, ya está bien, no hay derecho, debería daros vergüenza, pero él ni siquiera las miró. Le atendieron enseguida, porque para eso era teniente. Toma, le tendió la cesta con la lechera dentro, gracias, respondió ella, de nada, Ignacio se quitó importancia, con este calor y al sol, el niño iba a cogerse una insolación... Vivía muy cerca, en la calle Viriato, y la cesta estaba tan vacía como todas las cestas de Madrid, pero él se ofreció a acompañarla, para que no vayas tan cargada, le dijo. Ella asintió con la cabeza y cuando se levantó, se reajustó el mantón donde llevaba al niño dormido, como acostado en una hamaca alrededor de su cuerpo, y se las arregló para pillar de alguna manera la goma de su escote, que ahora dejaba ver la frontera de sus pechos blancos, grandes, enjoyados de pecas.

Era una mujer poderosa, antes de la guerra seguramente gorda, ahora sólo

redonda, carnosa y muy favorecida por la esbeltez del hambre, que había eliminado lo que sobraba dejando lo demás en su sitio. Se llamaba Eduvigis, ya ves, qué gracia, como para mondarse, vamos, tenía treinta y un años, dos hijos que estaban en el pueblo de sus suegros, se los llevó mi marido en enero, allí están bien, lo sé por un cuñado que va y viene de Guadalajara, los dejo y vuelvo, me dijo su padre, pero lo que es a él, todavía le estoy esperando, y cuidaba al hijo de una vecina que se había colocado de revisora en un tranvía, con lo que gana comemos las dos, bueno, lo de que comemos es un decir... ¿Y esa blusa?, le preguntó Ignacio. ¿Esto?, y se tiró de una de las mangas, pues no sé, me la dieron en el sindicato un día que estaban repartiendo ropa. Es de una función que hicieron, por lo visto, el alcalde de no sé qué, ¿de Zalamea?, sugirió él, pues sí, de Zalamea será, si tú lo dices... Había ido ralentizando el paso poco a poco, yo vivo aquí, en el último piso, te acompaño, propuso él, así te subo la cesta... Ella no se la pidió cuando llegaron arriba. Voy a acostar a éste, murmuró, y se metió dentro. Ignacio no tuvo que esperarla más de dos minutos. ¿Quieres entrar? Sí... Luego estuvo más de un mes fuera de Madrid. Bueno, ya hemos llegado, le dijo el conductor mientras paraba enfrente del Café Comercial, en la puerta de la casa de sus padres. Él se quedó un momento pensando. ¿Para dónde vas? A Estrecho. Tira, anda, déjame en Quevedo... Cuando ella le vio, se echó a reír y le abrió la puerta sin hacer preguntas.

—Pues el día que vino Edu —Paloma se limitó a sonreír—, el Sapo estaba en la cocina, y te lo puedes figurar... ¡Qué ordinaria!, ¿no?, dijo cuando se marchó, hay que ver, Ignacio, no sé cómo puede haber caído tan bajo, después de Dorita.

—Hombre, tan bajo... —Carlos interrumpió a su mujer en un tono reposado, risueño—. Edu está bastante mejor que Dorita. Muy buena en general, incluso.

—Ya —ella le pegó un puñetazo blando y celoso en aquel brazo que tenía como si no lo tuviera—, pero no creo que el Sapo tuviera en cuenta tus instintos degenerados, Carlitos... Claro que dio igual, porque mamá le pegó un corte que la dejó seca. Ya sabes cómo es mamá cuando hace falta, siempre sabe lo que hay que decir, María ha salido a ella en eso, yo soy incapaz, desde luego... Dos cosas, Mariana, le dijo. La primera es que en esta casa no se habla mal de las mujeres de mis hijos. La segunda es que me gustaría saber si la comida que nos ha traído la mujer de Ignacio te parece tan ordinaria como ella. Porque esta chica tendrá una madre, unos hermanos, una familia que estará pasando tanta hambre como las demás, y podría haberse hecho rica vendiendo esto en el mercado negro, y a lo mejor, Ignacio ni se habría enterado. Pero ha venido hasta aquí, con toda su ordinariez, a traernos lo que más necesitamos. Si te parece poco elegante, no tengo ningún inconveniente en que renuncies a tu parte. A más tocaremos. Avísame con tiempo, por favor.

—Estuvo bien, ¿eh? —Ignacio se sintió orgulloso de su madre un instante antes de imaginarse la atmósfera, los diálogos, los detalles de aquella escena.

—¿Bien? —Paloma levantó las cejas—. Bien no, mucho mejor que bien, y el Sapo se quedó... Bueno, tendrías que haberla visto, de todos los colores se quedó...

—¡Pobre mamá! —Ignacio cabeceó un par de veces, apiadándose sinceramente de ella antes de echarse a reír—. Conociéndolas a las dos, debió de ser tremendo.

—Pues sí, la verdad... —Paloma explotó en una carcajada que arrastró a su marido, que ya conocía esa parte de la historia—. Un momentito, señora, que ahora se lo explico todo, que es que me estoy meando, ¿sabe? Ésa fue la primera. Pero mamá aguantó, tendrías que haberla visto. ¿Cómo se llama, Eduarda?, me preguntó muy bajito, no, Eduvigis, mamá, contesté, ah, bueno, un nombre godo, pues no está tan mal, dijo la pobre... Que su hijo le reventó ayer el almacén a uno de esos cabrones de acaparadores y me ha pedido que le traiga esto, que él no puede venir, nos dijo luego. Y a mamá se le saltaron las lágrimas, eso es verdad. Con esto comemos más de una semana sin contar con lo de la cartilla, dijo...

—¿Sí? —se asombró Ignacio—. Pues no había para tanto...

—Que te crees tú eso —su hermana le llevó la contraria con suavidad—. Mamá colecciona las recetas de «La cocinera leal», ya sabes, mayonesa sin huevo, bechamel sin harina, carne sin carne, la verdad es que hace milagros... Nunca sabemos qué es lo que estamos comiendo, eso sí, pero nos lo comemos, muy despacito, masticando cada bocado veinte veces, porque ella leyó una vez en *El Socialista* que así se sacia antes el hambre, total, que nos lo comemos y a veces hasta está bueno. Por eso, el otro día, cuando abrió el saco... Tendrías que haberla visto. ¡Patatas!, gritaba, ¡cebollas! Lo que viene en los paquetes es azúcar y harina, le dijo Edu, porque como entraron a tiros en el sitio ese, los sacos que rompieron, que no los podían entregar, pues se los repartieron entre los que iban... Claro que lo mejor fue lo del salchichón. Cuando María vio el salchichón, dijo, ¿y esto, por qué no lo ponemos en lo alto de la despensa y lo adoramos unos pocos días antes de comérnoslo? ¡Qué risa, la verdad! Parece mentira cómo nos reímos, estábamos contentísimas, creo que fue la primera vez que vi a María reírse después de lo de Esteban... Mamá estaba muy emocionada, además. ¿Y tú, hija?, le preguntó a Edu, ¿tú no te vas a llevar nada? Ella le dijo que no se preocupara, que vosotros sólo erais dos y nosotros muchos, pero le pidió que le explicara cómo hacía las perdices evacuadas, porque tú las echabas de menos. ¡Uy!, si es facilísimo, mamá estaba encantada de poder ayudar, ya la conoces, es igual que hacer perdices estofadas pero sin perdices, por eso decimos que las han evacuado, espera un momento que te lo voy a apuntar... No, señora, no se moleste, si es que yo, yo no entiendo... ¿No sabes leer?, le preguntó mamá, no, contestó ella, muy apurada, la verdad es que el Ina ha intentado enseñarme, pero yo no valgo para eso... —entonces Paloma sofocó una carcajada, e Ignacio, que la había entendido antes de tiempo, se rió con ella—. ¿El Ina?, mamá se quedó pensando, ¿y eso qué es? La pobre se imaginaba que era una oficina del gobierno, el Instituto Nacional de

Alfabetización, o algo por el estilo, ya estaba pensando en presentarse voluntaria, y de repente, Edu se estiró, sacó pecho, puso los brazos en jarras y se la quedó mirando. ¡Pa chasco, señora!, le dijo, ¿qué va a ser el Ina?, pues su hijo...

—¿Ina? —Carlos, que se reía con ellos y unas ganas que parecían haberse extinguido, disueltas en los vapores constantes de la desesperanza, repitió la pregunta que las carcajadas no le habían dejado articular bien—. ¿Te llama Ina?

—Sí. De *Inacio*... ¿Qué quieres? Me gusta mucho, pero la verdad es que es muy bruta.

¡Joder, tu pobre madre!

Ya hacía un rato que habían llegado a la esquina de Hartzenbusch, y a Ignacio se le estaba haciendo tarde. Por eso miró a su hermana, le puso una mano en el hombro, sonrió.

—Bueno, Palomita, para ti, por lo menos, ya se ha acabado el hambre.

Ella le miró, miró a su marido, movió la cabeza.

—Yo no quiero marcharme.

—Mira, Paloma —Carlos se volvió hacia ella con una expresión a medias cansada e impaciente—, eso ya lo tenemos muy hablado. Y muy decidido.

—Casilda se queda —protestó ella—. Y eso que está embarazada.

—Casilda se acaba de enterar de que está embarazada, y tiene una madre y unos hermanos que viven en Cartagena, Paloma, lo sabes de sobra, y sabes que se va a ir con ellos la semana que viene, que Mateo ya se ha encargado de buscarle un transporte, lo acabas de oír, coño, ¿o es que no lo acabas de oír?, así que déjalo ya, por favor... Tú te vas mañana con tus padres porque es lo mejor y se acabó. Y ya veremos lo que pasa aquí, y cuando pase lo que sea, ya volverás tú o ya iré yo a donde tenga que ir.

—Yo no quiero marcharme.

—Paloma...

Para Carlos Rodríguez Arce, que había sido el profesor, el ídolo, el modelo de su cuñado, antes de convertirse no sólo en el marido de su hermana, sino en el hombre más enamorado de una mujer que él había conocido nunca, aquella despedida no podía ser fácil, pero Ignacio no pensó sólo en él, sino también en sí mismo, al precipitarla. Abrazó a Paloma, le pidió que comiera por él, y abrazó a su cuñado también, bueno, a ti te veré un día de éstos, ¿no? Entonces, sin soltarle del todo, su única mano útil sobre un brazo de Ignacio todavía, Carlos le dedicó una mirada grave.

—Cuídate. Ten mucho cuidado y no te fíes de nadie... —y movió la cabeza, miró a su alrededor como si hubiera alguien más escuchando—. Estoy oyendo cosas... No sé, hay algo en el aire que no me gusta nada.

Ignacio sonrió a su cuñado y pensó que era una suerte no luchar desde un

despacho, no tener que aguantar a todas horas el bombardeo constante de noticias, alarmas, rumores, proclamas, rencillas y pronósticos que mantenían en vilo a Carlos desde que lo malhirieron. Él no tenía tiempo para prestar atención a esas cosas. No es que no escuchara noticias, alarmas, rumores, sobre todo después de la ruptura del frente del este, de la caída de Cataluña. Hemos perdido la guerra, decían algunos, y una mierda, contestaba él. la guerra no se perdería hasta que los fascistas entraran en Madrid, y no iban a entrar, y si entraban, él no se iba a enterar, porque habrían tenido que matarle primero. Eso era lo único que Ignacio Fernández Muñoz quería saber, lo único que le importaba más que seguir vivo. No es que no escuchara noticias, alarmas, rumores, sobre todo después de la marcha de Azaña, de la desbandada de los políticos, el sálvese quien pueda que cada uno interpretaba a su manera, echándose en cara mutuamente una derrota que aún no habían sufrido o quejándose de que en el Ejército Popular sólo ascendían los comunistas. Los anarquistas llevaban meses diciendo lo mismo, llorando como niños celosos por el tamaño de sus caramelos, antes odiaban a los socialistas, ahora los odiaban a ellos, siempre tenían que estar odiando a alguien, por lo visto, pero ese odio no le preocupaba.

Él no tenía tiempo para prestar atención a otro odio que no fuera el del enemigo, el auténtico, el de verdad, el que estaba enfrente. Enfrente y no dentro, enfrente y no aquí, enfrente y fuera de Madrid, porque no habían pasado y no pasarán. Eso era lo único que Ignacio Fernández Muñoz quería saber, lo único que le importaba más que seguir estando vivo. No es que no escuchara noticias, alarmas, rumores, sus padres se iban, se llevaban a sus hermanas, ellos, que se habían negado a marcharse cuando las cosas eran igual de difíciles dentro pero mucho más fáciles fuera, ahora se iban, aprovechaban la oportunidad, un coche, un barco, Orán y después Francia. El amigo que había organizado el viaje pensaba seguir hasta México, ellos no. Mateo Fernández Gómez de la Riva tenía otro buen amigo en Toulouse, un alto cargo republicano que le había ofrecido sus contactos con la izquierda francesa para ayudarle a instalarse. Él había aceptado aquella oferta y se iba a quedar en Francia para estar más cerca de sus hijos, para tardar menos en volver. Pero peor estuvimos en noviembre del 36, pensaba Ignacio, cuando nadie daba un céntimo por nosotros, y ya ves, aquí seguimos estando. Y si no, que se lo pregunten a los de enfrente. Eso valía más que todas las noticias, todas las alarmas, todos los rumores juntos. Si la queréis, venid a por ella, que os estoy esperando. Eso era lo único que él quería saber, lo único que le importaba más que seguir estando vivo.

Miró el reloj y apretó el paso Fuencarral arriba, porque tenía que estar en El Pardo a medianoche pero todavía podía pasar por su casa, la casa de Edu, y estar allí un cuarto de hora, media hora si corría. Al llegar a la calle Alburquerque volvió la cabeza y vio a Carlos y a Paloma besándose en la misma esquina donde les había dejado, sin entrar en su portal, que estaba a dos pasos, y volvió a sonreír, pero no

imaginó que aquélla sería la última vez que vería a su cuñado. Tampoco recordó su advertencia hasta el 6 de marzo de 1939, cuando le despertó de madrugada un ruido que no logró entender. Había llegado a casa con permiso, muy tarde, y tan cansado que se tiró encima de la cama sin desnudarse siquiera. Edu le quitó la ropa, las botas, espérame, que ahora mismo vengo, le advirtió, pero cuando volvió, ya estaba dormido. A las seis de la mañana era ella la que dormía mientras él intentaba comprender aquel sonido, y al principio pensó que era un paco, pero no, porque escuchó gritos, consignas, ráfagas de ametralladora. Han pasado, pensó, y un instante después se llevó la contraria a sí mismo, no, no, qué coño van a haber pasado, no han podido pasar, joder, es imposible... Hacía menos de ocho horas, él estaba en el frente y todo seguía igual, que no, que no puede ser, no han pasado, no pueden pasar... ¿Qué dices? Edu se dio la vuelta, abrió los ojos, le miró, los volvió a cerrar. Nada, contestó Ignacio, que no se había dado cuenta de que estaba hablando en voz alta, tengo que volver al Pardo. Se levantó, se vistió deprisa, cogió el fusil y salió a la calle sin afeitar. Madrugó para vivir el peor día de su vida.

—¡Manos arriba!

Aquel grito le estalló en la nuca. Ignacio Fernández Muñoz levantó los brazos muy despacio, giró lentamente sobre sus talones y contempló a cuatro milicianos de la FAI, cargados de insignias, que le apuntaban con los fusiles cargados. Entonces sonrió, y bajó los brazos.

—Joder, qué susto me habéis...

—¡Manos arriba he dicho! —y el que mandaba el grupo se dirigió a un hombre mayor, que miraba al prisionero con una cara de odio casi cómica—. Desármale, Facundo.

—Pero no lo entiendo... —llevaba suficiente tiempo en la guerra como para comprender que estaban hablando en serio—. Vosotros sois...

—De los tuyos no, cabrón —y para subrayar su afirmación, el que se llamaba Facundo le golpeó con la culata de su pistola.

—Tira —le dijo el otro—, las manos encima de la cabeza, que las vea yo bien.

—¿Qué ha pasado? —Ignacio Fernández Muñoz, prisionero de los suyos, avanzaba por la calle Bravo Murillo sin sentir ningún miedo, convencido de que todo aquello era un capricho, un malentendido, un error absurdo—. ¿No me vais a decir ni siquiera por qué estoy detenido?

—Por comunista. O lo que es lo mismo, por enemigo del pueblo, por burgués, por contrarrevolucionario y por maricón, que eso es lo que sois todos los comunistas, una partida de maricones... Pero ya se os ha acabado el mando, y toda esa mierda de la resistencia y el frentepopulismo, la letanía de que la revolución puede esperar porque lo importante es ganar la guerra. El pueblo os ha calado, y no tolera la traición de Negrín.

Aquellas palabras le dolieron mucho más que el golpe que le habían dado en la cabeza, le dolieron tanto que, incluso detenido, desarmado, se volvió para negarlas.

—¡Eso es mentira!

—¡Te voy a decir yo a ti lo que es mentira! —volvió a sentir la culata de la pistola de Facundo en la coronilla y se guardó su dolor para sí mismo.

—Se ha formado otra junta de defensa en Madrid —siguió diciendo el jefe—, un gobierno del pueblo, revolucionario de verdad. Sin comunistas. Sin burgueses. Sin cobardes.

No puede ser, se dijo Ignacio, no puede ser, esto no puede ser verdad, no me puede estar pasando a mí, no me puede estar pasando hoy, no me puede estar pasando ahora... Le metieron en un camión con media docena de hombres tan desconcertados, tan indignados y perplejos como él, y los encerraron en un calabozo de la Puerta del Sol donde se amontonaban los detenidos.

¿Qué ha pasado?, que se han sublevado, ¿quiénes?, Casado, ¿Casado?, los anarquistas lo apoyan y los socialistas también, ¡Casado!, pero ¿por qué?, contra el gobierno, ¿contra el gobierno?, contra nosotros, nos han traicionado, ha sido un golpe como el del 36, pero ¿por qué?, y yo qué sé, es que no entiendo por qué, dicen que el ejército lo mandamos nosotros, que sólo ascienden los comunistas, bueno, pues que protesten, pero ¿eso es una razón para sublevarse?, eso dicen, pues anda que no llevan tiempo diciéndolo, ¿y es cierto?, mira, te voy a decir una cosa, si hubiéramos mandado nosotros el ejército, pero de verdad, desde el principio, otro gallo habría cantado, ahora ya da igual lo que sea verdad, lo que sea mentira y lo que cante el gallo, eso es lo que dicen y por eso estamos aquí, ¿y qué va a pasar ahora?, he oído que nos van a juzgar, ¿a nosotros?, sí, ¿por qué?, no lo sé, nos llaman insurrectos, ¿a nosotros?, sí, ¿como los fachas en el 36?, igual, pero si yo estaba en la cama cuando he oído tiros en la calle, ¿cómo voy a haberme sublevado yo, y contra quién?, y yo qué sé, pero ¿no hemos quedado en que los que se habían sublevado eran ellos?, sí, pues no entiendo nada, yo tampoco, y Franco frotándose las manos, claro, nos van a entregar a los fascistas con un lazo en la cabeza, no, nos van a fusilar ellos mismos, lo mismo da, el que sale ganando es Franco, pero ¿qué coño ha pasado?, si es que no hay quien lo entienda, ¿y Miaja?, hasta el cuello, ¿con ellos?, claro, ¿y Negrín?, y yo qué sé, nadie sabe nada...

Menos mal que mi padre no está viendo esto. A las once de la noche se abrió la puerta y por fin entró alguien que sí sabía. Menos mal que mi padre no está viendo esto. Era un periodista de *Mundo Obrero* que vivía en Divino Pastor, Ignacio lo conocía del barrio, habían jugado alguna vez juntos al fútbol, de pequeños. Menos mal que mi padre no está viendo esto.

—A mí han venido a buscarme a casa hace un rato —empezó a contar aquel hombre—, pero he tenido tiempo para enterarme de todo. Ha sido una traición, una

puta traición, una sublevación militar igual que la otra. Casado manda, Besteiro adoctrina y Mera se cuadra, pero parece que los discursos los escribe García Pradas, el director de *CNT*... Anoche hablaron todos por la radio, dijeron que después de la dimisión de Azaña, el gobierno de Negrín no es legítimo, que es mentira que esté dispuesto a resistir, que están huyendo como cobardes...

—¡Cobarde, Negrín! —entre los detenidos se elevó un coro de protestas rabiosas, inútiles.

—Desde luego, hay que joderse.

—Lo que es no tener vergüenza, coño...

—Eso es lo que dicen —pero el vecino de Ignacio siguió hablando con la serenidad de quien ha agotado ya todos los juramentos—, y por eso han formado un Consejo de Defensa. Lo llaman Junta, eso sí, para que recuerde a la otra, a la heroica, a la de verdad. Casi todos los consejeros son socialistas, pero los anarquistas también han entrado y están entusiasmados. Los socialistas no tanto. Los de Negrín se han puesto en contra, por supuesto, y los demás están muy divididos, no hay más que andar por la calle para darse cuenta. Mucha gente no entiende lo que está pasando. Me refiero a las bases, claro, a los dirigentes no. Los dirigentes son los que lo han montado todo, y los anarquistas..., bueno, ya os lo podéis figurar, se creen que el golpe lo han dado ellos para hacer su puta revolución de los cojones, pero nos odian tanto que no ven más allá de sus narices, porque lo que está haciendo de verdad Casado es negociar con Burgos. Lo dijo hasta Mera, ayer, que su objetivo es lograr una paz honrosa, sin represalias, o sea, que van a capitular, porque, vamos a ver... ¿Cómo va a aceptar Franco una paz negociada si nos estamos matando entre nosotros? ¿Alguien lo entiende? Ni que fuera gilipollas... ¿Ahora, que le están poniendo la victoria en bandeja, va a negociar? ¿Negoció en Asturias en el 34, negoció después de tomar Badajoz, negoció cuando ordenó a los alemanes que bombardearan a los refugiados que iban de Málaga a Almería andando por una carretera? Bueno, pues esos cabrones dicen que con ellos sí va a negociar, que está negociando. ¡Y una mierda! Eso no hay quien se lo crea, y si se lo creen ellos, peor, porque encima de malos son tontos, pero por eso nos han detenido. Porque nosotros jamás capitularíamos, nosotros jamás saldríamos corriendo después de regalarle a Franco media España y ellos lo saben. Ya pueden llamarnos cobardes hasta quedarse roncos, que eso no cambia las cosas. Nosotros no nos rendimos, lo saben tan bien que el cabrón de Casado va diciendo en voz baja, a unos y a otros, que las detenciones de comunistas son una medida preventiva que pretende anticiparse a nuestra previsible resistencia al cambio de situación en la capital. ¿Y qué cambio va a haber, si no es rendirse? Les van a abrir las puertas de Madrid, que lo sepáis, se la van a regalar, y si no, al tiempo. Van a pasar sin pegar un tiro y para eso nos han metido a nosotros aquí, para que pasen de una vez, para ponérselo fácil, para no darnos la oportunidad de

resistir hasta el final. Eso es lo único que tiene sentido, porque si no... ¡Ya me contaréis! Dicen que quieren ahorrar víctimas inútiles pero de momento han pedido refuerzos para aplastar a los que no han cogido, ¿me estáis oyendo? Están desguarneciendo los frentes para concentrar tropas aquí, en los Nuevos Ministerios, en Fuencarral, en Chamartín, donde luchan los nuestros. Les llaman insurrectos porque no se han dejado detener, porque no se han entregado para que los metan en la cárcel como nos han metido a nosotros, sin haber hecho nada. ¿Y por qué? Pues porque para ellos los comunistas somos víctimas útiles, a ver si no... Por más vueltas que le deis, no vais a encontrar otra explicación. Es mejor que os vayáis haciendo a la idea. Nosotros somos el regalo que Casado le hace a Franco para tenerle contento. Así de claro.

Menos mal que no lo estás viendo, Ignacio Fernández Muñoz pensaba en su padre, hundido, las mejillas consumidas, la barba descuidada, los ojos muertos, negándose a comer, bebiendo agua a sorbos muy pequeños, la última noche que cenaron juntos, cuando le dijo que le daba vergüenza irse. Menos mal que te fuiste, papá, Ignacio no podía pensar en otra cosa, menos mal que no estás viendo esto, que no lo oyes, que no lo sientes, que no lo sabes, el verdadero desastre, la verdadera derrota, la verdadera y última e insoportable vergüenza, menos mal que te fuiste, papá... Y todavía faltaba lo peor. De lo peor no se enteraron hasta el día siguiente. Lo peor llegó con un teniente que se había hecho fuerte en su propia casa, un piso de la calle Ríos Rosas, hasta que se quedó sin munición.

—Estamos jodidos —les anunció como todo saludo—, ahora sí que estamos jodidos. Me lo han contado los mismos que me han detenido, han tenido el valor de contármelo mientras me traían aquí. Franco ha ordenado a los suyos que dejen pasar a los anarquistas de la XIV División, que estaban en Guadalajara. Les ha dejado pasar, así, sin más, les ha pedido a los suyos que no disparen para dejarles venir corriendo, así que, ya veis. Los cojones que no tuvieron los de Durruti para parar a los moros en la Casa de Campo, los van a tener los de Mera para venir a matarnos a nosotros ahora, pero todo gracias a Franco, eso sí.

—Joder, qué valientes.

—¡Qué cabrones!

—¡Serán traidores!

—La puta que los parió.

Después de aquello, nadie dijo nada más. Ya no había nada más que decir.

Al comprenderlo, Ignacio Fernández Muñoz se apoyó en la pared, resbaló despacio hasta quedarse sentado en el suelo, y golpeó su cabeza dolorida contra los ladrillos una, dos, tres veces.

Menos mal que no estás viendo esto, papá, y menos mal que tú tampoco tienes que verlo, mamá... Ignacio pensaba en él, pensaba en ella, la euforia y las lágrimas,

aquella felicidad suprema que había durado tan poco. Menos mal que no os estáis enterando de que hemos parado al fascismo para esto, de que hemos luchado como fieras para esto, de que hemos trabajado tanto, hemos chillado tanto, hemos cavado tantas trincheras, nos hemos tragado tanto miedo, hemos aguantado tantas bombas, hemos pasado tanta hambre, hemos enterrado a tantos muertos para esto, para esto, para esto. Madrid, qué bien resistes, mientras los demás comían, mientras los demás dormían, mientras los demás se rendían porque para eso estábamos nosotros aquí, resistiendo. Maldita sea, malditos sean, malditos seáis...

Ignacio gritaba con los labios cerrados, cerrados los ojos y los oídos al clamor de una multitud de silencios idénticos. Mi familia paró al fascismo. Lo que no pudo Roma, lo que no pudo Berlín, lo pudimos nosotros, los Fernández Muñoz. Nosotros paramos al fascismo en el frente de Usera, en la Moncloa, en la Universitaria y en el comedor de nuestra casa, «La cocinera leal», mayonesa sin huevo, bechamel sin harina, carne sin carne y aquellos consejos que mamá leía en *El Socialista*, hay que comer muy despacio, masticar mucho cada bocado, así se engaña al estómago, hacedme caso... En otras ciudades no hacía falta engañar al estómago. En otras ciudades había comida, él la había visto, fruta, y lechugas, y bollos. En los mercados de Valencia había bollos, y en el frente de Aragón, una liga de fútbol, eso contaban, que los soldados jugaban al fútbol porque se aburrían. Es aburrido estar en una guerra y no luchar, él lo sabía, pero en Madrid hasta el aburrimiento era distinto, tenso, sombrío, peligroso. Al novio de mi hermana lo mataron por aburrirse, porque no podía divertirse jugando al fútbol. Nuestras mujeres se aburrían en la cola de la leche, en la cola del pan, en la del carbón, pero aquí eso no era más que otra manera de luchar, porque había que luchar y se luchaba, sin parar, sin cansarse, sin quejarse, y todo para esto... Menos mal que no lo estás viendo, papá, menos mal que no lo estás viendo, mamá, porque no os lo merecéis, no nos lo merecemos, Madrid no se merece un final como éste, tan sucio, tan feo, tan triste y tan indigno, y sin embargo, mejor estar aquí que ahí fuera. Ignacio Fernández Muñoz gritaba sin mover los labios, abrazaba sus rodillas con los brazos, escondía la cabeza en el hueco húmedo y templado de su cuerpo encogido, derrotado. Prefiero verte muerto que paseando gente, le había dicho su padre más de una vez, en los días oscuros del terror. Prefiero verte muerto que paseando gente, y tenía razón, lo comprendió entonces y volvió a pensarlo el día que la vergüenza se derramó sobre él. Mejor acabar aquí que seguir ahí fuera, mejor morir víctima de una traición que vivir como un traidor.

Él se había hecho comunista porque quería ganar la guerra, por instinto, por intuición, por motivos muy diferentes de las lecturas que habían llevado a Mateo a hacerse socialista. Él quería salvar Madrid, parar el fascismo, ganar la guerra. Por eso se alistó en el Quinto Regimiento, y se enorgulleció de que lo admitieran porque allí no aceptaban a todo el mundo. Allí rechazaban a los milicianos de la retaguardia, a

los chequistas, a los listos, a todos esos enterados que dirigían la guerra desde las mesas de los cafés. Allí sólo reclutaban soldados, hombres como él, Ignacio Fernández Muñoz, que sabían lo que querían. Él sabía lo que quería y eligió ser una abeja más de la colmena, trabajar, combatir, obedecer y mandar sin pensar en sí mismo, una tuerca en un tornillo, un tornillo en un engranaje, un engranaje en una máquina que sólo tenía una misión, una función, un destino, ganar la guerra, parar al fascismo, salvar Madrid. Y cuando lo logró, se sintió bien donde estaba. Otros discutían las órdenes, las votaban, se negaban a integrarse en la disciplina de un ejército, ellos no. Él combatió a las órdenes de Modesto, le vio de cerca y sintió tal deslumbramiento, admiró tanto su valor, su instinto, su autoridad, su sangre fría, que se hizo comunista para ser como él, para obedecer las órdenes de hombres como él, para llegar a mandar a hombres como él, hombres dispuestos a todo, a darlo todo, a sacrificarlo todo, a perderlo todo para ganar la guerra, sin parar, sin cansarse, sin quejarse. Y luchó, y luchó, y luchó, con dieciocho años y con diecinueve, y con veinte, y con veintiuno, luchó para ganar, con los que querían ganar, con los que no salían corriendo, con los que no se rendían, con los que estaban gritando lo mismo que él, el mismo silencio, en aquel calabozo de la Puerta del Sol.

Mejor acabar aquí que seguir ahí fuera, mejor morir ahora que vivir como un traidor, mejor que me fusilen mañana que tener que recordar, explicar, justificar, ocultar eternamente la negrura insufrible de esta traición más dura que la derrota. Entonces, en el peor momento del peor día de su vida, Ignacio Fernández Muñoz se sintió orgulloso de ser comunista, y pensó que nada, nada, ni siquiera la imagen de Francisco Franco saludando desde el balcón del edificio donde lo tenían preso, podía ser peor que aquello. Nada. Eso fue lo último que pensó, lo último que sintió en mucho tiempo.

Cuando escuchó su nombre, pensó que iba a morir y le dio igual. Ya no era capaz de desear nada, de sentir nada, de creer en nada, estaba arruinado, destripado, seco, vacío por dentro. Pero no le mataron.

—Tienes un cuñadito muy valiente, ¿verdad?, de esos que trabajan en los despachos. Por lo visto, es el niño mimado de su general, y no hace otra cosa que preguntar por ti —el miliciano que le había sacado del calabozo se quedó mirando a sus compañeros y les guiñó un ojo—. Será que le recuerdas a su mujer, ¿no? Vamos, digo yo...

Estuvieron un buen rato riéndose de él, y no le importó. Ya no era capaz de desear nada, de sentir nada, de creer en nada.

—¿Estoy libre? —preguntó, y eso tampoco le importaba.

—Nanay, ¡qué vas a estar libre! ¿No eres capitán con veinte años? ¿No os gusta tanto mandar, ascender, mangonear a los demás?

Le trasladaron a otro calabozo, con los peces gordos, le dijeron. Pero allí no había

peces gordos, sólo su camarada Vicente Dalmases, recién ascendido a capitán y destinado en El Pardo, igual que él, y un puñado de desconocidos, todos hombres solos, arruinados, destripados, secos, vacíos por dentro. El carcelero que les vigilaba por la mañana ni siquiera les dirigía la palabra. El que venía de noche se llamaba Rogelio, era ugetista y les daba tabaco porque no podía soportar verlos allí, Ignacio se dio cuenta.

—Mañana os van a trasladar a la cárcel de Porlier —les dijo una noche, y eso fue lo único que a Ignacio Fernández Muñoz no le dio igual.

—No me hagas esto, Rogelio —se agarró a los barrotes con las manos y le miró a los ojos—. Mátame tú. Prefiero que me mates tú, Franco no. Mátame o dile a alguno de los tuyos que me mate, pero Franco no, Rogelio. No nos entregues, que no nos maten ellos, que no nos cojan vivos, que no nos encuentren aquí, presos en nuestras propias cárceles... No les des esa alegría, Rogelio. Mátanos tú, Franco no. O dame tu pistola y me mato yo ahora mismo.

Se habría matado y no le habría importado, pero vivió, porque Rogelio se le quedó mirando sin decir nada, con los ojos llenos de lágrimas, se marchó, volvió después de un rato, abrió la puerta del calabozo sin hacer ruido y volvió a encajarla en el marco como si estuviera cerrada.

—Esperáis veinte minutos y os largáis —les dijo—. En el armario de la entrada hay armas, he dejado la puerta abierta. Tirad las insignias y no le digáis a nadie que sois comunistas —entonces bajó la voz, acercó su cabeza a la de Ignacio—. A estas horas, en las Vistillas suele haber camiones...

No le dio las gracias. Eso no podría perdonárselo en su vida, en su vida podría consolarse por eso, pero no le dio las gracias, fue todo tan rápido, tan triste, tan oscuro, y él ya no era él, ya no era capaz de sentir nada, de desear nada, de creer en nada. Y sin embargo, fue capaz de robar un camión. Fue capaz de acercarse a su conductor sin hacer ruido como una alimaña furtiva, impía, dañina, un animal sin conciencia, sin escrúpulos. Manos arriba, dijo él esta vez, y se acordó de Facundo, de su jefe. El del camión hizo un movimiento raro con las manos y lo mató, y eso también le dio igual, porque ya no era un hombre, y no pensaba, no creía, no sentía, ya no era capaz de desear nada.

Tres años después, en la despensa de una casa de Toulouse había una cama, y en ella, a su lado, una mujer pequeña con el pelo muy negro, los ojos muy negros y muy grandes, hermosos como sus manos, como su cuerpo, como el rostro que levantó de su pecho para mirarle.

—¿Qué te pasa, Ignacio, por qué lloras?

Él la miró con un amor que no había sentido nunca por nadie, el amor que le había consentido volver a nacer, hombre otra vez, en el núcleo de una piedra que rodaba entre muchas otras piedras que no pensaban, que no sentían, que no creían,

que ni siquiera se acordaban de cuándo habían renunciado a desear.

—Yo maté a un hombre, Anita.

—¿A uno? —ella sonrió—. Habrás matado a muchos, ¿no?

—No. A los demás los mató la guerra, pero a aquel anarquista lo maté yo... Lo maté porque quise. Me habían salvado la vida dos veces seguidas en muy poco tiempo, primero mi cuñado Carlos, luego un socialista que se llamaba Rogelio. Me salvaron la vida y no les di las gracias, no les di las gracias y no fui capaz de perdonar a aquel hombre... A lo mejor por eso estoy aquí. A lo mejor me hubiera matado él a mí, porque hizo algo raro con las manos, intentó mover la derecha hacia la izquierda, yo no sabía si estaba desarmado, no lo estaba, tenía una pistola dentro de la guerrera, la vi cuando cayó. A lo mejor me habría matado él, pero nunca sabré si lo habría hecho, si habría disparado contra mí, y lo maté yo, lo maté porque quise, porque ellos nos habían traicionado, porque nos estaban matando a nosotros, porque le odiaba aunque no lo conociera, pude haberle disparado en el brazo, en la mano, en una pierna, pero apunté a su cabeza y lo maté, no fui capaz de perdonarle la vida, ni siquiera lo conocía y no fui capaz...

—No llores, Ignacio —Anita se apretó contra él, le abrazó, le consoló, le dijo lo mismo que su nieta Raquel le diría muchos años después, antes de prometer que nunca le contaría nada a su abuela—. No llores, Ignacio, por favor, no llores.

Ella no podía entender por qué lloraba, y él no se lo explicó.

A mediados de mayo, en el campo de Albatera hacía calor, pero la sangre se le congeló en las venas cuando su hermano Mateo subió a un camión, le buscó con la mirada, lo encontró, se llevó a la boca la mano que no tenía esposada, besó la palma y la volvió hacia él, para despedirse.

En ese momento, Ignacio Fernández Muñoz se dio cuenta de que se le acababa de romper el corazón.

Y de que ya no era un corazón humano.

Lo primero que aprendí aquella mañana fue que María Victoria Suárez Mena, una señorita de Zaragoza afiliada a la Sección Femenina, se había ofrecido a ser la madrina de guerra de mi padre sin conocerle más que por una foto que había visto en un periódico.

Ella, una chica delgada, larguirucha, con perfil de ave rapaz y el pelo recogido bajo la boina —roja, supuse, colorada, me habría corregido su propietaria—, le había enviado una fotografía suya junto con la primera carta, dirigida al campamento de Grafenwöhr, todavía en Baviera. La imagen era estupenda, muy patriótica, gran cielo despejado con alguna nubecilla decorativa al fondo, una delgada franja de tierra reseca, sin vegetación, cerrando la composición por debajo, mástil con bandera en primer plano y, a su lado, ella, con camisa azul y una falda sin forma, las piernas al aire. Aunque le sobraba nariz, no era fea, pero tampoco tenía tetas, ni el menor relieve entre los dos bolsillos. En todo caso, su aspecto era mucho menos estimulante que su prosa, cargada de una retórica equitativamente ñoña y sanguinaria, donde en el nombre de las madres de España, tantas bondadosas ancianitas que cosen junto al hogar sin revelar a nadie la inquietud que sienten por esos hijos que han entregado con legítimo orgullo a la patria, proclamaba la necesidad urgente de aplastar, exterminar, extirpar, arrasar, machacar y matar a todos los habitantes de la Rusia criminal, canalla y culpable.

Joder, qué país, pensé, cuando la repetición empezó a aburrirme, cómo podían ser tan fascistas y tan cursis a la vez, tantos brazos amorosos, tanto pecho henchido, tanto olor a buen pan, tanto pequeñuelo agarrado al delantal honrado de la mujer madre, que llora por dentro mientras despide al hijo hombre con una sonrisa heroica, sensible pero fuerte, roca nutricia, primigenia, y luego la Virgen María, eso sí, pensé, acordándome del padre Aizpuru, eso que no falte, nuestra mamá del cielo, sin delantal pero con la determinación de extender su manto protector sobre los tanques alemanes, gloria a Europa, gloria al ejército invicto, gloria al caudillo germano, gloria a su brazo de hierro, gloria a los campeones de la civilización, muerte a Asia, muerte al marxismo asesino, muerte a la bestia tirana, muerte a la barbarie tártara, en esta hora gloriosa, la Humanidad nos obliga...

La madrina de mi padre no tendría más de diecisiete años, dieciocho como mucho, y una ortografía titubeante, incompatible con los acendrados floripondios que, en sus primeras cartas, copiaba con mucho cuidado y una letra tan infantil como las recomendaciones finales, conmovedoras por su ingenuidad, y tú no te olvides de abrigarte bien, que en Rusia, por lo visto, hace mucho frío. Hasta que se enfadó, y sus cartas empezaron a ser más divertidas, querido Julio, hace tiempo que no recibo contestación, querido Julio, me he asustado porque no me escribes y he preguntado por ti, querido Julio, ya sé que estás bien, pero no sé nada más desde hace meses, mira, Julio, si te molestan mis cartas, me lo podrías decir, ésta es la última carta que

te escribo, Julio, y en efecto, no había ninguna más.

Las cartas de María Victoria Suárez Mena inauguraron aquella mañana sin clase, tranquila y soleada. Estaba solo en casa y la luz entraba hasta el centro de la habitación que mi hijo llamaba «el cuarto de los libros de papá», un estudio forrado de estanterías, más grande que el salón pero con una forma tan irregular que a Mai no se le ocurrió hacer nada mejor con él cuando se vino a vivir conmigo. A mí me gustaba porque hacía esquina, tenía dos ventanas a un patio interior, silencioso, que sólo subía un piso más y me dejaba ver el cielo, y estaba muy lejos del salón, lejos del cuarto de Miguelito y de la cocina, perdido al fondo del pasillo. Me gustaba también porque cabían dos mesas, un número que intrigaba mucho a la asistenta que venía a limpiar todos los días pero nunca se atrevía a entrar cuando estaba yo. Vacié completamente de libros y papeles la que no ocupaba el ordenador, y coloqué sobre ella la carpeta de gomas de cartón azul y aquella cartera de piel pequeña cuya cerradura se me había resistido la tarde anterior, antes de que la irrupción de Lisette me obligara a llevármela. Decidí empezar por el principio, tendrías que haber estado en Rusia, en Polonia.

La carpeta contenía toda la documentación del caballero divisionario llamado Julio Carrión González, su cartilla militar, con la fecha de alistamiento, la especificación de que era menor de edad pero aportaba autorización paterna, su descripción física, talla, constitución, color de los ojos, vacunaciones, fecha y lugar de nacimiento, y su profesión, mecánico, todo por duplicado, un documento alemán por cada documento español, revisiones médicas, recibos de las pagas, certificados de su ingreso en el hospital español para convalecientes de Riga y del alta que le entregaron cuando salió de allí. Había también muchas fotos, mi padre con uniforme español, con uniforme alemán, formado y descansando, con nieve hasta las rodillas, con barro hasta las rodillas, de juerga junto a un poste de señales donde dos flechas señalaban en direcciones contrarias para marcar lo que entonces parecían distancias triunfales —Berlin, 1485 km, Petersburg, 70 km—, más de juerga todavía en un bar, su irresistible sonrisa de hombre encantador entre dos mujeres nórdicas, rubias, atractivas y muy potentes, con mucha más patria encima, pensé, que la pobre señorita Suárez, y después, cuando se acabó la juerga, cubierto por un impermeable o envuelto en mantas que sólo dejaban ver unos ojos que podían ser suyos o de cualquier otro, en la entrada de una trinchera, haciendo guardia mientras caía una nieve tan espesa que se podían contar los copos. En muchas de aquellas fotos aparecía también su amigo Eugenio, un chico delgado, con gafas y aspecto de intelectual, del que mi padre contaba que no pasó las pruebas físicas pero fue admitido por presiones de su familia, todos falangistas menos su padre, su madre la que más.

No vi a Eugenio en el entierro, pero sí en el funeral, tan delgado como siempre,

tieso todavía, elegante y exquisitamente cortés en el momento de darnos el pésame, primero a mi madre, después a su ahijada, mi hermana Angélica, luego a los demás, abrazándonos con un cariño poco protocolario mientras susurraba las palabras justas para cada uno. Siempre me había caído bien, y me costaba mucho trabajo imaginármelo repitiendo a voz en grito las consignas que la madrina de guerra de mi padre había anotado en sus cartas con tanto fervor, pero así fue, así debió de haber sido, porque siguió llevando el yugo y las flechas en la solapa hasta una noche de invierno del año en que yo nací. Aquella parecía una noche como cualquier otra hasta que sonó el teléfono y escuchó la voz de su hermano Romualdo. Fue él quien le informó, en cinco minutos escasos, de que su hija era comunista, de que la habían detenido aquella mañana en un salto en Moncloa, de que la habían llevado a la Dirección General de Seguridad para interrogarla, de que un policía cuyo nombre nunca lograría averiguar le había roto el bazo de una patada, de que la habían sacado de allí desnuda porque no encontraron su ropa a tiempo, y de que la estaban operando en el Clínico con un pronóstico peor que regular. Ella se salvó, él también.

—Un desgraciado —solía decir mi padre—, sus hijos le han hecho un desgraciado. Ya lo veis, si hubo una persona honrada en este país fue Eugenio Sánchez Delgado. Si hubo alguien que pudiera trepar y no trepó, que pudiera robar y no robó, que pudiera denunciar y no denuncio, que creyera de verdad en lo que hacía, ése fue Eugenio, ¿y para qué? Pues para que unos imbéciles malcriados y desagradecidos le destrozaran la vida justo cuando le llegaba el momento de recoger, qué bonito...

Cualquiera que le escuchara, habría pensado que la militancia clandestina de sus hijos le había costado una destitución fulminante, pero fue él quien se marchó, él quien abandonó, él quien no pudo soportar que el régimen que había sostenido con tanta fe detuviera sin garantías a chicas de dieciocho años, y las desnudara antes de romperles el bazo de una patada para que dos policías fueran a pedirle perdón después, porque, claro, con ese apellido tan corriente, Sánchez, cómo iban a saber ellos que la chica era hija suya y sobrina de don Romualdo... Mientras pudo no enterarse, hizo como que no sabía nada. Cuando no le quedó más remedio que enterarse, no intentó reciclarse, recolocarse como otros, volverse disidente de la noche a la mañana, él no. Él se marchó a su casa, y allí se quedó.

El domingo siguiente a la legalización del Partido Comunista, vino a comer a la nuestra con su mujer. Todavía vivíamos en la calle Argensola, yo tenía doce años, pero me acuerdo muy bien de la expresión de su cara, la serenidad paciente, hasta sonriente, con la que afrontaba las quejas de mi padre, al que todo lo que estaba pasando en España le parecía aceptable, incluso deseable, todo menos eso.

—¿Democracia? —se preguntaba, y él mismo se respondía—, vale. ¿Elecciones?, muy bien, me parece estupendo, ya lo sabes. ¿Sindicatos? Pues bueno, si no hay más

remedio. ¿Socialistas?, también, porque hará falta una izquierda, ¿no? Hasta ahí todo bien, pero ¿esto? ¡Esto no, coño, el Partido Comunista no! ¿Por qué? ¿Para qué? Todo menos esto, joder, porque, vamos a ver..., ¿es que no hay democracia en Estados Unidos? Y en Inglaterra qué, ¿eh?, ¿es que no hay democracia? —su tono se rizaba, se elevaba, iba adquiriendo color, una tensión apasionada, dramática, mientras miraba a los ojos de su amigo buscando una confirmación que no encontraba—. ¿Y qué pasa en Estados Unidos, qué pasa en Inglaterra, es que allí hay partido comunista? ¡Pues no, por supuesto que no, naturalmente que no! Pero no me lo puedo creer, Eugenio —se rindió al final, cuando se cansó de hacer preguntas que sólo él parecía interesado en contestar—, parece que te da lo mismo.

—Es que me da lo mismo, Julio —su viejo camarada le contestó con palabras tan serenas como su mirada—. No me gusta el comunismo, pero tengo dos hijos comunistas, y ellos sí me gustan. Son jóvenes, apasionados, y creen de verdad en lo que defienden. A lo mejor se equivocan, pero yo también me equivoqué cuando tenía su edad. Así que no tengo motivos para estar contento, pero tampoco tengo motivos para preocuparme. Yo no le debo nada a nadie, ya lo sabes.

Entonces mi padre se quedó callado pero mi madre cambió enseguida de conversación, y no se volvió a hablar de política hasta que se marcharon, cuando mi padre se compadeció de ellos en voz alta. Pobre Eugenio, nos dijo, sus hijos le han hecho un desgraciado, antes de rematar con la amenaza habitual, al que se meta en política, lo echo de casa, no os digo más.

Mis dos hermanos mayores habrían podido participar en los últimos episodios de la resistencia a la dictadura, porque Rafa empezó la carrera unos meses antes de la muerte de Franco, y Angélica un año después, pero él pasó por la universidad como si allí no hubiera sucedido nada, y durante muchos años, todos los que tardó en abandonar a su primer marido, lo único que recordaría ella de aquel periodo era la parálisis de pánico que la inmovilizaba por dentro cada vez que veía una pintada, un cartel o una convocatoria de la organización juvenil en la que había militado un estudiante llamado Adolfo Cerezo hasta que terminó la carrera. A mi hermano Julio, que había nacido en el 61, la política le atrajo mucho más, pero en la dirección opuesta. El fue quien más interés mostró por la aventura rusa que a mi padre, más allá de los rigores del clima, no le gustaba recordar.

—¿Tú estuviste en Possad, papá? ¿Cruzaste el Voljov? ¿Atravesaste andando el lago Ilmen, cuando...?

—Sí estuve, sí, y crucé el río varias veces, pero no estuve en el Ilmen, eso no, por suerte, no.

Julio, que se aprendió de memoria el vocabulario guerrero alemán y aprovechaba cualquier oportunidad para soltar palabras que su creativa pronunciación hacía definitivamente incomprensibles, no solía obtener respuestas más elocuentes cada vez

que atacaba con todo su cargamento de Komandaturs, Oberkommandos, Heeres, Luftwaffes, Wehrmachts, Sturmbannführers, Oberführers y Stableiters.

—¿Y no te congelaste, papá? ¿No te condecoraron? ¿No te dieron la Cruz de Hierro, aunque fuera colectiva?

—¡Que te calles de una vez, joder! Mira que eres pesado, hijo mío...

Yo, que tenía cuatro años menos que Julio, asistía en silencio a aquellos forcejeos de los que mi hermano salía convencido de que nuestro padre había sido un héroe, pero una noche de sábado, después de ver por la tele una película sobre la guerra en el Pacífico, me atreví a hacer mis propias preguntas.

—Y tú, ¿por qué ibas con los malos, papá?

Él me miró con una expresión de alarma que se deshizo en una sonrisa al recordar que su interlocutor no tenía más de diez años.

—¿Y a ti quién te ha dicho que eran los malos? —me preguntó a su vez.

—Bueno, hacen de malos en todas las películas, ¿no? Y además perdieron. Al final siempre ganan los buenos, ¿no?

—No —me contestó él—. Los que ganan al final son los más fuertes, no tienen por qué ser los buenos siempre. Ganan y les va mejor, tienen más dinero y se lo gastan en hacer películas, y como las hacen ellos, pues los malos siempre son los otros.

—Ya, pero luego está lo de los judíos —insistí.

—Sí, tienes razón —asintió con la cabeza—. Está lo de los judíos, pero nosotros no tuvimos nada que ver con eso. Y muchos de los alemanes con los que luchamos, tampoco.

—¿Entonces los nazis no eran malos?

—Sí, claro que eran malos. Pero los otros también eran malos. Y sin embargo, había buenos en los dos bandos, buenas personas. Así que es muy complicado saber quiénes eran los malos malos de verdad y quiénes eran los malos menos malos, ¿comprendes?

—No —y fui sincero—. Creo que no.

—Es que eres muy pequeño, Álvaro. Cuando crezcas, ya lo entenderás.

Pero no lo entendí.

Pasó el tiempo, Julio quitó un buen día todas las cruces gamadas del dormitorio que compartíamos y nunca más volvió a acordarse de ellas. A mí me dio por estudiar alemán durante algunos años, aprendí cómo se pronunciaban unas palabras que jamás tuve la tentación de decir en voz alta, y sentí dos escalofríos sucesivos al leer, primero en alemán, después en español, el juramento reproducido en una hoja de papel doblada, perdida entre las fotos de aquella carpeta azul. ¿Juráis ante Dios y por vuestro honor de españoles absoluta obediencia al jefe del ejército alemán Adolf Hitler en la lucha contra el comunismo, y juráis combatir como valientes soldados,

dispuestos a dar vuestra vida en cada instante por cumplir este juramento? Debajo, primero en alemán, después en español, figuraba la respuesta que mi padre, entre otros muchos miles de españoles, debió gritar un día de 1941, en el trance de convertirse en un soldado alemán, ¡sí, juro! Después había seguido pasando el tiempo, mucho tiempo, pero aquella mañana soleada y tranquila del mes de abril de 2005, en la soledad de mi casa, el ruido del aspirador que la asistenta pasaba por el pasillo como única compañía, yo seguía sin entenderlo.

—El padre de Álvaro estuvo en la División Azul, ¿sabes?

Fernando Cisneros lo entendió mejor que yo. Cuando empecé la carrera y conocí a aquel chico grande y barbudo que parecía un oso, hablaba de la guerra civil en primera persona del plural y era capaz de sintetizar con una precisión, una contundencia ejemplares, las ideas sólidas pero inconexas que me impulsaban a comprender algunas cosas enseguida y otras nunca, cometí el error de confesarle el pasado divisionario de mi padre y le hice el mejor regalo que recibiría de mí en toda su vida.

—Eso que te lo diga Álvaro, que su padre se fue a luchar a Rusia con los nazis...

Entonces, a principios de los 80, el polvo de la dictadura pegado todavía a la suela de todos los zapatos, la chica en cuestión se quedaba callada y me dedicaba una expresión de incredulidad aliñada con ciertas gotas de compasión, cuando había suerte, o de repugnancia, cuando no la había, que él aprovechaba invariablemente para colocar la historia de su abuelo el admirable.

—Bueno, Fernando, ya está bien, ¿no? —me quejaba yo de vez en cuando.

—¿Ya está bien de qué? —se defendía—. ¿Qué pasa, que es mentira?

—No, no es mentira. Pero tampoco tiene gracia que lo sepan todas las tías de la facultad. A mí también me gusta ligar, ¿sabes?, y no me lo pones muy fácil.

—¿Por qué? —y fingía un asombro tramposo, risueño—. Siempre te quedarán las falangistas. Están muy buenas, ¿no? Eso dicen.

—Ya, pero, aparte de que no conocemos a ninguna, las falangistas no son mi tipo. Para pijas, ya tengo bastante con mi hermana Angélica.

—Pues te jodes —y se echaba a reír—. No haber tenido un padre nazi.

Conocí a Máximo Cisneros y a su mujer, Paula, no menos admirable, el día que su nieto Fernando leyó su tesis doctoral. Yo había leído la mía dos años antes y a mi familia ni se le había pasado por la imaginación asistir, aunque mi padre pagó la comida en un restaurante cuyos precios desbordaban con mucho las posibilidades de cualquiera que no fuera él, desde luego las mías, y también las de los miembros de mi tribunal. Todos se quedaron muy impresionados al verme firmar la factura sin más antes de devolvérsela a un maître tan estirado como complaciente, muchas gracias, don Álvaro, hasta cuando usted quiera. A la tesis de Fernando, en cambio, fue toda la familia Cisneros. A sus abuelos paternos les faltaba poco para cumplir ochenta años y

el materno los había cumplido ya, pero los tres subieron a buen ritmo los peldaños que daban acceso a la sala, y se tragaron la sesión sin pestañear. Era imposible que estuvieran entendiendo algo de lo que se decía allí, como no podían entenderlo ni el padre ni la madre de su nieto, pero todos estuvieron al lado de Fernando hasta el final, y cuando él me presentó por fin a Máximo, cuya admirable historia me sabía de memoria a fuerza de oírla repetir siempre a propósito de la despreciable historia de mi pobre padre, pensé que había merecido la pena adelantar cinco días mi viaje desde Boston. El cambio de billete me había costado un dineral, pero a él le había costado mucho más llegar hasta la sala donde su nieto recibió un ceremonioso *cum laude* que le hizo mucho más feliz que a su genuino destinatario. Me emocionó conocerle, y se lo dije, tanto que renuncié a preguntarle si se imaginaba la cantidad de polvos que había echado Fernando a costa de su sufrimiento.

—¡Ah! Pues entonces igual que Álvaro. Porque su padre estuvo en la División Azul. Igual tus abuelos fueron también, ¿no?

La última vez que lo hizo teníamos ya más de treinta años, yo había vuelto de Estados Unidos, él se había casado, su abuelo había muerto, acabábamos de salir de la facultad, José Ignacio Carmona no había podido acompañarnos a comer, y Elena Galván nos estaba contando que se gastaba la tercera parte del sueldo en pagar un alquiler en Tres Cantos porque sus padres vivían en Getafe, en la otra punta de las afueras de Madrid. Soy de familia de militares, añadió. Unos años antes habría adivinado que Fernando no necesitaba nada más al mismo tiempo que él, pero a aquellas alturas me pilló desentrenado.

—No —la profesora Galván sonrió, en la absoluta ignorancia de lo que le esperaba—, mis dos abuelos se quedaron en España. Con la guerra de aquí tuvieron bastante.

—Claro —él le devolvió la sonrisa—. Para eso la empezaron, ¿no? Porque si tu padre ha llegado a coronel, supongo que los dos se sublevarían —ella asintió con la cabeza, sin dejar de sonreír—. ¿Dónde?

—Pues... el padre de mi padre en Marruecos. El de mi madre en Santander.

—¿Lo fusilamos? —Elena se echó a reír.

—No, no lo fusilasteis. Pero estuvo en la cárcel casi un año.

—Ya... —Fernando miró un instante al mantel, hizo una pausa dramática, buscó los ojos de su interlocutora y negó levemente con la cabeza antes de encoger su sonrisa hasta llevarla al límite de una mueca nostálgica. Era como un protocolo oficial, se lo había visto hacer tantas veces que podía anticipar cada gesto, cada suspiro, cada movimiento—. El mío dieciséis.

—Dieciséis... —Elena se puso seria de repente, Fernando la miraba con una superioridad teñida de ternura, aquel día lo estaba bordando, el hijo de puta—. ¿Dieciséis años, quieres decir?

—Bueno, más exactamente quince. Quince años, nueve meses y trece días —hizo otra pausa, más prolongada, y respiró hondo antes de jugársela, como un delantero centro que ve una portería inmensa, y en ella a un portero muy pequeño, un instante antes de tomar impulso para empujar el balón con el pie—. Pudo salir antes, ¿sabes? Le habría bastado con pedir perdón. Él era periodista, un autodidacta, su padre trabajaba en los talleres de un periódico y le colocó en la redacción a los doce años, de niño de los recados, pero aprendió el oficio deprisa, escribía muy bien. Llegó a ser el redactor jefe de cierre de *Abc,* el de aquí, el republicano, durante la guerra. Luego le condenaron a muerte, le conmutaron la pena por treinta años, le negaron la redención por el trabajo, en fin, fue dando tumbos de cárcel en cárcel hasta que volvió a Madrid. Entonces se le ocurrió fundar un periódico allí dentro, bueno, más bien una revista. Lo hacía casi todo él y sacaba un número al mes. No era gran cosa, te lo puedes imaginar, pero a él le gustaba, era su oficio y tenía mucho éxito entre los presos. Por eso, el director de Yeserías le propuso un trato. Si se arrepentía, es decir, si escribía varios editoriales seguidos reconociendo sus errores, alabando a Franco, pidiendo perdón, él le garantizaba que estaría en la calle en menos de un año. Mi abuelo, que llevaba nueve encerrado, le dijo que necesitaba tiempo para pensarlo. Escribió a su mujer y se lo contó todo. Ella, que se había quedado sola con dos niños y trabajaba como una burra, le contestó con quince palabras justas. Querido Máximo, no hagas por mí nada que no hicieras por ti, te quiero, Paula. Y él se chupó siete años más de cárcel por no arrepentirse de nada.

—Joder...

Elena Galván, una chica muy, muy progre de una familia muy, muy facha, es decir, el sujeto ideal de lo que yo había bautizado muchos años antes como «el experimento Cisneros», estaba tan impresionada como cualquiera que escuchara por primera vez aquella historia española, conmovedora y terrible, limpia y romántica, que nos llamaba a cada uno por nuestro nombre, por nuestros apellidos. Eso había sentido yo cuando la conocí, y eso estaba sintiendo Elena mientras miraba a Fernando con ojos muy grandes, muy dulces, pero capaces aún de absorber sus palabras, de encajar los últimos espasmos de un dolor gozoso, las cuchilladas amorosas y calientes que él seguía dirigiendo con infinita astucia.

—Entonces le quitaron el periódico, ¿sabes? Se lo dieron a otro preso dispuesto a escribir los editoriales que ellos querían leer, y sin embargo dejaron su nombre en la cabecera —Elena cerró los ojos, y cuando los abrió eran todavía un poco más grandes, un poco más dulces—, para humillarle, claro, para obligarle a leerlo, fundado por Máximo Cisneros, y debajo viva Franco, arriba España, pero no se hundió, no pudieron con él. Nadie pudo con él hasta que salió de la cárcel y se vino abajo. Yo no sé hacer nada, Paula, le dijo a mi abuela, yo sólo sé escribir, ojalá hubiera aprendido un oficio, ojalá... —Fernando hablaba como si estuviera

recordando algo que le hubiera sucedido a él mismo y le doliera cada sílaba que pronunciaba—. Estaba en todas las listas negras, por supuesto. Nunca pudo volver a publicar nada en ningún periódico. Bueno, publicaba en la prensa clandestina del partido pero con seudónimo, claro. Entonces ya trabajaba como dependiente en una ferretería, eso fue lo que hizo el resto de su vida, despachar clavos y tornillos...

Elena le miraba como si a su alrededor no hubiera nada, nadie más, como si más allá de los ojos, de las manos, de la voz de Fernando, todo se hubiera disuelto, el suelo, las paredes, la mesa en la que apoyaba los brazos, la silla en la que estaba sentada, y desde luego yo, que sin embargo estaba allí, pensando sólo en una cosa, se la folla, se la folla, se la folla, el muy hijo de puta se la va a follar esta misma tarde...

—¿Y por qué no le cuentas de paso la historia de tu otro abuelo? —sugerí, pegándole una patada por debajo de la mesa—. Ése también estuvo en la cárcel.

—No me interrumpas —él me machacó el pie derecho de un pisotón—, Alvarito.

Un par de años antes, en un momento de debilidad del que se arrepentiría después, Fernando me contó una historia por la que yo le había preguntado muchas veces en vano desde que se le escapó que su otro abuelo, Pepe, no era el padre de su madre. Por desgracia, mi abuelo de verdad se llamaba Florencio Jiménez, confesó al fin, y no era ni facha, nada, una mierda... Tenía una tienda de ultramarinos en Legazpi, e hizo una fortuna durante la guerra con el mercado negro al amparo del prestigio de su familia, roja de toda la vida. Sus hermanos, socialistas, irreprochables, añadía su nieto, intentando salvar algún mueble del inminente incendio de su prestigio, nunca sospecharon nada porque siempre tuvo la precaución de hacer negocios fuera de su barrio, pero en Legazpi le conocía todo el mundo, y por eso, en vez de estarse quieto, el primer día de abril de 1939 salió al balcón de su casa con una camisa azul para cantar el *Cara al sol.* Cuando los falangistas lo detuvieron, estuvo en la cárcel el tiempo necesario para pactar su libertad a cambio de denunciar a todos los rojos que conocía y a alguno que se inventó. Después esperó a que se hiciera de noche, fue a su tienda, cogió las joyas, la plata, los relojes que había aceptado a cambio de comida y medicinas, todo menos el dinero, que ya no valía nada, no subió a su casa ni para despedirse, se largó, y nadie volvió a saber nada más de él. Hasta que su mujer, que había recibido en su casa a su cuñado Pepe, el único superviviente de los Jiménez irreprochables, cuando salió de la cárcel, y llevaba casi treinta años, y dos hijos, viviendo en pecado con él, pudo pedir el divorcio. Entonces se enteró de que su marido estaba en Mallorca, y de que tenía un chalé con piscina, una novia muy joven y dos hoteles en propiedad. La única condición que le puso para divorciarse fue que no le costara un duro.

La historia de Florencio Jiménez no sólo era peor que la de mi padre. Era también la antípoda exacta de la historia del único padre que llegaría a tener su hija, y de la del hombre que se convertiría en su suegro. Pero tal vez ni siquiera eso habría

desanimado a la profesora Galván, que a la hora de los cafés, sus ojos más grandes, más negros, más griegos que nunca, parecía ya a punto de derretirse, de licuarse, de dejarse caer hasta el suelo, arrastrarse de rodillas hasta Fernando Cisneros, y ofrecerse a reparar como fuera los pecados de sus antepasados. Eso fue lo que hizo, más o menos. ¿Os apetece venir a mi casa a tomar una copa?, propuso cuando nos levantamos. Fernando se me adelantó antes de darme tiempo para inventar una excusa y tampoco se tomó esa molestia. Álvaro no puede, dijo solamente, pero a mí me apetece muchísimo.

Me acordé de aquella historia, y de todas las que tenían que ver con los tres abuelos de Fernando, mientras leía las cartas que mi propio abuelo, Benigno Carrión, le envió a su hijo Julio desde Torrelodones. Eran sólo cinco y muy sosas, con alguna falta de ortografía y una sintaxis pobre, esquemática y plagada de frases hechas, querido hijo, espero que al recibir la presente te encuentres bien, yo también, gracias a Dios, pero eso no me llamó tanto la atención como la ausencia casi total de consignas políticas, ninguna referencia al marxismo asesino, a la bestia tirana, a la Rusia canalla. En su lugar, y en cada renglón escrito por una mano temblorosa, poco habituada a aquel ejercicio, afloraba la verdadera, profundísima ideología de un hombre más preocupado por la salvación del alma de su hijo que por su supervivencia. No faltes a misa ningún día, no busques a las mujeres, evita las tentaciones, no te avergüences de rezar porque rezar es hablar con Dios, lleva siempre encima las estampas que te envío, piensa que la muerte te acecha y que nunca sabrás cuándo te va a alcanzar, procura estar preparado para morir en gracia de Dios, qué alegría, me dije, pobre papá, ir a la guerra para que te escriban cartas como éstas, menuda juerga...

No esperaba que la beatería de mi abuelo fuera tan intensa, pero tampoco me sorprendió, porque siempre había sido el primer rasgo que mi padre evocaba al hablar de él. Su hijo no lo había heredado, como no había llegado a asumir nunca, al menos ante mí, la ideología que en apariencia tendría que haberle empujado hasta el infierno ruso. Mi padre no era fascista —y una polla, decía Fernando cada vez que intentaba explicárselo— porque su posición política tenía mucho más que ver con lo que detestaba que con el anhelo de transformar la realidad en ninguna dirección. Era anticomunista, desde luego, aunque su bestia negra era Largo Caballero, pero, por encima de todo, despreciaba la política y a los políticos, más a las mujeres que a los hombres. ¿Y ésta?, decía cuando se topaba con alguna candidata en los espacios electorales de la televisión, ¿no tendrá nada que limpiar en su casa, ésta, no tendrá que hacer la comida y cuidar de sus hijos, en vez de ir por ahí, pegando gritos? Y sin embargo, se llevaba estupendamente con todos ellos.

Aunque le empezó a ir bien bastante antes, mi padre se hizo rico de verdad en los últimos años del franquismo y, sobre todo, después de aguantar el tirón de la crisis

energética, en los primeros de la democracia. Para un hombre tan simpático como él, los equipos de militares y tecnócratas del Opus, tan poco sensibles los unos como los otros a los trucos de magia y los chistes polifónicos, eran malos clientes. Los demócratas jóvenes, inexpertos, recién salidos del horno, se le daban mucho mejor. Él le contaba a cada uno lo que quería oír, se calificaba a sí mismo como antifranquista con mayor o menor intensidad, escogía las anécdotas de su repertorio en función de los gustos de su interlocutor, y se convertía sin grandes dificultades en la estrella del cocido, las lentejas, o la especialidad apropiadamente grasienta y popular que ofreciera la anfitriona influyente de la temporada. Luego, por las mañanas, cuando bajaba a desayunar, me lo encontraba en la cocina con muy mala cara, un vaso con dos alka-seltzers a medio deshacer en la mano y un gruñido entre los labios, qué barbaridad, no había salido tantas noches seguidas en mi vida, parece que lo de la democracia consiste en trasnochar, y la de ayer también podía haber puesto un pescadito, la tía, pero no, potaje de garbanzos y a las once de la noche, es que hay que joderse... Mi madre, que se volvía a la cama en cuanto Clara y yo cogíamos el autobús, estaba encantada, en cambio. Y sin embargo, cuando Tejero entró a tiros en el Congreso, parecía mucho menos preocupada que él, que le dio un centenar de vueltas al salón con las manos en la cabeza mientras repetía, no es posible, no es posible, estos hijos de puta van a venir a joderme a mí ahora, me cago en sus muertos, joder, joder... Estaba tan desolado y tan furioso al mismo tiempo que mi madre ni siquiera se atrevió a pedirle que no hablara mal delante de nosotros. Por eso nos enteramos de que, durante las seis largas horas que el rey necesitó para preparar su discurso ante las cámaras de televisión, no estaba sufriendo por ninguna otra cosa que no fuera una contrata, fabulosa teniendo en cuenta la crisis del sector, que tenía medio apalabrada y que consiguió al final.

En aquella época yo era muy joven, y el cinismo de mi padre me hacía gracia. Aquella actitud, que influía también en sus relaciones con nosotros, le convertía en la autoridad ideal, flexible, paciente, generosa y benéfica, cualquier cosa con tal de no tener problemas siempre que ninguno de sus hijos pensara que era imbécil o se comportara como si lo hubiera pensado alguna vez. Mi padre nos prohibió muy pocas cosas porque conseguía persuadirnos a tiempo de casi todas. Era un hombre brillante, y sin embargo, y aunque era imposible no quererle, no admirarle, no aspirar a estar a su lado, su cinismo, aquella punta de calculada frialdad que me había divertido tanto en mi adolescencia, me distanció de él después más que ninguna otra cosa. Además, confirmó mi intuición de que Julio Carrión nunca había llegado a ser un fascista, por más que abundaran los indicios de lo contrario.

Los que tenía encima de la mesa eran indiscutibles, pero no me impresionaron tanto por su naturaleza como por su propia existencia. Que mi padre no los hubiera destruido, que hubiera amontonado en la misma carpeta los más graves y los

insignificantes, que ni siquiera se hubiera tomado el trabajo de esconderlos bien, me pareció primero inverosímil, y apenas una fracción de segundo después, razonable, lo que en definitiva no hacía otra cosa que incrementar la inverosimilitud de aquel asunto más allá de las limitaciones biográficas de un hombre llamado Julio Carrión González. Estaba seguro de que él no sentía ninguna nostalgia por aquella época, de que no la había sentido en los últimos treinta años de su vida. Le había visto quitarse de encima a mi hermano Julio muchas veces, esquivar su curiosidad con fintas más o menos trabajosas, contestar a sus preguntas con monosílabos y un gesto de disgusto más intenso que el cansancio en el borde de los labios. Nunca nos atrevimos a preguntarle por qué no le gustaba hablar de la División Azul, pero todos sabíamos que no le gustaba hacerlo, y sin embargo tampoco había eliminado las pruebas, no las había seleccionado ni las había enterrado en una caja fuerte. Su silencio, que siempre me había parecido comprensible, argumentó a favor de la inverosimilitud de mi hallazgo hasta que lo contemplé como si el nombre inscrito en los documentos que mi padre guardaba en aquella carpeta no fuera el suyo, como si todos esos papeles pertenecieran a otra persona, un español cualquiera. Entonces comprendí que si Julio Carrión González no se había tomado la molestia de deshacerse de ellos, no había sido por nostalgia, ni siquiera por descuido, sino por desidia. Porque aquellos papeles no eran peligrosos.

Este país, como todos ustedes saben sin duda, tuvo una vez una oportunidad, así comenzó la primera clase que José Ignacio Carmona me dio en mi vida, la tuvo y se la robaron. Entonces no se exiliaron sólo los poetas, no crean, se exiliaron también los científicos, los físicos, los químicos, los biólogos, los médicos, los matemáticos... ¿Y qué?, ha pasado mucho tiempo, me dirán, y tendrán razón, pero todos llevamos aún el polvo de la dictadura en los zapatos, ustedes también, aunque no lo sepan. Más tiempo hace falta para que florezcan los desiertos y, por desgracia para todos, la ciencia no se recupera tan deprisa como la literatura. Por eso prefiero que sepan esto ahora, para que luego no me digan que no les advertí lo difícil que es ser físico en España. Ténganlo en cuenta por si quieren cambiarse de carrera, porque todavía están a tiempo...

Cuando terminó su discurso, se nos quedó mirando, frunció el ceño, se dio la vuelta, cogió una tiza y empezó a explicarnos su programa desde la pizarra. No hubo ninguna deserción, ninguna pregunta, aunque algunos se rieron un poco, sin hacer ruido, de aquel profesor tan joven que parecía al mismo tiempo tan antiguo, tan desafinado, tan indigno de la alegría de quienes debían de ser los suyos, esa euforia que reventaba en el aire en las vísperas del retorno de la izquierda al poder. Pero José Ignacio Carmona tenía razón y no tardamos mucho tiempo en descubrirlo, en asomarnos a una grieta profunda de bordes sucios, mal aserrados, por la que una vez se había precipitado en el vacío cualquier tradición, todo progreso. ¿Sigues

soltándoles el mismo discurso a los de primero?, le había preguntado yo al comienzo de aquel mismo curso. No, me he vuelto un poco más optimista, me contestó, pero les sigo hablando de la oportunidad y de los desiertos, eso sí. Lo que tiene gracia es que ahora, al final, los alumnos me aplauden, y sonrió, fíjate, qué curioso... Eso está bien, apunté, quiere decir que son más listos que nosotros. No, no son más listos, él volvió a sonreír, lo que pasa es que están más lejos. La óptica es una ciencia paradójica, ya sabes.

Las paradojas de la óptica enfocaron también mis ojos hacia un punto situado mucho más allá de los bordes de aquella carpeta azul, un horizonte que no había contemplado nunca con la nitidez, la claridad que ahora desprendía. Este país tuvo una vez una oportunidad, recordé, fue una vez el país de los hombres, de las mujeres admirables, pero ellos no guardan en una carpeta ningún testimonio que justifique su condición, ellos quemaron los papeles, los tiraron, los rompieron, se los comieron. Para ellos eran peligrosos, para mi padre no. Porque frente a los hombres, a las mujeres admirables, en este país sólo hay hombres y mujeres a los que debemos comprender, gente pequeña, de un país pequeño, y pobre, y atrasado, que hizo lo que pudo para sobrevivir, para llegar a vivir algún día en un país grande, y rico, y desarrollado, y satisfecho de sí mismo, donde todo lo que pasa sucede siempre como por arte de magia.

Las manos son más rápidas que la vista, decía mi padre, y él lo sabía, él lo vivió. Y aquí un buen día hubo una guerra, y aquí un buen día se terminó, y aquí, un buen día, muy despacio, con mucho trabajo, mucho esfuerzo de unos pocos, empezó a brotar la hierba en una esquina del desierto y fue mérito de todos, porque las manos son más rápidas que la vista y la óptica una ciencia paradójica, y cómo no comprender, cómo no conceder el beneficio de la comprensión a tanta gente pequeña, empeñada en sobrevivir en un país pequeño, y pobre, y atrasado, donde no se cumplen las leyes físicas, donde la aritmética es opinable, moldeable como la plastilina, donde se divide entre todos el mérito de unos pocos y la responsabilidad de unos pocos se multiplica por todos para que nadie tenga nunca ningún mérito ni responsabilidad alguna, porque las cosas pasan solas, como por arte de magia o porque no les queda más remedio que pasar. Mi padre contó siempre con esa ventaja, la ingravidez de España, la excepción a la ley de la causa y el efecto, el país donde nadie ve nunca una manzana que se cae de un árbol, porque todas las manzanas están ya en el suelo desde el principio y eso es lo más práctico, lo más sabio, lo más cómodo, lo mejor para todos, mientras las manos sean más rápidas que la vista, mientras las paradojas más elementales de la óptica jueguen a favor de quien maneja las lentes, mientras el prestigio moderno de la gente pequeña que hace lo que sea por sobrevivir oponga su transparente actualidad al caduco prestigio de los hombres y las mujeres admirables, tan anticuados por otra parte, tan inservibles en realidad, tan

fastidiosos en su abnegación, en su terquedad, en la esterilidad de su sacrificio, porque si se hubieran estado quietos, si se hubieran dado por vencidos, si no se hubieran jugado la vida en vano tantas veces, tampoco habría pasado nada. Que no serían admirables, sólo eso, pero les habríamos comprendido igual. Cómo no íbamos a comprenderlos, si a nosotros la ley de la gravedad no nos afecta.

Por eso, porque no eran peligrosos para él, mi padre no se había tomado la molestia de destruir aquellos papeles, por eso no los había seleccionado y ni siquiera los había escondido bien. Pero la óptica es una ciencia paradójica y la magia un arte inconsistente, puro truco, un artificio que se desmorona antes o después bajo la inexorable presión de las leyes físicas. Las lentes se fijan, se disimulan, se ensucian, parecen cubrirse con el polvo del olvido, y las ramas del manzano están desnudas, los frutos en el suelo, dispuestos con cuidado, una astucia ventajosa y mezquina que complace al escenógrafo acostumbrado a trabajar sin testigos. Pero aunque los desiertos florezcan muy despacio, la hierba brota antes en el suelo que en la mirada de quienes lo contemplan, y por eso tiene que pasar el tiempo, mucho tiempo, para que alguien recuerde un buen día que las manzanas no crecen en la tierra, que las manzanas se caen necesariamente de los árboles, y los niños de primero aplauden a José Ignacio Carmona, y quizás no sepan muy bien por qué lo hacen, pero lo sé yo. Lo sé yo, papá, tú no. Tú has conservado hasta el final el beneficio de la comprensión, el privilegio de no tener que comerte los papeles.

Entonces cerré la carpeta, la dejé a un lado, y sentí un brote de frío repentino, una náusea moral, la tentación de abandonar. Había previsto acercarme a la facultad después de rastrear las huellas de Raquel Fernández Perea en el mínimo archivo secreto de su amante, pero lo que había encontrado en la carpeta azul no me dejó muchas ganas de seguir. De pronto, necesitaba respirar el aire de la calle, escapar de aquellos uniformes, de aquellas cartas, del juramento bilingüe y de mis propias conclusiones. Estuve a punto de obedecer aquel impulso, pero recordé a tiempo que no volvería a tener una mañana libre hasta el martes de la semana siguiente, y la cerradura no aguantó ni dos martillazos.

Uno fue suficiente para desprenderla, abollada pero entera, de aquella cartera pequeña de piel donde no había talonarios, sólo un compartimento relleno de papel de seda, una hoja de papel escrita a mano que alguien había roto para volver a pegarla después con cinta adhesiva, y una fotografía en la que estaba yo con la mujer más guapa que había visto en mi vida, en una calle desconocida y ante una terraza llena de gente que me pareció extraña sin saber por qué. Las razones de mi doble extrañeza estaban escritas al dorso, con una letra femenina y elegante, de rasgos largos, picudos. «Para que no me olvides, Paloma», y debajo, «París, mayo, 1947». Cuando lo leí, comprendí que aquel hombre no era yo, y que lo que me había parecido raro era la forma redonda de los veladores, tan distintos de las mesas cuadradas de las

terrazas de mi ciudad. Eso comprendí, y nada más.

Paloma, me dije, París, y lo repetí en voz alta, Paloma, París. Tendríais que haber estado en Rusia, en Polonia, decía mi padre cuando éramos pequeños y nos quejábamos del frío que hacía en su pueblo. Él había estado en Rusia, en Polonia, y también en Letonia, dos veces, contaba, la primera cuando le hirieron y la última justo antes de volver a España, pero Riga había sido la última estación de su viaje y el camino de vuelta no pasaba por París, ni había durado tres años. Me levanté, busqué la enciclopedia con los ojos, y antes de encontrarla me volví a sentar. ¿Pero tú eres gilipollas o qué?, me pregunté a mí mismo. Sabía de sobra cuándo se había acabado la segunda guerra mundial, y que las últimas tropas de la División Azul volvieron a España más de un año antes. Ésos no eran los verdaderos datos del problema.

El problema tenía los ojos claros y el pelo oscuro, brillante, peinado con ondas muy marcadas que envolvían su rostro en una aureola de agua negra, una ilusión de movimiento que desaparecía más allá de las orejas sin perturbar las líneas de su cuello largo y elegante, majestuoso al fundirse con la barbilla en un ángulo exacto, espléndido. Su rostro era tan bello que resultaba difícil definirlo, escoger un rasgo esencial, decidirse entre el relieve de los pómulos y la suavidad de los labios, entre la dulzura de los ojos y la desnuda limpieza de las mandíbulas, entre la gracia perfecta de la nariz y la perfecta decisión del arco de las cejas. Miraba a la cámara de frente con una sonrisa apenas esbozada, un gesto de alegría incompleta, y sin embargo sus ojos iluminaban toda la imagen, el fondo, las figuras, los detalles, con esa luz brutal e irresistible que enciende los ojos de las mujeres que van de caza. Aquel día, ella se había vestido para ir de caza. El vestido, de una tela liviana y brillante que se pegaba a su cuerpo con terrorífica docilidad en los hombros, en los pechos, en la cintura, para despegarse después de marcar la justa contundencia de las caderas, dejaba al aire unos brazos preciosos y las preciosas piernas de una mujer preciosa, tanto que suspendió por un momento todos los juicios que yo hubiera podido formular alguna vez acerca de la belleza femenina. Era tan resplandeciente como esas actrices de cine del pasado que parecen sugerir desde sus viejas fotos en blanco y negro que ya no nacen mujeres como ellas, pero ni siquiera eso me impresionó tanto como verme a su lado, un instante antes de comprender que aquel hombre joven que posaba con mi cara, una expresión seria, concentrada, en los ojos oscuros y los labios firmes, olvidados de la sonrisa encantadora que sabían sostener como los de nadie, no era yo, sino mi padre.

Mi padre había estado en París, en 1947, con una española que se llamaba Paloma y era la mujer más guapa que yo había visto en mi vida, tanto que él, a su lado, parecía un hombre vulgar, más bajo, más frágil, más pequeño de lo que era en realidad. Quizás porque también era más joven. No es fácil calcular la edad de las mujeres muy guapas, pero aquélla aparentaba más de treinta años, y él acababa de

cumplir veinticinco. Llevaba unos pantalones oscuros y una camisa blanca, arremangada, con varios botones desabrochados, ni rastro de chaqueta, de corbata, un desaliño insólito en el hombre a quien había visto vestido de uniforme tantas veces, aquella misma mañana, y mucho más en el señor en quien se convertiría después. De pie tras ella, parecía un recadero, un botones, el criado de aquella mujer elegante, lujosa, que posaba en escorzo, sentada en un taburete alto, sus piernas casi de perfil, su torso casi de frente, la cabeza ligeramente abandonada hacia atrás, apoyada en el pecho de su acompañante. Y no era sólo la ropa. Había algo extraño en la actitud de aquel hombre, en el gesto soberbio, desafiante, de sus labios, en la determinación de sus ojos oscuros, una fiereza dudosa o quizás el rastro de una emoción, amor, pensé, deseo, o tal vez sólo el orgullo de haber sido el elegido entre tantos, muchos, calculé, quizás todos.

Los españoles que vivían en París en 1947 no habían llegado hasta allí por instinto aventurero, pero yo tampoco podía saber quién era ella, dónde vivía, de qué lado estaba, en qué lugar, en qué momento y situación se había encontrado con Julio Carrión González. Sólo sabía que aquella foto era importante para él, porque no la había destruido, y que era peligrosa, porque se había tomado el trabajo de esconderla muy bien. También sabía que aquel hombre era mi padre. De lo contrario, si me hubiera tropezado por casualidad con los papeles de un desconocido, habría pensado que se trataba de un hermano gemelo, idéntico pero distinto del soldado alemán que sonreía en un cruce de caminos, Berlin, 1485 km, Petersburg, 70 km. Estaba seguro de que los dos eran la misma persona, y sin embargo, volví a mirar en la carpeta azul, elegí algunas de aquellas fotos para compararlas con ésta, busqué semejanzas, diferencias, vi la misma cicatriz, como un punto redondo, más claro, encima de la misma ceja, y seguí sin entenderlo. No encontré ningún documento que justificara la estancia de mi padre en un país hostil, en una época difícil, ni siquiera una factura, una nota, nada escrito en francés. Tampoco había ninguna otra foto de aquella mujer. Entonces, para saber más, saqué la carta vieja, remendada, que había encontrado en el mismo compartimento de la cartera y la coloqué con cuidado encima de la mesa.

Queridísimo hijo de mi corazón, pero a pesar de la caligrafía, muy parecida, antigua también, y femenina, aquella era una carta de mi abuela Teresa, *perdóname todo el daño que haya podido hacerte sin querer por todo lo que te he querido,* y al principio lo lamenté, porque la belleza de aquella mujer llamada Paloma podía más, *por lo que seguiré queriéndote hasta que me muera,* y seguía pensando en ella, calculando su edad, su origen, los motivos que la habrían impulsado a retratarse con mi padre en mayo de 1947, los motivos que habría tenido él para guardar aquella foto durante tantos años, *e intenta comprenderme, y algún día, cuando seas un hombre, y te enamores de una mujer,* hasta que me di cuenta de que aquella carta era una despedida, *y sufras por amor, y sepas lo que es eso,* una despedida tan incompatible

con lo que yo sabía de mi padre como una fotografía hecha en París en 1947, *perdóname si puedes, perdona a esta pobre mujer que se equivocó al escoger marido,* pero si tú te moriste de una tuberculosis ósea, *pero no al tener dos hijos a los que siempre querré más que a nada en el mundo,* pero si tú no tuviste más hijos que mi padre, *ahora no lo entenderás, no puedes entenderlo,* pero si esta carta lleva la fecha del 2 de junio de 1937, la fecha de tu muerte, abuela, *pero crecerás, te harás mayor, y tendrás tus ideas, las mías o las de tu padre,* y qué tendrán que ver las ideas con esto, *y te darás cuenta de que son mucho más que lo que parecen,* mi padre siempre decía que el suyo era muy religioso, *de que son una manera de vivir, una manera de enamorarse y de entender el mundo, a la gente, todas las cosas,* pero lo único que me contó de su madre era que tocaba muy mal el piano, *no tengas miedo de las ideas, Julio, porque los hombres sin ideas no son hombres del todo,* que era muy buena, que era maestra, que quería mucho a su marido, *los hombres sin ideas son muñecos, marionetas, o algo peor,* una mujer vulgar, como tantas, como todas, *personas inmorales, sin dignidad, sin corazón,* pero aquélla no era la voz de una mujer vulgar, *tú no puedes ser como ellos, tú tienes que ser un hombre digno, bueno, valiente,* mi abuela no era una mujer vulgar y mi padre me la había robado, *sé valiente, Julio, y perdóname,* eso fue lo que sentí, que ya no era su madre quien escribía, *no hemos tenido suerte, hijo mío, no la hemos tenido,* que era mi abuela y me estaba hablando a mí, *pero la guerra terminará algún día, y vencerá la razón, vencerán la justicia y la libertad, la luz por la que luchamos,* mi padre siempre tuvo miedo de las ideas, *y cuando todo esto haya pasado, volveré a buscarte, y hablaremos,* o al menos siempre se comportó como si le inspiraran una temible especie de repugnancia, *y quizás entonces pensarás de otra manera,* yo nunca he sabido cómo pensaba mi padre, *y me entenderás, ojalá que me entiendas,* sólo que no soportaba las discusiones políticas, *a lo mejor estoy equivocada pero siento que estoy haciendo lo que tengo que hacer, y lo hago por amor,* al que se meta en política, lo echo de casa, *por amor a Manuel, por amor a mí misma, por amor a mi país, por amor a mis ideas y* [303] *por amor a vosotros también, para que tengáis una vida mejor,* la política es lo peor, no existe nada más bajo, más ruin, más asqueroso, *para que viváis una vida más libre, más justa, más feliz,* el que quiera arruinar su vida, tirarla a la basura, que se meta en política, *yo sé que ahora no lo entiendes, que no puedes entenderlo,* eso nos decía mi padre, el hijo de una mujer capaz de escribir una carta como aquélla, *pero yo te quiero, y confío en ti, y sé que serás un hombre digno, bueno, valiente,* ¿fuiste bueno, papá?, me pregunté, ¿fuiste digno, y valiente?, *tan valiente como para perdonar a tu madre,* ¿tanto como ella, papá, sin haberla mencionado nunca, sin habernos contado jamás qué clase de mujer era en realidad?, *que te querrá siempre y por eso nunca podrá perdonarse del todo,* tu abuela tocaba el piano, muy mal, fatal, pero le encantaba tocar, pobrecilla, *tuya y del socialismo,* mía y del socialismo, *mamá,* era tu

madre, papá, era tu madre, joder, era tu madre, tu madre, *queridísimo hijo de mi corazón,* cuando empecé a leer otra vez, desde el principio, las manos me temblaban, *perdóname todo el daño que haya podido hacerte sin querer por todo lo que te he querido,* me temblaban las piernas, los labios, la conciencia, *por lo que seguiré queriéndote hasta que me muera,* yo te habría querido, abuela, *e intenta comprenderme, y algún día, cuando seas un hombre y te enamores de una mujer,* yo habría sido un hombre mejor si hubiera podido quererte a tiempo, *y sufras por amor, y sepas lo que es eso,* si hubiera podido leer esta carta sin haber tenido que robarla antes, *perdóname si puedes, perdona a esta pobre mujer que se equivocó al escoger marido,* pero abandonaste al marido equivocado porque debiste encontrar uno mejor y tu hijo te condenó a muerte, te enterró en vida, te fabricó una vida como la que tú no quisiste vivir, *pero no al tener dos hijos a los que siempre querré más que a nada en el mundo,* y anuló a su hermano, lo negó, lo destruyó, lo arrancó para siempre de su memoria porque se fue contigo o porque tú te lo llevaste, *ahora no lo entenderás, no puedes entenderlo,* ya te dije yo que la mujer de tu hermano era un putón, ¿te lo dije o no?, *pero crecerás, te harás mayor y tendrás tus ideas, las mías o las de tu padre,* había roto la carta en cuatro trozos y la había vuelto a pegar después, hacía ya tantos años que la cinta adhesiva se despegaba sola del papel, *y te darás cuenta de que son mucho más de lo que parecen,* eso, romperla, volverla a pegar y esconderla bien, era lo único que había hecho mi padre con aquella carta, *de que son una manera de vivir, una manera de enamorarse, de entender a la gente, el mundo, todas las cosas,* como si a los catorce años ya hubiera elegido una manera de vivir, su propia manera de enamorarse, de entender a la gente, el mundo, todas las cosas, *no tengas miedo de las ideas, Julio, porque los hombres sin ideas no son hombres del todo,* a lo mejor por eso no se fue contigo, *los hombres sin ideas son muñecos,* [304] *marionetas o algo peor,* pero llegó a ser mucho más que un hombre, *personas inmorales, sin dignidad, sin corazón,* era un mago, un hechicero, un encantador de serpientes, el personaje más simpático del mundo, el más encantador, el más irresistible, *tú no puedes ser como ellos, tienes que ser un hombre digno, bueno, valiente,* y cuando sonreía, era igual que un sol de esos que pintan los niños pequeños, un globo amarillo, coloreado hasta romper el papel y lleno de rayos, *sé valiente, Julio, y perdóname,* nunca te perdonó, pero tampoco tuvo nunca el valor de contárnoslo, *no hemos tenido suerte, hijo mío, no la hemos tenido,* él si la tuvo, abuela, él se hizo rico, grande, poderoso, *pero la guerra terminará algún día, y vencerá la razón, vencerán la justicia y la libertad, la luz por la que luchamos,* pero nosotros no tuvimos suerte, este país no tuvo suerte, no la tuviste tú, no la tuvo la razón, ni la justicia, ni la libertad, ni la luz, sólo Dios, el orden, la oscuridad, los uniformes, *y cuando todo esto haya pasado, volveré a buscarte, y hablaremos,* ¿pudiste volver, abuela, lograste escapar de su victoria, de la cárcel, de la paz de las

fosas comunes y las cunetas de las carreteras?, *y quizás entonces pensarás de otra manera,* yo no sé cómo pensaba él entonces, ni siquiera estoy muy seguro de cómo pensaba después, *y me entenderás, ojalá que me entiendas,* pero sé que tú no has tenido suerte hasta hoy, abuela, hoy has tenido suerte y no lo sabes, y ojalá pudieras estar aquí para darte cuenta, *a lo mejor estoy equivocada pero siento que estoy haciendo lo que tengo que hacer, y lo hago por amor,* tú no puedes saber lo que representa tu amor para mí, no puedes calcular el orgullo que siento de ser tu nieto, el hijo de tu hijo, te he querido tanto antes de conocerte, Teresa, he admirado tanto a la gente como tú, *por amor a Manuel, por amor a mí misma, por amor a mi país, por amor a mis ideas y por amor a vosotros también, para que tengáis una vida mejor,* este país, como todos ustedes saben sin duda, tuvo una vez una oportunidad, así empezó la primera clase que José Ignacio Carmona me dio en mi vida, la tuvo y se la robaron, te la robaron a ti, Teresa González, se la robaron a él, me la robaron a mí, *para que viváis una vida más libre, más justa, más feliz,* y ya sé que esta victoria póstuma, simbólica y tardía nunca te consolará de aquella derrota pero tú, hoy, has ganado la guerra, abuela, *yo sé que ahora no lo entiendes,* para ti es un triunfo inútil, para mí no lo es, *que no puedes entenderlo,* tú tampoco lo entenderías, no podrías entenderlo, porque los niños creen que los buenos son siempre los que ganan al final de las películas, y hace falta mucho tiempo para que florezcan los desiertos, para que se distinga el final de un capítulo del final de la historia, *pero yo te quiero, y confío en ti, y sé que serás un hombre digno, bueno, valiente,* es un país extraño éste, abuela, un país capaz de lo mejor y de lo peor, y por eso no sé qué [305] clase de hombre fue tu hijo, *tan valiente como para perdonar a tu madre,* sólo sé que fue peor que tú, *que te querrá siempre y por eso nunca podrá perdonarse del todo,* pero eso da igual, porque a la gente como él la comprende todo el mundo, *tuya y del socialismo,* mía y del socialismo, tú, Teresa González, que eras maestra y tocabas tan mal el piano, *mamá,* abuela, *queridísimo hijo de mi corazón,* y volví a leer aquella carta, *perdóname todo el daño que haya podido hacerte sin querer por todo lo que te he querido,* la leí muchas veces, me la aprendí de memoria para estar seguro de que nunca la podría olvidar, *por lo que seguiré queriéndote hasta que me muera,* hasta que se me secaron los ojos, a mí, que lloro tan poco, muy poco, casi nunca, *e intenta comprenderme, y algún día,* hasta que pude analizar lo que leía, hasta que logré convertirla en un problema, *cuando seas un hombre, y te enamores de una mujer,* entonces volví a leerla, y me esforcé en hacerlo con los ojos de mi padre, *y sufras por amor, y sepas lo que es eso,* intenté adoptar la mirada de un niño de catorce años, abandonado por su madre, *perdóname si puedes, perdona a esta pobre mujer que se equivocó al escoger marido,* y, para ser justo con aquel niño, repetí muchas veces aquel verbo tan feo, tan sucio, abandonar, *pero no al tener dos hijos a los que siempre querré más que a nada en el mundo,* pero aquella mañana yo había conocido también a mi abuelo Benigno,

ahora no lo entenderás, no puedes entenderlo, el hombre que sólo le pedía a su hijo que estuviera siempre preparado para morir en gracia de Dios, *pero crecerás, te harás mayor, y tendrás tus ideas, las mías o las de tu padre,* y yo me llamaba Álvaro Carrión Otero, y había crecido, me había hecho mayor, *y te darás cuenta de que son mucho más de lo que parecen,* tenía mis propias ideas y se parecían mucho a las que estaba leyendo, *de que son una manera de vivir, una manera de enamorarse y de entender el mundo, a la gente, todas las cosas,* ella había escrito mis ideas con su letra antigua y femenina, de trazos largos y picudos, elegantes, *no tengas miedo de las ideas, Julio, porque los hombres sin ideas no son hombres del todo,* y ya no volví a sentirme el hijo traidor, el que presta oídos a la versión del enemigo, *los hombres sin ideas son muñecos, marionetas, o algo peor,* porque aquella voz me llamaba, me estaba hablando a mí, *personas inmorales, sin dignidad, sin corazón,* porque era la voz de mi abuela, y tenía razón, *tú no puedes ser como ellos, tú tienes que ser un hombre digno, bueno, valiente,* y por eso aquella carta ya no tenía nada que ver con la memoria de mi padre, *sé valiente, Julio, y perdóname,* ni siquiera con la de su madre, la admirable mujer que la escribió, *no hemos tenido suerte, hijo mío, no la hemos tenido,* aquella carta sólo tenía que ver conmigo, con mi propia memoria, mi propio concepto de la dignidad, la bondad, la valentía, *pero la guerra terminará algún día, y vencerá la razón, vencerán* [306] *la justicia y la libertad, la luz por la que luchamos,* con una verdad que había sobrevivido a la guerra, a la paz de los cementerios, a las paradojas de la óptica y a la miserable ingravidez de España, *y cuando todo esto haya pasado, volveré a buscarte, y hablaremos,* para llegar hasta mi corazón, *y quizás entonces pensarás de otra manera,* para llenarlo de amor por ti, abuela, *y me entenderás, ojalá que me entiendas,* ninguna victoria es comparable a ésta, *a lo mejor estoy equivocada pero siento que estoy haciendo lo que tengo que hacer, y lo hago por amor,* que derrota a la historia, al tiempo y a la muerte, *por amor a Manuel, por amor a mí misma, por amor a mi país, por amor a mis ideas y por amor a vosotros también, para que tengáis una vida mejor,* ninguna es tan justa, ninguna es tan grave, ninguna tan triste, *para que viváis una vida más libre, más justa, más feliz,* y yo que creía que mi vida no era esto, *yo sé que ahora no lo entiendes, que no puedes entenderlo,* que mi vida era una apacible llanura de tierras cultivadas que no exigía excesos de mis ojos ni de mi conciencia, *pero yo te quiero, y confío en ti, y sé que serás un hombre digno, bueno, valiente,* que había llegado a sentir nostalgia por aquel hombre que era yo y al que nunca le pasaba nada, *tan valiente como para perdonar a tu madre,* y sin embargo ahora te tengo a ti, *que te querrá siempre y por eso nunca podrá perdonarse del todo,* te tengo a ti, *tuya y del socialismo,* te tengo a ti, dondequiera que estés, abuela, *mamá,* quiero escarbar la tierra con los dientes, *queridísimo hijo de mi corazón,* quiero apartar la tierra parte a parte, *perdóname si puedes,* a dentelladas secas y calientes, *las ideas son mucho más de lo que parecen,*

quiero minar la tierra hasta encontrarte, *no hemos tenido suerte, hijo mío*, y besarte la noble calavera, *a lo mejor estoy equivocada*, y desamordazarte, *y lo hago por amor,* y regresarte...

—¿Y esto?

La pregunta de Mai interrumpió el sonido de los versos de Miguel Hernández que aprendí cantados en mi adolescencia y ahora no podía dejar de repetir, como si se hubieran convertido en un mantra, una letanía, una plegaria consoladora, imprescindible en el desconcierto, en la desolación. Tal vez por eso no la oí llegar. Tampoco la esperaba tan pronto, pero cuando la encontré a mi lado, señalando con un dedo hacia delante, recordé que aquella tarde Miguelito tenía una fiesta de cumpleaños y que no había que ir a recogerle hasta las ocho.

—Son papeles de mi padre —contesté, haciendo un gesto vago con la mano—. Ayer, cuando fui a llevarle el dinero a Lisette, encontré esta carpeta, mira...

—No, me refiero a la foto.

Mi abuela Teresa, joven y pacífica, con un sombrero discreto, una pequeña perla en cada oreja y una chaqueta abotonada hasta el cuello, indumentaria clásica para una inofensiva, sonriente esposa burguesa, nos miraba desde un marco de plata que alguien nos había regalado cuando nos casamos y nunca nos habíamos decidido a usar porque nos parecía demasiado solemne. Había invertido más de media hora en buscarlo por todos los cajones de la casa, después de encontrar aquel retrato en el fondo de la carpeta azul, junto con otros de su marido y una foto en la que mi padre, con cuatro o cinco años, posaba con los dos ante el estanque del Retiro. Benigno, con traje oscuro y camisa blanca abotonada hasta el cuello, sin corbata pero con un cinturón ancho, muy visible, tenía el típico aspecto de los hombres de la sierra cuando hacen lo que ellos llaman bajar a Madrid. Incómodo en su ropa de domingo, con la boina en la mano, miraba al suelo con el ceño fruncido, guiñando los ojos como si la luz le molestara. Parecía más viejo que en la foto de su boda pero la diferencia de edad no le distanciaba tanto de su mujer como su actitud hosca, esquiva, hasta levemente acomplejada. Ella no sólo iba mejor vestida. También parecía más contenta, más conforme con la vida, con la ciudad, con el sol y con el hijo al que rodeaba con los brazos, una mujer más culta que su marido, con más aplomo, más mundo, una seguridad en sí misma que se percibía mejor, casi como un halo invisible, en el retrato para el que yo había guardado durante años aquel marco de plata sin saberlo.

—Es mi abuela Teresa —le dije a mi mujer—. La madre de mi padre.

—Ya —ella asintió con la cabeza—, ya lo sé. Lo que no entiendo es por qué la has puesto ahí. Podías poner a tu abuelo, mejor. Mira... —cogió un retrato parecido de Benigno Carrión que estaba encima de la mesa y me lo enseñó como si no lo hubiera visto durante toda mi vida al mirar a mi padre, como si no lo siguiera viendo

todos los días al mirarme en el espejo—. Te pareces muchísimo a él, es increíble, ¿no? Y era bastante más guapo que tu abuela.

—No —respondí, con una contundencia que ella no podía interpretar.

—Yo creo que sí —pero insistió de todas formas.

—Pues yo creo que no —y el tono de mi voz se endureció por su cuenta—. Y como, además, no son tus abuelos, sino los míos, y el marco llevaba siete años criando polvo dentro de una caja, y lo voy a poner aquí, y lo voy a ver yo solo, y a mí me gusta más mi abuela que mi abuelo, pues se acabó.

—Vale, vale... —Mai tiró la foto encima de la mesa y se me quedó mirando con una expresión asombrada y ofendida a partes iguales—. Hay que ver, Álvaro, cómo te pones, va a tener razón tu madre. Te está cambiando el carácter.

—No, no es eso —me levanté, abracé a mi mujer y la besé en la cara para compensar los ojos un poco saltones de Teresa González, su barbilla huidiza, la sombra tenue pero visible que la papada proyectaba sobre su cuello—. Es que estoy nervioso. Llevo todo el día viendo unas cosas bastante tremendas. Mira, te las voy a enseñar...

Le fui pasando fotos de mi padre con uniforme alemán, con uniforme español, con el brazo en alto, la carta más sanguinaria de María Victoria Suárez Mena, las estampas de mi abuelo Benigno, sus piadosas recomendaciones y el juramento de obediencia hitleriana, y la miré mientras leía en silencio, el ceño progresivamente fruncido, la boca abierta, un desagrado imprevisto en las comisuras de los labios.

—Da repelús, ¿eh? —le pregunté al final, y ella me respondió con una mirada casi asustada, capaz de abarcar de un golpe su asombro y mi desamparo.

—Sí, la verdad es que da repelús. Mucho —me concedió, y sin embargo ya había reaccionado y yo había intuido su reacción, había adivinado lo que iba a escuchar, lo sabía antes de que empezara a mover los labios, y sobre el sonido de la primera sílaba noté también un chasquido, el clic de un interruptor que se activa por sí solo, el eco casi imperceptible de una cuerda que se rompe—. Pero también hay que comprenderlo, ¿no?, porque el pobre, a ver, ¿qué iba a hacer? En aquella época, con lo que era este país, una vida tan dura, y el hambre que estaban pasando...

—Claro, claro —no me apetecía nada escuchar sus disculpas, y ella se dio cuenta.

—¿A ti no te parece comprensible?

—Era mi padre, así que mi opinión no tiene importancia —volví a sentarme en mi silla, y la miré desde allí—. Lo importante es que tú le comprendes, ¿no?

—Pues sí, porque no puedo juzgarlo. Yo no tengo derecho a culpar... —se atascó, me miró, y vio en mi cara algo que la persuadió de que le convenía cambiar de táctica —. Nosotros no vivimos aquello, Álvaro, no sabemos qué habríamos hecho en una situación tan difícil, tan complicada, con tanta violencia, tanto odio, tantos muertos. Nosotros no tenemos nada que ver con eso, al revés. Supongo que, en el 36, tú y yo

habríamos sido pacifistas.

—Yo desde luego no, Mai —le llevé la contraria con suavidad—. Y tú tampoco. Entre otras cosas, porque en aquella guerra no hubo pacifistas.

—Bueno, pero habría personas decentes.

—Sí, pero todas eran republicanas.

—¡Qué barbaridad, Álvaro! De verdad que no se puede hablar contigo, pareces Fernando Cisneros, dices las mismas tonterías, de repente...

Mi mujer tenía razón. De repente, me parecía a Fernando Cisneros, y de repente decía las mismas cosas, que no eran tonterías pero tampoco, tal vez, afirmaciones estrictamente ecuánimes, aunque su grado de parcialidad me traía sin cuidado. En este país ingrávido, donde nadie ha tenido nunca ningún mérito ni responsabilidad alguna, lo que se ha consagrado como objetividad resulta ser una construcción interesada de subjetividades exculpatorias y homogéneas, una perpetua división por dos sin decimales, una aplicación tan zafia de los procedimientos estadísticos, que el margen para la corrección de los ángulos es casi infinito. Mai no había hablado de buenas personas, sino de personas decentes, y cuando la miré a los ojos, volví a sentir que algo se había roto entre esos dos adjetivos. Pero si no le enseñé la carta de mi abuela no fue para intentar recomponer los pedazos. Si no le expliqué lo que me había pasado aquella mañana, fue porque me acordé a tiempo de su abuelo Herminio, del que sólo sabía que se apellidaba López, que trabajaba de bracero en un pueblo de Cáceres, que se había alistado voluntario para que lo mataran tres días después de llegar a la guerra, y que había muerto demasiado pronto, demasiado joven, demasiado cerca de su pueblo.

Yo nunca lo había visto, ella tampoco. En casa de sus padres no había ninguna foto, ningún objeto que le perteneciera, y no se hablaba de él jamás, excepto para ensalzar el mérito de su viuda, como si su muerte hubiera sido un capricho, como si él hubiera elegido que lo mataran, como si fuera el culpable de que su mujer hubiera tenido que sacar la casa adelante ella sola. No había comprensión para el abuelo Herminio, nunca la había habido. Mai, tan progresista, tan pacifista, tan equivocada, comprendía muy bien en cambio a su propio padre, que decidió prescindir para siempre de la existencia del miliciano López al hacerse novio de la hija menor de un alférez provisional que jamás descubrió que su yerno era hijo de un rojo. Figúrate, el pobre, lo que tuvo que hacer, me contó cuando la conocí, y entonces yo también lo comprendí. Y si no hubiera leído la carta de mi abuela, aquellas viejas palabras que me pesaban tanto, que me obligaban a tanto, después de tantos años, quizás tampoco me habría acordado de que mi mujer también tenía un abuelo incómodo, clandestino, peligroso, enterrado a toda prisa y de cualquier manera por su propio hijo, el mismo destino que mi padre había decretado para su propia madre. Por eso, antes de volver a pedir perdón, recordé al pobre Herminio López, el abuelo sin rostro, sin cuerpo, sin

virtudes, sin memoria y sin herederos, el hombre sin historia. Tal vez no fuera culpa de Mai, pero a la fuerza tenía que ser culpa de alguien porque las manzanas no crecen en la tierra. Las manzanas se caen necesariamente de los árboles.

—Tienes razón —y para poder concedérsela, alteré la frase que había desencadenado la discusión—. No debería haber dicho eso porque no es verdad, habría buenas personas en los dos bandos, por supuesto. Lo que pasa es que todo esto —y volví a señalar los documentos de mi padre con un gesto vago— me pone enfermo.

—Ya. Lo comprendo —menos mal, pensé—. Voy a bajar a la calle a comprar, ¿quieres algo?

—Pues... Si me trajeras pastas de té de La Duquesita, te lo agradecería eternamente —ella sonrió, me besó—. Se me ha olvidado comer, con todo esto...

Todo lo demás pasó muy deprisa, el timbre del móvil, la voz de Fernando, el acento anhelante con el que formuló una pregunta que no comprendí, y mi respuesta, ¿qué de qué? Tengo una llamada perdida tuya, me explicó, y era verdad, porque un par de horas antes había cedido a la tentación de llamarle para contárselo todo y me había arrepentido enseguida al imaginar el comienzo de la conversación, yo también tengo una abuela admirable, ¿sabes?, me acabo de enterar, es increíble... Él había interpretado mi arrepentimiento de otra manera. ¿Pero es que no te ha llamado la tía esa? ¿Qué tía? La amante de tu padre. No, qué va, te he llamado para preguntarte una bobada, pero me he acordado antes de que descolgaras. ¡Joder, qué desilusión!, se resignó después de una larga pausa, estaba en una comisión de presupuestos, pesadísima, ya sabes, me he imaginado que era eso y me he empalmado y todo. Pues ya te puedes ir desempalmando, le advertí, porque ninguno de los dos tenemos motivos... Antes de colgar, cogí la cartera de piel castaña donde había encontrado la foto de París y la carta de mi abuela, para guardarla en la carpeta, y me pareció que allí dentro había algo más, como si el papel de seda del compartimento anterior no fuera un relleno, sino el envoltorio de un objeto muy liviano. La vacié del todo mientras me despedía de Fernando, pero el teléfono volvió a sonar enseguida.

Entonces ya tenía en la mano dos carnés a nombre de Julio Carrión González, ambos emitidos en Madrid y ambos en verano, uno en julio de 1937, otro en junio de 1941.

El primero era de la Juventud Socialista Unificada.

El segundo, de Falange Española Tradicionalista y de las JONS.

La llamada, de Raquel.

Necesitaba tiempo. Estuve a punto de decírselo, que necesitaba tiempo, un margen para aceptar lo que veía, para entender lo que leía, para interpretar lo que recordaba, para estructurar los datos del problema más complejo, más intrincado y

grave, más difícil de todos con los que me había enfrentado en mi vida. Necesitaba tiempo, un margen para elaborar hipótesis, para relacionar sus deficiencias, para ordenarlas en una aceptable escala de verosimilitud, para redefinir mi concepto de verosimilitud, para redefinir a mi padre, para redefinirme. Yo soy así, estuve a punto de decirle, soy físico, y descanso en la predecibilidad, la necesito. Necesito que las mismas causas produzcan siempre los mismos efectos, que las magnitudes inmutables lo sean verdaderamente, que el caos cumpla con su perpetua obligación de engendrar caos, necesito predecirlo, comprenderlo, sentir que un orden infinito guarda mis pequeñas, insignificantes espaldas. Sólo así puedo descansar, sólo así soy yo, pero ahora ya no sé quién soy, ya no sé lo que soy ni lo que significo, y tengo que volver a pensarlo, tengo que volver a pensarme, tengo que pensar en la misteriosa lógica de un caos que se me escapa, en la caótica estructura de una verosimilitud que se desmorona, en las impredecibles consecuencias de mi frágil, precario, insatisfactorio pensamiento.

Estaba muy cansado. Estuve a punto de decírselo, estoy muy cansado porque para mí la curiosidad nunca ha sido esto. Mi curiosidad es un proceso metódico, regular, asociado a la progresión del conocimiento, un número exacto de preguntas formuladas que requiere un número exacto de respuestas que hallar, un número exacto de respuestas halladas que permite formular un número exacto de nuevas preguntas y así hasta el infinito. Ya sé que no resulta muy brillante, que no parece original ni divertido, pero yo no tengo vocación de detective. Yo soy físico y necesito predecir. Ésa es mi manera de descansar y ahora estoy cansado, muy cansado, porque ni siquiera después de haber vivido diez, cien vidas como la mía, habría estado en condiciones de aventurar una mínima parte de la enorme magnitud de este problema, la irresoluble cadena de preguntas formulada por esta cartera de piel castaña, tan pequeña que fue diseñada para guardar talonarios de cheques. No puedo más, necesito tiempo, estoy muy cansado, porque tú, ahora, eres lo de menos, Raquel. Un anciano de ochenta y tres años con una amante de treinta y cinco es, al fin y al cabo, una hipótesis bíblica y por lo tanto tradicional, y en consecuencia razonable, comprensible, respetuosa con las interacciones del orden y el caos, y hasta un final modesto para un hombre capaz de cabalgar sobre la ley de la gravedad como si estuviera montando un potro. Todo eso estuve a punto de decirle, todo eso le habría dicho si, al escuchar su voz, aquellos dos carnés que me quemaban en las manos no se hubieran convertido en dos simples trozos de cartón, tan vulgares, tan inofensivos, tan corrientes como un par de billetes de metro usados, el hallazgo casual, inservible, que me guardé en el bolsillo en el mismo instante en que Raquel Fernández Perea empezó a respirar al otro lado de la línea.

—Hola, soy Raquel, tenemos que vernos —lo dijo de un tirón, como si estuviera a punto de añadir que no me hiciera ilusiones, pero su voz, risueña, incrementó el

ángulo de la sonrisa anestésica, bobalicona, con la que mis labios habían respondido por su cuenta a aquella llamada—. Quiero darte algunas cosas que eran de tu padre, supongo que ya tendrás más tiempo libre.

—Pues... no sé, sí —su última frase me había desconcertado—. ¿Por qué lo dices?

—Por tu exposición —ella estaba muy segura de la potencia de sus orugas, en cambio—. ¿No ibas a inaugurar una exposición el viernes pasado?

—Sí, sí..., de hecho la inauguré.

—¿Y qué tal, vendiste mucho?

—No, nada —me eché a reír, y recuperé la seguridad que había desbaratado aquella súbita reaparición de la mujer tanque—, pero es que no había nada que vender. Es una exposición que está en un museo para que la gente la vea, simplemente.

—¿Sobre qué?

—Sobre agujeros negros.

—¡Oooh! —hizo una pausa y percibí una sonrisa que no podía ver—. Suena terrorífico y misterioso.

—De eso se trata —el profesor de física tomó la iniciativa—. De explicar que no son ni tan terroríficos ni tan misteriosos.

—¿No? ¡Qué pena!

—¿Por qué? —sonreí—. ¿Eres aficionada al misterio y al terror?

—Más de lo que te imaginas. Todavía no me he recuperado del disgusto de que ahora os haya dado por decir que no hay vida extraterrestre... —y cuando estaba a punto de opinar sobre eso, ella me lo impidió—. No, no me expliques nada, por favor. Prefiero seguir creyendo en la tercera fase.

—Muy femenino —sentencié.

—Eso no sé cómo tomármelo... —hizo una pausa que no quise interrumpir—, pero puedes intentar masculinizarme, si quieres.

—¿Qué? —y entonces fui yo quien no supo cómo tomarse eso, pero por si acaso no lo dije en voz alta—. Jamás cometería esa insensatez.

—¿No? —dejó escapar una risita ahogada—. ¿Por qué? —hizo una pausa por si me animaba a contestar a su pregunta, pero me mantuve firme en la prudencia—. Lo que he intentado decir es que podrías llevarme a ver tu exposición.

—¿Te apetece? —esperaba cualquier cosa menos ésa, y aún me sorprendió más el pellizco de emoción con el que su oferta estimuló mi vanidad—. ¿Te interesaría verla, en serio?

—Bueno... —su voz se instaló en un registro burlón, casi desdeñoso, que no logró desanimarme del todo porque los dos éramos ya viejos luchadores, y habíamos hecho guantes tantas veces que cuando volvió a hablar, a superponer un argumento sobre

otro como una máquina insensible y bien engrasada, percibí sin vacilar la condición de un parlamento medido, estudiado para prescindir del alivio de las pausas, de las comas, de los puntos suspensivos, y casi pude verla ensayando delante de un espejo, y mis dientes se afilaron solos de pura alegría, puro terror—. Ya hemos ido a cenar a un japonés, ¿no? Y no tengo muchas más pistas sobre ti, aparte de la Física. Podríamos quedar debajo de la cúpula del Palace, desde luego, pero ése sería el lugar que escogería si tuviera que devolverle algo a tu madre. Prefiero tratar contigo, aunque seas la anomalía de tu familia. También podría proponerte un bar, elegir uno tranquilo, caro, elegante, con muebles de diseño y sin demasiada luz, al que nunca llevaría a ninguno de tus hermanos. Pero esos bares me parecen un poco horteras. Luego están los cafés, claro, el Comercial, el Gijón, que me gustan mucho más. Si lo prefieres, podríamos quedar en cualquiera de los dos, o en alguna taberna acogedora, clásica y ruidosa, que también me gustan, pero soy una fanática de la equidad, ya lo sabes, y me sigue molestando que tú sepas más de mí que yo de ti. Si tuviera las mañanas libres, podría ir a tu facultad, asistir a alguna de tus clases, pero soy una mujer trabajadora, ya lo sabes. Trabajadora y curiosa. La otra noche me dijiste que no pintabas y pensé que dedicarías los fines de semana a algo parecido, yo qué sé, esculpir, tallar madera, restaurar muebles o cualquier otra cosa de artesanía, pero los agujeros negros son mucho más interesantes. Encajan mejor con tus anomalías.

—Desde luego —admití—. Y espero que encajen bien con las tuyas, también.

—Entonces... —concluyó, cuando dejó de reírse—, ¿quedamos allí?

—No. Mejor voy a recogerte antes con el coche. El museo está en Alcobendas.

—¿Tan lejos? —parecía muy sorprendida.

—¿Lejos? —le pregunté yo a mi vez—. ¡Qué va! Pero si Alcobendas no está lejos, si está aquí al lado... De todas formas, el viaje merece la pena. Soy muy buen profesor, ya lo sabes.

—Sí, bueno, ya veremos —volvió a reírse—. De momento vamos a quedar. ¿Te parece bien mañana?

—Mañana... —valoré en voz alta, mañana, repetí para mis adentros, mañana, joder, la hostia, mañana, mañana, ¿y por qué tan pronto?, ¿por qué mañana?, ¿por qué tiene que pasarme todo a la vez? Fue entonces cuando estuve a punto de decirle que no podía más, que necesitaba tiempo, que estaba muy cansado, pero ella se me adelantó.

—Lo digo porque es viernes, y así, si se nos pasa el tiempo volando, como al día siguiente no hay que madrugar... Claro que si tienes una cena de matrimonios o algo por el estilo, lo dejamos.

—No, no, no, no —y no me sobraron tantos noes como elocuencia—. O sea, que sí, que si quieres, que... —qué hija de puta eres, Raquelita, qué peligro tienes, coño —. No tengo nada que hacer mañana.

No era verdad. Tenía que quedarme con el niño, porque Mai iba a salir a cenar con sus amigas. Me lo había advertido con mucho tiempo, pero antes de que volviera con medio kilo de pastas de mi pastelería favorita, mi hermana Clara, que me debía el favor, ya se había ofrecido a invitar a mi hijo a dormir en su casa al día siguiente, pizza, palomitas, película y karaoke incluidos, un programa irresistible al que Miguelito por supuesto no se resistió y al que su madre tampoco pudo objetar nada.

Desde que conseguí la aquiescencia de ambos hasta las seis de la tarde del día siguiente, pensé en Raquel. No en mi abuela, no en su carta, no en sus palabras, no en mi padre, no en sus dos carnés, no en sus dos uniformes, no en la obediencia de su juramento, sólo en Raquel. Lo demás podía esperar, todo lo demás estaba abocado a sobrevivir sin remedio mientras yo viviera, pero no llegué a tomar esa decisión, no tomé ninguna decisión, no estaba en condiciones de decidir. Sólo podía pensar en Raquel Fernández Perea, la única mujer que me había hecho perder el control, que había accidentado sin esfuerzo, hasta sin querer, una apacible llanura de tierras cultivadas en la que nunca sucedía nada que no estuviera más o menos programado, que no me pegaba, que no era compatible conmigo, con lo que yo era, con lo que era mi vida, la vida de un hombre al que no le solían pasar cosas raras.

No podía dejar de pensar en Raquel. No podía. Y cuando la vi, mientras acariciaba el filo de mis dientes con la lengua, sentí lo mismo que debe de sentir un moribundo solo y desfallecido que recobra la cuenta de los días que lleva perdido en el desierto al contemplar a lo lejos la silueta de un oasis. Esa misma clase de sed saciante, que presiente la saciedad real, definitiva, sentí al ver a Raquel vestida para ir de caza. Diez, nueve, ocho, me caigo, me caigo, me voy a caer. Mi corazón trepó hasta mi boca con la pericia de una mascota bien entrenada y el impacto fue tan violento que ni siquiera me fijé en que no estaba sola.

—Hola —se inclinó sobre la ventanilla de la puerta que yo esperaba que abriera y sus pechos tensaron el escote de su vestido, recto y profundo, para revelar al mismo tiempo la exactitud de mis cálculos y la calidad de su piel, tan impecable allí como en su rostro—. Sal un momento, ¿quieres? Voy a presentarte a una amiga.

La otra llevaba el pelo muy corto y teñido de rosa con mechas malvas, una combinación difícil, muy exagerada, que sin embargo la favorecía. Era una chica alta, de huesos largos, que me pareció muy atractiva de entrada y bastante menos cuando la miré con atención, el efecto opuesto al que producía Raquel al principio, no aquella tarde, porque ya no necesitaba mirarla con cuidado, ni mirarla dos veces, para verla como si nunca hubiera mirado a otra mujer.

—Ésta es mi amiga Berta —movió una mano en el aire para señalármela—. Y éste es Álvaro —me miró—. Berta quería conocerte, porque le he hablado mucho de ti.

—Sí —se acercó y me dio dos besos a los que correspondí sin vacilar—, eso es

verdad.

Las dos me sonrieron por separado un instante antes de sonreírse entre sí, mientras yo intentaba no ruborizarme y me daba cuenta de que no lo conseguía. Tendría que haber esperado algo por el estilo, pero no había imaginado que Raquel pudiera mejorar la eficacia bélica de campañas anteriores cuando quedé en recogerla en la plaza donde vivía. Para castigarla, y porque no se me ocurrió nada mejor que hacer, me concentré en su amiga, que tenía una piel vulgar, un cuerpo interesante, unos pantalones verdes de explorador llenos de bolsillos y una camiseta rosa de tirantes. Eso, los tirantes, era lo único que las dos parecían tener en común.

—¿Y a ti también te interesan los agujeros negros? —pregunté, por decir algo.

—Bueno, depende... —se echó a reír y Raquel la acompañó—. Menos que a otras, la verdad.

—¿Quieres venir? —propuse, y antes de terminar la frase ya me había arrepentido de aquella ocurrencia que sin embargo tuvo la virtud de poner nerviosa a Raquel—. Te advierto que en la intimidad ganan bastante.

—No, no puede venir —hasta el punto de que fue ella la que contestó por las dos —. Es una pena pero tiene ensayo, y va a llegar tarde por nuestra culpa...

Berta se apresuró a darle la razón, nos besó muy deprisa y se marchó andando despacio, como si no le importara llegar a tiempo a ninguna parte.

—¿Es actriz? —le pregunté a Raquel cuando por fin la tuve sentada a mi lado, tan tentadora como si ella misma se hubiera empaquetado para regalo con un vestido escotado de falda vaporosa y flores estampadas, y unas sandalias de tacón bastante bajo, escogidas, supuse, para no superar mi estatura.

—Sí. De teatro. Y muy buena —me sonrió—. Está ensayando un montaje de las *Comedias bárbaras,* van a hacer las tres seguidas, una pasada. Deberías ir a verlo cuando lo estrenen, ya te avisaré.

—No te pega nada —dije, mientras me obligaba a arrancar con un solo movimiento el motor del coche y mis ojos de su cuerpo.

—¿Quién? —parecía sorprendida—. ¿Berta?

—Claro. Las asesoras de inversiones no suelen tener amigas con el pelo teñido de rosa y la nariz perforada con un brillante.

—Pues somos íntimas. Desde hace muchos años —me miró, hizo una pausa, sonrió—. Yo también intenté ser actriz, ¿sabes? O, bueno, mejor dicho, me metí en un grupo de teatro cuando estaba en la universidad. Allí nos conocimos. Pero Berta tenía mucho talento, y yo ninguno.

—No me lo creo —lo dije para ella y para mí a la vez, mientras aquel dato nuevo, sorprendente, me ayudaba a poner en orden todos sus talentos.

—Pues es la verdad, yo era malísima, en serio... —se volvió hacia la izquierda para mirarme mientras hablaba—. El teatro me gustaba, eso sí, me gustaba mucho y

ponía mucho interés, pero luego, nada. No es ya que lo hiciera mal, es que ni yo misma me creía lo que decía, ¿sabes? Llegó un momento en el que ni siquiera era capaz de acabar las frases. Las dejaba a la mitad sin que tuviera que decírmelo nadie. Una vez montamos *La señorita Julia,* de Strindberg, ¿la conoces?

—No —cambié de marcha, rocé su rodilla con la mano y ella no retiró la pierna —. ¿Debería?

—Pues claro que deberías —pero sonrió al mismo tiempo, para indultarme de mi delito teatral—. Es la historia de un amor desigual, imposible, una obra maestra. No pensábamos estrenarla, lo hacíamos para nosotros, pero había que hacerla bien, claro... Sólo tiene tres papeles, la señorita, uno de sus criados, que se llama Juan, y Cristina, la cocinera. Y el director, que hacía Juan y estaba quedado conmigo, me ofreció el papel principal, Julia, la señorita, que es guapa, y joven, y rica, pero muy infeliz, muy amargada, porque se siente atrapada en las convenciones de su clase social como en una cárcel, que no le gusta pero de la que tampoco se atreve a escapar. Julia odia a los hombres porque vive la atracción que siente por ellos como una debilidad, y está enamorada de Juan, pero le odia porque sabe que nunca podrá casarse con él, que él se casará con la cocinera por más que la desee a ella, por más que la quiera a ella.

—¡Qué trágico!

—Pues sí, ¿qué quieres? —pero encajó mi ironía de buena gana—. La obra pasa en la noche de San Juan, cuando el criado y la señorita se encuentran. Ella le provoca, él la seduce, y deciden fugarse juntos, pero todo se termina al amanecer, cuando el padre de Julia, el conde, toca la campanilla, que es el poder. Ese sonido les devuelve al mundo real, les pone a cada uno en su sitio. Es un papelón, pero de verdad, uno de los mejores papeles que se han escrito para una actriz joven nunca jamás, un regalo... Y yo hice lo que pude, en serio, ensayé y ensayé, me aprendí el texto de memoria, pero cada vez que lo decía era incapaz de creérmelo, incapaz de creerme a la señorita, su angustia, su histeria, su rabia... Por eso lo dejé, dejé los ensayos, la obra, el grupo y el teatro. Para siempre. Al final, Berta hizo Julia, y lo hizo tan bien que acabaron estrenando el montaje.

Abrió una pausa larga, como si estuviera esperando una respuesta, cualquier comentario por mi parte. Yo estaba desconcertado, y no sólo porque nunca hubiera podido adivinar su vocación juvenil, sino también, y sobre todo, por la naturalidad con la que me había contado aquel episodio, como si no le importaran las consecuencias que yo pudiera extraer de la información que contenía. Con ella nunca había estado seguro de casi nada, y ahora, por muy infantil que a mí mismo me pareciera, tenía un nuevo motivo para desconfiar de su técnica, de su habilidad, ese aplomo con el que sostenía un repertorio que desde el primer momento me había parecido artificioso, ensayado, teatral. Aquella revelación no me indignó, no me

desanimó, ni me decepcionó, ni siquiera llegó a irritarme. Me había convertido en una especie de cobaya, un ratón de laboratorio que debería saber lo que le espera al final del túnel y sin embargo no puede resistir el impulso de avanzar por él, como un novillo toreado no resiste la tentación de embestir a un capote aunque haya tenido antes la ocasión de descubrir la burla, el engaño y su propia inferioridad. Pero eso lo aprendí después. En aquel momento me conformé con aceptar que tampoco me cansaría nunca de escucharla.

¿Qué pasa? —me preguntó, y me limité a mirarla, la vi sonreír, recordé que era una chica lista, intuí que había adivinado lo que yo estaba pensando.

—Nada —por eso consideré que no hacía falta dar explicaciones y ella me lo confirmó enseguida.

—Soy muy mala actriz, Álvaro —se reía, y estaba mucho más guapa cuando se reía—, te lo digo en serio.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me dio permiso con un gesto de la cabeza—. Es un poco íntima, igual te molesta.

—Si me molesta, no contestaré.

—¿Te acostaste con el director?

—¡Álvaro! —estalló en carcajadas y me las contagió, se reía tanto, los dos nos reíamos tanto, que me metí en el arcén y no me di ni cuenta hasta que escuché el ruido, tatatatata, con el que la línea blanca sanciona esa clase de descuidos—. Pero si tú eres un buen chico, ¿por qué me preguntas eso?

—Es sólo curiosidad —respondí—. Y además, tú todavía no sabes qué clase de chico soy.

—¿En serio? —volvió a reírse pero ya no la miré—. Sí, supongo que eso es verdad... Y sí, me acosté con él. Yo tenía diecinueve años y él treinta, yo era muy mala actriz y él muy buen actor, tanto que cuando me zarandeaba en los ensayos parecía a punto de ahogarse de pura desesperación, así que...

—A él sí te lo creías.

—Claro. Y estuvimos juntos una temporada, no creas, pero nunca me perdonó por desertar. Primero yo dejé el teatro, y después, él me dejó a mí. Tampoco me importó mucho, la verdad. En aquel momento me harté de llorar, pero luego se lo agradecí. Jamás he conocido a nadie que me gustara y me agotara tanto, todo a la vez, al mismo tiempo. Era guapo, inteligente, atractivo, culto, obsesivo, perfeccionista hasta la ridiculez, y el hombre más histérico que he conocido en mi vida

—El teatro.

—Sí —sonrió—. Pero también es maravilloso. Y las cosas maravillosas nunca son gratis.

Por eso, estuve a punto de añadir, estamos metidos en este pedazo de atasco. Pero no dije nada porque me estaba divirtiendo, y casi lamenté llegar al desvío de

Alcobendas.

—No me digas que trabajas para la competencia —exclamó cuando salimos del coche.

—¿Para la competencia? —entonces vi que se había quedado mirando el logotipo de La Caixa, y me eché a reír—. Bueno, en realidad trabajo para la universidad, pero, en fin, sí, supongo que tienes razón.

—No sé si me va a gustar esto —bromeaba.

—Seguro que sí —y yo la imité—, porque no te pareces en nada a mi madre.

Al entrar en el vestíbulo, miré de reojo al péndulo y celebré mi astucia, la benevolente complicidad del tiempo, del espacio, del azar, del tráfico de mi ciudad, de mi planeta. Dos minutos y medio, calculé, tres, todo lo más. Miré el reloj y le expliqué a Raquel por encima la estructura del museo, conduciéndola muy despacio hacia el círculo de barrotes entre los que oscilaba la enorme bola. Entonces, unos pocos segundos antes del impacto, me callé. Raquel me miró, extrañada, y respondí señalando el péndulo con el dedo.

—Uno —conté en voz alta—, dos —y marqué una pausa imperceptible para ella pero suficiente para compensar mi error, porque me di cuenta de que me había adelantado—, y tres.

La bola tiró el barrote. Ella me miró, yo sonreí.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Que la bola va girando —aventuró.

—No. La bola no gira. Nunca. Es un péndulo, hace siempre el mismo movimiento, oscila eternamente entre dos puntos, ahora hacia un lado, ahora hacia el otro, con la misma intensidad, la misma inercia, la misma reconfortante estabilidad —frunció las cejas, se quedó pensando, me miró—. Lo que se mueve es la Tierra, Raquel. Se está moviendo ahora mismo, está girando sobre sí misma, justo debajo de tus pies, de los míos. Por eso la bola ha llegado hasta el barrote, por eso lo ha tirado. Los tira todos cada veinticuatro horas. No me digas que no es maravilloso.

—Sí —reconoció, con los ojos clavados en el péndulo y una sonrisa tan firme como el silencio que ella misma se impuso antes de terminar de darme la razón—. Lo es.

—Más que el teatro —se echó a reír, me gustaba tanto, tanto, cuando se reía—. Y encima es gratis.

Se volvió hacia mí y se me quedó mirando mientras la risa se deshacía en una sonrisa luminosa, honda, la expresión de un júbilo pequeño e íntimo que después llegaría a contemplar muchas veces. Era su forma de decirme que estaba contenta conmigo, que se alegraba de verme, de tenerme cerca, que celebraba mi presencia en su vida, que le gustaba, que me quería. No pasaría mucho tiempo antes de que

aprendiera a vivir pendiente de ese hilo, la calidad de una sonrisa que aquella tarde aún no sabía interpretar, y sin embargo estuve a punto de besarla. La habría besado si mi primer éxito no hubiera desbordado todos mis cálculos, una excepción que, a partir de aquella noche, se convertiría en la norma de mi vida.

—Me ha gustado mucho —echó un último vistazo al péndulo, me miró y miró luego hacia delante—. Enséñame más cosas, anda.

Sonreí, señalé una dirección y empecé a caminar muy despacio. Para bien o para mal, yo seguía siendo el mismo, y siempre el hijo de mi padre, el seductor, el hechicero, el encantador de serpientes que había sido un hombre mucho más excepcional de lo que llegaríamos a ser cualquiera de sus hijos, y el amante de la mujer que andaba a mi lado. Él no habría dudado y yo no dudé. No contaba con muchos recursos tan espectaculares como el péndulo de Foucault, pero procuré dosificarlos con prudencia mientras planificaba aquel recorrido como si fuera una representación, haciendo trampas, alterando la lógica, el orden inmutable de las sagradas leyes del universo. Sólo me importaba ella, impresionarla, satisfacerla, ablandarla, garantizarme su admiración por un procedimiento parecido al que habría escogido un mago que sabe reservar su mejor truco, dejarlo para el final. Raquel se dejó guiar, adoptó la actitud curiosa y expectante, reverente y concentrada, que yo había visto muchas veces en los adultos inteligentes y en la mayor parte de los niños que visitaban el museo, y me dejó contemplar su asombro, su inquietud, su regocijo. Pero nada la impresionó tanto como algo que sucedió al final, mientras sus ojos permanecían atrapados en una espiral que era también capaz de capturar los míos durante horas.

—Oiga, señor...

Era una niña de once o doce años, que nos había estado observando a distancia mientras yo animaba a Raquel a pulsar el botón rojo, mientras le pedía un poco de paciencia, mientras algo en el interior de la urna empezaba a cambiar, a definirse, a adoptar una forma aérea e imprevista, mientras ella dejaba escapar una exclamación aguda y conmovida, una larga, emocionada, intensa sucesión de oes.

—¿Sabes que...? —me miró, sonrió, negó con la cabeza, volvió a mirar hacia delante—. No, no sé. Pero..., bueno, sí, es que... Parece un tornado en miniatura —y lo dijo casi con miedo, como si temiera estar diciendo una tontería.

—No lo parece —le contesté, muy satisfecho por todos esos puntos suspensivos que brillaban como condecoraciones sobre mi astucia—. Lo es. Estás viendo un tornado, en miniatura pero auténtico. Es lo más parecido a un agujero negro que existe en nuestro planeta. Los agujeros negros nos parecen de ese color porque se tragan hasta la luz.

—Pero... —sus ojos relucían, brillaban con tanta intensidad que por un momento su rostro me recordó al de aquella bella desconocida que se llamaba Paloma, y me

pareció ver algo más, una semejanza en la forma de la cara, en el ángulo que formaba su cuello con su barbilla y hasta en la prominencia exacta de los pómulos—. ¿Cómo podéis hacer una cosa así?

—Eso no te lo puedo decir —o igual era sólo que ya no sabía quién era la mujer más guapa que había visto en mi vida—. Los magos nunca revelamos nuestros trucos.

Esperaba un guiño, una sonrisa, cualquier señal de reconocimiento, pero ella no debía de haber escuchado nunca esa frase con la que mi padre solía poner un punto final tan misterioso como frustrante a los espectáculos más particulares de mi infancia, porque siguió sonriendo al tornado, absorta en él, la boca abierta y un candor de entusiasmo incendiando sus ojos. Su belleza ataba los míos, los deslumbraba, los inutilizaba, los gobernaba con una determinación irresistible, despótica, como si pretendiera asegurarse de que no podrían mirar a otra mujer nunca más. Por eso volví a pensar que se parecía a Paloma, y un instante después me desmentí a mí mismo, sin querer calibrar la peligrosa confluencia de mis obsesiones. Entonces, aquella niña desbarató un espejismo que recuperaría otras veces, no aquella tarde.

—Perdone, señor, pero... ¿Usted entiende de esto? —movió un dedo estirado a su alrededor y afirmé con la cabeza—. ¿Y le importaría explicarme una cosa? Es que no la entiendo...

La seguí hasta el experimento de Coriolis mientras me contaba que había venido con su clase, que sus compañeros estaban en la tienda y que su profesora no había podido ayudarla porque ella daba matemáticas, es que la de ciencias se ha puesto mala, ¿sabe?, y no ha venido... Lo que no entendía era qué le parecía raro en lo que estaba viendo, porque aquí pasa algo raro, ¿no?, me dijo, y yo lo sé, me doy cuenta, pero no sé lo que es. Me hizo mucha gracia su manera de hablar, y la vehemencia, casi la brusquedad con la que me interrumpió cuando entendió lo que estaba contando, antes de que pudiera terminar de explicárselo.

—¡Claro, es eso! —exclamó a gritos—. Lo raro es que los chorros de agua no se mueven como es lógico, sino al revés...

—Sí —concedí—, ¿ya lo entiendes? Por eso, cuando en el hemisferio sur abren un grifo, el agua circula en la dirección contraria a la que esperamos nosotros, que vivimos en el hemisferio norte.

—Claro, ahora sí —seguía afirmando con la cabeza, con tanto ímpetu como si le hubieran dado cuerda—. Muchas gracias.

—De todas formas —añadí—, lo que te he contado es lo mismo que pone en el panel. Lo sé porque el texto lo escribí yo. La próxima vez, aunque te parezca demasiado largo, es mejor que te lo leas entero antes de preguntar.

—Ya —me dijo, y empezó a ponerse colorada—. Pero como le he estado escuchando, y he visto que ella tampoco los lee... —señaló hacia mi derecha con un

dedo, moví la cabeza para comprobar que Raquel estaba a mi lado, y sonreí—. Bueno, lo siento.

—No, no lo sientas, no pasa nada. Sólo que yo no estoy aquí siempre.

Volvió a darme las gracias y salió corriendo.

—Una chica lista, ¿ves? —le dije a Raquel—. Esto es lo mejor de trabajar aquí.

Ella me respondió con una mirada extraña, pero no tanto como las palabras que dijo a continuación.

—Creo que me he equivocado contigo, Álvaro.

—¿Por qué?

Raquel Fernández Perea no tenía ningún indicio para calibrar el estado de ánimo con el que yo había ido a su encuentro aquella tarde. No podía saber lo que había encontrado en los armarios del despacho de mi padre, ni lo que me había ocurrido el día anterior. Era imposible que conociera la existencia de aquella cartera pequeña de piel castaña y cerradura tan endeble, imposible que hubiera leído alguna vez la carta de mi abuela, aunque tal vez sí hubiera visto las fotos de su amante con uniforme español, con uniforme alemán, y seguramente le habría escuchado comentar el clima de Rusia, de Polonia, alguna noche en la que hubiera cedido a la debilidad de quejarse del frío. Estaba seguro de que no podía saber mucho más, porque no era lógico, no tenía sentido que Julio Carrión González alardeara a destiempo ante una mujer tan joven del pasado que nunca había querido compartir con sus propios hijos. Y sin embargo, mientras caminábamos despacio hacia la salida, sus palabras me fueron acertando como un cargamento de flechas afiladas, certeras, seguras de alcanzar el centro de la diana.

—Porque no pareces hijo de tu padre.

—Eso ya me lo dijiste la otra noche.

—Ya, pero... entonces era solamente una impresión. Ahora es una certeza.

Me paré a mirarla y vi que me miraba con una expresión seria, hasta grave, que coexistía sin dificultad con la dulzura de sus ojos entornados, anclados en una melancolía amable, templada.

—Lo dices por esa niña... —supuse en voz alta y ella me dio la razón con la cabeza—. Porque no me importa hablar con ella, explicarle las cosas, porque sé que eso no es perder el tiempo, aunque lo parezca... —volvió a afirmar con la cabeza y yo cedí a la temperatura de una nostalgia más caliente—. Porque él me habría reprochado que perdiera el tiempo en esta clase de tonterías. De hecho me lo reprochaba, lo hizo más de una vez, y mi madre lo sigue haciendo. La única vez que vino, me dijo que esto no parecía un museo, sino un salón de juegos recreativos. A él ni siquiera se le pasó por la cabeza la idea de venir, pero habría estado de acuerdo con su mujer. Ninguno de los dos ha entendido nunca lo que hago, ni siquiera lo han intentado... —Raquel Fernández Perea seguía mirándome con la misma expresión

seria, hasta grave, los mismos ojos dulces—. Mi padre era atractivo, rico, poderoso e inculto, como suelen ser incultos los hombres ricos y poderosos, no porque no sepan muchas cosas, que él sí las sabía, sino porque se comportan como si todo lo que ignoran no existiera, como si no sirviera para nada, como si careciera completamente de importancia. Tú lo sabes, o por lo menos te lo imaginas, ¿no?, lo conocías, y sin embargo...

—Y sin embargo, me acostaba con él —ella terminó la frase por mí—. Es eso, ¿no?

—Sí —entonces temí haberme equivocado, haber cometido un error absurdo, gratuito y sobre todo inútil, aunque ella no parecía ofendida, ni enfadada conmigo—. Lo siento.

—¿Por qué? —y volvió a sonreír—. No pasa nada. Sólo que no me apetece hablar de tu padre.

—A mí tampoco. Te invito a una copa, mejor.

—No me digas que tenéis bar y todo.

—Claro, y allí hasta dejamos fumar.

—¿Sabes una cosa? —me cogió del brazo, se apretó un instante contra mí, y eso bastó para disipar la extrañeza de aquella conversación de palabras a medias que la había devuelto a su primer papel, el de la misteriosa desconocida que jugaba siempre con ventaja—. Te voy a contar algo que nunca le he contado a nadie. Es una tontería pero, bueno, no sé, me acabo de acordar... En mi último año en el Instituto me hicieron una especie de test, como una prueba de inteligencia, seguramente a ti te la harían también...

—No, yo iba a los Maristas.

—¿Y erais todos muy listos, o qué? —me encogí de hombros y ella se rió, y siguió hablando—. Bueno, pues a mí sí me la hicieron. Corrió el rumor de que algunas preguntas tenían truco, decían que había que leerlo todo dos veces para no picar y era verdad. En la prueba de Matemáticas, faltaban datos en el enunciado de un par de problemas y en la de Lengua había soluciones repetidas. Pero luego, en otra hoja, venían dos dibujos casi idénticos de un ama de casa pasando el aspirador. Las dos mujeres eran la misma, con un pañuelo en la cabeza, un delantal con volantes y una cara como de anuncio de Coca-Cola de los años cincuenta, pero una estaba más encorvada que la otra, porque aunque las dos empuñaban el mango del aspirador con la mano izquierda, la primera lo empujaba con la derecha hacia la mitad del tubo y la segunda la tenía mucho más arriba, casi en la empuñadura. ¿Te haces una idea?

—Claro —sonreí—. He visto dibujos parecidos muchas veces.

—Ya. Me lo imaginaba. Bueno, pues la pregunta era, ¿cuál de estas dos mujeres se cansará más y por qué? Y entonces, yo, que sacaba muy buenas notas, que era de las mejores de la clase desde primaria, me eché a reír, me dije que a mí me iban a

venir con dibujitos, y contesté que ninguna de las dos, porque el trabajo lo hacía el motor del aspirador... ¿Puedes creerte que fui la única que metió la pata? Pero la única, en serio, los profesores no se lo podían explicar. Hasta mi amiga Marga, que era un desastre y suspendía todos los años tres o cuatro, acertó. Pero ¿tú nunca has pasado el aspirador en tu casa?, me dijo, y le contesté que sí, que muchas veces. ¿Y entonces, cómo has podido equivocarte? Y ya no supe qué decir. Luego se me ocurrió defenderme diciendo que me había parecido indignante que en una prueba de inteligencia y de orientación universitaria, en un Instituto femenino, apareciera un ama de casa empujando un aspirador, que era sexista, machista y discriminatorio, y que por eso había contestado así.

—Bueno —reconocí—, eso es bastante inteligente.

—Ya, pero no me lo puntuaron, ¿sabes? Y el dichoso aspirador me bajó la nota media de ciencias una barbaridad. En la evaluación final me recomendaban que escogiera una carrera de letras, así que, fíjate... Y lo peor no es eso. Lo peor es que todavía no lo entiendo.

—Si quieres, te lo explico.

—Vale.

Se echó a reír y ya no dejó de hacerlo, como si al traspasar el umbral de la cafetería se hubiera abierto un paréntesis que se contagió de la luz y del ruido, de los gritos y las risas de los niños que se agolpaban frente a la barra, para atraparnos en una situación nueva, cómoda y desconocida para los dos, no sólo porque Julio Carrión González se desvaneció como si nunca hubiera existido, sino porque la proximidad que Raquel había provocado al cogerme del brazo se multiplicó por una cifra flexible de pequeños gestos que no me afectaron tanto como a ella. Cada vez que se inclinaba hacia delante, acercando su cabeza a la mía para sonreírme desde muy cerca, cada vez que rozaba mis dedos con los suyos para retirarlos después a toda prisa, cada vez que cruzaba los brazos sobre la mesa para apoyarse en ellos, despreocupándose, o no, del impulso que propulsaba sus pechos hacia arriba como hacían los corsés que llevaba mi cuñada Verónica en sus buenos tiempos, me excitaba verla, analizarla, interpretarla, pero aún me conmovía más la flamante ligereza de su voz, el sonido de esas palabras corrientes que iba pronunciando casi al azar, sin pesarlas antes, sin calcular de antemano su potencia y sus efectos, para tejer un relato vulgar, intercambiable por cualquier otro y sin embargo insólito en ella, precioso para mí.

—¡Ah! Pues voy a llamar a Marga, para contarle que por fin he entendido lo del aspirador...

—¿La sigues viendo?

—No mucho, pero sí, la veo de vez en cuando. Era mi mejor amiga desde el colegio y lo seguía siendo cuando empezamos la carrera, pero ella se matriculó en

Magisterio, lo dejó enseguida, se casó, tuvo un crío, luego me casé yo, nuestros maridos se llevaban fatal, yo me divorcié, ella no, ella tuvo una niña, yo no, y, en fin... Ahora no nos vemos mucho, pero quedamos a comer las dos solas, de vez en cuando. La quiero mucho aunque no entiendo cómo puede vivir así. Claro que ella pensará lo mismo de mí, y de todas formas, no es ni la mitad de espectacular que Berta, así que has salido ganando.

—Berta no me ha parecido tan espectacular —objeté.

—Porque no la has visto desnuda —levanté una ceja y se echó a reír—. Pues no es tan difícil, no creas, se nota que no vas mucho al teatro, porque los directores la desnudan siempre, pero a la menor oportunidad, no te lo puedes...

Nunca la había oído hablar así. Estaba tan pendiente de ella, de la mujer normal, divertida, irónica, inteligente, malévola, a la que acababa de descubrir, que no vi venir al camarero, ni entendí porque se había callado de repente.

—Álvaro, cariño, son las nueve menos cuarto —entonces me di cuenta de que éramos los únicos clientes del bar—. No es ya que vayamos a cerrar. Es que, de hecho, hemos cerrado hace un cuarto de hora.

—Lo siento, Pierre —le dije, mientras ponía un billete sobre la mesa—. No me había dado cuenta.

Él, alto, robusto, musculoso, con patillas de bandolero y un bigote muy fino que no terminaba de aligerar un aspecto aparentemente incompatible con su pluma, me acarició la cara con la mano antes de recogerlo, sin mirar a Raquel en ningún momento durante toda la operación.

—No pasa nada, cielo, sólo que es viernes —se explicó mientras se alejaba hacia la caja—. Y ya sabes lo que pasa los viernes...

—Pero yo no lo sé —Raquel protestó—. ¿Qué pasa los viernes?

—Que vuelve a casa su novio —le expliqué—, que es soldado, o sea, profesional de las Fuerzas Armadas, dice él siempre. Tendrías que verle los lunes, porque se pasa el día entero suspirando y quejándose de que le duele todo el cuerpo... Es muy divertido.

—¿Y por qué le llamas así, es francés?

—¡Qué va! Es de Talavera de la Reina. Pero dice que su nombre en español suena muy duro —Raquel se reía tanto, con tantas ganas, que sólo entonces se me ocurrió algo que debería haber pensado mucho antes—. Quédate tú a recoger las vueltas, ¿quieres? Se me había olvidado que tengo que hacer una cosa, no tardo nada, nos vemos en la puerta dentro de un momento...

La tienda también estaba cerrada, pero una de las dependientas vino a abrirme mientras daba golpecitos con el dedo sobre su reloj. Cuando salí, Raquel no me preguntó por qué la había hecho esperar ni qué llevaba en esa bolsa de plástico. La autopista estaba despejada y llegamos a Madrid antes de darnos cuenta. En el primer

semáforo en rojo de la Castellana, me volví para mirarla y ella sonrió.

—¿Por qué me miras así? —me preguntó, y se mordió una esquina del labio inferior con el borde de los dientes.

—¿Adónde vamos? —los míos me dolían.

—No lo sé —se encogió de hombros y protestaron también mis encías.

—Claro que lo sabes, Raquel. Tú lo sabes todo. Siempre. Desde el principio.

—¿Qué te apetece más, un plan con cena o sin cena?

—Depende de cuál sea la alternativa a la cena —se echó a reír, pero se rehízo muy deprisa.

—Pues no sé —volvió a encogerse de hombros—, tomar copas, ¿no?

—¿Dónde?

—Y yo qué sé... —me sonrió y se volvió un momento hacia la ventanilla, como si necesitara pensarlo, pero no iba a ponérmelo tan fácil—. Por ahí, supongo.

—Entonces prefiero cenar antes.

Había reservado una mesa en un restaurante que estaba muy cerca de su casa y donde la conocían tan bien como en el sitio al que me llevó la primera vez, pero esta vez no esperé a que me explicara la carta. No podía esperar más.

—Toma —saqué el paquete de la bolsa y lo puse encima de la mesa.

—¿Para mí? —lo miró, lo cogió, lo volvió a mirar, se lo llevó al oído, lo agitó para ver si sonaba, y me miró con los ojos brillantes—. ¿Qué es, un regalo?

—Sí, y no sólo eso... Es lo mismo que tú, casi una metáfora, un símbolo que te define.

Frunció las cejas para mirarme, deshizo el envoltorio con cuidado y levantó en el aire una caja de cartón cuyo aspecto la había decepcionado.

—¿Esto soy yo? —me preguntó—. ¿Un juego de mesa?

—No es un juego de mesa —le expliqué, quitándole la caja de entre las manos—. No me seas economista, Raquel...

Desembalé el contenido de la caja y puse sobre la mesa la base, redonda, de plástico negro, con dos ranuras en las que introduje otras dos piezas laterales, transparentes, como paredes de metacrilato con un orificio abierto en la parte superior, antes de sacar el elemento principal. El péndulo exterior estaba atravesado en sentido vertical por una pieza ovalada, de metal, que contenía el péndulo interior, un vástago con dos bolas de plástico, una negra y otra roja, que giraban libremente. Unas barritas horizontales, rematadas con una bola, sobresalían a ambos lados del óvalo metálico un par de centímetros por debajo de su centro de gravedad. Las encajé en los orificios de las piezas de metacrilato, que entonces revelaron su función de soporte, y el doble péndulo se sostuvo en el aire. Raquel lo miraba con curiosidad.

—Aquí, en este aparato que tú has calificado con tanta ligereza como un juego de mesa, hay dos péndulos, ¿los ves? —se los señalé manteniéndolos sujetos con la

mano, para no revelar su condición antes de tiempo—. El exterior es un péndulo común, que gira adelante y atrás, adelante y atrás, adelante y atrás, siempre igual, sin cambiar jamás. El interior, en cambio, es un péndulo caótico, igual que tú —activé el primer péndulo y esperé unos segundos, hasta que la enloquecida naturaleza del segundo se hizo evidente, para que el entusiasmo volviera a incendiar los ojos de Raquel con una luz candorosa e inocente, casi infantil—. Es imposible adivinar la dirección en la que va a oscilar en cada momento, lo estás viendo, ¿no? Se acelera, se desacelera, se queda quieto, reemprende el movimiento, gira sobre sí mismo, primero deprisa, luego despacio, invierte la dirección, parece dudar, arrepentirse, decidirse, burlarse de nosotros... Es impredecible, incontrolable, indescifrable, fascinante, porque nunca es igual, astuto, porque obedece a un imán, misterioso, porque nunca lo habrías adivinado si yo no te lo acabara de decir, divertido, brillante, insólito, irresistible, en fin... Es igual que tú.

Detuvo el péndulo con sus dedos para volver a ponerlo en marcha inmediatamente después, y sonrió. Luego miró al fondo de mis ojos desde un lugar que estaba más allá del fondo de los suyos.

—¿Yo soy todas esas cosas?

—Y más —contesté, enganchado a aquella mirada—. Se me ha olvidado decir que provoca una adicción insaciable. Como el mar. Como el fuego. Es imposible cansarse de mirarlo.

Raquel Fernández Perea cerró los ojos, los cubrió con sus dedos, sonrió y se quedó inmóvil durante un instante. Después, empezó a negar con la cabeza, despegó las manos de sus ojos y los abrió sin dejar de sonreír.

—Esto es una locura... —murmuró entonces, antes de coger la carta y devolver su voz al volumen normal—. ¿Quieres que compartamos algo?

—Sí —hice una pausa y esperé a que me interrogara con los ojos—. Una locura.

Volvió a esconderse detrás de los párpados, pero no dejó de sonreír mientras su rostro se coloreaba de repente.

—¿Y aparte de eso? —quizás fuera verdad que era muy mala actriz, porque su voz temblaba.

—Aparte de eso, todo me da lo mismo, así que pide lo que tú quieras —abrió los ojos, que relucían como dos espejos de agua en el incendio arrebatado y adorable de su cara—. Total, vas a hacerlo igual...

Y sin embargo, me dio la opción de permanecer cuerdo.

La cena fue apresurada, entrecortada, confusa. Raquel comió muy poco y yo nada, pero los dos bebimos bastante. El vino que ella escogió serenó mi paladar sin perjudicar una efervescencia imaginaria, que estremecía mi lengua como si estuviera repleta de unos diminutos caramelos explosivos que le gustaban mucho a mi hijo. Era ansiedad, pero era deliciosa, una manera encantadora de ahogarme en cada uno de sus

gestos, de los movimientos de un cuerpo que ahora actuaba para mí, y se tensaba, y se relajaba, y cambiaba de posición constantemente sólo para pactar las condiciones de su entrega.

La miraba, la miré con ojos ávidos y pacientes, enajenados y atentos, estudié cada línea de su rostro, el relieve de sus huesos, el color exacto de su piel, la marca que los tirantes habían impreso a ambos lados del escote, la línea sombreada que delimitaba el perfil de sus pechos, el lóbulo de sus orejas, la perfección vertical y tierna de su largo cuello, observé todo esto con el implacable interés de un entomólogo que está a punto de clavar un insecto en una tabla. Intentaba anticipar su textura, su sabor, cada emoción concreta que probaría mi propia piel, mis manos, mis dedos, mis labios, al compensarme por la tibia desesperación de mis ojos tenaces y exhaustos. La deseaba tanto que ni siquiera me acordé de que me había prohibido a mí mismo pensar en mi padre.

Ella, que había elegido comportarse como si no fuera a pasar nada, me ofreció una salida cuando los dos contestamos lo mismo, no, a la oferta del camarero que se había acercado a tomar nota de los postres.

—¿Nos vamos?

—Por favor —y mi voz se apagó sola, como si me estuviera ahogando de verdad, al borde de la última sílaba.

Cuando salimos del restaurante, fuimos andando en la dirección que ella tomó, muy separados, como suelen caminar los hombres y las mujeres sobre la frontera de su primera vez. Así llegamos al portal de una casa antigua con la fachada recién pintada con un color azulado y audaz, que contrastaba con el tono claro, cremoso, de las viejas molduras. Entonces se apoyó en el muro y sacó del bolso el lápiz de acero y el pastillero de plata que yo había encontrado en el dormitorio que había compartido con mi padre. Colocó ambos objetos en la palma de una de sus manos y me miró. No dijo nada, no hacía falta. Me estaba ofreciendo la cordura y yo la rechacé, me la guardé en un bolsillo junto con la última excusa, el último pretexto. Luego la besé, y mientras la besaba, fui perfectamente consciente por primera vez en mi vida de que la Tierra giraba sobre sí misma y alrededor del Sol, justo debajo de mis pies.

El 25 de abril de 1944, un hombre joven, moreno y callado, que llevaba el pelo muy corto pero iba vestido con ropa de paisano, se bajó de un tren procedente de Berlín en la estación de Orleáns. En el bolsillo interior de la americana, llevaba un carné emitido en 1937 a nombre de Julio Carrión González por la Juventud Socialista Unificada de Madrid. En el bolsillo derecho de la misma prenda, otro carné emitido en 1941, también en Madrid, también a nombre de Julio Carrión González, por Falange Española Tradicionalista y de las JONS. En el fondo de su equipaje, doblado con mucho cuidado, había un uniforme del ejército alemán, otro del ejército español, y entre ambos, su cartilla militar y un salvoconducto a nombre de Julio Carrión González firmado en Riga, casi cuatro meses antes, por el comandante en jefe del Cuartel General de la División Azul de la Wehrmacht.

Aquel hombre no debería estar en aquel tren. Los divisionarios habían sido repatriados en otoño del año anterior, con la excepción de algunos miles de voluntarios que habían decidido seguir luchando bajo mando alemán. Pero éstos, los hombres que habían integrado la llamada Legión Azul, también habían vuelto a España a principios de abril de 1944, cuando los ejércitos de Hitler preparaban su retirada del frente del Este. No había ninguna razón capaz de explicar la presencia de Julio Carrión en aquella fecha, en aquel lugar, y sin embargo todos sus documentos eran auténticos.

El soldado de muchas identidades viajaba solo, con una bolsa ligera que se había esforzado por recuperar del compartimento para equipajes de varios vagones del mismo tren con ademanes de esfuerzo muy exagerados, siempre diez minutos antes de la hora prevista para alcanzar alguna estación. Después, en todas las ocasiones, se había colocado una bufanda alrededor del cuello, se había puesto el sombrero, y se había despedido con un movimiento de la cabeza de los otros viajeros, con los que no había llegado a cruzar ni una sola palabra. Si alguno de ellos hubiera tenido algún interés en recordarle, no habría dudado de que se disponía a abandonarles, como los ocupantes del vagón al que se dirigiera a continuación no podrían dudar de que acababa de subirse al tren, al verle colocar su bolsa de viaje en el compartimento para equipajes con exagerados ademanes de esfuerzo, antes de quitarse la bufanda, el sombrero.

Al acercarse a Orleáns, todos sus movimientos fueron tan evidentes, tan contundentes y parsimoniosos como en las proximidades de estaciones anteriores. Igual que en aquéllas, se situó después al lado de la puerta, un poco apartado, con el sombrero ladeado, el rostro protegido por su precaria sombra, para ir cediendo el paso cortésmente a las señoras, a los ancianos, a las parejas que llevaban algún niño y, por supuesto, a los soldados alemanes, hasta ocupar el último lugar. En Orleáns también esperó a que terminaran de subir los nuevos viajeros, pero no siguió sus pasos por el pasillo. Se quedó en la puerta hasta que el tren arrancó de nuevo, y entonces, mientras

la locomotora avanzaba aún muy despacio, se bajó de un salto que lo depositó en un extremo del andén, muy lejos del lugar donde los recién llegados saludaban a quienes habían ido a buscarles o arrastraban sus maletas hacia la salida. Comenzó a caminar hacia ellos deprisa, con decisión y los dedos cruzados, como si no tuviera nada que ocultar. Al doblar la primera esquina, tiró la corbata en una papelera. Al doblar la segunda, se quitó el sombrero y sonrió.

Aquel hombre joven, moreno y callado, que se llamaba Julio Carrión González y disponía de documentos auténticos de todos los colores, era español, pero no quería volver a España porque estaba seguro de que Hitler iba a perder la guerra. Por eso acababa de desertar.

La elección de Orleáns no era casual. Al principio, él se había extrañado, como todos, de que aquel tren que no había dejado de parar en ninguna estación importante hasta alcanzar la frontera de Irún, tuviera previsto atravesar Francia de punta a punta, sin detenerse en ningún lugar. Cuando atravesaron la frontera, los voluntarios comprometidos en la gloriosa cruzada europea destinada a barrer de los mapas la barbarie asiática, estaban ahítos de homenajes. En cada ciudad española, grande o pequeña, se habían repetido las fiestas, los banquetes, los recibimientos multitudinarios con muchachas cargadas de flores esperando en los andenes. No era lógico que en Francia sucediera nada parecido, pero la lógica tampoco les ayudó a descifrar el ruido seco, breve, metálico, que se repitió dos o tres veces en la primera estación en la que el tren tuvo que aminorar la marcha sin llegar a detenerse.

—¿Qué ha sido eso? —Eugenio, que no había dejado de leer desde que salieron de Madrid, levantó la vista del libro para volver hacia Julio una mirada perpleja.

—No lo sé... —él, que iba al lado de la ventanilla, distinguió entonces una figura oscura, que levantaba el puño en su dirección con aire amenazador, desde muy lejos.

—¡Ha sido una pedrada! —gritó alguien que había estado más atento—. ¡Nos están tirando piedras, los cabrones de los gabachos!

Al principio no sabían muy bien por qué, ni quiénes eran, pero no tardaron mucho en averiguarlo. Cuando entraron en la siguiente estación, los dos corrieron hacia el pasillo y bajaron la ventana con precaución mientras empezaban a llover piedras.

—Nos están llamando hijos de la gran puta, ¿verdad? —Eugenio le miró con las cejas levantadas, Julio asintió con un gesto—. En español.

—Y dicen muy bien la erre...

—Luego no son franceses.

—No. Yo diría que son españoles.

—¡Pues qué bien! —y mientras cerraba la ventana, negó varias veces con la cabeza, en los ojos una sombra amarga, casi desolada.

¿Y qué esperabas?, pensó Julio entonces, pero todavía no dijo nada. No era la primera vez que las reacciones de Eugenio le desconcertaban. Procuraba guardarse su

asombro para sí mismo porque aún no se atrevía a hablar de política con él. Tenía miedo de meter la pata, de confundir la terminología, el vocabulario, o evocar algún recuerdo sospechoso, aunque se daba cuenta de que sus precauciones no servían de mucho, porque su amigo tenía la prodigiosa facultad de no escuchar nada que no le gustara oír, y ésa no era la única extraordinaria de sus capacidades. Eugenio se comportaba como si, en vez de andar, flotara un par de metros por encima del suelo. Disponía de su propia versión del mundo, y no llegaba a ver lo que sucedía a su alrededor porque lo miraba todo desde una nube, el balcón hasta el que le elevaba su candor, una particular combinación de ingenuidad y fanatismo que decretaba la inexistencia irrevocable, fulminante y perpetua, de cualquier realidad que desmintiera la feroz voluntad de su mirada. No era sólo que Eugenio Sánchez Delgado estuviera convencido de tener razón. Es que le resultaba dolorosamente inconcebible que alguien, en cualquier otra situación, en cualquier otro momento, en cualquier otro lugar del mundo, pudiera caer en el error de sostener una razón opuesta a la suya.

—Es increíble, ¿no? —le dijo al rato—. Con el esfuerzo que estamos haciendo, con todos los muertos, toda la sangre, todas las calamidades que ha exigido la cruzada, ahora que por fin estamos construyendo un país libre, un país fuerte y mejor, con todos, para todos, ahora que España ha vuelto a ser ella misma, orgullosa, serena, inmortal... Ahora, vienen éstos y nos tiran piedras. Nos tiran piedras a nosotros, joder, ¿tú lo entiendes?, es que no hay quien lo entienda...

Las gafas, que habían acusado la vehemencia de los aspavientos con los que solía subrayar esta clase de discursos, habían ido resbalando por su nariz hasta quedarse enganchadas en la punta. Las devolvió a su lugar con el dedo y se le quedó mirando con sus ojos de miope, tan limpios y transparentes en aquel momento como cuando terminaba de rezar antes de acostarse. La primera vez que le escuchó decir esas cosas, Julio se asombró de que, entre tanto fervor, quedara en Eugenio un hueco para el cinismo, pero esperó en vano una sonrisa, un guiño, un codazo al que responder con una carcajada bárbara y cómplice. Tardó mucho tiempo en aceptar que su amigo pudiera estar hablando en serio, y sin embargo, cuando le contestó, ya no dudaba de su sinceridad, por más que le siguiera pareciendo limítrofe con la perversidad, o con la estupidez.

—Hombre —se atrevió a sugerir—, han perdido la guerra.

—¿Y qué? —Eugenio hizo un movimiento tan brusco para volverse hacia él, que ya tenía las gafas en la mitad de la nariz antes de seguir—. Igual podríamos haberla perdido nosotros, ¿no? ¿Y dónde estaríamos ahora, en Francia, atacando a nuestros compatriotas? No, señor. Estaríamos en España, ayudando a levantar el país, cumpliendo con nuestra obligación, joder, con nuestro deber de españoles.

Eugenio Sánchez Delgado era así, y era único, o por lo menos Julio no conocía a ningún otro falangista tan puro, tan tonto, tan bueno, tan idealista, tan raro, tan

desinformado o tan inocente como él. Nunca llegaría a conocerlo, como nunca llegaría a encontrar un solo adjetivo capaz de definir a su amigo, que en la estación de Orleáns estuvo a punto de echarse a llorar ante una pequeña multitud de españoles exiliados, republicanos y furiosos, que optaron por degollarse simbólicamente con el pulgar cuando se quedaron sin piedras que tirar.

—Pues parece que aquí están... —organizados, iba a decir Julio, pero cambió de idea a tiempo— peor que en ninguna parte.

—Qué pena, de verdad —Eugenio cabeceaba, sin prestarle mucha atención, cuando sonó un disparo y el tren empezó a acelerar.

—Ha sido un sevillano, que se llama Casimiro —Romualdo, el hermano de Eugenio, vino a verles y les puso al corriente de todo cuando ya estaban lejos de Orleáns—. Le ha dicho al capitán que un rojo se había cagado en su madre, pero no es verdad. Yo estaba con él, y lo que ha pasado es que el rojo, que también parecía andaluz por cómo hablaba, que ya es casualidad, ¿no?, se ha hecho así... —y entonces él también se atravesó la garganta con el pulgar— y le ha dicho, hala, id todos corriendo a que el primo Pepe os corte la cabeza, hijos de puta. Y Casimiro pues, claro, se ha cabreado, pero no le ha dado, no creáis, que también hay que ver, la suerte que tienen esos cabrones...

—¿El primo Pepe? —Eugenio les miró a los dos con la misma extrañeza—. ¿Y quién es el primo Pepe?

—Stalin —Julio, que se había pensado dos veces cada palabra que decía desde que salió de Madrid, no se paró a pensar en aquélla.

—¿Y tú... —Romualdo le dedicó una sonrisa maliciosa— cómo sabes eso?

—No lo sé, pero me lo figuro —hizo una pausa, miró a los dos hermanos, adoptó un tono trivial, despreocupado—. Es de sentido común, ¿no?

—Mucho sentido común tienes tú —y entonces, el mayor de los Sánchez Delgado se echó a reír—, Julito.

—No, no es sentido común —Eugenio le miraba con admiración—, es que es muy listo, Julio, de verdad, eres listísimo. A mí nunca se me hubiera ocurrido...

—Bueno —su hermano levantó una ceja—, tonto no es, eso desde luego.

Romualdo era como una versión esponjada, musculosa, ensanchada y crecida de su hermano Eugenio. Ambos castaños, con el pelo liso y la piel muy blanca, la nariz aguileña, los labios finos, se parecían tanto como dos barras de pan cocidas en el mismo horno, una con mucha levadura, la otra sin ella. Por eso, cuando Julio lo vio en medio del tumulto de camisas azules del que había pretendido huir, antes de que la casualidad le metiera de lleno en él bajo la forma de aquel falangista herido y frágil, le reconoció y reconoció en el mismo instante una primorosa representación del peligro.

—¿Y dónde te habías metido tú, gilipollas? —dijo como todo saludo, sin fijarse

en el tobillo de su hermano.

Julio se dio cuenta que no era más alto que él, pero sí más ancho, más fuerte. El sonido de su voz, grave, profunda, un poco ronca, hacía el resto del trabajo.

—¿Y éste quién es? —volvió a preguntar, señalándole con el dedo antes de que Eugenio tuviera tiempo de responder a su primera pregunta.

—Un chico que me ha ayudado a llegar hasta aquí porque me he torcido el pie, vengo cojeando, no sé si lo has visto...

—¡Hay que ver, la cruz que tengo yo contigo, joder!

Entonces, sin saludar a Julio, sin ocuparse tampoco del tobillo de su hermano, les dio la espalda para seguir mirando al balcón donde se esperaba que Serrano Suñer apareciera de un momento a otro.

—Bueno, yo me tengo que ir —se atrevió a despedirse Julio en un murmullo tímido, tembloroso—. Trabajo en el taller de coches de la calle Montera, y había salido para ir a cambiar al banco. No puedo perder más tiempo, mi jefe...

—Claro, claro —Eugenio le sonrió, le dio una palmada en la espalda—. Gracias por todo, Julio, ya nos veremos.

—Sí —musitó él—, ya nos veremos... —y salió corriendo.

No volvió a respirar por la nariz hasta que se encontró a salvo, en la acera, y luego volvió a correr, remontó la cuesta de Alcalá, cruzó la calle, y al entrar en el banco se encontró con que era el único cliente. Los empleados, serios, callados, estaban sentados cada uno en su sitio sin tomarse siquiera la molestia de fingirse ocupados, y el señor Gutiérrez, siempre tan charlatán, tan aficionado a perder el tiempo, le atendió a tal velocidad que sólo tuvo ocasión de despegar los labios para saludarle y para despedirle a toda prisa. Julio se dio cuenta de que todavía no sabían cuál era el motivo de la manifestación, pero él tampoco se detuvo a explicarles por qué se había llenado la calle de falangistas furiosos, uniformados, vociferantes. Aquel día era ya el 24 de junio de 1941, todavía el 24 de junio de 1941, y en Madrid, lo único seguro, lo mejor, era no saber nada, no preguntar nada, no ser nada, ni nadie.

—¿Qué te ha pasado? —el señor Turégano renunció a regañarle cuando lo tuvo delante—. Estás muy pálido, Julio. ¿Te has mareado, o algo?

—No, qué va... Es que, bueno, hay una manifestación de falangistas en el cruce de Alcalá con la Gran Vía. Son un montón y muchos llevan pistola. Por eso, las tiendas han estado cerradas un buen rato, y el banco también, he tenido que esperar a que volvieran a abrirlo —y mientras se sacaba del bolsillo el resguardo del ingreso y doscientas pesetas cambiadas, se acordó de algo más—. Y luego, con el follón, se me ha olvidado comprar las cervezas. Si quiere, voy ahora a por ellas.

—No, no... Si están así las cosas, hoy lo mejor es no volver a salir.

Julio siempre había supuesto que, dos años antes, su jefe habría celebrado la victoria de Franco, pero esta suposición no tenía más fundamento que la actual

situación del señor Turégano. En aquella época, en aquel lugar, los republicanos no eran propietarios de nada. Ni siquiera de su propio futuro. Sin embargo, y aunque las conversaciones del taller, por muy triviales que fueran las anécdotas que las desencadenaran, jamás giraban alrededor de ninguna cosa que hubiera sucedido entre el verano del 36 y el del 39, estaba casi seguro de que algunos de sus compañeros tenían un pasado tan peligroso como el suyo. Por eso, nadie se arriesgó a preguntar, y ese día, en el garaje se trabajó más y mejor que nunca, como si la obligación de permanecer aislados del exterior, en aquel sótano fresco y maloliente, inmune al calor, al paso del tiempo y de las estaciones, fuera una bendición, un privilegio por el que mereciera la pena esforzarse. La ciudad se comportó como uno más, un único madrileño sin ganas de complicarse la vida, porque no tuvieron visitas, ningún cliente que se acercara a entregar o a recoger un coche, nadie interesado en preguntar por el precio de las estancias o las reparaciones, hasta que, a la caída de la tarde, cuando ya estaban recogiendo, Eugenio Sánchez Delgado bajó la cuesta y preguntó por Julio.

—He venido a darte las gracias por lo de esta mañana —se había cambiado la camisa azul por otra blanca, llevaba el tobillo vendado y tenía mucho mejor aspecto, recién duchado y peinado—. Te invito a una cerveza, si puedes...

—Claro —Julio sonrió—. Espérame y me cambio en un momento.

Eugenio se empeñó en ir andando hasta su cervecería favorita, que estaba en la plaza de Santa Ana, y le explicó que lo del pie no había sido nada, una simple torcedura sin consecuencias, de las que duelen mucho en el momento y luego se olvidan. Su madre, que había sido enfermera durante la guerra, le había puesto una inyección, una venda fuerte, y le había pedido que no anduviera mucho, pero él no pensaba hacerle ni caso porque, en fin, ya se sabe cómo son las madres.

—Ha sido una suerte, no creas —añadió cuando estaban ya sentados a una mesa, cada uno con su jarra delante—, porque he decidido alistarme. Mañana o pasado, cuando se pueda. Mi hermano Romualdo dice que en Falange están decididos, que sólo falta que Franco dé el visto bueno, y no le va a quedar más remedio que darlo, porque después de todo lo que los alemanes hicieron por nosotros, la Legión Cóndor y eso... Mi hermano dice que además conviene alistarse pronto, porque los rusos no van a aguantar ni un mes, y los que esperen, pues a lo mejor no llegan ni a entrar en combate, así que...

Eugenio tenía la misma edad que Julio y había nacido en Madrid, pero había pasado la guerra en zona rebelde —nacional, se corrigió en silencio a sí mismo mientras le escuchaba—, porque la familia de su madre era de Salamanca, y estaban veraneando en casa de su abuela cuando se produjo la sublevación. Su hermano mayor, Fernando, que era cadete de la Academia Militar de Zaragoza y no había querido irse con ellos aunque estuviera de vacaciones, murió en el Cuartel de la Montaña. Arturo, el segundo, falangista también desde antes de la guerra, perdió las

dos piernas en Brunete. Romualdo, que le sacaba dos años, se había afiliado al Frente de Juventudes muy pronto, pero no le dejaron incorporarse a filas hasta el otoño del 38, y entró en Madrid sin haber sufrido ninguna herida grave. Eugenio tenía otro hermano, Manolo, que estaba entero y exiliado en México, pero aquella tarde ni siquiera lo mencionó.

—¿Y tus padres, qué piensan? —Eugenio levantó las cejas, como si no entendiera el sentido de la pregunta—. Porque, no sé, con un hijo muerto, el otro en silla de ruedas, que ahora os vayáis a la guerra Romualdo y tú...

—Pues no les gusta, claro que no les gusta, pero lo entienden. Ya lo dijo Serrano, el otro día. El exterminio de Rusia es una exigencia de la Historia y del porvenir de Europa. Rusia es culpable también de la muerte de Fernando, de la desgracia de Arturo, y ellos lo saben, se dan cuenta. Mi familia tiene una cuenta pendiente con Stalin, y sólo podemos cobrarla Romualdo y yo. Si no lo hacemos, nos arrepentiremos toda la vida.

Aquella noche, cuando se despidieron, Julio volvió a su pensión andando muy despacio. Todavía no intentaba comprender a Eugenio. Le bastaba con catalogar su encuentro, aventurar el grado de suerte o de desgracia que podría depararle en el futuro, y no era fácil. En su situación, un amigo como aquél era un tesoro y una bomba, una ventaja y un riesgo, una garantía y un peligro igual de intensos. Le conocía muy poco, pero había descubierto en él una condición fácil de explotar, la misma insensible, sonriente capitulación que había obtenido antes de Manuel, de Isidro, del señor Turégano, de las muchachas que le esperaban en la puerta de las Casas del Pueblo cuando se dedicaba a hacer funciones de magia por la sierra. Aquel día ni siquiera le había hecho falta recurrir a los trucos, a los chistes, para descubrir la debilidad de Eugenio, esa misteriosa proclividad a confiar en él, a buscar su compañía, su complicidad, que le había dado muchas alegrías y algunos disgustos en los últimos tiempos. Otros nacían guapos, ricos, príncipes. El había nacido simpático y lo sabía, pero también sabía que por eso no podía andar tranquilo por la calle. Y tenía motivos para recelar de los encuentros casuales.

Las piernas más bonitas que había visto en su vida desempeñaron para él, unos años antes, el mismo papel que el tobillo herido de Eugenio seguía representando aquella noche. Pero Mari Carmen Ortega, la hija del Peluca, que en junio de 1937 se estaba despidiendo de sus dieciséis años, era ya mucha mujer para él. Tanta, que cuando se resignó a que liquidara el desafío de sus miradas incendiarias con una sonrisita desdeñosa, optó por ensayar un camino oblicuo para acercarse a ella.

—Fíjate bien... —le dijo, en el centro del corro desde el que todos sus compañeros le miraban con una sola sonrisa—. La mano es más rápida que la vista.

Y entonces desplegó ante sus ojos, flamante e imposible, la hoja de periódico que había roto en pedacitos muy despacio, a un ritmo pausado, casi moroso, desde que la

vio venir por los soportales. Ella se echó a reír y juntó las palmas tres o cuatro veces, con menos entusiasmo que los demás, pero le sostuvo la mirada todo el tiempo y para él, eso fue bastante.

—Bueno, ¿qué? —dijo luego, dando la representación por terminada—. ¿Nos vamos?

—No, espera un poco... —Vida, una chica delgada y corriente, con los ojos pequeños pero muy brillantes, levantó una mano en el aire para pedir tiempo—. Has dicho que nos ibas a hacer un truco con monedas, Julio.

—Te lo hago por el camino —contestó él—. Es muy fácil.

—¡Ah! —Mari Carmen se le quedó mirando con la boca entreabierta, sin disimular su asombro—. ¿Pero es que éste viene?

—Sí. Viene conmigo —Isidro le puso una mano en el hombro y su bella compañera se encogió de hombros dentro de su guerrera ceñida y fantasiosa, como si todo lo que tuviera que ver con el recién llegado le diera igual.

Aquella misma tarde, Julio se dio cuenta de que Isidro y Mari Carmen competían por el liderazgo del grupo en condiciones desiguales, pero con idéntica tenacidad. Él era el responsable teórico, el jefe de la célula juvenil del barrio, un chico de físico insignificante, serio, estudioso, que parecía más joven de lo que era, hablaba poco y no bailaba nunca. Ella era la hija menor de un héroe del 7 de noviembre de 1936, aquel día glorioso que vio cómo el pueblo en armas detenía la ofensiva fascista sobre Madrid, y sobre todo, una mujer hecha y derecha, decidida, valiente, terca, con un cuerpo espectacular y una cara tan atractiva que ni siquiera necesitaba ser guapa. Tenía la nariz grande y la boca ancha, demasiado para los gustos de la época, pero a los hombres que la perseguían se les olvidaba qué tipo de belleza les gustaba sólo con verla.

Aquella misma tarde, Julio aprendió también que su repentina pasión era una enfermedad común. En el verano del 37, no había muchos hombres andando por las calles, pero entre los que se fueron encontrando, casi todos con uniforme militar, tres de cada cuatro se quedaron mirando a Mari Carmen sin molestarse en echarle un vistazo a las demás. Ella les devolvía a todos las miradas, las sonrisas. Ésa era otra de las fuentes de su influencia, una ventaja que Isidro nunca podría igualar. Cuando Julio la conoció, era medio novia de un aviador ruso, uno de aquellos pilotos que se dedicaban a hacer acrobacias en el cielo de la ciudad después de ahuyentar a los aviones alemanes, como si se hubieran contagiado muy deprisa de la chulería de los madrileños, que preferían ignorar las sirenas y aguantar los bombardeos de pie, en plena calle, sólo para contemplar ese espectáculo y poder aplaudir al final.

—Y tu novio ¿qué? —le preguntaba Isidro con sorna de vez en cuando—. ¿Te ha escrito algo hoy?

—¡Pa chasco! —contestaba ella—. Una M y una C, y bien claritas. Que te lo diga

ésta...

Y activaba con un codazo a la aludida de turno, que asentía con la cabeza como si le fuera la vida en ello mientras Isidro se tragaba la rabia que le inspiraba la falta de cualquier heroísmo directo o indirecto en su biografía, y después de prometerse en vano a sí mismo que la próxima vez que sonaran las sirenas no correría a esconderse en el metro, se echaba a reír.

—¡Pero si no le entiendes, si ni siquiera puedes hablar con él!

—¿Que no? —y entonces era ella la que se reía—. Ya te voy a enseñar yo un día de estos si le entiendo o no... ¡No te digo, el tío gilipollas!

En esos momentos, Julio comprendía que Mari Carmen tenía recursos de sobra para entenderse con el ruso y sentía una punzada de celos insoportables, no tanto por su naturaleza ficticia sino porque le daban lástima de sí mismo, a él, que no toleraba la lástima de nadie. Esa sensación de inferioridad, de debilidad, a la que no estaba acostumbrado, le dolía más que su ausencia de derecho a sentir celos por la novia de otro. Pero nunca perdió la esperanza, ni siquiera el día que Mari Carmen escogió para aparecer en la sede de la JSU con el aviador, un hombre muy joven, casi un muchacho, alto, delgado, muy rubio y con una piel imposible, pálida y sonrosada, aterciopelada y perfecta como la porcelana, y para demostrar a quien hiciera falta que no necesitaba hablar ruso para que él hiciera cualquier cosa que se le antojara.

—¡Hala, tú, saluda, que nos vamos! —y su novio, muerto de risa, descifraba sin esfuerzo la intención de esa mano que se movía en el aire—.

Tira, anda, que te voy a llevar a bailar, bailar, ¿entiendes? —él asentía con la cabeza, sin dejar de reírse, mientras ella bailaba sola, antes de pararse de pronto para cogerle la cara con las dos manos y besarle en la boca—. ¡Ay, pero qué guapo eres, madre mía!

Julio nunca perdió la esperanza, porque había descubierto que Mari Carmen era igual que él, que tenía la misma capacidad innata para seducir, para convencer, para caerle bien a la gente. Hacerse popular en la JSU no le costó trabajo. Era listo, aprendía deprisa y, sobre todo, dominaba el lenguaje, el ideario, el repertorio de mitos y expresiones de la izquierda. Le gustara o no, era el hijo de su madre, nunca dejaría de serlo. Por lo demás, y por encima de las paradojas, su nueva vida le gustaba mucho más que la antigua. Le gustaba la ciudad, le gustaba vagar por ella, conocer gente nueva todos los días, moverse sin parar, de mitin en mitin, de local en local, de cine en cine, hablar con los soldados y asomarse al frente. Julio Carrión nunca había vivido días tan intensos, tan llenos de citas, de planes, de cosas que hacer. Nunca había sido tan autónomo, tan libre como entonces, mientras se gastaba con prudencia, poco a poco, los ahorros de su padre, que estaba todo el día borracho, encerrado en el cuarto de la pensión, rezando, llorando y limpiando la escopeta. Benigno Carrión nunca llegó a enterarse de que su hijo militaba en las filas enemigas, porque Julio en

realidad nunca hizo eso. Se limitó a dejarse llevar, a hacerse querer, a ir con los que mandaban, mientras descubría en sí mismo un talento extraordinario para la impostura. Pero, a pesar de que él mismo se asombraba a veces de la impecable calidad de sus actuaciones, no se salió con la suya.

Mari Carmen Ortega nunca cayó en los brazos de Julio Carrión. Antes de que su novio ruso volviera a su país, ya lo había despachado para reemplazarlo con un sargento del Quinto Regimiento que no era tan alto pero abultaba el doble, se llamaba Antonio y era de Vicálvaro. A éste sí lo entendía, tan bien que se casaron en noviembre de 1938, y Julio, que jamás dejó de desearla a distancia, ya no se atrevió a seguir insistiendo.

—Hay que ver —se burlaba Isidro—, que nos dé más miedo Vicálvaro que la Unión Soviética...

—Pues sí —él sonreía con tristeza—, ya ves.

Vida, que estaba enamorada de él desde el primer día, y con la que había mantenido una especie de noviazgo accidental, informal e intermitente desde entonces, fue la que salió ganando, hasta que terminó la guerra y se desprendió de ella tan deprisa como de todo lo demás. El 24 de junio de 1941, Julio Carrión pensaba en todo esto mientras volvía a su pensión, andando muy despacio. Vida estaba en la cárcel y no le había delatado. Mari Carmen estaba en la calle y podía delatarle en cualquier momento. El azar trae la suerte y la desgracia para quienes saben apostar al ganador, y él no había sabido. Entretanto, su vida había cambiado. Ahora era mucho más aburrida, mucho más monótona, y sucia, y oscura que antes, pero podía ser peor. Mucho peor. Podía incluso, muy fácilmente, dejar de ser cualquier día.

Aquella noche, cuando se metió en la cama, Julio Carrión no sabía qué hacer. Al despertarse por la mañana, no sólo lo veía todo más claro, sino que sintió un escalofrío espeso y húmedo al recordar la insensatez que había llegado a barajar la noche anterior. Bastantes tonterías he hecho ya, se dijo, y sin embargo, salió a la calle sin pararse un momento en el portal para descartar un encuentro con Mari Carmen, como si supiera, a pesar de todo, que iba a alistarse dos días después.

La culpa la tuvieron los periódicos, los partes de la radio, los comentarios que escuchaba por todas partes. Esta mañana he oído que los alemanes se han cargado ya dos mil aviones rusos, le comentó un cliente al señor Turégano, y en el suelo, bombardeándolos antes de que pudieran despegar, así que, fíjese, van a llegar a Moscú en dos patadas... Su jefe sonrió, y fue adornando la noticia mientras la transmitía a sus clientes sucesivos. Eso era lo que decía la gente también en la calle, en los corrillos que se formaban delante de los quioscos, en las esquinas, en las paradas de los tranvías. Les va a durar menos Stalin que la dichosa línea Maginot, ¿que no?, que sí, que sí, que estoy de acuerdo contigo, si a éstos no hay quien los pare, fíjate en Francia, en Bélgica, en Polonia...

Al día siguiente, las cosas fueron todavía más lejos. Los periódicos hablaban del gran triunfo alemán, anunciaban la inminente caída de Minsk, de Kiev, de Odesa, publicaban mapas en los que las puntas de las flechas que simbolizaban el avance invasor, acariciaban ya los nombres de Moscú, de San Petersburgo. Julio se acordó de aquellas cuatro pesetas y media de taxi que separaban a Franco de la Puerta del Sol en noviembre de 1936 y de los espejismos sucesivos, contradictorios, que habían sembrado ante sus ojos, para concluir que dos principios tan idénticos no podían sino abocar a idénticos finales, aunque el proceso no podía ser el mismo. Los alemanes eran más, mucho más poderosos, más fuertes, y ricos, y mejor armados que las tropas en gran parte extranjeras, mercenarias, de un general español y canijo que tenía en contra a la mayoría de los habitantes de su país y que, así y todo, había ganado la guerra. Y Julio Carrión González, que una vez se había prometido a sí mismo no volver a ir jamás con los que pierden, la había perdido. Ahora parecía mucho más fácil acertar.

Eugenio le había dado su teléfono, pero no se atrevió a llamarle. Sin embargo, el día 26, cuando salió de trabajar, se fue derecho a la Cervecería Alemana y allí le encontró, con otros falangistas uniformados que formaban corro alrededor de su hermano Arturo, sentado en una silla de ruedas, con dos condecoraciones militares prendidas en la camisa, una manta sobre la huella ausente de sus piernas, y una envidia feroz en los ojos.

—¿Qué? —Eugenio se alegró mucho de verle—. ¿Te has decidido a venir con nosotros?

—Bueno... —Romualdo, que le había saludado con un movimiento de la cabeza, se le quedó mirando como si pretendiera medir su verdadera estatura, y Julio, que iba a contestar que se lo estaba pensando, cambió de idea sobre la marcha—. Sí. Creo que sí.

Después, Julio Carrión González recordaría muchas veces aquella noche del 26 de junio de 1941 como si hubiera sucedido en la vida de otro, como si él sólo fuera un figurante, un espectador aislado de la entusiasta ceremonia de fraternidad que media docena de desconocidos improvisaron a su alrededor, una secuencia de abrazos intensos pero efímeros, que le dejaron enseguida a solas con el entusiasmo de Eugenio, la temeridad casi infantil de su propuesta, pues vamos a emborracharnos, ¿no?, que es lo propio...

Los otros eran mayores, amigos de Arturo, de Romualdo. Sabían lo que era la guerra o al menos sabían beber, aparentarlo. Después, cuando a él le tocara aprender, renunciar a todo lo que sabía para empezar a ponerle un nombre nuevo a cada cosa en un mundo blanco y negro, donde sólo sobreviven los hombres capaces de abdicar de su razón a favor de los instintos animales arrumbados en el último rincón de su memoria, no podría reconocerse en el recuerdo de aquella noche tonta de borrachera

y júbilo. Y sin embargo era él, él hizo todo aquello, cuando aún no sabía distinguir la ausencia de ruido de la clase de silencio que se mastica, cuando aún no sabía que los motores de los aviones amigos suenan exactamente igual que los motores de los aviones enemigos, cuando aún no sabía que el frío enloquece, que la nieve ciega, que la sangre se disuelve en ella muy deprisa, dejando un rastro sonrosado, pálido, y luego nada. Cuando aún ignoraba que el miedo es una forma de prudencia y el sueño una promesa de la muerte, él se emborrachó con Eugenio Sánchez Delgado, que ignoraba en la misma medida cuánto le quedaba por aprender, que no sabía nada de él y sin embargo lo invitó aquella noche a cenar en su casa, le presentó a su padre, a su madre, y lo trató como a un viejo amigo, un camarada, un cómplice.

Julio no se sorprendió por eso, porque sus auténticos viejos amigos, sus viejos camaradas del otro bando, tampoco le exigieron ninguna clase de garantía antes de aceptarle entre ellos. Estaban tan seguros de su causa, tan convencidos del valor incontrovertible, universal, de las ideas que defendían, que aceptaban a los recién llegados con una hospitalidad casi evangélica y la certeza de que su adhesión era sincera de puro inevitable, porque nadie capaz de pensar, de sentir, de contemplar la realidad con justicia, podría optar honestamente por un camino distinto. Aquella noche, en casa de los Sánchez Delgado, Julio Carrión creyó haber encontrado la cara opuesta de la misma pasión, la misma inocencia, y se sintió bien, seguro, en aquel comedor de muebles oscuros, las paredes decoradas con grabados religiosos sobre planchas de cobre, donde se bendijo la mesa antes de cenar y después se sirvieron una bandeja de pasteles y la botella de brandy de las grandes ocasiones, para celebrar la guerra como si fuera una fiesta. Los padres de Eugenio, él pequeño y menudo, con un bigote recortado que le daba aspecto de ratón, ella más atractiva, rubia y maciza, peinada con un moño alto que reforzaba la audacia de su insólita, ceñida y escotada variante del uniforme falangista, fueron, más que amables, muy cariñosos, hasta paternales con él. Ambos daban por sentado que sus hijos no marchaban al combate, sino a la victoria, y lograron contagiar a Julio su optimismo íntegro, compacto, sobre la guerra relámpago en la que llegó a creer de verdad que tal vez ni siquiera tendría ocasión de combatir.

Su padre no compartía ese entusiasmo. Julio fue a verle a Torrelodones al día siguiente, después de afiliarse al partido de sus nuevos camaradas con la palabra de Eugenio como aval suficiente, porque necesitaba su permiso por escrito para poder alistarse, y lamentó que su amigo se hubiera empeñado en acompañarle, porque volvió a encontrar al Benigno taciturno, silencioso y oscuro de los peores tiempos, antes de darse cuenta de que además, y sobre todo, estaba borracho. No hacía ni una semana que se había enterado de que su mujer había muerto de una neumonía en el penal de Ocaña, donde ni siquiera sabía que estuviera presa, porque no había preguntado por ella, ni por su hija, desde que se marcharon. Si no se lo dijo a Julio no

fue por ahorrarle el disgusto, sino porque le dio vergüenza enredarse en explicaciones embarazosas delante de un extraño vestido con una camisa azul. Eugenio tampoco hizo preguntas. La perspectiva de la caja de reclutamiento era demasiado excitante como para echarla a perder con una conversación incómoda sobre el anciano arruinado y borracho al que acababa de conocer.

En aquella época, Julio Carrión González ya no se acordaba de su madre todos los días, pero su recuerdo, ráfagas esporádicas e intensas de la dulzura, el calor perdido, le seguía doliendo. Aunque el mundo se había retorcido sobre sí mismo hasta el punto de hacerle olvidar lo inolvidable, desterrando el pasado reciente a un territorio incierto, fronterizo, donde los colores eran cada día más pálidos, tan tenues como esa luz ficticia que alumbra las historias que nunca sucedieron más allá de la imprecisa imaginación de un niño fantasioso, sus ojos recuperaban contra su voluntad a Teresa González en los ojos, las manos, los gestos, los cuerpos, la voz de otras mujeres, madres jóvenes con hijos adolescentes que andaban por la calle sin saber que sus siluetas, la diferencia de su estatura, la distancia que separaba sus cuerpos en movimiento o ni siquiera eso, una caricia apresurada, determinada forma de mirarse, de sonreír, le sumergían en una orfandad insoportable, instantánea. En esos momentos, Julio Carrión, que siempre quiso a su madre, se odiaba a sí mismo por su debilidad, la incapacidad para respetar sus propias normas, el vacío triunfante, brutal, que asfixiaba su memoria cuando todo iba bien, cuando podía quererse a sí mismo sin dejar de querer a Teresa porque lograba no acordarse de ella, vivir en un mundo donde ella nunca había vivido, donde nunca había sido la mujer que fue, ni él su hijo. Y sin embargo, Teresa González había existido. Y Julio, que seguía siendo su hijo, no tardaría mucho en descubrir que no era el único que lo sabía.

—¿Qué tal?

—De puta madre —Julio sonrió a la sonrisa de Romualdo, dos hileras de dientes tan blancos que se distinguían en la oscuridad de la noche sin luna—. ¿Y tú?

—También.

Los dos se echaron a reír a la vez mientras el Casi, aquel sevillano que había disparado su fusil en Orleáns contra un primo andaluz de Pepe Stalin, reclamaba silencio en un susurro histérico, aterrado.

—¡Callaos, joder! —y sólo volvió a hablar cuando ya habían recorrido la mitad del camino que separaba su campamento del campo de las prisioneras polacas—. Anda que, como nos pillen, se nos va a caer el pelo.

—Y eso sin tener en cuenta —añadió Julio para Romualdo, que iba andando a su lado, tan relajado como él—, la bronca que me va a echar tu hermano...

Entonces, tan cerca del campamento como para que ninguna patrulla pudiera establecer con certeza el propósito de su escapada, el Casi ya se atrevió a reírse con ellos.

—Bueno, ¿cómo os ha ido? —el centinela al que habían sobornado para poder salir, les sonrió después de guardarse en un bolsillo la otra mitad del precio acordado —. ¿Y las polacas qué, cómo son?

—¿Pero qué polacas? —Julio se le quedó mirando como si no le hubiera entendido—. Si sólo hemos salido un rato a que nos dé el aire.

—Sí, ya —el centinela le dedicó una sonrisita irónica—. Seguro.

—Pues sí, seguro —Romualdo fue más tajante—. ¿Qué pasa? A ti te lo vamos a contar, no te jode...

La de Julio no era muy joven, pero sí bastante guapa. Tenía el pelo castaño, casi rojo, los ojos claros y los hombros anchos, un esqueleto grande, voluminoso, que contribuía a disimular su exagerada delgadez. Eso bastaba para hacerla deseable frente a las mujeres más pequeñas, de huesos cortos y aspecto frágil, ningún recurso para aliviar la menudencia de sus cuerpos consumidos, sus sonrisas demacradas, la apergaminada sequedad de las manos que tendían con desesperación hacia esos soldados nuevos, que sonreían sin entender una sola palabra de las que escuchaban, y no eran altos, ni rubios, ni alemanes, pero les daban lo que llevaban encima, chocolatinas, fruta, pan y hasta tabaco.

—¡Aquí hay mujeres! —la noticia corrió de boca en boca el mismo día que llegaron a Grafenwöhr—. Pero un montón, ¿eh?, un campo lleno...

Aquella tarde, mientras desembalaban el equipo del ejército alemán y se partían de risa probándose por encima del uniforme las camisetas de franela que les llegaban hasta las rodillas y los calzoncillos largos que podían atarse muy bien debajo de las axilas —¿y esto qué es?, ¿y para qué queremos tantos cepillos?, ¿alguien sabe para qué sirven estas cajitas de plástico?, para guardar la dentadura postiza, serán, ¿y estas tiras de tela?, ¡para tu mata de pelo!—, se enteraron de que eran prisioneras, polacas, y de que el mando alemán había prohibido cualquier clase de contacto con ellas, incluso a través de las rejas que rodeaban el recinto. Las penas previstas eran muy graves, y eso lo entendieron tan mal como la exagerada cantidad de cepillos que acababan de recibir. Por eso, y pese a que el simple hecho de acercarse al campo de las polacas se consideraba un delito, infringieron la norma desde el primer día, y aprovechaban el rato que la instrucción les dejaba libre por las tardes para dar un rodeo y llegar por el camino más largo, más seguro, hasta las alambradas tras las que serpenteaba un tumulto de manos extendidas. Los oficiales españoles optaron por no dar importancia a aquella travesura a la que Julio y Eugenio se apuntaron desde el primer momento, sin sospechar que su desenlace les distanciaría por primera vez.

—¿Qué te ha dicho? —una tarde, el Casi, otro habitual de aquellas expediciones, se dirigió al mayor de los Sánchez Delgado con ansiedad mal disimulada, cuando le vio apartarse de la reja por la que había estado hablando un buen rato con una prisionera.

—Pues no sé qué decirte —Romualdo se rascó la cabeza—. Entre que ella no habla bien francés y yo tampoco... Si el empollón este quisiera echarnos una mano...

Julio se dio cuenta de que estaba hablando de Eugenio, pero su amigo ni siquiera volvió la cabeza, y siguió andando al lado de Pancho, Francisco Serrano Romero, un chico extremeño, muy callado, que parecía mayor de los diecinueve años que tenía y era el más generoso de todos con las polacas.

—¿Y contigo qué pasa, que no comes? —le había preguntado Romualdo una vez, al ver que todos los días se guardaba en los bolsillos el pan, la fruta y cualquier otro alimento limpio y fácil de transportar.

—Poco —Pancho se encogió de hombros, como si no tuviera nada más que decir —. Es que en mi pueblo —añadió después de un rato— no tenemos costumbre de comer mucho.

Y entonces, todos, incluido él mismo, se echaron a reír.

Julio y Eugenio se habían acostumbrado ya a la compañía de aquel adulto prematuro, a quien no le interesaba hablar de nada que no fuera la propia guerra, el número de soldados de cada regimiento, el nombre de sus oficiales, su historial, sus planes de combate, y que por eso no solía despegar los labios mientras iban y volvían andando del campo de las polacas. Los labios de Eugenio no fueron más generosos que los suyos aquella tarde, mientras su hermano y el Casi cuchicheaban en voz baja.

—¿Y vosotros, qué? —Julio abordó por fin a Romualdo cuando se cansó de que su amigo respondiera a todas sus preguntas moviendo la cabeza en la misma dirección—. ¿Vosotros tampoco vais a contarme qué pasa?

—No, porque no pasa nada —pero entonces se le quedó mirando, se acarició la barbilla, se paró—. Oye, Julito, ¿tú hablas francés?

—Un poco.

—¿Cómo de poco?

Aunque hacía mucho tiempo que no lo practicaba, el mismo que llevaba sin ver a su madre, hablaba bastante bien, y por eso fue él quien sostuvo la parte más delicada de la negociación, la que no se podía resolver con muecas y gestos universales. No fue muy complicado. Las polacas no querían dinero, allí dentro el dinero no les servía de nada, y para ellos era muy fácil comprar jabón, colonia y sobre todo comida, la moneda de cambio más valiosa dentro del campo. Además de pagar a las mujeres que eligieran, tendrían que sobornar a las presas de confianza que patrullaban de noche y a otras que se comprometían a tener entretenidos a los centinelas alemanes de la puerta principal mientras ellos entraban reptando por una especie de gatera para suministros, pero el precio era muy barato. En total, las polacas no les costaron ni la mitad de lo que el centinela español les pidió por dejarles entrar y salir del campamento sin delatarles.

—Bueno, pues ya sólo falta una cosa —Julio le pasó a Romualdo una lista con las

exigencias de las prisioneras y la fecha de la siguiente luna nueva.

—¿Cuál?

—Que yo me apunto.

Eugenio no vio los abrazos, ni escuchó las risotadas con las que su hermano y el Casi acogieron a Julio Carrión en su flamante fraternidad masculina, pero lo intuyó sin demasiado esfuerzo y todos se enteraron muy pronto, cuando se encaró con ellos al volver del campo, pocos días después.

—Lo vais a hacer, ¿no? —les miró, uno por uno, y ninguno de los tres dijo nada —. ¿Tú también, Julio? ¿Y cuándo? ¿Mañana, que no hay luna? ¡Qué bien, qué machos sois, joder!

—Cállate, Eugenio.

—No me da la gana de callarme, Romualdo, y tú no eres quién para darme órdenes. Ahora menos que nunca.

—Ya salió —su hermano forzó una carcajada que subrayó su desprecio—, el pardillo de comunión diaria.

—No es eso, imbécil. No hace falta ser de comunión diaria para que a cualquiera le dé asco lo que vais a hacer con esas pobres polacas que están ahí encerradas, en un país extranjero, solas, presas, muertas de hambre...

—¡Eh, eh, eh! Alto ahí —Romualdo se pegó a Eugenio para hablarle desde muy cerca—. Te recuerdo que esas mujeres son enemigas del pueblo alemán, hermanito. Ten cuidado, no vaya a tener que denunciarte por desafecto... —en ese momento, el Casi se echó a reír, y al volverse para mirarle, Romualdo se tropezó con los ojos de Pancho—. ¿Y a ti qué te pasa, por qué me miras así?

—No me pasa nada —él contestó con mucha calma—. Pero creo que tu hermano tiene razón.

—¡Ah! Mira... —Romualdo se rió—. ¡Si tenemos aquí a otro de Acción Católica!

—Con tanto ayuno —apostilló el Casi—, no me extraña.

Aquella tarde, la cosa no fue más allá. Julio, que compartía el diagnóstico de Romualdo y no se paró a pensar que la actitud de su hermano pudiera transcender de una observancia obsesiva del sexto mandamiento, evitó a Eugenio aquella noche, y procuró no quedarse a solas con él al día siguiente. Después, cuando logró deslizarse en su cama sin contratiempos, el olor de aquella mujer impregnando aún su piel y su memoria, se sentía tan poderoso, tan satisfecho, que se despreocupó de todo lo que no fueran los guiños, las sonrisas, los comentarios maliciosos y las expresiones de admiración con las que sus compañeros celebraron la hazaña nocturna que, a la hora de cenar, ya era incluso conocida por algunos oficiales que meneaban la cabeza al verlos con un gesto mixto de escándalo y simpatía, benevolente, comprensivo pese a las advertencias de que aquella aventura no se podía repetir. Mientras tanto, Eugenio se comportó como si no le conociera, hasta que Julio se cansó, y decidió abordarle en

el tren que solían tomar los domingos para pasar en Nuremberg su tarde libre.

—Dime una cosa, Eugenio —y antes de que Pancho pudiera adelantarse, se deslizó en el asiento contiguo al que ocupaba el menor de los Sánchez Delgado—. ¿No piensas volver a hablarme en tu vida o qué?

—Pues... —Eugenio le miró un instante con atención, como si acabara de conocerle, antes de volver la cabeza hacia la ventanilla—. Muchas ganas no tengo, la verdad.

—¿Y por qué? Es que no entiendo por qué. ¿Qué te crees, que la traté mal, que me porté mal con ella? Pues te equivocas, porque fue al contrario. Le llevé jabón, patatas, manzanas, chocolate y hasta un bote de colonia. Ahora debe de ser la mujer más feliz del campo.

—¿Pero tú...? —Eugenio se volvió hacia él tan deprisa que estuvo a punto de perder las gafas—. ¿Qué clase de persona eres tú, Julio? ¿Qué te has creído tú que es el mundo, joder? Esa mujer se ha jugado la vida, ¿te enteras?, se ha jugado la vida por tus manzanas, y tus patatas, y...

—Nadie la obligó.

—¿Nadie? ¡La has obligado tú, tú y el cabrón de mi hermano, y el otro cabrón! Las habéis obligado porque están desesperadas, tan desesperadas como para jugarse la vida por tres putas manzanas. Si os llegan a pillar, a vosotros os habría caído una bronca y tres días de arresto, pero a ellas las habrían matado, las habrían ejecutado, porque son prisioneras de guerra, ¿está claro? Yo... —Eugenio se calló, le miró, negó con la cabeza—. Yo no lo entiendo, Julio. De Romualdo sí, porque Romualdo es un animal, siempre lo ha sido, pero tú...

—¡Joder, Eugenio! —pero Julio Carrión estaba más asombrado que ofendido—. ¿Qué pasa? No es tan grave, creo yo. ¿No eres tan patriota, tú? Pues nosotros no somos alemanes, no somos como ellos, ni falta que hace. Y además, sólo hemos echado un polvo, joder, un polvo, no le hemos hecho daño a nadie. Será pecado, no te digo que no, pero ha sido bueno para nosotros y bueno para ellas, también... Estoy empezando a pensar que tu hermano tiene razón, porque... Vamos a ver, ¿tú de qué parte estás?

—¡Mira, imbécil! —Eugenio levantó la voz mientras le señalaba con el dedo, la yema del índice rozando la nariz del interpelado, que nunca le había oído insultar a nadie ni había imaginado que fuera capaz de tanta violencia—. Te voy a decir una cosa de una vez y para siempre. No te atrevas a dudar de mí, nunca, jamás, porque yo sé muy bien de qué parte estoy. Lo sé mucho mejor que tú, mucho mejor que nadie, ¿me oyes? Mejor que nadie. Yo estoy a favor de la civilización, a favor de la verdadera revolución social, a favor del estado nacional-sindicalista, y en contra del comunismo, que no es más que barbarie inhumana, crimen, locura, desprecio de Dios y de los hombres. ¡Estoy a favor de la civilización y por eso mismo estoy en contra

de vosotros! hizo una pausa para volver a colocarse bien las gafas y siguió hablando en un tono más sereno—. Ya sé que se están cometiendo errores y que seguirán cometiéndose, porque nuestra tarea no es fácil, porque el enemigo es poderoso. A lo mejor, las mujeres con las que os acostasteis el otro día son comunistas, fueron comunistas, pero eso no me importa. Lo que hayan sido antes, fuera del campo, no me importa. Y no digo que no haya razones para tenerlas encerradas. Lo que digo es que sólo me importa lo que son ahora, unas pobres mujeres, solas, presas y desesperadas. Y que no hay derecho a que hayáis abusado de ellas de esa manera.

En aquel momento, Julio Carrión González se levantó de su asiento y creyó que había perdido un amigo, un aliado, que Eugenio nunca volvería a tener confianza en él. No lo entendía, no podía comprender aquella postura exagerada, puritana, histérica, de raíces misteriosamente femeninas y tan extravagante que ni siquiera llegó a arañar su espíritu, a sembrar en él la menor duda, ni un solo indicio de desazón o de arrepentimiento. Las razones por las que le preocupaba perder el favor de Eugenio eran de otra naturaleza. Julio no se sentía seguro, y la compañía de aquel chico de misa diaria y lealtad indudable, honesto, bondadoso, y sin otros amigos que Pancho y él, se había convertido en una garantía. Aquella tarde, en el tren de Nuremberg, pensó que la había perdido para siempre, pero la guerra aún no había comenzado para ellos.

A finales de agosto, cuando emprendieron su extraño y extenuante viaje hacia el frente, nueve días en tren y más de treinta andando, haciendo casi cuarenta kilómetros diarios con sus implacables botas nuevas, la aventura de las polacas quedó atrás, fue perdiendo poco a poco color, relieve, como cualquier otro episodio del pasado reciente, aquellos alegres y dorados días de Grafenwöhr que se deshilacharon, como hebras de un sueño ficticio, en las cunetas de una pesadilla interminable. El cansancio desbordó pronto los límites de la tortura física para embotar progresivamente sus sentidos, y llegó a pesar como una losa grave, premonitoria, sobre las heroicas expectativas de quienes se habían integrado en el ejército más poderoso del mundo para descubrir a traición que los ferrocarriles y los camiones no cubrían ni la mitad del trayecto de su entusiasmo.

Eugenio no lo concebía, como no podía concebir que les privaran de la gloria de entrar en Moscú, ni que a cambio les enviaran al norte, mientras que los voluntarios letones, mucho más acostumbrados a soportar el frío, hubieran sido destinados a Ucrania. Para vencer esta continua cadena de decepciones y combatir el agotamiento que minaba las fuerzas de su cuerpo frágil, delicado, en una proporción más cruel que la que padecían los demás, el pequeño de los Sánchez Delgado se rearmó a sí mismo de doctrina. Sus ojos recuperaron la llama incendiaria del fanatismo simple, primario e incontaminado, que había paseado por Madrid cuando Julio lo conoció, y se cerraron ante todas las estrellas amarillas que marcaban, como el hierro de una

ganadería, el pecho de los miles de judíos con los que se cruzaron en Grodno, en Vilna, en Minsk. Julio le vigilaba en silencio, espiando cualquier signo de contrariedad o de desacuerdo, y sabía que aquel espectáculo no podía gustarle, porque no le gustaba a nadie, ni siquiera a él, pero no volvió a escuchar una sola palabra acerca de los pequeños errores que exigen las grandes causas.

Entonces, mientras su amigo fingía un aplomo, una serenidad que no podía sentir, Julio Carrión se dio cuenta de hasta qué punto era honesto Eugenio Sánchez Delgado, que cuando empezó a despreciarse a sí mismo volvió a tratarle como a un viejo amigo, un camarada, cayendo en el error de pensar que no era mejor que él. Hasta que, a finales de octubre, instalado ya a orillas del río Voljov, descubrió que sus precauciones, el estado de alerta permanente que se impuso a sí mismo desde que salió de Madrid y que le había obligado a pensar dos veces cada palabra antes de decirla, habían sido tan excesivas como la monjil moralidad de Eugenio.

—Es bonito esto, ¿eh?

Aquel comentario le pilló desprevenido en la primera guardia que compartieron. Nunca habría sospechado que Romualdo fuera tan sensible al paisaje, pero era cierto que aquella ribera de árboles frondosos, que agitaban sus ramas con pereza para filtrar la luz sutil, cansada, de un atardecer otoñal, era un lugar bonito.

—Sí que lo es —Julio lo afirmó en voz alta—. Sobre todo ahora, cuando no se mueve nada.

Ninguno de los dos podía imaginar aún cómo llegarían a odiar aquel río plácido, sereno, que pronto se convertiría en un foso infranqueable, un horizonte detestable y perpetuo, su particular frontera del infierno.

Allí, al otro lado, estaban los rusos, que hasta aquel momento no habían hecho más que replegarse, retroceder sin pausa, abandonar ciudades y aldeas, las torres de Novgorod, elegantes, esbeltas, venerables, tan desprotegidas como esas casas rectangulares y chatas, de paredes de madera y techo apuntado, que a Julio le recordaban las casitas de corcho que se suelen poner en los belenes, y que habían ido dejando atrás al atravesar una infinidad de aldeas donde tampoco nadie les había salido al paso. Así habían llegado hasta el Voljov, aquel río tranquilo, ni muy pequeño ni demasiado caudaloso, con riberas verdes y árboles altos, un lugar bonito para descansar, para disfrutar del sol o tumbarse sobre la hierba, pero un río más, sólo un río, que podría haber sido cualquiera excepto por el detalle de que los rusos lo habían escogido para pararse.

Aquella tarde, mientras miraban a su alrededor con interés, como si no dudaran de que lo iban a perder de vista muy pronto, los dos estaban seguros de que la estabilización del frente era circunstancial, transitoria. Si los rusos habían corrido tanto antes de que llegaran, parecía lógico suponer que correrían más deprisa ahora que ya estaban aquí. Ésa era la opinión generalizada entre sus compañeros y Julio no

la discutía, aunque de vez en cuando se acordaba de cuánto había corrido el contador de aquel taxi que Franco iba a coger para llegar a la Puerta del Sol sin pagar más que cuatro cincuenta.

—A saber adónde nos mandarán ahora —comentó Romualdo, los ojos fijos en las hojas de los árboles, que seguían jugando al escondite con el último sol—, cuando crucemos el río.

—A Leningrado, ¿no? —supuso Julio—. Estamos al lado.

—Sí. Aunque a mí me gustaría más ir a Moscú.

—Eso mismo dice tu hermano.

Romualdo no comentó la coincidencia y volvió a concentrarse en la belleza del río. Pero un instante después sonrió, ensanchó su sonrisa hasta convertirla en una carcajada, y se giró hacia Julio para mirarle de frente.

—Has dicho Leningrado...

—Sí, bueno, es como se llama, ¿no?

—No. Los alemanes la llaman Petersburgo, y se supone que nosotros también.

—Claro, sí, pero... —Julio ya tenía una bola en la garganta, un hueco en el estómago y una especie de blancura insoportable, helada, entre las cejas, cuando su compañero le tranquilizó con una carcajada y una palmada en la espalda.

—¡No te asustes, hombre! Si yo lo sé. Lo sé todo —Julio, que no sabía qué era lo que Romualdo sabía exactamente, se limitó a sonreír mientras notaba el corazón en el cielo del paladar—. ¿Qué te crees, que iba a fiarme del idiota de mi hermano? Pues sí, estaríamos buenos... Yo no soy una monja de la caridad, como Eugenio, y por eso me informé, hice preguntas, y me enteré de que tu madre es roja. Pero los camaradas de Torrelodones me contaron que tu padre no, que es de los nuestros, y que tú te quedaste con él en vez de irte con ella. Así que, ya ves, lo sé todo. Y no me sorprende, no creas. Nosotros también tenemos un hermano rojo, Manolo, el que está entre Arturo y yo. ¿Eso no te lo ha contado Eugenio?

—No —Julio volvió a sonreír, más tranquilo—. No tenía ni idea.

—Pues sí, hombre, sí, rojo perdido, mi hermano Manolo... Dibujaba muy bien, desde pequeño, ¿sabes? Le dio por estudiar Bellas Artes, por querer ser pintor, se hizo amigo de todos los maricones de Madrid, se echó una novia universitaria, y a las primeras de cambio se largó a Peguerinos, a freírnos a tiros. Ahora está en México y, por lo que dicen, igual me lo acabo encontrando aquí, luchando ahí enfrente... —y se echó a reír, como si todo le pareciera muy gracioso—. ¡Joder! Así es la vida. No sé por qué, pero la verdad es que pasa hasta en las mejores familias. Total, que si quieres llamar Leningrado a Petersburgo, igual que tu madre, allá tú. Yo sé que eres de fiar, y no voy a irle a nadie con el cuento, aunque, por tu bien, te aconsejo que cambies de vocabulario. Y ahora saca la baraja, anda, a ver si te pillo el truco ese del siete de bastos...

En aquel momento, mientras barajaba las cartas con sus dedos limpios, expertos y tramposos, Julio Carrión González sintió un alivio tan profundo que se parecía a esa paz que no había vuelto a sentir después de los once años. Pero el bienestar que le inundó por dentro como una droga, una bebida narcótica y caliente, no le impidió aprender algunas cosas que le serían muy útiles durante el resto de su vida.

La primera era que tenía suerte, que la voluble benevolencia del azar, su voluntad compleja, caprichosa, más inestable que nunca tras el enloquecido periplo de su adolescencia, había intervenido a su favor con la incondicional parcialidad de una madre. Lo había intuido otras, muchas veces, pero ahora estaba seguro, él tenía suerte. Lo demás podía imaginarlo. Romualdo Sánchez Delgado lo había conocido, había sospechado, había preguntado por él, su hermano le habría contado que era de Torrelodones y allí, en su pueblo, que había aguantado hasta el final, donde todos los falangistas se habían pasado o habían vivido tres años metidos dentro de un armario, don Pedro, el cura, habría recordado en voz alta la historia de Teresa González, la roja adúltera que se fugó con el maestro de Las Rozas y a la que su primogénito, leal a su padre, no quiso acompañar. Y Romualdo se había dado por satisfecho porque, y ésa era la segunda cosa que Julio Carrión aprendió a orillas del Voljov para no olvidarla jamás, los más listos también eran tontos, o al menos podían comportarse como tales cuando tenían delante a alguien más listo que ellos. Él lo era, y por eso, en lugar de relajarse, comprendió que, al margen de sus consideraciones anteriores, nadie regala nunca nada, y que por cada Eugenio Sánchez Delgado que nace en este mundo, en cada familia ha nacido antes un hijo mayor igual que Romualdo. Ni la suerte ni la inteligencia le resultarían útiles si se limitara a confiar en ellas, porque la única elección afortunada, inteligente de verdad, consistía en no fiarse ni siquiera de sí mismo. Y eso fue lo más importante que aprendió en aquella guardia.

A partir de aquel momento, Julio Carrión González ya se atrevió a pensar en su futuro, a planificar la vida que le esperaba, la que corresponde a un héroe victorioso que no tiene nada que ocultar, nadie de quien esconderse. Su padre recibía en su nombre, cada mes, su doble paga de soldado, la española y la alemana, ésa era la norma que ningún divisionario podía eludir. Su aventura servía para incrementar los ingresos en divisas de un país por el que no luchaban aunque fuera el suyo, pero Benigno le había prometido guardarle el dinero y Julio estaba seguro de que cumpliría esa promesa, porque tenía de sobra para vivir. Así, en los contados días buenos de aquel otoño breve y traidor, Julio se vio a sí mismo paseando por la Gran Vía a una mujer imponente que taconeaba como si pretendiera romper la acera en cada baldosa, pero aquella ensoñación duró muy poco. Después, cuando se quedó sin tiempo para soñar, sólo pudo pensar en salvar la vida.

Todo se desmoronó muy deprisa, se vino abajo como un castillo de naipes. A mediados de octubre, los termómetros ya no remontaban los cero grados, los equipos

de invierno no alcanzaban para todos, el ejército alemán dejó de avanzar, el ejército ruso no retrocedió un milímetro, y para cruzar el Voljov sólo se despachaban billetes de ida y vuelta.

En una de aquellas ofensivas que nunca llegaron a completarse antes de que sobreviniera la correspondiente orden de retirada, mataron al Casi y todavía no había empezado noviembre. Aquel día, ante su primer cadáver, su primera víctima, Julio comprendió lo que era la guerra mientras Eugenio lloraba sin hacer ruido y Romualdo inauguraba a voz en grito el coro de las blasfemias. ¡Joder, estos hijos de puta, parece que nos estaban esperando a nosotros, justo a nosotros, me cago en la hostia! Eso decían, y al principio se consolaban, pero cada noche hacía más frío, cada día tenían más bajas, cada mañana eran más los que despertaban del sueño de la gloria, los que habían dejado de entender qué se les había perdido a ellos allí, tan lejos de casa. ¡Pero qué General Invierno ni qué niño muerto! ¿Qué pasa, que a los alemanes, con lo listos que son, no se les había ocurrido que aquí hace frío en diciembre? ¿Y Napoleón qué? ¿Es que eso no se lo han estudiado, los muy gilipollas? Desde luego, hay que joderse... Cada vez hacía más frío, cada vez tenían más bajas y menos cuidado con lo que decía cada uno, con lo que decían los demás. Bastante tenían con no morir, con no caer heridos, con no dormirse. Con eso se daban por satisfechos, porque en eso se había convertido la guerra para ellos.

—Júrame una cosa, Julio —Eugenio le habló con un hilo de voz, los ojos húmedos—. Si me congelo, no dejes que me corten las piernas, no les dejes, júramelo. Aunque me gangrene, aunque me muera, aunque los alemanes te prometan que me van a poner unos hierros de esos con los que se puede andar, no te dejes convencer. Júrame que no vas a dejar que me corten las piernas. Mi madre no podría soportar a otro hijo sin piernas, ¿sabes? Romualdo y yo hemos estado hablando de eso. Y los dos preferimos morirnos antes.

—Lo que te juro —hacía mucho tiempo que Julio Carrión González no lloraba, y sin embargo, se le llenaron los ojos de lágrimas sin su permiso— es que no te vas a congelar, Eugenio. No nos vamos a congelar ninguno de los dos, te lo juro.

Aquel día faltaba poco para Navidad y el frío había vuelto a morder los termómetros. A más de cincuenta grados bajo cero, los últimos defensores del pueblo de Possad, la posición más avanzada que Julio Carrión llegaría a pisar al este del Voljov, volvían sobre sus pasos hacia la orilla oeste. Aquel fracaso dolía más que los anteriores, porque habían llegado más lejos, y habían aguantado más tiempo, y habían pasado más frío, y habían tenido más bajas que nunca. Y no había servido de nada.

Allí, en el infierno de la ribera oriental, diciembre había empezado a cosechar sus propias víctimas entre aquellos hombres ajenos, hijos de otra tierra sembrada con vides y con almendros, con olivos y naranjos, que morían de cansancio y de estupor, la incredulidad de estar vivos en aquella inmensidad helada, perpetuamente blanca,

donde luchaban contra dos enemigos, uno feroz, pero visible, y otro más artero, más cruel, del que ningún ejército podía defenderlos. El sueño mataba a traición, en silencio, con dulzura, como el abrazo de una mujer hermosa. Mientras la nieve caía con la tierna mansedumbre de una mentira fácil de creer, y su color inmaculado se infiltraba en la espesura de un silencio absoluto, el enloquecedor silencio ruso, los hombres extranjeros avanzaban a través de una blancura húmeda y perversa que borraba los caminos, y torcía los destinos, y cargaba cada pierna con el peso de una agonía interminable. Entonces era fácil ceder, parar, rendirse, apoyarse un momento en un árbol, sentarse un momento en una roca, apartarse un momento del camino para descansar, y era sólo un momento, tan breve, tan dulce, tan placentero como la tentación del sueño, como el abrazo de una mujer hermosa, como el crujido de unas sábanas limpias en la cama caliente de la infancia, como cerrar los ojos para no ver la monstruosidad de aquella belleza asesina. Así llegaba la muerte, en un momento. Los que tenían la suerte de que algún compañero se les adelantara, y les echara de menos a tiempo de despertarles, pagaban el sueño con los pies, con las piernas, o con una ceguera súbita que les hacía gritar como locos aunque supieran que quizás no habían perdido la vista para siempre.

El pánico a congelarse volvió a unir a Julio y a Eugenio en los peores días de aquel invierno. Porque enero, que los encontró atrincherados en la ribera occidental del Voljov, fue más frío que diciembre, y su tributo de mutilaciones y gangrena les daba más miedo que las balas enemigas, aquellas balas que al rasgar el aire sobre sus cabezas hacían un ruido semejante al graznido de un pájaro extraño, en la desolación absoluta del mundo sin pájaros que les rodeaba. Aquel invierno estaba siendo el peor del último siglo, decían, pero eso no les consolaba. Les reconfortaba más su confianza recíproca, el pacto de vigilarse mutuamente al que Pancho se sumó enseguida, para hacer más llevadera la tarea de despertarse a cada rato y comprobar que el que estaba de guardia no se había dormido. En febrero aflojó el frío y se multiplicaron los congelados entre los incautos que pensaron que total, ya, a veinte bajo cero no había nada que temer, pero ellos se mantuvieron alerta hasta que llegó el deshielo. Entonces, los piojos, relegados por la nieve a un discreto segundo lugar, recuperaron una posición privilegiada entre los afanes que compartían.

—¡Hay que ver! —se quejaba Eugenio—, que nos congelemos nosotros y no se congelen estos cabrones, con lo pequeños que son...

Pancho, que era muy mañoso, había fabricado una especie de pinzas de depilar con dos trozos de hierro y un muelle de alambre. Con ellas, sacaban los piojos de las costuras de la ropa cuando terminaban de despiojarse ellos mismos, pero aquella batalla estaba tan perdida como la travesía del Voljov, y al rato volvían a sentirse incómodos en sus guerreras mientras el menor movimiento despertaba un crujido que les advertía de que las costuras que acababan de limpiar ya volvían a estar negras de

parásitos.

—¡Joder! Parece que hemos venido a luchar contra éstos y no contra Stalin, coño...

Los rusos, el invierno, los piojos.

Cuando aparecieron las primeras señales de la primavera, Julio Carrión González ya no estaba muy seguro de haber acertado, pero aún no dudaba de la victoria. El invierno había sido desastroso para los alemanes, pero los rusos ya habían perdido ese aliado y ahora la lucha cambiaría de signo, a la fuerza tendría que cambiar.

Él repetía lo que escuchaba y se alimentaba del entusiasmo con el que sus compañeros aprobaban sus palabras, como si no fueran idénticas a las que ellos mismos acababan de pronunciar. En cualquier otra época de su vida, Julio Carrión se habría reído por dentro de la ingenuidad sin condiciones de aquella voluntariosa y eufórica epidemia, pero la guerra le había despojado con sus dedos sencillos, despiadados, de su cómodo abrigo de cinismo. Ya no estaba muy seguro de haber acertado, y se dolía de su propia ingenuidad, la avidez con la que se había tragado el anzuelo de la guerra relámpago, esa confianza que ahora le parecía más que inverosímil, más que imposible, en que los alemanes iban a hacer todo el trabajo, a extender una alfombra gloriosa sobre la que ellos entrarían en Rusia como si hubieran ido a dar un paseo. No podía creer que eso hubiera sucedido, pero aún lo recordaba, recordaba las palabras de la madre de Eugenio, no vais a la guerra, sino a la victoria, y la mirada turbia de su padre cuando él las repitió, sílaba a sílaba. Ahora, Madrid estaba tan lejos, Mari Carmen estaba tan lejos, su sucio empleo de mecánico estaba tan lejos, y la muerte tan cerca, que no lograba entender cómo había podido equivocar de esa manera la densidad, la naturaleza, la categoría de los peligros que le acechaban.

En la primavera de 1942, Julio Carrión aún no dudaba de que los suyos iban a ganar, pero no pensaba en la victoria, sino en su supervivencia. Eso, seguir estando vivo, llegar vivo al final, era lo único que le preocupaba. No le gustaba la guerra, la vida de soldado, pero obedecía las órdenes que recibía, sin excesiva pereza ni demasiada diligencia, porque calculaba que la indisciplina podía salirle tan cara como el heroísmo. Cuando tocaba avanzar, no iba en la primera línea pero tampoco en la última, cuando retrocedían, nunca era ni de los primeros ni de los últimos que salían corriendo, y cuando los organillos de Stalin, unos camiones cargados con baterías artilleras tan potentes que sus tubos recordaban a los de los órganos de las iglesias hasta que empezaban a disparar todos a la vez, tocaban la música de aquella guerra, se tiraba al suelo unos segundos antes de que se lo ordenaran, pero sólo unos segundos. Pretendía camuflarse en la mediocridad de la tropa, convertirse en un hombre gris, ni cobarde ni valiente, ni admirable ni despreciable, un soldado más, sin señas particulares de ningún tipo, y sin embargo en Possad luchó como una fiera,

como un suicida, como el héroe que jamás había pretendido ser. Luchaba por él, por su propia vida, porque cada minuto de supervivencia en aquella posición cercada alargaba en un minuto las expectativas de su rescate, porque eran pocos, porque estaban solos y no había nadie cerca en quien delegar la responsabilidad de su salvación. Luego le condecoraron, pero mientras fingía el orgullo y la emoción que leía en los ojos de Eugenio, sólo pensaba que durante los dos o tres meses siguientes, no tendría por qué presentarse voluntario para ninguna misión.

No lo hizo, y sin embargo el deshielo le castigó tanto como a los demás, y él también llegó a echar de menos la nieve mientras chapoteaba en una ciénaga imprevista, donde la altura del barro superaba el nivel de sus rodillas y las piernas le pesaban más que nunca. El General Primavera sucedió con implacable puntualidad al General Invierno para convertir cualquier desplazamiento, por breve que fuera, en un tormento, cada paso una pírrica y esforzada proeza que no lograba impulsar las ruedas de los carros, esos cañones que tenían que levantar casi a pulso para que volvieran a atascarse antes de que hubieran recuperado el aliento. Entonces, cuando ya no les daba tiempo a insultar a sus aliados para consolarse, porque la guerra les había convertido en leñadores, en carpinteros, en peones de la construcción de los caminos de troncos atados con cuerdas a los que el mando alemán tuvo que recurrir para hacer transitables los senderos que el barro había inutilizado, hasta Eugenio Sánchez Delgado empezó a perder la fe.

—Yo no lo entiendo —decía—, y éstos... ¿Por qué no nos ayudan? Tú fíjate, los que viven en esa isba, y en aquella otra, y hasta los del pueblo... ¿Es que a ellos no les conviene lo que estamos haciendo? ¿Acaso no van a usar ellos también estos caminos? Y sin embargo, se esconden. Cuando los alemanes van a buscarlos, se esconden.

—Porque los estamos puteando, Eugenio.

—¿Puteando? —y le miraba con el estupor inmaculado de otras veces, un candor que a Julio ya no le sorprendía—. ¿Pero cómo puedes decir que los estamos puteando? Los estamos liberando, chaval, que no es lo mismo, les estamos quitando un tirano de encima, les estamos sacando de la Edad Media...

—¡No me jodas, anda, no me jodas! —la presión de la lucha, del cansancio, de la desesperanza, había hecho encoger la paciencia de Julio Carrión tanto como su prudencia—. Cállate ya, y piensa un poco, coño. Estamos invadiendo su país, nosotros, que somos extranjeros. Eso es lo que estamos haciendo, invadirles, conquistarles, requisar sus animales, comernos su comida, destrozarles las casas, las cosechas... O sea, que les estamos haciendo una putada detrás de otra. ¿Y qué quieres, que encima nos ayuden?

—Por eso no cruzamos el río.

La voz de Pancho, que había asistido siempre en silencio a las variantes casi

cotidianas de aquella conversación, intervino una tarde, por sorpresa y en una dirección imprevisible.

—¿Qué? —Julio preguntó lo mismo, y en el mismo momento que Eugenio.

—Que por eso no cruzamos el río —repitió el extremeño con voz clara, tranquila —. Porque los de enfrente son rusos, igual que estos de aquí, y no es lo mismo conquistar un país que defenderlo. No es lo mismo luchar al lado de tu familia que estar a miles de kilómetros de casa. Da igual que nosotros seamos mejores, más valientes, o que tengamos armas más modernas. Ellos tienen algo que nosotros nunca tendremos.

—Una mala hostia tremenda —concluyó Julio en su lugar mientras se acordaba de Madrid, el contador de aquel taxi que no paraba nunca—. Porque los estamos puteando en su propia casa.

Pancho no malgastó saliva para darle la razón. Se limitó a asentir con la cabeza mientras Eugenio se lanzaba contra el camión que iban empujando con tanta rabia que consiguió moverlo él solo. Julio fue a ayudarle enseguida pero no quiso añadir nada, porque se dio cuenta de que, en aquel momento, por encima de su fervor, de su inocencia, de la inconmovible naturaleza de su ideal, su amigo acababa de pensar por primera vez en la posibilidad de que los rusos ganaran la guerra.

Ese día no le costó trabajo entender a Eugenio, porque a él le había pasado algo parecido. Pancho, que siempre estaba a su lado pero a veces se tiraba días enteros sin despegar los labios excepto para pedir fuego o interpretar el color de las nubes con su filosófica sabiduría de labriego, había llegado muy deprisa a una conclusión que él mismo le había puesto en bandeja sin darse cuenta, desde que Eugenio empezó a quejarse en voz alta de la falta de colaboración de los rusos ocupados. Aquella persistente estupidez le había hecho perder la paciencia muchas veces, pero nunca, hasta que Pancho lo hizo por él, se le había ocurrido conectar la resistencia a cooperar de los rusos de la retaguardia con la potencia del enemigo. Entonces dejó de mirar con una comprensión cercana a la simpatía a los campesinos de los alrededores, cuya aparente pereza no hacía otra cosa que incentivar la moral de sus compatriotas del otro lado del río y de la que Eugenio jamás volvió a quejarse, para no tener que escuchar de nuevo la oscura profecía de aquel amigo que nunca malgastaba saliva en vano.

Y sin embargo, Pancho, que no se llamaba Francisco, sino Luis Serrano Romero, cruzó el Voljov. Lo hizo durante un anochecer de verano, cuando el caudal del río estaba en su nivel más bajo, y lo hizo solo, aunque no pudo evitar que sus amigos lo reconocieran en la sigilosa figura que se dirigía al recodo estrecho, pedregoso, donde las aguas eran menos profundas. Luego comprendieron que ya contaba con eso, porque aquella noche de mediados de julio, había intercambiado la guardia con el pequeño de los Sánchez Delgado, que nunca llegaría a cobrarse la deuda.

—Ése... parece Pancho, ¿no? —cuando Eugenio reconoció su silueta, muy cerca ya de la orilla, se volvió hacia Julio y le dirigió una de aquellas miradas suyas de incomprensión purísima, absoluta, que, por una vez, su interlocutor no fue capaz de resolver—. Pero ¿adónde va? ¿Se ha vuelto loco, o qué?

—No lo sé.

Pancho avanzaba deprisa, sin hacer ruido ni mirar hacia atrás, y ellos no se atrevieron a llamarle, a gritar su nombre, porque era su amigo, su compañero, y no sabían adónde iba, pero sí que no debería estar allí, sino en la chabola de su trinchera, durmiendo. Avisarle era lo mismo que denunciarle, y sin embargo no podían quedarse quietos, con los brazos cruzados, mientras Pancho hacía la guerra por su cuenta. Por eso, como si fueran dos mecanismos sincronizados, dos mitades de una sola cosa, ambos echaron un vistazo a su alrededor, comprobaron que no había nadie cerca, armaron su fusil, lo empuñaron, y se miraron el uno al otro, como si se les hubiera olvidado al mismo tiempo lo que tenían que hacer a continuación.

—¿Qué hace? —y Eugenio ya se atrevió a imaginarlo en voz alta—. ¿Está desertando?

—No —y entonces, en un instante, Julio lo entendió todo—. Se está pasando.

—¿Qué? —Eugenio le miraba con los ojos muy abiertos y un temblor impreciso en el borde de los labios.

—Que se está pasando a los rusos. ¡Vamos!

Echó a correr y Eugenio le siguió sin discutir, como si confiara en un plan que no existía, porque en aquel momento, en la cabeza de Julio Carrión González sólo cabía una idea, aquella conclusión que había elaborado alegremente a partir de la confesión de Romualdo y que ahora se volvía en su contra, los más listos también son tontos, y él el que más. Él era el más tonto de la División entera, porque tendría que haberlo descubierto, tendría que haberlo adivinado, tendría que haber sido capaz de interpretar todos aquellos signos cuyo código conocía de sobra, ahora se daba cuenta, los silencios de Pancho, su estoicismo, el empeño de renunciar a la mitad de su comida para alimentar a las polacas de Grafenwöhr, la impasible disciplina con la que afrontaba la dureza de la guerra sin quejarse jamás, aquel comentario sobre la poca costumbre de comer que tenían los de su pueblo y su luminosa interpretación de la resistencia rusa. Él tendría que haberlo descubierto, tendría que haberlo adivinado, tendría que haber comprendido por qué Pancho se sabía de memoria el número de soldados que tenía cada regimiento, el nombre de sus oficiales, su posición exacta, pero él también era tonto, tonto, tonto, él, Julio Carrión González, que se creía el más listo, que sabía lo que estaba ocurriendo, que lo había oído contar otras, muchas veces. Los rusos tenían intérpretes de español repartidos por todo el sector y era imposible calcular cuántos traidores entraban en el elevado número de desertores que el mando confesaba a regañadientes. Entre los condenados a muerte en consejo de

guerra, había muchos que habían sido capturados mientras intentaban pasarse al enemigo, él lo sabía, y sin embargo, Pancho había sido más listo que él, el más listo de todos. Eso era lo único en lo que Julio Carrión González podía pensar cuando llegaron a la orilla y se encontraron con el cañón del naranjero de Pancho, que les apuntaba desde detrás de una peña.

—No deis un paso más —les dijo sin levantar la voz, con su acento tranquilo, calmado, de siempre—. No deis un paso más si no queréis que os deje fritos aquí mismo.

—No hagas tonterías, Pancho —Eugenio sostenía su propio fusil con manos inútiles de puro temblorosas mientras Julio iluminaba la escena con una linterna—. Vuelve con vosotros y no diremos nada.

—No —y al escucharle, Julio adivinó que se dejaría matar primero—. Entre otras cosas, porque yo ni siquiera me llamo Pancho. Ése es mi hermano pequeño. Me alisté con su nombre, porque con el mío no me habrían dejado venir. Yo me llamo Luis, Luis Serrano Romero, soldado de primera, Compañía de Zapadores, VII Brigada Mixta. Y no tengo veinte años, sino veinticuatro —entonces, sin dejar de apuntarles con la mano derecha, se metió la izquierda en el bolsillo para sacar una carterita de cartón rojo que a Julio le resultó familiar—. ¿Veis? Aquí lo pone. Luis Serrano Romero, afiliado número 93, a 16 de septiembre de 1936, Juventud Socialista Unificada, Villanueva de la Serena, provincia de Badajoz.

Volvió a guardarse el carné en el bolsillo antes de seguir hablando, y Julio se dio cuenta de que nunca le había oído pronunciar tantas palabras seguidas ni había detectado tanta emoción en su voz.

—Desde Villanueva de la Serena, que se dice pronto... Desde Villanueva de la Serena, provincia de Badajoz, que es mi pueblo, con el carné dentro de la bota. Le ha pasado de todo, al pobre. Se ha congelado, se ha descongelado, se ha llenado de polvo, de barro, de arena, de agua... Pero aquí está, hasta aquí ha llegado, hasta aquí hemos llegado los dos. Parece mentira, ¿no?

—Estás loco, Pancho...

—No, Eugenio. Estoy cuerdo, muy cuerdo. Tanto que he levantado el brazo todos los putos días, y todos los días he cantado vuestro puto himno, y me he arrodillado en vuestras putas misas, y he obedecido vuestras putas órdenes, y he jurado vuestros putos juramentos, y me he cagado en vuestros putos muertos, todas las mañanas, todas las tardes, todas las noches, a todas horas, sólo para llegar hasta aquí, para hacer lo que voy a hacer.

—Te has vuelto loco—Eugenio repetía la misma frase en un murmullo atónito, los ojos muy abiertos, mientras Pancho, porque nunca dejarían de llamarle así, seguía hablando con su voz de siempre, sin prestar atención a dos lágrimas que caían de sus ojos, y recorrían su cara, y se secaban solas ante su indiferencia.

—Que no —y en aquel momento, hasta sonrió—, que eres tú el que no entiendes nada. Fíjate si estoy cuerdo que, ahora mismo, como decís vosotros, marcharé junto a mis compañeros. Vivo o muerto. Pero si intentáis matarme, me llevaré a uno de los dos por delante. O a los dos. Soy el mejor tirador de los tres, he hecho otra guerra antes de ésta, ya lo sabéis.

Aquel minuto duró tanto como una vida entera. Eugenio miraba a Julio, Julio miraba a Eugenio, Pancho los miraba a los dos, ellos miraban a Pancho. Los tres sabían qué era lo que Eugenio y Julio tenían que hacer, los tres sabían que nunca lo harían. Julio y Eugenio sabían que Pancho no iba a ser el primero ni el último, que la deserción de un soldado no cambia el curso de una guerra. Pancho y Julio sabían que Eugenio jamás mataría a un amigo. Eugenio y Pancho ignoraban que Julio jamás mataría a nadie que pudiera llegar a serle útil en algún momento, pero en eso, y en la Biblia que le había dado su padre y estaba en el fondo de su morral, era lo único en lo que pensaba mientras Eugenio decidía por los dos.

—Vete —y bajó el fusil con un brazo blando, harto, desarticulado—. Vete, cabrón... Vete, traidor, hijo de puta.

Pancho empezó a cruzar el río andando de perfil, volviéndose a cada paso, sin soltar el fusil, hasta que comprendió que estaba a salvo. Entonces, en tierra de nadie, sobre una piedra que marcaba más o menos la mitad de la travesía, se paró, ató un pañuelo blanco al cañón del fusil, empuñó su carné con la mano derecha, y los miró.

—Yo no soy un traidor, Eugenio —gritó desde allí—. Vosotros sois los traidores. Traidores a vuestro país, a su independencia, a las leyes que juraron defender vuestros generales. ¡Viva la República Española! ¡Viva la gloriosa lucha del pueblo español!

—¡Maldita sea, rojo de mierda! —Eugenio levantó el fusil y estaba intentando apuntar cuando Julio se lo impidió con un manotazo furioso.

—¿Pero qué haces, gilipollas? —y le quitó el arma de entre las manos—. ¿Ahora quieres disparar? Eso habría que haberlo hecho antes, coño, que pareces tonto. ¿Qué quieres, avisar a todo el mundo? ¿Que vengan todos a ver cómo hemos dejado que se escape? Pues sí, para acabar fusilados tú y yo...

Eugenio le dio la razón con la cabeza. La movió dos veces y luego se echó a llorar, y lloraba con tanto desconsuelo, con tanta desesperación, había tanta soledad, tanta tristeza en aquel llanto, que Julio Carrión González volvió por un momento a ser un niño, limpio, ingenuo, transparente, y le abrazó, mantuvo a Eugenio apretado entre los brazos hasta que Pancho llegó a la otra orilla, hasta que su voz, *¡tovarich, tovarich, spanski tovarich,* no disparéis, que me estoy pasando!, se perdió en la distancia.

—Yo me vuelvo, Julio —para Eugenio Sánchez Delgado, que lucharía durante muchos meses en el frente de Leningrado antes de encontrar plaza en un batallón de

repatriación, la guerra se acabó aquella misma noche—. Que le vayan dando a Hitler y a su puta madre... Yo me vuelvo a casa porque no entiendo nada. Tú lo has visto, ¿no? Has visto cómo nos odia. Nos odia a muerte. Y ha sido capaz de hacerse amigo nuestro, de recorrer miles y miles de kilómetros, de luchar a nuestro lado, de rescatar a nuestros heridos, de protegerme a mí, de protegerte a ti, de disparar contra los suyos... —y lo que acababa de decir le resultaba tan incomprensible que tuvo que explicárselo en voz alta a sí mismo—. Los considera los suyos, a los rusos, que son de otro país, que hablan un idioma que no entiende, hay que joderse, los suyos, los llama, y todo lo ha hecho por ellos. Para pasarse, para luchar a su lado, contra nosotros. Y encima lo considerarán un héroe, y tendrán razón, porque es un héroe a su manera, pero... ¿Tú sabes cuánto odio se necesita para no venirse abajo, cuánto odio se necesita para ser Pancho Serrano, para que un español luche por Rusia contra otros españoles?

Julio Carrión no contestó enseguida a esa pregunta, pero cuando lo hizo ya había comprendido que la guerra tampoco volvería a ser lo mismo para él.

—Yo no creo que luche por Rusia, Eugenio —hablaba despacio, porque necesitaba asegurar aquella idea, comprender bien el sentido de cada palabra que pronunciaba—. Y tampoco creo que nos odie, a nosotros no, a los españoles no. Me imagino que a quien odia es a Franco, a los falangistas, a los nazis... Y lucha con los rusos, pero no por ellos. Yo creo que él lucha por España.

—¿Por España? —Eugenio intentó forzar una carcajada irónica que le salió mal —. ¡Pero si España no interviene en esta guerra!

—¡Ah!, ¿no? —Julio sonrió—. ¿Y entonces qué hacemos nosotros aquí? Somos aliados de los alemanes, Eugenio, unos aliados raros, pero aliados. Y si Alemania pierde la guerra...

—La perdemos nosotros también.

—Eso debe pensar él. Y que entonces, los suyos, pero los de verdad, o sea, los republicanos españoles, la habrán ganado. Por eso habrá pensado que merece la pena ayudar.

Eugenio cerró los ojos, apretó los párpados con fuerza. Cuando volvió a separarlos, ya estaban limpios de lágrimas.

—Yo me vuelvo, Julio, me vuelvo —dijo solamente.

Pues yo no. Eso fue lo que pensó Julio Carrión. La deserción de Pancho había operado un fenómeno muy distinto en su espíritu. Ahora, por fin, tenía los ojos completamente abiertos, tanto que acababa de descubrir la verdadera magnitud de su suerte, el privilegio de un mago que puede elegir en cada momento una baraja distinta para hacer saltar la carta marcada del mazo que más le convenga, la fortuna de un caminante que puede hacer y deshacer el mismo camino todas las veces que quiera, con la certeza de que nunca llegará tarde a ninguna parte. Acababa de descubrir que,

sin haber dejado de ser una amenaza, su pasado podía convertirse en una razonable garantía de futuro porque, fuera cual fuera el resultado de aquella guerra, él iba a ganarla, y eso, estar del lado del ganador, era lo único que le importaba.

—Oye, Eugenio, quiero pedirte un favor... —un par de días después, mientras descansaban en la chabola, ya había empezado a elaborar un plan concreto—. Verás, es que, la otra noche, cuando lo de Pancho, se me ocurrió... Yo siempre pienso que no me van a herir, que no me van a matar, que no me va a pasar nada, pero si me pasa... En el fondo de mi morral hay una Biblia, un libro encuadernado en piel marrón, muy desgastada. Casi no se leen las letras del lomo. Es la Biblia de mi padre, él me la dio cuando fuimos a verle, antes de alistarnos, no sé si te acuerdas —Eugenio asintió con la cabeza, se acordaba—. Pues eso, que de repente, se me ha ocurrido... Yo no tengo hermanos aquí, como tú. No tengo a nadie. Y en España, sólo le tengo a él, y de él, sólo tengo ese libro, así que, si me pasa algo... Ya sé que no me pega nada pedirlo, porque no soy demasiado religioso ni nada, pero... ¿tú me traerás esa Biblia a donde yo esté?

Nunca volvieron a hablar de eso, y la guerra siguió, siempre igual y siempre peor, marchas interminables, frío, hielo, cadáveres, sangre y piojos, igual a orillas del Voljov que en el frente de Leningrado, igual y peor, las órdenes de ataque y las de retirada, las grandes ofensivas que no empezaban nunca, las resonantes victorias que no se producían. La guerra siguió, monótona, feroz, terrible y aburrida, pero su crueldad no les impidió cumplir sus promesas. El día que Julio se enteró de que Romualdo había amanecido congelado, no perdió el tiempo en buscar a Eugenio. Sólo existía un sistema para solucionar aquel problema y todos lo conocían, otros divisionarios lo habían aplicado antes que él, así que cargó la pistola, se fue derecho al hospitalillo y entró allí diciendo a gritos que venía a matar al que se atreviera a cortarle un solo dedo del pie a cualquiera de los hermanos Sánchez Delgado.

Cuando Eugenio se reunió con él, todavía tenía la pistola en la mano, y enfrente, a un médico alemán entre perplejo y aterrorizado que repetía sin parar por medio de un intérprete que el ejército del Führer le iba a poner a Romualdo unos hierros magníficos, con los que iba a poder andar igual que si conservara las piernas, y encima gratis, sin pagar nada.

—Dile que lo mato —Julio le dio instrucciones al intérprete sin dejar de mirar al médico a los ojos—. Que como le corte las piernas, lo busco y me lo cargo.

Al final, el médico negó con la cabeza, se marchó y volvió al rato, con unas ampollas llenas de un líquido amarillento que la enfermera, española, reconoció enseguida.

—Esto es para intentar detener la gangrena —les explicó mientras se las inyectaba al congelado primero en una pierna, luego en la otra—, pero no os prometo nada.

—Ni falta que hace —contestó Eugenio, y sólo entonces los dos bajaron la pistola.

Unos días después, Julio Carrión adivinó dónde estaba al reconocer a aquella mujer, pero lo primero que vio cuando el dolor le despertó en una cama desconocida, fue la Biblia de su padre.

—La trajo anteayer el otro energúmeno, ese amigo tuyo con el que estuviste montando bronca el otro día —le dijo la enfermera, muy sonriente—. Dijo que era muy importante para ti. Dentro hay una carta de despedida, porque es de los que se vuelven ahora, por lo visto.

—¿Qué me ha pasado?

—Te han herido en la cabeza. No parecía muy grave, pero perdiste el conocimiento y has tardado demasiado en despertarte. El médico se va a alegrar mucho de poder hablar contigo. ¿Cómo te encuentras?

—Me duele la cabeza. Mucho. Me duele mucho.

—Ten paciencia, hombre, ahora te pongo un calmante. Y no te preocupes. Te van a mandar a Riga en la próxima expedición. Va también el hermano de tu amigo, ¿cómo se llama?, ese dichoso sargento que se congeló la semana pasada...

—¿Romualdo?

Nueve meses más tarde, en el hospital español para convalecientes de Riga, Julio Carrión hizo la misma pregunta al reconocer la nuca de un teniente que había desplazado una butaca hasta la ventana para disfrutar del espejismo del sol de octubre, que en Letonia brilla, pero no calienta.

—¡Julito! —él identificó su voz antes de levantarse, y sólo después corrió a abrazarle—. ¡Qué alegría verte, macho!

—Pero, bueno, ¿y tú? —le soltó para mirarle. Llevaba un vendaje muy aparatoso en el cuello y otro, más discreto, en la mano izquierda—. Cuando me he enterado, no me lo podía creer. ¡Si no hace nada que te dieron de alta! Ya le has cogido afición a Riga, ya...

—¡Nos ha jodido! —Romualdo se echó a reír—. Anda que no vivís bien aquí, en la retaguardia...

Julio sonrió, porque su amigo tenía razón. Él vivía mejor que nunca.

—Bueno —añadió, de todas formas—. Ya sabes que a mí el neurólogo no me dejó volver.

—Ya, ya... Si yo no digo nada.

—No deberías —y señaló las insignias que brillaban en el uniforme que tenía delante—. Te han vuelto a ascender.

—Sí —Romualdo se echó a reír—. A este paso, cuando me maten los *ruskis*, voy a ser ya coronel, como poco...

Los dos habían caído casi al mismo tiempo, en un frente mucho más duro, más

cruel que el infierno del Voljov, tanto que ya no sabían qué nombre ponerle. Romualdo se había congelado en la última semana de diciembre de 1942, Julio había sido herido en la primera de enero de 1943. Aquellas dos desgracias simultáneas los habían librado de una muerte segura en la carnicería de Krasny Bor para reunirlos en el mismo hospital al que ahora, seis meses después de abandonarlo por primera vez, Romualdo acababa de volver.

—¿Al Luna? —propuso Julio, cuando salieron a la calle.

—¡Al Luna! —aceptó su compañero, muy contento.

—¿Y Eugenio, qué? ¿Sabes algo de él?

—Se ha echado novia, por lo visto. Una alumna de las Esclavas, bastante feíta, me ha escrito Arturo... —se echó a reír y Julio se rió con él—. Por lo demás está bien, ha vuelto a la universidad y parece que le van a hacer jefe del SEU, porque ahora es un héroe, claro, pero no sé... La que más escribe es mi madre, y ella lo pinta todo de rosa porque está deseando que yo también vuelva a casa, como te puedes figurar.

El bar Luna, propiedad de un divisionario mutilado que se había quedado en Riga y se había casado con una letona, estaba casi lleno, pero los soldados españoles repartidos entre las mesas no tenían ganas de cantar, ni de gritar, ni de pedir la guitarra. Cada uno bebía solo, en silencio, sin dar conversación a sus compañeros ni prestar tampoco demasiada atención a algunas mujeres muy pintadas que, de tanto en tanto, se levantaban de la barra para pasearse despacio por el local.

—Pues sí que está esto bien... —se quejó Romualdo, que recordaba el jaleo, las risas y la juerga del invierno anterior—. Menudo panorama.

—¿Qué quieres? —preguntó Julio, y se respondió enseguida a sí mismo—. Igual que el otro.

—Bueno, vamos a ver... —y se calló mientras la camarera servía las bebidas—. Parece que los alemanes están a punto de inventar un arma secreta, una especie de pintura, o no, igual no es pintura pero, vamos, sí, un revestimiento de alguna clase, para hacer los tanques invisibles.

—¿Invisibles? —Julio no se podía creer lo que estaba oyendo y Romualdo se dio cuenta.

—Sí, bueno, no sé... —y clavó la mirada en el vaso, como si se sintiera súbitamente avergonzado de su credulidad—, no sé cómo lo van a hacer, pero, por lo visto, esa pintura envuelve los tanques en una especie de niebla, como un vapor que los hace invisibles. Eso dicen por ahí. A mí me lo contó un capitán que habla mucho con los alemanes, no creas...

Julio se quedó mirando a Romualdo, sonrió, levantó su copa en el aire y comprendió lo que acababa de escuchar. Armas secretas, bombas milagrosas, aviones mágicos, uniformes cosidos con un tejido que repelía las balas, él llevaba muchos meses alejado del frente pero había llegado a oír historias como aquélla, los cuentos

de hadas, o de viejas, que empezaron a proliferar después del fracaso de Stalingrado, la batalla que iba a decidir la victoria final y se había perdido. Pero se limitó a sonreír, y bebió, y siguió callado. Quien estaba frente a él, prometiéndole tanques invisibles, no era Eugenio, sino su hermano, el más inteligente, el más astuto, el más desconfiado, el mejor soldado de los dos. La guerra revela una cara distinta de los hombres, y en la guerra, Julio Carrión González había aprendido a respetar a Romualdo Sánchez Delgado, de quien jamás se habría fiado en la paz. Si algún código del honor le hubiera importado alguna vez, que no era el caso, habría podido llegar a decir que lo admiraba, como lo admiraba su hermano, como lo admiraban sus compañeros, como lo admiraban sus jefes. Y era aquel hombre, un soldado valiente, maduro, responsable, quien le estaba hablando de tanques invisibles.

—Parece que nos vamos —le había susurrado su coronel, en una mesa del mismo bar, menos de veinticuatro horas antes—. Todavía no es oficial, pero la orden está al caer. Hace mucho tiempo que sabemos que en Madrid no quieren seguir, más o menos desde que aquí las cosas empezaron a ponerse feas...

El coronel Arenas miró a su alrededor, se aseguró de que nadie pudiera estar escuchándole y a pesar de todo, bajó la voz.

—A mí me parece una indignidad, pero nadie me ha consultado, como te puedes imaginar.

—A mí también, mi coronel, ya lo sabe usted —Julio se echó hacia delante y colocó los dos puños cerrados sobre la mesa, para que su superior le correspondiera con una sonrisa complacida antes de seguir hablando.

—Sin embargo, hasta en Madrid han comprendido que no nos podemos ir todos a la vez, de golpe, porque no quedaríamos nada bien, claro. Por eso han pensado en dejar un cuerpo de voluntarios, integrado en la Wehrmacht, que signifique algo así como que nos vamos pero nos quedamos, o que nos quedamos pero ya nos hemos ido, vete tú a saber... La Legión Azul la quieren llamar, ¿has oído tú algo de eso?

—No, señor —y era verdad.

—El caso es que, si se desmonta la División, habrá que desmontar el Cuartel General, pero eso es lo mismo que dejar a miles de soldados desamparados, solos, en el culo del mundo, porque el ejército español, oficialmente, ya se habrá ido de esta guerra. Los legionarios serán soldados alemanes. Está previsto que el destacamento de la Guardia Civil siga funcionando, pero ellos actúan como una simple policía militar, ya los conoces. Nunca están dispuestos a hacer nada fuera del reglamento... —Arenas se quedó mirando a Julio, le estudió un momento como si no lo conociera, y se atrevió a dar el paso definitivo—. Y tal y como se están poniendo las cosas, a lo peor va a hacer falta saltarse el reglamento, ¿sabes? —como si supiera lo que se estaba jugando en aquella pregunta, Julio aguantó su mirada sin pestañear, y no movió un músculo—. Por eso, se me ha ocurrido proponer al mando la creación de un

puesto nuevo, y he pensado en ti, porque es un trabajo que te viene que ni pintado, Julio...

Veinticuatro horas más tarde, en una mesa del mismo bar, Julio recordó esa conversación palabra por palabra, silencio por silencio, antes de levantar su copa de nuevo.

—Bueno... —y mientras Romualdo le imitaba, decidió qué le iba a contestar a su coronel—, pues vamos a brindar por esos tanques invisibles, ¿no?

Julio Carrión González no viajó en ninguno de los trenes que repatriaron a la División Azul en los últimos meses de 1943. Cuando empezó 1944, ya era el español más misterioso de Riga. Tenía un apartamento pequeño pero cómodo en un hermoso edificio modernista de la calle Elizabetes, en la zona más elegante del ensanche de la ciudad, un nivel de ingresos considerable, a juzgar por la alegría con la que gastaba el dinero, y ningún trabajo, ningún cargo, ningún oficio conocido. Vestía de civil, aunque conservaba sus dos uniformes militares, uno español, otro alemán, colgados en un armario, y carecía de cualquier clase de inmunidad o protección diplomática, pero era bien conocido en el destacamento de la Guardia Civil que imponía el orden entre los voluntarios que habían decidido quedarse, y también en algunos despachos del Cuartel General de la Wehrmacht.

—Lo que te ofrezco no es ningún chollo, no creas... —el coronel Arenas había enumerado los inconvenientes de su propuesta después de celebrar que Julio la aceptara—. O a lo mejor sí, puede llegar a serlo, pero también es muy arriesgado. Cuando yo me vaya, tú, oficialmente, no estarás aquí, pero tampoco estarás en ninguna otra parte, porque el ejército español ya no tendrá ninguna clase de representación en Riga, como sabes. Te recuerdo que la Legión Azul es un cuerpo del ejército alemán, no del nuestro. Así que tú vas a dejar de existir. Con dos cojones, y que sea lo que Dios quiera... Te voy a dar un salvoconducto antes de irme, pero no sé durante cuánto tiempo te servirá, si esto se alarga. Y a lo mejor, cuando yo ya esté en Madrid, los maricones del ministerio desautorizan esta operación, ahora no puedo garantizarte nada. O sea, que, con mala suerte, puede ser que dentro de unos meses te encuentres aquí completamente solo. Entonces tendrías que apañártelas para volver a casa por tu cuenta. Y no sé si los alemanes estarían por ayudar, en el caso de que volvamos a traicionarlos...

—A sus órdenes, mi coronel. No se preocupe usted por mí.

Julio Carrión González era uno de los pocos soldados españoles en Rusia que no quería volver a casa, y el único herido en combate al que se le había ocurrido presentarse en el Cuartel General de Riga para ofrecerse a echar una mano en lo que hiciera falta, en lugar de disfrutar de su convalecencia paseando por la ciudad y emborrachándose cada noche con las putas del bar Luna. Yo no sirvo para estar sin hacer nada, mi coronel, mientras en el frente, mis compañeros... A Arenas le

impresionó tanto esa inusual muestra de gallardía, que le ofreció trabajar a su lado, como una especie de asistente suplementario, hasta que los médicos le autorizaran a volver al frente. En aquel momento, Julio Carrión ya sabía que eso no iba a pasar, porque el doctor le había advertido que si persistían esas jaquecas que ningún analgésico era capaz de suprimir, tendrían que repatriarle, y él no tenía la menor intención de dejar de fingirlas con el dosificado dramatismo que tan buenos resultados le había dado hasta entonces.

Mientras trabajaba para el coronel Arenas, Julio descubrió que la vida en la retaguardia estaba hecha a la medida para un hombre como él, listo, simpático, seductor y con talento. Después de un año y medio en el frente, Riga le deslumbró tanto como le había deslumbrado Madrid cuando llegó hasta allí desde Torrelodones. La guerra estaba lejos de los bulevares y los tranvías, los cafés y los restaurantes, las mujeres y las tiendas de aquella ciudad bonita, pequeña pero con ambiciones cosmopolitas, donde florecían el contrabando, el mercado negro, los refugiados, la falsificación de documentos, el tráfico de toda clase de bienes y, en magnífica proporción, las oportunidades de prosperar, de enriquecerse.

Por eso, cuando su convalecencia concluyó con la prohibición de volver al frente, se apresuró a subastar la plaza que le correspondía en la próxima expedición de vuelta a casa entre los compañeros del Cuartel General que estaban deseando subirse a aquel tren. El coronel Arenas, que nunca se enteró de que había cobrado por quedarse, interpretó su rechazo a la repatriación como una prueba más de su entrega a la causa y autorizó sin hacer preguntas el cambio de destino que su asistente le pidió con lágrimas en los ojos, no me haga volver así, mi coronel, déjeme quedarme aquí, ayudar a mis compañeros en lo que pueda, yo estoy solo, no me espera nadie, no tengo mujer ni hijos en España, déjeme quedarme aquí, no me obligue a volver a Madrid mientras siga habiendo españoles que se juegan la vida en el frente...

Arenas nunca se arrepintió de haber cedido a la petición de su subordinado. Carrión le caía bien, era divertido, y tan simpático, siempre contando chistes, haciendo voces, sacándose ristras de pañuelos de colores de los bolsillos. Conocía los mejores sitios, los bares más animados, los mejores restaurantes, los burdeles de confianza y los lugares donde se podían conseguir tabaco, coñac, perfume y hasta morfina. Daba gusto ir con él a las recepciones, llevarle consigo en las excursiones turísticas con las que agasajaba a los militares de alto rango que visitaban la ciudad, porque todo el mundo quedaba encantado con el ingenio de aquel muchacho que parecía tener recursos para triunfar en cualquier situación. Pero el coronel Arenas, un hombre honrado, generoso, de carácter tranquilo y hasta apacible, no era tonto. Por eso, y porque sospechaba que su protegido sería capaz de hacer cualquier cosa, con todo lo que significaba esa expresión en aquel momento, en aquel lugar, para salir a flote, se le ocurrió la idea de dejar un hombre en Riga, un enlace clandestino entre los

voluntarios de la Legión Azul y él mismo, que actuaría a su vez como enlace con el mando del ejército español. Si Carrión le hubiera dicho que no, habría renunciado a aquel proyecto. Pero sabía de sobra que Carrión iba a decirle que sí.

Lo que el coronel Arenas nunca sabría fue que Julio Carrión González se bajó de un tren en la estación de Orleáns el 25 de abril de 1944, cuando la retirada del ejército alemán del Este, tan temprana que había truncado sus operaciones de enriquecimiento personal antes de que llegaran a consolidarse, le privó al mismo tiempo de los fondos casi ilimitados de una cuenta corriente controlada desde el Ministerio del Ejército de Madrid, y de la última excusa para seguir dando tumbos por el mundo. Sin embargo, en el hotel donde tomó habitación para una noche, nadie le pidió explicaciones.

En aquel momento, Europa estaba llena de españoles, civiles y militares, exiliados y voluntarios, hombres y mujeres que luchaban en un bando, en el otro o hacían la guerra por su cuenta. En Orleáns había tantos que no tuvo que preguntar mucho para dar con ellos. Cuando los encontró, ya se había comprado ropa nueva, francesa, barata, y llevaba en el bolsillo del pantalón el carné de la JSU que había escondido entre las guardas posteriores y el cartón de la encuadernación de la Biblia de su padre tres años antes, la última noche que durmió en Madrid, en su cuarto de la pensión de la calle de la Sal. Entonces creía que podría serle útil si los rusos le hacían prisionero. Ahora pensaba usarlo para algo muy distinto.

No le gustó el aspecto oscuro, malencarado, de los parroquianos que encontró en el primer bar donde oyó hablar en español, y decidió probar suerte en el que estaba al lado. Allí, al fondo de la barra, tres hombres mayores que él, con pinta de trabajadores y padres de familia, charlaban en voz baja mientras liquidaban media botella de vino. Se acercó discretamente a ellos y escuchó un fragmento de su conversación. El que estaba en medio, grande, canoso, de sonrisa fácil, hizo un aspaviento con la mano mientras se burlaba de uno de sus compañeros. Pronunciaba mejor que bien todas las eses de una expresión que Julio reconoció sin vacilar, vamos, no me jodas... Por eso le eligió.

—Perdone... —ellos no se sorprendieron de que les abordara en español—, ¿puede darme fuego?

—Claro, hijo —contestó el hombre—. Toma.

Julio encendió el pitillo, se los quedó mirando y decidió que no tenían mucha pinta de ser anarquistas. Por eso, en un movimiento furtivo, ocultando el brazo con el cuerpo, levantó el puño derecho, por si eran comunistas, pero no les llamó camaradas, por si fueran socialistas.

—Salud, compañeros —se atrevió a decir por fin, en un murmullo.

—Baja el puño, gilipollas —pero el madrileño que le había dado fuego cabeceaba con una sonrisa benévola, casi paternal—. Pues sí... Tú debes ser lo que nos faltaba.

El todo sólo es igual a la suma de las partes cuando las partes se ignoran entre sí.

Así solía ser antes, así había sido siempre antes de aquella noche que suspendió las leyes físicas, que desmintió las eternas y sagradas normas del universo, que eximió al caos de la obligación de engendrar caos y a las magnitudes inmutables de serlo verdaderamente, mientras los efectos se rebelaban contra las causas y el orden infinito de todas las cosas dejaba mis pequeñas e insignificantes espaldas al descubierto.

El todo sólo es igual a la suma de las partes cuando las partes se ignoran entre sí.

Cuando salí de casa de Raquel amanecía, y en las aceras sucias, entre los coches mal aparcados, bajo la pálida cortina de las últimas risas, esa languideciente, voluntariosa algarabía de los trasnochadores tenaces, no encontré el menor rastro, ni una mínima, solitaria esquirla, de esa frase tan importante que había saltado en un millón de pedazos diminutos, infinitesimales, subatómicos, sin ningún dolor, ninguna resistencia por mi parte. No puedo decir que no me diera cuenta. Lo que pasó fue que me dio lo mismo. Y mientras volvía a casa andando, las impredecibles consecuencias de mi frágil pensamiento me hicieron sonreír, me hicieron compañía.

Yo no era así, ésa no era mi vida, y sin embargo nunca había estado tan vivo como entonces, cuando me quedé solo, libre no, porque mi libertad ya no me pertenecía. Se había quedado enganchada en algún lugar de una totalidad flamante, imprevista, que era tan pequeña como el cuerpo de Raquel y tan grande a la vez que acertaba a ser igual que la suma de dos partes que habían dejado de ignorarse. La interacción de A y B había pulverizado a X, lo había destrozado, lo había despojado hasta del consuelo de la teoría, había trastocado los términos de una ecuación que nunca volvería a ser la misma. La suma del todo, que era Raquel, y de una de las partes, que también era Raquel, equivalía ahora a la otra parte, que era yo y no lo era del todo, Álvaro Carrión Otero, un hombre íntegro pero mutilado de su libertad, que se había convertido en el adorno más caro y gratuito de los ojos, la cintura, las palabras de una mujer de piel perfecta, aterciopelada como la de un melocotón poco común. Las manos son más rápidas que la vista, y mientras me alejaba de ella, las suyas me retenían sin rozarme, su voz me gobernaba sin hablarme, y su belleza, omnipotente también en la ausencia, ataba mis ojos con la despótica determinación de que nunca pudieran mirar a otra mujer. Y yo estaba más vivo que de costumbre, contento, y no echaba nada de menos. Ni siquiera a mi padre, o el deseo de no ser su hijo.

Me había propuesto no pensar en él y logré desenchufar ese cable sin esfuerzo, pero siguió estando ahí, en un rincón de mi cabeza, bajo una forma brumosa, casi amorfa, indolora. Yo estaba vivo, él no. Aquel factor era importante y sin embargo no bastaba para explicar un enigma cuya explicación, por otra parte, tampoco me hacía falta. El principal misterio de aquella noche había sido la elasticidad de su misteriosa

condición, esa extrañeza en teoría natural, imprescindible, que no había llegado a aflorar en ningún momento mientras yo estaba en la cama con la amante de mi padre, mientras ella estaba en la cama conmigo y todo, ese todo nuevo e íntimo, pequeño y formidable, que encogía y se desbordaba en cada uno de sus gestos, de sus movimientos, fluía con una sonrosada placidez, la apacible costumbre del agua que corre, una violencia simbólica, mansa y carnosa, que se resolvía en una infinidad de signos que afirmaban la precisión de las paradojas para desembocar en una insólita definición de la necesidad.

Estaba en la cama con la amante de Julio Carrión González y era la primera vez que la tocaba, la primera vez que la acariciaba, la primera vez que la besaba, y hundía mis dedos, y mi lengua, y mi sexo en su interior. Era la primera vez que mi cuerpo percibía los dedos, y la lengua, y el sexo de aquella mujer que ya no tenía nada que ver con mi padre, sino conmigo, como si hubiera decidido apoderarse del lugar que solía ocupar mi libertad hasta que decidió quedarse enganchada en alguna esquina de su cuerpo. Mi libertad se había quedado a dormir con ella en una cama que al principio había sido el mundo, luego un universo recién nacido, inmune a las reglas clásicas, y por fin yo mismo, una parte de mí que ni sabía, ni quería, ni podía recuperar. No puedo decir que no me diera cuenta. Lo que pasó fue que me dio igual, porque era la primera vez y sin embargo, al salir de su casa, lo que sentí fue que yo no había hecho nada, no había aprendido nada, no había vivido nada excepto el derecho a esperar aquel momento, el instante preciso en el que toqué, y acaricié, y besé a Raquel Fernández Perea para que mis manos, y mi lengua, y mi sexo, la reconocieran como una parte ignorada y purísima de mí mismo.

—Total —me interrumpió Fernando Cisneros mientras intentaba explicarle todo esto en la barra de una cervecería que quedaba a mitad de camino entre su casa y la mía, al día siguiente, antes de comer—, que te has encoñado.

—Hombre... —el prosaísmo de aquel diagnóstico me aplastó de tal manera que titubeé con los labios y con la cabeza al mismo tiempo—, pues... no sé. Supongo que puede ser una manera de decirlo.

—Una no —se echó a reír—. Es la única. Y se veía venir, no creas que no, se veía venir desde el principio.

En eso tenía razón. Se veía venir, tanto que lo había visto hasta yo, y eso que no quería, que me decía a mí mismo que no quería saberlo, pensarlo, imaginarlo, que no quería ni verlo. Pero era verdad que se veía venir, desde el principio, aquella mañana de marzo fría y sin pájaros en la que una mujer desconocida que me miraba de frente, con paciencia, con firmeza, como quien cumple una misión y no tiene prisa, se apoderó de mis ojos, las lentes fijas, sagaces, inútiles, que ahora la veían allá donde miraran. Por eso no desmentí a Fernando y me limité a pedir la cuenta.

—Invitarás tú, ¿no, cabrón? —me increpó antes de que la trajeran—. Es lo

mínimo, vamos.

Le miré, sonreía, y la sonrisa de Raquel se superpuso a la suya sin esfuerzo, y se quedó flotando en el aire templado y ruidoso de la cervecería mientras salíamos a la calle, pero allí también estaba, en las vallas publicitarias, en los escaparates de las tiendas, en las marquesinas de las paradas de autobús y en todas las mujeres con las que me crucé, viejas y jóvenes, niñas y adolescentes, más y menos maduras, guapas, feas, vulgares, llamativas... Todas eran Raquel, estaban a punto de empezar a serlo o lo habían sido ya y eso las definía, las clasificaba, las ensalzaba o las hacía indignas de vivir en un mundo que era sólo Raquel y no tenía más país que el de mis ojos. Caminaba por la acera abigarrada y curiosa del mediodía de los sábados y estaba pendiente de la hora, de Fernando, de cruzar por los pasos de cebra, del mejor itinerario para llegar al restaurante donde había quedado con mi mujer y con la de mi amigo para comer todos juntos, y sonreía, sonreía solo o sonreían sólo mis labios al recuperar detalles, gestos, ángulos, imágenes que acudían por su cuenta a mi memoria reciente, que era ya la única que me importaba. Por fin había conocido todos los datos del problema, pero me sentía incapaz de resolverlo, incapaz de formular la relación entre unas caderas redondas, que excedían ligeramente la teoría de las proporciones, y la estrechez de una cintura que proclamaba con vehemencia su perfección. Allí, en algún punto de esa ecuación imposible, me había quedado yo, y la nostalgia de ese hogar tierno y sólido, suave y generoso, aflojaba en cada paso mis piernas, y mi espíritu.

—Álvaro... —Fernando me cogió por el hombro mientras esperábamos a que se pusiera verde un semáforo.

—¿Qué?

—Cambia de cara, anda.

Después la había mirado. La había mirado mucho, muy despacio, con mucha paciencia, durante mucho tiempo, desde las uñas de los pies, cortas y pintadas de un rojo vivo, hasta los bucles desordenados, irregulares, en los que se ondulaban las puntas de su melena castaña. La había mirado como si mis ojos pudieran ver más de lo que estaba a su alcance, la forma de sus huesos, el color de su sangre, la disciplina dócil de los músculos que ocultaba su piel deslumbrante, tan mullida, tan dulce, tan perfecta que habría podido seguir mirándola toda mi vida sin cansarme, y aun así no llegar a comprenderla. Ella me dejó mirarla, me miró mientras la miraba, se miró a través de mis ojos y esperó a que mi mirada encontrara la suya. Entonces no supe qué decir. La vi sonreír, curvarse sus labios poco a poco en una sonrisa lenta, perezosa, y la besé mucho, muy despacio, con mucha paciencia, durante mucho tiempo, y la Tierra volvió a girar, dio una vuelta completa sobre sí misma y alrededor del Sol entre las cuatro esquinas de su cama.

—Tienes una casa muy bonita —se me ocurrió decir por fin, y me eché a reír

antes de escucharla.

—¡Pero si no la has visto! —protestó entre carcajadas.

Me había llevado de la mano a través del portal, iluminado por la combinación blanca, lechosa, de la luz de la luna y las farolas, hasta el ascensor, que estaba al fondo y era tan pequeño, tan estrecho y lento que parecía una seña de la complicidad del destino.

—Si no me dejas un momento, no voy a poder abrir la puerta...

Tenía los tirantes colgando, la falda arremolinada alrededor de la cintura, las mejillas coloreadas, los dientes muy blancos y una sonrisa sabia, profética, distinta de las que había visto antes sobre sus labios. Por eso la besé otra vez antes de soltarla, y la falda volvió a su lugar pero ella no devolvió los tirantes a sus hombros. Se limitó a abrir la puerta y a mantenerla abierta para mí.

—¿Quieres tomar algo? —se reía.

—No.

Su habitación estaba al final de un pasillo ancho, con puertas a los lados y algunos muebles. Lo sé porque me choqué con ellos, pero no lo vi, eso era verdad, lo había recorrido a ciegas, a trompicones, pendiente sólo de su boca, de sus ojos, de su cremallera, dejándome guiar por ella, que no necesitaba vigilar sus pasos para conducirme a una habitación amplia, de forma irregular pero agradable, que tenía una columna de hierro fundido pintada de negro con un capitel de hojas y pámpanos a un lado y, frente a la cama, una galería de ventanas que enmarcaban el cielo nocturno como si fuese una fotografía, una pintura, una imagen ficticia de sí mismo.

—Pero esta habitación es muy bonita —insistí.

Entonces ya había dispuesto del tiempo suficiente para mirar el lugar donde me encontraba, para admirar un escritorio de madera antiguo y airoso, la ligereza de sus patas torneadas afrontando con gracia la severidad de una butaca forrada de cuero negro que también me gustó. Era bonita la alfombra, una cuadrícula de dibujos geométricos y colores muy vivos, turca, pensé, o marroquí, y era bonita la lámpara, de porcelana decimonónica, con pequeños cristales de colores que colgaban de unos brazos esmaltados en blanco y pintados con florecitas improvisadas, ingenuas, que pretendían ser iguales y eran todas distintas. Era bonito el butacón, tapizado en esa especie de terciopelo desmochado cuyo nombre nunca he sido capaz de retener, y bonitos los objetos repartidos por las superficies. Pero nada de esto me gustó tanto como la discrepancia absoluta del lugar donde me encontraba con aquel otro dormitorio también grande, de forma absidal, que tenía paredes estucadas en un tono amarillo anaranjado, nichos revestidos de escayola blanca en la pared, y ese mal gusto cargado de agresividad que sólo los muy ricos son capaces de desarrollar.

—Sí que lo es —ella me dio la razón—, sobre todo de día. Tiene unas vistas preciosas, ¿sabes?, porque la plaza está en alto. Desde aquí hasta San Bernardo es

todo cuesta abajo. A mí me encanta esta casa —sonrió—. Siempre me ha gustado. He tenido mucha suerte al quedármela.

—¿La has heredado? A mí me habría encantado heredar la casa en la que vivía de pequeño, pero una hermana mía se me adelantó.

—Yo no vivía aquí de pequeña, pero bueno, sí, no deja de ser una herencia, aunque la estoy pagando, desde luego... Lo que pasó fue que derribaron la casa donde yo vivía, que era mía, bueno, mía y de mi ex marido, pero después del divorcio me la había quedado yo, el piso y la hipoteca, claro.

—No me habías contado que estás divorciada —protesté, pero ella se rió, negó con la cabeza y siguió hablando.

—El caso es que la calle donde vivía entró en un plan de esos de renovación urbana, y con el dinero que me dieron, en vez de comprarme uno nuevo, me metí en otra hipoteca y me quedé con éste, que era de mis abuelos y estaba vacío. Cuando mi abuelo murió, mi abuela prefirió irse a vivir con su hija Olga, que había enviudado antes que ella y vivía sola, y cerca de mis padres, en la carretera de Canillejas, pero para ella, ésta seguía siendo su casa, y le daba pena alquilarla. Tampoco quería vendérmela, no creas. ¿Cómo voy a hacer yo negocio contigo, hija mía?, decía, pero hace unos meses la convencí por fin. La verdad es que este piso no le interesaba a nadie más. Mis dos hermanos están casados y tienen su propia casa, el pequeño allí al lado, el mayor en Rivas. Yo soy la única a la que le gusta vivir en el centro, y desde aquí, encima, puedo ir andando a trabajar. San Bernardo, Santo Domingo, Ópera... Es casi una línea recta.

Ahora tienes otra casa, pensé, mucho más cara, en un barrio mucho más caro, en un edificio con un portal descomunal, un portero uniformado y varios ascensores tan grandes que desanimarían a cualquiera que pretendiera besarte. Lo pensé, pero no lo dije. Ella me miró, me sonrió y me besó en los labios, como si quisiera premiar mi silencio. Luego se dio la vuelta, cogió algo de la mesilla y volvió a acurrucarse contra mí.

—Mira, aquí están.

—¿Quiénes?

—Mis abuelos. Los dos.

El marco era de cristal, grande, antiguo, con piezas en relieve pegadas en las esquinas. La foto también era antigua y no muy buena, pero tenía mucha gracia. El verdadero protagonista de la escena era un tanque en el que estaban apoyados cuatro hombres, distribuidos en dos parejas para no tapar al conductor, que volcaba una sonrisa radiante en el objetivo. A su izquierda, dos hombres jóvenes, uno rubio, alto, y otro moreno, más bajo, con una barba tan cerrada que el afeitado no impedía que sombreara sus mandíbulas, posaban de frente, enlazados por los hombros. Parecían muy felices, como el que estaba a la derecha, en cuclillas, y el que cerraba la

composición por ese lado, de pie y de perfil, más que joven, casi un niño.

—El que hace como que conduce es mi abuelo Aurelio Perea, el padre de mi madre. Había sido tanquista en el Ejército de Levante, en la guerra civil, por eso está sentado ahí. Quería volver a cruzar la frontera montado en este tanque, pobrecito mío... —miró la foto, sonrió con una plenitud casi infantil, acarició el cristal con la punta de los dedos—. El que está en cuclillas, aquí —movió el dedo hacia la derecha —, se llamaba Nicolás y era catalán, de Reus. Le llamaban el Turronero porque antes de la guerra se dedicaba a vender dulces por los pueblos. Este otro era de un pueblo de Alicante y no me acuerdo de su nombre, sólo de su apodo, el Niño, y de que tenía diecisiete años. A este tan moreno llegué a conocerlo de pequeña. Se llamaba Amadeo, alias Salmones, era asturiano, y siguió siendo amigo de mis abuelos hasta el final. Porque este alto, rubio, que le está abrazando —y por fin concentró sus caricias en el último rostro—, es Ignacio Fernández, el padre de mi padre, que había sido capitán del Ejército Popular y era el jefe del grupo. Cuando vio el tanque, se puso a gritar, Boquerón, ven aquí, que te acabo de encontrar un mulo para que te vuelvas a tu pueblo... —me miró, me sonrió, y sonrió después a la sonrisa de los cinco hombres jóvenes que la miraban desde el otro lado del tiempo—. A mi abuelo Aurelio le llamaban así porque era de Málaga. A mi abuelo Ignacio, que era de Madrid, le llamaban el Abogado, entre otras cosas porque era abogado, claro. Él y su mujer, mi abuela Anita, eran los dueños de esta casa.

Los miré con atención pero no pude distinguir bien sus rasgos y no tanto porque la foto fuera mala, que lo era, ni porque el fotógrafo los hubiera encuadrado desde muy lejos para que el tanque cupiera entero, que también, sino porque sus sonrisas eran tan abiertas, tan ambiciosas, tan salvajes, que invadían sus rostros hasta deformarlos.

—¿Y dónde estaban?

—Pues la verdad es que no lo sé, eso no te lo puedo decir exactamente... En alguno de sus campamentos, porque tuvieron muchos, en algún bosque, en Ariège —no entendía lo que me estaba contando y se dio cuenta—. En una provincia de los Pirineos franceses que tiene frontera con España, más o menos entre Toulouse y Huesca, para que te hagas una idea. No es una foto de la guerra civil, sino de la segunda guerra mundial.

—Ya, pero no sé... —y entonces, aunque me había propuesto no hacerlo, me acordé de mi padre, de su cartilla militar, de sus dos uniformes, tan flamantes, tan limpios, tan incompatibles con el aspecto de aquellos hombres sonrientes, jóvenes y armados como él, pero vestidos de cualquier manera—. ¿Eran soldados?

—Sí. Bueno, eran guerrilleros.

—Españoles.

—Claro.

—Pero luchaban en Francia.

—Sí.

—Contra... —ya no me atreví a terminar la frase y ella se echó a reír.

—Contra los nazis, naturalmente. El tanque es alemán, lo capturaron ellos, y se cargaron a once de las SS, entre ellos dos oficiales. Tuvieron mucha suerte, y le echaron muchos huevos, eso sobre todo, muchísimos huevos. Los que tenían, la verdad... Les gustaba mucho contarlo y siempre lo contaban igual, hay que ver, cinco desgraciados, que no éramos otra cosa, unos desarrapados, mal armados, mal vestidos, que daba pena vernos, y sin embargo nos los merendamos, nos merendamos a esos hijos de puta de la raza superior... —se acercó a mí, me besó, y aún sonreía, pero su expresión se fue apagando poco a poco, se apagó su voz, se apagaron sus ojos, y el brillo de su piel aterciopelada, tersa—. Eran rojos españoles, republicanos, exiliados. Echaron a los nazis de Francia, ganaron la segunda guerra mundial y no les sirvió de nada, pero no te preocupes, lo normal es que no lo sepas. Nadie lo sabe, y eso que eran muchísimos, casi treinta mil. Y sin embargo, no salen nunca en las películas de Hollywood, ni en los documentales de la BBC. Salen las putas francesas, que se ponían cianuro en la vagina, y los panaderos, que envenenaban las *baguettes,* pero ellos no, ellos nunca. Porque si salieran, los espectadores se preguntarían qué pasó con ellos, para qué lucharon, qué les dieron a cambio... Y aquí no digamos, aquí es como si nunca hubieran existido, como si ahora molestaran, como si no supieran dónde meterlos... En fin, es una historia injusta, fea, una historia triste y sucia. Una historia española, de esas que lo echan todo a perder.

Entonces volvió a sonreír, o quizás no lo hizo, porque sus labios se entreabrieron, se curvaron, y dibujaron el arco de una sonrisa teórica pero incompatible consigo misma. Su gesto no llegaba a ocultar un rictus amargo, la huella de una pena honda y sonriente, domesticada y sincera, que latía con modestia y también con orgullo, como esos dolores pequeños y constantes a los que los enfermos crónicos ya no saben ni quieren renunciar. Eso parecía Raquel mientras sonreía, mientras envolvía su pena en esa sonrisa simulada, o quizás auténtica, que la arropaba, y la cuidaba, y la abrigaba como si fuera un bien precioso, aunque doliera, como si fuera un placer doloroso, pero placer. Todo eso vi en la sonrisa de Raquel Fernández Perea, y pensé que era la sonrisa más triste que había visto en mi vida, la pena más sonriente que había contemplado jamás, y ya no supe qué hacer, qué decir, pero ella besó la foto, la devolvió a su lugar, en la mesilla, se volvió hacia mí y me abrazó, y yo la abracé, la besé y ella me besó, y la volví a besar y mi cuerpo reconoció en el suyo un hogar tierno y sólido, generoso y suave, sin desvanes oscuros ni puertas cerradas, sin rincones prohibidos ni sótanos condenados a la humillación del tiempo.

—Mi padre también luchó en la segunda guerra mundial —le dije al oído, para ser honesto con la dulce amargura de aquella sonrisa.

—Lo sé —me contestó.

—Pero él luchó a favor de los nazis —insistí, rozando sus labios con los míos mientras hablaba—. Estuvo en Rusia con la División Azul.

—Sí —y se apartó un momento de mí para mirarme, me peinó con los dedos, me acarició la cara—. Donde nunca estuvo fue aquí, en esta cama.

Eso me dijo, y todo volvió a fluir con una sonrosada placidez, la apacible costumbre del agua que corre, una violencia simbólica, mansa y carnosa, que desembocó en una nueva definición de la necesidad y terminó de pulverizar el prestigio de las frases importantes, inútiles ahora, torpes, pueriles en su ampulosa dificultad. Raquel Fernández Perea abría los ojos, exponía su cualidad densa y brillante a la entregada voluntad de mis ojos, y todos los péndulos del mundo emprendían a la vez un movimiento armónico que detenía el tiempo, y anulaba el espacio, y estremecía mi corazón, el corazón de la Tierra. Raquel Fernández Perea cerraba los ojos, y sus párpados acariciaban los ojos del planeta como dedos armónicos, perfumados, balsámicos, para que todos los péndulos del mundo invirtieran a la vez su recorrido, llevándose la realidad con ellos a un universo fresco y tierno, recién nacido. Raquel Fernández Perea respiraba, y la respiración tensaba con un hilo imaginario el balcón inmaculado de su pecho, y yo me quería morir,

—Álvaro...

quería morirme allí, acabar en aquel instante de plenitud memorable, renunciar a acumular experiencias triviales, indignas de un hombre que habría podido escoger la abrumadora belleza de aquella muerte vivísima. Raquel Fernández Perea gemía, emitía los sonidos desarticulados, fragmentarios, con los que un cachorro egoísta y malcriado, mimado a conciencia, agradecería el placer que le regalan las caricias de su amo, y yo quería vivir, vivir siempre, para siempre, vivir allí, en el núcleo indivisible de aquel gemido primario y caprichoso, vivir sometido al poder de provocar la poderosa gratitud de aquel sonido. Raquel Fernández Perea sonreía, se dejaba ir en una sonrisa breve y completa,

—Álvaro...

incipiente y autónoma, delicada y total, porque era ella entera la que sonreía, no sus labios, no sus ojos, no su cara, sino ella entera, cada centímetro de su piel perfecta que temblaba debajo de mis manos, de los dedos que la asían por la desproporción luminosa y espléndida de sus caderas, y en esa sonrisa nacían y morían todas las sonrisas. Raquel Fernández Perea sucumbía, se desordenaba, se deshacía ante mí, por mí, conmigo, y recobraba de repente la consciencia y el control sobre su cuerpo, sus movimientos se hacían más ambiciosos, más constantes, más precisos, y escuchaba su voz, otra vez articulada y clara, profunda pero humana, capaz de pensar por los dos, de pedir exactamente lo que quería, y yo la obedecía, obedecía aquella voz y me obedecía a mí mismo en ella, y me preguntaba qué sería de mí, cómo podría

despertarme en otra cama por las mañanas...

—¡Álvaro! —la tercera vez, Fernando no se limitó a pronunciar mi nombre. Se paró en medio de la acera, me cogió por los hombros, y me zarandeó hasta que logró que le mirara.

—¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? —hizo una pausa para tomar aire, pero no me soltó—. Te lo voy a decir. Pasa que tienes el coño de esa tía pintado en la cara. Que lo estoy viendo en este mismo momento, eso pasa.

—¿Sí? —me dio un ataque de risa tonta—. No me digas...

—Con pelos y señales —y él también se rió—. No me molesta, ¿eh?, no es eso. Es un espectáculo obsceno, pero estimulante. Y da envidia, lo reconozco. Pero no creo que tu mujer, que está ahí... —y señaló con el dedo la puerta del restaurante—, lo aprecie tanto como yo.

—Pues no me ha dicho nada esta mañana.

—La falta de costumbre —concluyó—. Pero la mía te pilla seguro.

—Me da igual —hablé sin pensar en lo que decía, pero supongo que en aquel momento dije la verdad.

—¡Ah! Conque así estamos... —y volvió a zarandearme con la misma violencia que al principio—. ¡Aparte de encoñado, gilipollas! Muy bien, Alvarito, muy bien. Pues te voy a decir una cosa. Escúchame con atención. No te da igual, ¿entiendes?, no te da igual. Ni de coña, vamos. Y a mí tampoco me da igual, así que ya estás cambiando de cara. ¡Pues sí, era lo que me faltaba, a mí, llevarme una bronca de efectos retroactivos por tu culpa, a estas alturas de mi castidad!

El todo ya no era igual a la suma de las partes cuando las partes se ignoraban entre sí, pero procuré aparentar que aún lo creía y me ofrecí a sentarme con los niños, entre Miguelito y Max, el hijo pequeño de Fernando y pipa de la paz que le había ofrecido su mujer cuando él todavía dudaba de cuál iba a ser el mayor error de su vida. Max, que se llamaba Máximo, igual que su admirable bisabuelo, tenía un año más que Miguel, pero los dos se llevaban muy bien porque eran igual de brutos. Aquel día, mi hijo se había traído un Spiderman con una red que saltaba en el aire al apretar un botón y un montón de armas y bombas escondidas en el cuerpo, y Max un Tiranosaurus Rex de garras retráctiles y sonido real, decía él, pero real, real, insistía, como si alguien hubiera escuchado alguna vez el rugido de un dinosaurio asesino. Llevaba un pitufo de plástico para que hiciera de víctima, y así Spiderman pudo intentar salvarlo entre los platos y las servilletas hasta que les trajeron la comida. Así, además, el coño de Raquel sobrevivió sin contratiempos sobre mi cara mientras Mai, volcada hacia el otro lado de la mesa, seguía con una atención fronteriza con el entusiasmo el relato de su prima Pilar, la hermana pequeña de Nieves, practicante recientísima pero fanática de la moda de los balnearios urbanos.

Yo escuchaba desde muy lejos el burbujeante murmullo de una conversación jalonada de adjetivos, maravilloso, fantástico, fabuloso, increíble, estupendo, genial, me ocupaba de cortar los filetes de los niños y miraba a Fernando de reojo, de vez en cuando, para verle cabecear, levantar las cejas, poner los ojos en blanco y sonreírme, pero ninguna de estas ocupaciones me distraía de mi tarea fundamental. Pensaba en Raquel, la recordaba tal y como la había visto por última vez, a las seis y diez de la mañana de aquel mismo día, cuando me acompañó hasta la puerta de su casa y se quedó mirándome, sonriendo, desnuda tras la hoja entreabierta, mientras yo empezaba a bajar las escaleras.

Pensaba en Raquel, en su cama de sábanas calientes y arrugadas, y la veía dormir, sola, de lado, veía la silueta de su cuerpo, el hilo invisible de su respiración tensando el balcón inmaculado de su escote también durante el sueño. Se habrá levantado tarde, me decía, habrá desayunado sola en una cocina fresca y limpia, cerca de una ventana, para que la luz del sol caliente al mismo tiempo su cuerpo y la felicidad del aire que lo envuelve, y ahora seguirá allí, habrá vuelto a la cama o tal vez no. Quizás está comiendo fuera, quizás ha quedado con su amiga la actriz, quizás necesita contárselo a alguien, o no, es posible que haya ido a comer a casa de sus padres y volverá luego a la suya, a su cama de sábanas calientes y ahora tensas, esa cama que sabe sentir los movimientos del planeta, porque la Tierra gira sobre sí misma y alrededor del Sol entre sus cuatro esquinas, esa cama que es el mundo y un universo recién nacido, inmune a las reglas clásicas, y una parte de mí, antes incluso de que yo lo supiera.

En todo eso pensaba al pensar en Raquel, y el móvil me quemaba en el bolsillo, me quemaban las yemas de los dedos y mi cabeza hervía, de impaciencia y del trabajo agónico de sujetarse a sí misma, de negociar a mi favor contra mi tentación de hacer algo a mi favor, y entonces en uno de esos silencios radicales que sólo se aprecian en las conversaciones muy ruidosas, alcancé a escuchar el último tramo de uno de los periódicos lamentos de mi mujer.

—... pero, claro, ya me contarás, y los sábados, encima, pues hay que hacer planes con el niño, así que...

—Vete —le dije entonces.

—¿Adónde?

—Pues al sitio ese, al balneario... ¿No es eso de lo que estáis hablando?

—Álvaro... —mi mujer insinuó un gesto de cansancio que conocía muy bien, el gesto al que recurría cada vez que me dejaba por imposible, una expresión muy parecida a la que solía adoptar mi madre en situaciones similares—. Vamos a ver, Álvaro. ¿No te has enterado de que hemos sacado entradas para llevar a los niños al teatro esta tarde?

—Claro que me he enterado —y sonreí—. Pero los podemos llevar nosotros, ¿no?

No creo que las entradas tengan nombre y apellido.

—¿Qué? —Fernando me miraba con los ojos muy abiertos, y en ellos una luz de alarma que preferí ignorar—. ¿Qué estás diciendo?

—¡Álvaro! —Mai me miraba con una sonrisa conmovida que estuvo a punto de hacerme sentir un miserable, pero sólo a punto—. Álvaro..., ¿de verdad harías eso por mí?

—De verdad. Además, a mí me gustan mucho los cuentos de Andersen, y a Fernando seguro que también. ¿O no?

—Hombre, a mí me apasionan, y encima un musical, menudo planazo, ya te digo... —me pegó una patada debajo de la mesa antes de bajar la voz—. Álvaro, ¿estás hablando en serio?

—¡Ay, Fernando! —Nieves se inclinó sobre él, le besó muchas veces, firmó la sentencia definitiva—. No sabes cómo te lo agradezco, de verdad.

—Es que esta tarde echaban por la tele *Centauros del desierto*... —se quejó mi amigo a pesar de todo, en un susurro doliente, casi infantil.

—Pero la has visto setecientas veces —le recordé.

—Ya, pero me hacía ilusión verla setecientas una.

Todavía no sé muy bien por qué lo hice. Ya sabes, hoy por ti, mañana por mí, susurré en el oído de Fernando antes de salir del restaurante, y él me mandó a la mierda, porque sospechaba que pretendía encasquetarle a mi hijo para quitarme de en medio. La idea me tentaba, pero al final me fui al teatro con él, con mi hijo y con los suyos, todavía no sé muy bien por qué. Supongo que porque me daba miedo estar solo. Porque sabía que si me quedaba en casa, solo, no iba a aguantar ni cinco minutos, porque tal vez ni siquiera llegaría a mi casa, porque me desviaría de mi camino en la primera esquina de la primera calle que condujera a la suya, porque no sabía lo que me pasaba, porque no sabía por qué me estaba pasando, porque nunca me había pasado nada parecido.

La falta de costumbre, había dicho Fernando, y era verdad. Yo tenía la costumbre de ser un hombre corriente, razonable, incluso vulgar, el habitante de una apacible llanura de tierras cultivadas que no solía exigir excesos de mis ojos, ni de mi conciencia. Había fortificado aquel territorio porque me gustaba, me gustaba mi vida, mi trabajo, me gustaba Mai, y por eso sólo le había sido infiel lejos de Madrid, en unas pocas noches tontas, con parejas casuales, prescindibles. Cuando presentía que cualquier mujer podría llegar a gustarme más que eso, me armaba hasta las cejas, ése era yo, ése había sido, y sin embargo ya no me reconocía en aquel hombre que nunca había estado tan vivo como yo, como el hombre que era yo ahora, después de que Raquel Fernández Perea pasara por mí como pasa la suerte, como pasa la muerte, como pasa el destino que tuerce de una vez y para siempre el futuro de los seres vivos. Ese hombre era yo, y no sabía serlo, era yo, y no me comprendía, era yo, y no

sabía lo que me pasaba ni por qué me pasaba, porque nunca me había pasado nada parecido, y sin embargo, todo era sencillo, tan elemental como el hambre, como la sed, como el sueño, esa flamante definición de la necesidad que apenas lograba sujetar con las experimentadas correas de mi antigua prudencia. Necesitaba ver a Raquel, necesitaba besarla, tocarla, acariciarla, poseerla, necesitaba escuchar su voz, necesitaba estar callado a su lado, necesitaba olerla, pero sobre todo, necesitaba saber que, al día siguiente, esa necesidad poderosa y brutal, risueña y sonrosada, placentera y también de algún modo dolorosa, no se habría extinguido todavía. Necesitaba necesitar a Raquel, porque me sentía esclavo de mi propia esclavitud y eso me bastaba, me sostenía en el propósito de no precipitar las cosas, de no acosarla, de no agobiarla, mientras pudiera sentirla sobre mi cara, y entre mis manos, y debajo de mi piel, sólo con cerrar los ojos. Supongo que por eso hice lo que hice, y lo más extraordinario de todo es que en ningún momento llegué a arrepentirme.

—¡Ah! Pues está muy bien, ¿verdad? —le dije a Fernando cuando salíamos, los niños entusiasmados y con las manos rojas de aplaudir—. Me ha gustado mucho.

—¿El qué? —me preguntó, con una sola ceja levantada.

—¿Pues qué va a ser? El espectáculo.

—No, ya, si está bien, sí, la verdad es que para los niños... —entonces se calló, me miró, se echó a reír—. ¡Qué habrás visto tú, Alvarito, qué habrás visto tú!

La marca de los tirantes sobre la piel de sus hombros, recordé. El color exacto de sus pezones. La tensión de su barbilla cuando dejaba caer la cabeza hacia atrás. El misterioso resorte retráctil que el placer activaba en los dedos de sus pies, las uñas cortas y pintadas de rojo como garfios repentinos e incapaces de controlarse. El olor de su sexo en mis manos. El peso de su cabeza sobre mi pecho. La espuma azucarada de su piel. La alegría.

—¡Cómpranos el CD, papá, anda!

—Ni hablar —Fernando se quitó a su hija de encima con la experta rotundidad a la que yo mismo habría acudido cualquier otro día—. Ya está bien de gastar dinero.

—Yo te lo regalo, Lara —ofrecí, antes de volverme hacia los pequeños—. Y vosotros, ¿qué? ¿No queréis camisetas?

—Qué edad más mala, Álvaro —mi mejor amigo se me quedó mirando, frunció las cejas en un gesto de preocupación, me dio una palmada en la espalda—, qué edad tan mala para perder la cabeza, tío, cuánto lo siento...

Al final, aguanté cuarenta y ocho horas.

Tenía la cabeza en su sitio, más que antes, más que nunca, y aguanté cuarenta y ocho horas, una oceánica enormidad de segundos y ninguno, porque se deshicieron en el aire como si nunca hubieran sucedido cuando volví a verla y ella me miró, sonrió, cerró los ojos, los abrió de nuevo, y decretó la inexistencia fulminante,

radical, de cualquier ser vivo u objeto inanimado que quedara fuera del alcance de sus brazos. Entre sus brazos estaba yo, con la cabeza en su sitio, firme, sólida, bien anclada a los hombros. Yo, Álvaro Carrión Otero, más yo, más vivo, más cuerdo. Yo, de repente hombre de sobra.

Había aguantado cuarenta y ocho horas y en ese tiempo no había pasado nada, y habían pasado muchas cosas sin embargo.

—Era mucha mujer para tu abuelo, Julio.

—Álvaro —me atreví a recordar.

—Bueno, como te llames... —miró dentro de sí misma, y sus ojos, profundos, pequeñitos, brillaron como dos oscuras cabezas de alfiler—. Mucha mujer. Demasiada.

El sábado por la noche, después del teatro y media pizza, Miguelito se quedó dormido en el taxi y tuve que subirlo a casa en brazos. Su madre no estaba mucho más despierta, pero me recibió con los ojos abiertos y una sonrisa radiante.

—¿Qué tal?

—Maravilloso. Es que no te lo puedes ni imaginar, deberías probarlo. Ven, acércate... —estaba tumbada en la cama, boca arriba, con los brazos estirados, desnuda pero cubierta a medias por la sábana—. Huéleme.

Me senté en el borde de la cama, la destapé y la olí. Olía a vainilla, a canela y a algo parecido a la hierbabuena.

—¡Qué barbaridad, Mai, pareces el muestrario de una heladería!

—¿A que sí? —se rió—. Es una mascarilla relajante que hay que ponerse en todo el cuerpo después de ducharse alternativamente con agua caliente y fría, varias veces. Me la ha recomendado la masajista y ahora mismo estoy..., pero en las nubes, de verdad. Lleva extracto de hachís, por eso la perfuman tanto.

—Debe de ser buena, desde luego —me incliné sobre ella y la besé en los labios —. ¿Quieres que te vuelva a tapar? —asintió con la cabeza—. Bueno, me voy un rato al ordenador. No tengo sueño.

—Pero si anoche no dormiste nada...

Eso era verdad, pero también lo era que no tenía sueño. Y me senté delante del ordenador, pero no llegué a encenderlo. Teresa González, joven y pacífica, me miraba desde un marco de plata, con un sombrero discreto, una pequeña perla en cada oreja y una chaqueta abotonada hasta el cuello, indumentaria clásica para una inofensiva, sonriente esposa burguesa. Su imagen desató en mi interior una oleada de amor repentino, profunda pero ambigua, porque no sólo tenía que ver con ella, sino conmigo, con todo lo que había ganado y había perdido al perder a mi padre, al ganar a mi abuela, al consentir con una alegría rara y furiosa que mi libertad se quedara enganchada en algún pliegue de una piel perfecta, aterciopelada como la de un melocotón poco común. Todo había cambiado tanto y tan deprisa, en una proporción

tan impecable, que no podía analizar lo que me estaba pasando y vivirlo al mismo tiempo. Había elegido vivir, y sin embargo, cuando cogí a Teresa González con la mano izquierda y toqué su cara con los dedos de la derecha, como había visto hacer a Raquel con la foto de sus abuelos, me pregunté si en otros países del mundo la gente no tendría más bien retratos de su padre, de su madre, en la mesilla de noche o al lado de la pantalla del ordenador.

Tendría que haber seguido por ahí, preguntarme por las diferencias, por las coincidencias, el verdadero sentido de esas viejas palabras que nos pesan tanto, que nos obligan a tanto después de tantos años, pero las historias españolas lo echan todo a perder y yo me había enamorado, estaba enamorado de mi abuela, estaba enamorado de Raquel, y había elegido vivir aquel amor, no pensarlo, sino servirle con lealtad y abnegación, la conciencia noble y sin fisuras de un ingenuo caballero medieval o la estricta desesperación del hijo ingrato, traidor, que se levanta contra su padre. Mi padre. Esas dos palabras nunca habían sido un problema para mí, nunca me había costado trabajo decirlas, pensarlas, asumirlas antes de conocer a Raquel, antes de conocer a Teresa, una sonrisa joven y pacífica que no había tenido suerte, como no la tuvo la razón, como no la tuvieron la justicia ni la libertad, la luz por la que luchó. Mi abuela, una oleada de amor repentino y una intensidad, una pureza difícil de explicar, habría hecho de mí un hombre mejor si la hubiera conocido antes, si la hubiera conocido a tiempo. Su memoria me habría bastado durante muchos años, habría sido bastante para cargar de sentido mi nombre, mis apellidos, y sin embargo me había llegado ahora y había llegado envuelta en una conmoción contradictoria y múltiple, un fervor que la afirmaba y la excluía al mismo tiempo.

La mala suerte te ha perseguido toda la vida, abuela. Yo te habría querido tanto, te habría admirado tanto, habría presumido tanto de ti en el bar de la facultad, con las chicas que me gustaban... Me habría aprendido tu carta de memoria y la habría recitado muchas, muchísimas veces, para ellas y para mí, para sentirme acompañado, sostenido por ti en la decisión de ser diferente, el hijo que mi padre nunca habría querido tener, el único que no ha querido parecérsele. Te necesitaba tanto, abuela, te he necesitado tanto, y tú estabas ahí y yo no lo sabía, tú estabas ahí y no te conocía, y ahora veo a Raquel Fernández Perea en cualquier sitio adonde mire, estoy sometido a la estricta necesidad de necesitarla, y todo me pasa a la vez, y todo me pasa demasiado deprisa, y yo estoy vivo, y ella está viva, y mi padre ha muerto, y tú habrás muerto también sin saber quién soy, sin conocerme. Es todo tan injusto, abuela, es todo tan injusto y tan justo a la vez, este amor perverso y puro, súbito y extraño, que me ahoga, que me rebasa, que me explota por dentro como una bomba minuciosamente armada, programada, detonada, y que es también tu amor, que también te corresponde, que te pertenece porque yo soy tú, una parte de ti, porque quiero serlo y nadie me lo va a impedir, porque nadie tiene poder para impedírmelo, y

yo te quiero tanto, tanto, tan de verdad, tan de repente, abuela.

Besé sus labios a través del cristal antes de devolver el marco a su sitio, junto a la pantalla del ordenador, y recuperé sin esfuerzo el recuerdo de los labios de Raquel y una emoción atropellada y completa que me puso los pelos de punta. Luego me fui a la cama muy tranquilo, como si mi vida no se hubiera puesto boca abajo en los tres últimos días, como si me sintiera capaz de gobernar mi confusión, como si esa confusión nunca hubiera existido. Pero antes de dormirme me pregunté qué clase de secretos descubrirían los hijos de cuarenta años de sus padres, cuando éstos murieran a los ochenta y tres, a principios del siglo XXI, en otros países del mundo, y me di cuenta de que había pasado un detalle por alto.

No logré recuperarlo cuando me desperté, tarde y de mucho peor humor que Mai, que flotaba por la casa como si su cuerpo no pesara y el aspecto de un ectoplasma luminoso de cuento de hadas. Quizás fue eso lo que me alteró, pero recobré la ecuanimidad muy deprisa. Mucho después, mientras compartía sobremesa con mis suegros, comprendí además qué era lo que no había sabido ver. La tarde del domingo fue pesada y muy lenta, buena para pensar, pero mientras Mai se dejaba aplastar por las horas que la alejaban de la felicidad simplísima de la tarde anterior y yo estaba sentado delante de la televisión con Miguelito, mirando el cuerpo de Raquel, una felicidad tan compleja, en cada fotograma de la versión clásica de *Peter Pan,* le di muchas vueltas a los datos de aquel problema lateral, marginal, insuperable, y no encontré ninguna fórmula capaz de resolverlo. Mi abuela Teresa se había marchado de la casa de su marido el 2 de junio de 1937. Su hijo mayor se había afiliado a la Juventud Socialista Unificada cincuenta y un días después. El hallazgo de los dos carnés de Julio Carrión González me había estremecido hasta tal punto que había leído la fecha de afiliación del primero, 23 de julio de 1937, sin comprender lo que significaba. Ahora, la discrepancia de aquellas dos fechas me parecía más grave, más ruin, más dolorosa, que la establecida por la existencia de otro carné de Falange Española y del año 41.

Los traidores se traicionan a sí mismos antes que a nada o a nadie. Eso, la falta de respeto hacia uno mismo que implica cualquier traición, es tal vez lo que los hace tan despreciables. En la época en la que mi padre cambió de bando, las traiciones ideológicas aparejaban mucho más que una simple rectificación teórica. Él mismo nos lo había contado muchas veces a propósito de su amigo Eugenio, el único hombre honrado que ha existido en este país, el único que pudo haber trepado y no trepó, el único que pudo haber robado y no robó, el único que pudo haber denunciado y no denunció. Nos lo había contado muchas veces y yo le había oído. Había escuchado cada una de estas palabras y las había archivado sin analizarlas, como si formaran parte de la letra de una canción vulgar y repetida, cuyo estribillo fuera esto no es frío, ¡qué va a ser frío!, tendríais que haber estado en Rusia, en Polonia, eso sí que era

frío... Los traidores se traicionan a sí mismos antes que a nada o a nadie y mantener las ideas, cualesquiera que fueran, que habían alejado a mi padre de mi abuela, habría sido más honrado, más leal, más digno de ella, que afiliarse a las juventudes de su partido para cambiar de bando cuando la suerte ya estaba echada, y acabar enterrándola en vida después.

Ya no pude pensar que quizás estaba exagerando, recordar que sabía mucho menos de lo que creía, calcular que también podría no hacer nada. A lo mejor estoy equivocada pero siento que estoy haciendo lo que tengo que hacer, y lo hago por amor. Eso había hecho mi abuela y eso hice yo el lunes por la mañana. Había dado una clase buenísima y no me lo podía explicar. Había dado una clase buenísima privado de libertad como estaba, con Raquel Fernández Perea cosida a mis ojos, a mis manos, a mi sexo, Teresa González en el corazón, y un grumo espeso y maloliente en la garganta, que era mi padre y pesaba como una deuda culpable, que ni siquiera sabía si debería cobrarme o tendría que pagar, sólo que estaba irremediablemente caducada. Así, estremecido, dividido, ausente, di una clase buenísima que acabó de liquidar el prestigio de aquella apacible llanura de tierras cultivadas que solía ser mi vida.

A la una menos veinte del mediodía, el Registro Civil de Torrelodones estaba desierto. Pensé que la suerte me había abandonado, pero después de carraspear, dar unos golpecitos en el mostrador y los buenos días a gritos, apareció un chico muy joven, delgado y con gafas, que me miró con la expresión despavorida de los inexpertos absolutos. Podría haber sido uno de mis alumnos, y eso me tranquilizó.

—Muy bien —me contestó cuando le expliqué lo que quería—, rellene uno de estos formularios...

—Verá —le interrumpí—, es que no puedo esperar. Es muy importante para mí, y yo soy profesor, doy clase en la Autónoma, estoy muy liado, no tengo tiempo libre...

—Bueno —entonces fue él quien me interrumpió—, pero no tiene por qué volver. Le mandamos la información a casa por correo.

—Ya, pero supongo que lo tendrán todo informatizado, ¿no? —asintió con recelo —. Entonces, aunque luego me mande la información por correo, podrá consultar ahora lo que le pido, y decírmelo. No tardará ni cinco minutos.

—Es que eso es irregular. El procedimiento es contestar por correo, y mi jefa no está, y yo soy sólo un becario, no llevo ni diez días trabajando aquí, y... —me miró, chasqueó los labios, negó con la cabeza—. ¿Cómo se llamaba su abuela?

—Teresa González.

—Teresa González ¿qué?

—No lo sé —me miró con los ojos muy abiertos—. De verdad que no lo sé, ya se lo he contado antes. En mi casa nunca se hablaba de mi abuela. Yo ni siquiera sabía que tenía otro hijo, me acabo de enterar de que no murió de tuberculosis en el 37. Me

temo que sería represaliada después de la guerra, pero no sé nada seguro. A lo mejor pudo exiliarse, no tengo ni idea. Sólo sé que mi padre nació aquí, en Torrelodones, el 17 de enero de 1922.

—Eso debería ser suficiente... —murmuró, más para sí mismo que para mí, antes de desaparecer por una puerta de cristal que estaba al fondo.

No tardó cinco minutos, pero volvió antes de que hubieran pasado diez.

—Puerto —me dijo, tendiéndome tres hojas que desprendían ese olor aguado, caliente y un poco triste de la tinta de impresora—. Teresa González Puerto, hija de Julio y de María Luisa, nacida en Villanueva de los Infantes, provincia de Ciudad Real, el 3 de agosto de 1900. Sólo he encontrado tres anotaciones. Su partida de matrimonio con Benigno Carrión Moreno, en 1920, la del nacimiento de su primer hijo, Julio Carrión González, en 1922, y la del nacimiento de su segundo hijo, una niña, Teresa Carrión González, en 1925. Eso es todo lo que hay. Aquí, desde luego, no murió. ¿Está usted empadronado en Madrid? —asentí con la cabeza—. Entonces puede ir al Registro Civil de allí y hacer una petición de otros datos registrales. Tardarán bastante en resolverla, porque tienen que hacerla circular por todos los registros de España, pero la encontrarán antes o después, salvo en el caso de que su muerte fuera... —se paró a pensar, pero encontró enseguida las palabras que necesitaba—. Digamos no oficial. En este país, y en aquella época, hubo miles de personas, hombres y mujeres, que oficialmente no han llegado a morirse nunca en ninguna parte, ya sabe. A muchos acabaron declarándolos muertos después, sin dar explicaciones y por presión de las familias, pero en este caso, si su padre no quería saber nada de ella, no sé...

—Como mi abuelo no era un judío polaco, sino un rojo español, no tuvo la suerte de que los nazis lo gasearan.

Adolfo Cerezo, al que Angélica nos había presentado aquella misma noche, pronunció esta frase en el salón de mi casa, con una copa en la mano y una expresión de serenidad absoluta, casi sonriente, pintada en la cara.

Luego, mientras Mai, que había sido la más interesada en organizar aquella cena, buscaba una caja de bombones, los traía, volvía a la cocina a por más hielo, iba a ver si Miguel estaba bien, abría los balcones para que entrara el aire y le enseñaba a mi hermana un vestido que se acababa de comprar, me contó que la familia de su madre era de un pueblo de Gran Canaria que se llama Arucas.

—Allí no hubo guerra —añadió, con el mismo acento amable y despreocupado en apariencia—. Los rebeldes trasladaron a las islas todo el ejército de África y no hubo manera de resistir, ni revolución, ni armas para el pueblo, ni curas fusilados, ni monjas violadas, ni desórdenes, ni pretextos, ni propaganda, nada de nada. Arucas fue el pueblo que más tardó en rendirse, y aguantaron un día y medio. Pero tú no sabrás nada de eso, claro...

—Pues no —reconocí—. Y eso que el nombre me suena.

—Sí, es un pueblo grande, importante. A lo mejor, por eso los falangistas pensaron que gastar balas iba a ser un despilfarro. Así que cogieron a mi abuelo y a otros sesenta y tantos republicanos de por allí, los tiraron a un pozo y les echaron cal viva por encima, tampoco demasiada, la justa para que los de arriba no pudieran salir, se conoce que estaban por ahorrar... —e hizo una pausa antes de explicar el sentido de su declaración inicial—. En Auschwitz fueron más compasivos, porque a los de Arucas les costó mucho trabajo morirse, ¿sabes?, casi una semana. Y como lloraban, y se quejaban, y la cal resplandecía por las noches, la gente del pueblo empezó a llamar a aquel sitio el pozo de los gritos de las brujas, porque lo que pasaba allí parecía cosa de brujería. Eso decían, y seguían durmiendo de un tirón. Por eso mi abuela se vino a la península, porque no podía escuchar ese nombre, porque era superior a sus fuerzas. Y nunca volvió. Mi madre se fue de su pueblo con siete años y tampoco ha vuelto. Y eso que es un sitio bonito, ¿eh?, eso es casi lo peor, lo bonito que es Arucas...

—Porque tú sí has ido —supuse en voz alta, y él asintió con la cabeza.

—Varias veces. Y he estado en el pozo, y lo he visto, y he llevado flores y siempre había flores, unas secas, otras frescas, todas amontonadas encima de la tapa.

—Qué horror —comenté al final—, qué historia tan espantosa.

—Sí —Adolfo estaba de acuerdo—, es espantosa —y volvió a sonreír.

Como mi abuelo no era un judío polaco, sino un rojo español, no tuvo la suerte de que los nazis lo gasearan. Yo comprendo que es terrible, y que debe de ser muy duro vivir con algo así, pero me ha parecido un poco desagradable, la verdad, me comentó Mai cuando mi hermana y su novio se marcharon, seguir dándole vueltas a una historia tan antigua, después de tantos años... Si le hubieran dado vueltas antes, le contesté, no haría falta seguir dándoselas ahora, y sin embargo no sabía lo que estaba diciendo, no lo supe hasta aquella mañana, en el Registro Civil de Torrelodones, mientras sostenía la mirada de un desconocido que intentaba prepararme para lo peor.

Si le hubieran dado vueltas antes, no haría falta seguir dándoselas ahora, eso había dicho yo, pero entonces no sabía lo que significaban esas palabras. No sabía lo que se siente al imaginar el terror, la angustia, la desesperación, el miedo, el dolor que descompone en el último instante el rostro del hombre, o de la mujer joven y sonriente, a los que un niño ha visto durante toda su vida en la foto que está encima de una cómoda, en el salón o en el recibidor de la casa donde ha vivido, donde ha crecido, donde se ha convertido en un adulto con juicio y con memoria. Tu abuelo, tu abuela, mi padre, mi madre, sólo un nombre y un rostro, con suerte también un puñado de palabras, quizás algún objeto bonito, hasta valioso, y nada más, ningún recuerdo vivo, animado o caliente, que asociar a una sonrisa antigua, inmóvil, congelada en una simple fotografía en blanco y negro. Hasta que cae la noche, se abre

un agujero, se descorre un cerrojo, forma un pelotón o el cañón de una pistola se apoya contra una nuca, y entonces sí, entonces se siente lo que nunca se ha visto, el terror, la angustia, la desesperación, el miedo y el dolor, se siente el cuerpo que nunca se ha abrazado, las manos que nunca se han tocado, el llanto que no lloran las fotografías y el sabor del plomo en el paladar.

Todo eso se siente, todo eso sentí yo al imaginar a Teresa González Puerto cayendo en un pozo, derrumbándose en un camino, agonizando en una fosa común, cerrando los ojos muy despacio para esperar a la muerte. Tu abuela era muy buena, quería mucho a su marido, tocaba muy mal el piano, pobrecilla. Todo eso sentí, y la rabia desencajándome las mandíbulas, un presentimiento del llanto al borde de los ojos y unas ganas tremendas de matar a alguien. Voy a Arucas de vez en cuando, me había contado Adolfo aquella noche, necesito ir, no sé por qué, pero me sienta bien, voy allí, veo el pozo, llevo flores, nada más, parece una tontería, pero necesito hacerlo... Y ellos, los nietos de los otros, de los rebeldes, de los fascistas, de los compañeros de los asesinos de Arucas, podrían contar tal vez otras partes de la misma historia, sucumbir a otra rabia, llorar otras lágrimas, tan parecidas y tan distintas a las de Adolfo, a las de Fernando, a las mías. En aquel momento lo pensé, desde aquel momento nunca dejé de saberlo, pero mi abuela se llamaba Teresa González Puerto y de ninguna otra manera. Se llamaba Teresa González Puerto y había perdido una guerra pero jamás la razón, y por eso merecía que yo venciera por ella.

—Lo siento mucho —aquel chico me miraba con una expresión preocupada, casi asustada—. No debería haberle dicho eso, porque no tengo ningún motivo para suponer... Lo siento mucho, de verdad. Perdóneme.

—No tengo nada que perdonarle, al contrario —me obligué a tranquilizarme, le ofrecí la mano y él la estrechó con firmeza, más sereno a pesar de la punta de melancolía de la que tal vez carezcan, pensé, las sonrisas de los becarios de los Registros Civiles en otros países del mundo—. Muchísimas gracias.

Cogí la historia oficial de mi abuela, tres pobres hojas de impresora, y el olor ahora más triste de la tinta se diluyó en la benevolencia de un día de primavera tibio y soleado, que me fue aplacando mientras caminaba hacia la plaza por un camino que no creía recordar y completé sin vacilación alguna. Las terrazas estaban casi vacías, era pronto, era lunes. Escogí una mesa al sol y le pedí una cerveza a una camarera muy sonriente, bajita, morena y graciosa, que parecía ecuatoriana, peruana quizás. Me bebí esa y otra más mientras leía muchas veces los papeles, una somera trascripción literal en Arial del cuerpo diez encabezando un facsímil de la inscripción original, con primorosas versales de caligrafía inglesa trazadas a pluma. Luego pagué, dejé una buena propina y entré en el bar.

—Perdone, pero estoy buscando a alguien y a lo mejor usted puede ayudarme... —el aspecto de la mujer que estaba detrás de la barra, unos cincuenta años, gorda,

apacible, rubia teñida nacional, me había decidido a abordarla—. ¿Es usted de aquí?

—No —me sonrió—, pero vivo aquí desde hace treinta años.

—Ya... —le devolví la sonrisa—. Pues es que estoy buscando a unos amigos de mi padre, que nació en este pueblo pero se fue a Madrid siendo muy joven, y no sé dónde encontrarlos, a lo mejor usted los conoce. Uno se llama Anselmo, es muy mayor, bueno, de la edad de mi padre, que ha muerto con ochenta y tres años...

—No —y subrayó la negativa con la cabeza—. Ese Anselmo no me suena.

—¿Y una señora a la que llaman Encarnita, siempre así, con diminutivo?

—Una mujer alta, con el pelo blanco, corto y rizado, grandona, mayor...

Era ésa y no sólo la conocía. También sabía dónde vivía. Me perdí en dos o tres rotondas absurdas, de esas que parecen sembradas al azar o hechas aposta para desorientar a los conductores forasteros, antes de encontrar la dirección, y allí un chalé antiguo, de piedra, en medio de un jardín frondoso, de árboles altos, rodeado por un seto de adelfas. Junto a la puerta de la verja había un interfono. Pulsé el botón, dije que venía a ver a Encarnita, y alguien me abrió sin preguntar nada más. Una mujer rubia, esta vez auténtica, de unos treinta años, con el pelo corto y la piel muy blanca, me estaba esperando en la puerta de la casa.

—Buenos días.

—Buenos días —repitió, y por el acento comprendí que era extranjera.

—Me llamo Álvaro Carrión, soy hijo de un amigo de la infancia de Encarnita —intentaba pronunciar despacio, pero a aquellas alturas ya me había dado cuenta de que no me seguía—, y me gustaría hablar con ella un momento, si puede ser.

—Señora no está.

—¿Y a qué hora volverá? —no me contestó—. No me importa esperar.

—Señora Encarnita está. Señora Encarna no está.

—Ya, pero... —la coincidencia de los nombres me hizo dudar—. No sé. Yo he venido a ver a la mayor de las dos.

—¡Ay!

Dijo sólo eso, ¡ay!, con una expresión donde los nervios parecían a punto de desembocar en el sufrimiento, y desapareció sin cerrar la puerta. Tardó unos minutos en volver con una chica muy joven, vaqueros acampanados, una camiseta corta y un pendiente azul en el ombligo.

—Hola —se metió las manos en los bolsillos y sonrió—. Jovanka me ha dicho algo de mi abuela, pero no la he entendido muy bien. Es que es croata.

—Ya, por eso ella tampoco me ha entendido a mí. Verás...

Volví a presentarme, le expliqué quién era mi padre, que había visto a su abuela en el entierro y que me gustaría hablar con ella de mi propia abuela, porque tal vez la habría conocido.

—¡Ah! Pues sí. Ella encantada, me imagino. Le gusta mucho hablar con la gente

porque se aburre, claro... —entonces escuchamos el motor de un coche y ella estiró el cuello en esa dirección—. Mira, ahí está mi madre.

Repetí mi historia por tercera vez ante una mujer mayor que yo, elegante, muy simpática, que fue asintiendo con la cabeza hasta que decidió que no necesitaba escuchar más.

—Ven conmigo —me precedió hasta el recibidor y allí se dirigió a su hija—. Cecilia, ve a la cocina y le dices a Jovanka que ha llamado tu padre para decir que no le da tiempo a venir a comer, corre, anda...

—Bueno, pero luego pienso ir a escuchar.

Su madre sonrió mientras cruzaba el pasillo en dirección a una puerta acristalada que transparentaba la luz del sol. Allí, en un salón semicircular que se abría a un porche trasero y revelaba la antigüedad de la casa, estaba Encarnita, sentada muy tiesa, con la espalda recta en un sillón de mimbre trufado de cojines, ante una televisión encendida. No le debía de gustar mucho el programa, porque se volvió para mirarnos antes de que tuviéramos tiempo de llegar hasta ella, y justo después la apagó.

—Hola, mamá... —su hija se acercó, la besó en la frente, acarició su cara—. ¿Cómo estás? Mira, tienes visita, este chico es...

—Lo sé —la cortó, me miraba—. Yo te conozco.

—Sí, nos vimos hace poco en el entierro de mi padre —le dije—. Yo me llamo...

—Julio Carrión.

—No —sonreí—. Ese era mi padre y tengo un hermano que también se llama así, pero yo me llamo Álvaro. Álvaro Carrión.

Volvió a mirarme con una expresión de extrañeza y comprendí que me había confundido con mi padre. Su hija nos preguntó si queríamos tomar algo, fue a la cocina a buscarlo, la adolescente del piercing en el ombligo llegó, se sentó cerca de su abuela y durante un momento, la miró a ella también como si no la conociera.

—Ya... —dijo después—, ya. Tú eres hijo de Julio. Nieto de Benigno entonces, ¿no?

—Justo —le di la razón con una sonrisa que pretendía ocultar el derrumbe de mis esperanzas, pero ella siguió como si hubiera podido leerme el pensamiento.

—Ya, ya sé... Estoy muy bien de la cabeza, no creas, pero de vez en cuando, me pasan estas cosas, que de repente me confundo y me pierdo, me voy, así, muy lejos, y tardo en volver. Es algo de la circulación de la sangre, por lo visto, que va demasiado despacio. Eso dicen los médicos, porque yo no me entero, claro está... Ahora, que cuando vuelvo, me quedo —sonrió y se volvió hacia su nieta—. ¿A que sí, Cecilia?

—Claro que sí, si estás fenomenal —la cogió de la mano, se la apretó y me miró —. Ya me gustaría a mí tener la memoria que tiene ella, en serio.

—Bueno, pues yo he venido... —pero después de lo que acababa de escuchar, me

pareció que dar muchos rodeos sería casi ofenderla—. ¿Usted conocía a mi abuela Teresa, Encarnita?

—¿A tu abuela? —abrió mucho los ojos, como si le sorprendiera la pregunta—. ¡Claro que la conocía! A tu abuela la conocía todo el mundo en este pueblo, pero todo el mundo, ¿eh?, bueno, aquí, y en los alrededores también. Pues sí, menuda era...

—Y se acuerda de... ¿Sabe usted si mi abuela era socialista?

—¿Que si era socialista? —y entonces se echó a reír, se palmeó en los muslos, apoyó las manos en las rodillas y se me quedó mirando como si no hubiera escuchado una pregunta más tonta en todos los días de su vida—. ¡Pues claro que era socialista! Bueno, socialista es poco, ella era mucho más que eso, ella fue... la que lo inventó, como si dijéramos. En este pueblo nadie sabía lo que eran los socialistas hasta que a tu abuela se le ocurrió meterse en política, no te digo más...

Pero al llegar a ese punto se puso seria y levantó el dedo índice en el aire, como si quisiera hacer una precisión importantísima.

—Ahora, que te voy a decir una cosa. Socialista era, roja perdida, vamos, pero muy buena persona, eso sí, que no se te olvide. Muy buena, y muy lista, y muy valiente, eso desde luego. Demasiado valiente, la verdad, pero sobre todo buena. Yo la quería mucho, a tu abuela, porque Teresita..., que será tu tía, ¿no? —sonreí y afirmé con la cabeza en nombre de aquella mujer a la que no había visto nunca, ni siquiera en una fotografía—, bueno, pues Teresita y yo teníamos la misma edad y éramos muy amigas. Así que yo iba casi todos los días a casa de tus abuelos, a merendar, a buscar a Teresita, a jugar con ella, y ella venía a mi casa, claro... Y luego, cuando mis padres me lo prohibieron, como ella se puso a trabajar de maestra, pues la veía en la escuela todos los días, también.

—Y... ¿le puedo preguntar otra cosa? —movió la cabeza para darme permiso—. ¿Por qué le prohibieron ir a casa de mis abuelos?

—Pues por ella, claro está. Porque se significó mucho, muchísimo, no te lo puedes ni figurar, y en mi familia eran monárquicos, y a un hermano de mi padre lo habían paseado los rojos en Madrid, y tu abuela estaba todo el día en la calle, pegando gritos, y... A ver, pues en mi casa no les hacía gracia.

—Pero mi abuelo era de derechas.

—Tu abuelo era... de derechas, sí, muy meapilas, más que otra cosa, pero en su casa no pintaba nada, la verdad, porque... —meneó la cabeza como si nada hubiera tenido nunca remedio—. Perdona que te lo diga, hijo, pero tu abuelo era un calzonazos, la verdad es que no servía ni para hacer puñetas, tu abuelo, eso lo decía todo el mundo, hasta mi madre lo decía, y que su mujer valía un millón de veces más que él. Yo creo que a mi padre también le molestaba eso, ¿sabes?, porque mi madre... Pues era de derechas y todo, sí, pero en aquella época, con lo de la libertad y que las mujeres de repente podían hacer lo que les diera la gana, entrar y salir, votar, casarse

sin pedirle permiso a nadie, divorciarse y quedarse con los hijos, trabajar, ganar dinero, vivir solas, mandar en los partidos, ser diputadas, ministras, pues, figúrate...

Se me quedó mirando, como si esperara a que yo sacara mis propias conclusiones, y no la hice esperar.

—A su madre, eso le gustaba, ¿no?

—¡Pues claro que le gustaba! ¿Cómo no le iba a gustar? Pa chasco... —y se echó a reír, como si lo encontrara todo muy divertido—. Yo entonces era muy pequeña y no me daba cuenta, pero luego, pensándolo ya de mayor, pues... Yo creo que a mi madre le caía bien tu abuela, fíjate, aunque sólo fuera por la cuenta que le traía, y eso sí que mi padre no lo tragaba, eso le ponía enfermo, con lo de las mujeres no podía. Y él no era un calzonazos, por cierto, más bien lo contrario. Total, que la que pagó el pato fui yo, con lo que quería a Teresita, que era de mis mejores amigas... Ahora, que no obedecí, eso desde luego. A casa de tus abuelos dejé de ir porque me podía ver alguien, pero seguí jugando con tu tía en la plaza, en el río, en la escuela. En aquella época, las cosas eran así, yo tenía... pues once o doce años tendría, pero no obedecí, así que... Algo se me habría pegado de tu abuela.

Volvió a sonreír, como sonreía su hija, como sonreía su nieta, como estaba sonriendo yo mientras el fantasma de mi abuela Teresa volaba sobre nuestras cabezas igual que la estela brillante de un hada madrina, una presencia dulce y benéfica que no se disipó del todo pese a la irrupción de un adolescente muy alto y con la cara llena de granos, que venía botando un balón de baloncesto. Se llamaba Jorge, y mientras se comía todas las patatas fritas que había traído su madre, comprendí que tendría que hacer aquella pregunta antes o después, y me dije que sería mejor hacerla cuanto antes.

—Y usted, Encarnita..., ¿usted sabe cómo murió mi abuela?

—Pues... —y entonces me miró como si acabara de darse cuenta de la extraña naturaleza de mi curiosidad—. Eso quien lo tiene que saber eres tú. Lo que quiero decir es que lo sabría tu padre, ¿no?

—No lo sé —junté las manos, las crucé, las apreté con fuerza, las miré, y me sentí avergonzado de pronto por no tener otra respuesta que ofrecer a aquella mujer, como si hasta aquel momento yo mismo no hubiera podido calibrar bien la bochornosa condición de mi ignorancia—. Supongo que él lo sabría, pero yo no lo sé. Nunca nos habló de su madre. Nunca. El otro día, entre unos papeles suyos, encontré una carta que ella le escribió cuando se fue de casa. Entonces me enteré de que era socialista, de que había dejado a su marido y de que tenía otra hija. Hasta que leí esa carta, yo creía que mi padre era hijo único, y que mi abuela se había muerto de tuberculosis en el verano de 1937.

—¡Qué barbaridad! —Encarnita movió la cabeza de un lado a otro varias veces, sujetándose la garganta con la mano derecha, como si le faltara el aire—. Qué...

barbaridad, qué poca vergüenza, ¿no?

—Pues... —la miré a los ojos y no encontré ningún camino para escapar de su mirada—. Sí.

—Porque yo podría entender... En aquella época, en los años cuarenta, en los cincuenta, era difícil ser hijo de según quién, de alguien como tu abuela era hasta peligroso, pero después, que no os dijera nada después, a vosotros, que sois sus nietos —Hizo una pausa larga, tan larga que me dio tiempo a pensar en lo que me acababa de decir y mi vergüenza creció, y creció mi tristeza, mi rabia, mientras ella masticaba su asombro todavía.

—Claro que a lo mejor... No lo sé. No sé. Bueno, el caso es que tu abuela no murió de tuberculosis. El tuberculoso era él.

—¿Su novio?

—Hombre, tanto como novio... —se tomó algunos segundos para decidir si aquella categoría era aceptable, antes de rechazarla—. Más bien el hombre con el que se juntó.

—Manuel —recordé.

—Sí, así se llamaba, Manuel Castro. También era maestro, y socialista, y valía mucho. Tenía un pico de oro, eso decía la gente. Tu abuela hablaba bien, pero él... Claro que es lo que tenían los políticos de entonces, que los de ahora no valen ni para limpiarles los zapatos. Yo era una niña, pero de eso sí me daba cuenta, porque entonces los políticos imponían sólo con verlos. Eran líderes, ¿comprendes? Arrastraban a la gente, no se contradecían cada dos por tres, sabían lo que decían, y por qué lo decían. Y como desaparecieron de la noche a la mañana pues, claro, todo el mundo se daba cuenta, los comparaban con lo que vino después... —y cuando yo creía que había vuelto a perder el hilo, me demostró que lo tenía bien amarrado—. El caso era que don Manuel valía mucho, y mandaba bastante en el partido, como tu abuela, por otro lado, no creas, que ella también sabía mandar, pues sí, menuda era... Total, que entre esto y aquello, parecían hechos de encargo, el uno para el otro, la verdad. Él sí había tenido tuberculosis, aunque cuando llegó aquí ya se había curado. Era un hombre alto, flaco pero fuerte, y los niños le queríamos mucho porque era mago.

—¿Mago? —y el corazón se me aceleró de repente, podía sentir la velocidad, el tropel de sus latidos—. Hacía magia, ¿quiere decir?

—Claro. Él fue quien enseñó a tu padre. Porque tu padre también era mago, eso sí lo sabes, ¿no? —asentí con la cabeza—. Cuando nos portábamos bien en clase, si nos sabíamos la lección o habíamos hecho todos los deberes, don Manuel empezaba a sacarse cosas de los bolsillos, del cuerpo, nos las sacaba a nosotros de detrás de las orejas o las hacía desaparecer —sus ojos se iluminaron con un regocijo casi infantil —. La verdad es que era maravilloso... Y entre eso, y que vivía en casa de tus

abuelos, porque había venido evacuado de Las Rozas y lo habían colocado allí, y el pico que tenía, pues, ya se sabe... Acabó pasando lo que pasó. Ahora, que te voy a decir otra cosa —y volvió a levantar en el aire el índice de las admoniciones—, aquello fue un pedazo de escándalo para los demás, para mis padres, para el cura, para la gente bien del pueblo, porque él también estaba casado, y tenía hijos y todo, pero ellos no pensaban en eso, a ellos eso les traía sin cuidado, y a los suyos también. Tu abuela no se escondía al salir a la calle, ni estaba arrepentida, ni tenía mala cara, nada de nada. Al revés, estaba como unas pascuas, daba gusto verla, porque estaba muy segura de que tenía derecho a hacer lo que quisiera. Ella era así, y a mí eso también me parece bien, qué quieres que te diga, me da envidia, porque...

Entonces se calló de pronto, igual que si se hubiera mordido la lengua, y me dirigió una mirada de alarma que no pude interpretar, a la que no pude corresponder de ninguna manera.

—Total, a lo que iba —pero se recuperó muy deprisa—. Que se fueron de aquí. Y se llevaron a Teresita, o Teresita quiso irse con ellos, eso no lo sé. Y nunca la volví a ver. Tu padre no quiso marcharse, en cambio, se quedó con tu abuelo, y era raro, ¿eh? Fue raro, porque Julito adoraba a don Manuel, le hacía de ayudante en las funciones que daba a los soldados, siempre estaban juntos. Y después... Los metieron en la cárcel, a los dos, pero muy lejos el uno de la otra. Él salió muchos años más tarde, lo sé, aunque no me acuerdo de por qué, no sé quién me lo contó, pero estoy segura de que lo he sabido. Eso también me pasa mucho, ¿sabes?, que me acuerdo bien de las cosas más antiguas y, en cambio, las más modernas se me borran...

—¿Y mi abuela?

—Pues tu abuela... Eso sí lo sé —me miró a los ojos para decírmelo—. Tu abuela murió en la cárcel, en alguna cárcel, no me acuerdo de cuál. En aquella época había muchas, pero me parece que fue en una famosa... No te puedo decir más. Lo único que sé es que a ella también le había caído una condena larguísima, a todos los maestros les pasó lo mismo, pero se murió muy pronto, a los dos o tres años, de una enfermedad. Creo que tuberculosis no era, pero tampoco me acuerdo ya... Lo único que recuerdo es que tu abuelo lo fue contando. Se lo contó a mi padre y así me enteré yo.

En ese momento sentí un alivio enorme, una pena enorme también, ante ese desenlace cruel pero no demasiado, benévolo pero cruel, y era consolador que nadie la hubiera matado, que se hubiera ido ella sola, y era espantoso que no hubiera sobrevivido, como sobrevivieron tantos otros, y era gratificante pensar que no la habían tirado a un pozo, que no la habían sacado de la cama de madrugada para pegarle un tiro al borde de una carretera, que los barrenderos no habían recogido su cadáver de madrugada en una calle cualquiera, y era horrible pensar en qué condiciones la habría encontrado la muerte, y era mejor que no hubiera vivido para

ver lo que sus enemigos hacían con su país, y era terrible que no hubiera vivido incluso al precio de ver lo que sus enemigos hacían con su país.

Encarnita me miraba con sus ojos profundos, pequeños pero brillantes como puntas de alfiler, mientras yo me reprochaba mi ingenuidad, la debilidad de creer que Teresa hubiera conseguido escapar. Otros muchos lo habían logrado pero, en el fondo, yo ya sabía que ella no había tenido esa suerte, porque su hijo no habría podido eliminarla para siempre si hubiera seguido estando viva. Había muerto mucho antes de que yo naciera, pero seguía siendo mi abuela, siempre lo sería aunque hubiera muerto con mi edad, a los cuarenta años, a los cuarenta y uno, una mujer extraordinaria, más de lo que yo llegaría a ser en mi vida. Era mi abuela y yo la quería. Nunca la había visto, pero la quería. Ella no había llegado a conocerme, pero la quería. Jamás me había tocado, jamás me había abrazado, jamás me había besado, pero yo la quería, la quería, la quería. De verdad y de repente, la quería.

—Era mucha mujer para tu abuelo, Julio.

—Álvaro —me atreví a recordar.

—Bueno, como te llames... —miró dentro de sí misma, y sus ojos volvieron a brillar—. Mucha mujer. Demasiada.

Era mucha mujer, pensé, fue mucha mujer y luego nada, Teresa González Puerto, la que lo inventó, que se significó mucho, muchísimo, y se pasaba el día en la calle dando gritos, y era fuerte, y lista, y valiente, demasiado valiente, como si el valor pudiera ser excesivo, como si molestara, como si pudiera llegar a sobrar en la vida de alguien, en la de los demás, pero también era buena, muy buena, y es preciso recalcarlo, porque la bondad de una madre de familia no se da por supuesta cuando es fuerte, y lista, y valiente, demasiado valiente, en los territorios inmunes a la ley de la gravedad. Teresa González Puerto, que se había casado con el hombre equivocado, y había ensayado la existencia de una joven y pacífica esposa burguesa, y no le había gustado, y había creído en el sueño de su propia libertad, y lo había ejercido para ganar el amor de un mago, para arriesgarlo todo, para perderlo todo, y por fin la vida. Entonces, y aunque la sonrisa de mi abuela me dolía, aunque presentía que nunca dejaría de dolerme, su recuerdo me llevó al de otra mujer excesiva.

—¿Y esta fotografía? —se la tendí y ella se la acercó mucho a los ojos, dejándome leer a distancia la fecha, la dedicatoria—. ¿Sabe quién es ella?

—Una mujer guapísima —me sonrió.

—Guapísima —repetí.

—Sí, pero no la conozco. Si la hubiera visto alguna vez, no se me habría olvidado —hizo una pausa breve y risueña que no supe interpretar y volvió a acercarse la foto a la nariz—. Él es tu padre, claro. En la época en la que volvió por aquí.

—La foto es de 1947 —aclaré—. Está dedicada por detrás.

—¿Qué pone? —se lo dije y se quedó pensando—. Paloma, Paloma... Vete a

saber. Hay tantas. Pero aquí no la trajo, eso desde luego. Y lo de 1947, pues sí. Por ahí debió de ser... Llevaba un montón de tiempo fuera, yo ya creía que no iba a volver, porque de Torrelodones se marcharon tres a Rusia, y a uno lo mataron, pero el otro vino tres o cuatro años antes que tu padre.

—¿Y qué hizo? —pregunté, porque ya desconfiaba de todo lo que sabía—. ¿Volvió a vivir con mi abuelo?

—¡Qué va! Si a tu padre no le gustaba nada esto... —y se rió con ganas antes de confirmar la versión familiar—. Bueno, le gustaba venir para presumir, para darse un paseo y chulear un poco, eso sí, porque volvió hecho un señor, pero un señor, con dinero, bien vestido, nada que ver con tu abuelo, que siempre fue un patán... Tenía mucho éxito con las mujeres, pero muchísimo, no te lo puedes ni imaginar. A mí siempre me dejó fría pero en el pueblo traía locas a más de cuatro, y eso sin contar con lo de la señorita Mariana, claro.

—¿La señorita Mariana? —en ese momento, aquel nombre no me sugirió nada.

—Sí, Mariana, la sobrina de don Mateo Fernández, el dueño de la Casa Rosa —y dio por sentado que yo sabía de lo que me estaba hablando.

—Es una casa muy grande, construida en lo alto de un cerro —su hija intervino en mi auxilio—. Se llega por un camino que arranca más o menos donde termina esta calle. Desde aquí no se ve mucho, porque está lejos, pero es un chalé antiguo y muy bonito, con las paredes recubiertas de hiedra, fíjate al salir... Ahora está rodeado por otros chalés más pequeños, más modernos, tres, creo que son. Antes, todo ese terreno pertenecía al jardín de la Casa Rosa, pero yo ya no lo conocí. Siempre lo he visto así.

—¿Y qué tenía que ver mi padre con esa casa?

—Pues... —se quedó pensando y frunció el ceño—. El caso es que eso nunca se supo, no puedo decirte otra cosa, la verdad... Tu padre volvió, y aquí le conocía todo el mundo, claro, figúrate, pero aparte de ir a ver a tu abuelo, que era lo normal, ¿no?, pues iba siempre a ver a la señorita Mariana, que todavía le estoy viendo subir la cuesta... La gente decía que estaban liados, pero vete a saber, porque a la gente le gusta mucho hablar y luego, las más de las veces, no tienen ni idea de lo que dicen. Además, la señorita Mariana, aparte de que era mayor que tu padre, era una mujer muy seca, muy seria, y hasta un poco amargada, diría yo, a lo mejor porque se había quedado viuda muy joven con una niña que era monísima, por cierto, con los ojos muy azules y rubia rubia... Claro que los Fernández eran más bien rubios, y con los ojos claros casi todos. El caso es que no me acuerdo de cómo se llamaba la niña, porque la vi muy pocas veces. Su madre no la dejaba venir al pueblo. Es que no se trataba con nadie de aquí, ¿sabes?, como si descendieran del sobaco de Cristo, lo mismo. Aparecían todos los años a finales de junio, en un taxi, y luego sólo bajaban a misa los domingos, nada más. Así hasta que se marchaban en otro taxi, en septiembre. Fermina, que había sido la guardesa de don Mateo, bajaba a hacerle la

compra, y aparte de ella, y de su marido y sus hijos, claro, que también vivían ahí arriba, la señorita Mariana sólo se hablaba con tu padre. Pero no era la clase de mujer que se lía con un hombre como él.

—¿Por qué? —me atreví a preguntar—. Si tenía tanto éxito...

—Ya, pero entonces las cosas no eran como ahora. Se guardaban mucho más las formas, y la señorita Mariana era una señora, y él nada, un don nadie, aunque... Yo qué sé. En esos asuntos, se lleva cada sorpresa una, en la vida. De todas formas, algo se traían entre manos, eso seguro, porque él iba siempre a verla cuando venía por aquí. Y luego, cuando se vendió la casa, ella escribió al ayuntamiento, y al notario, y hasta al cuartelillo de la Guardia Civil, para decir que él la había echado, que se la había robado. Pero no pasó nada de nada, porque la casa, para empezar, no era suya. De Mariana, quiero decir... Era de su tío Mateo. Antes de su abuelo, sí, del padre de su padre, pero después de don Mateo. Cuando se repartieron la herencia, digo yo, porque tampoco lo sé pero me imagino que sería así, cuando se lo repartieron todo, don Mateo se quedó con esa casa, y su hermano, el padre de la señorita Mariana, que era el mayor, pues, no sé, se quedaría con otra cosa. Tenían mucho dinero.

—Entonces... —pero todavía estaba completamente perdido— ¿Por qué vivía ella en esa casa? Si no era suya y tenía dinero... ¿Y cómo pudo echarla mi padre?

—¡Ay!, hijo, es que eso no lo sé... Pero ni yo ni nadie, aquí por lo menos, ésa fue siempre una historia muy misteriosa. La señorita Mariana veraneaba en esa casa, porque sus dueños no estaban aquí, en España. Se habían marchado, a Francia creo, después de la guerra.

—Eran republicanos.

—¡Bueno! —sonrió mientras movía la mano en el aire con mucha vehemencia—. Y sobre todo ateos, por eso a mí tampoco me dejaban acercarme a su casa, ni subir la cuesta me dejaban... Los niños, que ya no eran tan niños, claro, porque los más pequeños tendrían casi diez años más que yo, no habían hecho la comunión y ni siquiera estaban bautizados. Eso se contaba, pero yo no los conocía, la verdad, porque mis padres y los suyos ni se saludaban, y eso que antes de la República, por lo visto, se habían llevado bien. En aquella época esta clase de cosas eran muy corrientes... Total, que después de la guerra se marcharon, y se conoce que, entonces, le dejaron las llaves de su casa, de ésta y de la de Madrid, a su sobrina Mariana, que fue la única que se quedó aquí.

—Y la que se quedó con todo —supuse en voz alta, para que Encarnita me diera la razón con vehemencia—. Porque si ella no se marchó, estaría a bien con el régimen, supongo.

—Pues eso supongo yo también, sí, eso supusimos todos por aquí... A nadie le extrañó mucho, primero porque en aquella época, después de la guerra, todos hacíamos como que no nos extrañaba nada, ¿sabes? No estaban los tiempos para

reclamaciones, ni para andar haciendo preguntas sin ton ni son... Pero, además, don Mateo... Pues claro, los tres veranos que duró la guerra ni había aparecido por aquí, porque estaban las cosas como para veranear, con el frente en la Moncloa. Y luego, su sobrina apareció un buen día de dueña y señora, con muchos humos, ¿sabes?, y mucha mala leche, por cierto, porque lo que le pasaba era que no tenía donde caerse muerta. No sé qué hizo su padre para gastárselo todo, pero se lo gastó. Y luego, pues sí, sería lo que tu dices... —volvió a asentir con la cabeza y un gesto más melancólico —. Cuando su familia se fue, ella debió de pensar, ya está, me ha tocado la lotería, me quedo con todo y a vivir. Hasta que, un buen día, tu padre volvió al pueblo. Y él era falangista, así que pocas bromas, ¿sabes? Luego, un año después, o más bien dos, serían, se vendió la casa y nunca volvimos a ver a la señorita Mariana, ni a la niña, nada, como si se las hubiera tragado la tierra. Con él pasó algo parecido porque estuvo mucho, pero muchísimo tiempo sin alternar por aquí, más de diez años, creo yo. Bueno, venía a ver a tu abuelo, pero llegaba con el coche hasta la puerta y se volvía a marchar sin saludar a nadie. Así que la siguiente vez que hablé con él, ya se había casado con la extranjera y tenía dos o tres críos, porque sois muchos, ¿no?

—Cinco —sonreí—. Pero mi madre no es extranjera.

—Ya, ya lo sé —ella también sonrió—. Pero aquí, en el pueblo, la seguimos llamando así, porque como tenía esa pinta y tu padre había salido, y había estado en medio mundo, y eso... No sé, la vimos aparecer un día, tan flaca, tan elegante, con unas gafas negras que le tapaban la mitad de la cara, y siempre tan callada, sonriendo sin decir ni mu, como si no entendiera... Debe de ser extranjera, dijo alguno, y todos pensamos, pues claro, eso debe de ser. Después, ya no. Después... Bueno, yo nunca he hablado mucho con ella, pero sólo con que te dé los buenos días, ya se da una cuenta de que no es extranjera, de que es de aquí.

—De todas formas, lo de esa casa es muy raro... —y eso era lo que había estado pensando mientras la escuchaba, que era tan raro que la explicación tenía que ser más sencilla de lo que parecía—. Pero a lo mejor, mi padre ya trabajaba en una inmobiliaria que quería comprar la casa y se había puesto de acuerdo con los dueños o algo así. Porque él siempre trabajó en eso y empezó comprando ruinas para arreglarlas y venderlas después.

—Eso tiene sentido —volvió a intervenir Encarna hija.

—Sí, en fin, no lo sé... —pero su madre no estaba tan segura—. Ya te he dicho que todo eso fue muy misterioso.

Me devolvió la foto, la guardé en mi cartera, miré el reloj y me di cuenta de que eran las dos y media. Cogí a Encarnita de las manos, la miré, le pedí perdón por haberla entretenido tanto tiempo, y le di las gracias.

—No puede usted imaginarse cuánto le agradezco lo que me ha contado de mi abuela —le dije—. De verdad, yo... Ni siquiera sé cómo decírselo.

—¡Ah! ¿Pero te vas ya? —me preguntó, muy sorprendida.

—Pues, claro, mamá... —su hija se echó a reír—. Él tendrá que comer, y nosotros también.

—Bueno, pero antes... A ver, que alguien me traiga la foto que tengo en la cómoda del dormitorio —su nieta se levantó enseguida—. Tienes que verla antes de irte.

Era una típica imagen escolar, una cincuentena de colegiales de ambos sexos formados en hileras, por edades y estaturas, en las escaleras de un edificio, y cuatro adultos, tres hombres y una mujer, completando la composición, dos por debajo, uno en cada extremo de la primera fila, y dos por arriba, juntos y un peldaño por encima de la hilera más alta. Ella era una versión insólita, juvenil, estilizada, desafiante y atractiva de mi abuela, con el pelo suelto, los ojos un poco saltones siempre pero muy brillantes, ni rastro de papada y la barbilla muy favorecida por esa ausencia. Él, un hombre delgado, con la cara alargada y el pelo negro, la miraba y sonreía de perfil, como si estuviera solo con ella.

—Ésta es mi abuela, ¿no? —Encarnita respondió con la cabeza a aquella pregunta gratuita que me sentí obligado a formular de todas formas, porque el tiempo parecía haber retrocedido por el rostro y el cuerpo de aquella mujer, que debía de tener como poco diez años más que la sonriente esposa burguesa que me esperaba al lado de mi ordenador, y parecía su hermana pequeña—. Y éste debe de ser Manuel.

—Sí, y ya ves cómo la mira, por eso, cuando digo yo que era un escándalo... Y esta niña de aquí, ¿ves?, es Teresita. Ésta soy yo, y ésta es Amada...

Teresa Carrión González se parecía a su madre, pero también se parecía a su hermano. Morena, con los ojos oscuros, iba peinada con raya en medio y dos trenzas pequeñas, apretadas, rematadas con un lazo en cada punta. Tenía la nariz más pequeña que mi padre pero una boca grande, de labios anchos, que podría haber sido la mía. Muy tiesa, muy contenta, con un babi limpísimo, posaba con las manos dentro de los bolsillos y la cabeza recta, la barbilla levantada en el mismo ángulo que su madre. La miré durante mucho tiempo sin decir nada, y miré a mi abuela, también, y me di cuenta de que Encarnita mantenía intacta la presión de los dedos sobre una esquina del marco, pero no fui capaz de prever el estallido.

—¿Le importaría dejármela? Me gustaría hacer una copia, yo...

—¡No! —dio un tirón y me arrancó la foto de entre los dedos, con una fuerza mayor de la que yo habría llegado a suponer—. ¡Qué no, eso sí que no!

—Pero, mamá... —cuando su hija intentó intervenir, ya tenía el marco apoyado en el pecho y los dos brazos cruzados encima, igual que una mártir primitiva—. ¡Si no te la va a quitar! Él se la lleva, hace una copia y te la devuelve. A ti te da igual...

—Pues no me da igual, ¿sabes? Al revés, me importa mucho.

—¡Pero si es su abuela, mamá! Es lógico que quiera tener la foto. ¿A ti qué más te

da?

—Pues sí me da, me da, claro que me da... —había perdido todo el aplomo, la seguridad de antes, y ahora se quejaba igual que una niña pequeña, un berrinche tan auténtico que me arrepentí de haberle dado aquel disgusto, hasta que dijo algo más sorprendente que su desconsuelo—. Para mí es una foto de tu madre, sobre todo de tu madre, y no me da la gana de dársela, ni de prestársela ni nada. Es mía, la quiero tener yo, y ya está.

—Bueno, mamá... —Encarna la abrazó y ella se refugió entre sus brazos—. Muy bien, pues no le das la foto, no pasa nada, ¿ves? A él no le importa, ¿a que no? —trazó con el dedo varios círculos seguidos en el aire, como si quisiera asegurarme que luego hablaríamos, mientras me miraba.

—No, no, claro que no —me apresuré a declarar—. Y siento mucho todo esto, yo...

—No pasa nada —Encarna me tranquilizó—. No ha pasado nada. Cecilia, acompaña a la abuela a su dormitorio, anda, que vuelva a poner la foto en su sitio antes de comer.

Trasvasó a la anciana de sus brazos a los de su hija y esperó a que salieran por la puerta antes de acercarse a mí.

—Tiene ochenta años, ¿sabes? —sonreía—. Los cumplió en febrero. Y está muy bien, ya lo has visto, pero de vez en cuando le pasan estas cosas. No te preocupes. Yo te haré la copia. Una tarde de éstas, iré con ella a un laboratorio que hay en el centro y le diré que quiero hacer una copia para colgarla en la farmacia. Ya tengo una, pero seguro que no se acuerda. Apúntame tu dirección, anda, para que pueda mandártela...

Me acompañó hasta la puerta, me señaló la casa de la que habíamos estado hablando antes, y se quedó esperando a que yo me marchara, pero todavía no había llegado a la mitad de la escalera cuando me llamó.

—¡Álvaro! —me di la vuelta para mirarla y ella bajó unos peldaños para ponerse a mi altura—. Llevo un rato pensando que... Te voy a contar otra cosa. Yo no soy hija de Encarnita, ¿sabes? Bueno, sí soy su hija, pero ella no es mi madre biológica.

Se me quedó mirando un instante, como si me concediera el derecho a hacer una pregunta que yo no me atreví a formular. Luego me sonrió y siguió hablando.

—Mi madre se llamaba Amada y era la niña que acabas de ver en esa foto. Murió hace tres años. Encarnita y ella vivieron juntas durante más de cincuenta, con una interrupción de dos. Amada era más joven que Encarnita, y más débil, así que a los veintiún años se asustó, se confesó, se asustó mucho más y se fue a servir a Madrid. Allí se echó un novio que estaba haciendo la mili, la dejó embarazada y desapareció. Entonces volvió al pueblo, sola y más asustada que en su vida. Era hija de un guardia civil, y en la casa cuartel no se pusieron muy contentos de verla. Sin embargo, Encarnita la perdonó enseguida por haberla abandonado. Su padre, que había sido el

farmacéutico del pueblo, el dueño de la farmacia que tengo yo ahora, ya había muerto. Ella era hija única, tenía un nivel de vida mucho más alto, le ofreció su casa y aquí se quedó, aquí ha vivido hasta que se murió, aquí nací yo, aquí crecí, en fin... Aquí estoy, y aquí vivo ahora con mi marido, con mis hijos. La madre de Encarnita, que para mí es mi abuela, la única que he tenido, se arregló un dormitorio en la planta baja y prefirió no enterarse de lo que pasaba en el resto de la casa. Mis madres, porque tenía dos, dormían en el piso de arriba, en la habitación principal, donde duermo yo desde que me casé. Pero, según ellas, no eran lesbianas, nunca lo han sido. Eran amigas. Dormían juntas, discutían, se daban celos, se ponían los cuernos, tenían unas broncas monumentales en la cocina, pero no eran lesbianas.

—No lo sabían —sugerí, intentando aportar un ángulo amable a aquel relato cuyo sentido último aún no había sido capaz de adivinar—. Bueno, en aquella época... —pero ella me interrumpió con una carcajada.

—¡Claro que lo sabían! ¿Cómo no iban a saberlo? En aquella época y en cualquiera. Lo sabían de sobra, pero se negaban a reconocerlo... La única vez que me atreví a hablar con ellas de eso me llamaron de todo, me preguntaron cómo podía decirles una cosa así, cómo podía ser tan sucia, tan mal pensada, tan desagradecida, tan mala hija —volvió a sonreír, y yo sonreí con ella—. Y siguieron yendo a misa del brazo todos los domingos, y confesándose de todo menos de lo que hacían en la cama. Encarnita logró convencer a su novia de que eso es normal entre amigas, de que todo el mundo sabe que no tiene importancia, y de que pecado es sólo lo que se hace con los hombres. Y siguieron comulgando, hablando mal de los demás, advirtiéndome que tuviera mucho cuidado con los chicos porque todos van a lo mismo, que, entre nosotros, me apostaría cualquier cosa a que ella ni siquiera sabe lo que es, y siendo felices, eso sí, porque han estado muy enamoradas la una de la otra, y yo creo que han sido felices. Pero sin querer saber nada. Nunca. Nada. Te lo cuento porque tú has venido aquí a preguntar por tu abuela, y no sabías nada de ella, y me parece que... En fin, que eso no es tan raro. En este país, por lo menos, no.

—Gracias, Encarna —ella asintió con la cabeza, sin dejar de sonreír—. Gracias por contármelo.

Le di dos besos para despedirme, ella me los devolvió, y al entrar en el coche, tuve la sensación de que mi abuela Teresa, su presencia dulce y benéfica, seguía volando sobre mi cabeza, amparándome y protegiéndome a la vez. Estaba aturdido y sin embargo tranquilo, contento de saber pero incapaz aún de procesar lo que había aprendido, todos los datos que daban vueltas en mi memoria y, sobre todos ellos, la imagen de mi abuela, tan guapa, tan joven, tan orgullosa, ese pequeño milagro del tiempo y de la historia que la había hecho vivir, que la había matado, que me la había devuelto después de tantos años en una imagen digna de ella misma, de su fuerza, de su inteligencia, de su valentía. Había algo heroico y algo familiar, algo ejemplar y

algo pequeño, algo grandioso y algo conocido, algo maravilloso y algo cotidiano, algo español y algo universal en Teresa González Puerto, y todos esos ingredientes desembocaban en el mismo sitio, que era yo.

Yo me habría enamorado de ti, abuela. Si hubiera tenido tu edad, si te hubiera conocido en el 36, si no hubiera sido tu nieto, me habría enamorado de ti. Eso pensé, y ese pensamiento me puso de buen humor, porque era en sí mismo bueno y porque me liberaba de la sospecha de estar siendo injusto con aquel amor que en cualquier otro momento de mi vida habría bastado, que habría sido bastante para cargar de significado mi nombre y mis apellidos, y que no me había llegado hasta ahora, cuando ya no era libre ni echaba de menos mi libertad.

Por eso, a las cuatro en punto de la tarde, cerré los ojos, crucé los dedos y apreté un botón del portero automático de la casa de Raquel.

—¿Sí?

—Hola, soy yo.

—Álvaro —no lo preguntó, lo afirmó, como si hubiera reconocido mi voz, y eso me gustó, aunque la suya sonaba neutral, cortés, casi inexpresiva.

—Sí, es que... Bueno, he estado en Torrelodones, arreglando unos papeles de mi padre, y...

—Pasabas por aquí.

—No —y entonces por fin se rió—. He venido aposta.

—Sube.

Cuando me aficioné a tirarme por aquella montaña de arena compacta y húmeda, recién apilada, que brotó en el patio del colegio de un día para otro, me pareció que la primera vez era la mejor, pero carecía de la emoción de la segunda, de la tercera, de la cuarta, porque la experiencia iba añadiendo un ingrediente nuevo a cada repetición. Cuando volví a la cama de Raquel, me emocioné mucho más que la primera vez, pero no estuve tan pendiente como entonces de los movimientos del planeta. Eso no fue perder, sino ganar, porque el asombro que se consolida se convierte en una certeza mucho más asombrosa, y los únicos milagros que valen la pena son los capaces de repetirse. Por eso, sin dejar de mirarla, de vigilar el ritmo de su respiración, ya fui capaz de hablar con ella, de decir algo más que tonterías.

—Te voy a contar una historia española —me di la vuelta hacia su lado, la besé, la abracé, la volví a besar, y la atraje hacia mí sin dejar de besarla—, que me acaban de contar a mí. A ver si te gusta...

No le hablé de mi abuela, no pude hacerlo, como no había podido hablar de ella con Fernando Cisneros todavía. No se trataba sólo de que Teresa fuera mía y sólo mía, de que me gustara pensar, sentir eso, pero tampoco era simple pudor. Había un componente más turbio y mucho menos romántico en mi reserva, una cautela vergonzante que tendría que aprender a gestionar antes de que se convirtiera en

vergonzosa, pero aún no me sentía seguro. Todo me estaba pasando a la vez, y todo pasaba demasiado deprisa. Tenía que acostumbrarme a la memoria de mi abuela, dejar que aquella inflamación amorosa, repentina y purísima, se decantara poco a poco hasta encajar en los límites amables e inofensivos de los recuerdos verdaderos, imágenes conocidas, historias antiguas, personajes tan familiares como sus apellidos, sus nombres propios. Sólo entonces podría contar la verdad, esa verdad enterrada y clandestina que había conocido tarde, que había conocido a tiempo, sin parecerme a mí mismo un advenedizo, un recién llegado a la carrera de los abuelos admirables, un simple oportunista, un nieto de ocasión. Teresa González Puerto no se merecía ese destino. Yo tampoco. Por eso le conté a Raquel la historia de Amada y Encarnita sin mencionar a mi abuela, como si me hubiera encontrado por la calle con la farmacéutica de Torrelodones, vieja conocida de la familia, y ella se hubiera empeñado en invitarme a su casa para que su madre me contara cómo había sentido la muerte de mi padre, sin que yo sospechara que después, mientras nos despedíamos, el vino que había tomado en ayunas le iba a soltar la lengua de esa manera.

—¿Qué, te ha gustado?

—Me ha encantado —y se echó a reír—. Es una historia increíble, ¿verdad? Esas dos mujeres, viviendo juntas cincuenta años y sin querer saberlo. ¿Y tú no te has dado cuenta? ¿No te has mosqueado?

—Pues, no sé —volví a besarla—. En realidad, es que yo no sé nada de lo que hacéis las mujeres. Tú, por ejemplo... ¿Qué haces con tus amigas?

—Hay que ver, qué pesados sois los tíos —pero seguía riéndose—. Siempre estáis con lo mismo...

Y en aquel instante, mientras la miraba, mientras la celebraba, porque mirarla allí, y mirarla así, era una fiesta para mis ojos, lo comprendí todo.

—Joder —me separé de ella con suavidad, me senté en la cama, me sujeté la cabeza con las manos—. Joder, joder, joder, joder...

—Pero ¿qué te pasa? —Raquel se sentó a mi lado—. Álvaro...

—¡Joder!

También había sido culpa suya, me dije mientras la miraba, porque si no llevara dos días atontado, pensando sólo en su cama y en la manera de volver a meterme en ella, habría andado más rápido, más listo. Pero el relato de Encarnita apenas encajaba con mi memoria familiar, aquellos datos someros sobre una casita pequeña, de alquiler, cerca de la estación, y una niña de siete u ocho años que nunca había hablado con el hijo de la maestra cuando se lo encontró por casualidad, mucho después, andando por la Gran Vía y hecho un señor. Ha sido sobre todo culpa de Raquel, me repetí, y sin embargo ninguno de los dos teníamos la culpa de nada, y no estaba dispuesto a consentir que mi padre me arruinara la tarde. Por eso, sin estar tampoco muy seguro del significado real de aquel descubrimiento, me dejé caer sobre

las sábanas despacio, volví a abrazarla, volví a besarla, sonreí, y me inventé una excusa sobre la marcha.

—Nada, no ha sido nada. Es que de repente me he acordado de que tendría que estar ahora mismo en la facultad, porque tenía una reunión muy importante, pero se me había olvidado que ya he delegado el voto, así que... Nada —la estreché un poco más, hasta que mi nariz rozó la suya—. Que no sé dónde tengo la cabeza, últimamente.

Ella se alejó unos centímetros de mí para sonreírme, me dejó adivinar que le gustaba la idea de que descuidara mis obligaciones académicas por su culpa, me besó, y todo volvió a fluir con una sonrosada placidez, la apacible costumbre del agua que corre, como si la hija de la señorita Mariana, aquella niña tan mona, con los ojos muy azules, rubia rubia, a la que Encarnita no había podido reconocer muchos años después porque apenas la había visto unas pocas veces, no se hubiera llamado Angélica.

Como si, con el tiempo, aquella niña no se hubiera convertido en mi madre.

Cuando Ignacio Fernández Muñoz vio por primera vez a Anita Salgado Pérez, pensó al mismo tiempo que era muy guapa y que era española. No sólo por la estatura, pequeña, ni por el color del pelo, oscuro, ni por los ojos, negros y enormes, dulces, melancólicos. La desconocida que caminaba por la acera en dirección hacia él, tenía además la piel muy blanca, y un cuerpo menudo pero redondeado, armónico, gracioso como el de una muñeca, que podría haber sido francés y sin embargo era español, estaba seguro. Quizás fuera la manera de andar, o el peinado, pero sobre todo fue el gesto de la cara, una expresión cauta, casi temerosa y hostil a la vez, orgullosa y triste. En los tres últimos años, Ignacio Fernández había contemplado muchas veces ese gesto, en los campos y en las ciudades, en los hombres y en las mujeres, en los ancianos y en los jóvenes, hasta en los niños españoles. Por eso, cuando la vio aminorar el paso al acercarse al portal que custodiaba en vano, con la torpe ayuda de un periódico abierto, desde hacía casi media hora, estuvo a punto de dirigirse a ella, de explicarle quién era, de pedirle que le dejara subir. No lo hizo porque, al pasar a su lado, ella le rozó con la cesta que llevaba en la mano.

—Perdón —dijo en español, y levantó la vista para mirarle.

—No ha sido nada —contestó él, también en español, y ella sonrió antes de meter la llave en la cerradura.

Entonces, Ignacio Fernández Muñoz se dio cuenta de que podía ahorrarse las explicaciones, y en su situación nada era mejor, más conveniente. Por eso volvió al periódico, fijó la vista en el mismo titular que había mirado sin leerlo un montón de veces ya, escuchó el chirrido de unas bisagras mal engrasadas, la vio entrar con el rabillo del ojo derecho y se limitó a adelantar el pie para impedir que la puerta se cerrara del todo. Luego, mientras su corazón se aceleraba, levantó la vista y miró a su izquierda. Una pareja de ancianos que andaban muy despacio acababa de doblar una esquina lejana. No vio a nadie más y dio media vuelta para mirar en la dirección opuesta. Por la otra acera, pasaba un adolescente que ni siquiera se fijó en él, y por fin entró en la casa. El portal olía a humedad, hacía frío. Esperó unos segundos y subió por la escalera acechando cualquier ruido, pero ningún vecino escogió aquel momento para entrar o salir de ningún piso. Era la hora de comer, y él sí la había escogido.

Al llegar al segundo, miró a su alrededor, identificó la puerta, llamó al timbre, y muy pronto percibió un taconeo madrileño, familiar. Aquel sonido le emocionó mucho, porque eran los pasos de su madre y aún podía reconocerlos sin vacilar. Cuando se abrió la puerta, ella, en cambio, no le reconoció a él. En la penumbra del descansillo, Ignacio se dio cuenta de que le miraba con miedo, los ojos abiertos como gritos, y por eso no esperó a que gritara también con la garganta. Dio un paso hacia delante, la empujó dentro de la casa, se colocó a su espalda, rodeó su cintura con el brazo izquierdo, tapó su boca con el derecho y cerró la puerta con el pie. Hizo todo

esto muy deprisa y muy bien, como si aquella mujer, que era su madre, fuera un soldado enemigo.

—No chilles, mamá, por favor, no digas nada —fue aflojando las manos poco a poco—. Soy Ignacio. Me acabo de escapar.

María Muñoz se dio la vuelta muy despacio, miró a su hijo y no pudo creer que aquel hombre mayor, barbudo y sucio, cansado, consumido, pálido, fuera su hijo Ignacio. Tres años de cautiverio y trabajos forzados habían convertido a su niño pequeño, el único que le quedaba, en un individuo sin edad, tan delgado que podía distinguir sus costillas a través del tejido pardo de su camisa, y casi desprovisto de humanidad, esa dignidad corporal y espiritual a un tiempo de la que sólo carecen algunos mendigos, algunos alcohólicos, y los desahuciados que agonizan a solas entre las sábanas sucias de los hospitales de caridad. Eso encontró María en la figura de Ignacio. Eso vio él en aquella mirada, y se sintió tan solo, tan perdido en su ausencia, que se vino abajo. Entonces, la soltó con suavidad, se apoyó en la pared, cerró los ojos, y su desconsuelo desató al fin los invisibles hilos del estupor y la distancia.

—¡Ignacio!

La madre se abrazó a su hijo, no le rodeó con los brazos, no le consoló, no le sostuvo. Le acarició la cara con las manos hasta que las lágrimas no le dejaron verla más, y luego las cerró, las apretó, y apretó la cabeza contra su pecho, buscando refugio en él como había hecho en Madrid, la última noche que cenaron juntos, aquella que iba a ser la peor de su vida y fue sólo el principio de un tormento cuya magnitud ni ella ni nadie se habría atrevido nunca a calcular.

—¡Hijo de mi vida, hijo de mi vida, hijo...!

En la memoria de Ignacio Fernández Muñoz, aquel llanto silencioso y caliente, que lloraba su vida y la muerte de Mateo, la ruina cierta y la improbable salvación de su familia, se fundiría con otras lágrimas distintas y sin embargo iguales, lejanas pero próximas, como si los ojos de su madre, los de otros muchos hombres, muchas otras mujeres con historias diferentes, parecidas, estuvieran atrapados en un bucle insoportable y perverso, condenados a llorar siempre, por siempre y para siempre el mismo llanto.

Así lo recordaría muchos años después, como si no hubiera pasado nada desde el día en que su hermano lo buscó desde un camión, y se llevó a la boca la mano que no tenía esposada para que él sintiera que se le partía el corazón y que ya no era un corazón humano. Sin embargo, habían pasado cosas, muchas cosas, y la más importante de todas era que él seguía estando vivo. Le habría dado lo mismo morir, pero le había tocado vivir y lo había hecho. Había seguido viendo, y oyendo, había seguido durmiendo y respirando desde aquel día, desde que se derrumbó en el campo de Albatera como si estuviera muerto, para sentir enseguida un puntapié blando, cómplice, que le obligó a abrir los ojos a tiempo de ver las botas del guardia que

venía derecho hacia él, mientras sus oídos percibían un susurro atropellado, aragonés y urgente.

—Levántate ya, hombre, no seas imbécil...

Cuando volvió la cabeza, vio a un miliciano moreno y bajito que le miraba con gesto preocupado, pero no tuvo tiempo de hacer ni de decir nada.

—¿Y a ti qué te pasa? —el guardia le pegó una patada mucho menos amable.

—Nada —el miliciano contestó en su nombre—, que se ha torcido el tobillo.

—¿Y por eso estás en el suelo? —la autoridad celebró la noticia con media sonrisa torcida—. Pues para llamaros «los de acero» la verdad es que sois bastante mariquitas.

—Sí, bueno, es que eso duele mucho... —el miliciano tiró de su brazo izquierdo y él se levantó con dificultad, no porque pretendiera fingir que le dolía el tobillo, sino porque tuvo que superar el impulso de lanzarse contra aquel hombre, derribarlo, desarmarlo, pegarle un tiro y dejarse matar después, una fantasía recurrente, más rabiosa que suicida, que aprendería a dominar en poco tiempo—. Pero ya se le ha pasado, ¿a que sí?

Él se limitó a asentir con la cabeza sin levantar la vista del suelo, y echó a andar al lado de su salvador, que apenas le llegaba a la altura del hombro.

—¿Qué era, tu hermano? —le preguntó al rato.

—Sí —contestó Ignacio por fin—. Mi hermano mayor.

—Ya... —y movió la cabeza como si pretendiera felicitarse por haber llevado la razón desde el principio—. Es lo que me he dicho yo, que pinta de maricones no teníais.

Ignacio Fernández Muñoz sonrió, porque sobrevivir también consiste en seguir sonriendo, y se fijó mejor en su acompañante, menudo, nervioso, con las manos muy grandes, fuertes y nudosas, la cabeza redonda, rapada, con algunas calvas, el clásico aspecto de un campesino criado al sol o a la intemperie.

—Gracias por lo de antes —le dijo entonces, y mientras le ofrecía la mano, recitó su nombre para presentarse.

—Joder, qué suerte —contestó él al estrecharla.

—¿Suerte?

—Pues claro —y le devolvió una expresión tan sorprendida como la que recibía —. ¿Tú sabes la cantidad de Ignacios Fernández Muñoz que debe de haber en España? Como poco centenares, seguramente miles, así que... A ti no te hace daño que fusilen a tu hermano. ¿De dónde eres?

—De Madrid.

—Coño, macho, de verdad, pero qué potra tienen algunos... —entonces le miró, le sonrió, y se explicó de la manera morosa, peculiar, a la que Ignacio se acostumbraría en muy poco tiempo—. Yo me llamo Roque Ansó Ansó, y soy del pueblo de al lado.

Del pueblo de al lado de Ansó, quiero decir. No llegamos ni a trescientos y todos somos primos, los fachas y nosotros, así que, ya ves, a mí no me libra ni la paz ni la caridad, que decía mi abuela... A mi hermano mayor también lo mataron. En la provincia de Castellón, que fue a parar allí, en el frente. Yo creo que es mejor morir así que fusilado, pero con un poco de suerte, mi madre va a tener dónde elegir...

Se hicieron amigos. Muy amigos. Amigos como los que se hacen en los campos de concentración, en los trabajos forzados, en las cárceles, en la guerra. Roque tenía veinticinco años y nada que ver con él, pero los dos podían estar juntos y callados, el uno al lado del otro, durante mucho tiempo. Esa condición, tan rara en un lugar donde no se podía hacer otra cosa que hablar y caminar, habría bastado para unirlos incluso si Ignacio no hubiera apreciado tanto el humor de Roque, negro, sereno, habituado a resistir las dificultades, ese fatalismo indolente, pero también elegante a su manera, de quienes están condenados desde la cuna a la pobreza, al cansancio, a una muerte como la de sus padres, igual de vulgar, igual de prematura, sin haber llegado nunca a tener nada en este mundo. El estoicismo de Roque equilibraba en una proporción exacta la rabia enrojecida, espinosa y violenta, que hería a Ignacio por dentro cada vez que miraba a su alrededor para recontar, una por una, todas las cosas que había poseído, todas las que le habían sido arrebatadas, y sobre todas, la fe —si la queréis, venid a por ella, que os estoy esperando— que había llegado a importarle más que seguir vivo. Entonces la sangre se escapaba de sus mejillas, se concentraba en sus labios, en el cerco rojizo de los ojos, y cerraba los puños, y golpeaba al aire, y enseguida sentía la mano de Roque sobre su hombro, y escuchaba su voz, ronca y risueña, pues a estas alturas, ya, como no quieras pegarte conmigo..., y los dos se echaban a reír.

Se hicieron amigos, muy amigos, y esa amistad elemental y elaborada, desequilibrada y útil, súbita y sincera, los salvó a los dos, porque si Roque no le hubiera dicho que era un tío con suerte, si no hubiera calculado en voz alta el número de los rojos españoles que podrían llamarse igual que él, quizás Ignacio no habría sabido interpretar el gesto de desaliento que se insinuó en la boca del alférez que hacía las veces de secretario, en aquella oficina a la que fue convocado a mediados de junio.

—¡Qué bien, otro con nombre exótico! —murmuró en voz baja mientras se chupaba el índice para pasar más deprisa las hojas de cualquiera de los archivadores que no le cabían en la mesa y se desparramaban por el suelo, en todas las direcciones.

Quizás ni siquiera eso habría bastado, porque cuando Ignacio Fernández Muñoz miró de frente al coronel que estaba al mando, sólo podía pensar en una cosa, qué lástima de bala que gasté con aquel desgraciado en las Vistillas para metértela a ti entre las cejas, cabrón. Y sin embargo, y a favor de sus fantasías homicidas, cuando le llamaron a declarar, ya se había dado cuenta de que Roque tenía razón y de algo más,

porque si lograba confundir a aquel hombre, si conseguía camuflarse en el número de los españoles que compartían su nombre, sus apellidos, tal vez algún día tuviera una oportunidad de meterle una bala entre las cejas a él o a otros como él. Esa simple expectativa era mucho más feliz, más heroica, más gloriosa, que la exhibición de arrogancia a la que no habrían tenido otro remedio que recurrir los oficiales republicanos fáciles de identificar, a la que tal vez habría recurrido su hermano Mateo porque nadie le había inducido a meditar sobre la liviandad del apellido Fernández, del apellido Muñoz. Si me fusilan, ganan ellos y pierdo yo, pensó. Si no me fusilan, no gano sólo yo, también ganan los míos. La cárcel alargaba los plazos y disminuía la intensidad, pero no alteraba el balance de aquel futuro. Por eso entró en la oficina con los brazos caídos, los hombros encogidos, y una expresión de pavor reverencial que no cedió ante la presencia del enemigo.

—Fernández Muñoz —el jefe era quien preguntaba—. Así dices que te llamas, ¿no?

—Sí, señor, Ignacio. No tengo documentación porque me la robaron, me robaron todo lo que llevaba en los bolsillos, y...

—Ya, ya... A todos os ha pasado lo mismo —y aquella reflexión pareció divertirle, más que impacientarle, porque para eso había ganado la guerra—. Ignacio Fernández Muñoz, Peláez, ya lo has oído...

—Sí, pero es que con esos apellidos—el alférez se apresuró a confirmar los cálculos del prisionero en voz alta—, tengo aquí varios tomos, mi coronel.

—¿Y de dónde eres?

—De Madrid, señor —el coronel sonrió a su subordinado al escucharle.

—Eso no ayuda mucho... —y hasta dejó escapar una risita, como si disfrutara chinchándole—, ¿verdad, Peláez?

El aludido no contestó y su jefe volvió a dirigirse al prisionero.

—Eres muy joven, ¿no, hijo? ¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno, señor —y ya se atrevió a darle una información que no le había pedido—. Yo no he hecho nada, señor, yo soy un simple recluta de la quinta del 18. Cuando me llamaron a filas, pues... Tuve que presentarme, a ver qué iba a hacer, pero no me alisté voluntario, ni nada... Pues sí, cómo para dejar sola a mi madre, la pobre, con lo mal que lo ha pasado...

Le salió tan bien que, un instante después, hasta él percibió la duda en la voz de Peláez.

—De momento, he encontrado a tres Ignacios Fernández Muñoz que son de Madrid y tienen veintiún años, mi coronel, pero el único que me encaja es capitán.

—¿Capitán? —se sorprendió su jefe—. ¿Tan joven?

—Sí —pero Peláez ya no se sorprendía de nada—. Los rojos, ya sabe usted, ascendían a los suyos sin ton ni son...

—¡Uy! —Ignacio hizo un comentario muy ensayado, en voz baja, con tono de pena y como para sí mismo—, ¡capitán, yo, válgame Dios!

—Este capitán Fernández Muñoz... —el alférez lo miró como si pudiera leer la verdad en sus ojos, pero el capitán Fernández Muñoz no se inmutó— era comunista. Lo detuvieron los de Casado, y lo mandaron a Porlier pero nunca llegó a ingresar. Por eso no tengo más datos...

Él le devolvió la mirada a Peláez, miró luego al coronel, vio cómo lo miraban los dos, comprendió que estaban intentando adivinar si el hombre que tenían delante podría ser un capitán comunista, calculó qué posibilidades tendrían de averiguarlo antes de que saliera de aquel despacho, recordó que el campo de Albatera era tan grande y estaba tan abarrotado que él mismo ni siquiera había llegado a encontrarse con su hermano y descubrió que lo que decían algunos presos era verdad. Los fachas estaban desbordados, tenían tantos prisioneros que no daban abasto, y ya no sabían qué hacer con ellos para quitarse el problema de encima. En su situación, aquellos rumores sólo significaban una cosa. Si aguantaba, con un poco de suerte, acabarían mandándole a Madrid para que se identificase por sus propios medios.

—Yo no soy comunista, señor —añadió entonces, lloriqueando como un niño asustado—. Yo no soy nada, se lo juro, nunca he sido de ningún partido...

Cuando el coronel le comunicó que lo más probable era que le enviaran a Madrid en el próximo tren con plazas libres, y que al llegar allí tendría que presentarse en la caja de reclutamiento que le correspondiera con testigos o documentos aptos para establecer su identidad, le sonrió, le dio las gracias. Me va a identificar a mí tu puta madre, iba pensando cuando salió de aquella oficina.

No se había alejado ni cien metros cuando se acordó de que era rubio, alto, un español raro. Su aspecto físico compensaba la ventaja de su nombre, le convertía en alguien fácil de recordar en una masa homogénea donde Roque, sin ir más lejos, pasaba felizmente desapercibido. Entonces, durante un instante, tuvo miedo, pero duró sólo un instante. No necesitó más para comprender que aquel carcelero socialista que se llamaba Rogelio le había salvado la vida dos veces, porque si hubiera llegado a ingresar en la cárcel y lo hubieran soltado después, en el último momento, como hicieron con la mayoría, su descripción física, estatura, complexión, color del pelo, de los ojos, habría estado registrada en alguno de los archivadores de Peláez. Los últimos carceleros republicanos de Madrid no se habían tomado la molestia de destruir los registros de los presos comunistas de marzo del 39. Eso también se lo habían regalado a Franco, y los franquistas no habían tardado ni dos días en volver a tenerlos a todos dentro. A saber cuántos seguirán vivos, pensó Ignacio, y sintió casi vergüenza por haber cedido a la debilidad de tener miedo. Y además, ¿qué?, se dijo. Él no tenía nada que perder. Ya lo había perdido todo, y sin embargo empezó a planear su fuga con la ayuda de Roque en el mismo instante en

que se reunieron.

—Es imposible —Rufino, camarada, catalán y ferroviario, rozando una edad suficiente para ser su padre, empezó a negar con la cabeza antes de darle tiempo a terminar de explicarse—. No puedes tirarte de un tren así como así. Te vas a matar.

—Prefiero matarme yo a que me maten éstos.

—Eso está bien visto, ¿ves? —Roque se quedó mirando a Ignacio con admiración —. Eso está muy bien visto...

La idea le gustó desde el principio. Llegó a gustarle tanto que, cuando le llamaron, se arriesgó a declarar con una identidad falsa, la de un soldado de Ignacio, un recluta de su edad que podría estar muerto o vivo, en la cárcel o en el mismo campo de Albatera. Era muy peligroso y lo sabía, pero él se llamaba Roque Ansó Ansó, era del pueblo de al lado, allí no eran ni trescientos vecinos, todos primos, los fachas también, y no le iban a librar ni la paz ni la caridad. Le libró la suerte, y no una, sino varias veces.

—He estado pensando que, a lo mejor... —Rufino se acercó a ellos unos días después, cuando ya no paseaban, ni se dejaban ver fuera de la zona del campo que consideraban suya, segura, para evitar cualquier encuentro indeseable—. No va a ser fácil, porque seguramente os meterán en un vagón de mercancías, pero si estáis pendientes de los cambios de luz y sobre todo del ruido, podéis ir contando los túneles. Después del octavo, notaréis que el tren va más despacio. Ése es el sitio —y les señaló con el dedo—. Os tiráis ahí, o no hay nada que hacer. Es una zona llana, de sembrados pero con árboles, donde se os va a ver mucho, pero no os haréis daño. Tendréis que esconderos en alguna parte hasta que se haga de noche, y luego andar un par de kilómetros en el sentido de la vía hasta llegar a Tarancón. Si el jefe de estación sigue siendo un hombre bajito y barrigón, bastante calvo, con el pelo blanco, de unos sesenta años, podéis hablar con él y decirle que vais de mi parte. Se llama Alfredo y es de fiar. Que os meta en el mercancías que va a Barcelona.

—¿Y si no está Alfredo? —preguntó Roque, con el ceño fruncido de preocupación.

—Si no está Alfredo —fue Ignacio quien le contestó—, nos metemos en el mercancías de Barcelona por nuestra cuenta. Y desde Barcelona, nos vamos a tu pueblo y cruzamos la frontera.

—Sí, sí... —Rufino sonrió—. Los de Madrid, de verdad, es que sois la hostia. No tenéis ni idea de nada, pero os da igual, vosotros, ¡hala!, todo por cojones. Vamos a ver, Ignacio... ¿tú has visto los Pirineos de cerca alguna vez?

—En foto —y se echó a reír.

—Pues eso. ¿Cómo vais a cruzar los Pirineos por el pueblo de éste, que los pasos son escarpadísimos, y sin guía? Porque tú no te sabes el camino, Roque. ¿O sí?

—Hombre... —el aludido se rascó la cabeza, se quedó pensando, frunció los

labios en una mueca escéptica—. Sabérmelo, sabérmelo, la verdad es que no me lo sé, pero, bueno, yo creo que cuando lleguemos allí, con tirar para arriba, poco más o menos...

—¿Qué harías tú, Rufino? —preguntó Ignacio, mientras el catalán terminaba de reírse.

—Pues, desde luego, cruzar por Ansó, que no hay más que cuatro cabras y todas conocen a Roque desde pequeñito, no.

—Oye, sin faltar...

—¡Cállate un momento! —Ignacio sujetó a su amigo por los hombros y repitió la pregunta—. ¿Qué harías tú?

—Yo me quedaría en Barcelona —Rufino hizo una pausa para mirarlos despacio, primero a uno, luego al otro, y siguió hablando con un acento inseguro, casi sombrío —. Yo vivo allí, y allí está mi mujer, pero no me atrevo a daros su dirección, la verdad. Si os siguiera alguien... Es demasiado peligroso, y bastante tiene ella ya, con tres chicos y yo aquí.

—Eso está claro, Rufino —Roque le tranquilizó—, no te preocupes.

—Para nosotros, tú no tienes mujer, Rufino —insistió Ignacio—. No iríamos a verla ni aunque supiéramos dónde vive. Así que estamos en Barcelona y no conocemos a nadie. ¿Qué hacemos?

—Ir al mercado de la Boquería —contestó, más tranquilo—. Eso lo he hecho yo muchas veces, cuando tenía vuestra edad y ganas de darme una vuelta. Os ofrecéis a descargar camiones para ir tirando, hasta que encontréis uno que vaya a Gerona y os quiera llevar. Antes no se tardaba mucho. Ahora, me imagino que sobrará gente para trabajar en lo que sea, pero os puedo dar un par de nombres —hizo una pausa, los miró, sonrió—. Eso no es peligroso. Y luego, desde Gerona, os buscáis una manera de llegar a Puigcerdá. Allí, las mujeres pasan la frontera andando por la vía del tren, con un cesto, para ir a Francia a hacer la compra. Vosotros no vais a poder hacer eso, claro, pero a campo través, es mucho más fácil cruzar por allí que por Huesca, porque el paso es más ancho, más llano, y tenéis la referencia del ferrocarril. Eso es lo que haría yo.

—Y eso —Ignacio miró a Roque— es lo que vamos a hacer nosotros.

Ignacio se acordó de Rufino al tirarse del tren, y al despedirse de Alfredo, que les dio ropa de civil, una botella de Valdepeñas, y un bocadillo de panceta de su propia matanza a cada uno, antes de meterlos en un vagón del mercancías de Barcelona. Cuando intentaron pagarle por lo que estaba haciendo por ellos, se echó a reír.

—Ese dinero no vale nada —les dijo.

—Ya —contestó Ignacio—, pero lo podrás cambiar en el banco, ¿no? Una parte, por lo menos.

—No, no se puede cambiar, ni un céntimo.

—¿Y la gente? —preguntó Roque—, incluso los suyos, los que estaban en nuestra zona... ¿Qué hace la gente, entonces?

—¿Pues qué va a hacer? —Alfredo sonrió—, joderse.

En aquel momento, Ignacio volvió a ver los ojos de su prima Mariana, el brillo metálico, sereno, de aquella mirada cargada de paciencia, la serenidad fácil, cómoda, casi ecuánime, hasta insensible y por eso despiadada, de un campesino que no presta atención a la mansedumbre de la lluvia que va empapando sus campos muy despacio. Ignacio recordó la frialdad de los ojos de Mariana en aquellos días calientes que fundían los metales, y se dolió de aquella mirada en la que viajaba la luz de su futuro. Se consoló pensando que, al menos, el día anterior sí había tenido la oportunidad de darle las gracias a Rufino, que a su manera, había vuelto a salvarle la vida. Eso lo reconoció hasta Roque, que dejó de insistir en que sería mejor ir a su pueblo cuando los cálculos del barcelonés empezaron a encajar con la realidad como los versículos de una profecía, en aquel mercado donde no tuvieron que descargar más de tres camiones antes de encontrar el que les convenía, y en Gerona, desde donde fueron a Puigcerdá haciendo un poco de todo, andando por el campo de día, por la carretera de noche, montados en un carro, en otro camión. Sin Rufino no habrían llegado muy lejos. Sin el pastor al que atacaron cerca de Puigcerdá para descubrir que les habría enseñado el camino igual si no le hubieran derribado para ponerle su propia navaja en el cuello, tampoco.

Cuando comprendieron que ya estaban en Francia, se abrazaron, rieron, gritaron, caminaron un poco más hacia las luces que parecían indicar el pueblo más cercano, y se echaron a dormir al abrigo de un granero, cada uno con su propia manta, su última posesión, la única a la que no habían querido renunciar. Estaban agotados, pero a Ignacio todavía le dio tiempo a recordar a Rufino una vez más. Si llegáis a Francia, escribe y cuéntamelo, le había dicho después de darle un abrazo para despedirse. ¿Y adónde te escribo, Rufino? Él le miró, le sonrió, negó con la cabeza y le dio otro abrazo, más fuerte que el anterior. Ignacio Fernández Muñoz pensaba en eso, en el número de las deudas que había contraído a cambio de su vida y en que tendría que encontrar una forma de pagarlas, cuando se quedó dormido aquella noche, la penúltima de junio de 1939. A la mañana siguiente, en cambio, no tuvo tiempo de pensar en nada.

—*Bonjour, messieurs* —al abrir los ojos, se encontró con que una pareja de gendarmes les miraba—. *Les papiers, s'il vous plaît.*

—*Bonjour* —contestó él, y se levantó de un salto mientras intentaba convencerse a sí mismo de que no era hostilidad lo que estaba contemplando en los rostros de aquellos policías—. *Mais nous n'avons pas de papiers encore, parce que nous sommes des réfugiés espagnoles, républicains, vous savez... Nous sommes arrivés hier, très tard.*

—¡Ah! —Roque, espabilado por la conversación, se le quedó mirando con asombro mientras el mismo gendarme que se había dirigido a él movía en el aire los dedos de la mano derecha para componer un gesto universal—. Pero ¿tú hablas francés?

—Alors —sus palabras confirmaron el sentido de aquel gesto—, *venez avec nous.*

Los dos se levantaron de un salto, muy dispuestos, y así empezó la segunda parte de su viaje, que iba a ser la fácil y fue mucho más difícil que la primera, porque ni Rufino, ni Alfredo, ni nadie podía hacer nada por ellos.

Los metieron en una camioneta donde ya esperaban otros españoles, un hombrecillo calvo, con gafas, de unos cuarenta y tantos años, vestido con traje y corbata, que agarraba con las dos manos una cartera de piel como las que usan los viajantes, una mujer canosa que no despegó los labios mientras lloraba sin hacer ruido, y dos milicianos de aspecto muy parecido al de Roque, uno valenciano, el otro gallego. Ellos les contaron lo que les esperaba, pero Ignacio no lo quiso creer, no pudo creerlo, de Francia no, en Francia no, a pesar de la no intervención, del cierre de la frontera, de las armas compradas legalmente con dinero español, republicano, que estarían pudriéndose todavía en cualquier aduana sin haber llegado jamás a los frentes a los que estaban destinadas. No quiso creerlo, y sin embargo volvió a escuchar, uno por uno, el silbido de las balas que habían acabado con la vida de los suicidas del puerto de Alicante, los españoles que habían preferido morir a vivir en España cuando comprendieron que el mundo entero los había entregado, que no les iban a mandar barcos, ni los franceses, ni los ingleses, ni los americanos, ningún país neutral, ninguna democracia, ninguno de los que se llamaban a sí mismos enemigos del fascismo. Nadie había querido hacer nada por ellos, ni siquiera darles la oportunidad de probar la amargura del exilio, y así los habían convertido en carne de paredón, el botín de guerra más codiciado de los vencedores, a ellos, los últimos leales, los traicionados por todos. Él sabía lo que había pasado, lo había vivido, había estado allí, pero aun así no podía creerlo. Entonces sí, pero ya no, ahora no, en la derrota no, ¿por qué?, ¿para qué?, si Francia siempre había tenido sus puertas abiertas para los exiliados, para los vencidos, para los refugiados de cualquier país...

Ignacio Fernández Muñoz no quiso creer en lo que le contaban. Aprendería muy pronto que cada vez que alguien, en cualquier lugar, en cualquier idioma, entonara esa canción que empieza pidiéndole a los parias de la tierra que se levanten, estaría hablando de ellos, de los republicanos, de los rojos españoles, sin saberlo. Porque en otros lugares del mundo tal vez habría otros tan parias como ellos. Pero más, ninguno.

Eso lo aprendió muy pronto, cuando se levantó de un banco muy largo y repleto de hombres morenos abrazados a una manta, de mujeres morenas con niños pequeños y cestas de mimbre, para acercarse a un gendarme que estaba sentado a una mesa

donde había un letrero con la palabra *Information.*

—Perdone, señor —se dirigió a aquel hombre en su propio idioma, con un acento exquisito y exquisitamente respetuoso—, pero me gustaría conocer las razones por las que estoy detenido.

Él soltó la pluma con la que estaba rellenando un formulario y le miró con atención.

—Si no me equivoco, es usted español, ¿verdad?, soldado de la República, y ha cruzado la frontera de forma ilegal —Ignacio asintió con la cabeza y recibió a cambio una sonrisa cargada de sorna—. Entonces tenemos una buena razón para detenerle, porque no estamos dispuestos a que nuestro país se llene de asesinos.

—¿Asesinos? —preguntó Ignacio a su vez, mientras sus venas se llenaban de escarcha—. Yo no soy un asesino, señor. Yo soy un combatiente antifascista que ha luchado por la libertad de su pueblo.

—Sí, sí —aquel hombre volvió a sonreír—, matando a curas y a monjas.

—¿A curas y a monjas, señor? —Ignacio Fernández Muñoz hizo una pausa para gobernar la indignación que le estaba ahogando, y consiguió respirar a duras penas mientras contestaba a su propia pregunta—. Yo no he matado a ningún cura, a ninguna monja. Yo he luchado durante tres años para defender al gobierno legítimo de mi país. He hecho una guerra y la he perdido, porque ustedes, y los ingleses, y los americanos, todos los demócratas, han contribuido en lo que ha hecho falta para que el fascismo triunfe en España...

—¡Vuelva a su sitio! —le gritó el gendarme—. ¡Inmediatamente!

Y sin embargo, cuando le tocó el turno de declarar, el funcionario vestido de civil que ocupaba la mesa del fondo, le trató con más respeto.

—Habla muy bien francés —y hasta le sonrió antes de seguir—. ¿Tiene familia aquí?

—Sí, mis padres y mis hermanas viven en Toulouse —explicó él, más tranquilo —. He cruzado la frontera con la intención de reunirme con ellos.

—¿Son españoles, refugiados como usted? —Ignacio se lo confirmó en silencio, mientras intuía que el tono de aquella conversación no presagiaba nada bueno—. ¿No será usted vasco, por casualidad?

—No, soy de Madrid —esa respuesta no animó mucho a su interlocutor, que resopló mientras insinuaba un gesto de negación con la cabeza—. ¿Qué pasa, que los vascos reciben un trato distinto?

—No exactamente, pero su gobierno está negociando por separado, y cuenta con el apoyo de los católicos, de los obispos franceses —aquel hombre volvió a sonreír, pero Ignacio ya no apreció su sonrisa—. Todos dicen que los vascos son muy creyentes, un pueblo conservador, apegado a sus tradiciones, respetuoso con el clero, con la religión. Los agentes de Monsieur Aguirre insisten mucho en que ellos no son

como ustedes.

—¿Como nosotros quiénes?

—Como ustedes, todos los demás —entonces se quitó las gafas, comprobó el grado de limpieza de sus cristales mirándolas al trasluz, y siguió hablando en el mismo tono amable, bienintencionado en apariencia—. Los que queman iglesias.

—Yo no he quemado una iglesia en mi vida —protestó Ignacio en un murmullo, como si ya hubiera perdido las fuerzas que hacen falta para gritar.

—Ya, pero, incluso en ese caso, me temo que no va a ser posible... ¿Está usted casado?

—No.

—Entonces no hay posibilidad de reunificación familiar. Si tuviera usted mujer e hijos aquí, en Francia, podría pedir el traslado a un campo para familias, pero...

—Un campo... —repitió Ignacio, como si le costara trabajo procesar el significado de esa palabra.

—Sí. De momento, ustedes, los combatientes republicanos, están alojados en campos, aunque, en su caso... —aquel hombre separó las gafas de sus ojos, las detuvo en la punta de la nariz, le miró por encima de las lentes, bajó la voz hasta sostenerla en un murmullo—. Usted no es como los que están ahí sentados, usted es culto, es un señor. Y si la situación económica de su familia fuera... Usted ya me entiende. Quiero decir que, tal vez, en determinadas condiciones, yo podría intentar algo. Si quiere esperar en esa butaca, hasta que termine de interrogar a los demás...

Ignacio Fernández Muñoz aceptó aquella sugerencia, pero se levantó enseguida, porque el siguiente en declarar fue Roque, tan bajito y tan moreno, con su cabeza rapada, sembrada de calvas, y el aspecto de un campesino criado al sol o a la intemperie, Roque Ansó Ansó, que había arriesgado su vida para llegar a la tierra prometida, el país de la libertad, y ahora se arrugaba ante un uniforme francés en la misma medida, con el mismo temblor, el mismo miedo que le habían inspirado siempre los uniformes españoles, como si llevara la conciencia de su inferioridad mezclada con la sangre, como si antes de aprender a hablar, a andar, a reír, hubiera aprendido ya, sin que se lo enseñara nadie, que quienes son como él no pueden esperar nunca nada bueno, ni siquiera la neutralidad, de ningún policía, en ninguna parte.

Eso sintió Ignacio mientras le veía, mientras le escuchaba balbucear, es que no le entiendo, lo siento pero no le entiendo, eso y un súbito instinto de protección, y el peso de aquellas palabras que repetía su padre en los días peores del terror y la vergüenza, nosotros somos lo que somos, para lo bueno y para lo malo, y tenemos que estar en nuestro sitio, con los nuestros. Yo soy lo que soy, se dijo Ignacio Fernández Muñoz mientras aquel funcionario repetía, *nom, prénom,* en un tono soberbio, impaciente, despectivo, muy distinto del que había empleado con él, el tono

reservado para los que no pueden pagar el precio de un soborno. Yo soy lo que soy, y sólo entonces, ante la perspectiva de instalarse en Toulouse, de volver a dormir en una cama, de encontrar un trabajo, quizás una mujer, y descansar los domingos, el hijo comprendió del todo lo que significaban las palabras de su padre. Yo soy lo que soy, para lo bueno y para lo malo, y tengo que estar en mi sitio, con los míos.

Entre los huecos de esa emoción caliente, profunda y puntiaguda, el hijo de Mateo Fernández aprendió también que su indignación podía crecer al cambiar de forma, y teñirse al mismo tiempo de ternura y de orgullo, los ingredientes básicos de un amor inconcreto pero universal por el género humano. Aunque sólo fuera por ese amor, intentarlo había merecido la pena. En eso pensaba Ignacio cuando se levantó para interrumpir por una vez aquella escena que parecía esencial, inmutable. Se acercó a Roque, le pasó un brazo por los hombros e hizo de intérprete hasta el final.

—Luego te veo —le dio una palmada en la espalda para despedirse mientras la autoridad remataba su informe con una palabra aislada, suficiente, *indésirable*—. Me parece que nos van a llevar a todos al mismo sitio.

—Perdóneme, pero... —el siguiente de la fila, aquel hombrecillo calvo y con gafas, que llevaba una cartera como las que usan los viajantes, se dirigió a él con la cara reluciente de sudor y un acento muy cerrado, mallorquín—. ¿Le importaría hablar también por mí?

¿Tú eres uno de Madrid, que habla francés y le dicen el Abogado? En el campo de Barcarès, Ignacio Fernández Muñoz se hizo famoso muy deprisa, aunque casi nadie le conocía por su nombre, sino por su apodo. Espere un momento, le había detenido aquella mañana el funcionario encargado de los interrogatorios, cuando terminó de hacer de intérprete para todos los españoles detenidos aquel día, no se vaya, tenemos que hablar de su caso... No, había contestado él, yo no tengo nada que hablar con usted. Yo también soy un rojo español, un indeseable, igual que ellos. Aquel hombre le miró con una expresión de fastidio por la comisión que acababa de perder, pero se limitó a escribir aquel adjetivo en un papel para sellarlo después, muy bien, como usted quiera... Entonces los montaron en un camión y los llevaron a una playa inhóspita, cercada de alambradas.

—Joder —se quejó Roque al llegar—, le hemos dado la vuelta al mundo para ir a parar a un sitio igual que Albatera...

—Bueno —le animó él—, pero aquí el suelo es más blando, y no fusilan.

¿Tú eres uno de Madrid, que habla francés y le dicen el Abogado? Sus clientes de la comisaría, más de veinte, aunque a las mujeres las habían llevado a un campo distinto, hicieron correr la voz muy deprisa, y entre todos le pusieron ese apodo, el Abogado, que a él le gustaba porque sonaba a nombre de torero. Sí, soy yo. Pues mira a ver si les explicas, es que estos tíos no me entienden, cuéntales que mi mujer está aquí, no sé dónde, con dos chiquillos, y tengo que encontrarla, tú diles que yo no he

hecho nada, que yo soy de un pueblo de Sevilla pero hice la guerra en Santander y allí no matamos a nadie, ya se lo he dicho yo, y que estoy buscando a mi madre, pero no quieren entenderme, no les da la gana de hacerme caso, tengo un hermano en Francia y me gustaría saber dónde está, sólo eso, intenta explicárselo tú, y es mi novia, y está sola, y no sé dónde, tengo que encontrarla pero no lo entienden, cuéntaselo, habla con ellos, a ver si se enteran, creo que mi mujer ha muerto y mis hijos son todavía muy pequeños, pero no quieren escucharme, yo ya no sé qué hacer, tengo dos hijas, una de siete y otra de once años, que deben de estar con mi hermana mayor, que se ha quedado viuda, y su madre se va a morir de angustia porque no las encuentra, ve tú, habla tú, díselo tú, explícaselo tú...

Eran de todas partes, de todas las edades, altos y bajos, morenos y pálidos, flacos y corpulentos, educados y analfabetos, de las ciudades y del campo, de las costas y del interior, de la península y de las islas. ¿Tú eres uno de Madrid, que habla francés y le dicen el Abogado? Escuchó esta pregunta muchas veces, en todos los acentos que conocía, y les contestó a todos con su propio acento, de la misma manera, sí, soy yo, pues verás, es que tengo un problema y estos tíos no me hacen ni puto caso... Eran de todas partes, de todas las edades, todos tenían un problema y todos los problemas eran parecidos, su mujer, su novia, su madre, su padre, sus hermanos, sus hijos. Él los miraba, los escuchaba, y los complacía aunque supiera que aquello no iba a servir de nada, que a los parias de la tierra nada les sirve nunca para nada.

—Mira una cosa, Abogado... —le dijo un día un chico muy joven, zamorano—. Yo sí quemé la iglesia de mi pueblo, ¿sabes? Ésa es la verdad, y no matamos a nadie, ¿eh?, que conste, más que nada porque el cura ya había salido corriendo, que si no, vete a saber, a estas alturas, para qué te voy a contar otra cosa... Pero la iglesia sí la quemamos, y sacamos las estatuas, y acostamos a los santos encima de las santas, la única iglesia que ilumina es la que arde, decían los anarquistas y, buah, no veas qué juerga... —Ignacio sonrió, pero el chico siguió hablando muy en serio—. Te lo cuento por si alguien te dice algo, pero a los gabachos no se lo digas, porque es mejor que no lo sepan, ¿no?

—Eso les da igual —a él sí le contestó, porque no podía estar toda la vida callado —. Dicen lo contrario, pero no es más que una excusa, un pretexto para justificar lo que nos están haciendo, puro cinismo.

—¿Y eso qué es?

—¿El cinismo?

—Sí, es que no lo entiendo.

—Pues eso es... —se acercó al muchacho, le puso las manos sobre los hombros, le miró a los ojos—, que les da lo mismo que tú quemaras la iglesia de tu pueblo o que fueras a misa todos los días. Si eras republicano, te jodes, eso es lo que hay.

—Bueno —insistió el zamorano después de pensárselo un rato—, pero tú no se lo

cuentes, por si acaso...

Después le acompañó hasta el puesto del jefe del campo, ignoró la expresión de cansancio con la que aquel hombre acogió su enésima visita, expuso el caso del castellano recién casado a quien un conocido le había contado que había visto a su mujer, casi una niña, sentada en una cuneta nada más pasar la frontera, omitió su condición de iconoclasta y recibió la respuesta de siempre, no.

—¿Por qué lo hace? —le preguntó algún tiempo después aquel oficial del ejército francés, en su voz una curiosidad amable, casi amistosa—. ¿Por qué viene a verme una vez, y otra, y otra más, si ya sabe que le voy a decir que no?

—Porque tienen derecho a intentarlo —le contestó—, a contar lo que les pasa. Porque no son criminales, ni asesinos. Porque no han hecho otra cosa que luchar por su país, no han cometido ningún delito para estar aquí encerrados —entonces pensó en marcharse, pero antes de girar sobre sus talones, se dijo que quizás había llegado el momento de decir algo más—. Yo tampoco he hecho nada, pero le voy a decir una cosa. Me habría encantado quemar una iglesia, se lo digo de verdad. Si hubiera sabido lo que me iba a pasar, lo habría hecho, puede estar usted seguro. Eso es lo único de lo que me arrepiento.

¿Tú eres uno de Madrid, que habla francés y le dicen el Abogado? Sí, soy yo. Y cuando volvió a verle, aquel teniente que hacía las veces de jefe del campo, le dio la mano al verle llegar, y al despedirle.

En Barcarès, todo el mundo conocía a Ignacio Fernández Muñoz, pero los únicos que le llamaban por su nombre eran Roque y el teniente Huguet, con el que solía tomar un vaso de vino todas las tardes. Por eso, cuando lo escuchó un domingo de octubre en una voz femenina, supo que, al fin, sus gestiones habían tenido éxito. Había tardado más de tres meses en hacerse localizar por su familia a través de Donato, el de Lugo, un preso que trabajaba en Perpiñán, volvía a dormir por la noche, y hacía circular los datos de quienes se lo pedían por las redes del exilio republicano del sur de Francia. Encontrar un rostro conocido entre la masa de franceses vestidos de domingo que se acercaba cada semana a contemplar el espectáculo de los rojos enjaulados, tampoco fue fácil, sobre todo porque aquel día había varios fotógrafos extranjeros, casi todos norteamericanos, subidos en escaleras para fotografiarles desde arriba, una imagen que debía de ser muy apreciada en las redacciones de los periódicos y revistas de Occidente, porque sus visitas no habían aflojado con el paso del tiempo.

Eso era todo lo que Occidente había hecho por ellos, fotografías. Muchas, muchísimas, álbumes y más álbumes de fotografías, retratos individuales y en grupo de españoles enjaulados como monos en un zoológico. Los hombres de Barcarès detestaban a sus autores, y sin embargo los complacían con una docilidad puntual, sólo aparente. Habrían preferido no tener que posar para ninguno, pero como no

podían eliminarlos, cuando alguien se daba cuenta de que una cámara estaba lista para disparar, gritaba ¡foto!, y entonces todos se levantaban, se erguían, y levantaban el puño y la barbilla en la misma dirección. Desde fuera, podía parecer un gesto rabioso e inservible, pero para ellos era distinto, una afirmación furiosa de identidad, de voluntad, que les permitía gritarle al mundo que aún estaban vivos, que aún sabían decir que no, que no habían dejado de ser lo que eran antes, en lo bueno, en lo malo, en lo peor. Por eso, aunque él también odiaba a los fotógrafos, aquella mañana de domingo se irguió, se acercó a la alambrada, levantó el puño, miró a una cámara, y entre las personas que les saludaban de la misma manera desde el exterior, vio a su hermana pequeña, gritando su nombre.

—Ignacio... Ignacio, Ignacio... No sabes... —María rompió a hablar como una máquina averiada, tonta, capaz de empezar las frases pero no de terminarlas, mientras los dos se tocaban a través de la tela metálica—. No puedes saber... Cuando nos enteramos... Y aquel día no estaba Paloma, pero una compañera... Fui yo a aquel café, y entonces... Ignacio, Ignacio... Tú no lo sabes... No puedes saberlo...

—María —él sujetó la cara de su hermana como pudo, metiendo cuatro dedos en los agujeros de la verja—. María, cálmate. No me estoy enterando de nada.

—Es verdad —ella se separó un poco, cerró un instante los ojos, volvió a abrirlos para mirarle—. Es que estoy muy nerviosa. Creíamos que tú también estabas muerto, yo... Yo creía que no iba a volver a verte. Eso es lo que estaba intentando explicarte, lo que pasó cuando... Un hombre vino a la tahona donde trabajamos Paloma y yo. A ella, como es tan guapa, la han colocado de dependienta. Yo trabajo dentro, en el horno, y no me importa, no creas. Trago mucha harina, pero prefiero eso a tener que aguantar las baboserías de los clientes...

En aquel momento, un soldado senegalés se acercó a Ignacio para recordarle que estaba prohibido comunicarse con el exterior. Él asintió con la cabeza y le contestó en francés que ya se estaban despidiendo.

—Estamos en muy mal sitio —murmuró después, en español—. Vete para abajo, donde está toda esa gente, busca un hueco y espérame.

Los dos necesitaban esa pausa, un intermedio imprescindible para aceptar que de verdad habían vuelto a estar juntos, que podían volver a hablarse, a tocarse, aunque fuera a través de una alambrada, y cuando volvió a tenerla delante, Ignacio ya reconoció a su hermana María, la de antes, la de siempre. La más joven, la más dura, la más fuerte de todos.

—Bueno, pues eso... —y siguió sin vacilar en el mismo punto donde lo había dejado—, que vino un hombre a la tahona y Paloma ya había terminado su turno, pero una compañera suya, que se llama Anita y está viviendo ahora con nosotros, cogió el recado, un papel con una cita para aquella misma noche, de tu parte, y me lo dio a mí, porque sabe cómo estamos todos en casa después de lo de Mateo, de lo de

Carlos...

—¿Lo de Carlos? —le costó trabajo hacer esa pregunta, y todavía más reconocer la voz que brotó de su garganta.

—Sí —María miró al suelo, luego a él—. Carlos está en la cárcel. Lo han condenado a muerte. Por rebelión militar, ¿qué te parece? Si no fuera para llorar, sería para partirse de risa, vamos... Ya lo decía él, en una carta, me han juzgado, y luego, entre guiones, es un chiste. Y todavía tuvo humor para añadir que se temía que la sentencia ya no era un chiste. Y lo peor es que fue el Sapo quien le entregó.

—El Sapo... —repitió Ignacio, recordando una vez más la paciencia congelada en aquellos ojos que nunca dejarían de perseguirle.

—El Sapo —confirmó su hermana—. La muy hija de puta. Fue espantoso, debió de ser espantoso, pobrecito. Porque lo de Mateo fue distinto, lo suyo no tenía remedio. A Mateo lo reconoció alguien, en ese campo de Alicante donde os metieron a todos. Nunca le dijeron quién había sido, pero era alguien que le conocía muy bien, porque conocía a la familia entera. A Mateo le han matado por ser él, pero también por ser hijo de papá, de mamá, por ser tu hermano, Ignacio, y el cuñado de Carlos. Figúrate, un rojo señorito, estudiante de Filosofía, socialista, hijo de un ingeniero republicano, nieto de un conde y de una terrateniente andaluza republicana también, educado en un colegio de la Institución, casado con una obrera, hermano de un estudiante universitario comunista que llegó hasta capitán, y cuñado de un hombre de Negrín, un oficial de Estado Mayor que en la vida civil era profesor de Derecho Procesal... O sea, el premio gordo de la lotería, la víctima ideal, el resumen de lo que más odian en este mundo, la Filosofía, el Derecho, la Institución, la Universidad... Les debieron llegar los dientes hasta el suelo, se pondrían como locos de alegría, esos cabrones fascistas, asesinos de mierda... Cómo sería, que a Mateo se le calentó la boca, les llamó de todo, y ni siquiera le pegaron mucho. No querían correr el riesgo de matarlo antes de tiempo, por lo visto.

—Querían fusilarlo en Madrid... —Ignacio recordó los rumores de los presos de Albatera, aquellos sigilosos cuchicheos que entonces parecían más cargados de truculencia dramática que de angustia verdadera, y sin embargo se iban cumpliendo con tanta puntualidad como las cláusulas de una maldición, pero ya no se sorprendió de que siempre sucediera lo peor. Ya estaba acostumbrado a que cada noticia encajara limpiamente con el más negro de todos sus pronósticos.

—Pues sí, y eso hicieron. Lo mataron el 29 de mayo, y al día siguiente publicaron su nombre, y los nuestros, en todos los periódicos.

—¡Qué amables! —Ignacio pensó primero en Casilda y luego en Carlos, pero se dio cuenta a tiempo de que ya no tenía que preocuparse por su cuñado.

—Sí, encantadores —María intentó sonreír y no le salió bien—. Claro, como ahora nosotros somos el cáncer de España... Ya sabes, los culpables de la ruina de la

patria, la canalla progresista y desalmada, los traidores exquisitos que le regalaron el oro a Stalin, lo peor... —hizo una pausa y meneó la cabeza, como si ni ella misma aceptara lo que estaba a punto de decir—. Mira que son hijos de puta, ¿eh? Mira que son unos hijos de la gran puta, unos malditos asesinos, y unos sádicos fascistas de mierda... Pero que encima sean tan brutos y que se hayan quedado con España, que se la hayan quedado ellos, es que sólo eso ya es como para morirse de pena.

—Eso es lo de menos, María.

—Pues será, pero a mí me da una rabia... Total, que antes de que lo fusilaran, mientras lo llevaban a Madrid, Mateo tuvo tiempo de contárselo todo a otro que todavía está preso. Ése se lo contó a su mujer, y ella localizó a Casilda cuando por fin pudo volver.

—¿Y ella cómo está? —y por un instante, sintió que se le cerraba la garganta—. ¿En la calle?

—Sí, ella sí... —la sonrisa de María le tranquilizó antes que sus palabras—. Aunque también se ha llevado lo suyo, no creas. Al terminar la guerra la encerraron en un convento, en Cartagena, y no le dio tiempo a ver a Mateo. El día que la soltaron, él ya estaba muerto. Ahora, por lo menos, ha vuelto a su casa, que no es poco, y ha parido, un niño que se llama igual que su padre pero se apellida igual que su madre, porque ahora resulta que los matrimonios civiles no son válidos, y Casilda es madre soltera, por si no hubiera tenido todavía bastante, la pobre... Pero mira, por lo menos, y aunque el parto se le adelantó, los dos están bien, delgados pero sanos, así que somos tíos...

Ignacio se acordó de la boda de su hermano, aquella ceremonia apresurada y fría, tan corta que no consiguió llegar a tiempo para hacer de testigo y ni siquiera vio al funcionario que le había sustituido. Le había sorprendido tanto que a Mateo se le hubiera ocurrido casarse, nada más y nada menos que casarse, una idea tan absurda, tan impropia del clima polar del otoño de 1938, que no concedió mucho crédito a sus razones. Había pensado que era un simple capricho de su cuñada, y ahora, cuando ya no tenía margen para arrepentirse, se estremeció al calcular que aquella boda, lejos de proteger a Casilda, le estaría complicando la vida todavía más.

—Por Casilda nos enteramos de que Mateo te vio en Alicante y de que estabas vivo —María le miró, intentó sonreír y esta vez lo logró—, pero no teníamos muchas esperanzas, la verdad. Parece que, en general, los soldados rasos se están librando siempre que no militaran en ningún partido, pero los oficiales... Antes de saber que habías venido a parar aquí, papá estaba hundido y no hacía más que repetir que si se arrepentía de algo en esta vida, era de haber tranquilizado a mamá cuando estalló la guerra, diciéndole que vosotros, Mateo, Carlos y tú, habíais estudiado, que estabais muy preparados, que ascenderíais enseguida, que en un ejército popular, como el nuestro, vuestro destino era ser oficiales y no tropa. Ahora dice que es un milagro que

no te relacionaran con Mateo, por muy corrientes que sean nuestros apellidos y aunque no os parecierais en casi nada, un milagro, no para de decir lo mismo a todas horas.

—Y lleva razón —Ignacio también sonrió—. Aunque a él le gustaba decir que la guerra es caprichosa, y que estaba encaprichada conmigo.

—Pues sí, pero cuando volví a casa y le conté que estabas aquí..., bueno, fue como si resucitara, en serio, y mamá, pues... Te lo puedes imaginar —y a María Fernández Muñoz, que era la más joven, la más dura, la más fuerte de todos, se le llenaron los ojos de lágrimas—. Querían venir ellos, pero no les he dejado, porque el viaje es muy largo, muy incómodo y, no sé... Ahora también tenemos que cuidar de Paloma, porque... Está desesperada, ¿sabes? No hace más que decir que no tendría que haber venido, que tendría que haberse quedado en Madrid, que ella lo sabía y que tenemos la culpa nosotros por haberla obligado a dejarle solo, que ella lo habría escondido, que lo habría alimentado, que lo habría sacado de allí. ¡Bah!, tonterías... Todos le decimos que entonces la habrían metido en la cárcel a ella también, pero no quiere escuchar a nadie, ya sabes cómo es. Si me hubiera quedado en Madrid y todo hubiera salido mal, me dijo el otro día, por lo menos le habría tenido más tiempo, dos meses más, quizás tres... Yo creo que no le conviene nada pensar así, y se lo dije, pero no me hace ni caso.

Cuando todavía no se había recuperado de la conmoción de interpretar la cuidadosa indiferencia de Mateo, aquella mañana en que lo tuvo tan cerca que habría podido tocarle sólo con alargar una mano, y no lo hizo porque le vio buscarle con los ojos, sin volver apenas la cara, para esbozar un gesto de negación casi imperceptible —no me mires, no me saludes, no me despidas, no me reconozcas, no le digas a nadie que eres mi hermano, sálvate—, Ignacio Fernández Muñoz sucumbió a una conmoción sucesiva e igual de intensa al conocer un destino que podría haber sido el suyo. Porque él también pensó en José María Heredero aquella noche de marzo, cuando aún estaba a tiempo de salvar al único hombre que mató en su vida. José María, profesor de Derecho Penal, hijo y nieto de juristas de derechas, oveja negra mimada por su familia, estaría a salvo y podría esconderle, avalarle, él sabría lo que había que hacer... Ignacio siguió pensando que lo mejor sería ir a buscarle mientras llegaba a las Vistillas, mientras localizaba un camión, mientras se fijaba en su conductor. Si no lo hizo, no fue por miedo a los fachas, sino a los suyos. Cuanto más lejos esté de los casadistas, mejor, se dijo. Pero él estaba fuerte, sano, y tenía dos piernas para intentar llegar andando a donde fuera. Carlos no.

—Casilda se enteró de que estaba en la cárcel, fue a verle, dijo que era su mujer, le llevó un paquete, y se escondió en el sostén una carta que le había escrito a Paloma. Como llevaba el embarazo muy avanzado y tenía manchas de leche en el vestido, no se animaron a registrarla mucho al salir. Luego nos mandó la carta, no sé

cómo, porque el sello era francés, alguien debió sacarla de España, pero ella le había prometido a Carlos que llegaría y llegó, aunque con más de dos meses de retraso. Por eso no sabemos si sigue estando vivo o no, pero por lo menos hemos podido enterarnos de todo, él... Se quedó solo en Madrid, nadie le avisó, nadie le ofreció un coche. A lo mejor no le encontraron, y a lo peor, como no había apoyado el golpe, pues... Ya sabes, bueno, qué te voy a contar yo a ti —María le miró, sonrió con amargura—. Entonces se acordó de José María Heredero, se dijo que nadie podría ayudarle mejor que él. Eran amigos íntimos desde la carrera, no se le ocurrió... A nadie se le habría ocurrido. Primero fue a buscarle a su piso de la calle Torrijos, pero no encontró a nadie, y entonces se fue a Aranjuez andando, el pobre, cojo como estaba y con lo que le dolía la pierna, vete a saber cuánto tardaría, cómo llegaría. Pero sabía que sus padres tenían una casa allí, y allí se lo encontró, pasando la primavera en el campo, vestido de blanco y con una raqueta de tenis en la mano, el muy cabrón, que se metía con Carlos por llevar sombrero, acuérdate, que se compró un mono azul en el verano del 36 y no se lo quitaba ni para dormir...

No me cuentes más, María, estuvo a punto de rogar Ignacio en ese instante, de verdad, no me cuentes más, porque es que yo ya no puedo más, no puedo con más, no quiero saber nada más... Ya tengo bastante con lo mío, con lo de Roque, con los de aquí, por favor, María, no me cuentes nada más. Eso pensaba Ignacio, eso sentía, pero no fue capaz de decirlo, porque lo importante no era lo mejor, sino lo necesario, y él necesitaba llegar hasta el final, necesitaba llorar a Carlos Rodríguez Arce, su profesor, su cuñado, su salvador, su amigo, su ídolo.

—Hombre, Carlitos, ¿qué haces tú por aquí?, le dijo al verle, el muy... ¡Bah! Ya no sé ni cómo llamarlo, de verdad, es que necesitaría el doble de vocabulario, el triple, por lo menos, para encontrar una palabra. Total, que lo metió en la casa por la cocina, le dio un café con galletas, le dijo que iba a intentar ayudarle y le pidió que no se moviera. Carlos no sabía qué hacer, y entonces... ¿Sabes quién le ayudó? La hermana de José María.

—Bueno —Ignacio recordó a una chica vistosa y muy descarada que solía esperar a su cuñado en la puerta del aula incluso cuando ya era novio de Paloma—, siempre estuvo enamorada de él.

—No, ésa no —María sonrió—. Mercedes no, ésa acabó casándose con un requeté o..., bueno, sí, con uno de ésos. Fue Isabelita, la pequeña, ya ves, con lo beata que era, bueno, y que seguirá siendo, digo yo... Pues fue ella la que entró en la cocina y le dijo, váyase usted de aquí, Rodríguez, que aquí no está usted seguro. Ya, le contestó Carlos, pero estoy esperando a su hermano. Lo sé, y por eso le digo que tiene que marcharse, cuanto antes, mejor... Y hasta le dio dinero para que se volviera a Madrid en tren. Ya ves, es lo que dice mamá, que en estos tiempos no se sabe qué es mejor, si fiarse de los amigos o de los enemigos. Total, que Carlos volvió a Madrid,

¿y adónde iba a ir? A su casa no, desde luego, pero también tenía la llave de la nuestra, y estaba cansado, hambriento, sucio... Y destrozado, me imagino, porque una traición así tiene que destrozarte por dentro. Total, que esperó a que se hiciera de noche y se fue a la glorieta de Bilbao. ¿Y a quién se encontró allí?

—Al Sapo —supuso Ignacio—, naturalmente.

—Naturalmente. ¿Y qué le dijo? —María arqueó las cejas, esperando una respuesta que Ignacio ya no se atrevió a arriesgar—. Pues le dijo que no tenía ningún derecho a estar allí. ¡Que no tenía derecho! ¿Te lo puedes creer? Es que es... —María apretó los puños, arrugó la cara, cerró los ojos y frunció los labios en una mueca de violencia intensísima—. Es la desfachatez más grande que he oído en mi vida, la cabrona, hija de puta, me cago en sus muertos, que papá la recogió cuando estaba a punto de dormir en la calle... Pues, ya ves, cuando la oyó, Carlos se echó a reír, ya sabes cómo era. Tengo bastante más derecho que tú, Mariana, pero no vamos a discutir por eso. Necesito descansar una noche, dormir, comer algo. Luego me iré, puedes estar tranquila. No tengo ninguna intención en quedarme en esta mierda de país. Bueno, le dijo el Sapo, pero con una condición. En el dormitorio de mis tíos duermo yo.

Entonces fue Ignacio quien apretó los puños, quien arrugó la cara, quien cerró los ojos y dejó que aflorara a sus labios una violencia olvidada e inútil, que pareció inspirar las inmediatas palabras de su hermana.

—Tendríamos que haberla matado, te lo digo en serio. Tendríamos que haberla matado, mira que lo pensé, un montón de veces, lo pensé, aquellas tardes que subía tan contenta de casa de Dorita, tendríamos que haberla agarrado, y..., y... Y ahora a lo mejor él estaría aquí, con nosotros...

Ignacio sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, y las dejó ir. María lloraba también, con más intensidad, más desconsuelo, pero encontró antes las fuerzas necesarias para seguir hablando.

—Nada —y se limpió los ojos con los dedos, dos manotazos decididos, enérgicos —. Le dio pan, un poco de queso, la botella de coñac de papá... Carlos se acostó en el cuarto de Paloma. Había decidido irse al día siguiente, porque no se fiaba del Sapo, pero tampoco podía más. Y a las ocho de la mañana, una cuadrilla de falangistas le sacó de la cama. Ella estaba delante, tan tranquila, viéndolo todo, y levantó el brazo para despedirse de aquellos hombres. Tu prima tenía razón, le dijo Carlos entonces, eres un sapo. Y le pegó una bofetada, encima, la hija de puta le pegó, esposado como estaba, le pegó, es que, cada vez que lo pienso...

Después, siguieron llorando, por dentro y por fuera, a los dos lados de la misma alambrada, unidos por la pena y por la vida, por el dolor de cuanto habían perdido y por la obligación de seguir despertándose cada mañana. Pero los dos estaban aburridos de llorar, y por eso, al rato, sin decir nada, volvieron a mirarse, a sonreír.

—Te he traído tabaco —María volvió a hablar primero—, y croissants, chocolatinas, y lápices, un cuaderno, un sacapuntas y una goma de borrar, para que nos escribas... Échate para atrás, que voy a ver si puedo tirarlo por encima.

—No —él la corrigió con la seguridad de un experto—. Es mejor pasarlo por debajo de la alambrada, esto es una playa, aquí no hay nada más que arena. Excava tú por tu lado y yo lo haré por el mío. ¡Ah! Y otra cosa... Estaba a punto de pedírselo al jefe del campo, pero sería mejor... Mira a ver si podéis conseguirme un par de códigos franceses, uno civil, otro penal, y el texto de la ley de asilo, sobre todo eso. ¿Tienes alguna manera de contactar con el hombre que fue a buscaros? Pues dale los libros a él, y a ver si puede hacérselos llegar a Donato, el de Lugo, acuérdate de ese nombre...

Después de la visita de María, la llegada de aquellos libros usados, manoseados y sucios, llenos de inscripciones en los márgenes, cambió la vida de Ignacio Fernández Muñoz en el campo de Barcarès. Volver a estudiar, tener algo que hacer en el tedio insoportable que tejía y destejía los hilos de la incertidumbre para volver a empezar de nuevo, en cada minuto idéntico a los demás de un día tan igual al anterior como al sucesivo, le permitió descansar de su propio hastío y armarse para la llegada de días peores. El otoño de 1939 fue duro, el invierno de 1940, espantoso. El final del verano se llevó consigo la ingenua alegría de quienes creían haber escapado de su destino de víctimas, y las primeras lluvias lavaron las últimas manchas de aquel júbilo irreflexivo y optimista con la certeza de que sólo se trataba de un cambio de escenario. No estaban en una cárcel española, sino en un campo francés. Lo demás, lo que tenían, lo que podían esperar, se parecía tanto que algunos, los más desprotegidos, los más débiles, empezaron a pensar que todo daba lo mismo. Ya no podían tomar el sol, no podían jugar al fútbol, no podían bañarse sin coger una pulmonía, ni siquiera posar para los fotógrafos que se habían cansado de venir a verlos. Llovía, el agua traspasaba los frágiles techos de los barracones, el mar se encrespaba, la playa menguaba, y todo era húmedo y triste, todo mohoso, todo sucio, ajeno, y cada noche hacía más frío, y cada día había menos luz.

Mientras tanto, Ignacio Fernández Muñoz estudiaba. Él, que cuando era soldado había abominado, con una furia de hombre de acción desconocida para sí mismo, del meticuloso legalismo de las autoridades republicanas, hallaba ahora un placer alambicado, casi morboso, en enumerar ante el teniente Huguet, cada tarde, todos los artículos, preceptos, doctrinas y disposiciones de las leyes francesas que vulneraba su permanencia en aquel campo.

—¿Y qué quiere usted que haga, Ignacio? —se defendía el oficial—. ¿Qué se cree, que a mí me gusta esto, que me gusta estar aquí?

Él no contestaba y seguía estudiando. Cada mañana volvía a abrir los libros para no ver, para no escuchar, para no sentir, pero aun así sabía, como había sabido en el

puerto de Alicante mientras miraba al mar. Hombres como torres llorando como niños, y los que se metían en el agua hasta que se les perdía de vista, y los que se desnudaban sin decir nada y se tiraban desnudos sobre la arena helada, los que dejaban de hablar, y los que dejaban de comer, y los que dejaban de moverse, y los que se levantaban de repente para despedirse de los demás con mucha ceremonia, la manta atravesada sobre un hombro y un discurso ambivalente, equívoco, bueno, adiós, que me vuelvo a casa. Algunos estaban tan locos como los otros, pero la mayoría volvía de verdad, porque eran demasiado jóvenes, demasiado fuertes, tenían demasiada vida por delante para seguir allí, encerrados sin razón y sin horizonte, pasando frío, mascando arena, lavándose en la orilla, bebiendo agua del mar desalinizada y mezclada con los residuos de sus propios excrementos.

A veces, la megafonía no paraba de atronar durante todo el día. Españoles, decían aquellas voces, volved a casa. Os esperan vuestras familias, vuestro pueblo, vuestro hogar. La patria os necesita para levantarse de nuevo. Los que no hayan cometido crímenes, nada tienen que temer de la justicia del Caudillo. Nadie se cree ya las patrañas de la represión... Ignacio llegó a conocer al propietario de una de aquellas voces. Huguet se lo presentó una tarde sin llegar a pronunciar su nombre. Tampoco reveló el de Ignacio.

—Éste es el Abogado —se limitó a informarle—, uno de los portavoces de los internos. Es un hombre respetado por todos y con mucha autoridad, especialmente entre los comunistas.

El recién llegado, manco, regordete, aseado, se acercó a él con pasos firmes, seguros.

—Yo he sido uno de los vuestros —dijo mientras le ofrecía la única mano que le quedaba—. Yo hice la guerra con los rojos, contra los nacionales.

—Vete a tomar por culo, cabrón —contestó él, mientras se guardaba la suya en un bolsillo.

Huguet nunca llegó a creer del todo la versión que le dio Ignacio de aquel encuentro, y él lo entendió, porque el descuido de los agentes de Franco, que ni siquiera se molestaban en adoptar la terminología de los hombres a quienes pretendían engañar, era inverosímil de puro escandaloso. Mucho más amargo resultaba que, así y todo, tuvieran éxito con algunos.

Otros decidían volver hasta sabiendo que era una trampa destinada a reclutar mano de obra presidiaria, gratuita, y sin embargo, cada día llegaban hombres nuevos, indocumentados que habían escapado de los gendarmes durante meses, pero también republicanos rezagados que acababan de cruzar la frontera por su cuenta sin la menor idea de lo que les esperaba. Estos últimos le dolían más, porque eran como un reflejo tardío e indefenso de Roque, de sí mismo. ¿Os queda dinero?, les preguntaban los veteranos con una sonrisa burlona, maliciosa. Sí, claro, solían responder, no hemos

podido gastárnoslo, y la esperanza bailaba en sus ojos durante un instante brevísimo, ¿por qué, es que aquí se puede cambiar? Por supuesto, contestaban los otros, aquí lo cambiamos todo. Para que os vayáis haciendo una idea, las pesetas republicanas las usamos para limpiarnos el culo, y nos van a venir muy bien, porque a nosotros ya no nos queda ni un céntimo... Y se echaban a reír, todos menos los recién llegados, que miraban a su alrededor con una tristeza absoluta de la que aprenderían a desprenderse muy pronto, para volverse locos o asumir sin resistencia la estéril naturaleza de los supervivientes, sólo cuerpos secos, duros y vacíos como rocas huecas, destripadas, que no piensan, que no sienten, que no creen en nada y ni siquiera recuerdan cuándo renunciaron a desear.

El ejército de la desesperación reclutaba voluntarios cada día, y mientras tanto, Ignacio Fernández Muñoz estudiaba, para no ver, para no escuchar, para no saber, o quizás, sólo para hacerse digno de su nombre de torero, pero no lograba escapar del todo, camuflarse con éxito en los textos que memorizaba. La situación en el campo era cada vez peor, incluso para ellos, los comunistas, los únicos que habían logrado organizarse, y lo habían hecho tan pronto que, cuando él llegó, ya disponían de una estructura eficaz, estable, que enlazaba sin grandes dificultades con la organización de los camaradas franceses. Sólo eso les había permitido remontar el golpe siniestro, humillante, que representó para ellos la traición de Stalin, su perversa alianza con Hitler.

Para los que estaban en la calle, sería duro. Para los que estaban encerrados, fue una catástrofe que arruinó la superioridad moral de los traicionados en Madrid para convertirlos en cómplices de una traición ulterior, que les hizo más daño que a nadie. Para Ignacio Fernández Muñoz, recién llegado a Barcarès, víctima aún de las bromas de los veteranos, fue un amargo punto de partida, una nueva muesca en la escala del infortunio infinito, una versión personal de la suerte de Sísifo, y la piedra pesaba más, y más, y más, y cada día más. La traición es la ley, pensó entonces, la traición es el destino, el horizonte, la norma de nuestra vida, de mi vida, una vez, y otra, y otra más... Vivo, sobrevivo, respiro sólo para ser traicionado, dentro y fuera de España, por los amigos y por los enemigos, de frente y por la espalda, mientras duermo o cuando estoy despierto. La traición es la ley, la única realidad a mi alcance.

Esta guerra no es la nuestra, dictaminaron los dirigentes, es una guerra imperialista, entre potencias capitalistas, que no nos atañe. Eso dijeron, con la tranquilidad de quien disfruta de la vida en París con una documentación falsa o reside en una dacha de los alrededores de Moscú, con su pareja, con sus hijos, paseando por el jardín, durmiendo en una cama caliente y comiendo bien, varias veces al día. Eso dijeron, con la alegría que proporciona el bienestar, y que los franceses, los ingleses, traidores primeros y supremos a la causa de la democracia española, no se merecían nada mejor. Con esto último, Ignacio estaba de acuerdo, con

lo demás no, y lo dijo en voz alta. Acababa de llegar a Barcarès, los veteranos le tomaban el pelo, aún no conocía al teniente Huguet, todavía no le habían cambiado el nombre, pero se atrevió a hablar porque no tenía nada que perder, y la impunidad que extraía de esa sensación de derrota total también se estaba convirtiendo en ley, la norma de su vida. Por eso habló, y dijo que para él los nazis seguían siendo el enemigo, que nunca dejarían de serlo.

Fuera, tal vez lo habrían expulsado del partido, pero él no estaba fuera y quienes lo escuchaban tampoco. No dormían en una cama caliente, no comían varias veces al día, no paseaban por ningún jardín, no vivían con su mujer, no veían a sus hijos, estaban muy lejos de París, carecían de cualquier protección y necesitaban escuchar algo así, necesitaban escuchar esas palabras de alguien como él, que había crecido en la alegría del bienestar, que había estudiado, y había escogido, y se había formado para mandar, y que sin embargo estaba allí, tan jodido como los demás, aguantando las goteras, y el frío, y el rancho, y la inmundicia, y las toses, y la soledad, y la amargura de una derrota completa, ahora más que antes, más que nunca. Fuera, tal vez le habrían expulsado del partido. Dentro, ascendió muy deprisa. Nunca preguntó, ni le pidió el carné a ningún recluso de los que se le acercaban para averiguar si él era uno de Madrid, que hablaba francés y al que decían el Abogado, y eso contribuyó a restablecer la armonía entre sus camaradas y el resto de los republicanos encerrados en aquel campo, pero tampoco hizo que se sintiera mejor.

La única satisfacción que Ignacio Fernández Muñoz conoció en el año y medio durante el que actuó como algo parecido a un dirigente político en la clandestinidad, se la dieron las fugas. Él no tenía ambiciones personales, no aspiraba a escalar puestos en la organización, y nunca pensaba en su futuro porque era muy consciente de que no lo tenía. Para él, esa palabra no abarcaba mucho más de veinticuatro horas, pero si alguna vez las cosas cambiaban, si alguna vez pudiera volver a elegir entre varias posibilidades, optar por una forma de vida, estaba seguro de que no emprendería una carrera política. Antes, sólo dos, tres años antes, que en su memoria representaban toda una eternidad, había llegado a pensar en quedarse en el ejército, en convertirse en un militar profesional cuando la República ganara la guerra. Ahora, aunque todo estuviera perdido, se daba cuenta de que aquel espíritu de hombre de acción que le había parecido tan extraño al principio, había arraigado en él más de lo que creía. Por eso le gustaban las fugas, planearlas, organizarlas, dirigirlas, contemplarlas. Las responsabilidades que había asumido le impedían participar en ellas, pero las promovía con entusiasmo.

—¿Y adónde voy a ir yo sin ti? —la noche en la que él también se marchó, Roque le dio un abrazo tan fuerte como el que les había fundido cuando los dos comprendieron que habían llegado a Francia, a principios del verano anterior—. ¿Cómo voy a entenderme yo con éstos?

Ignacio le miró, y se sintió orgulloso de él. Roque habría podido salir del campo muchos meses antes, con papeles y sin correr riesgos, pero no había querido. Las maniobras del gobierno francés, que a principios de 1940 y ante la perspectiva de una guerra inminente con Alemania, había empezado a considerar el desperdicio que representaba la inactividad de decenas de miles de presos españoles, se habían estrellado contra la firmeza de hombres como él. Muy pocos republicanos habían aceptado la oferta de alistarse en la Legión Extranjera, casi un insulto teniendo en cuenta sus similitudes con la Legión española, y muchos más habían preferido quedarse en el campo antes que integrarse en compañías de trabajadores que no les garantizaban ni siquiera la libertad de visitar a su familia. Para trabajar como esclavos, mejor seguir aquí, descansando como esclavos, decidieron entre todos. Pero eso era una cosa y fugarse otra, muy distinta. Por eso se echó a reír antes de contestar al amigo más antiguo que tenía en Francia.

—Ya te las arreglarás, eso seguro... Y por lo demás, en cualquier sitio vas a estar mejor que aquí, Roque.

Los camaradas de Perpiñán habían llegado, y estaban empezando a excavar al otro lado de la alambrada. Ignacio los veía sólo a rachas, cuando el resplandor de los relámpagos iluminaba una imagen memorable, aquella máquina de manos veloces, improvisada y diestra, espontánea y potente, dos mitades perfectamente sincronizadas trabajando a compás, los franceses fuera, los españoles dentro, desalojando arena a una velocidad tan constante que cuando se separó de Roque ya habían abierto la mitad del túnel. Para las fugas individuales no se tomaban tanto trabajo, pero aquella noche se iban a escapar muchos, más de quince, y por eso habían vigilado con atención el color de las nubes. Los soldados senegaleses sentían pánico de las tormentas eléctricas, y hundían la cabeza entre los hombros al escuchar el primer trueno. Después, y sin esperar a los rayos, a los relámpagos, echaban a correr con las manos encima de la cabeza, se encerraban en sus barracones y no salían hasta que había dejado de llover. Para entonces, los fugados ya estarían secos y tranquilos, durmiendo quizás en verdaderas camas, con verdaderas sábanas y almohadas de verdad, en casas con tejados impermeables y chimeneas encendidas, al amparo de ciertos ciudadanos franceses con conciencia, con corazón. Ignacio Fernández Muñoz se emocionaba al pensarlo, como si él también hallara cobijo en la sombra de esa felicidad, el bienestar elemental, una cama con sábanas y almohada en una casa caliente, sin goteras, que se había convertido en el símbolo esencial del lujo. Le pasaba lo mismo en todas las fugas, pero aquélla no la olvidaría jamás, y no sólo porque intuía que se estaba despidiendo de Roque para siempre. También porque aquella noche le acercó a Aurelio Perea, alias el Boquerón, que con el tiempo se convertiría en algo más que un amigo, casi un hermano.

—¿Quién es el Abogado?

Un muchacho francés que llevaba unos papeles en la mano derecha y se alumbraba con una linterna tan pequeña que parecía de juguete, estiró el cuello al otro lado de la alambrada.

—Soy yo —contestó él, acercándose.

Entonces empezó a llover, pero el chico, sin inmutarse, abrió el paraguas que llevaba enganchado en un brazo, encendió la linterna y empezó a leer.

—Ayer, 16 de mayo de 1940, el Comité Antifascista del Departamento de Rosellón, integrado por el Partido Comunista Francés, el Partido Socialista Francés, la Confederación General...

—Bueno, mira —Ignacio, tan conmovido como perplejo, le interrumpió cuando logró creer que aquella escena estaba sucediendo en realidad, que era cierto que aquel chico había traído consigo el acta de una reunión y pretendía leérsela de cabo a rabo, a oscuras, en medio de una fuga y de la lluvia—, esa parte sáltatela, que ya me hago cargo.

—Como quieras —el muchacho le miró y siguió leyendo—. Los miembros de este comité saludan a sus hermanos antifascistas españoles —entonces hizo una pausa para mirarle—. Aquí, en el primer borrador, ponía compañeros, pero yo propuse este cambio por lo de la fraternidad, ¿sabes? Bueno, sigo... A sus hermanos antifascistas españoles, encerrados de forma tan vil como ilegal en el campo de Barcarès por la incalificable cobardía del actual gobierno francés...

—¡Perea!

Domingo, aquel chico sevillano que había hecho la guerra en Santander y no había matado a nadie, empezó a chillar en español en aquel momento, pero ni siquiera eso desanimó al adolescente portavoz de la fraternidad.

—...y hacerles llegar su apoyo incondicional, como apoyaron sin condiciones la causa de la República Española frente a la criminal debilidad de los gobernantes franceses que se integraron en el Comité de No Intervención de Londres, favoreciendo así...

Ya no llovía. Diluviaba. Las gotas de agua sonaban como las ráfagas de una ametralladora al estrellarse contra la tela del paraguas, Roque le miró antes de deslizarse bajo la alambrada y le sonrió desde el otro lado, Domingo, jefe de la fuga, volvió a chillar en español, el muchacho de la linterna seguía leyendo en francés, Ignacio percibía ambas voces como si las estuviera escuchando dentro de un sueño enloquecido, amable y absurdo al mismo tiempo.

—... la victoria del fascismo, encarnado en la siniestra figura del general Franco...

—¡Perea! Mira que me voy. ¡Como no vengas ahora mismo, ahí te quedas, macho!

—... sólo posible gracias a la ayuda decisiva de las potencias del Eje...

—Anda, chaval —Ignacio se dijo que había que hacer algo y hacerlo por partes

—, pásame ese papel. Os lo agradecemos en el alma, eso lo primero, cuéntaselo a todos los que intervinieron en la reunión, pero es mejor que me lo des, y ya se lo leeré yo a los de dentro, porque aquí estamos armando demasiado follón —entonces se volvió hacia el sevillano y cambió de idioma—. Y tú cállate de una vez, Domingo, que vas a hacer salir a los senegaleses con tormenta y todo. Vamos a ver... —se dio la vuelta para encontrar a un hombre solo, encogido, quieto, y fue hacia él—. ¿Y a ti qué te pasa, Perea?

—Es que... —el malagueño esperó a que Ignacio estuviera a su lado, y habló en un murmullo—. Es que yo, pues... Mi abuela me lo decía siempre, de pequeño. Que no te parta un rayo, hijo, que no te parta un rayo. Porque a uno de mi pueblo que andaba por el campo durante una tormenta así, como ésta, pues le cayó un rayo y lo achicharró, lo dejó frito, y yo, pues, cada vez que veo esa alambrada...

Ignacio miró con más atención a aquel hombre bajo y macizo, que era mayor que él pero muy joven aún, y hablaba con un acento andaluz muy cerrado, y encontró su piel más blanca, sus ojos más negros de lo que recordaba. Apenas lo conocía de vista porque sólo habían hablado una vez, pero a Ignacio no se le había olvidado. ¿Y cómo es que tu mujer está en Nimes?, le había preguntado, yo creía que en esa ciudad no había refugiados... Es que su padre es banderillero, contestó Perea, dando esa explicación por suficiente. ¿Y eso qué tiene que ver?, se atrevió a insistir. ¡Pues qué va a tener! El malagueño le miró como si no pudiera concebir tanta ignorancia. En Nimes hay plaza de toros, condescendió a aclarar por fin, una de las más importantes del sur de Francia, y mi suegro conoce al empresario, a los utilleros, en fin... Le había hecho tanta gracia que no lo había olvidado, y lo recordó al contemplar un terror africano en el rostro del yerno del banderillero.

—Te dan miedo las tormentas —concluyó, sin elevar la voz.

—No —protestó él, con una expresión casi ofendida—. Las tormentas no. Me da miedo que me caiga un rayo cuando esté justo debajo de la alambrada, y que me deje como al de mi pueblo, fritillo, fritillo...

—¿Pero tú qué quieres, macho, irte o quedarte?

—¿Yo? —y le miró como si nunca le hubieran preguntado una cosa más tonta—. Yo quiero irme a Nimes, a ver a mi mujer.

—¡Pues venga ya, Perea! —le cogió del brazo y lo arrastró hasta la alambrada—. Vete de una vez y no jodas más.

Cuando le vio reptar bajo la malla de alambre, su cuerpo entorpecido por la velocidad, el nerviosismo descoyuntado, espasmódico, de un animal aterrado, volvió a escuchar la voz de su jovencísimo interlocutor del otro lado.

—El pueblo francés no está con su gobierno —resumió—. Nosotros no apoyamos su política, su traición. Vuestra suerte es la nuestra, eso es lo que os queríamos decir.

—Gracias, camarada —y el fervor de aquel muchacho, casi un niño, le enterneció

tanto que estuvo a punto de salir por el túnel él también sólo para darle un abrazo—. Gracias por todo, de corazón.

Pero a Perea no le había partido un rayo, la fuga había salido bien, y el Abogado tenía que hacer su parte del trabajo, rellenar el hueco, apisonar la arena, borrar las huellas del túnel. Después, esperó todavía unos minutos para asegurarse de que no había habido ningún contratiempo y se fue a dormir, empapado de agua, constipado y contento. Muy contento. La alegría que sintió al volver a ver a Perea, a principios de 1943 y donde menos lo esperaba, en una remota explotación forestal perdida en las montañas de Ariège, que servía de tapadera legal para una brigada de guerrilleros españoles integrados en la Resistencia francesa, fue todavía mayor.

—¡Abogado!

La primera vez que escuchó ese nombre, miró a su alrededor y no reconoció a nadie entre los hombres desperdigados a ambos lados del sendero.

—Te están llamando —le avisó Amadeo.

—Sí, pero no sé...

—¡Abogado! —escuchó de nuevo, y entonces volvió la cabeza hacia la izquierda y le vio por fin.

—¡Perea! —el malagueño corrió hacia él y se abrazaron—. Coño, Perea, ¡cómo me alegro de verte! ¿Pero qué haces tú aquí? Te hacía en Nimes.

—Y allí estuve cuatro meses, viviendo como un señor, no creas... Mi mujer está en casa de un médico, camarada, buena gente, que le ha arreglado el *séjour,* y muy bien, sin pisar la calle, claro, pero durmiendo con ella en una cama, comiendo caliente todos los días, total, la hostia... Hasta que el farmacéutico del barrio apareció por allí una noche, sin avisar, y nos pilló en mitad de la cena. El muy cabrón se me quedó mirando, le preguntó al doctor quién era yo, no se creyó que fuera sordomudo, y entonces... No podía seguir allí, era demasiado peligroso para todos, así que me fui. Estuve casi dos semanas escondido, viviendo a salto de mata, robando comida, durmiendo en cualquier sitio, cada vez peor, y entonces pensé, bueno, pues hay que elegir. O vuelvo a un campo, o me vuelvo a España, que me metan en la cárcel, que me manden unos años a hacer carreteras, y cuando salga, ya veremos. Y estuve a punto de volverme, no creas, pero al llegar a la frontera vi de lejos a los guardias civiles del puesto, y me dije que no, ni hablar, si somos de un país de hijos de puta, qué le vamos a hacer... Total, que me di la vuelta y esta vez me mandaron a Saint-Cyprien, para que tuviera con qué comparar, ¿sabes?, y luego a un grupo de trabajo, o sea, a hacer carreteras gratis, como quien dice, igual que si hubiera vuelto, así que me apunté a la primera fuga de la que me enteré, y ya ves, aquí estoy, otra vez en la guerra, durmiendo en el suelo, comiendo sardinas en lata, en fin, lo mío...

—Lo nuestro, Perea —Ignacio se sumó con un gesto risueño a esa definición, y se quedó mirando a su viejo camarada.

Le encontró mejor, con la piel tostada por el sol y un poco más gordo, más vivo también. Pensó en la crueldad de la suerte que compartían, un destino que convertía la guerra en una meta feliz, deseable, casi un premio frente a la insoportable existencia, propia de animales estabulados o sometidos a tirar de una noria hasta la extenuación, que la única paz posible, la de los campos y el trabajo forzado, representaba para ellos, los indeseables rojos españoles. Pero la alegría de aquel reencuentro, el primer lazo con el pasado inmediato que el azar le consentía recuperar después de una serie interminable de despedidas, pudo más, y por eso volvió a sonreír, y a abrazar a Aurelio.

—¿Y tú? —le preguntó él—. ¿Qué has hecho?

—¡Uf! Yo... A mí me ha pasado de todo, aunque, bueno... —se quedó pensando, sonrió—. Más o menos, lo mismo que a ti.

Lo mismo que a cualquiera, se dijo, aunque eso era cierto sólo en parte, la parte que excluía el descubrimiento de Anita.

Por lo demás, a él también lo habían movilizado a la fuerza en un grupo de trabajo unos meses después del armisticio, y aunque lo habían cambiado tres veces de destino, había tenido la suerte de permanecer en el sur, dentro de las fronteras de la supuesta Francia libre, primero en una fábrica de cacerolas, después en una mina, por fin en otra fábrica de neumáticos, reconvertida en proveedora de repuestos para el ejército alemán bajo control de Vichy. Llegó allí en diciembre de 1941, pero empezó a pensar en fugarse mucho antes, cuando se enteró de que iban a mandarlos a las afueras de Toulouse. Y sin embargo, aguantó casi tres meses, los que tardó en planear una fuga perfecta, tan simple que consistió en echar a andar por una callejuela un día que tocaba ducha, mientras sus compañeros, camino de los baños públicos adónde les llevaban una vez a la semana, improvisaban una protesta masiva por sus condiciones de vida que no tenía otro fin que guardarle las espaldas, y por eso se disolvió muy deprisa, en cuanto le vieron doblar por la primera bocacalle.

Aquel día, Ignacio Fernández Muñoz se bañó como un señor, solo y con agua caliente, en el cuarto de baño de la casa de sus padres, pero la alegría de su piel no llegó a templar del todo su corazón, ni logró apaciguar su pensamiento.

Al reencontrarse con su familia, le había ocurrido algo parecido. Su madre también estaba aburrida de llorar, pero no se cansaba de abrazarle, y seguía tocándole, besándole, pronunciando su nombre y otras palabras dulces, las mismas con las que le llamaba durante la guerra y que Ignacio no había vuelto a escuchar desde que era un niño muy pequeño, cuando María, intrigada por su ausencia, entró en el recibidor y soltó un grito. El abrazo de su hermana fue distinto, risueño, enérgico, triunfal. Aún le balanceaba entre sus brazos como si pretendiera hacerle bailar, cuando su padre se unió a ellos, precediendo a una mujer consumida, delgadísima, exhausta, con los ojos muy grandes, más que antes, y un rictus trágico

en la boca que transformaba su belleza sin anularla. Era Paloma, la nueva Paloma, delicada y violeta, melancólica y frágil, igual de hermosa, pero nunca ya tersa y sonrosada, apasionada y vivaz como antes. Esa metamorfosis le impresionó más que el aspecto arruinado, decrépito, de su padre, un anciano de cincuenta y cuatro años que todavía fue capaz de sonreír, de estrecharle con fuerza.

—Gracias, hijo —le dijo luego, separándose de él pero sin soltarle todavía.

—¿Gracias por qué?

—Por estar aquí —sus ojos se humedecieron de pronto—. Por haber llegado hasta aquí.

—Me acordé tanto de ti, papá... —Ignacio se emocionó mucho al escucharle—. Cuando me detuvieron en Madrid, en el calabozo donde me metieron, pensé tanto en ti, me alegré tanto de que no estuvieras viendo lo que pasaba, cómo nos entregaban, papá...

—Nosotros no tenemos que arrepentimos de nada, Ignacio —y su labios temblaron bajo el peso de las palabras que pronunciaban—. Yo no me arrepiento de nada, hijo.

Pero la sentenciosa autoridad de Mateo Fernández Gómez de la Riva ya no era suficiente para restablecer el equilibrio de su familia, que se resquebrajó un poco más cuando Paloma se deshizo entre los brazos de su hermano sin decir ni una palabra Entonces, fue la madre de ambos quien reaccionó.

—Bueno, no sé qué estamos haciendo todos aquí, estorbándonos los unos a los otros mientras se enfría la comida. Porque Ignacio tendrá hambre, digo yo.

—Claro que tengo hambre —y se echó a reír—. No os imagináis cuánta...

Siguió a su familia hasta un comedor pequeño y oscuro, arreglado con muebles malos, baratos, cada silla de un estilo, de una altura distinta. Sin embargo, la desacostumbrada pobreza de sus padres no le llamó tanto la atención como los ojos negros, enormes, mucho más dulces y hondos, más brillantes y magnéticos en cada paso que daba hacia ellos, de la desconocida con la que se había encontrado en el portal, Ella se levantó al verle, y más allá de la emoción y del cansancio, por encima de la alegría de volver a estar entre los suyos, y de la tristeza de los abrazos que le faltaban, que siempre le faltarían, Ignacio Fernández Muñoz apreció la perfección curvada y graciosa de su cuerpo de muñeca, y el movimiento airoso de la mano que tendía hacia él.

—Hola —le dijo, y le sonrió con su boca de labios carnosos, dientes blanquísimos.

—Hola —repitió él, estrechando esa mano suave y caliente.

—¡Ay, claro, que no os conocéis...! —María Muñoz improvisó un gesto de sorpresa antes de presentarlos formalmente—. Mira, Anita, éste es mi hijo Ignacio, el pequeño, el que estaba en el campo, ya sabes... —y volvió a abrazarlo, y le besó en la

cara, dos, tres veces, como si todavía no se acostumbrara a tenerlo con ella, a su lado —. Anita es una compañera de tus hermanas que vive con nosotros, como una hija más...

Cuando Paloma Fernández Muñoz se la encontró una tarde de agosto de 1939, sentada en el bordillo de la acera, delante de la panadería donde ambas trabajaban, apenas la conocía. Hacía poco más de un mes que Anita Salgado Pérez despachaba pan y bollos desde el mismo mostrador, pero sus turnos no solían coincidir. Sin embargo, aquel día se sentó a su lado, la abrazó, la consoló y la meció entre sus brazos como a la niña que todavía era, porque al mirarla, le pareció que nunca había visto llorar a nadie con tanto desconsuelo, ni había contemplado jamás el llanto de una criatura tan indefensa. Aún no había recibido la carta de Carlos, aún no sabía nada de él, y cada tarde, al entrar en el portal de su casa, cerraba los ojos un instante para serenarse y saborear al mismo tiempo por anticipado la emoción de encontrarle arriba, sentado en el sofá, charlando con sus padres, comentando las peripecias de su fuga, la accidentada travesía que había emprendido en Oran o el vuelo que le había traído desde Londres. Aún no había recibido la carta de Carlos y todavía le sobraba compasión, la que no lograría reunir para consolarse a sí misma durante el resto de su vida.

Por eso se propuso tranquilizar a Anita, la metió consigo en la panadería, la obligó a sentarse en un taburete, y le pidió que le contara muy despacio lo que le pasaba. Anita obedeció, se lo contó todo. Que tenía quince años. Que era de un pueblo de Teruel. Que los fascistas habían matado a su padre antes de que los suyos lo reconquistaran. Que se había marchado de allí, con su madre y con su hermana mayor, cuando el ejército se retiró. Que a finales de enero, cuando las evacuaron, estaban en Barcelona. Que había tenido que dejar a su hermana en un pueblo de Gerona porque tenía tuberculosis y no podía seguir andando. Que su madre había enfermado de la pena de dejar a su hija atrás. Que al cruzar la frontera las habían metido a las dos en un campo y habían estado allí cuatro meses. Que a finales de junio, su madre se había puesto tan mala que los médicos habían autorizado su traslado a un hospital de Toulouse. Que ahora, en el hospital decían que ya no podían hacer nada más por ella y que tenía que llevársela porque necesitaban la cama. Que en la pensión donde vivía le habían dicho que allí no podía llevarla porque dormían ocho en un cuarto y no querían moribundas. Que con el dinero que ganaba no le daba para pagar otra cosa y que no sabía qué hacer, porque era su madre, y se iba a morir, y no podía dejarla tirada en la calle.

—Lo único que se me ocurre es matarla —dijo al final, con una expresión tan decidida que daba miedo verla—. Matarla y matarme yo después, para acabar de una vez.

Paloma la miró y no dijo nada. No le resultó fácil digerir aquella historia

increíble, demasiado dura, demasiado trágica, demasiado barroca, y elaborada, y patética para estar sucediendo de verdad y sucediéndole a una chica de quince años. Para nadie habría sido fácil aceptar aquel melodrama que parecía armado con los mismos mimbres que urdían los folletines que Carlos leía en voz alta desde los escalones de la puerta de la cocina, para las criadas y para ella misma, durante las viejas tardes de verano en Torrelodones, esos dramones de huerfanitas de cuyos excesos argumentales se reían luego, juntos, cuando lograban perderse por el jardín, y se tumbaban en la hierba, y se acariciaban muy despacio, con mucho cuidado, durante mucho tiempo. La historia de Anita era muy semejante a aquellas despiadadas crónicas del infortunio, y sin embargo era cierta. Paloma no lo dudó ni por un momento, y se limitó a preguntarse, ¿qué hemos hecho? ¿Cómo es posible que nos sucedan cada día estas tragedias que parecen inventadas? ¿Por qué los folletines saltan desde las páginas de los periódicos a la vida real de una cría como ésta? ¿Qué ha hecho ella para merecer un destino tan enorme, tan desmedido para sus fuerzas? Entonces todavía tenía ánimo para hacerse estas preguntas, pero nunca encontró una respuesta.

—Tengo que ir al hospital —añadió Anita, sin acusar el silencio de su interlocutora—. Es la hora de la visita.

—Bueno, ve, pero vuelve luego a buscarme —y Paloma ya sabía lo que tenía que hacer—. Salgo a las ocho, que no se te olvide.

Aquella noche llevó a Anita a su casa, la animó a contar otra vez su historia con sus propias palabras, y vio cómo miraba su madre a su padre, cómo decía él que sí con la cabeza.

—Mira —fue María la que habló—, aquí no nos sobra sitio. Sólo hay dos dormitorios pequeños, ¿sabes?, y somos cuatro, pero al lado de la cocina tenemos una despensa, un cuarto largo y estrecho, con una ventanita que da al patio. Si tú quieres, podemos vaciarlo, limpiarlo, y poner una cama. No va a caber nada más, pero allí por lo menos tu madre estará tranquila, y entre todos podemos ayudarte a cuidarla. Yo doy clases de canto, aquí, en casa, y no suelo salir por las mañanas, así que, si pasa algo mientras estás trabajando... Lo que ya no sé es dónde vas a dormir tú, aunque...

María Muñoz no llegó a terminar esa frase. Antes de darle a escoger entre el único sofá del diminuto gabinete al que llamaban salón o la posibilidad de poner un colchón en la cocina, al lado del fogón, para dormir cerca de la enferma, Anita Salgado le cogió de las manos e intentó besárselas. Ella no se lo consintió.

—No, hija, no, eso sí que no... Estamos todos en el mismo barco, ¿comprendes? Hoy te ayudo yo a ti, y mañana, a lo peor, tienes que ayudarme tú a mí.

Mucho antes de que ese día llegara, Anita se convirtió en la tercera hija de Mateo Fernández y María Muñoz, y siguió viviendo con ellos, como una más, tras la muerte de su madre, que no notificó en ninguna oficina para librarse de volver a un campo.

Dos días después del entierro, mientras limpiaba la cocina, escuchó un alarido de dolor y el ruido de un golpe seco, como si un objeto pesado se hubiera caído desde un armario. Entonces salió corriendo y se encontró a Paloma en medio del pasillo y un barullo de papeles revueltos, arrodillada en el suelo, dándole puñetazos a las baldosas.

Aquella tarde, sus padres habían salido a dar un paseo y María había quedado con unas amigas. Estaban las dos solas en casa y Anita adivinó lo que había pasado, lo intuyó, lo supo, y se quedó inmóvil, paralizada por el susto, sin saber qué hacer, por dónde empezar a remediar lo irremediable. Comprendió que lo primero que tenía que hacer era levantarla, lo logró con tanto esfuerzo como si estuviera moviendo un cadáver, y mientras la arrastraba hasta la silla más cercana, vio que tenía sangre en los nudillos de las dos manos y en la rodilla izquierda. Luego volvió a recoger los papeles que se habían quedado desparramados por el suelo, unas cuartillas escritas a mano en renglones rectos, apretados, con una letra bonita y elegante, letra de señor, se dijo Anita, que no sabía leer ni ésa ni ninguna otra. María le explicó luego que era una carta de su marido, y que no empezaba diciendo querida Paloma, como ella pensaba que era lo normal, sino amor mío, y después, enseguida, el Sapo me ha entregado. Pero eso sólo lo averiguó después de curar a la herida, y consolarla, y sostenerla hasta que llegaron los demás. Y aquella noche, sin consultarlo con nadie, levantó el colchón de la cama donde había muerto su madre y colocó en su lugar, sobre el somier que ocupaba casi por entero el espacio de la antigua despensa, su propio colchón. Fue una manera de poner fin a su duelo para ceder el espacio que dejaba libre a la viuda enamorada. Y una manera de seguir viviendo.

Anita Salgado Pérez no sabía leer ni escribir, pero en septiembre de 1939 estaba a punto de cumplir dieciséis años, y era una chica lista, muy fantasiosa. Por eso, cuando María la leyó en voz alta por primera vez, se aprendió de memoria algunos trozos de la carta que Carlos Rodríguez Arce le había escrito a su mujer desde la cárcel y los repetía para sí misma todas las noches, antes de dormirse. Cuando me fusilen, gritaré ¡viva la República!, como los demás, pero moriré pensando algo distinto. Cuando me maten, estaré pensando, yo amo a Paloma... ¡Qué bonito!, se decía Anita a sí misma, ¡pero qué bonito!, y le entraban ganas de llorar, como cuando se acordaba de esa otra parte que decía, te he querido hasta el límite de mis fuerzas, te sigo queriendo con todo lo que soy, con todo lo que tengo, incluso ahora, a un paso de la muerte, te quiero así, recuerda siempre eso y olvídate de mí... ¡Hay que ver!, pensaba ella, lo que tiene que ser que le escriban a una estas cosas, qué barbaridad, qué pena, pero qué gusto también, ¿no...? El condenado a muerte le pedía a su mujer que viviera por él, que viviera sin él, que encontrara a otro hombre, que siguiera adelante, y ojalá te quiera la décima parte de lo que yo te he querido, amor, y ojalá te haga la mitad de feliz que he sido yo contigo... Anita se dormía con una sonrisa triste

y alegre a la vez, enganchada a la dulzura balsámica de esas palabras y al horror de la ejecución que había puesto fin a una pasión semejante, y jamás se cansaba de evocar el testimonio de aquel amor trágico y purísimo cuya esencia sólo alcanzaba a definir de una manera, qué bonito, para terminar igual que había empezado, hay que ver, qué pena pero qué bonito, caray, qué bonito...

Casi tres años después, a las puertas del verano de 1942, ella tendría su propia carta de amor, una despedida provisional, menos dramática pero mucho más breve, y ya sería capaz de leerla sola. Delante de *p* y de *b* se escribe siempre *m*, empezaba aquella hoja, y debajo, con rasgos más apresurados, descuidados de la redonda obligación de la caligrafía, pero en la misma letra, de la misma mano, te quiero, Anita. Entonces sería ella quien lloraría, ella quien se desesperaría, ella quien aprendería a pagar por sí misma el verdadero precio de las cosas hermosas.

—Si quieres, puedes dormir en mi cama —le dijo por la noche, cuando le vio entrar en la cocina y era todavía un desconocido—. Te lo digo en serio, yo soy muy bajita. Quepo de sobra en el sofá.

—No, no hace falta —Ignacio, recién bañado y afeitado, vestido con uno de sus antiguos pijamas, que su madre había traído consigo desde Madrid por una pura y feliz superstición, sonrió—. Estoy acostumbrado a dormir en el suelo, así que con un colchón tengo de sobra. Mamá me ha dicho que tú sabes dónde hay uno.

—Claro. Ahora mismo te lo traigo. ¿Dónde quieres que lo ponga?

Ignacio Fernández Muñoz se quedó mirando a Anita Salgado Pérez, y se asombró de cuánto le gustaba mirarla con aquel camisón blanco que asomaba bajo una vieja y sedosa bata de María, el tejido brillante, estampado con dragones chinos, los pies descalzos, para que ella, interpretando a su manera aquella mirada, se llevara la mano derecha a la cabeza, desprendiera la última horquilla de su moño y consintiera que su melena oscura, rizada, se desparramase en un armonioso desorden sobre su espalda.

—¿Dónde dormías tú? —preguntó él, disfrutando de esa imagen que daba calor, la promesa de un bienestar antiguo, risueño, que aplacaba los sobresaltos de su ánimo erizado, traspasado por una confusión de alfileres tristes y alegres.

—Yo aquí —y se volvió para señalar el fogón—. Es el sitio más calentito...

Él se limitó a asentir con un gesto, y Anita le hizo la cama en el mismo lugar donde la hacía al principio para sí misma. Después, se quedó mirándole mientras se acostaba, y sonrió a la extrañeza con la que movía el cuerpo sobre el colchón de lana, como si no encontrara una buena postura.

—¿Qué, estás cómodo?

—Sí —pero entonces la miró, se echó a reír—. No, la verdad es que no. Pero es que hace años que no duermo en un colchón. Hace años que no me baño con agua caliente, hace años que no me pongo un pijama, hace muchos años de todo y, no sé... No te lo vas a creer, pero no puedo calcular la de veces que he soñado despierto con

este momento, dormir en una cama de verdad, desnudo, con sábanas, con almohada... Me parecía el lujo más grande del mundo, y ahora la encuentro demasiado blanda. En fin, así es la vida... —se quedó mirándola, sonrió—. Pero no te preocupes por mí, vete a dormir. Buenas noches.

A la mañana siguiente, cuando Anita se levantó, Ignacio dormía con el abandono plácido y goloso de los niños pequeños, mientras su hermana menor, la otra madrugadora de la casa, le miraba con una sonrisa igual de infantil. Las dos desayunaron de pie, sin hacer ruido, para no despertarle, y María le fue contando historias de Ignacio por el camino, pero ninguna, ni siquiera la apasionada crónica de una valentía que su madre identificaba con la inconsciencia, le impresionó tanto como las palabras que él había repetido varias veces antes de despedirse, hace muchos años de todo. Anita las recordó durante todo el día, y las siguió escuchando por la noche, cuando los dos se quedaron solos en la cocina y él dijo que no tenía sueño.

—¡Ah! Pues... —se quedó pensando—. Si no vas a acostarte, ¿te importa que me lave el pelo? Es que en el lavabo no me apaño, como tengo tanto, y esta pila es más grande.

Él negó con la cabeza, no le importaba porque aún no sabía cuánto le iba a importar. Se sentó en una silla, se sirvió un vaso del vino malo, pero vino, que bebía su padre, encendió un cigarrillo, la miró.

—Joder, hacía años que no bebía vino... —dijo, como para sí mismo, pero se dio cuenta de que ella se volvía para mirarle, advirtió la cualidad conmovida, hasta levemente ansiosa, de su mirada, y obedeció al impulso travieso de insistir, para comprobar que sus palabras tenían el poder de agrandar aquellos ojos enormes—. Y hacía años que no encendía dos pitillos tan seguidos.

Anita respondió con la misma técnica a la que había recurrido la noche anterior. Se quitó las horquillas una por una, muy despacio, con los brazos bien estirados sobre la cabeza, hasta que los rizos cubrieron por completo sus hombros y la mitad superior de su espalda. Luego, sin hablar, vertió en la pila la cacerola de agua caliente que tenía preparada, abrió el grifo para templarla y probó la temperatura con la mano. Cuando le pareció bien, se echó todo el pelo hacia delante y sumergió en el agua la cabeza, su nuca desnuda, los brazos al aire.

Ignacio tampoco abrió los labios mientras la miraba, porque no podía hablar. Tampoco habría sabido qué decir, sólo que hacía años que no veía nada tan hermoso. En aquel momento, no fue capaz de interpretar la belleza de aquella escena sublime, tan corriente, una muchacha que se lava la cabeza, las gotas de agua que viajan sobre su nuca, que recorren su espalda, que se secan en la tela de su camisón blanco. No habría encontrado la manera de explicar que podría seguir mirándola toda la vida, que le haría falta una vida entera para admirar su gracia, la armonía de sus movimientos,

esa belleza tranquila que era tiempo, y era paz, y era alegría, y era serenidad, y era placer, una expectativa de felicidad, la cordura, la fe y la capacidad de desear. Aquella imagen condensaba todo lo que él no tenía, todo lo que había perdido, lo que había olvidado, lo que ya no existía y sin embargo volvió a nacer en aquel instante, Una muchacha se lavaba la cabeza, y una cáscara dura, seca, consciente de su propia torpeza, caía al suelo sin hacer ruido, inservible ante el poder de unos brazos desnudos, armados con su sola desnudez.

Ignacio Fernández Muñoz se dio cuenta. Sintió un inexplicable escozor en los párpados, notó la ternura crujiente y pálida de su piel recién nacida, vio los colores, aspiró los aromas, escuchó los sonidos fervientes del Madrid al que nunca volvería, y se dio cuenta. Percibió en silencio su propia metamorfosis mientras se reconocía vivo otra vez, vivo y sensible, inerme, expuesto, frágil, delicado, vulnerable como los hombres vivos. Entonces, Anita devolvió a su lugar el pelo húmedo, escurrido como una sábana recién lavada, lo recogió en un turbante improvisado con una toalla y le miró. Él contempló su piel brillante, salpicada de agua, la tela blanca como un velo transparente pegado a sus pechos redondos y elásticos, los pezones oscuros, fruncidos, y volvió a sentirse capaz de sufrir, y se dio cuenta.

—Bueno, pues ya te dejo tranquilo... —ella recogió la mirada de Ignacio, concentrada y profunda, casi feroz, y se puso seria de repente mientras tiraba del camisón mojado para despegarlo de su cuerpo, como si hubiera cobrado una conciencia repentina del grado de su desnudez, o se hubiera arrepentido de su ingenua pero no del todo involuntaria provocación—. Buenas noches.

Él contestó con un gesto, pero cuando pasó a su lado no pudo reprimir el impulso de agarrarla de la falda. Su mano derecha la sujetó sólo un instante, y ella respondió quedándose quieta, a su lado. Estaba temblando. Al advertirlo, él la soltó.

—Buenas noches —correspondió por fin.

Anita entró en la despensa, cerró la puerta sin volver la cabeza, y al día siguiente, cuando se vieron de nuevo, por la tarde, se saludaron como si no hubiera pasado nada.

—¿Qué tal?

—Muy bien. Hacía muchos años que no dormía la siesta.

Ella se echó a reír, y desde entonces fue como un juego. Hacía años que no leía una novela, hacía años que no comía tan bien, hacía años que no me bebía una cerveza fría, hacía años que no escribía con una estilográfica, hacía años que no jugaba al ajedrez, hacía años que no hacía un crucigrama, hacía años que no perdía el tiempo, hacía años de esto, de lo otro, y de lo de más allá, de las cosas más vulgares y de las más extrañas, y Anita le escuchaba, le sonreía, se despertaba y se acostaba con esas palabras, y ya no pensaba en la carta de Carlos Rodríguez Arce, ni en ninguna otra cosa que no fuera el margen cada vez más estrecho, más preciso, de lo único que

le quedaba por escuchar.

—Hay una cosa de la que nunca hablas, Ignacio,..

Fue ella quien se atrevió cuando ya llevaba más de una semana trasnochando únicamente para quedarse a solas con él, en la cocina, al acecho de una confesión que le era escatimada con una astucia calculada, cuidadosa.

—¿Cuál? —él, sentado de través en el colchón, con la espalda apoyada en la tibia delantera del fogón, la miró, sentada a su lado, y vio crecer el color en sus mejillas.

—¿Cuánto tiempo hace que...? Ya sabes.

—No —y se echó a reír—. No sé.

—Pues... —Anita, definitivamente sonrojada, escondió un momento la vista en sus rodillas, luego levantó la cara, le miró—. Tu madre me contó una vez que en Madrid te enredaste con una mujer casada, ¿no?, muy vieja...

—No —él la interrumpió—. Mi madre le tenía manía pero era una mujer estupenda, pelirroja y muy atractiva. Muy generosa, además —la miró de reojo y se preguntó si lograría ponerla más colorada aún—. Me enseñó muchas cosas, aprendí mucho con ella. Y tenía treinta años. No era vieja.

—Bueno, pero sigue siendo mayor, tú todavía tienes veinticuatro, ¿no? —él aceptó con la cabeza y sonrió al contemplar el tamaño de las llamas que ya habían colonizado sus orejas, que parecían a punto de derramarse por su garganta—. Y lo que nunca cuentas es... Pues, después... Eso.

—Eso, ¿qué?

—¡Joder, Ignacio! —estrelló los puños cerrados en el colchón mientras apretaba los párpados, pero no se sentía tan furiosa con él como consigo misma, por no haber conseguido arrancarle las palabras que ya no le quedaba más remedio que decir, y lo hizo de un tirón, sin mirarle—. ¿Cuánto tiempo hace que no estás con una mujer?

Él la cogió por la barbilla, le obligó a levantar la cara, la miró a los ojos, tan negros sobre el incendio arrebatado de los pómulos, y la encontró tan guapa, tan joven, tan limpia, tan verdadera, tan digna de ser amada, mimada, deseada y protegida por él, que comprendió que no le iba a mentir aunque no le dijera la verdad. Porque si Anita era una mujer, las putas del burdel de Barcarès, cuyo aspecto había bastado para impulsarle a girar sobre sus talones dos veces, antes de que Roque le empujara por la puerta en la tercera y última ocasión en la que se dejó arrastrar por él, no lo eran, y esos seres famélicos que se las apañaban para saltar la alambrada de su campamento cuando estuvo trabajando en la mina, y a las que pagaban con las escorias de carbón que habían podido ir robando durante un mes entero, tampoco podían serlo. Ahora que había vuelto a estar vivo, eso no contaba, porque no le había pasado a él, sino a su cadáver, un autómata animado, descarnado y polvoriento, que creía llamarse Ignacio Fernández Muñoz y no era nada. Aquel hombre ya no existía, nunca había llegado a existir, era sólo un cuerpo hueco, destripado, vacío, un puro

ejercicio de la desesperación. Por eso lo omitió, lo borró de su memoria, y pronunció con aplomo una respuesta sincera, que era la única respuesta que Anita Salgado Pérez quería escuchar.

—Tres años. Desde el 21 de febrero de 1939. Tres años, un mes y dos días... —levantó la vista hacia el reloj de la pared de enfrente—. Tres días ya.

—Mucho tiempo —murmuró ella.

—Sí —él llevó el dedo índice de la mano derecha hasta la frente de la única mujer que en tres años había merecido ese nombre, recorrió el contorno de su rostro como si pretendiera apartarle el pelo de la cara, escondió un mechón detrás de su oreja y acarició el borde, el lóbulo blando y suave—. Mucho tiempo.

Anita volvió a bajar la cara, relajó los hombros, se encogió sobre sí misma como si necesitara tiempo para pensar, y él la dejó pensar, y se limitó a mirarla desde una distancia que ella misma anuló al incorporarse.

—Yo nunca he estado con un hombre... —Ignacio no dijo nada y ella se acercó un poco más—. Ahora tengo un novio francés, lo sabes, ¿no? —él asintió con la cabeza pero siguió callado—. Bueno, no es un novio, es un pretendiente, más bien, y tampoco me gusta mucho, no creas, porque además... —estaban tan cerca que la nariz de él rozó la suya casi sin proponérselo, y entonces Anita retiró un poco la cabeza, pero volvió a inclinarla mientras seguía hablando—. No sé, es que las francesas no son como nosotras, son mucho más lanzadas, ¿no?, y yo no quiero que él piense...

—¿Qué?

Ella no contestó a esa pregunta, pero abrió los labios cuando la besó.

Y aquella noche, cayó Sansón con todos los filisteos, resumía Anita años después, cuando se acordaba, y su marido se echaba a reír, pero ¿por qué dices eso?, ¿y yo qué sé?, se defendía ella, era un dicho de mi abuela... Y sin embargo, era verdad, para ella lo fue, aquella noche magnífica cayó Sansón con todos los filisteos, y Anita Salgado Pérez, tan fantasiosa a los dieciocho como a los quince, no se habría conformado con menos, el amor de un soldado fugitivo que llevaba más de tres años esperándola, en una cama embutida dentro de una despensa, en una ciudad extraña de un país extraño, y toda su familia durmiendo en la ignorancia de la naturaleza épica, bíblica, legendaria, de lo que sucedía al otro lado del pasillo, la solemnidad inscrita en cada gesto de Ignacio, la gravedad de cada una de sus caricias, de sus besos, el ansia ilimitada de su piel desnuda y bordada de cicatrices.

Ella, que había envidiado tanto las palabras de amor dirigidas a otra mujer por un hombre al que nunca conocería, no se habría conformado con menos, y menos que con nada con su pretendiente, que se llamaba Paul, y despachaba en una carnicería, y era mayor que el capitán Fernández Muñoz, y parecía mucho más joven que ese hombre que sabía echar la cabeza hacia atrás de vez en cuando para mirarla como si nunca hubiera visto a otra mujer en su vida, o para grabar la imagen de su cuerpo en

su memoria y recordarlo bien cuando ya no estuviera. Así es el amor de un fugitivo, intenso y precario, pleno, fugaz y todavía más intenso. Eso pensaba ella, y procuraba no olvidarlo, sentir cada segundo de aquel milagro, comprender los matices de su fragilidad, la azarosa razón de su belleza. Eso pensó y no pensó mucho más. ¿A qué estás esperando?, le susurró en el oído, y él, que iba despacio porque necesitaba tiempo para creer en la realidad que tocaban sus dedos, que percibían sus manos, que inundaba la piel de sus labios atónitos, desentrenados, recién nacidos, se quedó quieto un momento. Después la miró, vio su boca entreabierta, húmeda, el brillo de sus ojos oscuros, y las columnas del templo empezaron a temblar.

Ignacio sintió entonces, uno por uno, cada día de esos tres años largos como tres siglos, y fue consciente de su cuerpo como nunca antes lo había sido. Encaramado en el cielo del placer, de la alegría, recordó los colores del infierno, el dolor sordo y constante de su vida pasada, la humillación, el frío, el cansancio de los barracones, y creyó en Anita, como si su cuerpo tuviera el poder de enderezar el mundo, de devolverle todo lo que había perdido, de rescatarle de tanta derrota, tantas traiciones, o como si intuyera que la felicidad de aquel instante lo cambiaría todo, porque nada sería igual cuando él pudiera recordar aquella noche, aferrarse a su recuerdo para no caer en el abismo espeso del desaliento. Mientras tanto, se enamoró de ella como nunca había estado enamorado de nadie, como no volvería a enamorarse jamás. Y siempre, incluso después de conquistar a su lado el derecho a vivir una vida normal, tan rutinaria y monótona como la de quienes no han conocido otra distinta, sintió que ella le había salvado, que de alguna manera, en aquella minúscula despensa de paredes desnudas, Anita le había librado de una muerte peor que la propia muerte.

Aquel paréntesis no llegó a durar tres meses, pero cada instante de su tiempo raro y feliz se dilató hasta ocupar un lugar exacto, definido, concreto, en la memoria de ambos. Ignacio nunca olvidaría las lágrimas de Anita, la noche en la que se atrevió a contarle lo que aún no se había atrevido a contarle a nadie, la atormentada crónica de un delito pequeño y miserable, la angustia de aquel día en el que fue capaz de robarle las enaguas a una mujer que agonizaba a solas sobre la arena fría de la playa, porque tenía quince años, y acababa de llegar al campo, y sólo tenía el vestido que llevaba puesto, y le había venido la regla, y no podía recurrir a nadie, y no sabía qué hacer, cómo arreglarlo. Anita nunca olvidaría la callada delicadeza con la que Ignacio le quitó de entre las manos uno de aquellos libros grandes, de letra muy pequeña, que él leía todo el tiempo y ella había cogido del revés un momento, sólo por curiosidad, por hacer un poco el tonto, antes de poseerla de una manera tan intensa como la primera vez, con una violencia que no hacía daño y una dulzura que daba ganas de llorar, ni lo que sucedió después, mientras ella creía que ya sólo les quedaba esperar al sueño abrazados y exhaustos, como todas las noches.

—Mañana tienes que comprarme cuatro cuadernos, dos rayados, con rayas

paralelas en las hojas, ¿sabes, no?, y otros dos con rayas dobles, de los que usan los niños en los colegios. Dile a una de mis hermanas que te acompañe, ellas saben —la miró, la vio sonreír, y esperó durante unos segundos una pregunta que no se produjo —. Voy a enseñarte a leer y a escribir.

—No —y lo dijo sin mirarle, como si sus palabras la hubieran ofendido.

—Sí —pero él respondió con firmeza.

—No —insistió ella, y se incorporó, se apoyó en un codo, le miró—. ¿Por qué? Si yo ya sé un poco, tu madre me está enseñando, y además me apaño muy bien, si vieras...

—No te apañas bien, Anita —Ignacio no la dejó seguir—. Nadie se apaña bien. Tú tienes que aprender y yo puedo enseñarte, he enseñado a tantos soldados que me sé las cartillas de memoria. Mi madre está muy ocupada con sus clases, pero yo no tengo nada que hacer por las mañanas. Es mucho más fácil de lo que parece, y además... —entonces se sentó en la cama, apoyó la espalda en la pared y la abrazó, la estrechó contra su pecho como si no quisiera mirarla, pero no dejó de acariciarle el pelo mientras hablaba—. Yo no sé durante cuánto tiempo más podré seguir aquí. Antes o después me verá alguien, hará preguntas, echará sus cuentas... Eso es lo que pasa siempre, siempre pasa lo mismo, y no es culpa de nadie. Estamos en un país ocupado, en medio de una guerra, y todo el mundo tiene algún problema, un favor que pedir a cambio de denunciar a un huido. Yo no sé lo que será de mí, Anita, adónde iré a parar, cuándo podré volver, no lo sé. Y tú no puedes seguir así. Si no quieres aprender por ti, aprende por mí. Para que cuando me vaya, por lo menos sepa que he hecho algo por ti.

—Tú ya has hecho mucho por mí —protestó ella, sacudiéndose de su abrazo para mirarle, pero al día siguiente volvió con los cuadernos.

¿Y los deberes? Ignacio la recibía con la misma pregunta todas las tardes y Anita se encogía de hombros, sonreía, no he tenido tiempo de hacerlos. ¡Ah!, ¿no?, él fingía extrañarse, ¿y por qué? Es que tengo un novio que cunde mucho, explicaba ella y los dos se echaban a reír. Luego se sentaban juntos a la mesa de la cocina, la alumna a hacer palotes y redondeles, el maestro a mirarla con la sonrisa embobada que afloraba a sus labios mientras la veía hacer cualquier cosa.

Él había rellenado los cuadernos rayados con letras, sílabas, diptongos, palabras partidas y después enteras, frases sencillas que ella aprendió a descifrar muy deprisa, porque aprendía por Ignacio, para Ignacio. Se esforzaba por complacerle también en eso, sobre todo ahora, después de que él mismo hubiera marcado los plazos del futuro, aquellas palabras terribles que pronunció con el acento más tranquilo, no sé durante cuánto tiempo más podré seguir aquí, para que estallaran en su conciencia como un disparo capaz de partirla por la mitad. Entonces empezó la cuenta atrás, y el tiempo que se les escapaba, que se escurría por el mismo agujero por el que lo habían

perdido todo, la derrota, el exilio, la guerra, se convirtió en algo precioso, lo más valioso que Anita Salgado Pérez había tenido en su vida, y nunca, ni siquiera en el día ya remoto de su crimen, había sentido una angustia semejante a la que le robaba el aliento cada tarde, en el instante de meter la llave en la cerradura de la puerta, y nunca, ni siquiera en los días lejanísimos de su infancia apacible en un pueblo pequeño, rodeado de montes, había experimentado un júbilo comparable al que le llenaba la boca de azúcar cuando lo veía apoyado en el fogón, los brazos cruzados y la pregunta maliciosa de todas las tardes, ¿y los deberes?

Ella ya no le contestaba con palabras. Si estaban solos en la cocina, se lanzaba sobre él como la muchacha desesperada que en aquel instante acababa de dejar de ser, y si alguien más estaba cerca, lo empujaba dentro de la despensa con cualquier pretexto para abrazarle hasta quedarse sin fuerzas, para besarle hasta quedarse sin besos. Luego se sentaba a su lado a la mesa de la cocina, fruncía el ceño, y reconocía en voz alta las sílabas que él iba señalando con el dedo, A-ni-ta es u-na man-za-ni-ta, y se echaba a reír, y le miraba, y se daba cuenta de que nunca había sido tan feliz, y de que esa felicidad dolía, porque ya no tenía nada que ver con el romanticismo de las frases bonitas ni con la romántica inflamación del deseo de un fugitivo. Aquello era mucho más grande, más profundo. Era lo que estaba detrás de la belleza, de la emoción, de la elocuencia, y era tan fuerte, tan poderoso, que la despertaba en mitad de la noche con un sobresalto brutal como una premonición de la muerte. Entonces, al verle dormir a su lado, sólo podía pensar en una cosa, mañana quizás no lo tendré, mañana se habrá ido, mañana estaré sola en esta cama... Cada minuto pesaba, cada minuto importaba, cada minuto se dilataba hasta proyectarse en los límites de una eternidad pequeña, personal, hasta que Anita perdía la calma, y la cabeza, y se encaramaba encima de Ignacio para despertarle, para entregarse a él con avidez, una determinación incondicional y furiosa que le permitía quedarse dormida otra vez, sólo unas horas, antes de afrontar la incertidumbre de una despedida ambigua, hasta luego, hasta luego, que inauguraba una jornada más del sufrimiento sordo, cotidiano, que también, aunque eso sólo lo comprendería después, era la felicidad para ella.

Hasta que una tarde primeriza de junio no le encontró en la cocina. No pudo verle, no pudo tocarle, no escuchó su voz. Nadie le preguntó por los deberes, nadie la estaba esperando, sólo el cuaderno, abierto por la página que debería haber completado aquel día, delante de *p* y *b* se escribe siempre *m,* y debajo, en el lugar que ella tendría que haber rellenado con su lápiz torpe, vacilante aún, una frase imprevista, escrita en una letra elegante, airosa, difícil de leer, una letra de señor, te quiero, Anita, y la firma, sólo su nombre, Ignacio, sin rúbrica alguna. Entonces, antes de que hubiera logrado descifrar aquel mensaje, la madre del fugitivo fue a reunirse con ella desde el comedor y le contó sólo una parte de la historia.

—Se ha ido. Ha tenido que irse, porque... La vecina de abajo, Madame Larronde,

ya la conoces, vino a verme esta mañana, para avisarme de que su cuñado estaba pensando en denunciarle. Como por las ventanas del patio se ve todo...

—¡Ay! —Anita abrió mucho los ojos y se tapó la boca con las dos manos, pero hacía falta mucho más que eso para que María Muñoz perdiera los nervios aquella tarde.

—Yo le he dicho que no se marchara, que iríamos a hablar con ese hombre, que le ofreceríamos dinero, no sé, algo habríamos podido hacer, pero no ha querido quedarse, me ha dicho que no estaba dispuesto a que corriéramos ningún riesgo por él...

Prefirió pararse ahí, liberar a Anita de los argumentos de su hijo, ese miedo que no quiso compartir con nadie y se guardó para ella sola hasta el final de la guerra. Es demasiado peligroso para todos, mamá, para vosotros pero también para mí. Ésa había sido la verdadera respuesta de Ignacio. Si me voy, puedo intentar presentarme voluntariamente en mi compañía. Me arrestarán, me meterán en un calabozo, y luego volveré al trabajo, no me pasará nada peor. Pero si me cogen los vichystas, me mandarán a Alemania, y los nazis me encerrarán en un campo de concentración de los suyos. Yo ya sabía que iba a pasar esto, mamá, y sé lo que tengo que hacer, no te preocupes...

María Muñoz no le contó a Anita esa parte de la historia porque estuvo con su hijo hasta el final, porque le vio entrar en la despensa, salir con aquel cuaderno, escribir en él, dejarlo abierto encima de la mesa de la cocina antes de marcharse, y cuando ya había bajado dos escalones, subir otra vez para hacerle un último encargo. Cuídame a Anita, mamá, le había pedido, mientras volvía a besarla, a abrazarla, cuídamela. Por eso no le contó nada más, y se quedó mirándola en silencio, desde la impotencia de saber que no podía hacer nada por ella, que nunca se le ocurriría nada que decir para consolarla, para consolarse a su lado. Eso sólo lo lograría Paloma, a quien un repentino impulso de su antigua compasión devolvió a la vida aquella noche, muy tarde. Todos se habían acostado ya excepto Anita, que no había querido levantarse de la mesa de la cocina ni siquiera para cenar, y seguía allí, mirando su cuaderno con los ojos muertos cuando su compañera de trabajo tapó las palabras de Ignacio con una fotografía que no había visto nunca.

—Mira —le dijo, señalando aquella imagen dorada, brillante—, ésta es una foto de mi familia el día de mi boda. Entonces, hace ocho años, teníamos tres hombres jóvenes, ¿ves? A éste —y acarició con la yema del dedo índice el rostro moreno y sonriente de su marido— me lo mataron. A éste —y señaló a su hermano Mateo, casi tan elegante como el novio, con un frac inmaculado, una gardenia blanca en el ojal— también. Éste —y se detuvo por fin en Ignacio, un chico no muy alto pero con las piernas desproporcionadas, demasiado largas para su estatura, casi un niño embutido en un traje de persona mayor— no puede morir. Éste va a vivir, ¿comprendes?,

porque no pueden matarnos a los tres, es imposible. Eso se llama cálculo de probabilidades —en ese momento, por fin, Anita levantó la vista hacia ella y la miró —. Cuando acabes la cartilla, dile a mi hermano que te enseñe matemáticas.

Anita sonrió a Paloma, y volvió a sonreír al contemplar la cara próspera y alegre de los Fernández Muñoz, esa familia de la que sólo conocía la cruz. Sonrió al ver a los padres, mucho más jóvenes de lo que podía imaginar, Mateo con pelo y bigote, el pulgar de la mano derecha dentro del chaleco por el que asomaba la cadena de oro de su reloj, María risueña y elegantísima, con joyas en los dedos, en las muñecas, en el cuello. Sonrió al ver a los novios, ella tan guapa que casi daba miedo mirarla, él tan feliz como si no hubiera nadie que lo supiera mejor. Sonrió al ver al hermano mayor, serio y presumido, a la hermana pequeña, incómoda en su vestido de señorita, y sonrió también, sólo un momento, al mirar a Ignacio.

—¿Puedo quedarme la foto? —le preguntó a Paloma cuando estaba a punto de venirse abajo otra vez.

—Bueno —concedió ella, y la besó en la cabeza—, pero sólo esta noche. Mañana me la devuelves.

Esperó a quedarse sola para mirar otra vez a aquel muchacho de dieciséis años, que le parecía tan joven como si ella misma guardara una memoria muy lejana de esa edad. ¿Dónde estarás ahora?, se preguntó, y sintió el mordisco de una soledad más cruel que la orfandad, pero aquella herida le dolió menos que las agujas clavadas en todas las respuestas que podía imaginar a la pregunta que la atormentaría a partir de aquella noche, ¿dónde estarás ahora, Ignacio, dónde estarás?

Él estaba en una especie de calabozo improvisado al fondo de un barracón y bastante contento, porque todo le había salido bien. Había llegado a la fábrica de neumáticos sin contratiempos, se había encontrado con que su grupo no había cambiado de destino, y hasta le había dado tiempo a abrazar al obrero asturiano al que había transferido sus responsabilidades políticas en el instante de fugarse, antes de presentarse ante el director de la fábrica.

—¿Pero de dónde sales tú, macho? —le preguntó Amadeo en medio del abrazo, con su acento lluvioso y cantarín—. Joder, si parece que vienes de pasar dos años en un balneario...

—Ya te contaré —Ignacio sonrió, como si pudiera mirarse en el asombro de su amigo—. ¿Cómo están las cosas por aquí?

—Peor que por allí, seguro —el asturiano se rió—, pero, por lo demás, igual que antes.

Eso significaba que el director seguía siendo el mismo comandante militar sin ganas de complicarse la vida cuya situación, aquel empleo miserable, casi incompatible con su edad y graduación, revelaba además que, pese a su indudable integración en el nuevo régimen, no sentía una excesiva afinidad con los criterios del

gobierno colaboracionista. Tal vez por eso, nunca había asumido la responsabilidad de enviar a los reclusos que estaban a su cargo a una muerte segura en un campo alemán, e Ignacio no fue una excepción. ¡Ah, los españoles!, se limitó a reflexionar en voz alta, después de escucharle, en un tono que indicaba cansancio, fastidio, y nada más grave. Como si no tuviéramos bastante con los alemanes, se nos vienen encima ustedes, los españoles... ¿Qué habremos hecho los franceses para merecernos a nuestros vecinos? Ignacio podría haber contestado a esa pregunta, pero prefirió quedarse callado y fue derecho al calabozo en premio por su silencio. Y allí, en el escenario de su antiguo desamparo, se dio cuenta de que Anita estaba con él, y nunca volvió a sentirse tan solo como antes.

Contaba con una ventaja que ella no tenía, porque podía imaginarla, calcular el ritmo cotidiano de su vida, situarla en un lugar concreto, entre personas con un rostro y un cuerpo conocidos, y sabía en qué taza desayunaba, en qué orden se desnudaba, qué le gustaba comer, cómo se lavaba la cabeza en la pila de la cocina. Cada día de los que pasó en el calabozo y de los que vinieron después, fueron tan iguales entre sí como distintos de los que había vivido antes, porque al despertarse recordaba los despertares de Anita, y antes de dormirse recordaba a Anita dormida, y en cada paso que daba, veía a Anita andar, pararse, moverse por la casa, y esa imagen dotaba a su propio tiempo de peso, de sentido.

Si hubiera podido verla de verdad, habría estado muy contento y aún más orgulloso de ella, porque su novia se había entregado a la devoción del cálculo de probabilidades como si fuera la estampa de una Virgen milagrosa, y al amparo de las matemáticas, se sacudió tan pronto el veneno perezoso y estéril de la autocompasión, que al día siguiente del que había perdido llorando su partida, al volver del trabajo, fue a buscar sus cuadernos, los abrió sobre la mesa, y le dijo en voz alta al aire de la cocina desierta, voy a hacer los deberes. Entonces dibujó un cuadrado alrededor de la última frase que él había escrito, y en el espacio restante copió cinco veces, delante de *p* y de *b* se escribe siempre *m*, y al lado, en la página contigua, fijándose tan bien en las palabras que comprendía como en las que no, empate, combate, ampuloso, émbolo, compás, ambos, campo, tumbos, pompa, bombo, ampolla, sombrío, una vez, y otra, y otra más. Delante de *p* y de *b* se escribe siempre *m,* te quiero, Anita. Ésa fue la primera frase que escribió cuando llegó a las hojas en blanco que estaban al final del cuaderno, antes de copiar las que él había escrito sobre las rayas simples para enseñarle a leer y hacerla reír al mismo tiempo, Anita es una manzanita, Anita es un bombón de chocolate, Anita es terca como una mula, Yo estoy loco por Anita, Te voy a comer a besos, ¿Y tú qué haces por las noches, Anita?, Deja de leer y vámonos a la cama de una vez. Cuando terminó de copiarlas todas, ya se había dado cuenta de que estaba engordando.

Estaba engordando y no quería ni pensarlo, pero aunque no lo pensara, estaba

engordando igual. Al principio no le dio importancia, porque se encontraba bien, con mucho apetito y mucho sueño, pero sin ascos ni ganas de vomitar. Su hermana mayor contaba los embarazos por la repentina repugnancia que le inspiraba el café con leche del desayuno. Ella ni se acordaba de cuándo había tomado café por última vez, pero esa especie de asquerosa amalgama de cereales tostados que mezclaba con la leche todas las mañanas, le sentaba tan bien como antes de conocer a Ignacio. Y la regla, pues ya se sabe, se decía a sí misma, la regla se vuelve loca con los disgustos, así que cualquier día de estos, me baja y adiós. Pero su cintura no se quería enterar, su cintura no se enteraba y sus pechos se habían vuelto igual de tontos, y crecían, y le dolían, y cada mañana le costaba más trabajo abrocharse la falda, hasta que un día ya no pudo abrochársela más. Y ese día, por la tarde, al volver a casa, se sentó en la cama y se echó a llorar.

—Pero ¿qué te pasa, hija mía? —al escucharla, María Muñoz entró en la despensa con la alarma pintada en los ojos, y se sentó a su lado mientras se sujetaba el pecho como si se lo acabaran de abrir en canal—. ¿Has sabido algo? ¿Has tenido noticias de...?

—No, no es eso.

—Menos mal —y María se recorrió la cara con las manos dos veces, primero hacia arriba, luego hacia abajo, las palmas abiertas como si pretendiera borrar sus rasgos y volver a colocarlos después, cada uno en su sitio—. Menos mal, porque... —y sólo en aquel momento se dio cuenta de que no entendía nada—. Pero entonces, ¿qué te pasa?

—Nada —Anita volvió a hacer un puchero pero logró seguir hablando, aunque todavía no se atrevió a mirarla—. Estaba pensando que... Hay que ver, María, qué mala suerte has tenido con Ignacio, ¿verdad?

—¿Mala suerte? Pues no, yo no creo que... ¿Qué quieres decir?

—No sé... Primero, en Madrid, con la mujer esa, que hablaba tan mal, ya sabes... —espió con el rabillo del ojo la cara de su interlocutora y comprobó que su expresión seguía anclada en una perplejidad imperturbable—. Y ahora aquí, conmigo.

—¿Contigo? —María Muñoz creyó que estaba intentando confesarle a destiempo una relación que todos en aquella casa habían descubierto cuando empezó, y la abrazó mientras se echaba a reír—. Pero si yo te quiero mucho, Anita, muchísimo. No te preocupes, nunca he pensado que te parezcas a aquella mujer.

—Pues no creas, que en algo sí que me parezco, María... Me parezco, porque... —se deshizo del abrazo y por fin miró a la madre de Ignacio a los ojos—. Pero yo me voy, no te preocupes. Me voy ahora mismo. Recojo mis cosas, vuelvo a la pensión, y luego... —se dio cuenta de que ella seguía sin entender al ver que la miraba con el ceño fruncido, el mismo gesto de preocupación que habría dirigido a cualquiera de sus hijas—. Luego, cuando nazca el niño...

María Muñoz se la quedó mirando con los ojos muy abiertos. Después chilló, volvió a taparse la cara con las manos y se balanceó sobre la cama, adelante y atrás, varias veces.

—Yo lo siento mucho, ya te lo he dicho —insistió Anita, incapaz de interpretar la escena que estaba viendo—, lo siento de verdad, te juro que lo siento. Pero no te preocupes porque me voy a ir, yo no puedo seguir viviendo aquí, me moriría de vergüenza, yo...

—¡Ay! —su futura suegra se destapó la cara, y estaba llorando, y sonreía a la vez —. ¡Ay, Dios mío! —y volvió a abrazarla, y la besó en la frente, en las mejillas, en la cabeza, la apretó muy fuerte, y la retuvo entre sus brazos mientras pronunciaba las únicas palabras que Anita no esperaba escuchar—. Pero cómo te vas a ir, no digas tonterías, lo único que tú tienes que hacer ahora es comer bien, y dormir mucho, y pasear, tomar un poco el sol y... ¡Ay, Anita! —entonces la separó de sí, se quedó mirándola, volvió a abrazarla—, qué alegría tan grande, de verdad, de verdad, qué alegría...

Al salir de la despensa se empeñó en creer que aquella noticia sólo significaba una cosa. Todo estaba empezando a cambiar. Había llegado la hora de remontar, y remontarían. Desde aquel momento, no volvió a dudarlo. Estaba tan segura, tan contenta, que ni siquiera le molestó la reacción de su marido, que se llevó las manos a la cabeza cuando escuchó su jubilosa versión de la noticia.

—¿Pero tú te has vuelto loca, o qué? —y la miró como un padre que regaña a una niña pequeña—. Lo hecho, hecho está, y no tiene remedio, pero que encima estés contenta, ya, me parece el colmo... ¿Es que no te das cuenta de que esto es justo lo que nos faltaba?

—Sí, Mateo —contestó ella, que ya había previsto aquella pregunta y había meditado su respuesta—, tienes razón. Esto es lo que nos faltaba, es precisamente lo que nos falta —él cerró los ojos de puro estupor y ella esperó a que volviera a abrirlos —. Y sí, estoy loca, me he vuelto loca. Porque me han matado a un hijo de veintitrés años, porque tengo una hija que se ha quedado viuda a los veinticuatro, porque tengo un nieto en Madrid que ya sabe andar, y sabe hablar, y no lo conozco, porque no lo he visto nunca y a lo peor me muero sin conocerle... —al recordarlo, hizo otra pausa, más melancólica, pero se recompuso enseguida—. Claro que estoy loca, ¿quién no lo estaría? Y aparte de eso, todo me importa un pito, para que lo sepas. ¿Que no están casados?, ¿y qué? ¿Que Ignacio no sabe que va a tener un hijo?, ¿y qué? ¿Que cuando vuelva, igual no le gusta encontrárselo?, ¿y qué? Culpa nuestra no ha sido, y por lo demás... ¿Que Anita es hija de un guardia forestal, que hasta hace cuatro días era analfabeta, que hace cinco años este embarazo me habría parecido una tragedia?

—No, yo no digo eso, pero... —él intentó intervenir, pero ella no se lo consintió.

—¿Pero qué? —gritó, antes de comprender que no era su marido quien merecía

sus gritos—. Ahora no soy la que era hace cinco años, Mateo. Ahora me equivoco mucho menos, y todo lo demás me da igual. Ahora, lo único que me importa es mi nieto, tu nieto, y me importa su madre, nada más. Porque yo no puedo seguir perdiendo a mi familia, no puedo seguir enterrando a la gente que quiero, no puedo consentir que me nazca otro nieto al que no voy a conocer. Eso no puedo soportarlo, ¿es que no lo entiendes? Antes me moriría. Prefiero morirme...

Mateo Fernández ya miraba a su mujer de otra manera. Ella se dio cuenta y volvió a la carga con un acento distinto, dulce y risueño.

—Esto es una locura, no te digo que no, porque vivimos en un país extranjero, sin dinero, en medio de una guerra, lo sé, y es una locura, pero también es una oportunidad, Mateo, piénsalo. Esto es un principio. Todavía no sé muy bien de qué, pero sé que será mejor que lo que hemos pasado, y que es un principio...

Antes de meditar su propia respuesta, él sacó del fondo de un cajón los últimos francos que había podido guardar de aquellos duros de plata que cambió al llegar a Toulouse, los únicos que le quedaban cuando encontró un empleo de profesor de matemáticas en una academia, y se los dio a su mujer. Luego, durante la cena, se quedó mirando a la madre de su nieto y sonrió.

—Hazme un favor, Anita, trae un varón —le dijo—. En esta casa ya hay demasiadas mujeres.

—Yo preferiría una niña —murmuró ella—, por lo del cálculo de probabilidades y eso...

—No seas tonta, mujer —Paloma se echó a reír, y todos se dieron cuenta de que hacía mucho tiempo que no la veían reírse—, eso no tiene nada que ver.

Fue un varón, y nació en enero de 1943, un par de semanas antes de que su padre volviera a escaparse de aquella fábrica de neumáticos a la que ya no volvería y donde cada noche, durante todos los meses que duró el embarazo de Anita, había recordado la cintura estrecha, las caderas redondas, la ingrávida perfección de los pechos adolescentes de esa mujer que seguía estando a su lado pero no le estorbaba para dedicarse a otras cosas. Cuando su hijo ya empezaba a abultar el vientre blanco y liso, compacto y suave, que él seguía viendo cada vez que cerraba los ojos, Ignacio Fernández Muñoz encontró una nueva ocasión de rescatar su vieja audacia de hombre de acción, y se entregó a los sabotajes con el mismo entusiasmo que había puesto antes en las fugas. La ocupación nazi de la antigua Francia de Vichy indicaba que las cosas estaban cambiando, y la novedad acabó por afectar también al director de la fábrica de neumáticos, que fue relevado por su ineptitud para atajar los continuos parones de la producción en un momento difícil para el ejército ocupante. Pero la culpa no la tenía él, sino el número indeterminado de destornilladores que resbalaban misteriosamente de los dedos de los trabajadores extranjeros, en una nave donde las deficiencias auditivas del personal florecían con el mismo misterioso rigor.

—Se me ha caído el destornillador —oía gritar Ignacio en español, en la voz del hombre acordado, en el momento previsto.

—¿Qué? —preguntaba otro, llevándose a la oreja la mano derecha.

—Que se me ha caído el destornillador —repetía su interlocutor, con mucha calma, y ya se reían entre dientes todos los que estaban cerca—. Que pares la máquina, que se va a joder.

—¿Qué? —volvía a preguntar el principal destinatario de los gritos, mientras se señalaba las orejas con los dedos—. No te oigo...

Entonces la máquina se paraba, el comandante se enfurecía, los responsables iban al calabozo y, de propina, Ignacio y Amadeo también, aunque no hubieran intervenido en el accidente que había vuelto a dejar sin repuestos a los camiones del ejército alemán. El castigo no les importaba. Todos recordaban la leyenda de aquella bomba que no estalló al caer sobre las líneas republicanas en el frente de Guadalajara, y la emoción legendaria del artillero que la desmontó por curiosidad, para encontrar dentro un papel escrito en un español sólo aproximado pero más que legible, camaradas, las bombas que yo armo, no explotan. La guerra de España había sido la guerra de un anónimo obrero alemán, y esta guerra era también la suya. El castigo no les importaba, no les importó hasta que llegó un nuevo director que endureció las penas, colocó vigilantes en la nave, y cuando comprobó que ni siquiera eso era bastante, anunció que los saboteadores serían entregados a las fuerzas de ocupación sin trámite intermedio alguno. Aquella amenaza no les hizo desistir, pero les obligó a ir con más cuidado. Por fortuna, para aquel entonces, el Pasiego estaba a punto de descubrir un procedimiento ideal para inutilizar la planta entera.

—Se trata sólo de aflojar dos tornillos —les explicó muy ufano—, poco a poco, poco a poco, durante una semana, más o menos. Así se va forzando el rozamiento del eje, y un par de días después, cuando se rompa solo, se aprietan los tornillos otra vez, en un momento, y ya está.

Ignacio y Amadeo se miraron el uno al otro, sin saber qué decir.

—Y ya está, ¿qué? —preguntó el asturiano después de un rato.

—Hay que ver, qué brutos sois, no entendéis nada... —aquel mecánico extraordinario, del que dos guerras seguidas habían hecho un experto en sabotajes, meneó la cabeza antes de dar más detalles—. Lo mejor es que no se nota, ¿estamos? Nunca sabrán lo que ha pasado, pero la fábrica se va a parar igual.

A su debido tiempo, el eje se rompió solo y la fábrica se paró, pero el Pasiego no podía encargarse de apretar los dos tornillos a la vez, y cuando el director empezó a chillar, todos se dieron cuenta de que el chico al que le había encargado la otra mitad del trabajo estaba pálido, tembloroso, muerto de miedo. Entonces fue Amadeo quien tuvo una idea brillante.

—Esta noche nos largamos —le dijo a Ignacio mientras todos formaban de pie en

la nave, esperando a que llegaran los técnicos—. Esta noche o cuando se pueda, el Pasiego, tú y yo, porque ese imbécil va a cantar, tan cierto como que mi madre se llama Eusebia...

Años después se enterarían de que, aunque la madre de Amadeo se siguiera llamando Eusebia, el chaval no había cantado, pero se había chupado año y medio en un campo alemán gracias a la confesión espontánea, gratuita y tardía, del último de los trabajadores de la fábrica de quien habrían sospechado que fuera un delator. Aquel día, cuando Amadeo pronunció su frustrada profecía, Ignacio no sabía eso, y tampoco que el hijo de Eusebia había descubierto un ángulo ciego, medio metro escaso de alambrada que no se veía desde ningún sitio, y que, desde hacía meses, se dedicaba a planear su fuga con el mismo mimo que él ponía en recordar a Anita. Cuando el ingeniero dictaminó que las marcas de rozamiento en los extremos partidos del eje hacían suponer que la pieza, defectuosa, se había desgastado sola hasta romperse, los mandaron a los barracones mientras la dirección decidía qué hacer con ellos, pero Ignacio y el Pasiego prefirieron no esperar a conocer esa decisión. A las cuatro de la mañana salieron detrás de Amadeo por el agujero que acababa de abrir en la alambrada con unos alicates que ya tenía muy localizados antes de esconderlos en una de sus botas aquella misma tarde, cuando la máquina empezó a echar humo, por si las moscas, les dijo. Eso era mucho más fácil que encontrar un lugar donde esconderse, pero Amadeo también tenía una dirección de seguridad.

El partido les dio a elegir. Dos podrían viajar hasta Foix con papeles falsos, como empleados del camarada francés que les llevaría en un camión hasta la explotación forestal donde se unirían a la guerrilla, y el otro tendría que quedarse en Toulouse hasta que se les ocurriera qué hacer con él. Ignacio estuvo a punto de decir que se quedaba, pero el Pasiego se le adelantó porque ya tenía más de cuarenta años, demasiados para andar dando tumbos con un fusil, y lo suyo no era la guerrilla, sino los sabotajes. En el monte no hay tendidos eléctricos, arguyó, e Ignacio no encontró nada que objetar a eso. En el último momento, tampoco se atrevió a pedirle al conductor que entrara en la ciudad para pasar por delante de la casa de sus padres antes de marcharse, dos noches después de la de su fuga. Si lo hubiera hecho, quizás habría visto encendida la luz de la habitación de sus hermanas, donde se había instalado Anita con el niño, que todavía se despertaba cada tres horas.

Cuando lo vio agarrarse al pecho de su madre, sus mejillas diminutas ahuecándose a intervalos regulares, la piel pálida, casi transparente, de su rostro coloreándose por el esfuerzo de mamar, su abuela María sintió un instante de paz tan profundo que llegó a olvidarse hasta de su propio hijo. Que venga bien, había pensado hasta entonces en todos los momentos de todos los días, que venga bien, y miraba a Anita, su cuerpo de muñeca, tan estrecho, tan menudo, y volvía a decírselo mientras echaba de menos a ese Dios traidor, implacable mecenas de sus enemigos,

cuyo nombre tanto mencionaba pero al que ya no le rezaba nunca. Que venga bien, por favor, que venga bien y que se agarre al pecho, que se agarre, porque si no... Los hospitales, los médicos, las enfermeras, las nodrizas, los biberones, se habían hundido con su mundo, con los placeres y cuidados de aquella vida de mujer feliz y bien casada que apenas recordaba, y ya sólo podía confiar en su nieto, sólo podía creer en él, que vino bien, y nació solo, y se lanzó a mamar con tanta decisión como si el mismo día de su nacimiento hubiera comprendido que su abuela jamás podría recuperarse de lo contrario. Sólo eso, los gramos que ganaba todos los días y la velocidad a la que la ropa se le iba quedando pequeña, sostuvo a María Muñoz cuando sacó del buzón aquel sobre tan raro, con un remite del Servicio Exterior para los Refugiados Españoles. ¿Y qué querrán estos ahora?, se dijo, para encontrar dentro una carta donde Ignacio les comunicaba que estaba bien, que ahora vivía en el campo, al aire libre, y que tenía un trabajo que le gustaba mucho, porque era parecido al que había encontrado siete años antes, en Madrid, aquel otoño que hizo tanto frío, ya os acordaréis...

Dentro de aquel sobre había otro sobre, y en su interior, otra carta que era sólo para Anita. Ella sonrió al leer el encabezamiento, previsible, vulgar, tan prosaico como las preocupaciones de las personas que no sólo están vivas, sino también dispuestas a seguir viviendo, querida Anita... Ignacio no escribía tan bien como su cuñado, no se le ocurrían frases tan bonitas, palabras tan dulces, lamentos tan intensos, tan románticos, pero sabía contarle que la quería, que la echaba mucho de menos, que pensaba en ella a todas horas, que no podía soportar ni siquiera la idea de que mirara a otro hombre, que estaba enamorado de ella como nunca se había enamorado de nadie, que le creyera, que le esperara, que iría a buscarla cuando pudiera, y que no podía imaginar lo importante que era para él tener la oportunidad de decirle todo eso.

—¿Qué haces, Boquerón? —acababa de llegar a Ariège, pero ya se había acostumbrado a llamar a Perea por su nombre de guerra, cuando se lo encontró un atardecer, sentado en el suelo, escribiendo en una hoja de papel apoyada encima del macuto.

—Pues escribir —y le miró como si fuera tonto—. ¿Qué voy a estar haciendo?

—Pero... —Ignacio buscó la manera de explicarse mejor—. ¿Escribes a casa?

—Claro.

—¿Y cómo lo haces?

—Pues, verás... —Aurelio se echó a reír, levantó en el aire el lápiz que sostenía en la mano derecha y la hoja de papel que sujetaba con la otra mano—. Se coge un lápiz, ¿ves?, y un papel, así, y entonces se pone el lápiz encima del papel y se hacen unos dibujitos que significan, querida Rafaela...

—No —Ignacio aceptó la burla con una sonrisa—. Lo que quiero saber es cómo

mandas las cartas... —entonces por fin lo comprendió, y se contestó a sí mismo—. Con los enlaces.

—Mayormente —Aurelio volvió a reírse de él—. Yo les doy las cartas y ellos las meten en un sobre, les ponen un sello, se las dan a alguno que vaya a Marsella, o a París, y allí, el que sea, las echa en un buzón. Ya sé que parece complicado, pero si te esfuerzas, tú, con lo leído que eres, seguro que lo entiendes.

—¿Y el remite?

—Pues eso, según... Hay quien se inventa un nombre español, quien se inventa un nombre francés... Yo pongo el nombre del SERE, que me parece menos sospechoso, y lo que me invento es una dirección, cada vez una distinta, Rue du Pont, Rue Dumas, Rue de l'Opéra, en fin, lo que se me ocurre... No podemos escribir mucho para no llamar la atención del cartero, pero le mando a mi mujer una carta cada seis meses, más o menos. Así, aunque no pueda contestarme, por lo menos ella sabe que sigo vivo.

Entre febrero de 1943 y septiembre de 1944, Ignacio Fernández Muñoz escribió a casa de sus padres tres veces, siempre dos sobres con dos cartas distintas, una para su familia, otra para Anita. La primera era cada vez más corta, porque como no podía contarles nada de lo que hacía en realidad, se limitaba a tranquilizarles a base de mentiras piadosas, poco elaboradas. La segunda era cada vez más larga, porque el paso del tiempo le torturaba con la posibilidad, más y más verosímil a medida que se sucedían los días, las semanas, los meses, de que ella encontrara a otro hombre, tranquilo y sensato, manso y pacífico, de los que vuelven a dormir a casa todas las noches. Él ya no podía vivir sin Anita e intentaba explicárselo, pero nunca encontró las palabras justas para contarle lo que ella significaba para él, una burbuja caliente y placentera, aislada del suelo donde dormía, del frío que le despertaba de madrugada, de las latas de sardinas que comía y del fusil del que jamás se separaba. Un mundo aparte, donde se sentía protegido y feliz, entero y a salvo, cada vez que tenía un minuto libre, porque todos sus minutos libres iban a parar al mismo lugar, esa cámara secreta de paredes transparentes, sonrosadas, impermeables al dolor, al miedo, a la guerra, que era Anita y era amor, y era a la vez algo mucho más vital, más grande, e importante y necesario que el amor, como aquella antigua fe que le había importado más que seguir vivo.

Intentaba contárselo, explicárselo, pero no podía. Pienso en ti a todas horas, escribía, antes de quedarme dormido y después de despertarme por las mañanas, y en todo el tiempo que pasa entre medias sigo pensando en ti, y era verdad. Era tan cierto que ni siquiera dejó de pensar en ella durante aquella bendita madrugada en la que logró meterle una bala en la nuca a un comandante de las SS, tan comandante como el cabrón aquel de Albatera. La emoción turbia, feroz, que sintió al verle caer se llamaba Carlos, se llamaba Mateo, pero sólo un instante después, a destiempo, como

siempre, se dio cuenta de que aquella noche podrían haberle matado sin que Anita se enterara, y de que nunca habría podido volver a verla durmiendo de perfil, con las piernas dobladas y la mano derecha contra la boca. Entonces se dio cuenta de que ya no le daba lo mismo vivir o morirse, y se alegró mucho de seguir estando vivo.

Habían salido a recoger uno de esos cargamentos de armas que parachutaban los aliados, pero antes de que les diera tiempo a llegar arriba, muy cerca aún de la carretera y del aserradero donde trabajaban, recibieron el regalo de aquella pequeña expedición alemana que se había quedado aislada, rezagada quizás del convoy del que formaba parte o sencillamente perdida, cuando su camión tuvo una avería.

—A lo mejor, se les ha pinchado una rueda de las que hacíamos nosotros —susurró Amadeo, pero él no le contestó porque estaba demasiado ocupado en convencerse de que lo que estaba viendo sucedía de verdad.

—Van a cenar —dijo entonces Moreno, el jefe del grupo, madrileño como Ignacio.

—Justo —contestó él—. Es increíble que hayamos tenido tanta suerte —y no quiso darse cuenta de que su paisano se le quedaba mirando como si no le entendiera.

—No podemos hacer nada —le advirtió expresamente—, las órdenes son muy claras. Si no hay condiciones, no hay parachutaje, así que volvemos al campamento.

—¡Y una mierda vamos a volver!

Hablaban entre dientes, resguardados detrás de unas peñas, tan cerca del lugar que los alemanes habían escogido para hacer una hoguera y sentarse alrededor, que Ignacio sentía cómo le quemaba el dedo sobre el gatillo del fusil. A cambio, la sangre se había helado dentro de sus venas, y la blancura cegadora de las certezas estaba abriendo ojos en su nuca, en sus sienes, en sus orejas, mientras iluminaba ya todo el tablero.

—Vamos a ir a por ellos —anunció entonces, tan tranquilo que ni él mismo lo entendía.

—No —contestó Moreno.

—Sí.

—No —volvió a escuchar—, y te recuerdo que yo estoy al mando.

—¿Al mando? —la mirada de medusa, cargada a partes iguales de asombro y de desprecio, que Ignacio Fernández Muñoz dirigió a su oponente desde una altura muy superior a la de su estatura, abrió un silencio compacto, expectante, que nadie se atrevió a deshacer antes de que él mismo contestara a su pregunta—. Al mando estoy yo, porque soy capitán, y tú no eres más que un jodido sargento chusquero que está cagado de miedo, por cierto.

Luego, sin esperar respuesta, se dirigió a los que ya eran sus hombres, Aurelio, Amadeo, Nicolás el Turronero, que era de Reus, y el Niño, que se llamaba Salvador y había nacido cerca de Orihuela, y les dio instrucciones en un murmullo escueto,

firme, tan sereno como si pretendiera explicarles las reglas de un juego de mesa.

—Vamos a ir a por ellos, porque somos menos, pero nosotros estamos a cubierto y ellos no, lo entendéis, ¿verdad? —y esperó a que todas las cabezas asintieran antes de seguir—. Va a ser igual de fácil que acertar a los monigotes de una barraca de feria, pero primero hay que aguantar, asegurar el tiro, repartirse los blancos, y que nadie dispare hasta que yo lo diga...

—¿Qué decís que habéis hecho?

Cuando llegaron a la granja donde les esperaban los responsables de la Resistencia en aquel sector, cosecharon una impávida colección de miradas perplejas en lugar de los brindis y los abrazos que se habían ganado.

—Once bajas y dos prisioneros —repitió Ignacio, hablando en francés, muy despacio—, y hemos capturado un camión con armas y municiones, dos motos y un carro de combate. Tenían también un jeep, pero hemos tenido que dejarlo allí porque sólo éramos seis y nos faltaba un conductor, aunque si queréis, podemos volver ahora a buscarlo.

—¿Un carro de combate? —repitió uno de los franceses, como si se hubiera quedado atascado en sus orugas, y Perea, que lo vio venir, empezó a ponerse nervioso —. ¿Y por dónde habéis traído todo eso?

—Pues por la carretera —respondió Ignacio, un poco cansado ya de tanta preguntita, e insistió para los suyos, en español—. ¿Por dónde coño creerán éstos que lo íbamos a traer?

Ellos le explicaron que allí las cosas no eran así, que nunca hacían prisioneros y que el tanque no servía para nada, que habría que reventarlo. Ignacio ya se lo esperaba, pero Aurelio se había puesto tan contento al verlo, ¡Boquerón, ven aquí, que te he encontrado una mula para que te vuelvas a tu pueblo!, que había cedido a sus súplicas sin mucha resistencia. Pero ¿cómo vamos a reventarlo, Abogado, con lo bonito que es?, decía mientras lo acariciaba. Y está nuevecito, míralo, sin estrenar, me estaba esperando, como quien dice. Vamos a llevárnoslo, por lo que más quieras, si son las tres de la mañana y de aquí al camino de tierra no hay más que dos kilómetros, ¿quién nos va a ver? Y si nos sigue alguien, le hacemos frente, total, por ametralladoras no será, ¿tú has visto lo que hay en ese camión?

—Ha sido una imprudencia —reconoció Ignacio—, pero sin imprudencias no se ganan las guerras.

Su audacia no convenció a los franceses. El ataque de furia del Boquerón, que se lanzó como una fiera contra las solapas del primero que pilló, cuando se enteró de que pretendían dejarle sin su mula, fue más efectivo.

—¿Qué vas a reventar tú, eh, qué vas a reventar tú? ¡Listo! Mi tanque no, ¿te enteras? —y lo levantó en vilo sin dejar de gritar, ni reparar tampoco en que su víctima no entendía ni una palabra de lo que le estaba diciendo—. Con ese tanque

voy a cruzar yo la frontera, ¿me oyes?, con ése me vuelvo yo a mi pueblo, así que mucho ojo... ¡Y el tanque, ni tocarlo!

Aquella madrugada, como si el Ejército de Levante no se hubiera disuelto jamás, Aurelio Perea condujo el tanque por el camino de tierra que llevaba a su campamento, donde sus compañeros sí les hicieron el recibimiento que se merecían y, al día siguiente, una foto memorable. Moreno, muy ofendido, no quiso posar, pero le perdieron de vista muy pronto, la tarde en la que fueron convocados a la granja para encontrarse allí con un oficial francés disfrazado de labriego a quien no habían visto nunca. ¿Vosotros sois los del tanque?, les preguntó en español. Cuando le dijeron que sí, sonrió antes de ofrecerles la oportunidad de incorporarse a las tropas francesas integradas en el ejército aliado. Tenemos la impresión de que aquí estáis desperdiciados, añadió luego. ¡A buenas horas!, exclamó Aurelio, tan harto como los demás de hacer de recadero. Y mientras se reía, entusiasmado por el cambio de destino pero consciente también, por una vez, de los riesgos que asumía, Ignacio volvió a pensar en Anita.

Por eso, cuando una mañana de septiembre de 1944, recorrió con la mirada el andén de la estación y no la vio, se preguntó si merecía la pena haber abandonado a toda prisa las fiestas, los homenajes, los desfiles de la Liberación, para volver corriendo a Toulouse. Había dirigido el telegrama a su nombre, para dejar claro que volvía por ella, a por ella, para que no se sintiera ajena a su familia, ni le diera vergüenza ir a recibirle con los demás. Y el telegrama había llegado, porque allí estaban ellos, su padre, su madre y María, embarazada y colgada del brazo de un desconocido, todos menos Paloma, que estaría trabajando, se dijo, todos menos Anita, de la que jamás habría pensado que ese día se le ocurriera ir a trabajar.

—¡Ignacio! —su padre gritaba su nombre y le saludaba agitando el sombrero, pero él no se movió, no dio ni un paso hacia él, y seguía mirándoles, contándoles, papá, mamá, María, ese hombre que está con María, y Anita no. Anita no.

—¡Hijo mío! —su madre se abalanzó sobre él, le abrazó, y recibió a cambio un abrazo templado, mecánico, dos preguntas y una mirada recelosa.

—¿Y Anita dónde está? ¿Le ha pasado algo?

—No. Está muy bien —María Muñoz sonreía—, en casa.

—¿Y por qué? —insistió él—. ¿Por qué no ha venido?

—¡Ignacio! —su padre llegó a su lado, le abrazó, y él le devolvió un abrazo despistado, pendiente sólo de los labios de su madre.

—Es que las cosas han cambiado un poco, hijo —pero ella seguía sonriendo—, ya te irás dando cuenta...

—¿Se ha casado? —su hermana llegó a su lado, le cubrió de besos, intentó presentarle al hombre que le acompañaba—. ¿Se ha casado con otro, mamá?

—No, ¿qué dices? —y como si pretendiera exasperarle definitivamente, su madre

se echó a reír donde antes sólo había sonreído—. No se ha casado, te está esperando en casa, ahora la verás...

—Yo soy la que se ha casado —intervino María—, y quiero presentarte a mi marido. Francisco, éste es mi hermano Ignacio... Francisco es de Sonseca, en Toledo, ese pueblo donde se hacen los mazapanes, ¿sabes?

—¿Sí? —Ignacio estrechó la mano que le ofrecían, tan confundido que se encontró preguntándose a sí mismo qué cosa serían los mazapanes, y tardó un instante en recordarlo—. Pues nada, me alegro mucho de conocerte.

—Yo también. María me ha hablado mucho de ti...

Los recién casados se despidieron de él en la puerta de la estación y le dejaron a solas con sus padres y una catarata de noticias irrelevantes —¿qué te ha parecido Francisco?, María está encantada con él, le conocimos hace un año y medio, más o menos, y venía detrás de Paloma, como todos, no creas, pero se enamoró de María y estamos contentísimos, ¿sabes?, es un chico muy bueno, serio, formal, trabajador, ella se ha quedado embarazada enseguida, ya lo has visto, está de cinco meses, nos gustaría que fuera una niña— que no pretendían otra cosa que ahogar sus preguntas, pero la casa estaba cerca, y el taxi no tardó más que unos minutos en dejarles delante del portal.

—Escúchame un momento antes de subir, Ignacio —María Muñoz cogió de las manos a su hijo y le miró a los ojos mientras su marido abría la puerta—. Esto es lo único bueno que nos ha pasado desde que nos fuimos de casa, después de lo de Mateo, de lo de Carlos, procura recordarlo, lo único bueno...

—¡María! —Mateo Fernández la miró desde el interior del portal, con un gesto tan escandalizado que hasta le rejuveneció.

—¿Qué pasa? —protestó ella—. ¿Es que no puedo hablar con mi hijo?

—No, no puedes. Porque tu hijo ya es un hombre hecho y derecho, un hombre capaz de tomar sus decisiones. No necesita tus consejos, y muchísimo menos tus chantajes.

—¿Chantajes? —la mujer se volvió contra su marido—. Yo no le estoy chantajeando, sólo intento decirle lo que siento...

—¿Pero qué coño pasa? —y el hombre hecho y derecho estalló—. ¿Me queréis decir qué coño pasa aquí de una puta vez?

—No hables tan mal, Ignacio.

—Mamá...

Subieron las escaleras en silencio, y al llegar al descansillo, se encontraron con que la puerta estaba abierta. En el umbral, Paloma, alertada por sus gritos, les sonreía con un niño entre los brazos, un niño ya grande que tenía el pelo oscuro, las orejas de soplillo, y unos ojos muy negros, unos ojos grandes, dulces y melancólicos que se parecían a los ojos de Anita, pensó él, incapaz todavía de atar cabos.

—¿Y este niño?

—Es tu hijo, Ignacio —su padre le dio la noticia en un tono contenido, informativo, casi neutro, y estudió con aprensión el pasmo que acababa de congelar la expresión del recién llegado.

—Pero si es igual que tú, ¿es que no lo ves? —la abuela extendió los brazos y el nieto se lanzó a ellos con una carcajada que dejó ver sus dientes superiores, separados en el centro por una ranura idéntica a la que Ignacio Fernández Muñoz había visto durante toda su vida entre sus propios dientes—. Con el pelo negro, igual que su madre, pero por lo demás, igual que tú, la misma nariz, las mismas orejas, el mismo hueco abierto entre las paletas...

Él no dijo nada y miró a ese niño, luego a su madre, después a su padre, a su hermana Paloma, y por fin al niño otra vez. Pero si teníamos cuidado, estaba pensando, teníamos cuidado siempre, casi siempre, menos unas pocas veces, al final, cuando Anita me pillaba dormido...

—¿No te lo esperabas? —Mateo Fernández, que no tenía elementos para compartir aquellos cálculos, sonrió al verle negar con la cabeza—. Pues es bastante frecuente, ¿sabes? Suele ocurrir.

—Ten —su madre intentó ponerle a su hijo en los brazos, pero el niño se le escurrió a mitad de camino, y al llegar al suelo, corrió hacia Paloma.

—¡Pero si es papá! —le dijo ella—. Papá, ya lo sabes, hasta sabes decirlo, ¿a que sí? A ver, dilo, para que él te oiga, papá, pa-pá —al niño no le dio la gana de mover los labios y su tía se echó a reír, le besó, miró a su hermano—. Está muy mimado, como te puedes figurar...

Él todavía tardó un poco más en reaccionar, y en ese intervalo, la curiosidad pudo en su hijo más que la extrañeza. Por eso, pateó hasta que Paloma volvió a ponerle en el suelo, se acercó a él con cautela, le agarró del pantalón y levantó la cabeza para mirarle.

—Soldado —dijo, y ésa fue la primera palabra que Ignacio Fernández Muñoz escuchó de su hijo.

—¿Y mamá? —le preguntó entonces—. ¿Dónde está mamá?

—Mamá —repitió el niño, muy seguro—. Vamos, vamos...

Echó a correr por el pasillo y su padre le siguió, pero se volvió enseguida, cuando comprendió que le faltaba un dato fundamental.

—¿Cómo se llama?

—Ignacio —los tres le contestaron a la vez y su madre apostilló—, igual que tú.

Mientras seguía a su hijo por el pasillo, en los pocos metros que le separaban de la cocina, se le vinieron encima de golpe, en desorden, todas las sensaciones, las emociones que no había sido capaz de sentir desde que había entrado en aquella casa, y vivió la sorpresa de Anita en su propia sorpresa, y luego imaginó su desamparo, su

angustia de muchacha sola, embarazada, su miedo, su determinación, su fuerza, y hasta tuvo ganas de echarse a reír al calcular su propio despiste, la evocación minuciosa y constante de aquel cuerpo de muñeca que tal vez ya no existía, se dijo, que quizás no volvería a existir jamás. En la cocina le esperaba sin embargo una mujer que parecía detenida en el tiempo, quieta y de espaldas frente al fogón, como si estuviera esperando a que su hijo le tirara de la falda para ponerse en marcha. El niño le anunció con voz muy clara, papá, dijo, y sólo después Anita Salgado Pérez cogió un paño, lo usó para apartar el cazo del fuego, se limpió las manos, se dio la vuelta, le miró, y él vio que era mucho más guapa, mucho más joven, y limpia, y verdadera, y deseable, y digna de su amor, y de sus mimos, de lo que había podido recordar a distancia, y en la emoción que temblaba en sus labios, en la emoción que esmaltaba sus ojos, se sintió a la vez desnudo y cobijado, y supo que por fin había vuelto a casa.

Cuando empezó a andar hacia Anita, ella había cogido al niño en brazos y estaba dejando sobre la mesa unos cuadernos muy usados, con las tapas dobladas, las páginas abarquilladas por la insistencia de sus dedos ya expertos, seguros y veloces.

—He hecho los deberes —le dijo, y parecía a punto de llorar, pero sonrió al verle sonreír.

—Ya lo veo.

Dejó al niño en el suelo para abrazarle, para besarle, y sus brazos no se cansaron, sus besos no se acabaron, sus pies se elevaron mucho antes de que él la cogiera por la cintura para sentarla encima de la mesa y seguir besándola, abrazándola más y más fuerte, para poder creer en la realidad que tocaban sus dedos, que percibían sus manos, que inundaba la piel de sus labios desentrenados y atónitos en el preciso instante en el que dejaban de ser huérfanos. Estaba tan conmovido que tardó mucho tiempo en identificar el origen del dolor pequeño y punzante que atormentaba su pantorrilla, pero cuando separó su cabeza de la de Anita y miró hacia abajo, vio a su hijo, cuya existencia se le había olvidado, y se echó a reír.

—Me está mordiendo... —dijo, mientras desprendía las horquillas que sometían el desorden de los rizos oscuros a la severa disciplina del moño.

—Sí —ella le ayudó—, es que está muy enmadrado.

Después de comer, todos se fueron de paseo y se llevaron al niño, para dejarlos solos en una cama distinta de la que Ignacio recordaba, en una habitación más grande y más cómoda, que daba a la calle. El sol que entraba por el balcón arrancaba reflejos dorados, imposibles, del pelo de Anita, y recubría su piel con un capa de caramelo, una luz melosa y delicada, pálida y exacta, que se adornaba con la pereza de sus movimientos. Entonces, Ignacio Fernández Muñoz dijo lo que tenía que decir, y no sintió que estuviera cumpliendo con su obligación, sino ejerciendo un privilegio consciente, fabuloso. Pero ella no le aceptó tan fácilmente.

—Mira, Ignacio, yo he pensado mucho en eso, y no es tan sencillo, ¿sabes? —

Anita se separó de él, se recostó sobre la almohada, se puso seria—. Porque ahora todo va a cambiar, eso está clarísimo, tu padre lo dice a todas horas, que la nuestra no, pero esta guerra sí que la vamos a ganar, que ya la hemos ganado, como quien dice. Y cuando los nazis se rindan o incluso antes, a lo mejor, los aliados arreglarán lo de Franco, no les va a quedar más remedio que arreglarlo, porque él es aliado de sus enemigos, de los alemanes y de los italianos, siempre lo ha sido, ¿no? Mandó tropas a Rusia y todo... Bueno, tú no necesitas que yo te lo explique, eso lo sabe todo el mundo. Así que cualquier día los aliados invaden España, tú te vuelves a ir a la guerra, echáis a ese cabrón, todo se arregla y luego qué, ¿eh? Porque aquí las cosas son de una manera, aquí está todo revuelto y todos somos pobres, pero en casa van a ser muy distintas, ¿o no? En casa serán como antes, cada uno en su sitio. Y tú serás todo lo comunista que quieras, Ignacio, pero eres un señorito. Un señorito comunista, pero un señorito, y eso es más importante que lo otro, ya puedes decir tú que no, que te digo yo que sí. Y yo, pues... Yo, en Madrid, antes de la guerra, sólo podría haber sido la criada de tu madre, para qué nos vamos a engañar. Y ya sé que antes de venir aquí, Francisco era aprendiz en una pastelería, pero es que María es María y yo soy yo, y yo me conozco, así que, dentro de nada, cuando todo vuelva a ser como antes... A ver qué pinto yo en tu vida, Ignacio.

Anita había preparado aquel discurso con mucho cuidado y lo soltó de un tirón, como un escolar que recita una lección bien aprendida. Después, se dio la vuelta en la cama, se le quedó mirando y le vio sonreír. Se estaba comportando como si no hubiera entendido nada, pensó ella mientras le veía acercarse, abrazarla, y dejar que su sonrisa desembocara en una risa breve, acompasada con los movimientos de su cabeza.

—Hay que ver —y se reía ya a carcajadas—, eres más terca que una mula... Pero de verdad, ¿eh? En mi vida he visto nada igual...

—¿Qué pasa? —se defendió ella—. ¿Es que no tengo razón?

Él no quiso contestar a su pregunta. Se la quedó mirando, sonrió, le apartó un mechón de pelo de la cara para colocarlo detrás de una de sus orejas, y volvió a la carga, cambiando esta vez la interrogación por el imperativo.

—Cásate conmigo, Anita.

—¿Por qué?

—Por favor.

Aquella respuesta la hizo sonreír, pero todavía se resistió un poco más.

—¿Estás seguro de que no es por lástima?

—Sí. Estoy seguro de que no es por lástima.

Ignacio Fernández Muñoz y Anita Salgado Pérez se casaron en Toulouse a finales de enero de 1945. El oficiante de la ceremonia, un antiguo concejal frentepopulista que, antes de recobrar su puesto, había luchado a las órdenes del Abogado durante los

últimos meses de la guerra, les hizo un regalo de bodas muy particular, al obviar la ausencia de la partida de nacimiento que la novia había solicitado por escrito media docena de veces, primero al alcalde, y después al párroco de su pueblo, sin obtener respuesta alguna. Poco después, los recién casados se trasladaron a París, y allí empezó para Ignacio la época de los reencuentros, tan anhelada durante el largo tiempo de las despedidas.

La capital francesa hervía de esperanzas, de noticias, de proyectos susurrados o gritados en español, entre risas y abrazos. En París, el capitán Fernández conoció a la novia de Amadeo, a la mujer de Aurelio, y a la de aquel zamorano que no podía dormir por las noches pensando en su suerte, y volvió a ver a muchos de sus compañeros de infortunio, del más reciente y también del más antiguo. Anduvo preguntando por Roque en vano, y se enteró de que al Pasiego lo habían matado a tiros los gendarmes mientras huía a campo través, después de sabotear un tendido eléctrico de esos que le gustaban tanto. Aquel chaval de Alicante al que llamaban el Niño había muerto también y de la manera más tonta, a manos de un francotirador vichysta apostado en un granero, que decidió morir matando mientras los libertadores de su pueblo desfilaban por las calles. Lo de Nicolás había sido peor. Él fue el único héroe del tanque que prefirió quedarse en la guerrilla, porque su mujer vivía en Ariège, muy cerca del campamento, y se arriesgaba a ir a verla de vez en cuando. En una de aquellas visitas, una patrulla alemana le sacó de la cama de madrugada, y el Turronero supo quién lo había delatado, porque el único que conocía aquella dirección era otro guerrillero que solía bajar al pueblo con él. Mientras los nazis se lo llevaban, gritó su nombre. Después fue a parar a Mauthausen y no volvió, pero su mujer jamás olvidó aquel grito. Cuando Ignacio, Aurelio y Amadeo se enteraron, anduvieron buscando al traidor para matarlo, pero nunca lo encontraron.

A cambio, una noche, en un café que frecuentaban casi a diario, el Abogado reconoció a un chico muy joven, resuelto y sonriente, que se llamaba Julio Carrión González, y era el hijo mayor de aquella mujer tan encantadora que se llamaba Teresa y había sido la maestra socialista de Torrelodones.

Raquel colocó el péndulo caótico encima de la mesilla, delante de la foto de sus abuelos. Le gustaba mirarlo, y a mí me gustaba ver cómo lo miraba, porque sus labios acusaban la impredecibilidad del movimiento con una sonrisa perpetua y sin embargo elástica, cambiante, que crecía, y se encogía, y volvía a crecer en cada enloquecido capricho de la bola roja, de la bola negra, sin borrarse nunca, sin dejar nunca de ser una sonrisa.

—Es como si se persiguieran, ¿verdad? —me dijo una vez, al principio—. Y es imposible, porque las dos están sujetas al mismo eje, pero cuando cambian de sentido y empiezan a girar tan deprisa, parece que la una intenta coger a la otra, y luego se cansa, y por eso se para, y entonces, de repente, la perseguida se convierte en perseguidora, y es como si todo volviera a empezar, pero al revés...

—¿Te gusta, eh?

—Mucho.

—Si lo llego a saber, no te lo regalo.

—¿Por qué?

—Porque no me haces ni caso, Raquel. Estás todo el rato pendiente de él.

—¡Oh! —entonces se volvía hacia mi lado, ponía los ojos en blanco, fingía una repentina expresión de escándalo, me abrazaba, sonreía, se disponía a estar pendiente de mí—, Álvaro...

Desde mi lado de la cama, la visión del péndulo interfería con la de la foto que estaba detrás. La bola del elemento exterior ocultaba y revelaba la imagen del tanque a intervalos rítmicos, rigurosos, extremadamente previsibles, y tan desvinculados en apariencia del descarado coqueteo de las bolas más pequeñas, que ahora tapaban un rostro, y luego otro, más tarde ninguno y por fin los dos, como si todo no fuera la misma cosa. El todo se había convertido en un término problemático para mí, una nueva gota de disolvente sobre la apacible llanura que había empezado a accidentarse cuando otro concepto esencial, dos palabras transparentes y sólidas como una viga maestra, mi padre, cedió a las primeras grietas. A veces, al mirar el péndulo al que los ojos de Raquel retornaban sin solución una y otra vez, pensaba que aquel artefacto ingenioso, pero inocente, era una representación exacta de mí mismo, un buen chico, un buen hijo, un buen ciudadano, un hombre corriente, hasta vulgar, a quien nunca le pasaba nada que no estuviera más o menos programado, y el caos amable y doloroso, placentero y amargo, estable a su manera y precario siempre, que le estaba desordenando por dentro.

En los primeros tiempos de mi historia con Raquel, ese diagnóstico, certero en la teoría, no se cumplió en la práctica, sin embargo. No me apetece hablar de tu padre, me había advertido ella en los momentos previos a la explosión callada, sigilosa, que alteró la órbita del planeta para otorgarle el privilegio de girar alrededor de sus caderas. Yo le había dicho que a mí tampoco me apetecía y había dicho la verdad. Ese

pacto elemental, desnudo de argumentos, de condiciones, desarboló el fantasma de Julio Carrión González, a quien su última amante terminó de expulsar con una patada tajante, definitiva, de una realidad a la que ya jamás podría acceder. Donde no estuvo nunca fue aquí, en esta cama. Aquella aclaración fue algo más que un regalo, más que un acuerdo adicional o una garantía que yo no había pedido, la confirmación puntual, oportuna, de que lo que pudiera suceder entre ella y yo no sería jamás una continuación de lo que hubiera tenido ella con mi padre en aquel ático de la calle Jorge Juan.

Con la revelación de Encarnita pasó algo parecido. Esa historia siempre fue muy misteriosa, había dicho ella, y con eso me di por satisfecho, porque después de examinarla sin demasiada atención, concluí que sus términos encajaban aceptablemente con la versión oficial. Mi madre veraneaba en Torrelodones de pequeña, mi padre la conoció allí y luego, muchos años después, le dio trabajo para ayudarla a escapar del tiránico control de la abuela, que pretendía tenerla encerrada en casa todo el día. Se enamoraron, se casaron y tuvieron cinco hijos, yo el cuarto. Que Mariana hubiera acudido a la Guardia Civil para decir que mi padre se lo había robado todo, y que en lugar de la casita de alquiler situada junto a la estación, su reclamación aludiera a uno de los chalés más valiosos del pueblo, no había podido ser un simple malentendido, pero dejó de tener importancia en el momento en que la despojada se convirtió en la madrina de la boda de su única hija con el supuesto autor de su ruina. Ese detalle bastaba para justificar la versión edulcorada y ambigua que habíamos recibido sus nietos, y relegaba el misterio de Encarnita a la categoría de un simple lío de familia, esos conflictos relevantes siempre para los protagonistas pero nimios para cualquier testigo imparcial. A aquellas alturas, yo ya no era otra cosa, y tampoco tenía ganas de hablar, de pensar en eso.

En los primeros tiempos, sólo pensé en Raquel, en su cuerpo, en su piel, en sus gestos, en su manera de sonreír, de ponerse seria, en su forma de mirar, de mirarme, y en el despojo seco y sin sentido en el que la ausencia de todas esas cosas convertía mi cuerpo, condenando mis ojos a una impotencia peor que la ceguera, porque no les impedía seguir contemplando la trivialidad, un conjunto de formas y colores pálidos, deslucidos, irritantemente idiotas, que se empeñaban en seguir existiendo a mi alrededor. El tiempo se llamaba Raquel, los días, las horas, los minutos, los segundos se definían por ella y hacia ella, y sólo existían dos momentos en mi vida, los que ganaba a su lado y los que perdía por las esquinas de un mundo que la proclamaba en cuanto contenía, las personas y los objetos, los paisajes y los edificios, la luz y la sombra, porque en todas partes la veía y en todas me dolía no poder mirarla. Caí por esa pendiente tan deprisa que no llegué a cobrar conciencia de mi propia velocidad, y antes de que pudiera darme cuenta de lo que me pasaba, mi vida ya se había convertido en algo menos que una coartada, un simple envoltorio que me consentía

vivir una vida más grande que la mía y que se llamaba Raquel, igual que el tiempo.

Ella nunca me frenó, nunca me puso límites. Aquella primavera magnánima, paradigma y resumen de todas las primaveras, bendijo cada uno de nuestros encuentros con el don de la facilidad, una fluidez ligera, continua, soleada y casi crujiente. La armonía nos mantuvo protegidos, seguros, entre las cuatro esquinas de una cama donde sólo existían el sexo, la risa, la complicidad liviana y confidencial que es propia de los amores adolescentes y algo más, algo más grave, más necesario, que acertaba a sentir conmigo, en mí, que la Tierra giraba sobre sí misma y alrededor del Sol justo debajo de nuestros cuerpos desnudos y enlazados. Más allá estaba todo lo demás. Más allá estaba el invierno, el hielo, la condición resbaladiza y sucia de una nieve fea, terrosa, manchada de barro y deshecha sólo a medias por las pisadas de la gente, mucha gente inocente y culpable, leal y traidora, consciente o no de la herida que sus pasos iban abriendo en las heladas aceras del futuro de sus hijos, de sus nietos, un horizonte culpable, desolado, distinto del paisaje limpio y envuelto con astucia en un bonito papel de colores brillantes que alguna vez ellos creerían heredar. Más allá estaba el invierno, pero yo no fui capaz de presentirlo, y así dejé pasar el tiempo, sin preguntas, sin respuestas, sin silencios.

Raquel lo sabía todo, siempre lo había sabido todo y que, en algún momento, el mundo que sosteníamos entre las manos con la indolente naturalidad de dos príncipes herederos, estallaría en el aire como una pobre burbuja de jabón. Yo no sabía nada excepto que no quería saber, no todavía, mientras mi vida se iba convirtiendo en algo menos que una coartada, el envoltorio de la única vida verdadera, la que nacía en el instante en que mi dedo índice temblaba contra el botón de un portero automático.

—Hola, soy yo.

—Sube.

Siempre decía lo mismo, sube, una orden, una súplica, una respuesta o la mitad de una contraseña vital, clandestina. Sube, decía, y yo subía, y a veces la había llamado antes, y a veces no, pero siempre la encontré al otro lado del timbre. Entonces, el clima aún era templado, la primavera aún no necesitaba desembocar en el verano y a mí todavía me bastaba con necesitar a Raquel. Esa necesidad era todavía un bien, un privilegio capaz de dilatarse en el tiempo, de llenar con holgura los fines de semana, dos días enteros, hasta tres, en los que lograba gobernar con firmeza su ausencia y mi ansiedad, atesorar mi deseo como un avaro que se esconde para contar sus monedas, retrasar a conciencia, con la morbosa serenidad de un místico o un faquir profesional, un placer complejo, difícil de definir, hecho de júbilo, y de experiencia, y de conocimiento, y de memoria, y de alivio, y de impaciencia. Todo lo que sentía cuando escuchaba ese verbo, sube, esa voz que me salvaba la vida sin haberme dado aún noticias de la muerte.

Sube, eso bastaba, y yo subía, y allí estaba ella, Raquel Fernández Perea, una

chica lista de belleza secreta, enigmática, una mujer tan guapa que había que mirarla dos veces, y mirarla despacio, para verla del todo, para apreciar con precisión el problema de sus caderas, que parecían exceder ligeramente la proporción que exigía la estrechez de su cintura y sin embargo proclamaban con vehemencia la perfección de su cuerpo, su piel aterciopelada como la de un melocotón poco común. Ese era el único problema que yo quería resolver, el único que me interesaba, y sostenía un todo infinitamente más grande que la suma de las partes al asir a Raquel por las caderas, y cada vez estaba más lejos de la solución, y la solución cada vez me importaba menos.

Luego la abrazaba, la miraba, y entonces, durante un instante, aunque no quisiera, aunque me hubiera propuesto evitarlo, aunque me lo hubiera prohibido a mí mismo, me acordaba de todo, y sobre todo de mi padre, un hombre encantador, el más simpático, un mago, un encantador de serpientes, un hechicero, un hijo de puta, un pobre hombre adicto a las benevolentes pero quizás mortales trampas de la química, el hijo de mi abuela, el marido de mi madre, el amante de la mujer que deshacía el círculo inmaculado y perfecto que dibujaban sus labios para lograr sonreírme muy despacio, con los ojos entornados y un golpe de color en cada mejilla, desde la tibieza de una primavera precoz que codiciaba ya el calor del verano. Entonces me acordaba de todo y me parecía tan raro, tan extraño, tan incompatible con la realidad que estaba viviendo, que rompía a hablar de lo que fuera, de cualquier cosa, palabras y palabras sin más propósito que apagar el ruido que atronaba dentro de mi cabeza. El sonido de mi voz tranquilizaba a Raquel, la complacía, prolongaba la risueña pereza del placer en una alegría espontánea, pero consciente. En ese momento me daba cuenta de que aquel día, como todos los días, ella había esperado que yo me decidiera a hacer preguntas sobre mi padre, y al comprobar que tampoco había elegido ese día para decidirme, me respondía con una de esas sonrisas luminosas, hondas, que sabían decir que estaba contenta conmigo, que se alegraba de verme, de tenerme cerca, que le gustaba, que me quería.

—El otro día estuve pensando... —la miraba y ella esquivaba mi mirada, encogía los hombros en un movimiento casi imperceptible, se estiraba en la cama mientras yo abordaba el primer asunto que se me pasara por la cabeza—. Tu marido, ¿qué era?

Entonces se echaba a reír, se volvía hacia mí, me abrazaba, me besaba.

—Un imbécil.

—Ya, pero ¿qué clase de imbécil? Quiero decir, ¿a qué se dedicaba? Aparte de a hacer el imbécil, claro.

—Trabajaba en la IBM y sigue trabajando allí, creo. Para tu satisfacción añadiré que también es economista, lo conocí en la facultad. Y por lo demás...

—Vaya —sonreí—. En una cena de matrimonios, yo sería el único original. Espero que me lo tengas en cuenta.

—Por lo demás —siguió, como si no la hubiera interrumpido—, tenía una Harley,

que le gustaba mucho más que yo, un afgano, al que quería mucho más que a mí, una adicción a la cocaína que le estimulaba mucho más que yo, y un montón de amigos con Harleys y amigas con perros de raza que le caían mucho mejor que yo.

—¿Y por qué te casaste con él?

—Pues... —hizo una pausa, se quedó pensando, volvió a sonreír—. Ahora ya no lo sé, la verdad. Empezamos a salir en segundo, estuvimos juntos un par de años, rompimos, a mí me dio por el teatro, me lié con aquel actor que te conté, me dejó, él se enteró, me estuvo persiguiendo una temporada y, de repente, me pareció mucho más interesante que la primera vez. Porque tenía una Harley, supongo, porque tenía un afgano, porque entonces ganaba mucha más pasta que yo y se la gastaba hasta el último céntimo, porque todavía se limitaba a meterse una raya de vez en cuando y siempre hacía otra para mí, porque me llevaba de vacaciones a países exóticos, porque era muy guapo y porque yo, de joven, la verdad sea dicha, también era bastante imbécil... Pero con el tiempo he mejorado mucho, ¿eh?

—¿Era muy guapo? —fruncí el ceño y se echó a reír.

—Sí —y subrayó esa afirmación con la cabeza—. Muy, muy guapo.

—¿Cuánto de guapo?

—Espera. Te lo voy a enseñar...

Cuando se levantó de la cama, atardecía. La luz de un sol rendido, pesaroso de su debilidad, jugaba con el aire y con mis ojos, creando planos luminosos e imposibles que ella atravesó como si fueran de agua. Aquella claridad irreal, casi teatral, envolvió su cuerpo desnudo en una gasa dorada y transparente, un adorno lujoso que se humillaba ante su piel perfecta y que me abandonó para ir con ella. Raquel se llevó consigo la sutileza de aquella luz resistente, condenada a morir en el desesperado amor del día, hasta aquel viejo escritorio que me gustaba tanto, y yo sentí que el mundo se había quedado a oscuras, que no podía existir nada hermoso, nada suave ni brillante, ninguna emoción, ningún placer, ni un solo átomo de verdad, de la realidad verdadera, lejos de aquel cuerpo amado por el sol, que amanecía para mí y me consentía amanecer en él a cualquier hora. Entonces se dio la vuelta y la luz volvió a mí, vino con ella.

—Mira —traía un montón de fotos en la mano—. Es éste, ¿ves?

No me acuerdo de la fecha concreta de aquel día. Tampoco sé si fue en aquel momento, o un poco antes, o quizás incluso después, cuando comprendí que me había enamorado de Raquel del todo, en todo, por todo, con todo y sin remedio. No soy capaz de reconstruir con precisión las circunstancias de aquel descubrimiento porque no tenía la costumbre de sentir nada parecido y sí muy arraigado el hábito de sonreír, con una simpatía cortés, bienintencionada, ante las declaraciones universales, totalitarias, metafísicas y terminales de mi hermano Julio, de mis amigos, de las amigas de mi mujer. Nunca lo dije en voz alta, pero mientras Mai se indignaba, yo me

limitaba a pensar que estaban exagerando, y la sospecha de que tal vez me estuviera perdiendo algo no era suficiente para desarmar el imaginario lápiz rojo con el que dividía por la mitad, de entrada, la cifra de los dolores, de las espinas, de los vacíos, de las lágrimas, de la exaltación, de las babas, de la felicidad, del placer de las vidas ajenas. Entonces solía recordarme a mí mismo que me gustaba mi mujer, que me gustaba mi trabajo, que me gustaba mi vida, y no echaba nada de menos. Pero eso sucedía en los tiempos de mi pobreza, cuando yo creía que mi vida era mía, y que era vida. Después, en algún momento que no puedo reconstruir con precisión, la aritmética se burló de mí, y ni siquiera tuve fuerzas para aprender a multiplicar todo lo que antes había dividido. No fue necesario. El dolor, las espinas, el vacío, la exaltación, las babas, el placer, aprendieron a multiplicarse por su cuenta con la implacable determinación de un organismo vivo, implacablemente determinado a crecer para estabilizarse y conservar su forma.

No me acuerdo de la fecha concreta de aquel día. Sólo sé que estábamos a finales de mayo, quizás en junio, porque ya pasaba todas las tardes en casa de Raquel, y porque aquella luz nos empujaba hacia el verano. Y sé que me costó trabajo fijarme en aquel hombre joven, alto y musculoso, que tenía el pelo claro, ondulado en las puntas, y una cara redonda, aniñada, de nariz pequeña y barbilla blanda, que prolongaba en el tiempo un aspecto de surfista adolescente, bronceado, característico de los protagonistas de ciertas series norteamericanas de televisión. Sé que me costó trabajo verle, porque a su lado, en casi todas las fotos, estaba una Raquel de veinte años, delicada y tierna como un melocotón que todavía madura en la rama de un árbol, y su belleza me dolió, me dolió la vida que había vivido sin mí, me dolieron las manos que la tocaban, los brazos que la abrazaban, los labios que la besaban, me dolió la tristeza de no haberla tenido antes, de no haberla tenido siempre, y sucumbí a un impulso turbio e interior, cuya naturaleza era tan desconocida para mí como la violencia con la que se manifestaba. Entonces me dije que nunca podría separarme de esa mujer, que nunca consentiría que hubiera otro imbécil en su vida, que lo único que quería era hacerme viejo a su lado, ver su rostro al despertarme todas las mañanas, ver su rostro un instante antes de dormirme cada noche y morir antes que ella. Eran sólo palabras, o ni siquiera eso, frases hechas, sobadas, desprovistas ya de sentido por el uso, pero yo las pensé, las compuse como si nadie las hubiera pensado o sentido antes, y miré a Raquel, y la vi mirarme, sonriente primero, luego más seria, como si pudiera adivinar lo que me estaba pasando. Hasta que se inclinó sobre mí, y la besé, y la Tierra giró sobre sí misma y alrededor del Sol entre las cuatro esquinas de su cama.

—Bueno, di algo... —me pidió después, y parecía asustada, pero estaba mucho menos asustada que yo.

—Tú eras guapa —la besé en un pecho, cerca del pezón, y logré recuperar al

menos una apariencia de normalidad—. Menos que ahora, pero muy guapa.

—¡Álvaro! —se reía—. No seas pelota.

—Lo digo en serio —volví a besarla en el mismo sitio, podría haber seguido besándola así toda la vida—. Y él... Qué quieres que te diga —la miré—. Me gustan más los del tanque.

—A mí también —sonrió—. Pero no estábamos hablando de ellos.

—No, es verdad, sólo digo que me parecen mucho más guapos. Y tu marido, pues... También es guapo, sí, dentro de un orden, rubio, más que otra cosa, que en este país ya se sabe que es un mérito, pero lo encuentro un poco mariquita, ¿no? —ahora se reía a carcajadas, pero me miraba con tanto entusiasmo como si nunca hubiera escuchado un juicio que le gustara más—. Lo digo por el aspecto porque, en fin, con esos rizos tan impropios hasta de un economista, tantas horas de gimnasio a cuestas, y este bronceado de máquina, no sé...

—Pues no era nada mariquita —me corrigió por fin—. Era muy mujeriego, no paraba de ponerme los cuernos.

—¿Y tú?

—Yo, al final, se los ponía también, pero... —y levantó en el aire el dedo índice —, él empezó, que conste.

A mí ni se te ocurra ponerme los cuernos, estuve a punto de decirle, pero me callé, y no porque estuviera casado, un dato que en aquel momento tal vez ni siquiera recordaba, sino porque esa frase tonta y risueña, una inocente queja de enamorado, bordeaba el límite del terreno neutral, una frontera que ninguno de los dos queríamos atravesar. Más allá, en el número indeterminado de los hombres que me habían precedido en su cama antes y después de su divorcio, acechaba la figura de mi padre y yo no quería acercarme a él, no quería conocer fechas ni escenarios, nombres de hoteles o de restaurantes, frases brillantes o silencios elocuentes, no quería saber nada, ningún detalle.

Eso sucedió aquella tarde, y había sucedido otras veces, y volvería a suceder, hasta que llegó un momento en el que ya nada de lo que hubiera pasado entre Raquel Fernández Perea y Julio Carrión González me parecía extraño, sino algo peor, absurdo, ridículo, imposible, porque yo cada vez tenía más con esa mujer, estaba cada vez más implicado, más presente en su vida, y ella no me frenaba, no me ponía límites. Yo fui limando los míos, los rebasé muy deprisa, acabé saltando limpiamente por encima, y a veces la llamaba antes de ir a verla y a veces no, pero ella siempre estaba allí, estaba allí todas las tardes, esperándome, y podíamos hacer cualquier cosa, decir cualquier cosa, hablar de cualquier cosa excepto del hombre que nos había unido, el hombre con el que había empezado todo, un hombre que había sido su amante y que sería siempre mi padre.

Lo que pasó aquella tarde ya había pasado otras veces, volvería a pasar, y

entonces, igual que hice antes, igual que haría después, besé a Raquel como si no hubiera besado a ninguna otra mujer antes que a ella, la abracé como si nunca hubiera tenido otro cuerpo de mujer entre los brazos, la poseí con tanto cuidado como si supiera que su vida estaba en mis manos, y al terminar, ella me miró con una entrega tan profunda como si quisiera decirme que lo que ocurría era exactamente eso.

Después me fui a casa. En la escala de irrealidad por la que fue avanzando la afilada plenitud de aquella primavera, la vuelta a casa llegó a la cima mucho antes que los silencios forzados por el fantasma de mi padre.

—¡Álvaro! —Mai se alegraba siempre de verme—. Qué bien que hayas llegado, mira, te voy a enseñar, he estado mirando lo de la cocina, ¿sabes? Mi cuñada me ha llevado a una fábrica que hay en Fuenlabrada, que hacen muebles para firmas de las carísimas, pero allí los venden a precio de coste y no tardan más que un mes y medio, fíjate qué suerte, porque eso nos encajaría con el plazo de los polacos que están trabajando en casa de Isa...

Y me arrastraba hasta el salón, y me sentaba frente a la mesa del comedor, y empezaba a desplegar folletos y más folletos, planos y más planos que iba señalando con el dedo, explicándome las ventajas y los inconvenientes de cada modelo, las islas me encantan, pero claro, suben mucho el precio... Así terminó abril y empezó mayo, mira ésta, ¿a que parece una cocina de los años cuarenta?, pero es bonita, ¿verdad? Así mayo se fue acercando a junio y Raquel ya me miraba desde todas las campanas extractoras, desde cada uno de los verduleros extraíbles, desde cualquiera de los botelleros integrados. ¿Y esta otra? Combinar vitrinas y puertas de madera estará ya muy visto, pero yo lo encuentro acogedor, ¿a que sí?, y el sexo de Raquel, prendido en mis dedos, en mis manos, en la piel de mi memoria, se dibujaba por fin sobre mi cara, pero Mai no lo veía mientras yo asentía a todo excepto a lo que ella no quería que asintiera, para negar entonces con la cabeza y una repentina convicción, no, no, no, por supuesto que no.

—Bueno, pues ya está. ¿Qué hacemos?

—Lo que tú quieras —y sonreía—. Elegimos la que más te guste.

—La que más me gusta es ésta, desde luego —y señalaba unas fotos tan incomprensibles, tan irrelevantes y ficticias como todas las demás—, pero es la más cara de todas.

—Da igual —volvía a mirarla y volvía a sonreír—. Lo único importante es que te guste a ti.

—Ya, pero sin isla no sé si va a quedar bien...

—Pues la ponemos con isla.

Entonces venía hacia mí, se situaba detrás de la silla, rodeaba mi cuello con los brazos, me daba muchos besos y yo cada vez me sentía menos culpable.

—¡Voy a llamar a Isa ahora mismo para contárselo! Qué bien. La verdad es que

tener tanto dinero de repente es una gozada, ¿o no? —y entonces, cuando ya estaba a punto de salir por la puerta, se acordaba de algo, giraba sobre sus talones, me dedicaba una sonrisa radiante—. Y tú libro, ¿qué, cómo va?

—Bien, bien... —decía yo—. Pero voy muy despacio, acabo de empezar, ya sabes.

A mediados de mayo, le había anunciado a mi mujer que iba a escribir un libro sobre la experiencia didáctica de los museos científicos interactivos. Ya había publicado varios, mi tesis doctoral, una recopilación de artículos aparecidos en diversas revistas o presentados en congresos igual de diversos, un ensayo de cuatrocientas páginas sobre las repercusiones teóricas de la irrupción de los quarks, con el que había ganado un premio muy prestigioso pero sin ninguna dotación económica, y un tomo todavía más gordo, que tendría que haber escrito a medias con el profesor Cisneros y terminé escribiendo yo solo, para una Historia de la Física en España dirigida por José Ignacio Carmona. Él mismo fue quien me dio la idea en una de las cenas con mujeres que celebrábamos periódicamente.

—Tu cátedra está a punto de caramelo, Alvarito —dijo de sopetón, sin anunciarse —. Deberías encerrarte a escribir.

Al principio creí que era un golpe de suerte. Luego, mientras miraba a mi maestro a la cara, pensé que tal vez fuera algo más, una solidaria muestra de complicidad, pura benevolencia. Al final, cuando José Ignacio se lanzó a acortar todos los plazos razonables y Fernando puso una cara de miedo tan cómica —noviembre, repetía, noviembre, qué horror, pobrecito, noviembre—, que acabó por reírse él solo sin que le siguiera nadie, comprendí que querían putearme, abrumarme con la perspectiva de una oposición en el único momento de mi vida en el que no sería capaz de afrontarla. Pero me dio igual. Yo sabía de sobra que al caramelo le quedaban por lo menos dos años para estar a punto, ya había corregido las pruebas de otro libro con tres artículos largos que saldría en Navidad, y tenía material de sobra para redactar en un par de meses la apasionada defensa de la experiencia didáctica de los museos científicos interactivos que José Ignacio, encaramado ya en el estatus académico que otorga el privilegio de señalar a los demás lo que tienen que escribir en vez de hacerlo uno mismo, me había dicho que resultaría imprescindible que publicara lo antes posible en beneficio de nuestro heroico e incomprendido apostolado. Así que aquella noche, al llegar a casa, me limité a recapitular para Mai.

—Voy a tener que ponerme a escribir, ya lo has oído.

—Claro —me respondió ella, que había estado toda la noche absorta en la comunicación de sus proyectos decorativos.

—Tendré que encerrarme por las tardes —añadí, con el acento más abrumado que pude improvisar—, en la biblioteca de la facultad, y en la del Consejo, y eso no es lo peor. Estoy pensando que, con un poco de mala suerte, o de buena, según se mire,

tendré que trabajar en verano. No sé si voy a poder irme de vacaciones.

Mi mujer me dedicó una mirada comprensiva y un comentario clarividente antes de darme un beso de buenas noches.

—¡Qué barbaridad! Todo se junta, ¿eh? —entonces fue cuando me besó—, ¡Pobre Álvaro! Primero la muerte de tu padre, luego la obra de la casa, y ahora, por si fuera poco, tu oposición...

—Sí —yo le di la razón y fui sincero—. Esa es la verdad, todo se está juntando.

Y al día siguiente, antes de entrar en clase, fui a ver a José Ignacio, a quien yo no le había contado nada aunque, evidentemente, Fernando se lo había contado todo, y le di las gracias. Qué hijo de puta, se limitó a comentar, cuando le expliqué las razones de mi gratitud. Su informador solía ser mucho más locuaz.

—¡Joder, Alvarito, cómo estamos!

—Aparte de encoñado, gilipollas —yo me limitaba a repetir su profética, precoz definición.

—Y además que sí. No sé si escribir al libro Guinness o al Defensor del Pueblo, no te digo más...

Yo me reía, pero me daba cuenta de que tenía razón. Aparte de encoñado, estaba gilipollas, aturdido, pasmado, ensimismado, como esos niños tontos que dejan pasar las horas de su infancia, y aun las de su vida, mirando las hojas de un árbol, la forma de sus dedos, o la luna. Estaba gilipollas pero nunca lo había sido, no lo era, y por eso comprendía mi situación, cada vez más difícil, más comprometida e incierta, y comprendía también las ventajas de mi inocencia, un término que rebasaba el prestigio de mi tradicional virtud para ampararme en la ignorancia de los trucos, la astucia, la culpa de los maridos infieles que se delatan a sí mismos en el ardor de sus excusas repetidas. Yo nunca había sido un marido infiel, sino más bien el rey Midas de los currículos, la abeja reina de los tramos de investigación, un teórico concienzudo, súbdito satisfecho de la lenta y exigente tiranía de la lentitud que gobierna el tiempo en las bibliotecas. Mai no formaba parte de los datos del problema, no en apariencia, no todavía, y sin embargo el problema existía, y le concernía, y algún día su formulación tendría que cambiar antes de desaparecer del todo. Ese día, la solución estaría en mis manos, o no. O no. Sólo de pensarlo, me ponía enfermo, y podía distinguir el color del pánico, medir con precisión, y en mi propio estómago, el volumen exacto de la nada que cabe en el vacío. Por eso prefería no pensarlo. Lo tenía fácil, porque aparte de encoñado, estaba gilipollas, y aparte de gilipollas, seguro de que el mayor error de mi vida no sería renunciar a Raquel Fernández Perea. Esa certeza me sostenía, me animaba a no hacer nada más grave, más decisivo que echarme a reír al escuchar las jocosas cavilaciones de mi amigo. Hasta que un día, Fernando dijo algo más, algo distinto.

—Bueno, pues yo creo que ya me la podrías presentar.

—¿A quién? —le pregunté, sin hacerle mucho caso.

—A la emperatriz de la China —entonces le miré y se echó a reír—. ¿A quién va a ser? El curso se ha acabado ya, he corregido la mitad de los exámenes, y a este paso, me voy a ir a Comillas sin conocerla...

Al escuchar estas palabras, me quedé mirándole y me asombré en un momento de muchas cosas a la vez. La primera era que no se me hubiera ocurrido a mí, que ni siquiera se me hubiera pasado por la cabeza presentarle a Raquel. La segunda era que no me apetecía presentársela. Aquel día era el primero de julio, habían pasado casi tres meses desde que un péndulo caótico empezó a ordenar, a desordenar mi vida, y sin embargo todo estaba empezando, todo seguía empezando cada tarde, y nada sucedía fuera del dormitorio de Raquel, de las ilimitadas, cósmicas dimensiones de una cama conectada con el núcleo anaranjado y vivo del planeta. Por eso, y ésa fue la tercera cosa de la que me asombré en tan poco tiempo, después de una comida y dos cenas sucesivas, tan cuidadosamente programadas como aquélla, apenas habíamos salido a la calle.

Desde que un malévolo comentario de José Ignacio hizo posible que la ciencia me devolviera con creces todo cuanto había invertido en ella sin esperar recompensa, iba a buscar a Raquel al banco muchas tardes y comíamos juntos, casi siempre algo rápido, un par de tapas en la barra de un bar. El verano había comenzado ya, y la templanza de la primavera, aquella necesidad que se bastaba a sí misma y era un bien capaz de dilatarse en el tiempo, me parecía tan lejana como si hubiera sucedido en otra vida, como si hubiera sido otro el hombre adulto, maduro, consciente de sus límites y sus posibilidades, que había aprendido a retrasar a conciencia un placer nuevo y difícil de definir. Ese hombre había desaparecido, se había esfumado con su dudosa corte de conceptos prestigiosos y pueriles, con la ineptitud de virtudes como la prudencia, como la cautela, como el cálculo en el que había confiado toda su vida y ahora le estorbaba para solucionar un problema que cada vez le importaba menos resolver.

El verano había comenzado ya y yo era verano. La necesidad se había desnudado de los torpes ropajes que la camuflaban y yo nunca tenía bastante. Muchas tardes iba a buscar a Raquel al banco, la veía acercarse a través de las cristaleras de la puerta, la besaba como se besan los adolescentes al salir de los institutos y no tenía bastante. Tampoco tenía hambre, pero ella se empeñaba en ir a tomar algo, decidía el lugar, pedía el vino, se comía su plato muy deprisa, me miraba, se echaba a reír, se comía también el mío, y yo la veía comer, la veía beber, la veía reírse y no podía controlar la cantidad de saliva que se acumulaba dentro de mi boca mientras mis dientes se herían a sí mismos, de tan afilados, y podríamos haber ido andando hasta su casa, Ópera, Santo Domingo, San Bernardo, casi una línea recta, pero cogíamos un taxi porque yo nunca tenía bastante.

Tampoco después, porque después era otro de esos conceptos que habían dejado de existir. En el universo real e ilimitado que cabía dentro de la cama de Raquel, nunca era después, siempre era ahora. Y ahora siempre estaba empezando a ser, y era un comienzo demasiado precioso, demasiado intenso y placentero y nuevo y especial como para desperdiciarlo en tonterías. Podríamos salir luego a tomar una caña, decíamos, pero no salíamos. Todo el mundo dice que esa película está muy bien, me gustaría verla, a mí también, pero no íbamos al cine. Hablábamos de nuestros amigos, ya verás, te encantaría, es tan divertido, tan graciosa, tan listo, voy a llamarle, voy a llamarla, podemos quedar un día de éstos, pero no lo hacíamos. No quedábamos con nadie, no íbamos a ninguna parte, no salíamos de su casa, no nos movíamos de su cama, porque yo no tenía bastante.

No habían pasado ni tres meses desde que Raquel me ofreció la cordura y yo la rechacé, pero pasaba el tiempo y no pasaba, porque todo volvía a empezar cada día, en un eterno ahora en el que yo temía que jamás tendría bastante, para experimentar un regocijo extraordinario donde cualquier persona sensata se habría echado a temblar. Yo ya no era una persona sensata y no tenía ni idea del significado de la palabra después, y quizás por eso, o para terminar de asombrarme a mí mismo, aquella mañana miré a Fernando Cisneros y le dije que sí.

—Bueno, pero después del día 4.

—¿Qué pasa —y me miró con las cejas arqueadas de asombro— que ahora lo celebramos?

—No —sonreí—. Pasa que ese día entran los albañiles que van a tirar la cocina para hacerla nueva otra vez. Mai se va con el niño a casa de mi madre, a La Moraleja, porque no se pueden hacer obras con Miguelito en casa, por supuesto... Vendrá a trabajar todos los días con mi hermana Angélica y se volverán juntas, las dos tienen horario intensivo. Se turnan, ¿sabes?, para no andar con dos coches ni cansarse conduciendo, en fin... —Fernando, que ya me estaba viendo venir, se echó a reír y no me pude resistir a acompañarle—. Este año yo iré y vendré más bien poco, a comer los fines de semana y a dormir algún sábado, como mucho. Me he ofrecido a supervisar la obra, porque... —hice una pausa estratégica—, como parece que la convocatoria de mi cátedra se precipita y tengo que publicar tanto y tan deprisa, no puedo perder concentración, y mucho menos el tiempo en los atascos de la carretera de Burgos, como comprenderás. Ni siquiera sé si voy a poder ir a la playa en agosto...

—Coño —me dio una palmada en la espalda—, qué listo te has vuelto últimamente, Alvarito. Cualquiera te echa un galgo...

—¿A que sí? —le dediqué una sonrisa satisfecha—. Yo también lo creo.

Pero después del 4 de julio, concretamente el 6, antes de comer, descubrí que no era tan listo.

—Querida —le dije a Raquel el día 5 al despertarme en su cama, con el acento

hueco, teatral, que ella me había enseñado y usábamos a veces para jugar—, me temo que vamos a tener que dedicar algún tiempo a cultivar nuestra vida social.

Ella se incorporó sobre un codo, se echó a reír y me consintió contemplar lo guapa que era por las mañanas antes de hacer preguntas.

—¿Tu hermano Julio?

—No —respondí—, aunque no está mal visto, porque ése será el próximo en cuanto se entere. Pero me gustaría que quedáramos con mi amigo Fernando, ese al que me llevé al teatro a ver un musical basado en los cuentos de Andersen, ¿te acuerdas? —se rió, se acordaba—, porque es muy cotilla y ya no puede más.

—Vale —dijo, y luego miró el reloj, pegó un grito—. ¡Uy!, es tardísimo, voy a llegar tarde...

Se metió en el baño y antes de marcharse con una tostada en la boca, volvió a decirme que sí, que como yo quisiera. A media mañana, cuando la llamé para contarle que Fernando había desestimado con firmeza la modestia de mi propuesta inicial —¡sí, hombre, una copa rápida, y qué más!, para una vez que me divierto—, y proponía cenar aquella misma noche, no había cambiado de opinión.

—¿Qué me pongo? —me preguntó a cambio.

Esa inquietud me conmovió tanto que casi sentí la baba que se derramaba desde las comisuras de mis labios para empapar mi barbilla, mi garganta, el cuello de mi camisa. Y cuando colgué, después de sugerirle que se pusiera aquel vestido que había elegido para cenar conmigo en el japonés y los mismos tacones, pensé que tal vez la palabra gilipollas se hubiera quedado corta para definir mi estado, y que convendría encontrar algo más fuerte.

—¿Qué, estoy guapa? —me dijo cuando la recogí en la puerta de su casa, como una adolescente que ha decidido salir por primera vez a la calle con la ropa de su madre, sin la engorrosa protección de una infantil chaqueta de lana rosa.

—Como para no ir a cenar —le contesté, y se echó a reír.

—Pero vamos a ir —puntualizó—, porque yo también soy muy cotilla —Fernando hizo un gesto mudo, pero muy elocuente, cuando la vio entrar delante de mí en el restaurante que había elegido, un asturiano donde la calidad de la comida era tan indiscutible como el ruido que atronaba entre las mesas vestidas con manteles de cuadritos, tan pegadas entre sí que había que prestar mucha atención para no perder la conversación propia entre las ajenas. Era el último sitio que yo habría escogido en su lugar, pero a Raquel le gustó, y pisó fuerte desde que atravesó el umbral de la puerta aunque su aspecto, aquel vestido audaz de un tejido pálido, sedoso, muy escotado, muy corto, las tiras de encaje que evocaban las combinaciones de otra época, y el pulserón de su bisabuela en la muñeca, resultaba demasiado sofisticado, demasiado elegante y nocturno en aquella especie de taberna ilustrada cuyos clientes iban vestidos de cualquier manera. No se sintió extravagante, ni incómoda, porque sabía

por qué la miraba la gente al pasar. Aquella noche, sencillamente, Raquel Fernández Perea reinaba sobre el mundo, y el mundo acataba su imperio con un gozo sumiso, completo, al que Fernando Cisneros ni siquiera intentó resistirse.

Yo sólo había impuesto una condición previa a aquella cena. Ni se te ocurra contarle la historia de tu abuelo Máximo, le había dicho, porque en cuanto empieces, la cojo y me la llevo. Fernando se había echado a reír, ¡coño, no sabía que me tuvieras miedo, Alvarito! No, no es eso, respondí, mintiendo sólo a medias, porque sí le tenía miedo, tenía miedo de él y de cualquiera, miedo de cualquier cosa que pudiera abrir la menor fisura entre Raquel y yo, es que sus abuelos son más admirables que los tuyos y no quiero que hagas el ridículo. Ya, ya, eso habría que verlo, se limitó a contestar, a ver, ¿cuántos años estuvieron en la cárcel? Ninguno, pero se exiliaron a Francia, y lucharon en la segunda... ¡Ah, claro!, me interrumpió, pobrecitos, se exiliaron, qué pena me da, no te jode, así cualquiera... Bueno, pero es mi chica y son mis condiciones, o las aceptas o no hay cena. Las aceptó, e incluso renunció a envolvernos en una de las interminables crónicas conspirativas de política académica que le gustaban tanto. Yo dirigí la conversación y mientras escogía historias viejas de eficacia asegurada, anécdotas disparatadas o malévolas que los dos podíamos contar a medias para hacer reír a Raquel, me di cuenta de que la reina del mundo estaba bebiendo más, y más deprisa que de costumbre.

Aquella noche, Raquel se emborrachó. Después de sugerir quién debería pagar, invitarás tú, ¿no, cabrón?, Fernando propuso que nos tomáramos una copa en la primera terraza con una mesa libre que encontramos, y ella aceptó con tanta alegría como la que iba a poner en todo lo que haría aquella noche, beberse el primer whisky muy deprisa, el segundo más despacio, contarle a mi amigo sus problemas con las mujeres que pasan la aspiradora en los tests de inteligencia, reconstruir las etapas de su frustrante experiencia dramática, estar pendiente de mí, besarme, acariciarme, cogerme de la mano todo el tiempo, ofrecerse a manejar nuestro dinero para hacernos millonarios en un par de meses, explicarnos los pormenores de una estafa fabulosa que tenía planeada a medias con un tal Paco Molinero, un compañero de trabajo que era su mejor amigo y mi principal preocupación, sonreír, reírse, volver a sonreír, estallar en carcajadas, pedir una tercera copa, dejarla a medias, mirarme, reconocer que había bebido demasiado, explicarle a Fernando que la culpa era suya porque se había puesto muy nerviosa al ver cómo nos mirábamos de reojo todo el tiempo, confesar que siempre se emborrachaba después de los exámenes, empeñarse en pagar y aceptar que el profesor Cisneros no se lo consintiera. Es lo menos que puedo hacer, dijo, ahora que sé que soy el responsable de tu estado. Entonces volvió a reírse, y estaba mucho más guapa cuando se reía, y su risa sonaba como un cascabel. Creo que deberías llevarme a casa, me dijo luego, ya verás mañana, añadió para sí misma... La metí en un taxi, la ayudé a salir de él, la sostuve mientras llegábamos hasta el portal,

la ayudé a entrar en el ascensor, apreté el botón, abrí la puerta de su casa con sus propias llaves, la llevé hasta el dormitorio, la tumbé en la cama, y en cada una de estas acciones, mientras la besaba, mientras la abrazaba, su alegría era la mía, y era alegría lo que movía a la Tierra mientras giraba alrededor del Sol y de sí misma.

—No me dejes sola... —acostada en la cama, tendió aproximadamente los brazos en mi dirección—. Se está moviendo todo.

—Ahora vuelvo —prometí—. ¿Tienes alka-seltzer?

—¿Alka-seltzer? —me preguntó, como si no supiera de lo que le estaba hablando —. Sí, creo que sí, en la cocina o... No sé...

Lo encontré enseguida, disolví dos tabletas en un vaso grande de agua, y le obligué a bebérselo.

—Está muy malo...

—Ya.

—¿Tengo que tomármelo entero?

—Entero.

—Desnúdame —me pidió cuando el vaso estaba ya vacío—, ¿quieres?

—Quiero.

Le quité la ropa, y su cuerpo suave y dorado, sinuoso y rotundo, aportó un contrapunto casi perverso, casi feroz, al carácter paternal de mis cuidados y la condición infantil de sus protestas. Aquella paradoja desató en mí una excitación inusual, compleja, que me afectaba por entero, dentro y fuera de mi cuerpo, más allá de mis ojos, de mi sexo, y que apenas pude resolver acariciándola durante mucho tiempo, muy despacio, mientras ella sonreía con los ojos cerrados.

—Tápame —dijo después—, y métete en la cama conmigo, ¿quieres?

—Quiero —volví a decir.

—No puedo follar —añadió cuando ya había encontrado una postura cómoda, la del náufrago que descansa abrazado a una tabla, su cabeza en el ángulo que formaba mi cuello con mi hombro, su brazo y su pierna derechos atravesando mi cuerpo a distintas alturas—. Estoy fatal.

—No me digas —sonreí—. No me había dado cuenta.

—Sí —y todavía pudo reírse otra vez—. Y eso que lo tenía pensado, ¿eh?, lo de follar, pero no puedo ni moverme... Lo siento.

—¿Qué? No hay nada que sentir.

—Pero tú estás empalmado.

—Sí.

—¿Y no te importa?

—No.

—Mejor, porque es que... Me estoy durmiendo.

—Duérmete.

—Te quiero, Álvaro.

Nunca me había dicho que me quería. Me lo dijo entonces y se quedó dormida, y yo la abrazaba, notaba su respiración rítmica, pesada, sobre mi pecho, mis dedos posados sobre su cintura, el peso doble, paralelo, del brazo y la pierna que me anclaban a su cama, y una paz dulce y profunda que me obligaba a estar despierto para sentir lo que me estaba pasando, para ser consciente de cada minuto, de cada segundo de aquella dulzura desconcertante, tan grande y tan pequeña que no se dejaba pensar. Así me quedé dormido, y cuatro horas más tarde, cuando sonó el despertador, todavía sentía los síntomas de esa fiebre templada y fervorosa, te quiero, Álvaro. Raquel abrió los ojos, me miró, sonrió, y dijo otras palabras, distintas y sin embargo parecidas.

—¿Sabes una cosa? Para todo lo que bebí anoche, estoy de puta madre. No tengo resaca, sólo sueño. Creo que me conviene mucho emborracharme contigo, Álvaro.

Luego se duchó, se vistió, desayunó, y volvió a entrar en el dormitorio vestida de ejecutiva, con un traje de chaqueta blanco, unos zapatos cerrados de poco tacón, un maletín de piel en la mano y tan guapa como si estuviera desnuda.

—He hecho café —se sentó en el borde de la cama y me besó en los labios—. Si no quedas con el cotilla de tu amigo Fernando para comer, podrías quedar conmigo, que soy igual de cotilla pero tengo otros méritos, para dormir la siesta.

—Vale —acepté, y la cogí de la cintura para arrastrarla a la cama, con maletín incluido, y besarla otra vez antes de dejarla marchar—. Quedaré con Fernando a la hora del aperitivo.

Ella se dejó abrazar, me devolvió los besos, sonrió, y se marchó sin protestar por las arrugas de su traje. Yo me vestí y llegué a mi casa al mismo tiempo que los polacos. Fernando llamó a las diez, y se negó a quedar ni un solo minuto después de la una. Cuando llegué a la cervecería de Argüelles donde solíamos vernos por las mañanas, no me lo encontré en la barra, como de costumbre, sino sentado a una mesa, indicio seguro de que tenía muchas cosas que decir.

—¿Qué? —le pregunté, sentándome frente a él.

—Alucinante —contestó, y empezó a contarme cuánto le había gustado Raquel.

No me sorprendió, ya me lo esperaba, le conocía muy bien, era mi mejor amigo, pero había elegido un adjetivo extraño para empezar, alucinante, y aquella palabra flotó sobre todas las demás, se mantuvo alerta, acechó en cada una de sus frases, de sus elogios, y sobrevivió a lo que parecía un punto final.

—Resumiendo —concluyó—, en términos soldadescos, honrados pese a su brutalidad, me parece lo mejor que te has tirado en tu vida.

Le miré, le sonreí, dije por él lo que él no se atrevía a decir.

—Pero... —me miró, me sonrió, se quedó pensando, no quiso añadir nada y yo insistí—, pero...

—Pero es rara —yo fruncí el ceño, él descifró mi gesto, negó con la cabeza, se corrigió enseguida—. No es que ella sea rara, no, no es eso. Es una tía de puta madre, ya te lo he dicho antes. Eso es lo raro —y volvió a negar—. No, tampoco. Es más bien que hay algo raro en ella.

—¿Lo raro es que no sea rara? —pregunté, en un tono burlón que no pareció ofenderle pero tampoco se le contagió.

—Justo —contestó—. Exactamente eso. Lo raro es que no es rara, al revés, que es una tía normal, si entendemos por normal lo que nosotros somos.

—¿Es un acertijo? —me rendí, sin cambiar de tono.

—No —y su expresión ya era seria, casi grave—. Piensa en ella y piensa en ti, Álvaro.

—No me pega —aventuré.

—¡Claro que te pega! —me contradijo—. Te pega muchísimo, hasta físicamente, pegáis mucho el uno con el otro, yo os miraba anoche y me daba cuenta. Tú no estás mal, y ella es guapísima, desde luego. De entrada no, pero cuando la miras un poco... Es asombroso lo guapa que es, ¿no? Aparte de eso, la verdad es que hacéis muy buena pareja. Da gusto veros.

—¿Entonces?

—Lo que es raro... —mi mejor amigo me miró, cerró los ojos, volvió a abrirlos, dijo lo que tenía que decir como si nunca hubiera querido tener que decirlo—. A ti te pega mucho, Álvaro, muchísimo. Pero tú no te pareces a tu padre. Y al que no le pega nada, lo que se dice nada, pero nada, es a él —hizo una pausa y volvió a mirarme—. No me digas que no te has dado cuenta.

No me había dado cuenta.

No había querido darme cuenta, no había podido darme cuenta, no me había convenido darme cuenta.

No me apetece hablar de tu padre, me había dicho ella. Yo había añadido que a mí tampoco me apetecía hablar de él, y eso había sido todo. Lo último que había pensado con mi cabeza de antes, la que había perdido al apoyarla sobre la almohada de esa cama en la que él no había estado jamás, era que no iba a pensar en mi padre, y lo había cumplido. Había ejecutado mi propia orden con tanta habilidad, tanta disciplina, que ni siquiera cedí a la tentación de cuestionarla cuando logré conectar con la figura de mi madre el cable débil que la débil memoria de una anciana desconocida y simpática había puesto en mis manos sin señalar en ninguna dirección. En aquel momento, estaba en la cama con Raquel y sólo me importaba estar en la cama con Raquel. Desde entonces no había tenido la oportunidad de estar a solas con mi madre, pero tampoco la había buscado, porque el tiempo se llamaba Raquel, el mundo cabía en la exacta proporción de sus caderas, y ningún misterio de la vida de

mi padre iba a estropear mi propia vida. Ni siquiera el misterio que envolvía a la mujer que compartíamos.

Fernando Cisneros me pidió, por este orden, perdón y que no le hiciera caso, al valorar el silencio concentrado, despavorido, que sólo pude oponer a sus palabras. No sé para qué te he dicho eso, murmuró luego, si yo no sé nada, no tengo ni idea de nada, pero yo ya había pasado por esa etapa. Le dije que sí, que claro, que aquello no tenía importancia, pero no le engañé. Le entendía.

Eso fue lo peor, que le entendía, que entendí perfectamente su asombro, su desconcierto, el desajuste radical que distanciaba sus cálculos de la realidad. Nadie es morboso hasta que encuentra motivos para serlo, me había dicho una vez, y había permanecido firme en esa apuesta hasta que Raquel la desbarató con su normalidad, el estilo, y el aspecto, y el discurso, y la manera de actuar, de comportarse, de una chica de las nuestras. Raquel era de los nuestros, normal, como nosotros éramos. Por eso me había enamorado de ella sin remedio, por eso, también, había podido desalojar a mi padre sin dificultad de la cama que compartíamos. Lo peor fue que pude entender a Fernando, reformular con precisión sus cálculos, imaginar a la mujer que él esperaba conocer, una mujer que no existía, la vampiresa fatal que no me chupaba la sangre por las noches, la muñeca neumática cuya carne deliciosa no me impulsaba a olvidar su estupidez, la calculadora fría y enigmática que no me había atrapado en el espesor de sus secretos, la bella y desaprensiva trepadora que no iba detrás de mi dinero. Raquel Fernández Perea no era ninguna de esas mujeres, yo lo sabía, lo había sabido desde el principio, como sabía que su condición de amante póstuma de Julio Carrión González no representaba un aliciente para mí, más bien al contrario. Mi padre me estorbaba, me había estorbado siempre, pero siempre había estado ahí. Jamás se me había ocurrido pensar que no estuviera.

Mientras pedíamos otra cerveza y volvíamos a hablar de tonterías, recuperé la sensación de gozo instintivo que me había conmovido al contemplar el dormitorio de Raquel por primera vez, y esa satisfacción, hecha de alivio, y de serenidad, y de reconocimiento, se convirtió en un problema que tendría que haberme planteado mucho antes. La discrepancia absoluta entre aquella habitación bonita, armoniosa, con pocos muebles muy bien escogidos, una lámpara antigua, pintada a mano, y una alfombra de colores, seguramente turca, o marroquí, y la estancia de forma absidal, con paredes estucadas y nichos revestidos de escayola blanca en la pared, que estaba rematada por una inmensa pantalla de plasma colocada a la altura ideal para verla desde la cama, subrayaba ahora el asombro de Fernando con un trazo rojo, muy grueso. Al compararlas por primera vez, sólo había extraído una conclusión positiva para mí, porque me aseguraba un lugar propio, transitable, en la vida de Raquel, y no me había preguntado qué pintaba una chica como ella, afortunada heredera de un piso tan bonito en una casa antigua, pero bien conservada, de un barrio castizo del centro

de Madrid, en aquel picadero concebido para que los millonarios se acostaran con sus queridas, mujeres casadas del mismo nivel social que ellos o jóvenes humildes dispuestas a mejorar su situación a cualquier precio. Raquel no encajaba en ninguna de esas dos categorías, pero cuando vi su despertador con la alarma activada sobre la mesilla y me recordé a mí mismo que en ningún caso podía ser una pobre huérfana descarriada, no podía descartar otros móviles, como la ambición o la codicia. Ahora sí, y también sabía que no estaba casada.

El hombre que me había precedido en la cama de Raquel Fernández Perea no había dejado ningún rastro visible en su vida. En la casa de su amante, donde un péndulo caótico interfería con la imagen de un viejo tanque alemán, no había ninguna foto, ningún objeto que le perteneciera. Yo le había regalado a Raquel otras cosas pequeñas, baratas, un manual de Física Recreativa para principiantes, un juego de imanes que me había comprado hacía un montón de años en la tienda del Museo de Historia Natural de Nueva York, una caja de madera que se le antojó una tarde al pasar por delante de un puesto, y la fotografía oficial de la recepción del premio de cálculo mental de mi colegio, en la que aparecía muy serio, muy repeinado, y vestido de hombrecito ante una imagen de la Inmaculada Concepción que levitaba sobre una nube de escayola, con un blazer azul, una camisa blanca, una corbata de rayas diagonales, unos pantalones grises, un trofeo en una mano y un diploma enrollado con una cinta en la otra.

—¡Ay, regálamela, por favor! —me pidió cuando se la enseñé—. Me encanta. ¿De qué año es?

—No lo sé. Aunque esté feo que lo diga, la verdad es que ganaba el premio todos los años. A ver, déjame... ¿Qué tendría yo aquí? ¿Diez años, once?

—Sí, por ahí —me miró, miró la foto y se echó a reír—. Eras lo más parecido al repelente niño Vicente que he visto en mi vida. Regálamela, anda...

—Bueno, te haré una copia.

—No, eso no vale —volvió a mirarme, me besó en los labios—. No quiero copias. Una copia la puede tener cualquiera.

Me dijo lo que quería y se lo di. Había llevado siempre esa foto en la cartera, pero me la pidió y se la di, y la puso en la estantería de su dormitorio, al lado de otra en la que aparecía con su amiga Berta, las dos irreconocibles con la cara pintada de blanco, una nariz roja de plástico y mallas negras. En aquel estante, mi foto y la suya hacían buena pareja, el empollón y la payasa, una combinación graciosa, razonable, que cualquier imagen de mi padre hubiera echado a perder. En menos de tres meses, la presencia de un físico que ganaba premios de cálculo mental de pequeño y era aficionado a comprar en las tiendas de los museos científicos, se había hecho evidente en aquella casa hasta para el más torpe de los detectives, y su rastro coexistía sin dificultad con el de dos abuelos heroicos, un ex marido imbécil —la

alfombra la compré en Tánger, con Josechu, ¡no te rías!, ¿por qué te ríes?, a mí no me parece un nombre tan ridículo—, un ex novio actor —el cartel también lo diseñó él, no me digas que no es bonito, ¡pues claro que es bonito!—, una amiga actriz —la peluca me la prestó Berta un año, en carnaval, y me gustó tanto que me la quedé—, otra ama de casa —¿pero qué dices?, eso no es otra peluca, es un plumero de los modernos, me lo compré para limpiar el teclado del ordenador porque Marga me dijo que funcionan muy bien, pero se me olvida usarlo—, un amigo, demasiado íntimo para mi gusto, que se dedicaba a lo mismo que ella —el software me lo pasó Paco, fui con Paco a comprar el ordenador, el manual es de Paco, debería devolvérselo pero la verdad es que le saco mucho partido, claro que te conté que me he acostado con él alguna vez, ¿y qué?, sólo somos amigos, ¡por supuesto que me imagino que tú no te acuestas con tus amigas!, pero aquello fue distinto, porque yo me acababa de divorciar, y..., bueno, así es la vida, ¿no?—, y algún que otro hombre más —aquel espejo me lo regaló un novio que tuve, que se llamaba Felipe, me lo trajo de Perú, creo, la pipa se la dejó aquí un tío con el que estuve liada una temporada, justo después de separarme, esto me lo compró Manolito, mi vecino de enfrente, el día que le dije que sí, que quería salir con él, y no es un corazón de cartón, era una caja de bombones, los dos teníamos trece años, ¿qué me dices?—, pero nunca, en ningún lugar, en ningún momento, con el de un empresario anciano y podrido de dinero que habría escogido otra clase de regalos.

En el cuarto de baño de Raquel no se amontonaban los perfumes. Usaba sólo uno, caro, pero compatible con su nivel de ingresos, y en su casa no había antigüedades, todos esos muebles, álbumes, vajillas, libros, porcelanas, juguetes, objetos de plata o jarrones orientales que los exiliados no se llevan consigo al abandonar su país. Con las joyas pasaba algo parecido. Le gustaban, porque solía llevarlas, antiguas y modernas, aparatosas a veces pero incompatibles siempre con la ostentación por la que habría optado un protector millonario y senil. Sólo había una excepción, y era demasiado valiosa como para atribuirle un origen semejante. La noche que fuimos a cenar al japonés la llevaba puesta. La noche que suspendió todas las leyes físicas, estaba en la mesilla, como si hubiera pensado en ponérsela y lo hubiera descartado en el último momento. En la tarde que sucedió a la tormenta, cuando volví a verla allí, le pregunté por ella.

—¿Es buena? —ella me miró como si no me hubiera entendido—. Esa pulsera...

—¡Claro que es buena! —la cogió, la miró, me la dio, era una joya antigua, un aro rígido de oro amarillo que servía de soporte a una especie de constelación espectacular de piedras preciosas, olas crecientes de brillantes, de zafiros, de más brillantes, y en el centro una perla enorme—. Es la pulsera de pedida de mi bisabuela María, la madre de mi abuelo Ignacio.

—¿La que vivía en la glorieta de Bilbao?

—Justo. Esto es lo único que queda de la antigua fortuna de mi familia, el último resto del naufragio.

La noche anterior, cuando me levanté y me vestí para volver a casa, Raquel me pidió que la esperara un momento. He quedado en el Comercial, me dijo, voy contigo. ¿Con quién has quedado?, tuve la debilidad de preguntar, pensando en Paco, y ella me contestó con otra pregunta, ¿y a ti qué coño te importa? A mí, ya, sólo el tuyo, le dije, y entonces se echó a reír y me contó que iba a cenar con Berta.

Al llegar al café, vimos a su amiga a través de las paredes de cristal. Estaba esperando en la barra y nos saludó moviendo el brazo en el aire. ¿Te tomas una caña con nosotras? Al entrar, siempre detrás de ella, me tropecé con uno de mis alumnos de quinto, un chico gris al que apenas conocía de vista cuando apareció por mi despacho, un par de semanas antes, para decirme que le gustaría que yo le dirigiera la tesis. Me saludó y me paré un momento a hablar con él, pero Raquel no me esperó. Cuando me reuní con ella, me dijo que lo sentía. ¿Qué?, le pregunté, después de besar a Berta, que se la quedó mirando con una sonrisa irónica. Que te hayan visto conmigo, contestó. Era todo falso y divertido, un coqueteo tan descarado que me sumé a la risa de su amiga y vi reír a Raquel antes de avanzar hacia ella, abrazarla y besarla en la boca durante el tiempo suficiente para reclamar la atención de todos los ocupantes de la barra, incluido aquel futuro físico mediocre que jamás había visto a Mai y que tal vez ni siquiera sabía que yo estaba casado.

Al margen de su ignorancia, aprendí dos cosas. La primera fue que si al entrar en el café me hubiera encontrado con un testigo comprometedor, seguramente habría hecho lo mismo, y esa certeza desinfectó mi comportamiento del cálculo frío y desagradable, propio de un seductor profesional, que alentaba detrás de mi ventaja. La segunda fue menos sorprendente pero mucho más gratificante. A Raquel, que desconocía su inocuidad, le encantó aquel alarde, sobre todo porque Berta lo había visto todo. Quizás por eso escogió aquella noche para informarme de algo que podía haberme contado antes, en cualquiera de las ocasiones en que habíamos cruzado aquella plaza andando, o dentro de un taxi. Cuando nos terminamos las cervezas, anuncié que iba a invitar, no encontré oposición, Berta dijo que tenía que ir un momento al baño y Raquel me cogió de la mano para sacarme del café, ven, dijo. Nos paramos en la acera, entre el quiosco y la boca del metro, y señaló con un dedo hacia delante.

—¿Ves esa casa? —asentí con la cabeza, sin prestar demasiada atención a un edificio que había visto millones de veces—. Ahí nació mi abuelo Ignacio.

—¿Sí? —pregunté, muy sorprendido, porque no era un palacio pero sí una mansión, una casa muy bonita que era mucho más que eso, la expresión contundente, opulenta pero elegante a la vez, del poderío económico de una vieja burguesía que, aparte de dinero, tenía buen gusto—. ¿En serio?

—En serio. Vivían en el segundo, en un piso enorme que hacía esquina y tenía balcones a la glorieta y a la calle Carranza... —levantó la cabeza y señaló la planta con decisión, como si hubiera repetido ese movimiento muchas veces—. En ése, ¿lo ves?

—Yo creía que ahí no vivía nadie —murmuré, acatando con los ojos la voluntad de su dedo índice—. Creía que el edificio entero era de una compañía de seguros.

—Ahora, a lo mejor, sí lo es. Antes no.

—¿Y qué pasó? Porque, teniendo ese piso, no es lógico que tu abuelo viviera donde vives tú ahora. ¿Lo vendieron?

—No. Lo perdieron todo después de la guerra, esta casa, la de la sierra, las tierras de mi bisabuela... —me miró, sonrió, volvió a mirar hacia delante—. Se lo robaron todo, mejor dicho.

Entonces, Berta salió del café, se reunió con nosotros y dijo algo que no escuché bien, porque Raquel me estaba mirando con la misma sonrisa tras la que se había defendido la primera vez que me habló de su abuelo Ignacio. Había algo magnético en esa sonrisa, una dulzura desolada y sin futuro, el cansancio que enturbia la mirada de un niño enfermo o entumece las alas de un pájaro enjaulado, el hilo frágil de una tristeza sólida, despierta, pero indiferente a su poder de despertar la compasión de una roca. Yo no era una roca y no pude resistirme a esa sonrisa, y en aquel momento habría dado cualquier cosa, propia o ajena, por consolar a Raquel, por rescatarla de su propio gesto, por arrancarle aquel rictus amargo de la boca y hacerle reír a carcajadas. Era mucho más guapa cuando se reía y sin embargo aquella expresión le pertenecía, era absolutamente suya, distinta de cualquier otra sonrisa, de cualquier otra tristeza que yo hubiera contemplado antes en el rostro de nadie. A veces, la debilidad que sentía por Raquel me aturdía, me desbordaba, se hacía más grande que yo y se concentraba al mismo tiempo entre mis sienes como un acceso de fiebre tropical y repentina. Entonces comprendía que era amor, y ese instante fue una de aquellas veces.

—Si me voy a cenar con vosotras... —propuse, casi con miedo—. ¿Estropeo algo?

—No sé —Berta intercambió una mirada con Raquel antes de contestarme con el mismo descaro con el que me había confesado que su amiga le había hablado mucho de mí la primera vez que la vi—, la verdad es que eras el primer punto del orden del día.

—Sí —Raquel sonrió, se pegó a mí, me dejó abrazarla—, pero supongo que encontraremos otra cosa de la que hablar...

Habíamos pedido ya cuando me levanté para llamar a casa. Le dije a Mai que me había encontrado en la biblioteca del Consejo con un amigo al que ella conocía y que en aquel momento debía de estar tan tranquilo en su despacho de la Universidad de

Columbus, Ohio, y antes de que me diera tiempo a explicarle que no la llamaba para que se uniera a nosotros, sino para avisar de que yo no iba a cenar en casa, me advirtió entre bostezos que con ella no contara, porque estaba cansadísima y a punto de irse a la cama. Cuando volví a sentarme, Raquel dejó caer la cabeza sobre mi hombro, la apretó un instante, me besó en el brazo. Comprendí que había adivinado sin dificultad qué era lo que había hecho en realidad después de decir que iba al baño, y por primera vez, me sentí más en deuda con ella, pese a la nimiedad de mi delito, que con Mai, pese a la gravedad de mis culpas. Supongo que esa sensación era el final de la pendiente, la breve llanura en la que comenzaba la cuesta abajo, pero aquella noche yo no podía pensar en mí, sólo en Raquel. La estrella de la cena, sin embargo, fue mi abuela Teresa.

—Bueno, pues ya podemos empezar con el segundo punto del orden del día —dije, para superar el silencio un tanto incómodo que se abrió entre el beso de Raquel y la mirada atenta de su amiga, y las dos se echaron a reír.

—No hay —me dijo Raquel.

—¿En serio? —la miré, la besé en los labios—. No sabía que diera tanto de sí...

Las dos volvieron a reírse, pero ninguna dijo nada. Entonces hablé yo, y podría haber hablado cualquier otro día, elegir un momento más íntimo, un lugar más tranquilo, una situación más propicia, pero ya llevaba callado mucho tiempo. Demasiado.

—En ese caso, voy a proponer uno. Antes —miré a Raquel y ella me devolvió una mirada pacífica, neutral—, cuando me has contado lo de la casa donde nació tu abuelo, me he acordado... En realidad, no he tenido que acordarme, porque desde que lo descubrí, lo tengo siempre en la cabeza, pero... Últimamente, me pasan cosas increíbles, y todas a la vez, a mí, que nunca me pasaba nada —Raquel cerró los ojos, sonrió—. Y lo peor... Yo siempre había creído que mi abuela paterna había muerto en 1937, en plena guerra, y hace un par de meses, revisando unos papeles de mi padre, me enteré de que no era verdad...

Aquella noche hablé yo. Hablé y hablé durante mucho tiempo, todo el que hizo falta para escarbar la tierra con los dientes, para apartar la tierra parte a parte, para minar la tierra hasta encontrar a Teresa González Puerto, y besarla en su noble calavera, y desamordazarla, y regresarla desde el fondo del hoyo en el que su hijo la había enterrado.

Aquella noche hablé yo y lo conté todo, lo que había creído saber y lo que sabía, lo que me habían explicado y lo que había aprendido por mi cuenta, lo que había sentido antes y después de saber, lo que seguía sintiendo. Tenía que hacerlo algún día y fue aquella noche. Tenía que hacerlo algún día porque el secreto de mi abuela me abrumaba, porque me ahogaba, porque mi silencio celoso y enamorado me estaba convirtiendo en cómplice del injusto e injustificable silencio de mi padre, porque no

podía seguir callado. Tenía que contarlo para que mi abuela volviera a vivir siquiera en mis palabras, para devolverla a su vida verdadera, la que ella había elegido, la que le había costado la vida. Tenía que contarlo y lo conté aquella noche, y mientras lo hacía me iba sintiendo mejor, más bueno, más digno, más valiente, más parecido al hijo que ella hubiera querido tener, hombre de sobra por ella, para ella, el hada benéfica que revoloteaba con gracia y tesón sobre nuestras cabezas, su presencia conmovedora como una bendición antigua, capaz de sobrevivir al tiempo y a los horrores de la guerra, a la paz de los cementerios y a las sonrisas quietas de las fotografías.

Eso sentí, y la sentí a ella, a mi abuela Teresa, la mayor, la más joven, la más amada, no la esposa mansa del hombre equivocado sino la novia adúltera de un mago, la muchacha imposible que a los treinta y tantos años decidió dejarse el pelo suelto y estar todo el día en la calle pegando gritos, la que se atrevió a escribir que a lo mejor se estaba equivocando, pero que estaba haciendo lo que creía que tenía que hacer, y que lo hacía por amor. Esa Teresa era parte de mí y estaba conmigo, estaba a mi lado mientras contaba su historia, y ya no era sólo mía, pero era más mía que antes en cada letra, en cada coma, en cada una de las palabras de aquella carta que habría hecho de mí un hombre mejor si hubiera podido leerla antes, si hubiera podido leerla a tiempo, si ella no hubiera muerto muchos años antes de que yo naciera en una cárcel cualquiera de la inmensa cárcel en la que se convirtió este país desdichado, abandonado a su mala suerte. Teresa estaba conmigo, estaba viva porque era parte de mí, y nunca lo sabría. Nunca podría saber que había resucitado en mi amor, en mi orgullo, que seguiría alentando en el orgullo y en el amor de mis hijos, y de los hijos de mis hijos. Porque las manos no son más rápidas que la vista, y la óptica es una ciencia paradójica, y la hierba es capaz de crecer en los desiertos, y el final de un capítulo no es el fin de la historia, y la vida de una mujer admirable no termina con su muerte. Todo eso sentí, todo eso conté, su voz en la mía, para que mi abuela volviera a ganar la guerra aquella noche, y Teresa González Puerto ganó la guerra, y en su triunfo triunfó la razón, y la luz por la que había luchado iluminó los ojos estremecidos de una actriz de teatro que apenas respiraba, la pizza casi entera y fría del todo, los cubiertos olvidados sobre el plato, mientras la mujer a la que su nieto amaba como habría podido amarla a ella, escuchaba en silencio, cubriéndose la cara con las manos.

—Es impresionante —Berta habló primero—. Y tú te quedarías... No sé, debió de ser tremendo, para mí sería tremendo, desde luego. Yo también soy de una familia muy facha, ¿sabes?, y si me enterara de algo así, pues... Por un lado me sentiría fatal, pero por otro, creo que me emocionaría mucho, que me sentiría muy orgullosa de... Bueno, es lo que has dicho tú, pero pensar en tu propio padre después de eso tiene que ser muy fuerte, ¿no? —asentí con la cabeza y miré a Raquel, pero ella no se había

movido y seguía muy quieta, las manos tan firmes contra la cara como si no pudiera despegarlas—. ¿Por qué no me pasas una copia? Tengo varias parecidas, de gente que estaba en la cárcel, de fusilados, de soldados, he pensado muchas veces en hacer algo con ellas, alguna clase de espectáculo, no sé bien cómo, pero le doy vueltas de vez en cuando. No es fácil, porque muchas no se pueden leer de un tirón, ¿sabes? La verdad es que están muy mal redactadas, llenas de repeticiones, de frases hechas, tontas, de cursiladas. Son cartas de gente que no leía libros, que no estaba acostumbrada a escribir. Bastante hicieron, los pobres. Pero lo asombroso no es eso. Lo asombroso es que, así y todo, sólo esas cartas bastarían para demostrarle a cualquiera que este país no ha hecho más que degenerar.

—Sí —la miré, sonreí—. Eso es exactamente lo que pienso yo.

—Aunque la verdad es que la carta de tu abuela está muy bien, se nota que era maestra. Es casi tan buena como la que un tío de Ra le escribió a su mujer cuando le condenaron a muerte. Ésa también te gustaría, porque...

—No me encuentro bien.

La voz de Raquel, que ahora nos miraba con los hombros encogidos, los ojos húmedos, la piel muy pálida, puso un punto final abrupto a nuestra conversación.

—¿Qué te pasa?

—Estás blanca, Ra...

—Sí —la pregunta había sido mía, el comentario de Berta, ella nos miró en el orden inverso antes de explicarse—. Aquí hace mucho calor. He debido de tener un bajón de tensión o algo parecido, estoy como mareada, no sé... Me gustaría irme a casa.

—Claro —Berta y yo lo dijimos a la vez, pero ella sólo me miró a mí.

—Podrías acompañarme. Creo que andar un poco me sentaría bien.

—Claro —repetí, y pedí la cuenta, pero esta vez ya no me dejaron pagar.

Pagamos a medias y nos despedimos en la puerta. Berta cogió un taxi y esperamos a que arrancara antes de echar a andar en dirección contraria.

—Si tú quieres, podemos coger otro —ofrecí, pero ella negó con la cabeza y mucha energía.

—No, no, me apetece andar, ya te lo he dicho. Estoy mucho mejor, y hace una noche tan buena... Sobre todo después del calor que hemos pasado ahí dentro.

Acaté su voluntad sin comentarios, salimos a la glorieta de Bilbao, pasamos por delante de la casa de su abuelo, cogimos la calle Carranza hacia arriba, y me encontré pensando en voz alta, sólo para mí, aunque en apariencia me dirigiera a ella, aunque la llevara abrazada por los hombros.

—Es curioso —dije sin mirarla— cómo cambian las cosas, ¿no? Por un lado, una familia como la tuya, que vivía en esta ciudad, en una casa como ésa, y lo perdió todo. Por otro, un hombre como mi padre, hijo de un pastor de ovejas, dueño de su

rebaño pero un simple pastor al fin y al cabo, y de una maestra de escuela que no tenía donde caerse muerta, que se crió en un pueblo de la sierra, que ni siquiera fue a la universidad, y se hizo tan rico como para comprar edificios enteros. Todo en dos generaciones, en tres, y tú y yo aquí, ahora...

No dijo nada. No esperaba que lo hiciera, pero tampoco que se echara a llorar y eso fue lo que hizo, romper a llorar como una niña pequeña o como una mujer desesperada, abandonarse a un llanto espeso, compacto, regular, que no necesitaba palabras, ni siquiera el estrépito de los sollozos, llorar sin hacer ruido, sin dejar de andar, de abrazarme, sin mirarme, sólo llorar, como si sus lágrimas fueran el principio o el final de algo, un argumento, una razón, un escudo o un arma. Yo no lo sabía, no podía saberlo porque nunca la había visto llorar, y su llanto me dejaba indefenso y perdido, como desnudo en medio de la calle.

—¿Qué te pasa, Raquel? —le aparté el pelo de la frente, le sequé las lágrimas con los dedos, sostuve su cara entre mis manos y cedí a un instante de angustia, casi pánico, al comprender que no podía verla así, que no podía verla llorar, no podía—. No llores, Raquel, no llores, por favor, no llores... No llores, Raquel...

La abracé con fuerza, ella escondió la cara en mi cuello y lloró del todo, un llanto radical, tormentoso, compulsivo y abocado por tanto a un final. Yo no podía hacer otra cosa que esperar, y esperé, noté cómo se iba apaciguando poco a poco, cómo dejaba de jadear, de agitarse, hasta que recobró el control, separó la cabeza de mi cuerpo para mirarme, y me habló con la voz espesa, gutural, que el llanto deja tras de sí.

—Me pregunto qué pensarás de mí —sus palabras me asustaron, me asustó el tono de su voz, tan débil, y la luz mortecina de sus ojos.

—Lo mejor —respondí, mientras volvía a ocuparme de su cara, y ponía su pelo en orden, y acariciaba el borde de sus párpados hinchados, sus mejillas inflamadas, congestionadas, tensas—. Pienso siempre lo mejor, ya lo sabes.

—No —ella movió la cabeza con un gesto tajante y gracioso a su pesar, casi infantil, que no logró desprenderse de mis manos—. No puedes pensar lo mejor. Esta noche no, por lo menos. Antes, en el restaurante, mientras te escuchaba hablar de tu abuela, me preguntaba qué pensarías de mí, de una mujer como yo, de mí y de tu padre, de mí con tu padre, y me contestaba con palabras horribles, que son las que tú tienes que estar pensando todavía...

—No, Raquel —volví a abrazarla y la besé muchas veces en la cabeza, como a una niña pequeña—. Nunca pienso en ti con mi padre. Ni esta noche ni nunca. Sólo puedo pensar en mí cuando pienso en ti. Sólo puedo pensar en ti conmigo. Lo demás no me importa —me miró, cerró los ojos, los abrió y volvió a mirarme desde un lugar más cálido pero todavía lejano—. Te juro que no me importa. Sonríe, por favor.

No sonrió, pero me besó. Se colgó de mi cuello para besarme en la boca durante

mucho tiempo y al terminar, sin separarse de mí, me miró con esa expresión entregada, absoluta, que parecía decir que su vida estaba en mis manos. Yo aún la besé otra vez antes de reemprender la marcha, y la abracé, y me abrazó, y seguimos andando.

—Lo siento, Álvaro —ahora era ella quien hablaba sin mirarme—, perdóname. No debería haberte montado este numerito, pero es que... A veces no llevo esto nada bien.

—¿Peso demasiado? —sugerí, porque la había entendido pero no quería hablar de mi padre, no quería que volviera a llorar.

—No —y sonrió por fin—. Tú no. A ti te llevo bien, muy bien, demasiado bien. Mucho mejor de lo que me gustaría.

—Raquel...

No añadí nada más, no hizo falta. A veces, el amor que sentía por esa mujer me aturdía, me desbordaba, se hacía más grande que yo y se concentraba al mismo tiempo entre mis sienes como un acceso de fiebre tropical y repentina. A veces ella se daba cuenta, y ésa fue una de aquellas veces.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —ya habíamos llegado a su casa y no esperó a obtener mi permiso—. ¿Qué le has dicho a tu mujer cuando la has llamado antes?

Sonreí, la miré, ella también sonreía.

—Que me había encontrado en la biblioteca del Consejo con un amigo de Bilbao con el que coincidí en Boston y que ahora trabaja en la Universidad de Columbus, Ohio. Y que iría a cenar con él.

—¿Hace mucho que no le ves?

—Casi tres años —no me hizo falta mentir, ni entonces ni después, aunque ella terminó riéndose como si creyera que me había inventado lo que le contaba sólo para conseguirlo—. Antes venía todos los veranos, pero luego se casó con una profesora de aerobic que se llama Ingrid, es absolutamente negra y tiene un cuerpo espectacular, y desde que vino a presumir de novia, no ha vuelto. Me manda de vez en cuando por correo electrónico fotos de su hijo, que es muy mono, mulato desde luego, con una chapela más grande que él.

—Entonces, si de verdad estuvierais cenando juntos, tendríais muchas cosas de que hablar.

—Muchísimas.

—Y os tomaríais una copa después...

—Una no. Por lo menos dos o tres.

—¿Quieres subir?

—Sí.

Antes le había dicho que sólo podía pensar en ella conmigo, que no me importaba nada lo que hubiera llegado a haber en su vida antes de conocerme, y había hablado

sin pensar en lo que decía, como si nadie hubiera construido ni pronunciado nunca esas frases hechas, sobadas, desprovistas ya de sentido por el uso de tantos millones de hombres y de mujeres que habían sentido lo mismo que yo antes que yo y lo habían expresado de la misma manera, en todos los idiomas, en todas las épocas, en todos los lugares del mundo.

Después, al regresar con ella al lugar donde el pasado no existía, porque siempre era ahora, y ahora siempre estaba empezando a ser, comprendí del todo el significado de algunas palabras, tú, yo, sólo, nunca, antes, nada, conmigo, porque me sentí unido a esa mujer como si los dos fuéramos una sola cosa y el todo por fin un número entero, exacto, escrupulosamente igual a la suma de las partes. Amar a Raquel era tan fácil e inevitable para mí como respirar. Lo sabía mi cuerpo, lo sabían mis manos, lo sabían mis ojos. Yo también lo sabía, y me bastaba con acariciar despacio esa piel perfecta que volvía a nacer, una y otra vez, bajo la presión atenta y satisfecha de mis dedos, para estrenar todas las palabras que conocía, todas las que creaba en el preciso instante de pensarlas para lograr que el concepto antes nunca hubiera existido, como no existía el concepto después entre las cuatro esquinas de esa cama que impulsaba el movimiento del planeta. Yo lo sabía, y ella a veces se daba cuenta. Otras no.

—Lo de tu padre, Álvaro...

—No me importa lo de mi padre.

—A ti no, pero a mí sí —me resistí a soltarla, pero ella se desasió de mí, se estiró en la cama, eligió mirar al techo—. Lo de tu padre fue la barbaridad más grande que he hecho en mi vida, Álvaro, el error más grave que he cometido jamás. Jamás —entonces me miró y tuve miedo de que volviera a llorar, intenté interrumpirla y no me lo permitió—. Escúchame, por favor, no digas nada. Lo que pasa... No es que no quiera hablar de eso, es que no puedo hablar, ni siquiera puedo acordarme. No lo soporto, eso es lo que pasa, que no lo soporto. Ahora ya no entiendo cómo pasó, cómo se me pudo ocurrir... Hay momentos extraños en la vida, momentos en los que se olvida todo, lo que se ha sabido siempre, lo que nunca debería haberse olvidado... Es difícil de explicar, pero quiero que sepas que ésa no era yo. De verdad que no era yo. Yo no soy así, Álvaro, tú me conoces. Yo soy la que tú conoces.

En aquel instante, tampoco me di cuenta de lo que significaban las palabras que acababa de oír. En aquel instante estaba tan emocionado, tan enamorado de la mujer que las había dicho, que sólo pude besarla, abrazarla con fuerza y mantenerla pegada a mí, y eso era lo único que importaba, un todo que excluía el antes, el después, y cualquier otro concepto que sucumbiera a la vana ilusión de existir fuera de aquel abrazo. Pero dos semanas más tarde, mientras fingía escuchar a Fernando Cisneros en la mesa de la cervecería de Argüelles donde solíamos vernos por las mañanas y dudaba una vez más de mi legendaria inteligencia, aquel discurso oscuro, entrecortado, plagado de sobrentendidos que iban más allá de la capacidad de mi

entendimiento, adquirió una relevancia que no había logrado percibir a tiempo.

La extraña, incompleta confesión de Raquel, yo soy ésta, ésa no era yo, no sólo le daba la razón a Fernando. También situaba la figura de mi padre en un plano distinto, desde el que irradiaba una misteriosa violencia sin forma definida. Después de admitir que no le había querido, de encontrar las palabras justas para desentrañar la naturaleza de una sonrisa inefable, Raquel Fernández Perea no había vuelto a hablar de Julio Carrión González, pero su actitud había dejado flotando en el aire un rastro sonrosado y amable, que yo había rellenado sin pensarlo mucho con la simpatía, el encanto y ese instinto congénito para la seducción que habían hecho de mi padre un hombre admirado, deseado y ganador en todas las etapas de su vida. Ese rastro había explotado en mis oídos, se había desvanecido ante mis ojos y yo tampoco me había dado cuenta. Al final de aquella noche larga y agotadora que habíamos vivido juntos y en la común compañía de nuestros fantasmas, Raquel me había hablado de él como de un enemigo o algo peor, alguien capaz de convertirla en enemiga de sí misma, de hacerle olvidar lo que sabía, lo que nunca debería haber olvidado. Y yo, que no podía entender lo que escuchaba, lo había aceptado sin hacer preguntas, y hasta había sido tan tonto como para felicitarme por haberlo oído.

Cuando Raquel me dijo quién era y quién no, lo único que me importó fue que sus palabras confirmaban la luminosa intuición que me había guiado más allá del umbral de la locura, aquella sensación sin nombre que desembocó por sí sola en la certeza de que aquella mujer era mía, mía y de mi padre no. No había sido sólo un espejismo, también era una tontería, pero todo fluía con una sonrosada facilidad, la apacible costumbre del agua que corre, y yo estaba encoñado, y aparte de encoñado, gilipollas, lo estaba pero no lo era, nunca lo había sido, por eso sabía, supe desde el principio, que mi padre acechaba tras esa inflamación absurda, ridícula de puro excesiva, y que su sombra, gigantesca y tácita, la convertía en una necesidad, un mandato imprescindible para mí, que nunca había querido ser como él, que ni siquiera había aspirado a convertirme en un hombre parecido. Me había prohibido pensar en él y había cumplido mi propia orden con una habilidad, una disciplina tan rigurosa que ni siquiera había tenido que esforzarme para aislar a Raquel de las restantes conmociones asociadas a su muerte, pero no podía eliminarlo. No pude hacerlo hasta que ella lo hizo por mí, hasta que lo liquidó con unas pocas palabras, y eso fue lo único que pensé al escucharlas, que mi padre se había acabado, que ya nunca volvería a estorbarme, a molestar, a interferir en mi amor por una mujer que sólo era ella misma conmigo y había sido otra distinta con él. Estaba tan emocionado, tan enamorado de Raquel, que no recelé al aceptar la solución de un problema cuyos datos ni siquiera conocía.

Cuando miré el reloj como si tuviera prisa, y me despedí de Fernando como si no hubiera pasado nada, y bajé por Cea Bermúdez como si fuera a alguna parte, y me

desvié en cualquier bocacalle sin saber por qué, y volví a hacer lo mismo al llegar a otra, y luego a otra, y a otra más, para andar sin más rumbo que la necesidad de comprender todo lo que había mirado sin ver, lo que había escuchado sin oír, lo que había aprendido sin entender, intenté conectar otros datos entre sí, pero no llegué muy lejos. Raquel no parecía haberse preguntado qué pensaría yo de ella hasta que mi abuela Teresa se sentó con nosotros en la mesa de aquel restaurante, pero el papel que mi padre había jugado en aquella historia no podía haber desencadenado una reacción tan desproporcionada, por más que intensificara el muy relativo, a aquellas alturas más bien fabuloso, componente de traición que su relación con aquel hombre pudiera representar para la nieta de su abuelo, el hombre muerto, remoto, cuyo simple nombre pintaba en su cara una sonrisa sombría que le pertenecía absolutamente, como ningún otro gesto. Y sin embargo, Raquel había estallado esa noche, ni antes ni después, y había dicho cosas que cobraban un sentido nuevo, distinto, al compararlas con la inquietud que las palabras de Fernando habían infiltrado en mi espíritu.

A veces no llevo esto nada bien, eso había dicho, y ahí se había parado. Yo había interpretado sin vacilar que se refería a mi padre y a mí, a nuestra condición de amantes sucesivos, y no me había sorprendido porque era natural, lógico, que una situación tan extraña la sobrepasara de vez en cuando, como me sobrepasaba a mí, aunque me hubiera prohibido pensarlo. Lo que sí me sorprendió, cuando lo analicé más despacio, fue que yo nunca había percibido ninguna incomodidad, la menor tensión en ella. Al contrario, siempre había tenido la sensación de que no le costaba trabajo ignorar a mi padre, de que no tenía que esforzarse por olvidarlo, y en su alegre indiferencia estaba quizás la clave de aquella plenitud que se prolongaba en un comienzo eterno, sin final y sin límite. Entre esa mujer y yo todo era ahora, y ahora era siempre tan fácil, tan fluido y luminoso como si los dos hubiéramos nacido en el instante en que nos conocimos. Pero ella tenía un pasado, y yo tenía otro. No comentes nada de esto con Berta, me había pedido después de explicarme qué clase de mujer era en realidad, porque no sabe nada. ¿No sabe lo de mi padre?, pregunté, extrañado, porque parecían amigas de las que se lo cuentan todo, y ella tardó un rato en contestar, lo sabe, pero no sabe que era tu padre. ¿Y entonces quién soy yo?, pregunté. Tú eres el hijo y heredero de un cliente cualquiera, que vino a verme un día al banco, se empeñó en ligar conmigo y se puso muy pesado. Entonces me miró y sonrió por fin, es más o menos la verdad, ¿no?

Ella tenía un pasado y yo tenía otro, aunque no supiera qué hacer con él. No había encontrado nada que hacer todavía cuando miré el reloj y me resigné a haber perdido definitivamente mi vieja habilidad para el cálculo mental.

—Llegas tarde —estaba apoyada en la pared y no se movió de allí hasta que llegué a su lado.

—Menos de cinco minutos —me defendí—. En España eso no es llegar tarde —

sonrió, y su sonrisa aún tenía el poder de borrarlo todo—. ¿Cómo estás?

—¡Uf! —se separó de la pared con un gesto de cansancio casi doloroso—. Hecha polvo. No tengo ganas ni de comer, así que...

Al entrar en casa, ni siquiera se paró a dejar el bolso en el perchero del recibidor, como solía. Lo llevó enganchado en el hombro hasta el dormitorio y allí lo dejó caer en el suelo antes de desplomarse sobre la cama con los ojos cerrados, como si estuviera muerta. Me acerqué a ella y le quité un zapato, después el otro.

—¿Quieres que te desnude?

—Sí —abrió los ojos para mirarme—. Por favor.

—Ya se lo he dicho a Fernando, sólo tiene un defecto, ¿sabes? —mientras le quitaba la ropa, hablaba en voz alta, y ella se dejaba hacer, y se reía—, porque por lo demás es muy buena chica, me conviene mucho, pero tiene un defecto, que bebe, ¿qué le vamos a hacer?, le gusta beber, y claro, al beber... Es lo que pasa.

Me acosté a su lado, la abracé, y ya estaba dormida. Yo la seguí enseguida y aún estaba todo en su sitio. Fue después cuando saltó el tornillo, cuando se resquebrajó una esquina de la totalidad, cuando un engranaje de la máquina impecable que los dos habíamos formado hasta entonces empezó a chirriar, a rozar con los hábitos del tiempo y la costumbre. Yo estaba despierto y ella seguía durmiendo, y a mí me gustaba verla dormir porque me gustaba mirarla, y en la quietud del sueño se afirmaban sus rasgos, se acentuaba la irresistible proporción de sus caderas y su piel descansaba en su propia perfección. Raquel dormía desnuda, abandonada a su desnudez, asequible e indefensa y vulnerable y expuesta y desprevenida y segura y deseable hasta el dolor para mis pobres ojos. Y mis ojos cedieron a la voluntad despótica de aquel deseo que dolía, y se dolieron de una imagen hostil, ajena, que nunca habían visto al mirar a Raquel, mientras anticipaban las etapas de la liturgia personal, estable, conocida, que ella inauguraría al abrir los ojos y volverse hacia mí, para sonreír, tantearme, y dejarse acariciar o acariciarme como una de las nuestras, una mujer única y sin embargo normal, si por normal entendía lo que era yo, sujeto y objeto de una normalidad que no excluía ninguna anormalidad teórica, pero era coherente con sus propios excesos.

Aquella tarde, mientras miraba a Raquel, la imaginaba, la pensaba, la recordaba en actitudes, y posiciones, y situaciones que para cualquiera que no fuera yo resultarían mucho más impúdicas, más perversas y obscenas que la silueta de una mujer joven que se desliza en un jacuzzi rodeado de velas encendidas donde la espera un anciano con la edad suficiente para ser su abuelo. Para cualquiera que no fuera yo, porque yo también integraba esas imágenes, y mi mirada las había registrado como elementos útiles en la elaboración de una intimidad que tenía sus propias reglas, un idioma, una gramática, una sintaxis. Raquel y yo habíamos aprendido muy deprisa a dominar ese lenguaje porque nuestras capacidades eran parejas, semejantes y tan

asombrosamente compatibles que no necesitaban superar la barrera del instinto. No hablábamos de sexo, no hacía falta más allá de su afición por describir el placer, por catalogarlo o definirlo con expresiones de un júbilo casi infantil, qué bien, qué bien, qué gusto. No hablábamos de sexo, lo hacíamos, sin planificarlo, sin pactarlo, sin comentarlo y hasta la frontera del agotamiento, un límite que se había vuelto tan dudoso como el prestigio de aquellas frases importantes sobre el todo y las partes cuyos últimos, subatómicos fragmentos, flotaban ya en el aire con la simpática indolencia de las antigüedades inservibles. Yo nunca había disfrutado tanto de una mujer, nunca había disfrutado tanto con una mujer, ni para ninguna. Ése había sido el primer núcleo de aquel ahora sin fin ni principio, y la cinta del lazo que nos ató, pero aprendía cosas de Raquel todos los días, cada día descubría cosas nuevas y nada me había inducido a modificar ni siquiera en los detalles las reglas de nuestra intimidad común.

No fue eso lo que ocurrió aquella tarde, cuando ya había perdido todas las cuentas y sabía manejar el cuerpo de la mujer que dormía a mi lado como maneja un músico su instrumento favorito. No fue eso y tampoco fue culpa de los objetos, el jacuzzi, las velas, la pantalla de plasma, aquel consolador de goma morada que parecía relleno de una especie de gel y que podría haber comprado yo mismo si me hubiera dado por ahí y no hubiera sabido desde el principio que la última propuesta, el último capricho, el último regalo que le haría a Raquel en este mundo sería un consolador. Era otra cuestión, confusa, abstracta, difícil de definir, que se situaba en la intersección exacta de tres identidades, la mía, la suya, la de mi padre, con sólo dos estilos, dos maneras de mirar el mundo, de entender la vida, todas las cosas, también el sexo, la nuestra y la de los otros. Una cuestión de identidad o de estilo, tan fundamental o tan frívola, pero igual de resbaladiza, de peligrosa, porque no interactuaba con ideas o palabras, ni siquiera con sentimientos, sino con un instinto, confuso, abstracto y difícil de definir por naturaleza. Si Raquel Fernández Perea era la mujer que yo conocía, el cuerpo con el que mi cuerpo se entendía sin palabras, el sexo que se abría con un simple susurro de mi voz, una simple presión de mis dedos en ciertos lugares y determinadas condiciones, no podía ser otra, la que yo había imaginado a solas en aquel ático de la calle Jorge Juan, la desconocida que encendía la última vela antes de zambullirse desnuda en el agua, para recostarse después sobre una pila de almohadas con sus piernas bonitas abiertas de par en par, y una sonrisa que dejaba ver sus encantadores dientes separados.

Entonces Raquel se despertó, sonrió antes de abrir los ojos, vino hacia mí, me abrazó, volvió a cerrarlos, alargó la mano derecha hasta rozar mi sexo, lo tocó con un dedo, luego con dos, lo acarició con la palma antes de agarrarlo, lo apretó, y sólo después volvió a mirarme, los ojos muy abiertos, los labios fruncidos en un círculo casi perfecto para dejar escapar algo parecido a un soplido antes de emitir un

ronroneo gatuno, característico, y volver a sonreírme por fin. Conocía esos síntomas, y los sucesivos, pero me desconocí a mí mismo mientras correspondía con otros prestados, ajenos, incómodos para los dos, con los que pretendía ponerla a prueba y sólo logré probar mi propia debilidad.

—Ya está bien, Álvaro —abrió los ojos, cerró las piernas, usó las dos manos para apartar las mías de su cuerpo.

Raquel Fernández Perea nunca me había frenado, jamás me había puesto límites, pero aquél no era yo y ella sí se había dado cuenta.

—¿Por qué?

—Porque me estás mirando con los ojos de tu padre —se tapó con la sábana, me dio la espalda y con los ojos fijos en la pared, dijo algo más—. Antes o después tenía que pasar, ¿no? Y lo peor es que me lo tengo muy bien empleado.

Yo amaba a esa mujer. La amaba tanto que, algunas veces, mi amor por ella me aturdía, me desbordaba, se hacía más grande que yo y se concentraba al mismo tiempo entre mis sienes como un acceso de fiebre tropical y repentina. Entonces era más yo que antes, más yo que nunca, y yo fui hacia ella, yo me deslicé debajo de su sábana, yo la abracé por detrás, yo la besé muchas veces, yo le pedí perdón y yo le dije en voz alta que la quería. Repite eso, me dijo, y lo repetí hasta que se me secó la lengua dentro de la boca.

Entonces comprendí el significado exacto de las palabras que pronunciaba, y que tendría que aprender a vivir, y a quererla, con el peso del asombro de Fernando, como había aprendido a vivir, y a quererla, a la sombra del fantasma de mi padre. Y mientras todo volvía a fluir con una sonrosada placidez, la apacible costumbre del agua que corre, pensé que lo mejor que nos podía pasar a los dos era que yo nunca descubriera la verdadera relación que había unido a Raquel Fernández Perea con Julio Carrión González, y que, tal vez, la solución al problema que los dos estábamos planteando en aquel mismo momento nunca dependería de mí.

Así pude distinguir con precisión el color del pánico, y medir en mi propio estómago el volumen de la cantidad de nada que cabe en el vacío.

El 12 de septiembre de 1949 el cielo se oscureció sin avisar, a media tarde. Cuando estalló el primer trueno, Julio Carrión González estaba apoyado en uno de los pilares de granito que sustentaban el porche de la Casa Rosa, la más bonita de su pueblo, contemplando los esfuerzos de un taxista que no atinaba a asegurar bien todos los bultos que había ido amontonando sobre la baca del techo. El segundo trueno apenas precedió a la lluvia en unos segundos y persuadió a aquel hombre de la conveniencia de abandonar sus mejores propósitos.

—Lo siento, señora, pero esto van a tener que llevarlo ustedes encima.

Mariana Fernández Viu no le contestó. Ni siquiera se fijó en la maleta que puso delante de sus pies. Tiesa, rígida, como muerta, miraba a su enemigo y apretaba el bolso entre las manos como si fuera su último asidero, el clavo que la mantenía a salvo, apenas unos milímetros por encima del abismo. Pero ni en aquel bolso ni en ninguna otra parte existía nada que pudiera salvarla. Julio lo sabía, y por eso sostenía el odio de aquella mirada con una paciencia templada, risueña. Había visto un odio mucho más intenso en unos ojos mucho más hermosos. Húndela, machácala, destrózala, y cuando termines con ella, dile que vas de mi parte. Esto es lo que querías, ¿no, Palomita?, pensó mientras encendía un cigarrillo y expulsaba el humo muy despacio sólo para exasperar a su víctima, no dirás que no cumplo mis promesas....

—¡Señora, por favor, muévase, que nos vamos a empapar!

El taxista se atrevió a ponerle una mano en el hombro cuando el agua caía ya con tanta fuerza que desdibujaba los contornos de la escena que Julio contemplaba. Entonces, por fin, Mariana bajó la cabeza y accedió a entrar en el coche. Un instante después, el motor se puso en marcha para que el hombre que fumaba en el porche con el gesto impasible de un testigo casual, celebrara su estrépito como un soldado celebra los compases de un himno, el símbolo de la causa por la que ha luchado, por la que acaba de obtener la victoria definitiva. Aquel hombre había llegado al final de su camino. Había sido un trayecto largo y tortuoso, peligroso, accidentado y nada fácil, pero todo eso ya daba lo mismo, porque ahí estaba él, hijo de un pastor alcoholizado y de una presa política que había muerto en la cárcel, Julio Carrión González, rico, y hecho un señor.

—Eso es robar, Julio —Eugenio le había mirado a los ojos con un destello póstumo de su antiguo y purísimo candor—. Aunque haya una ley, aunque sea legal, aunque lo haga todo el mundo. Eso es robar. Y por ahí no paso.

Eugenio Sánchez Delgado fue la primera persona a la que Julio buscó al volver a Madrid, en abril de 1947. Antes, sólo había ido a ver a su padre, lo que quedaba de él, una figura borrosa y consumida, arrumbada como un trasto más en una casa sucia y llena de objetos rotos, como fragmentos rescatados de otra vida y colocados con cuidado sobre las superficies de los muebles, en los mismos estantes, las mismas

repisas que ocupaban antes, cuando estaban enteros y servían para algo.

—Padre...

Julio reconoció primero un jarrón de cristal rajado, después un tapete de ganchillo deshilachado, amarillento, más tarde un molinillo antiguo de café al que le faltaba el mango, todo oscuro de polvo, brillante de grasa rancia, y la porquería formaba pequeñas pirámides grisáceas de naturaleza indeterminada en las esquinas de las paredes, y el aire olía mal, a cerrado, a podrido, a miseria.

—Padre...

Julio se acercó a él y comprobó que el cuerpo de Benigno olía peor que el aire de su casa. El anciano no levantó la vista para mirarle y ni siquiera se movió cuando la corriente que su hijo había creado al abrir todas las ventanas hizo volar los periódicos atrasados mientras las cucarachas corrían despavoridas hacia sus escondrijos. Julio tuvo que zarandearlo para lograr que le mirara, pero estaba tan borracho que no le reconoció.

—¿Cómo has entrado aquí? —era difícil entenderle, y más aún soportar sus dientes negruzcos, la pestilencia de su aliento—. ¿Quién eres tú?

—Soy Julio, padre, soy su hijo —Benigno le miró entonces con más atención, e intentó sonreír—. Pero, padre, ¿cómo puede usted vivir así?

No obtuvo respuesta para esa pregunta, sólo una versión más débil, más turbia, de la mirada bovina que doce años antes le desesperaba y aquella mañana le inspiró un sentimiento confuso, donde un estruendo de sirenas y luces de alarma, ¿no se habrá atrevido usted a gastarse mi dinero, verdad, padre?, alcanzó a convivir durante un instante con una tristeza permanente y un pasajero acceso de repugnancia. Después, Benigno volvió a bajar la cabeza y a beber de una copa rellena de un líquido transparente, irisado. Julio se la arrebató de entre las manos, se pringó los dedos en el cristal y olió su contenido. Por lo menos era barato, orujo.

—Muy bien, padre, se acabó lo que se daba —Benigno ni siquiera hizo el intento de mover la cabeza—. Vamos, levántese.

Le sujetó por las axilas para ayudarle y tuvo que izarle a peso. Eran las once de la mañana, pero no podía saber si aquella noche había dormido, si había madrugado para emborracharse o si la borrachera le había impedido acostarse. Eso ya daba lo mismo. En el suelo, cerca de la puerta de la cocina, había un colchón con una manta mugrienta encima. Le dio tanto asco que lo depositó allí sin taparle y se fue al corral, donde no quedaba ni una sola gallina, sólo las jaulas abandonadas con las puertas abiertas, alguna ausente. Pero los sacos seguían estando en el mismo sitio. Llenó uno con los periódicos atrasados y todos los trastos rotos que había visto al entrar, y subió al piso de arriba. Su antiguo dormitorio estaba tan sucio como el resto de la casa, pero nadie lo había tocado, y sus cosas, la cama hecha, los viejos libros de la escuela, unos pocos juguetes supervivientes y las postales de mujeres desnudas que guardaba en un

cajón, le saludaron como una cuadrilla de niños avejentados y enfermizos, polvorientos. Eso no le consoló, al contrario. Cuando empezó a sentir los primeros síntomas de algo parecido a un mareo, abrió todas las ventanas, se lavó las manos, se sacudió el polvo del traje, salió a la calle y por fin respiró.

—Ésa ya no vive aquí —una mujer desconocida le miró con aprensión desde el umbral de la casa de Evangelina, la frutera.

—¿Se ha ido del pueblo?

—No, pero vive más allá de la estación, a la izquierda, en unas casas grandes, con las fachadas de cemento.

Julio asintió, le dio las gracias. Conocía aquellas casas, que no eran casas, sino viejos almacenes del ferrocarril, que ya estaban en desuso cuando él se marchó a Madrid. No le sorprendió. Evangelina, que al estallar la guerra acababa de casarse con uno de los compañeros de su madre, se había quedado viuda mucho antes de que terminara. Su marido había muerto defendiendo Bilbao, pero el duelo no había paralizado a su mujer, que siguió siendo la mano derecha de Teresa González en todos los comités que se inventaba y acababa presidiendo antes o después. Por eso había pensado en ella. Porque, si no estaba en la cárcel, necesitaría el dinero.

—Es mucho trabajo...

Evangelina, que acababa de cumplir treinta y cuatro años, a veces añoraba la cárcel, porque allí dentro no tenía que pensar en nada, ni cuidar de nadie que no fuera ella misma, y cuando iba a verla, su madre le decía que la niña estaba bien, que la familia estaba bien, que no se preocupara. Desde que había salido, todo era distinto. Desde que estaba fuera, Evangelina había vuelto a la guerra, una guerra sórdida y pequeña, constante y personal, la batalla diaria del desempleo y los jornales raquíticos, de los precios altísimos y el acoso perpetuo de la Guardia Civil, de las puertas que se cerraban a su paso y los vecinos que no la saludaban, de la tarea de criar a su propia hija como si fuera una apestada y las horas de espera en la puerta de otra cárcel, entre las manos un paquete repleto con el fruto de su ayuno de cada semana, para mentir —todos estamos muy bien, tú no te preocupes por nada— a su hermano pequeño, que se había echado al monte en el 39 y había aguantado allí, a caballo entre dos sierras, hasta que uno de sus compañeros decidió entregarse y entregarle a él, junto con otros, a principios del 43. Evangelina, a veces, añoraba la cárcel.

—Hace mucho tiempo que no voy por tu casa —añadió, tratando de disimular su excitación, una codicia súbita, nerviosa, mientras miraba a Julio con los ojos hundidos en un rostro que habría impedido a cualquier desconocido adivinar su edad, la piel tirante y sin embargo seca, palidísima, transparentando la huella de los huesos —, pero por lo que se ve por fuera...

—Yo lo hago —una chica muy joven, una cría de doce o trece años, que había

escuchado la conversación desde la puerta de aquel antiguo almacén cuyos ocupantes habían dividido en habitáculos colgando esteras de dos cables que delimitaban una especie de pasillo central, se atrevió a salir para mirar a Julio, muy sonriente—. A mí no me importa que sea mucho trabajo, yo lo hago, de verdad que no me...

—¡Juana! —Evangelina gritó su nombre, se la quedó mirando con una expresión avergonzada y furiosa al mismo tiempo, cosechó a cambio una mirada lastimera, suplicante—. Ha venido a verme a mí. Y yo no he dicho que no quiera hacerlo.

—Lo siento —la chica se disculpó, pero no alteró la composición de su mirada—. Yo creía...

Julio las miró mientras se miraban, y miró a su alrededor, aquella calle de tierra, sin aceras, sin postes de la luz, sin fuentes, sin coches, sin hombres. En aquel barrio no había hombres, sólo ancianos y mujeres, mujeres solas de todas las edades con sus hijos, ninguno muy pequeño, niños de ocho, de diez, de doce años, niñas dispuestas a trabajar en lo que fuera como las adultas que no eran, y a hacerlo más barato, más deprisa, sin discutir el precio, sin intentar negociar, sin poner pegas.

—Sé que es mucho trabajo —insistió Julio, con un acento manso y su sonrisa encantadora mejor domesticada—, pero estoy dispuesto a pagar bien.

—Entonces podemos hacerlo entre las dos —Evangelina aceptó el abrazo de su flamante compañera con algo parecido a una sonrisa—, así iremos más deprisa. ¿Cuándo quieres que empecemos?

—Ahora mismo.

Mientras las acompañaba a casa de su padre, Julio preguntó por las tierras, por las ovejas de Benigno, y Evangelina le contó que lo había arrendado todo, y se las arregló para confirmar sus sospechas sin pronunciar una sola palabra que pudiera comprometerla. Por eso las dejó solas y se fue derecho a buscar a aquel cabrón que le saludó levantando el brazo, ¡arriba España! Él no le respondió que arriba siempre. Te voy a perdonar los atrasos, se limitó a advertirle, después de escuchar que no guardaba ningún recibo de las cantidades, según él justas, exactas, escrupulosamente idénticas a las acordadas, que había ido pagando a su padre siempre en metálico, pero a partir de ahora lo quiero todo por escrito y, de momento, el dinero de los arriendos lo ingresas en el banco, ¿a que este mes no lo has pagado todavía?, ¿no, verdad?, pues ya sabes... Y antes de salir de su casa, se volvió, contento pero también muy sorprendido por la eficacia de sus amenazas, para señalarle con el dedo por última vez, y que no te lo tenga que volver a repetir.

En el bar de la plaza le pasó algo parecido. Sus paisanos guardaban una memoria muy precisa de aquella mañana en la que se había paseado por el pueblo con un falangista uniformado, y de su última visita, ya con camisa azul y boina roja, los papeles arreglados para marcharse a Rusia. Esa imagen, más que eficaz, más que potente, era también más valiosa que el retraso de su vuelta. Habían pasado ya tres

años desde que el otro divisionario superviviente de Torrelodones volvió al pueblo, pero había vuelto contando que Julito tenía un destino en la retaguardia, que se llevaba con los jefes a partir un piñón, y que por eso se había quedado allí. Ahora volvía, otra vez de visita, bien vestido, con dinero y aplomo de hombre de mundo, y ya estaban en abril de 1947, todavía estaban en abril de 1947, pero lo mejor seguía siendo no saber, no hablar, no pensar, no decir, no ser nada ni nadie. Por eso se alegraron de verle, le dieron palmadas en la espalda, le sonrieron y no hicieron preguntas. Él no las echó de menos. Había tenido que dar muchas explicaciones antes de llegar allí, y le quedaban muchas explicaciones que dar, todavía.

Si no se hubiera equivocado por tercera vez, si hubiera acertado en sus cálculos más obvios, las expectativas que por primera vez en mucho tiempo habían puesto de acuerdo a todos los españoles que vivían a ambos lados de la frontera francesa y aun del océano Atlántico, todo habría sido más fácil. Porque a nadie se le habría ocurrido pensar que los aliados fueran a dejar a Franco en su sitio. Ni siquiera al propio Franco. Los exiliados de París se daban cuenta. Éstos están acojonados, decían ante la puerta de la embajada de España, no les llega la camisa al cuerpo... Eso era verdad, y era lógico.

Decenas de miles de guerrilleros españoles, combatientes republicanos a los que el gobierno de Daladier había tratado en 1939 como si fueran la escoria de la delincuencia mundial, habían luchado al lado de los aliados para derrotar a los alemanes y su contribución había sido importante en muchos lugares, decisiva en el sur, donde habían liberado ellos solos pueblos, ciudades, comarcas enteras. Pero no luchaban por Francia. Luchaban por España, para seguir luchando, para poder volver a luchar en España, y los franceses lo sabían, los aliados lo sabían, todo el mundo lo sabía. Hoy por ti y mañana por mí, pensaban, pero no. Pero no. Hoy fue por ellos y al día siguiente por Francisco Franco. No habían admitido a España en la ONU, eso sí, pero el dictador se fumó un puro con esa prohibición. Luego, los campeones de la democracia mundial le dedicaron unas palabritas, las reconvenciones blandas, cómplices, que una abuela cansada y afectuosa dirigiría a un nieto simpático pero un poco travieso, si no te portas bien, un día de éstos, ya veré cuándo porque tampoco es que corra prisa, te voy a dejar sin postre. Y nada más. Absolutamente nada más.

—La traición es la ley, la norma de mi vida —le había dicho Ignacio Fernández cuando la mecha del último cartucho se negó a prender en la pólvora mojada de aquel desenlace increíble, inconcebible—. Vivo para ser traicionado. Me levanto y me acuesto, como, respiro, lucho, me juego la vida para ser traicionado una y otra vez, de frente y por la espalda, por los amigos y por los enemigos, en mi país y en el extranjero, porque la traición es la ley, la realidad, la única norma...

Estaban ya en diciembre de 1946, habían pasado más de diez años desde la primera traición que soportaron, y nada había cambiado para ellos. Cuando la radio y

el destino dieron por concluida al mismo tiempo aquella declaración de la ONU, el camarero del bar donde se habían reunido para escucharla, un riojano alto y fuerte como una torre que se llamaba Tomás y había entrado en París con la «Nueve», tres dedos de menos en el pie izquierdo y una sordera irreversible en el otro oído, se echó a llorar como un niño pequeño.

—Somos los parias de la Tierra —Ignacio ya no hablaba para nadie, los ojos fijos en el fondo del vaso—, los parias de la Tierra, maldita sea, malditos sean, malditos seáis...

Si no se hubiera equivocado, todo habría sido más fácil. Si el mundo no hubiera traicionado, si no hubiera abandonado, si no hubiera dado la espalda a hombres como aquéllos, él habría vuelto a España por la puerta grande. Cuando Juan Manuel, aquel taxista de Madrid reconvertido en obrero metalúrgico en Orleáns, le preguntó de dónde salía, Julio mintió poco, lo justo.

—Me alisté en la División Azul, por la paga y para pasarme, pero cuando lo intenté, me cogieron —y siguió contando en voz alta, en primera persona, la historia de Pancho Serrano con un epílogo inventado, personal—. No tenían pruebas contra mí. Aquella semana ya habían fusilado a tres, y yo siempre negué que quisiera desertar. Dije que me había perdido, allí es muy fácil perderse, ¿sabéis?, por la nieve, porque todo es igual, todo blanco, y a los fachas les daba mucha rabia declarar desertores, porque tenían muchísimos, diez veces más que el ejército alemán, por lo menos... —hizo una pausa para estudiar la reacción de su auditorio, pero no encontró ningún signo de recelo en los tres pares de ojos que le miraban—. Los nazis ya estaban hartos de desertores españoles, así que me juzgaron y me condenaron por un delito de indisciplina. Hasta que la División se retiró, estuve en una especie de batallón penitenciario, desarmado y haciendo el trabajo duro, cavar zanjas, construir caminos de troncos, cosas así. Luego, me metieron en un tren para mandarme a España y me dijeron que no volverían a juzgarme, que quedaría en libertad, pero salté del vagón cerca de Marsella. Me pegué un buen trastazo, pero no me rompí nada. Y desde entonces, hace cinco meses ya, voy de aquí para allá, escondiéndome de los gendarmes y trabajando en lo que sale...

Ni Juan Manuel ni ninguno de sus dos amigos le preguntaron mucho más, porque Julio no estaba en España, sino en Francia, igual que ellos, y los exiliados del 39 estaban acostumbrados a escuchar historias como ésa y mucho más extrañas. Martín, que había sido pastor en Vizcaya antes de trabajar en la misma fábrica que el antiguo taxista, tenía menos hijos que éste, pero compartía un piso pequeño con su hermana, su cuñado y dos sobrinos. Los hijos de Pablo, en cambio, no estaban en Francia. El mayor estaba en España, preso, y los dos pequeños, una niña y un niño, en la Unión Soviética. Bueno, eso suponemos, le dijo mientras lo llevaba a su casa, porque allí los mandamos desde Barcelona, pero hace mucho tiempo que no podemos escribirles, ni

ellos a nosotros, claro... Su mujer, Maruja, murciana como él, se alegró de volver a tener un chico en casa.

Pocos días más tarde, el que había sido el español más misterioso y elegante de Riga, trabajaba para un empresario francés que facilitaba documentación falsa a sus propios obreros indocumentados y se cobraba el favor descontándoles casi la mitad del sueldo. No le importó, porque eso era exactamente lo que pretendía. Mientras él se agotaba levantando bultos y transportándolos de un lugar a otro, Romualdo Sánchez Delgado estaría en Madrid, bien vestido, con dinero y hablando de los tanques invisibles que los alemanes seguían perfeccionando en secreto, y esa escena parecía una cosa pero significaba otra muy distinta. Los tanques invisibles no existen, Romualdo, se decía Julio a sí mismo cuando se encontraba demasiado cansado, desanimado o harto, pero las cárceles sí. Y ahí es adónde vas a ir a parar tú cuando yo esté sentado en una terraza de la calle Alcalá, con dinero y bien vestido.

Eso era lo que iba a pasar, lo que tenía que pasar, lo que era lógico, y justo, y razonable e inevitable que fuera a pasar. Julio no lo dudaba, no lo dudaban Juan Manuel, ni Pablo, ni Martín, ni muchísimo menos los que conoció cuando decidió probar suerte en París, al año siguiente, Tomás, Aurelio, Amadeo, Ignacio, los dedos todavía manchados con la pólvora de la victoria y los oídos calientes de escuchar el *Himno de Riego* que las bandas de música de los pueblos por los que habían pasado tocaban a continuación de *La Marsellesa*, durante los desfiles de la Liberación. Sus armas eran distintas. Él tenía dos barajas, la suerte de tener dos barajas, cartas marcadas, documentos auténticos de todos los colores, y algo aún más raro, más valioso. Otros nacen guapos, ricos, príncipes. Julio Carrión González había nacido simpático y lo sabía, sabía que caía bien a la gente, que inspiraba confianza en los hombres y deseo en las mujeres, y sabía que los más listos también son tontos cuando tienen enfrente a alguien más listo que ellos.

Eso lo tuvo presente siempre, y más que nunca cuando comprendió que sus sucesivas equivocaciones le habían puesto en el camino del acierto definitivo.

—Buenos días, me gustaría ver a don Ernesto Huertas —y sonrió como él sabía hacerlo, pero aquella mañana de febrero de 1947, en el mostrador de la embajada de España en París no atendía una mujer, sino un funcionario moreno, seco, con un indeterminado acento castellano.

—Lo dudo —aquel hombre le miró de arriba abajo para dejar claro que no le gustaba mucho lo que estaba viendo, antes de explicarse—. Aquí no trabaja nadie que se llame así.

—Bueno, pues si algún día llegara a trabajar, o si usted se acordara de repente de alguien con ese nombre... ¿Podría hacerme el favor de darle este sobre?

El recepcionista volvió a mirarle, a medirle con los ojos, antes de extender la mano, y él se despidió con mucha ceremonia y una sonrisa tan encantadora como la

que había acompañado a su primera petición.

Ernesto Huertas le hizo esperar tres días, pero al cuarto fue a su encuentro delante del quiosco de prensa ante el que Julio le había asegurado en su nota que estaría todas las tardes, a las seis en punto.

—Tú no te llamas Eugenio Sánchez Delgado —le anunció nada más verle—. Tú te llamas Julio Carrión y eres un chaquetero hijo de puta.

—Sí —él aceptó el insulto con una sonrisa—, pero no le he citado para hablar de mis defectos.

Aquel hombre, comandante de la inteligencia militar española, se encargaba de controlar a los exiliados republicanos en París y lo sabía todo. Julio, que también sabía mucho de él, ya contaba con eso, y con que era muy listo. Pero los más listos también son tontos cuando tienen enfrente a alguien más listo que ellos, y él no iba a acabar cuidando ovejas como su padre. Ni loco, vamos.

—¿Y de qué quieres hablar, entonces?

—Preferiría decírselo en privado.

Huertas asintió, movió la mano en el aire para invitarle a escoger otro lugar, y siguió a Julio hasta un café que tenía una especie de zona reservada al fondo, unas pocas mesas ocultas por un tabique que las protegía de las miradas de los transeúntes. Carrión pidió dos cafés, se inclinó sobre la mesa, miró al comandante a los ojos y habló en un susurro.

—Quiero volver a España —Huertas sonrió—. A Madrid —insistió, y la sonrisa de aquel hombre se ensanchó.

—Me parece muy bien. Para eso está el consulado, todas las mañanas, de nueve a doce.

—Ya —Julio tomó aire, cruzó los dedos por debajo de la mesa—, y después un juicio, ¿no?, un proceso para... Depurar responsabilidades. Lo llaman así, ¿verdad?

—Efectivamente —la sonrisa de Huertas se convirtió en una mueca de sorna.

—Claro. Pero yo quiero volver limpio. Libre.

—¿Con qué? —Huertas había sacado un cuaderno pequeño, grueso y muy usado, que llevaba asegurado con una goma, y lo hojeó un momento antes de seguir hablando—. ¿Con tu carné de Falange o con el de la JSU, con tu cartilla militar de caballero divisionario o con la ficha de rojo que tienes abierta en mi oficina? —levantó la vista del cuaderno para dedicarle una sonrisa burlona—. ¿Con qué quieres volver, Carrión? Dímelo, porque me interesa mucho, ¿sabes? De hecho, yo diría que no lo tienes nada fácil.

—Quiero volver con un trato —pero él había previsto minuciosamente el desarrollo de aquella entrevista y respondió con aplomo, una seguridad en sí mismo que desconcertó a su interlocutor—. Con el trato que vamos a hacer ahora mismo usted y yo.

—¿Sí? —Huertas levantó una ceja, se tomó su tiempo—. ¿Y qué me puedes ofrecer?

Julio le contestó con otra pregunta.

—¿Qué quiere usted saber?

El plan era suyo, él lo había ideado, lo había concebido y lo había desarrollado en solitario, aunque Ignacio Fernández Muñoz creía que se le había ocurrido a él y seguiría creyéndolo durante el resto de su vida. Un par de meses antes, la misma tarde en que Tomás apagó la radio y se echó a llorar, Aurelio se le había quedado mirando con los ojos llenos de lágrimas y le había hecho una pregunta, ¿qué vamos a hacer ahora? El Abogado no despegó los labios. ¿Qué vamos a hacer ahora, Ignacio?, repitió el Boquerón, y su amigo apuró la copa y por fin contestó, ¿pues qué quieres que hagamos? Seguir esperando, y seguir viviendo, ¿no?, a ver... No tenemos otra.

Y sin embargo, al salir del bar, se le ocurrió algo más. Voy a hablar con mi padre, dijo, sin dirigirse a ninguno de ellos en especial, porque ya, tal y como se están poniendo las cosas, no tiene sentido que estemos aquí, jodidos, viviendo todos juntos, mamá y él trabajando como cabrones, y que siga teniendo propiedades en España... Mateo Fernández Gómez de la Riva no había querido vender nada, ni la casa de Madrid, ni la de Torrelodones, ni el piso que había comprado para su hija mayor en la calle Hartzenbusch, ni las tierras de su mujer, nada. Tengo el presentimiento de que no volveré a poner un pie en este país de mierda, había dicho, pero no era verdad. No era verdad. Él creía que iba a volver, como su mujer, como sus hijos, como sus amigos, como todos. Pero lo que iba a pasar, lo que era obvio, y lógico, y justo, y razonable, e inevitable que pasara, ni había pasado ni iba a pasar nunca. Julio se dio cuenta antes que nadie, porque lo único que le importaba era su propio futuro. Y ya sabía que los Fernández eran ricos, eso en Torrelodones lo sabía todo el mundo, pero no imaginaba que conservaran tantas propiedades como las que Ignacio fue enumerando en voz alta, mientras caminaban juntos hacia su casa. Lo demás fue fácil, aunque él, un simple militante sin contactos con la dirección, no estuviera en condiciones de vender barata su traición.

—Todo lo que me has contado no vale un pimiento.

El comandante cerró su cuaderno, lo aseguró con una goma, se lo metió en un bolsillo y le miró. Julio sostuvo su mirada y no intentó defenderse, por más que le hubiera visto tomar notas en un par de ocasiones.

—Ya —se limitó a añadir—, pero es que yo no soy lo que parezco.

Huertas, perro viejo, le dirigió entonces una mirada sagaz y distinta, como si estuviera empezando a descubrir la verdad, que aquel chico se estaba haciendo el tonto, que sabía de antemano que la información que podía proporcionarle no valía el precio del favor que quería pedirle, que le había convocado para decirle algo más, pero no logró prever el giro que Julio le dio a la conversación.

—Yo era el hombre del coronel Arenas en Riga, ¿sabe?, pero trabajaba sin cobertura, en la clandestinidad. No existía para nadie, ni para el ejército español ni para el alemán, y la vuelta se me complicó. Tampoco pensaba quedarme en París, no crea, sino seguir viaje. Y tendría que estar en España desde hace más de dos años, pero me enamoré de una mujer y me volví loco.

—¡Oh! —Huertas se echó a reír para disimular que ya no sabía qué pensar—, ¡qué romántico!

—Sí —Julio se rió con él—, la verdad es que fue muy romántico. Claro que ella se merece eso y más, Paloma Fernández Muñoz, ¿la conoce, verdad?

—La bella Paloma... —el comandante asintió muy despacio con la cabeza—, claro que la conozco. De lejos, pero... ¿quién no la conoce? Y dime una cosa, Carrión, sólo por curiosidad, ¿te la tiraste?

—No, eso no —Julio cabeceó, con cara de pobre diablo, y Huertas se rió con más ganas que antes.

—Pues ya lo siento, chico, porque eso mejoraría bastante el concepto que tengo de ti, la verdad... Hasta los hombres que he conseguido infiltrar han tenido la debilidad de intentarlo, y nada. La Viuda Roja, la llamamos. Estoy por acercarme un día de éstos para hacerle proposiciones yo también, porque debo ser el único español de París al que no le ha dicho todavía que no.

—Ya... —en ese punto, Julio hizo una pausa, tomó aire, cruzó los dedos por debajo de la mesa—. Estoy pensando que, por el acento..., usted es andaluz, ¿verdad, comandante?

—Sí.

—¿De dónde? —pero el interrogado convertido en interrogador puso mucho cuidado en conservar su tono de pobre diablo—. Si no le importa decírmelo, claro.

—No, no me importa —porque ya intuía qué clase de hombre tenía delante—. Soy de Córdoba.

—¿De Córdoba...? —Julio frunció el ceño y los labios a la vez en una mueca de fastidio—. ¡Qué pena! —y ante la expresión intrigada, expectante, del militar, siguió hablando como para sí mismo—. Porque se me acaba de ocurrir... La madre de Paloma, que también es andaluza, tiene unas fincas enormes, hectáreas y más hectáreas de olivares, una fortuna. Y no le han expropiado ni un árbol, no crea, porque se quedó a cargo de todo una sobrina suya muy afecta al régimen. Pero en España la propiedad sigue siendo la propiedad, desde luego, pues no faltaría más, y por eso, cuando se enteró de que yo quería volverme, don Mateo me hizo un poder notarial para que me encargara de venderlo todo en su nombre, pero, claro... —levantó los ojos y se dejó deslumbrar por la codicia que brillaba en la mirada del comandante—. Como usted es de Córdoba, y las fincas de la madre de Paloma están en Jaén, y yo no voy a volver, por lo visto...

Una semana después, cuando Ernesto Huertas hizo las averiguaciones necesarias para asegurarse de que Julio Carrión no vendía humo, le avisó de que ya podía pedir el pasaporte. Dos días más tarde, él mismo adjuntó a su petición un informe favorable del divisionario falangista de trayectoria intachable que se había quedado a vivir en París por motivos personales, familiares, añadió entre paréntesis, sin especificar nada más, pero que siempre y en todo momento había colaborado con aquella embajada en cuanto se le había solicitado. El pasaporte tardó en llegar todavía un mes, y se lo entregó Huertas en persona con un par de advertencias que no le convenía ignorar, y no ignoró. Ésa fue la última vez que estuvieron en contacto, pero la misma mañana de su partida, Julio Carrión González volvió a escribir una nota para él. París, 3 de abril de 1947. Me la he tirado, hijo de puta, me la he tirado. La firmó, la leyó, sonrió, se echó a reír, la rompió en pedacitos y la tiró a una papelera. Le habría encantado mandársela, pero no se atrevió.

—Húndela, destrózala, machácala. Y cuando termines con ella, dile que vas de mi parte —Paloma Fernández Muñoz le miró, le besó en el pecho, le volvió a mirar, y Julio se estremeció ante el poder de aquellos ojos claros que se oscurecían de ira, de tristeza, de emoción, para sumar a su belleza una cualidad magnética, casi irresistible —. Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Al principio, pensé pedirte que la mataras, pero prefiero que siga viva. Prefiero que se acuerde de mí, que cuando esté tirada en la calle piense en mí, y que siga viendo mi cara al levantarse y al acostarse, durante todos los putos días de su puta vida. Haz eso por mí, Julio, y luego vuelve a por más. Porque no habrá nada en este mundo, y escúchalo bien, nada, que yo no esté dispuesta a hacer para pagártelo.

¡Qué lástima, Paloma!, pensó Julio Carrión entonces, ¡qué lastima!, mientras se vestía sin mirar lo que hacía, su mirada fija en el esplendoroso espectáculo de la mujer que se vestía al otro lado de la misma cama, ¡qué lástima!, al salir a la calle, al caminar a su lado por la acera, al besarla por última vez en el portal de su casa, aquel beso furioso, desesperado y cargado de esperanza, y el cuerpo de la española más deseada de París pegándose a su cuerpo como una súplica muda, exigente y última, ¡qué lástima, Paloma! El plan era suyo. Él lo había ideado, lo había concebido, lo había desarrollado en solitario y había dejado que Ignacio creyera que todo se le había ocurrido a él, pero no esperaba aquel regalo, el milagro de la noche desenfrenada, luminosa, en la que descubrió todo de lo que una mujer era capaz, y se sintió escogido, bendecido, único, y también, por primera y última vez en su largo camino hacia la gloria, culpable, traidor.

—Hola —un hombre alto, rubio, remotamente conocido para él, se le había acertado con la sonrisa sincera, franca, que identificaba a los exiliados españoles durante aquella breve y engañosa primavera de la victoria aliada—. Tú eres el hijo de

Teresa, la maestra de Torrelodones, ¿no?

Desde que el Abogado le reconoció en un café abarrotado de compatriotas, Julio Carrión visitaba a los Fernández con tanta frecuencia como si formara parte de su familia. Antes de aquel día, él sabía quiénes eran, conocía de vista su casa, aquel chalé tan grande, tan bonito, y el jardín, enorme, con unos pinos tan altos que se veían desde la carretera, pero no se acordaba mucho de ellos porque era todavía un niño cuando dejaron de ir a veranear a su pueblo. Ignacio era el único al que había visto después, cuando el frente se estabilizó en la carretera de La Coruña y Torrelodones se convirtió en uno de los puntos fuertes de los leales al norte de Madrid. Al principio creyó que el Abogado conocía a su madre sólo de eso, pero se enteró enseguida de que en verano, antes de la guerra, solía acompañar a su hermano Mateo a las reuniones de la Casa del Pueblo, y a veces, Carlos, el novio de Paloma, luego su marido, iba también con ellos. En 1945, en París, a un exiliado español de veintitrés años, solo, soltero y desamparado, no le hacía falta nada más para ser acogido en una casa como aquélla sin límites ni condiciones. Estamos todos en el mismo barco, seguía repitiendo María Muñoz, hoy te ayudamos nosotros a ti, y mañana, a lo peor, tienes tú que ayudarnos a nosotros. Y además, es tan simpático, decía luego, sí, la verdad es que es encantador, añadía Paloma, y tan gracioso, a Anita también le gustaba, siempre haciendo trucos y contando chistes, y jugando con los niños... Los niños, Ignacio y después Olga Fernández Salgado, y Aída Martínez Fernández, la primogénita de María, que se había quedado a vivir en Toulouse pero visitaba a sus padres todos los meses, adoraban a Julio, que les sacaba caramelos de detrás de las orejas cada vez que los veía y se subía las mangas hasta el codo después de comer para hacer desaparecer debajo de una servilleta toda clase de cosas que reaparecían enseguida donde menos lo esperaban.

Él se dejaba querer, no le costaba trabajo, y les cogió cariño a los críos, llegó incluso a quedarse con ellos algunos sábados por la noche, cuando los padres de Ignacio tenían algún compromiso y Anita le recordaba que había prometido llevarla a bailar, pero todos sabían que no lo hacía por ellos, sino por Paloma, que había encontrado trabajo en un periódico y volvía tarde a casa.

—Anda, Julio, vete, sal a divertirte —le decía cuando abría la puerta y se lo encontraba en el recibidor, de pie, esperándola—. Todavía llegas a las copas, ya me quedo yo pendiente de los niños...

Ella sabía que él no quería irse, y le consentía quedarse, sentarse frente a ella mientras cenaba en la cocina y luego a su lado en el sofá, mirándola, admirándola, adorándola como si fuera una diosa. Ésa era la única verdad que Julio le contaría al comandante Huertas, aunque era una verdad a medias, porque estaba enamorado de aquella mujer, pero no se había vuelto loco por ella. Julio Carrión González no se volvería loco por ninguna mujer en toda su vida, porque apreciaba demasiado lo que

él entendía por cordura, pero a su manera astuta o pobre, limitada, amaba a Paloma Fernández Muñoz, y con respirar el aire que flotaba a su alrededor tenía bastante. Eso era Paloma para él, una diosa, una mujer inalcanzable, la imagen suprema de la armonía, de la gracia, de la belleza, y un mandato íntimo, una tortura asumida con alegría, un sufrimiento placentero y sostenido que no podía evitar, pero que tampoco le hacía daño, porque Paloma era de todos y no era de ninguno, era la mujer amada, deseada, adorada por un ejército de hombres vivos pero la esposa fiel y enamorada de un hombre muerto.

Vive sin mí, Paloma, vive por mí, encuentra un compañero digno de ti, y ojalá que él te quiera la décima parte de lo que yo te he querido, amor, y ojalá te haga la mitad de feliz que he sido yo contigo. Carlos Rodríguez Arce le había pedido eso a su mujer antes de morir, pero ella no había querido concedérselo. A sus padres no les gustaba, a su hermano tampoco, a su hermana menos que a nadie, pero ningún argumento, ninguna súplica, ningún consejo le había hecho cambiar de opinión. Dejadme en paz, es mi vida, yo no me meto en la vuestra, ¿verdad?

Hasta que la penúltima noche de 1946, Julio Carrión González anunció en el comedor de su casa que estaba pensando en volverse, que no le iba a quedar más remedio que volver. En ese instante, antes de darle tiempo a explicar que su hermana le había escrito para decirle que se iba a casar con un hombre bastante mayor y muy bien situado que no quería cargar con su suegro de por vida, y que tendrían que meterle en un asilo si no volvía a hacerse cargo de él, los ojos de Paloma relucieron y Julio se dio cuenta. No me hace ninguna ilusión, añadió, os lo podéis figurar, pero mi padre está muy enfermo, mi hermana hecha una arpía, y mi futuro cuñado, por lo que ella dice, dispuesto a avalarme. ¡Avalado sea Dios!, dijo Ignacio, haciendo un juego de palabras que había estado muy de moda en Madrid unos pocos años antes, y todos sonrieron, todos menos Paloma, que siguió mirándole con los ojos fijos, muy brillantes. De momento, eso fue todo. Después, el Abogado creyó haber tenido una idea. Oye, Julio, quiero pedirte un favor... Por supuesto, contestó él, por supuesto, cuenta conmigo para lo que sea, ya lo sabes, en cuanto pueda, iré a ver a tu prima, me enteraré de cómo está todo y os escribiré para contároslo. No fue más allá, y así consiguió que Ignacio siguiera pensando. Voy a hacerte un poder notarial, Julio, le dijo su padre al día siguiente, porque lo he estado hablando con mi hijo y él cree que no vas a poder hacer nada sin un documento que acredite que actúas en mi nombre. ¿Usted cree que hace falta?, arriesgó él, claro, contestó don Mateo, si no, cualquiera podría haberse quedado con todo... Sí, eso es verdad, admitió Julio, y entonces Paloma ya le miraba de otra manera, con descaro y una melancolía honda, también risueña, un interés que rozaba la admiración. Nunca como la tarde anterior a su partida, cuando fue a su casa por última vez, a despedirse.

—¿Tienes algún plan para esta noche, Julio?

Paloma salió a su encuentro cuando ya estaba en la puerta, y su aparición suspendió la realidad, detuvo las conversaciones, congeló las sonrisas e impregnó aquella escena con una luz irreal de blanda, dudosa consistencia.

—Es que hace mucho tiempo que no salgo con nadie, y de repente me apetece, ¿sabes?

La viuda de Carlos Rodríguez Arce llevaba un vestido negro, ceñido, escotado, de un tejido suave y brillante que se pegaba a su cuerpo con una terrorífica docilidad en los hombros, en los pechos, en la cintura, para despegarse después de marcar la justa contundencia de las caderas, dejando al aire unos brazos preciosos, y las preciosas piernas de una mujer preciosa, a la que Julio siempre había tenido que adivinar tras los atuendos modestos, a veces casi monjiles, tras los que se escondía. Ahora, sin embargo, se mostraba ante él, para él. Se había marcado unas ondas en el pelo que enmarcaban su rostro con una aureola de agua negra, llevaba los labios pintados de rojo oscuro, le acariciaba a distancia con una mirada lánguida y paciente, poderosa, y se comportaba como si nadie más estuviera con ellos.

—Bueno —avanzó hacía él y sus tacones repiquetearon sobre las baldosas como las campanas de una catedral—, ¿qué dices? ¿Me vas a llevar por ahí, o no?

—Claro —Julio no fue capaz de escuchar su respuesta, un hilo de voz estrangulado por la emoción—. Claro que sí.

Paloma se acercó a él, le dejó oler su perfume, le cogió del brazo, y en el umbral de la puerta, se volvió para mirar a su familia, todos perplejos excepto su madre, que se había cogido la cara con las manos para mover la cabeza muy despacio, negando en silencio, los ojos húmedos.

—¿Qué pasa, mamá? —la voz de Paloma era neutra, pero su mirada pareció licuarse al afrontar la que recibía—. ¿No eres tú la que estás todo el día diciéndome que tengo que salir con hombres?

Entonces, Julio temió que aquella noche no llegara a empezar nunca, y la cogió del codo para tirar de ella con disimulo. Paloma se dejó llevar, cerró la puerta, y todavía en el descansillo, le demostró que no tenía nada que temer.

—Ya verás qué bien nos lo vamos a pasar tú y yo esta noche, Julio —le dijo después de besarle en la boca con una pasión casi avariciosa, desprovista de la frialdad de los besos estratégicos, calculados—. Ya verás qué bien...

Él había adivinado los motivos de Paloma al mismo tiempo que su madre, tal vez antes aún, pero le sorprendió el calor, la entrega de una mujer que estaba dispuesta a poner todo lo que tenía en la medida de su venganza, a darse por entero a un hombre que no era su herramienta, sino su caballero, su paladín, el campeón que lucharía por ella, que asumiría su causa, que vencería en su nombre.

Eso fue lo que sintió Julio Carrión, y no era eso lo que esperaba. Eso fue lo que le hizo dudar mientras la española más deseada de París, la que sólo sabía decir que no

y decírselo a todos, caminaba de su brazo, tan segura de sí misma como si pretendiera romper las aceras con sus tacones, una mujer lujosa, resplandeciente, imposible de tan hermosa, parando el tráfico y las conversaciones, concentrando las miradas, los silencios, creando una leyenda duradera en las terrazas repletas de exiliados republicanos que la veían y no se lo creían, y todo con él, por él, para él. Julio Carrión contaba los codazos, percibía los susurros, las miradas atónitas, la bella Paloma en la calle, con un hombre, riéndose, besándole, dejándose abrazar, la Viuda Roja, quizás más roja que nunca pero ya no tan viuda con aquel escote, con aquellos brazos, aquellas piernas preciosas y al aire, dejando caer la cabeza sobre el pecho de un chico insignificante ante la cámara de un fotógrafo callejero. Julio conocía los motivos de Paloma, los había adivinado al mismo tiempo que su madre, tal vez antes aún, pero no esperaba tanto calor, tanta entrega, la pasión sincera, incondicional, de una dama que escoge a su caballero, nada que ver con el cálculo, con la aritmética, las transacciones más o menos turbias que envuelven la selección de una herramienta útil, eficaz, para un trabajo caro, delicado, y nada más.

Mira por dónde, te voy a echar un polvo gratis y todo, Palomita. Eso había pensado él, eso esperaba, una negociación limpia, rápida, sin complicaciones. Tú dejas a la hija de puta de mi prima tirada en la calle y yo te lo pago por adelantado. Qué bien, se había dicho a sí mismo, muy bien, de momento, primero me pagas y luego ya veremos... Pero no fue sólo un polvo, ni fue gratis. Paloma Fernández Muñoz no llegaría a saberlo nunca, pero Julio Carrión González tendría que luchar durante mucho tiempo para extirpar el recuerdo de aquella noche de su memoria, y jamás lo lograría del todo. Durante el resto de su vida, compararía con Paloma a todas las mujeres que conociera, y en el lugar donde otros hombres tienen el corazón, él tendría una muesca endurecida, seca, pero capaz de reblandecerse todavía, de palpitar y doler en las tardes de lluvia, con el nombre, y el rostro, y el cuerpo, y la piel, y la voz de Paloma Fernández Muñoz. Porque los más listos también son tontos cuando tienen enfrente a alguien más listo que ellos, y Paloma había sido más lista que él.

—Tú no puedes saber cómo le quería —y lo que parecía el final, fue un nuevo principio.

Ella estaba desnuda, exhausta, atravesada sobre su cama, y la poca luz de aquel cuarto pequeño de la pensión barata para españoles donde él vivía, creció y se esponjó alrededor de su cuerpo para iluminarlo con el resplandor tenue, dorado, de un centenar de velas que nadie había encendido. Así le miró, con el rostro aún coloreado por el esfuerzo, renunciando al cobijo de las sábanas, impúdica y consciente de su impudor, y del grado en el que incrementaba su belleza. Tenía la piel brillante de sudor, y sus ojos, más brillantes aún, gobernaban con autoridad, al mismo tiempo, la mirada de Julio y el espacio de aquella habitación que su sola presencia convertía en un escenario conmovedor, memorable. Él no podía combatir el poder de aquellos

ojos, no sabía, sólo podía mirarla, escucharla, aspirar el aroma de su sexo que lo impregnaba todo, dentro y fuera de él, y empezar a recordarla. Y entonces, cuando creía que ella ya no tenía nada más que darle, su piel erizada, harta de responder sin palabras a la oferta ilimitada de una mujer dispuesta a demostrarle todo de lo que era capaz, Paloma dijo aquello, tú no puedes saber cómo le quería, y todo volvió a empezar.

—Carlos me quería tanto, me mimaba tanto, me lo consentía todo... —sus ojos brillaban más que su piel, pero su voz era firme, serena y dulce, sonriente—. Estaba tan enamorado que nadie se fijaba en mí, nadie sabía cuánto, cómo le quería yo. Ahora sí, ahora por fin se han enterado, pero ya no sirve de nada. Y él era mejor que yo, ¿sabes?, él no habría vivido esperando una oportunidad para vengarse. Pero está muerto, y yo, que habría dado cualquier cosa por salvarle, estoy viva, viva y muerta a la vez, muerta en vida un día detrás de otro, desde hace siete años, hasta hoy, hasta esta noche —entonces cambió de posición, se tumbó a su lado, acercó su cabeza a la de Julio—. Yo soy peor que Carlos, pero he vivido, me ha tocado vivir, tengo que hacerlo todos los días, y lo único que me tiene de pie es mi amor por él, y el odio por quien me lo quitó. Yo soy peor que mi marido, y quiero vengarme. Me da igual que no sea bueno, que no sea útil, que me haga daño. Quiero vengarme. Eso es lo único que me importa. Véngame tú, Julio, véngame y no te arrepentirás. No te voy a engañar. No creo que pueda querer a nadie como le quise a él, pero si tú me vengas, podré empezar a olvidar, y quizás volveré a estar viva del todo.

Eso le dijo, y luego se subió encima de él, le besó, le abrazó, le reclamó con el eco de las palabras que él seguía escuchando, que nunca podría olvidar. Ésta soy yo, Julio Carrión, parecía decir, y tú mi campeón, mi paladín, mi caballero. Ésta soy yo y todo esto sé hacer, todo esto sé dar, todo esto será tuyo si asumes mi causa, si luchas por mí, si vences en mi nombre, porque tú eres único, eres el único, el hombre que puede devolverme a la vida, hacerme feliz.

No te voy a engañar, le había dicho, y no le estaba engañando. Julio también se dio cuenta de eso, de que no fingía para convencerle, para engatusarle con aquella primorosa exhibición. Lo que sucedía era distinto. Paloma le había tratado como a los demás, con la misma amable distancia, hasta que él se había distinguido, se había señalado, había dado un paso hacia delante, se había ofrecido a ella sin saberlo. Sólo entonces la viuda bella y desesperada se había fijado en él, había decidido que merecía la pena atarlo a su suerte, lo había escogido con todo lo que eso significaba, y si Paloma era una mujer, él no había conocido a otra mujer en su vida, ninguna tan bella, ninguna tan valiente, ninguna tan poderosa en el trance de entregarse, de ofrecerse entera, de una vez. ¿Te gusta esto?, ¿y esto?, espera, no seas tan impaciente, ya verás...

¡Qué lástima!, empezó a pensar entonces, mientras comprendía que aquella mujer

era lo que parecía, una diosa, y su piel, y sus ojos, y sus manos, y la impecable silueta de su cuerpo, manifestaciones primarias, prometedoras, de su profunda divinidad. ¡Qué lástima, Paloma! Y sin embargo, su último abrazo le conmovió, le sacudió, le comprometió más de lo que creía cuando se despidió de ella en el portal de su casa, aquel beso furioso, desesperado y cargado de esperanza, que no le estorbó para escribir la nota que nunca mandaría al comandante Huertas, me la he tirado, hijo de puta, me la he tirado, pero le acompañó en su viaje de vuelta como si lo llevara cosido a los labios.

Después, ni siquiera él podría creerlo, pero lo cierto fue que dudó, y hasta llegó a tomar una decisión imprevista, para corregirse con esfuerzo y volver a decidirse un par de veces. Todavía estaba a tiempo. El pasaporte que le permitió pasar la frontera en Irún como si los últimos tres años de su vida no hubieran llegado a suceder, le había costado muy barato en comparación con lo que pensaba ganar, y el padre de Paloma no le haría ningún reproche si volvía a París con el resto de su fortuna para cobrar su premio, para servir a su diosa, para ganar a su dama. Después, ni siquiera él podría creerlo, pero en algunos momentos, Paloma pesó más que su codicia, más que su astucia, más que el recuerdo de las ovejas que su padre había cuidado siempre y él ni loco, vamos. Todo lo demás le daba igual. Él se había conjurado con el futuro, se había prometido a sí mismo que nunca, jamás, Julio Carrión González volvería a ir con los que pierden, y esa promesa le eximía de hacer cualquier otra clase de consideraciones. Nunca perdió el tiempo en pensar quién era peor y quién mejor, quién llevaba razón y quién no la llevaba, él sólo quería ganar, y sin embargo, y aunque después ni siquiera él podría creerlo, en algunos momentos de su largo y definitivo viaje, el triunfo se llamó Paloma Fernández Muñoz, y su premio fue una vida distinta.

Hasta que llegó a Madrid. El 4 de abril de 1947, Julio Carrión González se bajó de un tren en la estación del Norte en un día de primavera, templado y claro. Miró a su alrededor, agradeció el calor del sol, respiró un aroma familiar en todas las cosas, y se dijo que de otra cosa no, pero que de mujeres, el mundo estaba lleno. En el mismo andén por el que caminaba hacia la salida había varias, y justo delante de él una, vestida de rojo, que caminaba despacio, balanceándose sobre sus tacones como si ella supiera mejor que nadie que tenía un culo estupendo. Mientras la miraba, Paloma le dolía, la sentía en el picor de los ojos, en la aspereza de la garganta, en el pinchazo intermitente que atravesaba con saña su costado. Decidió ignorarlo, hacer como que no se daba cuenta, y recordó que una noche, en París, había asistido a una discusión intrascendente pero muy divertida, entre algunos defensores de la teoría de Freud, el sexo mueve el mundo, y otros fieles a Marx, el dinero es el motor que lo mueve, y sonrió. ¿A que ahora va a resultar que, después de todo, yo lo que soy es marxista? Le hizo tanta gracia que cuando se montó en un taxi todavía se estaba riendo.

Escogió un buen hotel en la Gran Vía y disfrutó de las pulidas superficies de los muebles, las rosas que le esperaban en un jarrón de cristal tallado, la cama mullida y enorme, con sábanas de hilo. Yo estoy hecho para esta vida, pensó, ¿qué le vamos a hacer?, esto es lo mío. Entonces cesó el dolor, pero si se acercaba las manos a la cara, aún podía percibir el olor de Paloma, más poderoso que el agua y el jabón. Para despistarlo, salió a la calle, paseó por las aceras, estudió la oferta de los escaparates, entró en una camisería, se compró un traje nuevo, se sentó en una terraza, miró a su alrededor, escuchó fragmentos de conversaciones, se dio cuenta de que lo que contaban los exiliados en París era verdad. Madrid había cambiado mucho y no había cambiado nada.

Donde en 1941 aún podían distinguirse destellos de rabia, de fiereza, de arrogancia, ahora sólo había miedo. Donde en 1941 había miedo, ahora había más. Los madrileños quizás no se daban cuenta, pero él había estado fuera seis años, y volvía con los hombros erguidos a una ciudad apaleada, poblada de cuerpos encogidos y silencio, donde los uniformes gozaban de una escolta gratuita, un pasillo ancho y vacío hasta en las aceras más abarrotadas, porque los civiles, todavía muchos menos hombres que mujeres, se apartaban del camino de cualquier militar, cualquier policía, como si recibieran una descarga eléctrica cada vez que distinguían a alguno de lejos. Allí, en el corazón elegante de la ciudad, no vio miseria, pero la olió a distancia, igual que el miedo. Era su país y sin embargo le recordó a otro muy lejano. Entre los olores de su infancia, de su juventud aventurera y ferviente, Julio Carrión González respiró el aire de Riga, y comprendió que no había vuelto a un país pacificado, sino prisionero, un país ocupado donde ya no había vencedores, sino amos. Otros habrían perdido el tiempo sacando conclusiones, pero a él no le hicieron falta para comprender que se encontraba en el paraíso de los impostores, de los usureros, de los oportunistas. Un lugar, en fin, inmejorable para prosperar.

Joder, qué caro está Madrid, se dijo a sí mismo después de pagar un café con leche y un bartolillo. Ya no le quedaba mucho dinero. La camisería se había llevado por delante casi la mitad de su último sueldo, pero no le importó. Al día siguiente, iba a ir a su pueblo y quería que todos le vieran, que se enteraran bien de quién era él, y de que había vuelto. Sintió la prematura tentación de acercarse a la calle de la Montera para saludar al señor Turégano, pero la rechazó a tiempo. Todavía no se sentía seguro, y siguió paseando, observando, estudiando la ciudad, hasta que las aceras se despoblaron de pronto. Era la hora de cenar, pero no tenía hambre.

Volvió al hotel, entró en el bar de la planta baja, se sentó en la barra y pidió un martini. Casi inmediatamente, se acercó a pedirle fuego una mujer teñida de rubio y muy pintada, que no le gustó. Se fumó medio cigarrillo a su lado y al ver que él no le decía nada, lo apagó con mucho cuidado, volvió a guardarlo con disimulo en la cajetilla, se levantó y se fue. Su puesto fue ocupado muy pronto por una chica joven y

flaca, insignificante, que detectó su desinterés tan deprisa que ni siquiera se molestó en pedirle fuego. Cuando se levantó, Julio ya se había fijado en otra, que tenía la edad de las mujeres que le gustaban, poco más de treinta años, el pelo castaño recogido en un moño, la cara limpia con un toque de colorete, los ojos grandes, una boca muy bonita y el aspecto de una chica corriente, quizás casada, y en un aprieto. Entonces vio a Paloma Fernández Muñoz en el fondo de su copa, en la barra, en el espejo, en el taburete vacío, a su lado, y le hizo una seña.

—Hola —porque, por lo que parecía, no hacía falta decir nada más—. ¿Quieres tomar algo?

—Sí —ella tampoco demostró mucho aprecio por la retórica—. Un batido de chocolate, gracias.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó, cuando se recuperó del pasmo en el que le había sumido su nutritiva, extravagante petición, y comprobaba que de cerca le gustaba más que de lejos.

—Julia —dijo ella, y sonrió.

—¿Sí? ¡Qué gracia! Yo me llamo Julio.

—Entonces me llamo María, si quieres —se bebió la mitad del batido de un trago, se relamió los labios, y le miró—. Me da lo mismo.

Cuando él preguntó, ¿y si nos fuéramos a pasar un rato juntos?, ella marcó un precio con los dedos de la mano derecha sobre la palma de la izquierda, y él se apresuró a pedir la cuenta. Joder, qué barato está Madrid, murmuró entre dientes mientras la firmaba, y la mujer que estaba dispuesta a tener cualquier nombre para no perder el suyo, se volvió hacia él, ¿qué dices?, no, nada, nada... Al entrar en la habitación, ella se quitó los guantes, viejos, roídos en las puntas, los metió en el bolso, dejó éste encima de una cómoda, y le hizo una advertencia antes de empezar.

—Yo no beso —le dijo—. Todo lo demás lo hago, pero eso no.

—¿Ni cobrando más? —preguntó él sólo por curiosidad, casi por divertirse.

—Ni cobrando más —ella volvió a coger el bolso, volvió a sacar los guantes, estará pensando que por lo menos ha cenado, se dijo Julio antes de detenerla.

—No, no, está bien. Sin besos. No me importa —y mientras la veía desnudarse de una manera desganada, mecánica, impropia de una profesional, volvió a preguntar—. ¿Estás casada?

—Eso no es asunto tuyo.

Está casada, o viuda, no, casada, se dijo él, casada y sola, mientras se acoplaba sin dificultad a sus exigencias. Está casada pero es joven, guapa, y tiene un buen cuerpo, y él estará en cualquier sitio, vete a saber, quizás en Francia y a lo mejor hasta lo conozco, o aquí, en la cárcel, o no, porque también será joven, demasiado fuerte como para desperdiciarlo, y le habrán mandado a un campo de trabajo, a redimir pena y a pensar en su mujer, a desearla a todas horas, a esperar sus cartas con ansiedad

para contestarlas a vuelta de correo, ¿y qué?, pues nada, en cuanto salga, ella deja esto, vuelve a ser decente, y a vivir de un jornal, tan ricamente, bueno, lo de ricamente es un decir...

Cuando terminaron, la mujer se levantó sin decir nada, se vistió deprisa, se despidió con un adiós apresurado, átono, y se marchó. Entonces, Julio Carrión González, que un par de noches antes había sido el hombre más escogido, el más poderoso de París, se quedó a solas con su pobreza, y comprendió a su pesar cuál es el verdadero precio de los besos. Muy bien, se empeñó en decirse a sí mismo a cambio, ha estado muy bien, y cuanto antes, mejor. Luego, ya no encontró nada que añadir, y los besos de Paloma empezaron a picarle en los ojos, a arrasar su garganta, y se cebaban en su costado como un pinchazo desordenado, intermitente. Muy bien, Palomita, dijo en voz alta, se acabó. Te juró que se acabó, repitió, cueste lo que cueste, como si ella estuviera a su lado, mirándole, escuchándole, consolándole. Te juro que esto se ha acabado ya, Paloma, volvió a decir, y fue verdad. A Julio Carrión González le quedaba mucho por vivir, pero no volvería a sentir la tentación de echarse a llorar en lo que le quedaba de vida.

Las lágrimas ni siquiera le inquietaron cuando se enfrentó con el deterioro de su padre, la ruina de su casa, pero sintió un alivio profundo al volver allí, después de comer lo más caro que había en la tasca de la plaza y pagar una ronda de copas de coñac del bueno a los conocidos que se acercaron a saludarle. Evangelina, que no tenía cuerpo para andar ofreciéndolo por los bares de los hoteles de la Gran Vía, había trabajado bien y deprisa. La habitación que ocupaba casi la totalidad del espacio de la planta baja, y a la que siempre habían llamado el comedor, estaba tan limpia como si Teresa González no hubiera llegado a abandonarla nunca. Al fondo, sentado a la mesa, peinado y con una americana sobre la misma camisa que llevaba antes, Benigno miraba hacia delante como si estuviera ciego, sin fijar la vista en ningún lugar.

—¡Julio! —Evangelina bajó corriendo por las escaleras al escuchar el ruido de la puerta—. Ya hemos acabado abajo, aunque la cocina la he hecho sólo por encima. Ni te figuras cómo está.

—Sí, sí que me lo figuro —la miró, sonrió—. Gracias, Evangelina.

—Le he frito a tu padre un par de huevos, porque no había nada más en la despensa. El pan no estaba muy tierno, pero se lo ha comido. De todas formas, queda mucho por hacer, y necesitaremos más tiempo, dos días, o tres, para lavarlo todo, su ropa, que está hecha un asco, y lo demás, las sábanas, las colchas, las cortinas, y...

—No te preocupes, por favor —volvió a mirar a aquella mujer, y volvió a sonreír, porque no le costaba nada, se le daba bien, siempre le había dado resultado, y Evangelina no quiso ser una excepción cuando, a pesar de todo y quizás hasta sin darse cuenta, respondió a aquella sonrisa con otra amplia, casi luminosa—. Mira, no

me importa el tiempo que tardéis. Lo que quiero es que todo esto se quede en condiciones. Y me gustaría que tú siguieras viniendo a limpiar, a lavarle la ropa y a hacer la compra, y la comida, porque yo no me puedo quedar, yo tengo que volverme a Madrid dentro de un rato. Antes de irme, lo hablamos, ¿quieres?

—Claro —Julio no estaba muy seguro de que una mujer como ella quisiera servir a un hombre como su padre, pero Evangelina le miró como si acabara de salvarle la vida, y él pensó que probablemente así era—. Bueno, pues voy a seguir arriba...

No se atrevió a cerrar el trato porque aún no sabía de cuánto dinero disponía, cuánto podría ofrecer. Aquél era el único detalle del que no se había preocupado desde París, pero el estado de Benigno proyectó sombras más que inquietantes sobre sus planes mientras se esforzaba en comportarse como un buen hijo pródigo.

—Padre —llegó hasta él, le abrazó y le besó en la mejilla antes de sentarse a su lado, muy cerca.

—Julio... —él respondió de la misma manera, mirándole como si le costara trabajo creer en lo que veían sus ojos—. Así que eras tú, has vuelto de verdad.

—Sí. Aquí estoy otra vez.

—Tu madre murió presa, en el penal de Ocaña, la muy puta —y sus ojos chispearon de repente, como si hubieran vuelto a la vida—. Lo sabes, ¿no?

—Sí, padre. Me lo contó usted, en una de sus cartas.

—Ella tuvo la culpa de todo, ella, tu madre. Todo lo que ha pasado ha sido culpa suya.

El viejo no quiso explicarse mejor, y Julio cerró los ojos porque no quería acordarse, ahora que había decidido no volver a llorar nunca más, de aquella carta terrible que rompió en pedazos antes de terminar de leerla, las palabras de su padre, no lo siento, no, ella se lo ha buscado, se ha ganado a pulso el infierno al que va a ir derecha, de tu hermana no sé nada ni quiero saber, ésa será toda su vida una tirada, igual que su madre... Julio recordó las palabras de Benigno y su orfandad, la insoportable sensación de abandono que le impidió dormir aquella noche, en Grafenwöhr, pero ya era tarde, todo se había acabado, las culpas, la emoción, las lágrimas. Se acabó, recordó a tiempo, y así logró decir algo distinto.

—¿Dónde está mi dinero, padre?

—¿Y mis cosas? —él volvió a dirigirle una mirada perdida, abismada en sí misma —. ¿Dónde están mis cosas? Me lo han robado todo, ¿no lo ves?

—No eran cosas, padre, era basura. Trozos de cosas rotas y sucias. Las he tirado yo, antes, cuando le he acostado a usted. Las he tirado porque no servían para nada. Yo le compraré cosas nuevas, pero para eso necesito el dinero. ¿Dónde está? — Benigno frunció el ceño, sonrió, Julio se preguntó desde qué vieja borrachera le miraba y no fue capaz de adivinarlo—. Mi dinero, padre, el que le fueron mandando a usted, dos años y medio de paga doble, española y alemana, por el tiempo que estuve

en Rusia, con la División Azul. Se acuerda, ¿no? ¿Dónde está ese dinero, padre?

—¿Qué te crees —Benigno por fin reaccionó, y le dirigió una sonrisa sesgada, ladina, mientras señalaba con el dedo hacia el cajón del aparador, que me lo he gastado?

Aquella noche, cuando volvió a Madrid, Julio encontró la ciudad más bonita, las luces más brillantes, las mujeres más guapas, los coches más veloces y sus pies mucho más firmes sobre las aceras.

Era rico. Apenas una mínima parte de lo que tenía previsto llegar a ser, pero rico. En aquel Madrid más caro y más barato que nunca, tenía dinero de sobra para vivir como un señor durante unos meses, los que fueran necesarios para hacer contactos, definir una estrategia, empezar a actuar. Aquel dinero le curaba, le sentaba bien, y era tan valioso que sabía dibujar una línea en el tiempo, desdibujar los contornos del pasado, miedo y cansancio en un garaje de la calle de la Montera, frío, y barro, y piojos en Rusia, el intervalo dorado de Riga, la vida gris de un obrero exiliado y sin horizontes, primero en Toulouse, después en París, su madre y Paloma. Aquella mañana, había ido a Torrelodones en tren, pero cogió el único taxi de su pueblo para volver a Madrid. Quiero decirte algo, Julio, Evangelina se le había quedado mirando después de que él aceptara sus condiciones sin discutir, cuando creía que ya no les quedaba más que despedirse. A tu padre no, pero a ti... Tu eres su hijo, ¿no?, y yo... Sentí muchísimo la muerte de tu madre, Julio, la sentí en el alma, de verdad. Tú sabes cómo la quería yo, cómo la queríamos todos. Era una mujer maravillosa, inteligente, luchadora, generosa, valiente, y la mejor persona que he conocido en mi vida... Hasta eso, que había pasado aquella misma tarde, se quedó atrás muy deprisa, mientras un taxi le devolvía a Madrid, un buen hotel de la Gran Vía con jarrones de cristal tallado llenos de rosas frescas sobre las pulidas superficies de los muebles.

El cuerpo le pedía juerga, y durante un día y medio no hizo otra cosa que complacerle. En eso, Madrid seguía siendo igual, una golfa. Lo que no había cambiado con la guerra, menos iba a cambiar con la paz, por más que Franco fuera tan meapilas como su padre. Villa Rosa seguía abierto, y en el sótano de Los Gabrieles de la calle Echegaray, al final de una escalera estrecha y mal iluminada, a la que daba acceso el mismo pasillo que llevaba a la cocina, seguía funcionando, entre otros salones especializados de decoración elaborada, sorprendente, más o menos cañí, la joya del burdel más secreto de la capital, una minuciosa reproducción de una plaza de tientas donde al viejo Primo de Rivera, dictador militar andaluz y padre del actual padre de la patria, que al parecer no había heredado sus preferencias, le gustaba torear a sus putas favoritas y olé. Romualdo, que presumía de ir por allí de vez en cuando, se lo había contado una vez, en Rusia, con esas mismas palabras, y a Julio le había impresionado tanto que no se le había olvidado. Tampoco le sorprendió comprobar que, para el que sabía, y sabía no escatimar en los estímulos propios, ni en

los ajenos, allí las noches seguían durando todos los días que hiciera falta.

Necesitó mucho menos para recuperarse, y así, después de pasar una en blanco y dormir doce horas de la siguiente, se levantó como nuevo, se bañó, se afeitó, se vistió con cuidado y bajó a desayunar al comedor. Después, mientras leía el periódico, pidió una guía telefónica. Estaba seguro de que el teléfono de Eugenio estaría allí y lo encontró enseguida. Calculaba que su viejo amigo se alegraría mucho de saber de él, y así fue. Había previsto que le invitaría a comer, y quedaron a las dos y media.

Eugenio Sánchez Delgado vivía en el primer tramo de la calle Castelló, muy cerca del Retiro, en un piso pequeño, bonito y luminoso, con su mujer, Blanca, embarazada de cuatro meses cuando todavía no habían pasado seis desde su boda. Antes de llegar a la puerta, con los sentidos aún una pizca embotados por la acumulación de excesos subterráneos, Julio alcanzó a percibir cierta claridad, una limpieza fresca y distinta, como el olor de la ropa recién lavada, en aquel barrio ordenado de burgueses tranquilos, prósperos. Esa misma sensación le acogió al entrar en la casa de Eugenio, amueblada con buen gusto pero sin ningún lujo, y al besar a su mujer, que olía a colonia de Álvarez Gómez y era más bien feíta, sí, o ni siquiera eso, una chica corriente de caderas peligrosamente anchas para su edad, sin ningún rasgo de belleza particular, la cara lavada, y sin embargo, una mansa expresión de dulzura en los labios demasiado finos, en los ojos pequeños, sonrientes.

—¡Qué bien te veo, Eugenio! —le dijo a su amigo después de abrazarle, y fue sincero.

—Sí —él pasó un brazo por los hombros de su mujer, y la besó en la cara antes de contestarle—, nunca he estado mejor. Pero todo es mérito de Blanca.

¡Ah!, o sea que es eso, se dijo Julio, mientras dedicaba a su anfitriona una sonrisa tan encantadora que hasta la puso un poco nerviosa, felicidad conyugal, más que nada... Era verdad que Eugenio estaba muy bien, más aplomado, más maduro y, si no más guapo, desde luego menos feo, porque aparte de engordar, había encuerpado, no mucho, pero lo suficiente como para dejar de parecer un alfeñique y quedarse en un simple hombre delgado con unos hombros, unas espaldas razonables. Y sin embargo, cuando su mujer les dejó solos para volver a la cocina, Julio detectó una luz de melancolía imprevista en unos ojos que habían perdido para siempre su primitivo candor.

—Bueno, ¿qué tal? —le cogió del brazo para conducirle al salón y le ofreció una copa de vino un poco áspero, sentenció Julio, mientras su amigo llenaba otra para él —. Cuéntame... ¿Dónde has estado metido todo este tiempo?

—Pues... Es largo de contar —todavía le quedaban muchas explicaciones que dar, pero Eugenio aceptó las que le correspondían sin interrumpirle—. Me quedé en Riga, por encargo del coronel Arenas, te acuerdas, ¿verdad? —su amigo asintió, se acordaba.

—Me lo contó Romualdo.

—Pues eso... Arenas me pidió que actuara como una especie de enlace entre la Legión Azul, la Wehrmacht y su oficina de Madrid, y me quedé allí hasta el final. Luego, cuando los alemanes se replegaron, me instalé en Berlín, igual que en Riga, sin cobertura de la embajada, con la teórica protección del ejército español, que, tal y como iba la guerra, era lo mismo que nada, como te puedes figurar. Tendría que haberme vuelto entonces, pero no se me ocurrió nada mejor que enredarme con una tía. Se llamaba Gertrud, era rubia, tan alta como yo, y tenía los ojos verdes... entre otras cosas.

—Ya —Eugenio sonrió—. Los desastres de la guerra.

—Bueno, tanto como desastres... —Julio se echó a reír y Eugenio le acompañó.

—Mira, por lo menos habrás aprendido alemán.

—¡Qué va! Cuatro tonterías. Nos entendíamos en francés, pero daba igual, porque... ¿Qué quieres que te diga? Me gustaba mucho, la verdad, más que comer, me gustaba. La noche que la conocí, me pegó un repaso que me dejó tonto, pero tonto perdido, en serio, a la mañana siguiente no sabía ni cómo me llamaba, es que ni te lo imaginas —entonces fue Eugenio quien se rió primero—, así que me lié la manta a la cabeza, y... Cuando las cosas se pusieron feas, ya no pude volver. Me pareció que, aparte de que lo lógico era que hubieran salido todos por piernas, buscar algún diplomático español en Berlín era más peligroso que no hacer nada, así que me escondí en casa de Gertrud y me tiré un mes y medio sin pisar la calle, hasta que ella se volvió a su pueblo. Luego, el hambre me obligó a salir, y los americanos me detuvieron.

—Menos mal, ¿no? —Eugenio ya no tenía ganas de reírse—. Porque si te hubieran cogido los rusos...

—Figúrate. Siendo americanos, me costó más de un año convencerles de que no había hecho nada... Al final me soltaron con lo puesto. No tenía un céntimo, ni manera de ganarlo, y durante una temporada lo pasé muy mal, durmiendo en las ruinas de una casa y comiendo de caridad, gracias a la Cruz Roja, hasta que ellos mismos me ofrecieron sitio en un tren para refugiados que iba a París. Y allá que me fui en junio del año pasado. En París todo fue más fácil porque está lleno de españoles, ¿sabes?, republicanos, y se ayudan mucho entre ellos. Tuve que decir que era de los suyos, claro, pero así pude ir tirando...

—¿Y la embajada? —Eugenio le miró con extrañeza por primera vez—. Ellos tendrían que haberte ayudado, porque...

—Los de la embajada no se fían de nadie —Julio le interrumpió a tiempo—, pero de nadie, Eugenio. Pues sí, menudos son. Fui a hablar con ellos muchas veces, les conté la verdad y les pedí que llamaran a Madrid, al coronel Arenas. Resultó que se había muerto y eso no me ayudó, al revés, me lo puso todo más difícil. Yo no lo

sabía, y se lo dije, pero no me creyeron. Decían que mi salvoconducto era falso y yo no podía recurrir a nadie, en Riga estaba clandestino, en Berlín también, la Guardia Civil no respondía por mí, y eso que los del destacamento de Riga me conocían, ¿sabes? Pero yo no sé qué pasó, o sí, me lo imagino, que no se atrevían a correr riesgos... Total, que me dio miedo que se las arreglaran para que los franceses me deportaran sin más trámites, y me quité de en medio una temporada... ¡Joder! Entonces me dio mucha rabia pero ahora lo comprendo, mira lo que te digo, porque están los tiempos como para fiarse de nadie... —Eugenio le dio la razón con la cabeza y una expresión que Julio no alcanzó a interpretar—. En fin, que luego no sé qué pasaría, pero me dieron el pasaporte hace menos de un mes. Lo cogí sin hacer preguntas, me fui derecho a Torrelodones, a ver a mi padre, a descansar, y a comer bien de una vez... Y aquí estoy, por fin.

Lo soltó de un tirón, con el acento alegre, despreocupado, de quien cuenta una aventura caducada, una historia que fue grave y ya es sólo curiosa, una pirueta que no conserva más gracia que la de sus inevitables tirabuzones, pero ni una sola de las palabras que pronunció había sido escogida al azar, ninguna era improvisada ni espontánea.

Lo que tendría gracia, comandante, le dijo a Huertas cuando el militar lo citó para darle el pasaporte en el reservado del mismo café donde se encontraron por primera vez, es que ahora que ya hemos hecho lo más difícil, se tuerzan las cosas y no hagamos negocio. ¿Y por qué se iban a torcer? ¿No dices tú que tienes contactos? Ya te he contado dónde están los Sánchez Delgado, no te quejarás... Sí, y de eso respondo, pero... Imagínese que me encuentro un buen día con mi coronel andando por la calle, a ver qué le digo, qué cara le pongo, porque me temo que él es un militar chapado a la antigua, un hombre honrado, y... Sí, le cortó Huertas, Arenas era todo eso, pero ya no lo es, porque está muerto. Se quedó frito de un ataque al corazón hace año y medio. ¿Qué te has creído, Carrión, que soy tonto? También era muy amigo de mi padre, si él estuviera vivo, yo no andaría metido en esto. Pero los muertos no andan por la calle. No ven a nadie, no hablan. Y en Madrid, ahora mismo, a un tío como tú, los vivos que nos interesan tampoco le van a hacer preguntas. Hazme caso, que sé de lo que hablo.

En aquel momento, Julio Carrión se atrevió a mirar a Ernesto Huertas de frente, de igual a igual, y el comandante se lo consintió. Aquel hombre, que desde hacía un par de años lo sabía todo acerca de los rojos españoles exiliados en París, no debía de ignorar que su figura era igual de conocida en los círculos que investigaba. Cuando fue a su encuentro, Julio ya sabía que era cordobés, militar hijo de militar y ambos sin otra fortuna que su sueldo, hermano menor de un mártir del Cerro Muriano y marido de una señora de apellidos tan relevantes como la decadencia de su patrimonio. Ella, que era tan cordobesa como él, no le había seguido hasta París porque le gustaba vivir

en Madrid, con los cinco hijos que habían tenido en poco más de siete años, y el mayor todavía no había cumplido diez. Julio sabía todo eso, y también que su padre, sobre su inconmovible lealtad a los principios del Movimiento, tenía una amante francesa y muchos, muchísimos gastos. Se rumoreaba que traficaba con pasaportes, Julio tenía las pruebas en la mano, y que, a cambio de sumas más considerables, llegaba a interceder en procesos más severos, excarcelaciones, revisiones de condena y hasta conmutaciones de penas de muerte. En París, a Julio le había parecido demasiado listo como para atreverse a tanto, en Madrid ya no estuvo tan seguro, pero la última vez que le vio, mientras le miraba de igual a igual, ya no dudó de su codicia.

Le voy a contar un cuento, comandante, a ver si se lo cree... Huertas le escuchó con atención, evocó fragmentos de historias parecidas pero auténticas, le sugirió fechas, escenarios y el detalle del edificio en ruinas, incluyó en su relato a la Cruz Roja, y le recomendó que contara que había llegado a París en un tren de refugiados. Pareces tonto, Carrión, cómo vas a haber venido andando desde Alemania, solo, indocumentado, sin perderte ni pasar un solo control, tan tranquilo... Julio aceptó sus correcciones sin ofenderse y memorizó todos los detalles, pero la persona a la que había escogido para estrenar su historia, aquel que por ser el más inocente sería quizás también el más exigente, no se los pidió.

—Pobre Julio —se limitó a decir, mientras le dirigía una mirada cargada de compasión, limpia y sincera—. ¡Qué mala suerte!, ¿no?

—Ya ves —su invitado encendió un cigarrillo, le miró—, pero en fin, bien está lo que bien acaba. Y ha habido suertes peores.

—Desde luego. La de Pancho, sin ir más lejos. ¿Sabes que Stalin lo ha metido en un campo de trabajo, en el mismo donde tiene a los prisioneros de la División?

—¿Sí? —Julio abrió mucho los ojos, intentó comprender lo que acababa de escuchar, no lo logró—. ¿En serio?

—Sí —Eugenio asintió con la cabeza y una mirada triste—. Parece mentira, pero...

—Chicos... —Blanca asomó la cabeza por la puerta, en sus labios una sonrisa traviesa, como de niña que juega a las casitas—. ¡A comer!

—Luego te lo cuento —susurró Eugenio mientras se levantaba—. Mi mujer no sabe nada.

La señora de Sánchez Delgado cocinaba muy bien y era una anfitriona atenta, generosa. Mimaba mucho a Eugenio, sólo guisaba los platos que le gustaban y estaba orgullosa de haberle hecho engordar. Mi suegra no lo lleva nada bien, ¿sabes?, le confesó a Julio entre dos sonrisas, dice que lo estoy malcriando, y es verdad, confirmó él, pero yo te lo agradezco, y te quiero tanto... Se cogían de la mano entre plato y plato, se besaban en los labios continuamente, y se llamaban con nombres dulces, inventados, que a Julio le parecieron un poco bochornosos. Eugenio lo notó.

—¿Qué te pasa? —le dijo, en un tono tranquilo, risueño.

—Nada... —pero encontró enseguida las palabras para explicarlo—. O bueno, sí, que es que todavía te estoy viendo en el chabolo, macho, con el fusil, el uniforme, no sé... Y encontrarte aquí, de repente, con tu piso, tu mujer, y a punto de tener un crío, pues... No me acostumbro.

—Ya.

Eugenio y Blanca le sonrieron a la vez. Luego, ella miró el reloj, se asustó, se levantó, y volvió a besar a su marido.

—¡Uy, las cuatro y cuarto! Qué tarde... Me arreglo y me voy.

Antes de hacerlo, se despidió de su invitado y le explicó que iba todos los días a tomar café a casa de sus padres, que vivían muy cerca. Soy hija única, y me echan de menos, ¿sabes? Cuando nazca el niño ya no voy a poder, pero de momento... Julio se dio cuenta de que a Eugenio no le parecía mal. Él es así, se dijo, si ha decidido ser feliz, va a ser más feliz que nadie, pues no faltaría más. Pero, excepto cuando Blanca estaba cerca para encenderlos, los ojos de su amigo ya no brillaban como antes, y se preguntó por qué mientras le seguía al salón, calentando entre las manos una copa de coñac sólo aceptable, bueno no, sin encontrar una manera de averiguar todo lo que quería saber antes de que su amigo tuviera que volver al trabajo.

—No quiero entretenerte, Eugenio, pero... No sé, te preguntaría miles de cosas.

—Pregúntamelas, no te preocupes —él se sentó en el mismo sillón que había escogido antes, como si tuviera todo el tiempo del mundo—. Yo también tenía muchas ganas de verte, de hablar contigo, y ahora trabajo sólo por las mañanas.

—¡Joder, qué bien vivís los funcionarios!

—Yo no soy funcionario, Julio.

—¿No? —levantó las cejas, extrañado, porque aquél era el único punto que, hasta entonces, desmentía la información de Huertas—. ¿No te dieron un puesto en un ministerio, al volver? Por lo que me ha contado mi padre, y siendo universitario y falangista, yo pensaba...

—Sí, sí me lo dieron. En Obras Públicas. Pero me marché antes de Navidad. Ahora trabajo seis horas, de ocho a dos, en una constructora privada, y estudio por las tardes. Quiero acabar la carrera.

—¿La carrera? —Julio Carrión ya no sabía qué pensar—. Pero ¿no te la convalidaron? Cuando nos fuimos a Rusia, dijeron...

—Sí, dijeron —Eugenio volvió a interrumpirle, sonrió—. Y lo hicieron. Hice un curso de mierda, y me dieron un título de mierda. En teoría soy ingeniero, pero yo sé lo que soy y lo que no. Por eso quiero acabar la carrera, la normal, la que hace todo el mundo —hizo una pausa, bebió de su copa, miró a su amigo—. ¿Te extraña?

—Sí —y dijo la verdad.

—Esto no va bien, Julio, no va bien. Podría, debería, tendría que ir bien, pero no

va. Cuando volví era distinto, porque a los alemanes se les estaba poniendo la guerra cuesta arriba, y aquí, en la superficie al menos, no se movía nada, no se movía nadie, por si las moscas... Pero Franco les traicionó a tiempo, para qué vamos a decirlo de otra manera, y los ingleses le pagaron bien por su traición. Ya sé que suena fuerte, pero es así, ésa es la verdad, no hay otra. Ya pueden seguir llamándola «la pérfida Albión» y lo que se les ocurra, pero Inglaterra fue la que ayudó a Franco a hacerse con el poder, e Inglaterra es la que lo mantiene. Y te voy a decir otra cosa. No sé lo que habría pasado si Roosevelt no se hubiera muerto tan pronto, y sin embargo sé que si Hitler hubiera ganado la guerra, ahora mismo en El Pardo estaría Muñoz-Grandes, que era su hombre, el fiel, en quien confiaban. Y con razón. Pero Hitler perdió y Franco volvió a ganar, sin honor, chaqueteando, pero ganó, que es lo que cuenta. Él lo sabe mejor que nadie. Y entonces, hace un año, un año y medio... ¡Buah! Empezó a darme todo un asco tremendo...

Eugenio Sánchez Delgado se había hecho mayor. No sólo de cuerpo y de palabra, también de espíritu. Y sin embargo, su antigua fe le seguía importando tanto que estaba dispuesto a sacrificar cualquier cosa, influencia, dinero, prestigio, y hasta su propio bienestar, para mantener viva una luz que ya nunca volvería a brillar con la pasión fervorosa y juvenil de la que había nacido, pero que aún le consolaba con un destello pálido y cruel, precioso sólo en su irremediable palidez. Cuando se hicieron amigos, Julio se dio cuenta enseguida de que nunca había conocido a un hombre como él, tan inocente, tan candoroso, tan listo a ratos, tan tonto casi siempre, tan débil y tan fuerte al mismo tiempo, pero sólo aquella tarde, aunque las gafas ya no resbalaran sobre su nariz, aunque la indignación ya no hiciera temblar su voz para descabalgarlas, comprendió qué significaba eso exactamente. Eugenio había renunciado a su inocencia para conservarla, había desechado sus viejas tesis sobre los errores que exigen las mejores causas para no tener que renegar de la suya, se había desnudado por fuera para seguir estando desnudo, casi puro por dentro. Todo eso comprendió Julio aquella tarde, pero ya no fue capaz de asombrarse, ya no fue capaz de admirarle sin querer, ni de pensar que era mejor que él. Ni siquiera llegó a apreciar su valentía. Julio Carrión González también se había hecho mayor. Y aunque Eugenio le seguía gustando, aunque era el único amigo que tenía y le convenía conservarlo, su discurso le inspiraba más bien cansancio, y un comentario que nunca podría compartir con él. No me toques los cojones, Eugenio. Eso pensaba. No me toques los cojones.

—La gente se sigue muriendo de hambre, y no es una frase hecha. Aunque lleves aquí poco tiempo, te habrás dado cuenta, ¿no? —Julio asintió con un gesto mínimo, casi tímido—. La gente sigue pasando hambre. Y ha habido una guerra, y una sequía, y un bloqueo económico, lo que tú quieras. Pero la gente sigue pasando hambre física, hambre de verdad, y no debería. Al principio era comprensible, ya no. O,

mejor dicho, ya no debería ser comprensible, pero sigue siendo muy fácil de entender...

Hizo una pausa, se quitó las gafas, las limpió con un pico de la camisa, se las volvió a poner y siguió hablando con su voz de ahora, llana y seca, amarga, imperturbable.

—Te lo voy a explicar. Mi cuñado Ricardo, sin ir más lejos, ¿te acuerdas de él? —Julio asintió con la cabeza aunque sólo lo había visto un par de veces—. Cuando mi hermana Pilar se casó con él, era un simple alférez provisional, un estudiante mediocre de segundo de Derecho. Ahora es uno de los hombres más ricos de Madrid. ¿Es ministro, es banquero, es millonario de nacimiento? No —y se le quedó mirando como si él conociera la respuesta.

—Entonces... —Julio no sabía qué pensar y lo dijo en voz alta—. No sé.

—Entonces es el secretario técnico de la Concejalía de Abastos del ayuntamiento. ¿Qué te parece? —subrayó su pregunta con una sonrisa amarga—. Ni más ni menos. En cualquier país civilizado estaría en la cárcel. Pero éste no es un país civilizado, Julio, no lo es. Aquí nunca pasa nada, y por eso vale todo, lo que sea. Los que no tienen nada pasan hambre, y los que lo tenían, lo han perdido todo, es decir, que pasan hambre igual... El verano pasado llevé a mi hermano Arturo a una recepción en casa de Camilo Alonso Vega, un chalé racionalista, pequeño pero con un jardín muy agradable, en El Viso. ¿Tú nunca te has preguntado por qué no se bombardeó El Viso durante la guerra?

—No —y tampoco sabía adónde quería ir a parar Eugenio.

—Pues yo sí —pero él se tomó su tiempo para explicárselo—. Me parecía raro, porque el barrio de Salamanca era de los nuestros, desde luego, aquí no había rojos, pero ¿El Viso? Allí vivía Besteiro, y media Institución Libre de Enseñanza, socialistas, republicanos, lo habían promovido ellos, ¿no?, al principio la llamaban Colonia Residencia, porque los terrenos pertenecían a la Residencia de Estudiantes... Bueno, pues aquella tarde, en la recepción del general, lo entendí todo. Qué casa tan bonita tienen, le dije a su mujer, porque era verdad y por quedar bien. Ella me dio la razón, sí, y está en un sitio estupendo, ¿verdad? Y luego, como si fuera la cosa más normal del mundo, sin tomarse el trabajo de buscar excusas, eufemismos, me explicó que aquella casa era de un sobrino de Ganivet, comunista, que estaba exiliado en Londres, y de su mujer, claro, comunista también, que se había suicidado en la cárcel. Y estuve a punto de preguntarle, ¿y los dueños de esta casa no tenían hijos? ¿No tenían padres, hermanos, sobrinos, amigos ni familia de ninguna clase, no querían a nadie que pudiera estar viviendo aquí con más derecho que usted, señora?

No me toques los cojones, Eugenio... Julio lo pensó entonces por primera vez, pero no recurrió a esa reflexión para llenar el silencio desde el que le miraba aquel extraño en el que cada vez le costaba más trabajo reconocer a su amigo más antiguo.

—Estuve a punto de preguntárselo, pero no lo hice, claro, no se lo pregunté. Aquí nadie pregunta nada, porque para eso todo el mundo tiene un cargo en Abastos, en Transportes, en Obras Públicas. Y eran rojos. No hace falta explicar más, porque eso es como decir ¡ábrete, Sésamo!, ahora que ya se sabe que aquí no va a pasar nada, que los aliados no van a echar a Franco de El Pardo, que tienen las manos libres, que han perdido el miedo y la vergüenza, si es que tuvieron vergüenza alguna vez... Estamos en 1947 pero seguimos igual que en el 39, y basta con eso, con que eran rojos. Así va todo, porque en España roban mucho más que cuarenta ladrones.

—Bueno, eso no es exactamente así, ¿no? —Julio Carrión, dispuesto a alzarse con el número cuarenta y uno, frunció el ceño, improvisó un acento grave, preocupado mientras dominaba su excitación a duras penas—. Quiero decir que es legal, hay leyes que...

—Eso es robar, Julio —Eugenio le miró a los ojos con un destello póstumo de su antiguo y purísimo candor—. Aunque haya una ley, aunque sea legal, aunque lo haga todo el mundo. Eso es robar. Y por ahí no paso.

—Por eso te marchaste del ministerio.

—Por eso. Y porque me encargaba de las expropiaciones, y... Para qué te voy a contar.

—¿Y Romualdo?

—¡Ah!, él muy bien, como siempre, ya le conoces. Para él las cosas nunca han ido mejor. Si me hubiera escuchado hace un momento, me estaría diciendo que lo repitiera en la calle, no te digo más.

—Pero no hablas con él de esto.

—Ni de esto ni de nada —Eugenio se levantó, rellenó la copa de Julio, la suya, se volvió a sentar—. No me hablo con él desde hace meses.

Hacía más tiempo, casi un año y medio, desde que Eugenio Sánchez Delgado había empezado a interesarse por la suerte que habían corrido en Rusia los prisioneros de la División Azul. Él no había dejado de ser falangista, al contrario. El bochorno que había llegado de la mano de la decepción no le había dejado otra salida que redoblar su militancia, entregarse más, y más a fondo, a lo que para él seguía siendo su partido, un partido laico y republicano, fascista y enemigo de la reacción, cuyo símbolo presidía todos los edificios oficiales, las estaciones y las carreteras, los membretes y los uniformes, cada una de las escalas de poder de un régimen totalitario, sí, pero también, y sobre todo, clerical y reaccionario, que se perfilaba en el tiempo como un singular, aplazado y humillante ejercicio de restauración monárquica.

Desde entonces, y hasta que un policía cuyo nombre nunca lograría averiguar, le rompió el bazo de una patada a su hija mayor —la misma que nacería cinco meses después de su reencuentro con su viejo amigo Julio Carrión para hacerse comunista

antes de que pasaran dieciocho años—, Eugenio Sánchez Delgado intentó seguir siendo fiel a sí mismo. Para lograrlo, no le quedó otro remedio que conspirar contra el régimen desde el corazón del mismo régimen, sin querer acusar las insalvables contradicciones de una tarea ciclópea, romántica, esencialmente estéril y condenada al fracaso desde antes de su formulación. Él lo sabía, lo supo en cada segundo, en cada minuto y cada hora de aquellos dieciocho años que vivió en un espejismo, una burbuja habitable, privada y cálida, no tan distinta de la que sus antiguos enemigos fabricaron desde las posiciones más opuestas para sobrevivir en un desierto de arena, el planeta desértico, de atmósfera polvorienta, irrespirable, donde nada crecía sin sobrehumanos esfuerzos. Eugenio Sánchez Delgado, el más listo y el más tonto, siguió siendo ambas cosas hasta los cuarenta y tres años, hasta que no le quedó más remedio que dejar de ser, aprender a seguir viviendo y a no ser nada a la vez. Pero cuando Julio le encontró en su piso de la calle Castelló, aún era él. Aún tenía fuerzas, y esperanzas.

—Pancho está en un campo de trabajo, en Rusia, ya te lo he dicho antes. Me enteré por casualidad, porque iba buscando cualquier nombre menos el suyo, claro... Estoy colaborando en una oficina que se interesa por los presos de la División, a través de la Cruz Roja y de la embajada sueca, sobre todo. No podemos hacer mucho porque no es oficial, por supuesto, no vaya a ser que los ingleses y los americanos se cabreen, ahora que son nuestros amiguitos, ¿sabes? Por eso, hasta hace poco no teníamos ni siquiera información, pero conseguimos una lista de presos, y allí estaba, Luis Serrano Romero. Lo leí y no me lo creí, te juro que tuve que leerlo varias veces antes de entenderlo porque me pareció increíble, ¿no? Debe de ser un error, pensé, y escribí a los suecos, les expliqué el caso, y me contestaron que no, que era cierto, que Stalin había metido a los desertores en los mismos campos donde están los divisionarios, y me quedé... No sé. De piedra es poco.

—Sí que es raro —comentó Julio, sin dar demasiada importancia a la noticia ni prever el estallido que le trasplantó de repente a un tren alemán, un domingo de otoño, camino de Nuremberg.

—¿Raro? —Eugenio levantó la voz, la cabeza, se inclinó hacia delante—. ¿Sólo te parece raro? ¡Es una monstruosidad, joder, una canallada! Y ni eso, porque es que no tiene nombre, no hay palabras para describir... ¡Pancho Serrano era un héroe, Julio! Rojo y todo lo que quieras, pero un héroe, un tío capaz de cruzarse Europa de punta a punta, tragando con todo lo que tragó, para llegar a Rusia con un carné en la bota y con dos cojones, y que acabe prisionero en un campo... ¡Qué barbaridad, qué hijos de puta! ¿Cómo habrán podido...? —y entonces su cara se ablandó, sus rasgos se redondearon, su estupor recreó por un instante el temeroso asombro de un niño que acaba de darse cuenta de que se ha perdido—. Yo es que no lo entiendo. Es increíble, ¿no?, inconcebible. Aquí las cosas no eran así. En nuestra guerra, a un hombre como

Pancho le habrían condecorado, le habrían ascendido y le habrían dado un mes de permiso, ¿no?, en cualquiera de los dos bandos. Eso es lo mínimo, lo lógico, es lo justo. Pero yo no sé...

—Bueno, él se lo buscó —Julio intentó dar por concluida la historia para regresar al tema que más le interesaba, pero Eugenio no se lo consintió.

—¡No señor! —y sus ojos brillaban, su voz se elevaba, sus mejillas se coloreaban de indignación como si el tiempo, y la guerra, y la paz no hubieran pasado por él—. ¡No se lo buscó! Él buscaba otra cosa y tú lo sabes, tú me lo explicaste, Julio, y no hay derecho. No hay derecho —hizo una pausa para serenarse, volvió a reclinarse en la butaca, a limpiarse las gafas con un pico de la camisa y un movimiento circular, parsimonioso—. Pobre Pancho. Pienso mucho en él, me imagino cómo estará, cómo se sentirá, traicionado por los suyos, por todo lo que le importaba, todo eso en lo que creía, el hijo de la gran puta del primo Pepe... ¡Qué barbaridad! Por lo visto, los rusos usan a los rojos españoles como presos de confianza, los tratan un poco mejor, no les obligan a trabajar tanto y les dan autoridad sobre los otros. Pero él no ha querido. No ha querido y lo entiendo. No ha querido con dos cojones, con los mismos que tuvo para pasarse, y nadie lo habrá entendido, nadie le habrá admirado por eso. ¡Pobre Pancho! Pienso mucho en él, aquella noche, *tovarich, spanski tovarich*, no disparéis que me estoy pasando, ¿te acuerdas?, y pienso... No sé. Qué habremos hecho los españoles, joder, qué habremos hecho...

Nosotros somos los parias de la Tierra, Julio Carrión reconoció el temblor de los labios de Ignacio Fernández en los ojos que le miraban, los parias de la Tierra, maldita sea... No se atrevió a recordar aquellas palabras en voz alta, y tampoco acertó a reemplazarlas con otras menos comprometedoras. Había pasado la guerra, había pasado la paz, y los dos se habían hecho mayores. Julio ya no supo qué decir, cómo acompañar a Eugenio, cómo consolarle de aquel dolor extraño, inconveniente y hasta peligroso. No pudo acercarse a él porque nunca se había sentido tan lejos.

—Fui a ver al Pancho auténtico, ¿sabes?, al hermano pequeño, el que se llama Francisco Serrano Romero de verdad. Tuve que ir a verle porque no había otra manera de hablar con él. Ésos no tienen teléfono, me dijeron en el ayuntamiento de Villanueva de la Serena, y nadie de aquí les deja usar el suyo. ¿Y no puede ir a avisarle, le pregunté al conserje, para que hable desde este mismo teléfono? Había llamado yo, yo pagaba la llamada. Se lo aclaré pero me dijo que no, que él no iba a levantarse de la mesa para avisar a nadie, y a ése menos. Muy amable, le dije, y colgó. Total, que me fui a verle, y...

—¿Y por qué? —Julio tampoco pudo sujetar su pasmo por más tiempo—. ¿Por qué fuiste a verle, qué se te había perdido a ti...? Perdona, pero es que no lo entiendo, Eugenio.

Él no se molestó en contestar a sus preguntas. Le miró, sonrió, y siguió hablando.

—El caso es que fui y no sé si hice bien, la verdad, no lo sé. Vive en una especie de cortijo, una ruina que fue arreglando él mismo, en las afueras del pueblo, con el dinero de las pagas de Pancho. Ahora es el único hombre de su familia. A su hermano mayor lo mataron en el Ebro, su padre está en un destacamento penal que construye una presa en la provincia de Cuenca, y Pancho, o sea, Luis, en Rusia, claro. Él vive con su madre, con las mujeres de sus hermanos y con su mujer en la misma casa, y entre todos y su hermana mayor, que hasta hace poco estaba presa en Alcalá y también es viuda, juntan un montón de críos. La pequeña se ha casado, se ha ido a vivir a Badajoz y no quiere saber nada de ellos.

—¿Y qué quieres, Eugenio? ¿Qué esperabas? —Julio rellenó su copa hasta el borde aunque el coñac no fuera bueno—. Perdieron la guerra, ¿no?

—Sí —sonrió—, la perdieron. Y encima voy yo y le cuento que Stalin ha metido a su hermano preso. Cuando me escuchó se quedó blanco, pero blanco como el papel, se quedó, yo creía que se iba a desmayar, que iba a caerse redondo al suelo. ¿Qué ha hecho?, me preguntó entonces, ¿quién?, le dije, mi hermano, ¿qué ha hecho para que lo hayan metido preso? Nada, le contesté, no ha hecho nada, pasarse a los rusos, solamente. Se quedó callado, empezó a mirarme de arriba abajo, como si antes no me hubiera visto bien, y se recuperó de repente. Tú eres un hijo de puta, me dijo, agarrándome por las solapas, eres un cabrón de mierda, y te voy a matar...

—No se lo creía.

—No quería creérselo, más bien. Pero yo le estaba diciendo la verdad y acabó por darse cuenta. Entonces me soltó muy despacio, se fue andando hacia atrás y se sentó en un banco de piedra, de esos que tienen las casas de pueblo al lado de la puerta. Pancho soy yo, dijo, y eso no se me olvidará en la vida, en la vida olvidaré esa frase, el tono de su voz, el color de su cara. Era como un cadáver, Julio, un muerto que hablaba, que se movía, era tremendo. Entonces empecé a arrepentirme de haber ido, no sé, empecé a pensar, este hombre, con todo lo que tiene encima, y ahora vengo yo a joderle la vida un poco más... Pero ya estaba allí, ¿no?, y tenía que contárselo. Lo intenté, pero me interrumpió enseguida. Gritó dos o tres nombres seguidos y salieron de la casa unos cuantos niños. Vete a buscar a tu tía Lupe, le pidió al mayor, y dile que venga. Es la mujer de Luis, me explicó, y no volvió a abrir la boca hasta que apareció su cuñada, una mujer alta, joven, delgada y vestida de negro. Ella también me impresionó mucho, porque no es guapa de cara, pero sí es atractiva, o mejor dicho, debió ser atractiva, lo seguiría siendo si no tuviera un gesto raro en la boca, como un rictus de desprecio o, no sé, igual no es desprecio, sino amargura, o incluso cansancio de estar harta de todo. El caso es que ahora da miedo, es una mujer atractiva pero desagradable, no sé cómo explicarlo... Total, que se quedó de pie, apoyada en la puerta, y me escuchó sin decir nada, tapándose la cara con las manos al final. Estaba llorando, pero no me dejó verla llorar. Cuando se serenó, se destapó la

cara, me miró, y me dijo otra cosa que no olvidaré en mi vida, jamás, por muchos años que llegue a vivir. Yo creía que tenía otra mujer, ¿sabe?, y habría preferido que tuviera otra mujer.

—No lo entiendo —Julio respondió con sinceridad a la mirada tensa y concentrada de Eugenio, y le sorprendió tanto la sonrisa pacífica que recibió a cambio que, por un momento, se olvidó de rogar para sí mismo que dejara de tocarle los cojones.

—Pues yo sí lo entiendo. Y entiendo lo que me dijo Pancho al despedirse de mí, lo entiendo muy bien. Tiene que estar usted equivocado, lo que me ha contado no puede ser verdad. No le creo, compréndame, no es que le esté llamando mentiroso, es que no puedo creerle. No puedo. Pero si puede hacer usted cualquier cosa por mi hermano... En ese momento, pensé que él y yo no éramos tan distintos, que cada cual se agarra a lo que puede para seguir tirando en este mundo de mierda. E intenté hacer algo por ellos, no sólo por Pancho, también por su familia. Hablé con Romualdo, que tiene un cargo en el Ministerio de Agricultura y está forrándose, se lo conté todo, le pedí que les echara una mano en lo que fuera, una ayuda, una subvención, un crédito sobre la cosecha, por lo menos. Él puede, ¿sabes?, no le habría costado ningún trabajo. Te lo pido como un favor para mí, le dije, ni siquiera para ellos, pero no le dio la gana. Que se jodan, me contestó. Desde entonces no me hablo con él.

Cuando salió de casa de Eugenio, Julio Carrión ya no fue capaz de percibir aquella sensación de claridad, aquel aroma fresco y distinto, como un olor a ropa recién lavada, que le había dado la bienvenida. Estaba disgustado y no tenía motivos, porque el relato de Eugenio confirmaba sus mejores expectativas, pero no logró ahorrarse un sabor amargo, como un residuo de comida podrida entre los dientes.

El hombre sin ideas no pudo explicarse por qué echaba tanto de menos al Eugenio de antes, entusiasta, fervoroso y alegre, pero en su irremediable ausencia, Madrid le pareció una ciudad triste, dura, complicada. Sus ojos encontraron los senderos trazados por la mirada de su amigo, y así, en contra de su propia voluntad, logró ver su revés, la angustia, la pobreza, la rabia domesticada de los desahuciados, y escuchó su silencio. La nostalgia del subsuelo le tentaba, pero la controló para jugar sus cartas lo antes posible, confiando en la endeblez de aquel espejismo que comprometía sus planes, su futuro. Al fin y al cabo, Eugenio Sánchez Delgado siempre había sido un bicho raro, se dijo, un hombre único, no podía haber muchos como él, y cruzó los dedos. No tardó ni dos días en descubrir hasta qué punto llevaba razón.

—¡Coño, Julito! —Romualdo le sonrió con los labios, con los ojos, con toda la cara, antes de ir a su encuentro—. No sabes cómo me alegro de verte. ¡Me cago en diez! Todos los días, cuando me levanto, me miro las piernas y me acuerdo de ti, macho. Pero, ¡ven aquí!, dame un abrazo, anda...

Aquel abrazo fuerte, prolongado y estrecho, que llamó la atención de algunos

clientes, entre los que tomaban el aperitivo al atardecer en un bar caro, elegante, de la Gran Vía, fue el umbral de la nueva vida de Julio Carrión, copas, putas, reservados, cálculos, porcentajes, comisiones, cenas de madrugada, y más copas, más putas, más reservados, citas con hombres simpáticos, no tanto como él, en despachos oficiales o privados, en bares y en cafeterías, solo o con Romualdo, y otras copas, otras putas, otros reservados, y otros cálculos, otros porcentajes, otras comisiones, otras cenas de madrugada y alguna temprana, familiar, en un comedor presidido por una reproducción de la Santa Cena y una anfitriona maternal, regordeta, que no tenía ni medio polvo y siempre le preguntaba si le gustaban más las gambas o las chirlas antes de servir la sopa de pescado con un cazo de plata grabado con sus iniciales.

Romualdo solía excusar su presencia en esta clase de cristianos convites, pero estaba siempre allí, tras él, de su parte. Julio se había atrevido a decirle la verdad, y había acertado. Te debo las piernas, le contestó cuando ya amanecía el día siguiente al de su reencuentro, te debo las piernas y no me gusta deberle nada a nadie. Él le presentó a aquellos hombres, media docena de tipos bien situados, y decidió qué parte de la verdad convenía contarle a cada uno. Julio no tenía prisa, y la paciencia jugaba a su favor. Por eso esperó casi un mes, hasta que tuvo claro por dónde iba a empezar y cómo hacerlo, antes de llamar al timbre del segundo derecha de un edificio grande y elegante, señorial, cuya fachada, entre Manuela Malasaña y Carranza, ocupaba una manzana entera de la glorieta de Bilbao.

—Buenas tardes —al otro lado de la puerta, una niña mayor, tan rubia que parecía extranjera, tan alta como una mujer, se le quedó mirando con interés—. ¿Está tu madre en casa?

—No. ¿Quién eres tú?

—¡Angélica! —una chica mucho más baja y poco mayor, aunque instalada ya de lleno en la adolescencia, vino corriendo por el pasillo, agarró a la niña del brazo y la regañó en un susurro—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no abras la puerta? Para eso estoy yo aquí, ¿no? Luego viene tu madre y me echa la bronca.

La señora no estaba, había salido un momento pero volvería enseguida, claro que podía esperarla, ¿quería tomar algo? La muchacha ejecutó sin vacilar el protocolo de las visitas inesperadas y guió a Julio hasta la zona exterior de la casa, tres estancias del mismo tamaño, cuadradas y espaciosas, comunicadas entre sí por puertas correderas, que albergaban dos salones y un comedor. Antes de alcanzarlas, por una puerta abierta, a su derecha, Julio vio un despacho con las paredes forradas de estanterías repletas de libros, y tuvo la impresión de que todo, los muebles, los cuadros, los adornos, y hasta la huella imaginaria de la plata ausente que un día habría reposado sobre la superficie ahora desnuda de los aparadores, pertenecía a los antiguos propietarios de la casa y seguía reflejando sus gustos, su historia, su forma de vivir, como si un hilo invisible y delicado, capaz de imponerse a la distancia del

tiempo y a cualquier otra, relacionara todo lo que estaba viendo con un piso de alquiler pequeño y abarrotado, amueblado con lo justo, en las feas afueras de París. Pensaba en eso y trataba de imaginarse a Ignacio, a María, a Paloma atravesando aquellas habitaciones, sentándose en las butacas, asomándose a los balcones, jugando, riendo, hablando de sus cosas en el mismo lugar donde él estaba, cuando la niña que le había abierto la puerta entró en el salón andando de puntillas, para no hacer ruido.

—No le hagas caso a Matilde, es muy pesada —dijo, y se sentó frente a él, al lado del balcón, en una postura muy poco natural, el torso girado en la dirección contraria a la que señalaban las piernas, un escorzo tan violento como si todos los días se dedicara a ensayar poses de vampiresa delante de un espejo—. ¿Cómo te llamas?

—Julio Carrión.

—Yo me llamo Angélica, bueno, eso ya lo sabes... —tenía los ojos muy azules y un aspecto raro, interesante, o inquietante, pensó él mientras la miraba, porque estaba demasiado desarrollada para su edad y sin embargo seguía siendo una niña, con la cara redonda, rellena, las piernas ásperas, salpicadas de rasguños, las rodillas heridas y una brusquedad que se correspondía con su edad, no con su cuerpo—. Tengo doce años, bueno, los cumplo dentro de nada. ¿Y tú?

—Veinticinco.

—O sea, que cuando yo tenga veinte, tú tendrás...

—Treinta y tres.

—Veinte y treinta y tres... —se quedó pensándolo mientras Julio pensaba a su vez que sería una pena no haberla vuelto a ver cuando cumpliera la edad que prometía—. O sea, que dentro de ocho años, ya podremos ser novios.

—¿Sí? —se echó a reír.

—Claro —ella estaba muy seria, sin embargo—. Mi padre le sacaba once a mi madre. Entre once y trece, casi no hay diferencia, ¿no?

—¿Qué haces aquí, Angélica?

Al escuchar aquella pregunta, los dos miraron en la misma dirección y encontraron a la vez, en el umbral de la puerta, a una mujer desconocida para él y tan alejada de sus cálculos como aquella niña con la que nunca había contado.

Julio no se había atrevido a esperar que Mariana Fernández Viu se pareciera a su prima Paloma, pero le sorprendió una discrepancia diferente, más profunda, que hacía difícil creer que aquella mujer apagada, con todos los botones abrochados, zapatos de tacón bajo y un sombrero negro, rígido como una cofia, encajado a presión sobre la frente, perteneciera a la misma familia que él había conocido en París. Sabía que Mariana tenía treinta y cinco años, pero de lo contrario no habría acertado a calcular su edad, difuminada por la árida, amorfa severidad de las matronas españolas que se consagran a la proclamación de su decencia, un fervor confuso, a medio camino entre

la militancia pública y el compromiso íntimo, que, en su caso, ningún hombre tendría mucho interés en quebrar y del que ni siquiera la mujer más malévola se atrevería a dudar. No es que fuera fea, tampoco guapa, pero raspaba.

A Julio le sorprendió su corteza, esa leñosa condición de fruto seco tan incompatible con la gracia de su hija, que había heredado de ella el color de los ojos, azulísimos, pero no la sensualidad, ni el descaro, esa precoz consciencia de su cuerpo que le había impulsado a añorar por anticipado su madurez mientras la escuchaba programar su noviazgo. Mariana también era alta, robusta pero no gorda. Su cuerpo cuadrado, de huesos grandes, ancho y con pocas curvas, transmitía una impresión de quietud involuntaria, una pesadez cercana al cansancio que tal vez la alejaba de sus primos aún más que sus rasgos físicos.

Mientras la miraba, Julio recordó a la hermana pequeña de Ignacio, María, que tenía los tobillos gruesos, igual que ella, y el pelo castaño, del mismo color, pero nunca estaba quieta y se movía deprisa, por la calle, por la casa, en la cocina, con los niños, siempre en pos de una decisión que se extendía a su manera de hablar, de escuchar, de reírse, y que compartía, en mayor o menor grado, con sus padres, con sus hermanos, con su cuñada. Sí, es eso, pensó Julio mientras se levantaba y la veía acercarse con pasos lentos, extrañamente blandos, y un aire indolente, aburrido, que confirmó su intuición de que no estaba demasiado viva ni muy interesada por nada, por nadie.

—Buenas tardes, me llamo Julio Carrión —y extendió en el aire una mano que ella estrechó sin fuerza y sin interés, para hacerle recordar el mote que le habían puesto sus primas—. Acabo de llegar de París. Soy amigo de su primo Ignacio, Ignacio Fernández Muñoz.

—Sí, sí... Ignacio. Claro.

Pero cuando terminó de decir eso, todo había cambiado ya.

—Angélica, vete a tu cuarto.

—Pero, mamá...

—He dicho que te vayas a tu cuarto.

Cuando se quedaron solos, Julio afrontó una mirada dura que supo corregirse a sí misma tan deprisa como la sangre había sabido volver al rostro que abandonó un par de minutos antes. Mientras Angélica se levantaba, le miraba y salía del salón arrastrando los pies, las suelas de sus zapatos cifrando una nota de rebeldía inservible pero acorde al fin con su edad, Julio tuvo tiempo suficiente para contemplar una metamorfosis circular y completa, que iluminó los ojos de su madre con una frenética secuencia de luces y sombras cuya naturaleza no le sorprendió. Mariana Fernández Viu estaba muy nerviosa, pero por debajo de ese temblor, Julio Carrión percibió miedo, recelo, hostilidad, rabia, una insoluble vacilación entre dos instintos antagónicos, que le aconsejaban al mismo tiempo ponerse en contra y ganarse el

favor del recién llegado, curiosidad, y mucho más miedo. Sobre todo miedo, tanto, y tan intenso, que pronto desbordó el significado de su propio nombre en beneficio de palabras más oscuras, más turbias, también más enfáticas, palidez, horror, parálisis, histeria, pánico, terror.

—No se asuste, por favor —Julio le dedicó una sonrisa encantadora que no fue bastante para disolver una mirada despavorida—. No voy a hacerle daño.

Mariana no le contestó. Se quedó quieta, agarrada a su bolso, sin moverse, sin dejar tampoco de mirarle. Al principio pensé pedirte que la mataras, recordó Julio, y se dio cuenta de que aquella mujer, sin haberla oído nunca, había escuchado esa frase muchas más veces que él, y pudo calibrar la magnitud de su miedo. No está mal que me temas, se dijo, pero volvió a sonreír antes de sentarse, y adoptó la actitud del dueño de una casa para señalar la butaca que Angélica acababa de abandonar.

—Siéntese, por favor —ella le obedeció como si acabara de darse cuenta de quién había empezado a mandar allí, pero aún sacó fuerzas de alguna parte para aparentar lo contrario.

—¿Cómo están? —el silencio de Julio la obligó a ser más precisa—. Mis primos, y mis tíos... ¿Están bien?

—De salud sí, todos bien. Los que han sobrevivido, claro, porque a Mateo lo fusilaron. Ignacio se ha casado con una chica muy guapa, aragonesa, tienen dos críos. María también se ha casado. Con un toledano, ya ve, viven en Francia pero no se mezclan con los franceses. Tiene una niña y espera otro. Paloma... Paloma no ha tenido hijos. A su marido también lo fusilaron. Eso lo sabe, ¿no?

Mariana no contestó a esa pregunta. Encogió los hombros, los brazos, cerró los ojos, se santiguó y bajó la cabeza hasta que su barbilla se encontró con su cuello, como si pretendiera ofrecer su nuca a ciegas. Julio no se apresuró a tranquilizarla.

—No voy armado —dijo después de un rato, pero ni siquiera así logró que ella lo mirara—. No soy un pistolero, ni un guerrillero, no se preocupe. Ya le he dicho que no voy a hacerle daño, pero si no se tranquiliza, no vamos a poder hablar de negocios.

Julio no tenía prisa, y la paciencia jugaba a su favor. Había tenido tiempo para elaborar una estrategia compleja, había afinado minuciosamente los detalles, había previsto que no le convenía ser explícito antes de tiempo, y por eso aquella tarde habló poco, lo justo. Cuando se marchó, lo único que Mariana sabía con certeza era que aquel desconocido tenía la sartén por el mango de un poder notarial, y que se había tomado la molestia de investigar, o hacer investigar en su nombre, el número y la calidad de los apoyos a los que ella podría recurrir en el caso de que fuera tan insensata como para dar la batalla.

—Supongo que, en aquel momento, mayo del 39, no la molestaría nadie, ¿verdad? —le había dicho—. Después de facilitar la detención del marido de su prima, socialista, profesor universitario, de una familia de profesores, de abogados,

de jueces de izquierdas, y eso sin contar con los Fernández... Era una buena pieza, desde luego, un rojo notable, y en aquella época, esas cosas contaban, como es lógico. Pero ya no estamos en el 39, y éste es un país serio, así que, por mucho que su amiga Dorita y las monjas del convento de Divino Pastor hablen maravillas de usted, y que conste que no las pongo en duda, comprenderá que la situación de esta casa y de las restantes propiedades de sus tíos es muy irregular. Por eso he venido a verla, porque voy a encargarme de regularizarla, pero no se asuste, por favor. Estoy seguro de que encontraremos una solución satisfactoria para todos.

No fue ni un milímetro más allá, y Mariana le invitó a comer un par de días después, para hablar más despacio. Aquel día, ella misma le abrió la puerta. Se había puesto un vestido de terciopelo color burdeos, tan ceñido que el tejido transparentaba la estructura de la faja a pesar de su espesura, con un escote grande, trapezoidal, adornado con un broche de bisutería a cada lado, por el que asomaba la mitad superior de unos pechos muy blancos, blandos y accidentados por una constelación de granitos que se repartían con una sorprendente vocación de equidad alrededor de algunas venas gruesas, azuladas. Para templar su frialdad, su propietaria se había pintado los labios de rojo oscuro, un color semejante al que Paloma había elegido para salir con él en París, aquella noche que ya parecía tan remota como si hubiera sucedido al otro lado del tiempo. Al verle, le sonrió con un diente manchado de carmín y un descaro improvisado y torpe que más le habría valido aprender de su hija, y Julio, satisfecho, le sonrió a su vez, mientras pensaba, anda, que lo que es conmigo, vas dada, rica...

Cuando Mariana firmó un documento por el que se comprometía a no reclamar derecho ni cantidad alguna en la primera operación de venta de los olivares de su tía María, no sabía que el dinero que Julio obtuviera después de pagar las comisiones correspondientes, no llegaría jamás a las manos de su tío Mateo. Tampoco imaginaba que aquel documento acabaría hecho pedazos muy pequeños en la primera papelera que encontró su invitado al salir a la glorieta de Bilbao.

La renuncia que había firmado no tenía otro sentido que tranquilizarla, y prestar una vaga apariencia de legalidad a una operación donde el poder notarial que había acompañado a Julio desde París actuaría como un simple guardaespaldas. Sus nuevos amigos le habían aconsejado un procedimiento mucho más complicado que una simple compraventa, que tenía el defecto de multiplicar a los intermediarios pero la virtud de blindar sus intereses frente a cualquier reclamación directa o colateral, presente o futura. Porque todas y cada una de las propiedades de la familia Fernández Muñoz ya habían dejado de ser suyas cuando fueron teniendo lugar, en un despacho cerrado con llave, a las seis y media de la mañana, sucesivas ficciones de subasta pública que se rematarían en un par de minutos, por un precio mucho menos que simbólico, a favor de la única oferta, presentada por don Julio Carrión González. En

los documentos resultantes aparecían diversos nombres propios, pero nunca el de Mateo Fernández Gómez de la Riva, el de su mujer o el de cualquiera de sus hijos, que ya en aquel momento carecían de cualquier relación con las tierras, las casas que habían sido objeto de las correspondientes expropiaciones extraordinarias, amparadas por una ley, la de Responsabilidades Políticas, que había sido derogada dos años antes, pero nunca con anterioridad a la fecha que misteriosamente figuraba en cada expediente.

El mismo día en que el primer documento firmado por Mariana Fernández Viu acabó en la papelera a la que irían a parar todos los demás, a media tarde, copas, putas, reservados, don Julio Carrión González, estrenando un tratamiento que ningún suceso presente, pasado o futuro, llegaría a comprometer durante el resto de su vida, vendió una tercera parte de las tierras de María Muñoz, una simple mujer que no volvería a ser doña nunca más. Las condiciones le resultaron tan ventajosas que no sólo le permitieron saldar su deuda con don Ernesto Huertas sin que su cuenta corriente se resintiera en exceso, sino que también le animaron a arreglar la última cuenta que tenía pendiente con Freud.

—¿Qué tal? —la abordó en uno de los arcos de la plaza Mayor y ella se le quedó mirando con la misma expresión de estupor que le habría dirigido a un fantasma—. ¿Cómo te va?

Había ido hasta allí otras veces. Llevaba semanas siguiéndole los pasos con disimulo, con paciencia, la astucia de un cazador que distingue a lo lejos el descuido de su presa y se relame de antemano, paladeando el golpe que le asestará en el momento preciso, sin precipitarse ni desperdiciar la mejor ocasión. Madrid, que había cambiado mucho, no había cambiado nada, y doña Pilar, su antigua patrona, seguía regentando la pensión de la calle de la Sal con la lengua tan larga como antes, como siempre. Para enterarse de todo, había corrido el riesgo de que el chisme de su regreso circulara en dirección contraria, pero cuando la vio, y vio cómo le miraba, supo que no había sido así, y lo celebró como un buen presagio.

—¿De dónde sales tú, cabrón?

—¡Vaya, Mari Carmen, qué simpática! —Julio se echó a reír, dejó que la última carcajada flotara sobre su sonrisa, y vio sonreír a su pesar a quien no había querido ser la chica de su vida—. Da gusto volver a casa, ¿no?, para que le reciban a uno así...

La hija del Peluca, que de jovencita era una preciosidad, se había convertido en una mujer imponente. Imponente, repitió Julio para sí mismo, imponente, y no fue capaz de salir de ahí, de encontrar nada mejor, otro concepto, otra palabra, un adjetivo distinto. Mari Carmen Ortega no era tan guapa como Paloma Fernández Muñoz, pero seguía teniendo las piernas más bonitas de Madrid y una cara incendiaria que convertía en virtudes sus defectos, aquella nariz grande, aquella boca demasiado ancha de labios sin embargo gruesos y rojizos, que hacía olvidar a los

hombres que la perseguían qué tipo de belleza les gustaba sólo con verla. Antes de cumplir veinte años ya tenía un cuerpo espectacular. Ahora, al mirarla despacio, aquel prodigioso equilibrio de líneas rectas y curvas que acariciaba los peligros del exceso sin perder el control en ningún punto, Julio tampoco supo cómo mejorar aquella descripción. Pensar que estaba buena, muy buena, buenísima, le pareció un recurso de simpleza raquítica, casi vergonzosa.

—Pa chasco —ella puso los ojos en blanco y miró primero al cielo, luego a Julio, con esa arrogante expresión de superioridad tan suya, que a él le daba antes tanta rabia y ahora acababa de descubrir que le ponía cachondo—. Es que todas las bandas de música estaban ocupadas.

—Ya...

Entonces, dando por zanjado aquel encuentro, Mari Carmen echó a andar y durante algunos metros hizo como que no se daba cuenta de que él andaba a su lado.

—¿Y tú adónde vas? —se detuvo de pronto, volvió a mirarle, y él descubrió que el amor de su adolescencia había perdido para siempre las ventajas de la altura—. Si puede saberse, vamos.

—Pues no sé. Hace mucho tiempo que no te veo, y éramos amigos, ¿no?, camaradas...

—Ándate con ojo, Julio —Mari Carmen sacó pecho, levantó la barbilla, y encontró en alguna parte su antigua mirada de fiera salvaje—. Ándate con ojo, no vaya a ser que tenga que cagarme en tu puta madre.

—¡Joder, Mari Carmen, pero qué malhablada eres, de verdad! —él volvió a echarse a reír, como si los insultos de aquella mujer le pusieran de buen humor—. Mi madre no era puta, sino una honrada maestra republicana, acuérdate, roja perdida, y murió en el año 41, de una neumonía, en el penal de Ocaña, así que puedes ahorrarte el trabajo.

—Es verdad... —ella asintió con la cabeza—. Se me había olvidado. Y lo siento. Por tu madre, por ti no, que conste.

—Muy bien, acepto las disculpas —la cogió del brazo y ella, desprevenida, se dejó llevar algunos pasos—. Y ahora, vamos a tomar algo, yo invito.

—¿Qué? —intentó resistirse, pero él siguió andando a su lado—. ¿Tú y yo vamos a tomar algo? —Julio la miró, asintió con la cabeza y volvió a tirar de ella—. ¡Vamos, no me jodas!

Pero cuando él abrió la puerta de una cafetería de la calle Mayor para cederle el paso, la hija del Peluca ya había dejado de protestar.

—¿Qué quieres tomar?

Ella no contestó enseguida. De pie, ante la barra, con una blusa blanca muy sencilla, sin adornos de ninguna clase, y una falda tubo también blanca, de un tono distinto, más amarillento, que hacía justicia a sus caderas pero no recibía de ellas a

cambio la gracia de disimular la antigüedad de sus costuras, abiertas por el uso, se sentía insegura en aquel local, que a Julio no le había parecido demasiado caro ni elegante hasta que la vio mirar de reojo hacia las mesas donde grupitos de señoras enjoyadas, recién salidas de la peluquería, chismorreaban con la excusa de la merienda.

—No sé —reconoció al rato—. ¿Qué vas a tomar tú?

—Una copa de coñac —contestó Julio—. Para recuperarme de la emoción de volver a verte.

—No, yo, una copa no —ella no acusó el piropo, mientras miraba con atención el contenido de las vitrinas que había sobre la barra—. Un café con leche y una tostada.

—¡Qué clásica! —murmuró Julio mientras llamaba al camarero.

—O si no, espera —pero Mari Carmen llegó antes—. Mejor un emparedado de esos nuevos que se hacen a la plancha, seguro que aquí hay... —él la miró con una sonrisa de satisfacción que ella no pudo interpretar—. De jamón y queso, ¿sabes, no?

—Sí, sé.

Y sabía también que había ganado, lo supo incluso antes de ver cómo se quedaba mirando su taza, después al camarero y su taza otra vez, para dirigirse después a aquel hombre en un tono inaudito en otros tiempos, un acento sumiso, casi suplicante y respetuoso con la autoridad, que Julio escuchaba por primera vez en aquella voz.

—¿Me puede traer otro azucarillo, por favor? —y cuando lo tuvo delante, lo cogió, lo juntó con el primero y se guardó los dos en el bolso.

—¿Y te vas a tomar el café sin azúcar?

—No me importa —sonrió—. Me gusta mucho y no suelo tomarlo. Además, así sabe más a café, y a los niños les gusta el azúcar.

Julio pidió otro café con dos azucarillos, se lo pasó, y ella sonrió, le dio las gracias, pero volvió a enviar los dos terrones al fondo del bolso. Luego, mientras comía muy despacio, como si quisiera ser consciente de cada bocado, él le hizo algunas preguntas cuya respuesta ya conocía, y ella las contestó sin adivinar sus intenciones.

—Mío, sólo tengo uno, pero ahora cuido también a la de mi hermana, que se ha largado y no sabemos dónde está.

—Vaya faena, ¿no?

—Pues sí, la verdad. Yo por un lado lo comprendo, comprendo que se haya hartado, porque ahora todo está muy difícil, la vida se nos ha puesto muy cuesta arriba, pero mucho, no veas, el trabajo está mal, con un jornal no alcanza para nada. Y en mi casa no hay jornales, sólo estábamos las tres, cosiendo, así que... Pura tenía un tío detrás, yo lo sabía. Ella decía que no, por lo de su marido, porque le parecía feo liarse con otro, aunque ése también, como hace ya más de dos años que no escribe...

—¿Dónde está?

—En Francia —le miró, frunció los labios en una mueca escéptica, se encogió de hombros—. Vamos, digo yo que estará en Francia. Con otra, supongo, aunque igual se ha ido a América o se ha muerto, porque no sabemos nada de él. Por eso te he dicho que yo lo entiendo, entiendo lo que le ha pasado a Pura, pero dejarnos así, de buenas a primeras, con la niña... No hay derecho, ni por la cría ni por nosotras, creo yo.

—¿Y el tuyo?

—¿Quién?

—Tu marido. ¿Está en Francia también?

—No... —se echó a reír—. Antonio está mucho más cerca. En Yeserías, aquí al lado.

—¿Todavía?

—Qué va —sonrió, y mantuvo la sonrisa mientras hablaba en un tono risueño, casi dulce—. Salió a finales del 44, encontró trabajo, me dejó preñada y cuando el niño estaba todavía mamando, lo trincaron y lo volvieron a meter dentro. Mira, por lo menos no le dio tiempo a dejarme preñada otra vez.

—Lo cuentas como si fuera muy divertido.

—No, no es eso. No es divertido, pero ¿qué quieres? —se puso seria, pero ninguna sombra oscureció su voz—. Así es la vida.

—La de los buenos —sugirió Julio.

—Pues sí —y sus ojos recobraron el brillo que esmalta la mirada de ciertas fieras nocturnas—. Tú lo has dicho. La de los buenos.

Madrid, que había cambiado mucho, no había cambiado nada, y Mari Carmen Ortega seguía siendo Madrid, en la arrogancia de las mujeres valientes hasta la insensatez y en la humillación de las mujeres apaleadas hasta la extenuación. También en esa humillación. Julio Carrión se dio cuenta, y por eso no acusó las chispas de sus ojos oscuros, el estruendo violento y silencioso de sus mandíbulas apretadas, expresiones de una cólera antigua, una ferocidad caducada, una abnegada predisposición al sacrificio, al combate, al heroísmo, que estaba destinada a ahogarse sola, a asfixiarse lentamente por falta de oxígeno.

Mari Carmen Ortega no sabía, y no quería saber, en qué ciudad, en qué país, en qué realidad vivía. Julio Carrión, modestamente experto en copas, en putas, en reservados, no perdió el tiempo en explicárselo.

—¿Y a ti no te interesaría cambiar de vida, Mari Carmen?

Se sacó la cartera del bolsillo y de aquélla todo un capital, un billete de cien pesetas, después otro, y otro más, y los fue poniendo encima de la barra. Suponía que, de entrada, ella se iba a ofender, y se ofendió. Lo que no esperaba era que equivocara el carácter de su oferta, y eso fue lo que pasó.

—¿Pero tú quién te has creído que soy yo?

Cuando hizo esa pregunta, todavía estaba sentada en un taburete y hablaba en voz alta, en un tono asombrado, estremecido, pero propio aún de una conversación. Después, se puso de pie, se hinchó igual que una gallina y, los puños en la cintura, la barbilla alta, el pecho lanzado hacia delante, empezó a escupir palabras en un susurro herido y desafiante que acertó a proyectarse en la naturaleza de un grito.

—Yo no soy una chivata, Julio, no soy una chaquetera, ni una traidora como tú. Prefiero morirme de hambre, ¿te enteras?, prefiero pedir limosna en la calle. Antes muerte que traición, escúchalo bien. Eso es lo que digo y sé por qué lo digo, así que no vais a sacarme nada, ¿comprendes?, ni una palabra. A mí no. No hay dinero en este mundo para comprarme a mí, y si no, pregúntaselo al comisario del distrito Centro, que me conoce, me conoce muy bien, que te lo diga él, no hay...

—No es eso, Mari Carmen —él controló su sorpresa, la sujetó de un brazo, la atrajo hacia él, sonrió—. ¿Qué te has creído tú? Yo no soy policía, no tengo nada que ver con la policía, me trae sin cuidado lo que sepas y lo que dejes de saber... —ella se quedó quieta, abrió mucho los ojos, le miró—. Lo que quiero es otra cosa. Y perdona que te lo diga, pero pareces tonta, la verdad.

Mari Carmen tardó más de un instante en reaccionar. Moviéndose muy despacio, volvió a sentarse en el taburete, dio un sorbo a su taza de café, sonrió para sí misma y después, sin dejar de sonreír, volvió a mirarle.

—Así que es lo otro —dijo, y negó con la cabeza varias veces, como si no pudiera aceptar su propia conclusión—. Lo que tú quieres es acostarte conmigo, ¿no?

—Sí —no tenía nada que perder, pensó él al admitirlo.

—Hay que joderse —y se echó a reír—. Con lo que ha llovido, parece mentira que todavía me tengas ganas, Julito...

—¿Qué quieres? —él se limitó a sonreír—. Soy un hombre fiel.

—Ya, pues... —Mari Carmen volvió a reírse, estaba nerviosa, quizás incluso halagada por la constancia de su deseo, pensó él, pero ni los nervios ni la vanidad la estorbaron para coger los billetes que había encima de la barra con una rapidez que a él le desconcertó durante un instante—. Bueno, mira, de momento, me voy a llevar esto para ir pensándomelo.

—Llévate mi teléfono también —añadió él, mientras lo escribía en una tarjeta a toda prisa—, por si te animas a llamarme. Aunque no suelo comer en casa, me gusta dormir la siesta. Nunca salgo por la tarde antes de las siete.

—Vale —ella cogió la tarjeta, la metió entre los billetes y lo guardó todo en el monedero—, pero no creo.

—Por si acaso.

Luego, las piernas más bonitas de Madrid transportaron su cuerpo imponente hasta la calle, y mientras la miraba, Julio analizó la escena que acababa de vivir como si hubiera sucedido en la vida de otro, y sucumbió a una pintoresca paradoja moral.

Era, desde luego, un extraño concepto de la decencia el que había llevado a Mari Carmen a jurar, y Julio sabía que no lo hacía en falso, que estaba dispuesta a morirse de hambre antes que a delatar a cualquiera de los suyos, pero esa entereza no le había impedido levantarle trescientas pesetas delante de sus narices, a cuenta de los favores que probablemente no le importaría venderle por otros billetes de menos valor. Aunque su cuerpo le habría consentido eso y más, Mari Carmen Ortega nunca había sido voluble, ni coqueta. Julio la había visto cambiar de hombre con frecuencia, pero sabía también que había sido fiel a cada uno de ellos con la única excepción del sucesivo, y a partir de su boda, que doña Pilar supiera, y en eso doña Pilar era tan omnisciente como Dios, no había habido más. Qué mujer más rara, pensó, y de repente se acordó de Eugenio y se echó a reír. No tenía la menor intención de reunir en ninguna parte a Mari Carmen con su antiguo amigo de la División, pero calculó que, si lo hiciera, tal vez él la encontraría respetable, incluso admirable, toda una heroína. Qué tontería, Julio volvió a reírse, claro que a Romualdo, en cambio, igual se la presento, para que vaya enterándose de lo que hay...

Mari Carmen le había dicho que no le iba a llamar, y no le llamó, pero diez días más tarde se presentó en su casa a las seis en punto.

—Sin besos —le advirtió en la misma puerta.

—¿Como las putas?

—Igual —entró, dejó el bolso encima del sofá, le miró—. Es lo que soy, ¿no?, una puta. Pero también soy mejor que tú, y no quiero que se nos olvide a ninguno de los dos.

—Eres mejor que yo... —Julio fue hacia ella, la cogió por la cintura y dejó que sus dedos ascendieran despacio para acariciar sus pechos, sus hombros, sus brazos, antes de inmovilizar con las suyas las manos de la mujer a la que había deseado más, y durante más tiempo, en toda su vida—, pero estás jodida, María del Carmen.

Aquella tarde, don Julio Carrión González arregló su última cuenta y completó el diseño de lo que él mismo había planificado que sería su vida y nada pudo evitar que efectivamente lo fuera.

Las restantes etapas del proceso se fueron cumpliendo sin prisa y sin sorpresas hasta desembocar en la última tormenta del verano, o la primera del otoño de 1949, cuando Mariana Fernández Viu se resignó a entrar en el taxi donde la esperaban un futuro penoso y su hija Angélica. Ella, que todavía tenía catorce años, fue el único personaje capaz de desempeñar un papel distinto al que Julio Carrión le había asignado en una representación, la de su vida, que se desarrollaba con tanta precisión como si el mundo fuera un teatrillo de marionetas y él, autor y máquina, la mano oculta que tiraba de los hilos de cada muñeco para hacerle bailar a su gusto.

—¿Adónde vas? —gritó su madre al verla salir corriendo, el coche ya en marcha, la lluvia empañando el cristal de la ventanilla—. ¡Angélica! Vuelve aquí ahora

mismo.

—Se me ha olvidado una cosa, mamá —ella contestó sin volverse—. No tardo nada.

Julio Carrión, que seguía apoyado en uno de los pilares de granito del porche, fumando, la vio venir, y no le dio importancia. Angélica se había criado sola, y era una niña mimada, caprichosa, que no obedecía a nadie y hacía siempre lo que le daba la gana. Tampoco había escuchado su última conversación con Mariana, los insultos rabiosos, estériles, que se habían estrellado contra su indiferencia, la cortesía displicente, desganada, a la que atribuyó la frenética insistencia con la que su madre la reclamaba. Y sin embargo, aquella niña sabía algo que él no sabía y que no logró adivinar mientras la veía subir por la escalera.

—¡Angélica! —Mariana abrió la puerta del coche, sacó una pierna, no se animó a salir—. ¡He dicho que vuelvas aquí! —pero su hija ya estaba arriba.

—Ven conmigo —se acercó a Julio, le cogió de la mano, le obligó a entrar—. Se me ha olvidado una cosa.

Entraron juntos en el recibidor y ella le empujó contra la pared como si pretendiera asegurarse de que Mariana no podría verlos. Lo que pasó después no pareció mucho, y sucedió muy deprisa. Antes de que su madre tuviera tiempo para chillar otra vez, Angélica miró a Julio, cerró los ojos, le besó en los labios y salió corriendo.

A mediados de julio empezó la cuenta atrás.

—¿Qué te pasa? —le preguntaba a Raquel de vez en cuando.

—Nada —contestaba ella, y no me lo creía, pero la abrazaba, la veía sonreír, me equivocaba.

Sus sonrisas no eran distintas a las de antes, pero tenían un ingrediente nuevo, una especie de énfasis terminal y repentino, que las mantenía firmes sobre sus labios un segundo más de lo imprescindible. Algo semejante pasaba con sus miradas, con sus besos, y ciertos luminosos arrebatos, más largos de repente, casi violentos, que la impulsaban a apretarse contra mí cuando íbamos andando por la calle. Ahora sé que debería haberme asustado, pero entonces apenas me sorprendí, porque por encima de su sutileza, la delicada, mínima metamorfosis de Raquel no expresaba dudas, desgana o cansancio. Al contrario, su aspecto más perceptible era la concentración, una intensidad que a veces parecía apta para tocarse, para ser respirada en sus gestos más graves y en los más triviales, los dedos que resbalaban sobre mi cara como si pretendieran dejar un rastro duradero en su relieve, las frases que dejaba a medias como si se arrepintiera a tiempo y con retraso de haberlas emprendido, sus ojos, muy abiertos cuando yo abría los ojos, estudiándome como si quisieran grabar en su memoria cada forma, cada línea, cada arruga de mi cara, o fabricar con garantías su recuerdo.

Todo eso percibí, todo eso interpreté, en cada uno de esos indicios me equivoqué. Jamás podría haber acertado, pero otros factores cooperaron con entusiasmo para abocarme al error. El principal tenía que ver conmigo mismo y con una interpretación personal, particular, de la relativa velocidad del tiempo. Este tema, tan clásico como la relación del todo con las partes, había escogido con idéntica decisión mi cuerpo, la interacción de mis sentidos y mis sentimientos, para convertirlo en un improvisado campo de experimentación.

Si el todo no había tenido piedad conmigo, el tiempo resultó aún más cruel, porque me despojó de cuanto sabía, de cada conocimiento y cada sospecha, de las intuiciones y las certezas, sin dejarme siquiera el consuelo de elegir entre el papel de Aquiles y el de la tortuga. En cualquiera de ambos casos, yo no me sentía sujeto del tiempo que vivía, la exacta acumulación de segundos, minutos, horas y días en la que los demás pensaban que se sucedían mis acciones y mi inactividad, sino el simple objeto de un fenómeno temporal, frenético y estático a la vez, que disfrutaba jugando con la torpeza de mis percepciones. Los calendarios no me servían de nada. Navegaba a través de ellos con soltura, sí, y sabía que, si el sexo es el origen, mi historia con Raquel había empezado el 22 de abril, pero eso, 22, abril, eran sólo palabras, contraseñas inservibles en una realidad alterada, deformada por la condición inestable de un tiempo blando, gelatinoso, que me impedía comprender las fechas que conocía. Por eso me di cuenta de que a mediados de julio había empezado la cuenta

atrás, pero me equivoqué al interpretar la naturaleza de aquel cálculo.

—¿Qué te pasa, Raquel?

—Nada —me miraba, sonreía—. De verdad que no me pasa nada.

Yo le devolvía el silencio, la sonrisa, y me callaba lo que nunca encontraba el momento de decir en voz alta, claro que te pasa algo, y yo sé lo que es. En las hojas de los calendarios, nuestra situación no sólo no era grave, sino que aún podía aspirar a la ligereza, esa vaporosa inanidad de los amores primerizos en los que nada es definitivo todavía, y las palabras flotan como cáscaras ingrávidas de palabras, y el tiempo se alarga como una promesa lenta, dudosa, incluso esquiva. Pero nosotros no vivíamos en las hojas de los calendarios, sino en una cuerda floja que se tensaba un poco más cada mañana, y su filo abría heridas en las plantas de nuestros pies y cultivaba un vértigo que parecía tendido entre los dos extremos de la eternidad, sólo tres meses largos como la vida de una roca. Eso sentía yo y eso tenía que sentir ella, que habíamos consumido todas nuestras reservas, que habíamos quemado todas las etapas y el último plazo se estaba agotando. Eso creía yo, mientras la complicidad de las fechas, esas herramientas inútiles para medir el paso del tiempo, se iba deslizando hacia un horizonte de hostilidad a medida que el mes de julio se nos escurría entre los dedos.

Pero había algo más, hubo algo más en aquellos días extraños en los que aprendí a desconfiar de los relojes y a vivir con Raquel sin darme cuenta. Una de aquellas mañanas que pasé en mi propia casa con la misma sensación de extrañeza que habría sentido si la supervisión de una cuadrilla de albañiles fuera mi único trabajo, saqué del buzón un sobre del Registro Civil de Madrid con el certificado de defunción de mi abuela Teresa González Puerto, que había muerto el 14 de junio de 1941 en el penal de Ocaña, una cárcel famosa, tal y como Encarnita había recordado para mí. En el documento se especificaban tanto la causa inmediata de la muerte, parada cardiorrespiratoria, como la remota, neumonía infecciosa, no tan lejos de la tuberculosis. Se consignaban además su fecha de nacimiento, su estado civil, su condición de reclusa y su edad, cuarenta años. El 3 de agosto habría cumplido cuarenta y uno, recordé, pero no los aparentaba.

No necesitaba pruebas para sostener ante mí mismo la anacrónica rebelión de su madurez, pero llegaron al mismo buzón dos días después, aquella clásica foto escolar donde medio centenar de colegiales posaban con sus maestros y dos ampliaciones bastante buenas teniendo en cuenta la edad del original, una de Teresita Carrión González, con sus trenzas apretadas y su babi limpísimo, y otra de mi abuela, con Manuel Castro y el pelo suelto. Dentro del mismo sobre había también una nota de Encarna, concisa y cariñosa, en la que justificaba su retraso por el impacto que mi visita había producido en su madre. No ha habido manera de quitar la foto de en medio hasta hace un par de semanas, decía, menos mal que no tardaron ni una hora

en hacerme las copias.

Yo, en cambio, no había dejado de recordar a mi abuela. Cada vez que me asombraba de la peculiar exasperación de mis sentimientos, esa presunta culpa de marido infiel que debería impedirme dormir por las noches para comenzar a atormentarme en cada despertar y que no acababa sin embargo de manifestarse, me preguntaba si a ella no le habría pasado lo mismo, si al mirar a mi abuelo, Teresa González Puerto se habría limitado a sentir esas gotas de incomodidad, casi fastidio, aliñadas con una lástima difusa, sincera pero esencialmente inoperante, incapaz de modificar nada en mi interior, que sentía yo al mirar a mi mujer. Quizás, en el instante en que se hizo aquella fotografía, la luchadora por la libertad ya no era libre. Quizás había perdido su libertad, había consentido que se quedara enganchada con una alegría rara y furiosa en algún rincón del cuerpo de aquel hombre que la miraba como si estuvieran solos en medio de una muchedumbre infantil y ruidosa. Quizás no la echaba de menos, y todavía era capaz de recordarlo mientras revoloteaba sobre mi cabeza como un hada joven y benéfica, amparando mis pasos, protegiéndome. Al subir a casa, coloqué la foto que me había mandado Encarna al lado del retrato ahora soso, hasta plomizo, que me miraba desde un marco de plata, y comprendí un poco mejor lo incomprensible.

Aquella mañana, Mai vino a ver la obra. Lo hacía cada dos o tres días, aprovechando la pausa del mediodía, y por eso casi nunca se quedaba más de diez minutos.

—¡Qué locura, Álvaro! —al llegar me abrazaba, me besaba, se echaba a reír—. No sé cómo puedes trabajar aquí.

—Esto ya no es nada —le aseguraba yo—, lo peor eran los martillazos del principio...

Los polacos eran muy serios, trabajadores, concienzudos, y no había tenido ningún problema con ellos. Mai estaba encantada de los resultados, y no solía hablar de otra cosa mientras la acompañaba de vuelta al trabajo. A veces comíamos juntos, a veces con Angélica, a veces solos, y algunos días de entre estos últimos, por razones que me explicaba o no, Mai tenía un rato libre después de comer. Entonces renunciaba al postre, pedía un café con hielo para no esperar, me miraba, sonreía y suponía en voz alta que si aquella tarde retrasaba mis planes media hora, tampoco es que la biblioteca de la facultad se fuera a llenar de físicos ávidos de conocimientos que me arrebataran sin piedad todos los libros que necesitaba.

En ese momento, mi cuerpo padecía algo similar a un proceso acelerado de congelación, que no tenía nada que ver con el frío. Estábamos en pleno verano y hacía calor, yo lo percibía, pero sentía al mismo tiempo que la sangre cedía su lugar en el interior de mis venas a un gas blancuzco y metálico, helado, que despedía un vapor liviano para certificar el contraste de su temperatura con la de mis vísceras. Eso

era lo que sentía, pero sonreía y me salía bien. Tenía que salirme bien, porque Mai se me quedaba mirando con la misma expresión de placer delegado, anticipado, que se pintaba en su cara al hacerle un regalo sorpresa a Miguelito, y cuando me decía, no sé, he pensado que igual te hace más falta una siesta menos académica, yo comprendía que lo que estaba haciendo conmigo era lo mismo, un regalo sorpresa, y procuraba comportarme como un niño bien educado, y se lo agradecía con un empeño, una esforzada tenacidad que en aquella época ella ni siquiera sospechaba.

Aquellos polvos improvisados del mes de julio tuvieron la virtud de ser tan esporádicos como si mi mujer y mi amante hubieran intercambiado sus papeles, y contaron con la involuntaria complicidad de los polacos, que daban martillazos, y partían azulejos, y taladraban paredes, y hablaban en un lenguaje incomprensible en mitad del pasillo, al otro lado de la puerta del dormitorio.

—En esta casa se ha vuelto muy difícil concentrarse— reconocía Mai.

Yo le daba la razón con entusiasmo, y perseveraba en la insólita experiencia de la concentración hasta obtener resultados aceptables, pero cada vez me costaba más trabajo.

Ella no parecía darse cuenta de nada. Al principio, el estado de excitación universal en el que me había precipitado la simple existencia de Raquel, había bastado para eliminar el débito conyugal de la larguísima lista de mis problemas. Luego, mi sexo se fue haciendo más exigente, pero el tenebroso prestigio de las oposiciones acudió en mi ayuda. Por fin, en plena obra, empecé a presentir el abismo de las vacaciones, y a temblar, y sin embargo, ni siquiera entonces, Mai, que solía protestar por lo contrario, pareció acusar ningún síntoma preocupante en mi astenia. Raquel, en cambio, sacaba de alguna parte varios sentidos de más en esas ocasiones.

—Vienes de follar con tu mujer.

Lo adivinaba antes de que yo tuviera tiempo para entrar en su casa, la puerta entreabierta, su mano en el picaporte todavía.

—No —decía yo, muy seguro, porque no podía saberlo, la hija de puta no podía saberlo.

—Sí —entonces me dejaba pasar, cerraba la puerta, me abrazaba, me miraba a los ojos con atención, pegaba la nariz a mi cuello, asentía con la cabeza, se reía—. Claro que sí.

—¿Y cómo lo sabes, a ver?

—Pues porque sí, porque lo sé. Eso se huele, Álvaro.

—No creo que puedas oler nada porque me acabo de duchar.

—¿Lo ves? Por eso, entre otras cosas.

—Me he duchado —intentaba explicar yo con mi acento más pedagógico— porque son las cinco de la tarde, en la calle hace muchísimo calor y he venido andando.

—Ya. Y porque vienes de follar con tu mujer.

—No.

—Sí —y su seguridad me ponía tan nervioso, me daba tanta rabia que llevara razón, que reaccionaba con la lógica impertinente y brusca de los niños pequeños.

—Bueno, pues me voy —pero ella volvía a echarse a reír y me sujetaba con fuerza, rodeando mis brazos con los suyos.

—No hace falta que te vayas. Tengo tele. Y palomitas para hacer en el microondas, tonto...

Pero no poníamos la tele, no encendíamos el microondas, no hacíamos palomitas, nos íbamos a la cama igual, a follar, y follábamos, porque la Tierra daba vueltas alrededor de sí misma y de las caderas de Raquel, porque el todo era tan grande, tan poderoso, que ni siquiera se tomaba la molestia de compararse con la suma de sus partes, porque un tiempo blando, gelatinoso, suspendía las leyes físicas en la cama donde nos amábamos y porque yo amaba a esa mujer, la amaba tanto que después, cuando la tenía tranquila y callada, a mi lado, comprendía con una exactitud cegadora, casi dolorosa, la medida de mi suerte.

La alegría no tiene precio. No existe trabajo, ni esfuerzo, ni culpa, ni problemas, ni pleitos, ni siquiera errores que no merezca la pena afrontar cuando la meta, al fin, es alegría. Yo lo sabía, porque había conocido demasiado bien el color gris en los tiempos de mi pobreza, todos esos años que viví creyendo que mi vida era vida, y que era mía. Por eso, cuando Raquel se incorporaba, y me miraba, y yo distinguía en sus ojos una luz igual pero distinta, como un atisbo temeroso de la melancolía, me daba cuenta de que aquel énfasis terminal y repentino inauguraba la cuenta atrás, pero estaba muy seguro de lo que tenía que hacer, y de que iba a hacerlo.

Y sin embargo había algo más, hubo algo más en aquellos días felices, de una plenitud, una intensidad que me atontaba, porque no se puede pensar y vivir al mismo tiempo y yo había elegido vivir, volver a nacer en aquella dulzura tan grande y tan pequeña que no se dejaba pensar. Había algo más, pero estaba lejos de Raquel, fuera del alcance de aquellas miradas que me tiranizaban, sometiéndome sin esfuerzo a la despótica determinación de que nunca volviera a mirar a otra mujer. Había algo más, pero estaba lejos de Madrid, fuera de una ciudad que no medía más que un metro y medio de ancho por dos metros de largo, el jardín de sábanas blancas que nos pertenecía por completo y nos protegía de nuestras propias reflexiones. Ese amparo se iba desvaneciendo lentamente a medida que mi coche avanzaba por la Castellana, llevándome lejos de mí, lejos de ella, hacia un lugar que cada vez me resultaba más ajeno, más extraño, y que empezaba a dolerme mucho antes de que mi hijo viniera a mi encuentro corriendo por un camino de grava con la misma furia con la que un toro sale del chiquero.

—¡Papá! —gritaba, y yo le esperaba, me ponía en cuclillas al lado del garaje y

abría los brazos para escenificar el anuncio que más le gustaba.

—¡Miguelito! —él se estrellaba contra mí, creía tirarme al suelo con su impulso, yo me dejaba caer y los dos nos reíamos mucho.

En aquella época, ya había empezado a entender mejor a mi hermano Julio, ese amor casi impropio, maternal, que sentía por sus hijos, la sistemática y cotidiana abnegación que pretendía asegurarles que, pasara lo que pasara, él siempre sería su padre, que siempre podrían contar con él incluso cuando sus respectivas madres no fueran más que dos pálidas muescas en su revólver. Aquella revelación convirtió a mi hermano en alguien más noble y más mezquino a la vez, bueno para sus hijos, desde luego, y eso era quizás lo único importante, pero miserable en la ilimitada constancia de sus cálculos. O no, porque uno de los domingos de aquel verano ya no supe qué pensar de mí, ni de él, ni de nada.

Había llegado a La Moraleja un poco antes de comer con una idea fija, y la puse en práctica nada más llegar, sin perder el tiempo en ponerme el bañador antes de ir a buscar a Mai a la piscina. Ella tomaba el sol con los ojos cerrados y sonrió antes de abrirlos, mientras mi dedo índice recorría su cuerpo muy despacio, desde la clavícula hasta el ombligo. Luego se incorporó, pronunció mi nombre, me miró como si quisiera decirme que no hacía falta que le explicara nada, y todo lo demás se desenvolvió como yo había previsto. No había contado con mi hermano Julio, y por eso no le presté atención cuando nos sentamos a comer, Mai risueña y un poco colorada todavía, yo tan contento como si hubiera vuelto a ser el niño estudioso y responsable que dejaba todos los deberes hechos por la mañana para disfrutar de los placeres del tiempo libre el resto del domingo. Después, mi mujer, que no había movido un músculo de la cara mientras le explicaba, los dos desnudos y sudorosos, que no había podido esperar porque me convenía volver a Madrid aquella noche, se fue a dormir la siesta con Miguelito, y yo me senté en el porche a leer el periódico con la intención de quedarme traspuesto en un sillón lo antes posible, pero mi hermano no me lo consintió.

—¿Cómo se llama? —disparó sin anunciarse.

—¿Quién?

—La tía que te tiene así.

—¡Julio!

Me incorporé de golpe, miré a mi alrededor y comprobé que estábamos los dos solos.

—No hay nadie, están todos durmiendo —hizo una pausa para reírse y me tendió un cuba libre como el que llevaba en la mano—. Segundo intento. ¿Cómo se llama?

No me gustan mucho los cuba libres pero acepté el que mi hermano había hecho para mí como solía hacerlo todo, sin pensarlo antes, y le sonreí.

—¿Cómo te has dado cuenta?

—Álvaro, por Dios, soy el experto de la familia, ya lo sabes.

—Se llama Raquel, pero dime cómo te has dado cuenta.

—Lo estás haciendo bastante bien, si eso es lo que te preocupa —escuchamos el ruido de una puerta que se abría dentro de la casa, estiramos el cuello a la vez, y aunque no salió nadie, Julio empezó a hablar más bajo—. Yo no estaba muy seguro, la verdad. Llevo una temporada encontrándote un poco raro pero, bueno, entre lo de la oposición y que tú eres más bien raro desde siempre... Pero lo de esta mañana... Lo de esta mañana ha sido clamoroso, Alvarito.

—¿Qué? —porque le había entendido, pero no estaba muy seguro de su interpretación.

—El polvo defensivo, tío —y aquella definición me hizo tanta gracia que ya ni siquiera me importó volver a reírme.

—La mejor defensa es el ataque —supuse, y él asintió con la cabeza y mucha energía.

—Pues sí, no lo dudes... ¿Tú sabes cuántos de ésos he echado yo en mi vida? De los anticipados y de los otros, para fabricarme una noche libre o para hacerme perdonar antes de que ellas tuvieran tiempo de saber el qué. Lo mejor es echarles un polvo, con mucha pasión, muchas prisas, como los de la mili, furia española, ya sabes. Se quedan como nuevas, eso siempre funciona. Así que cuando te he visto en la piscina, esta mañana, me he dicho, uy... Y lo mejor es que se las coge con ganas, ¿verdad?

—¿A quién? —y me estaba riendo todavía.

—A las mujeres propias.

—No, yo no —me puse serio, le miré y vi la preocupación en sus ojos—. A lo mejor es que soy raro, pero la verdad es que yo la cojo cada vez con menos ganas.

—Entonces es peor, Álvaro —se levantó, me puso una mano en el hombro y la apretó—. Entonces es mucho peor. O mucho mejor, nunca se sabe...

Aquella conversación me dejó un sabor rancio en el paladar y un destello luminoso en la memoria, dos huellas contiguas, sucesivas, que nacieron de mi accidental semejanza con Julio y de la certeza de que nunca sería más que una semejanza accidental. Yo, que no había querido ser un hombre como mi padre, tampoco quería convertirme en un hombre como mi hermano, y sin embargo, empecé a entenderle mejor, y pensaba en él mientras me ocupaba de mi hijo con mucha más disciplina, también con más placer que antes. Miguelito aún no había cumplido cinco años, y cuando fuera adulto, sólo tendría un recuerdo vago, nebuloso, de aquel verano, pero yo intentaba que ese recuerdo incluyera mi devoción por él, porque a veces, mientras le miraba, me imaginaba sin querer a otros hijos, míos y de Raquel, y sentía de golpe toda la urgencia, la amargura de la culpa que su madre no llegaba a inspirarme. Por eso, cuando llegaba a La Moraleja, lo primero que hacía era esperarle

en cuclillas, al lado del garaje, con los brazos abiertos, para dejar que me embistiera y caerme al suelo con él, para que los dos nos riéramos juntos y yo pudiera abrazarle, hacerle cosquillas y besarle muchas veces antes de cogerle en brazos.

Así aparecíamos en el porche y allí estaba mi familia, lo que se suponía que era mi familia, mi madre, mis hermanos, mis cuñados, mi mujer, y todos se alegraban mucho de verme. Entonces, de golpe, recordaba lo que sabía y lo que no quería saber, lo que debería pensar y no pensaba, lo que había querido olvidar y tal vez no habría debido, la impresión de Fernando Cisneros y mis propias intuiciones, y delante de la viuda de Julio Carrión González, Raquel me decía que la estaba mirando con los ojos de mi padre, y yo comprendía que lo mejor, quizás lo único bueno para los dos, sería que yo nunca descubriera la verdadera relación que había unido a aquel hombre con el amor de mi vida.

Luego, mi madre me besaba, me besaba mi mujer, me besaban mis hermanos, y nos faltaba él, siempre nos faltaría, y su ausencia era importante para todos, pero nadie podía acusarla ni celebrarla tanto como yo, mientras me dejaba caer en un sillón y les informaba de mis fabulosos progresos. Estarás contenta, mamá, decía Clara, un hijo catedrático... Mi madre me miraba, sonreía, y asentía con la cabeza, pero yo sabía de sobra que le daba igual. La novedad era que a mí también me daba lo mismo, porque Raquel Fernández Perea había pasado por mí como pasa la suerte, como pasa la muerte, como pasa el azar que cambia de una vez y para siempre el destino de los seres vivos, y yo era un hombre distinto, con una vida distinta, en un mundo que, más antes que después, tendría también que ser distinto.

Y sin embargo, el fantasma de mi padre era más fuerte en su casa que en ningún otro lugar, y allí, donde estaba seguro de que ella nunca había estado, Raquel seguía siendo su amante, no la mía. La foto de la boda de mis abuelos estaba colgada en el mismo sitio, Teresa joven y confiada, volcando en la cámara una gran sonrisa, y mi abuela Mariana, ni una pizca de misterio en su rostro, en su aspecto, cogía en brazos a mis hermanos mayores en los mismos lugares donde siempre la había visto pero nunca antes la había mirado con interés. Yo estudiaba sus rostros, y estudiaba a Mai, estudiaba a mi madre, y veía a Raquel, joven y desnuda, deslizándose en los brazos de un anciano que la esperaba dentro de un jacuzzi rodeado de velas encendidas, la veía como nunca la había visto cuando la tenía delante, y esa imagen se hacía de repente tan perversa, tan obscena, tan insoportable que no se podía comparar con ninguno de mis recuerdos, actitudes, gestos, posturas inocentes que sólo tenían sentido como elementos útiles para crear el código de la intimidad que compartíamos. Entonces empezaba a ahogarme, sentía que me ahogaba, y buscaba a mi hijo y me lo llevaba lejos de aquel porche, a comprar chucherías o a jugar al fútbol en el último extremo del jardín.

Creía que eso era suficiente, pero una tarde, Lisette, con uno de los biquinis

brasileños que ponían a mi hermano Julio al borde de la hipertensión, vino a mi encuentro a la altura de la piscina. Llevaba en brazos al bebé de Clara, pero sólo me habló cuando Miguelito ya estaba en el agua.

—Álvaro, niño, a ti te pasa algo —y su sonrisa se hizo más traviesa, casi maliciosa—. ¿Qué es?

—No lo sé —le contesté—. ¿Qué puede ser?

—Ya no me miras.

—Ahora mismo te estoy mirando, Lisette.

—Sí, pero no me miras como antes.

—Bueno... —y sonreí yo también—. Procuraré corregirme, entonces.

Aquel día era miércoles y el cumpleaños de uno de mis sobrinos. Por eso había ido a casa de mi madre y pensaba quedarme a dormir para ahorrarme la noche del sábado siguiente, pero el comentario de Lisette me divirtió y me afectó tanto al mismo tiempo que decidí cambiar de planes sin pensarlo mucho, y ya no encontré en ninguna parte fuerzas ni ganas para echarle un polvo a Mai antes de marcharme.

—¡Ay, qué mala suerte! Parezco imbécil, la verdad... —después de cantar cumpleaños feliz, me acerqué a ella con los ojos fijos en el móvil—. Me tengo que volver a Madrid, ¿sabes? Acabo de acordarme de que mañana, a las ocho y media, tengo una reunión del patronato del museo...

—¿En julio? —mi mujer me miró con menos asombro que ironía.

—Pues sí, en julio —pero yo contesté con mucho aplomo—. Se trata de planificar el próximo curso, precisamente.

—Bueno, pero puedes ir desde aquí —insistió, aceptando en apariencia mi argumento—. Se tarda mucho menos que desde casa, ¿no?

—Ya, pero la reunión es en la sede del banco —no la convencí y me di cuenta—. José Ignacio acaba de mandarme un mensaje para recordármelo...

Ella no me contestó con palabras. Afronté una mirada fría, la primera, y me dije que antes o después tendría que pasar. Por eso no intenté amparar mi despiste en el exceso de trabajo, ni en el nerviosismo que me inspiraba mi ficticia y rentabilísima oposición. A mí nunca se me olvidan las reuniones importantes y mi mujer lo sabía de sobra, llevaba casi diez años viviendo conmigo. No quiso añadir nada más y yo tampoco lo hice, pero me llevé al baño una medianoche de jamón y el teléfono para llamar a José Ignacio antes de salir, porque estaba seguro de que eso mismo era lo primero que iba a hacer Mai en cuanto me perdiera de vista.

—A mí déjame de rollos, Álvaro, por favor te lo pido —me dijo antes de que tuviera tiempo de explicárselo todo.

—Sólo esta vez, José Ignacio, te juro que va a ser sólo esta vez. Nunca te he pedido nada por el estilo, ya lo sabes, y esto es muy importante para mí, te lo digo en serio.

—No me gusta.

—Ya lo sé, pero no te estoy pidiendo que mientas, que te inventes una historia, ni siquiera que me defiendas... Tú sólo tienes que decir que sí. Eso es todo, un simple sí sin otras consecuencias, una pequeña respuesta para una pequeña pregunta, nada más. Y ni siquiera estoy seguro de que Mai vaya a llamarte, lo más seguro es que no lo haga...

Aceptó, a regañadientes pero aceptó, y al escucharlo sentí una explosión de júbilo absolutamente desproporcionada con el beneficio que acababa de obtener. La euforia, puntiaguda y eléctrica, galopaba bajo mi piel como los efectos de una droga potente y bienaventurada, tan potente y tan bienaventurada que al darme la vuelta para salir, me tropecé con mi cara en el espejo y vi la cara de un hombre más guapo, más joven, más listo, mejor que yo. No intenté explicarme aquel fenómeno, ni la súbita trascendencia de un encuentro que podría haber aplazado menos de veinticuatro horas sin correr ningún riesgo, sin verme obligado a pedir favores, sin forzar las sospechas de mi mujer. La necesidad no se deja explicar y yo necesitaba ver a Raquel, aunque aquel mismo día hubiera comido con ella, aunque nos hubiéramos ido a la cama después, aunque hubieran pasado sólo tres horas y cuarenta minutos desde que nos despedimos en la puerta de su casa. Necesitaba verla, hablar con ella, tenerla cerca, besarla, tocarla, acariciarla, contarle que se había cumplido la voluntad de sus ojos, que ya no sabía mirar a otras mujeres. Eso era lo que necesitaba, y no explicármelo.

Al salir del baño, cogí otra medianoche de jamón y me despedí de todos con un adiós general y de Mai con un beso lateral, casi esquinado, porque no quiso acercar la cara para recibirlo, ni devolvérmelo.

Lisette me acompañó hasta la puerta con una sonrisa zumbona que me recordó el origen de aquella crisis radical y diminuta, innecesaria, descomunal. Bajé un par de peldaños, me di la vuelta para mirarla, y aunque mis ojos ya no acusaron el puro placer de hacerlo, insistí un rato antes de preguntar.

—¿Mejor?

—No —y se echó a reír.

—Lo siento —levanté los brazos en el aire, las manos vacías, para disculpar mi falta.

—¡Ay, niño!

Seguía negando con la cabeza cuando entré en el coche. Pensaba llamar a Raquel para avisarla de mi cambio de planes antes de llegar a la autopista, pero José Ignacio se me adelantó.

—¿Cuánto tiempo hace que has salido? —no fui capaz de darle una respuesta precisa aunque todavía circulaba por la urbanización.

—No sé. Cuatro minutos, a lo mejor cinco, no estoy seguro...

—Bueno, pues Mai acaba de colgar.

—¿Sí? —me hice el asombrado—, ¿y qué tal?

—¿Que qué tal? —José Ignacio hablaba en un susurro para que su propia mujer no le oyera, pero podía distinguir sus nervios y el cabreo que los atizaba—. Pues mal, Álvaro, muy mal, ¿sabes? Porque le he mentido, he tenido que mentir y lo he hecho por ti, porque tú me lo has pedido, pero no me gusta nada, ¿me oyes? Nada, entre otras cosas porque miento fatal, así que escucha bien lo que te voy a decir, una y no más, como me vuelvas...

—No te preocupes, José Ignacio —le interrumpí—. No va a haber más veces.

En el silencio que se abrió a continuación, me di cuenta de que no sólo me había escuchado. También me había entendido.

—¿Te has ido de casa? —preguntó en un tono distinto, neutro, favorable más allá de su cautela.

—No, todavía no —le tranquilicé, antes de confesarle con una facilidad pasmosa algo que no creía haber decidido aún—. Pero me temo que del verano no pasa.

—Joder, Álvaro...

Me pidió que no hiciera tonterías, le aseguré que no iba a hacerlas, renuncié a recordarle que él se había casado tres veces y que su primera mujer le había dejado por otro, pero que a la segunda la abandonó él para irse a vivir con la tercera, le di las gracias y colgué.

—Vengo de casa de mi madre —Raquel me estaba esperando en la puerta, y resplandecía—, pero no he follado con nadie. Puedes olerme, si quieres.

—No —sonrió, me abrazó, apretó su cabeza contra mi pecho como una niña pequeña en busca de cobijo—. No me hace falta —entonces, sin soltarme, se enderezó, me miró—. Lo del olor es sólo una metáfora, Álvaro.

—¿Sí? Pues no es la única...

Cuando llegué, estaba comiendo helado de dulce de leche y bebiendo whisky con hielo. Pegan muy bien, me dijo, antes de ofrecerme ambas cosas. Las acepté, y mientras tanto y después, cuando se sentó a mi lado en el sofá, le conté quién era Lisette, lo que me había advertido Julio cuando la conoció, hasta qué punto había estado yo de acuerdo con él al verla, cómo me saludaba delante de mi madre, delante de Mai, y cuando estábamos solos, y hasta el único instante en el que habían llegado a encenderse las luces rojas, un día de verano de un par de años antes que podría haber acabado de cualquier manera si Clara no hubiera entrado en la cocina sin avisar mientras Lisette, atrapada entre la encimera y yo, su mano derecha encima de la mía sobre el pulsador de la batidora, la izquierda guiándome mientras vertía aceite en el vaso, me enseñaba a hacer mayonesa.

—¿Y aprendiste? —Raquel se reía.

—No, porque no es una buena profesora. Estaba demasiado pendiente de lo que pasaba a su espalda, o sea, de mí. Además, Clara llegó enseguida, así que la

mayonesa se cortó y Lisette también.

—¿Y tú?

—Yo me alegré de que se cortara todo, pero sólo después. En aquel momento habría llegado hasta el final, la verdad.

—¿Ésa es la metáfora?

—No. Pero esta tarde, Lisette se me ha quejado de que ya no la miro como antes.

—¿En serio? —y sus ojos se abrieron mucho, de repente.

—Sí. Y eso que me lo he tomado como una especie de desafío, ¿sabes?, y al salir, cuando me ha acompañado hasta la puerta, la he mirado mucho rato y no a los ojos por cierto, pero ha vuelto a decirme que no, que ya no me sale. En fin, puedes sacar tus propias conclusiones...

No dijo nada, pero se volvió sobre el sofá, se sentó encima de mí, cogió mi cabeza con las manos, la apoyó en el respaldo y me besó muy despacio, con los ojos cerrados y mucho cuidado, tanta atención como si ese tiempo que me volvía loco la hubiera devuelto a la ternura delicada y crujiente de un melocotón de veinte años que aún madura en la rama de un árbol. Y entonces ocurrió. Entonces, de repente, recordé lo que ya sabía, comprendí lo que había aprendido, que nunca podría separarme de esa mujer, que nunca consentiría que volviera a haber un imbécil en su vida, que lo único que quería era hacerme viejo a su lado, ver su rostro al despertarme todas las mañanas, ver su rostro un instante antes de dormirme cada noche y morir antes que ella. Ya no pensé que tal vez fueran sólo palabras, frases hechas, sobadas, desprovistas de sentido por el uso, el abuso de los millones de hombres y de mujeres que las habían imaginado, que las habían dicho y las habían sentido antes que yo. Ya no pude pensar eso porque la reflexión es enemiga de la acción, y para mí se había acabado el momento de pensar.

—Tendremos que hacer algo, ¿no? —le dije cuando separó su boca de la mía, sus manos firmes todavía contra mis sienes—. No podemos seguir así toda la vida, Raquel.

Ella se apartó un poco para mirarme, cerró los ojos, volvió a abrirlos, sonrió.

—¿Me estás pidiendo que nos fuguemos juntos?

—Hombre —yo también sonreí—, tanto como fugarnos... A mí me gusta vivir en Madrid.

—A mí también.

—Pero me gustaría más si viviera contigo.

—Álvaro...

Ya está, me dije, ya está, mientras volvía a besarme y yo la besaba con una intensidad casi furiosa, ya está, ya lo he dicho, ya lo he hecho, y me abandoné a aquellos besos que eran dulces a pesar de su violencia, a una emoción que me picaba en los ojos y relucía en los suyos con un brillo parecido al de las lágrimas, y seguía

pensando, diciéndome las mismas palabras, ya está.

Ya estaba. Todo lo demás me daba igual. Ni siquiera valoré la trivialidad del origen de aquella decisión que iba a poner mi vida boca abajo, porque lo único que yo quería, lo único que me importaba, era la explosión, el cataclismo. Necesitaba respirar el olor de la pólvora que haría posible que todo reventara, contemplar mi pasado saltando por los aires como el pellejo descascarillado y seco de una realidad muerta que ya no podía soportar las embestidas de su futuro, sentir en mi propia piel los mordiscos de una alegría que certificaba su irreversible, fosilizada inexistencia. Lo demás no contaba mientras Raquel siguiera besándome, mientras sus dedos me acariciaran, mientras sus brazos me rodearan con la determinación de fundir su cuerpo con el mío en uno solo. Lo demás no contaba, ni siquiera existía. Eso sentí, y todo era lógico, justo, suficiente para desplazar cualquier inquietud, cualquier temor, los cálculos mezquinos y constantes de los hombres que no eran como yo. Porque yo era, yo fui en aquel momento más yo que nunca en mi vida, y yo me atrevía a todo, y yo lo sabía todo, y yo podía con todo.

Pude con todo hasta que Raquel volvió a separar su boca de la mía para mirarme, y comprendí que sus ojos no tenían el brillo de las lágrimas sino un atisbo de lágrimas auténticas, muy lejos del júbilo intenso e incondicional que yo siempre había previsto al imaginar aquella escena.

—Di algo —le pedí, y ya me había dado cuenta de que aquello no iba bien.

—¿Qué quieres que diga?

—Dime que sí —y aquella respuesta le hizo sonreír.

—¿Te digo que te quiero, que quiero vivir contigo, que estoy enamorada de ti, que no soporto que vivas con otra mujer, que no soporto que folles con ella, que la toques siquiera, que te adoro, Álvaro, que nunca he querido a nadie como te quiero a ti, quieres que te diga eso?

—Por ejemplo —le acaricié la cara con los dedos y comprobé que, de momento, al menos no iba a llorar—. Me gusta mucho como suena.

—Pues te lo digo, porque todo eso es verdad, Álvaro. Eso y más, es la verdad más grande, la verdad más... verdadera que puedo decirte.

—Entonces ya está, ¿no?

—¿Qué?

—Vámonos a vivir juntos, Raquel, vámonos ya, cuando te den las vacaciones, vámonos juntos a donde tú quieras. Soy un rico heredero, ya lo sabes.

—Sí, pero...

—¿Sí pero qué?

—No sé, no es tan fácil —hizo una pausa y la miré, y comprendí que el pánico tenía la forma de su cara, sus ojos, su color, labios como los suyos, que eran los labios, y el color, y los ojos, y la cara de la felicidad—. Estoy muy desconcertada,

porque... Nunca habíamos hablado del tema, ¿no?, y esta misma tarde hemos estado juntos, tú has estado aquí, y no me has dicho nada, y ahora, de repente, me sales con éstas...

—Bueno, pero es lo lógico, ¿no? —sabía que no me convenía nada perder la calma y estaba dispuesto a conservarla, pero en aquel momento empecé a desconfiar de mi propio discurso, aquellos argumentos graves y sencillos que ella no podía necesitar, que yo estaba seguro de que no necesitaba—. No habíamos hablado nunca de esto pero los dos lo sabíamos, ya somos muy mayores, Raquel, sabíamos que algo iba a tener que pasar alguna vez.

—Sí, pero no tan deprisa... No sé, sólo llevamos tres meses juntos, y yo creía...

—¿Qué?

—No sé... Que seguiríamos así, como ahora, mucho más tiempo.

—¿Como ahora cómo? —y me sorprendió el sonido de mi voz, que se había endurecido por su cuenta—. ¿Durmiendo juntos todas las noches, como ahora, o viéndonos por las tardes, como hace un mes, o quedando de vez en cuando, como al principio? ¿Cómo creías tú que íbamos a seguir? —no me había mirado mientras hablaba, no quiso contestarme y su pasividad me enfureció—. ¿O quieres otra cosa, Raquel? ¿Quieres que te ponga un piso y vaya a echarte un polvo los miércoles después de comer? Si es eso...

—¡No! —entonces por fin reaccionó, se abalanzó encima de mí, me taponó la boca con la mano, la retiró para besarme muchas veces mientras seguía hablando, gritando casi—, no, no, no es eso, yo no quiero eso, yo quiero vivir contigo, yo te quiero, Álvaro, te quiero, pero ahora no puedo hacer nada, todavía no... Necesito tiempo, más tiempo.

—¿Tiempo para qué? —la cogí por los hombros y la mantuve a distancia, su boca entreabierta frente a mi boca—. Yo soy el que se está jugando algo aquí, Raquel. Yo soy el que está casado, el que va a tener que arreglar las cosas, el que se va a chupar las broncas, y los abogados, y los problemas... Yo, no tú —no quiso replicar a eso y se quedó blanda, como desmadejada entre mis manos—. Yo sí que estoy desconcertado —también, y de repente, estaba muy cansado, y seguí hablando más para mí que para ella—. No te entiendo, no sé por qué... No sé, se supone que las mujeres sois las valientes.

—¡Ah!, ¿sí? —había aprovechado mi cansancio para volver a abrazarme, para volver a besarme, para pegar su cabeza a la mía—. ¿Y quién lo supone?

—No lo sé —sonreí, de pronto era todo tan ridículo—. Yo qué sé, las revistas femeninas, las series de televisión, el cine español, las escritoras que ganan el premio Planeta...

—Las mismas que dicen que los hombres casados nunca dejan a sus mujeres.

—Exacto —la miré, no me hagas esto, Raquel, pensé, ¿por qué me haces esto?,

¿cómo puedes hacerme esto?—. Esas mismas.

—Y se equivocan —me besaba, y sus besos eran venenosamente dulces—. Contigo se equivocan.

—No. Yo soy el que está equivocado. Y me he equivocado contigo.

—Eso no es verdad, Álvaro —y de repente hizo un puchero de niña pequeña—. Te juro que no es verdad.

—¿No? Pues entonces vámonos —y no sé de dónde saqué un último, póstumo gramo de convencimiento—. Vámonos de una vez, vámonos ya, Raquel, vámonos. ¿Por qué no? Es que no lo entiendo, para ti es muy fácil, yo ya no puedo más, pero ¿tú...? Tú no tienes que aguantar, no tienes que fingir, no tienes que irte un mes de vacaciones con quien no quieres, no tienes que darle explicaciones a nadie.

—Tengo que darte explicaciones a ti.

Se levantó despacio pero la huella de su peso permaneció sobre mis muslos entumecidos como un presentimiento, pensé, como una maldición. La vi andar por la habitación, salir por la puerta como si todo el cuerpo le doliera en cada paso, escuché el ruido que hace el hielo al chocar con las paredes de los vasos, y la vi entrar de nuevo, una imagen enfermiza de ella misma, pálida, descolorida, frágil, y me asusté de cómo la quería, de cuánto la quería ahora que ya no podía darle nada más, ahora que le había dado todo lo que tenía.

—Las estoy esperando, Raquel —le dije cuando se sentó en una butaca, delante de mí.

—¿Qué? —y ya se había bebido media copa de un trago.

—Tus explicaciones.

Antes de hablar lloró, estrenó un llanto manso, silencioso, de aspecto casi sedante, placentero, como el que ya había visto desprenderse una vez de sus ojos mientras andábamos juntos por la calle Carranza, pero aquella noche no hice nada para detenerlo. Aquella noche ya no sabía qué hacer.

—Yo te quiero, Álvaro, te lo digo en serio, y es verdad, no hay nada que sea más verdad que esto, te quiero demasiado, te quiero tanto que no podría soportar... que me odiaras, que me despreciaras, que te sintieras humillado o desgraciado por mi culpa, que esto acabara mal, no podría soportarlo y necesito tiempo, por eso necesito tiempo, tiempo para pensar... —no terminó la frase pero me miró casi con miedo, como si presintiera el formidable estallido que iban a provocar las palabras que se había negado a repetir desde que aprendió, y yo con ella, que la Tierra giraba justo debajo de nuestros pies—. Yo era la amante de tu padre, Álvaro.

—¡Deja en paz a mi padre, Raquel! —y estaba tan furioso que me levanté para seguir chillando de pie—. Mi padre está muerto, ¿me oyes?, muerto y enterrado. ¡Mi padre está muerto, muerto, y yo estoy vivo! Yo estoy aquí, y mi padre me importa tres cojones, ¿te enteras?, mi padre y lo que mi padre y tú hicierais con ese

consolador de goma que encontré en un cajón, mientras veíais todas esas películas pornográficas que teníais tan ordenaditas, no me importa...

Ella no dijo nada, no habló, no se movió, y yo me sentí tan solo, tan desamparado de repente, que empecé a desconocerme, y sin embargo aún fui capaz de advertirme que no debería seguir, que sería mejor que me callara. Me lo advertí pero no quise escucharlo, porque ella no decía nada, no hablaba, ya ni siquiera me miraba, y no podía estar haciéndome lo que me estaba haciendo, no podía. Yo no me lo merecía, porque la quería tanto, tanto, que le había dado todo lo que tenía y ella lo había rechazado, me había dejado tan solo, tan desamparado, que no resistí la tentación de compadecerme de mí mismo. Habría querido preguntarle para qué me había sacado de mi pobreza, aquella apacible llanura de tierras cultivadas que era mi vida y no solía exigir excesos de mis ojos, ni de mi conciencia, por qué me había llevado hasta tan arriba sólo para dejarme caer. Me habría gustado hacerle esa pregunta, pero no me lo podía permitir. No podía reprocharle su crueldad sin humillarme, y por eso, y porque estaba probando el sabor de la cólera, dije lo que no debería haber dicho nunca, lo que nunca había querido pensar, lo que no me había atrevido a escuchar ni siquiera de mí mismo.

—¿O quieres que sea sincero de verdad? ¿Quieres que juegue yo también al juego de las verdades verdaderas? Pues te voy a decir una cosa, Raquel, y que no se te olvide. Sí que me importa que te acostaras con mi padre, y no sólo me importa, sino que me jode. ¡Me jode de la hostia que hayas sido capaz de follar con un viejo podrido de millones en una bañera rodeada de velitas encendidas! Me jode, ¿me oyes?, ¡me jode! Me da asco, y vergüenza, me da vergüenza ese ático tan caro y tan hortera, me dais asco mi padre, tú y vuestro consolador en esa cama, es patético, Raquel, es horrible, es la hostia de horrible, es lo peor... ¿Qué te crees, que soy tonto? Pues eso también es verdad, soy tonto. Soy gilipollas perdido, porque me he enamorado de ti, Raquel, me he enamorado de ti y he decidido comerme eso, comérmelo todo, para que tú vengas ahora a tocarme los cojones...

Sólo cuando terminé de gritar, pude volver a pensar. Ya está, eso fue lo que pensé, ya está, ya se ha acabado. Ya he conseguido oler a pólvora, ya he visto cómo revienta todo, ya me lo he cargado yo solo y ni siquiera puedo echarle a ella la culpa.

Raquel no me miró, no dijo nada. Se había ido encogiendo poco a poco, doblándose sobre sí misma mientras yo chillaba, mientras le gritaba como el energúmeno que no había sido jamás, nunca hasta aquella noche, y la había visto hundirse, taparse la cara con las manos, venirse abajo con cada chillido hasta convertirse en el ovillo tembloroso que se agitaba encima del sillón. Entonces yo también empecé a temblar. Temblaba de ira, y de pena, y de orgullo, y de despecho, y de vergüenza, de desconcierto y de amor, también de amor.

—Lo siento, Raquel, perdóname —esperé durante unos segundos una respuesta

que no se produjo e insistí antes de empezar a andar hacia la puerta—. Lo siento muchísimo, Raquel, perdóname, de verdad. No debería haberte gritado, no tendría que haberte dicho eso. Yo no soy así, yo... No sé lo que me ha pasado pero lo siento mucho, muchísimo, te juro que lo siento. Perdóname.

Cuando salí del salón, estaba seguro de que todo había terminado, pero ella se levantó de pronto, pasó corriendo a mi lado y se apoyó en la puerta con las piernas separadas, los brazos abiertos como una crucificada.

—No te vayas, Álvaro, por favor —ahora por fin me miraba, y lloraba, suplicaba como una mujer desahuciada, desesperada, desorientada en su propio dolor—, por favor, por favor, no te vayas... Perdóname tú a mí, perdóname, perdóname —y se tiró contra mí, no se adelantó, no avanzó, no se acercó, sino que se tiró contra mí, se estrelló contra mi cuerpo y se colgó de él con tanta fuerza que, si hubiera estado en condiciones de percibirlo, me habría hecho daño—. No te vayas, Álvaro, por favor, no te vayas así. Perdóname, perdóname tú a mí y no te vayas... No te vayas, no te vayas, por favor, por favor, no te vayas...

Fue aflojando la presión poco a poco sin dejar de repetir aquella letanía mansa y frenética en la que parecía encontrar un débil consuelo, hasta que sus manos me abandonaron del todo. Entonces levantó la vista y me miró, y yo la miré, pero no fui capaz de hacer nada, de decir nada, como si se me hubiera contagiado de golpe la misma parálisis que antes la había mantenido a ella inmóvil y encogida en el sillón. Estaba atónito, aturdido por el asombro, estremecido por la pasión de aquella mujer a la que yo amaba como a ninguna antes, y que me había rechazado como ninguna antes, para arrastrarse después ante mí como ninguna antes.

Estaba estremecido, aturdido, atónito, pero también había vuelto a estar vivo y Raquel no se estaba dando cuenta. Por eso volvió a cogerme de las mangas, esta vez con suavidad, casi con miedo, sólo para dejarse caer hasta el suelo y quedarse allí sentada. Yo la miré un instante desde arriba antes de levantarla, y abrazarla con todas mis fuerzas, y besarla muchas veces, y decirle que la quería, que la quería, que la quería.

El número que usted ha marcado no existe.

Vamos a ver, señorita... La primera vez que escuché aquel mensaje, me acordé de Fernando Cisneros y la más sorprendente, furibunda, de sus exhibiciones de empecinamiento, no, no, señorita, si ya lo sé, ya sé que eso no lo dice usted, que es una voz grabada... Estábamos en el bar de la facultad una mañana cualquiera, se había equivocado al marcar y volvió a equivocarse a propósito. Pero, bueno, dijo de pronto, esto es intolerable, y buscó un interlocutor vivo a través de todos los números de información gratuita de Telefónica hasta que dio con una pobre chica que jamás debía de haberse visto en otra. Claro que es importante, señorita, claro que es

importante, porque yo le aseguro a usted que ese número existe, existe desde el principio de los tiempos, desde el primer instante del conocimiento humano... José Ignacio me miró, se llevó el dedo índice de la mano derecha a la sien, lo retorció varias veces y los dos nos echamos a reír, pero yo reaccioné antes. Déjalo ya, Fernando, le pedí, pero si me escuchó, no me hizo caso. ¿Cómo que es una forma de hablar?, pues no, señorita, por supuesto que no me conformo con eso, y no me diga que no me entiende porque es muy sencillo, verá usted, se lo voy a explicar, el nueve es la unidad y existe, el uno es la decena y existe, el seis es la centena y existe, el siete es la unidad de millar y existe, el dos es la decena de millar y... Se calló de repente, apartó el teléfono de su oreja y nos dirigió una mirada cargada de un desamparo menos sincero que cómico. Me ha colgado, musitó. No me extraña, comentó José Ignacio, y eso le enfureció todavía más, ¿cómo que no te extraña? Luego me miró a mí, nos señaló a los dos con el dedo y nos englobó en un círculo imaginario, pero, bueno, no me digáis que os da lo mismo. ¿Qué pasa, que ahora va a resultar que aquí el único apóstol de la divulgación soy yo?

El número que usted ha marcado no existe.

La primera vez que escuché aquel mensaje, yo también creí que me había equivocado de número, pero no perseveré a propósito para acrecentar conscientemente mis niveles de escándalo, como había hecho Fernando. Me limité a buscar el nombre de Raquel en la agenda, me aseguré de haberlo seleccionado, y pulsé el botón verde. No solía recurrir a ese procedimiento porque me gustaba marcar aquella combinación de nueve cifras una por una, pero no quería arriesgarme a escuchar otra vez que aquel número había dejado de existir. Sin embargo, eso fue lo único que conseguí, una vez, y otra, y otra más.

Aquel día había amanecido más feo que nublado, y antes de mediodía empezó a chispear. Miguelito estaba nervioso, de mal humor, como si no pudiera acostumbrarse a que los días de playa se echaran a perder antes de empezar, en aquel pueblo del norte donde habían sucedido todos los veranos de su vida. A Mai le gustaba veranear en Comillas, la familia de su madre era de allí, y aceptaba sin reproches, casi con placer, la apabullante gama de grises del cielo del Cantábrico, pero yo no le veía la gracia a aquel clima. Por eso, y aunque apreciaba la compañía de Fernando Cisneros, menos crítico que yo con las tradiciones veraniegas de la familia política que compartíamos, no me había decidido aún a invertir nuestros ahorros en ninguna de las casas que Mai buscaba, agosto tras agosto, sin cansarse, y seguíamos alquilando cada verano una especie de apartamento independiente, no muy grande pero tampoco demasiado pequeño, en la segunda planta de un caserón que pertenecía a unos tíos de mi mujer.

Comillas había sido el principal conflicto de mi matrimonio cuando mi matrimonio no representaba un conflicto para mí. La extinción de la segunda de estas

premisas disolvió pacíficamente la primera, porque Mai ni siquiera mencionó el tema de sus prospecciones inmobiliarias cuando salimos de Madrid. Hicimos el viaje en silencio, Miguelito dormido, ella callada, ocupándose sólo de alimentar el equipo de música del coche con un disco compacto tras otro, y yo ausente, absorto en el número y la profundidad de mis heridas, el estado impreciso, a medio camino entre la enfermedad y la convalecencia, al que me había arrojado la indeterminada, pavorosa reserva de Raquel. Pero la concentración que me exigía el desaliento no bastaba para borrar lo evidente, y Mai, que había permanecido tan ajena a las convulsiones que habían accidentado mi vida durante los últimos meses, se había convertido ya en una evidencia, y grave.

Todo ha salido mal, eso fue lo que pensé mientras conducía hacia el norte. Todo había salido mal, y ni siquiera sabía lo que llegaría a significar esa frase cuando todo saliera mal de verdad. También pensaba que debería haberme quedado en Madrid, y había estado a punto de hacerlo, pero en el último momento, mi hijo tiró de mí.

Ya no estaba seguro de nada excepto de que, cambiara en el sentido en que cambiara, mi vida no volvería a ser como antes, y de que Miguel sería el único elemento constante en el paisaje que sobreviviera a la quiebra de la antigua llanura donde apenas podía reconocerme. Había imaginado muchas veces ciertas escenas, despachos, borradores, documentos, estilográficas, desconocidos yendo y viniendo por un pasillo como sombras ausentes de sus propios personajes, palabras de ánimo, miradas heladoras, silencio. Lo había imaginado y había hecho algo más, me lo había anunciado, me lo había advertido, me había preparado para vivirlo y lo había asumido con naturalidad, casi con alegría, porque al otro lado de aquel túnel de paredes sombrías, más allá de los ecos profundos del estupor y los resentimientos, estaba la luz, Raquel, el amor de mi vida. Yo era un buen chico, siempre había sido un buen chico, un buen hijo, un buen marido, un buen ciudadano, pero estaba dispuesto a desprenderme de todas esas medallas, a convertirme en el tema de conversación de la temporada, a dejarme encajar en un molde canallesco que no me correspondía, a firmar mi propia ruina económica y a hacerlo con entusiasmo, porque me había enamorado de una mujer que me amaba y eso me hacía valiente, un hombre limpio, puro, bueno, inocente. Por eso, porque ya me había contado a mí mismo cómo iba a ser el resto de mi vida, porque me había preparado para vivirlo en lo malo y en lo mejor, me dolió tanto la deserción de Raquel, aquella reacción confusa, equívoca, que en su momento parecía espontánea, impremeditada en su ausencia de lógica, y que sin embargo proyectaba en la distancia cierta coherencia, una estructura potente, ordenada, que mi pensamiento adicto a la predecibilidad percibía mejor en cada kilómetro que lo alejaba de la ciudad que, tal vez, nunca debería haber abandonado.

En cualquier caso, cuando afronté el dilema de las vacaciones, tenía esperanzas y escogí a Miguelito. Si tenía que abandonar el hogar conyugal, no lo haría antes de

tiempo para cargar de razones al abogado enemigo. No tuve que pensar que lucharía por mi hijo, pero recuerdo que eso sí lo pensé, que formulé con exactitud aquella expresión, abogado enemigo, y un instante después me sentí fatal, un hombre malo, ruin, cínico, traidor. Traidor yo, que me iba de vacaciones con el enemigo, yo, que estaba dispuesto a fingir, a encubrirme, a hacer cualquier cosa con tal de tener en paz la fiesta de mi traición, yo, traidor a la fuerza por haber sido traicionado.

—No es que no comprenda que tú lo tienes peor que yo —Raquel volvió a remover sus dudas y mis certezas en la taza del desayuno, después de una noche grandiosa y terrible, de una intensidad cruel, dolorosa, magnánima—, lo comprendo, Álvaro, y tienes razón, eso es lo peor, que tienes razón en todo lo que dices, pero yo soy como soy, y eso no puedo arreglarlo, no puedo hacer nada... Yo sé que no me explico bien, y que es difícil entenderme, no me estás entendiendo, lo sé, y lo comprendo, pero necesito tiempo. Ya te dije que a veces no llevo esto nada bien, te lo dije, ¿te acuerdas? —asentí, me acordaba—, y sin embargo... ¡Cómo es la vida!, ¿no? Qué rara, qué raro es todo. Porque si yo he metido la pata alguna vez, pero de verdad, hasta el fondo, a conciencia, fue con tu padre. Si estoy arrepentida de algo en esta vida, es de eso. Pero si no lo hubiera hecho, nunca te habría conocido, no habría podido enamorarme de ti, Álvaro.

—¿Y qué hago yo, Raquel? —la miré y comprendí que mi fuerza, mi decisión de la noche anterior, me había abandonado de golpe y ahora, desarmado de la cólera que la alimentaba, yo, que sólo unas horas antes aspiraba a una entrega total y sin condiciones, me había vuelto tan frágil que estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa, cualquier mínima parte de la vida de la mujer que desayunaba frente a mí, con tal de no perderla—. ¿Qué quieres que haga yo?

—Esperar —cerró los ojos, y los mantuvo cerrados mientras hablaba—. Esperar a que yo encuentre... Tiene que haber alguna manera de arreglar esto, y tengo que encontrarla, tengo que pensar...

—¿Qué? —la cogí de las manos, las apreté, tiré de ellas y conseguí que volviera a abrir los ojos—. ¿Qué es lo que tienes que arreglar?

—Tú lo dijiste anoche, ¿no?, dijiste que te daba asco y vergüenza pensar en mí con tu padre, y yo lo sabía, lo sabía. Eso también te lo dije aquella noche, cuando me contaste la historia de tu abuela, te pregunté qué pensabas de mí, y tú me dijiste que lo mejor, pero anoche ya no pensabas lo mejor de mí, Álvaro, y...

—Vale —posé sus manos sobre la mesa, las estiré y las acaricié despacio—. Vale, tú quieres que espere y yo esperaré, está bien, no quiero volver a hablar de eso. No estoy muy orgulloso de...

—¿De haber dicho la verdad? —y una chispa de ironía iluminó por un instante el oscuro temblor de sus ojos.

—No es la verdad, Raquel.

—Sí que lo es —y llegó a sonreír.

—No —pero yo estaba serio—. Es verdad, sí, pero no es la verdad. La verdad es que te quiero. Y en esa verdad, que es la única que importa, entras tú con todo lo que llevas a cuestas, con todo tu pasado, con todos tus aciertos, con todos tus errores, con todos tus amantes. Y yo no soy mejor que tú. Yo también tengo muchas cosas de las que avergonzarme. De lo que dije anoche, por ejemplo.

Muy bien, Alvarito, acabas de quedar como un señor, pensé mientras Raquel tomaba mis manos, y las besaba, primero una y luego otra, en la palma y en el dorso, muchas veces.

Acababa de quedar como un señor y me estaba dando cuenta, pero esa ironía no era amable, luminosa, como la que brillaba en los ojos de Raquel cuando era dura consigo misma, sino ácida, corrosiva, tan feroz que su simple proximidad bastaba para destrozar el silogismo de mi futuro, amo a una mujer que me ama y eso me hace valiente, limpio, puro, bueno, inocente. Amo a una mujer que me ama y que quizás no me mienta, pero tampoco me dice la verdad, y eso no es lo peor. Lo peor es que yo no me atrevo a preguntársela.

Eso fue lo que quedó flotando después de aquella conversación tranquila y soleada en la que, al menos, Raquel consiguió no llorar y yo no gritar, no insultarla. Quedamos como dos señores, y así, conscientes por igual de la enguantada, vulnerable delicadeza de nuestros gestos, nos despedimos nueve días después sin fijar una fecha concreta para ningún reencuentro. Ella se iba a Málaga, a pasar dos semanas en la playa con sus abuelas. Son amigas desde que eran jóvenes, me explicó, se llevan muy bien, y ahora que las dos están viudas, la de Madrid se va a casa de la malagueña a pasar el verano. Voy a verlas siempre, todos los años, me gusta mucho estar con ellas, porque me cuidan, me miman como si siguiera siendo una niña pequeña, y yo las saco por ahí, las llevo en coche a un lado y a otro, y las invito a cenar en restaurantes chinos. Les encantan los restaurantes chinos, ¿sabes?, es curioso. Yo creo que ninguno de mis dos abuelos llegó a pisarlos en su vida, pero a ellas les gusta mucho la comida, se ponen moradas de arroz, y de rollitos, parece mentira...

Yo la escuchaba hablar, contar esa película tierna y sonrosada, adulta, pero apta sin duda para todos los públicos, y veía a Raquel más joven, más rubia, con los ojos repentinamente azules y cara de torta, un flequillo desordenado y gracioso que ella misma se recortaba con las tijeras de las uñas, como esas actrices que anuncian compresas en la televisión. Qué mona, me decía, qué graciosa, qué juvenil, qué espontánea, y sonreía, y no le contaba mi plan para las vacaciones, nada que ver con la romántica comedia femenina cuyo argumento acababa de escuchar, una película más bien siniestra, casona de piedra frente a una playa arisca, cielo nublado, un niño que juega entre las sombras con un muñeco de Spiderman, una esposa dolida y

angustiada que no se merece lo que le está pasando y un psicópata atrapado en la espesura de su propio silencio, yo. Eso era lo que me esperaba, ése era el papel que iba a interpretar, el papel que acataba en silencio, con una sonrisa mansa de idiota, mientras quedaba como un señor porque ésa era la manera más elegante de no llegar a ninguna parte.

Nada de lo que me estaba pasando tenía sentido. No tenía sentido la frivolidad de Raquel, su ligereza, aquella reacción absurda, tanta aparente despreocupación a uno y otro lado de las lágrimas, y sin embargo, en el instante en que empecé a alejarme de ella, empecé a vislumbrar cierta lógica oculta, una estructura coherente, predecible, en su actitud.

—Estás con otra mujer, ¿verdad, Álvaro? —me preguntó Mai la primera noche que pasamos en la playa, y me hice el dormido.

Dediqué mucho tiempo a atrapar ese hilo dudoso, escurridizo, transparente, que resbalaba entre mis dedos sin indicar ninguna dirección, y sin embargo estaba allí, tentándome, aportando un dato insuficiente para resolver un problema de magnitudes engañosas.

—Dime si estás con otra mujer, Álvaro. Por favor, dímelo, necesito saberlo.

Mai volvió a la carga dos noches después, y le contesté que sí, que yo no lo había buscado, que no había ido detrás de ella ni de ninguna otra, pero que había pasado, y que sí, que era verdad. No puedo decir que aquella confesión no me afectara, que no me sintiera mal antes y después de hacerla, pero la verdad es que no pensé mucho en ella. Necesitaba todo mi tiempo para analizar los argumentos de Raquel, los puntos suspensivos que jalonaban aquella sucesión de frases inconexas, repletas de sobrentendidos que arrancaban de un punto situado mucho más allá de mi capacidad de entendimiento.

—¿Y es una historia importante? —Mai dejó pasar otro par de días antes de insistir—. Dímelo, Álvaro, ¿es algo pasajero, o...?

—Para mí es muy importante —le contesté—. Para ella, no lo sé.

Aquel verano tuve mucho tiempo libre, tardes enteras en las que fingía trabajar con el portátil encendido delante de una ventana, sin hacer otra cosa que jugar al solitario, navegar por la red sin rumbo fijo, y recordar a Raquel.

—¿Y qué piensas hacer? —no tardé mucho tiempo en descubrir que a mi mujer no le había gustado mi última respuesta—. ¿Seguir conmigo mientras ella se decide, eso es lo que piensas hacer?

—No, Mai, no es eso —le aguanté la mirada y no levanté la voz—. Pero si tú quieres, me voy mañana mismo.

Me pidió que me quedara y me quedé, y seguí pensando a solas en Raquel mientras ella se dedicaba a hablar de mí con sus hermanas, con sus primas, con sus amigas, una pequeña multitud de mujeres con sus correspondientes hombres al lado,

que me miraban raro, y me miraban mal, en las preceptivas cenas de aquel verano.

—No tendrías que haber venido —me dijo Fernando unos pocos días después de alegrarse mucho de verme—. Te van a despedazar, Alvarito.

—Ya me han despedazado —le conté lo que había pasado, y él, Elena Galván siempre a la cabeza de sus reflejos automáticos, lo recibió aún peor que yo.

—No lo entiendo —me dijo—, no tiene sentido. Nosotros somos seres históricos, adscritos a una época concreta, ¿no? Pertenecemos a una sociedad determinada, con sus normas axiomáticas, fundadas en la repetición de los acontecimientos y...

—Vale, Fernando —levanté una mano en el aire para pedir una tregua—. Vale, la teoría me la sé.

—¡Pero es que no es sólo la teoría, coño, es que es también la práctica! —se frotó la cara con las manos, se tiró de la barba, dio un pisotón en el suelo, me cogió por los hombros, me miró—. Vamos a ver, Álvaro, mira a tu alrededor y piensa un poco, anda... Una tía divorciada, con trabajo, sin hijos, sin problemas, que se lía con un hombre casado, sin más problemas que estar casado, y dispuesto a dejarlo todo para irse con ella... ¡Tendría que estar dando saltos mortales de alegría, joder!

—Pues sí —admití—. Tendría, pero no los da.

También dediqué mucho tiempo a hablar con Fernando, pero sus intervenciones me lastraban más de lo que me estimulaban. Pensaba mejor solo, y sin embargo, y aunque a medida que pasaban las tardes del peor agosto de mi vida, fui acercándome cada vez más a una particular formulación de lo incomprensible, cuando fui capaz de comprender, ya era tarde.

Adios, Alvaro, te quiero. TE QUIERO, Ra.

El 19 de agosto encendí el móvil a media tarde para encontrarme con el silbidito de los SMS y aquel mensaje. Me había mandado otros, no muchos, algunos tontos, otros más elocuentes, buenos días, buenas noches, te quiero, estoy en la playa y me acuerdo de ti, estoy comiendo chop-suey de ternera y pienso en ti, te echo de menos, ¿qué, llueve mucho por ahí? Cuando recibí aquél, el último, hacía casi dos semanas que no hablaba con ella. Su móvil siempre estaba apagado, y yo seguro de que lo encendía sólo para enviarme aquellas palabras contadas que caían como gotas de agua fresca en la lengua de un hombre perdido en el desierto, para provocar más sed de la que saciaban. Hasta que recibí un adiós mutilado de su acento, como mi nombre, y dos te quiero, uno corriente, el otro mayúsculo, y aquella abreviatura que compartía con uno de los grandes dioses de todos los tiempos y que por eso a mí, sumo sacerdote de su culto, no me gustaba usar para llamarla.

Adios, Alvaro, te quiero. TE QUIERO, Ra.

La primera vez que lo leí, me dejé engañar por aquellas mayúsculas y por mi propio miedo, un pánico que tenía su cara, y sus ojos, su color y sus labios. La primera vez que lo leí, no lo entendí, como no entendía nada de lo que me ocurría

desde que Raquel Fernández Perea pasó por mi vida como pasa la suerte, como pasa la muerte, como pasa el azar que cambia de una vez y para siempre el destino de los seres vivos. Mi propio teléfono me ayudó a interpretar correctamente aquel mensaje. El número al que usted llama está apagado o fuera de cobertura en este momento. Una vez, y otra, y otra, y otra más.

Adios, Alvaro, te quiero. TE QUIERO, Ra.

Así amaneció el día siguiente, más feo que nublado, y antes de mediodía empezó a chispear. El número al que usted llama está apagado o fuera de cobertura en este momento. Miguelito estaba nervioso, de mal humor, como si no estuviera acostumbrado a que los días de playa se echaran a perder antes de empezar en aquella ciudad del norte donde habían sucedido todos los veranos de su vida, y por eso, y porque ya no podía más, le propuse ir hasta el puerto, a echarle de comer a los peces. Mai no estaba en casa. Se había ido un rato antes sin decirme adónde y no se había despedido de mí. Ya no era un despiste, sino una costumbre.

—Ven, anda, que no quiero que te resfríes —mi hijo, insólitamente dócil, no rechistó mientras le ponía su chubasquero amarillo de pescador y se lo abrochaba hasta arriba—. Mañana igual hace bueno, ya sabes...

Luego estuvo un momento callado, mirándome a los ojos con una fijeza casi de adulto, antes de hacerme la última pregunta a la que hubiera querido responder esa mañana.

—¿Tú sabes por qué llora mamá?

—Mamá no llora —le puse el gorro sin pensar en lo que decía.

—Sí que llora —insistió él—. Yo la veo. ¿Por qué llora, papá?

—No lo sé —le abracé, le besé en la cara, me puse en cuclillas para estar a su altura—. Estará triste. A veces uno está triste, ya lo sabes.

—Sí —y frunció el ceño para mirarme—. ¿Tú también vas a llorar?

—No. Yo no.

Dos minutos más tarde, se reía como un loco mientras echábamos una carrera que ganaría él, como todas. Luego, en el puerto, estuvimos un buen rato alimentando a los peces con el pan duro que había en casa y el que fuimos cosechando en un par de restaurantes donde nos conocían, y me encontré pensando que ésa aún era mi vida, y era una vida buena, tranquila, amable, risueña como las carcajadas con las que mi hijo celebraba la gula de los peces, que le seguían en manada mientras se desplazaba por el muelle, a un lado y a otro, con un trozo de pan duro entre los dedos. Entonces pensé en Mai, la recordé tal y como era cuando la conocí, cuando no lloraba, cuando la quería como habría podido seguir queriéndola toda la vida si mi padre no se hubiera muerto, si Raquel no hubiera ido a su entierro, si mi madre no se hubiera empeñado en que fuera yo, entre todos sus hijos, quien se entrevistara con un desconocido asesor de inversiones. Pero todo eso había pasado, todo se había

perdido. Y entonces, como si presintiera que aún quedaba un peldaño, un paso en falso que debería dar antes de precipitarme en el vacío, encendí el teléfono y llamé a Raquel.

El número al que usted llama está apagado o fuera de cobertura en este momento, calculé, pero me equivoqué, y por eso renuncié a volver a marcar sus nueve cifras una por una, y busqué su nombre en la agenda, me aseguré de seleccionarlo correctamente, pulsé el botón verde, y escuché por segunda, por tercera, por cuarta vez un mensaje distinto.

El número al que usted llama no existe.

El número al que usted llama no existe.

El número al que usted llama no existe.

Después, marqué otros números, el fijo de su casa, que tenía el contestador desconectado, el de su oficina, al que no contestaba nadie, y el de la centralita del banco, donde, tras media docena de intentos, alguien me informó de que no tenían por costumbre informar a los desconocidos acerca de la situación laboral de sus empleados.

Lo de Telefónica fue peor. Sí, aquella abonada había dado de baja aquel número, no, no me podía decir si había dado de alta otro número distinto, sí, aquella información era confidencial sin excepciones, no, no tenía el menor interés en saber quién era yo, sí, ya suponía que tenía mucho interés en ponerme en contacto con esa señora, pero si insistía en seguir acosándola, no le iba a quedar más remedio que llamar a la policía. No es usted el primero, concluyó ella, ya he conocido a otros maridos por el estilo. Váyase a la mierda, concluí yo por mi parte, y me colgó.

—Me habías dicho que no ibas a llorar...

Miguelito me miraba con los ojos brillantes, los labios contraídos en una mueca triste y temblorosa.

—Y no voy a llorar. No lloro casi nunca, ya lo sabes.

—Ahora estás llorando, papá.

—No —y sonreí para demostrárselo—. Es el viento, que me hace llorar, yo no. ¿Se te ha acabado el pan?

—Sí. Y tengo frío.

—Vámonos.

Mientras volvíamos a casa, ahora andando, volví a escuchar aquel mensaje, el número que usted ha marcado no existe, y me prometí que era la última vez, pero ni siquiera yo podía creer en mis promesas. A cambio, comprendí que ésa era la lógica oculta, la estructura escondida, el secreto propósito que daba coherencia y sentido a lo incomprensible.

Raquel necesitaba tiempo para desaparecer, para escapar, para huir de mí. Quería desaparecer, había desaparecido, y al otro lado de todos los puntos suspensivos, no

quedaba más que un hombre solo, un hombre enamorado, destrozado, yo.

Aquella certeza me produjo una sensación también física de malestar intenso, fría y caliente a la vez, puntiaguda y profunda como la fiebre. El futuro se había partido por la mitad para dejarme solo, y a este lado sólo quedaba yo, a solas con mi hijo, un niño de cuatro años que daba un salto en una baldosa sí, y en otra no, mientras lo llevaba de la mano por la calle. Al principio, no fui capaz de pensar en nada más. Luego se me ocurrió que para un hombre destrozado, enamorado y solo, la única solución, la única salvación posible era arrancarse todos los adjetivos de un tirón.

Más allá del océano de la soledad, el desprecio se perfilaba como un horizonte casi presentido, porque alentaba detrás del asco, de la vergüenza. Después de alcanzar esa conclusión, me di cuenta de que no lo tenía tan difícil. Bastaría con perseverar en aquellas imágenes detestables, un jacuzzi tan grande como una piscina, un dormitorio de forma absidal, dos docenas de velas, el mismo número de películas muy bien ordenadas en un carro metálico y aquel consolador de goma morada que había encontrado en un cajón. El procedimiento consistía en proyectar sin descanso en mi memoria las imágenes que había conseguido eliminar de ella durante meses, y en hacerlo con la misma meticulosa disciplina. Ésos eran los datos del problema, una operación sencilla, restar donde antes había sumado, dividir por las mismas cifras que hasta entonces sólo había usado para multiplicar. La solución era costosa, pero merecía la pena, porque si lograba despreciar a Raquel, quizás podría llegar a odiarla, y odiarla tanto como la había amado, con la misma intensidad, la misma entrega, el mismo fervor sin límites ni condiciones. Eso no me devolvería la vida, pero sí la serenidad, y no podía ser muy complicado, porque aunque ninguna otra mujer me había hecho tanto bien, ninguna me había hecho tanto daño.

Estaba seguro de que eso, invertir la palanca de la pasión, era lo único que podría salvarme, y lo intenté. Empeñé en aquella tarea cada minúsculo pedazo de mí que conservaba, retrocedí a ciegas por el camino de la luz, renegué de mi cuerpo, maldije la alegría, deserté del vértigo. Me esforcé en analizar con mucho cuidado todos los elementos de aquel problema pero, una vez más, fui incapaz de resolverlo.

Intenté despreciar a Raquel Fernández Perea con todo lo que tenía, con lo que me quedaba, lo poco que no se había llevado consigo, y no me moví ni un milímetro del sitio. No me hagas esto, Raquel, ¿por qué me haces esto?, ¿cómo puedes hacerme esto? Me convencí de que tenía que despreciarla para poder llegar a odiarla, y sus ojos nunca brillaron como entonces, su piel nunca fue más suave, más perfecta, su cuerpo tan grande ni yo tan pequeño, un hombrecillo insignificante, perdido sin mapa y sin brújula en la inmensidad de un planeta que de pronto se había parado, y que ya no quiso volver a girar sobre sí mismo.

Cuando Ignacio Fernández Muñoz comprendió que Julio Carrión González le había robado a sus padres todo lo que tenían, se vino abajo. No era la primera vez que le ocurría, pero sí fue la más cruel, porque ninguna de las derrotas que había sufrido antes de aquélla había sido responsabilidad suya. Él no podía haber luchado más de lo que luchó, no podía haber empeñado más de lo que empeñó, no podía haber dado nada más de lo que dio, de lo que estaba dispuesto a volver a dar, y que era todo, en esa segunda oportunidad que no iba a llegar nunca. Otros podrían haber hecho más, haberlo hecho mejor, él no, y esa seguridad le tenía de pie, alimentaba su orgullo y su entereza, le consentía seguir viviendo. Eso, la conciencia de que no tenía que arrepentirse de nada, fue lo que Julio Carrión le robó a él, al robarle a sus padres todo lo que tenían.

En la primavera de 1964, cuando su primogénito se disponía a ser el primer miembro de su familia que volvía a España, que volvía a Madrid desde 1939, aquella herida aún no se había cerrado. Nunca se cerraría del todo, y por eso, el anuncio de su hijo Ignacio, que no podía calcular los efectos de sus palabras mientras comentaba en la mesa de la cena, con el acento de las cosas sin importancia, el resultado de la asamblea en la que España había ganado a Grecia por goleada como destino de su viaje de estudios, le precipitó en un silencio hermético, impenetrable hasta para sí mismo.

—No te hace gracia, ¿verdad? —le preguntó aquella noche Anita, mientras se metían en la cama.

—No lo sé —respondió, y fue sincero—. ¿Por qué lo dices?

—Pues... —su mujer se acercó a él, le abrazó, escondió la cabeza en su cuello—. Yo tampoco lo sé, pero a mí no me hace ni pizca de gracia.

Aquella noche, Ignacio Fernández Muñoz no pudo dormir. Mientras daba vueltas y más vueltas en la cama, su vida entera desfiló por su memoria en ráfagas breves y ordenadas, como si fuera el anuncio de una película o el involuntario pasatiempo cerebral de un condenado a muerte. Y no eran sólo recuerdos. Entre las imágenes y los colores, los sonidos y los aromas, las sensaciones concretas o inefables que aún poseía y a las que siempre pertenecería, se filtraban hebras de luz, zonas de sombra que se entremezclaban en intersecciones turbias, desconcertantes. Ignacio Fernández Muñoz envidiaba a su hijo, temía por él, y experimentaba ambos sentimientos con la misma intensidad, aunque comprendía mucho mejor el primero que el segundo.

Aquella noche, mientras daba vueltas y más vueltas en la cama, habría pagado cualquier precio por deslizarse bajo la piel de su hijo en el día que comenzara su viaje, por mirar con sus ojos, escuchar con sus oídos, respirar con su nariz, tocar con sus dedos, sin renunciar a su propia memoria, la tierra de aquel país al que deseaba volver con tanta desesperación como la que invertía en prohibírselo a sí mismo. Y sabía que él no iba a volver, tal vez nunca, no todavía, pero su hijo lo llevaría consigo

en aquel viaje aunque no lo supiera, porque nada ni nadie podría impedir que él volviera a España en la memoria y en la experiencia de un muchacho de veintiún años que creería estar pisándola por primera vez en su vida. Era emocionante y era triste, era amargo, alegre a la vez, y sobre todo extraño, muy extraño. Por eso había sido sincero al decirle a su mujer que no sabía cuánta gracia le hacía aquel viaje que le inspiraba tanta envidia como miedo. También miedo, aunque no fuera capaz de explicárselo a sí mismo.

No se trataba solamente de un temor físico, pero tampoco podía descartar del todo éste, el más elemental, un miedo puro, primario. Su hijo había nacido en Francia y pasaría la frontera con un pasaporte francés no sólo en vigor, sino también auténtico, no como las minuciosas, primorosas falsificaciones que él había admirado algunas veces al despedir a ciertos camaradas destinados a trabajar en el interior. Sin embargo, la autenticidad del papel, de las firmas y los sellos, no iban a impedir que cualquier policía leyera los datos, Ignacio Fernández Salgado, hijo de Ignacio y de Ana, nacido en Toulouse el 17 de enero de 1943, y que sacara sus conclusiones.

En 1964, Francia estaba repleta de emigrantes españoles con hijos de la edad del suyo, pero ninguno de ellos había nacido allí. Ignacio Fernández Muñoz sabía que aquel pasaporte era sagrado, que la policía de Franco no iba a tomar ninguna clase de represalias sobre su portador, no porque no les gustara la idea, sino porque no se la podían permitir, pero no descartaba los pequeños incidentes, los comentarios despectivos, las provocaciones con forma de pregunta, hijo de rojos, ¿no? Debería decirle que se esté quieto, pensaba, que se calle, que no conteste, y la secuencia de la amargura volvía a arrancar para reproducirse desde el principio, su vida entera en una sucesión de ráfagas breves, ordenadas, incesantes. Debería decirle que se esté quieto, pero no va a hacer falta porque se lo va a decir su madre. Esa certeza le tranquilizó, le liberó de la carga de esas pocas recomendaciones paternales, simples consejos útiles para la vida, que para él habrían representado mucho más que eso, una nueva derrota, aplazada y hasta apacible, pero completa en sí misma. Cuando la precaución de rogar a su hijo que se negara a sí mismo y que renegara también, en ese trance, de su padre y de su madre, de sus cuatro abuelos y de todos sus tíos, desapareció del horizonte inmediato, el miedo físico no cedió, pero afloraron otra clase de miedos.

Ignacio Fernández Muñoz daba vueltas y más vueltas en la cama, e intentaba escoger entre lo malo y lo peor, pero no se decidía. Tal vez a su hijo no le gustara España, y eso era malo. Tal vez le gustara demasiado, y eso era peor. Quizás volviera contando que sus verdugos, los de su patria, los de su familia, los de su futuro, eran simpáticos y bienintencionados, y que la gente estaba contenta, satisfecha de vivir, de prosperar bajo el peso de sus botas. Él sabía que no era así, no en todas partes, no en núcleos muy importantes de la población. Los comunistas de París mantenían un contacto muy estrecho con los del interior, tenían a mucha gente trabajando dentro y

la información fluía con facilidad en ambas direcciones. La guerrilla, que había seguido activa hasta hacía muy poco tiempo, había dispuesto de redes de apoyo masivas y bien organizadas, impresionantes en algunas regiones incluso en los periodos más atroces de la represión, y luego estaban los mineros, haciendo eternamente la guerra por su cuenta, y los estudiantes, que habían puesto Madrid boca abajo en el 56, mientras los tranviarios hacían huelga en Barcelona. Ocho años después, con los sindicatos oficiales infiltrados en todos los niveles y las principales universidades del país convertidas en auténticos feudos de la resistencia clandestina, la situación era mucho mejor, pero quizás esos progresos, que se veían tan bien desde París, no se apreciaran tanto a ras del suelo. Ignacio Fernández Muñoz daba vueltas y más vueltas en la cama, y no podía dormir mientras pensaba qué haría, cómo reaccionaría si su hijo volvía de España contando lo que él no quería oír, lo que nunca habría querido escuchar, muy bien, muy bonito, los monumentos y el vino y el flamenco, todo estupendo, y la gente encantadora, tan alegre, tan contenta, con un nivel de vida parecido al de aquí, se ve que el desarrollismo económico ha tenido éxito y los españoles viven bien, no parece que echen nada de menos...

Qué barbaridad, Ignacio miró el despertador, vio que eran las cuatro y veinte de la mañana, se levantó, fue al salón, se sentó en un sillón, qué salvajada, cómo puedo estar yo pensando esto, como puedo atreverme a pensar así. Cuánto peor, mejor. Eso era lo que solía decir, lo que solía escuchar, pero nunca se había parado a analizarlo con atención hasta aquella noche. Qué destino tan injusto, se dijo entonces, y qué absurdo. Y sin embargo era el suyo porque él lo había escogido, porque lo había defendido con todo lo que tenía, lo había perdido, y había reconstruido su vida desde los cimientos sólo para volver a empeñarla una vez, y otra, y otra más, en la causa de aquellos para quienes ahora se encontraba deseando no solamente la pobreza, sino también la infelicidad, esa miseria indiscriminada, brutal, profunda, que es capaz de crear por sí misma condiciones revolucionarias.

Qué barbaridad, Ignacio Fernández Muñoz se sintió muy solo, muy triste, muy desamparado. Qué salvajada, qué horror el exilio, y esta derrota horrible que no se acaba nunca, y destruye por fuera y hacia dentro, y borra los planos de las ciudades interiores, y pervierte las reglas del amor, y desborda los límites del odio para convertir lo bueno y lo malo en una sola cosa, fea, y fría, y ardiente, inmóvil, qué horror esta vida inmóvil, este río que no desemboca, que jamás encuentra un mar donde perderse. Y en ese momento, en el segundo más negro de la noche, Ignacio recordó a Julio Carrión tal y como lo vio por última vez en el recibidor del primer piso que tuvieron en París, cuando todavía vivían todos juntos y Paloma lo detuvo con una pregunta que no parecía inocente, y resultó serlo mucho más de lo que ninguno de ellos se habría atrevido a esperar.

Ella fue la que más sufrió, ella, que era ya la que más había sufrido, Paloma

delicada, violeta y melancólica, con sus ojos azules tan grandes y tan frágiles, ella fue la que más sufrió, la que más perdió al perderlo todo. En el otoño de 1949, cuando lo irremediable afloró a la superficie con la triste tenacidad de una marea de petróleo que arruina un mar de aguas limpias, su padre conservó la calma de una manera admirable, su madre le quitó importancia a un asunto ajeno a su nuevo concepto de las cosas importantes, Anita se preocupó mucho más por consolarle que por haber perdido una fortuna que nunca había tenido, y Paloma intentó suicidarse en el cuarto de baño de aquella casa que él había abandonado ya, para vivir la vida normal de un hombre normal que convive sólo con su mujer y con sus hijos.

Ignacio nunca podría olvidar los gritos de Anita, los sollozos de su madre en el teléfono, la desesperación de sus propias piernas corriendo por la acera, la mirada perdida de su hermana, su rostro palidísimo cuando la encontró, sentada en el borde de la bañera, las muñecas vendadas con dos trapos blancos, lunares de sangre seca ensuciando la tela. La ambulancia viene ya, le dijo a su madre, me he cruzado con ella por la calle. La ambulancia viene ya, repitió en voz más baja, delante de Paloma. Se había puesto en cuclillas para estar a su altura pero ella no le miró, no dijo nada. Perdóname, le rogó después, perdóname, Paloma, ha sido culpa mía, todo es culpa mía, y ella negó con la cabeza muy despacio, varias veces. Sí, insistió él, yo tengo la culpa, la idea fue mía, todo ha sido culpa mía y por eso tienes que perdonarme, Paloma, por favor, perdóname...

No ha sido culpa tuya, Ignacio. Eso fue lo primero que dijo su hermana al volver del hospital, y que estaba muy cansada, que la dejaran en paz. Después, ya no volvió a hablar, no volvió a pronunciar ni una sola palabra que no estuviera relacionada con sus pocas necesidades básicas, el armazón de una existencia elemental que no era exactamente humana, ni era la vida. Y no lo volvió a intentar, pero a partir de aquel día, se limitó a comer, a beber, a dormir, a levantarse de la cama por las mañanas, y besar a sus padres, y acariciar a sus sobrinos, con la frecuencia rítmica, mecánica, que mejor convenía a su morbosa vocación de moribunda. Dejadme en paz, decía luego, en paz, en paz, por favor, dejadme en paz. Todos la estudiaban, la vigilaban, estaban pendientes de ella, pero Ignacio no sólo la miraba, también la reconocía, reconocía la naturaleza inferior y distinta de la mujer que había perdido la capacidad de desear al mirar su cuerpo descarnado y seco, la desolación que había obrado el milagro que se había resistido a la esperanza, la amargura que hizo de la bella Paloma una mujer desagradable, fea.

Carrión había sido muy hábil, tanto que, cuando Ignacio empezó a darse cuenta de que aquello no iba bien, ya era tarde. Al principio, hasta finales de 1947, Julio escribió hasta con más frecuencia de la imprescindible, advirtiendo de la lentitud del proceso, una montaña de trabas burocráticas que no dejaban de ser previsibles. A lo largo de 1948, sus cartas empezaron a espaciarse, pero Ignacio recordó su propia

boda, la angustia de Anita ante el silencio del párroco y el alcalde de su pueblo, aquella simple partida de nacimiento que aún no había llegado, que nunca llegaría a las manos de su solicitante, y tampoco se alarmó por eso. Además, en primavera, Julio les envió un poco de dinero, una cantidad pequeña, hasta insignificante en sí misma, y sin embargo importante, porque era producto de la venta del primer olivar que había conseguido recuperar para venderlo después. Pero no recibieron nada más, y antes de que empezara 1949, dejó de escribir.

Ignacio dejó pasar un par de meses, necesitó otros dos para preocuparse, tardó algún tiempo más en localizar en Madrid a un abogado de confianza y el resto sucedió muy deprisa. Cuando el nuevo representante de sus antiguos dueños se interesó por ellas, todas las propiedades de la familia Fernández Muñoz habían dejado de pertenecerles. Paloma fue la que más sufrió, pero su hermano no lo habría pasado mucho mejor si su padre no hubiera intervenido a tiempo.

—Escúchame bien, Ignacio —era domingo por la mañana, las mujeres estaban haciendo la comida, y ellos habían llegado paseando despacio hasta aquel café donde el padre escogió una mesa tranquila y soleada, junto a una ventana—. No ha pasado nada, ¿me oyes? No teníamos nada y no tenemos nada. Estamos igual que si nos lo hubieran expropiado todo hace diez años, igual que si nos lo hubiera robado tu prima en vez de ese cabrón. Y no es culpa tuya.

—Sí lo es, papá —él nunca dudaría de eso.

—No —y su padre levantó la voz para repetirlo—. No. Da igual que fueras tú quien se lo encontró, da igual que fueras tú quien lo invitó a casa, da igual que la idea de venderlo todo fuera tuya, porque era una buena idea y se le podría haber ocurrido a cualquiera. Nos ha robado, pues bueno, qué le vamos a hacer, la culpa es del ladrón, que nos engañó a todos. Todos nos dejamos engañar a la vez, y no porque seamos tontos, sino porque las buenas personas son fáciles de engañar. Y eso es lo que hay, no hay más vueltas que darle.

En ese punto, Mateo Fernández Gómez de la Riva hizo una pausa para mirar a su hijo con toda la sabiduría que había acumulado en sus sesenta y dos años de vida, y un destello de su autoridad de antaño. Meditaba sobre el mejor camino a seguir y escogió la sinceridad.

—Yo te necesito, Ignacio, y tal y como estás ahora, no me sirves para nada, hijo —sonrió y recibió a cambio una mirada de asombro—. Te necesito y necesito que seas fuerte, que tengas ánimo, que tires de los demás. Tú eres ahora el cabeza de esta familia, ¿comprendes? Tú, no yo, sobre todo desde que María se quedó en Toulouse. Ella también es fuerte, pero está lejos, y yo soy viejo, Ignacio. Soy viejo, estoy cansado y ya no puedo más, así que se acabó. No quiero volver a oír hablar de Julio Carrión en mi vida. ¿Está claro?

—Sí, papá.

—Prométemelo.

—Te lo prometo, papá.

Tú también me salvaste la vida, pensó Ignacio aquella noche, me ha salvado la vida tanta gente, tantas veces, que tendría que haber hecho algo grande con ella, algo más importante que sobrevivir, y acabar la carrera, y casarme por amor, y criar a mis hijos. Tú has ayudado a mucha gente, Ignacio, le decía Anita cuando le encontraba así, y tal vez fuera verdad, pero eso no era grande, ni importante, ni valía el precio de una vida en la que tanta gente había invertido tanto esfuerzo. Y ahora, cuando la benevolencia o la crueldad del tiempo le había consentido salir del trabajo al mismo tiempo que todos sus socios, cuando en la sala de espera ya no aguardaba turno ningún hombre oscuro y desorientado, ninguna mujer con los ojos perdidos en el color pardo de su falda y la mano de un crío apretada en cada mano, ahora que casi se le habían olvidado sus gestos, sus problemas, las palabras siempre parecidas que empleaban para contar historias siempre enormes y siempre distintas, ahora, precisamente ahora, se encontraba deseando lo peor para ellos, para los primos, los hermanos, los parientes de esos españoles a los que había aconsejado, asesorado y defendido gratis durante tantos años. Y todo porque al niño se le había antojado volver a España camuflado en una alegre expedición de estudiantes franceses.

—Pues que no vaya.

Cuando sonó el despertador, un par de horas después de que su memoria se rindiera para consentirle dormir al fin, se encontró a Anita sentada en la cama con los brazos cruzados, muy seria, muy resuelta. Ella era así, los disgustos le daban sueño, pero los encontraba intactos cuando se despertaba.

—¿Qué? —a él le costó mucho más trabajo conectar.

—Ignacio —le explicó—. Que no vaya al viaje. Se lo cambiamos por otra cosa y ya está, o que se vaya a Grecia con un amigo.

—No, mujer —miró a Anita, y ella le devolvió una mirada más preocupada que perpleja—. No podemos hacer eso.

—¿Por qué?

—Pues no lo sé, pero no podemos.

—Anda que... —Anita se levantó, se le quedó mirando un momento y se fue rezongando hacia el baño—. Menuda ayuda tengo yo contigo, Ignacio, no lo sé, no lo sé, no lo sé. Lo que parece que no sabes es decir otra cosa.

Ninguno de los dos podía imaginar entonces que a su hijo tampoco le hacía maldita la gracia aquel viaje. Ignacio Fernández Salgado habría preferido ir a Grecia, o a Italia, o a Holanda, o a Marruecos, cualquiera de los destinos por los que había votado hasta quedarse sin opciones.

Para él, España no era un país, sino un contratiempo, una anomalía que cambiaba de forma, de naturaleza, según las fechas y las circunstancias, como una enfermedad

congénita, capaz de brotar y de desaparecer ella sola, o un grano rebelde que, sin picar mucho, tampoco deja nunca de resultar molesto. Ignacio Fernández Salgado, que nunca había estado en España, ya estaba harto de España, harto de la tortilla de patatas y de las sevillanas, de los villancicos y de los refranes, de Cervantes y de García Lorca, de los mantones y de las guitarras, de Fuenteovejuna y del Tenorio, del cerco de Madrid y del Quinto Regimiento, de comer uvas en Nochevieja y de levantar en el aire una copa de champán para escuchar siempre las mismas palabras, el año que viene en casa.

No se trataba de que sus padres fueran extranjeros. París estaba lleno de extranjeros y eso era soportable. Lo insoportable era ser hijo de exiliados españoles, haber nacido, haber crecido, haberse hecho un hombre en un exilio como aquél, denso, espeso, concentrado, estimulado a perpetuidad y perpetuamente torturado por la cercanía, la conciencia de esa frontera tan próxima y tan inalcanzable a la vez como un tarro de caramelos de colores situado un centímetro, sólo un centímetro, por encima de los dedos de un niño hambriento. Qué horror el exilio, aquel exilio ajeno que le habían obligado a vivir como propio, a él, que era francés, que no era francés, que no sabía de dónde era pero tampoco podía permitirse el lujo de que no le importara ser de ninguna parte, porque no había nacido en un país, sino en una tribu, un clan envalentonado de su propia desgracia, un campamento de nómadas inválidos y satisfechos de su invalidez, una sociedad de ingratos incapacitados para apreciar lo que tenían, una aldea de idiotas que no sabían leer los mapas ni vivir en el tiempo de los calendarios, los eternos y voluntariosos inadaptados que hallaban un placer malsano, intenso y difícil, en sus placenteras carencias, porque siempre les faltaba algo y sólo sabían disfrutar de la mitad de las cosas, siempre infelices, siempre a medias, siempre encerrados en las minúsculas dimensiones de una patria portátil, una presencia póstuma y fantasmal a la que llamaban España y que no existía, no existía, no existía.

Para los que se fueron a América sería distinto, porque ellos supieron poner el mar por medio, mucho mar, muchos kilómetros, otros acentos y la misma lengua. Ignacio Fernández Salgado habría preferido que sus padres se hubieran conocido allí, en cualquiera de aquellos países calientes, cercanos pese a la distancia, donde la Navidad ocurre en verano y levantar una copa en el aire, el año que viene en casa, sería a la fuerza una promesa liviana, risueña, desprovista de la gravedad que la proximidad y el frío hacían flotar sobre la mesa del comedor de su casa cada año, todos los años, y el que viene, en casa. Seréis gilipollas, pensaba él, qué casa tendréis, que no sea ésta... Luego miraba a su padre, a su madre, a sus abuelos, al espectro insensible de su tía Paloma, y se arrepentía de haberlo pensado, pero sabía que un año después pensaría lo mismo al escuchar las mismas palabras y que volvería a sentirse culpable sin tener la culpa de nada, porque él no era responsable de su nacimiento,

porque no había podido escoger otra fecha, otro lugar donde nacer, porque no podía dejar de pensar, dejar de sentir de esa manera.

Aunque su padre, su madre, no se dieran cuenta, Ignacio Fernández Salgado era muy consciente de que él no volvía a España. No podía volver, porque nunca había estado allí. Por eso no comprendió el gesto, los dos con mala cara, el idéntico cansancio de las noches en vela, con el que le recibieron cuando se sentó a desayunar con ellos al día siguiente.

—Dime una cosa, hijo —su madre tomó la iniciativa antes de que tuviera tiempo de probar el café—. ¿A ti te apetece ir?

—¿Adónde?

—Pues a España, adónde va a ser.

—Hombre... —y sonrió—. Me habría gustado más ir a Grecia, pero, en fin, el viaje sí que me apetece, porque van todos mis amigos y supongo que nos divertiremos. Lo que pasa... —hizo una pausa para escoger palabras que no les ofendieran, ni les disgustaran—. Bueno, creo que habría preferido ir a otro sitio porque tengo la impresión de que ya conozco España, aunque nunca haya estado allí.

—Pero no la conoces —su padre intervino en un tono misterioso, casi hermético —. No tienes ni idea de cómo es, de cómo son las cosas ahí dentro.

—Y no hace ninguna falta que vayas —Anita habló más claro—. Puedes hacer otro viaje, por tu cuenta, nosotros te lo pagaríamos.

—Pero... —su hijo les miró despacio, primero a ella, luego a él, mientras dudaba de la aptitud de sus propios oídos—. No lo entiendo. Os pasáis la vida hablando de España, comparando todo lo que veis, lo que escucháis, lo que coméis, con lo que hay allí, que si esto, que si lo otro, que si las berenjenas, mamá, reconócelo. Es como una enfermedad, estáis enfermos de España, y ahora... ¿No queréis que vaya yo? ¿Y por qué? —los dos le miraron a la vez, pero ninguno quiso responderle—. Si ni siquiera nos dejáis hablar en francés, si lo tenemos prohibido desde que entramos por esa puerta... ¿Queréis decirme por qué preferís que no vaya? Es que no lo entiendo, de verdad que no lo entiendo.

—No es que yo no quiera que vayas, no es eso. Pero tampoco me gusta —su padre perseveró en el misterio—. En fin, es difícil de explicar.

—Es peligroso —su madre fue más sincera, y afrontó con serenidad el estupor que agrandó los ojos de su hijo—. Sí, no me mires así, Ignacio, es peligroso. Para tus compañeros no, pero para ti sí, y yo no digo que te vaya a pasar nada, ¿eh?, no es eso, pero sí digo que te puede pasar. Tu padre tiene razón. Tú no sabes nada, hijo, nada. Tú te has criado en un país democrático, en un país donde los policías son funcionarios y están controlados por el gobierno, donde hay leyes y se cumplen, pero España no es así, ahora no, ya no...

—Hazme un favor, mamá. —Olga, que tenía cuatro años menos que su hermano

y se había dedicado hasta entonces a mojar galletas en el café, resopló igual que una ballena cansada—. No empieces, anda.

—¡Pues sí empiezo! —Anita se levantó, y levantó la voz—. Empiezo porque me da la gana, porque sé de lo que hablo y vosotros no tenéis ni idea, ninguno de los dos.

—No me voy a meter en líos, mamá, te lo prometo —Ignacio optó por un tono más sereno, apaciguador—. No me va a pasar nada porque no he hecho nada, ni lo pienso hacer. Nada.

—Eso mismo dijo mi padre cuando se lo llevaron.

—¡Ya está bien, mamá! —y su hijo también se levantó, apartó la silla de un manotazo, empezó a andar hacia la puerta—. Siempre igual...

—¡Pues sí, siempre igual! —y ella también gritó, porque todavía podía gritar—. Porque eso mismo fue lo que dijo mi padre, que todavía lo estoy oyendo, no me va a pasar nada porque no he hecho nada. Y lo fusilaron, ¿te enteras?, lo fusilaron, con treinta y siete años, y cuatro hijos, y, y... —se estaba poniendo tan nerviosa que le temblaban los labios, las manos, todo el cuerpo, pero todavía logró añadir algo más —. Y yo soy la única que queda, la única, de todos, yo, y ahora, te vas tú, allí...

Ignacio Fernández Muñoz fue hacia su mujer, la abrazó, pronunció su nombre en voz baja.

—Anita.

—¿Qué? —preguntó sin mirarle.

—Déjalo, anda —ella se revolvió entre sus brazos para dirigirle una mirada furiosa, pero él la aplacó sin dificultades—. Déjalo, por favor, piensa un poco. No va a hacer la guerra, va a hacer turismo, sólo turismo...

Aquella tarde, cuando volvió de trabajar, Anita Salgado le pidió perdón a su hijo Ignacio, que la estaba esperando en el salón para pedirle perdón. Para ninguno de los dos fue fácil. Ella seguía sintiendo el mismo espeluzno helado y seco que la paralizó mientras su padre le ponía en la mano el albaricoque recién lavado que se iba a comer cuando aquellos hombres llamaron a la puerta. No llores, tonta, dijo, y le dio la fruta, y le acarició la cara, si no me va a pasar nada, yo no he hecho nada, ya lo sabes... Se inclinó para besarla pero ya no pudo hacerlo, porque el guardia civil que lo llevaba agarrado del brazo derecho tiró de él y le obligó a salir de su casa muy deprisa.

Habían pasado veintiocho años desde que Anita Salgado se comió aquel albaricoque, pero todavía no lo había digerido, no lograría digerirlo jamás. No había vuelto a probar los albaricoques y aún conservaba el sabor de aquél. Le habría gustado conservar también el hueso, que mordió y chupó para dejarlo limpio hasta de la última hebra de pulpa para guardarlo después en el bolsillo de su delantal, sin querer saber por qué lo hacía. No lo necesitaba para recordar a su padre, y por eso, y para acompañarle siempre, lo metió en uno de los bolsillos de su camisa cuando volvió a verlo, rígido y tieso, sucio de sangre, con los ojos cerrados, el día del

entierro. Luego, como si fuera una adulta y no una niña de doce años, se acercó a una fuente y mojó su pañuelo para limpiar la cara y el cuello ensangrentado del cadáver. Entonces se desmayó, una vecina la llevó a su casa, la sentó en un sillón, le dio agua, aire con un abanico, y toda la conversación que hizo falta para entretenerla, sin otro fin que mantenerla alejada del entierro. No haber asistido a aquella ceremonia breve y triste le dolió, pero más le dolía ahora no haber conservado aquel hueso para metérselo a su hijo en un bolsillo.

Él conocía de sobra la historia de aquel hueso, del último albaricoque que se comió su madre, ese albaricoque que su abuelo nunca llegó a morder, pero sabía también que habían pasado casi treinta años desde aquel día. Habían pasado casi treinta años para los relojes, para los historiadores, para las hemerotecas, para su madre no. Para su madre no, eso era lo insoportable, lo angustioso, lo aburrido, lo grotesco de su situación. Y ahora se iba a España con sus amigos, a ejercer una autoridad que habría dado cualquier cosa por no ostentar, a hacer de experto, de intérprete, de especialista en aquel país absurdo que no entendían ni los propios españoles, sus padres, desde luego, no.

Laurent había ido ya dos veces a España, en verano, una a Mallorca, la otra a Torremolinos, y lo que había contado a la vuelta no tenía nada que ver con lo que se contaba en su casa. Para Laurent, uno de sus mejores amigos, España era un país agradable, barato y divertido, de gente simpática, un poco rara, pero amable con los extranjeros. Había mucha policía en la calle, sí, las mujeres de los pueblos iban siempre vestidas de negro, todo el mundo iba a misa los domingos, y ligar era muy difícil, dificilísimo, no porque a las españolas no les gustara, sino porque estaban muy atadas. A las chicas normales no las dejaban salir de noche, ni pararse a hablar con desconocidos por la calle. En la playa, de día, era distinto, pero siempre se empeñaban en presentar a cualquier chico a su madre a toda prisa, para no tener problemas después. Total, que entre unas cosas y otras, a pesar de las beatas enlutadas y de las muchachas acorazadas, a Laurent le gustaba España, la música, la comida, el marisco, los bares y la insaciable adicción de los españoles a la vida nocturna. Y su hermana estaba de acuerdo con él. Tanto, que se había apuntado a un viaje en el que ya casi no quedaban plazas libres.

—Reserva una más —le pidió su padre a principios de marzo, cuando parecía que ya se habían hecho a la idea y se habían acabado para siempre las escenas, las tonterías.

—¿Para qué? —Ignacio miró a Olga, que estaba sentada a su lado en el sofá, viendo la tele—. ¿Tú quieres venir?

—¿Yo? —su hermana se señaló a sí misma mientras ponía los ojos en blanco, sin advertir contradicción alguna en las palabras que pronunciaría a continuación, una de las expresiones favoritas de su madre—. Ni harta de vino, vamos.

—¿Entonces?

—Es para Raquel, ¿no? —intervino Anita con una sonrisa a la que su marido asintió sin decir nada, antes de volverse hacia su hijo—. La hija de Aurelio y de Rafaela, ya la conoces...

—¿Qué? —y mientras desafiaba con la mirada a su padre, a su madre, Ignacio Fernández Salgado se reprochó a sí mismo su ingenuidad, la estupidez de no haber previsto que sucedería algo así, cualquiera de esas cosas que le pasaban a él y a nadie más—. Ni hablar. Yo no voy a hacerme cargo ahora de ninguna niña...

—¿Pero qué niña? —su madre le cortó enseguida—. Si es mayor que tu hermana. Debe tener ya... Diecinueve años, ¿no? —volvió a mirar a su marido, pero esta vez él no acudió en su ayuda—. Porque, vamos a ver, cuando yo conocí a Rafaela, estaba embarazada, y eso sería... Pues cuando nos vinimos a París, a principios del 45, así que...

—¡Que me da igual, mamá! Si tiene diecinueve como si tiene veinte. El caso es que no, que no me la llevo, no me pienso llevar a nadie...

—Claro que no te la vas a llevar, Ignacio —su padre le interrumpió con la tranquilidad a la que recurría cuando no estaba dispuesto a que se discutiera su autoridad—. Va a ir ella sola. Tiene dos piernas y es muy mayor, ya te lo ha dicho tu madre.

—¡Que no, papá, por favor, no me hagáis esto! Siempre igual, joder, siempre lo mismo. ¿Es que no puedo ser nunca como los demás?

—Pues la hermana de Laurent se va con vosotros —recordó Anita, mientras veía a su hijo negar con la cabeza y un espléndido gesto de desesperación.

—¡Pero es su hermana! ¿Es que no lo entendéis? ¡Es su hermana, es distinto! No puede decir que no, y además... —sabía que estaba perdido, pero todavía intentó resistir—. Yo a esa chica ni siquiera la conozco, mamá.

—¡Claro que la conoces! —su madre se echó a reír—. De toda la vida. Acuérdate, en las fiestas de *L'Humanité,* cuando erais pequeños. Ella iba siempre vestida de flamenca, con una flor en el pelo, tan graciosa, creo que sigue bailando muy bien...

—Las fiestas de *L'Humanité,* me cago en... —a galopar, a galopar, Antonio Vargas Heredia, flor de la raza calé, si me quieres escribir, ya sabes mi paradero, olé, olé, y no tiene novio, y viva la madre que nos parió—. No me lo recuerdes, por favor, mamá.

—Pues bien que te gustaba ir antes.

—¿Que me gustaba? —hasta ahí podíamos llegar, se dijo—. No me gustaba nada, lo sabes de sobra. Nunca me gustó. Me obligabais a ir, que no es lo mismo...

—Bueno, se acabó —Ignacio Fernández Muñoz puso punto final a la discusión —. Raquel va contigo a España, o no vais ninguno de los dos. Así de claro. Es muy sencillo. Tú no tienes un duro. El viaje lo pago yo y éstas son mis condiciones.

—¿Ves? —la madre miró al hijo y sonrió—. Eso es el marxismo.

—Anita, por favor... —su marido subrayó la petición con una mirada estupefacta.

—Bueno —se defendió ella—, aproximadamente.

—Además, Ignacio... —él no quiso insistir y volvió a mirar a su hijo—. Esa chica no es tu hermana, pero sí es de tu familia. Hace muchos años que su padre es un hermano para mí. Puedes pensar eso, si te vas a sentir mejor.

—No, papá, no... —Ignacio Fernández Salgado volvió a negar con la cabeza, se volvió hacia su padre y estalló—. Esa chica no es de mi familia porque nosotros no somos una familia, ¿entiendes? Lo que somos nosotros es una tribu. ¡Somos una puta tribu!

—Muy bien —e Ignacio Fernández Muñoz sonrió en honor al ingenioso fruto de la cólera de su primogénito—, pues seremos una tribu, pero somos tu tribu. Tú eres un salvaje más, lo siento, pero es así... Y otra cosa. Quiero que vayas a ver a tu tía Casilda, y esto es todavía más innegociable que lo de Raquel. ¿Cuántos días libres tienes en Madrid?

—No me hagas esto, papá... Por favor te lo pido, no me hagas esto, por favor, papá...

El día que Anita llamaba Viernes de Dolores de 1964, Ignacio Fernández Salgado cogió un taxi para ir al aeropuerto. Sus padres se habían ofrecido a llevarle en coche, juntos y por separado, pero él rechazó sus diversos ofrecimientos con la excusa del horario laboral de ambos. Por fortuna, su avión salía a las once y media de la mañana, y mientras su padre estuviera en su despacho y su madre en la guardería, no correría el riesgo de afrontar una despedida bochornosa, más escenas, más lágrimas, más tonterías, a galopar, a galopar, Antonio Vargas Heredia, flor de la raza calé, si me quieres escribir, ya sabes mi paradero, y la madre que os parió a todos juntos, olé. Así que se fue solo, y encontró a sus amigos muy contentos, excitados por el viaje y por la perspectiva de la chica nueva.

No os hagáis ilusiones, les había dicho y no había querido ser más explícito. No habría servido de nada, porque ninguno de sus compañeros de carrera había ido con sus padres, de pequeño, a la fiesta de *L'Humanité* con la delegación del Partido Comunista de España. Él creía que ya se le había olvidado, pero la última bronca le había devuelto intactos el sabor de los churros y las letras de los fandangos, el ruido de un hilo de sidra al estallar contra el cristal y el aspecto inquietante, casi terrorífico, de esas empanadas monstruosas que se llamaban bollos preñaos y estaban llenas de bultos. La fiesta de *L'Humanité,* tantas paellas grasientas, tantas mujeres de luto, tantos hombres con boina, las mismas eternas canciones y la vergüenza de andar por la calle disfrazado de mañico, con aquel pañuelo de cuadros torcido y atado alrededor de la cabeza que su madre no le perdonaba ningún año, sobre todo después de que Olga se hubiera decantado por el traje regional paterno.

—¡Qué tramposo eres, Ignacio! —le había dicho Anita Salgado a su marido el día en que apareció con un mantón negro de flecos muy largos, bordado con flores de colores, que su cuñada Casilda le había mandado desde Madrid.

Sin el mantón, su hermana ya prefería con mucho aquel vestido blanco con lunares rojos, largo y ceñido, que encima se llevaba con tacones, como los andaluces. Con el mantón, ya no hubo vuelta atrás, y su madre se vengó con saña, en la pobre cabeza de su hijo, de la humillación sufrida por la falda, el corpiño y la pañoleta que ella misma había cortado y cosido para acabar guardándolo todo en un maletero.

—¡Ay, mírale, qué gracioso está con el cachirulo!

Horror, porque es que, por si lo demás fuera poco, aquel pañuelo se llamaba cachirulo. Horror y más horror, ¡cántate una jotica, maño! Horror, horror, horror de los horrores.

A Olga le gustaba, al principio, porque mamá le hacía un moño, y le pintaba rabillos en los ojos, y le ponía claveles en el pelo, debajo de un pañuelo blanco, muy tieso, atado como los pañuelos normales, derecho y debajo de la barbilla. La verdad era que estaba guapa, aquel vestido le hacía buen tipo, pero a él, lo que le ponía su madre era una faja que le daba un montón de vueltas al cuerpo, y el cachirulo aquel, encajado justo encima de sus orejas de soplillo, para que se vieran todavía mejor, y un bastón de madera que no servía para nada, todos los años igual. Y todos los años, Olga salía a la calle sonriendo, con los brazos en jarras, y él detrás, con los ojos clavados en el suelo y el vano propósito de esconderse tras el cuerpo de su padre, de su madre, para que no le viera nadie. Pero siempre le veía alguien, algún vecino que preguntaba, ¿y tú de qué vas vestido?, en el mismo tono en el que debería haber preguntado, ¿y tú de qué tribu eres? La fiesta de *L'Humanité*, maldita sea, a galopar, a galopar, Antonio Vargas Heredia, flor de la raza calé, si me quieres escribir, ya sabes mi paradero, y una niña flaca con hierros en los dientes que siempre estaba esperando la menor oportunidad para subirse encima de una mesa y ponerse a dar zapatazos como una loca, olé, olé, y no tiene novio, mientras se levantaba la falda con una mano y crispaba los labios como si le doliera algo, olé, olé... Todavía se acordaba de lo que tenía en las pantorrillas, melenas, más que pelos, y de la pose final, una pierna adelantada y al aire, la otra recta y tapada, un brazo estirado, las puntas de los dedos tiesas y retorcidas, igual que si acabara de darle una hemiplejia, una sonrisa enorme y el flequillo pegado a la frente, la cara empapada de sudor. ¡Olé, olé, y no tiene novio! ¿Y qué novio va a tener?, pensaba él. Pues ninguno, nunca en su vida...

—¿Tú eres Ignacio?

Por eso le había dicho a Laurent, y a Philippe, que era el que estaba más salido de todos, que no se hicieran ilusiones. Por eso tampoco fue capaz de entender a la primera la pregunta de aquella chica francesa, tan mona, que llevaba un vestido blanco, tan moderno, las caderas marcadas por un cinturón de la misma tela con una

hebilla plateada, tan grande, y apenas un palmo más abajo, las piernas lisas, limpias, desnudas, tan bonitas.

—¿Tú te llamas Ignacio Fernández? —repitió, en un español que habría sido impecable si dos acentos antagónicos, el andaluz y el francés, no se cruzaran en el centro de gravedad de cada palabra.

—Sí, soy yo —contestó al fin.

—Hola —y le tendió la mano—. Yo soy Raquel Perea. ¿Tú tienes mi billete, no?

—Sí —se había quedado tan mudo que no fue capaz de añadir nada más.

—Pues quédate también con mi maleta, si no te importa, y vas facturando... —la virreina de la India no se habría dirigido a un sirviente con un ápice menos de superioridad—. Yo vuelvo ahora mismo, tengo que despedirme.

—¡Ah! —él cogió la maleta, la dejó enseguida en el suelo al comprobar que pesaba el doble que la suya, y la detuvo cuando ya le había dado la espalda—. Espera, voy contigo. Me gustaría saludar a tus padres.

—¿Qué padres? —se volvió, le dirigió una mirada perpleja y siguió andando hasta llegar a la altura de un chico alto y corpulento, con esa pinta odiosa de los que han sido campeones de algo en el colegio.

Y es que Raquel Perea, olé, olé, ya tenía novio. Ignacio Fernández Salgado dispuso de más de veinte minutos para comprobarlo, y lo comprobó Laurent, y lo comprobó Philippe, lo comprobaron los demás, un limpiabotas que no le quitaba el ojo de encima y varios de los pasajeros que se cruzaron en ambas direcciones con el monstruo de dos cabezas que resultó de aquel beso interminable.

—¿Quién era, tu novio? —se atrevió a preguntarle cuando ella condescendió a recuperar sus propiedades.

—¡Pues claro! —y le miró como si fuera tonto—. ¿Quién iba a ser? Se va a la Dordoña mañana, a casa de su abuela, a comer foie. Yo pensaba irme con él pero, ya ves, mi padre se ha empeñado en que me vaya a España contigo —hizo una pausa y levantó la barbilla en un ángulo casi desafiante—. A comer ajos.

—Oye —aquel comentario, muy parecido a los que él mismo solía hacer, le molestó tanto como la picadura de un insecto en pleno invierno—, que yo no he tenido nunca ningún interés en que vengas conmigo.

—Mejor —y se paró un momento para mirarle—. Te he reconocido por las orejas, aunque ahora, con el pelo largo, la verdad es que no se te notan tanto.

Qué simpática, pensó Ignacio, y estuvo a punto de contestarle que él, en cambio, no la había reconocido porque ya no tenía melenas en las piernas, pero se calló, porque se dio cuenta de que a ella seguramente le gustaría aquel comentario. No se le ocurrió nada más que decir y no volvieron a cruzar una palabra hasta que se la encontró sentada a su lado, en el avión.

—Y ni siquiera vamos a Málaga —ya no parecía una emperatriz airada, sino una

niña pequeña a la que acaban de robarle un caramelo.

—Bueno, pero vamos a Sevilla —comentó él, sin preguntarse por qué pretendía animarla—. Y a Córdoba, y a Granada... Todo es Andalucía, ¿no?

—Ya, pero no es lo mismo —y le miró—. Oye, siento haberte dicho antes lo de las orejas. Igual te ha sentado mal, pero es que... Yo no quería venir, no me apetecía nada. Mi padre se negó a que me fuera de viaje con mi novio, ya sabes cómo son de antiguos y de mal pensados. Pero, vamos a ver, papá, le dije, o sea, que te niegas a que viaje con Jean-Pierre, que es mi novio y le conoces de sobra, y te empeñas en que me vaya con un chico al que no conoces de nada, porque hace siglos que no le ves. ¿Y sabes lo que me dijo? Que no era lo mismo, porque tú eres hijo de tu padre y además eres español. ¿Tú has oído alguna vez algo más absurdo? Es que son insoportables, la verdad, no hay quien los entienda... Toda la vida hablando de la libertad, y luego, ¡toma!

—Eso no es nada —Ignacio sonrió—. Mi madre me dijo que no quería que viniera porque podía ser peligroso para mí, y cuando le dije que no me iba a pasar nada porque no había hecho nada, me soltó que eso mismo había dicho su padre cuando se lo llevaron para fusilarlo.

—¿Sí? —ella le miró con los ojos muy abiertos—. Joder, es increíble que sigan así, a estas alturas. Parece que disfrutan ¿verdad?

Sólo cuando la azafata anunció que estaban empezando a descender, dejaron de criticar a sus padres, a sus madres, a otros miembros de su tribu común, para quedarse callados a la vez, como si se hubieran puesto de acuerdo. Al aterrizar, Ignacio miró por la ventanilla y se fijó en la pista, asfalto gris y pintura blanca, idéntica a la que había visto antes de despegar, en París. Aquella pista no tenía nada de particular, y sin embargo, al mirarla, en contra de lo que había previsto, y hasta de lo que deseaba, Ignacio Fernández Salgado se encontró con un agujero en el lugar donde antes tenía el estómago, y todas sus vísceras apretadas, retorcidas, anudadas justo debajo de la garganta. Percibió también una presión sobre su brazo izquierdo, pero estaba tan absorto en la imprevista rebelión de su cuerpo, que tardó algún tiempo en preguntarse por su origen. Cuando lo hizo, descubrió que Raquel Perea se había inclinado sobre él para poder ver, a través de la ventanilla, el mismo insulso y monótono trozo de la pista de aterrizaje del aeropuerto de Sevilla.

—Suelo español —murmuró entonces en un tono humilde, preocupado, casi dulce.

—Sí —contestó él, también en un susurro.

—No sé si me va a gustar.

—Yo tampoco lo sé, pero había que venir antes o después, ¿no?

—Sí —y Raquel le sonrió por primera vez—, eso es verdad. ¿Tú tampoco habías venido nunca?

—No.

—Bueno... —y volvió a sonreír—. Así lo pasamos juntos.

—Igual que la varicela —Ignacio le devolvió la sonrisa y ella se echó a reír.

Y como si fueran dos niños a los que han encerrado en la misma habitación para que se contagien, Raquel salió del avión a su lado y no se separó de él hasta que recogieron el equipaje. Los dos andaban al mismo ritmo, serios y callados, sin mirarse, como si no se conocieran pero tampoco tuvieran nada que ver con el bullicioso grupo de estudiantes franceses que, a su alrededor, reían, y chillaban, y se perseguían por los pasillos. Al principio, Ignacio sólo podía pensar en que le sabía la boca a albaricoque. Luego, cuando ya había empezado a preguntarse a qué sabría la boca de Raquel, una voz femenina empezó a hablarles por la megafonía del aeropuerto.

——¡Hala! dijo ella entonces, parándose de pronto mientras le apretaba un brazo con las dos manos——. Fíjate cómo habla...

—Habla bien, ¿no? —comentó él después de escuchar un rato.

—Sí, pero lo decía por el acento, porque habla igual que mi madre, en español pero también en francés, pronuncia el francés igual de mal. Es increíble, ¿no? Me impresiona mucho, es como si estuviera oyendo hablar a mi madre por ese aparato.

Después ya no le soltó el brazo, y volvió a apretarlo, mucho más fuerte, cuando se colocaron en la cola del control de pasaportes.

—La Guardia Civil.

—Sí —Ignacio había leído los carteles al mismo tiempo.

—Joder...

En aquel momento, Ignacio Fernández Salgado agradeció la despótica arbitrariedad de su padre, y hasta el castigo de haber tenido que cargar con Raquel Perea en aquel viaje, porque hasta aquel momento sólo había estado nervioso. Tal vez también emocionado, estremecido e incluso arrepentido, sin conocer muy bien el motivo, de haberse subido al avión en París, pero sobre todo nervioso, tanto que en aquel adjetivo cabían todos los demás. Sin embargo, mientras se iba acercando a aquella ventanilla, todos los albaricoques que había comido en su vida se pudrían un poco más en su boca, el agujero de su estómago se agrandaba y sus vísceras se atoraban en el centro de su garganta como el hueso imposible de un fruto seco. En cada paso que daba, Ignacio Fernández Salgado sentía que le sudaban las manos, y golpes alternativos de frío y de calor a lo largo de la espalda, las piernas cada vez un poco más huecas, la sangre huyendo de su rostro helado, pero en cada paso, también, escuchaba el jadeo de Raquel, que respiraba con la boca abierta, y notaba la presión de sus dedos, que se hundían en su brazo derecho como si pretendieran perforarlo, y sabía que estaba temblando, lo sabía, y eso bastaba para sostenerle. Si estaba bien, tranquilo, ella estaría bien, tranquila. Cuando llegó su turno, los dos avanzaron juntos

hasta la ventanilla. Él puso su pasaporte sobre el mostrador, miró a los ojos al hombre uniformado de verde oliva que le miraba con la misma fijeza, y le saludó en español.

—Buenos días.

—Buenas... —el guardia abrió el pasaporte, miró la foto, después a Ignacio, empezó a escribir en un papel—. Fernández Salgado. Español, ¿no?

—No —y recitó de cabo a rabo la respuesta que le había sugerido su padre—. Francés hijo de españoles.

—Ya... —el guardia pasó algunas páginas adelante y atrás, se fijó en los sellos. Es la primera vez que viene, ¿verdad?

—Sí.

—Muy bien —y le devolvió el pasaporte con una sonrisa—. Bienvenido.

Serás gilipollas, Ignacio, se dijo a sí mismo cuando contempló una versión femenina —Perea Millán, ¿no?, sí, yo también soy francesa hija de españoles— pero idéntica de la misma escena, y como le supo a poco, la reforzó con la pregunta retórica a la que su padre solía recurrir en casos extremos, ¿se podrá ser más gilipollas, Ignacio?, y se contestó a sí mismo que no, con la misma saña, la misma extremada dureza con la que interpelaba en silencio a sus abuelos, a sus padres, a sus tíos, en los brindis de todas las Nocheviejas. Muy bien, bienvenido, muy bien, bienvenida, eso había sido todo, tan poco, tan fácil, que al otro lado del control, Raquel se apartó de él como si estuviera avergonzada de haber temblado.

—Bueno, pues ya está —y frunció los labios en un gesto escéptico—. La verdad es que no ha sido para tanto...

Ignacio se encogió de hombros, asintió con la cabeza y sonrió. Era verdad que no había sido para tanto, y ni eso, no había pasado nada en realidad. Durante los primeros días de su viaje, en eso parecía ir a quedarse todo, en nada, Sevilla preciosa, eso sí, Córdoba también, y Granada resplandeciente como una novia que extiende su velo de casitas blancas entre los montes nevados y la vega verde. Ésa fue la foto que le salió mejor, aunque hizo algunas muy bonitas en el barrio de Santa Cruz, y un retrato nocturno, espléndido, de Raquel sonriente, guapísima y medio borracha, delante del Cristo de los Faroles.

Le gustó mucho Andalucía porque, su padre madrileño, su madre aragonesa, no esperaba gran cosa de ella. Le gustó tanto porque lo que esperaba, la imagen típica de señorito a caballo con morena de faralaes y pendientes de plástico a su grupa, era mucho menos que lo que encontró, la lentitud del tiempo en aquellas ciudades esclavas de su propia belleza, el equilibrio antiguo del agua que suena siempre, entre la cal y las flores, el encaje laberíntico de las calles estrechas que crean al cruzarse rincones asombrosos, y una particular elegancia, una sutileza natural en las personas, pero también en las cosas. Aquello era bonito, muy bonito, y le inspiraba una paz extraña, la melancólica extrañeza de lo imposible, porque aquellas casas blancas con

sus patios de piedra oscura, húmeda, y sus macetas de plantas verdes, altas y frondosas como árboles, debían de ser un buen lugar para vivir, pero no eran el suyo. A él quizás le habría gustado vivir allí, pero nunca lo haría, nunca podría asomarse desde dentro a esos balcones con rejas y tiestos de geranios rojos donde su madre, que llevaba dos décadas luchando en vano con las heladas invernales de París, habría sido tan feliz.

Ésa fue la sensación, cálida pero templada, ni alegre ni demasiado triste, que el país de sus padres, y no el suyo, le inspiró durante los primeros días de su viaje. Estaba en España, sí, por fin, sí, y resultaba que España existía, que ocupaba de verdad un espacio en la superficie del planeta, sí, pero por eso, porque no se parecía en nada a la patria heroica, póstuma y portátil en cuyo recuerdo habían plantado las tiendas los miembros de su tribu, la verdadera España era un país desconocido y ajeno para él.

—¿Todavía estás en Sevilla? —y la voz de su madre temblaba al otro lado del hilo.

—Sí, todavía. Nos vamos mañana.

—¿Y es bonito? —porque Anita Salgado nunca había estado al sur de Teruel.

—Es precioso, mamá, de verdad, te encantaría —y detectaba la agitación de su madre en su silencio—. Tienes que venir a verla algún día.

—¡Ay, hijo mío, sí! Qué alegría me da que estés ahí, Ignacio... —¡déjame hablar con él, Anita!, el hijo escuchaba a lo lejos la voz de su padre, a ver si se va a cortar igual que ayer—. Tienes que llamar a la abuela, que es andaluza... Acuérdate, porque le va a encantar hablar contigo.

Y al colgar, Ignacio se sentía perplejo y se sentía culpable. Ya estaba acostumbrado a la primera de estas sensaciones, a la segunda también, pero en Sevilla, en Córdoba, en Granada, la culpa se fue haciendo más grande, más profunda que el estupor. Su madre habría preferido que hiciera cualquier otro viaje en lugar de aquél, pero parecía a punto de echarse a llorar cada vez que hablaban por teléfono. No había quien lo entendiera, pero él tampoco entendía sus propias reacciones en aquel país extraño donde todo, el idioma, la comida, las costumbres, le resultaba tan familiar, y algunas personas, algunas escenas, le dejaban con el cuerpo cortado, esa inquietante desazón de lo imposible que surge de la certeza de haber vivido ya momentos que nunca se han vivido.

Ignacio Fernández Salgado comprendió tarde, en Andalucía, que sus padres tenían razón, que él no había ido a España, que él había vuelto aunque no la hubiera pisado jamás, nunca en su vida. Pero eso no le ayudó a orientarse, a encontrarse a sí mismo en el laberinto íntimo por el que circulaba como un niño perdido, arrebatado de los brazos de sus padres, que eran los que tendrían que estar allí, los que deberían haber vuelto para reconocerse en esa realidad que él no se sentía capaz de interpretar.

Eso pensaba, eso creía, eso deseaba y temía al mismo tiempo cuando empezó la última noche andaluza de su viaje.

Les habían dicho que era una cueva, pero por dentro no lo parecía. Las paredes de aquella sala abovedada, larga y estrecha como un túnel de paredes encaladas, eran irregulares, rugosas, pero los cacharros de cobre y los platos de cerámica vidriada, motivos verdes de reflejos metálicos sobre fondo blanco, que abarrotaban las paredes, le daban un aire abigarrado y barroco, impropio de una vivienda excavada en la roca. Y sin embargo era una cueva auténtica, una particularidad más de aquel país de salvajes comedores de ajos.

—Flamenco, ¡qué bien! —había exclamado él aquella mañana, cuando se enteraron de que el fin de fiesta sería una visita a un tablao, en una cueva del Sacromonte—. Esto era ya lo que nos faltaba...

—No digas eso —le dijo Raquel, y se lo dijo en español, antes de regresar al francés en el que hablaban cuando estaban con los demás—. Os va a encantar, es algo único, muy emocionante, no se parece a nada y no hay ninguna música que se le pueda comparar.

—Yo odio el flamenco —insistió Ignacio, de nuevo en español.

—Tú eres tonto, chico —respondió ella en el mismo idioma, y se volvió hacia su derecha para seguir explicando a los demás, Philippe el más cercano, inclinado sobre ella, babeándola como de costumbre, lo que les esperaba.

Entonces, Ignacio volvió a pensar que Raquel lo estaba llevando mucho mejor que él. A lo mejor se debía a que sus padres eran andaluces pero, para empezar, estaba perdiendo el acento francés. Los demás no se daban cuenta porque, aunque había bastantes que hablaban español, ninguno tenía el nivel suficiente para detectar esos matices, pero Raquel y él se habían conocido en el idioma de sus padres, habían seguido hablándolo entre ellos sin la necesidad de pararse a decidirlo, y por eso, Ignacio apreció sin ninguna dificultad el peculiar proceso que culminó en una tienda del Zacatín, un instante después de que un dependiente demasiado apresurado cerrara una vitrina antes de tiempo.

—¡Ay, coño, mi *deo!* —protestó Raquel, antes de chuparse el índice enrojecido de la mano derecha.

—¿Cómo que tu *deo*? —le dijo Ignacio, cuando el dependiente terminó de disculparse—. Será tu dedo.

Raquel le miró un momento como si no le entendiera, y al escuchar su respuesta, él comprendió que, en efecto, no le había entendido.

—Pues eso, mi *deo*... Que me lo he *pillao,* ¿es que no lo has visto?

Así que ahora tienes veinte *deos,* pensó él, renunciando a explicarle que estaba seguro de que en París le había escuchado pronunciar todas las des, diez *deos* en las manos y diez *deos* en los pies... Y no era sólo eso. Si se acordaba de la Dordoña, y del

empacho de foie que su novio se estaría cogiendo a su salud, no se le notaba nada. A Raquel le estaba encantando España mucho más allá de lo que Ignacio consideraba niveles razonables, incluso saludables. El pescado frito sí, a él también le gustaba, el jamón de pata negra mucho más, y la manera de aliñar los tomates, con ajo, por supuesto, el sabor del aceite de oliva virgen y los tocinos de cielo, las torrijas, hasta la manzanilla, todo eso le parecía bien, hasta ahí se podía llegar, pero... ¿las procesiones? Pues no se perdía una. Mandaba a Philippe por delante, para que le abriera paso igual que lo haría un perro lazarillo, y antes o después llegaba hasta la valla, y allí se quedaba hasta que pasaba el último, nazareno con el cirio encendido. Eso ya era mucha afición para Ignacio, que se metía a beber en un bar abarrotado de gente que bebía, y no se daba cuenta de que aquella tradición, la de los que huían de las procesiones de copa en copa, era tan castiza como la que adoptaba ella al seguir los pasos de calle en calle. Pero tampoco era sólo eso.

Ignacio miraba a Raquel y la veía abrir mucho los ojos, y los labios a medias en una sonrisa embobada, ante estímulos que él ni siquiera identificaba, y reconocía ante sí mismo que le gustaba mirarla, que lo necesitaba, como si pudiera alimentarse de su entusiasmo, de su alegría, un calor que templaba su ánimo escarchado de estupor y de culpa. En la sexta noche de su viaje, la última noche andaluza que compartirían en mucho tiempo, Raquel no sólo ya no hablaba mal de España, sino que tampoco consentía que los demás, ni siquiera él, se quejaran de nada delante de ella. Dos noches antes, en Córdoba, justo después de posar para aquel retrato en el que salió guapa como nunca, le había confesado que no esperaba que el país de sus padres pudiera gustarle tanto.

—¿A ti no te pasa? —Ignacio negó con la cabeza—. Pues a mí sí, ya ves, qué raro, ¿no? Porque yo siempre había estado harta de España, harta de oír refranes, batallitas, harta de escuchar que lo español es siempre lo mejor, y sin embargo... Es que no sé cómo explicarlo, pero ahora siento que soy de aquí. Y ya sé que no es verdad, y que a lo mejor es hasta un espejismo. Sé que lo más seguro es que se me pase en cuanto llegue a París, pero ahora mismo, eso es lo que siento. Y me alegro mucho de que mis padres me hayan obligado a venir.

—Serás medio mora —bromeó Ignacio.

—Pues sí, lo seré —ella sonrió—. Tampoco está mal, ¿no? Mira a tu alrededor...

En eso tenía razón, y a Ignacio le gustó reconocerlo, saber que, al menos, la misteriosa alquimia del exilio funcionaba en ella, aunque en él no diera resultados. Pero una cosa era la Mezquita y otra, muy diferente, los jipidos. Por eso, y por encima de Raquel, de su alegría, de su entusiasmo, de todas sus razones, al entrar en aquella cueva del Sacromonte, Ignacio seguía odiando el flamenco, aquella música afilada de cadencia primitiva y fonética incomprensible a la que su padre rendía un culto absurdo, profundo y profundamente irracional.

No sé cómo te puede gustar eso, papá, se había atrevido a decir una vez, después de tres cuartos de hora de tortura sonora. No me gusta, había aprendido a cambio, pero me gusta escucharlo. Los dos estaban haciendo juntos un barco de madera, en el porche de la casa que alquilaban para veranear cuando Olga y él eran pequeños, en el sur, cerca de Collioure. Al hijo le gustaba mucho trabajar con su padre, porque era muy paciente, muy habilidoso. Ignacio Fernández Muñoz siempre contaba que cuando llegó a Francia era un completo inútil, que no sabía hacer nada con las manos, pero en el campo de concentración tenía mucho tiempo libre, demasiado, y se aburría tanto que le había dado por aprender oficios. La carpintería era el que mejor se le daba, y el único que había seguido practicando después, pero le gustaba escuchar flamenco mientras trabajaba. Cuando empezaron juntos el avión que le había prometido, su hijo aún recordaba el martirio que supuso la casa de muñecas de cuatro plantas que le había fabricado a su hermana, y por eso, para ahorrarse un suplicio equivalente, insistió sin muchas esperanzas, eso no puede ser, papá, no puede gustarte escuchar algo que no te gusta. Sí, su padre le miró, le sonrió, sí puede ser. Pero si lo prefieres, piensa que me gusta el flamenco y ya está. Pues a mí no, papá. La verdad es que a mí no me gusta nada.

Eso dijo entonces, y eso repitió para sí mismo al sentarse en una de las sillas con respaldo de madera y asiento de anea que les esperaban colocadas en fila, a lo largo de las paredes de la cueva, después de haber maniobrado con éxito para asegurarse una plaza contigua a la que ocupaba Raquel.

El vino sí le gustaba, y al principio creyó que no pasaba más que eso, que estaba bebiendo mucho vino. Los flamencos, una gitana gorda y guapa, otra más delgada y mucho más fea, las dos mayores, casi ancianas, varias bailaoras jóvenes con el pelo muy oscuro y los ojos muy pintados, dos guitarristas vestidos de negro, y tres chicos que se sentaron juntos, a su lado, se fueron colocando alrededor de un tablao que ocupaba el fondo de la sala. Hubo palabras de bienvenida, algún chiste malo, las guitarras empezaron a sonar.

—Esta noche voy a arrancar por bulerías anunció la gitana gorda, arrugas profundas, piel morena, ojos vivísimos, joyas de oro, y cantó un rato.

Ignacio la oyó sin escucharla. Estaba menos pendiente del espectáculo que de Raquel, muy tiesa, muy seria, los ojos clavados en los de la mujer que cantaba, las manos todavía quietas, extendidas sobre la falda. Entonces, la gitana terminó, la aplaudieron, las guitarras volvieron a sonar, y uno de los chicos sentados al lado de los guitarristas, bajito, delgado, nervioso, empezó a dar palmas sin hacer ruido, esbozando apenas el movimiento de unir las manos, como si sólo pretendiera animarse a sí mismo.

—Voy a cantar por granaínas —dijo, y cantó—. *Desea el hombre una cosa, parece un mundo, luego que la consigue, tan sólo es humo, tan sólo es humo, prima,*

tan sólo es humo, desea el hombre una cosa, parece un mundo...

Tenía una voz delgada, fina como el cristal, rota a la vez, una voz astillada, rica y profunda, aguda y ronca, suya y extraña. Todo eso encontró Ignacio en su voz mientras le escuchaba, y no se preguntó por qué a él sí y a ella no. Ni siquiera fue consciente de estar escuchándolo, no lo decidió, no lo pensó, no se lo propuso, y sin embargo recibió aquellas palabras una por una, las acogió, las entendió, las acarició y las dejó entrar, conquistar el fondo de sus oídos, de su cuerpo, de su memoria.

Desea el hombre una cosa, parece un mundo, luego que la consigue, tan sólo es humo. El cantaor era joven, no mucho mayor que él, y cerraba los ojos para desgranar aquella letra tan simple, tan compleja, y a Ignacio le gustaba el vino, el flamenco no, pero el vino sí le gustaba y estaba bebiendo mucho, demasiado. Eso debía ser, porque de repente se dio cuenta de que estaba emocionado, de que se había emocionado escuchando esas palabras, esa canción, tan sólo es humo, prima, tan sólo es humo, desea el hombre una cosa, parece un mundo. La voz de aquel hombre conocía un camino que él ignoraba, un camino que le recorría de punta a punta, que acertaba a pulsar en su corazón, y él nunca había escuchado aquella canción, no conocía la letra ni la música, y sin embargo la reconocía, se reconocía en ella como en ninguna otra, como en ningún espejo, como en ningún paisaje. Entonces pensó que tal vez esa canción, sólo una canción, toda una definición de la condición humana, pudiera ser España para él, tan lejos del menú turístico de los restaurantes baratos como de las tiendas nómadas del exilio perpetuo. Desea el hombre una cosa, parece un mundo, luego que la consigue, tan sólo es humo, unos versos tan simples, tan complejos, tan elegantes, tan exactos, tan rotundos, tan pequeños y tan universales a la vez en aquella voz astillada, aguda y ronca, fina como el cristal, como una aguja gozosa, un arma transparente. Es rara la emoción, y aquélla fue más rara que ninguna, aunque quizás la culpa la tuviera el vino, porque el flamenco no le gustaba, pero el vino sí, o quizás, pensó, ya conocía esa letra sin recordarla, quizás su abuela María, que era de Jaén y cantaba muy bien, le habría arrullado con ella alguna noche.

Eso estaba pensando cuando, de repente, todo cambió. El cantaor terminó, él le aplaudió con entusiasmo, Raquel le dirigió una mirada asombrada, y las bailaoras empezaron a mover los volantes de sus faldas al compás de la guitarra, de las palmas de todos los demás. Ignacio comprendió que ése era el número principal, el que más éxito tenía entre los turistas, pero mientras sus amigos se desperezaban, tensaban la espalda contra el respaldo de las sillas, y se inclinaban hacia delante para admirar el taconeo furioso que restallaba contra las tablas como si aquellas mujeres tuvieran látigos en lugar de piernas, echó de menos su propia, imprevista, privada conmoción, la caricia y el golpe de aquella voz que decía cosas muy grandes con palabras muy pequeñas.

Las seguía escuchando, las seguía mimando más allá del jaleo que atronaba en

sus oídos, cuando Raquel empezó a revolverse en la silla de al lado, moviendo las piernas, los hombros, la cintura, todo el cuerpo al ritmo de sus palmas, que producían ese sonido especial, potente, hueco, que sólo consiguen los que saben juntar las manos en un ademán que parece un aplauso pero no lo es, porque el aire preso en la ligera concavidad central lo convierte en un instrumento de percusión que hay que aprender a tocar, como cualquier otro. Está a punto de levantarse, pensó, y justo entonces, uno de los palmeros, un gitano alto, delgado, moreno, con la nariz aguileña y la piel lustrosa, los ojos muy negros, le tendió una mano para invitarla al tablao. Un instante después, Raquel Perea Millán, la hija de Aurelio y de Rafaela, aquella niña flaca e histérica que iba vestida de faralaes a las fiestas de *L'Humanité* con el único propósito de subirse en una mesa y estar dando el coñazo todo el tiempo que la dejaran, estaba bailando en una cueva del Sacromonte con su minifalda blanca y amarilla, con su inconfundible flequillo parisino y su cinturón encajado en las caderas, ningún volante, ninguna peineta, ningún collar de cuentas de colores, pero mucho arte.

Eso decían los flamencos, olé, olé, pero qué arte tienes, hija... Y ella se retorcía, movía las piernas y los brazos al compás de la música, se inclinaba hacia delante sujetándose los picos de una falda imaginaria y luego se enderezaba de repente, para recorrer por fin el escenario marcando pasos cortos y graciosos con los hombros como si pretendiera marcharse, pero no se marchaba y todo empezaba de nuevo. Olé, ¡pero qué arte tiene!, digo, hay que ver, ¿pero tú has visto, la chiquilla?, olé, olé... Raquel bailaba y bailaba muy bien, tan bien como si sólo hubiera bailado para bailar aquella noche, en aquel lugar, con aquel gitano alto y delgado, moreno, que tenía la nariz aguileña, la piel lustrosa, brillante, mullida, de cuero caro, y una intuición certera, peligrosa, que le consentía acoplar su ritmo al de Raquel como si ninguno de los dos hubiera bailado jamás solo o con otra pareja.

Antonio Vargas Heredia, recordó Ignacio, flor de la raza calé, mientras aquel hombre se pegaba y se despegaba del cuerpo de Raquel con la tensa pereza de un animal en celo, y la rodeaba entera con sus brazos sin llegar a tocarla para envolverla en el aire que a él mismo le envolvía, desea el hombre una cosa, parece un mundo, el cantaor daba palmas y los miraba, serio, concentrado, igual que Ignacio, que todos los demás, porque ya nadie gritaba, nadie aplaudía ni se reía, como al principio, sólo les miraban, todos les miraban, y ellos, en cambio, no parecían ver a nadie, no necesitaban ver a nadie, sólo mirarse, se miraban y se sonreían, abrían la boca en una expresión de reconocimiento feroz, casi salvaje, que excluía todo lo demás, a todos los demás, a los que no bailaban, a los que no integraban la realidad que compartían, la única que existía para ellos en aquel momento, Antonio Vargas Heredia, recordó Ignacio, y su propio deseo creció hasta engendrar un mundo completo, la puta que te parió.

—¿Y tú de dónde eres? —le preguntó el gitano al final, cuando se acabó el espectáculo y los artistas se mezclaron con los clientes, bebiendo todos el mismo vino —. Porque a bailar como tú no se aprende.

—Soy malagueña —respondió Raquel, de espaldas a la mirada alucinada que Ignacio le dedicó al escuchar esa respuesta—. Vivo en Francia, pero soy malagueña.

—Claro —el gitano sonrió, exhibió sus dientes blanquísimos, acercó su copa a la de su pareja de baile, hizo chocar cristal contra cristal—. Eso se nota.

Me cago en tu padre, cabrón. Cuando se dio media vuelta para evaluar la situación, Ignacio Fernández Salgado ya no sabía jurar en francés. Lo que vio, tampoco le animó mucho. Con Philippe, cuya incondicional devoción por la bailarina le habría resultado útil, no se podía contar. Estaba completamente borracho, y Laurent le mantenía sentado en la silla a duras penas, mientras llamaba a Ignacio a gritos para que le ayudara a sacarlo de allí. No era la única baja. A una de las chicas la habían sacado de la cueva cuando estaba a punto de vomitar, y los demás ya tenían las chaquetas puestas. Mientras tanto, el bailarín había hecho algún progreso, que se manifestaba en el color rojizo, subido, de las mejillas de su presa. Ignacio lo vio, lo entendió, tomó aire y se acercó a ellos.

—Raquel —la cogió del brazo sin apretar, insinuando apenas el ademán de tirar de su codo, y habló en español sin pararse a escoger entre sus dos idiomas—. Nos vamos.

Ella le miró, miró al gitano, volvió a mirarle. Estaba dudando y los dos se dieron cuenta, los dos la miraron a la vez con la misma codicia, y se miraron el uno al otro, y volvieron a mirarla, conscientes por igual y por separado de su fuerza y de su flaqueza, las señas de sus tribus respectivas, tan exóticas ambas, tan diferentes entre sí.

—¿Te vas a ir con el gabacho? —el gitano tuvo la debilidad de hablar primero.

—No es gabacho —respondió ella por fin—. Es español, y... —miró al bailarín, le sonrió—. Sí, me voy a tener que ir, porque mañana nos vamos a Madrid muy temprano, ¿sabes?, y madrugamos mucho.

Él encajó aquella respuesta con elegancia. Ignacio no tuvo más remedio que reconocerlo mientras le veía coger la mano derecha de la muchacha entre las suyas para besarla despacio y despedirse de la forma más sencilla, adiós, antes de dar media vuelta y dejarlos solos. Entonces, por hacer algo y porque no se le ocurrió nada mejor que aquel gesto torpe, desmañado, volvió a poner sus dedos sobre el brazo de Raquel y esta vez sí tiró de ella, con mucha suavidad, hacia la puerta. Cuando estaban ya en la calle y a la merced del viento de la sierra, el cuchillo agudo, helado, seco, que desmiente cada madrugada la benevolente constancia del sol de los mediodías de Granada, la soltó de pronto, aunque no lo suficiente como para anticiparse a una sonrisa zumbona, irónica pero halagada, perspicaz pero complacida, que le indujo a

pensar que, tal vez, ella se hubiera dado cuenta de que su gran conquista amorosa de aquel viaje no iba a ser Philippe, antes incluso que él mismo.

—Creía que eras de Nimes —le dijo al rato, devolviéndole ya una sonrisa equivalente.

—Y yo creía que no te gustaba el flamenco —le respondió ella, y los dos se echaron a reír a la vez.

—Ahora me gusta —confesó, pero no le dijo toda la verdad—. Gracias a ti.

—Me alegro, porque... La verdad es que cuando éramos pequeños me caías muy antipático, Ignacio. Todavía me acuerdo, en las fiestas de *L'Humanité*, cada vez que te veía, me ponía enferma. Eras el único que no me aplaudía, ¿sabes? Yo bailaba, porque me encanta bailar, ya lo has visto, y en Francia no hay muchas oportunidades para bailar flamenco, así que me tiraba el año entero esperando, ensayando en mi cuarto, por mi cuenta, me iba a la fiesta tan contenta, y antes o después, ¡zas!, veía un pañuelo de cuadros, unas orejas inmensas, y me ponía nerviosísima, de verdad, porque ya sabía lo que me esperaba. Lo que nunca he entendido es por qué te acercabas tanto, por qué te pegabas a la mesa para mirarme luego con tanto desprecio. Y al final, venía tu madre y me daba muchos besos, me decía que cada año lo hacía mejor, y a su lado estabas tú, con el pañuelo en la cabeza y esa cara de sufrimiento que ponías, que parecía que te habían estado torturando...

Iban bajando por la cuesta del Chapiz, se acercaban ya al paseo de los Tristes, ella se paró, se le quedó mirando.

—¿Por qué me tenías tanta manía, Ignacio? ¿Y por qué te acercabas tanto, si no te gustaba verme bailar?

Él no lo sabía, no conocía la respuesta a aquellas preguntas, pero sí sabía lo que tenía que hacer, lo que ella estaba esperando que hiciera.

Aquel beso no duró tanto como el que Raquel había compartido con su novio al despedirse de él en París, pero fue dulce y crujiente como una fruta que se prueba por primera vez. Unos pocos minutos antes de que sucediera, no habrían sido capaces de creer que fuera a suceder, pero su intensidad les conmovió más que el asombro. El hotel estaba cerca, y ninguno de los dos habló, no encontró nada que decir por el camino. Ignacio se iba preguntando qué había pasado, qué iba a pasar, qué podría pasar después. Raquel, un paso por delante, sólo se preguntaba cuándo, cómo, dónde pasaría. No fue en Granada, pero tampoco en circunstancias parecidas a ninguna que ella hubiera podido imaginar.

—No estoy llorando de pena —Ignacio la miró en aquel semáforo perdido al fondo de Madrid, y del mundo—. No es de pena.

Y en ese instante, Raquel Perea Millán, que tenía un novio alto, y corpulento, y jugador de baloncesto, que la estaba esperando en Francia mientras se atracaba de foie, comprendió que su vida iba a cambiar de rumbo sin remedio.

—¿Adónde vamos? —le había preguntado a Ignacio aquella tarde, cuando se despidieron de los demás, que iban a aprovechar el tiempo libre para hacer compras.

—Pues... La verdad es que no lo sé —él la miró, sonrió, estremecido todavía por la magnitud de su suerte—. Mi tía le dijo a mi padre que ahora vive al final de Moratalaz, pero él ni siquiera sabe dónde está eso, así que... Lo mejor va a ser coger un taxi.

—Sí —ella levantó la mano para parar uno—. Además, son tan baratos...

Yo esta tarde tengo que ir de visita, había anunciado Ignacio en el desayuno, el primer día que se despertaron en Madrid, y en aquel momento, Raquel no dijo nada. ¿A quién vas a ir a ver?, le preguntó después, mientras caminaban por el paseo del Prado, a la mujer del hermano mayor de mi padre, respondió él, y le contó por encima la historia de aquella desconocida a la que ningún miembro de la familia Fernández había vuelto a ver desde el 19 de febrero de 1939, pero a la que le habían enseñado a llamar tía Casilda. Pues igual me voy contigo, dijo ella entonces, como si se le acabara de ocurrir, porque la verdad es que llevamos aquí una semana, pero todavía no hemos visto cómo vive la gente... Bueno, voy contigo si no te importa, añadió enseguida, porque aquel beso nocturno y raro no se había repetido, ni los había acercado lo suficiente como para eliminar las cortesías. No, no, aseguró Ignacio muy deprisa, al contrario, la verdad es que me encantaría, y añadió para sí mismo una de aquellas frases absurdas que había aprendido a fuerza de oírlas repetir toda su vida, sin tener ni idea de lo que significaban. Pero Fernando VII nunca vivió nada semejante a lo que le esperaba a él, aquella tarde.

—¿Adónde dice que vamos? —el taxista se volvió para mirarle y él repitió la dirección muy despacio, sin lograr rebajar en absoluto la estupefacción del rostro que contemplaba—. Pues no tengo ni idea de dónde está eso.

—Al final de Moratalaz —insistió Ignacio—. Eso me han dicho.

—Ya, ya... —pero arrancó por fin—. Bueno, de momento vamos a Moratalaz, y a ver qué nos encontramos.

Salió a la Gran Vía, desembocó en una calle aún más ancha, la Cibeles al fondo, pasó de largo por la Puerta de Alcalá, circuló durante un rato junto a la verja del Retiro, y aquello era Madrid, Ignacio lo sabía, lo conocía, lo había visto muchas veces en fotos, en películas, lo había escuchado contar muchas más. Quizás por eso se encontraba mejor allí, porque en los edificios, en los nombres de las calles, en los árboles, en los palacios, en los paseos, en las estatuas, confluían por fin sus dos Españas, la que estaba viendo y la que había aprendido, la de los menús turísticos y la de las tiendas nómadas.

Al llegar a Madrid, no esperaba encontrar ni más ni menos que lo que encontró, Madrid, una ciudad demasiado grande, demasiado llena de casas, y de cosas, y de coches, y de gente, y de tiendas, y de afanes, como para dejarse impactar por la

novedad del turismo, y eso le había gustado. Le gustaba Madrid y a Raquel también le gustaba, aunque lo suyo no tenía mérito, porque a ella le había gustado hasta el monótono paisaje de La Mancha que habían visto por el camino. Sin embargo, más allá del Retiro y de la calle O'Donnell, Madrid empezó a desdibujarse para parecerse cada vez menos a sí misma. Ignacio tuvo la impresión de que la ciudad de su padre ya se había acabado, y sin embargo, aquello seguía siendo una ciudad, un barrio nuevo de casas vulgares, baratas, torres y más torres todas iguales, y era Madrid aunque podría ser cualquier otra, pero era Madrid. El taxista aún iba deprisa, todavía conocía el terreno por el que avanzaba, y sin embargo, no tardó mucho en disminuir la velocidad para bajar la ventanilla y empezar a preguntar a los vecinos. Si lo que habían atravesado era Moratalaz, desde luego habían llegado al final, porque ante ellos estaba el campo, un campo seco, yermo, de solares pedregosos y desmontes, con una vía de ferrocarril al fondo. Parece que nos hemos pasado, comentó el taxista, y dio la vuelta, avanzó un trecho, escogió una bocacalle, volvió a preguntar, anunció que había vuelto a equivocarse, y aquella secuencia todavía se repitió dos veces más antes de que encontrara el portal de la casa que buscaban.

—Bueno, pues ya hemos llegado al fin del mundo.

Era una casa fea, de tres plantas, tan larga como la manzana que ocupaba, subdividida en varios portales muy estrechos y aún más feos, con puertas de aluminio y cristal esmerilado. Los muros eran de un ladrillo blancuzco, o tal vez blanco y sucio, y en las terrazas había ropa tendida, trastos, escaleras, de vez en cuando una maceta pobre, mustia, nada que ver con los geranios, con los claveles andaluces. No era un buen sitio para vivir, pensó Ignacio al empujar la puerta, que estaba abierta y les desembocó en un pasillo de paredes desnudas iluminado por dos bombillas, una encerrada en un plafón de cristal blanco, la otra al aire, aunque a su alrededor, en el techo, se seguía viendo el cerco de plástico al que alguna vez debió estar sujeto un plafón desaparecido, idéntico al que todavía aguantaba. El suelo era de terrazo gris con manchas blancas y a la derecha había una hilera de buzones metálicos con un par de puertas descerrajadas, otras ausentes. Una de estas últimas había pertenecido al buzón de su tía, pero Ignacio llevaba apuntada la dirección completa, escalera C, segundo izquierda.

—¿Estás nervioso? —le preguntó Raquel antes de que tocara el timbre.

—Sí.

Ella le cogió una mano, se la apretó, y enseguida escucharon el sonido de un cerrojo que se abría.

—Hola. ¿Tú debes de ser Ignacio, no?

Al otro lado de la puerta había un hombre joven, bastante alto, con la nariz de pájaro de los Fernández que él había tenido la suerte de no heredar, y los acuáticos ojos de los Fernández que él por desgracia no había heredado.

—Sí, soy Ignacio —y mientras se daba cuenta de que le temblaba la voz, y la mano que Raquel no sujetaba, sospechó que su primo estaba mucho menos nervioso que él—. Y tú eres Mateo, claro.

—Claro —sonrió y retrocedió un paso para dejarles pasar—. ¿Y la chica? ¿Es tu novia?

—Bueno... No, es una amiga, se llama Raquel. Es también hija de españoles, sus padres son muy amigos de los míos y la he invitado a venir. Espero que no os importe.

—No, qué va, pero pasad, no os quedéis ahí...

Raquel relajó la presión de sus dedos, pero él apretó su mano y la miró para suplicarle sin palabras que no le soltara, que no le dejara solo en aquel viaje. Ella asintió con la cabeza, como si pudiera leerle el pensamiento, y entraron de la mano en un simulacro de vestíbulo donde no cabían con holgura los tres a la vez.

A la derecha, una puerta con marco de madera y un cristal de color ámbar conducía a un salón alargado donde apenas había espacio para circular entre los muebles, un tresillo a la izquierda, una mesa camilla con cuatro sillas al fondo, junto a la puerta de la terraza, y un aparador a la derecha, enfrente del sofá. Sobre este último, en la pared, había una alfombra. Ignacio tuvo que mirarla dos veces antes de creérselo, una alfombra de lana, con un dibujo de ciervos en tonos oscuros y sus flecos blancos colgando a los lados, una alfombra en la pared, y horrorosa, encima. No le dio tiempo a ver mucho más. Todavía estaba absorto en tamaña brutalidad decorativa cuando escuchó un grito, y al darse la vuelta vio a una mujer que no podía ser mucho mayor que su madre y sin embargo lo parecía. Era baja y gorda, tenía el pelo castaño, rizado, y entró en el salón limpiándose las manos en un paño de cocina que dejó caer sobre una butaca para abrazarle con tanta fuerza como si pretendiera salvarse con él de una catástrofe.

—¡Ignacio! Ay, Dios mío, Ignacio, ay... —sin aflojar la presión de sus brazos, separó la cabeza para mirarle, y él vio la emoción en sus ojos—. A ver, déjame que te mire, hijo mío, a ver... Si es que me parece que estoy viendo a tu padre. ¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno.

—Pues ésos tendría él la última vez que lo vi, que todavía me acuerdo, todos los días me acuerdo, ay... —sus párpados ya no pudieron soportar la presión de las lágrimas, pero ella no quiso deshacer el abrazo para limpiarse la cara—. Es que eres igual, igual que él. Menos por el pelo, que él era rubio, y por la nariz, claro, pero lo demás, los ojos, la frente, las orejas, el cuello... Es que me parece que lo estoy viendo. ¡Qué barbaridad! —dijo esto último meneando la cabeza, como si tuviera algo que reprocharse a sí misma, y entonces, por fin, se separó de Ignacio, miró a su alrededor, vio a Raquel—. ¿Y esta chica? ¿No será tu hermana?

—No, no —Ignacio intervino a tiempo—. Es la hija de unos amigos de mis padres, también españoles, se llama Raquel...

—¡Ah! Pues nada, hija, estás en tu casa —Casilda le plantó dos besos, volvió a coger el paño, señaló el sofá—. Pero no os quedéis ahí, de pie, a ver, ¿qué queréis tomar? He hecho un bizcocho, pero si preferís una cervecita...

En aquel momento, un hombre de unos cincuenta años, delgado, avejentado, con pelo entrecano, escaso, y un bigote triste de puntas caídas, cruzó el salón sin despegar los labios ni hacer ruido alguno. Sus zapatillas de lana de cuadros y suela de goma se deslizaban sobre las baldosas como si no pesaran. Así, sigiloso, opaco, mudo, llegó hasta la camilla, se sentó en una silla y les miró.

—Éste es Andrés —Casilda le devolvió una mirada neutra—, mi marido. Mira, Andrés, este chico...

—Ya, ya sé —miró primero a su mujer y luego a los recién llegados—. Hola.

—Buenas tardes —respondió Ignacio, y todos se quedaron callados a la vez.

—Bueno, yo voy a la cocina, a buscar las cosas...

Casilda desapareció y el silencio permaneció intacto hasta que su hijo se levantó de la silla en la que se había sentado y la colocó frente al sofá.

—¿Y qué tal? —les preguntó—, ¿qué habéis hecho?, ¿os gusta España?

—Sí —Raquel sonrió—. Mucho.

—Es que, es lo que yo digo —Mateo sonrió, cruzó una pierna sobre la otra, y se desentendió de su primo para concentrarse en su amiga—, que, como aquí, no se vive en ninguna parte. No hay más que ver lo que están construyendo en Alicante y por ahí, para los turistas, porque no veáis lo que viene cada verano, ¡uf!, y esto es sólo el principio... Aquí estamos como Dios, la verdad, el sol, el clima, porque, a ver, ¿cómo vas a comparar lo que es levantarse por la mañana aquí, y en esos sitios donde sólo ven nubes, y más nubes, y llueve todo el rato...? ¿Y la comida? ¿Qué os ha parecido la comida, eh? Lo mismo que en Alemania, ya te digo, que tengo yo un amigo que se acaba de ir a Colonia y ya está harto de comer cerdo, salchichas y patatas, que no salen de lo mismo. Claro que allí se gana más, y él necesita juntar dinero porque quiere casarse enseguida, pero no creo que aguante ni los dos años para los que se ha ido, porque... Aquí todo es distinto, aquí hay de todo, y fíjate en la fruta, sin ir más lejos, que a mí no me gusta, pero al que le guste... Y bien barata que es, las mejores naranjas del mundo. Eso, sin contar el jamón, que yo no sé cómo la gente puede vivir en países sin jamón serrano. Y con tranquilidad, ésa es otra, que se puede ir andando por la calle a cualquier hora, sin que te roben, sin que te atraquen en cada esquina, como pasa por ahí...

Mientras Mateo hablaba para Raquel, que le escuchaba en silencio, con una sonrisa indescifrable, Ignacio comparó su discurso con el contenido de la estantería colgada sobre el aparador que tenía enfrente, seis vasitos de cristal, cada uno de un

color distinto, un trofeo escolar de algún deporte, un oso pequeño, de peluche, dos jarritas de barro marrón con la panza amarilla, como todas las que había visto en los restaurantes donde habían pedido el vino de la casa, un jarrón en miniatura de cerámica blanca con flores en relieve, un frasco de colonia vacío con el tapón en forma de flor y una caja hecha con conchas pintadas. Nada más y ningún libro.

La pobreza de aquel ajuar le impresionó aún más que la alfombra colgada sobre su cabeza. Desde que habían dejado de considerarle un niño, seis o siete años atrás, sus padres ya no le obligaban a acompañarles cuando iban a comer, a cenar, a las casas de sus amigos españoles, pero todavía las recordaba muy bien, y conocía la casa de sus tíos de Toulouse, la de sus abuelos, su propia casa. Él había nacido, había crecido, en el hogar de unos exiliados que habían llegado a Francia con lo puesto, que habían tenido que aceptar trabajos que estaban muy por debajo de su formación, de su capacidad, que habían trabajado como animales, durante años, para llegar a vivir en un país extraño como habrían vivido en su propio país, o eso creía él. Eso había creído él siempre, hasta aquella tarde, cuando descubrió una realidad grotesca, insospechada, en el mismo sofá donde estaba sentado, aquel mueble malo, desvencijado y barato, rodeado de muebles malos, desvencijados y baratos, en una casa donde no había nada más que lo imprescindible y un simple frasco de colonia servía de adorno. Así vivían los que se habían quedado, los envidiados, los afortunados, los hombres que no habían tenido que dormir al raso en ninguna playa, las mujeres que no habían tenido que robarle las enaguas a ninguna moribunda. Y todavía quieren volver, se dijo, todavía levantan una copa en el aire, cada Nochevieja, brindando por su regreso a este país. Entonces, cuando aún no había terminado de sacar conclusiones, la dueña de la casa regresó, y le dio tiempo a escuchar los argumentos de su hijo mientras colocaba sobre la mesa unas tazas verdes de duralex y una fuente del mismo material con un bizcocho encima.

—¿... y las mujeres? Las mujeres aquí son guapísimas, bueno, ya lo sabes tú, que por algo eres española. La faena es que tengas que vivir en Francia, bueno, que viváis los dos allí. Deberías veniros, de verdad, porque como aquí, en serio que no se vive...

—No digas tonterías, Mateo.

Casilda empezó a servir el café sin mirarle, pero él se revolvió en la silla para dirigirle una mirada ofendida.

—No son tonterías, mamá. Es la verdad. Y...

—No —su madre le cortó, miró a su sobrino, a la chica que había venido con él —. No es verdad. Aquí no vivimos bien. Ya lo estáis viendo.

—¡No vivirás bien tú, mamá! —Mateo levantó la voz, pero no logró que Casilda se inmutara siquiera—. ¡Tú, que nunca estás contenta con nada!

—Pues será eso —concedió ella, con voz serena, y volvió a mirar a su sobrino—. Yo no vivo bien, desde luego. Andrés, ¿quieres un café?

—Quiero que os calléis.

—¿Y un café?— repitió su mujer con ironía.

El marido se limitó a asentir con la cabeza mientras una muchacha de edad ambigua, a medio camino entre la infancia que afirmaba su rostro y la adolescencia que afloraba en su cuerpo, intervenía desde la puerta.

—Mamá tiene razón —dijo, antes de cruzar la habitación en dirección a los invitados.

—¡Tú te callas, mocosa! —y por el tono que empleó, repentinamente vivo, autoritario, Ignacio y Raquel comprendieron a la vez que aquel hombre era su padre.

—No soy una mocosa —pero ella había salido a su madre—, tengo dieciséis años. Y si me tengo que callar, me callo, pero antes digo que mamá tiene razón —entonces, con mucha más naturalidad que su hermano mayor, se acercó a Ignacio y le dio dos besos—. Hola, yo soy Conchita.

—Todavía falta uno —sonrió Casilda—, Andresito, el pequeño, que tiene doce años. Pero se ha bajado a la calle con el balón, hace un rato, y a saber dónde estará...

El futbolista aficionado no apareció, y la merienda transcurrió sin más sobresaltos, los hombres callados, la mujer haciendo preguntas sin parar, la niña pendiente de lo que contestaban los recién llegados, qué estudiaban, dónde vivían, a qué se dedicaban sus padres, qué se pensaba de España en Francia, qué cosas se decían, qué opinaba la gente. Ellos hablaban con cuidado, escogiendo las palabras, el tono de sus respuestas, porque los dos habían adivinado que no era la primera vez que esa familia se enzarzaba en la misma discusión y no querían presenciar ningún epílogo, pero a veces Ignacio miraba a su primo, que acogía las palabras de su madre —o sea, que estudias para ingeniero, qué bien, has salido a tu abuelo, y a sus hijos, claro, bueno, en esa casa eran todos muy inteligentes, y muy estudiosos, también...— con un expresivo cabeceo de desagrado, y no le entendía, no comprendía que pudiera estar tan satisfecho, tan contento con los logros de los asesinos de su padre.

Entonces, por un momento, en aquella casa diminuta y abarrotada de gente, volvió a pensar que España era un país imposible, y que cualquier cosa que les pudiera pasar a los españoles, sería muy poco en comparación con lo que se merecían. Pero no tuvo tiempo para profundizar en esa reflexión porque Raquel miró el reloj y le dio un codazo.

—¡Uy!, ya son las ocho, nos vamos a tener que ir.

—Sí —añadió él—, hemos quedado dentro de media hora para cenar, en el centro.

Mateo abrió mucho los ojos al escucharles.

—¿Y a las ocho y media cenáis?

—No —contestó Raquel—, yo no, por lo menos. En mi casa cenamos a las nueve y media, y hasta a las diez, a veces.

—Sí, en la mía también —confirmó Ignacio—, pero es que los demás son franceses y están acostumbrados a cenar antes.

—Bueno, pero esperad un momento —les pidió Casilda—, tengo que daros una cosa, os acompaño hasta el portal...

Mientras iba a su cuarto a buscarlo, su hijo Mateo se despidió de Ignacio y de Raquel como si no hubiera pasado nada, pero volvió a insinuar un gesto de desaprobación cuando vio salir a su madre con una bolsa de plástico en la mano.

—No les hagáis caso —les advirtió ella mientras bajaban por las escaleras—. No son ellos los que hablan, es el miedo que tienen. Están muertos de miedo, y no saben lo que dicen.

Entonces se paró en un escalón, y dio la vuelta para mirarles.

—Hemos pasado mucho —su voz era serena, tan firme como su mirada—. Mucho. Y lo que nos queda por pasar. Por eso, la gente no quiere saber nada, nadie quiere tener problemas. Y se acaban creyendo lo que oyen, y olvidando lo que han vivido, que es todavía peor.

—Tú no —se atrevió a suponer Ignacio.

—No —Casilda sonrió, reemprendiendo la marcha—, yo no, pero ellos no lo entienden. Por eso me he bajado con vosotros, no quería que estuvieran delante, porque, además... Bueno, Andrés tiene celos de Mateo, siempre los ha tenido. Yo, al principio, lo entendía, porque antes de pedirme que me casara con él, me lo preguntó y yo le dije la verdad, que no le quería tanto como había querido a Mateo, que no creía que nunca pudiera quererle igual, ni a él ni a otro, a ninguno. Eso te pasa porque lo mataron, me dijo, sólo por eso, y yo le dije que no, vamos, que yo creía que no era por eso, pero él decía que sí, que sí... Le sentó muy mal, fatal, y sin embargo, se empeñó en casarse conmigo, y al final me convenció.

Se les quedó mirando de nuevo, e Ignacio miró a Raquel, y se encontró con que ella le miraba, pero ninguno de los dos supo qué decir, y siguieron bajando las escaleras en silencio, pendientes sólo de las palabras que escuchaban.

—Él acababa de salir de la cárcel —Casilda, en cambio, tenía muchas cosas que contar—, porque ahí donde lo veis, se chupó más de cinco años. Allí se le quitaron las ganas de meterse en política. Estaba solo, sin familia, viviendo en una pensión, y yo todavía peor. Limpiaba casas por horas y no ganaba ni para pagar el alquiler. Me había tenido que ir del piso de mis padres y sólo encontré una buhardilla llena de goteras, en Ventura de la Vega... Aquello no era vida, ni para el niño ni para nadie, por eso me casé con Andrés, pero no sé si hice bien, la verdad, no lo sé, porque nos casamos, tuvimos dos hijos, pasó el tiempo, y yo no me olvidé de nada, pero él tampoco. Todavía no se le ha olvidado, y eso que él está vivo y Mateo está muerto, muerto desde hace más de veinte años, los veinticinco años de paz que están celebrando esos hijos de puta... —el insulto brotó de sus labios con naturalidad, el

mismo acento, el mismo tono en el que había hablado hasta entonces—. No es normal, ¿no? Yo creo que no es normal, porque yo me porto bien con él, siempre me he portado bien, pero él no tiene bastante con eso y yo no puedo hacer más, no puedo. Y todo va de mal en peor, porque cada vez tiene más celos de Mateo, unos celos terribles, se enfada en cuanto hablo de él, ya habéis visto lo antipático que se pone, y mi hijo... En fin, mi hijo se ha criado con Andrés, no ha tenido otro padre, ésa es la verdad. Por eso a él tampoco le gusta que hable de mi otro marido, así le llama, mi otro marido. A mí me da mucha rabia, pero no puedo hacer nada, porque si discuto con él es peor... Total, que no quería que estuvieran delante.

Ya habían llegado al portal, pero ella no siguió andando hacia la puerta. Apoyada en un recodo, como si no quisiera que la vieran desde la calle, metió la mano derecha en la bolsa de plástico y la sacó cerrada. Miró hacia arriba, luego hacia fuera, comprobó que estaban solos, y abrió la mano. Sobre la palma había una pulsera de oro con brillantes, zafiros, y una perla enorme en el centro.

—Toma —cogió una de las manos de Ignacio y le puso la pulsera encima—. Guárdala bien, y no la pierdas. Vale mucho dinero. Es la pulsera de pedida de tu abuela, me la dio la última vez que la vi, cuando se enteró de que estaba embarazada. Yo la quería mucho, siempre fue muy buena conmigo. Por eso quiero que se la devuelvas.

—¿Por qué? —él se quedó mirando aquella joya de la que nadie le había hablado nunca y a la mujer que se la había dado—. Si ella te la regaló, es tuya.

—Ya, pero yo prefiero que la tenga ella, o una de tus tías, o tu madre, la que sea... Toma, me dijo, si las cosas se ponen más feas todavía, puedes venderla, el dinero te vendrá bien. Y anda que no me habría venido bien, mejor que bien, me habría venido, ésa es la verdad, pero no pude venderla, no me atreví. No habría servido de nada, por otro lado, porque alguien se la habría quedado, y a mí me habrían metido en la cárcel por ladrona, como poco.

—¿Por qué? —y entonces fue Raquel la que preguntó—. Si eras su nuera.

—Para ellos no. Para ellos no era su nuera. Ellos dijeron que mi boda no valía, ninguna boda de la República. Y yo era una roja, y una roja no podía tener una pulsera como ésta sin haberla robado, ¿lo entendéis? —les miró, sonrió—. No, no lo entendéis, no hay quien lo entienda, pero en aquella época las cosas eran así. Nadie se habría atrevido a comprármela, habrían llamado a la policía... Para alguien como yo, todo era muy peligroso, todo, hasta salir a la calle.

—¿Y ahora? —Raquel insistió—. ¿Ahora no podrías...?

—¿Venderla? Sí, claro que podría. Ahora podría venderla, pero ahora no me da la gana, mira por dónde. ¿Para qué, para quién? Pa chasco... Si Mateo hubiera sido una niña, todavía. Podría guardársela hasta que fuera un poco más mayor, por si algún día recuperara el sentido común, pero... —y se volvió hacia su sobrino—. Bueno, que

prefiero que se la lleves a tu abuela, y que le digas que la quiero mucho, que la he seguido queriendo mucho todos estos años, y que le des las gracias de mi parte. Y le dices también... ¡Ah!, espera, que te voy a dar otra cosa... —los labios le temblaron de repente, y le tembló la mano que metió en la bolsa para sacar una foto con el borde festoneado de picos, el blanco ya amarillento, el negro teñido de gris por el paso del tiempo—. Ésta no la habrás visto nunca, ¿a que no? Llévasela. Yo tengo otra que nos hicimos el mismo día.

—Es muy bonita —dijo Ignacio, que en efecto no había visto nunca aquel retrato, pero reconoció enseguida a su tío Mateo en el soldado sonriente que cobijaba a una muchacha menuda y graciosa, que sonreía a la vez con los labios y con los ojos muy brillantes, agarrada a las solapas de su capote.

—Es preciosa —confirmó Raquel.

—Sí —Casilda sonrió—, Mateo está muy guapo ahí, y yo también, yo era mucho más guapa entonces. Todos éramos más guapos, por eso quiero que se la lleves a tus abuelos, y que les digas... Diles que yo me acuerdo de Mateo todos los días, todos, sin faltar uno, antes de dormirme y justo después de despertarme, que me acuerdo... —sus labios se fruncieron en una mueca de desconsuelo que le impidió seguir hablando, pero se rehízo deprisa, y aún logró sonreír—. Cincuenta y seis días en toda mi vida, le vi. Cincuenta y seis días, ni dos meses en total, en más de dos años, y muchas veces ni siquiera un día entero, sino un rato, dos horas, tres, o ni eso... Ni eso, y sin embargo... Todavía me acuerdo de la primera noche que apareció en mi casa, de madrugada y chorreando, me acuerdo de cómo llovía, aquella noche, y de que tuvo que irse corriendo, porque su comandante le había dicho que como llegara tarde le formaba un consejo de guerra y lo fusilaba por desertor —y aunque las lágrimas se asomaban ya al borde de sus ojos, se echó a reír—. Todas las mañanas me acuerdo de esa noche, y de la segunda, y de la tercera, las voy repasando para que no se me olviden, y puedo verle, veo su cara, y escucho su voz, y me acuerdo de las cosas que me decía, y de cómo me las decía, y así hasta la vez cincuenta y seis, la mañana que vino a casa a buscarme y me acompañó al cuartel donde estaba el camión que me llevó a Cartagena. Todas las mañanas y todas las noches lo vuelvo a ver, parado en la acera, moviendo la mano en el aire. Yo me moría de pena y él sonreía, y cuando ya le había perdido de vista, le oí decir, ¡adiós, guapa! Eso fue lo último que me dijo, guapa, y no le volví a ver...

Se calló de pronto, se rodeó la cintura con una mano, se tapó la cara con la otra, y empezó a llorar, a llorar de verdad, con tanto desconsuelo como si no hubiera pasado el tiempo, veinticuatro años seguidos, casi veinticinco ya desde que se quedó viuda, veinticinco años seguidos, día tras día, semana tras semana y un mes detrás de otro, para los calendarios, para los relojes, para ella no. Para ella no.

Ignacio Fernández Salgado conocía la tragedia que la muerte de Mateo había

representado para su padre, para sus abuelos. Lo había oído contar muchas veces, demasiadas para su gusto, después de tantos años, pero no pudo evitar un escalofrío espontáneo, sincero, más intenso que el estupor, porque no dudó del dolor de aquella mujer, que tenía otro marido, y tres hijos, y una vida que vivir, una vida que no le importaba. Si se lo hubieran contado, le habría parecido cómico, ridículo, absurdo, un episodio más de la patética insensatez española, pero lo estaba viendo, lo estaba viviendo y la boca le sabía a albaricoque, y tenía frío, mucho frío de repente, y muchas ganas de abrazar a aquella mujer, de rodearla con sus brazos para ocultarse en ella, para poder llorar a todos los muertos por los que hasta entonces nunca había derramado ni una sola lágrima sin que le viera Raquel. Aquel misterioso impulso le impresionó, pero no tanto como lo que vio, lo que escuchó cuando Casilda recobró la calma, y con ella, un acento distinto, firme, reluciente de rabia.

—De eso me acuerdo cada mañana —y en su voz sobrevivía apenas un lejano eco del llanto—. Siempre me despierto antes de que suene el despertador y me acuerdo de esos cincuenta y seis días, uno por uno, los voy repasando para que no se me olvide nada, para que no se me olviden nunca. Eso hago y eso voy a seguir haciendo hasta que me muera, porque nadie me lo puede prohibir, eso no me lo puede impedir nadie, ni mi marido, ni Franco, ni su puta madre... Cuéntale eso a tu abuela, y dile también... —cerró los ojos, apretó los párpados, los dientes, y siguió hablando—. Dile que todos los días veintinueve de cada mes, compro un ramo de flores, me visto de negro y me voy a la tapia del cementerio, porque... No sé dónde está enterrado, no me lo dijeron, dicen que no lo saben, pero a mí me da igual, me da igual porque...

Se calló de repente, como si no pudiera pasar de ahí, e Ignacio la cogió de las manos, se las apretó. Pretendía decirle que no hacía falta que siguiera hablando, pero ella interpretó su gesto de otra manera y afirmó con la cabeza varias veces, como si así pudiera darse cuerda a sí misma.

—Yo no pude vestirme de luto cuando volví a Madrid. En mi barrio me conocía todo el mundo y yo... Fui una cobarde, no me atreví. El segundo día que salí a la calle vestida de negro, un policía que vivía en la casa de al lado me llevó a una comisaría, y allí me preguntaron cómo podía yo saber por quién llevaba luto, si era una puta que iba desnuda debajo del mono y me acostaba con cualquiera. Eso de entrada, y luego... —hizo una pausa, miró a Ignacio, luego a Raquel, y movió la mano en el aire como para desechar una tentación—. ¡Bah!, para qué os voy a contar lo que me dijeron luego. Yo no podía ir vestida de negro, ¿comprendéis?, nosotras no, sólo ellas, sus viudas. Y yo, con lo fiera que había sido siempre, con lo fiera que era sólo unos meses antes, fui una cobarde, una cobarde, y no me atreví...

—Eso no importa, Casilda —Raquel dijo en aquel momento lo mismo que Ignacio estaba pensando—. El luto no significa nada, es sólo ropa, un color...

—Sí, sí que importa —ella le llevó la contraria con vehemencia—. A mí me

importaba. Pero yo también tenía mucho miedo, y un crío recién nacido, así que... Por eso, ahora me visto de luto, a escondidas, sí, pero sólo para no tener un disgusto con mi marido. Me llevo la ropa al trabajo y me cambio antes de salir. Mi hijo lo sabe y dice que estoy loca, pero a mí me da igual. Yo me visto de negro, me compro un ramo de flores bien grande, con lo poco que gano, pero me lo compro, y a la hora de comer, me voy al cementerio, dejo las flores en la tapia y me estoy allí un rato, hasta que me echan, porque antes o después viene un guardia a echarme, circule, señora, circule... Eso dice, y sé que las flores no duran nada, que se las llevan ellos. Se las regalarán a sus mujeres, me imagino, a sus novias, pero a mí me da igual. Yo sigo comprando flores, para que se jodan, y las sigo dejando en la pared donde lo fusilaron, para que se jodan, y me sigo vistiendo de negro para que se jodan, para que se jodan, para que se jodan... —y por un instante, sus ojos brillaron tanto como los de aquella muchacha que buscaba cobijo entre las solapas del capote de un soldado—. Una vez, hace ya casi diez años, vi un nombre escrito en la tapia, con tiza, Victoriano López Aguilera. Eso tampoco se me olvida, no sé quién fue ese hombre, pero jamás se me olvidará cómo se llamaba. Pregunté, porque a fuerza de ir, he conocido a unas pocas mujeres que van también por allí, y nadie sabía quién lo había escrito. Será de otro día, me dijo una, porque, claro, nosotras venimos aquí los días veintinueve, pero no podemos saber las que vienen en otras fechas... Total, que desde entonces lo escribo yo también. Escribo Mateo Fernández Muñoz todos los meses, y escribo 1915, una rayita, 1939, y también sé que lo borran enseguida, pero para poder borrarlo, antes tienen que leerlo. ¡Que se jodan! Porque lo que quieren es que Mateo no haya vivido nunca, eso es lo que quieren, ¿lo entendéis? ¿Lo entiendes tú, Ignacio?

Hizo una pausa para mirar a su sobrino, y él asintió sin saber muy bien por qué, porque aún no lo entendía, nunca llegaría a entenderlo del todo, pero ella suspiró como si acabara de llegar por fin a alguna parte, un lugar donde descansar.

—Quieren que no haya vivido nunca. No han tenido bastante con matarlo, ahora quieren que no hubiera nacido, y por eso dicen que nunca se casó conmigo, por eso nuestro hijo no puede llevar sus apellidos, por eso no hay ninguna tumba con su nombre, para borrarlo, para eliminarlo, para matarlo del todo. Pero Mateo vivió, vivió y yo viví con él, y para eso sigo viviendo, sólo para eso... ¿Cómo puedes seguir así, mamá?, me dice mi hijo, ¿adónde te lleva tanto odio, tanto rencor? —entonces cerró los ojos para dirigirse a sí misma una sonrisa sabia, amarga—. Él no lo entiende. No entiende que eso es lo único que me tiene de pie en esta vida de mierda, en este país de mierda, en esta mierda de mundo, porque para eso vivo y para eso viviré, de día veintinueve en día veintinueve, hasta que se acabe todo esto, hasta que vuelva tu padre, hasta que vuelvan tus abuelos, la gente que le conoció, la que lo quiso. Ahora sólo me tiene a mí, pero no necesita a nadie más, porque yo voy a seguir vistiéndome

de negro, voy a seguir comprando flores, y voy a seguir escribiendo su nombre con tiza en una tapia hasta que me muera, aunque acabe costándome un disgusto en mi casa, aunque mi hijo me diga que estoy loca. Cuéntale eso a tus abuelos, Ignacio. Cuéntaselo, y dile a Paloma que cuando tengo tiempo, porque a veces los guardias llegan enseguida, escribo el nombre de su marido también, aunque no me acuerdo en qué año nació, pero pongo 1910, porque era mayor que Mateo.

—Era de 1911 —Ignacio nunca sabría de dónde sacó la voz con la que dijo eso, pero sí que en aquel momento pensó que no podía marcharse sin decirlo—. Tenía que ser de 1911, porque tenía veintiocho años cuando lo mataron.

—Pues a partir de ahora pondré 1911 —volvió a llevarse las manos a la cara, la frotó con energía, como si quisiera borrar los restos del llanto y de la rabia, volver a poner cada cosa en su sitio, y por fin sonrió—. Me alegro mucho de haberte conocido, Ignacio.

En 1971, cuando nació su primer hijo varón, Ignacio Fernández Salgado y Raquel Perea Millán decidieron llamarle Mateo. Nadie les preguntó por qué, pero todos supusieron que era una forma de cerrar el eslabón que se había abierto en septiembre de 1944, cuando Ignacio Fernández Muñoz le dijo a Anita Salgado Pérez que habría preferido que su primogénito llevara el nombre de su hermano mayor en lugar del suyo. Los padres del recién nacido no se molestaron en llevarles la contraria.

Nadie les había visto aquella tarde de abril de 1964, mientras caminaban solos por una acera desierta de un barrio desierto de una ciudad que no conocían, ella al acecho de los taxis que no circulaban por ninguna calle, él preguntándose si acababa de volverse loco o si habría recobrado la cordura de milagro y de repente.

—Dile a tu padre que también me acuerdo mucho de él —le había pedido Casilda al final, después de abrazarle muy fuerte, durante mucho tiempo—. Vosotros no podéis entenderlo, nadie lo creería al vernos ahora, pero aquí hicimos algo grande, algo muy grande, de verdad. Aquellos años fueron los mejores de nuestra vida, con guerra, con bombardeos, con hambre, con todo, a pesar de todo, los mejores, porque estábamos haciendo algo grande, y lo sabíamos, y creíamos que cualquier sacrificio merecía la pena...

Ignacio Fernández Salgado no sabía si acababa de volverse loco o había recobrado la cordura de milagro y de repente, pero las palabras de Casilda sonaban dentro de sus oídos y llamaban a otras palabras que había escuchado muchas veces sin entenderlas nunca hasta aquella tarde, no, Gloria, no, con la chusma no, con el pueblo de Madrid, ¿estás despierto, Ignacio?, pues dime una cosa, ¿tú no tienes miedo?, al que salga corriendo, me lo cargo, ¡claro que no somos como ellos, mamá!, ellos son los que han empezado, los que han querido que pase todo esto, no llores, tonta, si no me va a pasar nada, yo no he hecho nada, ya lo sabes, nosotros somos lo que somos, María, y tenemos que estar en nuestro sitio, con los nuestros, ésos no

pasan ni por encima de mi cadáver, fijaos en lo que os digo, que ni por encima de mi cadáver van a pasar, todavía no te han matado, ¿eh?, no, como no he podido preocuparme por ti, y el salchichón..., ¿por qué no lo ponemos en lo alto de la despensa y lo adoramos unos días antes de comérnoslo?, me acordé tanto de ti cuando me detuvieron, papá, me alegré tanto de que no estuvieras viendo lo que pasaba, cómo nos entregaban, papá, te he querido hasta el límite de mis fuerzas, Paloma, te sigo queriendo con todo lo que soy, recuerda siempre eso y olvídate de mí, a Mateo lo mataron por ser hijo de papá, y de mamá, por ser tu hermano, y el cuñado de Carlos, lo único que se me ocurre es matarla, y matarme yo después, para acabar de una vez, nosotros no tenemos que arrepentimos de nada, Ignacio... Aquella tarde, tantos años después, la voz de su abuelo parecía hablarle a él, y no a su padre, yo no me arrepiento de nada, hijo.

Ignacio Fernández Salgado, que no era español y no era francés, que no sabía de dónde era pero tampoco podía permitirse el lujo de no ser de ninguna parte porque no había nacido en una ciudad, ni en un país, sino en una puta tribu, comprendió por fin que su madre tenía razón, y que aquel viaje había sido peligroso para él, porque ya no podría volver a ser el mismo que era antes. Y sumido de lleno en las contradicciones que había esquivado con tanta precaución durante toda su vida, en el instante en el que aceptó su destino, se encontró en paz consigo mismo y llorando a la vez, casi sin darse cuenta.

Estaban parados en un semáforo, y Raquel le miró, le abrazó, le acarició la cara, y no le hizo ninguna pregunta, pero él la contestó igual.

—No estoy llorando de pena —dijo—. No es de pena —y ella le besó.

Todo lo demás fue muy rápido, muy fácil, muy benéfico, y el taxi apenas un trámite entre las dos mitades de un beso interminable.

No llegaron al centro hasta las nueve y cuarto y ninguno de los dos perdió el tiempo en preguntarle al otro si tenía ganas de cenar. A partir de aquella noche, Laurent durmió con su hermana, y ellos dos juntos, primero en Madrid, después en Barcelona, en camas muy estrechas que no se lo parecieron. Al volver a París, Raquel dejó a su novio y sus padres se alegraron mucho, tanto como los padres de Ignacio la primera vez que su hijo la llevó a comer a su casa. Se casaron dos años después y en la primavera de 1969 nació su primer hijo, una niña.

Cuando su abuelo Ignacio la cogió en brazos por primera vez, se sintió tan orgulloso, tan emocionado como todos los abuelos jóvenes y primerizos. Le volvería a pasar lo mismo con todos sus nietos, pero nunca llegaría a querer a ninguno tanto como a aquella niña, que se llamó Raquel Fernández Perea.

—¿Sí?

—Hola, soy yo.

—¿Perdón? —y no era su voz.

—¿Raquel?

—No, Raquel no está aquí —y no era su voz, no era su voz, no era su voz.

—Ah, pues...

—Lo siento —era una mujer joven, y hablaba con acento francés—. Adiós.

Cuando vi la luz encendida al otro lado del balcón, me puse tan nervioso que no supe qué hacer, y di tres vueltas completas a la plaza, la primera muy deprisa, las últimas andando cada vez más despacio, la mente en blanco, el corazón en la boca. Luego entré en el bar de la esquina, me coloqué en el primer tramo de la barra, pedí una copa y me la bebí en un par de tragos, sin apartar los ojos del portal. Llevaba más de quince días montando guardia en el mismo lugar, pero hasta aquella noche no había obtenido ningún resultado.

Buscaba a Raquel. La estaba buscando porque ella quería que la buscara. Eso era lo único de lo que estaba seguro desde que volví a Madrid, solo, el 26 de agosto, justo una semana después de recibir su último mensaje, *Adiós, Álvaro, te quiero. TE QUIERO, Ra.* No lo había borrado y seguía entrando de vez en cuando en el archivo del móvil para leerlo, para asegurarme de que decía eso y de que estaba allí, de que ella me lo había mandado y yo lo había recibido de verdad. De verdad. Ya no sabía lo que era verdad y lo que era mentira, pero cada vez que pulsaba una tecla, aparecían esas siete palabras, y su compañía me tranquilizaba. Raquel había escrito eso y me lo había mandado, como los suicidas que no quieren morir descuelgan el teléfono justo después de tragarse todas las pastillas que caben en un tubo de somníferos. Aquel mensaje no era un aviso pero sí una pista, un reclamo, uno de esos regueros de migas de pan a los que recurren los niños aventureros que se van a correr mundo pero no quieren olvidar el camino de su casa. Raquel se había ido a correr mundo, había desconectado el contestador de su teléfono fijo, había dado de baja el móvil que yo conocía, había cambiado de oficina y se había mudado, pero antes de todo eso, el 19 de agosto de 2005, a las once horas y treinta y nueve minutos de la mañana, me había mandado aquel mensaje.

—La señora Fernández Perea ya no trabaja aquí.

El primer día de septiembre, a las nueve y cinco de la mañana, volví a salir del ascensor que me depositó en el lugar donde la vi por primera vez, pero esta vez la recepcionista del Departamento Comercial de la Sociedad Gestora de Instituciones de Inversión Colectiva, Sociedad Anónima, no esperó a que me dirigiera a ella.

—Ha pedido el traslado a otra oficina —Mariví, tan pintada como en abril y más gorda todavía, se anticipó a mi primera pregunta, pero no pudo esquivar la segunda.

—¿Y no podría decirme dónde trabaja ahora? —ella me miró, movió la cabeza de

un lado a otro y detecté una sorprendente luz de compasión en sus ojos—. Por favor.

—No, lo siento —bajó la vista hasta el suelo—. Yo sólo soy una secretaria, así que...

—Pero yo no le diría nunca a ella que me lo ha dicho usted, nunca se lo diría a nadie.

—Ya, pero déjeme acabar... —en ese momento sonrió y supe que estaba perdido —. No se lo puedo decir porque no lo sé. No sé dónde trabaja ahora. Nadie me lo ha dicho y yo no lo he preguntado. Esta empresa es muy grande, y estas situaciones bastante frecuentes. Lo siento mucho, de verdad, pero no puedo ayudarle.

No me estaba diciendo la verdad. En aquel momento, aturdido como estaba, inmerso en una vergüenza íntima y sin nombre conocido, me di cuenta de que Mariví no me estaba diciendo la verdad, pero también de que me miraba con una repentina y misteriosa simpatía. No me extrañó. Al recordar mis propias ilusiones, los cálculos del hombre que había ensayado por última vez todo un discurso colmado de pasión, de magnanimidad y de una comprensión que no sentía, en un breve viaje de ascensor, pensé que cualquiera se habría compadecido de mi estupidez.

—Sin embargo... —y como si quisiera demostrarme que estaba de mi parte, bajó la voz, retrocedió unos pasos, se apoyó en su mesa—, la primera vez que vino por aquí, usted estuvo haciendo una gestión, ¿no? —asentí con la cabeza y ella volvió a sentarse en su silla, encendió un cigarrillo, me miró—. Pues ya se sabe, hay gestiones que no se terminan nunca.

Cuando tenía poco más de veinte años, pesaba unos treinta kilos menos, y sólo fumaba después de las comidas, su novio de toda la vida la había dejado por un muchacho mientras su vestido de novia colgaba de la lámpara del comedor, en la casa de sus padres. Raquel me lo había contado una vez, y ella misma había vuelto a contármelo aquella mañana. Al volver al ascensor, después de darle las gracias, sentí el crujido de mi propio vestido de novia sobre las baldosas, y el cansancio de un peregrino que al final de la última etapa no encuentra una meta, sino un nuevo cruce de caminos.

Volví a mi casa andando, arrastrando por las aceras mis pies y mis tentaciones, el deseo de abandonar, de dar mi fe por perdida, y la necesidad de seguir deseando, de recobrar la esperanza en el hilo delgadísimo que aún sostenía entre los dedos. Las dos opciones eran malas y difíciles, nada era fácil para mí desde que los números habían dejado de existir, y sin embargo yo quería creer, quería seguir creyendo. El verbo creer es el más ancho y el más estrecho de todos los verbos, y hasta los condenados a muerte aguzan el oído mientras caminan hacia el patíbulo para dejarse matar esperando el indulto. Cuando me resigné a comprender lo incomprensible, que Raquel quería desaparecer, que había desaparecido sin explicarme por qué, distinguí un punto de luz en la boca del pozo por el que caía a toda velocidad, y no dejé de

verlo ni siquiera cuando conté uno por uno todos mis huesos para comprobar que todos estaban rotos. Fueron días negros, horribles, días pesados y torpes hechos de torpes y pesados segundos de arena oscura, húmeda y sucia, siempre iguales, idénticos en su pesadez, en su torpeza, segundos como eternidades breves, repetidas, el último grano de un tormento insoportable, y de nuevo el último, y un grano más, y todavía el último grano, siempre el último y aún otro grano de arena cayendo sobre mi cabeza.

—¿Qué te pasa, papá? —me preguntaba Miguelito—. ¿Estás malo?

—Sí, estoy malo —le contestaba, y se iba a la playa con su madre, con sus tíos, sus primos.

El tiempo había mejorado mucho para todos menos para mí. Por eso me metía en la cama antes de que volvieran para comer y, cuando salían otra vez, volvía a sentarme en el sofá y la arena a caer sobre mi cabeza.

Así pasé un día, dos, tres, así amanecí el cuarto, hasta que, de repente, la enésima vez que me encontré pensando que cualquier cosa habría sido mejor que aquella incertidumbre, comprendí lo que significaba el destello de luz pálida, débil pero luz, que no había dejado de ver en ningún momento. El verbo creer es el más ancho y el más estrecho de todos los verbos, el más generoso, el más traidor. Cualquier cosa habría sido mejor que esta incertidumbre, estaba pensando, habría preferido cualquier cosa, que me dijera que estaba comprometida con otro, que me dijera que no me quería, que me dijera que me dejaba, eso pensé, habría preferido que me dejara y ni siquiera ha querido hacer eso por mí... Ahí me detuve, y me obligué a mí mismo a repetirlo más de dos veces hasta que lo entendí bien.

Raquel había desaparecido pero no me había dejado. Al principio me pareció una hipótesis ridícula, un consuelo tonto para un tonto aún mayor. Sin embargo, al analizarla más despacio, me pareció que cobraba sentido, una estructura tambaleante, insuficiente desde luego, pero capaz de sostenerse mejor que cualquier otra. Si Raquel hubiera querido dejarme, lo habría hecho. Lo tenía fácil. Habría sido tan sencillo como no retenerme al final de aquella noche tormentosa en la que el orden engendró el caos para abandonarme ante lo impredecible. Mira a tu alrededor, me había dicho Fernando, tendría que estar dando saltos mortales de alegría... Pero él también era físico, él también necesitaba predecir, él también habría sucumbido a Raquel crucificada en la puerta de su casa, pidiéndome a gritos que no me marchara, aquella escena que significaba y no significaba, que quería decir y no decía, que parecía una cosa y no podía ser otra distinta. Le habría bastado con dejarme marchar, y me había retenido.

¿Por qué?, me pregunté, y me levanté del sofá, me lavé la cara, los dientes, me vestí, me calcé, salí a la calle. ¿Por qué? Raquel había desaparecido pero no me había dejado. Había desaparecido, pero antes había tomado la paradójica precaución de

despedirse de mí, de decirme adiós, y que me quería. Si lo repetía muchas veces seguidas, casi podía escuchar la música, una melodía antigua y lánguida, como una copla cursi, caducada. Adiós, te quiero. ¿Por qué? El día era cálido, soleado, y recorrí despacio el paseo marítimo. Disfruté de la luz y de la luminosa estampa de los bañistas como un convaleciente afortunado que acaba de salir del hospital, pero no encontré ninguna respuesta buena para esa pregunta.

Raquel no se estaba muriendo, no estaba casada, no tenía un novio que estuviera volviendo de la otra punta del mundo, no proyectaba ningún largo viaje, no estaba embarazada, no padecía ninguna enfermedad incurable, no iba a ir a la cárcel, no se jugaba el sueldo a la ruleta, no era drogadicta, no era alcohólica, no estaba loca, no tenía ningún hijo escondido en ninguna parte, no pertenecía a ninguna secta religiosa, no era monja, no era espía, no era miembro de una banda terrorista. Todas esas posibilidades barajé y todas esas posibilidades deseché con más voluntad que fundamentos. Eres muy novelero, Álvaro, tienes mucha imaginación, para ser físico. Tal vez fuera verdad, pero estrujé mi imaginación, la forcé, la torturé, la retorcí, y no me sirvió de nada. No podía excluir la posibilidad de un amor secreto, un vínculo clandestino que la comprometiera hasta el punto de impedir que compartiera su vida conmigo o con cualquier otro hombre, pero si hubiera existido me lo habría contado, no podría haber dispuesto de un argumento mejor para decirme que no, o para imponerme sus propias condiciones. Por lo demás, Raquel Fernández Perea era una mujer normal, si por normal entendía lo que yo era. Llevaba muchos años trabajando en la misma empresa, viviendo en la misma casa, los vecinos de su barrio la conocían, la saludaban, llamaba a los tenderos por su nombre de pila y recibía de ellos con naturalidad el mismo tratamiento. No había nada raro en ella, y sin embargo, su desaparición confirmaba el diagnóstico de Fernando Cisneros, aquel juicio que parecía un acertijo, lo raro es que no sea rara, que haga cosas tan raras sin serlo. Cuando me resigné a abandonar el análisis de aquel viejo problema, me concentré en otro que parecía más simple y resultó serlo enseguida. Si Raquel hubiera querido desaparecer de verdad, no habría descolgado el teléfono de los suicidas mentirosos, ni habría desmigado el pan de los aventureros prudentes. Si no hubiera querido que yo la buscara, que acabara encontrándola, Raquel no se habría despedido de mí.

Aquella conclusión me devolvió la agilidad, la decisión que había perdido en la estéril estación del anonadamiento. Si quería que la buscara, yo la iba a buscar, porque ninguna mujer me había hecho tanto daño pero ninguna me había hecho tanto bien. La incertidumbre es una casa inhóspita, fría, llena de goteras, de parásitos, de amenazas invisibles y dañinas. Era mejor el dolor, mejor la humillación, la cólera o el hielo, cualquier fruto amargo o ácido, el sabor de la sangre en las encías, antes que esa cámara aséptica de aire viciado y flores sutiles pero espinosas, pálidas pero

carnívoras, sombras de la fe inservible de quien espera sin querer saber. Yo quería saber, estaba dispuesto a pagar el precio del conocimiento, y quería a Raquel, quería vivir con Raquel, quería tenerla cerca, respirar la felicidad del aire que la rodeaba o al menos recordarla sin angustia, sin tristeza. A veces, ella me miraba como si su vida estuviera en mis manos y yo sentía que lo que pasaba era exactamente eso. Ahora mis manos sostenían mi vida con la suya, y en el archivo de mi móvil ondeaba un pañuelo blanco, la prenda del caballero puesto a prueba por su dama y conjurado con su suerte para matar al dragón. Yo estaba dispuesto a matar al dragón, pero antes tenía que encontrarlo, identificarlo, saber quién era, dónde vivía, por qué echaba fuego por la boca. Aquella noche salí a cenar con mi mujer y con mi hijo, me senté en una terraza, que miraba al mar, uní mi voz a las voces que me despedazaban, y en el camino de vuelta, anuncié que me volvía a Madrid. Bueno, Mai ni siquiera me miró, pero yo me quedo con el coche.

El 26 de agosto volví a Madrid en tren, cogí un taxi en la puerta de la estación y le pedí que me llevara a la plaza de los Guardias de Corps. En casa de Raquel no había nadie, o al menos, nadie respondió a mi llamada. El portero automático estaba mudo, el físico de vacaciones, todas las tiendas cerradas y sitio de sobra para aparcar en la calle Conde-Duque, pero me senté en una mesa del único bar abierto y esperé a que se hiciera de noche. Ninguna luz iluminó desde dentro la selva doméstica de sus balcones, pero seguí esperando un buen rato antes de irme a una casa que me recibió con la indiferencia ajena de sus nuevos olores, pintura, plástico, silicona, agentes pasivos de mi propia convicción. Aquel lugar flamante ya no era mi casa y me empujaba hacia fuera, en pos de los colores, los olores, el calor del hogar que había perdido. Eso fue lo que hice, perseguirlo, pero sólo conseguí deshacerme poco a poco en las estaciones de un peregrinaje vano, interminable.

Había vuelto a Madrid para buscar a Raquel y la busqué en todas partes, pero no la encontré en ninguna. Dos días después de mi llegada, el portero de su casa, moreno y relajado, me dijo que no sabía nada, vamos, que suponía que estaba a punto de volver. El día 31 le vi otra vez, apoyado en el portal, y me dedicó ya una mirada recelosa, casi alarmada por mi insistencia. Seguía sin saber nada, pero eso no me importó tanto, porque contaba con encontrar a Raquel en su oficina, al día siguiente. Cuando Mariví trazó fronteras nuevas, a una distancia más que considerable, para su desaparición, estuve a punto de venirme abajo, pero resistí. Me había propuesto resistir hasta el final y por eso, antes de subir a casa, me senté en un banco y llamé a mi hermano Rafa.

—No, todo salió bien —me dijo—. Le expliqué que queríamos venderlo todo y ella no puso ninguna pega. Eso me sorprendió, y se lo agradecí, la verdad, porque esperaba que contraatacara, pero cuando llegué, ya tenía los papeles preparados, los firmamos y me fui. No estaría en su despacho ni diez minutos, por eso no me acuerdo

muy bien, una chica castaña, amable, lo típico, pero... ¿Para qué quieres hablar con ella?

—Para que me dé la dirección de una librería que mencionó el día que yo fui a verla —había preparado muy bien esa respuesta—. Nada, una tontería, pero estuvimos hablando un momento, le dije que era profesor de Física, y ella me contó que conocía a un librero de viejo que solía tener cosas interesantes, monografías y manuales antiguos. Apunté la dirección en un papel, lo perdí, y me he acordado ahora, de repente, porque la semana que viene es el cumpleaños de un amigo, y...

—Ya —mi hermano, consciente siempre de su condición de hombre rico, poderoso y muy ocupado, prefirió ahorrarse los detalles anecdóticos o sentimentales —. Pues llámala, sí, no creo que esté enfadada ni molesta con nosotros, al contrario. Lo que no te puedo decir es cómo se llama. No me acuerdo, pero si quieres, lo busco.

—No, no hace falta. He encontrado la carta que le mandó a mamá —hice una pausa para dedicarle una sonrisa que nunca podría ver—. Yo sé cómo se llama.

Esperaba que me diera alguna pista, algún dato concreto por el que preguntar, pero no me atreví a pedírsela. Se me ocurrió que podría llamar a Julio para que me ilustrara sobre la clase de problemas fiscales que suelen generar las herencias, pero consideré que una vaga alusión sería suficiente. Acerté, y sin embargo, la señorita que me atendió en el número de información de Caja Madrid, no me pasó con Raquel.

—Lo siento, pero... La estoy buscando y no me figura. Ya no debe trabajar aquí.

—No es posible —lo dije para mí, pero ella no se ofendió al escucharlo.

—Bueno —parecía joven, animosa y muy paciente—, lo que quiero decir es que seguramente ya no trabaja en este departamento, ni en ningún otro que tenga su sede en este edificio. El banco es muy grande, tiene muchas sedes. Pueden haberla trasladado a un centenar de sitios diferentes. El caso es que yo, aquí, no la encuentro.

—Pues entonces... —no me hagas esto, Raquel, ¿por qué me haces esto?, ¿cómo puedes hacerme esto—. La verdad es que no sé qué voy a hacer.

—No se preocupe. Yo ahora le tomo los datos y le paso la información a una secretaria del Departamento Comercial. Aunque ustedes liquidaran los fondos, alguien tiene que estar a cargo de ese expediente. Si me da un teléfono, yo me encargo de que la persona responsable le llame lo antes posible.

Le di las gracias con un énfasis fingido y la sospecha de que aquello tampoco iba a servir para nada, y el tercer día laborable a partir de nuestra conversación, un chico llamado Francisco José Regueiro me telefoneó para ponerse a mi disposición. Había acabado la carrera unos meses antes, el banco le había contratado el primero de septiembre y seis días después todavía no tenía ni idea de nada. Por eso, de momento, le habían encargado que revisara los expedientes resueltos, para ir cogiéndole el tranquillo al tema de los fondos, me dijo, muy parlanchín, y tan simpático como todos

los interlocutores inútiles con los que hablé durante aquellos días. Por supuesto, no había conocido a Raquel, por supuesto, no sabía adónde habría ido a parar, y por supuesto, tampoco sabía quién podría saberlo con la única excepción de la secretaria del departamento, que se llamaba Mariví y lo sabía todo.

—¿Y Paco? —me atreví a preguntar después.

—¿Paco? —repitió él.

—Sí —aquello ya era más que embarazoso pero seguí adelante de todas formas —. Raquel trabajaba con un colega que se llamaba Paco, y a lo mejor él...

—¿Paco qué? —y de repente Regueiro dejó de parecerme simpático—. En este departamento hay varios Pacos. A mí también me llaman así.

—Claro, pero el caso es que no me acuerdo del apellido... —nunca lo había sabido, como no sabía el apellido de Berta, ni de Marga, ella no llamaba a sus amigos por el apellido, nadie lo hace, y tampoco podía pedirle a Regueiro que me recitara el nombre completo de todos los Pacos que conocía—. Da igual, muchas gracias.

Luego volví a llamar a Información, una, dos, tres veces, y sólo logré que una telefonista más piadosa que sus compañeras me diera el mismo número de teléfono al que, desde el 19 de agosto, llamaba para nada y a todas horas.

No me hagas esto, Raquel, ¿por qué me haces esto?, ¿cómo puedes hacerme esto? A veces sentía que estaba atrapado en un laberinto espeso, perverso, cuyos muros, dotados de inteligencia, un asombroso instinto de malignidad, se abrían y se cerraban a mis espaldas para obligarme a retroceder dos pasos cada vez que creía avanzar uno. Y sin embargo, en algún lugar de aquella ciudad que antes era mía y ahora me desconocía como una madre amnésica y sin corazón, me esperaba un dragón, una fiera cruel pero mortal, mi destino y mi víctima. Mientras le oía resoplar en mi propio aliento, le busqué con una determinación que cada vez merecía menos ese nombre. Yo mismo me daba cuenta de que se parecía más a una enfermedad, una obsesión morbosa sin otro horizonte que un compasivo o implacable diagnóstico de locura transitoria.

Eso era lo que debían pensar de mí todas las personas a las que abordé sin pausa y sin descanso durante los primeros días de septiembre, el portero de la casa de Raquel, el del edificio de la calle Jorge Juan, Mariví, a la que volví a visitar en vano un par de veces, Regueiro, al que llamé con el mismo nulo resultado, y otros personajes secundarios, a veces insignificantes, de su vida anterior. Pregunté por ella a la florista que le había vendido un sistema de riego automático a finales de julio, a la dependienta de la tahona donde le gustaba comprar el pan, al quiosquero que se pasaba los días apostado frente a su portal, y a los camareros de los dos o tres bares que habíamos frecuentado juntos en verano, cuando iba a buscarla a la salida del trabajo. Todos ellos se acordaban de Raquel, algunos también de mí, pero negaban con la cabeza a la altura de mi segunda frase y no esperaban mucho más para

confirmar su negativa con palabras. Después adoptaban un gesto que, en el mejor de los casos, progresaba paulatinamente hacia el fastidio mientras yo insistía en lo importante que era para mí encontrar a esa mujer que para ellos no era más que un elemento del paisaje, un accidente trivial, una de tantas. Algunos se mostraban más amables, otros más impacientes, pero al final, todos me miraban como a una molestia, un contratiempo inmerecido en su horario laboral. ¿Y por qué no contrata a un detective?, me dijo el del quiosco cuando le di una tarjeta con mi teléfono y el ruego de que me llamara si volvía a verla, y uno de los camareros lamentó por mí que ya no existiera aquel programa de televisión que se dedicaba a buscar a desaparecidos. Claro que, matizó enseguida, ellos tenían una lista donde se apuntaban los que no querían que los encontraran, y su novia, pues... No acabó la frase, no hacía falta, pero su escepticismo no me hizo tanto daño como el terror que oscureció la mirada de la florista cuando se despidió de mí, y me di cuenta de que estaba convencida de que yo no podía buscar a Raquel para nada bueno.

Y sin embargo, ella quería que la encontrara, si no hubiera querido que la buscara, nunca se habría despedido de mí. No podía compartir esa certeza con nadie, pero de vez en cuando encendía el móvil, buscaba su mensaje y volvía a leerlo. Aparte de eso, desperdicié los últimos días de mis vacaciones paseando por su barrio, perdiendo el tiempo en los puestos de baratijas que a ella le gustaba mirar y circulando sin rumbo por Canillejas, hasta que encontraba cualquier cartel con una flecha que indicaba la dirección por la que se volvía al centro de la ciudad. Mientras tanto, septiembre avanzaba con su indolencia de mes intermedio, dividido entre el verano y el otoño, entre las vacaciones y el trabajo, el último calor y el primer frío, y yo me acomodé lentamente a su condición, la ambigua impaciencia de quien quiere creer que algo va a pasar y sólo descubre que nunca pasa nada.

Ya no me atrevía a hablar con nadie, ni con el portero, ni con el vendedor de periódicos, ni con la florista, ni con los camareros, pero seguía viéndolos y ellos me veían. Ahí está otra vez ese zumbado, pensarían al verme aparecer, mientras desviaban los ojos hacia otro lado. Solía darme un paseo por la plaza de los Guardias de Corps al atardecer y siempre hacía lo mismo, nada. Llegaba hasta el portal, apretaba un botón y recordaba su voz, ¿sí?, pero nadie hablaba. Entonces recordaba mi propia voz, hola, soy yo, y su respuesta, sube. Raquel Fernández Perea ya no estaba allí para invitarme a subir, y el silencio enrarecía la memoria de su voz, la de la mía, y por un instante me hacía dudar de todo, de ella, de mí, de aquel edificio pintado con los colores del acero y la nata montada, de la puerta, del ascensor, de la escalera, y hasta de la órbita de la Tierra, que había aprendido a girar alrededor de sus caderas en una cama que había sido mi casa y mi ciudad, yo mismo, un mundo, el planeta entero.

El verbo creer es el más ancho, el más estrecho de todos los verbos, y su

imprecisión me apresaba cada tarde en una coraza gris y polvorienta que me cubría con las cenizas de la alegría que había perdido y tal vez nunca hubiera poseído en realidad. Eso sentía, y cansancio, pena de mí mismo, más cansancio de compadecerme, aún más pena de estar tan cansado y un gris presentimiento. Tal vez todo termine así, pensaba, tal vez todo se quede en esto, porque algún día tendrá que empezar el curso, algún día empezaré a faltar a mi cita diaria con este altavoz mudo, algún día empezaré a olvidar a Raquel y volveré a mirar a otras mujeres, a reírme, a ser el hombre que era, a pasármelo bien.

Ahora era Mai la que siempre estaba en casa, esperándome, y no nos hablábamos más allá de las preguntas esenciales y las respuestas imprescindibles, pero ella sabía que algo había cambiado y yo me daba cuenta. No era difícil adivinarlo porque ahora estaba mucho más tiempo en casa. No me apetecía salir por las noches, no tenía ganas de trabajar, no hacía nada, sólo pasear por las tardes hasta una casa vacía y vigilarla durante una hora o dos desde la mesa de una terraza mientras leía un libro o un periódico, para no aburrirme. Mai ya no lloraba, no se quejaba, no me hacía reproches, y cada noche me preguntaba qué me apetecía cenar con más serenidad, con más dulzura. A veces me abrazaba en medio de la noche, y ella no tenía la culpa de nada, no se merecía lo que le estaba pasando. Yo tampoco, pero no quería volver a mi vida de antes, y sin embargo, ése era el paisaje que empezaba a dibujarse en el horizonte mientras las montañas se hundían, mientras los valles se ensanchaban, mientras el tiempo recobraba su antigua y rutinaria precisión para ordenar la estéril monotonía de mi búsqueda en una secuencia implacable de adverbios sucesivos, antes, ahora, después. Quizás todo acabaría así, y acabaría septiembre, quizás octubre, y noviembre, terminaría el año, la Tierra volvería a encajar en su tradicional, mediocre órbita, y yo ni siquiera sabría qué había sido verdad y qué seguía siendo mentira.

—Mejor así, ¿no? —Fernando Cisneros me ofreció con una sonrisa el hediondo consuelo de la capitulación el primer día que coincidimos en la facultad.

—No —contesté yo, aún dispuesto a resistir hasta el final—. No sólo no es mejor. Es lo peor que me ha pasado en mi vida.

—Bueno, pero mejor ahora que más tarde —insistió, y me armé de paciencia por dentro para no ceder a la relativa injusticia de pensar que celebraba en mi desesperación sus propios errores.

—No, Fernando —no me hagas esto, Raquel, ¿por qué me haces esto?, ¿cómo puedes hacerme esto?—. Mejor nunca.

Él me miró con lástima, tiró de mí hacia delante y no dijo nada.

—¿Y lo de tu amiga? —le pregunté entonces.

—¿Qué amiga?

—Esa chica que trabaja en extensión universitaria, la que iba a mirar lo del

teatro...

—¡Ah! —y resopló, como si mi memoria le escandalizara—. Pues nada, no me ha llamado. Ya te dije que era muy difícil...

Cuando volvió de Comillas, un par días antes que mi mujer, había elegido un camino muy distinto para tranquilizarme.

Tienes muy mala cara, Álvaro, me dijo nada más verme, y le conté mi primera y desesperante conversación con Mariví. Pero no puede desaparecer, me aseguró entre dos sonrisas, es imposible. Aunque quisiera, no podría hacerlo, siempre quedaría un cabo suelto, ¿entiendes? Ya se puede ir a vivir a la otra punta del mundo, que antes o después te encontrarías con alguien que sabría dónde está, qué hace... Eso es lo que pasa siempre, ¿no? Yo le dije que no lo sabía y él, que naturalmente estaba pensando en Elena Galván, aquella tarde de compras y luces navideñas en la que me tropecé con ella en la plaza de Callao, me preguntó por su familia, por sus amigos. Entonces me acordé de Berta, de aquella obra que estaba ensayando y que en realidad eran tres seguidas, un montaje que iba a durar seis horas.

¿Ves?, Fernando sonrió, ahí lo tienes. Pero es que no me acuerdo del nombre de la obra, le advertí, ni del autor, aunque era español y muy famoso, famosísimo, eso sí. Raquel lo mencionó de pasada, y yo lo conocía, le conocía a él y conocía el título, pero ya no me acuerdo... Da igual, Fernando volvió a sonreír. Tengo una amiga en el vicerrectorado de extensión universitaria que lo sabe todo. Se llama Pilar y es profesora de Literatura, igual la conoces, una chica muy joven, muy eficaz, de esas que todavía no han perdido la fe en lo que hacen...

Aquella tarde todo le parecía fácil, pero quince días más tarde ya no se acordaba. Mis plazos serán más largos, pensé aquella noche, mientras miraba una puerta cerrada, un balcón a oscuras, pero antes o después me pasará lo mismo que a él, y quizás Fernando tuviera razón, quizás pasara el tiempo, mucho más tiempo, y en cualquier momento, en cualquier lugar, volvería a ver a Raquel por casualidad, pero ya sería demasiado tarde para las preguntas, para las respuestas, para cualquier camino que no desembocara sin remedio en el rencor, o en el desván polvoriento y más cruel del olvido.

La plaza de los Guardias de Corps me estaba haciendo daño. Me hacía daño su nombre, me hacía daño su aspecto, me hacía daño la obstinada soberbia de aquella casa cerrada a mi memoria. No se puede matar a un dragón que se esconde, que no da la cara, que tal vez ni siquiera exista en realidad, y yo estaba cansado, cada vez más cansado. También dispuesto, en teoría, a resistir hasta el final, pero ya no sabía qué significaba eso en la práctica. Mejor, ¿no?, me había sugerido Fernando aquella mañana, y sin embargo, al día siguiente, 17 de septiembre, sábado, pude distinguir al fin los colores de toda una próspera plantación de geranios.

Cuando vi la luz encendida al otro lado de los balcones, me puse tan nervioso que

no supe qué hacer, aparte de recorrer la plaza una y otra vez como una bestia enganchada a una noria. Sin embargo, mientras mi legendaria inteligencia y mi no menos legendaria imaginación se quedaban atascadas en la preparación de un discurso imposible, mi humilde cuerpo me demostró que era capaz de resucitar sin mí. Podía percibir su humedad, la velocidad de la sangre circulando, el estado de alerta que desentumecía mi piel, la codicia hormigueante de mis dedos y la boca llena de saliva, un reflejo primario, condicionado, como los que permiten adiestrar a los leones de los circos o a los caballos de carreras. La luz que mis ojos habían visto encendida al otro lado de un balcón había desatado en mí una metamorfosis tan esencial que ni siquiera necesitaba de mi aquiescencia.

Si alguna vez he creído en el destino, fue aquella tarde, y si alguna vez he comprendido que necesitaba tomarme una copa con la fabulosa urgencia que sólo sienten los detectives de las novelas policiacas no muy buenas, fue justo después. La intersección de la fe con el alcohol demostró una eficacia tan rotunda que, a su amparo, ni siquiera valoré la posibilidad de que no fuera Raquel quien estaba en su casa, ¿Sí?, imaginé, hola, soy yo, sube. Al apretar el botón del portero automático, podía saborear esas palabras, podía morderlas, masticarlas, tragármelas y sentir su calor en el centro de mi estómago.

—¿Sí?

—Hola, soy yo.

—¿Perdón?

Cuando el desconocido acento francés de aquella mujer joven cortó las velas de mi esperanza como un cuchillo recién afilado, la decepción estuvo a punto de paralizarme, pero el destino recompensó mi flamante conversión en la persona de la vecina del segundo, una mujer mayor y muy simpática, que apareció en aquel mismo momento para tomar decisiones por mí.

—Buenas tardes —me dijo, mientras me tendía un paquete rectangular asegurado con una cuerda—. ¿Le importaría sujetarme los pasteles un momentito?

—Claro que no —y extendí las manos en un movimiento automático, sin comprender bien lo que hacía.

—Gracias —me sonrió antes de concentrarse en el interior de su bolso—. Es que son bocaditos de nata, y se chafan con mirarlos...

Volvió a sonreírme cuando encontró las llaves y entró en el portal sin pararse a mirar si la seguía, como las hadas buenas de los cuentos determinan la fortuna de sus protegidos. Cuando entramos en el ascensor, recuperó los pasteles y pulsó el segundo botón sin vacilar.

—Usted va al cuarto, ¿verdad? —supuso en voz alta.

—Sí —y sonreí.

Ella lo sabe, ése era el significado de mi sonrisa, al menos ella lo sabe. Aquella

desconocida lo sabía, me reconocía, acababa de testificar a mi favor, a favor de una historia que existía, que había existido en la realidad de los testimonios objetivos, más allá del portero de su casa, de la mujer que vendía flores dos esquinas más abajo, del dueño del quiosco que se veía desde sus balcones, del camarero del bar de la plaza. Ella sabía, lo sabía, me conocía, reconocía el lugar que ocupaba en el mundo, no dudaba de mi cordura ni de mis intenciones. Ahora se evaporará, temí, contento ya con tan poco, ahora la envolverá una nube de humo y se esfumará, y tampoco habrá existido nunca. Pero lo único que hizo fue despedirse de mí, bueno, joven, pues hasta otro día, y salir del ascensor con sus pasteles, corpórea, material, auténtica. Cuando llegué al cuarto, su sombra afirmó mis pasos, tensó mis músculos, dirigió mi dedo sin vacilaciones hacia el timbre de una casa cuya puerta estaba antes siempre abierta para mí.

—Hola...

Sólo pude decir eso, hola, y volví a quedarme atascado, atrapado en la visión del espacio, de la luz, de los objetos, la mesa, el perchero, los cuadros, la lámpara que seguía allí, con los mismos brazos, las mismas bombillas y una fundida, en el mismo lugar donde estaba antes.

—Hola —me contestó ella, una mujer joven, más o menos de la edad de Raquel, más o menos de su estatura, que estaba embarazada y llevaba gafas, el pelo recogido en una coleta.

La miré con atención y vi una piel corriente, dos ojos azules, la mandíbula cuadrada y una barbilla fea, nada que ver con el armonioso esplendor de la línea que unía el cuello con el rostro de mi amante, pero descubrí también que se le parecía en algunos detalles que no acerté a definir con exactitud, quizás la proporción de los rasgos, simple geometría o ni siquiera tanto, apenas la medida de esa similitud vaga y poderosa que identifica a los miembros de la misma familia por muy diferentes que sean entre sí.

—Soy el que ha llamado hace un momento —continué, después de una pausa demasiado larga que ella encajó sin dar signos de impaciencia pero llamó la atención del vecino de enfrente, que salía a pasear al perro—. Me llamo Álvaro, Álvaro Carrión, y estoy buscando a Raquel Fernández Perea, la dueña de este piso.

—Sí —ella asintió con la cabeza—, pero ya te he dicho que no está aquí.

—Ya, claro...

El vecino hacía como que no encontraba las llaves o tal vez las hubiera perdido de verdad, pero sus manejos me estaban poniendo todavía más nervioso. Mi interlocutora también le miraba y me di cuenta de que compartía mis sospechas, la intuición de que estaba disimulando sólo para poder escuchar nuestra conversación. Me di la vuelta para mirarle y él me sostuvo la mirada mientras seguía rebuscando en sus bolsillos.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto.

Abrió la puerta del todo, se apartó del umbral, volvió a cerrarla a mis espaldas, y lo hizo todo con demasiada naturalidad, una hospitalidad excesiva para con un extraño.

—Tú ya sabías que yo iba a venir, ¿verdad? —me arriesgué a preguntar entonces.

—Bueno... —hablaba con mucho acento, arrastrando las eses, afilando las úes, y se paraba de vez en cuando para buscar las palabras que necesitaba—. Mi madre me dijo que Raquel... había tenido una... ¿relación? —me miró, asentí— con un hombre, y que había terminado y...

—¡Pero no hemos terminado! —protesté, ella abrió mucho los ojos al escucharme y comprendí que me convenía moderar el tono, el volumen de mis palabras—. Bueno, lo que quiero decir es que yo no lo contaría así, yo creo que lo que ha pasado no ha sido eso. Ella ha desaparecido sin decirme por qué, pero antes se despidió de mí, no, no es eso, es que me mandó un mensaje...

—Mira —me cortó—, yo no sé nada. No he visto a mi prima. Y no la voy a ver. Mañana vuelvo a París. Se terminan las vacaciones.

—Ya... Estás aquí de paso, ¿no? —ella asintió con la cabeza y yo busqué algo que decir, cualquier cosa que me permitiera estirar el tiempo—. Y eres prima de Raquel...

—Sí. Mi madre es hermana de su padre. Me llamo Annette.

—Como tu abuela —y sonreí.

—*Oui*... Como mi abuela —entonces, por primera vez, ella también sonrió, y comprendí que había entendido aquel comentario, tan insignificante en apariencia, como una contraseña, una prueba espontánea de la intimidad que yo había compartido con su prima, una garantía de que le estaba contando la verdad.

—¿Sabes una cosa? Te pareces mucho más a Raquel cuando sonríes.

En aquel momento, un hombre de mi edad, que llevaba en brazos a una niña de unos dos años con un babero manchado de restos de papilla, asomó por la puerta que daba al salón y elevó las cejas en un gesto de interrogación universal al que ella respondió enseguida en un tono tranquilizador, más que tranquilo.

—*C'est... un ami de ma cousine* —le dijo, señalándome, y luego se volvió hacia mí—. Él es Claude, mi marido. No habla español.

Aquella aclaración sonó como una advertencia, casi un timbre destinado a señalar el final de mi visita, pero los dos estábamos tan bien educados que él dio unos pasos en mi dirección mientras yo acortaba la distancia en la dirección inversa, y después de darnos la mano, le seguí hasta el salón aunque su mujer ya no me hubiera invitado a pasar.

—Mira, Annette, yo... —estoy desesperado, iba a decirle, pero aquel adjetivo me sonó demasiado hueco, demasiado teatral para resultar verosímil—. ¿Podrías hacerme

un favor? A ti no te cuesta nada y para mí sería importantísimo, de verdad. Aunque no vayas a ver a Raquel, supongo que tendrás que dejarle las llaves en alguna parte, ¿no?

—En casa de mi madre, bueno, y de mi abuela... —volvió a sonreír, y su sonrisa era tan parecida a la de su prima que mis ojos se dolieron y se regocijaron al mismo tiempo mientras la miraba—. De mi abuela Anita.

—¿Y te importaría dejarle también una nota? La escribo en un momento, no tardo nada, no quiero molestarte, en serio, pero es que estoy... Muy mal. Yo necesito...

—Pero... —bajó la vista y empezó a mover las manos en el aire, como si pretendiera desanimarme o rogarme quizás que no siguiera hablando—. No tengo papel. No sé dónde hay.

—Yo sí —confié en que mi aplomo despejara sus dudas—. Yo sí lo sé.

—*Alors*... —y accedió a mi petición encogiendo los hombros.

Eché a andar por el pasillo y me siguió mientras su hija empezaba a llorar, su marido a intentar consolarla emitiendo chasquidos sonoros, repetidos y rítmicos como el traqueteo de una locomotora. Aquella música ajena, extraña, me acompañó hasta el dormitorio de Raquel como la banda sonora de una pesadilla o un certificado de la actualidad trivial que ahora imperaba sobre el escenario más brillante de mi vida pasada. Y sin embargo, al abrir la puerta, vi algo más que una maleta abierta sobre la cama, ropa desconocida esparcida en la colcha, tarros y frascos de colonia para niños en lo que antes era mi mesilla. Vi también que la de Raquel estaba vacía, y un hueco donde antes estaba mi foto con el premio escolar de cálculo mental. Si hubiera dejado el tanque en su sitio, habría pensado que la había roto antes de tirarla a la basura, pero sus abuelos habían desaparecido, como el péndulo que jugaba con ellos. Se los ha llevado, pensé entonces, se ha llevado su foto y la mía, se ha llevado el orden y el caos allí donde esté ahora, y casi pude verla, pero su prima me miraba con inquietud, como si de repente dudara de mí, de los verdaderos propósitos del desconocido que se había quedado quieto, inmóvil en el centro de la habitación. A lo mejor se ha llevado también el bloc, temí, al abrir el cajón central de su escritorio, pero seguía estando allí.

Me senté en la butaca de cuero, saqué mi propia pluma y escribí, «Llámame, Raquel, por favor, por favor, llámame, cuéntame lo que ha pasado. No me importa lo que sea, no me importa nada, nada me da miedo. Yo te quiero, Raquel, te quiero, te quiero, y todo lo demás me da igual. Llámame. No me dejes así, por favor, por favor. Te quiero tanto, tanto, que ni te lo imaginas, te quiero tanto que me estoy volviendo loco, te quiero más que a nada, más que a nadie en este mundo, te quiero, Álvaro».

Cuando terminé, leí lo que acababa de escribir y me pareció espantoso. Era espantoso, horriblemente torpe, y cursi, y tonto. Estaba lleno de repeticiones, de frases hechas, y yo sabía hacerlo mejor, habría podido hacerlo mejor si lo hubiera

corregido, si me hubiera parado un instante a escoger, a medir, a pesar cada palabra. Pero arranqué esa hoja del bloc, la doblé por la mitad, y se la di a Annette sin meterla en ninguno de los sobres que había visto al abrir el cajón. Mejor así, había decidido, mejor torpe, y cursi, y tonto, mejor espantoso y lleno de repeticiones, de frases hechas. Mejor que lo lea su prima, que lo lean su tía y su abuela, que lo lean todas antes que ella, mejor tenerlas a todas de mi parte. Aquella nota sólo tenía una virtud, la sinceridad brutal, irreflexiva pero conmovedora, de la desesperación. Y sin embargo, al meditar sobre ella, yo había dejado ya de ser un hombre desesperado.

Quizás fue una premonición, un presentimiento. Quizás era sólo que había llegado a hundirme tanto, que la simple noticia de que Raquel seguía existiendo, la posibilidad, casi la certeza de que antes o después tendría que leer el texto más torpe que había escrito en mi vida, bastó para sacudirme, para despertarme del sueño letárgico de la autocompasión donde me mecía, para excitar mi imaginación novelera con imágenes nuevas, fabulosas pero también de algún modo precisas. No sabía dónde estaba y sin embargo podía verla leyendo mi nota, podía imaginar su asombro, el sobresalto que sentiría al recibirla, la cara que pondría y qué le pasaría, qué pensaría de mí y de ella misma cuando hubiera comprobado lo tontas, lo cursis, lo torpes que podían llegar a ser las únicas palabras que había sido capaz de dirigirle.

Quizás era sólo que estaba tan hundido que cualquier cosa habría servido para levantarme, pero unos días después, cuando estaba vigilando el examen de mis alumnos de primero, esos pobres incautos que a mitad de curso me habían oído afirmar, con el acento rotundo de las verdades absolutas, que el todo sólo es igual a la suma de las partes cuando las partes se ignoran entre sí, Fernando Cisneros entró en el aula, se sentó a mi lado, me preguntó en un susurro cómo estaba, y le contesté que mejor.

—Entonces no sé si debería darte esto... —añadió, malinterpretando mi respuesta, y puso sobre la mesa la impresión de una página web con los horarios y los precios de un teatro de Salamanca.

Eran las once y diez y ya tenía puesto el pijama. Aquella noche, 28 de septiembre, miércoles, una cadena de televisión reponía un programa que nunca me cansaba de ver, la muy fantasiosa pero también emocionante reconstrucción de lo que habría sido la vida en la Tierra en la era de los dinosaurios, toda una hazaña de la divulgación científica.

Me lo sabía casi de memoria, y estaba esperando a que el malvado Tiranosaurus atacara por la espalda al pobre y pacífico Triceratops que pastaba mansamente en una pradera, cuando escuché el silbidito de los SMS. El móvil estaba en una mesa auxiliar, a mi lado. Lo cogí sin apartar la vista de la pantalla, pero no lo miré hasta que se consumó el crimen prehumano del abusón musculoso sobre el gordito simpático, y entonces, durante un instante, todo se detuvo, mi corazón, la corriente de

la sangre que circulaba por mis venas, el tiempo, la historia, el aire, aquella despiadada crónica de una crueldad extinguida. Tardé sólo un instante en leer aquel mensaje enviado desde lo que mi teléfono consideraba un número desconocido, cinco palabras justas, *Estoy en Jorge Juan. Ven.* Eran sólo cinco palabras, diecinueve letras, veinticinco caracteres en total, contando los puntos y los espacios. *Estoy en Jorge Juan. Ven.* Cinco palabras sin encabezamiento ni firma, diecinueve letras para trazar la frontera entre lo bueno y lo malo, entre la felicidad y la desgracia, entre la paz y la angustia. *Estoy en Jorge Juan. Ven.* Cuando pulsé la tecla de la respuesta, los dedos me temblaban, me temblaban los labios, y los párpados, todo mi cuerpo temblaba de calor y de frío, de inquietud, de ansiedad, de placer, de terror. *Ahora mismo voy,* escribí, *espérame*, Al levantarme, me asombre de que mis piernas me sostuvieran.

Mai estaba tumbada en la cama, viendo un película de espías. ¿Otra vez dinosaurios?, me había preguntado cuando el niño se quedó dormido, y yo asentí con la cabeza. ¿Y son nuevos o los mismos?, insistió, y yo sonreí. Me temo que los mismos, dije, pero me voy a verlos al dormitorio, no te preocupes. No, no, ella rechazó mi ofrecimiento con la misma discreta solicitud con la que me trataba desde que comprendió que la situación había cambiado a su favor, mejor me voy yo, porque esas películas me gustan, ya sabes, pero me acaban dando sueño... Era verdad. Cuando me vio aparecer estaba medio dormida y tenía las fuerzas justas para mirarme con los ojos entornados y la expresión bondadosa de una enfermera que vela por un soldado convaleciente de una herida gravísima. Así me miraba últimamente, pero mis pasos se desviaron muy pronto de la trayectoria que ella calculaba. Pasé por delante de la cama para ir al armario, lo abrí, cogí una camisa limpia, lo volví a cerrar, y al darme la vuelta, me encontré a mi mujer sentada ya sobre la colcha y muy despierta.

—¿Vas a salir?

—Sí.

Me encerré en el baño para vestirme y al mirarme en el espejo comprendí que las luces de alarma habrían saltado igual si no hubiera tenido que cambiarme de ropa para acudir a aquella cita. Tenía la piel muy pálida, las mejillas coloreadas y un cerco rojizo debajo de los ojos. No tenía tiempo que perder, y sin embargo aquel rostro imprevisto, que era mío, atrajo mi atención como si perteneciera a alguien distinto, un hombre diferente al que yo me sentía por dentro. Lo peor ha pasado, pensé, ya he dejado de sufrir, pero mi cara no quería darse cuenta. Había algo doloroso, una sabiduría escondida y casi trágica en la expresión que estaba contemplando. No llegué a descifrarla, porque el final de mi análisis fue tan abrupto como su principio.

—Álvaro —Mai golpeaba la puerta con los nudillos—. Álvaro...

Me abroché los botones a toda prisa, descorrí el pestillo, la miré.

—Dime —se había envuelto en aquel chal de terciopelo que le traje una vez de La Coruña, y tenía los brazos cruzados, los hombros encogidos, una mirada furiosa,

dolida, extrañada de su arrogancia, el mismo y paradójico envoltorio que abrigó su voz cuando me habló.

—Si te vas, no vuelvas.

Muy bien, estuve a punto de decir, pero me pareció una respuesta tan trivial, tan absurda, tan cruel en su nimiedad al mismo tiempo, que preferí no decir nada, y sin embargo, eso fue lo único que se me ocurrió, la única frase que pude construir, muy bien, pues me voy y no vuelvo. Mai me miró, se marchó, y yo me concentré en vestirme deprisa. No quería pensar, no quería analizar la advertencia que acababa de oír, no podía permitírmelo. Raquel ha vuelto, me ha llamado, me está esperando, me dije, y lo repetí mientras me ponía los zapatos, la chaqueta, y revisaba todos mis bolsillos.

Me iba de casa, por fin me iba de casa, y no sabía muy bien adónde iba, por qué, ni para qué. Me iba simplemente, sin ninguna garantía, sólo una dirección, una cita expresada en cinco palabras, pero no quería pensar en eso, no quería reconocer que lo mejor, lo más razonable, lo que habría hecho cualquier hombre sensato, sería marcar aquel número que ya no era desconocido, hablar con ella, posponer unas horas el encuentro que me ofrecía, guardarme las espaldas y una carta en la manga. Yo ya no tenía mangas, no tenía espaldas, porque Raquel había vuelto, porque me había llamado, porque me estaba esperando y eso era lo único que me importaba. Por eso me iba, sin saber adónde, por qué, ni para qué, me iba, simplemente, como un hombre insensato que no quiere pensar, que no puede, que no sabe, que reniega de su pensamiento. El espejo ya no me tentaba. Ya no me miraba, no quería mirarme, sólo hacerlo todo muy deprisa, ni siquiera bien, sólo deprisa. Sabía que las palabras de Mai eran sólo palabras, que estaban muy lejos de representar lo que significaban, que podría volver una y diez veces, si quería, pero sabía también que no iba a querer, que no iba a hacerlo, y que si mi mujer me hubiera amenazado con un rifle, me marcharía igual, porque Raquel había vuelto, me había llamado, me estaba esperando, y nada podría impedir que yo fuera a su encuentro.

—¿Me has oído antes, Álvaro? —Mai estaba apoyada en una pared del recibidor, cerca de la puerta.

—Sí.

—¿Y me has entendido?

—Sí.

—¿Y te vas a ir?

—Sí.

Al salir a la calle, intenté olfatear la alegría, percibirla, reclamarla, dejarme atrapar por ella, pero no la encontré. Y sin embargo tenía que estar por allí, en alguna parte, yo lo sabía, como sabía que el dragón se acostaría mansamente a mis pies, renunciando de antemano al inservible desafío de mi espada. Lo había aprendido en

palabras cautelosas, diferentes.

—Raquel volverá, aparecerá el día menos pensado —me había dicho Berta el sábado anterior—. Volverá porque no le conviene, porque está en un estado en el que nadie hace nunca lo que le conviene.

Cuando quise preguntarle qué quería decir exactamente, levantó una mano en el aire, cerró los ojos, me sonrió elevando apenas las comisuras de los labios. No hagas más preguntas, Álvaro, ya te he dicho más de lo que debería decirte...

—¿Para qué eres tú mujer, Pichona?

El actor que interpretaba a Cara de Plata tenía ya la mano dentro del escote de Berta. Ella estiró los hombros hacia atrás para favorecer los manejos del seductor de la comarca, mientras se le quedaba mirando con la barbilla levantada, una expresión de complacencia más poderosa que sus quejas.

—¡No comience! —y sin embargo, sus brazos, abandonados a ambos lados de su cuerpo, no hicieron nada para atajar la codicia de la mano que le estrujaba los pechos.

—Están duros.

—Déjelos.

—¿Para qué eres tú mujer?

—Puede comprenderlo.

—Pues no lo comprendo.

—Soy mujer, habiendo interés, para que me visite un día, y un año, si le dura tanto. Para gastarme contigo una onza, si la tengo. Pero que lo publiques, no lo apruebo.

Al asegurarse de que el deseo de Cara de Plata lo va a arrastrar hasta su cama esa misma noche, Pichona la Bisbisera cambia el usted por el tú sin transición ni aviso previo. No te habrá molestado que te tutee, ¿verdad?

Cuando Fernando Cisneros se marchó, sólo quedaban tres alumnos en el aula. Uno abandonó antes del último plazo, pero los otros apuraron la media hora de gracia que yo había añadido a las dos con las que oficialmente contaban para hacer el examen. La última, una chica alta, rubia, con las piernas largas, los pechos grandes, la cintura estrecha, me dirigió una sonrisa maliciosa, elocuente, mientras murmuraba que confiaba en que le hubiera salido bien. Esperó unos segundos, por si yo me animaba a decir algo interesante, pero me limité a comentar que el examen no era muy difícil y que no tardaría más de diez días en saber cómo le había salido.

Luego me encerré en mi despacho, busqué una web de la compañía cuya representación de las *Comedias bárbaras* de Valle-Inclán se anunciaba en la que me había dado Fernando, la encontré, y me encontré con Berta, el pelo castaño y más largo, los hombros desnudos, en los repartos de *Cara de plata* y *Águila de blasón.* En *Romance de lobos* no aparecía. Por lo visto no se han atrevido a montar las tres juntas, me había contado Fernando, pero las representan en orden y en días seguidos.

Habían estado haciendo bolos durante el verano por media España pero a principios de septiembre se habían tomado unas vacaciones. Por eso, aunque su amiga había identificado en el acto los nombres de la obra y el autor que me interesaban —parece mentira, había comentado con una sorna bastante justificada en esta ocasión, os pasáis la vida quejándoos de que los de letras no sepamos leer una fórmula, y luego hay que ver lo burros que sois—, había tardado tanto en encontrarles.

Aquella misma mañana compré una butaca en el centro de la quinta fila para la primera representación de *Cara de plata*, y después, en la librería de Filología, las tres obras en una edición crítica que me leí de cabo a rabo durante los dos días siguientes. Mai no hizo ningún comentario sobre mi repentino interés por Valle, ni movió un músculo cuando le dije que tenía que ir a Salamanca, el sábado, para participar en unas jornadas cuyo tema no especifiqué. Me pregunté si habría pasado lo mismo en el caso de que Berta debutara aquel fin de semana en cualquier ciudad que no tuviera una universidad tan importante y me contesté que esa respuesta me traía sin cuidado. La obra, que no había previsto ver cuando compré la entrada, me interesó tanto, en cambio, como si su autor la hubiera escrito sólo para que yo la leyera.

—¡Abre, Pichona!

—Estoy desnuda en la cama.

—Trabajo adelantado.

—¡Ay, rey moro! ¿Di quién eres?

—Harto lo sabes.

—De verdad te desconozco.

—¡Abre!

—Espera que me eche un refajo. ¡No me hundas la puerta, tesorín!

Pero Berta, que en efecto estaba desnuda en la cama, se limitó a meter los brazos en las mangas de una especie de torera de encaje blanco que no hizo ni siquiera el ademán de abrocharse para cruzar el escenario e ir hacia la puerta. Todos los directores la desnudan, me había dicho Raquel, y que desnuda era espectacular, y ambas cosas eran verdad. También me había dicho que era muy buena actriz, y lo era tanto que al caminar por el escenario daba la impresión de ir vestida con su propio talento y el del autor del texto, que decía con tanto aplomo y naturalidad como si nunca hubiera tenido que aprendérselo. El efecto era moderadamente excitante y mucho más conmovedor, hasta el punto de que su interpretación convertía en un problema la del actor que interpretaba a su amante.

Me dio la impresión de que aquel chico no estaba entendiendo del todo la luminosa oscuridad de las pasiones de su personaje, la impotencia del hijo segundón que se alza contra su padre por la mujer que ambos desean, el despecho que le empuja hacia la Pichona, la indolente traición de su amada, esa doncella menos frágil

que pusilánime a la que Montenegro seducirá, y perderá, en un despiadado e indiferente ejercicio de soberbia que vulnera todas las leyes humanas y divinas. Cara de Plata es hermoso, fuerte, joven, ambicioso y capaz de inspirar en Sabelita el mismo amor que siente por ella, un amor que está dispuesto a jurar delante de un altar, en el que aspira a comprometerse de por vida, pero su padre manda, y quiere a la muchacha para él. En su deseo empieza y se termina todo. Cuando compré la entrada no estaba muy seguro de que me apeteciera sentarme a ver la obra antes de hablar con Berta, pero aún faltaban dos días para aquella función, terminé de corregir los exámenes muy pronto y tenía que hacer algo más, encontrar otra fórmula para salvar ese plazo. Así descubrí aquel texto feroz, brillante y mugriento, salvaje y conmovedor a la vez, y también sabio, hondo, impío, exacto, abrumador. Las historias españolas lo echan todo a perder, me había dicho Raquel. Aquella historia española parecía escrita en el brutal presentimiento del estado de ánimo con el que yo acudiría a su representación, y sin embargo, nada de lo que había visto o escuchado sobre el escenario me emocionó tanto como ver salir a Berta, vestida y sin maquillar, por la puerta donde la esperaba desde hacía poco más de un cuarto de hora.

—Álvaro —pronunció mi nombre sin entonarlo casi—. ¿Cómo estás?

Tenía el aspecto de una mujer cansada pero contenta. Había tenido mucho éxito, si el éxito de una actriz se puede medir por el número de bravos que se suman a los aplausos en el saludo final, y ya me había reconocido, o al menos yo había tenido esa impresión mientras la aplaudía de pie, con todas las luces del teatro encendidas. La había visto mirar hacia el patio de butacas, muy sonriente, y detenerse un instante en mí, ponerse seria y hacer un breve gesto de afirmación con la cabeza. Eso era lo que había creído ver, y cuando salió antes que los demás para venir derecha hacia mí, me di cuenta de que había visto bien. Luego me besó en las mejillas con tanta naturalidad, que después de devolverle los besos, ofrecí una respuesta sincera a una pregunta que no había sonado como una vana fórmula de cortesía.

—Muy mal —ella asintió con la cabeza—. Fatal, por eso he venido.

—No me extraña... —echó a andar y yo la seguí—. Vamos a tomar algo, ¿quieres? Estoy muerta de hambre. ¿Has visto la obra? —asentí con la cabeza—. ¿Te ha gustado?

—Mucho —no mentía, y ella me premió con una sonrisa—. Tiene bastante que ver conmigo, además.

—¿Sí? —se paró a mirarme y me di cuenta de que no me había entendido, pero se corrigió enseguida—. ¡Ah! Lo dices por lo del padre...

—Y el hijo —completé—, sí. Pero yo no puedo irme a las guerras carlistas.

—O sea, que las conoces... —parecía asombrada.

—Sí. Empecé a leerme ésta, para ver de qué iba, y no resistí la tentación de averiguar cómo acaba la historia.

—No acaba muy bien.

—Pues no. Acaba fatal, pero tú, por lo menos, haces de buena.

—Sí, eso es verdad —sonrió, y me cogió del brazo para dirigirme a un café que parecía muy animado—. La pobre Pichona, vagabunda y medio puta, es generosa y buena, sí, la única capaz de enamorarse de verdad... Ésa es la grandeza de Valle, ¿sabes? Siempre hay una puta, un mendigo, un niño, un loco al que trata con tanta ternura que compensa la crueldad con la que destroza a los demás. Pero, de todas formas, Álvaro... No te fíes de las apariencias. Cara de Plata también es bueno a su manera, mejor que su padre, desde luego, y un ángel en comparación con cualquiera de sus hermanos. Por eso Valle lo manda a la guerra, para salvarle, para que no intervenga en la rapiña de la herencia de su madre, para que Montenegro no tenga que maldecirlo, como a los otros. Pero, con todo y eso, Cara de Plata no tiene nada que ver contigo. ¿Nos sentamos aquí?

El café parecía lleno, pero ella encontró una mesa libre al fondo, llamó a un camarero, le pidió un sandwich de tres pisos y una cerveza, me preguntó qué quería yo, le dije que me daba igual y pidió lo mismo para mí.

—¿Dónde está Raquel, Berta? —le pregunté en cuanto el camarero nos dejó solos.

—Está... —se paró un segundo a pensarlo—. En Madrid.

—En Madrid, ¿dónde?

—Eso no te lo puedo decir —sonrió, me miró—. Ya lo sabes. Raquel es mi amiga, y no se traiciona a los amigos.

—Pero...

—No insistas, Álvaro. Si sigues preguntándome, voy a tener que soltarte un rollo. Se me da muy bien, soy actriz, ya lo has visto. Todo esto es... Ha sido una locura, una barbaridad, yo... Lo que sí te puedo decir es que yo no sabía nada, que no supe nada hasta después de aquella cena, cuando viniste con nosotras a la pizzería y ella se puso mala, ¿te acuerdas? —asentí, me acordaba, y la creía, intuía que me estaba diciendo la verdad, que para ella era importante que lo supiera—. Cuando me enteré, me quedé de piedra. No tenía ni idea y me pareció increíble, imposible. Si lo hubiera sabido, no la habría dejado... —dejó la frase a medias y yo no fui capaz de completarla—. No sé. Y eso que Raquel es la sensata del equipo, ¿eh?, hasta ahora siempre lo había sido. Yo soy la que mete la pata, la que me lío con hombres que no me convienen, hombres casados, con hijos enfermos, con mujeres deprimidas, con problemas para dar y regalar.

—Pero yo estoy dispuesto a divorciarme, a casarme con ella si quiere, y Raquel lo sabe, yo se lo dije, no me importa nada, yo...

—¡Álvaro! —pronunció mi nombre como si le doliera, cerró los ojos, alargó los brazos, me cogió la cara con las manos y una intención confusa, como si quisiera

sujetarme y acariciarme al mismo tiempo—. ¡Dios mío, Álvaro!

—Entonces no es eso.

—No —sus manos me soltaron, pero en sus ojos sobrevivía una compasión culpable—, no es eso.

La llegada de la comida marcó una pausa forzosa entre su palidez y la mía. Berta tenía mala cara y no estaba disfrutando de la conversación. Su aspecto, su gesto, la piedad mansa, casi humilde, con la que me trataba, me herían, pero también me curaban, como a un perro abandonado le alimenta la caricia cariñosa de una mano que no le da de comer.

—¿Qué es lo que ha pasado, Berta?

Ella había cogido los tres pisos de su sandwich con las dos manos, y me miró antes de cerrar los ojos para morder un pedazo tan grande como su boca.

—Eso no te lo puedo decir, Álvaro, de verdad... —había empezado a hablar con la boca llena y movió la mano en el aire para pedirme tiempo—. Es que ni siquiera sería bueno que te lo contara yo, no te gustaría enterarte por mí. Eso tiene que contártelo ella. Lo que sí te puedo decir...

Volvió a comer, y me di cuenta de que no estaba tan hambrienta como angustiada por la necesidad de escoger las palabras, la urgencia de decidir sobre la marcha qué podría y qué no debería contarme.

—Raquel está sufriendo mucho, Álvaro. Tanto como tú, o más que tú, porque ha sido culpa suya. Todo esto es una... salvajada, y ella lo sabe. Y se ha ido porque no quiere hacerte daño, pero no puede, ella tampoco puede soportar esto. Yo... No sé. A veces pienso que ha sido peor el remedio que la enfermedad, porque al principio parecía que lo mejor era quitarse de en medio, sí, yo también lo creía, pero ahora... No podía suponer... Los hombres de los que yo me enamoro nunca me persiguen tanto —sonrió, y a pesar de todo, le devolví la sonrisa—. Yo no podía suponer que tú fueras tan tenaz, pero el otro día quedé con ella y me enseñó una nota que le habías escrito, y... Estaba destrozada, y quería llamarte, y yo... Bueno, igual ahora me pegas una hostia, pero la verdad es que yo le quité la idea de la cabeza, porque tiene que pensarlo bien, no puede llamarte así como así, sin saber qué te va a decir, cómo te va a explicar... Pero no te enfades conmigo, Álvaro, por favor, porque yo... Yo sólo quiero que esto salga bien, y además no estoy siempre con ella, ando de gira, ya lo has visto, así que... En fin, lo que quiero decirte es que Raquel volverá, que aparecerá el día menos pensado. Porque no le conviene, pero está en un estado en el que nadie hace nunca lo que le conviene.

—¿Qué quieres...?

—No me hagas más preguntas, Álvaro —levantó una mano en el aire, cerró los ojos, y me sonrió elevando apenas las comisuras de los labios antes de interrumpirme —. Ya te he dicho más de lo que debería decirte.

Y sin embargo, todavía me dijo algo más cuando ya nos habíamos despedido, después de forcejear conmigo para empeñarse en pagar y darme un abrazo de propina junto con los dos besos protocolarios, al escuchar por última vez que de verdad, de verdad, no estaba enfadado con ella. Yo no me había marchado. La miraba desde la puerta del café mientras apostaba conmigo mismo a que sacaría el teléfono del bolso para llamar a Raquel antes de alcanzar el centro de la plaza, cuando de pronto se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos.

—Otra cosa, Álvaro —comprendí por el tono de su voz, la serenidad con la que me miraba a los ojos, que lo que iba a decirme no le parecía grave, comprometedor o importante—. No ha habido otro hombre, ni ahora ni antes del verano. En todo el tiempo que estuvo contigo no hubo nadie más. Te lo digo porque... En fin, somos todos muy mayores, y muy maduros, y muy cojonudos, pero... Si yo estuviera en tu lugar, me gustaría saberlo.

—Gracias, Berta —me había gustado saberlo.

—De nada.

Volvimos a besarnos, se marchó, y mucho antes de llegar al punto desde el que antes había retrocedido, sacó algo del bolso. No necesité apostar nada conmigo mismo, porque un instante después se dio la vuelta para mirarme y me dejó ver que tenía el teléfono en la oreja. Movió una mano en el aire para despedirse definitivamente de mí y durante un momento acaricié la idea de salir corriendo, asaltarla por la espalda, quitarle el teléfono, hablar con Raquel. Pero los dos sabíamos que yo nunca haría algo así. Por eso me limité a mirarla hasta que se perdió por uno de los arcos de la plaza, fui a recoger mi coche y me volví a Madrid.

Durante el viaje, intenté ordenar lo que había aprendido aquella noche. No parecía mucho, y sin embargo, era más de lo que había averiguado en un mes. Los silencios de Berta, la irregular secuencia de indecisiones que se habían ido acumulando en los puntos suspensivos de todas las frases que había dejado a medias, me habían parecido más relevantes que sus palabras, y en éstas brillaba más la oscuridad que la luz, con la única excepción de su última advertencia. Para ella no era importante, para mí sí, no tanto por la integridad de mi orgullo sino porque desarbolaba una hipótesis que había ido creciendo en mi imaginación por simple exclusión de todas las demás. Pero la certeza de que Raquel no se sentía atada a ningún hombre lejano en la distancia ni en el tiempo, no me ayudaba a entenderla. Me resultaba más útil la vaga profecía en la que Berta había envuelto la promesa de su retorno, aquella alambicada y pudorosa manera de decirme que estaba enamorada de mí, y sobre todo el relato de la llamada telefónica que ella misma había impedido, la prueba de que mis palabras más tontas, más cursis, más torpes, habían resultado también las más eficaces. Y sin embargo, ninguno de estos datos merecía tal nombre, ninguno me ayudaba a trazar un camino, ni me llevaba a un lugar distinto del que

ocupaba desde que descubrí que Raquel había desaparecido. Tenía que seguir esperando, ésa era la única conclusión, el verdadero saldo de aquel viaje. Tenía que esperar y esperé. No imaginaba que sería tan poco tiempo.

En el taxi que me devolvía al origen de todo, aquel suntuoso edificio de la calle Jorge Juan en el que nunca habíamos estado juntos y el último lugar donde se me habría ocurrido que volvería a verla, sentí una misteriosa nostalgia de la espera, el incomprensible deseo de detener aquel coche en el rojo infinito de un semáforo averiado para no llegar nunca y seguir estando a punto de tenerlo todo durante unas horas más. Nada me da miedo, había escrito en aquella nota torpe y tonta, precipitada, nada me da miedo, pero no era verdad. El taxista, que no podía saberlo, tampoco tardó más de diez minutos en detenerse ante aquel portal marmóreo, frío y aséptico como un mausoleo. La puerta estaba cerrada, pero tuve la precaución de empujarla antes de acariciar la tecla del Ático E con la yema temblorosa de un dedo encogido, más asustado que yo, y en ese instante, como en ningún otro momento de mi búsqueda, percibí una sensación de irrealidad que era física pero también aérea, una bruma blanquecina, espumosa, que lo envolvía todo, y a mí en el centro, como la luz incierta de los sueños.

Esto no está pasando, me dije, y no va a pasar nada, no puede pasar. Pero apoyé el dedo en el botón metálico y alguien abrió desde arriba sin preguntas ni condiciones. Mis zapatos hirieron la pureza del mármol recién encerado con un estrépito sordo, doble, regular, y el ascensor hizo mucho más ruido que mis pasos al detenerse en el portal desierto. En el trayecto hacia el séptimo, me miré en el espejo y me apiadé de un rostro que ahora entendía bien, mucho mejor que unos minutos antes. Era la cara de un hombre aterrado, consumido, solo y exhausto, era mi cara. Pero al llegar arriba me encontré con una puerta abierta, y tras ella, Raquel, vestida igual que el día que la conocí, una camiseta negra con dibujos blancos y unos vaqueros del mismo color que apenas traicionaban ya la luminosa desproporción de sus caderas. Estaba mucho más delgada, más pálida, tenía los ojos hinchados y la piel de los párpados fina y tensa como un pergamino. Al mirarla, vi el rostro de una mujer aterrada, consumida, sola y exhausta, tan parecido al mío, tan diferente, pero también vi a Raquel, una chica lista, tan guapa que había que mirarla bien, y mirarla dos veces, antes de verla del todo, y el amor de mi vida.

—Álvaro —dio unos pasos hacia mí, tan cortos, tan lentos como si tuviera todo el cuerpo magullado, y yo aún no podía hacer nada, no podía hablar, ni moverme, sólo mirarla—, Álvaro, tengo que contarte...

—No vuelvas a hacerme esto, Raquel.

Mis brazos tomaron por su cuenta la iniciativa de abrazarla y la estrecharon fuerte, mis manos recorrían su espalda, la reconocían, me reconocían a mí, que entonces pude volver a ser algo, a ser alguien, que volví a ser yo mientras la olía,

mientras la veía, mientras la tocaba, y me conmoví al pensar que iba a besarla, fui consciente de que iba a besarla, y la besé, y todo volvió a fluir con una sonrosada facilidad, la apacible costumbre del agua que corre.

—No vuelvas a hacerme esto nunca más...

Ella, colgada de mi cuello con la determinación de un náufrago que se aferra a la única tabla que flota en el océano, se apretaba contra mí, me devolvía los besos, me miraba como si su vida estuviera en mis manos.

—Si pudiera, ahora mismo te comería entera, te tragaría de una vez para tenerte siempre dentro, para saber siempre dónde estás, porque me he muerto, Raquel, ha sido igual que morirse, me he estado muriendo todo este tiempo, y no lo soporto, no podría soportar... No vuelvas a hacerme esto, nunca, por lo que más quieras...

Entonces, sin dejar de abrazarme, separó su cabeza de la mía, me miró a los ojos y me dijo lo único que yo necesitaba oír.

—Lo que más quiero eres tú, Álvaro.

—Y yo te quiero —la emoción me dolía como una herida, un corte limpio, la sangre alegre, roja, caliente—, te quiero, te quiero tanto...

—Tengo que contarte una cosa.

—Ahora no —volví a abrazarla, volví a besarla, volví a ser yo, y a ser algo—. Ahora no, por favor, ahora no quiero saber nada, no me importa nada, ahora no, Raquel, no...

Al llegar había sido consciente de que iba a besarla y mi propia consciencia me había conmovido. Después, cuando estábamos desnudos en una cama ajena que sabía latir con el corazón del planeta, porque la Tierra giraba sobre sí misma y alrededor de las caderas de Raquel entre sus cuatro esquinas, fui más consciente que nunca del valor de la belleza, del placer, de la alegría, la condición de todo lo que vive, porque todo quedó suspendido en el aire, pendiente del hilo transparente y fragilísimo de los labios de Raquel.

En esos labios me lo estaba jugando todo.

También fui consciente de eso cuando ella se alejó de mí, se tumbó muy derecha en el otro lado de la cama, colocó sus manos juntas debajo del pecho, cerró los ojos y, como un cadáver, habló por fin.

—Yo nunca me he acostado con tu padre, Álvaro.

Eso dijo.

Me dijo que nunca se había acostado con mi padre, y de repente tuve muchas ganas de reírme, y muchas ganas de llorar al mismo tiempo.

El 5 de mayo de 1956, don Julio Carrión González, de treinta y cuatro años de edad, contrajo matrimonio con la señorita Angélica Otero Fernández, de veintiuno, en la iglesia de Santa Bárbara de Madrid. La novia, bisnieta del conde de la Riva, lucía un vestido de seda salvaje firmado por Cristóbal Balenciaga y un velo de encaje de Malinas de herencia familiar. Actuaron como padrinos el padre del novio, don Benigno Carrión Moreno, y la madre de la novia, doña Mariana Fernández Viu. A continuación, los novios celebraron su felicidad con una cena para más de doscientos invitados en los salones del hotel Palace.

—Mira, Julio, tú eres rico, pero no eres respetable —Angélica había volcado en él aquellos ojos acuáticos, azulísimos, magnéticos, que le atraían y le inquietaban a la vez—. Hasta ahora, eso no tenía mucha importancia, porque eras joven y en España siempre se ha creído que a los hombres les conviene hartarse de golfería en su juventud y vacunarse para el resto de su vida, pero ya tienes más de treinta años y los señores respetables no siguen solteros a esa edad. En este país no. ¿Cuánto tiempo te crees que vas a durar, siempre solo, pálido y con ojeras, en todas esas recepciones llenas de obispos y de mujeres gordas de generales que sospechan que te llevas de putas a sus maridos? Eso se va a acabar, Julio, y tú lo sabes. A no ser que te cases pronto con una virgen de buena familia y le hagas dos o tres niños muy deprisa. Eso es lo que te conviene, pero no es fácil de encontrar, para ti no, por mucho dinero que tengas. Para ti sólo hay una mujer conveniente en el mundo, y esa mujer soy yo. De entrada, porque mi segundo apellido es Fernández, y a lo peor, algún día te sirve para contestar a algunas preguntas. Franco no va a vivir siempre, ya lo sabes. Y además, y sobre todo, porque yo sé muy bien quién eres, y sé lo que eres, Julio, un ladrón, un estafador, un impostor, un mentiroso, un golfo y un putero. Lo sé, pero te quiero. Siempre te he querido, desde la primera vez que te vi —lo dijo sin cambiar de tono, con un acento tan sereno, tan frío que no podía ser natural, un recurso artificioso y bien ensayado—. Piénsatelo, Julio.

Él sonrió casi con timidez, y no dijo nada. Estaban sentados en una terraza de Rosales, disfrutando de un tibio atardecer de septiembre, un sol languideciente, pero aún capaz de brillar, engañando a los árboles que aún no habían empezado a perder sus primeras hojas. No hacía frío, y sin embargo, cuando Angélica comprobó que el silencio de su jefe se alargaba, sostuvo un cigarrillo con dedos temblorosos y tuvo que frotar varias veces una cerilla antes de lograr que se encendiera, igual que si estuviera tiritando. Al verla, Julio volvió a sonreír con más decisión que antes, y sintió un calor difuso, inconcreto, que nacía de su vanidad, pero también de la admiración que le inspiraba aquella mujer.

—Estás nerviosa —supuso en voz alta.

—Sí —y Angélica le demostró una vez más que existían muchas maneras de ser valiente—. Muy nerviosa.

A Julio Carrión González siempre le había gustado Angélica Otero Fernández. Cuando la conoció y después, a pesar de su descaro, esa arrogancia casi suicida que cristalizaba en los desplantes cotidianos de la más insufrible de sus empleadas. En esos momentos, mientras le sostenía la mirada con la barbilla exageradamente alta y las aletas de la nariz hinchadas por el simple esfuerzo de respirar, Angélica le parecía insoportable, irritante y estúpida, pero ni siquiera entonces dejaba de gustarle. Había jugado mucho con ella cuando era una niña, y a veces tenía la sensación de que había vuelto desde Galicia sólo para eso, para seguir jugando con él aunque se hubiera convertido ya en una mujer.

—Hazme lo de Rusia, Julio...

Al escucharla, él percibía un eco perturbador en su voz, la promesa equívoca y procaz que flotaba alrededor de esas palabras que eran inocentes, que tenían que serlo aunque sugirieran a distancia una oferta sexual encubierta. Tal vez, incluso, pensaba a veces, hasta consciente, aunque lo fuera de alguna manera incompleta, vaga y brumosa. Por eso le gustaba hacerse de rogar, le gustaba mirarla mientras ella, doce, trece, catorce años, un cuerpo siempre demasiado desarrollado para su edad, aquellas imposibles poses de vampiresa que dejaban al aire las costras de sus rodillas y confirmaban sus mejillas tersas, sonrosadas, infantiles, con la aspereza de unas piernas desnudas y aún sin depilar, hacía un mohín enfurruñado, un gesto brusco con la cabeza, y su melena rizada, dorada, rubísima, ocultaba de pronto la mitad de su cara con la facilidad engañosa de un animalillo bien amaestrado.

—Házmelo, por favor, Julio... —y lo decía con voz mimosa, fingiendo una timidez que no conocía—. Hazme eso, anda.

Él no podía reprimir una sonrisa al recordar lo que otras mujeres le pedían con las mismas palabras, un acento parecido, sincero o profesional, lo mismo le daba. Después, se levantaba, la miraba, y pensaba que no era más que una niña, pero no acababa de creérselo.

—Bueno, espérame aquí. Voy a la cocina, a buscar una copa y una taza.

En aquella época, entre los veranos de 1947 y 1949, aquél se había convertido en uno de sus trucos preferidos. Tenía tanto éxito, sobre todo entre las mujeres, que siempre llevaba un trocito de esponja en el bolsillo. Al llegar a la cocina, lo hundía en el fondo de cualquier taza de paredes opacas, y después golpeaba con un punzón una de las barras de hielo que se usaban para conservar la carne y el pescado, hasta desprender un pedacito que colocaba justo encima de la esponja. Así volvía al salón, con la taza en una mano y una copa de las más pequeñas, de licor, con un poco de agua, en la otra.

—Yo tuve una novia en Rusia —decía, mirando a Angélica, que aplaudía, y sonreía, y se inclinaba hacia delante para sentarse por fin como una niña normal, derecha y con los codos apoyados en las rodillas—. Se llamaba Nadia y la quería

mucho, muchísimo. La quería tanto que, cuando nos separamos, estuve mucho tiempo llorando. Recogí en esta copa mis últimas lágrimas y se las mandé por correo —entonces, con los ademanes floridos, teatrales, que había aprendido de Manuel Castro, volcaba la copa dentro de la taza, donde la esponja absorbía inmediatamente el agua—. Ella me contestó, y me mandó sus propias lágrimas, pero como en Rusia hace tanto frío, se congelaron por el camino.

Entonces inclinaba la taza hasta volcarla sobre la palma de su mano, y de su interior no salía agua, sino un pedacito de hielo que depositaba enseguida en la mano de Angélica. Luego, en el instante que la niña invertía en quedarse mirándolo con la boca abierta, recuperaba la esponja con un rápido gesto del pulgar, la escurría un momento sobre la alfombra, se la volvía a meter en el bolsillo y dejaba la taza sobre una mesa, junto con la copa vacía, para que ella, en el momento en que volviera a mirarle, se lo encontrara con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Es increíble! —le decía entonces, cogiendo la taza, la copa, examinándolas por dentro y por fuera una y otra vez, hasta rendirse—. ¿Cómo lo haces?

—Eso no te lo puedo decir —y sonreía al rescatar en aquellos ojos acuáticos una chispa antigua de su propio entusiasmo—. Los magos nunca revelamos nuestros trucos.

Pero, aunque él llegó a estar seguro de que lo haría antes o después, Angélica no se ofreció a convertirse en su aprendiz. Ella no quería ser como él, sino estar con él, ante él, a su lado, mirándole, halagándole, admirándole siempre.

—Yo nunca te haré llorar, como la rusa esa —le decía cuando su madre no estaba cerca.

—Vete a tu cuarto, Angélica —porque cuando Mariana aparecía, la magia terminaba.

A veces, Julio pensaba que la hija no le haría tanta gracia si no fuera tan distinta de su madre, con la que sólo compartía la condición, atractiva en la menor, desafortunada en la mayor, de aparentar más edad de la que tenían. Mariana había nacido dos años antes que su prima Paloma, quien, a su vez, le sacaba a Julio casi seis, pero su cuerpo, su aspecto, esa severidad rígida y rasposa que cultivaba como una garantía de su decencia, desmentía las virtudes de la cronología. Cuando se conocieron, la madre de Angélica acababa de cumplir treinta y tres años. Apenas había rebasado el límite de la edad de las mujeres que Julio prefería, pero nadie lo diría. Y sin embargo, intentó seducirle.

Durante los primeros tiempos, mientras aún ignoraba las verdaderas intenciones de aquel chico tan simpático, Mariana llegó a pensar que, fueran cuales fueran los problemas que su repentina aparición pudiera llegar a causarle, nunca encontraría una solución mejor que casarse con él. Julio la llamaba un par de veces al mes para anunciar que quería ir a comer o a cenar a su casa, y lo hacía con tanta habilidad que,

al colgar, ella nunca sabía si había llegado a invitarle o se había invitado él solo, pero al principio sus visitas no la incomodaban, al contrario. Su invitado siempre era puntual y no solía acudir a aquellas citas con las manos vacías. A veces mandaba flores por anticipado, a veces las traía él mismo o llevaba el postre, pasteles, tartas, bombones y, cuando la anterior estaba a punto de agotarse, una botella de Pedro Ximénez para su anfitriona, que era muy golosa y aún más aficionada al vino dulce.

—¡Pero Julio, por Dios! —Mariana le recibía con una invariable cara de satisfacción y la misma queja blanda, protocolaria—, ¿por qué te has molestado?

—No es ninguna molestia —él también formulaba una respuesta idéntica y envuelta en su sonrisa más encantadora.

—En fin, tú siempre tan espléndido, y yo... —entonces desviaba la mirada hacia el suelo para adoptar un gesto pudoroso, humilde y tan estrictamente calculado como ineficaz, casi ridículo, para los ojos a los que iba destinado—. Yo no tengo nada que ofrecerte, nada con lo que corresponder a tantas atenciones. Sólo soy una pobre mujer...

Gorda, completaba él, reconociendo a distancia las mollas de carne fofa que sobresalían de una faja dura como una coraza, a la altura de los omóplatos y más abajo. Torpe, añadía para sí mismo, al comprobar que ni siquiera sabía pintarse los labios sin mancharse los dientes de carmín, ni ponerse colorete sin teñirse con él los pelos que le nacían al borde de las sienes. Idiota, se decía después, y que sólo una tonta de remate podría conservar aún las esperanzas de conquistarle, y puta, reputa, más que puta, porque con tantas novenas a cuestas, tantos años de misa diaria, estaría dispuesta a abrirse de piernas sin rechistar en el mismo momento en que él se lo pidiera. Eso era lo que Julio Carrión González pensaba de Mariana Fernández Viu, pero se guardó mucho de decírselo antes de tiempo.

—Por favor, Mariana —respondía a cambio—, soy yo el que tiene muchas cosas que agradecer.

—Qué tontería, si eres ya como de la familia. Pasa, anda, siéntate, yo voy a llevar esto a la cocina en un momento, no tardo nada...

Entonces, mientras la veía desaparecer por el pasillo con su sonrojo fingido y la mano que tuviera libre empeñada en eliminar las arrugas de su vestido sin conseguirlo, Julio se daba la vuelta, y allí, apoyada en la pared o en el quicio de la puerta, con las caderas ladeadas, el cuerpo en tensión y el uniforme del colegio, estaba Angélica.

—¿Y a mí qué? —fingía un enfado tan falso como la vergüenza de su madre con una gracia instintiva, el encanto que Mariana jamás tendría, y en los ojos, el azul profundísimo de un mar de aguas limpias—. ¿A mí no me has traído nada?

—A ver, a ver... —él se acercaba despacio, con el sigilo de un gato, pasos lentos, silenciosos, que desataban una excitación gozosa, instantánea, en su inminente

víctima—. No sé, la verdad, aunque... Espera, ¿qué tienes aquí? —y acercaba a su cara una mano abierta para cerrarla al borde de una de sus orejas—. ¡Pero, bueno, qué es esto! Si te crecen chocolatinas en la cabeza...

La alegría desordenaba a Angélica, la devolvía a su verdadera condición, la de una niña que no controlaba sus movimientos al colgarse del cuello de un adulto, para besarle y abrazarle mientras sus pies botaban sobre el suelo. Julio se dejaba estrujar, aspiraba el aroma de su colonia infantil, y pensaba que era una suerte que fuera tan pequeña, porque si tuviera la edad suficiente para elaborar un discurso parecido al de Mariana, tal vez acabaría cediendo algún día a la debilidad de aceptar las compensaciones que su madre le ofrecía en vano una y otra vez. Luego, la dueña de la casa regresaba con un aperitivo para dos primorosamente dispuesto en una bandeja de plata repleta de platitos, servilletitas, tapetitos y galletitas, y mientras servía el vermú como si su hija no existiera, multiplicaba sus pobres recursos de seductora inepta. En aquellos trances, Julio se divertía de verdad, gracias a la reacción de Angélica, que hinchaba los carrillos, fruncía las cejas, meneaba la cabeza o cerraba los ojos un instante para completar, entre el escándalo y la burla, un catálogo completo de gestos de desaprobación, cada vez que su madre se inclinaba sobre su invitado más de la cuenta o le acariciaba un brazo sin motivo aparente. Después, comían los tres juntos, pero Mariana no se dirigía a su hija en ningún momento hasta que Matilde llegaba con los cafés.

—Vete a tu cuarto, Angélica.

La sobremesa era el momento que el invitado elegía para asestar sus sucesivos golpes, pero su estrategia era astuta, calmosa. Siempre esperaba a que Mariana se hubiera recuperado por completo del disgusto anterior para hacerla avanzar un paso más hacia su ruina. En general, Julio pensaba que la primera y más torpe usurpadora del patrimonio de los Fernández Muñoz no era una mujer muy inteligente y que carecía de agudeza visual, porque parecía incapaz de distinguir los auténticos propósitos de su invitado, a quien agradecía de vez en cuando en voz alta los esfuerzos que estaba haciendo para mejorar la situación de su familia exiliada. Sin embargo, en algunos momentos percibía en los ojos de su víctima un destello de lucidez que le hacía dudar de sus juicios previos. Entonces recordaba que, en el fondo, aquello no tenía ninguna importancia. Lista o tonta, Mariana no tenía nada que hacer, y él la sartén por el mango.

—¿Y nunca te sientes solo, Julio? Tan joven, sin nadie que te cuide, nadie que se preocupe por ti, por hacerte feliz... No sé, algunas noches me quedo pensando que yo misma...

—No te preocupes por mí Mariana —anda, que lo que es conmigo vas dada, rica —. Soy un solitario, ya te lo he dicho otras veces. No echo nada de menos.

La mayoría de aquellas comidas se quedaban en eso, visita, regalos y un poco de

conversación, al principio sólo infructuosa, aunque se fue cargando de angustia poco a poco para llegar a bordear la desesperación al final. Julio se dejaba querer, mantenía una distancia risueña, cortés, y procuraba no desalentar en exceso a Mariana porque su actitud le convenía mucho más que una hostilidad declarada antes de tiempo. De hecho, mientras ella calculaba que una boda acabaría con todos sus problemas, él sopesó por su parte la posibilidad de llevársela a la cama. Lo habría hecho muy tranquilamente si le hubiera gustado, pero Mariana Fernández Viu, por debajo del carmín y los vestidos ceñidos, seguía raspando, y su Verdugo no teñía prisa, ni motivos para tenerla.

—Mi marido era un buen hombre, serio, trabajador, pero estaba muy delicado de salud, enfermó siendo aún muy joven, ¿sabes?, y nunca se recuperó. Yo no sé lo que es un hombre de verdad, fuerte, con empuje, con ambición, capaz de protegerme, de ofrecerme cobijo, y daría cualquier cosa...

—Eres muy joven todavía, Mariana —pues por ahí tampoco va a ser, ya ves—. Estoy seguro de que antes o después encontrarás un hombre a tu medida, no un crío como yo, sino todo un señor, como el que tú te mereces.

El año 1948 fue el primero bueno de verdad para don Julio Carrión González desde que, en 1933, su madre decidió meterse en política. En primavera terminó de liquidar los olivares de María Muñoz, y al final del verano, copas, putas y reservados también en algunas grandes fincas de recreo de Toledo y Salamanca, vendió el cortijo por un precio superior al que esperaba. Para aquel entonces, ya había empezado a reinvertir sus ganancias al mismo ritmo en que había ido obteniendo, más copas, más putas, más reservados, licencias de construcción en un Madrid arrasado por los bombardeos y habitado por una masa oscura de seres encogidos cuya principal preocupación era encontrar un lugar donde vivir. Las empresas inmobiliarias florecían de la mano de una especulación salvaje para hacer ricos a hombres como él, atractivos, simpáticos, inteligentes y con talento. Él tenía el suficiente para saber que no le interesaba correr, llamar la atención, enriquecerse demasiado aprisa para sembrar envidias o suspicacias en el delicado tejido de las élites corruptas, la dorada podredumbre en la que aún no le quedaba más remedio que moverse como un doble advenedizo, social y económico. Julio Carrión González no había olvidado que hasta los más listos se vuelven tontos cuando tienen delante a alguien más listo que ellos, pero recordaba aún mejor que no debía fiarse ni siquiera de sí mismo. Por eso actuaba con una extremada precaución, asegurando cada paso que daba, sin ostentar su repentina riqueza ni pronunciar una sola palabra más de las imprescindibles. Sus frecuentes visitas a la casa de Mariana Fernández Viu no eran más que otro tornillo en un engranaje diseñado con la paciencia y la meticulosidad de un constructor de relojes.

—Me preocupa Angélica, ¿sabes, Julio? Es tan impulsiva, tan caprichosa... Me

trae de cabeza, un día de éstos va a acabar conmigo. Claro, viviendo las dos solas, sin la autoridad de un hombre, pues, qué puedo hacer... Pero, con ese carácter que tiene, también me da miedo meter aquí a alguien, porque... Yo creo que tú eres la única persona con la que se lleva bien.

—Yo no creo que debas preocuparte por eso —es que vas de mal en peor, ricura —. Angélica es muy despierta. Inteligente, rápida, fuerte, capaz de protegerse a sí misma. Y guapa.

—¿Tú crees? —y fruncía el ceño, para que su invitado leyera en esa arruga cuánto le molestaba aquella afirmación.

—Pues claro que lo creo —pero él la confirmaba con vehemencia—. Tu hija es muy guapa, y lo va a ser todavía más. Dentro de nada, será ella la que cuide de ti, ya lo verás.

Mariana Fernández Viu nunca pudo probar que Julio Carrión González era un ladrón. Jamás vio, escuchó ni averiguó nada que le permitiera demostrar lo que sabía, lo que fue intuyendo y sólo acabó de adivinar al final, sin lograr arrancarle una confesión completa ni siquiera entonces. Julio la llamaba, acudía a sus citas, le llevaba flores o bombones, se sentaba a su mesa, hablaba con ella, le daba las gracias al despedirse y se comportaba como un caballero en todos los sentidos, pero no soltaba prenda. Mariana no sabía con precisión a qué se dedicaba —bueno, tengo algunos negocios, aquí y allá—, ni cuánto dinero tenía —ahora las cosas empiezan a irme bien, no me puedo quejar, pero todo va despacio—, ni cuáles eran sus ideas políticas —vivimos un momento muy delicado, ¿no crees?, con sus cosas buenas y sus cosas malas, pero lo importante no es eso, sino trabajar por España, cada uno en su sitio—, ni qué pretendía de ella en realidad, muchísimas gracias por todo, Mariana, por la comida y por la compañía, no podría decirte cuál de las dos cosas me ha gustado más...

Él la desorientaba a conciencia, y a veces optaba por una timidez fingida, a veces por una melancolía igual de imaginaria, o escogía maneras diferentes de ser encantador, más o menos alegres, más o menos achuladas, más o menos seductoras, pero nunca se apartaba del rasgo esencial de su personaje. Había decidido que, en aquella casa, Julio Carrión González debía de ser más que un conocido pero menos que un amigo, un contacto agradable pero tan precario como todos los acontecimientos fortuitos, un hombre con la apariencia de estar bien situado en el régimen pero, al mismo tiempo, la sombra de los Fernández Muñoz, y eso era. No dejaba pasar la ocasión de dar a Mariana noticias de Ignacio y de sus padres, pero tampoco descuidaba la obligación de contarle anécdotas en las que estuvieran envueltos los hermanos Sánchez Delgado o sus amistades. Con el tiempo descubrió que lo más eficaz era conectar ambos mundos.

—Fíjate qué curioso —comentaba como de pasada, después de que Mariana

hubiera mandado a Angélica a su cuarto, mientras la veía servir el café—, el otro día me presentaron a un general... Ahora no me acuerdo de cómo se llama, bueno, da igual, me lo presentó Romualdo Sánchez Delgado, ese subsecretario del Ministerio de Agricultura que es tan amigo mío, ya te he hablado de él, ¿no? —ella asentía con un gesto cauto y se obligaba a sonreír—. Pues el caso es que este general era muy amigo de tu tío Mateo antes de la guerra, y me habló muy bien de él. Un español de una pieza, dijo, honorable, capaz, valioso en todos los sentidos. Y añadió que estaba dispuesto a mover todos los papeles que hicieran falta para animarle a volver. No podemos prescindir de gente así, Carrión, eso me dijo. El otro día, escribí a Ignacio para contárselo...

Mariana nunca respondía a estas noticias, pero Julio la veía palidecer, revolverse en el asiento, frotarse las manos con una insistencia frenética, y aquel espectáculo le tranquilizaba tanto que hacía florecer su sonrisa más encantadora de una manera casi automática, para mantenerla imperturbable sobre sus labios en las dos o tres visitas siguientes. A aquella mujer le daba miedo todo, que su familia volviera y que siguiera viviendo en Francia, que Julio estuviera contento y que le dijera que las cosas no iban bien, que la llamara con regularidad y que, de pronto, desapareciera un par de meses sin explicar por qué, ni antes ni después. Mientras tanto, él descubría que seguía careciendo de asideros, ninguna protección más eficaz que su amistad con un par de párrocos y ciertas damas beatas de su barrio, una garantía que no había sabido aprovechar ocho o nueve años antes para intentar legalizar su usurpación, y que ahora ya no servía para nada que no fuera arriesgar unos avances progresivamente histéricos, tan lamentables que llegaban incluso a sonrojar a su invitado.

—Hace calor hoy, ¿no te parece? Es como si la primavera se insinuara en el aire, no sé, noto... Estoy notando una especie de hormigueo en todo el cuerpo, un picor, o no, pero algo parecido, como la sensación que se tiene después de tomar dos copas de champán, o tres, cuando a una le entran ganas de hacer locuras, y... Si tú quisieras, podríamos abrir una botella y brindar por...

—No, Mariana, no vamos a brindar —porque ella se había quitado ya la chaqueta, se había inclinado sobre la mesa, fruncía los labios en un mohín caprichoso, y Julio no podía soportarla ni un minuto más—. Tenemos que hablar. Del piso de la calle Hartzenbusch.

—¿Del piso de Hartzenbusch...? —y hasta la última hebra de esa sensualidad falsa y mal aprendida que pretendía lucir como un vestido prestado, demasiado grande, se evaporó en aquellos puntos suspensivos—. ¿Y por qué? ¿Es que hay algún problema con el piso de Hartzenbusch?

—Ninguno —y su invitado ya no sonreía—. Al contrario, el otro día estuve allí. Hablé con tus inquilinos, que fueron muy amables y me enseñaron la casa. Muy bonita, por cierto, un cuarto piso, exterior, con mucha luz, la cocina bastante grande,

dos salones y tres dormitorios, ¿no?

Mariana asintió con la cabeza mientras se cerraba la chaqueta con los puños cruzados sobre el pecho y Julio volvió a sonreír, como si pretendiera celebrar su retorno a la decencia, antes de seguir hablando.

—Luego estuvimos... Cambiando impresiones. Tuve que explicarles la situación, claro, que tú no eres la dueña del piso, que no tenías ningún derecho a alquilárselo cuando lo hiciste, que llevas diez años cobrando una renta que no te corresponde... No se pusieron muy contentos, desde luego, pero cerré un trato con ellos. Se han comprometido a dejar el piso libre a primeros de junio, a cambio de una pequeña indemnización que no pienso cobrarte, se la pagaré yo, no te preocupes... Van a instalarse en un piso nuevo, de un edificio que estoy terminando más allá de la plaza de toros, en un barrio peor que éste, eso sí, más lejos, menos metros y el mismo alquiler, porque todo está subiendo una barbaridad, y los alquileres lo que más, como la espuma... Al principio, la idea tampoco les gustó mucho, pero acabaron por entenderlo y tendrán que marcharse, ya lo saben. Y ahora ya lo sabes tú también.

—Pero yo... ¿Por qué tengo yo que saber...?

Mariana había logrado conservar la compostura a duras penas, pero no podía controlar el color de su cara, ni el pequeño temblor que sacudía a un tiempo sus manos, sus labios, sus párpados. Julio nunca la había visto tan alterada pero no se sorprendió, porque hasta aquella noche de febrero de 1949, sus sucesivas gestiones la habían ido despojando de bienes considerables pero muy lejanos, los que producían unos olivares que ni siquiera conocía antes de la guerra. El piso que Mateo Fernández Gómez de la Riva había comprado para su hija Paloma en la calle Hartzenbusch era una propiedad mucho menos valiosa, pero representaba el desembarco de Julio Carrión en su territorio, Madrid, su barrio, una intervención directa en las coordenadas inmediatas de su vida, el círculo cercano, íntimo, que hasta entonces había permanecido al margen de cualquier cambio. Él lo sabía, y sabía también que Mariana había tenido que reajustar su economía alrededor de aquella renta que era ya su único ingreso regular aparte de su pensión, pero adoptó el acento más tranquilizador entre los que disponía para explicarle sus planes, como si ella tuviera la menor opción de oponerse a ellos.

—Este piso —señaló el espacio que les rodeaba con un movimiento de la mano— es enorme, Mariana, y muy valioso. Tú lo sabes. Además, es demasiado grande para vosotras y la pobre Matilde, que se mata trabajando y no da de sí para limpiarlo ella sola. ¿Cuántas habitaciones os sobran, cinco, seis? Y eso sin contar con el despacho, que no lo usas para nada... Si lo piensas un poco, te darás cuenta de que el piso de Hartzenbusch os conviene mucho más. Es más pequeño, más recogido, más fácil de limpiar. Si os organizáis bien, ni siquiera necesitaríais a Matilde, y tendríais sitio de sobra. Era la casa de Paloma, ya lo sabes, y ella estaba casada, y tendría una criada,

supongo, o sea, más o menos igual que tú, que por aquel entonces vivías en Blasco de Garay, en un piso que, por lo que se ve del edificio por fuera, debía de ser más pequeño y más feo que el suyo. Por eso he pensado que lo mejor es que os mudéis allí después del verano. Angélica no tendría que cambiar de colegio, ni tú de costumbres, está aquí al lado.

—Ya, no, si en eso tienes razón, pero... —Mariana volvió a retorcerse las manos mientras buscaba, sin conseguirlo, la mejor manera de explicarse.

—Y para este piso puedo encontrar enseguida un buen comprador —Julio siguió como si ella no hubiera dejado nada pendiente—, porque sirve para vivienda de una familia numerosa, y ya sabes que ahora eso se lleva mucho, pero también como despacho. Es ideal para una notaría, o un bufete de abogados importante, y...

—Ya —Mariana levantó una mano en el aire, tomó aire, se impuso a su invitado —. Pero es que yo vivo del alquiler de Hartzenbusch.

—¡Mariana! —Julio la miró con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creer lo que acababa de escuchar, y los cerró un momento después, mientras negaba con la cabeza, en su rostro una expresión irónica donde el escándalo se mezclaba con el pudor—. Mariana, por Dios, no me obligues a recordarte...

—No, no, si lo sé —ella, los hombros hundidos, los ojos húmedos, no le obligó a nada, pero insistió con un hilo de voz aterrada—. Lo único que digo es que... Bueno, que yo vivo de ese alquiler.

—Pero tienes tu pensión. Tengo entendido que los amigos de tu marido te la arreglaron para que cobres el máximo, lo mismo que si los rojos le hubieran paseado.

—Ya, pero con la pensión sólo tengo para ir tirando.

—¿Y qué más quieres? —Julio endureció su voz en la misma medida en la que ensanchó su sonrisa—. Ya les hubiera gustado a tus tíos tener algo para ir tirando cuando cruzaron la frontera, ¿no? —Mariana se tapó la cara con las manos y él se mudó a un tono más suave—. Además, con eso es con lo que nos conformamos todos, con ir tirando. Y tu situación no es tan mala. Aparte de que vas a seguir teniendo casa gratis, te sobra sitio, ya te lo he dicho. Puedes alquilar una habitación, o hasta dos, si duermes en el mismo cuarto que tu hija.

—¿Huéspedes? —y la desolación se extinguió en un póstumo destello de rabia—. ¿Me estás pidiendo que coja huéspedes?

—No te estoy pidiendo nada, Mariana, nunca lo haría. No tengo derecho a meterme en tu vida, ya lo sabes. Te estoy dando un consejo, nada más. Tú verás si lo aceptas o no, pero te advierto que, en los tiempos que corren, tener huéspedes no es ningún desdoro. Muchas viudas respetables lo hacen y no pasa nada, porque escogen entre personas de reputación intachable, estudiantes de buena familia, seminaristas, funcionarios, señoritas... Por eso creo que te conviene pensarlo, sólo eso, y tampoco corre prisa. No tendríais que mudaros a Hartzenbusch hasta septiembre. Podéis pasar

el verano en Torrelodones, como todos los años. Y luego ya veremos...

Pero no hubo nada que ver. Mariana nunca llegaría a mudarse ni a elegir a sus huéspedes con cuidado, porque cuando a Angélica le dieron las vacaciones, el piso de Hartzenbusch ya estaba vendido. Julio quería alejar a Mariana de Madrid para hacer el menor ruido posible, camuflar su ausencia entre la de todos los vecinos que descansaban fuera de la ciudad, limitar el número de conocidos a los que pudiera recurrir en busca de amparo. Sus relaciones no le inquietaban, pero tampoco le interesaba hacerse famoso, dar que hablar, convertirse en tema de conversación en algunos círculos, inofensivos en sí mismos, que pudieran llegar a cruzarse con otros, más peligrosos. Prefería seguir resultando simpático, un hombre encantador hasta el final, y por eso, a primeros de julio, un par de días antes de vender el piso de la glorieta de Bilbao, hizo empaquetar todas las propiedades personales de la señora Fernández Viu, y las guardó, en uno de sus almacenes hasta la última semana de agosto. Durante el verano, sus visitas a Torrelodones fueron menos numerosas que las de los dos años anteriores, y su frecuencia repercutió en la exasperación de Mariana en una proporción más que inversa.

—Julio, si tú quisieras...

—Vístete, Mariana, por favor. No quiero abusar de ti, nunca me lo perdonaría.

Hasta el 12 de septiembre. Ese día, a las diez de la mañana, Julio cruzó la verja de la Casa Rosa en un taxi abarrotado de bultos, cajas, maletas y paquetes de todos los tamaños que su propietaria reconoció antes de que el conductor tuviera tiempo de dejarlos en el suelo.

—¿Qué significa esto? —y su propia sangre ya parecía haber huido de su cuerpo despavorida y en desorden, como las tropas de un ejército derrotado.

—Son tus cosas, Mariana —Julio sonrió—. Espero no haberme equivocado al seleccionarlas. He vendido la casa de la glorieta de Bilbao.

—¿Ya? Pero, entonces... —se quedó callada, tragó saliva, logró recomponerse, no del todo—. Bueno, ya me habías dicho que tendríamos que mudarnos a Hartzenbusch, y me parece bien, no creas, tienes razón en lo que dices, pero no esperaba que todo fuera tan rápido, me habría gustado recoger la casa, llevarme algunos muebles, y...

—Los muebles no son tuyos, Mariana —Julio seguía sonriendo—. Los he vendido también. Son muy buenos, ahora ya no se hacen muebles así.

—Entonces, en la casa de Hartzenbusch... Claro, estarán los muebles de Paloma, porque, si no...

—Pues no, tampoco —y Julio aún sonreía—. La casa de Hartzenbusch está vacía. Los compradores no la han ocupado todavía, creo. La vendí el mes pasado.

—Pero..., pero... —Mariana Fernández Viu se tambaleó, retrocedió unos pasos, se sentó en una silla, le miró con los ojos muy abiertos—. Me has dejado en la calle,

Julio.

—Sí —y por fin su sonrisa cesó, pero su ausencia no se reflejó en el tono de su voz, siempre suave—. Justo donde te mereces estar.

¿Esto era lo que querías, no, Palomita? Julio Carrión, de pie en el porche de la casa más bonita de su pueblo, encendió un cigarrillo, miró a su alrededor, y sintió palpitar la muesca endurecida y seca que ocupaba en su pecho el mismo lugar donde otros hombres tienen el corazón. No dirás que no cumplo mis promesas, Paloma. Y había crecido mucho desde aquella noche de París, había crecido tanto que ya sabía que no le convenía escribir otra nota que luego no se atrevería a enviar, pero tampoco pudo morderse la lengua.

—¿Sabes por qué no me he acostado contigo, Mariana? —ella, los ojos clavados en la falda, no levantó la cabeza para mirarle—. En París me acostaba con tu prima Paloma.

—¡Hijo de puta!

Mariana Fernández Viu se levantó de repente para abalanzarse sobre Julio Carrión González como un animal enfurecido, los puños por delante, golpes, arañazos, patadas que no llegaron a impactar en el cuerpo del hombre que logró sujetarla pero no impedir que siguiera hablando, escupiendo insultos con el instinto desesperado, impotente, de una serpiente inmovilizada que cascabelea, y enseña los dientes, y mueve la lengua, aunque sepa que acaban de extirparle todo su veneno.

—¡Hijo de puta, cabrón, miserable! ¿Cómo te atreves a hablarme así? ¿Cómo has podido...? Paleto de mierda, ¡te voy a hundir! ¿Me oyes? Te voy a hundir, voy a acabar contigo, hijo de la gran puta, cabrón, cerdo, que no eres más que un cerdo desagradecido, y un monstruo, eres un monstruo hijo de puta...

—No, Mariana —Julio estaba muy tranquilo, y procuró que esa condición se reflejara en su rostro mientras sentía cómo se iba aflojando el cuerpo que sostenía—. No vas a hundirme porque no puedes. Y tienes razón en una cosa, soy un paleto pero, aparte de eso, lo que dices de mí te lo puedes aplicar a ti misma. Con una diferencia. Yo soy el más listo de los dos, Mariana, y tengo todo lo que tú no tienes. Para empezar, a la ley de mi parte.

—¿Quién eres tú, Julio? ¿Qué eres tú? —se desprendió de sus brazos con un repentino gesto de repugnancia, volvió a sentarse, le miró a los ojos—. ¿Eres comunista, como mi primo? ¿Eres un espía, eres un ladrón? ¿A qué te dedicas en realidad, qué haces con el dinero? ¿Te lo quedas tú, se lo mandas a mi tío, se lo das al partido? ¿O eres masón? Y si no lo estás robando, ¿cómo es que te van tan bien las cosas? ¿Y por qué...? —hizo una pausa, bajó los ojos, volvió a levantarlos, le miró con toda la inmensa lástima que en aquel momento se inspiraba a sí misma—. ¿Por qué me has hundido, Julio Carrión? ¿Qué te he hecho yo para que me hundas?

—Nada —él encendió otro cigarrillo, aspiró el humo, miró a su víctima con

benevolencia, una promesa de sonrisa en los labios y el encanto pacífico del hombre más simpático del mundo—. No me has hecho nada, Mariana, pero estabas donde no tenías que estar. No es más que eso, no tengo ninguna otra cuenta pendiente contigo. Es más, quiero ayudarte. Aquí... —metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó un sobre blanco y lo abrió para revisar su contenido, como si no lo conociera, antes de dejarlo en la mesa—, aquí hay dos billetes de tren, en primera clase, para el expreso de Galicia que sale mañana a las ocho y media. Os he reservado una habitación doble en el Carlton, por si os apetece pasar esta noche en Madrid para no madrugar tanto. Y he añadido un poco de dinero, para que no os falte de nada durante el viaje. Así, al llegar a Pontevedra, podéis coger un taxi y viajar cómodamente hasta la casa de tus padres. Supongo que les hará mucha ilusión veros. Y, por cierto —miró el reloj y levantó las cejas para simular que se le estaba haciendo tarde—, yo voy a bajar al pueblo, a ver al mío, que ya habrá salido de misa. Luego le invitaré a comer en el mesón de la plaza, cordero asado, que le gusta mucho, al pobre. Volveré por la tarde, para despedirme... ¡Ah! Y otra cosa —se dio la vuelta para mirarla cuando ya había empezado a andar hacia las escaleras—. No tengas prisa, no hace falta. He contratado el taxi para todo el día. Aquel señor estará esperándote aquí hasta que lo tengas todo preparado.

—¿Y si no acepto?

Ya había empezado a bajar cuando escuchó esa pregunta y se volvió para encontrar a Mariana de pie, muy tiesa, colorada de indignación y aferrando el sobre con las dos manos.

—Puedes hacerlo, por supuesto —respondió con la misma serenidad con la que se había dirigido a ella en todos los momentos de aquella mañana—, pero no te lo aconsejo. Créeme, Mariana, no va a servir de nada. No tienes nada que hacer, en serio. Y yo no voy a ser siempre igual de generoso. Por supuesto, puedes insistir en quedarte aquí hasta que consiga una orden de desahucio. Yo sería incapaz de sacarte por los pelos, ya lo sabes, y ganarías algunos días. Sólo unos días, porque yo sigo siendo el representante legal del dueño de esta casa y tú una inquilina indeseable que no paga el alquiler. No me llevaría mucho tiempo convencer a un juez, y luego tendrías que pasar por la vergüenza de que venga la policía a echarte por la fuerza y a tirar tus cosas en la calle. ¿Tú crees que te compensa? También podrías instalarte en Madrid, en una fonda, porque no creo que tus ingresos te permitan pagar otra cosa, sí, pero ¿para qué? ¿Qué ganarías con eso? Con lo caro que está todo y sin ningún gasto cubierto, Angélica y tú tendríais que pasar apuros para que te alcanzara a pagar la cuenta y comprar dos billetes mucho peores que los que te acabo de regalar. Sin embargo, si aceptas y vuelves ahora a casa de tus padres, con tu pensión de viudedad tendrás de sobra para tus gastos y los de tu hija. Ya sé que te gusta más vivir en Madrid, pero a veces hay que elegir entre lo que uno quiere y lo que uno puede, y tú

no puedes hacer otra cosa, Mariana. Hazme caso, porque sé muy bien lo que te estoy diciendo. Ya lo has consultado con un abogado, ¿no? Un chico joven que se apellida Tejerina y tiene un despacho en la calle Velarde, no sé quién me lo contó, pero lo sé, y sé que él te dijo lo mismo que te estoy diciendo yo. Si no nos crees, ni a ese abogado ni a mí, puedes buscar otro, no te llevará mucho tiempo, pero lo mismo te da ir a ver a uno de Pontevedra que a cualquiera de aquí. Todos habrán estudiado la misma carrera, conocerán las mismas leyes y te darán la misma respuesta. Por eso creo que te conviene aceptar mi oferta. Por eso, y porque no pienso volver a repetirla.

Mariana todavía le sostuvo la mirada unos instantes, pero no abrió la boca. Cuando comprobó que no le quedaba nada que añadir, Julio terminó de bajar las escaleras, recorrió el camino sin mirar hacia atrás, cruzó la verja, le dio instrucciones al taxista, que había aparcado fuera, y bajó hasta el pueblo dando un paseo para cumplir con la rutina de todas sus visitas. Pagó a Evangelina, saludó a los conocidos, reservó la mejor mesa del mesón, la ocupó a las dos en punto, sonrió al ver cómo disfrutaba su padre de la pierna de cordero que había pedido para él, invitó a un café, y luego a una copa, al cabo de la Guardia Civil, y pagó un par de rondas para los amigos de Benigno, con los que estuvo un buen rato jugando al dominó. Después, cerca ya de las siete, se despidió de todos, deslizó un par de billetes en el bolsillo de una americana nueva, flamante, que él mismo había comprado quince días antes —tome, padre, para usted, y si necesita algo más, si le hace falta algo, lo que sea, llámeme, por favor, o dígale a Evangelina que me llame, que ella también tiene mi número— y volvió a subir andando la cuesta que había bajado por la mañana.

No encontró el taxi aparcado fuera de la verja. Estaba dentro, delante del porche, con el maletero abierto y lleno de bultos. Mariana, con el sombrero puesto y un rostro tan carente de expresión como el de una estatua, supervisaba los afanes del taxista y de Matilde, que estaba tan campante como si no la acabaran de despedir, aunque había puesto mucho cuidado en no decirle a nadie que don Julio había hablado con ella cuando todavía estaban en Madrid, por si le interesaba servir en su casa después de las vacaciones, que desde luego que le interesaba, porque había empezado subiéndole el sueldo con la única condición de que no abriera la boca para no darle un disgusto a su señora, que estaba arruinada y aún no quería darse cuenta, pobrecilla.

—Me alegra mucho comprobar que has decidido ser sensata, Mariana.

—Ésta no es la última vez que nos vemos, Julio —pero no se atrevió a mirarle—. Acuérdate bien de lo que te digo.

Él sonrió. No lo creo, respondió para sí mismo, pero no quiso proseguir aquella conversación. Después, sus cálculos se fueron cumpliendo con exactitud y sin contratiempos. Pasó el tiempo, terminó 1949, empezó 1950, vendió también a buen precio la casa de Torrelodones, comprobó que nada ni nadie conectaba su nombre con el de la familia Fernández Muñoz, se relajó por dentro, después por fuera, fue

abandonando poco a poco sus antiguas precauciones, se sintió más seguro, más audaz, se acostumbró a frecuentar a la buena sociedad, se hizo popular entre los hombres y aún más entre las mujeres, su nombre empezó a aparecer en las crónicas de los periódicos entre el de otros invitados a las fiestas y banquetes más selectos de cada temporada, y se acostumbró a que nadie se dirigiera a él sin el don por delante. Hasta que una mañana de marzo de 1954, cuando ya casi se había olvidado de quién había sido una vez Julio Carrión González, su secretaria golpeó la puerta de su despacho con los nudillos.

—Tiene usted una visita, don Julio.

—¿Tan pronto? —y frunció las cejas antes de mirar la agenda que estaba abierta sobre la mesa.

—No, no es don Alejandro —Amparo, que era una monada, le sacó del error con una sonrisa—. Es una chica muy joven, que no ha llamado antes. Yo no la conozco, pero me ha dicho que está segura de que la recibirá, porque es como de la familia. Se llama Ángela... —miró un momento el cuaderno que llevaba en la mano—, no, Ángela no, Angélica. Angélica Otero Fernández.

—¡Angélica! —Julio se quedó mirando a su secretaria con la boca abierta por el estupor y no fue capaz de añadir nada más.

—Bueno... —su secretaria insistió con timidez, después de unos segundos—. ¿Qué hago? ¿La invito a pasar o le digo que venga otro día?

—No, no —miró el reloj para ganar tiempo, se preguntó qué podría esperar de aquella visita y no fue capaz de responderse—. Que pase ahora, mejor.

Un instante después la tenía delante, con la misma melena rizada, dorada, rubísima, las caderas ladeadas, el cuerpo en tensión, un gesto arrogante en la barbilla y los ojos del color de un mar de aguas limpias. No había cambiado mucho, porque la mujer en la que se había convertido era un desarrollo impecable de la niña que Julio recordaba, y los detalles que veía por primera vez, los tacones, el bolso, las medias, la rotundidad consciente de los pechos, de las caderas, le sorprendieron mucho menos de lo que contribuían a consolidar aquel recuerdo. Le conmovió más su ropa, un traje de chaqueta que cumplía con dos preceptos fundamentales, realzar su cuerpo y obedecer el mandato de la moda de aquella temporada, pero traicionaba sin remedio el trabajo de una modista barata, chapucera, que tampoco había podido contar con una buena tela.

—¡Qué sorpresa, Angélica! —Julio la saludó desde su silla, pero se levantó al verla avanzar en su dirección, muy decidida.

—Sí, ya me imagino que no me esperabas —y sonrió con cierta ironía malévola, muy suya—. ¿No me vas a dar un beso?

—Claro —al acercarse, él comprobó que seguía usando la misma colonia de antes, un rasgo póstumo, nostálgico, de aquella infancia en la que nunca había

parecido sentirse muy a gusto—. Siéntate, por favor. ¿Cómo estás?

—Pues no muy bien, la verdad... —se sentó derecha, como una señora, y cruzó las piernas de la manera más convencional antes de encender un cigarrillo para exhalar el humo con un suspiro tan profundo que les hizo sonreír a los dos a la vez—. Por eso he venido. No me gusta nada vivir en Galicia, bueno, no hablo de las ciudades. Santiago es muy bonita y está siempre muy animada, y La Coruña también, pero yo no tengo la suerte de vivir allí, sino en una aldea perdida de la provincia de Pontevedra donde llueve todo el rato, hay más vacas que personas, y me aburro como una ostra. Y no conozco a nadie ni en Santiago, ni en La Coruña, ni siquiera en Vigo, así que... He venido a Madrid a verte a ti.

—Estupendo —Julio sonrió—. Y yo me alegro mucho de verte. Pero no sé si he acabado de entenderte bien.

—Me has entendido perfectamente, Julio, eres muy listo, siempre lo has sido —entonces fue ella la que sonrió mientras él se echaba a reír—. Quiero vivir en Madrid, soy de aquí. Aquí sí conozco gente, mis amigas del colegio, las del barrio. Ellas me echan de menos y yo a ellas mucho más, hemos seguido escribiéndonos todo este tiempo...

—Eso es muy bonito.

—¿A que sí? Pero para poder venirme aquí, necesito un trabajo. Soy pobre, tú lo sabes mejor que nadie. A ti, en cambio, te van muy bien las cosas, no hay más que ver esta oficina. Estoy segura de que, si te esfuerzas un poco, encontrarás algo para mí. Cumplí diecinueve años en diciembre del año pasado, y la chica que me ha acompañado hasta aquí no puede ser mucho mayor que yo. Soy más alta que ella, y lista, ya lo sabes, tengo el bachiller terminado, hablo francés, y antes de que me lo preguntes, te diré que también tengo un título de taquigrafía y mecanografía. Me lo saqué, por correspondencia, hace dos meses, y el director de la academia me escribió para felicitarme porque nunca había tenido una alumna tan aprovechada. Tengo la carta en el bolso. Si quieres, te la enseño.

—No, no hace falta...

Julio hizo una pausa para mirarla, para reconocerla en su audacia, aquella arrogancia arisca, peligrosa, que antes, cuando era niña, le divertía, y ahora le parecía mucho más interesante que la disponibilidad mansa e inexperta de todas esas muchachas en edad de merecer que le azuzaban sus madres de vez en cuando, siempre con su correspondiente letrero invisible, no tocar, tatuado en la frente. Angélica le sostuvo la mirada como si pudiera leer a través de ella que la debilidad de Julio Carrión González eran las mujeres valientes, pero él estaba pensando, además, algo distinto. Intuía que contratar a Angélica podría traerle problemas. Y que no contratarla implicaría más o menos el mismo riesgo.

—¿Y tu madre? —le preguntó, antes de tomar una decisión—. ¿Qué opina tu

madre de esto?

—Mi madre, como te puedes figurar, no sabe nada. Ella cree que he venido a pedirle trabajo al padre de mi amiga Maruchi. Te sigue odiando, Julio, eso por supuesto, y reza todos los días para que te arruines. Pero mi madre es mi madre, y yo soy yo. Ella ha vivido su vida, y yo voy a vivir la mía.

—Trabajando conmigo.

—Por ejemplo.

—Muy bien —Julio Carrión miró el reloj, frunció el ceño, cogió una tarjeta, se la tendió—. Llámame pasado mañana. ¿Dónde te alojas, en casa de alguna amiga? —ella asintió—. ¿Necesitas algo?

—Trabajo, sólo eso —leyó la tarjeta, la guardó en su monedero, le miró—. Te llamaré mañana, mejor, si no te importa...

Julio sonrió, volvió a besarla para despedirse, y al día siguiente respondió a su llamada invitándola a comer. Había decidido reservar su oferta para los postres, pero ella no se lo consintió. Cuando le ofreció un puesto de recepcionista con un sueldo ligeramente superior al que cobraban sus secretarias, la vio resplandecer.

—¿Y la recepcionista que tienes ahora? —preguntó luego—. ¿Qué vas a hacer con ella?

—La voy a colocar en el almacén. Es mucho más fea que tú.

Ambas cosas eran verdad, y que la recepción de Construcciones Carrión mejoró mucho con Angélica Otero Fernández detrás del mostrador. ¿De dónde has sacado a esa preciosidad?, le preguntó Romualdo Sánchez Delgado un día en que tuvo que ir él en persona a buscarlo, porque después de que Angélica se lo anunciara, se había quedado tonteando con ella desde el otro lado del mostrador. Para ti, de ninguna parte, le respondió él con una sonrisa, y su amigo soltó una risotada mientras le palmeaba la espalda, ¡qué cabrón...! Y cuando se fue, después de salir a despedirle a la puerta, le hizo un gesto a su recepcionista para que le siguiera hasta su despacho.

—Ya te he dicho que no me gusta que coquetees con las visitas, Angélica —dijo, después de cerrar la puerta—. No es serio.

—¡Pero si yo no coqueteo, Julio! —ella protestó con las manos y con la mirada al mismo tiempo—. Son ellos, de verdad, siempre son ellos. Te juro que yo no tengo ningún interés...

—Y llámame de usted. Te lo he dicho muchas veces.

—Sí, don Julio.

—Sin recochineo, por favor.

—Claro.

Durante los primeros meses, todo quedó en eso. Angélica se comportó como una buena trabajadora, puntual, responsable, paciente y amable con todo el mundo. Julio la observó a distancia durante algunas semanas y enseguida se despreocupó de ella.

Su recepcionista le gustaba, siempre le había gustado, pero no pensaba cometer el error de pagar sus pequeñas provocaciones con otra cosa que sonrisas, y los besos castos, inofensivos, con los que correspondía, en el centro geográfico de sus mejillas, a los que ella le daba en las comisuras de los labios para saludarle, o despedirse de él, cuando no había nadie delante. No consiguió nunca que le tratara con tanto respeto como le habría gustado, pero se mostraba tan agradecida que la entregada languidez de sus miradas compensaba el tuteo.

A Angélica Otero Fernández le había sentado muy bien volver a Madrid. Se había instalado en la casa de una vieja conocida de su madre, la viuda de un comandante de la Guardia Civil que alquilaba un par de habitaciones en una buena casa de la calle Mejía Lequerica, lo más cerca de la glorieta de Bilbao que había podido encontrar, y no debía de enviar ni un céntimo a Galicia pero, incluso así, era difícil aceptar una transformación semejante a la que su primer sueldo empezó a inyectar en su aspecto. Entonces, y a pesar de que su nivel de ingresos la obligaba a mantenerse dentro del límite de los sucedáneos, todos esos vestidos de confección, baratos, que copiaban con mucho descaro y más o menos acierto los modelos de alta costura, y dos pares de zapatos del mismo modelo, clásicos, sin ningún adorno, unos negros, otros marrones, Julio tuvo que reconocer que era una mujer elegante. A su antiguo encanto, esa gracia innata que no había heredado ni aprendido de su madre, Angélica sumaba ahora la poderosa manera de andar, de machacar las aceras como si pretendiera perforarlas con sus tacones, que surge por sí sola en las mujeres que ni siquiera se molestan en volver la cabeza para comprobar que, a su alrededor, todos los hombres las están mirando. Y le gustaba gustar, sabía decirle a cada uno lo que más le convenía, sonreír sin comprometerse a los admiradores que no le interesaban y dejar caer alguna palabra de más, siempre estudiada y calculadamente ambigua, ante los que le parecían mejor, sin llegar a alentar ni a desalentar a ninguno. Julio la miraba, la analizaba, sonreía y no se preocupaba, aunque a veces pensaba que Angélica estaba jugando con él, como antes había jugado él con ella.

—Tienes una visita, Julio...

El día que descubrió que en efecto así era, ella se había anunciado discretamente con los nudillos, pero en vez de mantener la puerta entornada, entró en su despacho y la cerró a sus espaldas.

—Es esa chica tan gorda, Rosi se llama, ¿no? —y mientras él la miraba con los ojos muy abiertos y una indisimulada expresión de pasmo, ella arrugó la cara y se tocó la nariz—. Deberías decirle que no se perfumara tanto, aunque le compres perfume bueno, porque..., ¡buah!, apesta. Parece que se ha lavado la cabeza con él. Y dile que se compre ropa de su talla, eso también, porque no sé ni cómo puede respirar, de lo ceñida que va...

—¿Qué estás diciendo, Angélica? —el tono de su recepcionista ya había acabado

de enfurecerle y tampoco hizo nada por disimularlo—. Repítelo si te atreves, por favor.

—Que tiene usted una visita, don Julio —ladeó todavía un poco más las caderas, se retiró el pelo de la cara y sonrió, pero en ningún momento dejó de sostenerle la mirada—. La señorita Rosi. ¿La hago pasar?

—Sí, por favor. Y si sabes lo que te conviene, procura que esta escena no vuelva a repetirse.

Rosi era su querida oficial de aquella temporada, una corista del Fontoria que acababa de cumplir veintiocho años y estaba estupenda, maciza, rolliza y muy aparatosa, como a él le gustaban las mujeres, una belleza basta, con la cara demasiado redonda y carne de sobra en las mejillas, que se dejaba querer sin dar problemas y nunca iba más allá de donde no debía. Un buen negocio, lo único que buscaba en sus amantes desde que Mari Carmen Ortega se le escapó por última vez.

—Mira, Julio —él apreció enseguida en su voz el tono arisco, rabioso, de otras épocas, al encontrársela al otro lado del teléfono un día de junio de 1950, a las once menos cinco de la mañana—, esto se ha acabado, y esta vez de verdad. Te llamo para que lo sepas. Mi marido sale de la cárcel la semana que viene. Como llegue a oír una sola palabra de lo que ha pasado entre tú y yo, pero una sola palabra, ¿comprendes?, media... Te mato. Si no te mata él, te mato yo. ¿Está claro? Tú sabes muy bien de lo que soy capaz, así que no quiero volver a verte en mi vida, ¿te enteras?, ni por la calle quiero volver a verte.

—Joder, Mari Carmen, me la estás poniendo dura.

—¡Vete a tomar por culo, hijo de puta!

Al colgar, Julio Carrión seguía sonriendo y sin embargo estaba casi seguro de que aquélla era la última vez que hablaba por teléfono con la hija del Peluca, al menos en mucho tiempo. No era la primera que Mari Carmen le dejaba, pero hasta entonces él siempre había sabido que iba a volver, y ahora sabía que no volvería.

Su posesión de las piernas más bonitas de Madrid había durado tres años muy accidentados, llenos de baches, de conflictos, de interrupciones. Ella nunca lo había llevado bien, y cuando se le olvidaba, cuando consentía que Julio la llevara al cine, o a cenar, o a comprarle juguetes a los niños, cuando estaba tan triste o tan preocupada que se dejaba llevar, y se divertía, y se emborrachaba hasta el borde de la insconsciencia, el único territorio en el que accedía a devolverle algún beso, al día siguiente lo llevaba todavía peor. Entonces le dejaba, pero él insistía, iba a buscarla, la encontraba, la seguía por la calle, le hacía regalos, le contaba chistes, la hacía reír. Y antes o después, ella aparecía, enfurruñada y brusca, furiosa consigo misma, colorada de vergüenza y más deseable que nunca mientras movía una mano en el aire y decía, tú ya te has callado, ¿estamos?, no digas ni mu si no quieres que me abra ahora mismo... Él no hablaba pero la desnudaba despacio, recorría su cuerpo con las

yemas de los dedos, la cubría de besos sin acercarse a su boca. Así se tranquilizaba, se iba ablandando poco a poco, y en la segunda cita ya hablaba con él, y en la tercera volvía a sonreír, y en la cuarta, o en la quinta, se las arreglaba para consentir, desde la pasividad más absoluta y sin conceder ninguna clase de aquiescencia expresa, que él la acariciara hasta alcanzar el placer que no se permitía a sí misma disfrutar de ninguna otra manera, ¡desde luego, Julio, eres un cabrón!, por alguna norma íntima que él no entendía pero tampoco perdía el tiempo en discutir, ¡hay que ver, qué hijo de puta eres!, porque le gustaba mirarla hasta que su cuerpo se relajaba por completo y los insultos que brotaban de su boca no lograban enmascarar del todo una sonrisa amplia, satisfecha, ¡cómo puedes ser tan mala persona!, y entonces él se echaba a reír, y ella le seguía, y así preparaban el terreno para la siguiente ruptura.

La cicatería sexual de Mari Carmen Ortega le excitaba tanto como la ilimitada generosidad de Paloma Fernández Muñoz, y mucho más que cualquier actitud de las que, entre ambas, se habían sucedido y seguían sucediéndose en su cama. A Julio Carrión le gustaban las mujeres valientes, y de alguna oscura manera sentía que la posesión de la hija del Peluca le compensaba por la pérdida de la hermana de Ignacio. Pero, desde un punto de vista riguroso, egoísta hasta el impudor, se daba cuenta de que la mayor virtud de Mari Carmen era también su principal debilidad.

—Pero, bueno, ¿y a ti qué te ha dado conmigo? —le preguntaba ella de vez en cuando—. Con la cantidad de tías que hay por ahí, deseando abrirse de piernas por dos duros...

Él sonreía y no contestaba, porque no estaba muy seguro de que a su amante le gustara saber la verdad, que apreciaba sobre todo su indefinición, su ambigüedad, la violencia que ejercía sobre sí misma cada vez que se quedaba desnuda delante de él, pero que no impedía que después de un rato le tratara como a quien en realidad era, un viejo amigo, traidor, y sin embargo lo bastante íntimo como para que los mecanismos de la confianza fluyeran por sí solos, al margen de la situación y de los principios de ambos. Mari Carmen, insensata, y descarada, y terca, era también una buena chica, demasiado como para encontrarse cómoda en la fría displicencia o la mecánica euforia de las profesionales. Por eso, incluso en contra de su voluntad, acababa comportándose como no debía, y le contaba sus problemas de todos los días, los encargos que recibía y entregaba, lo poco que cobraba por ellos, lo mal que se llevaba con su madre, que se estaba convirtiendo en una vieja gruñona. Julio se lo agradecía porque Mari Carmen Ortega le gustaba mucho, le gustaba tanto que siempre aspiró a tener con ella algo más que una simple relación comercial, aunque supiera que el saldo inminente de su ambición consistiría en asustarla tanto como para obligarla a salir corriendo. Cuando se marchó del todo, la certeza de que él quizás nunca hubiera bastado para ahuyentarla representó un consuelo tan dudoso que no lo quiso aceptar.

Le había advertido que le mataría si volvía a verle, aunque fuera andando por la calle, pero él sabía que nunca lo haría. Al menos mientras mantuviera la boca cerrada, y no ganaba nada con abrirla. Tampoco quería perderla, romper definitivamente con ella, y comprendía que Mari Carmen llevaba razón, que Madrid, España, el mundo estaba lleno de mujeres más guapas, más jóvenes, más complacientes, más fáciles, más baratas, pero sólo se acordaba de eso mientras paseaba por las inmediaciones de la plaza Mayor con los ademanes pausados de un turista aburrido de ver monumentos, acechándola con disimulo en todos los escaparates, en los bares, en las tiendas, en los puestos del mercado de San Miguel y en las callejuelas de los alrededores. Una vez la vio desde muy lejos. Poco después se cruzó con ella y no se atrevió a decirle nada porque iba flanqueada por otras dos mujeres. Ella puso mucho cuidado en aparentar que no le había visto, y sin embargo él siguió buscándola, hasta que un sábado, al anochecer, cuando estaba a punto de sentarse en una terraza, la vio detrás de los cristales del bar, apoyada en la barra.

Hay que ver... Cuando empujó la puerta y descubrió que no estaba sola, se acordó de las bromas que Isidro solía gastarle en otra vida, otra ciudad, un país distinto, hay que ver, que nos dé más miedo Vicálvaro que la Unión Soviética... Pues sí, respondía él, ya ves, y también se acordó de eso.

Antonio, aquel sargento que no era tan alto como el aviador ruso, pero abultaba el doble, tenía el pelo casi blanco. Lo llevaba muy corto todavía, pero las canas se le notaban mucho, demasiado en un hombre de poco más de treinta años, la edad de las mujeres que Julio prefería, la que nunca llegaría a tener entre sus brazos Mari Carmen Ortega, que esta vez sí quiso verle, y mirarle, abrazada a su marido, parapetada tras unos hombros que seguían siendo poderosos a pesar de su novedosa delgadez. Estaba muy guapa. Se había lavado el pelo y se había rizado las puntas, que caían como bucles de raso oscuro sobre su espalda desnuda, entre los tirantes de un vestido amarillo, nuevo, ceñido, escotado, como los que se ponía antes, a veces, para salir con él, como los que ya no se volvería a poner nunca para Julio Carrión González. Él se puso nervioso, todavía, después de tantos años, ante aquel hombre al que no llegó a ver de frente, sólo en el perfil forzado por su mujer, que tomó su cara entre las manos para besarle en la boca con una urgencia desaforada, una pasión repentina que él nunca sabría, nunca podría interpretar tan bien como el destinatario de una mirada que hablaba, los ojos de Mari Carmen Ortega muy abiertos y clavados en los suyos mientras su boca se confundía con la de Antonio Rodríguez Méndez, rojo, ex presidiario, con todas las papeletas para volver a serlo muchas veces más, un perdedor, un desgraciado.

—¡Imbécil!

Detrás del camarero, que arqueó las cejas durante un instante antes de decidir que aquel insulto no le correspondía, había un espejo, pero Julio no se miró en él mientras

dejaba sobre la barra el doble del precio de la copa que no se iba a beber. Si hubiera levantado la vista de los zapatos donde la refugiaba, habría encontrado una imagen interesante de su propio rostro, encendido por un confuso acceso de rabia mezclado con las sombras detestables de una humillación antigua, insoportable para quien no toleraba la compasión de nadie, ni siquiera de sí mismo. Y cuando salió a la calle dando un portazo, se sintió tan pequeño, tan desvalido, tan impotente como la primera vez que cruzó aquella plaza, cargado como una mula y con la jaula del periquito de su padre enganchada en el meñique.

—Imbécil, mema, ya volverás, ya vendrás a arrastrarte, a pedirme perdón, ¿qué te crees?, esto no se ha acabado, Mari Carmen, no se acabará nunca, tonta, que eres tonta, y entonces te vas a enterar, entonces vas a saber quién soy yo, gilipollas, cuando vengas de rodillas, de rodillas...

Al darse cuenta de que la gente con la que se cruzaba se le quedaba mirando con asombro, comprendió que estaba hablando en voz alta y aquel descuido le dio más rabia todavía. Luego salió a la calle Mayor, cogió un taxi, se fue a casa, se tomó dos copas seguidas y recuperó la calma, la capacidad de razonar. Aquella noche, Eugenio y Blanca le habían invitado a cenar «con unos amigos», y él sabía bien lo que significaba esa expresión, cualquier otra pareja tan ejemplar como la que ellos formaban y un par de conocidas de la dueña de la casa, solteras y todavía más sosas que ella. Cuando Blanca se las presentó, estuvo tan simpático como con todas, las que había conocido antes, las que aún le quedaban por conocer, pero la pérdida de Mari Carmen Ortega le había inspirado una idea muy precisa sobre la clase de mujeres que le convenían, al margen del absoluto desinterés que sentía por las señoritas con las que Eugenio aspiraba a emparejarle. A partir de aquel día, Julio Carrión González abdicó del instinto que le empujaba hacia las mujeres valientes a favor de una cualidad mucho más simple. Desde entontes, lo único que le pedía a una mujer que le gustaba era que no le diera problemas.

Rosi, la corista del Fontoria con la que estaba liado desde poco antes del regreso de Angélica, no sólo era rolliza, maciza y aparatosa, sino que además cumplía con esa condición de una manera admirable. Tanto, que su inesperada visita de aquella mañana no tenía otro propósito que consultar con su protector el rumbo de su futuro. El director del teatro donde trabajaba había decidido cambiar de programa y ella no había conseguido un papel en la nueva revista. Aquella misma tarde tenía que decidir si salía de gira con la compañía en la que estaba ahora o se quedaba en Madrid a esperar algo mejor.

—Tú verás, Julio... —y no se atrevió a ir más allá—. Yo no sé bien qué decir.

Él la miró, se quedó pensando y decidió que estaba un poco cansado de ella. Rosi estaba buena, sí, era complaciente, cómoda, pero no tenía ningún atractivo especial. Podía encontrar docenas de chicas parecidas sin esforzarse mucho, y a ella tampoco

le costaría trabajo encontrar un hombre con el que reemplazarle.

—Es complicado, Rosi, porque... —contestó al fin, con su sonrisa más encantadora—. Yo no puedo interponerme en tu carrera. Sé que para ti no hay nada más importante, y por eso... Creo que no debes desperdiciar ninguna oportunidad. Vete de gira —ella no dijo nada, pero frunció los labios en un gesto de fastidio que él se propuso deshacer en un instante—. ¿Dónde debutáis?

—En Zaragoza, el 20 de diciembre.

—¡Ah! Es muy buena fecha, tan cerca de Navidad, y Zaragoza no está tan lejos... Iré a verte.

Cuando una sonrisa desprevenida y satisfecha iluminó el rostro de su interlocutora, Julio ya había escrito en su agenda, en la entrada del día correspondiente, dos palabras, Rosi, flores. Con un buen ramo, vas que chutas, guapa. Y sin embargo la acompañó hasta la puerta y estuvo muy atento, mucho más cariñoso que de costumbre, sólo para molestar a Angélica.

—Lo siento —ella fue a verle enseguida, con una expresión melodramática no muy conseguida y un hilillo de voz que no tenía ni a los doce años—. Lo siento de verdad, Julio. No quería molestarte, pero es que... Esa chica no te conviene, no es bueno que venga por aquí, que te vean con ella. Es tan basta, tan ordinaria. ¡Si ni siquiera sabe hablar! Yo sólo...

—Angélica —y el acento con el que él pronunció su nombre bastó para pararla en seco—. Tus opiniones me importan una mierda. Y si quieres seguir trabajando aquí, no se te ocurra, pero ni por asomo, volver a propasarte conmigo. Aquí mando yo y mi vida no es asunto tuyo. ¿Está claro?

Ella no le contestó enseguida, pero cuando lo hizo, aquella jovencita arrepentida que había esgrimido su desvalimiento desde la puerta menos de un minuto antes, se había esfumado por completo de su rostro, de su cuerpo, de su voz.

—¿Me vas a despedir? —y la Angélica de siempre ladeó las caderas mientras sonreía con arrogancia—. No creo que te atrevas.

—¿Me estás amenazando? —aquella respuesta le había enfurecido tanto que se levantó, y al hacerlo, golpeó la mesa con los puños.

—¿Yo? —entonces volvió a piar como un pájaro asustado—. ¡Pobre de mí!

Salió del despacho sin hacer ruido y durante algunos días procuró hacerse invisible. Le salió tan bien que el 19 de diciembre, al mirar sus compromisos del día siguiente, Julio decidió recurrir a ella y no a su secretaria. Cuando empezó a trabajar allí, Angélica le había preguntado, muy extrañada, por qué en aquella oficina no había plantas, ni flores en ningún despacho. Él se encogió de hombros y le contestó que por ninguna razón en especial. No se le ha ocurrido a nadie, le dijo, y ella levantó las cejas con asombro, pues alguien debería haber pensado en eso... En muy poco tiempo, Julio comprobó la cantidad de cosas que se le ocurrían casi a diario a su

nueva empleada, que, además de una nevera, y bebidas, y galletitas, y aceitunas, y analgésicos, y servilletitas pequeñas de hilo, porque las de papel resultaban demasiado vulgares, compraba flores frescas todas las semanas y las repartía con mucha gracia en dos o tres jarrones situados en lugares estratégicos, los más frecuentados por las miradas de sus clientes. Era una experta y en la floristería le hacían descuento, pero, sobre todo, Julio quería ver qué cara ponía mientras anotaba su encargo, y aquel día Angélica no le defraudó. No puso ninguna.

—¿Gladiolos? —preguntó solamente, al final—. Lo digo porque abultan mucho, son muy vistosos, pero salen más baratos que las rosas.

—No —él decidió ser generoso—. Rosas, mejor.

—¿Una docena? —no levantó la vista del bloc donde tomaba notas—. ¿Dos?

—Mejor dos.

—¿Rojas? —y curvó los labios en algo parecido a una sonrisa.

—No —él también sonrió—. Rojas no.

—Rosas, entonces —supuso ella, mirándole por fin—. Las amarillas son muy bonitas, pero no resultan apropiadas para que las regale un hombre, en mi opinión. Y las blancas son más indicadas para una señora mayor, o para una jovencita. Bueno, todo esto si a usted le parece bien, claro.

—Sí, me lo parece. Dos docenas de rosas rosas, entonces.

—Muy bien, las encargo ahora mismo... —y cuando ya se había dado la vuelta para salir, se volvió, le miró—. Yo estoy de tu parte, Julio. Siempre estoy de tu parte. Parece mentira que no te des cuenta.

Salió del despacho sin esperar una respuesta y, un par de horas después, cuando volvió a entrar para informarle de lo que había previsto comprar para invitar a los empleados el día 23 —¡ah!, ¿pero es que aquí no dais una copa por Navidad?, pues no, no lo hemos hecho nunca, ¿y por qué?, pues yo qué sé, porque nunca se le ha ocurrido a nadie, pues se os debería haber ocurrido porque hace muy mal efecto, desde luego—, ninguno de los dos volvió a mencionar a Rosi ni a sus flores.

El aperitivo navideño, menos selecto que abundante, al que Angélica le obligó a asistir —piensa un poco, Julio, ¿cómo no vas a estar tú?, entonces ya me dirás para qué sirve todo esto—, no habría tenido tanto éxito si ella misma no le hubiera persuadido de darle la tarde libre a toda la plantilla —¿y qué quieres, que se pongan a trabajar ahora, con la torrija que se están cogiendo?—, y aseguró la popularidad perpetua de la recepcionista que había llegado hacía menos de un año y ya gozaba de más influencia sobre don Julio de la que nunca había tenido ningún empleado, pero en lugar de pavonearse por los pasillos, la utilizaba siempre en beneficio de las causas justas.

—Y te voy a decir otra cosa, ahora que ya estoy un poco borracha —Angélica se le acercó sólo una vez, cuando ya estaba harto de escuchar chistes malos e incluso

buenos, y se lo llevó a un rincón desde el que podía otear cualquier compañía indeseable—. Si fueras listo, Julio, sólo si fueras listo... Deberías regalarle un juguete a cada uno de los hijos de todos éstos, por Reyes.

—¡Sí, hombre! —él la miró, alarmado—. ¿Y qué más?

—Y nada más. De eso se trata, de que no puedas hacer nada más, a ver si te enteras... ¿Sabes cuánto te ha costado esta fiesta? —hizo un gesto con la mano para abarcar las mesas donde todavía quedaban sandwiches, y botellas de vino y cerveza sin abrir, y platos llenos a medias de patatas fritas, y él negó con la cabeza—. Menos que invitar a comer a dos personas en un restaurante bueno, y no de los más caros. Y los juguetes te saldrían todavía más baratos, pero quedarías como Dios, con los que tienen hijos y con los que no los tienen. Podríamos hacer una merienda para los niños, nada, dos roscones y un jarra de chocolate, el 7 de enero, por la tarde. Imagínatelo. ¡Qué empresario!, ¿no?, que está pendiente hasta de escribir cartas a los Reyes para los hijos de sus empleados. Una cosa como las que sólo se ven en el cine, y hay que ver lo que le gustan a la gente las películas con niños...

Aquel día, Julio Carrión no estaba borracho. Por eso se quedó mirando a Angélica, que sí había bebido más de la cuenta, y la vio venir por primera vez, pero no dejó de valorar sus argumentos.

—Dime una cosa, Angélica —y sonrió, más para sí mismo que para ella—. ¿Qué piensas tú de mí? Que soy un patán, ¿no?

—No, no eres un patán —ella se acercó un poco más, le rozó en un movimiento que a él le pareció consciente, le acercó la boca para seguir hablándole a una distancia casi inconveniente—. Ya no. Pero todavía te queda mucho por aprender.

—Para ser un señor —y no apartó la cara de la caricia de aquellos rizos tan rubios.

—Para ser un señor —ella tampoco lo hizo.

—Muy bien —entonces, Julio dio un paso hacia la izquierda, se volvió para mirarla de frente, y si hubieran estado solos, tal vez la hubiera besado, pero por fortuna, se dijo, no estaban solos—. ¿Y quién va a comprar esos juguetes?

—Yo —ella también retrocedió un paso—. En cuanto vuelva de Galicia, el mismo día 27, si quieres. Ya lo tengo pensado. Camiones con volquete para los niños y muñecas para las niñas, todas del mismo modelo, unas rubias, otras morenas, todo en cajas grandes, aparatosas, y con mucho espacio alrededor, para que abulten lo más posible.

El 23 de diciembre de 1954, Julio Carrión González vio venir a Angélica Otero Fernández por primera vez, y el espectáculo no le disgustó, pero tampoco le concedió demasiada importancia. Sin embargo, las cosas no salieron como él esperaba, desde que aquella misma tarde se le ocurrió que tal vez podría aprovechar la borrachera de su recepcionista para convencerla de que se quedara un rato con él, en su despacho,

mientras la señora de la limpieza restablecía el orden en la oficina.

—No te equivoques conmigo, Julio —ella rechazó su oferta sin dejar de sonreír, mientras terminaba de abrocharse el abrigo, y todavía añadió algo más—. En tu situación, un paso en falso puede ser fatal.

Eso le dijo, pero se marchó tan deprisa, sólo después de besarle en la comisura de los labios y desearle feliz Navidad, que él no tuvo tiempo de enfurecerse ni de analizar despacio lo que acababa de oír, una advertencia que cobraría más sentido en la primera noche del año siguiente.

Cuando la vio entrar en aquel salón, se quedó tan atónito que ni siquiera se fijó en el hombre que estaba a su lado. Angélica llevaba un vestido negro, estrecho, corto y sin mangas, tan clásico que podía ser muy caro o muy barato, tan sencillo que en la mayoría de las mujeres de aquella fiesta resultaría soso, pero en ella producía un efecto extremadamente elegante. Lo mismo ocurría con la simple cinta de terciopelo que mantenía su melena, suelta, apartada de la cara, con el chal de tul tieso y crujiente, sin ningún adorno, que enmarcaba su escote, y con el broche de pedrería que llevaba prendido debajo del hombro izquierdo, como si pretendiera proclamar que desde luego era falso, pero lo había escogido porque le gustaba y no porque no tuviera otro. Detenida en el más alto de los tres peldaños que daban acceso al salón, parecía una porcelana exquisita, carísima, digna de todas las miradas. Eso sintió Julio al verla, antes de volver la vista sin remedio hacia su acompañante, una aspirante a actriz de veintimuchos años, que iba teñida de rubio platino para subrayar su parecido con Lana Turner y que ni siquiera le cobraba por acostarse con él. Era espectacular, y hasta aquel instante él creía que le gustaba mucho, pero la simple aparición de Angélica la había convertido en una jamona vulgar y ordinaria, indeseable. Entonces, Gustavo Aguirre, en el que ni siquiera se había fijado, insinuó el ademán de empujarla con mucha delicadeza para invitarla a avanzar, y sólo en aquel momento Julio comprendió que era su pareja, y la presencia de su recepcionista en aquella fiesta que Romualdo Sánchez Delgado daba todos los años.

El acompañante de Angélica, un chico alto, joven, delgado y no demasiado atractivo hasta aquella noche, era un arquitecto mediocre de buenísima familia a quien su nombre, y no su talento, había abierto las puertas de Construcciones Carrión un par de años antes, con la carrera recién terminada. Gustavo Aguirre era el reverso de su moneda, pensó Julio mientras le veía circular entre la gente con un aplomo que nunca le habría atribuido, todo lo contrario del hombre brillante sin ninguna ventaja, ningún apellido al que recurrir, que había llegado a ser lo que él era. Tal vez por eso, aquel alfeñique torpe y sin gracia había visto en Angélica lo que él no había podido o no había sabido descubrir todavía. No le gustaba, aquella sensación no le gustaba, pero no fue capaz de definirla con exactitud porque cuando todavía estaba empezando a darle vueltas, Angélica vino derecha hacia él.

—Buenas noches, don Julio —le dijo, en un tono zumbón seguramente imperceptible para cualquiera que no fuera él—. ¿Qué, se divierte?

No había encontrado una buena respuesta para esa pregunta cuando Gustavo, que no la perdía de vista, se unió a ellos.

—¿Cómo estás, Julio? Me alegro de verte —y le tendió la mano sin mirarle, sus ojos fijos en Angélica—. Vamos a tomar algo, ¿no? —la cogió del brazo, y ella le sonrió—. Estoy seco.

Estoy seco, repitió él en un murmullo, mientras los veía alejarse hacia la barra, y repitió entre dientes aquella frase ridícula, de hombre de mundo a la moda, que parecía copiada de los diálogos de cualquier novela barata, estoy seco, serás gilipollas... Pues no voy a sacarte a bailar, Angélica, se prometió a continuación, y no lo hizo. Ella tampoco lo echó de menos.

1955 fue el gran año de Angélica Otero Fernández, y no tanto por el éxito arrollador que empezó a cosechar entre los hombres que la rodeaban, como por la habilidad con la que los utilizó para alzarse con el premio gordo de su vida, el objetivo principal que había guiado sus pasos desde que una tarde de primavera de 1947 se entretuvo en calcular los años que tendría Julio Carrión González cuando ella cumpliera veinte. Gustavo Aguirre, que no le gustaba mucho, fue sólo el primero y no llegó más allá de marzo. Su sucesor, que se llamaba Emilio Alvar y, además de las sienes plateadas de un seductor maduro, tenía un cargo importante en el Ministerio de Obras Públicas, resultó mucho más eficaz.

—¿Te vas a casar con él? —le preguntó Julio una tarde de mayo, después de liquidar en un momento el asunto por el que la había convocado a su despacho.

—¿Por qué? —ella sonrió—. ¿Te importaría?

—No, no —y se dedicó a cambiar de sitio los papeles que tenía encima de la mesa—. Pero me gustaría saberlo con tiempo, para buscarte una sustituta. Y además... —la miró, hizo una pausa, cambió de tono—. Eres muy joven, Angélica, y te conozco desde que eras una niña. Por eso me parece que un viudo cuarentón, con dos hijos, no es el mejor partido para ti.

—Acaba de cumplir treinta y nueve —le interrumpió ella—. Y a mí siempre me han gustado los hombres mayores. Ya lo sabes.

Julio, que tenía sólo seis años menos que Alvar, se calló, la miró y sintió la tentación de proponerle que se liara con él, que estaba más cerca, más a mano. Pero no lo hizo, porque pensó, y no era la primera vez que sucedía, que ella nunca aceptaría una oferta así. Angélica le gustaba, siempre le había gustado, pero no pertenecía a la clase de mujeres que él buscaba, las que no dan problemas, y él aún no tenía demasiado interés en explorar otras variedades de la conducta femenina. Y sin embargo, Angélica le gustaba. Desde que se la podía imaginar entre los brazos de otros hombres conocidos, más que antes.

—Él quiere que nos casemos —añadió ella entonces, como si supiera lo que su jefe estaba pensando—, pero yo no lo veo claro, porque... No sé, me hace demasiadas preguntas,

—¿Sobre qué?

—Sobre ti.

Le miró con una expresión amable, tranquila, giró sobre sus talones y salió del despacho, donde su jefe se coció en su propia incertidumbre durante el resto de la tarde.

—¿Qué has querido decir antes? —le preguntó, aparentando una curiosidad más simple que la que sentía, cuando se hizo el encontradizo con ella, a la salida.

—¿Antes? —Angélica se le quedó mirando con toda la inocencia que eran capaces de fingir sus ojos azulísimos—. ¿Cuándo?

Julio la miró, apretó los puños, respiró profundamente un par de veces, controló con éxito un precoz ataque de furia, pero no logró impedir que su rostro transparentara cierta inconveniente rigidez.

—No juegues conmigo, Angélica —dijo por fin—. No te conviene.

Pero ella se echó a reír.

—¡Ah! —exclamó, a caballo de la risa—. Ya te entiendo. Me hablas de Emilio, claro...

—No. Te hablo de las preguntas de Emilio.

—Sí, bueno, pues... No es grave, creo yo —habían llegado al portal y Angélica miró hacia fuera, sonrió, levantó la mano derecha en el aire, la agitó varias veces para saludar a alguien—. Mira, ahí está, en ese coche rojo, ¿lo ves? —Julio miró en aquella dirección, le vio, le saludó con una sonrisa forzada—. Y él, en fin, pues me pregunta, es normal, ¿no? Como quiere que nos casemos... Sabe que te conozco desde que era pequeña, y le interesa, por supuesto, todo lo mío le interesa, de qué nos conocemos, cuándo, por qué, cómo se me ocurrió venir a pedirte trabajo... —el propietario del coche rojo ya había tocado la bocina una vez cuando volvió a hacerlo, con más insistencia—. Me tengo que ir, Julio, lo siento. Tenemos entradas para el teatro y no podemos llegar tarde. Hasta mañana.

Aquel día no le besó para despedirse. Se marchó sin más, cruzó la calle corriendo y se deslizó a toda prisa dentro de aquel coche rojo, que se confundió de pronto con otros muchos coches hasta perderse de la vista del hombre que estaba solo, inmóvil, de pie, en la acera. Él necesitó el tiempo que invirtieron en pasar muchos más coches para reaccionar, pero reconoció enseguida el sabor metálico que le llenaba la boca, la particular sensación de oquedad de sus huesos, una blancura antigua y deslumbrante hiriéndole los ojos. De pronto, a destiempo, casi a traición, Julio Carrión González volvía a tener miedo. Después de tantos años, tantos éxitos, parecía mentira, pero era verdad.

Aquella noche había quedado con una chica, pero ni siquiera se tomó la molestia de anular la cita. Perdió mucho tiempo por las calles, andando y desandando el camino de su casa, intentando pensar, haciéndolo mal. Dinero, se dijo, puedo ofrecerle dinero, o no, puedo echarla, anticiparme a sus movimientos, hablar yo con Emilio, contarle que es una puta, que tiene otro amante, yo qué sé, inventarme algo, buscar testigos falsos, amenazarla, puedo decir que me ha robado, meterle un fajo de billetes en el bolso, armar un escándalo en la oficina, dejar que otro la descubra, amenazarla con la cárcel, puedo darle un susto, contratar a alguien...

Cuatro meses después, mientras caminaba a su lado por la acera derecha de Marqués de Urquijo y comprendía que iba a casarse con ella, Julio Carrión González recordó todo esto, y lo que pasó al día siguiente de aquella noche negra de miedo y torpezas, aquella noche larga e insomne de la que salió con los nervios tan afilados que cuando la vio entrar en su despacho, con más de una hora de retraso sobre el instante en el que le había ordenado que fuera a verle de inmediato y una sonrisa desafiante, olvidó todo lo que había planeado, las palabras que pensaba decir, el orden en el que iba a pronunciarlas, el acento duro y seco al que había previsto confiarse.

—¿Qué? —Angélica ladeó las caderas, levantó la barbilla, le miró desde muy arriba—. Querías hablar conmigo, ¿no?

—Sí.

Eso fue todo lo que logró decir antes de levantarse para ir hacia ella, antes de inmovilizar sus dos manos con la mano izquierda, antes de acercar mucho su cabeza a la de aquella mujer mientras la mantenía sujeta por la mandíbula, apretando sus mejillas con los dedos hasta que la obligó a fruncir los labios en la mueca de un beso ridículo.

—¡Tú eres una mierda, Angélica! ¿Me oyes? Una mierda, nada más que eso —ella le miraba con los ojos abiertos y no intentaba zafarse de sus manos, como si le interesara lo que él estaba diciendo—. Eres un insecto, una oruga, una mosca de mierda, y puedo acabar contigo cuando quiera, ¿comprendes?, como quiera, puedo deshacerte entre mis dedos como a una miga de pan, en un momento. Tú te crees muy lista, Angélica, pero no sabes quién soy yo, ni quiénes son mis amigos, no tienes ni puta idea de la que se te puede venir encima en el instante en que a mí me salga de los cojones descolgar ese teléfono, ¿está claro? —esperaba que afirmara con la cabeza, que murmurara un sí pálido, exangüe, y ver el brillo del miedo en sus ojos, pero ella no se movió ni siquiera cuando él la zarandeó antes de soltar su cara sin aflojar la presión de su otra mano—. ¿Está claro?

Y en ese instante, Angélica Otero Fernández, cerró los ojos, entreabrió los labios, acercó su boca a la boca que la insultaba, y sin saber cómo, sin saber por qué, Julio Carrión González la besó, y siguió besándola, la besó mucho, durante mucho tiempo,

y liberó sus brazos porque necesitaba los suyos para abrazarla, necesitaba sus manos para tocarla, y las empleó para recorrer su cuerpo con una extraña emoción en la punta de los dedos, como si reconocieran la piel y la carne que probaban por primera vez, con una codicia creciente que ella supo frustrar en el momento justo, cuando ya ni sus dedos, ni sus manos, ni sus brazos, ni sus labios, ni él mismo, podrían menospreciar el deseo que aquella mujer les inspiraba.

—Basta —Angélica guió fuera de su sujetador la mano que se había introducido en él sin su permiso, retrocedió un paso, se abrochó dos botones, se colocó bien la falda, miró a Julio Carrión a los ojos, avanzó el paso que había retrocedido, se apoderó de los brazos que antes la apresaban, los colocó alrededor de su cintura, levantó los suyos hasta rodear el cuello de su jefe, y le besó en la boca hasta que percibió las señales que anunciaban un nuevo desorden—. Bueno, me tengo que ir. Tengo muchas cosas que hacer.

—Angélica... —y ya no logró pronunciar su nombre con toda la voz.

—¿Sí? —pero ella respondió a aquella hebra ronca y oscura con un acento cantarín, incólume.

Él no encontró nada más que decir y ella abrió la puerta para salir, pero antes le miró con la misma expresión de triunfo que incendiaba sus ojos cuando él accedía a levantarse para ir a la cocina en busca de una taza y una copa. Después, se las arregló para no volver a estar a solas con él en todo el día.

—He roto con Emilio —le anunció una semana después—. Es lo que querías, ¿no?

Julio se limitó a sonreír, pero al rato fue a buscarla para invitarla a cenar. Ella le contestó que no podía. Ya estoy comprometida, le dijo, sin especificar con quién, pero contraatacó a tiempo, proponiendo otra fecha a la velocidad precisa para que su jefe no se desanimara. En aquella cena, Julio Carrión descubrió lo que ya intuía, que Angélica estaba dispuesta a no dar ningún problema siempre que él estuviera dispuesto a solucionar el problema principal.

—A ver si te he entendido bien, Julio... —ella, que había encajado su discurso con una sonrisa imperturbable que le estaba poniendo cada vez más nervioso, interrumpió sus circunloquios sin alterarse—. ¿Me estás ofreciendo que me convierta en Rosi y que encargue de vez en cuando dos docenas de rosas, rojas, eso sí, para mí misma?

—No es eso, Angélica —él conservó la serenidad a duras penas y recurrió al alivio de las frases hechas para encubrir sin éxito sus verdaderas intenciones—. Tú lo sabes de sobra. Sabes qué clase de mujer eres tú y qué clase de hombre soy yo.

—Pues por eso. Precisamente por eso —y mientras hablaba, negó con la cabeza varias veces seguidas, como si se resignara a dejarlo por imposible—. Parece mentira, de verdad. Con lo listo que eres, y que no comprendas nunca cómo son las cosas... ¡Qué bruto eres, Julio!

—Muy bien —el ofendido optó por fingir que no lo estaba y cosechó un éxito discreto en su objetivo, los ojos clavados en el mantel—, pues no he dicho nada.

Pero no era verdad. Él sabía muy bien lo que había dicho, y ella, que al salir del restaurante se colgó ele su cuello para besarle con la entrega que hasta entonces había reservado para la intimidad de su despacho, lo sabía también. El tira y afloja, sucesivos episodios de pasión, de indiferencia, y más pasión, y audacia, y más audacia, y de nuevo indiferencia, y pasión, las maldiciones que él mascullaba entre dientes y el ángulo de los escotes que ella abría o cerraba según las circunstancias, duró todo el verano para alcanzar a mediados de septiembre su punto óptimo y más delicado, el grado de saturación que conduce a la ebullición un instante antes de resolverse en puro cansancio. Angélica supo escoger aquel momento para invitarle a tomar algo al salir del trabajo, para llevarle a una terraza de Rosales y soltarle aquel discurso que empezaba con la advertencia de que Julio Carrión González era un hombre rico, sí, pero no un señor respetable.

—¿Pedimos la cuenta? —le preguntó ella, cuando se cansó de mirarse en el sonriente espejo de su silencio.

—Pídela tú —contestó él—. Ibas a invitar, ¿no?

—Claro.

Lo había dicho sólo para ver cómo se ponía colorada. Cuando obtuvo esa mínima satisfacción, se levantó, fue a buscar al camarero, le pagó la cuenta con una buena propina, se reunió con ella y la cogió del brazo.

—¿Vas a volver a casa andando? —por primera vez en muchos meses, tenía el control absoluto de la situación, y se propuso disfrutar un poco más de su dominio—. Hace muy buena tarde.

—¿Por qué me preguntas eso? —al verla, todavía ruborizada, rígida, se dio cuenta de que no sabía qué pensar.

—Por acompañarte —la miró, sonrió—. Si no te importa, claro.

—No —pero Angélica no se atrevió a devolverle la sonrisa todavía—. Claro que no me importa.

Mientras caminaban por la acera derecha de Marqués de Urquijo, Julio ya sabía que se iba a casar con ella. No se trataba sólo de la impecable calidad de los argumentos de Angélica. Él ya contaba con que tendría que casarse antes o después, mejor antes. Aquéllas eran las reglas del juego y ya había desairado a demasiadas madres poderosas, a demasiadas niñas de papá. Romualdo, que sin dejar de ser un golfo se había convertido ya en padre de tres hijos, había llegado a advertirle de aquel riesgo, las habladurías que habían empezado a florecer. Las víboras se preguntaban en voz alta si no sería invertido, si no tendría una enfermedad inconfesable, si no cedería a inclinaciones perversas, y sólo existía una manera de atajar la situación, de resolver el problema. Bodas sellan paces, solía decir su padre. Angélica se quería

casar con él, siempre, desde siempre, y el coraje que había desplegado al decírselo de frente no sólo le parecía admirable en sí mismo, sino que además eliminaba un número considerable de engorros. Si elegía a Angélica, no tendría que desdeñar a nadie. Si elegía a Angélica, se ahorraría los estorbos del cortejo. Si elegía a Angélica, emparentaría con la aristocracia, una familia arruinada, deshecha, plagada de elementos indeseables, pero aristocrática al fin y al cabo. Nadie encontraría la menor objeción que poner a su boda, y Angélica le gustaba, siempre le había gustado, siempre había intuido, además, que se le parecía. Ahora lo sabía.

Al llegar a la calle Princesa, ya había decidido que se casaría con ella, pero no le dijo nada hasta que alcanzaron la glorieta de San Bernardo. Entonces, mientras esperaban a que cambiara un semáforo, la cogió por un hombro con suavidad, la obligó a volverse para mirarla a la cara, y en lugar de darle una respuesta, formuló una pregunta.

—¿Y qué va a decir tu madre?

Angélica le dirigió una mirada todavía insegura, cautelosa, pero mucho más dulce que cualquiera de las que le había dedicado aquella tarde.

—¿Qué va a decir mi madre..., de qué?

—¿Qué va a decir cuando sepa que te vas a casar conmigo?

Ella sonrió muy despacio, dejó que su sonrisa cuajara lentamente, como si estuviera probando un dulce delicioso, tan exquisito que rebasara las capacidades de su paladar, incapaz de apreciar su sabor antes de que su pensamiento fuera capaz de elaborarlo sobre su propia dulzura.

—¡Ah! —dijo sólo después—. ¿Nos vamos a casar?

—Claro —Julio sonrió—. ¿No te has dado cuenta?

—No. Porque no me lo has pedido.

—Angélica —los peatones que les rodeaban empezaron a cruzar, pero ninguno de los dos se movió—. ¿Te quieres casar conmigo?

—Sí —el semáforo se puso amarillo, y rojo, y verde otra vez, antes de que ella terminara de besarle—. Y mi madre hará como que se pone muy contenta, supongo. Eres un buen partido, ya lo sabes, y una buena madre sólo busca la felicidad de su hija...

El 5 de mayo de 1956, don Julio Carrión González se casó con la señorita Angélica Otero Fernández en la iglesia de Santa Bárbara de Madrid, y doña Mariana Fernández Viu actuó como madrina de la ceremonia. Ni entonces, ni antes, ni después, se atrevió a decir una palabra sobre aquella boda, programada, diseñada y controlada en todo momento por la novia, que no sólo eligió un modelo de seda salvaje firmado por Cristóbal Balenciaga, sino también la fecha, las flores, la música, a los invitados, a los testigos, el menú del banquete, el traje del novio, el del padrino, su propia sortija de pedida y, desde luego, las condiciones del contrato matrimonial.

—Podríamos irnos un rato a mi casa, ¿no?, a dormir la siesta —le preguntaba Julio de vez en cuando, después de llevarla a comer a casa de Eugenio o a Torrelodones con su padre, cuando ya se la había presentado a las señoras de dos o tres ministros y en Construcciones Carrión todo el mundo sabía que estaban comprometidos, mientras miraba el brillante que relampagueaba desde el dedo anular de su mano derecha.

—¡Por supuesto que no, Julio! —ella le miraba, meneaba la cabeza, sonreía—. ¿Cómo vamos a hacer eso? Vete tú a dormir la siesta a tu casa y yo me iré a la mía. Te lo he dicho muchas veces, y ya sabes que es por tu bien. ¿Es que no puedes esperar cuatro meses?

—Pues no —y dentro del taxi, la sobaba, la estrujaba, la tocaba por encima de la ropa, y ella se dejaba hacer hasta que dejaba de dejarse, calculando siempre a la perfección los tiempos, los riesgos y los beneficios—, no puedo...

No podía, pero lo hizo. Esperó cuatro meses, y luego tres, y luego dos, y por fin uno, y cuatro semanas, y tres, y dos, y todavía siete días. Le convenía casarse con una virgen de buena familia y eso fue lo que se encontró delante del altar. También le convenía hacerle dos o tres hijos muy deprisa, pero Angélica sabía muy bien lo que le convenía a ella, y tardó un año entero en quedarse embarazada. Cuando le dio la noticia, era toda una experta en los usos contraceptivos de ciertos pecados de los que jamás se confesaba, y su marido, que llevaba doce meses razonablemente alejado de los placeres subterráneos, sonreía cuando ella le preguntaba si no había merecido la pena esperar. Durante aquella época, lo único que escapó al control de Angélica fue la razón de aquella sonrisa, porque nunca imaginó que lo que julio apreciaba más de ella en la cama fuera lo mismo que más le ataba a ella en cualquier otro lugar de su casa. A lo largo de su escarpado, peligroso y triunfante ascenso hacia la gloria, Julio Carrión González se había ocupado de todo menos de que alguien le quisiera. Sólo se dio cuenta de eso cuando comprobó hasta qué punto le amaba su mujer, sólo entonces comprendió que, desde que su madre se había ido de casa, no le había querido nadie. Y se acostumbró al amor de Angélica, un fervor incondicional, religioso, completo. Su devoción se le fue haciendo necesaria, luego imprescindible, hasta que empezó a echarla de menos en todas las mujeres con las que le fue infiel mientras aprendía a amarla a su manera.

En 1958 nació Rafael, su primer hijo, rubio y blanco, con los ojos tan azules como su madre. Un año después, llegó Angélica, ojos verdes y una piel de porcelana luminosa, sonrosada, ajena al color, a la textura de la de su padre. En 1961 por fin le nació un hijo que prometía parecérsele, y por eso le bautizó con su propio nombre, pero Julio, que tenía su expresión, sus gestos, su carácter, se fue aclarando con el tiempo, y aunque sus ojos fueron siempre castaños, su pelo y su piel se fueron haciendo cada vez más claros, más semejantes a los de sus hermanos, casi idénticos

ya cuando, a principios de 1965, Angélica se quedó embarazada por cuarta vez.

En noviembre parió a otro varón. Tenía el pelo negro, los ojos negros, la piel morena y, sobre esa imprecisión natural de los recién nacidos, algo que hacía exclamar lo mismo a todas las personas que le vieron en la cuna del hospital. Es clavado a ti, Julio, pero escupido, en serio, nunca he visto a un bebé que se parezca tanto a su padre...

Él se limitaba a sonreír, pero sentía una satisfacción especial al coger en brazos a aquel niño, que se llamaba Álvaro Carrión Otero y con el tiempo se convertiría en su hijo predilecto.

—Yo nunca me he acostado con tu padre, Álvaro.

Entonces tuve muchas ganas de reírme y muchas ganas de llorar al mismo tiempo, pero no hice una cosa, ni la otra, ni ninguna. Me quedé quieto, callado, incapaz de pensar, de decir, de sentir nada. Estaba allí y había escuchado. Raquel estaba conmigo y había hablado. Eso era todo lo que sabía, lo que alcanzaba a saber cuando ella se volvió hacia mí, con los ojos todavía cerrados, y los abrió para mirarme, y vio en mi cara esa nada o algo que le dolió más, tanto que no pudo seguir mirándolo, y sus párpados volvieron a caer mientras su cuerpo invertía su último movimiento en alejarse de mí mucho más de lo que se había acercado antes. Entonces, al verla encogida sobre sí misma, dándome la espalda desde el borde de la cama, como una niña pequeña, perdida y desamparada, comprendí que tenía que hacer algo, y no era pensar. La reflexión es enemiga de la acción y yo necesitaba abrazar a Raquel. Necesitaba hacerlo, no explicármelo.

Fui hacia ella, le di la vuelta y se dejó hacer, sin ayudarme pero sin oponer resistencia, como si su cuerpo se hubiera desvinculado de su voluntad, como si su voluntad se hubiera extinguido en la pesada blandura de un cuerpo inerte, un cadáver, un bulto, una muñeca de trapo, Raquel Fernández Perea, el amor de mi vida, que era mía y sólo mía, mía y no de mi padre, más mía que antes, más mía que nunca cuando la abracé, desmadejada y tibia su piel perfecta, luminosa, exacta como un recuerdo limpio y recién nacido. La estreché con fuerza para pegarla a mí hasta reconocer en el mío el relieve de su cuerpo, y mantuve el abrazo durante mucho tiempo sin lograr animarla, rescatarla de una inmovilidad tan completa como la que sólo otorgan el sueño o la muerte. Pero estaba viva, despierta. Yo vigilaba su respiración, sentía su vaivén sobre mi cuello y apreciaba su calor, la pacífica imagen de aquel abrazo que aún podía contemplar con los ojos del hombre que lo había perseguido por todas las aceras, y todos los portales, y todos los teléfonos, como si persiguiera su propia vida. El hombre que ahora debería estar besando a aquella mujer, que quería besarla y no podía hacerlo.

Tenía que hacer algo y seguramente no era pensar, pero acudieron a mi memoria sin pedir permiso, imágenes antiguas y recientes, estáticas y en movimiento, escenas completas y fragmentos de escenas, frases, palabras sueltas, silencios que ahora sabían hablar, que hablaban y sin embargo no me ayudaban a comprender lo que había escuchado, perdóneme, pero esperaba a su madre, siéntese, por favor, ¿quiere tomar algo?, no te habrá molestado que te tutee, ¿verdad?, eres muy novelero, Álvaro, tienes mucha imaginación, para ser físico, ¿y no te da miedo?, ¿qué?, poder creértelo todo, cuando sonreía, tu padre parecía un sol de esos que pintan los niños pequeños, lleno de rayos y coloreado hasta romper el papel, ¿tú le querías?, no, no es tan fácil, ¿quieres que compartamos algo?, sí, una locura, me pregunto qué pensarás de mí, a ti te pega mucho, pero tú no te pareces a tu padre, Álvaro, y al que no le pega

nada es a él, no me digas que no te has dado cuenta...

En algún lugar remoto de mi conciencia, más allá del estupor, de la tentación de embestir, la rabia ciega del novillo que acaba de comprender el mecanismo de la muleta y ya codicia sólo la venganza, el color de la sangre del tramposo, latía una punta de orgullo satisfecho, una reliquia inservible, aunque tenaz, de mi antigua integridad de hombre corriente. No me había propuesto pensar, pero recordaba muy bien la secuencia de mis intuiciones, y sobre todas, esa que me reveló antes de tiempo que lo peor que me podía pasar era que yo descubriera algún día la verdadera relación que había unido a Raquel con mi padre. Ahora, al borde de ese abismo presentido, celebraba no haber compartido a aquella mujer con Julio Carrión González, y esa satisfacción me dolía, me asustaba, amenazaba el futuro que había estado dispuesto a vivir bajo la insoportable, tranquilizadora sombra de una pasión odiosa.

Pensaba en todo esto sin querer hacerlo, y abrazaba a Raquel, y no me atrevía a hablar y ella tampoco hablaba, ni siquiera se movía, pero estaba viva, despierta. Yo vigilaba su respiración, sentía su vaivén contra mi cuello, percibía su miedo y que era mayor que el mío, porque ella sabía, lo sabía todo, siempre lo había sabido todo, desde el principio, todo excepto, quizás, que iba a enamorarse de mí, todo excepto, quizás, que yo iba a enamorarme de ella. Entonces comprendí la verdadera condición de mi desgracia, aquella enormidad sin límites, la implacable crueldad de una derrota que aún no había comenzado a sufrir, porque el amor, mi amor, no bastaba para matar al dragón, porque tanto amor nunca serviría para rellenar con palabras corrientes, vulgares, pacíficas, el silencio en el que había nacido, en el que había crecido y se había hecho fuerte como un árbol robusto, pero jamás expuesto a los hielos del invierno. Eso, una planta mimada, protegida, débil por dentro, más allá del leñoso escudo de su corteza, era mi amor, y yo culpable, por no haber querido saber, por no haberme atrevido a preguntar, por haber querido vivirlo al margen de algunas preguntas que sólo tenían una respuesta. Habría sido muy fácil, ¿cuándo conociste a mi padre, Raquel?, ¿dónde?, ¿cómo ligaste con él?, ¿cuánto tiempo duró? Habría sido muy fácil, pero yo elegí otra facilidad, no me apetece hablar de tu padre, a mí tampoco, y eso fue todo, eso y levantar las paredes de un invernadero de cristales limpios para encerrar en él el aire tibio, el calor del sol entre ventanas, un placentero simulacro de la realidad donde la Tierra sabía girar alrededor de las caderas de Raquel para fabricar alegría, como yo sabía fabricar un tornado en miniatura dentro de una urna transparente. Y sin embargo, todo eso había sucedido, todo había sido verdad, y yo lo sabía, lo sabían mi cuerpo y mi memoria, mis ojos y mis manos, los brazos que mantenían a aquella mujer pegada a mí como si fuéramos las dos únicas partes de un todo que no se deja dividir por ningún número.

Por eso, durante un instante, pensé que también podía no hacer nada. Llegué a imaginarlo, a elaborar los elementos del discurso, no pasa nada, no importa nada, no

quiero saber nada, sólo te quiero a ti, Raquel, y estoy dispuesto a ignorarlo todo, porque tú no eras aquella mujer, eres esta otra, la que yo conozco, y yo te conozco, así que ahora nos levantamos, nos vestimos, nos vamos a dormir a la plaza de los Guardias de Corps, a tu casa verdadera, que me gusta mucho más que ésta, y no volvemos a hablar del tema nunca más... No es fácil enterrar a los muertos, contemplar el gesto indiferente de los sepultureros que adoptan una expresión de condolencia artificial y previsible, tan humana, cuando su mirada se tropieza con la de los deudos, escuchar el ruido de las palas, la brutalidad del ataúd rozando las paredes de la fosa, la silenciosa docilidad de las sogas al deslizarse. No es fácil enterrar a los muertos, pero sí hundirlos del todo y para siempre en una sepultura más profunda que la tierra de los cementerios. Tu abuela era maestra, muy buena, quería mucho a su marido, tocaba el piano, muy mal, pero le gustaba tocarlo, pobrecilla. Y yo podía hacer lo mismo, nada, separar mi cabeza de la de Raquel, mirarla, sonreír, besarla en la boca con el cuidado que su boca merecía y regresarla sin preguntas al invernadero cálido y seguro que mi amor había fabricado para ella.

También podía no hacer nada, hacer como que no hacía nada, fingir que olvidaba su engaño, simular que nunca me había sentido estafado, aparentar que ella nunca me había mentido, convencerme de que yo nunca me había beneficiado de sus mentiras, y vivir, hacer como si viviera en el silencio sonrosado y habitable de los que prefieren no hacer, no saber, no preguntar, y viven, o creen hacerlo. Pero yo amaba a esa mujer. La amaba tanto que, a veces, el amor que sentía por ella me aturdía, me desbordaba, se hacía más grande que yo y se concentraba al mismo tiempo entre mis sienes como un acceso de fiebre tropical y repentina. La amaba tanto que en aquel momento, mientras sentía que me quedaba sin suelo debajo de los pies y el vacío se cobraba en el centro de mi estómago un precio mucho más alto que el placer de todos los vértigos, la certeza de que nunca volvería a sentir asco ni vergüenza al recordar la luminosa desproporción de su cuerpo desnudo, lograba mantener una hebra de calor en mi corazón entumecido de frío. La amaba tanto que no podía despreciar su silencio, las razones de su huida, su secreto, ni condenarla a la existencia a medias de una ficción satisfecha de su pobreza.

—Háblame, Raquel —entonces separé mi cabeza de la suya, la miré, la besé en la boca, y habría podido no hacer otra cosa en toda mi vida, pero ella no se lo merecía, y yo tampoco—. Dime algo, por favor.

—Te quiero, Álvaro.

—Y yo te quiero a ti.

Después se desligó de mi abrazo y apartó su cuerpo del mío, pero se quedó cerca, tumbada de costado, mirándome de frente.

—No sé por dónde empezar...

Yo me recosté contra las almohadas, encendí un cigarrillo y esperé.

Raquel está sufriendo más que tú, me había dicho Berta y no la había creído, no había sido capaz de imaginar una angustia mayor que mi incertidumbre, pero ahora la estaba viendo sufrir, cerrar los ojos, apretar los párpados, abrirlos otra vez, mirarme, mirar al techo, luego a la sábana y volver a cerrarlos, cada vez más pálida, más incómoda, tan inquieta como un ratón de laboratorio encerrado en una jaula, un animal indefenso, torturado por la pasiva indiferencia de su propietario, y aquel papel era el mío, pero no me gustaba.

—Empieza por cualquier sitio —me volví hacia ella y deslicé mi mano derecha debajo de su cabeza—. Yo estoy de tu parte.

—Eso no lo sabes, Álvaro.

—Sí, lo sé —ella tenía razón, yo no lo sabía, pero podía compensar esa mentira con una verdad más importante—. Porque no quiero que te marches otra vez.

Entonces volvió a cerrar los ojos, asintió varias veces con la cabeza como una niña pequeña que acepta su castigo, se sentó en la cama y me miró.

—Lo primero que hizo mi abuelo Ignacio con mi abuela Anita después de acostarse con ella, fue enseñarla a leer y a escribir —hablaba en un tono sereno, tranquilo, sin titubeos, lejos aún de la vergüenza y de las lágrimas—. Ella ya tenía dieciocho años, pero era analfabeta porque se había criado en el monte, a más de tres kilómetros del pueblo más cercano. Su padre era guardia forestal, y no tenía manera de mandarla a la escuela. Ignacio era seis años mayor que ella, y había dejado Derecho en tercero, para alistarse. Cuando se conocieron, estaban en Toulouse, en plena guerra mundial, mi abuela refugiada sin papeles en la casa de mis bisabuelos, y él escondido allí también, porque acababa de fugarse de un campo. Se fugó muchas veces, de muchos sitios. Y como no tenían cartillas en español, mi abuelo la mandó a comprar dos cuadernos y se las hizo él. Había enseñado a leer a muchos milicianos, y a fuerza de usarlas, se había aprendido las cartillas de memoria. La primera frase que mi abuela logró leer entera fue «Anita es una manzanita». Él le escribía esas cosas, para hacerla reír.

Se detuvo en la risa de su abuela para estudiar mi reacción y no observó en mis ojos ningún signo de impaciencia o desaliento. Yo no tenía prisa, y ella volvió a asentir con la cabeza al comprobarlo.

—Eso es lo primero que debería haberte contado. Y estuve a punto de hacerlo aquella tarde en la que me llevaste a tu museo, cuando se nos acercó aquella niña tan fea a la que le parecía que algo era raro, pero no sabía qué, y...

—¿Era fea? —la interrumpí, y la vi sonreír por primera vez después de mucho tiempo.

—Sí, muy fea. ¿No te acuerdas?

—De la niña sí, pero no me pareció fea.

—Pues lo era. Tenía cara de pez, los ojos muy separados, y era gorda, pesada...

—Era muy lista —recordé.

—Sí —y volvió a sonreír—. Eso es lo que dijiste tú, una chica lista, ¿ves?, sólo por eso, ya merece la pena trabajar aquí. Te acuerdas, ¿no? —asentí con la cabeza, me acordaba—. Y estabas tan contento, tan satisfecho, que estuve a punto de contarte..., bueno, lo de las cartillas, y lo de mi abuela, porque... No sé, de repente te parecías tanto a ellos, a la gente de la que me habían hablado siempre, a mi familia, a sus amigos... Fue como si aquella escena la hubiera visto ya, como si la hubiera vivido antes, o no, como si no la hubiera vivido yo pero me la hubieran contado muchas veces. Cuando era pequeña, me contaron muchas veces historias parecidas. A lo mejor no lo entiendes, es difícil de explicar, pero eso era lo único que les quedaba, la cultura. Educación, educación y educación, decían, era como un lema, una consigna repetida muchas veces, la fórmula mágica para arreglar el mundo, para cambiar las cosas, para hacer feliz a la gente. Lo habían perdido todo, habían salido adelante trabajando en puestos que estaban muy por debajo de sus capacidades, academias, panaderías, centralitas telefónicas, pero les quedaba eso. Siempre les quedó eso. Y nunca lo olvidaron, ni siquiera después, cuando mi abuelo acabó la carrera, cuando encontró trabajo en un bufete, y luego montó otro con un amigo francés y empezó a ganar dinero. Lo de ella fue todavía más notable, porque se sacó un título de profesora de guardería, ¿sabes? Tiene gracia, pero se dedicó a eso un montón de años, prelectura y preescritura, ella fue la que me enseñó las letras, bueno, a mí, a mis hermanos y a todos mis primos.

—A Annette —sonreí.

—Sí, también a Annette —ella me devolvió la sonrisa—. Le gustaste mucho, por cierto, a Annette. Cuando vino a despedirse y me dio tu nota, estaba completamente de tu parte. Le habías parecido encantador, educadísimo, atractivo y a un paso del suicidio. Me preguntó cómo podía tratarte tan mal, qué habías hecho para que te castigara tanto. Y yo le dije que tú no habías hecho nada... —su voz se apagó y sus ojos huyeron de los míos—, que todo lo había hecho yo... Tendría que haberte contado la historia de mis abuelos aquella tarde, Álvaro, pero no me atreví. Me dio miedo que siguieras preguntando, que acabaras comprendiendo... Por eso te dije que no tenía ganas de hablar de tu padre. Me gustabas mucho, hacía mucho tiempo que un hombre no me gustaba tanto, y no quería estropearlo, echarlo todo a perder antes de que empezara, y como me dijiste que tú tampoco tenías ganas de hablar de él, pues... Ya está, me dije, ya está. Qué idiota. Tendría que haber pensado que todo lo que pasara después sería culpa mía, que antes o después acabarías enterándote de que te había engañado. Tendría que haber pensado eso, haber hablado contigo, haberte contado la verdad antes de empezar. Pero me dio miedo, y ahora... Todo ha sido culpa mía.

Hasta aquel momento, las sonrisas que viajaban en la voz de Raquel habían

logrado acariciar mi alma magullada, limpiar mis heridas con la promesa de un hilo limpio y sabio, presentir las sonrosadas cicatrices que no dolerían siempre, y estábamos en Jorge Juan, en aquel ático que mi padre le había regalado aún no sabía cómo ni por qué, una ratonera a mi medida, velas a medio consumir alrededor del jacuzzi y un consolador de goma en el cajón de la mesilla que estaba a mi lado. No lo había olvidado, no podría olvidarlo nunca, pero tampoco quería perder a Raquel, renunciar tan pronto a aquella historia que era demasiado larga, demasiado antigua para desembocar en un lugar tan cercano, tan pequeño como la distancia que nos separaba, pero que hablaba de mí, y hablaba de ella, y nos dejaba sonreír todavía. Por eso me incorporé del todo, la abracé, la arrastré conmigo hasta lograr que se aferrara a mi cuerpo como un náufrago a la única tabla que flota en el océano, y la besé antes de ofrecerle una salida que no me había pedido.

—¿Estabas en casa de tu abuela?

—Sí.

—Lo sabía —la miré hasta que volvió a sonreírme—. Te juro que lo sabía. Estaba seguro de que te habías ido allí.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero lo sabía. Y estuve en Canillejas muchas veces, no creas. Dando tumbos, claro, porque no conozco ese barrio, pero conducía por allí mirando por la ventanilla todo el tiempo, por si te veía. ¿Tú me viste?

—No.

—Pero no me habrías saludado.

—No lo sé.

—Bueno, si hubieras ido con tu abuela, seguro que sí, porque ella también estaría de mi parte, supongo.

—No creas, ella... ¡Uf!

Entonces repitió la misma secuencia de movimientos que había iniciado antes, cuando le había pedido por favor que me dijera algo, como si no pudiera hablar y abrazarme al mismo tiempo, y se incorporó de golpe, se sentó en la cama, se tapó la cara con las manos, las dejó resbalar despacio hasta apoyarlas en sus muslos y me sorprendió mucho más que la primera vez.

—Dime una cosa, Álvaro —y su voz se había vuelto adulta, seria, casi solemne —. ¿Tú no sabes quién soy yo?

—Pues... —estaba tan desconcertado que no acerté a ofrecerle la respuesta más obvia, pero ella supo interpretar mi silencio.

—No, si ya sé que sabes quién soy, Raquel Fernández Perea, que vive en la plaza de los Guardias de Corps, y trabaja en Caja Madrid, y todo eso. Me refiero a... Antes de conocerme como me conoces ahora. ¿Tú nunca has oído hablar de los Fernández Muñoz? En tu casa, a tus padres... ¿No te suena?

—No sé... —me paré un instante a pensar porque tuve la sensación de que aquella pregunta era muy importante y quería estar seguro de mi respuesta—. No, creo que no. Son apellidos muy corrientes, pero... No. No recuerdo habérselos oído mencionar a mis padres.

—No hablabais de nosotros —recapituló ella, con aquella sonrisa triste que latía con modestia, pero también con orgullo, como esos dolores a los que los enfermos crónicos ya no saben ni quieren renunciar—. Eso es mejor para mí, y peor para ti.

—¿Por qué?

Todavía estaba tranquilo y mi curiosidad era inocente, pero no me contestó enseguida, como si tuviera que esforzarse en encontrar una respuesta.

—Porque lo que te voy a contar te va a pillar desprevenido, y no te va a gustar —dijo, hablando muy despacio—, pero para mí sería peor lo contrario. Llevo mucho tiempo pensándolo, y ya sabía que no podía ser, porque si lo hubieras sabido y te hubieras liado conmigo sin decirme nada... Tú no serías... No. Yo sabía que no podía ser, pero me daba mucho miedo preguntártelo. Y sin embargo, era posible, porque... —yo la miraba, la escuchaba y no me atrevía a interrumpirla, porque se había marchado lejos, a un lugar donde apenas podía hacer otra cosa que mirarla, oír su voz sin comprender el sentido de las palabras que pronunciaba, hasta que levantó la cabeza de repente para mirarme a los ojos—. ¿Tú no te acuerdas de mí, Álvaro?

—No hago otra cosa desde hace más de un mes —le dije, y me di cuenta de que no era la respuesta que esperaba, pero no tenía otra que ofrecerle—, ya lo sabes.

—No... Hace mucho más tiempo —hizo una pausa y volvió a mirar en todas direcciones, como un animal acorralado, antes de regresar a mí—. En mayo de 1977.

—¿En mayo de 1977? —y me eché a reír ante aquel disparate, una fecha absurda, tan remota que ni siquiera parecía real—. ¡Por favor, Raquel, en 1977 yo tenía...!

—Doce años —me interrumpió ella—. Y yo tenía ocho. Y tú vivías en la calle Argensola, en un piso muy grande y muy bonito, que tenía un pasillo enorme con una alfombra que se acababa al doblar una esquina, y luego, al fondo, estaba la cocina, que tenía unas puertas abatibles de madera, pintadas de blanco, con una ventana redonda, como las de los barcos, en cada hoja.

Hizo una pausa para mirarme y entonces fueron mis ojos los que buscaron el consuelo de las paredes, de los muebles, del techo, antes de regresar a su rostro, una expresión neutral a la que no supe responder.

—Aquel día era sábado —Raquel siguió hablando, pronunciando ahora las palabras justas, con una voz clara, limpia, que excluía las dudas, los titubeos de antes —, y yo fui de visita a tu casa, con mi abuelo Ignacio. No os conocía. Nunca había oído hablar de vosotros. Los sábados por la tarde mi abuelo siempre me llevaba de paseo, y aquel día me dijo que tenía que ir a ver a un amigo. Pero no va a ser divertido, protesté, y él me dijo que sí, porque su amigo tenía hijos de mi edad. Al

llegar, tu madre me preguntó si me apetecía ir a la cocina, a merendar contigo y con tu hermana Clara, y a mí no me apetecía, pero mi abuelo me animó y yo no me atreví a protestar porque todo era muy raro. Tu madre se había asustado mucho al vernos, estaba muy nerviosa, y se frotaba las manos todo el tiempo —entonces se detuvo, volvió a mirarme, y percibí una sombra de angustia en su voz—. ¿No te acuerdas?

—No.

—En el centro de la cocina había una mesa de madera, también blanca, y tu hermana y tú estabais sentados ya. Lo primero que pensé es que no os parecíais nada, y luego que ella era muy guapa, una niña como las que salían en los anuncios, tan rubia, con la piel tan blanca y los ojos enormes, preciosos, las pestañas largas y rizadas como si fueran postizas. Y entonces, la cocinera, que se llamaba Fuensanta, nos sirvió chocolate, y puso encima de la mesa una fuente con bollos y otra con picatostes, y nos dijo que no nos lo comiéramos todo porque luego iban a llegar tus hermanos del fútbol y vendrían muertos de hambre. Pero comimos mucho, porque el chocolate estaba muy rico, y tú me preguntaste si yo era tu sobrina.

—¿Yo? ¿Pero cómo iba yo a preguntarte eso?

Aquella barbaridad me hizo reaccionar, pero ella no pareció advertirlo, y se limitó a asentir mientras yo empezaba a tropezarme con mi lengua, con mis dientes, con un oscuro instinto que me impulsaba a rechazar aquella historia absurda, falsa, que no podía ser cierta por más que ella se empeñara en seguir defendiéndola con la cabeza, una secuencia de movimientos mansos, repetidos, que sólo sirvieron para incrementar mi impaciencia, para conducirla hasta el límite de la cólera.

—¿A qué estamos jugando, Raquel? ¿A qué te crees que estás jugando tú? No digas tonterías, de verdad, es que no entiendo... No sé adónde quieres ir a parar, ni de dónde has sacado todo esto, en serio, no sé quién te lo ha contado, cómo te has enterado del nombre de Fuensanta, de cómo era mi casa, pero no me creo ni una palabra, ¿sabes?, y te voy a decir una cosa, ya está bien...

—¡No te acuerdas de nada! —su insistencia había logrado enfurecerme y Raquel se había dado cuenta, pero mi supuesta desmemoria la afectó mucho más de lo que su memoria había llegado a irritarme a mí, y el asombro volvió a dejarme con la boca abierta mientras ella empezaba a escupir datos con la vehemencia de una ametralladora—. No puede ser, Álvaro, tienes que acordarte, estuve allí mucho tiempo, después de merendar fuimos a una habitación donde había un tren eléctrico montado sobre un tablero, entre dos balcones, a la izquierda estaba tu dormitorio, a la derecha el de Clara, ella quería jugar conmigo a las muñecas, tenía dos mellizas que le habían traído los Reyes, una rubia, vestida de azul, y una pelirroja, vestida de verde, pero tú no la dejaste jugar conmigo, tú querías enseñarme el tren, lo pusiste en marcha, estabas muy orgulloso de él, tenías dos locomotoras funcionando a la vez y me señalabas los túneles, los semáforos, entonces llegó tu padre y me sacó dos

chupa-chups de detrás de las orejas, el primero de naranja, el segundo de fresa, y tu madre vino a buscarle, tienes una visita, Julio, dijo, está aquí mi primo Ignacio Fernández, esta niña es su nieta... Tienes que acordarte, Álvaro, cuando me fui todavía llevaba la muñeca pelirroja en la mano, Clara me pidió que se la devolviera pero tu madre se empeñó en regalármela, y yo no la quería, pero ni siquiera la dejó acercarse, y tu hermana lloraba, si son mellizas, mamá, ¿cómo voy a regalarle una?, decía, y entonces... —en ese instante, la expresión de mi cara cambió, tuvo que cambiar y ella lo descubrió a tiempo—. ¿Te acuerdas ahora?

—Eras tú... —dije y apenas pude creer en el sonido de mi propia voz—. La niña de la muñeca eras tú...

—Sí —y cerró los ojos mientras su cuerpo se aflojaba de repente, como si acabara de culminar un gran esfuerzo—. Era yo.

—Pero no me acuerdo de ti, Raquel —negué con la cabeza, sonreí, y ni siquiera pensé que nunca había estado tan aturdido como en aquel momento, porque mi propio aturdimiento me impidió reconocerlo—, de ti no. No me acuerdo de ti, es como para fiarse del destino, desde luego... De lo que me acuerdo es de la muñeca, o mejor dicho, de la bronca que montó mi hermana al ver que la tenía Mariloli, la hija del portero. Me acuerdo de que fue a pedírsela y ella le dijo que no, que se la había encontrado tirada en la calle y que era suya.

—Yo no la tiré. La dejé encima de un banco, con un chupa-chups a cada lado.

—Da igual. El caso es que Clara se ofendió muchísimo, y vino a hablar conmigo, con mi hermano Julio, se puso tan pesada que al final tuvimos que bajar nosotros a pedirle la muñeca a Mariloli, pero tampoco nos la quiso dar. Y Clara, que era la pequeña y estaba muy mimada, se lo contó a mi padre, y mi madre estaba delante y no la dejó terminar. Le pegó un bofetón tremendo. Yo nunca había visto a mi madre pegarnos así a ninguno, y nunca volví a verla después, desde luego. De eso sí me acuerdo, y mi hermana se acuerda también, a ella nunca se le ha olvidado. Todavía lo cuenta en voz alta de vez en cuando, fue una injusticia, dice, mamá no tendría que habérsela regalado a aquella niña y menos consentir que se la quedara Mariloli. Ahora todos nos reímos, pero ella estuvo un montón de tiempo llorando.

—Lo siento —y de repente, sin ningún motivo, se le llenaron los ojos de lágrimas —. Lo siento mucho. Clara tenía razón. Yo se lo dije a tu madre, pero no me hizo caso.

—Pero entonces... —porque sólo después de confirmar la autenticidad de aquella historia me atreví a pensar en sus consecuencias—, entonces, tú y yo...

—Somos primos —lo dijo con una tranquilidad que me pareció casi ofensiva, de puro inconcebible—. Terceros, o cuartos, no lo sé. El padre de mi abuelo Ignacio, Mateo, era hermano del padre de tu abuela Mariana, que se llamaba Lucas. Nuestra tatarabuela era muy religiosa, por lo visto, y les puso a sus hijos nombres de

evangelistas... —entonces volvió a quebrarse, y una angustia concreta, más definida, medró a costa de su voz, y se hizo más fuerte que ella—. Pero tú no lo sabías, ¿verdad, Álvaro? Tú no podías saberlo, dime que no lo sabías. Cuando me preguntaste si podía ser que fuéramos parientes, la primera vez que comimos juntos, no tenías ni idea...

—No —contesté, estremecido todavía por esas dos palabras, nuestra tatarabuela, aquel adjetivo que nos había reunido en un lugar donde jamás había imaginado que pudiéramos estar juntos—. No lo sabía.

—Y sin embargo, aquella tarde, cuando nos conocimos de verdad, por primera vez, te gustó mucho la idea, a los dos os gustó. Nosotros no tenemos primos, dijo Clara. Y yo os conté que tenía muchos, que algunos vivían en París, mencioné a Annette, os dije que yo había nacido allí, y tú dudaste de que fuera española. Los que nacen en Francia son franceses, dijiste. ¿Tampoco te acuerdas de eso?

—No, pero no hace falta —sonreí, sin saber muy bien por qué lo hacía—. Por lo que veo, ya te acuerdas tú por los dos.

—Sí, yo me acuerdo de todo —y me devolvió la versión más intensa de aquel gesto que le pertenecía más que ningún otro—. Me acuerdo de todo, porque... Para ti, sería un sábado normal, una niña que viene de visita, que merienda, que se va... Lo he pensado muchas veces. Si yo fuera tú, tampoco me acordaría. De hecho, no me acuerdo de los niños que venían a mi casa cuando era pequeña, ni siquiera recuerdo bien a los hijos de algunos amigos franceses de mis padres que venían de vez en cuando a pasar fines de semana. Pero yo me acuerdo de todo porque, para mí, aquel día fue muy importante. Aquella tarde, al salir de tu casa, vi llorar a mi abuelo... Y mi abuelo no lloraba nunca, ¿sabes? Nunca... No lloró el día de la muerte de Franco, ni el día que volvió a España después de treinta y siete años de exilio, ni siquiera cuando volvió a probar el vermú de grifo, en una terraza de las Vistillas, y para él, eso fue como comprobar que estaba de verdad en Madrid, otra vez, después de tanto tiempo, pero ni siquiera aquella mañana se le escapó una lágrima. Y sin embargo, al salir de tu casa, aquel sábado de mayo de 1977, se sentó en un banco, en la plaza de las Salesas, y lloró...

Entonces fue ella quien empezó a llorar, pero el llanto no la obligó a detenerse. Las lágrimas que caían de sus ojos con suavidad, marcando un ritmo lento, casi armonioso, parecían subrayar cada palabra, y ella no las atajaba, no las secaba, las aceptaba como un destino justo y seguía hablando.

—Yo le pregunté qué había pasado, se lo pregunté... Él me había invitado a un helado y ya estaba bien, estaba tranquilo. Los dos íbamos andando por Recoletos, hacia Cibeles, comiéndonos el helado, y le pregunté, ¿qué ha pasado, abuelo?, y creía que no iba a contestarme...

Yo la veía llorar y no hacía nada, no la acariciaba, no la consolaba, no me atrevía

a hablar, ni siquiera a tocarla, porque aquel llanto aún era incomprensible para mí más allá de su condición ajena, extraña, y no me pertenecía, no me correspondía, no tenía ningún derecho a intervenir en él.

—Sólo tenía ocho años, pero a él le gustaba hablar conmigo... Hablábamos mucho, mucho, pero creí que no iba... Y sí me contestó. Eso es lo peor, que me contestó... Es una historia muy larga, y muy antigua, me dijo... No la entenderías y tampoco te conviene saberla. Y yo le pregunté por qué, y creí que tampoco iba a contestar a eso, pero me lo dijo... Él me lo dijo...

Y de repente, su llanto explotó, se expandió con la catastrófica necesidad de una presa que revienta, de un dique que se rompe, un río que se desborda para inundarlo todo. Así la inundó el llanto y yo lo vi, vi sus ojos líquidos, su piel coloreada, las mejillas mojadas y los labios tensos, crispados en una mueca tan forzada como la boca de una máscara, lo vi, la vi, pero ella siguió hablando, atropellando a la tristeza con palabras, y yo la escuché, seguí escuchándola.

—Bueno, ya hemos vuelto, eso me dijo... Me dijo que lo lógico sería que yo siempre viviera aquí... Y que para vivir aquí... Para vivir aquí, hay cosas que es mejor no saber, incluso no entender... Eso me dijo mi abuelo, y él sabía por qué me lo decía, lo sabía, y es... Es lo más importante... Nadie me ha dicho nunca nada tan importante, pero pasó el tiempo, mucho tiempo, él murió y yo lo olvidé... No le hice caso, tenía razón y no le hice caso, y sin embargo...

Entonces marcó una pausa consciente, distinta de todas las que habían abierto antes sus lágrimas, su congestión, la intermitencia de los jadeos que habían ido anunciando o rematando sus sollozos. Aquella pausa fue distinta y fue mía, porque la abrió sólo para mí, para mirarme.

—Y sin embargo, si le hubiera hecho caso, si no hubiera olvidado sus palabras y lo que significaban, nunca te habría conocido a ti, Álvaro, nunca te habría conocido a ti, Álvaro, nunca te habría conocido a ti...

Cuando Raquel se quedó dormida, era casi de día. A mí me costó más trabajo dormirme, y me desperté antes que ella.

Era muy tarde. El sol calentaba la habitación más allá de las persianas cerradas, de las cortinas corridas, y se escuchaba el murmullo intermitente, débil pero sostenido, de una calle de tráfico difícil en las horas de más actividad, bocinas, frenazos, camiones. Yo recibía aquellos sonidos con extrañeza, sin decidirme a celebrar su compañía, aquel indicio de realidad que certificaba mi existencia en curso, o lamentar su irrupción en la absoluta soledad que me rodeaba. Estaba solo. Raquel dormía a mi lado y a mí me gustaba verla dormir, porque me gustaba mirarla, y en la quietud del sueño se afirmaban sus rasgos, se acentuaba la irresistible proporción de sus caderas y su piel descansaba en su propia perfección. Raquel

seguía durmiendo, yo la miraba dormir, y estaba solo. Absoluta, rotunda, pavorosamente solo. Solo en medio de un desierto, una infinita extensión de tierra quemada, un campo de batalla devastado hasta sus raíces, donde los buitres se habían cansado de picotear los cadáveres y las hogueras habían dejado de humear. Allí, en el centro de la nada, estaba yo. Solo.

—¿Por qué me has traído aquí? —le había preguntado a Raquel cerca del final, mientras la verdad adquiría la forma de un gigantesco grumo de polvo gris, una pelota informe de porquería salpicada con algunas gotas de sangre seca, sangre vieja, valiosa o inservible, pero sangre—. No me gusta este sitio.

Entonces ya había empezado a calibrar la asquerosa naturaleza de la verdad congelada, sucia, y fea, y triste, que colonizaba mi paladar, y descendía por mi garganta para infectar mi esófago, mi estómago, mis pulmones. Respiraba polvo, masticaba polvo, tragaba polvo, y el polvo pesaba sobre mis pestañas, se expandía entre mis dientes, podía verlo bajo el borde de mis uñas, sentir cómo rellenaba poco a poco todas las cavidades de mi cuerpo, percibir su crujido en mi cerebro, y sin embargo le pregunté por qué me había llevado allí, yo lo pensé, yo lo dije, era mi voz, fueron mis ojos los que la miraron, los que sintieron el escozor de las lágrimas al contemplar sus ojos, hinchados, blandos, tan tiernos como su culpa. Yo lloro muy poco. Tómate esto, Álvaro, me había dicho mi hermana Angélica el día del entierro de mi padre, tú no has llorado y te vendrá bien. Yo lloro poco, muy poco, casi nunca, aquella noche no llegué a llorar, pero sentí el agotamiento de los ojos de Raquel en los míos cuando me contestó con la costumbre del llanto, el gesto seco de quien no llora sólo porque ya no tiene más lágrimas que derramar.

—A mí tampoco me gusta —me contestó—, pero pensé que, si algún día salimos de ésta... Si algún día se te olvida qué clase de mujer soy yo, qué clase de cosas soy capaz de hacer, si puedes llegar a mirarme, y a escucharme, sin pensar que te estoy engañando, que he seguido engañándote desde el principio, pues... No sé. Pensé que entonces estaría bien que hubiéramos hablado aquí, porque a ninguno de los dos nos gusta esta casa, porque aquí no vamos a volver nunca.

Aquí no vamos a volver nunca. Cuando me desperté, era muy tarde, pero Raquel seguía durmiendo, y yo la miraba dormir, y estaba solo. Tanto que ni siquiera soportaba mi propia compañía, la presencia de mi memoria, su forzosa, insoportable actividad, ahora que no sabía quién era yo, y el todo había crecido hasta desbordar los límites del caos, una magnitud pequeña, doméstica, frente a la incomparable vastedad del orden. Yo soy físico, y necesito predecir. Aquella definición se había estrellado contra sí misma como todos los cálculos, todos los principios, todos los axiomas que había adquirido, y valorado, y aprendido a manejar durante la primera mitad de mi vida. Lo único que podía saber era que, en aquel momento, mientras Raquel dormía, y el sol calentaba la habitación a través de las persianas bajadas, las cortinas corridas,

y el eco débil pero sostenido de una calle de tráfico difícil llegaba de tanto en tanto a mis oídos, estaba comenzando la segunda parte de mi propia historia, un horizonte vacío, desnudo, de contornos gigantescos y difusos, que sólo podía contemplar con la imprecisión de un recién nacido, una mirada que ni siquiera ha empezado a ser consciente de su función, de su naturaleza.

Mi vida había cambiado tanto, tan deprisa, como si mi pasado perteneciera a la memoria de otro hombre. Y sin embargo era mi memoria quien me acompañaba, mi memoria la que me bombardeaba sin cesar con imágenes, con gestos, con palabras viejas y recientes, todas antiguas ya, todas inútiles, y sobre todo, sobre todas, la alegría y la duda, la emoción y el cansancio del hombre que había llegado a aquella casa sólo unas horas antes. Aquel hombre solía ser yo, había sido yo, pero ya no lo era. Y ya no sabía quién era, qué podía esperar, qué esperaba, qué tendría que hacer, qué iba a hacer cuando la mujer que dormía a mi lado se despertara. Perdóname, Álvaro, por favor, perdóname, perdóname... Yo no había contestado, no había podido contestar, pero la había abrazado, la había besado, la había apretado contra mí y había mantenido la presión durante mucho tiempo. Yo amaba a esa mujer, eso lo sabía, lo sabía mi cuerpo, lo sabían mis ojos, lo sabían mis manos, y la única parcela de esa memoria misteriosa, ajena, que aún podía reconocer como propia. Lo único que sabía era que yo amaba a esa mujer, y sin embargo, no sabía qué hacer, qué decir, qué decisión tomar cuando se despertara. Entonces era casi de día y Raquel se quedó dormida, pero a mí me costó más trabajo dormirme.

—No te equivoques, Álvaro —me dijo cuando parecía que todo había pasado y no había hecho más que empezar—, no fue una venganza. Yo no quería, no podía vengarme. Había pasado demasiado tiempo, yo estaba demasiado lejos de París, de la derrota, de la victoria, de 1946, de 1947... No lo digo para defenderme, no es eso, al contrario. La venganza es noble, porque es una pasión. Una pasión torpe, débil, inútil siempre, porque jamás devuelve lo que se ha invertido en ella, pero una pasión, y yo... Yo lo hice todo sin pasión, Álvaro, por puro cálculo. Soy economista, ya lo sabes.

Y siguió cortando todos los atajos, despojándome de todos los consuelos, señalándome, uno por uno, cada bache, cada zarza, cada pantano que accidentaba la única salida del laberinto. Abrumada ya por el agotamiento físico que sucede al cansancio moral, hablaba con serenidad, sin compasión por mí ni por sí misma.

—Cuando leí el nombre de tu padre en aquel contrato, yo no tenía ni idea de la historia de Paloma. Sabía lo de su marido, sí, sabía que una prima suya lo había entregado, y que lo habían fusilado, y que le había escrito desde la cárcel una carta de mucho amor, eso sí lo sabía, lo había oído contar muchas veces. Mi abuelo siempre decía que no había visto nunca a un hombre tan enamorado de una mujer como su cuñado de su hermana. Y la conocía a ella, una mujer muy rara, que parecía mucho

más vieja que sus hermanos y casi no hablaba. Siempre la había visto sentada en un sillón, en casa de su hermana María, que era estupenda, simpática, divertida y muy buena cocinera, y tenía una casa con jardín, llena de hijos, y de nietos, y un marido que me caía tan bien como ella, el tío Francisco, que era de un pueblo de Toledo y...

Entonces me miró, negó con la cabeza como si quisiera morderse la lengua y se calló de repente.

—¿Y qué? —pregunté yo.

—Nada. Es que iba a decir una tontería.

—¿Cuál?

—Pues... —volvió a negar con la cabeza, me miró y respondió a mi pregunta—, pues iba a decirte que el tío Francisco hacía mazapanes para todos en Navidad. Y que a mí no me gusta el mazapán, pero siempre me comía una figurita delante de él, cuando íbamos a su casa, a recogerlas, para no darle un disgusto. Y que eso era lo que sabía, nada más. Cuando mi abuela me contó lo que había pasado, pues... Entendí mejor la vida de Paloma, aquella muerte en vida, pero sólo en la teoría, ¿sabes?, porque yo estaba ya demasiado lejos de París, de la victoria, de la derrota, de todo. Y de las viudas trágicas, esa exageración, tanto dramatismo, la vida negra de los lutos perpetuos... En la teoría lo entendí mejor, en la práctica, sólo me sirvió para confirmar que la venganza es un mal negocio. Estoy hasta los cojones de la guerra civil, cantaba mi padre todos los domingos, cuando volvíamos a casa después de comer. Mi abuela Anita siempre hacía paella los domingos para invitarnos a todos, ¿sabes?

—Mi madre también hace paella los domingos —sonreí, y a pesar de todo ella me siguió—. Y también nos invita a todos.

—Sí, en fin, ya se sabe que la paella está por encima de cualquier cosa... —entonces fue ella quien sonrió primero, y yo después—. Pero cuando nosotros salíamos a la calle, mi padre cantaba eso, estoy hasta los cojones de la guerra civil, y mi madre y mi tía Olga hacían de coro, chimpún, chimpún, y los niños nos reíamos, porque aquello era como blasfemar para los católicos, una barbaridad, algo que no se podía decir, que no se podía pensar siquiera... Estoy hasta los cojones del Quinto Regimiento, chimpún, chimpún... Nos partíamos de risa, y mi tío Hervé, el marido de Olga, que era francés y no entendía nada, nos miraba como si estuviéramos locos. Quizás estábamos locos, pero esa locura me impidió entender la historia de Paloma, las palabras de mi abuelo, para vivir aquí, hay cosas que es mejor no saber, incluso no entender... —y de pronto se extinguieron todas las sonrisas—. Yo no quería vengarme, Álvaro. Eso habría sido mejor, más noble, más honrado. Pero yo soy peor que mis abuelos, soy peor que Paloma, o lo era, al menos, cuando empezó todo esto. Todos somos peores, ¿no?, los españoles de ahora, peores que los de antes. Este país no ha hecho más que degenerar, ¿te acuerdas? Eso estabais diciendo Berta y tú

aquella noche, cuando dije que me estaba mareando porque no podía seguir escuchándote, Álvaro, porque me estaba poniendo enferma de pena, y de vergüenza. Tú hablabas de tu abuela y yo me despreciaba tanto a mí misma que no podía soportarlo más. Yo no quería vengarme, yo soy una española peor, de las de ahora, y sólo quería hacer un buen negocio, ganar mucho dinero, pegar el pelotazo de mi vida, ni más ni menos, con las espaldas cubiertas, eso sí, por la memoria de unas pasiones tan viejas que ni siquiera las entendía. Pero tu padre murió antes de tiempo, y todo se fastidió. Eso fue lo que pasó, Álvaro, no te equivoques.

Entonces se paró, me miró, soltó la sábana que había estado torturando con la punta de los dedos mientras hablaba y estudié sus pliegues, uno por uno, sin encontrar nada que decir. De todo lo que había aprendido aquella noche, lo que menos daño me hacía era la actuación de Raquel, fría, sí, y más que eso, astuta, despiadada, pero no como la de mi padre, como la de mi madre, como la de mi abuela Mariana, y a ellos no los podía rechazar, no podía abandonarles. Mis padres siempre serían mis padres, no podía tomar la decisión de apartarlos de mi vida, pero ella no había contado con eso, no se estaba dando cuenta de lo que yo pensaba, de lo que yo sentía en ese momento.

—Todo esto no iba contigo, Álvaro, no iba contra ti. Yo no podía saber que vendrías tú a verme, ni siquiera estuve segura de quién eras cuando llegué al cementerio, el día del entierro, y te encontré solo, lejos de los demás. Te pareces mucho a tu padre, eso es verdad, eres idéntico a él, como una copia del Julio Carrión que yo había visto en fotos, fiestas de cumpleaños y comidas de Navidad, posando con los demás como si fuera de la familia, pero pensé que igual eras un sobrino o algo así, porque no era lógico que no estuvieras con tu madre. Tuve que contar a tus hermanos, a tus cuñados, para darme cuenta de que faltaba uno, y hasta que no te vi abrazar a los demás, al final, no me quedé tranquila. Buscaba al único niño moreno que vivía en aquella casa a la que había ido a merendar cuando tenía ocho años, y eras tú, pero no quería que me vieras. No quería que me viera nadie, quería miraros a vosotros, solamente. Para eso fui al entierro de tu padre, para veros la cara, para saber cómo era tu madre, para prepararme mejor. Pero todo salió al revés.

Hizo otra pausa y cuando la miré, vi que me estaba mirando, que alargaba los dedos de la mano derecha con cautela hacia los míos, y los acariciaba, los posaba sobre ellos, muy despacio, los avanzaba hasta rodear mi mano y recibía su presión con un gesto de alivio.

—Todo esto no iba contigo, sino con tu madre. Yo iba contra tu madre... —entonces fue ella la que apretó mi mano, y cerró los ojos, y negó con la cabeza varias veces—. ¡Qué horror!, ¿no? —intentó sonreír y no le salió bien—. Qué manera tan horrorosa de defenderme, no iba contra ti, sólo quería hundir a tu madre... Y sin embargo... Sin embargo, tú lo has cambiado todo, Álvaro. Y eso es lo más ridículo, lo

más absurdo, porque yo tenía un plan para ganar mucho dinero, y tu madre no se habría enterado si tu padre no se hubiera muerto antes de tiempo, pero de alguna manera, ella le heredó. Cuando él desapareció, yo me volví contra ella y nunca va a saberlo, no se va a enterar de nada porque apareciste tú y todo salió al revés, y eso es bueno para todos menos para ti, que eres el único bueno... Tú has salvado a tu madre, que no se merece vivir tranquila, y me has salvado a mí, porque si no lo hubieras estropeado todo sin querer, yo me habría estropeado también...

Hizo una pausa, volvió a intentar sonreír y esta vez lo logró. Yo no pude acompañarla, sin embargo. La firmeza con la que aplicaba su método, esa manera tan meticulosa, tan perfeccionista, de despreciarse a sí misma, había empezado a hacerme daño, aunque me dolía más por ella que por mí.

—Al principio, no me daba cuenta. Al principio estaba tan segura de quiénes eran los buenos y quiénes eran los malos, de quién era yo, de cuál era mi historia, no sé... Yo no quería vengarme, no podía pensar que quería vengarme, no me tocaba, no me correspondía, ¿comprendes?, pero, de paso... De paso, mientras hacía un buen negocio, le amargaba la vejez a tu padre, pues mira qué bien, estaba muy segura de lo que hacía, estaba tan segura de todo y de que él no se merecía otra cosa... Yo no quería vengarme, no podía, pero la venganza me tranquilizaba, me cubría las espaldas, me servía para ser indulgente conmigo misma. Hasta que te vi aquella tarde en el museo, Álvaro, hablando con una niña muy fea, pero tan lista que ni siquiera te acuerdas de lo fea que era. Yo conocía esa escena, ya la había visto, me la habían contado tantas veces que me parecía haberla vivido ya, y entonces, sin querer, como si un interruptor automático hubiera saltado por su cuenta, te vi con los ojos de mi abuelo, Álvaro, me encontré mirándote con los ojos de mi abuelo y comprendí que le habrías gustado mucho, mucho, y luego ya no pude parar, porque yo también estaba allí, contigo, y mi abuelo con nosotros, así que me miré a mí, me vi con sus ojos y comprendí que yo no le estaría gustando nada, en cambio. Ya sé que es difícil de creer, que te va a sonar a excusa barata, pero hasta aquel momento yo no me había dado cuenta de lo que estaba haciendo. Hasta aquel momento, no había entendido lo que significaban mis planes, lo que iba a tener que perder para poder ganar tanto dinero. Y él ya estaba muerto, sí, pero daba igual. Yo seguía siendo su nieta, siempre seré su nieta, y le estaba tratando peor que nadie, le estaba maltratando más que nunca, le estaba destrozando, eso era lo que estaba haciendo yo, que le quería tanto, que le quería más que nadie, más que a nadie, al convertirme en alguien igual que tu padre...

—No.

Llevaba mucho tiempo callado, procesando con dificultad lo que escuchaba, pero aquella respuesta brotó de mis labios sin reflexión alguna.

—Sí —ella necesitó más tiempo para llevarme la contraria.

—No.

—Sí.

—No, Raquel —entonces volví a abrazarla, la apreté muy fuerte, recordé las velas a medio consumir alrededor del jacuzzi, el consolador de goma morada que parecía relleno de una especie de gel, las pastillas azules en aquella cajita de plata con la tapa rayada—. No.

—Perdóname, Álvaro, por favor, perdóname, perdóname...

Entonces ya era casi de día, y se quedó dormida, y yo seguí despierto, envidiando su culpa, envidiando su sueño. Eso es bueno para todos menos para ti, me había dicho, y tenía razón, porque yo la había abrazado, la había besado, la había apretado contra mí y la mantenía así todavía. Ella se había quedado dormida sabiendo que me tenía a su lado, pero yo estaba solo. Absoluta, rotunda, pavorosamente solo. Lejos del sueño, lejos de la culpa, lejos de mí, cerca de Raquel pero solo, el único habitante de una realidad congelada, y sucia, y fea, y triste, tan vasta como el mundo, que no tenía nada que ver conmigo y sin embargo estaba en el origen de mi propia existencia. Allí, en el centro de la nada, estaba yo. Solo.

Ahora que por fin conocía todos los datos del problema, su solución era más difícil que nunca. Tanto, que lo primero que logré establecer con certeza fue que, hasta en contra de mis propios instintos, para mí habría sido mejor que Raquel hubiera seguido siendo la amante de mi padre. Aquella hipótesis tradicional, hasta bíblica, que había logrado olvidar en los buenos momentos y, más allá de la inverosimilitud que mi amigo Fernando había formulado en los términos de un acertijo —lo raro es que no sea rara—, me daba asco y vergüenza en los malos, me había situado en un lugar mucho más cómodo, más habitable y civilizado, que el estricto desierto en el que acababa de depositarme la verdad.

La soledad absoluta es un mal sitio para pensar, y el polvo que seguía tragando, masticando, digiriendo mientras Raquel dormía, enturbiaba mis ojos y ensuciaba mi pensamiento con una pátina espesa, confusa. Podía imaginarla hablando con mi padre, planteándole sus exigencias con el mismo tono que había empleado conmigo el día que nos entrevistamos en su despacho, ese acento seguro, confiado, sólido y aséptico a la vez, que había adquirido en muchas entrevistas con tantos clientes como él, tantos herederos como yo. Podía imaginar sin dificultad esa escena tensa e inmoral, la más grave, la más dura de recordar para ella, pero me costaba mucho más trabajo verla en la casa donde estábamos juntos, sembrando de minas un campo diseñado, concebido, artillado para mi madre, pero que sólo estallaría debajo de mis pies. Esa astucia pequeña del hachís y de las velas, de los albornoces usados y la alarma del despertador, me dolía, me inquietaba, me desesperaba mucho más que el gran proyecto de su chantaje. Porque no tenía que ver con el pasado, sino con el futuro.

Esa conclusión, tan pobre en apariencia, significaba que ya había elegido, pero no me di cuenta antes de quedarme dormido de puro agotamiento. Lo comprendí después, por la mañana, y comprendí también que ni siquiera era una decisión completa, sino su cáscara, apenas un simulacro de voluntad. Entre quedarse con algo y quedarse sin nada, todo el mundo prefiere quedarse con algo. Eso no es elegir, es más bien no elegir, porque la nada no puede compararse excepto consigo misma.

—¿Cómo estás?

Raquel se despertó mucho antes de atreverse a abrir los ojos. Detecté el cambio de ritmo de su respiración, contemplé un giro característico, percibí el roce de sus pies contra los míos, y ninguna de estas señales, cuya ausencia había definido todos mis despertares de los dos últimos meses, me conmovió tanto como la terquedad de sus párpados cerrados. Raquel se despertó mucho antes de atreverse a abrir los ojos, pero se atrevió a acercarse a mí, me abrazó antes de preguntarme cómo estaba, y sólo entonces me miró.

—Bien —contesté, pero no era verdad.

—No, no estás bien —me dijo—. No puedes estar bien. Yo lo sé, lo sabía, por eso me marché. Y no pensaba volver, ¿sabes? No habría vuelto si tú no me hubieras buscado tanto.

—Porque te despediste de mí —la peiné con los dedos, le acaricié la cara, me asombré de lo guapa que era por las mañanas—. Si no querías que te buscara, no deberías haberlo hecho.

—Pero yo te quiero, Álvaro. Necesitaba que lo supieras.

—Yo necesitaba saberlo.

—Sí, pero ahora ya no vale para nada, ¿no? —tenía los ojos secos, el rostro tranquilo, y sin embargo, desde que habíamos vuelto a estar juntos, no le había escuchado pronunciar ninguna frase más triste que aquélla—. Nada sirve para nada. Eso también lo he pensado, he tenido mucho tiempo para pensar. Tú ya nunca te fiarás de mí, nadie lo haría, y no será culpa tuya, desde luego, todo es culpa mía, ya te lo dije anoche, todo. Pero no hay manera de arreglar esto. Lo he pensado mucho, le he dado muchas vueltas, lo sé. Me he equivocado demasiadas veces, demasiadas. Y tú no te lo merecías, tú no te mereces...

—Vámonos de aquí.

Ella, abismada todavía en el implacable escrutinio de sus errores, el único discurso en el que parecía hallar algún consuelo, me miró con los ojos muy abiertos.

—Vámonos de aquí ahora mismo —repetí—. Vámonos ya. Vístete y vámonos.

La última vez que le pedí que nos fuéramos juntos, se había quedado paralizada, petrificada por aquel verbo. Ahora, en cambio, obedeció muy deprisa, con la diligencia de una niña dócil, contenta de poder ser útil.

No coincidimos con nadie en los pasillos ni en el ascensor. El portero tampoco

estaba en su puesto, eran las dos y media. Cuando salimos a la calle, el aire caliente nos sumergió de golpe en la realidad vaporosa, sofocante, de la que habíamos permanecido ausentes en aquel pulido limbo de aire acondicionado.

—¡Qué calor hace!, ¿no? —me miró y asentí con la cabeza, porque estaba de acuerdo con ella pero, sobre todo, porque la trivialidad de aquel comentario me sentaba bien.

Era verdad que, tarde y a destiempo, hacía calor. El sol caía sobre nosotros como si pretendiera aplastarnos contra las aceras, y no era sólo el sol, también el ruido, el humo, los tubos de escape de los coches, los niños incómodos con sus mochilas, arrastrando los pies de vuelta al colegio, una pareja de cincuentones que se besaba con furia en una esquina, acordes de la sintonía electrónica de una máquina tragaperras al pasar por un bar, tres ejecutivos muertos de risa en la puerta, una madre que regañaba a su hijo, otra que paseaba a dos mellizas en un cochecito, más gente que chillaba o se reía, dos conductores disputándose a gritos una plaza de aparcamiento, fragmentos de conversaciones, ecos de bocinas, la calle, la vida, las virtudes del caos, su efecto analgésico.

—Sí —sonreí, y le pasé un brazo por los hombros, y advertí que los encogía un instante al percibir el peso de mi brazo—. Hace mucho calor.

Raquel había acertado al citarme en aquella casa ajena, que ahora, en la calle, parecía tan falsa, tan ficticia como un decorado. Los dos sabíamos que todo sería más fácil al otro lado, más allá de las paredes de cristal, del oasis del aire acondicionado, una atmósfera sin más olor que el de los lugares deshabitados. Se había equivocado muchas veces, había cometido demasiados errores, pero en eso había acertado. Bajamos por Jorge Juan en línea recta, sin hablar, percibiendo el calor, el ruido, los olores de la calle, y no íbamos a ninguna parte excepto a la otra mitad de Madrid, que era la nuestra. Cuando empezamos a verla al otro lado de Recoletos, la realidad se impuso un poco más sobre el silencio.

—Tengo hambre.

Sólo después de decirlo me miró, y yo volví a sonreír.

—Siempre tienes hambre, Raquel.

—Pues sí, pero... —me miró como si tuviera que arrepentirse también de eso—. ¿Tú no tienes? Ayer no cené, hoy no hemos desayunado, y ya son las tres.

—La gente en España come a esta hora —recordé, y la vi sonreír—. La verdad es que me vendría bien tomarme un café.

—¿Nada más que un café?

Nos sentamos en una terraza y ella retuvo con un gesto de la mano al camarero que vino a dejar las cartas.

—No se vaya, que vamos a pedir ya. Dos cafés con leche, una botella de agua sin gas y para mí, una tosta de jamón ibérico pero de las grandes, de las de hogaza, y un

pincho de tortilla.

—¿Sólo o con pan?

—No, no, con pan... —entonces se volvió hacia mí—. ¿Y tú, qué quieres de comer?

—Pues... No sé. Otro pincho de tortilla.

Pero la realidad no iba a ser tan clemente con nosotros como parecía. Cuando el camarero nos dejó solos, miré a Raquel y ella me devolvió una mirada expectante que había contemplado muchas veces, como la había tenido muchas veces sentada enfrente, al otro lado de las mesas de muchos bares, de muchos restaurantes, y había percibido muchas veces la presión del hambre sobre su voz, esa ilimitada solvencia con la que daba órdenes a los camareros para agradecerles después su atención con tanto énfasis como si tuviera algo que hacerse perdonar, pero todo era distinto, y no era sólo eso. Veinticuatro horas antes, y cuarenta y ocho, y setenta y dos, y noventa y seis, y ciento veinte horas antes, y así hasta una cifra difícil de manejar, yo habría dado cualquier cosa por estar allí, por estar con ella. Su desaparición había reducido mi vida a esa frase, cualquier cosa por Raquel, cualquier cosa a cambio de Raquel, cualquier cosa para llegar a Raquel, por llegar con ella a una cama, una noche, una mañana, las tres en punto y tengo hambre, cualquier cosa por volver a escuchar que tenía hambre, por sentarme frente a ella en una mesa, por verla comer. Yo habría dado cualquier cosa por todas esas cosas, que eran la alegría, y ahora las había recuperado, pero la alegría ya no estaba allí, y no sabía qué hacer con ellas.

—Te lo dije —cuando se cansó de esperar, su mirada se apagó, se volvió inquieta y rebotó en el cielo, en la mesa, en los coches, en los árboles, antes de volver a mí—. Te dije que era muy difícil, que va a ser muy difícil...

—No es eso, Raquel —no era sólo eso, pero decidí ahorrarme, ahorrarle el adverbio—. Tú estás viva, puedo hablar contigo, hacerte preguntas, escuchar tus respuestas, quedarme contigo o marcharme. Tú estás viva y eres un problema pequeño —las velas a medio consumir alrededor del jacuzzi, el consolador de goma morada que parecía relleno de una especie de gel, las pastillas azules en aquella cajita de plata con la tapa rayada—, un problema relativamente fácil de resolver. Pero hay más, mucho más. Tanto que ni siquiera he podido hacerme a la idea. Y eso sí que es difícil.

Decirlo en voz alta me ayudó a comprenderlo, pero no me señaló ningún camino por donde seguir, y me quedé callado, calculando en qué medida era verdad lo que acababa de decir, lo que quería creer, lo que me salvaría o no, lo que salvaría, o no, a Raquel conmigo. Mi padre había sido un hombre mucho más extraordinario de lo que llegaríamos a ser ninguno de sus hijos, recordé, y yo quien mejor lo sabía, porque era también el hijo que más se había alejado de él, el único que no se había esforzado en parecérsele. Ambas cosas seguían siendo verdad, nunca lo habían sido tanto cuando

el camarero vino corriendo con los cafés y los pinchos de tortilla, ahora mismo le traigo el jamón, dijo, y Raquel ni siquiera le miró, me miraba a mí, volcaba sus ojos sobre los míos con una expresión radical, que era entrega, y era miedo, y era amor, también amor, y que yo conocía bien. Muy bien. Antes sentía que con aquella mirada quería decirme que su vida estaba en mis manos, e intuía que era eso exactamente lo que sucedía. Ahora ya lo sabía todo, a un lado y al otro de aquellos ojos que me quemaban, que me dolían, y que deberían ser capaces de curarme.

—¿No vas a comer? —el camarero acababa de ponerle delante una rebanada de pan tan grande como la mitad de la mesa, pero ella ni siquiera había cogido los cubiertos.

—No tengo hambre.

—No me lo creo —sonreí.

—En serio... —pero parecía a punto de llorar otra vez—. Se me ha pasado.

Hice una pausa para mirarla, y miré el paseo, los coches, el cielo, a un par de amigas que hablaban como cotorras en la mesa de al lado, vi al camarero y enseguida dejé de verle, tan deprisa se movía, y volví a mirar a Raquel, la línea de su mandíbula, su barbilla, la perfección vertical y tierna de su largo cuello, sus ojos grandes y de un color extraño, oscuros pero verdosos, una chica lista, una belleza secreta, una mujer tan guapa que había que mirarla dos veces, y mirarla con atención, para llegar a verla, porque la impecable armonía de sus rasgos se negaba a los ojos que no la merecían. Estaba viendo a Raquel, la estaba mirando, y era todo tan triste, todo tan oscuro, todo tan seco, tan gris, tan sucio, tan temible, y nosotros nos reíamos tanto, solíamos reírnos tanto, nos habíamos reído tanto, que ningún otro momento llegaría a ser nunca peor que aquél, más áspero que aquel temor, más negro que aquella luz, más ruidoso que aquel silencio.

—Come, Raquel —escuché el sonido de mi voz y me asombré de que me hubiera obedecido, de que mi lengua y mi garganta hubieran generado el sonido que yo les había ordenado producir—. Come, por favor.

—Si es que no tengo hambre...

—Come —yo lloro muy poco, la noche anterior no había llorado, pero presentía la aparición de mis propias lágrimas y no estaba dispuesto a dejarlas escapar, no con Raquel, no a su lado, no todavía, aunque tuviera que cargar también con ella, aunque mis hombros estuvieran gritando que ya no podían soportar el peso de tantos cadáveres—. Empieza a comer ahora mismo. Vamos.

—Qué mandón te has vuelto, Álvaro... —cortó una tercera parte de la tostada, amontonó encima el jamón que se había desparramado al separarla del resto, se la acercó a la boca, la mordió, e insinuó una mueca cercana a la risa, una risa amarga, triste, con la boca llena, como si acabara de darse cuenta de lo que acababa de decir —. ¡Qué tontería!, ¿no?

—Sí —yo tampoco tenía hambre pero me obligué a comer, y mientras empezaba a masticar, me alegré de haberlo hecho—. Me gustan las tonterías. Cuéntame alguna más.

—¿Como... cuál?

—No lo sé, me da igual —estaba desconcertada, preocupada, tenía miedo, y no me gustaba que me tuviera miedo—. Habla, Raquel, cuéntame algo, cualquier cosa, lo que sea.

—Pero es que no sé...

—Habla —se quedó congelada, pensando, con la comida en la mano, pero yo no podía pararme, no podía esperarla, no podía soportar otra vez el ruido del silencio en los oídos—. Cuéntame qué le pedías a los Reyes de pequeña, cuáles eran tus juguetes favoritos, qué profesores te caían mal, lo que sea, me da lo mismo.

—A mi casa sí venían los Reyes de pequeña —sonrió, cerró los ojos, negó con la cabeza, volvió a abrirlos—. Quiero decir que cuando yo era pequeña, sí que venían los Reyes a mi casa. O sea, que aunque viviéramos en Francia, mis padres celebraban los Reyes y no Papá Noel, ¿comprendes? —asentí con la cabeza—. Es que estoy muy nerviosa, Álvaro.

—No importa —me había terminado sin ganas la mitad de la tortilla y sin ganas, pero con pan, empecé con la segunda—. Sigue hablando.

—Eso era muy típico de ellos, ¿sabes? Lo de mantener las costumbres de aquí, como las uvas, por ejemplo. En Nochevieja comíamos uvas, y mi abuela Anita siempre se quejaba, con lo carísimas que están, decía, y el trabajo que cuesta encontrarlas —entonces se le cayó una lágrima del ojo izquierdo, una sola, pero se la secó enseguida, y siguió comiendo, y hablando para mí—. En casa de mis abuelos había un reloj con carillón, de esos que dan las campanadas. Estaba en el salón y, claro, después de cenar, todos teníamos que levantarnos para irnos al salón, cada uno con sus uvas. Un año, mi abuelo Ignacio llamó a mi otro abuelo, Aurelio, que vivía aquí, en Torre del Mar, y escuchó las campanadas de la Puerta del Sol por teléfono, pero acabó cuando nosotros íbamos por la cuarta o la quinta, y todos protestamos mucho y ya no lo volvió a hacer... ¡Uy! —se tapó la boca con los dedos de la mano izquierda, apretó los párpados, se mordió el labio inferior y me miró como si acabara de cometer un pecado imperdonable—. Qué tonta soy, a lo mejor te sienta mal que te cuente eso... Puedo contarte cosas del instituto, mejor...

—No —la naturaleza de su miedo y aquella repentina adicción a la culpa me hicieron sonreír de verdad, sin proponérmelo de antemano—. Eso me gusta.

—¿Sí? Pues eso, que, claro, a mis amigas del colegio lo de las uvas les sonaba muy raro, y lo de los Reyes también...

Cuando pedí la cuenta, ya habíamos llegado a un supermercado de plástico con ruedas, toldo a rayas y registradora con billetes y monedas, que había sido su juguete

favorito a los siete años y habría podido serlo durante muchos años más si no se lo hubieran destrozado en la mudanza.

—Fue lo único que rompieron, ¿te lo puedes creer? Bueno, eso y una lamparita horrorosa con una pantalla como de ganchillo, que mi abuela Rafaela le había mandado a mi madre un poco antes. La había tejido una amiga suya, pero a ella no le gustaba nada, así que... Pero yo me llevé un disgusto enorme, y lo peor es que no me lo explico, porque era de plástico, ¿sabes?, no sé cómo pudo rajarse entero, de punta a punta... ¿Nos vamos?

—Sí —yo había pagado la cuenta y me levanté primero—. ¿Cogemos un taxi?

—Vale.

Le di al taxista la dirección de su casa y ella no dijo nada. La radio del coche estaba encendida en una emisora que emitía un especial de música de los ochenta y nos liberó de la obligación de seguir hablando. Raquel se dejó caer sobre mí, me cogió de la mano, y empezó a canturrear que me buscaría en Groenlandia, en Hawai, en el Tíbet, en Japón y en la isla de Pascua. Podría haber sonado cualquier otra canción, pero estaba sonando precisamente ésa, y cuando terminó, pusieron un éxito de otro grupo pero de la misma época, horror en el hipermercado, terror en el ultramarinos, mi chica ha desaparecido y nadie sabe cómo ha sido... Al terminar el estribillo, mi chica me miró y los dos nos echamos a reír al mismo tiempo. Era la primera vez que nos reíamos desde que nos habíamos vuelto a encontrar, pero los dos nos dimos cuenta a la vez, y aquella risa nos dejó, me dejó a mí, al menos, un poso de melancolía en el paladar. Entonces el taxista enfiló la calle Conde-Duque, ella sacó el monedero del bolso y no me dejó pagar. Tengo mucho suelto, dijo.

—Bueno, pues... —los dos nos quedamos quietos, de pie, en la acera, y vi que los labios le temblaban, pero ya no los movía la inminencia del llanto, sino un nerviosismo tan abrumador que la impulsaba a dar saltitos sobre la acera, como una niña pequeña que hace cola para recoger las notas de fin de curso—. Yo... Me quedo aquí, claro, y tú, pues... No sé...

—Yo me quedo contigo —no reparé en el doble sentido de aquella frase hasta que terminé de decirla, y me pareció tan grave, tan solemne, que me apresuré a soltar lastre—. Si no te importa, vamos.

—No, no —me cogió de la mano y empezó a tirar de mí hacia su portal—. Por supuesto que no me importa, al revés... Pero pensaba que igual te apetecía estar solo.

—Ya estoy solo, Raquel.

—Estás conmigo —pero no se atrevió a mirarme.

—Estoy contigo y solo.

—Vale —me dijo al llegar a la puerta—, entonces soy yo la que está contigo.

No era mucho, nada más que un juego de palabras, pero me gustó escucharlo, y me gustó entrar con ella en aquel pasillo fresco y sombrío que había acechado tantas

veces desde la calle, y pulsar el botón del ascensor, y oírlo llegar, y sin embargo, percibí allí mejor que en ningún sitio la cualidad ensordecedora del silencio en el que escuchamos el ruido del motor que se ponía en marcha, el disciplinado roce de los engranajes, el silbido de la cabina al posarse en el suelo. Era un ascensor largo y muy estrecho. No cabíamos juntos en él salvo cuando nos aplastábamos el uno contra el otro, y no lo hicimos. Nos colocamos en fila india, Raquel delante, yo detrás, el aire en medio, y la cautela de sus movimientos, el cuidado que ponía en no tocarme, esa repentina dificultad de sus brazos, de sus piernas, los ojos que el temor había abierto en su nuca, me sumieron en una pena instantánea, devastadora.

Nosotros solíamos hacer otras cosas, sabíamos hacer otras cosas. Yo no las había olvidado, ella tampoco, pero llegamos hasta el cuarto piso tiesos, mudos, tan separados como suelen estar los hombres y las mujeres en la frontera de su primera vez. Y no era la primera vez. Por eso, cuando abrió la puerta, y entró delante de mí, y se movió para dejarme pasar, y me miró, pensé que debería besarla. Deberías besarla, Álvaro, fui capaz de decirme, pero no de hacerlo. Entré en el recibidor, pasé a su lado, di un par de pasos, me volví, y Raquel seguía mirándome, me miraba como si su vida estuviera en mis manos y yo sabía que eso era exactamente lo que sucedía, y entonces, con torpeza, mal, a destiempo, di un paso hacia ella, que ya venía hacia mí, y nuestros hombros chocaron.

Su cabeza se acercó a la mía cuando yo iniciaba un movimiento idéntico y volvimos a chocarnos. Luego, mi nariz se tropezó con su pómulo pero su boca me encontró, y nos besamos de pie, abrazados, durante mucho tiempo, todo el que hizo falta para que mi cuerpo decidiera por mí. Antes yo sabía perderme en él, confiarme sin límites ni precauciones a su instinto, disolver mi autoridad en la suya, anularme hasta quedar reducido a su estricta dimensión orgánica, carne, piel y huesos, yo. Pero ahora no era antes, y antes existía, había vuelto a existir en aquella casa donde siempre era ahora, y ya no supe hacerlo, no pude hacerlo, y sin embargo, mientras yo lo miraba como si estuviera en otra parte, como si no fuéramos la misma cosa, mi cuerpo se emancipó de mí, mis manos empezaron a desnudar a aquella mujer, mis piernas la empujaron por el pasillo, mis pasos recordaron la manera de esquivar los muebles sin rozarlos siquiera, y todo eso lo hice yo, pero no era yo, porque podía verlo con los ojos cerrados, toda mi atención absorta en la boca, en la piel, en la cremallera de Raquel, en el esplendor del cuerpo desnudo, dorado y sinuoso, que se desparramó sobre la colcha en el último instante de mi extrañeza.

Ya nada era igual, nada inocente, y nosotros más viejos, más y menos sabios, pero la Tierra guardaba la memoria de su órbita y aún acataba el mandato de las caderas de Raquel, y lo acaté yo, en el torrente enloquecido de un río que se desborda de todos sus cauces previos, un caudal más poderoso que su rutina, aquella apacible costumbre del agua que corre que yo echaba y no echaba de menos, mientras intuía que quizás

podría quedarme enganchado a aquella brillante desesperación como me había enganchado a la sonrosada fluidez en la que una vez había perdido la libertad.

Mi cuerpo reconocía el de Raquel, me reconocía en el cuerpo de Raquel, obraba el milagro de anular el tiempo, pero el sexo se había convertido en una trampa, un arma afilada, peligrosa, un ejercicio agotador, aunque capaz también de tranquilizarme y hasta de transportarme, más allá del placer, a algún lugar vagamente emparentado con la felicidad. No la sentía, pero la recordaba, cuando me quedé dormido. Me hundí en un sueño absoluto, hondo y pesado, durante dos o tres horas, y tuve que preguntarme dónde estaba cuando abrí los ojos y vi los de Raquel, mirándome.

—He hecho café —me dijo, mientras me peinaba con los dedos—. ¿Quieres?

Asentí con la cabeza y se levantó enseguida. La vi salir desnuda de la habitación y no pude contar cuántas veces la había visto salir igual. Pero antes la televisión no estaba nunca encendida, y ahora proyectaba un resplandor grisáceo sobre la pared. Mientras yo dormía, Raquel había estado viendo una película antigua, en blanco y negro, con el volumen tan bajo que apenas se escuchaban los diálogos. Entonces me acordé de Mai, de que ella también estaba viendo una película desde la cama cuando entré en el dormitorio para ponerme una camisa limpia. Eso había sucedido menos de veinticuatro horas antes, y parecía una escena tan antigua como la que estaba viendo ahora, James Cagney disparando con una metralleta desde el estribo de un coche en marcha. Pero también estaba Miguelito.

Me incorporé sobre un codo para mirar la hora en el despertador. Eran las siete menos diez. Ahora estaría él también viendo la televisión, sentado en el suelo, pendiente de los dibujos animados. Yo me había preparado para eso. Había imaginado muchas veces ciertas escenas, despachos, abogados, borradores, documentos, estilográficas, porcentajes, desconocidos yendo y viniendo por un pasillo como sombras ajenas de sus propios personajes, palabras de ánimo, miradas heladoras, silencio. La alegría me había hecho fuerte, porque Raquel me había enseñado que no existe trabajo, ni esfuerzo, ni culpa, ni problemas, ni pleitos, ni siquiera errores que no merezca la pena afrontar cuando la meta, al fin, es la alegría. Yo estaba preparado para todo eso, para acordarme de mi hijo en un momento como aquél, en aquella misma cama, con la televisión encendida, palabras que sonaban con el ronroneo monótono y tranquilo de una mascota bien educada, y había llegado hasta allí, hasta aquella casa, hasta aquella tarde, hasta aquella hora, y era todo tan duro, tan injusto, tan cruel para mí, para todos, que sentí la tentación de abandonar, de desaparecer yo y para siempre, de marcharme lejos, pero solo, y no volver jamás, como si así pudiera dejar de ser el hijo de mi padre, de mi madre, el amante de Raquel, el marido de Mai, el padre de Miguel. Como si no fuera el nieto de mi abuela, y sí un hombre cobarde.

Raquel volvió con una bandeja entre las manos y me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no pensaba en Teresa. Su presencia tenaz y benéfica, como el vuelo de un hada joven sobre mi cabeza, había permanecido ausente de las negociaciones en las que me había enzarzado conmigo mismo desde la noche anterior. Y todo lo que me había pasado desde el día del entierro de mi padre era el resultado de una pura coincidencia, una cadena de acontecimientos triviales, casuales, una serie de accidentes sin ninguna relación lógica entre sí al margen de la fatal necesidad de mi presencia en todos ellos, pero mi abuela había sido una etapa más de aquel proceso y hacía mucho tiempo que no pensaba en ella, tú tienes que ser un hombre digno, bueno, valiente...

—Te he traído galletas —y me dejó la caja encima de las piernas—. De chocolate, éstas te gustan, ¿no?

Asentí con la cabeza y la miré. Sé que serás un hombre digno, bueno, valiente, pero no pude seguir porque en aquel momento vi encogerse a Raquel sobre sí misma mientras su voz adelgazaba hasta la frontera del susurro.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Álvaro?

—No hables con esa vocecita, Raquel. Parece que me tienes miedo.

—Es que te tengo miedo, vale, a ti no, pero... —se puso derecha, me miró—. ¿Puedo preguntarte una cosa sí o no?

—Sí.

—¿Cuándo vas a irte a casa?

—No voy a irme a casa.

Me comí una galleta en dos tiempos, muy despacio, mientras la miraba. Ella me devolvió la mirada con los ojos muy abiertos, tanto como los labios, los puños cerrados en cambio, el cuerpo en tensión, pero no quiso hablar, no dijo nada.

—No puedo —le expliqué, y mordí otra galleta—. Anoche, Mai me dijo que si me iba, que no se me ocurriera volver. Luego me esperó al lado de la puerta. Me preguntó si la había oído, si la había entendido, si me iba a marchar, y yo le dije a todo que sí. Y me fui.

—Bueno... —ella intentó recomponerse y no fue capaz de superar el impacto, pero adoptó un tono de niña sabihonda casi divertido, más agradable que los murmullos de antes—, eso son cosas que se dicen, ya sabes. Ella te lo dijo para que no te fueras, para intentar retenerte, nada más. Estoy segura de que te dejaría volver, seguramente te estará esperando.

—No voy a volver, Raquel, no puedo —la miré y la encontré tan triste de repente, otra vez, que no lo entendí . Ahora menos que antes. Ahora no puedo volver a ninguna parte, ya no hay ninguna parte, no hay nada, estoy solo, ya te lo he dicho. Todo ha saltado por los aires, se ha hecho pedazos, y son tan pequeños que nadie podría pegarlos... No puedo volver a casa y decirle a Mai que vuelvo porque mi padre

era un hijo de puta, un ladrón, un estafador, que arruinó a una viuda que era tan hija de puta como él, o más, porque entregó al marido de su prima para que lo fusilaran y quedarse sin testigos de que se lo estaba robando todo a una familia que se había exiliado con lo puesto, y que esa mujer con el tiempo se convirtió en mi abuela, porque su hija la traicionó para casarse con su peor enemigo y acabar siendo mi madre, ¿no lo entiendes? Si no puedo ni decirlo en voz alta, si no me lo puedo creer ni yo, ¿cómo voy a contárselo a nadie? Y sobre todo... Sobre todo, no quiero volver, Raquel. Anoche me fui de casa para no volver, y no sabía nada excepto por qué me iba. Eso lo sabía muy bien... —volví a mirarla y ya no la vi, porque se había tapado la cara con las manos—. Ahora, que si te estorbo, me puedo ir a un hotel.

—No es eso, Álvaro, yo no quiero que te vayas, al revés... Pero es que todo esto es una putada, una putada tan grande...

Se inclinó sobre mí, cogió la caja de las galletas, la dejó en la mesilla, me abrazó, y ya no pude verle la cara, sólo la cabeza, el pelo esparcido sobre mi hombro derecho, pero sentía mi propia derrota en su voz.

—Yo ya sabía que esto iba a ser así, que tendría que ser así, no había otro remedio, lo sabía, y es todo culpa mía, pero yo te quiero, Álvaro, nunca he querido a un hombre como te quiero a ti, nunca he estado tan enamorada de nadie, y a veces se me iba la olla y pensaba... No sé, pensaba que todos se morían, tu madre, tu mujer, yo qué sé, que nos quedábamos solos, de repente, que tenías un accidente, un ataque de amnesia... Parece una tontería, ¿no? Es una tontería, pero a veces lo pensaba, pensaba en nosotros como si fuéramos de otro país, como si no tuviéramos nada en común, como si nos hubiéramos conocido en una cena, en una fiesta, en esos sitios donde se conoce la gente, porque sabía que iba a ser así, que tendría que ser así, y yo tenía la culpa, pero no quería, no quería imaginarme esto, esta tristeza... Entonces me imaginaba que todos se morían, que ni siquiera habían nacido, y que tú y yo vivíamos aquí, y los sábados por la mañana hacía sol, y yo volvía de la compra con ramos de flores, y los ponía en jarrones de cristal transparente, y nos reíamos, porque éramos felices, porque yo no me había vuelto loca, porque no había metido nada en ningún cajón, porque no había llegado una mañana con una maleta llena de cosas usadas a un piso donde nadie había usado nunca nada, porque no se me había ocurrido comprar dos docenas de velas en el chino de al lado de mi casa, y no las había colocado, ni las había encendido, ni las había ido soplando una por una cuando estaban a medio consumir, como si fuera mi cumpleaños...

Aquella tristeza, que me pertenecía tanto como a ella, me inundó muy suavemente, como una droga dañina y piadosa de la que no sabía defenderme. Y sin embargo, me sentía tan cerca, tan unido a Raquel, que estreché su cabeza contra mi pecho, y la besé en el pelo, y volví a besarla, y la besé otra vez, y una más, muchas veces. No sabía muy bien por qué lo hacía, pero ella siguió hablando como si lo

supiera todo por los dos.

—Y pensaba que éramos felices porque tú confiabas en mí, Álvaro, porque yo nunca te había engañado, porque tú me querías, y yo te quería, y nos reíamos mucho, y te gustaba verme entrar por la puerta los sábados por la mañana, con bolsas de la compra y ramos de flores que ponía en jarrones de cristal transparente, y siempre hacía sol... Eso me imaginaba, eso me gustaba pensar, y no esto, esta mierda, aunque ya supiera que iba a ser así, que tendría que ser así, que nunca seríamos tú y yo solos, Álvaro, que nunca podríamos vivir tú y yo solos. Nunca podremos, ahora ya lo sabes. Siempre habrá demasiada gente alrededor, vivos o muertos, contigo y conmigo, acostándose con nosotros, levantándose con nosotros, comiendo, bebiendo, andando con nosotros, y jodiéndolo todo, siempre... Yo sabía que esto iba a ser así, que tendría que ser así, pero es tan triste, es tan injusto, es tan horrible...

Entonces se incorporó, apoyó un codo en la cama, se dio la vuelta, me miró.

Yo, que lloro tan poco, que no lloro nunca, casi nunca, estaba llorando.

Ella me limpió la cara con los dedos, volvió a abrazarme, a esconderse en mi hombro.

—¿Vas a poder con esto, Álvaro?

—No lo sé, Raquel —mi llanto, manso y silencioso, breve, había terminado—. De verdad que no lo sé.

III
El corazón helado

Dicen los viejos *(sic)* que en este país
hubo una guerra *(sic)*,
que hay dos Españas que guardan aún
el rencor de viejas deudas.
[...] Pero yo sólo he visto gente
que sufre y calla, dolor y miedo,
gente que sólo desea
su pan (sic), su hembra (sic) y la fiesta (sic) en paz.
[...] Dicen los viejos *(sic)* que hacemos
lo que nos da la gana *(sic);*
y no es posible que así pueda haber
gobierno que gobierne nada (sic)
[...] Pero yo sólo he visto gente
muy obediente, hasta en la cama (sic),
gente que tan sólo pide
vivir su vida, sin más mentiras (sic) y en paz.
Libertad, libertad, sin ira libertad,
guárdate tu miedo y tu ira
porque hay libertad, sin ira libertad,
y si no la hay, sin duda la habrá (y *sic).*

JARCHA, *Libertad sin ira* (1977)

En las postrimerías del ocioso estío, ha regresado a mí este año, por dos vías

distintas, un poema de Antonio Machado que desde hacía tiempo estaba ausente de mi ánimo: el soneto *A Líster, jefe en los ejércitos del Ebro* [...] La poesía de circunstancias, sean éstas cualesquiera, puede ser pésima; pero, aparte de eso, toda poesía es de circunstancias: de circunstancias fueron las Coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre, el Llanto de García Lorca por Ignacio Sánchez Mejías y el poema de Antonio Machado sobre el asesinato de García Lorca [...] ¿Por qué, entonces, habrá tenido tan mala fortuna crítica? ¿Por qué, ahora, tiene que buscarle disculpa quien quiere ponderar sus quilates estéticos? [...] Después de aquel momento, durante la guerra generalizada, Líster seguiría en campañas europeas, fiel a su vocación; y hoy, pasados tantos años, su lealtad podrá parecer un anacronismo; hoy, el soneto en que Machado quiso enaltecerle produce una cierta sensación de vago malestar. Hoy ¡se es tan avisado! ¡Se está tan por encima de ciertas cosas!

FRANCISCO AYALA (1988)

Mai había dejado la casa recogida antes de marcharse, pero al entrar en el dormitorio me tropecé con una hormigonera en miniatura, de metal amarillo y ruedas de plástico, que estaba escondida en el quicio de la puerta. La recogí y la puse en su sitio, entre un camión de bomberos y un Ferrari rojo, en el estante donde mi hijo tenía desplegada su escudería, y los dedos me dolieron, me dolió el olor de aquella habitación, los dibujos del edredón a juego con los de las cortinas, la telaraña por la que yo mismo había condenado a Spiderman a trepar eternamente sin llegar nunca a alcanzar el techo. Salí de allí deprisa, sin hacer ruido, como si fuera de noche, en otro tiempo, pero Miguelito no estaba durmiendo en su cama y yo tampoco me sentí mejor. Mientras avanzaba por el pasillo hacia lo que ya era el dormitorio de mi ex mujer, casi pude verle, ver a su madre, escuchar su voz, recuperar ruidos, risas, timbres, pisadas, ecos aún despiertos de mi primera vida. Recordé también cada palabra y cada pausa de la conversación que habíamos mantenido la noche anterior.

—¿Sí?

—Hola, Mai, soy Álvaro.

—Ya... Todavía reconozco tu voz.

Aquel diálogo había rematado uno de los días más crueles, más violentos y desagradables de mi vida, un día que podría haber sido el peor si no hubiera perdido ya la cuenta de los candidatos a aquel título. Creía que no ibas a volver, me dijo Raquel cuando me abrió la puerta, a las ocho de la tarde de aquel día nefasto, 30 de septiembre, viernes, que había empezado cuando la radio de su despertador se encendió sola, a las siete de la mañana.

—Tengo que irme a trabajar —me anunció, y estaba tan despierta como yo—. Ayer me pedí el día, porque me imaginaba que lo iba a necesitar, pero hoy... No tengo más remedio.

—Claro —esperó un momento por si yo quería añadir algo, pero no encontré nada más que decir.

Mientras la veía levantarse y salir por la puerta sin volverse a mirarme, recordé sus palabras, aquel brillante y aterrador diagnóstico de lo que me esperaba, yo sabía que iba a ser así, que tendría que ser así, pero no quería, y me imaginaba que los sábados por la mañana siempre hacía sol, y yo volvía de la calle con bolsas de la compra y ramos de flores que ponía en jarrones de cristal transparente... No me levanté para desayunar con ella. Debería haberlo hecho, pero estaba muy cansado. En la plaza de los Guardias de Corps no había dormido mucho mejor que en la calle Jorge Juan.

A las ocho y cinco volvió a entrar vestida de ejecutiva, con uno de sus trajes de chaqueta, y sus zapatos de medio tacón, y su maletín de piel marrón, pero aquella vez ya no la arrastré conmigo para arrugarle la ropa haciéndola rodar sobre las sábanas. Ella tampoco lo esperaba. Vino con un trozo de tostada en la mano, y se lo metió en

la boca antes de sentarse a mi lado.

—¿Qué vas a hacer tú?

—¿Hoy? —era una pregunta estúpida, pero ella asintió con la cabeza igual—. Pues no sé... Debería ir a casa a ducharme y a cambiarme de ropa, pero no me apetece. Y luego... No lo sé, la verdad.

—Bueno, pues... —se inclinó sobre mí y me besó en los labios muy levemente, como si le diera miedo apretar su boca contra la mía—. Yo, cuando salga de trabajar, voy a estar aquí.

Me limité a mover la cabeza y se marchó sin decir nada más. Entonces me quedé solo, y en la quietud de los objetos, el silencio de una casa vacía, comprendí que mis sentidos habían vuelto a engañarme.

La segunda parte de mi vida no había empezado con la confesión de Raquel en un dormitorio ajeno y deshabitado, aquella extrañeza áspera pero también de algún modo consoladora por su propia y excepcional naturaleza. La segunda parte de mi vida no había comenzado aún, no comenzaría hasta que me levantara de aquella cama conocida, en la que había dormido muchas otras noches, para afrontar la rutina de los días laborables, esa cadena de preceptos fastidiosos y reconfortantes al mismo tiempo que Raquel había tenido la suerte de recuperar ya.

Habíamos dormido muy juntos, abrazados a ratos, y habíamos echado un polvo furioso, sin hablar, a las cuatro o las cinco de la mañana, en un momento en el que nuestros insomnios coincidieron, pero eso no nos puso las cosas más fáciles cuando sonó el despertador. Volví a mirarlo y comprobé que ya eran las diez menos veinte. No podía quedarme el día entero en la cama, y me dije que lo más sensato sería empezar por el principio.

Debería haber llamado a Mai. Eso es lo primero que tendría que haber hecho aquel día, y fue lo último que hice. No me arrepentí. Tú eres el único bueno, Álvaro, me había dicho Raquel, pero eso no era verdad del todo. Para mi mujer, para mi hijo, yo era el malo, siempre lo sería. Por eso tendría que haberla llamado, tendría que haber ido a la que en teoría seguía siendo mi casa, pero me duché en la que todavía era la casa de Raquel, registré los cajones de su armario y acabé encontrando una camiseta azul marino lo bastante grande para mí. Luego me senté a desayunar en la mesa de la cocina y sucumbí al encanto de un espejismo retrospectivo, la dulzura de una escena que nunca había visto, la felicidad del aire que rodeaba el cuerpo de Raquel mientras yo lo imaginaba sin ser todavía capaz de recordarlo con precisión, apenas unas horas después de haberlo abandonado por primera vez, cuando creía que nada estaba en juego, casi nada, mi libertad y su piel perfecta, aterciopelada como la de un melocotón poco común.

Debería llamar a Mai, pero no me apetecía. Necesitaba llamar a Fernando, pero no podía. Si no puedo ni decirlo en voz alta, si no me lo puedo creer ni yo, ¿cómo

voy a contárselo a nadie? Mis propias palabras flotaban como un eco amargo sobre las flores que Raquel no había colocado en ningún jarrón de cristal transparente y no era sábado por la mañana, aunque el sol entrara por la ventana con una vocación de alegría irritante, casi cruel. Terminé con la que solía ser mi única taza de café del desayuno y empecé con la que aquel día sería la segunda. Habría una tercera.

Yo era un hombre corriente, razonable, incluso vulgar, sin otra extravagancia que una aversión morbosa a los entierros, y mi vida una apacible llanura de tierras cultivadas que no solía exigir excesos de mis ojos, ni de mi conciencia. Es una historia muy larga, muy antigua, y para vivir aquí, hay cosas que es mejor no saber, incluso no entender. También podía no hacer nada. Siempre se puede no hacer nada, aprender a vivir sin preguntas, sin respuestas, sin furia y sin piedad. Siempre se puede no vivir y hacer como que se vive, al menos aquí, en España, un territorio inmune a la ley de la gravedad, la excepción a la ley de la causa y el efecto, el país donde nadie ve nunca una manzana que se cae de un árbol, porque todas las manzanas están ya en el suelo desde el principio y eso es lo más práctico, lo más sabio, lo más cómodo, lo mejor para todos, mientras las manos sean más rápidas que la vista, mientras las paradojas más elementales de la óptica jueguen a favor de quien maneja las lentes, mientras el prestigio moderno de la gente pequeña que hace lo que sea por sobrevivir oponga su transparente actualidad al caduco prestigio de los hombres y las mujeres admirables, tan anticuados por otra parte, tan inservibles en realidad, tan fastidiosos en su abnegación, en su terquedad, en la esterilidad de su sacrificio, porque si se hubieran estado quietos, si se hubieran dado por vencidos, si no se hubieran jugado la vida en vano tantas veces, tampoco habría pasado nada. Que no serían admirables, sólo eso, pero los habríamos comprendido igual. ¿Cómo no íbamos a comprenderlos, si a nosotros la ley de la gravedad no nos afecta?

Españolito que vienes al mundo, te guarde Dios. Porque, para vivir aquí, hay cosas que es mejor no saber, incluso no entender. Pero yo te quiero, y confío en ti, y sé que serás un hombre digno, bueno, valiente, tan valiente como para perdonar a tu madre, que te querrá siempre y por eso nunca podrá perdonarse del todo. Yo te habría querido, abuela, yo habría sido un hombre mejor si hubiera podido quererte a tiempo, si hubiera podido leer esta carta sin haber tenido que robarla antes. A lo mejor estoy equivocada, pero siento que estoy haciendo lo que tengo que hacer, y lo hago por amor. Yo te quiero, abuela, y nunca te he visto, pero te quiero, y tú nunca me has conocido, pero te quiero, y jamás me has tocado, jamás me has abrazado, jamás me has besado, pero te quiero, te quiero, de verdad y de repente, te quiero.

Españolita que vienes al mundo, te guarde Dios. Ni Dios ni amo. Ni siquiera el derecho a saber quién eres tú, porque para vivir aquí, lo mejor es no saber nada, incluso no entenderlo, dejarlo todo como está y las ramas del manzano perpetuamente desnudas, los frutos en el suelo, dispuestos con cuidado, esa astucia ventajosa y

mezquina que complace al escenógrafo acostumbrado a trabajar sin testigos, porque los que aún no son cadáveres, ya están muertos de miedo. Ni siquiera el derecho a saber quién soy yo, porque en aquella época ser hijo de según quién era difícil, de alguien como tu abuela, hasta peligroso. Por amor o por cálculo, para proteger a una niña especial o las propias espaldas, lo mejor es no saber, o aún mejor, que nadie sepa, y en eso se resumen tantos años, dos, tres generaciones enteras, casi un siglo de dolor y de soberbia. En ese punto confluyen las estrategias de la preocupación y del prestigio, la memoria de los vencedores y la de los vencidos, intereses distintos y un solo resultado para los hijos, para los nietos de todos.

Españolito que vienes al mundo, vengas de donde vengas, nunca confíes en que te guarde Dios. Guárdate tú solo de las preguntas, de las respuestas y de sus razones, o una de las dos Españas te helará el corazón.

Mi corazón estaba helado, y ardía.

También podía no hacer nada, pero no me salía de los cojones.

Hubo una tercera taza de café, y hubo una cuarta. Después llamé a mi hermano Julio. Cuando salí a la calle, me sentí extraño dentro de mi cuerpo, como si no estuviera muy seguro de ser yo, de ser el hombre que dejaba de andar al llegar a la esquina, y miraba a su izquierda, y levantaba la mano para parar un taxi, y pronunciaba una dirección con la voz alta, clara, que reconocía sin dificultades como su propia voz. Ese hombre era yo, más y menos que antes, el mismo y distinto, pero ya no volvería a ser otro. Eso era lo único que sabía con certeza.

Julio me había citado en una cafetería que estaba en el primer tramo del Paseo de La Habana, muy cerca de su oficina. Al llegar hasta allí, estaba convencido de que ya no podía pasarme nada demasiado grave, pero unas horas más tarde, cuando crucé otra vez la Castellana, estaba tan furioso, tan triste, tan destrozado, que decidí volver andando. La caminata me sentó bien, pero los nudillos de los dedos y la mitad derecha de la cara empezaron a dolerme en la misma proporción en la que fui recuperando la calma, y a mitad de camino, el dolor me obligó a detenerme. Entré en un bar, me tomé una copa y ya no encontré ningún taxi libre. Estaba demasiado cansado para seguir andando y me metí en el metro, pero era ya muy tarde, tanto que Raquel no tuvo tiempo de recuperarse en los minutos que transcurrieron desde que llamé al portero automático hasta que la encontré esperándome con la puerta abierta y los ojos húmedos, una expresión indescifrable al fondo, mucho más allá de lo que yo lograba ver en ellos.

—Creía que no ibas a volver —me dijo, y pensé que me hablaba como si fuera un soldado que volvía de la guerra.

—Pero he vuelto —dije yo, y había vuelto de la guerra.

Ella me abrazó y yo la abracé, ella me besó y yo la besé, y percibí el calor, el placer, el eco pálido de una antigua alegría. Yo amaba a Raquel Fernández Perea, y

eso, que había llegado a serlo todo, era ahora muy poco, pero era también lo único que tenía.

—¿Qué te ha pasado, Álvaro? —sin dejar de abrazarme, Raquel separó su cabeza de la mía, me miró, frunció el ceño—. Te has dado un golpe en el ojo, ¿no? —acercó un dedo tembloroso a mi cara y me tocó el párpado sin apretar—. Lo tienes hinchado y un poco rojo.

—No es nada, es que... He estado hablando con mis hermanos, con los mayores —hice una pausa, y empecé a reírme sin saber muy bien de qué me reía—. Me he pegado con Rafa. Tiene gracia, ¿sabes?, porque hace veinte años que no me pego con nadie y creía que él iba a hacerlo mejor que yo, pero no, ya ves, al final él ha sido el que ha cobrado más, deben de haberle dado un montón de puntos... —volví a reírme y Raquel no me siguió—. Por lo demás, he bebido bastante, pero... Me tomaría otra copa. ¿Tú quieres?

—Pero, esto... —se separó de mí, me cogió de las manos, protesté y se fijó en mis nudillos hinchados, despellejados—. Madre mía... Pero, háblame, dime, ¿qué es lo que has hecho? —estaba muy asustada, y mi sonrisa no la tranquilizó—. ¿Estás borracho, Álvaro?

—Un poco, sí, pero..., bien, nada grave.

—¿Cómo que un poco?

—Estoy bien, Raquel, de verdad... Voy a tomarme otra copa, porque tengo que llamar a Mai. Ahora mismo vuelvo.

Me fui a la cocina con el móvil en la mano, y allí, con movimientos lentos, parsimoniosos de puro inseguros, puse sobre la encimera un vaso, una bandeja de hielo, una botella de whisky. No me va a sentar bien, pronostiqué, no me iba a sentar bien, no había comido. Y sin embargo, el primer sorbo me calentó por dentro, me asentó dentro de mi cuerpo, gobernó la audacia de mis dedos mientras se movían con una seguridad ficticia sobre el teclado del teléfono.

—¿Sí?

—Hola, Mai, soy Álvaro.

—Ya... Todavía reconozco tu voz.

—¿Cómo está el niño?

—Bien. Pregunta por ti.

—Me gustaría verle.

—Bueno, sí, de eso ya hablaremos.

—Claro, pero yo había pensado...

Hasta ahí, todo fue bien. Hasta ahí había logrado cumplir mis objetivos, encajar la dureza de su voz con serenidad, replicar con frases cortas, desprovistas de agresividad pero también de cualquier complicidad que pudiera resultar equívoca. Hasta ahí todo había ido bien, pero estaba más borracho de lo que creía, me atasqué

en los puntos suspensivos y Mai aprovechó mi vacilación.

—Tú no tienes nada que pensar, Álvaro. No pensaste en él cuando te fuiste de casa, así que ahora no me vengas con rollos. Verás al niño cuando lo diga el juez.

—No creo que tengamos que llegar a eso, Mai... —percibí la condición pastosa, confusa, de mi voz, y procuré hablar más claro, más despacio—. Deberíamos ser capaces de arreglarlo...

—¿Como personas civilizadas? ¡Vete a la mierda, Álvaro!

Creí que había colgado, pero podía escuchar su respiración al otro lado de la línea, agitada al principio, como un jadeo, entrecortada después, progresivamente sorda, el eco de su furia, su amargura, y estuve a punto de decirle que lo sentía, y habría sido verdad, era verdad que lamentaba su dolor, un sufrimiento más, otro cadáver que cargar sobre mis hombros en la desolación de aquel desierto donde nada crecía. Estuve a punto de decirle que lo sentía, pero ella estalló a tiempo para ahorrarme los insultos que mi compasión habría merecido.

—¡No me da la gana de ser una persona civilizada! ¿Me oyes? ¡No me da la gana! Porque me has destrozado, me has hecho polvo, ¿te enteras? Eres un cabrón, un hijo de puta falso y mentiroso, y yo no me merecía esto, no me lo merezco. Yo te quería, Álvaro, te quería, y ahora sólo quiero que te mueras, que te pudras con esa... —escuché el principio de los sollozos, su final, el silencio de una calma aparente—. Lo siento. No debería haberte hablado así. Me he pasado la vida criticando a las mujeres que... Lo siento, de verdad. Estoy muy mal.

—No pasa nada —prefería la mínima apariencia de superioridad moral que me daban sus gritos, sus insultos, y sin embargo no aproveché las ventajas estratégicas de aquella tregua, no pude hacerlo, estaba demasiado borracho, demasiado dolido, y magullado, demasiado cansado—. Me gustaría ir a casa, Mai. Tengo que recoger algunas cosas.

—Claro. Pero preferiría no verte, así que... Mañana por la mañana, temprano, cuando Miguel se levante, nos vamos a la sierra, a pasar el fin de semana. Puedes venir a casa a partir de las once. Cuanto antes te lo lleves todo, mejor.

—Te llamo el lunes, entonces, para ver cómo está el niño y...

—Vale.

La conversación no había durado más de dos o tres minutos, pero al interrumpirla estaba tan agotado como si acabara de realizar un ejercicio físico desmesurado, destinado a salvar mi propia vida. Me acabé la copa sin medir las consecuencias, y todo el alcohol que había bebido inundó de golpe la cámara de paredes acolchadas en la que se había convertido mi cabeza. Fui al baño a mojármela y, al salir, tropecé con el hombro en una de las paredes del pasillo, pero ese golpe no me dolió tanto como la mirada de Raquel, que me esperaba sentada en el borde de una butaca, inclinada hacia delante, los codos sobre las rodillas y la cara entre las manos.

El amor de mi vida me miraba como miraría al director de la cárcel un preso que espera noticias de su indulto. Eso me dolió, y me dolió su angustia, me dolió su miedo, pero nada tanto como la discrepancia entre la escena que estaba viviendo y la que Mai estaría imaginando, música de violines y niños rubios, regordetes, tan graciosos con sus alas postizas de plumas pegadas sobre un cartón, flores cayendo del techo y una luz tenue, matizada, envolviendo a una pareja que baila, que gira, que sonríe, y se besa, y vuelve a sonreír, un anuncio de colonia ni muy cara ni muy barata, de esos que acaparan las pausas publicitarias de la televisión cada año, en Navidad. Eso era lo que estaba imaginando Mai y eso era lo que tendría que estar viviendo yo, la versión más edulcorada y más cursi, la más ñoña y primeriza, de una buena historia de amor, la mejor que había tenido en mi vida. Eso era lo que me tendría que estar pasando y yo también era capaz de imaginarlo, porque lo recordaba, recordaba los tiempos de la alegría, aquellos días en los que el suelo se resquebrajaba de puro placer con la risa de Raquel, y esas sonrisas hondas, luminosas, que eran la expresión de un júbilo pequeño e íntimo, su manera de decirme que estaba contenta conmigo, que se alegraba de verme, de tenerme cerca, que celebraba mi presencia en su vida, que le gustaba, que me quería. Aquella mujer era esta mujer, pero su compañía ya no era suficiente para que aquel hombre siguiera siendo yo.

—¿Te duele? —me preguntó ella entonces, señalando hacia su propio ojo, y yo hice un gesto ambiguo con los labios, como si hasta eso me diera igual—. ¿Quieres tomarte algo? Debo de tener ibuprofeno por ahí. Es bueno.

—No... —y estuve a punto de confesarle que agradecía el dolor, porque me mantenía despierto, me hacía compañía—. No merece la pena.

Me desplomé en el sofá e intenté calcular cuánto tiempo duraría la resaca, el pantano de silencio en el que nos habíamos quedado atrapados, la espesura de los muros que asfixiaban la espontaneidad de todos los gestos, todas las palabras, y el sigilo de Raquel, su cautela, esa forma de andar de puntillas sobre las sílabas, sobre las miradas, sobre las caricias. Ella sabía que iba a ser así, que tendría que ser así, lo sabía todo, desde el principio, quizás también lo que yo estaba pensando cuando la miré, y vi que me miraba.

—Ven aquí —le pedí—, ven conmigo.

No sonaban los violines. No caían flores del techo ni una pareja de niños rubios y regordetes, tan graciosos con sus alas postizas de plumas pegadas sobre un cartón, revoloteaban sobre nuestras cabezas. La luz, directa y amarilla, la ponían tres bombillas de sesenta vatios, pero Raquel se sentó a mi lado, me abrazó, aplastó la cabeza contra mi hombro y la besé como solía besar a mi hijo. Estaba borracho y no sabía cuánto tiempo iba a durar la resaca.

—¿No me vas a contar lo que ha pasado?

—No —respondí—. Ahora no... Es que no me apetece, Raquel, no quiero hablar

de eso... Prefiero esperar y contártelo todo junto, cuando se acabe todo esto.

—¿Qué es todo esto, Álvaro? —su voz temblaba, y yo no quería que empezara otra vez, no quería que llorara otra vez, no iba a poder soportarlo.

—No eres tú —le dije, y quizás no me había explicado bien pero me aburrió la simple idea de intentar hacerlo mejor—. Lo que quiero decir es que... Estoy aquí contigo, Raquel, he bebido mucho, y quiero estar bien, tranquilo. Estoy hasta los huevos de conversaciones transcendentales, ¿sabes? Estoy harto de secretos, y de culpas, y de llantos. No puedo más, en serio, no me apetece seguir...

—Vale, vale —lo dijo en un murmullo, pero enseguida elevó la voz hasta un tono de solicitud bastante conseguido—. Estoy pensando que es mejor que no tomes nada ahora, ¿sabes?, porque ya son las ocho y media, y te va a venir mejor un analgésico cuando te metas en la cama, ¿no te parece?

Asentí con la cabeza y no se me ocurrió nada más que decir, aunque su última frase, tan vulgar, tan rutinaria, tan cargada de sentido común como la decisión de una madre experta y responsable, había logrado conmoverme.

—¿Quieres que salgamos? —me propuso después de un silencio demasiado largo, como eran de repente todos los silencios—. Podríamos ir al cine. Eso igual te entretiene.

—Ya he ido hoy al cine —le contesté.

—¿Sí? —se separó de mí y se me quedó mirando, muy asombrada—. ¿Cuándo?

—A las tres, o a las tres y media, no estoy muy seguro... Había estado hablando con Julio y no tenía ganas de comer, y en la calle hacía calor, y faltaban más de dos horas para mi cita con Rafa, y... No sabía adónde ir. He visto un cine y he entrado.

—¿Y qué has visto?

—No lo sé —y era verdad—. No me acuerdo. Me he salido antes del final, y... Tampoco miraba a la pantalla.

—¿No has comido? —negué con la cabeza—. Pues entonces voy a hacer algo para cenar.

Casi pude escuchar la campana, medir su alivio, y el mío, cuando uno de los dos encontró algo que hacer. Raquel cocinaba muy bien y siempre hacía demasiada comida, pero aquella noche agradecí el exceso. Necesitaba comer, y aún más la doméstica mansedumbre de aquella escena, sus opiniones sobre las espinacas, y el pescado, y las patatas hervidas.

—¿A que no parece que sea congelada? La lubina, digo... —negué con la cabeza y seguí comiendo—. Es por la mayonesa, también, porque la mayonesa de bote lo estropea todo, le da un sabor falso a cualquier plato, es como si le contagiara los conservantes al pescado, a la verdura, bueno, y los espárragos, ya, no digamos. Comer espárragos buenos con mayonesa de bote es un crimen, y una tontería, además, porque no se tarda nada en hacerla, y no hay color, la verdad. Lo del puré de

patatas instantáneo lo entiendo mejor, porque... —se calló, me miró, se mordió el labio inferior como si pretendiera partirlo por la mitad—. Ya estoy diciendo tonterías otra vez, ¿no?

—No. ¿Qué pasa con el puré de patatas instantáneo?

—¿Te interesa de verdad?

—No. Pero me gusta oírte hablar.

—Como si lloviera...

—Sí. Pero también me gusta oír llover.

Y siguió lloviendo, llovió mucho, durante mucho tiempo, toda la noche llovió sobre los purés de patatas y las alcachofas, sobre las tortillas de patatas duras, blandas, con cebolla y sin cebolla, sobre las virtudes y los inconvenientes de los recetarios antiguos y modernos, sobre la milagrosa condición del chocolate, y el fracaso del primer postre difícil que una Raquel Fernández Perea de diecisiete años intentó en la cocina de la casa de sus padres, y las *Sachertorte* que ahora le salían mejor, pero de verdad, de verdad, sin exagerar ni un pelo, que las que se compran en Viena. Sobre todo esto llovió y siguió lloviendo, por dentro y por fuera, sobre sus palabras y sobre las mías.

La voz de Raquel hilaba una lluvia templada y mansa que resbalaba sobre las verdades, sobre las incertidumbres, pero era capaz de cabalgar el tiempo, de empujar hacia delante los minutos, de aligerar su peso y dar al plomo una consistencia ligera, espumosa, casi aérea, como la del almíbar del que me hablaba mientras caía la lluvia de sus labios, esa lluvia que a veces la hacía sonreír a ella, y a veces me hacía sonreír a mí, y hasta obraba el prodigio de devolver a algunos instantes la corteza crujiente y dulce de aquellos días en los que siempre era ahora porque sólo existía un adverbio de tiempo, o a lo mejor era sólo que yo estaba borracho y llovía, y siguió lloviendo.

Llovió toda la noche, aquella noche rara en la que ya se habían agotado todos los secretos, todas las culpas, todas las lágrimas, y sólo quedaba el silencio, su ferocidad, la hostilidad discreta pero implacable de una espada sin filo y sin aristas. Yo estaba borracho y no sabía cuánto tiempo iba a durar la resaca, pero Raquel hablaba, su voz llovía sobre mí, sobre la cápsula de ibuprofeno que me llevó a la cama antes de tumbarse a mi lado, sobre mis párpados, sobre mi cuerpo y sobre el suyo, y siguió lloviendo, llovió toda la noche, sobre nuestro sueño, largo y profundo al fin, llovió, y amaneció tarde un sábado radiante, una mañana que parecía hecha para el sexo y la pereza. Las sábanas estaban tibias, las persianas entornadas, y Raquel desnuda, su piel dorada, suave, sin la menor imperfección, ningún accidente en la superficie mullida y tersa de su vientre, un escote inmaculado y las caderas que tenían el poder de sacar al planeta de su órbita. Raquel Fernández Perea estaba desnuda y me miraba con sus ojos grandes de un color extraño, verdosos pero oscuros. Raquel, pensé, Raquel, y me gustaba pensarlo, Raquel.

—Me tengo que ir —dije al final, y habíamos logrado follar como si ninguno de los dos sintiera la obligación de estar callado, pero ninguno de los dos había pronunciado tampoco una sola palabra.

—¿Adónde?

—A ver a mi madre.

—No vayas, Álvaro.

Antes, al decir que me iba, la había asustado sin querer, pero ahora estaba mucho más asustada, tanto que me cogió de una mano y la apretó muy fuerte, como si no estuviera dispuesta a dejarme marchar.

—No vayas —repitió, sin aflojar la presión—. ¿Por qué? ¿Para qué? Si ya lo sabes todo, y todo es verdad, eso sí que te lo juro por lo que tú quieras, que todo lo que te he contado es verdad. Déjalo, Álvaro, por favor, no vayas. Si no va a servir de nada, nada sirve de nada y yo ya me he equivocado bastante, ya me he equivocado yo por los dos, en serio, si llego a saber... No vayas, Álvaro, hazme caso, que sé de lo que hablo. No vayas, no vayas...

Me acerqué a ella, la besé en los labios, liberé mi mano de la suya, me levanté, empecé a vestirme despacio.

—No vayas, Álvaro.

—Te quiero, Raquel.

Le había dicho muchas veces que la quería, pero esas palabras nunca habían significado tanto como aquella mañana, cuando me fui a ver a mi madre por mí, pero también por ella, para comprarle el sol de otros sábados por la mañana, para llegar a verla entrando por la puerta con bolsas de la compra y ramos de flores, para regalarle jarrones de cristal transparente donde colocarlas. Para poder vivir conmigo, para poder vivir con ella, para poder vivir, y no hacer como que vivía, le dije que la quería, y me marché.

Fui hasta la calle Hortaleza andando para hacer tiempo, y llegué a las once menos veinte, pero llamé por teléfono desde el portal para asegurarme de que no había nadie arriba. Mai había dejado la casa recogida antes de marcharse, pero al entrar en el dormitorio me tropecé con una hormigonera en miniatura, de metal amarillo y ruedas de plástico. Cuando la dejé en su sitio y volví a entrar, vi la maleta de los viajes largos encima de la cama y sentí otra vez un espejismo de humedad, el clima de la tristeza, como si al otro lado de las cremalleras y de las hebillas hubiera algo más que ropa, memoria inerte de mi cuerpo, un paisaje ajeno que mis ojos pudieran contemplar desde un lugar distinto al que ahora ocupaban en mi rostro.

Una maleta cerrada puede llegar a ser un objeto tan triste como un sueño cumplido, desprovisto de las ilimitadas esperanzas que caben en ella cuando aún permanece abierta sobre una cama. La expectativa de la felicidad es más intensa que la propia felicidad, pero el dolor de una derrota consumada supera siempre la

intensidad prevista en sus peores cálculos. Eso pensé yo, eso sentí mientras abría aquella maleta para enfrentarme a la impecable geometría de mis camisas dobladas, una perfección atroz en su ambivalencia, las manos de Mai doblándolas cientos de veces por los mismos sitios, diez, cinco, un año antes, las manos de Mai doblándolas la noche anterior, quizás esa misma mañana, una sola imagen y dos significados antagónicos. Yo me había preparado para eso, lo había imaginado muchas veces, me había hecho fuerte para soportarlo, porque la alegría no tiene precio. La tristeza tampoco lo tiene, pero mientras buscaba con cuidado, levantando los picos de la ropa para no desafiar al orden antes de tiempo, adiviné que allí dentro no iba a encontrar lo que necesitaba.

Mi único traje gris, el de las tesis y las oposiciones, seguía colgado en un extremo de la barra vacía, con su correspondiente camisa blanca de vestir, y la corbata que usaba siempre guardada aún en el bolsillo izquierdo de la americana. Hacía más de un año que no me lo ponía. Álvaro, hijo, podías haberte puesto una corbata, el día del entierro de mi padre, el día de su funeral, el día que quedamos en la notaría para repartirnos su herencia y muchos otros días, banquetes, aniversarios, cumpleaños. Álvaro, hijo, podías haberte puesto una corbata, sí, pero no me he dado cuenta, sí, pero se me ha olvidado, sí, tienes razón, lo siento mucho, mamá.

Hoy voy a ponerme una corbata, mamá. Al salir de la ducha, me pregunté si merecía la pena, pero eso ya no tenía importancia. Me vestí por orden y sin ganas, como cuando tenía nueve, diez, once años, y subía al escenario del salón de actos del colegio en todas las fiestas de fin de curso, para recoger el premio de cálculo mental, hecho un hombrecito. Yo no soy como mis hermanos, ni siquiera me parezco a ellos. Aquella mañana de sábado, con sol y sin Raquel, al mirarme en el espejo con su ropa, con su aspecto y mi ojo derecho morado ya del todo, pensé en ellos tal y como nos habíamos encontrado el día anterior, Julio, Rafa, Angélica, y me di cuenta de que jamás nos habíamos parecido menos.

—¡Coño, Álvaro, podías haber avisado! No te puedes imaginar la que se ha liado, y claro, todo el mundo cree que yo sabía que...

Mi hermano Julio había venido hacia mí sonriendo, pero antes de acabar la frase se paró en seco, entornó los ojos, y con los labios todavía entreabiertos, sosteniendo las palabras que ya no iba a pronunciar, me cogió por los hombros y me miró.

—No tienes buena cara —murmuró—. ¿Qué te pasa?

Cuando Raquel me contó que nunca se había acostado con mi padre, no había pensado en ellos. La verdad no era sólo demasiado fea, demasiado brutal, y sucia, y amarga. También era demasiado mía. Era mi amor lo que estaba en juego, era mi vida, el amor de mi vida, el futuro que iba a comenzar cuando el pasado lo hizo saltar por los aires. No había sido un estallido limpio, furioso, alegre como el olor de la pólvora en las fiestas de los pueblos, en las pasiones que fulminan con justicia la

pobreza de una existencia inútil, en las batallas de las guerras justas. No. Había sido más bien una implosión, una detonación sorda, silenciosa, controlada a distancia por la rígida voluntad de algunas mujeres, algunos hombres muertos. Así se había venido todo abajo, mi amor, mi vida, el amor de mi vida, como un gran edificio que desaparece en un instante y hace mucho ruido, y levanta mucho polvo, y fabrica en el suelo un agujero tan grande como su perímetro, pero nada más, ni un solo cascote fuera del terreno previsto, delimitado por las vallas. Así había sido, así había creído yo, había sentido yo que había sido, y todo era asunto mío, sólo mío, desde el principio, desde que mi madre envió al hijo equivocado a aquella entrevista en la que todo pareció acabarse, aquel despacho donde todo empezó sólo para poder acabar después. Eso había sido todo, una pura coincidencia, una cadena de acontecimientos triviales, casuales, una serie de accidentes sin ninguna relación lógica entre sí al margen de la fatal necesidad de mi presencia en todos ellos. Raquel era asunto mío, era mía y nada más que mía, mía y de ningún otro hombre que hubiera tenido el mismo apellido, mía siempre, para siempre y todavía.

Cuando me contó que nunca se había acostado con mi padre, no había pensado en ellos. La verdad había quemado la tierra, la había arrasado como una helada en primavera para dejarme solo, nadie detrás, nadie a un lado, nadie al otro, la silueta borrosa y encogida de Raquel en un punto aún lejano, lateral, del horizonte. Y sin embargo, al margen de esa sombra, estaban allí, mi madre, mis hermanos, cabecitas recortadas en el árbol genealógico que seguía colgado en una esquina del salón de La Moraleja, un indicio, y ni siquiera el más ridículo, del fervor por las manualidades en el que la señora de la casa había entretenido sus ocios durante una temporada. Antes había sido la restauración de muebles antiguos, después fue el punto de cruz, cuadritos y más cuadritos, y tapetes, y toallas, y sábanas de cuna con las iniciales de los nombres de todos sus nietos, letras mayúsculas, cursivas o no, cabalgando animales, viajando en barco, sirviendo de mascota o escondite a niños vestidos de azul o niñas vestidas de rosa. El cuarto de mi hijo estaba repleto de los frutos del tiempo libre de su abuela, pero antes le había dado por los árboles genealógicos y había hecho docenas, para sus hijos, para sus yernos y nueras, para sus amigos. El más grande se lo había quedado ella, y había pintado las ramas, las hojas, con tintas especiales de brillos metálicos y el pulso impecable de un miniaturista. Allí estábamos todos, nuestras cabecitas recortadas formando un extraño dibujo, un árbol de copa moderadamente frondosa que se estrangula en el centro para desparramarse en la abundancia de las ramas inferiores, nada por aquí, nada por allá, y de repente, la familia Carrión Otero, mis padres y mis hermanos, ¿para qué más?, siete, y luego catorce, y luego veintiuno, bajas y altas conyugales, nacimientos y más nacimientos y por fin una muerte, que nunca arrancaría una sonrisa humillante de puro completa de la cartulina dorada que servía de fondo.

Aquella mañana, Raquel se había ido a trabajar para dejarme a solas en el umbral del resto de mi vida. Yo me senté en la mesa de la cocina y me tomé un café, y luego otro, y otro más, y fumé mucho, fumé de una manera obsesiva, incesante, mientras pensaba en mi padre y pensaba en mí, en asuntos graves y en detalles triviales, hasta que aquel marco tan historiado se instaló en mi memoria con su cargamento de hojas verdes y caras sonrientes, los espacios vacíos que mi madre había previsto a su pesar para futuros matrimonios de sus hijos, y aquellos comentarios que sonaban a advertencia y no dirigía a nadie en particular, aunque los hacía siempre con los ojos clavados en los de Julio, su hijo predilecto a pesar de todo. A mí, dejadme de líos porque no pienso volver a hacerlo, así que el que no quepa, se queda fuera...

Mi padre ya estaba fuera de nuestra vida, pero mi madre jamás quitaría su foto de aquel árbol. Raquel ya estaba dentro de mi vida, pero nadie recortaría jamás su cara de una foto para pegarla en el lugar que le correspondía. Yo nunca me he parecido a mi padre, soy el único de sus hijos que nunca se ha esforzado en parecérsele. Tampoco me parezco a mis hermanos, pero quizás ellos no han conocido nunca el significado exacto de ese verbo. El que no quepa, se queda fuera. Yo ya estaba fuera, pero seguía estando dentro, siempre lo estaría, igual que Teresa González Puerto, que era maestra, muy buena, y quería mucho a su marido, y tocaba el piano mal, muy mal, pero le gustaba tocarlo, pobrecilla. Para su hijo, mi abuela había muerto el 2 de junio de 1937, cuando más viva estaba. Para mis hermanos, tal vez también para mi madre, yo empezaría a morir en el instante en el que lograra levantarme de aquella mesa en la que fumaba y bebía café de una manera incesante, obsesiva, para intentar volver a estar vivo otra vez.

Había pasado el tiempo, mucho tiempo. Es una historia larga, muy larga y muy antigua, no la entenderías y, además, creo que no te conviene saberla. Cuando Raquel me la contó, los grandes episodios me abrumaron tanto que no advertí los cabos sueltos. Mi abuelo se encontró con tu padre un día, en un café de París, y lo invitó a su casa, empezó a ir por allí, y como era tan simpático y todo el mundo le cogió cariño, pues enseguida se hizo como de la familia... Entre el tercer y el cuarto café, volví a pensar que tendría que llamar a Mai, que eso era lo primero que debería haber hecho aquella mañana, pero marqué el número de Raquel para escuchar el espectro de su antigua voz, un hilo angustiado, quebradizo.

—Hola, Álvaro —pero adiviné que iba a seguir hablando—. ¿Te...? —hizo otra pausa—. ¿Ha pasado algo?

En los resquicios de sus palabras pude presentir dos respuestas, las dos temidas, una indeseable y la otra no, me voy o no me voy, te dejo o no te dejo, vuelvo a casa o no vuelvo, adiós o hasta luego, Raquel.

—No pasa nada —opté por una fórmula abreviada—, pero me gustaría saber una cosa. Acabo de darme cuenta... Cuando tu abuelo se encontró con mi padre en París,

¿de qué se conocían?

—De Torrelodones, claro —y estaba mucho más tranquila—. Mi familia veraneaba allí antes de la guerra. Tenían una casa...

—Ya, ya, eso lo sé. Pero en Torrelodones, aun siendo un pueblo, habría muchos niños, ¿no? Y mi padre, antes de la guerra, era pequeño, porque nació en el 22. Por eso, he estado pensando que es raro que tu padre lo reconociera, después de tantos años.

—Sí, pero su madre, o sea, tu abuela Teresa, era amiga de todos ellos. De mi abuelo no tanto, porque también era el más joven, pero había sido amiga de su hermano Mateo, y de su cuñado, de los dos que fusilaron. Ellos eran socialistas, del mismo partido que ella, iban a las reuniones de la Casa del Pueblo en verano, y luego, no sé... El caso es que mi abuelo conocía a tu abuela, y no reconoció a tu padre por ser él, sino por ser su hijo. No sé si me entiendes...

—Sí, claro que te entiendo.

Mi abuela Teresa, su cabecita recortada, sonriente, estaba dentro pero estaba fuera, estaba dentro y fuera a la vez, y yo era el único que lo sabía. O no. Tampoco pude extraer ningún estímulo del último café, apenas dos dedos de un líquido ya tibio y demasiado denso, un poso áspero, terroso, en mi paladar saturado. Mi abuela Teresa, su cabecita recortada, sonriente, tal vez yo era el único que lo sabía, tal vez no, quizás Rafa y Angélica lo habían sabido siempre, desde siempre, quizás mi madre no se había enterado nunca del destino de su suegra, pero sabía lo demás, tenía que saberlo.

Españolito que vienes al mundo, te guarde Dios. ¿Y por qué? ¿Para qué? Veinticuatro horas antes de que Raquel me hiciera esas mismas preguntas y se las contestara a sí misma, si no sirve de nada, nada sirve de nada, para intentar disuadirme de emprender la visita que cerraría el círculo, yo me las hice también. ¿Y por qué? ¿Para qué? No eran muy originales. Estaban respaldadas por un clamor multitudinario, tan cerrado que se diría unánime, millones de voces callándolas a la vez durante décadas enteras, un silencio más estruendoso que cualquier grito. ¿Por qué? ¿Para qué? En las preguntas, la estrategia de los vencedores confluía con la de los vencidos. En las respuestas, si no sirve de nada, nada sirve de nada, también.

¿Por qué? ¿Para qué? Por mí, para mí, un mal hijo que presta oídos a la versión del enemigo, Álvaro el ingrato, el traidor, un buen profesor, un buen padre, un buen hijo, un buen ciudadano. Quizás no tuviera derecho a pensar sólo en mí, pero aquello ya no tenía que ver con la figura, con la memoria de mi padre. Era mi propia identidad, mi propia memoria la que me empujaba, y ellos también estaban allí, sus cabecitas sonrientes, recortadas y pegadas en la misma cartulina. Quizás no tuviera derecho a pensar sólo en mí, pero pensar en mí era pensar en ellos, en todos nosotros, recién lavados, peinados y vestidos para posar ante una cámara, en la foto de los

sucesivos carnés de familia numerosa que mamá guardaba en el mismo altillo donde estaban también las carpetas con las notas y el libro escolar de cada uno. Fotos individuales, fotos de grupo, una familia, mi familia. Todavía estaba a tiempo de salvarla, de consagrar su imagen ejemplar y risueña, de ahorrarles el disgusto de saber quiénes eran. O no. Quizás ya lo sabían, y ni siquiera les importaba. El verbo creer es un verbo especial, el más ancho y el más estrecho de todos los verbos.

Ya no quedaba café, pero seguí fumando, pensando, en el verbo creer, en el verbo saber, en el verbo querer, solo y en la compañía de los otros dos. Pensé en la palabra generosidad, en la palabra responsabilidad, en la palabra egoísmo. Pensé en el orden y en el caos, en el pasado y en el futuro, pensé en Teresa, pensé en Raquel. Qué mala suerte, abuela, qué mala suerte, Álvaro, qué mala suerte, amor mío, que mala suerte hemos tenido, qué mala suerte seguimos teniendo, qué mala la que tendremos. Cómo empezar a vivir así, cómo poder con todo esto. Nunca estaremos solos, tú y yo nunca podremos vivir juntos y solos, porque siempre habrá demasiada gente alrededor, vivos o muertos, contigo y conmigo, acostándose con nosotros, levantándose con nosotros, comiendo, bebiendo, andando con nosotros. Aquella película en la que cuatro memos fabricaban un cañón que mataba a los fantasmas. Y tanto amor, y que no sirva de nada.

¿Por qué, para qué? Por mí, porque sí. Porque la reflexión es enemiga de la acción y ya no podía pensar más. Porque estaba atrapado en un laberinto perverso que tenía muchas salidas y ninguna buena. Generosidad, responsabilidad, egoísmo. Julio cogió el teléfono enseguida, y me saludó con un tono jocoso y preocupado a la vez que no fui capaz de explicarme en aquel momento. Luego, mientras salía a la calle, y cruzaba la plaza, y levantaba una mano en el aire para parar un taxi sin estar muy seguro de que el hombre que hacía todas esas cosas fuera yo, comprendí que Mai había hablado. Entonces me di cuenta de que había pasado por alto una cuestión muy importante, y la necesidad de proteger a Raquel, de buscarle una coartada, cualquier excusa que minimizara su intervención en aquella historia fea, sucia, triste, me prestó la clase de serenidad que puede llegar a reunir un bombero dispuesto a salvar la vida cuando advierte que está cercado por las llamas. Y sin embargo, no fui capaz de contestar deprisa a la pregunta con la que me recibió mi hermano.

—Vamos a sentarnos a una mesa —propuse a cambio—. Tengo que hablar contigo.

Ya se lo había advertido antes, por teléfono, pero él me siguió sin decir nada.

—En primer lugar, me he ido de casa, pero eso ya lo sabes, ¿no?

—Claro que lo sé —y sonrió, como si no hubiera escuchado el preámbulo de mi frase anterior—. Mai llamó ayer a Angélica y, como te puedes figurar, a la media hora ya lo sabía hasta mamá. A mí me cayó una bronca tremenda, encima. Tú tenías que saberlo, Julio, seguro que lo sabías, él siempre te ha tapado a ti y tú, ahora, le

habrás tapado a él, porque todos los hombres sois iguales, todos unos cerdos, etcétera... Por eso te he dicho antes que podías haber avisado, macho.

—Ya —sonreí—. Lo siento. ¿Y qué es lo que ha contado Mai exactamente?

—A Angélica, no lo sé. A mí me cayó un chorreo de la hostia porque tú habías dejado a tu mujer por otra más joven.

—No es más joven. Mai no le lleva ni un año.

—Pues para tu hermana, como si estuviera acabando el bachiller. Y eso es lo único que sé.

—Ya, bueno... —miré el reloj, era casi la una, pedí una cerveza—. Raquel tiene treinta y seis años, pero... Es una mujer especial.

—Me lo imagino —y se echó a reír.

—No, no es sólo eso —volví a sonreír—. No sé cómo contártelo... ¿Te acuerdas del entierro de papá, Julio?

—¿El entierro de papá? —levantó mucho las cejas—. Sí, claro que me acuerdo, pero no sé qué tiene que ver...

—¿Te acuerdas de que después fuimos a comer, y yo os pregunté por una chica que había llegado al final, y todos me contestasteis que no la habíais visto, y estuvimos hablando de quién podría ser?

—Pues... —me dirigió una mirada perpleja, se quedó pensando, negó con la cabeza—. Me suena, pero... No sé. ¿Es importante?

—Sí.

—¿Es ella?

—Sí.

—¿Y qué hacía en el entierro de papá?

—Es prima nuestra.

—¿Prima nuestra? —aquella revelación logró impresionarle por fin.

—Sí, prima tercera. Su bisabuelo y el nuestro, el padre de la abuela Mariana, eran hermanos.

—¡Joder! —clavó los codos en la mesa, se sujetó la cabeza con las manos, se frotó la cara un par de veces y me miró—. ¿Y por qué no la conocemos?

—Ése es el tema —le dije—. Por qué no la conocemos...

Hice una pausa para tomar aire. Me animé a mí mismo y lo solté de un tirón.

—Cuando encontré aquel pastillero con la viagra, ¿te acuerdas?, estuve mucho tiempo pensando en papá, en qué clase de hombre habría podido ser, qué vida habría podido vivir sin que nosotros lo supiéramos. Entonces, tú estabas muy liado con los impuestos de la herencia, y mamá me pidió que fuera a La Moraleja en tu lugar. Ya había ido una vez, pero no me había llevado nada, ni fotos, ni cosas, y como cuando llegué estaba solo, porque aquella tarde Lisette tenía clase de no sé qué, me dediqué a curiosear un rato en el despacho. Estuve mirando en los armarios y encontré una

carpeta de cartón con los papeles de la División Azul. Encima de todo había unas notas muy recientes, con nombres, fechas, frases que no entendí y un teléfono apuntado. Así conocí a Raquel, el teléfono era suyo. Hablé con ella, le pregunté quién era y me dijo que prefería quedar conmigo —me pregunté si estaría mintiendo bien y no hallé en el rostro de mi hermano nada que me sugiriera lo contrario—. Me pareció todo muy misterioso, pero al final quedamos, y me contó que había conocido a papá por casualidad, porque tenía un piso en un edificio de Tetuán que os interesaba comprar, para unirlo a otro que ya teníais y edificar algo más grande y más alto, supongo que sabes de lo que te hablo...

—Pues... Espérate, porque eso también me suena, pero compramos varios edificios en Tetuán, y ahora no sé...

—Da igual. Seguro que al final te acuerdas, porque ella se resistió mucho tiempo a vender. Trabaja en un banco y es muy lista. Supuso que cuanto más tiempo aguantara, más dinero le daríais, y así fue. Al final, papá le cambió su piso por un ático de esos que Rafa nos quiso vender a nosotros, bueno, por lo menos a mí, en la calle Jorge Juan. Estaba preocupada, porque la operación se había cerrado un par de días antes de que papá entrara en el hospital y no estaba segura de que la compraventa fuera efectiva. Por eso había venido al entierro. Antes o después, tendría que hablar con alguno de nosotros, y quería conocernos, ver qué pinta teníamos... En fin, eso fue lo que me contó y a mí me pareció muy raro, no creas que no. Por supuesto que era raro, era mentira, pero en aquel momento a mí me dio igual, porque era una rareza inofensiva, y además, y sobre todo, porque ella me gustaba. Empezamos a coquetear a los diez minutos de vernos y, claro, pues, entonces... A partir de ahí, lo demás daba lo mismo. El día de la notaría comprobé que aquel ático no estaba entre las propiedades que íbamos a heredar y tuve una bronca con Angélica, ¿te acuerdas?

—Sí —sonrió—, eso no se me ha olvidado.

—Pues aquella noche volví a llamar a Raquel, volvimos a quedar y me gustó todavía más. Me gustaba tanto que nos enrollamos enseguida y me siguió gustando, hasta que me volví loco por ella, ya lo sabes, y le acabé pidiendo que nos fuéramos juntos. Entonces desapareció y me volví loco pero de verdad, lo pasé muy mal, fatal, en serio. Fue todo una casualidad, ¿comprendes?, todo. Podría haberle pasado a Rafa, podría haberte pasado a ti, podría haber sido otra la inmobiliaria que hubiera estado interesada en comprar el edificio donde ella vivía, y no habría reconocido el nombre de papá, y ni siquiera nos habríamos conocido. Pero pasó así, y me pasó a mí, y me enganché, me quedé colgado como un adolescente. Y ahora me acabo de enterar de que sólo me había contado una parte de la verdad.

No era una buena historia. Tenía lagunas, imprecisiones, zonas de sombra, y cuando ya la había lanzado, más allá del último punto que me habría permitido

retroceder, me di cuenta de que antes o después Rafa tendría que conocer a Raquel, y si la reconocía como la asesora de inversiones a la que había visitado una vez, aunque no hubiera estado en su despacho ni diez minutos, mis explicaciones se vendrían abajo como una fila de fichas de dominó. Pero en aquel momento, ése era el menor de mis problemas y, si mi relación con mi familia sobrevivía a aquel fin de semana, sería también el menor de los suyos. Además, Rafa no solía fijarse mucho en las mujeres, y Julio, que siempre le reprochaba que le gustaran lo justo, o sea, poquísimo, estaba tan atónito que encajó mi historia de una vez, y se la tragó sin masticarla.

—Creo que sí sé quién es —dijo luego—. Bueno, yo nunca llegué a verla, no llevaba aquel asunto personalmente, pero me acuerdo de que en una de las casas de Tetuán hubo una tía que nos trajo de cabeza una temporada. Lo que no entiendo es... ¿Cómo pudo cambiarle papá un piso tan barato por otro tan caro? Era viejo, pero no era tonto. ¿Y por qué tienes esa cara, Álvaro? Al fin y al cabo, la tía ha vuelto, estás con ella. Deberías estar encantado, ¿no?

Le miré, me froté los ojos, pedí otra cerveza.

—¿Te acuerdas de Mariloli, Julio?

—¿Mariloli? —y negó con la cabeza, como si temiera por un instante que su hermano se hubiera vuelto loco—. ¿La hija del portero de Argensola?

—Sí, esa misma. ¿Te acuerdas de una muñeca que se había encontrado tirada en la calle, y resultó que era de Clara, y ella le pidió que se la devolviera, y no quiso?

La muñeca pelirroja vestida de verde era tan poderosa, tan inmune a los efectos del paso del tiempo, que también hizo cambiar la expresión de mi hermano. En ese instante, comprendí que él sabía, que probablemente lo había sabido desde siempre, quizás desde aquel mismo día, pero se lo conté todo, quién era nuestro padre, aquel hombre admirable, y cómo había logrado hacerse a sí mismo, desde los dos carnés que había guardado como trofeo hasta que la visita de Raquel le enfrentó con su propia vida al borde de la muerte. No le di más explicaciones y él no me las pidió.

—Pues es una putada, sí —y sin embargo sonreía—. Ahora, que lo que no entiendo son los problemas de esa tía, sus remordimientos, que se sintiera culpable por haberse liado contigo sin haberte dicho la verdad. Al fin y al cabo, todo fue una casualidad, tú lo has dicho. Debe de ser tan rara como tú, Alvarito, porque con haberse estado callada... ¿Que sabía que tu padre era un hijo de puta? Pues muy bien, yo también lo sé, ya te lo conté una vez. Llevo muchos años viviendo con eso, y aquí estoy. ¿Que de repente se le presentó la ocasión de darle un disgusto, y la aprovechó? Pues mira, quien más y quien menos... ¿Que papá se murió porque una desconocida apareció un buen día en su despacho cargada con unos papeles que no habría querido volver a ver por nada del mundo? Eso da igual, Álvaro. Ella no le mató, ni mucho menos. Tenía ochenta y tres años, antes o después tenía que morirse. Y se murió. Él está muerto y tú estás vivo. Eso es lo único importante.

—El muerto al hoyo y el vivo al bollo.

—Pues sí —levantó su vaso en el aire y volvió a sonreír—. Nunca mejor dicho.

—Pero... No lo entiendo —hice una pausa para mirar a mi hermano y vi cómo se deshacía su sonrisa en una mueca melancólica—. ¿A ti no te importa?

—Yo ya lo sabía, Álvaro. Lo sé desde hace muchos años. Desde aquella misma tarde en la que tu chica, Raquel se llama, ¿no?, vino a casa con su abuelo —acabó su cerveza, se quedó mirando el vaso y levantó la mano—. Creo que me voy a pedir algo más fuerte... ¿Quieres un gintonic?

—No —eso no significaba que no quisiera beber y mi hermano se dio cuenta.

—¿Un whisky? —asentí, y él se ocupó de pedirlo—. Aquella tarde... Teníamos un partido de fútbol y yo marqué tres goles, me acuerdo perfectamente. Jugué de puta madre, y papá estaba muy contento, muy orgulloso de mí. En aquella época, eso era lo que más me importaba. Yo quería mucho a papá, le admiraba mucho, jugaba para él, para que me viera, para que me abrazara al final de los partidos. La semana siguiente iba a hacer una prueba para los juveniles del Madrid, ¿te acuerdas tú de eso?

—Claro —sonreí—. Me tiré meses presumiendo de ti en el colegio. Aposté con todos mis amigos a que te iban a fichar.

—En fin... —él también sonrió—. Lo siento. El caso es que mamá estaba horrorizada, pero a él le hacía mucha ilusión tener un hijo futbolista. Fuimos hablando de eso al salir del campo, papá y yo solos, porque Rafa estuvo todo el camino callado, enfurruñado. En aquella época tenía muchos celos de mí, porque llevaba toda la temporada chupando banquillo. Y entonces llegamos a casa, y había una niña con Clara, y... Pues nada. Yo no me di cuenta de nada, la verdad. Antes de cenar, mamá vino a buscar a Rafa y se lo llevó. Papá quería hablar con él y, lo que son las cosas, yo estaba seguro de que iba a hablarle de mí, a pedirle que no fuera tan celoso, que me ayudara, que me apoyara, que se resignara a ser peor futbolista que yo. Eso creía, y me alegré, porque Rafa estaba insoportable, todo el día picado, metiéndose conmigo, haciéndome burlas... Pero no era eso. En la cena estuvieron todos muy serios, papá, mamá, Rafa y Angélica.

—¿Y yo? —la parte de la historia en la que ahora coincidían Julio y Raquel me había devuelto a unos días tan insignificantes para mí que no podía recordarlos con precisión—. ¿Dónde estaba yo?

—Pues supongo que en la cocina. Clara y tú debíais cenar allí todavía. Desde luego, en aquella cena no estuvisteis. Me acuerdo muy bien de todo porque... Luego, por la noche, Angélica vino a nuestro cuarto.

—Y yo ya estaba dormido —supuse por mi parte, y volví a pensar que el destino era un mal aliado al medir mi asombrosa, sistemática ausencia, en un episodio que acabaría siendo más importante para mí que para cualquiera de mis hermanos.

—Sí. Tú estabas durmiendo y yo a punto de dormirme, pero me espabilaron muy deprisa. Lo tenían todo planeado. Me dijeron que tenían que hablar conmigo, que era muy importante. Me fui con ellos al cuarto de jugar y no me dejaron encender la luz. Nos sentamos en el suelo, casi no nos veíamos. Era muy emocionante. La puerta del dormitorio estaba abierta, y llegaba el resplandor de tu lamparita, aquella azul que mamá te trajo de París, ¿te acuerdas? La encendieron ellos antes de salir y... No sé, parecía muy emocionante, ya te lo he dicho, pero Rafa empezó a hablar, a contarme una historia muy rara, y yo al principio no entendía nada...

Llevaba un rato jugando con los hielos de su copa. La dejó en la mesa para mirarme y yo le miré, y me asombré de la calidad de su memoria, la seguridad con la que iba reconstruyendo para mí sin la menor duda, ningún titubeo, los detalles de aquella noche remota, palabras, gestos, sensaciones, él, mi hermano Julio, al que nada le importaba mucho, al que nunca le importaba nada, al que todo le daba igual porque no sabía tomarse la vida en serio.

—La situación es muy grave, me dijo, el muy gilipollas —se echó a reír, pero ni siquiera pretendía parecer contento—. Tienes que saberlo porque estamos todos en peligro, sobre todo papá, pero él lo hizo por nosotros... Eso decía, y a mí estuvo a punto de darme la risa, porque hablaba como si se lo hubiera aprendido todo en una película. A eso sonaba, ¿sabes?, parecía un actor en una película, y bastante mala, por cierto. Papá lo hizo todo por nosotros, porque era muy pobre y no quería que nosotros lo fuéramos... —entonces fue él quien empezó a gesticular, y abrió mucho los ojos, y habló en un susurro, y movió las manos como si estuviera representando un papel, imitando al imaginario actor al que Rafa hubiera imitado aquella noche—. Él quería que viviéramos bien, y los otros eran malos, mataban a la gente, ¿comprendes? Quemaban las iglesias, las casas, lo quemaban todo, y además se habían marchado, habían huido porque eran unos criminales, así que lo suyo no era de nadie... —por fin recuperó su propia voz, sonrió, me miró—. No te entiendo, Rafa, le dije. ¿Qué hizo papá? ¿Y quiénes eran los otros? Déjame a mí, le pidió Angélica entonces. Ella ya era mucho más fría que él, más lista, y estaba menos nerviosa. Se levantó, abrió la puerta sin hacer ruido, salió al pasillo y volvió al rato, andando de puntillas, con un libro muy grande entre las manos. Toma, me dijo, míralo. El libro se titulaba *España en llamas*. ¿Tú lo has visto alguna vez?

—No. Ni siquiera me suena. ¿Estaba en casa?

—Claro que estaba en casa. Pero por mucho que os quejéis, ser de los pequeños también tiene sus ventajas, ¿sabes?, porque aquello era... ¡Buah!, el catálogo de una carnicería. Cadáveres y más cadáveres, niños degollados, hombres fusilados, mujeres llorando... Y muchos incendios, eso sí, crucifijos quemados, vírgenes tiradas por el suelo... En fin, te lo puedes imaginar. Rafa quería seguir hablando, pero Angélica, que es mucho más lista, no le dejó. Ella quería que viera todas aquellas fotos y yo no

pude llegar hasta el final. ¿Qué es esto?, pregunté, y ella me lo explicó mucho mejor, mucho más claro que Rafa. Esto es lo que hicieron los rojos en la guerra, me dijo. Y hoy ha venido un señor, que es tío de mamá y era rojo, a decirle a papá que ha vuelto a vivir aquí, y que sabe que él se quedó con todo. ¿Cómo que se quedó con todo?, le pregunté, porque aquello sonaba mal, muy mal. Es lo que te ha dicho Rafa, antes, me contestó ella, muy tranquila. Los rojos se marcharon, lo dejaron todo, sus casas, sus cosas. Y papá se lo quedó, dije. Bueno, no es eso exactamente, me explicó ella, todo eso se subastó, se repartió, como si dijéramos, entre algunas personas, entre muchas, y papá, pues... Aquélla era también la familia de mamá, ¿no? ¡Ah, bueno!, me tranquilicé, si era de mamá...

—Creo que me voy a pedir otra copa —anuncié en aquel momento.

—Te vas a emborrachar, Álvaro.

—Pues sí, igual... Pero eso es lo de menos, porque...

—Ya —alargó una mano por encima de la mesa, la posó en mi brazo derecho, lo apretó un momento—. Me lo imagino. Total, que aunque parezca mentira, me dijeron que todo era de mamá, pero yo no me lo creí. Enseguida me di cuenta de que no podía ser verdad, porque, entonces, ¿para qué había venido ese señor? ¿Y por qué se habían puesto todos tan nerviosos? Lo pregunté, pero ya no quisieron contestarme. No podían, claro, pero eso lo comprendí después. Lo importante, me dijo Rafa entonces, con ese tono de hermano mayor y responsable que me ha sacado siempre de quicio, es que estés pendiente de todo, que no hables de esto con nadie, y mucho menos con los pequeños, pero que me digas si alguien te sigue o te pregunta algo, porque ahora papá puede tener problemas, como se ha muerto Franco y los rojos están envalentonados... Yo les dije a todo que sí, que no se preocuparan.

El camarero me sirvió la primera copa de más que bebería aquel día, y Julio, que se contentó con una tónica, esperó a que se marchara para seguir hablando.

—Yo estaba cagado de miedo, Álvaro —me dijo entonces, como si necesitara justificarse por aquella vieja respuesta—, no había cumplido todavía dieciséis años. Cuando me fui a la cama, las fotos que había visto no paraban de darme vueltas en la cabeza, no me dejaban dormir. En aquella época... todo era política. Las calles estaban llenas de carteles de unos y de otros, la gente hablaba todo el día de lo mismo, los curas nos hablaban también, en el colegio, era imposible no saber, no ver todo aquello. Y los nuestros... Yo qué sé, papá, mamá, los padres de mis amigos, el padre Aizpuru, pues estaban todos muy preocupados, muertos de miedo ellos también. No les gustaba nada lo que estaba pasando, parecía que se nos venía encima un desastre, una catástrofe, acababan de legalizar al Partido Comunista y aquello era el fin del mundo. Yo lo sabía, me daba cuenta, pero a pesar de todo... A pesar de todo, no me podía dormir. ¿Y sabes por qué? —negué con la cabeza—. Por la niña.

—¿Qué niña?

—Tu novia —y mi hermano sonrió—, esa chica, Raquel se llama, ¿no?

—Sí, pero no te entiendo, Julio.

—Pues es muy fácil. Yo había visto las fotos, toda esa sangre, esos muertos, pero antes la había visto a ella. Tiene gracia que tú no te acuerdes, porque yo me acuerdo perfectamente. Llevaba un vestido blanco con florecitas de color granate, una chaqueta del mismo color que las flores, y dos trenzas con lazos en las puntas. Era igual que Clara, iba vestida igual, hablaba igual... Sólo la vi un momento y no me fijé mucho, ni siquiera habló conmigo, pero luego, en la cama, mientras le daba vueltas a todo, me acordé de ella, una niña pequeña, corriente, que jugaba a las muñecas con mi hermana, y esa niña... No sé cómo explicarlo, pero no pude relacionar con ella la historia que me habían contado Rafa y Angélica, las fotos que había visto. A su abuelo no le vi, pero ella... Era tan corriente, tan pequeña, tan inocente, tan de aquí... ¿Me entiendes?

—Sí —le entendía, pero no encontré más palabras para agradecerle que se hubiera puesto de parte de aquella niña pequeña, a la que yo no lograba recordar ni siquiera después de escuchar la descripción de la ropa que llevaba puesta aquella tarde.

—Pues eso. Pensé que, en realidad, lo que nosotros teníamos, tendría que ser suyo. Y ella no parecía pobre, desde luego, no era pobre, tenía la misma pinta que Clara, que sus amigas, ya te lo he dicho, y sin embargo... Eso daba lo mismo, porque ella era de nuestra edad, de nuestra generación, y parece que el tiempo lo borra todo, pero... Yo pensé que sus abuelos se habían quedado sin nada, que sus padres habrían crecido sin nada, ¿no?, en un país extranjero, solos, y nosotros, papá, y mamá, y la gente como papá y mamá, aquí, viviendo de puta madre... No sé, no puedo explicarlo bien, pero aquella niña de pronto me dio mucha pena y mucha vergüenza, aunque yo no tuviera la culpa, porque eso no debería haber sido así, porque no era justo. Me pareció que no era justo. Entonces le pregunté a Rafa si estaba dormido y me dijo que no. ¿Papá es un ladrón, Rafa?, le pregunté luego, y él se enfadó conmigo, ¿cómo va a ser papá un ladrón?, gilipollas, que eres gilipollas... Eso me contestó y no quise volver a hablar con él, ¿para qué? Ya le conoces. Ni yo ni nadie iba a conseguir que cambiara de opinión.

—¿Y qué hiciste?

—¿Cuándo?

—Pues yo qué sé, al día siguiente, más tarde...

—Nada —sonrió—. ¿Qué iba a hacer, si no se podía hacer nada? Al día siguiente era domingo. Fuimos a comer a Torrelodones en el coche, y mientras dábamos un paseo por el pueblo, la gente se paraba a saludarnos, y yo miraba a papá, le veía sonreír a todo el mundo, y pensaba que ellos lo sabían, que tenían que saberlo, que lo sabía mamá, y la señora del estanco, y el dueño del mesón, los que nos saludaban, los

que nos besaban y nos tocaban la cabeza, todos tenían que saberlo, pero nadie había dicho nunca nada, no pasaba nada, era como si nadie supiera una palabra de nada... Durante algunos días seguí teniendo la misma sensación. Por un lado, si notaba que me miraba alguien por la calle, en el metro o en cualquier tienda, tenía la impresión de que lo sabían, de que todos estaban enterados de que mi padre era un ladrón, pero luego me daba cuenta de que los conocidos, los que tenían que saberlo, los amigos de papá, las amigas de mamá, los de Torrelodones, hacían como que no sabían nada.

—¿Y Rafa? No sé, Angélica, mamá... ¿No volvieron a hablar contigo? ¿No te explicaron nada más?

—No. Yo nunca, en mi vida, he vuelto a oír una palabra sobre este tema —hizo una pausa, me miró, le miré—. Hasta que no me lo has dicho tú, no me lo había dicho nadie. Y entonces... —volvió a sonreír, como si, en el fondo, lo que me había contado no tuviera tanta importancia—. Pues bueno, no es que se me olvidara, porque nunca se me ha olvidado, pero... Me acostumbré a vivir como los demás, a vivir como si no supiera, como si no me importara nada. Hice fatal la prueba para los juveniles del Madrid, eso sí.

—Eso sí —y la naturaleza inesperada, abrupta, de aquella conclusión, me hizo sonreír—. Hice un ridículo espantoso y perdí todas mis apuestas.

—Ya, bueno... Estaba muy nervioso pero, además, la verdad es que no quería que me contrataran. No sabía exactamente qué era lo que había hecho papá, pero eso daba igual, porque yo sabía que no era bueno. Y nunca he sido un meapilas, ni un santo, ni mucho menos, ni siquiera estoy seguro de ser una buena persona, pero... La verdad es que ya no le admiraba, ni me importaba que estuviera orgulloso de mí. Tenía sólo quince años, pero nunca volvió a importarme.

—Y sin embargo... —no me atreví a seguir, pero él me entendió igual.

—Y sin embargo, aquí estoy, ¿no? —asentí con la cabeza y él sonrió—. Hasta aquí he llegado, sin sufrir, sin hablar, y tan contento. Pues sí, es verdad. Yo no soy como tú, Álvaro, ya lo sabes. También es cierto que no me acuesto con aquella niña del vestido blanco con flores granates, que, por cierto, a ver si me la presentas, porque tengo mucha curiosidad por ver en qué se ha convertido, pero de todas formas, a mí todo esto me interesa más bien poco, mucho menos que a ti, y mucho menos que a Rafa. No es mi vida y no es la tuya, Álvaro, hazme caso. Papá no era bueno, ya te lo dije una vez, pero eso no tiene nada que ver contigo, ni conmigo, y además... No se puede hacer nada. ¿Para qué?, a estas alturas...

Mi hermano Julio fue el primero que me dijo que nada servía de nada. Entonces pensé en Teresa González Puerto, en su vida y en su muerte, su cabecita recortada sobre una cartulina de color dorado y sus palabras, esa herencia que debería compartir con el hombre rubio y sonriente que miraba el reloj, y pedía la cuenta, y volvía a sonreírme.

Julio también era su nieto, aunque aquella carta nunca cambiaría nada para él, no le haría un hombre mejor, ni distinto. Quizás, después de todo, lo mejor sea que sigamos estando solos tú y yo, abuela, pensé. Mejor guardarte para mí, ahorrarte la indiferencia o la hostilidad de mis hermanos, llevarte conmigo en las mañanas soleadas y en las lluviosas, entre las flores que no llenan ningún jarrón de cristal transparente. Pero él también era nieto. Y, tal vez, el mejor de los que le quedaban.

—Hay algo más, Julio —ya había cerrado la tapa de su teléfono móvil, se lo había guardado en un bolsillo, se estaba palpando la americana para asegurarse de que no se dejaba nada—. Aquel día que encontré la carpeta azul, descubrí también una carta de la abuela Teresa, la madre de papá. La escribió para despedirse de él cuando se marchó de casa, porque ella no murió en junio del 37, eso es sólo lo que papá nos dijo. La verdad es que murió en la cárcel de Ocaña, cuatro años después, en el 41 — mi hermano me miró con los ojos muy abiertos, se cogió otra vez la cabeza con las manos, se removió en la silla.

—¡Joder!

—Pues sí, joder... Pero eso no es todo, ¿sabes? —y entonces, cuando estaba a punto de seguir hablando sin esperar respuesta, él levantó la mano en el aire para pedir tiempo.

—Otro día, Álvaro —volvió a echarle un vistazo el reloj y se asustó—. No te enfades conmigo, pero... Es que ahora no puedo quedarme, de verdad. Tengo una cita para comer, y es muy importante, es... —hizo una pausa, me vio sonreír, sonrió—. Vale, es una tía. No me voy a acostar con ella ni nada, en serio, sólo estamos tonteando, pero no me gustaría quedar mal. Yo te llamo luego, esta tarde, mañana, cuando pueda, y nos vemos, y me lo cuentas todo, porque de verdad que me interesa mucho, pero... Es que ahora me tengo que ir, ya llego tarde.

—Bueno —le dije, y sonreí—, como tú quieras.

—¿Seguro que no te enfadas conmigo?

—Seguro que no me enfado.

—Vale, pero antes de irme, voy a darte un consejo, dos, en realidad... —y ésas eran las últimas palabras que habría esperado escuchar de él en aquel momento—. El primero es el mejor, y el más importante. Hazme caso, Álvaro, y lárgate de aquí. Vete ya, esta noche, mañana, coge a esa tía y lárgate. Vete a un sitio bonito, divertido, enciérrate con ella en un hotel de lujo y hártate de follar. Fóllatela hasta que no puedas más, hasta que te duela la polla de tanto usarla, y después, sigue follando hasta que ya no la sientas. Fóllatela como si no fuera la nieta de su abuelo, como si nunca hubiera conocido a papá, como si te la acabaras de encontrar, como si no fuera prima nuestra. Y cuando consigas sentirte como si no tuvieras polla, decide qué es lo que quieres hacer, quedarte con esa chica o volver a casa, arrodillarte en el suelo, apoyar la cabeza en las rodillas de tu mujer y pedirle perdón. Yo he hecho ambas

cosas, y las dos funcionan. Hazme caso, Álvaro, que sé de lo que hablo. Dedícate a vivir, y piensa en ti, joder. Olvídate para siempre de papá. Eso también funciona, y también lo sé por experiencia. Y ahora me voy, pero ya...

Entonces se levantó, me abrazó, me besó en una mejilla.

—¿Y el otro? —le pregunté—. ¿El segundo consejo?

—El segundo consejo es que no se te ocurra hablar con Rafa de esto —y se puso serio, muy serio de repente—. Que ni se te ocurra, Álvaro, te lo digo en serio.

Pero yo no soy como tú, Julio, pensé mientras le veía salir del bar a toda prisa, no soy como tú, ya lo sabes.

Las cartas empezaron a llegar durante la última semana de abril de 2004, pero Raquel Fernández Perea, que había aprovechado el puente de mayo para irse a Estambul con su amiga Berta, se enteró de todo antes de abrir la suya.

—¿Lo sabes ya? —Nati salió a su encuentro cuando todavía estaba buscando las llaves en el bolso, como si llevara toda la tarde acechando su regreso—. ¡Qué disgusto más grande, madre mía! Yo no sé lo que vamos a hacer...

Raquel no le dio importancia a este recibimiento. Aquel patetismo sistemático, casi deportivo, formaba parte del carácter de su vecina de enfrente, una mujer mayor que estaba muy bien de salud y mejor de la cabeza, pero padecía de un aburrimiento crónico.

Nati vivía sola. Había estado casada y se había quedado viuda antes de cumplir cuarenta años, había tenido dos hijos y el mayor se había matado en un accidente de moto cuando era casi un crío. Entonces, su hija ya vivía en Tenerife, donde había encontrado trabajo como camarera en un hotel. Después conoció a un chico, se casó y se quedó allí. Venía a ver a su madre cuando podía, y se había ofrecido muchas veces a llevarla con ella a Canarias, pero Nati se resistía a dejar su casa. Mientras pueda hacer la comida, limpiar y bañarme yo sola, no me muevo de aquí, decía. A cambio, la soledad la había desterrado de su propia vida para instalarla en la ficción perpetua de esos programas de televisión que pretenden reproducir en directo la realidad de las vidas ajenas.

—¿Qué ha pasado, Nati? —Raquel abrió la puerta, metió la maleta en el recibidor, se volvió para abrazarla, le dio dos besos—. Seguro que no es tan grave.

—¡Uy que no! —su vecina se llevó las manos a la cabeza, las colocó luego a ambos lados de su cara, cerró los ojos y cabeceó varias veces. Parecía a punto de echarse a llorar, pero Raquel sabía que se estaba limitando a ejecutar una versión razonablemente dramática de los gestos que había aprendido en la televisión—. ¡Que nos echan a la calle, eso pasa!

—¿Cómo nos van a echar, mujer?

—Ya verás, ya...

Cuando se mudaron allí, ocho años antes, Raquel llevaba casada sólo tres, y todavía estaba bien con su marido. Aquel piso fue el primer problema grave que tuvieron. Al principio, él se negó a comprar, porque aquello no era exactamente un chollo. Al final tuvo que reconocer que era una oferta demasiado interesante como para dejarla pasar, pero nunca le gustó vivir allí, por más que su mujer hubiera tenido la precaución de venderle el barrio con otro nombre. Ella estaba encantada, sin embargo, y se apresuró a apuntar su nueva casa en la larguísima lista de favores que le debía a Paco Molinero, su mejor amigo del trabajo, amigo a su vez de un director de sucursal que, antes de embargar a un cliente por impago, se había ofrecido a encontrarle un comprador que se hiciera cargo de su hipoteca. El edificio, viejo sin

llegar a antiguo, era feo, ramplón, y no tenía ascensor. El piso, un segundo de setenta metros cuadrados, con los techos demasiado bajos, dos dormitorios pequeños, interiores, y poca luz, no era mucho mejor, pero Raquel se quedó con él por un precio tan barato que compensaba todos sus defectos. Nunca pensó en vivir allí mucho tiempo. Su idea era venderlo en tres o cuatro años para reinvertir la ganancia en algo que le gustara de verdad, pero cuando venció ese plazo, ya estaba mucho más cómoda. Desde el verano del 99, tenía la casa para ella sola. Aquel año, Josechu y ella decidieron irse de vacaciones por separado para aclararse las ideas, y los dos lograron a la vez ese objetivo. Él no volvió. Ella lo celebró.

Aquel verano, Raquel pensó mucho en su vida. Intentaba comprender lo que le estaba pasando y no lo logró del todo. Nunca lograría comprender cómo había sido posible que su matrimonio se disolviera con tanta naturalidad, una mansedumbre más cercana al cansancio que a la paz. Ella se había casado enamorada, o eso creía, y no era consciente de haber llegado a arrepentirse de haberlo hecho. Lo que había pasado era más fácil y más difícil de entender, más sencillo y mucho más complicado. En algún momento, Raquel se dio cuenta de que le apetecía más vivir sola que con Josechu, y en ese instante, todas las pequeñas manías de su marido, las discrepancias más tontas sobre el plan de los viernes por la noche o los programas de televisión favoritos de cada uno, se fueron agigantando para convertirse primero en un problema, y enseguida, en las sucesivas etapas de una crisis. No existía una razón concreta, no hizo falta. El estupor era recíproco, y pudo más que la inercia. Así se separaron, sin pasión, sin rencor, y casi sin darse cuenta. Tal y como habían vivido juntos durante mas de seis años.

Nati, la vecina de enfrente, fue una de las grandes beneficiarías de un divorcio en el que nadie salió perjudicado. Ella fue uno de los pocos elementos permanentes en la vida de Raquel, mientras todas sus tentativas sentimentales se frustraban sin remedio, más bien antes que después. Tras la separación, Paco Molinero volvió a la carga. Lo había hecho en otras ocasiones, tantas que ella había perdido ya la cuenta, antes de su boda y después, siempre que percibía el más sutil síntoma de desaliento en una mujer de la que se había enamorado casi en el instante en que la conoció. Raquel lo sabía, y le quería, nunca podría dejar de quererle, porque Paco era una de esas pocas personas que acaparan todos los campos semánticos del adjetivo «amable». Era simpático, generoso, divertido, buen compañero, solidario, comprensivo, encantador sin empachar y un hombre muy atractivo. Al mirarle de lejos, como si no le conociera, Raquel le encontraba incluso seductor. Lo era, las mujeres lo sabían y él sabía lo que sabían las mujeres. Alto, estilizado pero corpulento, castaño sin llegar a rubio, con los ojos claros y una barba cuidadosamente descuidada, ofrecía una aproximación bastante exacta al modelo de hombre deseable que mejor encajaba con sus propias aspiraciones, y por eso, cada vez que atacaba, Raquel pensaba que el error estaba en

ella, que era ella quien se estaba equivocando, y trataba de encontrar en sí misma el fallo, la deficiencia, esa proteína que no sabía sintetizar y debía de ser el obstáculo para que su historia con aquel hombre fuera de una vez a alguna parte.

Entonces se cargaba de argumentos, de razones, se armaba por dentro, se decidía, decidía que esa vez sería distinta y pasaba lo mismo de siempre. Paco Molinero le gustaba mucho vestido. Paco Molinero le gustaba mucho desnudo. Y hasta ahí. Sólo hasta ahí, porque cuando él la tocaba, Raquel sentía algo mucho peor que nada. Sentía que él estaba tocando a otra, que no era ella la mujer que le besaba, que le abrazaba, que se dejaba arrastrar hasta la cama, tan lejos se encontraba de su propio cuerpo. Y luego era peor. Luego, después de desesperarse por haber sido incapaz de estar concentrada en lo que había hecho, le miraba, y le veía sonreír, y se dejaba besar, abrazar, y comprendía que él no se había dado cuenta de nada, que no se estaba dando cuenta de nada, y cada vez la frustración era mayor, eran mayores la culpa y la tristeza, y por encima de ellas crecía el enigma del sexo imposible, injusto, odioso y absurdo, pero sobre todo imposible. Al día siguiente, Raquel ya no sabía qué hacer con Paco, excepto prometerse a sí misma que nunca, nunca más, y aprovechar el primer momento libre de la mañana siguiente para volver sobre el fabuloso plan de la estafa hipermillonaria con la que se entretenían desde hacía años. Aquel proyecto, que había empezado siendo un simple juego, un pasatiempo inocente que los dos sabían que nunca llegaría a cumplirse, acabó funcionando como la contraseña de su mutuo fracaso. Cada vez que ella se acercaba a su despacho, y en lugar de susurrar con una sonrisa rendida que lo de anoche había estado muy bien, le anunciaba en voz alta que creía haber resuelto la transparencia informática de determinadas transferencias a un banco de las islas Caimán, Paco sabía que tenía que dejarla tranquila una temporada.

—¿Y ese chico? —Nati ponía el colofón a cada uno de sus encuentros.

—¿Qué chico? —aunque Raquel lo sabía de sobra.

—Pues ese que ha estado aquí el fin de semana y ha estado ya otras veces, Paco se llama, ¿no?

—Sí, se llama Paco.

—¿Y dónde está?

—Pues en su casa, Nati, ¿dónde va a estar?

—¡Qué pena!, ¿no?

—¿Qué pena qué?

—Pues eso, que parece muy majo, y yo creo que te conviene mucho, y... —cuando paraba, Raquel iba ya por el tercer resoplido—. ¡Ay, hija, no me mires así, que ya me callo!

En esas ocasiones, Raquel volvía a ver la cara de Josechu, y hasta sentía la tentación de darle la razón al recordar la insistencia con la que se quejaba de las

visitas cotidianas de aquella anciana tenaz y solitaria, que vivía en el permanente acecho de las vidas de sus vecinos y era capaz de exagerar cualquier noticia, seleccionada al azar con independencia de su naturaleza, para procurarse la ocasión de salir de su casa y tocar el timbre de la puerta de las demás. Pero eso sólo ocurría cuando Nati hacía campaña a favor de Paco Molinero, y su enfado no solía sobrevivir a las disculpas. Al fin y al cabo, después de cada mejora teórica de su gran delito económico, Raquel alternaba ciertos instantes de anonadamiento con moderados arrebatos de promiscuidad que no arrojaban un balance mucho mejor. El teatro la aburría por exceso, la banca la aburría por defecto. Los conocidos de Berta eran incontables, divertidos y, con frecuencia, muy buenos en la cama, porque necesitaban desesperadamente gustar, pero sólo sabían hablar de sí mismos, de sus éxitos, de sus críticas y de cómo les encantaría que fuera a verlos ensayar. Sus clientes eran más aburridos, solían estar casados y follaban peor, porque siempre tenían prisa y eran demasiado ricos como para preocuparse por gustarle o no a alguien. El resultado de todo esto era que, antes o después, Raquel se encontraba mirando a Paco Molinero, comprendía con claridad que él era el único hombre que le convenía, y todo volvía a empezar, desde el principio.

Pero ésa no era la única razón de la perpetua indulgencia que derramaba sobre su vecina de enfrente. Ella estaba acostumbrada a cuidar de sus abuelas y había crecido en una familia marcada por la cultura del exilio, la permanente obsesión por crear redes de ayuda. Nati la necesitaba, y a ella le daba pena, pero sobre todo le caía bien. Era graciosa, simpática, estaba muy viva, y dispuesta a hacer cualquier cosa a cambio de un poco de compañía. Su marido nunca lo entendió, pero Raquel estaba segura de que se merecía el cuarto de hora que dedicaba a comentar con ella, o más bien a apostillar con monosílabos y exclamaciones, la versión de la actualidad, dramática hasta el disparate, que solía acontecer todas las tardes, a eso de las siete.

—¿Te has enterado ya?

Si un político había ingresado en un hospital, seguro que se había muerto, si había estallado una bombona de butano en un edificio de Leganés, seguro que había ardido el barrio entero, si una actriz se había separado de su marido, seguro que él le había puesto los cuernos con su mejor amiga, si había habido un atasco en la M—30, seguro que se había despeñado un autobús escolar con cien niños rubios y guapísimos. Siempre lo contaba así, y no porque fuera mentirosa, sino porque se aburría. Sus mentiras no eran más que eso, soledad y aburrimiento, la debilidad de poner un poco de emoción en su vida aunque fuera a costa de sembrar toda clase de muertes y destrucciones imaginarias. Nati había descubierto por su cuenta que la felicidad no da mucho de sí en el terreno de la ficción y cultivaba el recurso de la desgracia con entusiasmo, sin percibir la pequeña y constante humillación que se infligía a sí misma al hacerlo. Eso era lo que más conmovía a Raquel mientras la

escuchaba, pero la compasión no bastó para que se la tomara en serio aquella tarde de abril de 2004, cuando la vio venir con una mala noticia que, excepcionalmente, no había conocido a través de la televisión.

—Mira, aquí está... —volvió corriendo desde su casa, con un papel en la mano izquierda y un molde de aluminio cobijado en el regazo—. ¡Ah!, y te he hecho un bizcocho.

—¡Qué bien! —Raquel sonrió y mantuvo abierta la puerta para ella—. Pasa, anda, déjalo en la mesa. Voy a hacer café.

—Si quieres, lo hago yo.

—Pues sí, mejor...

Acababa de llegar de Estambul y estaba muy cansada. Eran casi las ocho y todavía tenía que deshacer la maleta, poner una lavadora, tenderla, ducharse, lavarse la cabeza y programarse para volver a madrugar al día siguiente. No tenía ganas ni cuerpo para aguantar a su vecina, pero cuando se sentó con ella en la cocina y leyó aquella carta, se alegró de haber acatado, una vez más, la vieja y buena costumbre de la disciplina.

—Tú no te preocupes, Nati —dijo en voz alta, sin dejar de leer, cuando todavía iba por la mitad—. Eso lo primero...

—¡Pa chasco! —entonces Raquel la miró, y se dio cuenta de que harían falta algo más que dos frases hechas para tranquilizarla—. ¿Y cómo no voy a preocuparme, a ver?

La verdad es que era como para preocuparse. Raquel ya había oído rumores e incluso había leído una noticia en el periódico, aunque sus términos eran tan ambiguos que se limitó a clasificarla como un rumor más. Y sin embargo, antes o después tenía que pasar, porque su piso y el de Nati, el edificio del que formaban parte, la calle en la que se encontraban y el barrio al que pertenecían, estaban sujetos, en conjunto y sin remedio, a la implacable lógica de la especulación.

Cuando Paco Molinero, siempre interesado en ganar puntos, le ofreció aquel piso de la calle Ávila, Raquel le anunció a Josechu que iban a vivir en General Perón. Eso no era verdad, pero tampoco era mentira. General Perón, distinguida arteria de lo que se entiende por un barrio burgués, nacía justo donde terminaban las naves industriales abandonadas, las pequeñas fábricas decimonónicas, los antiguos chalés de veraneo y las casas baratas de la calle Ávila. Desde la frontera de Tetuán se veían las luces de la Castellana, las torres de Azca y el estadio Santiago Bernabéu, pero esas vistas nunca impedirían que Tetuán siguiera siendo Tetuán, el barrio popular, abigarrado y viejo, que a Raquel le gustaba y a su marido no. En los últimos meses, ella había pensado que tal vez sólo fuera una cuestión de tiempo. Si los derribos seguían produciéndose al mismo ritmo, muy pronto a Josechu empezaría a gustarle su calle más que a ella, pero nunca había calculado que su turno llegara tan pronto.

—¿Has hablado con el presidente de la comunidad, Nati?

—Sí, y va a haber una reunión, creo. Pero yo no sé... —entonces señaló la carta que Raquel tenía en la mano—. Ahí pone que nos van a echar, ¿no?

—No, no pone eso —y sin embargo, Raquel acercó su silla a la de su vecina, la cogió de la mano y empezó a hablar muy despacio, como si se dirigiera a una niña pequeña—. Lo que pone es que nuestro edificio ha entrado en un plan de renovación urbana. O sea, que el ayuntamiento —o la puta que lo parió, pensó, pero no lo dijo— ha decidido modernizar toda la zona, ¿entiendes? Tirar las casas viejas para edificar casas nuevas encima.

—Pero ésta no es una casa vieja —protestó Nati, con el hilo de voz que le quedaba después de comprobar que su vecina, que era joven, y manejaba ordenadores, y tenía carrera, había entendido lo mismo que ella.

—Mujer, nueva tampoco es.

—¡Pues para eso —y estaba menos indignada que a punto de echarse a llorar—, que tiren las de la Puerta del Sol, que son mucho más viejas! No te digo...

—Ya, pero ésas están protegidas, Nati, el centro no se puede tirar, porque... —Raquel decidió ahorrarse argumentos—. Mira, no vamos a ponernos a discutir eso ahora. El caso es que el ayuntamiento ha hecho una norma, o sea, una ley, como si dijéramos. Pero eso hay que verlo, hay que discutirlo, no se puede aplicar tan fácilmente. Seguro que nosotros podremos recurrir, y vamos a recurrir, y si resulta que no podemos, pues... Nos van a tener que comprar los pisos. Porque tu piso es tuyo, Nati, y no te lo va a quitar nadie, ¿comprendes? Si no nos queda más remedio que vender, venderemos, pero a cambio de un montón de dinero, o de un piso en el edificio que construyan encima de éste.

—Ya, pero entonces... ¿adónde me voy yo mientras me construyen el piso nuevo?

—Pues a Tenerife, por ejemplo —Raquel sonrió, pero la anciana no le devolvió el mismo gesto—. Tu hija está deseándolo, ya lo sabes.

—Ya, pero como me vaya a Tenerife, no vuelvo —y eso era lo que más miedo le daba—. Seguro que no vuelvo.

—Pero tú no te preocupes, mujer, en serio... Si estas cosas son larguísimas. Entre el recurso, que nos contesten, que volvamos a recurrir y eso, te van a entrar hasta ganas de irte a casa de tu hija, ya verás.

—¿Seguro?

—Seguro.

Aquel día Raquel consiguió que Nati durmiera de un tirón, pero su estrategia no sobrevivió al contacto con la realidad. Cuarenta y ocho horas más tarde, su vecina vino a buscarla para entrar de su brazo en una reunión de propietarios donde sus profecías se vinieron abajo, una tras otra, como un juego de fichas de dominó puestas en fila india. El presidente defendió la rendición sin condiciones con tanto ardor

como si ya hubiera empezado a cobrar una comisión de una inmobiliaria, pero sus argumentos parecían sólidos. Lo eran. La casa presentaba una serie de deficiencias estructurales que la situaban al borde de la declaración de ruina, y aunque la comunidad podría estudiar su rehabilitación, ningún banco concedería un crédito a los propietarios de un edificio condenado por una normativa municipal de obligado cumplimiento. Sin embargo, y por fortuna, había una constructora interesada en comprar las viviendas para asegurarse la propiedad del solar y edificar encima. Él proponía que aprovecharan la oportunidad y vendieran cuanto antes, porque no tenían otra salida. Eso lo veremos, dijo Raquel, que había sido una de las más combativas, antes de despedirse. ¿Y qué es lo que vamos a ver?, le preguntó el presidente con una sonrisa que acabó de convencerla de que ya estaba untado. Pues todo, respondió ella, amenazándole con un gesto del dedo índice, todo... Pero a las diez de la mañana del día siguiente, ya había descubierto que esa totalidad era tan insignificante que se podía resolver con dos simples llamadas telefónicas.

—No podéis recurrir, Ra —su hermano Mateo, abogado en ejercicio, no tardó ni un cuarto de hora en devolverle la primera—. Lo siento.

—¿Y por qué? —ella no estaba dispuesta a desalentarse con facilidad—. Todas las leyes se pueden recurrir.

—No, todas no. Hay leyes, normas en este caso, que no admiten recurso, porque se entiende que trabajan a favor del interés general, y por lo tanto no pueden paralizarse al entrar en conflicto con intereses particulares.

—¿Interés general? —aquellas dos palabras la sublevaron tanto que notó que se ponía colorada al repetirlas—. Te voy a decir yo...

—No, Ra, a mí no me digas nada —su hermano la interrumpió a tiempo—. Yo no he hecho esa norma, ni tengo nada que ver con ella. Yo te digo lo que hay, simplemente.

Acababa de colgar cuando el teléfono sonó otra vez. Era una de sus conocidas del Departamento de Créditos.

—Nada que hacer, ¿verdad? —Raquel se contestó a sí misma antes de dar a su colega la oportunidad de hacerlo—. Estamos listos.

—Pues sí. Lo siento mucho, pero además te voy a decir una cosa. No os conviene nada arreglar el edificio. Sería tirar el dinero, porque...

—Esa norma no se puede recurrir, ¿no?

—Justo.

—Ya, me acabo de enterar. Bueno, gracias por contestar tan deprisa...

—De nada. Y suerte.

Eso es lo que nos haría falta, se dijo Raquel durante todo el día, un poco de suerte...

No pensaba en ella, que había comprado a tan buen precio que iba a ganar en

cualquier caso, sino en Nati, en el pensionista del primero derecha, en Maruja, esa mujer que vivía sin marido y con tres hijos adolescentes dos pisos más arriba. Todos habían estado callados durante la reunión, ella los había visto, había estado pendiente de sus caras, de sus gestos, los había ido estudiando por turnos para encontrarlos cada vez más hundidos, más pálidos, más acobardados en sus sillas, con la mirada baja y los brazos muertos sobre las piernas. Su casa era lo más valioso que tenían, seguramente lo único, la habrían ido pagando poco a poco, y al llegar al final, habrían respirado hondo. Ya no puede pasar nada, habrían pensado, ya es nuestra para siempre, se acabó la incertidumbre, se acabó el agobio, se acabó la angustia, y todo para perderla ahora a manos de un cabrón de especulador adornado con los laureles del interés general, siempre igual, siempre lo mismo. Pues no.

Raquel Fernández Perea lo pensó una vez, y luego dos, tres veces, lo repitió hasta que empezó a sonarle bien, y entonces volvió a agarrarse al teléfono.

—No te pongas nerviosa, Raquel —Paco Molinero, que negociaba mejor que nadie y era el conspirador más aplicado que conocía, empezó por pedir calma—. A ver, cuéntamelo todo pero en orden y despacito, ¿eh?, desde el principio...

—¿Cómo lo ves? —le preguntó ella al final, después de acatar sus condiciones.

—Pues... —y procuró restar solemnidad a su diagnóstico—. Bien no, porque bien no está.

—Ya, pero tengo un plan.

En la cama no se entendían. Delante de una mesa y con un problema en medio, formaban un equipo casi insuperable, porque cada uno de los dos tenía la virtud de suplir con sus capacidades las deficiencias del otro. Raquel era más imaginativa y mucho más audaz, Paco más astuto y mucho más realista. Por eso les gustaba tanto trabajar juntos, y el equilibrio solía traer la solución de la mano. La de aquel día, resistir es vencer, no fue muy brillante, pero al menos tenía el aspecto de una solución.

—¿Qué tal? —aquella tarde, Nati se asomó a la puerta de su piso cuando Raquel todavía estaba en el ascensor—. Fatal, ¿a que sí? ¿A que nos echan a la calle?

—¡Qué dices! —pero de repente le dio tanta pena que la abrazó y la besó más de la cuenta, aun a costa de que aquel exceso restara eficacia a sus mentiras—. Que no, ni hablar. He estado haciendo gestiones y... Bueno, lo he consultado con mi hermano, que es abogado, y con Paco, ya sabes, y ahora mismo me voy a ir a ver al aparejador del ático, que ayer estuvo muy bien en la reunión, ¿verdad?

Hasta que no oyó su nombre repetido en la voz del presidente mientras le pedía calma en vano una y otra vez, Raquel ni siquiera sabía que se llamaba Sergio. Era un chico bajito, delgado, casi insignificante y más joven que ella, pero había tenido la impresión de que era también el único vecino con el que podía contar. Él se lo confirmó enseguida.

—No podemos recurrir —le dijo al encontrársela al otro lado de la puerta, y sólo después la saludó—. Hola.

—Lo sé —contestó ella, saltándose el saludo—. Pero algo habrá que hacer.

—Desde luego —y subrayó estas palabras con un movimiento de la cabeza—. Lo que sea.

Tardaron menos de dos horas y media docena de cervezas en elaborar un plan articulado en tres fases bien definidas, asalto al poder, trabas burocráticas, resistencia numantina.

Los dos se pusieron de acuerdo muy deprisa. Sergio también sospechaba de la indolencia del presidente, aquella incomprensible urgencia por negociar un precio global por todos los pisos. Seguro que lo han untado, dijo, y mientras sacaba un cuaderno del bolso, Raquel no sólo le dio la razón. También lo propuso como primer objetivo. Luego tomó muchas notas, informar a los vecinos, hacer una campaña electoral soterrada, promover una junta, impugnar al presidente, forzar una reelección, presentar nuestra candidatura, Sergio presidente y yo vice, no, al revés, él prefiere que yo sea presidenta y él vice, y después, no entregar ningún papel en plazo, no contestar a ningún requerimiento, no cogerle el teléfono a los de la inmobiliaria, seguir pagando la contribución y los suministros como si nada, fijar un precio actualizado por cada vivienda, subirlo en un diez por ciento, rebajar al final un veinte y ni un céntimo más, que no se nos note, hablar con los medios, salir en la tele, aguantar aunque nos corten la luz y el agua, prever la manera de seguir teniendo luz y agua enganchándonos a la red de los vecinos, no van a tirar la casa con nosotros dentro, no pueden tirar la casa con nosotros dentro, no pueden hacer nada si nosotros estamos dentro. Al final, subrayó esta última frase tres veces y se despidió de su compinche.

—Vamos a darnos veinticuatro horas para pensarlo —propuso él mientras la acompañaba hasta la puerta—. Quedamos mañana a la misma hora, ¿quieres?, por si se nos ha pasado algo...

—Vale —Raquel sonrió, le besó en las mejillas—. Hasta mañana, entonces. Y ya sabes, resistir es vencer.

—¿Qué? —él se la quedó mirando como si nunca hubiera escuchado esa frase.

—No, nada.

Resistir es vencer, volvió a repetir para sí misma. Resistir es vencer, por supuesto que sí, joder, alguna vez tiene que ser verdad...

Durante mucho tiempo, estuvo segura de que ésa iba a ser aquella vez, porque todo salió bien, muy bien, desde el principio. Consiguieron el apoyo de todos los vecinos con la única excepción del presidente anterior y de una señora que tenía su piso alquilado y nunca iba por allí, y a la semana siguiente de su elección, les llamó un señor de Promociones del Noroeste, S.A. para decirles que tenía mucho interés en

conocerles y que para él sería un placer invitarlos a comer.

—Ni hablar —contestó Raquel—. Si quiere venir a vernos, quedamos en mi casa una tarde que le venga a usted bien. Esta semana no, porque no puedo yo, y la que viene tampoco, porque el vicepresidente está de vacaciones...

Le hicieron esperar más de un mes y acudieron a la reunión con dos abogados, Mateo Fernández Perea, al que le divertía mucho la indignación de su hermana mayor, y la novia de Sergio, que acababa de terminar la carrera y estaba muerta de miedo. El enviado de la inmobiliaria era un ejecutivo de estilo Armani y treinta y tantos años, abogado y economista, con gafas de montura Truman y la cabeza casi rapada para disimular una calvicie más que incipiente. Se llamaba Sebastián López Parra y les dio su tarjeta a todos antes de sentarse. Luego los miró despacio, uno por uno, y Raquel se dio cuenta de que era lo bastante listo como para apreciar las peculiaridades del panorama que estaba contemplando. Por eso empezó siendo cortés, casi untuoso, mientras enumeraba las ventajas que una colaboración mutua reportaría a todas las partes, y fue endureciendo el tono de su discurso poco a poco, para intentar convencerles de que carecían de cualquier posibilidad real de oposición. No se atrevió a ofrecerles dinero, pero se las arregló para que el dorado reflejo del soborno fuera embadurnando sus palabras y sus pausas. Al terminar, volvió a mirarles y se detuvo en Raquel, como si hubiera adivinado que aquél era el hueso en el que iba a pinchar.

—Muy bien, pues ahora voy a hablar yo —ella le dedicó su sonrisa más encantadora antes de pronunciar una cifra a la que su interlocutor respondió con otra aún más ancha.

—¡Por favor, señora! Yo creía que estábamos hablando en serio.

—Y estoy hablando en serio, se lo aseguro —Raquel hizo una pausa y se acabaron las sonrisas—. Soy asesora de inversiones y trabajo en la gestora de fondos de Caja Madrid, pero llevo muchos años en la empresa, conozco a mucha gente. He estado hablando con un par de peritos y, como usted sabe bien, sin duda, su valoración se aproxima muchísimo más a la cifra de nuestra demanda que a la de su oferta. Si usted insiste en tomarse nuestro precio a broma, podemos dejarlo aquí y empezar a negociar con otro comprador. Estoy segura de que ustedes no son los únicos interesados. Y el hecho de que sean ya los propietarios de los edificios colindantes es más relevante para ustedes que para nosotros. Una cosa es que tengamos que vender nuestras casas, y otra muy distinta que tengamos que vendérselas a Promociones del Noroeste. Nadie nos obliga, como comprenderá.

En ese momento, Sebastián López Parra volvió a sonreír, se quitó las gafas, limpió los cristales con mucha parsimonia y el extremo de la corbata, se las puso de nuevo y miró a Raquel, que había podido adivinar sin grandes esfuerzos la secuencia de sus pensamientos y calculaba ahora, con la misma exactitud, el grado de sorpresa

de su interlocutor, la clase de pobre gente con la que había esperado encontrarse aquella tarde.

—Pero usted sabe —prosiguió él en un tono sereno, hasta respetuoso— que si no llegan a ningún acuerdo previo con nuestra empresa o con cualquier otra, cuando la norma entre en vigor les expropiarán por las buenas y entonces saldrán perdiendo.

—Sí —pero Raquel estuvo a su altura—, como usted sabe, sin duda, que esto no es Chicago durante la ley seca, así que ya me explicará qué procedimientos legales —y recalcó esa palabra— pueden aplicar para impedir que lleguemos a un acuerdo con otro comprador. Eso sin contar con que, si nosotros salimos perdiendo, hay muchas posibilidades de que ustedes salgan perdiendo lo mismo, o más.

—Muy bien —las gafas de Sebastián López Parra relucían, pero se las volvió a limpiar con el mismo esmero antes de levantarse—. Tenemos que valorar todo esto, como comprenderán...

—Desde luego —Raquel también se levantó.

—Sigo pensando que su precio es excesivo e incluso que no se ajusta a la realidad del mercado, pero les pediría que, mientras elaboramos una nueva oferta, no empiecen a negociar con otros posibles compradores. Todos estamos interesados en llegar a un acuerdo, creo yo.

Se despidió de Mateo, de Sergio y de su novia con sendos apretones de manos y siguió a Raquel hasta la puerta.

—Adiós —se limitó a decir allí, con una sonrisa ambigua, en la que el asombro se entremezclaba con la admiración y quizás, incluso, con un leve indicio de lo que, en otras circunstancias, ella habría podido interpretar como complicidad.

—Hasta pronto —correspondió la presidenta, mientras pensaba que, por lo menos, les habían mandado a un hombre inteligente.

—¡Qué bien has estado, tía! —chilló la novia de Sergio, mientras cruzaba el salón para ir a abrazarla.

—Pero ¿por qué has subido el precio? —le preguntó él, en cambio—. No es lo que habíamos hablado.

—Sí, ya —se disculpó ella—, pero es que, de repente... No sé. He tenido la impresión de que no nos van a tener que cortar la luz ni el agua, ¿sabes? Me apostaría cualquier cosa a que van a pasar por el aro bastante antes. Por eso he subido el precio, porque, si tengo razón, vamos a necesitar un buen margen para regatear, ¿no?

—Ojalá.

Eso mismo era lo que estaba pensando ella, ojalá, y que aquello no iba a ser fácil en ningún caso. No lo fue, y sin embargo, la resistencia siguió señalando con terquedad el camino de la victoria. Hubo otras reuniones, con abogados y sin abogados, con peritos y sin peritos, con órdagos y sin órdagos, y a veces los dos jugaban de farol y a veces uno llevaba juego y el otro no. Así terminó la primavera,

pasó el verano, llegó el otoño y empezó a hacer frío.

Para aquel entonces, Sebastián López Parra, que había empezado a negociar con los propietarios por separado al día siguiente de conocer a la nueva presidenta, sólo había conseguido convencer a los pensionistas del primero, que tenían miedo de todo y una casa en un pueblo de Guadalajara a la que se mudaron para ahorrarse problemas. Los demás habían preferido creer a Raquel cuando les aseguraba que si se mantenían firmes y unidos, a la larga ganarían todos. Era un cálculo muy sencillo y ella estaba segura de que al final saldrían las cuentas. Tenían que salir, porque 2004 estaba a punto de terminar y la nueva normativa entraría en vigor en la primera mitad del año siguiente. Resistir, resistir y resistir. El 10 de enero de 2005, Sebastián López Parra hizo su última oferta. Representaba un cuatro por ciento menos de aquella cifra en la que Sergio y Raquel habían decidido juramentarse para no rebajar ni un céntimo casi un año antes, pero los dos la recibieron como una victoria. Era una victoria. Resistir es vencer, y habían vencido.

—Y esta tarde, ni se te ocurra hacer un bizcocho, Nati —tres días después, un mensajero fue entregando una propuesta de contrato de compraventa a cada uno de los propietarios, y cuando su vecina la llamó al trabajo para anunciarle que había recogido la suya, Raquel se dijo que había que celebrarlo—. Yo compro pasteles, y canapés de Mallorca, de esos que te gustan tanto. ¡Ah! Y una botella de Bailey's.

—¡Ole! —y Nati se las arregló para aplaudir por teléfono.

—Pues eso. Tú díselo a Maruja y yo aviso a Sergio, para que venga también.

La verdad es que no es para tanto, Raquel sonrió al colgar, anda que, cualquiera que nos viera... No era para tanto, pero era no quedarse en la calle, y eso ya era bastante. Con lo que iban a cobrar por cada piso, nunca podrían comprarse otro equivalente en el edificio que iban a construir sobre el suyo. Como mucho, les alcanzaría para dar una buena entrada y quedarse con una hipoteca no muy incómoda. Visto así, la suya era una victoria pírrica, y sin embargo, lo que habían conseguido era mucho más de lo que tenían otros vecinos de Tetuán, todos los que se habían rendido sin luchar.

Lo más curioso es que ninguno de ellos pensaba quedarse en aquel lugar que habían defendido con tanto afán. Nati había decidido que, con el dinero y la libertad de gastárselo en volver si no se aclimataba a la vida en las islas, ya se podía marchar a Tenerife. El saldo de su cuenta corriente representaba para ella una autonomía semejante a la que proclamaba al afirmar que aún podía limpiar su casa, y lavarse ella sola, y hacerse la comida, y ahora hablaba de la mudanza con ilusión, casi con alegría, porque ya no era una capitulación, sino un cambio de aires. Sergio, por su parte, se iba a vivir a Aluche, a casa de su novia, un piso que ya habían puesto en venta con la intención de reunir entre los dos dinero suficiente para comprarse algo en Madrid. Y Raquel estaba bastante segura de que su abuela accedería a venderle el

piso de la plaza de los Guardias de Corps, que llevaba vacío más de un año, desde que Anita decidió que no le apetecía seguir viviendo allí sin su marido.

Entonces se había mudado a Canillejas, a casa de su hija Olga, que tampoco había querido quedarse en París después del accidente de tráfico que la dejó viuda, y todos, Raquel la primera, habían intentado convencerle de que alquilara su piso, pero ella decía siempre lo mismo, más adelante, si acaso más adelante. La verdad era que le daba pena meter allí a cualquiera, y por eso, Raquel confiaba en quedárselo al final, aunque de entrada, su abuela le hubiera dicho que no.

—Pero ¿cómo voy a hacer yo negocio contigo, hija mía, cómo voy a venderte mi casa? —Anita se ponía muy nerviosa cada vez que salía el tema—. Yo te la regalaría si pudiera, pero...

—Pero no puedes —completaba Raquel—, porque sólo tienes una casa, y dos hijos, y otros cuatro nietos, y cinco bisnietos, y no es justo que me favorezcas a mí sobre ellos. Es eso, ¿no?

—Sí —y afirmaba con la cabeza y mucha convicción—, claro que es eso.

—Pues entonces, ¡véndemela, abuela! Yo te la compro, tú te quedas con el dinero, y ya es tuyo y lo repartes como quieras, ¿no lo entiendes?

—Pero ¿cómo voy a hacer yo negocio contigo, hija mía? —repetía Anita, y todo volvía a empezar desde el principio, hasta el día en que Ignacio Fernández Salgado decidió que ya estaba aburrido de escuchar lo mismo todos los fines de semana.

—Pues haciéndolo, mamá, no seas pesada —y soportó, impertérrito, la mirada de escándalo de su madre—. ¿No te das cuenta de que es lo mejor para todos? Si ese piso no lo quiere nadie, sólo ella, y la van a echar de su casa... ¿Qué prefieres, que Ra se tenga que ir a vivir a un sitio que no le guste y a ti te la compre un extraño? ¿Es que eso sería mejor? Si el dinero es todo igual, mamá, no tiene nombre ni apellidos.

Desde el día en que su padre intervino a su favor, Raquel sabía que la aquiescencia de su abuela era sólo cuestión de tiempo, y aquella tarde, cuando llegó a su casa cargada de bandejas, la expectativa de mudarse al piso de los días mejores, el escenario de los sábados que había compartido con su abuelo Ignacio en la que seguía siendo la mejor historia de amor de su vida, elevaba su ánimo mucho más que el éxito de la negociación. Ése era el verdadero final feliz de su relación con las gafas y la corbata de Sebastián López Parra, y una prueba inmejorable de cómo opera el azar sobre el destino de las personas. No esperaba tropezarse con ninguna otra cuando besó a Nati, a Sergio, a su novia y a Maruja, la madre separada del tercero, que se había unido a la fiesta con su hijo pequeño, y dispuso las bandejas sobre la mesa del salón, y bebidas para todos, antes de sacar un documento de un sobre y empezar a leerlo, por fin, en voz alta.

—En Madrid, a 17 de enero de 2005, reunidos doña...

—Pero hoy es día 13 —objetó Nati.

—Pero vamos al notario el lunes que viene —le aclaró Sergio—. Déjala leer y luego preguntas.

—Doña Natividad Melero Domínguez —siguió Raquel—, en adelante la vendedora, y don Julio Carrión González, en adelante... —no puede ser, se dijo a sí misma, no puede ser, sería demasiada casualidad, es imposible.

—¿Y ahora, qué pasa? —preguntó Nati, cuando aquella pausa se convirtió en un silencio.

—Nada, es que... —Raquel volvió en sí muy despacio mientras se repetía que no, que no, que no podía ser, que el mundo estaba lleno de Julios, y de Carriones, que había hasta una bodega con ese nombre, y que era una coincidencia, tenía que ser una coincidencia—. No sé, éste nombre me suena, pero..., bueno, voy a seguir, don Julio Carrión González, en adelante el comprador, acuerdan...

Leyó el contrato hasta el final, y se sumó a las sonrisas y los aplausos de los demás, pero no firmó encima de su nombre, como hicieron Nati, y Sergio, y Maruja, después de comprobar que en todos los ejemplares constaba la misma cantidad, y era la pactada. Luego atendió a sus invitados durante más de dos horas, habló, rió, escuchó, y rellenó las bebidas de todos ellos, pero en ningún momento dejó de darle vueltas a aquel nombre, Julio Carrión González, ni de repetirse que no, porque no podía ser, era imposible.

Estaba casi segura de que nunca había conocido el segundo apellido del hombre que le había sacado dos chupa-chups de las orejas en una lejana tarde de mayo de 1977, porque apenas había vuelto a oír hablar de él desde aquel día. En casa de sus padres nunca se hablaba de la guerra, ni del exilio, ni del regreso. Era como si nada de todo aquello hubiera sucedido, como si la familia Fernández nunca se hubiera movido de Madrid, como si la familia Perea hubiera vivido siempre en Torre del Mar, como si su padre no hubiera nacido en Toulouse, como si su madre no hubiera nacido en Nimes, como si ninguno de los dos conservara la huella palidísima pero aún perceptible de un acento ajeno, que estiraba sus eses y aflautaba sus úes para imprimir a sus palabras una música extraña, que no acababa de sonar igual que la que brotaba de las voces de sus padres, de sus hijos, de los desconocidos que andaban por la calle.

A Ignacio Fernández y a Raquel Perea no les gustaba hablar de eso, no les gustaba que se hablara de eso delante de ellos, y cuando no les quedaba más remedio que mencionar aquella época delante de alguien, usaban términos tan ambiguos que cualquiera habría podido pensar que habían estado en Francia estudiando, o de vacaciones. Julio Carrión era el mejor ejemplo de aquella estrategia en la que Raquel tampoco había reparado mucho hasta que se encontró con su nombre en un contrato de compraventa. Cuando pasó lo de Carrión, decía a veces su padre, o antes, o después de lo de Carrión, y si alguno de sus hijos le preguntaba qué era lo que había

pasado en realidad, él respondía que nada, un socio del abuelo que le había salido rana. Y sin embargo, ella sabía más que sus hermanos de aquel hombre. Sabía que su abuelo le había llamado hijo de puta, sabía que después había llorado, y sabía lo que Ignacio Fernández Muñoz había querido contarle muchos años después, una tarde de primavera en la que habían vuelto a recorrer de la mano Recoletos por el puro placer de pasear, sin ir ni volver de ninguna parte.

—¿Nos tomamos un helado? —ella ya había cumplido diecinueve años, pero seguía pasando con sus abuelos las tardes de casi todos los sábados y guardaba una memoria fiel de los ritos de su infancia—. Yo invito.

—No. Invito yo.

—Vale, pero... —y entonces se le ocurrió que aquella ocasión era tan buena como cualquier otra para volver a la carga y no sacar nada en claro—. Oye, abuelo... ¿Te acuerdas de aquel día que fuimos de visita a aquella casa donde había unos niños, y me regalaron una muñeca? —él asintió con la cabeza y una sonrisa cargada de ironía que ella interpretó como una respuesta—. No me lo vas a contar nunca, ¿verdad?

—¿Qué?

—Lo que pasó aquella tarde.

—¡Qué pesada eres, Raquel! —Ignacio Fernández Muñoz se paró en medio del bulevar para mirar a su nieta sin dejar de sonreír—. Me lo has debido preguntar...

—Cientos de veces, ya lo sé —aceptó ella—. Pero como nunca me contestas.

—Sí que te contesto —le dio a su nieta un helado, probó el otro y reemprendió la marcha muy despacio—. Te contesto siempre. Fui a ver a ese hombre porque tenía que hablar con él. Y eso hice, ni más ni menos, ya lo sabes.

—Sí, pero hablar, hablar... Eso no significa nada, abuelo, también estamos hablando tú y yo, ahora.

—¿Y eso no significa nada?

—¿Ves? —y Raquel sonrió a su pesar—. Ya me estás liando otra vez. Siempre igual, no sé ni para qué te pregunto, porque...

Él se echó a reír y siguieron andando, comiéndose el helado que cada uno sujetaba con la mano que no le daba al otro, y ella pensó que no iba a lograr arrancarle ni una sola palabra más, como de costumbre. Pero aquella vez fue diferente.

—Vamos a hacer un trato —propuso él cuando estaban llegando a Cibeles—. Yo te cuento lo importante y tú no me preguntas nada, ¿de acuerdo?

—¿Y por qué?

—Esa pregunta ya no entra en el trato.

—¡Jo, abuelo, qué pesado eres!

—Pues anda que tú...

Los dos se echaron a reír a la vez, pero ella habló primero.

—Vale —se resignó—. Sin preguntas.

Entonces se abrió el semáforo. Cruzaron la calle Alcalá en silencio, pasaron por delante de la fachada de Correos, y él volvió a pararse delante de una luz roja.

—Vamos por el bulevar, que es más bonito, ¿no? —Raquel asintió con la cabeza —. Aquella tarde fui a ver a un hombre que se llama Julio Carrión. En París, hace muchos años, éramos amigos, o por lo menos, yo creía que era mi amigo. Por eso, cuando nos dijo que iba a volver, le pedimos que vendiera las propiedades de la familia para mandarnos el dinero que sacara, porque mis padres aquí eran ricos, pero allí éramos pobres, no teníamos nada. Él nos prometió que lo haría y se quedó con todo.

—¿Os lo robó? —preguntó Raquel, y su abuelo asintió con la cabeza—. ¿Todo? —y su abuelo volvió a asentir—. ¿Y cómo pudo...?

—Hemos hecho un trato, señorita.

—Sí, pero...

—Sí pero nada ——Ignacio Fernández pasó un brazo por los hombros de su nieta, la atrajo hacia sí, la besó en la cabeza—. Los tratos se cumplen.

Eso era todo lo que Raquel Fernández Perea sabía de Julio Carrión cuando se encontró con ese mismo nombre junto al suyo, en un documento legal.

Habían pasado dieciséis años desde la tarde en la que logró arrancarle a su abuelo aquella confidencia y casi el mismo tiempo desde que no pensaba en ella, porque al llegar a Neptuno, él le había hecho prometer que nunca hablaría de aquello con nadie. ¿Otra vez?, le había preguntado ella, otra vez, había respondido él con una sonrisa. Sin embargo, Raquel se dio cuenta de que el motivo de su silencio ya no era su abuela, sino su padre, y no le costó trabajo aceptar una cláusula que por otra parte le resultaba muy familiar. A Ignacio Fernández Salgado no le gustaba que su hija supiera tantas cosas de las que él prefería no hablar, y como no se atrevía a reprochárselo a su padre en voz alta, era Raquel la que se llevaba una bronca cada vez que se le escapaba un dato, un nombre, una fecha que debería haberse guardado para ella sola. En 1988, cuando se enteró por fin del significado de aquella expresión enigmática, «lo de Carrión», que no habría llegado a escuchar ni una docena de veces, el pasado no estaba de moda. Recordarlo parecía de mal gusto, y su vida estaba repleta, llena de cosas que hacer y en las que pensar.

A los diecinueve años, Raquel Fernández Perea estaba contenta con casi todo, y España también. A los treinta y cinco, en cambio, aquel nombre la desasosegó tanto que, cuando se marcharon sus vecinos, antes de recoger los vasos sucios y de vaciar los ceniceros, se sentó delante del ordenador y cruzó los dedos después de escribir el nombre de la inmobiliaria a la que iba a vender su piso en la barra del navegador.

Promociones del Noroeste, S.A., tenía una buena página web, moderna, vistosa y con animaciones bastante sofisticadas. Estaba diseñada para animar a la gente a

comprarse una casa, con planos *on-line* y diversos simuladores de plantas y modelos, pero en una barra lateral, a la izquierda, aparecía el consabido *quiénes somos,* que remitía a otra web, la del Grupo Carrión, del que formaban parte aquella y otras cinco inmobiliarias. En un epígrafe titulado *recursos humanos,* Raquel encontró un acceso al equipo directivo, presidente, don Julio Carrión González, consejero delegado, don Rafael Carrión Otero, director gerente, don Julio Carrión Otero. Al lado de cada nombre, una frasecita en rojo, *ver más.* Apretó la tecla del ratón y vio más, allí estaban, una foto tras otra, el mago de los chupa-chups y sus dos hijos mayores, casi tan rubios como cuando eran niños pero con mucho menos pelo. Raquel Fernández Perea comprobó que lo imposible dejaba de serlo y no le quedó más remedio que creer en lo increíble cuando empezó a leer «Don Julio Carrión González nació en Torrelodones (Madrid) en 1922. De formación autodidacta, fundó su primera empresa, Construcciones Carrión, a finales de 1947...».

Miró las fotos durante mucho tiempo, leyó las biografías varias veces, echó de menos a aquel niño moreno que, seguramente por ser el más joven, aún no tenía un cargo en la cúpula del emporio familiar, y después se quedó quieta, sentada ante la pantalla sin saber muy bien qué hacer, adónde ir después de aquello. Pensaba en su abuelo, que había muerto de un infarto cerebral en la primavera de 2003, cuando estaba a punto de cumplir ochenta y cinco años de una vida buena y terrible al mismo tiempo, buena porque él la había hecho así, terrible porque así la habían hecho otros para él. La muerte de Ignacio Fernández Muñoz había sido el golpe más duro que su nieta había recibido en su vida, porque le había querido más que nadie, más que a nadie, y le seguía necesitando, siempre le necesitaría. En aquel momento, sola ante el ordenador, le hacía más falta que nunca, porque no sabía qué hacer, adónde ir, cómo resolver aquella broma del azar, cómo clasificar lo que tal vez fuera una oportunidad, una tontería o la humillación póstuma, definitiva.

—¿Qué hago, abuelo?

Lo preguntó en voz alta y nadie le contestó, así que recogió los vasos, vació los ceniceros, lo fregó todo y se fue a la cama, pero no pudo dormir.

También podía no hacer nada, firmar el contrato, vender el piso, mudarse a la plaza de los Guardias de Corps y seguir viviendo como si nunca hubiera leído el nombre de Julio Carrión en un documento. En los vaivenes de aquella noche larga, mientras daba vueltas y más vueltas en la cama, sospechó que eso le habría dicho él, no hagas nada, Raquel, ¿por qué?, ¿para qué?, si ya no se puede hacer nada. Ésa era la traducción aproximada del consejo con el que la había abrigado cuando tenía ocho años, ya hemos vuelto, ¿no?, y lo más lógico es que tú ya vivas aquí siempre, y para vivir aquí, hay cosas que es mejor no saber, incluso no entender. También podía no hacer nada, siempre se puede no hacer, no saber, no querer, pero ella ya no tenía ocho años. Gracias también a su abuelo, se había convertido en una mujer fuerte,

inteligente, capaz de defenderse sola, sin la protección de nadie. No hagas nada, Raquel, no se puede hacer nada, ¿por qué?, ¿para qué? Las sábanas estaban arrugadas y ella agotada, incómoda en su cuerpo, en su memoria y sus apellidos. Pero tengo que saber, abuelo, aunque sea para no hacer, aunque luego no haga nada, tengo que saber, tengo que entenderlo, ¿es que no te das cuenta? En algún momento de aquel diálogo imaginario se quedó dormida y soñó que el despertador empezaba a sonar. Entonces se despertó, y el despertador estaba sonando.

—¿Qué hago, abuelo?

Mientras se preparaba el desayuno, volvió a escucharle, a imaginarle, no hagas nada, Raquel, ¿por qué?, ¿para qué?, ya no se puede hacer nada... Pero a la luz del sol su descubrimiento de la noche anterior le pareció feo, y duro, era tan duro, el mismo nombre, el mismo hombre, una historia parecida, tantos años después, la ley siempre de su parte y que no cambie nada, nunca. Estaba exagerando, lo sabía, pero sabía también que no era culpa suya. Para no exagerar, tendría que haber sabido. Para juzgar con serenidad y no hacer nada, antes tenía que saber.

—¿Qué vas a hacer esta noche, abuela? —ya eran las once de la mañana y lo había pensado mucho, pero no había encontrado ningún argumento que la impulsara a cambiar de opinión.

—¡Ay, Raquel, qué alegría que me llames! Porque te iba a llamar yo, ¿sabes? —Anita Salgado se echó a reír, y su nieta sintió que aquella risa la calentaba por dentro —. Ya te imaginarás para qué...

—¿Sí? ¡Qué bien! —pero en aquel momento, el piso de la plaza de los Guardias de Corps le interesaba muy poco—. Pues yo tengo que hablar contigo, abuela. ¿Te viene bien que quedemos esta tarde, a última hora? Podemos...

—No. Esta tarde voy a ir al teatro con Olga y con tu madre.

—Bueno, pues entonces podemos comer juntas mañana. Te invito a un restaurante chino, ¿te apetece?

Le apetecía, siempre le apetecía. La debilidad de sus dos abuelas por la comida china había sido uno de los grandes hallazgos de Raquel, y su éxito le divertía tanto que nunca se cansaba de fomentarlo. Anita había sido la primera y seguía siendo la más incondicional. Es que es todo tan mono, decía, ¿a que sí? Las bandejitas, y los cuencos, estas cucharas de porcelana a juego, y los colores, el rosa anaranjado de la salsa, que hasta dan ganas de hacerse un vestido con él, ¿verdad? Y comer como los pajaritos, un poco de esto, un poco de lo otro, sin abusar de nada y tan a gusto... Su nieta sonreía y le daba la razón aunque no la tuviera, porque Anita se ponía tan morada que, al terminar, se la quedaba mirando y le decía, lo de hoy, a tu hermano no se lo contamos, ¿vale?

Ignacio, el médico de la familia, estaba muy preocupado por el sobrepeso de su abuela, que era hipertensa y se saltaba a la torera todos los regímenes que él iba

fijando, con cuatro imanes y una paciencia infinita, en la puerta de su nevera. Raquel no dudaba de que tuviera razón, pero le daba más miedo que Anita, al borde ya de los ochenta años, volviera a tirar la toalla, como hizo cuando se quedó viuda y dejó de teñirse el pelo, y de pintarse las uñas, y de salir a la calle, hasta que le dio por pasarse el día entero en la cama y les asustó tanto que empezaron a repartirse su tiempo entre todos. Desde entonces, su hija, su nuera, o las dos juntas, la llevaban al teatro todas las semanas, su hijo a los toros cuando había corridas, y sus nietos iban a verla los sábados o los domingos, Mateo con sus hijos e Ignacio con la suya y el tensiómetro escondido para pillarla a traición. Pero Raquel, que no tenía niños ni trabajaba por las tardes, era quien más se ocupaba de ella. Todas las semanas quedaban un par de veces para ir al cine, a la peluquería, y de vez en cuando, sin que se enterara nadie, a comer en un buen restaurante chino.

Aquel sábado reservó mesa en uno de los mejores antes de ir a recogerla con el coche. Ella la estaba esperando en el portal, y al verla, le dedicó una sonrisa tan radiante que Raquel se arrepintió antes de tiempo de ir a echarla a perder.

—A ver que te bese, eso lo primero.

Y le estampó a su nieta en las mejillas dos largas series de besos sonoros, breves y rápidos, tan repetidos como ráfagas de ametralladora e imposibles de devolver, antes de aceptar el brazo que le ofrecía para acompañarla hasta el coche, que estaba a dos pasos. El sobrepeso, que tanto preocupaba al tercer Ignacio Fernández consecutivo de la familia, no había restado agilidad a su cuerpo hasta hacía algunos meses, cuando sus piernas acusaron de golpe todos los años que aún no lograba reflejar su rostro, redondo y vivo gracias a los enormes ojos oscuros, siempre brillantes, que aún sabían reflejar a la sonrosada manzanita de antaño.

—¡Ay, hija mía, qué contenta estoy! —y después de proclamarlo, inició una compleja maniobra que le permitió acomodarse sola en el asiento del copiloto, mientras Raquel mantenía la puerta abierta sin hacer el menor ademán de prestarle una ayuda que la habría ofendido.

—¿Ya? —le preguntó entonces.

—¡Pues claro! —su abuela la miró como si no entendiera qué estaba haciendo ahí fuera, de pie, mirándola—. ¿A qué esperas? —y sólo cuando la tuvo sentada a su lado, el motor en marcha, se animó a explicarle los motivos de su alegría—. He estado hablando con todos de lo de la casa, ¿sabes? Primero con Jacques, que estaba en Babia, como siempre, y ni siquiera sabía de lo que le estaba hablando. ¡Pero si yo ahora vivo en Milán, abuela!, me dijo, ¿para qué quiero yo una casa en Madrid? Total, que por ese lado... Y Annette se puso contentísima, fíjate, porque como a ella le gusta mucho venir, no como al descastado de su hermano, y estar siempre en medio del follón, pues me dijo, ¡qué bien, abuela! Así cuando vaya, en vez de quedarme en vuestra casa, que está en el quinto pino, pues me quedo en la de Ra, que está en un

sitio buenísimo, y le sobra sitio y no creo que le importe. Y yo le dije que seguro que no, porque como os lleváis tan bien... ¿No habré metido la pata, verdad?

—Claro que no, abuela. Yo quiero mucho a Annette, ya lo sabes, somos muy amigas, y me va a sobrar sitio, desde luego.

—Pues eso. Total, que luego hablé con tus hermanos, que eran los que más me preocupaban, porque como Mateo siempre dice que tú has sido la niña bonita y la nieta preferida, y que por eso te regalé la pulsera de la abuela María, y que a él no nos lo llevábamos a dormir los sábados cuando era pequeño...

—Pero lo dice en broma, abuela —Raquel aparcó, salió del coche, abrió la puerta y esperó a que Anita bajara tan sola como había subido—. Ya sabes lo miedoso que era. Nunca se atrevía a dormir fuera de casa.

—Bueno, bueno, pero por si acaso hablé con él, me puse muy seria, le dije, Mateo, por favor, si te molesta que le venda la casa a tu hermana, si la quieres para ti, lo que sea, dímelo... Y me mandó a paseo. Lo de Ignacio fue mucho mejor, no te lo pierdas. Mira, abuela, tú lo que tienes que hacer es venderle el piso a Ra de una vez y luego darme a mí el dinero sin que se entere nadie, eso sí, y nos vamos tú y yo juntos a Las Vegas y nos lo fundimos todo en cuatro días... Eso me dijo, ¿qué te parece? ¡Es tan gracioso! Mira que se pone pesado con lo de que estoy gorda, pero por lo demás, me parto de risa con él, la verdad. Y sin embargo no le gusta vivir en el centro, a nadie le gusta, sólo a ti. Tú eres igual que tu abuelo, y por eso... Por eso, creo que es bueno que te quedes tú con la casa, porque... A él le encantaba, y él te quería tanto, tanto... Te adoraba, ya lo sabes, para él tú siempre fuiste su niña, la única que... Bueno, qué te voy a contar.

Raquel creyó que había sido capaz de pasar por encima de todos aquellos puntos suspensivos, pero cuando miró a su abuela, la vio borrosa.

—No vamos a llorar, ¿verdad? —dijo entonces, mientras movía los párpados muy deprisa.

—No —Anita no llegó a tiempo para eso, pero se secó dos lágrimas con los dedos y sonrió—. Claro que no. Oye, por cierto, y qué bien que hayamos venido aquí, ¿no? ¿No es aquí donde hacen ese arroz que está como pegado y que me gusta a mí tanto? ¿Y el pato ese que se come en unas tortitas?

—Sí, ése también lo hacen.

—Uy... —y sonrió todo lo que sus labios daban de sí—. ¡Cómo nos vamos a poner!

Luego, mientras el camarero las acompañaba a su mesa, apretó el brazo de su nieta con los dedos de pura excitación, y antes de mirar la carta, anunció que no sabía si empezar con una sopa o con un rollito, sólo para que ella le dijera que, si quería, podía tomar las dos cosas. Raquel le consultó el menú antes de pedir la comida y escogió un vino bueno, tinto, que su abuela no quiso probar sin brindar primero.

—Por tu casa —dijo.

—Por la tuya —y las dos se echaron a reír.

—Bueno, ¿y de qué querías hablar conmigo? —preguntó Anita después.

—Verás, es que... —te voy a estropear la comida, abuela, pensó Raquel, y no quiero—. Mira, mejor hablamos luego de eso, ¿vale? Ahora cuéntame qué obra fuiste a ver ayer, quién la hacía, si el protagonista era guapo, si te gustó el argumento...

Así salvaron las entradas, las gambas, los fideos, el arroz y el pato con sus tortitas, pero antes de pedir el postre, Anita Salgado se quedó mirando a su nieta como cuando era niña y estaban las dos solas en la cocina de su casa de París.

—Muchas gracias, estaba todo muy bueno. Y ahora, ¿me vas a decir por qué estás tan nerviosa?

—No estoy nerviosa, abuela.

—Claro que lo estás —y entonces sonrió—. Yo soy vieja, no ando bien, me estoy quedando sorda y de vez en cuando me falla la memoria, ya lo sabes, pero no soy tonta, nunca lo he sido.

—No, eso no.

—¿Y entonces?

Raquel hizo una pausa, la miró, rellenó su copa de vino y la vació de un trago.

—La inmobiliaria que quiere comprarme la casa se llama Promociones del Noroeste, Sociedad Anónima. ¿Te suena? —ella negó con un gesto y su nieta tomó aire antes de seguir—. Su dueño se llama Julio Carrión González.

—No puede ser —Anita Salgado volvió a decir que no con la cabeza varias veces, como si así pudiera eliminar aquel nombre de todas las conversaciones presentes y futuras——. Será otro, seguro, es una coincidencia, hay hasta unas bodegas...

—Ya, ya lo sé —la interrumpió su nieta—. Yo también pensé en las bodegas. Pero luego entré en Internet y...

—¡Ja, Internet! —y enfatizó su escepticismo con grandes aspavientos—. Como para fiarse, ya te digo, vete tú a saber las tonterías que saldrán por ahí...

—Abuela —Raquel se puso seria y consiguió que Anita se callara, que la mirara, y comprobar que de pronto se había convertido en la más nerviosa de las dos—. Es él. Lo vi en la página de su propia inmobiliaria, Julio Carrión González, nacido en Torrelodones, en 1922, que fundó su primera constructora en 1947. Es él, ¿lo entiendes?, el mismo.

—1922... —Anita dejó de mirarla y su voz descendió hasta rozar los límites de un susurro mientras se dedicaba a perseguir una miga imaginaria sobre el mantel con la punta de los dedos—. Sí, porque estaba entre Ignacio y yo. Yo soy del 24, así que...

—Es él, abuela —Raquel la cogió de la mano y se la apretó hasta que logró que volviera a mirarla—. En la página también había una foto y le reconocí. Se conserva muy bien.

—Pero tú... —y el estupor agrandó un poco más sus ojos negros y enormes—. ¿Cómo vas a haberle reconocido tú, criatura, si no le has visto nunca? Bueno, a lo mejor en alguna foto de París, eso sí puede ser, pero entonces era casi un niño, no puedes estar segura...

—Sí, abuela. Estoy segura porque yo le vi, le conocí. Muchos años después, en 1977. El abuelo me llevó a su casa un sábado por la tarde. Me dijo que íbamos de visita a casa de un amigo, y el amigo era él.

—¿El abuelo...? —Anita Salgado, a dos meses de cumplir ochenta años, se abismó en su propio asombro, y miró a su nieta como una niña pequeña miraría un colador, sin comprender por qué no puede retener el agua que acaba de echarle encima—. ¿Mi marido? ¿Ignacio fue a ver a Carrión...? ¿En 1977? ¿El año que volvimos...?

Raquel asintió con un gesto, y eso bastó para que su abuela se viniera abajo. El silencio se hizo largo, y tan espeso como si el ruido de los cubiertos, los gritos de los niños, las palabras y las risas de las personas que las rodeaban, no tuvieran otro objeto que subrayar la desolación de una anciana que se había tapado la cara con las manos y apretaba fuerte, como si pretendiera hundir su rostro en sí misma o desaparecer del todo. Pero a su alrededor, el mundo seguía existiendo, y en él, su nieta la miraba sin saber qué hacer, qué decir, cómo consolarla.

Me lo prometió —antes de hablar se destapó la cara para permitir que Raquel viera sus ojos encendidos, las mejillas más tersas de repente—. Me lo prometió muchas veces, yo le obligué, le dije que no volvería si no me lo prometía y me lo prometió. Me juró que no iría a verle, que no le buscaría, que no... Por tus hijos, le dije, por mis hijos te lo juro, y luego, ya ves... Y encima, te llevó a ti, tuvo que llevarte, porque... ¡Qué hombre más cabezón! El más terco, el más imprudente, el más chulo y el que más narices tenía que tener, siempre, siempre igual...

La rabia desembocó en la pena muy deprisa y Anita empezó a llorar, pero esta vez ya no quiso taparse la cara, y a Raquel le dolió tanto verla así, tan pequeña, tan sola, tan mayor y tan triste, que fue su propio dolor el que la levantó, el que la sentó en la silla contigua a la de su abuela y la impulsó a abrazarla, a mantenerla pegada contra sí hasta que colocó en sus labios algo que decir.

—Perdóname, abuela, por favor... Perdóname. Lo siento, lo siento mucho, de verdad.

—¿Y por qué vas a pedirme tú perdón? —aquellas palabras por fin la hicieron reaccionar—. Si tú no tienes la culpa de nada, hija mía... —entonces volvió a sentarse derecha en su silla, se secó la cara con el pico de la servilleta, miró a Raquel, la cogió de la mano y tomó aire, como si quisiera darse fuerzas a sí misma—. ¿Y qué pasó? No iría armado, ¿verdad?

—¿Armado? —y Raquel, estremecida todavía por el llanto de su abuela, la

estrepitosa consecuencia de su revelación, no supo si asustarse más de esa palabra o de la naturalidad con la que la había sugerido—. Pues no, por supuesto que no, pero ¿qué dices? ¿Cómo iba a ir armado, abuela?

—No, claro, en el 77 ya... —y volvió a parecerle increíble el tono pacífico, casi dulce, de aquella reflexión—. ¿Y entonces? ¿Para qué fue allí?

—Pues... —y Raquel tuvo que pararse a pensar en una pregunta que incomprensiblemente nunca se había hecho antes a sí misma—. No lo sé. La verdad es que no lo sé, abuela. Llevaba una carpeta de piel castaña, muy vieja, con papeles, me dijo, y... No sé nada más. La mujer de Carrión me llevó a la cocina a merendar con sus hijos y estuve jugando con ellos todo el rato. A él sólo lo vi una vez, cuando volvió de la calle, porque vino primero a ver a los niños, y me pareció un hombre muy simpático. Me hizo un truco de magia, me sacó...

—Caramelos de detrás de las orejas.

—Sí, más o menos —confirmó Raquel, mientras Anita asentía con un gesto sabio y amargo a la vez—. Eran chupa-chups. Luego su mujer vino a buscarle, se fue, y debió de estar hablando con el abuelo un buen rato, pero no le volví a ver. Cuando nos fuimos, él... —Raquel la miró, y pensó que ya había llorado bastante—. Él me pidió que no te contara nada, abuela. Me obligó a prometérselo, y después, cuando le pregunté qué había pasado, me dijo que era una historia muy larga y muy antigua, que no la iba a entender y que no me convenía saberla porque yo ya iba a vivir siempre aquí, y para vivir aquí, había cosas que era mejor no saber.

—Menos mal —y la viuda de Ignacio Fernández Muñoz sonrió por fin.

—Ya —Raquel no esperaba otra cosa, y sin embargo no estaba dispuesta a rendirse—. Pero yo tengo que saberlo, abuela. Necesito que me cuentes esa historia, aunque sea larga y antigua. Ahora me conviene saberla, y ya no tengo ocho años.

—¿Y por qué? —ella le dedicó una mirada de asombro limpia y sin dobleces—. ¿De qué te va a servir saber eso?

Pero su nieta ya tenía preparadas sus propias preguntas.

—¿Y de qué me sirve saber cómo me llamo, abuela? ¿De qué me sirve saber cómo te llamas tú, y cómo se llamaban tus padres, y por qué no comes nunca albaricoques? ¿De qué me sirve no haberte escuchado decir nunca en mi vida, ni una sola vez, el nombre de tu pueblo? ¿De qué me sirve eso, abuela? De nada, ¿no? No me sirve de nada, para nada, excepto para saber quién soy yo, y por qué me llamo como me llamo. ¿Te parece poco?

Anita Salgado Pérez la miró, guardó silencio, y no encontró palabras para responder a esas preguntas, pero llevó una mano temblorosa hasta su cara, la acarició, la atrajo después hacia sí, y colocó la cabeza de su nieta sobre su pecho, como cuando era niña, para besarla muchas veces.

—Vámonos de aquí —dijo después—. Éste no es un buen sitio para hablar.

Raquel pidió la cuenta, pagó y no esperó a que le trajeran la vuelta.

—¿Adónde quieres que vayamos?

—Llévame a casa —y justificó su elección antes de que su nieta tuviera tiempo para protestar—. Olga no está. Ha quedado con tu madre para ir a las rebajas.

Caminaron en silencio hasta el coche y ninguna de las dos habló hasta que completaron la mitad del trayecto en el Madrid desierto de la sobremesa de los sábados.

—Te lo voy a contar —dijo Anita entonces—. No sé si hago bien, seguramente no, pero te lo voy a contar sólo si me prometes dos cosas.

—No decirle nada a nadie —propuso Raquel con una sonrisa.

—Sí, ésa es la primera. ¿Y de qué te ríes, si puede saberse?

—¡Pues de qué me voy a reír, abuela, de que siempre es igual! Cada vez que aparece Julio Carrión en mi vida, alguien me pide que no se lo cuente a nadie, primero el abuelo, y ahora tú...

—Bueno, pero ¿me lo prometes?

—Sí, te lo prometo. ¿Y la segunda?

—La segunda es que no hagas nada raro con lo que voy a contarte, Raquel. ¿Que Carrión quiere comprarte el piso? Pues muy bien, el mundo es un pañuelo, una casualidad como otra cualquiera, ¿qué le vamos a hacer? Tú se lo vendes, te mudas al mío, y aquí paz y después gloria, ¿estamos? —Raquel se limitó a asentir con la cabeza, pero su abuela se dio por satisfecha—. La verdad es que es increíble, a quien se lo cuentes... Y te voy a decir una cosa. Menos mal que tu abuelo está muerto. Nunca creí que pudiera decir algo así, pero llevo un buen rato pensándolo, porque si viviera, y con lo que te quería, no quiero ni figurarme...

Raquel Fernández Perea tampoco hubiera podido creer que algún día iba a escuchar esas palabras de aquellos labios, y la impresionaron tanto que empezó a dudar de sus propias razones. Pero no podía echarse atrás, y al llegar a Canillejas, miró a su abuela y sospechó en la firmeza de su gesto que ella ya no se lo habría consentido. Entonces pensó que el silencio pesa tal vez en quien calla más que la incertidumbre en quien no sabe, y si era así, las dos mujeres que más habían querido a Ignacio Fernández Muñoz tenían algo que ganar en aquella conversación.

—¿Quieres que haga café? —le preguntó al entrar en su casa.

—No, ¿para qué?, ya hemos tomado. Trae el frasco del aguardiente de guindas, mejor, ¿sabes dónde está?

Escogió una butaca que estaba al lado del balcón, y sólo volvió a hablar cuando su nieta sirvió las copas, sentada en la misma banqueta que le gustaba cuando era niña y se quedaban las dos solas para ver una película en la televisión mientras Ignacio se iba a dormir la siesta.

—Lo que pasó, lo sabes, ¿no? Carrión nos lo robó todo. Bueno, a mí no, porque

yo no tenía nada. Se lo robó a mis suegros, que eran muy ricos.

—Sí, eso lo sé —admitió Raquel—. Pero no sé nada más. Ni cómo lo hizo, ni quién era, ni de qué le conocíais...

Anita Salgado levantó una mano en el aire, como si quisiera pedirle a su nieta tiempo, o que no fuera tan deprisa.

—El caso es que tu abuelo lo pasó muy mal, ¿sabes? Se sentía culpable de todo lo que había pasado, siempre pensó que la culpa era suya, y mira que se lo dijimos, ¿eh? Todos se lo dijimos, sus padres, sus hermanas, y yo, yo se lo dije un millón de veces, que no era culpa suya, no era culpa de nadie, sólo del canalla aquel, que nos había estafado, que nos había robado porque era un ladrón, ni más ni menos, ésa era la verdad, pero él... A él, el dinero le daba lo mismo, bueno, a lo mejor lo mismo no, pero no era lo que más le importaba. Lo que no podía soportar era que Julio nos hubiera engañado, que nos hubiera mentido para robarnos, eso era lo que más le dolía, no el dinero. Si hubiera sido... Qué sé yo, un desconocido, un abogado que hubiéramos contratado desde París o un amigo de algún amigo, pues le habría parecido una faena, una putada, como decía él, sí, pero que Julio fuera capaz de hacernos algo así a nosotros, que le habíamos tratado siempre tan bien, que éramos como su familia, porque estaba siempre metido en casa...

—¡Claro! —y de repente, Raquel se dio cuenta de quién era el hombre del que estaban hablando—. Por eso has dicho antes lo de las fotos de París, ¿no? Carrión es ese chico que lleva una camisa blanca, arremangada, en unas fotos en las que estáis todos juntos, detrás de una mesa con una tarta, un cumpleaños de papá, ¿no?, o de Olga.

—Bueno, el cumpleaños era de Aída, la hija de María, pero sí, ése es Carrión.

—Claro. Como nunca nos habéis contado nada...

—Pues no, ¿para qué? Y de él, menos, porque... Eso es lo que te estaba diciendo, que tu abuelo con eso no pudo nunca, nunca... Y llegó un momento en el que dejamos de hablar de él, y luego hicimos como que se nos había olvidado, y al final, afortunadamente se nos olvidó de verdad, pero da igual. Yo estoy segura de que Ignacio se murió con esa pena, con esa angustia... Todavía me acuerdo de los primeros días, las primeras noches. Delante de su familia disimulaba porque tenía que ser fuerte. Sus padres, que eran los que más habían perdido, porque eran los dueños de todo, se lo tomaron con mucha calma. Hace un año no teníamos nada, ¿no?, y ahora tampoco lo tenemos, ¿qué más da quién nos lo haya quitado? Podría haber sido Franco, en el 39, y estaríamos igual, decían.

—Ya —objetó Raquel, muy seria—, pero no es lo mismo.

—Pues no, pero ¿qué quieres? —su abuela respondió con una sonrisa triste—. A ellos les habían matado a un hijo, y luego a un yerno, tenían un nieto en Madrid al que ni siquiera conocían, ¿qué más les daba el dinero? Ignacio lo entendía, les daba la

razón, pero por las noches, en la cama... Otra traición, decía, otro traidor, y yo no puedo más, Anita, no puedo. ¿Para qué vivo yo? Vivo para que me traicionen una vez, y otra, y otra, y ya no puedo, no quiero, para eso prefiero morirme... Eso me decía, el pobre, y yo le decía, no te mueras, Ignacio, no te mueras, ya ves, qué tontería, y luego me quedaba callada porque no sabía por dónde seguir, cómo animarle, y él volvía a hablar con aquella pena, aquella amargura negra, negra, ¿por qué tiene que pasarnos siempre lo mismo?, ¿por qué todo tiene que ser siempre igual? Somos los parias de la Tierra, Anita, los parias de la Tierra, maldita sea... Siempre decía eso, y tenía razón, porque todos nos dejaron solos, todos nos abandonaron y nada nos salió bien, nunca nos salió nada bien, y cada vez estábamos más solos, cada vez éramos menos, y Franco más poderoso, y todo más difícil, y entonces, Julio, que era uno más, uno de los nuestros, de los buenos, nos traicionó también, y eso fue lo que más le dolió a tu abuelo.

Anita se quedó callada para contemplar su tristeza en los ojos de su nieta, y Raquel le devolvió la mirada en silencio. Intuía que le haría falta mucho tiempo para procesar lo que acababa de oír, pero aquello era apenas el principio, y preguntó en voz baja, casi con miedo.

—¿Julio Carrión era del partido, abuela? —pero ella la miró como si de repente no entendiera nada—. ¿Era socialista, anarquista, militaba en alguna...?

—¡Y yo qué sé! —Anita interrumpió a su nieta, la miró con un gesto de desamparo casi infantil y por fin sacudió la cabeza en un movimiento brusco, casi violento—. Sí, claro que sí. Vamos, él decía que sí y yo creía que sí, todos lo creíamos. Tenía un carné de la JSU, desde luego, eso lo vi yo con mis propios ojos, y era un carné antiguo, además, hecho en Madrid, cuando la guerra. Lo que no sé... Lo que no sé es qué era Julio Carrión en realidad, o no, sí que lo sé. Era un oportunista, un sinvergüenza, un cínico. Y una mala persona.

—Pero... —su nieta no encontró una buena manera de expresar su perplejidad—. No lo entiendo. ¿Cómo es posible...? ¿Es que nunca os disteis cuenta de nada?

—Pues no —Anita sonrió—. ¿Qué quieres que te diga? Nunca encontramos nada raro en él, y tampoco lo buscamos, eso desde luego. Es que no era lógico pensar... La madre de Julio era socialista, ¿sabes?, una de esas maestras republicanas a las que admiraba todo el mundo. Tu abuelo la había conocido, y decía siempre que era una mujer encantadora, muy roja, muy valiente. Ella era de Torrelodones y mis suegros tenían una casa allí, iban todos los veranos, se conocían bastante, así que, cuando Ignacio encontró a su hijo, solo, perdido, exiliado y rodeado de exiliados, en un café de París, pues lo trajo a casa. Era el hijo de su madre, ¿no?, que había sido amiga de Mateo, que había sido amiga de Carlos, que había muerto en la cárcel mando estaba condenada a treinta años. En aquella época, las cosas eran así, eso nos bastaba. ¿Cómo íbamos a sospechar de él?

Unos meses después, sólo unos meses después, Raquel Fernández Perea aprendería que aquella mujer se había llamado Teresa González Puerto, y escucharía su voz en la voz de su nieto, un hombre moreno cuyos rasgos encajaban casi como un duplicado en el rostro del traidor que guardaba en su memoria. Cuando eso ocurriera, Raquel descubriría que la capacidad para traicionar de Julio Carrión era infinita, pero el amor que obraba el milagro de devolver a la vida a una mujer muerta tanto tiempo atrás, la afectaría mucho más. Teresa González Puerto volvería a vivir en el cuerpo que Raquel amaba, en la pasión de los labios que la nombraban, en el relieve de las manos que la acariciaban, y aquella vida nueva sería buena, justa, sería hermosa y emocionante, y tan terrible como el negro presagio de una tormenta devastadora. Cuando eso ocurriera, Raquel comprendería por qué se había enamorado del nieto de aquella mujer, por qué no había amado nunca a otro hombre como lo amaba a él, aquella imprescindible determinación de disolverse en su cuerpo que le resultaba tan necesaria como el impulso de respirar, de beber cuando tenía sed, de dormir cuando tenía sueño. Cuando eso ocurriera, se daría cuenta también de que su sueño estaba sentenciado, de que nunca habría mañanas de sábado con sol para que ella llegara de la calle con la compra y un gran ramo de flores frescas que repartir entre varios jarrones de cristal transparente. Pero aquella tarde de enero de 2005, mientras su abuela intentaba enseñarle que nunca hay que fiarse de las historias españolas, porque siempre lo acaban echando todo a perder, Raquel Fernández Perea no sabía nada de esto todavía.

Anita Salgado le había prometido a su nieta que iba a contarle lo que pasó y cumplió su promesa. Estuvo hablando casi tres horas, a ratos en orden, a ratos en desorden. Reconoció que había olvidado algunas fechas, algunos nombres, y pasó muy deprisa por algunos detalles para detenerse en otros que le gustaban más, pero su memoria sostuvo sin grandes dificultades una versión precisa, coherente y completa de un episodio que nunca había podido olvidar. Así, Raquel pudo ver a Julio Carrión tal y como era a los veinticinco años, el hombre más simpático del mundo y un seductor nato, brillante, ingenioso, tan atractivo como para romper el freno de Paloma Fernández Muñoz, una parte de la historia que ella ignoraba por completo. Su abuela reconoció que Julio le caía bien a todo el mundo, pero, aunque se ganaba a los hombres con la misma facilidad y los niños le adoraban, gustaba sobre todo a las mujeres. Por eso creía que su cuñada jamás habría hecho con otro lo que hizo con el, y aún más, que la posibilidad de vengar a su marido a través de Carrión no había sido un motivo, sino el pretexto de un deseo que tal vez ni siquiera creía tener, y que desde luego nunca se habría atrevido a expresar en voz alta. Pero Anita estaba segura de que aquel deseo había existido, y al llegar al final, permitió que Raquel descubriera que no había compadecido a nadie tanto como a Paloma.

—Ella fue la que más sufrió, lo pasó mucho peor que tu abuelo, en aquella época

y también unos años más tarde, cuando nos enteramos de que Julio se había casado con la hija de su prima Mariana, la que había entregado a su marido, ¿comprendes? A nosotros eso ya nos dio igual, pero para ella fue el colmo, algo mucho peor que una traición, como el doble, o el triple, yo qué sé... Total, que después de todo, resultó que el dinero fue lo de menos pero de verdad, porque Paloma se sentía tan humillada, tan avergonzada de sí misma, tan arrepentida de lo que había hecho, que dejó de hablar, y de comer, y se pasaba los días callada, sin mirar a nadie, sin decir nada. Yo intenté hablar con ella muchas veces porque la quería mucho, siempre la quise mucho.

—Trabajabais juntas, ¿verdad? —Raquel había visto otra foto, las dos detrás de un mostrador, con delantales blancos, Anita embarazada y muy sonriente, Paloma no.

—Sí, al principio, en Toulouse... Ella fue la única que me ayudó cuando lo de mi madre y la que más me animó cuando Ignacio tuvo que marcharse de casa para que no le denunciaran, así que iba a verla con cualquier excusa, y cuando estábamos a solas, le decía, pero vamos a ver, Paloma, si tú estás viuda, si eras libre, ¿que pasaste una noche con él?, pues ya está, ¿qué significa eso?, nada, no significa nada, anda que no hay noches en la vida, y tú no podías saber por dónde iba a salir ese cabrón, no lo sabía nadie, ninguno de nosotros... Déjame, Anita, me decía siempre, no tengo ganas de hablar de eso. Pero yo insistía, por ella, por su bien, es que tú no estuviste con el Julio Carrión que está ahora en Madrid, Paloma, le decía yo, tú estuviste con otro hombre al que todos queríamos, en quien todos confiábamos... ¡Ya está bien!, me decía entonces. Y se levantaba, y se iba a su cuarto, y echaba el pestillo, y nadie volvía a verla hasta el día siguiente. ¿Tú sabes que se intentó suicidar?

—No —Raquel negó con la cabeza y un gesto triste—. Yo no sé nada, ¿qué voy a saber? Si nunca me habéis contado nada, abuela.

—Pues se cortó las venas con una cuchilla de afeitar, cuando se enteró de que Julio... En fin, ¡pobre Paloma! —y Anita parecía dolerse todavía de cada palabra que pronunciaba—. Tu abuelo me tenía a mí, tenía a los niños, pero ella... Ella estaba sola, siempre sola. Y eso que era tan guapa, pero tanto tanto, una mujer tan imponente, que siempre tenía a medio París detrás, muchos españoles, desde luego, pero también franceses, muchos... Al tío Francisco le conocimos por eso, ¿sabes? Estábamos todavía en Toulouse y él esperaba todas las tardes en la puerta de la panadería hasta que la veía salir, y luego la seguía hasta nuestra casa sin decir nada, y se quedaba en el portal mucho rato, por si se animaba a asomarse o volvía a salir. Le tomábamos mucho el pelo, María la que más, porque era muy gamberra, y fíjate, lo que es la vida, así empezaron a salir juntos. Un buen día, el pobre Francisco se dio cuenta de que se lo pasaba mucho mejor con las bromas de la pequeña que con los desplantes de la mayor y cambió de objetivo. Dejó de seguir a Paloma, empezó a seguir a María, ella le dijo que sí y hasta hoy. Pero su hermana no, nunca, ella no le hacía caso a ninguno, ni siquiera los miraba, y por eso, yo creo... Debió de sentirse

tan mal cuando se dio cuenta de que, con tantos hombres al retortero, había ido a elegir al peor...

—¡Vaya! —Raquel, tan pendiente de los labios de su abuela que no había oído el ruido de la puerta, reconoció al instante aquella voz—. ¿Y esta tertulia?

Su madre, con varias bolsas y una sonrisa elocuente del éxito de su expedición, entró en el salón delante de su cuñada Olga.

—Ya ves —su hija se levantó para saludar a las recién llegadas—. La abuela me vende el piso. Hemos comido en un chino y luego nos hemos venido a celebrarlo.

—¡Qué bien, mamá! —Olga besó primero a su sobrina y después a su madre—. Ya era hora de que te decidieras.

—Desde luego —su cuñada estaba de acuerdo—. A ver si ya podemos volver a hablar de otra cosa en las comidas...

Entonces preguntó si había café hecho, su hija le dijo que no, Olga se ofreció a poner la cafetera, sonó el teléfono y aquella tarde se convirtió en otra cualquiera mientras Raquel Perea les enseñaba lo que había comprado en las rebajas para sí misma, para su marido, para sus nietos.

—Y he estado a punto, pero a punto de comprarte una falda, hija mía, de esas vaqueras largas y deshilachadas, con tules y lentejuelas, que se llevan tanto. A mí me parecía muy mona, pero como contigo nunca estoy segura, he pensado que no, que me ibas a decir que era una horterada, y... —entonces, mientras volvía a llenar las bolsas, miró el reloj—. ¡Uy, las ocho menos veinte! Me tengo que ir. ¿Has traído el coche? —su hija asintió con la cabeza—. Podrías acercarme, y de paso subes y le das un beso a tu padre.

—No, sí que te acerco, pero no subo. Mejor veo a papá mañana, pensaba ir a comer con vosotros, y además... ¿Me puedes dar unas llaves de Guardias de Corps, abuela? —Anita levantó las cejas—. Ahora que sé que por fin va a ser mi casa, me haría ilusión ir a verla, empezar a pensar en cómo la voy a poner, y... Por cierto, ¿qué pasa con los muebles que siguen allí? ¿Puedo quedármelos?

—No hay gran cosa, no te hagas ilusiones —le advirtió su madre.

—No —confirmó su tía—. Pero lo que queda no lo quiso nadie, ¿verdad, mamá? Están las camas pequeñas, el sofá grande del salón, que aquí no entraba, un par de veladores y el escritorio de papá. Ése dijiste que te lo querías quedar tú, ¿no, Raquel?

—Sí, pero en Tetuán no me cabía —y siguió hablando con mucha precaución, sin mirar a su abuela—. Por eso me gustaría darme una vuelta por allí, para ir haciéndome una idea.

—¿Ahora? —pero Anita se decidió entonces a entrar en la conversación—. Si es de noche.

—Bueno, pero habrá luz —Raquel contestó como si no hubiera apreciado en su tono ninguna suspicacia—. ¿O te la han cortado?

—No, no... Como Jacques dijo que iba a venir en Navidad y aquí no cabíamos... —su abuela la miró al fondo de los ojos, y ella le devolvió una mirada igual de intensa—. Las llaves de tu abuelo están en el cajón de su mesilla, bueno, en el de la mesilla que está a la derecha —pero cuando Raquel ya estaba de pie, la detuvo—. Un momento —y esperó a que su nieta se volviera para mirarla—. Acuérdate de lo que me has prometido.

—Sí.

—¿Sí qué?

—Que me acuerdo.

—¿De qué? —preguntó Olga, pero ninguna de las dos quiso responder a esa pregunta.

Ocho meses después, cuando su nieta Raquel le contó la última historia que habría querido escuchar en lo que le quedaba de vida, antes de pedirle cobijo, Anita Salgado asintió con la cabeza un par de veces. Luego la abrazó, le aseguró que podía quedarse en su casa todo el tiempo que quisiera, y por último, le dijo que aquella tarde de enero, cuando la vio salir por la puerta con las llaves de su marido en la mano, ya estaba segura de que no iba a cumplir su promesa. Quizás ella también lo intuía, porque el relato de su abuela pesaba demasiado, pesaban sus palabras y pesaban sus silencios, pesaba sobre todo la desesperación de un hombre amado que estaba muerto, otra traición, otro traidor, y yo no puedo más, Anita, no puedo vivir así y para esto prefiero morirme.

Raquel Fernández Perea nunca podría olvidar esas palabras, pero quizás no habrían llegado a ser más que eso, palabras inolvidables, si su abuela le hubiera dado sus propias llaves, si no hubiera identificado a la primera la que abría un cajón que ella sólo había visto abierto una vez en su vida, si no hubiera encontrado allí una pistola antigua, una caja de balas y una vieja cartera de piel castaña que contenía algo más que papeles.

—Lo habrías encontrado igual —le dijo ella ocho meses después—. Habrías destrozado el cajón, habrías llamado a un cerrajero... La culpa es mía porque tendría que haberlo tirado todo, la cartera, la pistola, eso es lo que tendría que haber hecho. A tu padre no se lo quería dar, a Olga tampoco. Me habría costado un disgusto, ya sabes cómo odian ellos esas historias, así que tendría que haberlo tirado y lo pensé, pero me dio pena, me dio una pena horrible porque esas cosas eran de Ignacio, eran Ignacio, y no me decidí, lo dejé todo igual que estaba y ya ves, qué desastre.

Raquel no le llevó la contraria, pero en aquel momento volvió a pensar que si le hubiera hecho caso a su abuelo, si hubiera cumplido la promesa que le hizo a su abuela, nunca habría conocido a Álvaro Carrión Otero.

Y sin embargo, Álvaro no existía cuando Raquel sacó aquella cartera del cajón sin tocar el arma, las manos temblando de una emoción confusa en la que se

entremezclaban demasiadas cosas, tantas que prefirió irse al salón para leer todo aquello, escrituras de propiedad a nombre de Mateo Fernández Gómez de la Riva, escrituras de propiedad a nombre de María Muñoz Palacios, copias legalizadas de los testamentos de los padres de ambos, una copia de un poder notarial emitido en París, el 27 de marzo de 1947, por Mateo Fernández Gómez de la Riva a favor de Julio Carrión González, una copia de un poder notarial emitido también en París, en la misma fecha y en el mismo despacho, por María Muñoz Palacios a favor de Julio Carrión González, media docena de cartas con sus correspondientes sobres, todas fechadas y matasselladas en Madrid, en las que Julio, a secas, mandaba muchos besos para todos después de dar cuenta de sus gestiones y las infinitas dificultades que estaba encontrando para llevarlas a cabo, el resguardo de una transferencia de cinco mil pesetas efectuada en febrero de 1948 desde una sucursal del Banco Español de Crédito a una cuenta corriente abierta en una oficina del BNP, en París, a nombre de Mateo Fernández Gómez de la Riva, otra media docena de cartas distintas, con membrete de una asesoría jurídica de Madrid, fechadas en el otoño de 1948 y en las que un tal Manuel Rubio Martínez, que era abogado y se despedía deseando salud a sus corresponsales, informaba progresivamente a don Mateo Fernández Gómez de la Riva y a doña María Muñoz Palacios de que, en aquella fecha, no constaba en ningún registro que siguieran siendo propietarios de ninguno de los bienes por los que se habían interesado, tierras e inmuebles que habían sido objeto de sucesivas incautaciones extraordinarias amparadas por la Ley de Responsabilidades Políticas para después ser vendidos a terceros por su propietario anterior, don Julio Carrión González.

—¿Sebastián? —eran las ocho y media de la mañana del lunes, pero se dijo que no tenía sentido esperar más—. Hola, soy Raquel Fernández Perea, la presidenta de...

—Sí, sí —él estaba despierto, su voz risueña—, ya sé quién eres. ¿Cómo estás?

—Bien. Pero te llamo para que sepas que esta tarde yo no voy a ir al notario.

Lo anunció en un tono neutro, sereno, y percibió al otro lado de la línea un silencio tan compacto como si López Parra se estuviera limpiando las gafas con la punta de la corbata.

—Bueno, si te ha surgido cualquier inconveniente —dijo por fin, esforzándose por ponerse en lo mejor—, podemos quedar otro día de esta semana, por la mañana o por la tarde, cuando te venga bien. Los demás podrán venir, ¿verdad?

—Sí, todos los demás estarán allí, pero mi caso es distinto. Yo no sabía que Promociones del Noroeste es una empresa de Julio Carrión. Mi familia tiene una relación muy larga y complicada con ese señor, y necesito hablar con él antes de decidirme a venderos mi casa.

—¡Raquel, por favor! —en ese punto, Sebastián López Parra empezó a perder la paciencia—. Llevamos casi un año con este tema. Yo creía que ya habíamos pasado

por la fase de las triquiñuelas, ¿sabes?, y no me parece serio...

—No es una triquiñuela, Sebastián, te lo aseguro —estaba diciendo la verdad y él se dio cuenta—. Y no tiene nada que ver contigo. Quiero ver a Julio Carrión, necesito hablar con él, y antes de eso no voy a firmar nada.

—Bueno, si te pones así, puedo intentar arreglarlo. Acabo de verle, está en su despacho, él también es abogado, así que no creo que le importe...

—Creo que no estamos hablando del mismo hombre, Sebastián. Yo no quiero ver a Julio Carrión hijo. Con quien quiero hablar es con su padre.

—¡Pero eso no puede ser! —y se dio cuenta de que su interlocutor se había puesto muy nervioso—. Eso no, por Dios, de ninguna manera, don Julio es un hombre muy mayor, tiene más de ochenta años, no se le puede molestar... Mira, Raquel, me he portado muy bien contigo, creo yo, así que no me busques problemas, por favor. Don Julio es el dueño de la empresa, sí, y viene todos los días a la oficina un par de horas, para no aburrirse, pero ya no pinta nada aquí. Mis jefes son sus hijos, ¿comprendes? Y no puedo hacer eso, porque no me lo perdonarían. Me costaría el empleo, en serio.

—No creo que él tenga ningún interés en que sus hijos estén al tanto de este asunto —Raquel Fernández Perea se asombró de su propia frialdad, la tranquilidad que ella misma detectaba en sus palabras—. Estoy casi segura de eso, así que te voy a proponer una cosa. Habla con él, o déjale una nota a su secretaria. Dile solamente que la nieta de Ignacio Fernández quiere verle, sólo eso. Y que si él no quiere recibirme, tendré que hablar con sus hijos. Y ahora tengo que dejarte, Sebastián, estoy muy liada.

Cuando colgó el teléfono, apenas tuvo tiempo para preguntarse si sus cálculos serían correctos antes de que los nervios, la ansiedad y el miedo que había logrado aplazar durante aquella conversación la estrujaran por dentro como un corsé de hierro. Eso fue lo que sintió, una presión insoportable en el estómago, el cuello ardiendo, las manos empapadas de sudor, y un deseo súbito de estar equivocada. Ella había calculado que la familia Carrión no sería muy distinta de la familia Fernández, y si las víctimas habían mantenido su expolio en secreto durante tantos años, el verdugo habría observado las mismas reglas con más motivo. Unos segundos antes, estaba segura de eso, y sin embargo ahora no sólo comprendía que sus sospechas carecían de cualquier fundamento, sino que esperaba además que la realidad le llevara la contraria, que Julio Carrión no le diera importancia a su llamada, que no contestara, que no la recibiera, que nunca tuviera que mirar a ese hombre a la cara.

Pero ¿dónde me he metido?, se preguntó muchas veces durante aquella mañana, ¿cómo se me habrá ocurrido a mí hacer esta locura? Lo que el sábado por la noche estaba tan claro, lo que el domingo la deslumbró desde las fotos enmarcadas que había mirado con más atención que nunca en casa de sus padres, ahora le parecía una barbaridad, una insensatez descomunal. La foto de la boda de Carlos y Paloma,

Mateo cobijando a Casilda dentro de su capote mientras los dos miraban de frente a la cámara, Ignacio vestido con el uniforme del ejército francés y Anita con su hijo en brazos, abrazados en un parque de Toulouse, cinco hombres sonrientes exhibiendo un tanque alemán como un trofeo, Ignacio Fernández Salgado y su hermana Olga con trajes regionales, él vestido de baturro y ella de chulapa, los dos con la cara llena de churretes y un helado en la mano, Raquel Perea con minifalda y flequillo en Córdoba, delante del Cristo de los Faroles, y más fotos de sus bisabuelos, y de sus abuelos, de sus tíos, de sus primos, de sus padres, fotos que hablaban, que la miraban, que la hacían sonreír y le llenaban los ojos de lágrimas. Entonces, mientras las veía, mientras conversaba con los rostros de las fotografías, todo estaba muy claro, tanto que el lunes por la mañana le pareció mentira. ¿Pero es que me he vuelto loca o qué? Y luego, cuando se cansó de regañarse a sí misma, sintió lástima del pobre Sebastián, que se había portado muy bien con ella y aprovechaba cualquier ocasión propicia para insinuar que estaba dispuesto a portarse todavía mejor en cuanto ella le dejara.

Pero Raquel Fernández Perea, que había hablado tantas veces y de tantas cosas con su abuelo Ignacio, no sabía que los hombres y las mujeres valientes nunca temen nada, ni a nadie, en el instante de la batalla. El miedo llega después, justo cuando empiezan a preguntarse cómo han podido estar tan locos. Por eso, aquella noche, cuando salió de la ducha y vio que tenía un mensaje en el móvil, reconoció el número desde el que la habían llamado y volvió a sentir una tranquilidad casi absoluta, de la que no llegó a ser consciente mientras activaba el buzón. Hola, Raquel, soy Sebastián. He hablado con la secretaria de don Julio y después me ha llamado él. Si te parece bien, podéis encontraros en su despacho pasado mañana, miércoles, a las once y media. Confírmamelo cuanto antes porque me ha pedido que le avise, por favor. Ella apreció el tono neutro, cauteloso, de aquella voz, y contestó con un SMS, muy bien, allí estaré. Y cuando terminó, las manos le temblaban tanto que se le cayó el teléfono al suelo.

Lo demás fue mucho más fácil. Ya no había vuelta atrás, y la necesidad le devolvió el coraje. El miércoles por la mañana, Raquel Fernández Perea se levantó, desayunó, se vistió de ejecutiva y se fue a trabajar con las venas rellenas de plomo. Con la misma frialdad, a las once cogió un taxi, le dio la dirección de un imponente edificio de oficinas que se asomaba a la Castellana a la altura de Azca, y procuró no pensar en nada. No pudo impedir que sus piernas temblaran como alambres huecos al acercarse a la recepcionista, pero logró anunciarse con voz serena. La secretaria de Julio Carrión González la estaba esperando en la puerta del ascensor de la tercera planta, y después de saludarla con la fórmula más escueta de las posibles, la guió en silencio por un pasillo alfombrado hasta una sala de espera decorada con muebles bonitos, caros, clásicos, de madera.

—Don Julio la recibirá enseguida —le dijo mientras le ofrecía asiento con una

mano—. Espere aquí un momento, por favor.

Raquel se dio cuenta de que aquel ambiente tenía muy poco que ver con el resto del edificio, una construcción moderna y elegante de desnudas fachadas de cristal, pero no tuvo tiempo de pensar mucho más.

—Don Julio la está esperando.

Un instante después, Raquel se encontró en una sala tan inmensa que tuvo que acercarse al hombre que la miraba desde la mesa del fondo para estar segura de que era él. En aquel momento, no sentía nada distinto de lo que experimentaba cada mañana al enfrentarse a un cliente desconocido, y su anfitrión no hizo nada que modificara su estado de ánimo. Julio Carrión González no se levantó de la silla para saludarla, y ella correspondió a su descortesía quedándose parada ante él para estudiarle desde arriba. Recordó entonces la descripción de su abuela y confirmó la impresión que le había producido la foto de la página web. Julio Carrión era un anciano atractivo. Seguía teniendo el mismo pelo que cuando era joven, ahora blanco, y la misma fuerza en la cara, los ojos como chispas.

—Te pareces mucho a tu tía Paloma —él fue quien empezó a hablar, y la cogió por sorpresa—. Te lo habrán dicho ya, ¿no? Ella tenía el pelo más oscuro y los ojos más claros que tú, muy azules, pero la forma de la cara, la barbilla y el cuello, esas mandíbulas tan limpias, tan... bonitas... En eso eres igual que ella.

Raquel no contestó. Siguió mirándole desde arriba, con un sabor metálico en la boca y la sangre muy pesada de repente.

—Siéntate, por favor —Julio Carrión se resignó a ser educado—. Y dime, ¿qué es lo que quieres?

—De momento, que no me tutee —Raquel escuchó el sonido de aquella voz como si no fuera la suya, pero sacó fuerzas de sus propias palabras—. Yo no tengo ganas de tutearle a usted.

Al escucharla, el anciano se echó a reír y su cara se convirtió en un sol radiante, como esos que pintan los niños pequeños, lleno de rayos y coloreado hasta romper el papel. Raquel logró definir aquel gesto, pero no interpretarlo. Ignoraba que a Julio Carrión siempre le habían gustado las mujeres valientes, y que aún no sabía que ella iba a ser la última, y la excepción.

—Bueno, no quería molestarla... —añadió al rato—. Pero usted es mucho más joven que yo.

—Desde luego —dijo ella, y él volvió a reírse.

—Muy bien, entonces, ¿podría decirme qué es lo que quiere? —con ochenta y tres años recién cumplidos, seguía siendo un hombre muy simpático y parecía disfrutar de esa condición—. Supongo que advertirme que su piso ha subido mucho de precio, ¿no?

—Pues no —en ese momento se puso serio, y Raquel sospechó que no volvería a

verle reír—. No exactamente. No sé si usted se acordará de mí, pero yo era la niña que iba con Ignacio Fernández cuando él fue a verle a su casa, un sábado por la tarde, en el mes de mayo de 1977 —hizo una pausa para estudiar el efecto de sus palabras y le vio asentir con la cabeza—. Aquella tarde, él llevaba la misma cartera que he traído yo hoy —la sacó de su maletín y se la enseñó despacio, por dentro y por fuera, antes de volver a guardarla—. La ha visto, ¿no? Es la misma, y contiene los mismos documentos. Lo que quiero saber es de qué habló mi abuelo con usted aquella tarde. Para eso he venido.

—¿Y por qué tendría yo que contarle eso?

Hizo esa pregunta en un tono de voz completamente distinto al que había empleado hasta entonces, y Raquel se dio cuenta. Le miró con atención y vio que se había puesto rígido. Ahora estaba muy estirado en la silla, la cabeza recta, un gesto duro en los ojos, en los labios, pero ella sintió que todo esto, lejos de aplacarla, la espoleaba.

—Porque, de entrada, si no me lo cuenta, no voy a venderle mi casa.

—Mire usted, señorita —y sus labios compusieron una sonrisa sarcástica que subrayó el desprecio de sus palabras—, su casa me importa un bledo, ¿se entera? Tengo dinero de sobra para comprar cien inmuebles como el suyo. Así que no me amenace, por su bien se lo digo.

—Ya —y Raquel Fernández Perea se sintió mucho mejor, porque su sangre volvió a ser sangre, líquida, caliente, y a circular deprisa por sus venas—. Muy bien, pues en ese caso, yo misma hablaré con el señor López Parra para informarle de que mi piso ha dejado de estar en venta. Se va a llevar un disgusto tremendo, eso por descontado, porque ha trabajado mucho en esta operación, pero donde hay patrón, no manda marinero, y usted es el dueño de esta empresa, ¿no? No le explicaré nada, no se preocupe. Así se lo podrá contar todo usted mismo. Eso será lo mejor, ¿no le parece?

Dejó aquella pregunta en el aire, le miró y vio que el desprecio, el sarcasmo, sin llegar a disolverse, se integraban poco a poco en una expresión más compleja.

—No sé adónde quiere usted ir a parar, pero si piensa que me va a dar miedo, está muy equivocada —y sin embargo, Raquel se dio cuenta de que ya había empezado a temerla—. No quiero echar a perder el trabajo de uno de mis mejores empleados, ni correr el riesgo de paralizar un proyecto tan ambicioso como el de Tetuán por una tontería, pero tampoco puedo perder todo el día con usted, así que dígame un precio y se lo pagaré.

—Quiero saber de qué hablaron mi abuelo y usted aquella tarde. Ése es mi precio.

Julio Carrión González chasqueó los labios y apretó los puños a la vez, sin molestarse en disimular su impaciencia. Después se frotó la frente, apoyó la cabeza en una mano, se quedó pensando.

—Su abuelo está muerto —dijo por fin—. ¿Cómo sabrá que le estoy contando la verdad, que no la engaño?

—Inténtelo —le animó ella, y él no quiso añadir nada—. No creo que pueda engañarme, señor Carrión. Yo conocía muy bien a mi abuelo. Le conocía tanto que después de haber hablado este rato con usted, estoy casi segura de lo que ocurrió aquella tarde.

—¿Sí? —hizo una pausa para volver a mirarla con la altanería de antes—. Dígamelo usted, entonces.

—Le ofreció dinero, ¿verdad? Y él no lo quiso aceptar.

Supo que había acertado cuando los ojos de Julio Carrión huyeron de los suyos para recorrer la habitación tan despacio como si la estuviera mirando por primera vez.

—Le voy a decir una cosa que le va a sorprender —dijo por fin—, señorita...

—Raquel.

—Muy bien, pues... Le voy a decir una cosa que le va a sorprender, Raquel. Yo admiraba mucho a su abuelo. Ignacio era un hombre de una pieza, un hombre valiente, honrado, generoso —miró a su interlocutora y comprobó que su expresión no había cambiado, pero insistió de todas formas—. He conocido a pocas personas como él, y siempre le admiré, se lo digo en serio. El hecho de que no nos pareciéramos, de que yo no pensara, ni creyera, ni sintiera lo mismo que él, nunca me impidió apreciarle. No se lo digo por cinismo, créame. De hecho, no tengo ninguna necesidad de decírselo, pero es la verdad.

—Yo no le he pedido su opinión sobre mi abuelo —y no voy a perder los nervios antes de tiempo, cabrón—. No tengo ningún interés en conocerla.

—Ya, pero... —Julio Carrión esbozó una sonrisa que se estrelló antes de llegar a nacer con la dureza de los ojos de la mujer que le miraba—. Quería que lo supiera.

—¿Y aquella tarde?

—Aquella tarde... —hizo una pausa, volvió a frotarse las cejas, rompió a hablar por fin—, Ignacio vino a verme para que supiera que había vuelto a vivir en España, en Madrid, y que conservaba las escrituras de los bienes de sus padres y..., bueno, toda la documentación. Eso era lo único que quería, que yo lo supiera. Y le ofrecí dinero, tiene usted razón, mucho dinero, pero él no quiso venderme la cartera que está ahora en su maletín. Prefiero quitarte el sueño, me dijo. Prefiero que vivas a partir de ahora con la angustia de no saber qué hago, qué estoy haciendo, qué voy a hacer. Voy a acabar contigo, Julio, pero nunca sabrás cómo, ni cuándo, ni de dónde te llegará el primer golpe. Quiero que lo sepas, para eso he venido... Y eso fue todo. Después se levantó y se marchó sin despedirse. Me he saltado los insultos y he resumido mucho, pero le aseguro que no me dijo otra cosa.

Entonces fue Raquel la que se quedó callada. Estaba sobrecogida por lo que acababa de oír, y aún más por la certeza de que aquel hombre no la había engañado.

Lo que le había contado era la verdad, tenía que ser verdad porque era la única versión que encajaba con lo que ella sabía de su abuelo, pero necesitaba tiempo para asumirlo, para analizarlo y poder empezar a creerlo.

Mientras tanto, Julio Carrión la miraba.

Un instante después, se equivocó.

—¿No me va a preguntar qué hice yo? —y su acento volvió a ser sarcástico, casi risueño—. ¿No quiere saber cómo reaccioné?

Si él no hubiera hecho esas dos preguntas, Raquel Fernández Perea habría estado a tiempo de recordar las advertencias de su abuelo Ignacio, esa pacífica recomendación que él mismo había observado al reducir su venganza al escueto armazón de una amenaza que nunca iba a cumplir. Su nieta había abierto el cajón de su escritorio y había visto una pistola, una caja de balas. Al menos una de ellas llevaría escrito el nombre de Julio Carrión González desde treinta años antes, pero su propietario nunca había querido darle el destino que le reservaba. Raquel lo comprendió, aceptó sus actos y sus razones, sintió mucha pena, mucho orgullo, mucho amor. Para vivir aquí, hay cosas que es mejor no saber, incluso no entender. Y quizás tenía razón, seguramente tenía razón, ella estaba a punto de aceptar que tenía razón cuando escuchó esas dos preguntas, y miró a Julio Carrión para estrellarse con la humillante condición de su sonrisa.

—Yo nunca me tomé en serio a Ignacio —prosiguió él—, nunca le tuve ni pizca de miedo, no crea. Le ofrecí dinero, sí, porque en aquellos tiempos todo estaba muy revuelto, y no sabía quién podía llegar a asesorarle, a dirigirle contra mí. Además, en aquella época, todavía no estaba claro si estos asuntos no acabarían por resolverse en un juzgado. Eso era lo que me preocupaba, él no. Porque le conocía. Quizás no tan bien como usted, pero le conocía, y sabía que era demasiado bueno, demasiado serio, sensato y responsable como para echar a perder su vida sólo por arruinar la mía. En 1947 me habría matado, desde luego, pero en el 77... Hasta los hombres más valientes se ablandan con la edad, y los comunistas, que eran los más valientes de todos, las cosas como son, no paraban de hablar de la reconciliación nacional, así que, ya ve... Su abuelo está muerto, y yo aquí, charlando con usted. Como en la vida misma. Por eso lo mejor es que se deje de fantasías y empecemos a hablar de negocios de una vez, porque los buenos sólo ganan en las películas, señorita.

Hijo de puta. Hijo de la gran puta. Hijo de la grandísima puta.

Eso fue lo que pensó, y en este orden, Raquel Fernández Perea mientras se levantaba, y cogía su bolso, y el maletín, antes de dar la espalda a su anfitrión para empezar a andar hacia la puerta con pasos firmes, decididos.

—Pero... ¿adónde va?

A mitad de camino se detuvo y giró sobre sus talones. Julio Carrión González por fin se había levantado, y la miraba con las manos apoyadas en la mesa, ni rastro de la

superioridad que había exhibido unos segundos antes en su gesto, ni en su voz.

—Tengo que valorar todo esto —le dijo en el tono profesional, sereno y cortés, que usaba con sus clientes—. Todavía no puedo tomar una decisión, como comprenderá, pero no se preocupe. Ya tendrá noticias mías.

Aceleró el paso y cerró la puerta del despacho a sus espaldas. La secretaria levantó la vista de la pantalla del ordenador al verla.

—Por favor —Raquel sonrió y ella no llegó a corresponder—, necesito ir al baño.

Después de vomitar el desayuno, se sintió un poco mejor. Cuando salió a la calle, recibió la cuchillada del viento helado de la sierra como una caricia, y volvió a respirar. Ya no tenía miedo. Sus piernas la sostenían sin dificultad, pero la escena que acababa de vivir la había sumergido en un estado de insensibilidad peculiar, una especie de anestesia espontánea que le permitió volver al trabajo, sentarse en su mesa, hablar por teléfono y resolver los asuntos que tenía pendientes con la eficiencia de una máquina bien programada. No se sentía del todo dentro de su cuerpo, pero su cabeza funcionaba sin problemas en cualquier dirección excepto en la que conducía al despacho donde había estado aquella mañana. Quizás por eso, al salir del banco no fue a su casa, sino a la de sus abuelos. Allí, sentada en el sofá, el único mueble del salón que había sobrevivido a la mudanza, fue recuperando lentamente el control sobre sus terminaciones nerviosas, y por fin pudo pensar como si no fuera nieta de Ignacio Fernández Muñoz.

No era la primera vez que se veía obligada a tomar una decisión en condiciones difíciles. Las negociaciones, con la tensión que implican hasta las más sencillas, formaban parte de su trabajo. No sabía jugar al póquer, pero había aprendido a aguantar, a disimular sus verdaderos intereses, a apostar sin otra base que sus propias intuiciones, puras especulaciones teóricas. A veces conseguía hacer ganar mucho dinero a sus clientes y a veces no, pero no solía equivocarse. Por eso decidió esperar. Analizó su situación como si se la hubiera encontrado aquella mañana dentro de una carpeta, encima de su mesa, y llegó a la conclusión de que el próximo movimiento no le correspondía. Lo hizo Carrión, y muy deprisa.

—Hombre, Sebastián —y le saludó como si encontrárselo al otro lado del teléfono, cuarenta y ocho horas después de haberse entrevistado con su jefe, representara una sorpresa extraordinaria—, me alegro de hablar contigo. ¿Cómo estás?

—Bien —pero el tono risueño que él intentó imprimir a su voz no resultó tan logrado—, verás, es que... ¿Estás trabajando?

—Pues claro —aquella pregunta la desconcertó—. ¿Tú no? Todavía es viernes, que yo sepa.

—Sí, no, me refiero... Quería saber si estabas en tu despacho, porque... Estoy aquí abajo. ¿Puedo subir a verte un momento?

—¿Aquí abajo? —y entonces su sorpresa fue extraordinaria de verdad—. ¿En la plaza de las Descalzas?

—Sí, claro... Por eso, te decía... Si tienes un hueco...

Raquel consultó su agenda, luego el reloj, y repitió esa acción dos y hasta tres veces, antes de lograr comprender lo que veía.

—Tengo una entrevista a la una —logró decir por fin—, pero si no vas a tardar mucho...

—No, no. Va a ser sólo un momento.

Pasaron algunos más, hasta seis minutos, antes de que Sebastián López Parra se anunciara con los nudillos en la puerta de su despacho. Cuando lo tuvo delante, Raquel todavía no había logrado explicarse su visita, pero ya intuía que aquella novedad jugaba a su favor.

—Pasa, pasa —se levantó de la mesa para saludarle y lo encontró nervioso, como incómodo dentro de su traje—. Siéntate, por favor —él aceptó la sugerencia sin decir nada—. Bueno, pues... No sé —le sonrió—, me parece tan raro verte aquí...

—Ya. Ya me lo imagino, pero... La verdad es que soy un mandado, y nunca mejor dicho.

Al entrar, traía en la mano un sobre blanco que colocó encima de la mesa junto con una llave que se sacó en aquel momento de un bolsillo. Luego la miró y frunció el ceño, como si no estuviera muy seguro del significado de lo que iba a decir, ni de la reacción que provocaría en la mujer que tenía delante.

—Don Julio Carrión me ha pedido que venga a verte para traerte esto. Ha insistido en que viniera yo en persona y me ha dicho que no quería esperar. Por lo visto, ha decidido encargarse en solitario de la compra de tu casa. No me ha dado explicaciones y yo tampoco me he atrevido a pedírselas, pero, la verdad... —entonces se quitó las gafas, las miró, y renunció a limpiárselas—. Mira, Raquel, yo no sé quién eres tú, ni qué asunto hay por debajo de esto, ni por qué de repente corre todo tanta prisa, pero...

Volvió a atascarse por segunda vez en el mismo lugar y negó con la cabeza, como si nunca fuera a atreverse a decir en voz alta lo que estaba pensando.

—En este sobre hay una propuesta de intercambio —se limitó a decir en un tono informativo, neutro—, un trueque, como si dijéramos. Don Julio Carrión se queda con tu piso semiexterior de setenta metros sin ascensor en la calle Ávila, y tú recibes a cambio un ático de ciento ochenta metros habitables, más sesenta de terraza haciendo esquina, en un edificio de lujo que está en la calle Jorge Juan a la altura de Núñez de Balboa, a dos pasos del Retiro y en una de las zonas más caras del barrio de Salamanca. Y por si eso fuera poco, él se hace cargo además de todos los impuestos, los tuyos y los suyos. Además de los papeles, te he traído una llave —la señaló— porque don Julio supone que querrás ir a verlo, aunque, si mi opinión te sirve para

algo, puedes firmar con los ojos cerrados.

—¿Sí? —Raquel le miró, le sonrió—. ¿Tú lo has visto ya?

—¿El ático? Claro que lo he visto, pero no es sólo eso...

Y por fin, como si fuera un alumno que se relaja después de haber bordado un examen oral, se reclinó en la butaca, se desabrochó la chaqueta, cruzó las piernas y le devolvió la sonrisa.

—Mira, Raquel, esto es lo más extraño, lo más inaudito que ha sucedido nunca en Promociones del Noroeste, Sociedad Anónima, te lo digo en serio. Yo trabajo allí desde hace más de diez años, y jamás he visto nada parecido. Don Julio Carrión no es una dama de la caridad, como te puedes figurar, y su hijo Rafa es todavía peor, lo que se dice un tiburón, claro que él no sabe nada de esto, y su hermano tampoco, eso es lo primero que me ha dicho su padre, que lo más importante es que no se entere nadie, en eso llevabas razón. Fíjate hasta qué punto la llevabas que lo que vamos a hacer no es una permuta, sino una operación muchísimo más complicada. Él te dona el ático a ti, tú le donas tu piso a él, y después él se lo vende a la inmobiliaria por el mismo precio que van a recibir los demás vecinos. ¿Y eso para qué? Pues para que no quede ningún rastro, por supuesto, para que nadie pueda probar que te ha cambiado una mierda de piso por un superático de lujo, y no tenga que preguntarse por qué. El caso es que..., bueno, mira, te lo voy a decir, porque me caes muy bien, ya lo sabes, y... —la miró con atención y se echó a reír—. Vas a pegar un pelotazo de puta madre, Raquel. Pero de puta madre para arriba, en serio.

Raquel rió con él sólo para ganar tiempo, pero ya había empezado a notar el hormigueo de la euforia, como un chisporroteo eléctrico justo debajo de la piel.

—Qué bien —dijo por fin, y cogió el sobre, la llave, para guardarlos juntos en un cajón—. Bueno, pues... iré a ver la casa, por supuesto, cuando tenga un momento libre, dentro de unos días tendrá que ser, porque quiero aprovechar el fin de semana para empezar la mudanza. Me voy a instalar en el piso de mis abuelos, que lleva mucho tiempo vacío, y tengo que arreglar muchas cosas, así que... Te llamo el lunes, ¿de acuerdo?, el martes como muy tarde.

Sebastián López Parra asintió con la cabeza, pero no hizo ademán de marcharse.

—¿Y no vas a contarme nada? —se atrevió a preguntar por fin—. Te lo agradecería mucho, porque...

—¡Uy! —ella le interrumpió a tiempo—. Es una historia muy larga, Sebastián, muy larga y muy antigua. No la entenderías y, además, creo que no te conviene nada saberla.

Se levantó para dar por concluida la conversación y le acompañó hasta la puerta. Aún faltaba un cuarto de hora para la una, pero el cliente al que había citado para esa hora se presentó enseguida. Mientras hablaba con él y repasaban juntos el historial y las estadísticas de sus inversiones, ya no logró comportarse como si el sobre que no

había tenido tiempo de abrir y la llave que lo acompañaba no estuvieran guardados en su cajón. Había mentido a Sebastián, porque no podría mudarse al piso de la plaza de los Guardias de Corps hasta que pasaran, como mínimo, quince días. Su abuela había decidido pintar la casa antes de vendérsela, y ése era el plazo que habían impuesto los pintores, pero ya había descubierto que a Julio Carrión no le sentaba bien esperar, y después de comprobar que el contrato que le había traído Sebastián se ajustaba escrupulosamente a sus palabras, se propuso perseverar en la misma estrategia. Eso no impidió que, al salir de trabajar, pidiera un pincho de tortilla en el bar más cercano, y después de engullirlo de pie, en la barra, se fuera derecha a tomar posesión de su flamante propiedad.

El portal bastaba para catalogar aquella casa, que estaba en efecto a dos pasos del Retiro y en una de las zonas más caras del barrio de Salamanca, como un edificio de lujo, pero eso no la impresionó tanto como el ático en sí. El recibidor era tan grande que al principio lo tomó por el salón, y cuando atravesó el dintel que lo comunicaba con el resto, se encontró en un espacio tan descomunal que ni siquiera supo cómo llamarlo. Separado en dos ambientes por tres escalones, en el primero navegaba una mesa de comedor con ocho sillas que parecía de juguete, y en el tramo que la separaba de tres enormes sofás blancos y colocados en U, habría cabido el salón—comedor de cualquier piso de tres dormitorios. Allí sólo había uno, la pared del fondo curvada como el ábside de una iglesia y ella las había visto más pequeñas, aunque quizás lo más sorprendente era el tamaño del cuarto de baño, que en realidad eran dos, uno enorme y otro ocupado por un jacuzzi que parecía una piscina, al borde, eso sí, de una maravillosa pared de cristal con unas vistas tan espectaculares como las que se veían desde la terraza, que fue lo que más le gustó. En comparación, la cocina era tan ridícula que le costó trabajo encontrarla más allá de lo que al principio interpretó como una doble hilera de armarios empotrados en un pasillo. Eso no lo entendió muy bien. Lo demás, perfectamente.

—Conque no me tienes miedo, ¿eh, cabrón?

Recorrió el ático otra vez, ahora más despacio, fijándose en los detalles, una chimenea de mármoles rosa y gris, bonita, antigua, que habrían encontrado en el derribo de algún viejo palacio, dos inmensos televisores de plasma, uno en el salón y otro en el dormitorio, tan estilizados y elegantes, tan caros, que parecían formar parte de la decoración, los suelos de tarima, que tal vez provinieran de la construcción original, como las molduras del techo, y más mármol, más madera noble, más tecnología sofisticada hasta en el baño, donde la ducha de masaje, protegida por una resplandeciente mampara de cristal curvo, se activaba en un panel digital con más teclas que el salpicadero de un coche de lujo. Al principio, Raquel se sentía como una niña pequeña que acaba de llegar a un parque de atracciones, pero estuvo allí toda la tarde, viendo, mirando, tocando, encendiendo y apagándolo todo, hasta que se

acostumbró a habitar aquel espacio. Entonces se sentó en un sofá, miró hacia delante como si Julio Carrión González pudiera verla desde alguna parte, y se echó a reír.

—Te vas a cagar, hijo de puta —y lo repitió más despacio, recalcando cada sílaba, recreándose en su sonido—. Te vas a cagar...

En aquel momento ya había logrado dejar de escuchar. No había sido fácil, porque desde el principio, desde el instante en el que entendió lo que estaba pasando, supo que iba a traicionar a su abuelo y a su abuela al mismo tiempo. A ella le había prometido que no iba a hacer nada raro, y ésa era la misma promesa que le habría arrancado él si estuviera vivo. Ignacio Fernández Muñoz había renunciado a la venganza, la había reducido a las mínimas proporciones de una amenaza que nunca iba a cumplir, había elegido el futuro de sus hijos, de sus nietos, de su propia vejez apacible, y su mujer se había puesto de su parte muchos años después con una sonrisa rotunda. Pero esto es distinto, se dijo a sí misma la nieta de ambos, esto es un negocio, sólo un negocio. Y no llegó a pensar que el dueño de aquel ático se habría armado con un razonamiento idéntico en la primavera de 1947, porque dejó de escuchar a tiempo.

No le resultó fácil hasta que logró convencerse de que, en realidad, aquella situación no tenía tanto que ver con su familia como con su talento. Al fin y al cabo, llevaba más de diez años perfeccionando un proyecto de enriquecimiento súbito que nunca le permitiría coger un avión con Paco Molinero para disfrutar a medias de los tres o cuatro millones de euros que jamás llegarían a depositar en una cuenta corriente cifrada de un banco de las islas Caimán. Aquello era sólo un juego, pero era su juego favorito. Raquel Fernández Perea calculó por encima el valor de aquel ático que sería suyo en el instante en el que quisiera poner su firma en un papel, y sonrió. Mira por dónde, pensó después, ahora tengo la oportunidad de llevarme casi lo mismo sin infringir la ley, sin huir de España y casi sin despeinarme, como quien dice. Y recordó una vez más a Julio Carrión, el último fragmento de su discurso, para hablar con él por última vez como si lo tuviera delante.

—Como en la vida misma, macho.

A partir de aquel momento, todo fue brillante, fácil, sencillo.

—¿Qué te pasa, Raquel? Estás muy rara —le dijo Nati el lunes por la tarde.

—¿Yo? —preguntó ella—. ¡Qué va! Si no me pasa nada.

—¡Uy, que no! Desde que no viniste con nosotros al notario, tienes una cara... Estás como alunada, en serio.

—No digas tonterías, Nati —y Raquel se esforzó por sonreír—, de verdad que no me pasa nada.

En efecto, no había pasado nada todavía. No pasó hasta que Sebastián López Parra, un poco cansado ya de esperar siempre en vano sus llamadas, la llamó el miércoles a última hora. Ella estuvo muy simpática. Le dijo que había visto el ático,

que le había encantado, que las vistas eran maravillosas, que nunca se habría atrevido ni a soñar con una casa así, y que el siguiente viernes iría a verle, a media mañana, para firmar el contrato.

—Pero no hace falta que te molestes —objetó él—. Como habrás visto, yo ya firmé las dos copias por poderes, en nombre de don Julio. Sólo necesito que me devuelvas una firmada, por mensajero, y lo demás lo arreglamos en el notario.

—Ya, pero es que me hace ilusión —le explicó, con la misma vocecita de adolescente entusiasmada en la que había mantenido toda la conversación—, y el viernes tengo la mañana muy despejada.

—Bueno, como quieras. Para mí, siempre es un placer verte, ya lo sabes.

Pobre Sebastián, pensó Raquel al colgar el teléfono, y el viernes, en su despacho, volvió a pensar lo mismo al despedirse de él.

—Muy bien, pues entonces, ya, nos vemos en la notaría, y entonces... —la miró y se puso colorado—. No sé, ahora que ya se ha acabado todo esto, a lo mejor podríamos quedar algún día, a cenar o algo...

Luego se hizo un lío al besarla en las mejillas y, más colorado todavía, la precedió hasta la puerta.

—Vale, pues ya me llamarás, ¿no? —dijo Raquel entonces y se dio la vuelta al darse cuenta de que él tenía la intención de salir con ella—. No hace falta que me acompañes, Sebastián, en serio. Conozco el camino, línea recta desde los ascensores del vestíbulo, no tiene pérdida...

Movió la mano en el aire para decirle adiós y pulsó el botón de la planta baja, pero una vez allí, después de que las puertas se abrieran y volvieran a cerrarse, subió hasta la tercera.

Aquella vez ya no había nadie esperándola, pero recordaba el camino y el dibujo de la alfombra. Pasó de largo por la sala de espera, y encontró abierta la puerta del despacho donde en aquel momento no estaba la secretaria a la que había conocido la semana anterior. Entonces pensó que a lo mejor se había equivocado, que tal vez, aquella mañana, Julio Carrión González hubiera preferido no ir a trabajar. No perdió ni un minuto en aquel misterio, tan insignificante que su solución estaba al alcance de la mano con la que empuñó el picaporte. Al fondo, en aquel despacho que ya no le pareció tan grande, estaba él, hablando por teléfono.

—La tengo delante en este mismo momento —le oyó decir mientras iba a su encuentro—. Ya, ya, pues está aquí. Te digo que la estoy viendo...

—Sebastián no tiene nada que ver con esto.

Un instante después de advertírselo en el mismo tono que había usado diez días antes para pedirle que no la tuteara, se sentó en una butaca sin que nadie le ofreciera asiento, cruzó las piernas y le miró.

—Sebastián creía que yo me iba —insistió—. Eso es lo que le he dicho.

—Bueno, bueno... —Carrión intentó tranquilizar a su empleado—. No, no pasa nada. Ya, luego te llamo.

Colgó el teléfono, se enderezó en la silla y la miró de frente. Raquel le devolvió una mirada serena y ligeramente insolente.

—Creía que ya no teníamos nada más que discutir —de nuevo fue él quien habló primero.

—Respecto al piso de Tetuán —y sonrió—, desde luego que no. Como sin duda le habrá comunicado ya el señor López Parra, he aceptado su oferta, muy generosa, por cierto, muy ventajosa para mí, en ese sentido no puedo reprocharle nada.

—Me alegro de saberlo, porque no estoy dispuesto a seguir perdiendo el tiempo con sus preguntas.

—¡Ah! No, pero no se preocupe —y la sonrisa de Raquel se ensanchó hasta rozar los dominios de la risa—. Hoy voy a hablar yo. Usted no va a tener que hacer otra cosa que escucharme. Y no va a ser una pérdida de tiempo, se lo aseguro. De hecho, creo que no se va a arrepentir del tiempo que invierta en esta conversación.

—Perdóneme, señorita —y volvió a mirarla desde muy arriba, con la altanería que ella ya conocía y que en esta ocasión no llegó a producir ningún efecto—, pero no creo que usted tenga nada interesante que decirme.

—Pues se equivoca, señor Carrión —se acomodó en la butaca, cruzó primero las piernas, luego las manos que colocó sobre su regazo, pretendía parecer cómoda y se dio cuenta de que lo había conseguido—. La verdad es que, en los últimos días, se ha equivocado usted bastante, incluso demasiado, diría yo. Hasta los hombres más valientes se ablandan con la edad, dijo usted el otro día, y seguramente tendrá razón, pero voy a decirle otra cosa. Los hombres más astutos, los más listos, también se vuelven tontos al llegar a viejos —sonrió sin esperar respuesta, y no la obtuvo—. Yo ni siquiera lo sospechaba, pero usted me ha dado elementos de sobra para comprenderlo. El más importante es, por descontado, el ático que me acaba de cambiar por mi humilde piso de setenta metros en Tetuán. Es una oferta muy generosa, ya se lo he dicho, pero tan desproporcionada que me ha hecho pensar. He pensado mucho, y a fuerza de hacerlo, he llegado a varias conclusiones. La primera es que usted es el más mentiroso de los dos. El otro día me advirtió que no me tenía miedo, y al principio me engañó, lo reconozco. Pero ahora, después de valorar el interés que se ha tomado por cerrar esta operación en persona, ya no le creo. Usted sí me tiene miedo, señor Carrión, me tiene mucho miedo. Y ha sido tan torpe como para demostrármelo.

Hizo una pausa medida, calculada, la primera de una larga serie de interrupciones estratégicas, y la remató con una sonrisa franca, sincera en apariencia.

—¡Oh!, no crea que no comprendo sus argumentos, sus razones... Para alguien tan rico como usted, unos cuantos cientos de miles de euros más o menos no tienen

importancia, ¿verdad? Usted calcularía que con el ático me iba a quedar satisfecha, y se ha equivocado —entonces improvisó una mirada de asombro, amable todavía—. ¿Qué creía, que los nietos de mi abuelo no hemos estudiado? —y volvió a sonreír—. ¿No le ha contado Sebastián a qué me dedico? ¡No, señor Carrión! Una persona inteligente habría sabido ponerse en mi lugar, anticiparse a mi reacción, y a usted no se le ha ocurrido. Por eso le he dicho al principio que ha hecho usted muchas tonterías para ser un hombre tan brillante, tan astuto. Y yo, modestamente, sí he procurado ponerme en su lugar, analizar esta situación desde su posición, desde sus intereses. Lograrlo no me ha resultado muy difícil y me ha permitido llegar a nuevas conclusiones. Por eso estoy segura de que, después de hablar conmigo, lo que usted pensaría es que la paz y la tranquilidad no tienen precio.

Se detuvo de nuevo, para darle la oportunidad de intervenir, pero él siguió callado, tranquilo, mirándola con la misma expresión, curiosa pero no demasiado atenta, que dedicaría a un objeto exótico encerrado en una vitrina. Eres duro de pelar, se dijo Raquel, pero no se arrugó. Por una parte, ya contaba con eso, y por otra, no tenía nada que perder.

—En eso se volvió a equivocar, pero no dejo de comprenderle, se lo digo en serio. Le comprendo tan bien que quiero proponerle un trato. He venido a ofrecerle su paz, su tranquilidad, las que no quiso venderle mi abuelo. Cómpremelas a mí. Yo soy peor que él, lo reconozco. No soy tan digna, ni tan valiente, pero eso a usted le dará igual, supongo, incluso le reconfortará, porque la admiración no ayuda a hacer negocios... —volvió a mirarle y de nuevo fue incapaz de descifrar su expresión—. Para alguien como yo, una humilde vecina de Tetuán, no va a ser fácil mudarse a la calle Jorge Juan, ¿sabe? En los próximos tiempos, voy a tener muchos gastos. Se lo puede imaginar, muebles, ropa, complementos... Ponerme a la altura de mi casa me va a costar una fortuna, y espero que usted lo comprenda, como yo le he comprendido a usted.

Él escogió aquel momento para empezar a actuar, pero limitó al mínimo su intervención. Antes de abrir los labios, movió una mano en el aire, como si quisiera borrar lo que acababa de oír, y sonrió.

—¿Pretende usted chantajearme, señorita Fernández? —dijo solamente.

—¿Chantajearle? —Raquel abrió mucho los ojos, en sus labios una expresión de inocencia absoluta—. ¡Qué palabra tan fea! —negó con la cabeza y sonrió—. No, por Dios, esto no es un chantaje. Es una transacción comercial de lo más común. Yo poseo algo que usted desea y estoy dispuesta a vendérselo, nada más. He escaneado todos los documentos de los que estuvimos hablando el otro día para que pueda comprobar que no le engaño... —sacó de su maletín un sobre blanco, bastante abultado, y lo dejó encima de la mesa—. La impresora ha ido registrando en todas las hojas la fecha y la hora en la que se realizó cada copia, y las he colocado por orden

cronológico —como él no hacía el menor ademán de tocarlo, ella abrió el sobre y fue enseñándole su contenido—. Aquí está todo, ¿ve?, las escrituras de propiedad de los bienes de mis bisabuelos, los poderes que hicieron a su nombre, sus cartas, con todos los besos que fue mandando para los niños, el resguardo de la transferencia que les hizo para despistarles, las cartas del abogado al que contrataron y los documentos que les fue adjuntando... —él le echó un vistazo distraído a cada uno de aquellos papeles, como si no le importaran mucho en realidad—. Todo. Su paz y su tranquilidad. Un millón de euros y serán suyos.

—¿Un millón de euros? —Julio Carrión se echó a reír—. ¿Pero usted se ha vuelto loca? ¿Qué se cree, que seguimos en 1977?

Raquel guardó la calma. Había previsto minuciosamente esa reacción, y se limitó a sonreír.

—Ya sé que antes le he dicho que no le iba a hacer preguntas, pero... Dígame una cosa, señor Carrión, ¿a usted le gusta leer? —le miró con atención, pero él no quiso contestar ni siquiera con un gesto—. Supongo que no, y eso significa que no frecuentará las librerías, ¿verdad? Pues es una pena. Debería hacerlo porque resulta muy interesante, mirar los escaparates, fijarse en las portadas, hojear las novedades a medida que van apareciendo, en fin... A usted, especialmente, le convendría mucho estar al tanto del mercado editorial, porque, además..., no se puede ni imaginar la cantidad de libros que se están publicando ahora mismo en España sobre personas como usted y vidas como la suya. Es increíble, pero no hay más que mirar las portadas, venga brigadistas, venga milicianos, y vengan milicianas también, eso por supuesto. Es un fenómeno muy interesante, y en cierta medida todavía inexplicable, incluso para mí, que soy nieta de rojos, bueno, qué le voy a contar a usted, si conoce de sobra la historia de mi familia... Y no estamos en 1977, desde luego, no hay más que mirar las contraportadas para darse cuenta. En 1977, todo el mundo estaba muerto de miedo. Ahora no.

—Desde luego —asintió él—. Eso es lo que estoy intentando que entienda.

—Ya, pero es usted el que no me entiende a mí. Me temo que estamos hablando de miedos distintos. Por eso le conviene dejarme terminar... ¿Le molesta que fume?

Le apetecía fumar, pero eso era lo de menos. Sacar el tabaco del bolso, escoger un cigarrillo, encenderlo y acercar el cenicero que estaba sobre la mesa, no fueron más que etapas de un pretexto, la condición de una nueva pausa estratégica, cuidadosamente medida y calculada.

—No son sólo los libros, ni las películas, aunque ésa es otra, la cantidad de documentales que se hacen sin parar sobre la guerra, la posguerra, las cárceles, los campos españoles, los franceses, los niños robados a las presas republicanas, los desaparecidos... —y entonces improvisó un amable tono de sorpresa—. De estos últimos temas, nadie se atrevía a hablar en 1977, ¿verdad? A eso me refería, pero es

lo de menos, ya se lo he dicho —al llegar a ese punto endureció a la vez su voz y su mirada—. Los jueces están autorizando las exhumaciones de toda la gente a la que los fachas pasearon durante la guerra, y después. Los están desenterrando de las cunetas de las carreteras, los sacan de los pozos, del fondo de los barrancos... ¿Está siguiendo usted ese tema por la prensa? Puede hacerlo incluso por la televisión, porque en los informativos aparecen noticias relacionadas con todo esto de vez en cuando. Figúrese, cómo se sentirán los asesinos, ¿no?, porque muchos están vivos todavía, falangistas, caciques, guardias civiles... Tendrán más o menos su edad, y los habrá hasta más jóvenes, porque en algunas zonas la guerrilla duró casi tanto como la dictadura. Imagíneselos. Estarían en sus casas, jubilados, tan tranquilos, viendo la televisión, y de repente, llega una orden de un juez y, ¡zas!, todo sale a la luz...

Raquel Fernández Perea se lo estaba jugando todo a una carta, y acababa de sacarse de la manga el primer pico. Nada por aquí, nada por allá, y de repente la luz de los focos, los motores en marcha, los micrófonos abiertos, prensa, radio, televisión. Ésa era su única jugada e iba de farol, pero confiaba en que el miedo, un miedo antiguo, cuajado, que había ido fermentando lentamente desde una cálida tarde del mes de mayo de 1977, hiciera su trabajo. La impasibilidad de su contrincante no le permitió adivinar el grado de su acierto, pero al menos no se había echado a reír, no se estaba burlando de ella. Eso la animó a seguir, en el tono blando, compasivo, casi tierno, que más le convenía.

—Y bueno, ya sé que saben que nadie va a ir más allá, que no los van a juzgar ni los van a meter en la cárcel, por supuesto, pero sus hijos, sus amigos, sus vecinos, los compañeros de colegio de sus nietos... —cerró los ojos y movió la cabeza con un gesto de disgusto improvisado—. Menudo panorama, ¿verdad? No es que yo crea que se merezcan otra cosa, pero tampoco debe ser muy agradable. Así que, ya ve, todo cambia y nada permanece, sobre todo en este país. Desde 1977 ha llovido mucho, pero cuando parecía que la historia ya había logrado consolidar el cambio climático, ahora resulta que las borrascas se han vuelto locas —entonces volvió a animarse, a sonreír—. No le voy a engañar, yo estoy encantada. Me parece lo justo, pero sé muy bien que lo justo rara vez sucede en España. Por eso le he dicho desde el principio que le entiendo, entiendo la costumbre de la impunidad. Es razonable que usted no encuentre razones para cambiar de hábitos, pero yo creo que se equivoca, señor Carrión, se lo digo sinceramente. Se equivoca, como se equivocaron todos esos señores que ahora no pueden evitar que sus nietos sepan lo que fueron, criminales, torturadores, secuestradores y asesinos.

Raquel Fernández Perea apagó el cigarrillo en el cenicero y comprobó que su corazón latía a una velocidad frenética. La carta había salido de su manga. Estaba sobre la mesa y no tenía otra. Desde la butaca en la que se encontraba parecía un as, pero no sabía qué aspecto tendría desde el otro lado. Y sin embargo, al mirar a Julio

Carrión, creyó encontrarle más pálido.

—Por otro lado, he meditado mucho sobre todo esto, ya se lo he dicho, y un millón de euros me parece un precio razonable, porque... Ya sé que nadie le va a procesar, señor Carrión, por lo menos de momento —volvió a mirarle, volvió a sonreír—. Espero que a estas alturas ya se haya dado cuenta de que no soy tonta. Sé que nadie le va a arrebatar lo que no es suyo, porque una cosa son los partidos políticos y los sindicatos, que como usted sabe sin duda —y recalcó mucho aquella frase— sí están recuperando lo que les robaron, y otra muy distinta los ciudadanos particulares. No crea que no lo sé, eso está claro. Pero si usted no llega a un acuerdo conmigo, se expone a que le ocurran otras cosas, no tan graves como un procesamiento, desde luego, pero muy desagradables en todo caso. Porque yo no soy tan buena como mi abuelo, ya se lo he dicho.

Julio Carrión se aflojó la corbata para poder desabrocharse los dos primeros botones de la camisa. Empezaba a tener mal aspecto, y no podía haber escogido un momento peor para demostrarlo. Eso pensó Raquel mientras sentía que su cuerpo se aflojaba, que su sonrisa se ensanchaba, que su pie se acoplaba con naturalidad al pedal de un acelerador que hacía cada vez más ruido. Entonces, él se desabrochó también el cinturón y ella pisó hasta el fondo.

—Si no llegamos a un acuerdo, es posible que publique estos documentos, ¿sabe? No se figura lo bien que quedarían como apéndice documental en cualquiera de los libros que he mencionado antes, un libro que contaría su historia, señor Carrión, y la historia de su suegra, que entregó al marido de Paloma a los falangistas, en fin...

Se obligó a hacer una pausa con la que no contaba para sujetar sus nervios, y lo consiguió a duras penas. Tenía unas ganas locas de volver a fumar, pero las sujetó a la vez.

—Mi familia conserva fotos bastante buenas de su suegra y de su mujer, Angélica, cuando era niña. Podríamos publicar incluso esa carta tan bonita que Carlos le mandó a Paloma desde la cárcel de Porlier, unos días antes de que lo fusilaran. Y quizás no llegaría a ser un best-seller, pero seguramente se vendería bien, este tema ahora tiene muchísimo éxito, ya se lo he dicho. Yo no ganaría mucho, porque tendría que ir a medias con alguien que supiera contarlo, un escritor o un periodista que figuraría como autor del libro, pero eso sería lo de menos. Ya he ganado bastante con mi piso de Tetuán, así que... Piense un momento en esa posibilidad, señor Carrión. Yo no me haría famosa, pero usted sí —soltó una risita, como si su última frase le hubiera hecho mucha gracia—. Y ya sé que los escándalos son mucho menos graves en las ciudades que en los pueblos pequeños, porque aquí todo se atomiza, todo se diluye, y es probable que sus hijos ya sepan que es usted un delincuente, porque para eso trabajan todos juntos, pero yo me encargaría de que también se hicieran famosas sus empresas.

Al entrar en aquel despacho, no estaba muy segura de que le conviniera llegar tan lejos. Había preparado aquella parte del discurso con tanto cuidado como las demás, pero era consciente de su condición, mucho más frágil, más precaria y arriesgada que las amenazas personales. Estaba dispuesta a aplazarla, a esperar un momento mejor, a reservarla para cuando él estallara, pero Julio Carrión ya tenía muy mala cara, una palidez enfermiza en la piel, y su respiración se había convertido en un jadeo. Raquel no sabía jugar al póquer, pero estaba acostumbrada a tomar decisiones en condiciones difíciles, y a apostar.

—No creo que eso le convenga, sinceramente, porque usted, como todos los grandes constructores, dependerá en gran medida de las inversiones públicas, encargos, créditos, subvenciones, en fin... Si la gente se entera de quién es usted, de cómo se ha hecho rico, se acabaron las autopistas, señor Carrión, se acabaron los ambulatorios y los hospitales, se acabaron los colegios, los institutos, y las licencias para construir viviendas de precio libre a cambio de destinar un porcentaje a vivienda protegida —él no movió un músculo, no dijo nada, no se rió de ella, no recobró la calma, ni siquiera sonrió—. Eso funciona así, ¿verdad? Ningún partido político va a afrontar el desprestigio de seguir haciéndole rico, y si le soy sincera, no creo que ninguna empresa privada se atreva tampoco. ¿Y le parece mucho un millón de euros? He meditado sobre este tema y creo que soy bastante razonable. No pretendo hundirle, ni arruinarle, ni siquiera empobrecerle. Podría haber multiplicado mi precio por cualquier cifra, pero eso le obligaría a dar explicaciones, a desprenderse de algunas propiedades, a hacer un agujero en sus cuentas corrientes que después no le sería posible justificar. Como venganza no estaría mal, desde luego, pero yo no quiero vengarme. Lo único que pretendo es hacer un buen negocio. Y en el fondo, todo es culpa suya, porque nunca habría llegado tan lejos si usted no me hubiera regalado un ático que vale otro tanto antes de saber por dónde respiraba. No creo que reunir un millón en dinero negro le resulte difícil. De lo contrario, yo misma se lo fabrico, no hay problema. Lo hago con mucha frecuencia. Sebastián le habrá contado que soy asesora de inversiones, ¿verdad? Y usted ya es cliente de la entidad para la que trabajo, lo he comprobado en los archivos que utilizo todos los días. Así que bastaría con liquidar sus fondos de una manera adecuada.

Entonces, Julio Carrión volvió a moverse. Las manos le temblaban cuando llevó la derecha al bolsillo de su camisa para sacar un pastillero de plata, cuadrado y con la tapa rayada, que tuvo que volcar sobre la mesa para coger una pastilla blanca, diminuta, que no había sido capaz de seleccionar con la agitada pinza de sus dedos. Se la metió en la boca y no recurrió al agua para tragarla, aunque a su lado había un carrito con una botella grande y varios vasos. Raquel se asustó. Le vio cerrar los ojos, dejar caer la cabeza sobre el respaldo del sillón, descansar, y comprendió que aquella escena había terminado.

Recogió las fotocopias de los documentos, volvió a meterlas en el sobre, éste en el maletín, y se levantó. Estaba segura de que no iba a pasar nada más, pero entonces Julio Carrión González, recuperado en apariencia de la crisis que parecía haber sufrido, abrió los ojos, se inclinó hacia delante, se aferró a los brazos del sillón, y habló por fin.

—Eres una hija de puta.

—Pues sí —Raquel sonrió—, pero ya va siendo hora de que alguna vez el hijo de puta se apellide Fernández, ¿no le parece?

Luego empezó a andar hacia la puerta en un estado de ánimo muy diferente del que tenía la primera vez que había salido de aquel despacho. Estaba tan excitada que le habría gustado gritar, pero al llegar a la puerta se dirigió a él con la misma serenidad de antes.

—Sebastián conoce todos mis datos, dirección, teléfonos, correo electrónico. Espero que no tarde mucho en responderme. Soy una mujer muy impaciente.

Pero Julio Carrión González nunca pudo responder a Raquel Fernández Perea. Ése fue el único detalle que se le escapó, la única posibilidad que no llegó a medir, a sopesar, a analizar, mientras preparaba aquella entrevista, ni después, mientras elaboraba con la misma meticulosidad sus planes para el futuro.

En su empresa no encontraron ningún inconveniente en darle un crédito hipotecario sobre el ático de Jorge Juan para que pudiera pagar la casa de su abuela al contado. Después, cuando todo hubiera terminado, Raquel ya había decidido vender el ático, liquidar el crédito y disfrutar de la diferencia. El resto del dinero, ese millón de euros que cobraría en cualquier momento, iría a parar a manos de Anita, para que ella, en su momento, heredara sólo la parte que le correspondiera. Robar a un ladrón tiene cien años de perdón, pero Raquel aún creía que podía elegir, y no estaba dispuesta a compartir la condición de su víctima. La forma de lograrlo era el único punto débil de sus planes. No sabía cómo conseguir que una parte de la fortuna de los Fernández Muñoz volviera a manos de su familia sin que su abuela se enfadara con ella por haber incumplido sus promesas, pero tenía mucho tiempo para pensarlo. La tardanza de la respuesta de Carrión tampoco le inquietaba. Reunir dinero negro sin levantar sospechas no es fácil, ella lo sabía, y suponía además que el dueño de Promociones del Noroeste recurriría de nuevo a Sebastián López Parra para arreglarlo todo. Por eso, cuando llegó a la notaría donde había quedado con él, estaba segura de que las escrituras que les habían reunido allí sólo representaban una parte de la operación.

—Supongo que ya lo sabes, ¿no?

Y sin embargo, cuando Sebastián le hizo esa pregunta, justo después de saludarla, comprendió al mismo tiempo que había sucedido algo importante y que era algo que escapaba a su control.

—¿Qué? —procuró parecer risueña, pero él no la siguió esta vez.

—Don Julio tuvo un infarto hace diez días, el viernes pasado no, el anterior, cuando viniste a la oficina.

—¡No me digas! —y su expresión de alarma era tan intensa que su interlocutor no dudó un momento de su autenticidad—. Pero... ¡qué barbaridad! La verdad es que lo encontré muy pálido, con mala cara...

—Sí —Sebastián asintió varias veces—. Yo también. Cuando fui a verle a su despacho, estaba ya en el pasillo. Me dijo que se iba a casa, que no se sentía bien... Me dijo también que no me enfadara contigo, que habías ido a consultarle una tontería.

—Pues sí, pero cuando me acordé ya estaba casi en la puerta, y..., bueno, son historias de familia, largas y complicadas, ya te lo dije el otro día —hizo una pausa para mirar a Sebastián, y dedujo que carecía de cualquier indicio para sospechar la verdad—. Pero eso es lo de menos, porque... Pobre hombre, ¿cómo está?

—Muy mal. Tuvo otro infarto grave hace unos seis meses y se recuperó bien, pero antes ya había tenido amagos y su corazón está muy cascado, por lo visto... No sé, parece que los médicos no creen que vaya a salir de ésta.

No salió. Dos semanas más tarde la familia Carrión publicó la noticia de su muerte en tres periódicos de Madrid. La esquela era discreta, elegante, y no informaba de la hora ni del lugar del entierro, pero Raquel Fernández Perea tuvo una corazonada. No estaba segura de que en los cementerios de Madrid le hubiesen dado esa información si la familia del difunto hubiera dispuesto lo contrario, pero en Torrelodones ni siquiera le preguntaron cómo se llamaba.

El primer día de marzo de 2005 amaneció un sol radiante en un cielo azul cobalto, tan puro, tan vivo, tan intenso como si fuera la ilustración de un cuento infantil. Raquel llegó al pueblo antes que el cortejo y lo dejó pasar. Cuando el coche fúnebre embocó la carretera del cementerio, cerró el suyo y se fue a un bar a tomar un café, pero hacía tanto frío que no logró entrar en calor.

Un cuarto de hora después, volvió a coger el coche y se marchó al cementerio. Allí, apartado de todos, a medio camino entre la puerta y la fosa, un hombre moreno se volvió hacia ella y la miró a los ojos.

Yo tenía once años, y mis padres un chalé en el pueblo de Navacerrada. Era una casa de dos plantas con garaje y jardín, en una urbanización de parcelas de mil ochocientos metros cuadrados, todas iguales, aunque algunas tenían piscina y otras no. Situada en la falda de un monte sembrado de pinos, ofrecía un escenario clásico para un veraneo de clase media tirando a alta. Sin recinto vallado ni vigilancia de ninguna clase, tenía calles de tierra, una explanada con espacio suficiente para jugar al fútbol y una docena de niños de mi edad.

—¿Rafa?

—Sí.

—Hola, soy Álvaro.

Cuatro años después, mi padre construyó en La Moraleja una casa para vivir todo el año, con un jardín tan grande que nunca llegamos a usarlo entero y una piscina en la que cabía varias veces la que teníamos en Navacerrada. Su familia había dejado de pertenecer a la clase media, y en consecuencia, aquel chalé se vendió. Aparte de mí, nadie pareció lamentarlo mucho. Mis hermanos mayores ya lo eran demasiado como para apreciar la monotonía de los veranos en la sierra, y Clara aún no había descubierto la libertad desde el manillar de una bicicleta, pero yo había sido muy feliz en aquel lugar, y siempre tendría una cicatriz en la pierna izquierda para recordarlo.

—Ya, me imaginaba que ibas a llamar.

—¿Estás en la oficina? Tengo que hablar contigo.

—Ahora no, Álvaro, son casi las dos y media...

Aquella tarde habíamos ido a la presa en bici. Lo teníamos expresamente prohibido y por eso lo hacíamos. Para llegar hasta allí, había que pedalear durante un buen trecho por una carretera peligrosa, con mucho tráfico, y cruzarla después para alcanzar la gloria, el puente que se elevaba sobre el dique del embalse. Los pescadores ni se molestaban en volver la cabeza para mirarnos, pero nosotros nos sentíamos muy orgullosos de aquella hazaña que se agotaba en sí misma, porque una vez arriba no había gran cosa que hacer, mirar el agua, dejar las bicis en un recodo para descansar en la hierba que recubría las lomas del otro lado del puente, advertirnos los unos a los otros en voz alta que aquello era ya Becerril, y no Navacerrada, y pensar en el camino de vuelta, una cuesta abajo mucho más temible que el repecho que habíamos tenido que coronar a la ida.

—Bueno, entonces podemos comer juntos.

—No, no puedo. He quedado con un asesor de la Consejería de Obras Públicas de Castilla-La Mancha.

—¿Y a qué hora vuelves a la oficina?

Hasta que a alguien se le ocurrió que existía más de una manera de hacer carreras. La culpa la tuvo el Tour, o la Vuelta a España, esas etapas que veíamos juntos todas las tardes en una casa o en otra, respetando siempre un turno establecido para que no

se enfadara la madre de ninguno y frecuentando lo menos posible las que tenían piscina, para poder seguir bañándonos juntos todas las mañanas sin que ninguno recibiera quejas por los abusos de su pandilla. No teníamos cronómetro, pero sincronizábamos nuestros segunderos antes de empezar, como en las películas de espías, y corríamos contra el reloj en la calle donde terminaba la urbanización, aunque para celebrar las finales subíamos siempre hasta el puente de la presa.

—A las cinco, pero... No sé, Álvaro, tampoco hace falta que quedemos hoy, ¿no? Ya sé que has dejado a Mai, y sé que la has dejado por otra, y yo no digo nada, por cierto, prefiero suponer que sabes lo que haces y por qué lo haces. Ni Isabel ni yo tenemos la menor intención de intervenir en esto, así que...

—Ya, pero es que tengo que hablar contigo también de otras cosas.

—¿Sí? Bueno, pues entonces...

Aquella semana yo no me había clasificado, pero entré en el puente esprintando, de pie sobre los pedales, el cuerpo oscilando a un lado y a otro. Supongo que pretendía demostrarme a mí mismo, y a los demás de paso, que sólo había tenido un mal día, pero que seguía siendo de los mejores, de los más rápidos. Quizás nunca lo fui tanto como aquella tarde, porque bastó con que la rueda rozara con el bordillo para que la bicicleta saltara por los aires y yo con ella. Aterricé de perfil sobre uno de los pedales de la bici del chico que marchaba, y que cayó, detrás de mí. Era un modelo antiguo, de bordes dentados, y el filo metálico se me clavó en la pantorrilla izquierda como si fuera una esquirla de metralla.

—Voy a verte a las cinco, ¿vale?, y otra cosa... ¿Te importa que llame a Angélica para quedar con ella allí también?

—A mí no, pero te advierto que a ti sí debería importarte. Está hecha una fiera. No sé si sabes que quien habló con Mai fue ella.

—Sí, ya lo sé, me lo ha contado Julio. He estado tomando una cerveza con él, se acaba de ir. Pero tengo que hablar con Angélica igual, quiero hablar con todos vosotros.

La primera vez que intenté levantar la pierna del pedal, moví la bici entera. El metal estaba demasiado incrustado y mis amigos tuvieron que ayudarme. Cuando tiraron de mi pie para arriba, aullé de dolor, pero eso no me impresionó tanto como el chorro de sangre que brotó de la herida. Me había hecho un buen destrozo y estaba solo, con once años y entre otros chicos de once años, lejos de casa, lejos del pueblo, en el puente de la presa. Mi eterno competidor, el otro ciclista más veloz de la pandilla, había ido ya a avisar a mis padres, pero la sangre no paraba de brotar, y entonces me acordé de los tebeos de *Hazañas Bélicas*, y de esas películas sobre la guerra del Pacífico que solía ver con papá y con Julio los sábados por la noche. Lo había visto hacer muchas veces, sabía por qué, para qué se hacía, y no vacilé. Me quité la camiseta, la rasgué por la costura, me la lié justo encima de la herida y apreté

muy fuerte con la ayuda de un palo que hizo las funciones de tornillo. Al ponerme de pie, la herida me dolía tanto que creí que iba a desmayarme, pero no me quejé, porque la expectativa de la bronca y el castigo me daba mucho más miedo que el aspecto de mi pierna. En aquella época, yo ya lloraba poco, muy poco, casi nunca, pero sabía que mis padres estaban en casa y que sería él quien vendría a buscarme, porque mamá nunca había aprendido a conducir.

—Muy bien, como tú quieras. Entonces nos vemos a las cinco... Cinco y media, mejor.

—Vale, a las cinco y media.

—Bueno, te tengo que dejar, que llego tarde...

Fue papá el que vino, y muy deprisa. Cuando su coche enfiló el puente, sentí que me quedaba sin aire, pero pude ver su cara antes de que aparcara, y en ella ni rastro de la furia que esperaba. Cerró la puerta sin echar la llave y vino hacia mí casi corriendo, con el ceño fruncido de preocupación y un gesto alarmado, pero también compasivo, que me pareció más digno de su mujer. Nunca había visto aquella expresión en su rostro, y tampoco había escuchado nunca el temblor de aquella voz. ¿Qué te ha pasado, hijo? Entonces llegó hasta mí, me cogió por los hombros, me miró con atención, me besó en la frente. Me he caído y me he hecho una herida en la pierna, le dije, y él ya estaba en cuclillas, mirándola. ¿Y esto?, preguntó señalando mi camiseta con un dedo. Estaba sangrando mucho y me he hecho un torniquete, le expliqué, y volvió a levantarse, me miró, sonrió. Eres muy valiente, Álvaro. Me abrazó, le abracé, y me sentí muy feliz de repente, muy orgulloso de llamarme Carrión, de ser su hijo.

—¿Sí?

—Hola, Angélica, soy Álvaro.

—¡Hombre! Contigo quería yo hablar. Estarás contento, ¿no?

Luego pasó su brazo derecho por debajo de los míos y me advirtió que no apoyara la pierna herida antes de ayudarme a llegar hasta el coche. Mis amigos nos abrieron paso, en sus ojos una luz unánime de simpatía, casi admiración por aquel hombre que era mayor y sin embargo sabía comportarse como un igual, un compañero. Aquel invierno, mi padre había cumplido cincuenta y cuatro años, no muchos menos de los que tenían los abuelos de algunos chicos de la urbanización, y aunque no los aparentaba, el dato de su edad bastaba para inspirar en ellos un respeto fronterizo con el temor. Todos, sin excepción, preferían tratar con mi madre, que era tan joven como las suyas, muy rubia y apacible en apariencia, pero aquella tarde aprendieron que Julio Carrión era un hombre extraordinario, y esa condición se reveló con una intensidad que nunca habían sospechado cuando me acomodó en el asiento trasero y, antes de coger el volante, se quedó de pie junto a la puerta, les miró, les sonrió y les dio las gracias por haber ayudado a su hijo. A partir de aquel momento, habrían hecho

cualquier cosa por él.

—Mira, Angélica, lo que no estoy es dispuesto a discutir contigo.

—Pues me temo que no te va a quedar más remedio, porque lo que has hecho no tiene nombre, Álvaro, en serio. ¿Tú sabes cómo está tu mujer? ¿Sabes que la has destrozado? ¿Y tu hijo? ¿Es que no has pensado en él? No entiendo cómo has podido...

—Refréscame la memoria, Angélica. Tú te liaste con Adolfo antes de dejar a Nacho, ¿verdad?

Cuando salimos del puente, le pregunté adónde íbamos. Primero a casa, me contestó con voz serena, a avisar a mamá y a que te pongas otra camiseta, no puedes ir por ahí medio desnudo... Y luego a Madrid, a que te cosan esa pierna en un hospital. Pero podemos ir al médico del pueblo, ¿no?, propuse yo, dispuesto a minimizar mi responsabilidad, y él negó con la cabeza. No, dijo luego, no me fio. Prefiero llevarte a un hospital, sólo tienes dos piernas, que yo sepa, y no me cuesta ningún trabajo... Entonces llegamos a casa y mi madre vino corriendo hacia el coche, abrió la puerta, me cubrió de besos, me miró la herida, empezó a chillar. ¡Pero, bueno, Angélica!, y aquella tarde, su marido sólo la regañó a ella, si no ha sido nada, un simple accidente, ¿qué quieres, asustar al niño? Vete a por una camiseta, anda, y mete un pijama para cada uno en una bolsa, y los cepillos de dientes, por si nos tenemos que quedar a dormir en Madrid...

—Sí, pero Nacho ya me había dejado a mí una vez, acuérdate. Se largó con una enfermera y estuvo tres meses fuera de casa, y luego, cuando volvió... Bueno, da igual. Mi caso no tiene nada que ver con el tuyo, Álvaro.

—No poco.

—¡No! Nada en absoluto. Mi matrimonio era un desastre, hacía años que estaba muerto y tú lo sabes, lo sabe todo el mundo.

El era así, capaz de transmitir serenidad, confianza. Era muy difícil llevarle la contraria, y aquella tarde, su mujer ni siquiera lo intentó. Entonces dejé de sentirme culpable y empecé a vivir lo que estaba ocurriendo como una aventura, hasta un privilegio. Lo fue. Mientras conducía hacia Madrid, sólo me preguntó dos veces si me dolía la pierna, y le mentí. No mucho, dije, y él me contó una historia antigua y emocionante de la que nunca me había hablado antes y que nunca le escucharía repetir después, un episodio que parecía la secuencia de una película, Romualdo Sánchez Delgado, que había estado jugando al fútbol conmigo hacía sólo un par de domingos, inconsciente y con medio cuerpo congelado, y mi padre, su amigo Eugenio, cada uno con una pistola en la mano, advirtiendo en español a un médico alemán que le matarían allí mismo si se le ocurría amputarle la pierna. Así que ya ves, me dijo, cuando empezábamos a distinguir a lo lejos la torre de La Paz, soy un especialista en salvar piernas y esta vez ni siquiera voy a tener que sacar la pistola,

¿no? Y yo me eché a reír, y volví a asegurarle que no me dolía, y a sentirme feliz, orgulloso de él, de ser su hijo.

—Vale, Angélica, en eso llevas razón. Pero eso no cambia nada. Tú te enamoraste de otro hombre y yo me he enamorado de otra mujer. Entonces era tu vida y ahora es la mía. Cada uno toma sus propias decisiones, ¿no?

—No es lo mismo, Álvaro.

—Pues, mira, probablemente no, pero seguro que se parece bastante.

El torniquete se lo ha hecho él mismo, doctor, con su camiseta y un palo que ha encontrado tirado en el suelo, ¿qué le parece? Después de sonreír con mi padre, el médico, que era joven y simpático, examinó la herida, se me quedó mirando, me sonrió a mí. Eres muy valiente, Álvaro, escuché por segunda vez en una sola tarde, esto tiene que haberte dolido mucho. Yo no contesté, y él volvió a dirigirse a mi padre. Le vamos a poner anestesia local para coserle. Se va a quedar con un buen siete, pero si cicatriza bien, no va a tener ningún problema... Él asintió con la cabeza, sonriendo siempre. No tenía miedo, y eso bastaba para que yo tampoco lo tuviera. Cuando terminó con el vendaje, que era muy aparatoso, el médico se puso serio para advertirme que lo más importante de todo era que no apoyara el pie. Ya sé que es una faena hacer reposo en mitad del verano, pero no te va a quedar más remedio, y para eso también hace falta ser valiente... Luego, papá me enseñó a andar con muletas y aprendí bien, muy deprisa, tanto que, al llegar al coche, estuve seguro de que iba a llevarme de vuelta a Navacerrada. Pero me abrió la puerta del copiloto y condujo en dirección contraria, hacia una marisquería carísima que estaba en la calle Fuencarral, muy cerca de la glorieta de Bilbao. Yo sólo había ido allí una vez, en uno de sus aniversarios de boda, pero él debía frecuentarla bastante, porque los pocos camareros que no estaban de vacaciones le saludaron por su nombre, me alegro de verle, don Julio.

—Yo creo que no.

—Pues yo estoy seguro de que sí. Y además, yo no soy como Julio, Angélica, yo no le ponía los cuernos a Mai, no andaba detrás de todas las mujeres con las que me tropezaba. Estoy seguro de que tú lo sabes, porque ella lo sabe también.

—Claro que lo sabe. Por eso está dispuesta a perdonarte, está deseando que vuelvas a casa. Piénsalo, Álvaro. No puedes tirar tu vida entera por la borda por un simple capricho.

Ya sé que agosto no tiene erre, le dijo al maître cuando nos sentamos a la mesa, pero estoy seguro que podrá usted hacer algo por este héroe del ciclismo. Desde luego, aquel hombre sonrió antes de empezar a servirnos una cena maravillosa, pero ni las cigalas, ni los percebes, ni el centollo me gustaron tanto como estar allí, con mi padre, cenando juntos como dos compañeros, dos camaradas. Nunca había estado tantas horas a solas con él, y nunca había pensado que pudiera ser tan fácil, que

encontraríamos tantas cosas de las que hablar, que nos reiríamos tanto. Aquella noche fue una de las más grandes de mi vida, tal vez la mejor que había vivido hasta entonces, o al menos así la recordaría después, y cuando salimos del restaurante era muy tarde, y no podía iluminarnos otra luz que la de las farolas, pero yo vi un resplandor amarillento y cálido acariciando el cuerpo de mi padre, rodeando su cabeza como un halo imposible, distinguiéndolo de los árboles y los edificios, de los coches y los transeúntes, y aquella luz me abrazó a mí también, me fundió con él en un lugar aparte, y nunca podré recordarlo de otra manera, mi padre y yo brillando juntos en la oscuridad compacta de una noche de agosto, en la ciudad desierta del verano de mis once años.

—No es un capricho. Y no voy a volver.

—Pues te equivocas. Te vas a equivocar y lo siento por ti. Porque tienes una mujer estupenda, y una vida buenísima, Álvaro. Mai y tú habéis sido siempre muy felices, daba envidia veros, y lo sabes, y de repente...

—Mira, Angélica, no quiero seguir discutiendo sobre esto. Tú no sabes nada de mí y no te lo voy a contar ahora. Pero tengo que hablar contigo. De papá. Por eso te he llamado.

Nunca he olvidado aquella luz que estaba en nosotros, que éramos nosotros, que nos acompañó hasta la calle Argensola, y me sostuvo en el portal mientras él aparcaba, e inundó el ascensor, el recibidor, el pasillo, y se hizo más fuerte mientras mi padre me ayudaba a ponerme el pijama, y me tapaba como a un niño pequeño, y me besaba antes de acostarse en la cama de al lado, por si los calmantes no hacían el efecto previsto y el dolor me despertaba en la mitad de la noche. Aquella luz no se extinguió ni siquiera cuando nos quedamos a oscuras y de repente sentí que no podía quedarme dormido sin hablar, sin contarle lo que me pasaba. Te quiero mucho, papá, le dije entonces. Y yo te quiero mucho a ti, hijo mío. Eso me dijo, y la felicidad me escoció en los ojos, mis ojos de niño valiente, que sólo tenía once años pero aquella tarde no había llorado, que ya lloraba poco, muy poco, casi nunca.

—¿De papá? ¿Y qué tienes que decirme tú de papá?

—Algunas cosas que no se pueden contar por teléfono. He quedado con Rafa en su despacho, a las cinco y media. ¿Puedes venir?

—Sí, pero iré solamente si me prometes que vas a pensar muy bien en lo que acabo de decirte.

Al día siguiente, los dos nos levantamos de muy buen humor. Bajamos a desayunar a la calle y hablamos poco. Ya no hacía falta. Fuimos oyendo la radio en el viaje de vuelta y también recuerdo el sol, el viento que entraba por la ventanilla, las canciones del verano que tarareamos a dos voces. Luego, mamá se hizo cargo de mí. Me abrazó, me sobó, me besó un millón de veces, y sacó una butaca de mimbre al porche, colocó delante un taburete para que apoyara el pie, me preguntó qué me

apetecía leer, escuchar, comer, beber, se ofreció para jugar conmigo a todos los juegos de mesa que teníamos en casa y yo me dejé mimar, pero respondí con una sonrisa a todas las sonrisas con las que su marido glosó aquella escena, y con una mirada de inteligencia a todas las que me dirigió durante aquellos días. Dos semanas después, ella se empeñó en venir con nosotros a Madrid, y soltó un chillido al ver la cicatriz, que no era un siete sino más bien una zeta mayúscula en el centro de mi pantorrilla izquierda. ¡Angélica, por Dios, que no es una niña! Mi padre se echó a reír. Además, en cuanto empiecen a salirle pelos, ni se le nota... En eso también tuvo razón. Yo era el único de sus hijos que había salido a él, y mis piernas se cubrieron pronto de un vello oscuro y rizado, capaz de ocultarlo todo excepto que soy, que siempre seré, hijo de Julio Carrión González.

—Angélica, por favor... Tengo cuarenta años.

—Precisamente por eso. Es la mejor edad para hacer tonterías.

—Bueno, pues ya está. Yo te he avisado y no voy a prometerte nada, pero si quieres venir, allí nos vemos.

Cuando acabé de hablar con mi hermana Angélica, la pierna volvía a dolerme. Sentía la cicatriz, su forma exacta, el dibujo que trazaba sobre mi piel, el miedo, la valentía y aquel viejo dolor, calor y frío, los labios de la herida blandos, ensangrentados, quemando la carne, hundiéndola hacia dentro. Hacía muchos años que no lo recordaba. Aquel día no habría querido recordarlo, y sin embargo la pierna me dolía, la luz brillaba, me iluminaba con tanta fuerza como si nunca se hubiera apagado, como si nada pudiera extinguirla. Sentado a solas en una cafetería del Paseo de La Habana, ante una mesa de madera oscura que tendría cualquiera de esos misteriosos nombres africanos que Mai habría sabido adjudicarle sin vacilar, aún podía verle frente a mí, en otra mesa con un mantel rosado, una vela encendida y una imponente fuente de marisco entre los dos, su sonrisa grande, poderosa, su cabeza magnífica. Veía a mi padre aquella noche de verano, un resplandor amarillo y tierno nimbando su rostro, y me veía a mí mismo, tal y como era entonces, pequeño y valiente, orgulloso, feliz de estar con él, de ser el hijo de un hombre extraordinario. No había elegido aquel recuerdo, no habría querido recuperarlo, pero no pude arrancar sus ojos de los míos. Mi memoria había elegido por mí, y había querido devolverme aquel dolor, aquel amor, tan sólido y sincero, tan auténtico, que nada, nadie, podría acabar con él, herirlo, derrotarlo.

—Póngame otro whisky, por favor. Y algo para picar.

—Ahora mismo le traigo la carta.

—No, no quiero comer. Con unos panchitos tengo bastante.

Yo amaba a mi padre. Le quería, le admiraba, le necesitaba. Quizás no lo había olvidado pero me las había arreglado para no recordarlo mientras leía la carta de mi abuela, y después, cuando Raquel me habló de Julio Carrión González, joven y

seductor en la derrota, en la victoria, en el desastre final, definitivo. Un mentiroso, un tramposo, un traidor, un ladrón, un estafador, un oportunista, un hombre sin moral, sin sentimientos, sin escrúpulos, una mala persona. Todo eso era fácil, había sido fácil escucharlo, aprenderlo, encajar cada dato, cada secreto, en el perfil de un personaje de ficción, un desconocido de nombre familiar que era mi padre, sí, y el de mis hermanos, el marido de mi madre, pero nada más. Mientras mi propio amor estuvo ausente, esas dos palabras, mi padre, no fueron más que una etiqueta, una expresión útil para clasificarle, un título sin demasiado contenido. Julio Carrión González había sido mi padre y yo su hijo, su heredero pero no su cómplice. Hasta que mi memoria me traicionó para serme fiel, y todas las palabras recobraron de golpe su sentido.

—¿Me trae la cuenta, por favor?

—Aquí tiene, señor.

—Gracias, quédese con la vuelta.

Había aprendido a amar a Raquel Fernández Perea por encima del amor de mi padre. Ahora tendría que aprender a amarla al margen de ese amor, y de todas sus mentiras. Entretanto, me había ido rompiendo por dentro, al principio suavemente, un pequeño crujido en la conciencia, la insidia de unos pocos objetos vergonzosos, las torpezas de mi imaginación y el furor con el que había decidido exterminarlas. No había sido sencillo pero tampoco demasiado complicado, hasta que la verdad se ató a mis brazos, a mis piernas, y empezó a galopar en cuatro direcciones distintas, y sentí la tensión, el desgarro de un desmembramiento que nunca podría reparar. Dispuesto a recomponerme como fuera, tuve que aceptar que las articulaciones no volverían a ser las mismas, que mis huesos no se soldarían en los ángulos que formaban antes y mi cuerpo arrastraría para siempre las secuelas de aquel proceso, miembros amputados, de longitud dispar, la huella de la sangre, una cojera leve, o no tan leve, un dolor sostenido, sordo y fatigoso, en el amanecer de los días nublados. El amor lo puede todo, y entre quedarse con algo y quedarse, sin nada, cualquiera escogería quedarse con algo. La nada no puede compararse excepto consigo misma, el amor tampoco.

—¿Me da una butaca para la sesión de las tres y media?

—¿Para qué sala?

—Pues... Para la que sea, no sé, la dos...

El amor no puede compararse excepto consigo mismo, y tampoco se puede deshacer, no se puede mentir, no se puede obviar mientras exista. Por muy inconveniente, por muy indeseable, por muy terrible que sea. En la calle hacía calor, en el cine frío, pero la sonrisa de mi padre llenaba la pantalla, y yo escuchaba su voz cálida, segura, eres muy valiente, Álvaro, y la mía, ronca de emoción, te quiero mucho, papá, y otra vez la suya, y yo te quiero mucho a ti, hijo mío. Nada de lo que había pasado ya, nada de lo que pudiera pasar en el futuro, borraría ese rostro, apagaría esas voces. La pierna me dolía tanto que tenía el cuerpo encogido, los ojos

me picaban de ganas de llorar las lágrimas que tenía guardadas desde aquel verano, aquella noche blanca y luminosa en la que me sentí feliz, orgulloso de ser hijo de Julio Carrión González. Habían pasado casi treinta años y no había dejado de serlo, ésa era una de las pocas cosas que nunca podrían cambiar, pero en los últimos días, mientras el mundo entero se venía abajo, había logrado olvidar que le quería, que le admiraba, que le necesitaba. No lo había recordado hasta aquel momento, y sólo en aquel cine con aire acondicionado, donde se proyectaba una película de la que jamás me acordaría después, me di cuenta de lo que significaba aquel amor que había podido con todo, que lo había resistido todo, que no cedía a la razón, ni al corazón, porque era yo, como Raquel, como mi cuerpo, como mi nombre.

—Perdone, pero había quedado con mi hermano Rafa y no está en su despacho.

—Es que éste ya no es su despacho. Se ha trasladado al de don Julio, bueno, al de su padre.

—Ya... ¿Y Julio?

Había tenido que aprender a amar a Raquel por encima del amor de mi padre, y ahora tendría que aprender a seguir amando a mi padre al margen de mi amor por Raquel y de mi propia voluntad. Y nada sería tan duro, nada tan difícil ni tan raro como aceptar esa soledad nueva y más cruel, la conciencia de ese amor que no deseaba pero tampoco podía dejar de sentir, por más que despreciara a aquel hombre, por más que me avergonzara de él, por más que me humillaran su historia y su codicia. Yo no me merecía un padre así, pero nunca iba a tener otro. Él no se merecía el amor de un hijo como yo, pero yo nunca podría dejar de quererle. Era mi padre, y eso lo explicaba todo, lo estropeaba todo, era mucho más que una frase, tres palabras. Era mi padre. Lo comprendí entonces, cuando estaba a punto de apretar el gatillo, de encender la mecha, de activar el detonador que haría saltar por los aires a Julio Carrión González al menos para mí, al menos en mi vida, de una vez y para siempre. El hombre más simpático del mundo, el seductor congénito, el encantador de serpientes, el hechicero de su propio talento, el autodidacta brillantísimo, el triunfador sin derrotas, iba a desaparecer del horizonte de su familia al menos por unas horas, y ni siquiera la ceguera del más ciego de sus hijos lograría devolverlo entero, sano y salvo, sin mancha ni quebranto, a la cartulina dorada donde su mujer había pegado nuestras cabecitas recortadas.

—Julio se ha quedado en su despacho de siempre. Él..., bueno, ya sabe, no le da tanta importancia... En fin, ¿quiere que le acompañe?

—No hace falta, gracias.

—Hasta luego, entonces.

Julio me había advertido que no llamara a Rafa y sabía por qué me lo decía. Yo también. Por eso le había llamado. Si no hubiera quedado con él y con Angélica, no habría pasado nada. Julio se habría cuidado de mantener nuestra conversación en

secreto hasta que hubiera logrado olvidarla, y tampoco habría tardado mucho, porque a él no le interesaban esta clase de asuntos. En eso se parecía a Clara, no era como yo, no era como Rafa. Pero yo sabía lo que iba a hacer, y sabía por qué lo hacía. Después, mis hermanos mayores se preguntarían por mis razones y nunca las entenderían del todo. Pensarían que había querido vengarme de mi padre en ellos, que me había vuelto loco de pronto, que me había dejado llevar por una ira incomprensible, que me movía un odio repentino o una extraña variedad de fanatismo ideológico, incentivado por una pasión sexual que no me convenía y que acabaría arruinando mi vida sin remedio. Todo eso llegarían a suponer, pero yo estaba muy tranquilo, muy seguro de mis actos y de los motivos que los impulsaban. Quería hablar. Quería escuchar. Sólo eso, nada más que eso. Quería contar en voz alta lo que nunca había contado nadie y quería escuchar en voz alta las palabras que nunca había escuchado. Quería que supieran lo que yo pensaba, lo que yo sentía, y averiguar qué pensaban, qué sentían ellos al saber del hombre que había sido su padre. Parecía muy poco pero era mucho, porque había pasado el tiempo, y el silencio pactado para encubrir la verdad había terminado por suplantarla. Ahora la verdad era aquel silencio sólido, duro, imperturbable, la verdadera inexistencia de datos, de palabras, de recuerdos, y los labios cerrados, y las conciencias mudas, y la exquisita indolencia de la riqueza. Había pasado mucho tiempo, pero no demasiado, porque nunca es demasiado. Había pasado mucho silencio, tanto que su duración parecía una garantía de eternidad, pero yo iba a romperlo. Aquello no iba a acabar bien, y eso también lo sabía.

—Buenas tardes, he quedado con mi hermano Rafa...

—Sí, pase, le está esperando.

—¿Y Angélica? Ha venido también, ¿verdad?

La secretaria me lo confirmó con un gesto, y al empujar la puerta recordé uno de mis cumpleaños, el séptimo debió de ser, el octavo quizás. Yo había pedido un futbolín de sobremesa que estaba agotado en todas las jugueterías, y por la tarde, cuando volví del colegio, me encontré con un premio de consolación, un juego de magia, el archisabido regalo que mis hermanos mayores ya habían recibido más de una vez. Mi decepción fue tan grande que empecé a protestar cuando el paquete todavía estaba a medio abrir, y mi madre se ofendió, se enfadó mucho conmigo. Mi padre no dijo nada, pero al día siguiente apareció con una caja enorme. Con un mago en la familia tenemos bastante, le escuché decir mientras lo abría, y luego, muchos años después, volvió a regalarme aquel mismo futbolín que yo ni siquiera sabía cuándo habían guardado en el trastero. Mi hijo Miguel acababa de nacer y entró con él en la habitación del hospital. Como ha sido niño..., murmuró mientras nos abrazábamos.

—Hola.

Rafa estaba sentado en la silla de papá y no hizo ademán de levantarse. Angélica ocupaba una de las dos butacas reservadas a las visitas, al otro lado de la mesa, y tampoco se movió, pero yo fui a saludarles a los dos, primero a él, luego a ella, y me devolvieron los besos de pie, con una frialdad que me convenció de que ya sabían para qué los había convocado aquella tarde.

—Mira, Álvaro... —Rafa me lo confirmó enseguida, mirándome a los ojos mientras jugueteaba con un portaminas de acero, fino, elegante, idéntico a los que solía usar mi padre, al que Raquel me dio como si hubiera sido suyo, quizás el último que usó en su vida—. Ya sé que te están pasando muchas cosas a la vez, y que son importantes, y por eso... Bueno, es lógico que estés nervioso, excitado, ¿no? Antes, cuando me has llamado por teléfono, me has contado que ya habías visto a Julio, y como me extrañaba mucho todo esto, yo también he hablado con él. Lo primero que me ha dicho es que te había pedido que no me llamaras, y tendrías que haberle hecho caso, ¿sabes?, porque...

Hizo una pausa para mirar a Angélica, pero ella no quiso intervenir. Entonces, volvió a mirarme y siguió hablando en el mismo tono, lento, precavido y aún amable, aunque ya impregnado de un elaborado efecto de superioridad.

—No nos vas a contar nada que nosotros no sepamos. Es una historia muy antigua, que a estas alturas carece por completo de importancia en cualquier sentido, y que además no debemos valorar, porque no podemos hacerlo. Ni tú, ni yo, ni nadie que no haya vivido aquella época, nadie que no haya tenido que tomar decisiones en unas circunstancias tan terribles que ni siquiera las podemos imaginar. Así que, antes de que empieces, te voy a decir dos cosas. La primera es que nada de lo que me cuentes va a hacer cambiar mi opinión sobre papá. Y la segunda es que... —me dedicó una sonrisa irónica—. En fin, Julio ya me ha contado esa historia del teléfono apuntado en una nota, dentro de una carpeta con papeles de la División Azul, pero la verdad es que no me he creído ni una palabra, Álvaro. Prefiero decírtelo desde el principio. Esa tía no es trigo limpio. Estoy seguro de que fue ella la que te encontró a ti, y más seguro todavía de que lo único que quiere es tu dinero.

Lo dijo con tanta seguridad, en un tono tan solemne, que me hizo sonreír.

—¿Y se puede saber de qué te ríes? —mi reacción le había picado—. A mí no me parece gracioso.

—A mí sí —contesté, pero no quise precipitar las cosas, así que me contenté con mirarle, y miré a Angélica antes de empezar a hacer mis propias preguntas—. Decidme una cosa, ya que lo sabéis todo... ¿Sabéis también que la abuela Teresa, la madre de papá, murió de una neumonía infecciosa el 14 de junio de 1941, cuando estaba presa en el penal de Ocaña?

—Eso no es verdad —Angélica abrió la boca por fin.

La abuela Teresa murió en plena guerra, en verano del 37, creo, y de tuberculosis,

Álvaro, lo sabes de sobra, todos lo sabemos.

—No, Rafa —le miré, miré a mi hermana, y vi que los dos me miraban con la boca abierta, una expresión de asombro todavía pura, incontaminada de otras emociones—. Lo que sabemos es lo que papá nos contó, lo que quiso que creyéramos, pero no es la verdad. En junio de 1937, la abuela abandonó a su marido, pero estaba viva, muy viva. Le escribió a su hijo una carta de despedida, porque él no quiso marcharse con ella. La tengo yo. La encontré en su despacho de La Moraleja, en esa carpeta de cartón azul que tú no crees que exista. Pedí una copia de su partida de defunción, os la puedo enseñar cuando queráis. La abuela murió en Ocaña, presa, o penada, como dicen los papeles que me mandaron del registro. En 1939 la juzgaron y la condenaron a muerte por un delito de auxilio a la rebelión. Después, le conmutaron la pena por treinta años de prisión.

Mi hermano no reaccionó, pero su cara estaba tan blanca como si se hubiera quedado sin una gota de sangre en el cuerpo. Angélica, que era más inteligente pero carecía en absoluto de cultura política, se limitó a ponerse nerviosa.

—Pero, no lo entiendo... —dijo, revolviéndose en la butaca—. ¿Y eso qué es, qué significa? ¿Por qué estaba en la cárcel? ¿Qué es lo que había...?

—¿Hecho? —le pregunté, y ella asintió—. Nada. No había hecho nada. No la metieron en la cárcel por lo que había hecho, sino por lo que era. Era socialista. Y republicana, por descontado.

—¿Pero qué dices, Álvaro? —y dejó escapar una risita nerviosa de la que tal vez ni siquiera fue consciente—. Eso no puede ser... ¿Socialista, la abuela?

—Sí, socialista —yo también sonreí, al comprobar que el trabajoso izquierdismo que mi hermana parecía haber adquirido por vía seminal, era tan débil que no llegaba a traspasar la superficie, a arañar siquiera su antigua convicción de que las víctimas siempre se merecen la suerte que han corrido—. Militante del Partido Socialista Obrero Español. De la agrupación de Torrelodones, claro. Igual que el abuelo de tu marido, aquel al que tiraron vivo a un pozo, en Canarias, porque él también era socialista, estaba afiliado a la UGT, ¿verdad?

No quiso confirmarlo en voz alta pero me dio igual, porque yo lo sabía. Ella también, aunque se limitara a taparse la boca con una mano para mirarme con ojos de alucinada. En ese momento, me volví hacia mi hermano y comprobé que el color no sólo había regresado a su rostro, sino que se había incrementado sobre sus mejillas en una peligrosa proporción.

—Y tú ¿con qué derecho te llevas nada del despacho de papá? —me preguntó con el cuerpo inclinado sobre la mesa, los puños apretados contra el tablero como si pretendiera hundirlo en el suelo.

—Con el mismo que tú, Rafa —no me daba miedo, y se dio cuenta—. Cuando llegué, en la pared había varios huecos. Lisette me dijo que te habías llevado algunas

fotos, y que Julio había cogido el retrato de mamá que papá tenía en un marco de plata. Pensé que había empezado la barra libre.

—No es lo mismo.

—No, en eso tienes razón. Pero vosotros no tuvisteis la curiosidad de buscar nada. Yo sí, y por eso encontré esa carpeta, aunque no la quiero para mí solo, ya lo ves. Os estoy contando lo que había dentro y puedo haceros copias de todo. Hay papeles muy interesantes, por cierto.

—Para mí no, desde luego —Rafa se relajó, volvió a reclinarse en el sillón, buscó de nuevo refugio en la arrogancia—. ¿Que la abuela era socialista? Pues muy bien. Eso pasa hasta en las mejores familias, ya se sabe. ¿Que la metieron en la cárcel después de la guerra? Normal, para eso la habían ganado, ¿o no? Si las cosas hubieran sido al revés, los rojos habrían hecho lo mismo. ¿Y qué más?

—Mucho más —sonreí—, pero prefiero ir por partes. De momento, reconoceréis que ya os he contado una cosa que no sabíais. Bueno, en realidad son dos. Primero quién era la abuela. Y segundo, quién era papá. Un hombre capaz de renegar de su madre, de enterrarla en vida, de mentir sobre ella a sus propios hijos...

—¡No! —Angélica me interrumpió con una súbita violencia—. Eso no es verdad, Álvaro, eso no es así, no puede ser así. Papá debió de tener motivos, razones para hacer lo que hizo. ¿Por qué te pones de parte de la abuela y en contra suya, vamos a ver? A papá lo conocíamos, a ella no. No sabemos nada de la abuela, no podemos saber qué clase de persona era, igual... —huyó de mis ojos para buscar consuelo en los de Rafa—. En aquella época, todos hicieron cosas horribles, ¿o no?, las mujeres también. Igual era... No sé. Si la condenaron a muerte, a lo mejor fue porque había matado a alguien, o lo había denunciado. Madrid estaba llena de checas, torturaban a la gente, la mataban por leer el *Abc*...

—La abuela era maestra —miré a mi hermana, a mi hermano, respiré hondo, me asombré de mi serenidad, la tranquilidad con la que hablaba—. Daba clase a los párvulos en la escuela de Torrelodones. Era una militante muy activa, con responsabilidades en el partido, sólo a nivel local, pero responsabilidades al fin y al cabo. Y era también una mujer libre, muy valiente, eso sí. Hablaba en los mítines, presidía comités, ayudaba a los refugiados... Los franquistas condenaban a muerte a las personas como ella, dirigentes de partidos de izquierdas que no habían cometido ningún delito, siempre por lo mismo, auxilio a la rebelión, aunque fueran ellos quienes se habían rebelado. Ellos empezaron, y después, ellos desencadenaron el terror de una forma ordenada, sistemática, nada que ver con los crímenes individuales y espontáneos de la zona republicana. Eso fue lo que pasó, nada más. Lo siento por ti, Angélica —sonreí, aunque no sé si mi hermana llegó a percibir la ironía—, pero tu abuela nunca mató a nadie, nunca torturó a nadie, nunca denunció a nadie. La gente de su pueblo la adoraba.

—Eso no lo sabes —Rafa estaba todavía menos dispuesto a digerir mis sonrisas —. Te estás montando una fantasía...

—No —le interrumpí—. Os estoy contando la verdad. En Torrelodones todavía hay gente que se acuerda de ella. Encarnita, la dueña de la farmacia, sin ir más lejos. ¿Sabéis quién es, verdad?, la vimos en el entierro de papá. Luego fui yo a verla un día, a su casa, y ella me contó quién era la abuela, cómo era... Roja perdida pero muy buena persona, me dijo, eso sí, sobre todo buena, que no se te olvide... La conocía muy bien, la quería mucho. Fue alumna de la escuela en la que trabajaba, pero antes, y desde siempre, muy amiga de Teresita. Tenían la misma edad.

—¿Teresita? —mi hermano había vuelto a perder de golpe el aplomo y el color.

—¡Ah, coño! Claro, que eso tampoco lo sabéis... Pues para saberlo todo, estáis aprendiendo un montón de cosas, ¿no? —hice una pausa para disfrutar de aquel momento y comprobé que, para mi asombro, casi me estaba divirtiendo—. Papá tampoco era hijo único. Tenía una hermana pequeña, Teresa Carrión González, que nació en 1925. Tengo su partida de nacimiento, me la dieron en el registro de Torrelodones, si os interesa, os la puedo fotocopiar. Tengo también una foto en la que aparecen ella, la abuela y todos los alumnos de la escuela del pueblo. Encarnita la ha conservado durante todos estos años, y su hija me regaló tres copias, una normal y dos ampliaciones, de la abuela y de Teresita, que entonces debía de tener... No sé, unos doce años. Pero no sé nada más de ella. En los papeles que guardaba papá, no aparece por ninguna parte, ni fotos, ni cartas, nada. No sé si murió durante la guerra, o después, o si sigue viva. Él no la buscó, desde luego, y su padre tampoco. En las cartas que le escribió a Rusia, ni la menciona.

—Pero... —Angélica estaba igual de perdida—. No puede ser, porque esa niña... Viviría con él, ¿no?, estaría...

—¿En su casa? —mi hermana me miró, asintió con la cabeza—. Claro. Vivieron juntos hasta que la abuela abandonó a su marido, en junio de 1937. Teresita se fue con ella, papá no. Encarnita me dijo que ella no lo entendió, no lo entendió nadie, por lo visto, porque Julio, o sea, papá, quería mucho al amante de la abuela, el hombre con el que se marchó, que se llamaba Manuel, y también era maestro, y socialista, y mago aficionado. Él fue quien le enseñó a hacer magia.

—Entonces, la abuela Teresa... —Rafa sonrió—, aparte de maestra, y socialista, y republicana, era un putón.

—Lo mismo que tu hermana —yo también sonreí—, aquí presente.

—¿Quieres dejar de hablar de eso, Álvaro? —a ella no le hizo gracia la comparación—. Te estás poniendo muy pesado, en serio.

—No —Rafa salió en su auxilio—, porque en aquella época todo era distinto. Aquello sería un escándalo descomunal, figúrate, una mujer casada, una adúltera, que dejó abandonado a su hijo, encima... Menuda humillación. No me extraña que papá

no quisiera volver a saber nada de ella.

—A mí sí. Porque, en primer lugar, ella no le abandonó. Fue él quien no quiso marcharse con ella.

—¡Anda ya, Álvaro! —y se echó a reír—. No me vengas con retruécanos...

—No es un retruécano, porque en aquella época... —me obligué a parar, porque las sonrisitas de mi hermano estaban empezando a enfurecerme, y no quería perder los nervios antes de tiempo—, a Teresa no le convenía. Precisamente en aquella época, lo que hizo la abuela no era ni más ni menos grave que hoy mismo. En España había divorcio, Rafa, y matrimonio civil. Las mujeres divorciadas podían vivir solas o volver a casarse sin perder la custodia de sus hijos —entonces me dirigí a mi hermana —. Por eso he hablado de ti, Angélica, y no pretendía criticarte, al contrario, sobre todo ahora, que estoy en la misma situación que tú, pero además... —hice otra pausa para volverme hacia él y mirarle despacio—. Es cierto que la República no acabó con la caverna. Con eso no acabaremos nunca. Y el abuelo Benigno se alegraría mucho de que Franco ganara la guerra, desde luego, porque era un pedazo de facha y un meapilas, no hay más que leer las cartas que le escribió a papá a Rusia, así que todos los fusilamientos le parecerían pocos, y todas las procesiones también, en eso no voy a llevarte la contraria. Para él, su mujer no sería más que una puta roja, una desgracia y una desgraciada, pero para su hijo no era igual, no podía serlo, porque... —jódete, Rafa, pensé antes de soltarlo—. Papá se afilió a la JSU un mes y medio después de que su madre se fuera de casa.

—¡Eso es mentira! —él se levantó, dio un par de pasos hacia mí y los labios le temblaban, le temblaba la voz, las manos, el dedo índice con el que me señalaba, le temblaba el cuerpo entero mientras me miraba como un mal actor aficionado, que interpretara el papel de un noble castellano, rancio y deshonrado, en cualquier obra del Siglo de Oro—. ¡Estás mintiendo, Álvaro! No me lo creo, ¿me oyes?, no voy a consentir que sigas diciendo...

—Anda, Rafa, siéntate —y esta vez fui yo quien sonrió—. No es mentira, es verdad. Lo sé, porque también encontré su carné, una cartulina rectangular, doblada por la mitad. Eso sí que te lo voy a fotocopiar, pero en color, por un lado la cubierta, que es roja y tiene en la portada una estrella dorada de cinco puntas y tres letras mayúsculas, la ese más grande que las otras dos, y por otro, lo que hay dentro, una foto de papá a los quince años, su nombre completo, la fecha de nacimiento, en fin, lo típico...

Mi hermano no se movió. Cerró los ojos, volvió a abrirlos, se miró las manos, las metió en los bolsillos y levantó la cabeza antes de posar sus ojos en mí como si nunca me hubiera visto antes. Su rostro había cambiado de época, de género, y ahora parecía el de la estatua decapitada de cualquier emperador romano, digno, soberbio, patético, demasiado grande para ser contemplado desde el suelo. Me aguanté la risa,

y volví a pedirle que se sentara con un movimiento de la mano. Nunca me había caído bien, pero en aquel momento, al verle hacer el ridículo de aquella manera, llegó a darme hasta un poco de lástima.

—¿Qué es la JSU? —Angélica salvó la situación con una vocecita de cachorro asustado.

—La Juventud Socialista Unificada —contesté, y al mirarla me di cuenta de que ya no tenía fuerzas ni para taparse la boca con una mano—. La fusión de las Juventudes Socialistas y las Juventudes Comunistas. Se unieron un poco antes de que empezara la guerra y siguieron juntas hasta el final.

—¿Y papá era de... eso? —volvió a preguntar, como si ya no estuviera segura de nada.

—Sí. Y de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, también. Hay otro carné, pero es del año 41, eso sí. De finales de junio, por cierto, se ve que le gustaba afiliarse en verano... —sonreí, pero ninguno de los dos quiso seguirme—. Papá se hizo falangista cuando se alistó en la División Azul. Allí no debían saber nada de su pasado, supongo que los de la JSU quemarían sus archivos antes de que los franquistas entraran en Madrid, para proteger a sus militantes. ¿Eso tampoco lo sabíais?

—Yo no —contestó ella,

—Yo tampoco —Rafa por fin volvió a su silla, andando despacio, y habló sin la seguridad, la convicción de antes—. Pero no me parece tan raro. Cambiaría de opinión.

—Desde luego, eso se le daba muy bien, podríamos decir que era su deporte favorito... Le gustaba tanto tener varias opiniones que nunca llegó a renunciar a ninguna, nunca cambió del todo. Iba y venía, pero sin destruir nunca las pruebas de su adhesión a la causa que más le conviniera en cada momento. Guardó sus dos carnés durante toda su vida. Estaban juntos, envueltos en la misma hoja de papel de seda, dentro de una cartera de piel alargada, pequeña, de esas que se usan para guardar los talonarios de cheques, con la carta de su madre y una foto hecha en París, en 1947, en la que le acompaña una mujer guapísima, espectacular, que se llamaba Paloma Fernández Muñoz y era pariente nuestra, por cierto, prima hermana de la abuela Mariana. Y tía abuela de mi novia, también, porque Julio os habrá contado que me he liado con una prima nuestra, ¿no? Seguro que eso sí que lo sabéis.

—Pero... —Rafa se había quedado enganchado bastante antes—, papá nunca estuvo...

—¿En París? —no se había atrevido a acabar la frase y tampoco quiso asentir a mi pregunta—. Sí, claro que estuvo allí. Vivió en París más de dos años, desde finales del 44 hasta abril del 47. Cuando comprendió que los alemanes iban a perder la guerra, desertó. En vez de volver a casa, se quedó en Francia. Creía que los aliados

invadirían España para deponer a Franco y restaurar la democracia, todo el mundo lo creía en aquel entonces, era lo justo, lo lógico, lo que tendría que haber pasado. Por eso desempolvó su viejo carné de la JSU, para mezclarse entre los exiliados y volver como un vencedor, ¿comprendéis?

Me detuve para mirar a Rafa, para mirar a Angélica, otra vez pálidos, otra vez mudos, y seguí hablando.

—Así se encontró con los Fernández. Ellos eran de Madrid y veraneaban en Torrelodones. El único hombre superviviente de la familia era comunista, pero su hermano y su cuñado, los dos muertos, fusilados aquí al lado, en el cementerio del Este, eran socialistas, compañeros y amigos de la abuela Teresa. Ignacio Fernández también la había conocido, y reconoció a papá una tarde, en un café. Lo llevó a su casa, y su familia le acogió, le protegió, le dio de comer, le prestó dinero, le ayudó a buscar un trabajo... Llegaron a ser tan íntimos, a confiar tanto en él, que cuando decidió volver a España, le pidieron que arreglara la venta de las propiedades que tenían aquí, porque antes de la guerra eran muy ricos, pero se habían marchado sin nada y no vivían mucho mejor que al cruzar la frontera. Y él se comprometió a ayudarles como ellos le habían ayudado antes, volvió con poderes para actuar legalmente en su nombre, y se lo robó todo. Todo —miré a mi hermano, él me miraba —. Eran tiempos duros, desde luego, pero yo creo que sí podemos valorar, Rafa, creo que podemos opinar, y hasta juzgar, aunque no los hayamos vivido.

—Cállate —la primera vez lo dijo casi en voz baja, sin alterarse, la espalda erguida contra el respaldo del sillón, las manos sobre los brazos.

—No me da la gana —le contesté—. No me voy a callar. Tampoco os conviene, porque os quedan algunas cosas importantes por descubrir, y a mí también. Os he contado muchas cosas, y me merezco que me contéis algo a mí. Por ejemplo, cómo os explicó papá la visita de Ignacio Fernández, el día que apareció con su nieta Raquel en la casa de Argensola, en mayo del 77. Y cómo creéis que conoció a la abuela Mariana, y a mamá.

—Pues...

—Cállate, Angélica.

—No, Rafa —mi hermana afrontó con firmeza la tensión de un rostro que estaba a punto de cambiar, aunque ni ella ni yo supimos prever en qué dirección—. ¿Por qué? —y se volvió hacia mí—. No nos explicó mucho, en realidad. Nos dijo que conocía a la abuela de Torrelodones, que ella veraneaba allí, que la ayudó a vender las propiedades de su familia y que se repartieron los beneficios. Luego, cuando mamá se hizo mayor, fue a pedirle ayuda. La abuela pretendía tenerla encerrada en casa, pero ella quería trabajar, y él la contrató como secretaria, empezaron a salir juntos, y... Pero, bueno, todo eso ya lo sabes, ¿no? —asentí, lo sabía—. Eso fue lo que nos contó. Y que los de Francia se lo habían dejado todo a la abuela Mariana y

ahora venían a reclamar, pero que no tenían ningún derecho. Con la ley en la mano, no.

—Claro —murmuré—, claro... Él ya se había ocupado de eso, pero...

Hice una pausa y de repente me pregunté si aquello valía la pena, si de verdad servía para algo, por qué, para qué hablaba. Estaba muy cansado, y asqueado de mí mismo, de mi padre, de su historia, de mis hermanos, de todo. Había pasado el tiempo, mucho tiempo, y yo ni siquiera los había conocido, no había conocido a mis abuelas, ni al abuelo de Raquel, a su hermano, a su cuñado, a Paloma. Y estuve a punto de arrepentirme, a punto de levantarme y de decir en voz alta que ya todo daba igual, y salir a la calle, de repente necesitaba salir a la calle, respirar un aire distinto del que había en aquel despacho, volver a Raquel, con Raquel. Tal vez lo hubiera hecho si no hubiera vuelto la cabeza, si no hubiera mirado a mi hermano, si no hubiera visto cómo me miraba él.

—Las cosas no fueron así —seguí hablando deprisa, sin ganas, sólo para acabar de una vez—. La abuela Mariana se había quedado con todo sólo porque era la única que no se había exiliado. Antes, en los primeros meses de la guerra, vivía en Argüelles, pero un bombardeo destruyó su casa. Entonces su tío le ofreció la suya, en la glorieta de Bilbao, y allí se quedó cuando los dueños se marcharon. Y se aseguró muy pronto de que nadie la molestara ni le expropiara nada. Unos pocos días después de que los franquistas entraran en Madrid, el marido de su prima Paloma apareció por allí a medianoche. Tenía veintiocho años y era teniente del ejército de la República. Estaba cojo y tenía el brazo derecho inútil, le habían herido de gravedad en el frente, a finales del 36. Sólo quería esconderse, pasar allí una noche, dormir en una cama y comer algo. Iba desarmado, no podía recurrir a nadie más, y eso fue lo único que le pidió a Mariana, que le dejara dormir una noche allí. Y a la mañana siguiente, ella le denunció. Los falangistas fueron a por él, le encontraron durmiendo, le sacaron de la cama en pijama, lo metieron en la cárcel, lo juzgaron por rebelión militar, lo condenaron a muerte y lo fusilaron enseguida, para que la abuela se convirtiera en toda una benefactora del régimen y pudiera vivir tranquila, sin problemas, disfrutando de lo que no era suyo. Así que, ya ves —me volví hacia mi hermana—, tu abuela Teresa no denunció a nadie, pero tu abuela Mariana sí. Y se creía muy lista, pero no contaba con papá. No podía imaginar que todo lo que había robado se lo iba a robar a su vez, de verdad y para siempre, otro más listo que ella, Julio Carrión González, el hombre que empezaba a hacerse a sí mismo.

—No digas eso, Álvaro —Angélica, impresionada a su pesar por lo que acababa de oír, chasqueó los labios en un gesto de desagrado y se hizo un lío consigo misma, con su memoria y con sus convicciones, con lo que quería y con lo que no podía creer —. Lo cuentas de una manera, que parece... A los republicanos les expropiaron sus bienes, sí, pero eso no era robar porque había leyes, tribunales, había... Era una

consecuencia de la guerra, ¿no?, una situación excepcional, y ellos no estaban aquí, ellos... Lo habían abandonado todo, habían renunciado a todo, como si dijéramos...

—No. No podemos decir eso, Angélica. Ellos no renunciaron a nada, huyeron para salvar la vida, solamente. Y tenían razones para hacerlo. Los dos hombres de su familia que no lograron escapar acabaron fusilados.

—Bueno, pero de todas formas... No podemos hablar de lo que pasó como si hubiera sucedido ayer... —y entonces su expresión se serenó, como si por fin hubiera encontrado el argumento que estaba buscando—. Si lo que cuentas es verdad, lo que hizo la abuela fue horrible, desde luego, ese pobre hombre, no sé... Es imperdonable. Pero lo de papá es distinto. Él no fue un ladrón, Álvaro. Lo que hizo era legal.

—¿Legal?

Tendría que haberme marchado ya, pensé, justo después de hacer esa pregunta, tendría que marcharme ahora mismo. Llegué a pensarlo pero no pude hacerlo, porque toda la sangre que tenía en el cuerpo se concentró de golpe en mi cabeza, y mis orejas empezaron a arder, me ardía el cuello, la cara, sentía la sequedad del fuego en la garganta, la lengua quemada, áspera, y todo era anaranjado, todo rojizo, aquella habitación, los muebles, los cuadros, mis hermanos, el mundo ardía, todo estaba ardiendo, mis ojos sólo distinguían el color de las llamas cuando mis piernas se levantaron solas y mi voz dejó de serlo para convertirse en una máquina de gritar.

—¡Este puto país era ilegal, Angélica! ¡Todo, de arriba abajo, era una puta ilegalidad! ¿Me oyes? Las leyes eran ilegales, los jueces eran ilegales, los tribunales...

Entonces sentí un golpe en el hombro y me volví. Rafa estaba detrás de mí, y al mirarle, vi en sus ojos una sombra del fuego que me consumía.

—¡Cállate! —me agarró por la camiseta y empezó a escupir insultos mezclados con gotas de saliva, su rostro tan pegado al mío como si nos fuéramos a besar en la boca de un momento a otro—. ¡Cállate, cabrón, hijo de puta, cállate ya!

—Déjame, Rafa —tiré con mis manos de las suyas, le obligué a soltarme, y entonces, quizás sin ser todavía consciente de que lo estaba pensando, calculé que él era más alto pero yo el más fuerte de los dos—. No me toques.

Retrocedió dos pasos y se apoyó en la mesa, pero seguía estando demasiado cerca de mí, y aquella sensación de calor sin nombre preciso, las llamas anaranjadas que me deslumbraban y lo envolvían todo, se fue espesando y definiendo, ganando peso, volumen, hasta encajar en un grado supremo, ignorado para mí, de una sensación conocida, que era violencia y no me consentía moverme, andar, largarme de allí antes de que fuera tarde.

—Estoy harto de ti, ¿te enteras? —él siguió hablando, gritando, escupiendo algo más que insultos mezclados con saliva—. Estoy hasta los huevos del niño mimado, del genio de la familia, del científico de los cojones. ¿Qué sabes tú del mundo real, Alvarito, qué sabes tú del precio de las cosas? Yo te lo voy a decir... ¡Una mierda!

Eso es lo que sabes, toda la vida comiendo la sopa boba, gastándote el dinero de papá, viviendo como Dios, para que vengas ahora con gilipolleces... —entonces se calló un momento, me miró, dejó escapar una risita amarga, seca, que transformó sus labios en una mueca—. Y lo peor es que él lo hizo por ti más que por nadie, por ti, que eras su favorito, su hijo preferido, Álvaro es el más listo, Álvaro es el mejor, es el único que se me parece, eso decía todo el tiempo, sin parar, y ahora... ¡Serás cabrón, desagradecido de mierda! Tu padre no quería que pasaras por lo que había pasado él, ¿te enteras? No quería que creciéramos en la miseria, él sabía muy bien lo que significa ser pobre, lo sabía, tú no, tú no tienes ni idea, Álvaro... ¿Te has preguntado alguna vez lo que le costaba a papá el alquiler de la casa que tenías en Boston? Yo sí lo sé. A mí me tocó ir al banco para poner en marcha la transferencia automática con la que te lo pagábamos cada primero de mes. Porque el niño no podía ponerse a trabajar al acabar la carrera, como los demás, el niño no, qué va, él tenía que hacer una tesis doctoral, y luego otra, porque le habían dado una beca en el Instituto Tecnológico de Noséquépollas, y eso era la hostia de importante, no veas, allí sólo van los sabios del mundo, pero él no podía vivir en una residencia, como los demás, el niño no, pobre Alvarito, a él había que buscarle un apartamento, y había que pagárselo, porque ya tenía bastante con ser tan inteligente...

—Eso no es verdad, Rafa —mi sangre circulaba a tanta velocidad que casi podía sentir el colapso, el atropello de mis propias venas, pero aún podía hablar con tranquilidad, aún podía parecer tranquilo—. Yo hice mi primera tesis con una beca de mi universidad, y ya era profesor de la facultad cuando me fui a Boston. Llevaba casi cuatro años cobrando un sueldo todos los meses.

—¡Claro, tu sueldo! Perdona, se me había olvidado... —y volvió a reírse—. El Estado invierte en ti, Alvarito, igual que en las carreteras... Eso te gusta más que pensar en el dinero de papá, ¿no? Así puedes seguir siendo puro, bueno, progresista, así puedes seguir dedicándote a las cosas importantes de verdad, como que todos los niños inmigrantes de San Sebastián de los Reyes puedan disfrutar de los placeres del capitalismo haciendo el gilipollas una vez al mes en tu museo de juguete, ¡hala!, ¿y por qué baja la rampa?, ¡hala!, ¿y por qué se apaga la luz?, ¡hala!, ¿y por qué ahora va más despacio...?

—¡Cállate, Rafa! —y yo fui hacia él, yo le cogí de las solapas, yo le escupí mi desprecio a la cara—. Si a ti no te da vergüenza hablar así, a mí sí me da vergüenza escucharte, ¿me oyes? No sabes lo que dices, no tienes ni idea...

—¡Oh, fíjate! —y sin abandonar el soniquete pretendidamente ingenuo, infantil, con el que subrayaba el asombro fingido de sus ojos muy abiertos, apresó mis manos con las suyas pero no consiguió que le soltara—, la Tierra se mueve...

—¡Cállate! —y de repente me encontré diciendo en voz alta lo que estaba pensando—. Eres de lo peor, lo peor, la escoria más miserable, lo más despreciable...

Eres repugnante, Rafa, me das asco. Estás orgulloso de ser como eres, ¿no?, de ser un animal. Estás satisfecho de lo que no sabes, de no saber nada, eso es lo que te gusta y lo que te gustaría que hiciéramos los demás, hacer sin pensar, hacer y no saber, vivir sin preguntarnos jamás por qué suceden las cosas... Eres peor que papá...

—¡Suéltame, Álvaro!

—Mucho peor, eres más duro, más cínico... Y tú lo has elegido, has podido elegir... —aflojé la presión cuando mi propio pensamiento se hizo más fuerte que mis manos—. Eres lo que más odio en este mundo, tú y los que son como tú.

—¡Que me sueltes!

—Eres un hijo de puta, Rafa...

Le solté y me pegó. Me dio un puñetazo en el ojo derecho y no me dolió porque mi cuerpo era ya sólo violencia, sólo fuerza, rabia, movimiento, una energía nueva y potentísima. Por eso no pudo tirarme. Encajé el puñetazo de pie y embestí con la cabeza por delante, como un toro furioso, enloquecido, lo derribé de un cabezazo y me eché encima de él y empecé a pegarle yo, con los dos puños, tan abismado, tan concentrado en lo que estaba haciendo que él ni siquiera acertó a responderme, no pudo responderme, no supo, se tapaba la cara con las manos y yo le pegaba igual, una vez, y otra, y otra, su cabeza se movía al ritmo de mis golpes, caía hacia un lado, luego hacia el otro, para regalarme una emoción oscura, el tenebroso placer de mi fuerza, de su debilidad, y un deseo insaciable de no terminar nunca.

—¡Álvaro, Álvaro, por Dios!

Escuché la voz de mi hermana, la reconocí, y volví de la remota región de mí mismo a la que me había trasladado en el último minuto, quizás sólo segundos. No podía haber pasado mucho más tiempo, porque Angélica acababa de gritar, acababa de arrodillarse a mi lado. Ahora lloraba, y me tiraba de la manga, la estaba oyendo y sentía la presión de sus dedos, pero no la miraba. No podía mirarla porque tenía los ojos clavados en Rafa, que estaba debajo de mí, y tenía la cara llena de sangre, y gemía, se quejaba con los brazos muertos, tirados en el suelo, y en mis manos también había sangre, los nudillos me dolían pero no sentía nada más. Los nudillos me dolieron hasta que de repente la perplejidad se esfumó, se esfumaron la rabia y la emoción, y me quedé a solas conmigo mismo y con mi propia versión del horror. Hacía más de veinte años que no me metía en una pelea. Nunca había pegado tanto a nadie. Y nunca había pegado a nadie así.

—Lo sabía.

Entonces, alguien se acercó desde atrás, me cogió por las axilas, me levantó e inmovilizó mis brazos con los suyos, aunque todo hubiera terminado ya.

—Te lo dije, Álvaro, lo sabía, sabía que esto iba a acabar así, te conozco y le conozco a él, le conozco mucho mejor que tú...

Era mi hermano Julio. Cuando empezamos a discutir a gritos, una secretaria había

abierto la puerta, nos había visto, y se había asustado tanto que había ido corriendo a buscarle. Ahora estaba conmigo, rodeándome con sus brazos todavía, y le miré, y no encontré nada que decirle, ninguna palabra que sirviera para explicar qué había pasado. Entonces, Rafa se incorporó con mucho trabajo, se llevó las manos a la cara, chilló de dolor.

—Me has roto la nariz, cabrón —hablaba con una voz pastosa, gutural, como si tuviera la garganta llena de flemas.

—Déjame ver... —Angélica se acercó a él y le tocó con cuidado, pero sin ceder a sus protestas—. No, no creo que esté rota, pero sí muy inflamada... Van a tener que ponerte algo ahí. Levántate, vamos, yo te ayudo —lo intentó, pero no pudo moverle —. Ven, Julio, échame una mano...

Le cogieron cada uno de un brazo y consiguieron ponerle de pie mientras yo contemplaba la escena como un figurante, un espectador neutral del dolor que otro hubiera provocado.

—Voy a llevarte ahora mismo a mi hospital, Rafa, para que te miren bien. Van a tener que darte unos puntos en el labio, seguramente también en una ceja, nada grave... Por lo demás, no tienes ningún hueso roto, así que no te pongas nervioso, por favor —por primera vez en mi vida, celebré el carácter de mi hermana Angélica, ese puntilloso autoritarismo de suma sacerdotisa de la salud que solía sacarme de quicio —. Pero antes de nada, tienes que lavarte la cara, vamos al baño, yo te acompaño, ven con nosotros, Julio... —entonces se volvió hacia mí—. No te vayas, Álvaro, por favor. Quiero hablar contigo.

Julio me miró como si se le hubiera olvidado que yo también estaba con ellos, y antes de seguirles se acercó a mí, me puso una mano en la cabeza, me besó en la mejilla. No dijo nada y se fue, me dejó solo, de pie, en aquel despacho inmenso donde todo había empezado, mi padre y Raquel, verdades y mentiras, la vida que no había vivido, la que me quedaba por vivir, Pero mi hermana no tardó en volver.

—Álvaro...

Estaba seguro de que iba a regañarme, y dispuesto a encajar la regañina sin protestar, porque era justa, lógica, porque me la merecía. Rafa me había pegado primero, pero yo no me había limitado a devolverle el golpe. Había perdido el control y era culpable. Estaba seguro de que era eso lo que Angélica quería decirme, lo que me iba a decir, pero cuando pronunció mi nombre, secándose todavía las manos en una toalla de papel blanco que sus dedos iban tiñendo de rosa, percibí en su voz la pequeña angustia de las confesiones difíciles.

—Álvaro, yo quería decirte... —empezó a estrujar la toalla, a retorcerla para estirarla después, mirándola como si aquel ejercicio absorbiera toda su atención, pero entonces se le ocurrió algo mejor que hacer—. A ver, déjame que te vea el ojo.

Se acercó a mí, lo miró durante unos segundos, lo limpió con un pico de la toalla

que tenía en la mano, lo palpó sin hacerme daño.

—Nada —concluyó—, se te va a poner morado pero no tienes ningún corte, y... Bueno, yo quiero pedirte un favor, Álvaro... Ya sé que para ti todo esto que nos has contado de papá, y de la abuela, de las dos, en realidad, pues... Para ti es importante y yo lo comprendo, lo comprendo muy bien, no creas, pero, a pesar de todo... A lo mejor no lo entiendes, él tampoco lo entendería, lo sé, pero... La verdad es que prefiero que Adolfo no se entere de nada, quiero pedirte que no le cuentes nada, por favor, porque... —la toalla no era ya más que una pulpa informe entre sus dedos cuando la encerró en un puño y apretó muy fuerte—. Ha pasado mucho tiempo, ¿no?, y él..., bueno, pues está siempre dándole vueltas a lo de su abuelo, está obsesionado con ese tema, y tampoco ganaría nada con saber...

Entonces por fin me miró, y lo que vio en mis ojos no la animó a seguir. Un instante antes, yo no habría creído estar más entero que la celulosa que ella acababa de destrozar, pero la temperatura de mi cuerpo volvió a elevarse mientras mi ánimo recobraba una súbita y misteriosa serenidad.

—Vete a la mierda, Angélica.

Lo dije sin alterarme, sin levantar la voz. Después, di media vuelta y me marché.

Cuando Mariví le recitó por el interfono la referencia de la carta que había enviado a la viuda de Julio Carrión, Raquel Fernández Perea se puso tan nerviosa que sintió náuseas, pero al pensar en la que se le venía encima, se esforzó por recuperarse tan deprisa como si su visitante estuviera ya sentada al otro lado de la mesa. Luego descolgó el teléfono y marcó a toda prisa un número de cuatro cifras.

—La tía Angélica ha venido. Está aquí.

—Pero... —Paco titubeó sólo un segundo—. Tendría que haber llamado para pedir una cita, ¿no?

—Pues sí, pero ya ves. Ha preferido presentarse sin avisar. No es buena señal.

—¿Por qué? No te agobies, Raquel, lo vas a hacer muy bien, estoy seguro.

En ese momento, fue Álvaro Carrión Otero, y no su madre, quien llamó a la puerta de aquel despacho.

—Te dejo, ya ha llegado.

—Suerte —y esa palabra nunca significaría tanto y tan poco a la vez.

Al salir de la notaría convertida en la flamante propietaria de un ático de lujo en el que nunca iba a vivir, Raquel ya presentía que Julio Carrión no saldría vivo de aquel infarto. Se daba cuenta de que existían muchas posibilidades de que su segunda visita hubiera causado la muerte de aquel hombre, pero aunque a ella misma le pareciera increíble, la verdad es que eso le daba igual. Si él no se había sentido culpable de nada durante más de cincuenta años, no iba a sentirse ella culpable ahora, al contrario. Habría celebrado aquella muerte como un epílogo justo, hasta gozoso, de la vida de su abuelo Ignacio, si no fuera porque la desaparición de Carrión desbarataba todos sus planes.

Muerto el perro, se acabó la rabia. Durante la agonía de quien iba a ser su víctima y acabó resultando su enemigo, Raquel recordó muchas veces aquella frase que había escuchado repetida en París y en español, en multitud de voces y todos los acentos posibles, mientras recorría con su familia un montón de casas diferentes donde siempre les recibían a gritos, con una botella de champán y una tortilla de patatas. Muerto el perro, se acabó la rabia, sí, pero era otra rabia la que ella sentía al calcular que, después de todo, Carrión iba a ganar otra vez, aunque esa victoria le costara la vida. Se enfurecía tanto sólo de pensarlo, que en su propia furia halló la solución. Cuando comprendió que la rabia que estaba viviendo como una experiencia personal no era más que una pasión delegada, heredada del amor de un hombre muerto, recordó a tiempo que ni los pecados ni las culpas se heredan, pero las deudas, en cambio, se cobran sin excepción de las herencias. Ella lo sabía muy bien, porque para eso trabajaba en un banco.

Le habría resultado muy fácil atacar a los hijos de Julio Carrión, porque les conocía, sabía qué aspecto tenían, dónde trabajaban y que Sebastián protestaría mucho al principio, pero acabaría llevándola de la mano hasta la puerta de sus

respectivos despachos. Parecía una buena hipótesis, pero la descartó antes de terminar de explorarla. No temía ser injusta, sino equivocarse, porque tampoco ella había podido olvidar jamás una muñeca pelirroja que iba vestida de verde. Clara Carrión debía de tener su misma edad y sus hermanos eran mayores, pero ninguno rebasaba la frontera de su propia generación, la primera en mucho tiempo de españoles que nunca han tenido miedo. Y el miedo era la clave de su plan, el requisito imprescindible para el éxito de su proyecto. Sin él, no había nada que hacer. Si Julio Carrión González no hubiera tenido miedo, si ese miedo no hubiera sido el mismo que paralizó a Anita Salgado Pérez al enterarse de que su marido había ido a ver a aquel hombre casi treinta años antes, el discurso que Raquel había preparado, memorizado y ensayado ante el espejo de su dormitorio hasta lograr repetirlo de un tirón en aquel despacho inmenso, no habría tenido más efecto que una sonrisa de suficiencia, teñida, si acaso, de una mínima inquietud. Porque todo lo que le había contado era cierto, y las librerías estaban verdaderamente llenas de libros sobre la guerra y la posguerra, y cada mes aparecían nuevos documentales sobre el tema, y los jueces autorizaban todas las semanas exhumaciones de las víctimas de la represión franquista, y el Estado seguía pagando indemnizaciones a los partidos y sindicatos republicanos expoliados por los vencedores de la guerra civil, y cada uno de estos acontecimientos era una novedad en sí mismo y la coincidencia de todos ellos una novedad mayor, pero para aprovecharla, hacía falta mucho más que una carpeta de piel marrón en las manos de una economista sin contactos en el mundo editorial.

Lo que Raquel poseía era mucho para ella pero muy poco para un periodista, porque había tantos casos parecidos y tantos peores, más novelescos, más aparatosos, con más niños, más víctimas, más muertos, que la pequeña tragedia de los Fernández Muñoz nunca superaría la media de la gran tragedia nacional. Era así de brutal, así de duro, pero así era. Ella lo sabía, y sabía que aunque se saliera con la suya, aunque se dedicara a peregrinar por las redacciones de los periódicos y los despachos de las editoriales hasta encontrar a alguien dispuesto a invertir en su historia, las consecuencias de su publicación, lejos de herir de muerte a la familia Carrión, no representarían para sus miembros nada más grave que una molestia pasajera. El futuro de su grupo empresarial no iba a verse comprometido en absoluto por la revelación del pasado de su fundador. Raquel Fernández Perea también estaba segura de eso, y sin embargo arriesgó y ganó, habría ganado si la muerte no le hubiera disputado su trofeo antes de tiempo. Porque había apostado al miedo de aquel hombre, y su miedo no la había defraudado.

Julio Carrión González tenía miedo, mucho miedo, siempre lo había tenido. Aquel día, en su despacho, Raquel se había dado cuenta de que su actitud no era una reacción proporcionada a las amenazas que escuchaba, sino la consecuencia de una vieja costumbre, años y años recordando a Ignacio Fernández, esperando a que

cumpliera su promesa, preparándose para recibir el golpe último, definitivo. Su abuelo, después de todo, se había salido con la suya. Había logrado quitarle el sueño y había creado las mejores condiciones para que su nieta rematara la faena, pero su ambición la había perdido. Había salido todo tan bien, que todo se vino abajo cuando el miedo dejó de ser un aliado para convertirse en un vengador.

Sin embargo, lo que había funcionado con el padre, no funcionaría con los hijos. Raquel podía imaginar la escena, su discurso, la respuesta que obtendría a cambio, ¿sí?, muy bien, guapa, publica lo que quieras, pues no faltaría más... Ellos nunca la temerían, y su tranquilidad bastaría para desarmarla, por eso los descartó enseguida. Quedaba su madre, la viuda y heredera principal de Julio Carrión González, la hija del Sapo, aquella niña rubia de ojos claros que se convirtió en una preocupación constante para todos los habitantes de la casa donde vivía, porque no se asustaba al oír las sirenas que alertaban de los bombardeos y seguía jugando tan tranquila, en cualquier rincón de un piso enorme. Para Angélica, que había nacido en el verano de 1935, aquel sonido era vulgar, corriente, la banda sonora de todos los días, nada por lo que hubiera que preocuparse. Eso era todo lo que Raquel sabía de ella, eso y que le sentaba mal comer bien. Su organismo estaba tan habituado a digerir sólo pan negro y lentejas, que cuando conseguían algo más nutritivo, tenían que acostarla enseguida con dolor de estómago.

Su abuela Anita no había podido contarle cómo había conseguido casarse con Carrión, o cómo había logrado él casarse con ella. No lo sabía. Mariana Fernández Viu no se había puesto en contacto con sus tíos ni antes ni después del regreso de Julio, pero en septiembre de 1949, la noche antes de coger el tren que la devolvería a Galicia y a la casa de sus padres, había ido a ver a Casilda García Guerrero, la viuda de su primo Mateo. Ella sí había mantenido una relación epistolar constante con los Fernández Muñoz desde el final de la guerra, incluso después de casarse otra vez, y en los años peores, cuando estaba sola con su hijo en una buhardilla miserable de la calle Ventura de la Vega, había recurrido a Mariana en las ocasiones desesperadas, cuando no tenía trabajo o el niño enfermaba. En aquellas visitas, el Sapo siempre la había ayudado lo justo y ella nunca le había pedido más. Nunca tampoco habían llegado a hablar de otras cosas, por más que una supiera que su suegro había enviado a aquella dirección decenas de cartas que nunca habían obtenido respuesta, y por más que la otra sospechara que lo sabía.

Por Casilda supieron los Fernández en Toulouse, y después en París, cómo estaban las cosas en Madrid, y fue también Casilda quien les escribió para contarles lo que Mariana le había contado a ella, después de localizarla con mucha urgencia a través de uno de sus hermanos pequeños, que trabajaba en una taberna de Embajadores. Por aquel entonces, Mateo Fernández Gómez de la Riva, su mujer y sus hijos sabían ya, a través del abogado al que habían contratado ante la falta de

noticias, que Julio Carrión se lo había robado todo con la única excepción de la casa de Torrelodones. La madre del mayor de sus nietos les contó que acababa de echar a su sobrina de allí, que ella parecía ahora muy interesada en representar los intereses de su familia en España para recuperar lo que se pudiera, y que la había mandado a tomar por culo con todas las letras. Claro que a lo mejor no he hecho bien, añadía antes de despedirse. Yo creo que ese cabrón ya se habrá encargado de que no podáis recuperar nada, pero si queréis que escriba al Sapo, por si se puede hacer algo, tengo su dirección... Ellos sabían que no había nada que hacer, y que si hubiera, sería a favor de Mariana. No se fiaban de ella más que de Carrión y casi preferían aquel final a cualquier otro que implicara un reparto de beneficios. Cuando éste se produjo, les pilló desprevenidos.

El día que encontraron, siempre en una carta de Casilda, un recorte de la sección de notas de sociedad de un periódico de Madrid, ya estaban en 1956 y habían alcanzado un nivel de vida lo bastante confortable como para no recordar a Julio Carrión a todas horas, pero eso no les ayudó a entender aquella noticia, «el pasado sábado, día 5 de mayo, don Julio Carrión González, de treinta y cuatro años de edad, contrajo matrimonio con la señorita Angélica Otero Fernández, de veintiuno, en la iglesia de Santa Bárbara». ¿Qué os parece?, había escrito Casilda a lápiz, en el margen, yo me quedé de piedra cuando lo vi... A ellos les pasó algo semejante, pero lo olvidaron enseguida con la única excepción de Paloma, que volvió a venirse abajo cuando parecía que ya no podía hundirse más.

Historias como ésta, la única que Anita le pudo contar sobre Angélica aquella tarde en la que le prometió contárselo todo, le enseñaron a Raquel la lección del miedo, que ella ya no aprendería de ninguna otra manera. No le resultó fácil comprenderla. Nadie de su edad, de su generación, lo habría logrado sin resistencia.

—Pero, vamos a ver, abuela —se había empeñado una y otra vez—, eso no puede ser, no me lo creo. Si Casilda estaba aquí, si os escribía y le escribíais todo el tiempo..., ¿cómo pudo quedarse Mariana con todo? ¿Por qué no buscó ella un abogado, por qué no puso una denuncia, yo qué sé...?

—¿Quién, Casilda? —Raquel asentía con la cabeza, y ella sonreía—. ¡Pobrecita mía! Como para ir a un juzgado, estaría...

—Bueno, pero podría haber buscado a alguien que la representara. Seguramente, alguien habría podido hacer algo.

—Sí, meterla en la cárcel, de momento.

—¿Por qué? Si ella ya había estado presa al final de la guerra, ¿no? Y la habían soltado. Y yo no digo que fuera derecha a una comisaría, pero... No sé, estaba fatal, viviendo en la miseria, trabajando como una burra, con un crío pequeño, y la otra con todo, sin ningún derecho, y... Cuando Carrión volvió, hacía ocho años que se había acabado la guerra, ocho años —y cuanto más lo repetía, menos lo entendía—. ¿Y

antes, ni siquiera se os ocurrió? ¿No se os pasó por la cabeza intentar nada? A tu marido, que era abogado, y a su padre, que era ingeniero y trabajaba en un ministerio... Ellos eran de aquí, conocerían a mucha gente, tendrían amigos, compañeros de trabajo. No eran unos pobres ignorantes, no estaban desamparados, sabrían a quién recurrir, digo yo. Por eso no lo entiendo, la verdad es que no entiendo. ¿Cómo pudo pasar todo eso, abuela?

—Porque teníamos miedo, Raquel —Anita miró a su nieta, volvió a sonreír—. Todos teníamos miedo, los ricos y los pobres, los cultos y los incultos, todos, mucho miedo. Casilda tenía miedo, y tu abuelo y sus padres, también. Temían por ella, por el niño, tú... Tú no sabes de lo que estás hablando, Raquel, no puedes imaginártelo siquiera.

Quizás por eso se quedó callada. Buscaba argumentos nuevos, pero no los encontró.

—Mira —su abuela se los proporcionó enseguida—, cuando los fascistas entraron en Madrid, Carlos, el marido de Paloma, fue a ver a un íntimo amigo suyo, profesor de su misma facultad, que se había hecho comunista en plena guerra y pasaba por ser el más revolucionario de todos. Ya no me acuerdo de cómo se llamaba, pero sé que era de una familia de militares fachas. Por eso se había salvado, y por eso Carlos pensó que podría salvarle a él. Tuvo que ir andando hasta Aranjuez para buscarle, y cuando lo encontró, su amigo le escuchó, le prometió ayuda, le pidió que le esperara. Y se fue a denunciarle. Eso es lo que le dijo a Carlos su hermana pequeña, y que se marchara corriendo de allí. Le dio dinero para volver a Madrid en tren y le salvó la vida, aunque sólo fuera para que Mariana pudiera entregarlo al día siguiente. ¿Comprendes?

—Y esa chica era de derechas —supuso Raquel.

—Claro. De derechas pero, por lo que se ve, muy buena persona, mucho mejor que su hermano —Anita sonrió—. Por eso teníamos miedo, porque no podíamos confiar en nadie. Del único que nos fiamos fue de Julio, porque era como de la familia, y ya ves...

Raquel conocía a Casilda desde que tenía memoria. Todos los años, al volver de sus vacaciones en Torre del Mar, sus padres hacían una parada para llamarla, y comer o cenar con ella. Casilda era la tía de Madrid, una mujer mayor, cariñosa, que le daba muchos besos antes de asustarse de cuánto había crecido, y le traía siempre una caja de caramelos de violeta, que le gustaban mucho y en París no se encontraban. Después, cuando se volvieron, los encuentros se hicieron más frecuentes. Casilda casi siempre les acompañaba cuando iban a comer fuera de Madrid, y alguna noche, hasta vino a quedarse con ella y con Mateo para que sus padres pudieran salir. Por eso, Raquel no entendió bien lo que pasó el día que volvieron los abuelos, aquel que había empezado con un vermú de grifo en las Vistillas. A las seis de la tarde sonó el timbre

de la puerta, ella fue a abrir y se la encontró hecha un mar de lágrimas. ¿Qué ha pasado, tía, te has hecho daño? Ella contestó que no con la cabeza y luego le preguntó si había llegado el abuelo. Sí, respondió Raquel, está en el salón. Pero no estaba en el salón, sino justo detrás de ella, y cuando se dio cuenta, tuvo que quitarse de en medio para que no la aplastaran, porque el abuelo abrazó a Casilda, y Casilda abrazó al abuelo, y estuvieron así, abrazados en mitad del recibidor, durante mucho, muchísimo tiempo, ella llorando y diciendo en voz baja, ¡ay, Ignacio, Ignacio!, como si se quejara, y él con los ojos cerrados, acariciándole la cabeza como si fuera un bebé.

Cuando su abuela le contó lo que sabía de Julio Carrión, Raquel recordó esta escena entre otras que habían convertido su infancia en la edad más emocionante, la más agitada, intensa e imprevisible de toda su vida, pero ya fue capaz de analizarla desde otra perspectiva, y no necesitó hacer más preguntas. Después de la guerra, Casilda no habría podido salir de España, pero años más tarde ni siquiera se le ocurrió intentarlo, como sus suegros, sus cuñados, tampoco pensaron jamás en tomar una iniciativa tan peligrosa como mandarle un simple billete de avión. Ya nunca podría preguntarle a la viuda de Mateo si había tenido pasaporte antes de 1976, porque sólo había sobrevivido unos meses a su cuñado Ignacio, pero Raquel estaba casi segura de que jamás habría corrido el riesgo de presentarse en una comisaría donde iban a exigirle un certificado de penales. Parecía mentira, pero era verdad, y era absurdo, pero así era.

Para todos ellos, el tiempo había pasado pero el miedo permanecía, tan poderoso, tan desafiante, tan infranqueable como una montaña de cumbres nevadas que los lugareños se acostumbran a mirar desde el llano durante años y años, sin atreverse siquiera a imaginar que alguien pueda escalarla, y coronarla, y contemplar qué es lo que hay al otro lado. Eso había sido el miedo para ellos, un paisaje, una patria, una costumbre, una condición invariable que no se cuestiona, la misma vida. Y eso, pensó Raquel Fernández Perea algún tiempo después, tenía que ser el miedo para Angélica Otero Fernández.

—Pero ¿la viuda lo sabe todo? —le preguntó Paco Molinero el día que decretó que había llegado la hora de ponerse a trabajar en serio.

—Tiene que saberlo —contestó ella sin vacilar—. Ya sé lo que estás pensando, yo lo he pensado antes, pero no me importa. Cuando le diga cómo me llamo, va a saber en el acto quién soy y qué es lo que quiero, pero lo lógico es que se ponga tan nerviosa como él, que me cite de un día para otro, que no le diga nada a nadie antes de verme. Sus hijos, que son los que me preocupan, no conocen mi nombre, eso lo sé, Sebastián me lo dijo. Me contó que Carrión le había dicho que lo más importante era que nadie se enterara de nada, y además yo me apellido Fernández, alguna ventaja tenía que tener. Ella tampoco conoce a la familia de mi madre, el Perea no le puede sonar, así que...

Dejó la frase a medias al comprobar que su interlocutor no movía la cabeza de un lado a otro por un impulso casual.

—No —él se lo confirmó muy pronto—. No estaba pensando en eso, sino en lo contrario. ¿Cómo puedes estar tan segura de que lo sabe todo?

No encontró una respuesta sólida para esa pregunta. Sólo contaba con sus propias sensaciones y el recuerdo de una tarde remota, la intuición de una niña de ocho años, aquella mujer rubia, elegante, que se retorcía las manos como si pretendiera desollárselas mientras se preguntaba dónde habría podido dejar el tabaco. La visita de Ignacio Fernández la había puesto más que nerviosa, casi histérica, como enferma de ansiedad, pero eso era lo único de lo que estaba segura.

—Cuando mi abuelo me llevó a casa de Carrión, aquel sábado del 77 —prosiguió en un tono más cauteloso, como si pretendiera convencerse a sí misma antes que a su interlocutor—, ella nos recibió. Iba muy arreglada, con un vestido negro y muchos collares de perlas, parecía a punto de salir, y estaba tan tranquila como lo estarías tú, en tu casa, si una tarde de sábado llamaran a la puerta y te encontraras con un hombre mayor, bien vestido, con buena pinta, que lleva a una niña de la mano. Nos sonrió, nos preguntó qué queríamos, y cuando mi abuelo le dijo su nombre... Bueno, se descompuso, no te lo puedes ni figurar. Estuvo a punto de caerse redonda al suelo.

—Ya —su amigo sonrió, sirvió vino en las copas y se echó hacia atrás con la suya en la mano—. Eso quiere decir que sabía algo, Raquel. A la fuerza tenía que saberlo, ¿no? Cuando ese tío volvió a España, ella era una niña, viviría con su madre, lo conocería de vista como mínimo, eso sí. Pero no podemos saber cómo se encontraron siete años después, no sabemos cómo se hicieron novios, si volvieron a tratarse por casualidad o él fue a verlas a Galicia, o... Vete a saber. Quizás lo sabe todo, pero quizás sepa sólo una parte, y tú no puedes saber cuál.

—¿Y eso te parece tan importante?

—Sí —él se puso serio—. Porque es el punto débil de toda esta historia.

Julio Carrión González ya llevaba ocho días enterrado cuando Raquel invitó a Paco Molinero a cenar por correo electrónico. Pero, bueno, él fue a verla un par de minutos después, ¿y esta novedad? ¿Tanto trabajo te cuesta andar veinte pasos hasta mi despacho? No, no es eso, Raquel sonrió, pero la ocasión requiere cierta formalidad, y para asegurarse de que su invitado no cometiera errores de interpretación, añadió que no se trataba de estrenar su casa nueva, que también, sino sobre todo de hablar de negocios. Dame alguna pista, le pidió él, y ella le contestó que no podía, voy a necesitar un par de horas sólo para ponerte en antecedentes, así que...

La realidad acortó bastante sus previsiones. Raquel logró resumir mucho porque Paco no era nieto de Ignacio Fernández y no necesitaba hacer preguntas a cada paso. Aun así, se quedó tan impresionado con lo que acababa de oír que no fue capaz de

opinar.

—Es muy fuerte, tía, tengo que pensármelo.

Ella asintió con la cabeza y envolvió su decepción en una sonrisa que él logró desarbolar a tiempo.

—¡Eh! —se acercó y la cogió por un hombro para zarandearla con suavidad—, ¿pero qué te has creído? Lo que tengo que pensarme es qué hay que hacer para que la viuda afloje un millón, no si venderle los papeles está bien o no.

—Entonces, ¿te parece bien?

—¿A mí? —se señaló con su propio índice y se echó a reír—. Me parece de puta madre, vamos...

Durante una semana entera, Paco la llamó o le escribió a diario, casi siempre más de una vez, para pedirle datos, nombres, fechas, cantidades que Raquel conocía o no. Ella le había advertido que ninguno de los dos se iba a llevar ni un céntimo de lo que sacaran, que lo ideal sería que se lo tomara como un juego, o mejor aún, como una versión pequeña, doméstica, del gran proyecto de ingeniería financiera que habían diseñado a medias, y él había aceptado sin vacilar. Raquel sabía que aquello le gustaba, que le parecía divertido, estimulante, pero sabía también que Paco no podía trabajar sin tomárselo todo, incluso el desarrollo de su fortuna ficticia, muy en serio. Ya habría llenado medio cuaderno con diagramas repletos de cifras, de fechas y nombres, y habría abierto como mínimo una carpeta en su ordenador, cuando decidió que había llegado el momento de trabajar en serio, y aquel mismo día quedaron a comer después del trabajo.

—Ése es el punto débil, Raquel, piénsalo —insistió—. Con la información que tenemos, tú no puedes aparecer por las buenas en casa de la viuda diciendo que eres sobrina suya y que habías llegado a un acuerdo con su marido para venderle unos documentos que demuestran que era un delincuente. Imagínate que ella no sabe nada.

—Eso no puede ser —pero ya no estaba tan segura.

—Claro que puede ser —Paco, en cambio, sí lo estaba—. Imagínate que su madre le ocultara la clase de tratos que tuvo con Carrión. Motivos le sobraban, ¿no? Y si después se encontraron por casualidad cuando él ya era un hombre rico... Ella no tiene por qué saber de dónde salió su dinero. Que sospechara algo no significa que se haya atrevido a preguntar.

—Que no. Eso es imposible.

—¿Sí? ¿En aquella época? ¿En este país? —ella le miró, apreció su sonrisa, volvió a dudar—. No, Raquel. La mayoría de la gente elige vivir tranquila, ya lo sabes, y el día que tu abuelo apareció por su casa... pues se asustó, claro, porque era como un fantasma del pasado, porque de repente todo se había acabado, porque Franco se había muerto, porque los exiliados estaban volviendo, porque los presos políticos salían de las cárceles... Y porque tu abuelo era la última persona a quien

esperaba encontrarse en su puerta. Pero que se asustara sólo quiere decir que aquella visita le dio mala espina, no que supiera exactamente qué papel había jugado su marido en todo esto. Y no estoy diciendo que no lo sepa, ojo, que a lo mejor lo sabe. Estoy diciendo que no podemos estar seguros.

—¿Y él? —Raquel se estaba empezando a poner nerviosa—. Él estaría histérico, asustado, su mujer se daría cuenta, vamos, no sé...

—Sí, pero, igual, aquella noche, en la cama, Carrión la abrazó, le dio muchos besos, le echó un polvo, y le prometió que él se encargaría siempre de que nadie le hiciera daño a su familia. Ésa sería una actitud típica de lo que entendían por virilidad los hombres de su generación. Y lo que las mujeres de entonces entendían por feminidad consistía en estar calladas y confiar ciegamente en ellos. Piénsalo, Raquel... A lo mejor la viuda cree que la verdadera delincuente fue su madre y que la única culpa de Carrión fue ayudarla. Eso también puede ser, y existen un montón de posibilidades más —Paco, que no era nieto de Ignacio Fernández, sólo sabía trabajar en serio, y había llegado a vislumbrar zonas a las que ella ni siquiera se había asomado—. Si es verdad que lo sabía todo, al casarse con él, la tía Angélica traicionó a su madre, ¿no? Y eso también es posible, pero es muy fuerte. Tanto que a lo mejor fue todo al revés. A lo mejor, a Carrión le dio un infarto sólo de pensar que su mujer pudiera enterarse de lo que le había hecho a su suegra, después de tantos años. Y todavía hay otra hipótesis, que es por la que yo apostaría si esto fuera una porra. Es muy probable que Angélica sepa lo que pasó en los años cuarenta, y en los setenta, pero que no tenga ni idea de que tú fuiste a ver a su marido hace un mes y medio. Él no quería que se enterara nadie, y nadie significa precisamente eso, nadie. Por eso te digo que no sabemos nada. Y que si vas a verla por las buenas, puede que te eche de su casa, que llame a sus hijos, que avise a la policía, que le dé un desmayo, que se ponga histérica... En fin, nada bueno.

Raquel Fernández Perea escuchó todos estos argumentos con mucho interés, y se reprochó una vez más su descuido, esa debilidad que había brotado en su espíritu a traición y a destiempo, y que la mantenía distraída, ausente, incapaz de pensar bien.

El día que fue al entierro de Julio Carrión, no tenía un plan concreto. Estaba dispuesta a cobrarse su deuda en los herederos, pero todavía no había decidido cómo, ni cuándo. Tampoco tenía prisa. Las herencias de los ricos son largas, complicadas, requieren un inventario minucioso, un reparto difícil, una estrategia fiscal considerable, y aquélla no terminaría de resolverse en muchos meses, quizás ni siquiera en un año. Sin embargo, no sería fácil hallar otra ocasión de ver juntos a todos los miembros de la familia Carrión. Ésa, y no la urgencia, fue la razón que la empujó al cementerio de Torrelodones en una mañana de marzo luminosa y helada. No estaba muy segura de que la información que pudiera reunir le sirviera de mucho, pero tenía una oportunidad de estudiar el aspecto, los gestos, el estilo, la forma de

vestir y de comportarse de aquellos parientes lejanos a los que sólo había visto una vez en su vida, casi treinta años antes, y era una tontería desaprovecharla. No esperaba encontrar nada más que eso, un duelo clásico, abrigos negros y gafas oscuras, pañuelos estrujados en puños temblorosos, amor, dolor, y una familia desprevenida, abismada en su sufrimiento, expuesta a la curiosidad de cualquiera, pero no podía descartar que hubiera hermanos enfrentados entre sí o que alguno de ellos no se hablara con los demás, y a la larga, esa clase de datos podrían resultarle útiles.

Cuando vio a aquel hombre solo, apartado de los demás, a medio camino entre la puerta y la tumba, creyó que sería un simple conocido de los Carrión, un empleado quizás, nadie muy vinculado con el difunto. Pero él la había oído llegar y volvió la cabeza para mirarla, y en ese instante, Raquel Fernández Perea sintió que se quedaba sin suelo debajo de los pies. Los tacones de sus botas se hundieron en la tierra oscura y húmeda del camino sin que ella pudiera hacer nada por rescatarlas mientras afrontaba la mirada de un desconocido al que ya conocía, al que había visto muchas veces en unas pocas fotos antiguas. Aunque el hombre que tenía delante era mayor que aquel muchacho que sabía sonreír de una manera encantadora al posar en las fotos de grupo, era también mucho más joven que el anciano que no había perdido la memoria de esa misma sonrisa. Si los hubiera conocido a ambos con la misma edad, habría podido apreciar ciertas diferencias, pero en la distancia del tiempo y del espacio que la alejaban por igual de uno y de otro, su pelo negro, fuerte, apenas ondulado en las puntas, le pareció igual, e igual su cabeza, su rostro de piel cetrina y mandíbulas cuadradas, la nariz grande y fina, la boca en cambio muy bien dibujada y los labios gruesos, sorprendentemente blandos. Tenía los ojos oscuros y unas cejas importantes, como dos trazos negros y exactos que se volverían blancos con la edad, sin perjudicar a la condición centelleante de su mirada. Porque aquel hombre, que no podía ser Julio Carrión, era Julio Carrión, una copia casi exacta de la cara, del cuerpo que estaba a punto de fundirse con la tierra, de desaparecer para siempre y quedarse al mismo tiempo aquí, en los ojos que la estaban mirando.

Se puso tan nerviosa que no pudo sostenerlos mucho tiempo. Se obligó a apartar la vista de él, encendió un cigarrillo, intentó avanzar, se dio cuenta de que el barro había inmovilizado sus tacones, los liberó, dio un par de pasos y miró hacia delante. No puede ser hijo suyo, se dijo, no, porque entonces estaría al lado de la fosa, con los demás. Identificó enseguida a Angélica, que llevaba el pelo teñido del mismo color que tenía antes pero se había convertido en una anciana frágil, delicada en su delgadez. La flanqueaban sus dos hijos mayores, los mismos a quienes había reconocido en la web, ambos altos, rubios, pálidos, medio calvos, tan semejantes entre sí como cuando eran niños. Su aspecto se ajustaba de una forma admirable al que Raquel había previsto que ofrecieran, y les distanciaba de los otros dos hombres

que integraban el grupo. Uno de ellos, castaño, con barba y pinta de progre clásico, rodeaba con sus brazos a una mujer guapa, rubia, de ojos claros, que se parecía mucho a su madre. El otro, más bajo, el pelo muy corto y corbata negra, era el marido de Clara. Raquel la reconoció enseguida, porque conservaba aquella belleza dulce y candorosa que la había cautivado cuando las dos eran niñas. Cerca de ella, había dos mujeres más, pero ningún hombre moreno, el desarrollo de aquel niño de doce años que ya en 1977 era el único de los hijos de Julio Carrión que se parecía a su padre.

Apagó el cigarrillo y volvió a mirarle, y ahora él fumaba, y seguía mirándola con una expresión confusa, curiosidad, sorpresa y algo más, una cualidad serena, equilibrada, impropia de quien está viendo a una persona. Era la mirada de quien contempla un cuadro, una puesta de sol, o escucha una canción que le gusta mucho. Raquel comprendió que era Álvaro, tenía que ser Álvaro, aunque estuviera solo, aunque estuviera lejos, aunque diera la impresión de no querer mezclarse con los demás. Si hubiera podido pensar con frialdad, habría celebrado su aislamiento, que era más de lo que esperaba encontrar al llegar a aquel cementerio, pero ya no podía pensar con frialdad, ni siquiera se atrevía a pensar.

Aquel hombre no era Julio Carrión, aunque lo pareciera no podía serlo, y había pasado el tiempo, mucho tiempo. Ella no era Paloma y sin embargo no podía dejar de mirarle. Aquello no era razonable, no era lógico ni natural, no era normal, no era bueno, pero Raquel Fernández Perea, su razón y sus propósitos, sucumbieron a una atracción súbita por un hombre que ni siquiera era él, sino la sombra de otro, y que la sumió en una confusión semejante a la que sentiría una novicia cándida, inexperta, la primera vez que se ve tentada, luego cercada por el demonio. Y entonces, antes de que tuviera tiempo de procesar, de digerir todo esto, la ceremonia terminó. Los sollozos se hicieron más intensos mientras el ataúd bajaba hasta el fondo de la fosa, las flores volaron sobre él, la viuda se vino abajo, sus hijos la sostuvieron, y el hombre solitario corrió hacia ellos, los abrazó, los besó, recuperó su lugar en aquel duelo. En aquel instante, ella se marchó, andando muy deprisa, sin volver la cabeza, repentinamente consciente de los riesgos que implicaba su condición de intrusa.

Después, se había obligado a sí misma a situarse al margen de aquella fantasía ridícula, morbosa, peligrosa, pero desde aquel día no había adelantado mucho. Le había dado muchas vueltas a lo que sabía y a lo que ignoraba, había pensado sin descanso en Angélica, en sus hijos, había preparado múltiples variantes de un discurso semejante al que le había permitido triunfar sobre un anciano desprevenido, y ninguna le había salido bien del todo— El recuerdo de aquellos ojos que eran y no eran los de Julio Carrión González interfería sin remedio en sus razonamientos y en sus conclusiones, le mostraba su propia indefensión, la debilitaba.

Raquel Fernández Perea, que había nacido, que había crecido entre fantasmas, ya era demasiado mayor para creer en ellos, y sabía que todo era un error, un espejismo,

la consecuencia inevitable de su empeño por trasladarse a una época, un país ajeno, para sumergirse en unas pasiones que tampoco le pertenecían. Pero lo que sabía no le impedía presentir que aquellos ojos oscuros eran un aviso, una advertencia. Entonces volvía la rabia, y su dominio tampoco le consentía avanzar. Por eso había recurrido a Paco Molinero, una inteligencia neutral, leal, libre de prejuicios, de instintos inexplicables. Y cuando escuchó aquel discurso que le ponía las cosas más difíciles sólo para lograr resolverlas al fin, comprendió que sin él no habría llegado muy lejos.

—Tienes razón —concedió después de meditar unos instantes, y lo vio tan claro que volvió a decirlo—. La verdad es que tienes razón —y eso bastó para despejarla —. Pero hay una posibilidad...

—Los fondos —dijo él, y sonrió.

—Claro.

—Ahora mismo te lo iba a decir.

—Por supuesto —y negó varias veces con la cabeza antes de mirarle—. No sé cómo he podido ser tan tonta...

Ésa era la única verdad incontrovertible que Raquel Fernández Perea le había contado a Julio Carrión González en su segunda visita. Antes de acudir a aquella entrevista, había entrado en los archivos del Departamento Comercial de la Sociedad Gestora de Instituciones de Inversión Colectiva, Sociedad Anónima, y había encontrado allí su nombre y el de algunas de sus empresas. No le sorprendió, porque el perfil del presidente del Grupo Carrión encajaba casi al milímetro con la tipología de sus clientes más clásicos, empresarios madrileños que recurrían de forma habitual a la Caja para llevar adelante sus proyectos e invertían a cambio una parte de su fortuna personal, con el evidente propósito de llevarse bien con sus interlocutores financieros si algún día las cosas se torcían. En el caso de Carrión, como en el de la mayoría, las cuentas personales representaban un volumen de negocio muy inferior al de las transacciones que efectuaban sus empresas, no porque la cantidad en sí misma fuera despreciable, sino porque los movimientos, y en consecuencia los intereses, las comisiones, las ganancias netas, prácticamente no existían. Raquel no había necesitado más que unos minutos para comprobarlo, y había llegado a calcular que, por tanto, no resultaría muy complicado hacerse con su gestión, pero la muerte de Carrión, que sería quien habría tenido que solicitar el cambio de interlocutor, la había inducido a abandonar antes de tiempo el camino que Paco acababa de señalar para ella.

Al día siguiente, a primera hora, se fue derecha a por Miguel Aguado, un chico más joven que ella, feo, tímido, de aspecto simpático, con el que no habría llegado a hablar más de una docena de veces en diez años. No sabía nada de su trabajo, pero le resultó fácil averiguar que no era un gestor especialmente brillante, aunque tenía buena fama y había logrado algunos éxitos notables. Era además un hombre muy

educado, y por eso la recibió con una sonrisa, la invitó a un café y la escuchó sin interrumpirla.

—En esas condiciones, no tengo ningún inconveniente en pasártelos —le dijo al final—, pero te advierto que no vas a sacar nada. Yo conozco de vista a un par de hijos, ya te lo he dicho, y no son clientes míos, porque siempre traté directamente con don Julio, pero estoy seguro de que van a liquidar los fondos. Ya no me acuerdo de cuántos son, pero sé que son muchos, y muy ricos. Estas historias siempre acaban igual, ya lo sabes. Las familias numerosas son una ruina.

—Lo sé —Raquel sonrió—. Por eso me ha llamado Clara, estoy segura. Hasta ahora nunca se había acordado de que trabajo aquí, y lo sabe, porque nos hemos encontrado varias veces, en cenas de antiguas alumnas del colegio y cosas así. Éramos muy amigas de pequeñas, pero si no estuvieran pensando en liquidar, no me habría llamado, ¿para qué?, si con quien ha ganado dinero su padre es contigo... De todas formas, ya te he dicho que se trata sólo de hacer la gestión personal, de una forma oficiosa, dejándolo todo como está. Lo único que quieren es que les explique cómo está el tema. Y si consigo convencerlos, que lo intentaré, aunque sólo sea por deformación profesional, te los vuelvo a pasar a ti, eso por supuesto. Son tuyos.

—Lo de la deformación profesional tiene gracia —Aguado sonrió.

—Pues sí —Raquel le devolvió la sonrisa—, pero no te hagas ilusiones...

No era la primera vez que hacía un trato parecido con un compañero, y no sería la última. Escribir a Angélica le resultó todavía menos extraño. Podría haberle encargado la carta a una secretaria, pero tenía un modelo archivado en el ordenador, y no tardó ni cinco minutos en completarlo con los datos adecuados. Tomó la mínima precaución de firmar con la inicial de su nombre, la envió por mensajero aquel mismo día y cruzó los dedos. Si Angélica sospechaba su identidad al leer la carta, la llamaría enseguida. De lo contrario, y a aquellas alturas, ella también apostaría por esa opción si su propia vida fuera una porra, le tocaría esperar. Sabía por experiencia que el plazo de reacción de los herederos rondaba el mes. Rara vez respondían antes y con mucha frecuencia lo hacían después, así que decidió no ponerse nerviosa hasta mediados de abril. Pero Julio Carrión González había muerto el 1 de marzo de 2005, y aún faltaba un día para que aquel mes terminara cuando Mariví le anunció la visita de su viuda.

No estoy preparada. Eso fue lo primero que pensó. No estaba preparada, y sin embargo se sabía de memoria lo que tenía que decir, en qué orden, con qué entonación, y de qué manera tenía que hacerlo. Si las cosas iban bien, y no tenían por qué ir mal, aquella cita sólo sería una toma de contacto, apenas un pretexto para concretar otra más importante, definitiva, a la que acudiría con una cartera de piel castaña que pondría encima de la mesa en el momento oportuno.

Estaba muy acostumbrada a recibir a herederos y a soltarles un discurso idéntico

al que iba a encajar Angélica Otero Fernández aquella mañana, pero había previsto un encuentro muy diferente, una llamada de teléfono, una conversación breve, suficiente sin embargo para hacerse una idea de la clase de mujer con la que iba a tratar, y una considerable serie de ofertas y contraofertas rebozadas de pura cortesía. Prefería ver a la viuda de Julio Carrión en su despacho porque allí se sentía más fuerte, más segura, pero había previsto incluso la eventualidad de que ella alegara motivos de salud, o de desánimo, para trasladarse hasta el banco, y estaba decidida a responder de inmediato que, en ese caso, no le costaría ningún trabajo acercarse hasta su domicilio, porque estos asuntos, ya sabe usted, son delicados, y nuestra experiencia nos ha enseñado que es mucho mejor tratarlos directamente con la familia, sin intermediarios que puedan hacerse con una información que no les interesa, y que a ustedes tampoco les conviene que tengan.

Eso era lo que iba a decirle, y se lo sabía. Había escogido minuciosamente los verbos, los pronombres, el número de la primera y de la segunda persona, pero por supuesto que esto no corre prisa, añadiría si era preciso, yo puedo esperar todo el tiempo que usted necesite para recuperarse, estas situaciones son terribles, lo sé, y aunque es mucho dinero, desde luego, y no conviene aplazar demasiado cualquier decisión, tenemos un margen de semanas, hasta un mes si fuera imprescindible, fije usted la fecha, lo importante, doña Angélica, es que recobre el ánimo... Así iban a ser las cosas, así las había previsto, y en esas condiciones, con esos tiempos, todo habría salido bien, pero había enviado la carta el 20 de marzo, su destinataria no habría podido recibirla hasta el día siguiente, y nueve días después ya estaba allí, llamando a su puerta sin haberse tomado la molestia de telefonear antes. No lo entendía, pero tampoco podía hacerla esperar. Al fin y al cabo, era una dienta.

—Adelante —dijo por fin, con un acento animoso, casi musical, y el doble de Julio Carrión entró en su despacho.

Cuando lo vio, se levantó sin ser consciente de haberle dado a su cuerpo la orden de hacerlo, y al sentir que se tambaleaba, apoyó las manos en la mesa. No puede ser, no puede ser, no puede ser él, esto no está pasando. Pero cerró los ojos un instante, y volvió a abrirlos, y Álvaro Carrión seguía estando allí, tan asombrado, tan atónito como ella misma.

—Perdone —logró decir por fin—, pero es que... Esperaba a su madre.

—Sí, ya, he venido yo en su lugar —el sonido de su voz la tranquilizó, porque no se parecía a la de su padre—. Como esa recepcionista tan simpática que tienen ni siquiera me ha preguntado cómo me llamo...

—Sí —consiguió sonreír y fijó la sonrisa un momento, como si pretendiera disfrutar de aquella hazaña—. Mariví es muy especial —se preguntó qué debería hacer a continuación y lo recordó enseguida—. Siéntese, por favor.

Luego, cuando él se marchó, volvió a su asiento andando muy despacio, giró la

silla para colocarse de cara a la ventana, echó de menos la luz, y sólo entonces se dio cuenta de que estaba lloviendo. Se sentía muy mal, pero ni siquiera tenía fuerzas para preguntarse por qué, y el teléfono sonó antes de que se propusiera buscarlas.

—¿Estás sola? —Paco empezó por el principio.

—Sí.

—¿Y qué, cómo ha ido?

—Fatal... —hizo una pausa, tomó aire, ni siquiera tenía ganas de hablar—. No ha venido ella, sino su hijo, el pequeño, aquel que conocí el día que fui a su casa con mi abuelo.

—Bueno, no es tan raro —y lo dijo con una serenidad que la desconcertó por un momento—. ¿Y qué, cómo habéis quedado?

—No hemos quedado, Paco, no ha pasado nada. Le he soltado el rollo, le he dado los papeles, le he dicho que se los mire en casa, con calma, y se ha marchado —al llegar al final, volvió a tomar aire y se sintió mejor—. Se acabó.

—¿Cómo que se acabó? —y lo dijo como si esas palabras le hubieran ofendido.

—Pues sí, porque ya te dije que con los hijos no había nada que hacer, y yo... No sé, me he puesto muy nerviosa, no sabía qué contarle, qué decir... Si me hubiera llamado antes, habría podido pensar en algo, buscar alguna alternativa, pero como ha aparecido de esta manera, le he tratado como a un cliente normal, ¿comprendes?, y ahora yo no sé, yo...

—Pero ¿qué te pasa, Raquel? —y Paco cambió de tono—. Estás atacada. Cálmate, por favor. Pareces una principiante, en serio.

Aquella palabra, principiante, una amable descalificación que en su oficio sonaba peor que los insultos tradicionales, le hizo reaccionar.

—Es verdad —lo dijo una vez, y lo repitió para terminar de creérselo—. Es verdad, tienes razón. No ha pasado nada grave, excepto que me he puesto muy nerviosa, eso sí... Pero no creo que él se haya dado cuenta.

—Mejor —y sonrió al otro lado del teléfono—. Ya encontraremos la manera de llegar a la viuda, no te preocupes. Luego hablamos. ¿Tienes algún plan para comer?

Respondió que no y él se ofreció a reservar una mesa en el restaurante de la calle Escalinata al que solían ir cuando comían juntos.

Luego se fue al baño, se mojó la cara con agua fría y se encontró mejor, más tranquila. Al fin y al cabo, ella había nacido, había crecido entre fantasmas. Estaba acostumbrada a su compañía y sabía que tenían forma, peso, mucha más corpulencia que algunas personas vivas. Sabía también que nunca debería contarle a nadie lo que había pasado aquella mañana. Que se había sentado al lado de Álvaro Carrión y no había podido mirarle a los ojos. Que mientras hablaba, se había dado cuenta de que estaba más pendiente de los centímetros que separaban su brazo del suyo que de las palabras que iba diciendo. Que cuando había entrado el camarero con los cafés, y él

había comentado que menos mal que no los había traído Mariví porque ya estaba muerto de miedo, se había echado a reír, y al fin le había mirado, y al comprobar que él también la estaba mirando, había sentido algo parecido a un crujido. Que no se podía permitir que su cuerpo siguiera crujiendo, no con él, con un hombre que ni siquiera era él, sino la sombra de otro hombre, una advertencia, un fantasma, un producto enfermizo de su imaginación o no, y si era que no, mucho peor.

Nunca podría contarle esto a nadie, y mucho menos a Paco Molinero. No podía contarle que un cuarto de hora de conversación inocente con Álvaro Carrión la había desordenado más que una noche entera con él en la cama, pero no tuvo tiempo de preparar una versión más compasiva, porque la directora del Departamento Comercial escogió aquel mismo momento para revisar con ella las cuentas de un cliente problemático. Tuvo que dejarla colgada cuando Álvaro volvió a su despacho para preguntarle por qué había ido al entierro de su padre pero, por fortuna, su superjefa no estaba acostumbrada a que sus subordinados la hicieran esperar. El teléfono volvió a sonar unos minutos después, y a pesar del tono áspero, impaciente, de su interlocutora, Raquel Fernández Perea sintió la misma felicidad que inunda los oídos de un boxeador que escucha una campana cuando está a punto de perder la consciencia. A la hora de comer, no se había recuperado ni de una cosa ni de la otra.

—Pero ¿por qué fuiste al entierro? —Paco acogió la noticia con un sombrío gesto de preocupación—. Eso no me lo habías contado.

—Pues no, porque hasta hace un rato no tenía importancia. Fui al entierro para verles, para saber qué aspecto tenían, en qué condiciones estaba Angélica, si se había muerto alguno... No sé, no es lo mismo negociar con una mujer que está en una silla de ruedas que con una viuda alegre, ¿no? Me pareció interesante, pensé que podría averiguar muchas cosas.

—Sí, en eso tienes razón, pero podrías haber ido al funeral. Eso habría sido menos arriesgado.

—Y mucho más inútil, Paco, no creas que no lo pensé. En el funeral habría mucha más gente, y estaría Aguado, incluso... —hizo una pausa para ordenar su pensamiento, y afrontó la dificultad de explicar lo más obvio con las palabras justas —. Bueno, entonces yo no sabía que el gestor de Carrión era Aguado, pero alguien del banco tendría que ir, eso estaba claro, y no sólo del nuestro, habría gente de varios bancos, ¿no?, y yo no quería que me vieran, no quería que me reconociera nadie. Además, no podía acercarme a dar el pésame y la iglesia estaría llena, abarrotada de empleados, de socios, de amigos de los hijos, vecinos y demás. Los Carrión son muchos, y su padre era empresario, y rico. En esas condiciones, ni siquiera podía estar segura de reconocerles sin dejarme ver más de lo que me convenía. Pensé en el entierro de mi abuelo, ¿te acuerdas? Por supuesto, todo el mundo sabía que para él no iba a haber funeral, pero tú viniste, y viste cómo estaba el cementerio, no hace falta

que te lo cuente yo. La gente llegaba hasta la puerta. Si alguien hubiera ido hasta allí a mirarnos a nosotros, no habría visto una mierda.

—No —él negó con la cabeza—. Eso es verdad, tienes razón.

—Pues eso. Ninguna iglesia es tan grande como el Cementerio Civil, pero de todas formas... Yo estaba segura de que los Carrión son católicos, o al menos, de que iban a enterrar a su padre según el rito católico, una ceremonia privada y otra pública. Y si el entierro hubiera sido en la Almudena, que siempre que voy, me pierdo, habría sido otra cosa, pero... ¿Para qué iba a ir a una ceremonia pública, pudiendo ir a la privada, que encima se celebraba en un cementerio de pueblo, accesible, pequeñito, que no tiene pérdida posible? —y mientras hablaba, sus argumentos le parecían tan justos, tan exactos, que no entendía cómo todo había podido salir tan mal—. Estaba claro, yo creía que estaba claro. En la esquela no aparecía ninguna noticia del entierro, sólo del funeral, y eso significaba que no pensaban avisar a nadie, pero para eso llegué tarde, ¿no?, para encontrarles ocupados, concentrados en el discurso del cura. No podía imaginarme que uno de sus hijos iba a estar solo, apartado de los demás, que iba a verme, y que después iba a ser él, precisamente él, quien viniera a visitarme en lugar de su madre. Ha sido todo una casualidad... No sé, increíble, monstruosa. Si mi vida fuera una porra, jamás habrías apostado por ella, reconócelo.

—Eso también es verdad —Paco la miró con benevolencia—. Nunca me habría jugado un céntimo en esa apuesta.

Después, los dos atacaron en silencio el primer plato, que se había enfriado, y los dos lo dejaron a medias mientras empezaban con la segunda botella de vino.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —él se atrevió primero.

—Pues no lo sé —pero ella llevaba varias horas rumiando esa respuesta—. No puedo decirle la verdad, eso por descontado, así que... No sé, tendré que inventarme algo.

—Pues que sea algo que explique que estuvieras en el entierro, Raquel.

—Ya, ya lo sé... —miró a Paco, y a pesar de que su mirada era tan amable como siempre, se sintió atrapada, acorralada—. No creas que no lo sé. Tiene que ser algo que explique lo del entierro, que no implique a Aguado, que pase por encima de la historia de mi familia, y que me permita seguir adelante con el millón de la viuda... Todo eso, ¿no?

—Todo eso —él le dirigió una mirada compasiva.

—¡Joder! —y de repente, le entraron unas ganas enormes de echarse a llorar.

—Pues sí, no lo tienes nada fácil, la verdad...

—Y eso sin contar con que me juego el trabajo, claro.

—Claro.

¿Pero yo me he vuelto loca o qué?, volvió a pensar Raquel Fernández Perea en aquel momento. ¿Cómo he podido meterme yo sola en una cosa así? El peligro le

había devuelto la lucidez, la brillantez que había perdido al mirarse en unos ojos que ahora le parecían más que nunca una advertencia. La gente no va a los entierros de los desconocidos. Parecía una tontería, era una tontería, no había sido otra cosa antes de convertirse en la soga que ahora llevaba alrededor del cuello, la espada cuya punta le acariciaba el cráneo. La gente no va a los entierros de los desconocidos. Lo más sencillo habría sido decir la verdad, contar al menos que Julio Carrión era un viejo conocido de su familia. Pero no podía erigirse en la vengadora de sus abuelos, de sus bisabuelos, explicar que había ido al entierro por simple odio, por pura crueldad, para regodearse en la ruina de su enemigo, porque eso no sólo excitaría la hostilidad de Álvaro Carrión. También le animaría a hacerse preguntas.

Ella se había presentado como la asesora de inversiones de su padre y no lo era. Le había dicho a Aguado que Clara y ella habían sido compañeras en el colegio y eso también era mentira. Cualquiera de esos dos detalles, que en el momento de escogerlos le habían parecido tan triviales, tan insignificantes como darse una vuelta por el cementerio de Torrelodones, bastarían para hundirla, para dejarla sin trabajo, para que su despido fuera procedente y hasta para que ingresara en una lista negra de asesores financieros en quienes no se puede confiar y a quienes, por tanto, ninguna empresa estará jamás interesada en contratar. Si sus mentiras llegaban a salir a la luz, su propia empresa estaría muy interesada en saber por qué había mentido, y ella sólo podría contestar que un cliente tan importante para Caja Madrid como don Julio Carrión González era en realidad un ladrón, un estafador y un hijo de puta, es decir, la clase de persona a cuyo entierro nadie tiene interés en ir. No podía escoger una parte de la verdad sin contarla entera, y eso era lo mismo que confesar algo que tal vez no fuera un delito, pero se le parecía bastante. Aparte de eso, llevaba más de cuatro horas dándole vueltas a su situación y hasta entonces sólo había visto las dificultades, ¿pero yo me he vuelto loca o qué?, y ningún agujero por donde escapar.

—¡Qué horror! —resumió entonces, en voz alta—. No sé cómo voy a salir de ésta.

No esperaba una respuesta, pero Paco se la ofreció con tanta rotundidad como si fuera evidente.

—Hacia delante —le dijo—. Siempre hacia delante. No puedes retroceder ni un milímetro, Raquel. No pienses en defenderte, sino en atacar. Eso es lo que has hecho hasta ahora y lo has hecho muy bien. Tienes que seguir así.

—¿Sí? —y por lo menos pudo volver a sonreír—. ¿Y cómo?

—No lo sé —reconoció él, pero enseguida levantó en el aire el índice de las puntualizaciones—. Todavía no lo sé, pero ya se nos ocurrirá algo. Tenemos tres días, cuatro en realidad, medio hoy, y otro medio el lunes. Ahí has estado brillante, ¿ves? No quiero ni pensar en cómo estaríamos si le hubieras dejado volver mañana...

Después, Paco quiso pagar la cuenta y ella no le dejó, pero le agradeció que la

llevara a casa en taxi.

Cuando se quedó sola, se preguntó por dónde empezar y no supo qué contestarse. Por eso, aunque ella nunca trabajaba así, decidió adoptar el método de su amigo, y se sentó delante del escritorio con un paquete de folios y una pluma, pero después de llenar media docena de hojas muy deprisa, comprendió al mismo tiempo que no se le ocurría por dónde seguir y que no lograba mantener los ojos abiertos. Había bebido mucho vino y se quedó dormida un instante después de acostarse. Se despertó tres cuartos de hora más tarde con la cabeza embotada y la lengua seca, pero no estaba en condiciones de concederse una tregua. Se lavó la cara con agua fría, bebió agua, cogió los folios que había escrito antes y se los llevó a la cama.

Siempre había pensado mejor tumbada, y volvió a comprobarlo al leer lo que había escrito antes, un montón de tonterías que habría podido recitar de memoria sin tomarse la molestia de apuntarlas primero. Era obvio que un entierro es una ceremonia íntima, obvio que le interesaba fijar la atención de los hijos de Carrión lo más lejos de su trabajo que pudiera, obvio que no le convenía revelar su parentesco hasta el momento oportuno, y obvio que lo mejor sería inventarse alguna clase de relación personal con el difunto o, mejor aún, con alguno de sus deudos, pero no había encontrado la manera de integrar esas obviedades en otra ficticia y ventajosa, de rango superior. Había pensado en sus abuelos, en sus padres, en los hijos de Carrión, en sus parejas, en viejas encomiendas, en encargos difíciles de explicar, en amores platónicos, en celos insostenibles, y el resultado daba vergüenza. Yo siempre he estado enamorada de su cuñado y pretendía verle, sólo eso, y él no me conoce, claro, pero es que yo me enamoré de él sólo de vista, ni siquiera sé cómo se llama... Mi abuelo conocía a su padre de toda la vida, ¿sabe?, mi familia es de Madrid pero veraneaba en Torrelodones, y en una ocasión su padre le prestó dinero a mi abuelo, fui a devolvérselo y... A mí me caía muy bien su padre, aunque le vi pocas veces, siempre me sacaba caramelos de las orejas y le cogí mucho cariño, por eso fui al entierro, y me hubiera gustado acercarme a saludarles, pero se me hizo tarde y tuve que volverme a Madrid corriendo... Me equivoqué de entierro, ¿sabe?, yo iba a otro, en Guadarrama, pero me hice un lío con los nombres y, ¡fíjese qué casualidad!, resultó que a quien enterraban allí era a su padre, cliente mío, por cierto...

Podría haber seguido inventando excusas nefastas toda la noche, pero la sobriedad le devolvió un dato que la borrachera le había arrebatado. Las anécdotas triviales no servían, porque el hijo de Carrión había conseguido acorralarla, empujarla contra las cuerdas de su propio despacho. Ella no había podido ofrecerle otra respuesta que un silencio impregnado de nerviosismo y un sonrojo impropio de una profesional experta, y él lo recordaría. Tenía que pensar en otra dirección, aplicar toda la contundencia del verbo atacar y concentrarse en Álvaro, elaborar una invención que desbordara sus expectativas. Sólo cuando se esforzó por desprenderse

de su propia memoria para contemplar lo que había sucedido a través de los ojos de aquel hombre, logró recuperar la calma y componer una escena diferente, mucho más audaz, más arriesgada y digna de ella.

Parecía tan cinematográfica que ni siquiera descartaba haberla visto en una película, pero era lo mejor que se le había ocurrido en toda la tarde, y estaba a la altura de su talento. Al fin y al cabo, he sido actriz, se dijo, al imaginar que él la estaría esperando en la puerta del banco, que ella le arrastraría hasta un bar, que se sentaría al otro lado de una mesa pequeña y le miraría a los ojos. No me haga preguntas, le diría entonces, hágame caso. Yo no puedo hablar y a usted no le conviene saber. Su padre estaba metido en un buen lío, y aparte de él, sólo lo sabíamos dos personas. Una era yo, y temía que la otra fuera a su entierro, que hablara con ustedes, que armara un escándalo. Por eso fui a Torrelodones, pero al ver que él no aparecía, me marché sin decir nada, porque no quería preocuparles sin necesidad. Y es mejor que todo siga igual, por lo menos de momento, y que no hable con nadie de esto, se lo digo por su bien. Si en los próximos meses, algún inspector de Hacienda con un apellido compuesto se pone en contacto con ustedes a propósito de las operaciones financieras que su padre haya realizado con nuestra entidad, llámeme. De lo contrario, y ojalá que sea así, olvídese de esta entrevista. Yo no puedo decirle nada más, estoy obligada a ser discreta en su propio interés, y en el de otros clientes que también están involucrados. Adiós, señor Carrión, ha sido un placer...

—Suena bien —dijo en voz alta, y volvió a pensarlo, suena bien.

Entonces sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Creo que lo tengo —era Paco Molinero.

—Yo también —y sentía un alivio tan grande, tan cercano a la euforia, que se echó a reír—. Bueno, hay que perfeccionarlo un poco, pero...

—A ver, cuéntamelo.

Ella recitó el parlamento que se acababa de inventar y al hacerlo fue detectando, uno por uno, todos los defectos que no le había encontrado antes, pero él silbó al final.

—No está nada mal —reconoció—. Lo del apellido compuesto del inspector de Hacienda suena de lo más real.

—¿Tú crees? —pero ella ya no estaba segura de nada—. No sé, me ha parecido que era mejor complicar las cosas, dar información de más y retorcerla. Parece más verdadero, y además despista.

—Claro —Paco estaba de acuerdo—. Lo que se me ha ocurrido a mí es muy parecido.

—¿Sí? Pues... —y la euforia se había desvanecido ya como un globo pinchado—. El caso es que al contártelo no me lo he creído, ¿sabes? Porque para salir del paso no

está mal, pero es una historia que tiene continuación, ¿no? Quiero decir, que él puede darse por satisfecho o no, y si es que no...

—Seguirá haciendo preguntas.

—Claro.

—Bueno, mira, de momento es mejor que nada, ¿no? —Paco seguía estando animado, o al menos empeñado en parecerlo—. Piensa en las pegas que veas y mañana lo vemos juntos...

Al colgar el teléfono, volvió a la cama y se tumbó boca arriba, muy estirada, con las manos cruzadas y encima del pecho igual que un cadáver. Era su postura de pensar, y no le defraudó. La dama misteriosa estaba muy bien, sí, eso desde luego, pero el hombre dócil y prudente... Raquel recordó a Álvaro Carrión, sus ojos, sus cejas, el perfil que había heredado de un tipo duro de pelar y su propia dureza, el tono primero ambiguo, hasta meloso, y luego áspero, progresivamente terminante, en el que se había dirigido a ella después de volver a su despacho. Eso era lo único que sabía de él, y era demasiado poco para prever su actuación en una escena como la que acababa de plantear. Había dado por sentado que el hijo de Carrión iba a entrar en su juego, que no iba a hacer preguntas, que se iba a asustar, pero eso era mucho suponer. No hable de esto con nadie, se lo digo por su bien... Si su parlamento no le impresionaba y se liaba a hacer preguntas, antes o después tendría que inventarse un escándalo financiero. Para ella, eso no era muy difícil, pero fabricar las pruebas ya era otra cosa. No tenía ni idea de dónde iba a sacar el dinero, y eso sin contar con que Aguado seguía estando por medio. Si había aprendido algo en todos los años que llevaba trabajando, era que en los escándalos financieros siempre hay demasiada gente implicada.

Y fue entonces, ni un segundo antes, ni un segundo después, cuando sintió que se iluminaba un foco en el centro de su cerebro y de repente vio todo el tablero, sus piezas y las del adversario, colocadas con una asombrosa precisión sobre la cuadrícula blanca y negra.

—No —dijo en voz alta mientras se incorporaba, y después de sentarse en el borde de la cama, volvió a repetirlo—. No, no...

La asociación de ideas había sido impecable. Los escándalos financieros son multitudinarios casi por definición, y a ella le interesaba una relación más íntima. No hay una relación más íntima que la que sucede en una cama. La cama eliminaba a Aguado, y por cierto, en su despacho, antes de que llegara él, trabajaba aquella chica tan sosa que se llamaba Regla y parecía una mosquita muerta. Regla ya no trabajaba en ningún sitio, porque tuvo una relación íntima en una cama con un superaccionista de Unión Fenosa que tenía edad para ser su abuelo, y se casó con él.

—Ni hablar.

Se levantó de un salto, se fue al baño, se mojó la cara con agua fría y se volvió a

la cama dispuesta a pensar con más sensatez, pero su cerebro había empezado a funcionar y ya no encontró la manera de pararlo.

Las ideas se ordenaban solas para avanzar con tanta armonía como los peones del campeón del mundo en una simultánea contra los alumnos de un colegio de primaria. Acostarse con los clientes puede no ser elegante, pero no es un delito. Todo el mundo lo hace, sobre todo las mujeres, porque disponen de más oportunidades, pero también los hombres cuando tienen ocasión. La relación de un millonario con la persona que gestiona su fortuna es lo suficientemente íntima como para desembocar con naturalidad en un colchón de un metro y medio por dos. A nadie le echan del trabajo por acostarse con un cliente, sobre todo porque nadie se entera a tiempo. La clandestinidad forma parte de la tradición tanto como el sexo en sí mismo. Con tantos ceros de por medio, los profesionales del dinero saben que no les conviene andarse con tonterías. Y si los vivos no hablan, los muertos mucho menos. Si nadie se entera nunca de que una asesora de inversiones se ha acostado con un cliente vivo, menos se va a enterar de que se ha acostado con uno muerto. Sería su palabra contra la de nadie, pero no solamente su palabra. Álvaro Carrión no iba a tener ni tiempo ni oportunidad para sospechar que le estaba mintiendo, si ella sacaba a tiempo la llave que abría la puerta de un ático situado en un edificio de la calle Jorge Juan.

—Que no, que no, que no puede ser.

Volvió a levantarse, se fue otra vez al baño, se mojó la cara, y al mirarse en el espejo, se dio cuenta de que no iba a obtener un resultado distinto del que había cosechado unos minutos antes.

—Total, que como se entere mi abuela, la mato a ella también, de otro disgusto... —concluyó, porque cada vez lo veía más claro, y lo veía mejor.

Parecía demasiado arriesgado, demasiado complejo, y barroco, y elaborado, en comparación con el hecho que pretendía justificar, su simple asistencia a un entierro donde no pintaba nada, pero acababa con todos sus problemas de una vez. Seguramente, a Álvaro Carrión no le gustaría que su padre tuviera una amante, era incluso probable que le extrañara mucho, pero nunca podría descartar esa posibilidad. Todos los seres humanos se parecen porque son criaturas vulgares, muy sencillas al fin y al cabo. Y entre las cosas que tienen en común, no está solamente el sexo. También, desde la estricta antigüedad de la Biblia hasta las portadas de las revistas del corazón de aquella misma semana, la ambición de burlar a la decrepitud, de despistar a la muerte. Julio Carrión tenía ochenta y tres años, pero no los aparentaba. Era un anciano fuerte, vigoroso y hasta atractivo, el desarrollo natural de un muchacho encantador que siempre había tenido mucho éxito con las mujeres. Álvaro tenía que saber todo eso, y quizás no le gustaría encontrarse con que su padre había tenido una amante que podría haber sido su hija, incluso su nieta, pero él también era un hombre, ya no tan joven y, si los instintos de una asesora de inversiones

acostumbrada a catalogar a los desconocidos de un vistazo, y a no equivocarse, servían para algo, con una indiscutible inclinación por las mujeres. Por lo tanto era razonable calcular que, aparte de disgustado, pudiera sentirse cómplice de la última aventura de su padre.

—Es una locura... —Raquel volvió a regañarse a sí misma, pero ya no consiguió prestarse mucha atención—. Un disparate es, todo esto...

Y sin embargo, se fue a la cocina, hizo un huevo de mayonesa, que era el alimento que más la consolaba, abrió una lata de espárragos buenos, otra de atún aún mejor, sacó de la nevera un paquete de pan de molde, lo puso todo en una bandeja y se la llevó a la mesa que estaba delante de la televisión. Hizo trabajar el mando a distancia hasta que encontró una vieja y buena película en blanco y negro. Era española y ella habría preferido que fuera americana, de gánsters, pero se rió mucho con Pepe Isbert vestido de esquimal en pleno verano, con la manifestación que organiza el alcalde de aquel pueblo donde había un niño enfermo, un maestro sabio y un cura estupendo, José Luis Ozores desmayándose todo el rato, y cuando los dos gordos de la pensión, obedientes siempre a las indicaciones de la pareja de locutores que hacen cada mañana un programa de gimnasia, se abrazan y, estupefactos, escuchan que lo que tienen que hacer ahora es besarse, ya estaba de mucho mejor humor.

Era arriesgado, era complejo, y barroco, y elaborado, pero también, y sobre todo, era perfecto. Raquel recordó su propia intuición —es mejor complicar las cosas, dar información de más y retorcerla, porque parece más verdadero y además despista—, aquel juicio que había formulado para Paco Molinero sin comprender todavía su verdadera calidad, y comprendió que no iba a encontrar una solución mejor. Ella había ido al entierro de Julio Carrión para observar a su familia y sacar conclusiones, y a pesar de todo, había hecho bien su trabajo. Aquella mañana luminosa y fría se había fijado en que el hijo que estaba aparte no llevaba un traje azul o gris, ni siquiera una corbata. Y al verlo en su despacho, había vuelto a fijarse en sus vaqueros y en su chaqueta de ante, tan impropios del estilo que unifica en la teoría a los herederos de los millonarios. Pero incluso si existiera una secta católica ultrarreaccionaria que se caracterizara por el estilo progresista en el vestir, e incluso si Álvaro Carrión perteneciera a ella, ninguna dosis de cólera, ningún acceso de rabia o de indignación, le permitirían hacerle daño a la última amante de su padre. Le gustara o no, tendría que tragárselo todo sin masticar, porque detrás de la llave de aquel ático sólo encontraría las escrituras de una donación tal vez demasiado generosa, pero al mismo tiempo escrupulosamente legal. Los motivos que hubieran llevado a un anciano con todas sus facultades mentales intactas a firmarlas poco antes de morir nunca podrían invalidarlas. Los muertos no hablan, no hablan, no hablan. No era muy probable que la familia Carrión optara por el escándalo, porque el valor del ático representaría muy

poco en comparación con lo que iban a recibir, pero hasta en ese caso, los jefes de Raquel Fernández Perea jamás podrían desmentir su versión. Y ella estaba segura de que Julio Carrión había hecho las cosas bien y de que, siguiendo sus instrucciones, Sebastián habría borrado todas las huellas del camino que la había llevado desde la calle Ávila a la calle Jorge Juan.

Cuando se acostó, pensó que no lograría dormirse, y sin embargo, dio pocas vueltas en la cama, las justas. Después de repasar sus argumentos con atención, comprendió que la mayor virtud de su plan consistía en su capacidad para resolver sus problemas a corto plazo, sin eliminar sus expectativas de futuro. Ahora, todo dependía de la reacción de Álvaro. Si sus revelaciones le indignaban o le ponían furioso, sería complicado llegar hasta su madre, pero si su espíritu entonaba con la ropa que le gustaba llevar, lo más probable era que se guardara el secreto para sí mismo, y entonces Angélica volvería a ocupar sin complicaciones el lugar que ella misma le había asignado hasta que su hijo irrumpió por sorpresa en su despacho. Tendría que encontrar alguna manera de estar al tanto de los movimientos de su interlocutor y esperar algún tiempo antes de dar el siguiente paso, pero el lunes no iba a suceder nada más grave. Por eso durmió bien, de un tirón, y a la mañana siguiente se levantó con sus fuerzas intactas.

Eso fue todo. Después, cuando aquella mentira echó a rodar, cuando creció para hacerse más, y más, todavía más grande, y acertó a cambiar de forma para enredarse en todo, para infiltrarlo todo y suspenderlo de un hilo tan fino como su propia y quebradiza naturaleza, a Raquel llegaría a parecerle increíble que su impostura hubiera surgido de aquellos sucesivos viajes al cuarto de baño, en los que no creía haber hecho nada más grave que mojarse la cara para seguir pensando. Después, cuando empezó a sentirse presa de aquella mentira, se preguntó adónde habrían ido a parar sus reservas, sus temores, cuándo empezaría a gustarle aquella locura, o mejor dicho, cuándo dejó de disgustarla, y cómo logró desarmarse con tanta facilidad a sí misma del instinto que había hecho saltar todas las alarmas ante la perspectiva de convertirse en la amante de Julio Carrión incluso en una ficción inofensiva, estratégica. Después, nunca llegaría a explicárselo del todo, pero tampoco llegaría a ser completamente injusta, y siempre recordaría a tiempo que no la había movido sólo la ambición, la avaricia. Sobre todo, la había empujado el miedo, una pasión española, tan familiar. Quizás también el tiempo, que corría deprisa y no le permitió detenerse, estudiar sus movimientos, planificarlos bien, pensar dos veces en lo que iba a hacer.

Su plan no sólo era arriesgado, complejo, barroco, elaborado y perfecto. Mientras desayunaba, comprendió que además iba a ser trabajoso. El ático de Jorge Juan era la clave de la partida, la pieza que iba a lograr el jaque mate en el tablero imaginario sobre el que jugaba contra los Carrión desde la tarde anterior, pero sólo sería eficaz si

conseguía convertir aquel piso piloto en un escenario convincente. Tenía que llenarlo de cosas, sembrarlo de minas, pistas falsas y auténticas como cebos vivos ensartados en un anzuelo. Quizás lo único que pasó fue eso, que no tuvo tiempo para pensar dos veces en lo que iba a hacer, pero se entregó con entusiasmo a aquella tarea y la verdad, aunque eso tampoco podría creerlo después, fue que se divirtió.

—¿Qué tal?

Aquel día, Paco llegó tarde a trabajar, pero lo primero que hizo al sentarse en su mesa fue llamarla.

—Mucho mejor, porque lo he perfeccionado todo.

—¿Sí? —había logrado sorprenderle—. ¿Todo qué?

—Pues todo —y se echó a reír—. Se acabó el escándalo financiero.

—¿Y entonces?

—¡Uf! Es largo de contar. ¿Tienes algo que hacer esta tarde? Si te parece, comemos algo rápido y te lo explico. Es que después me gustaría que me acompañaras a un sitio...

—¿A un sitio? —ya parecía más que sorprendido—. No entiendo nada. Me estás asustando, Raquel.

—Pues no te asustes porque no es precisamente de miedo —y volvió a reírse—. Tampoco es peligroso. Quiero que me acompañes a un sex-shop. Podría ir yo sola, pero...

—¿A un sex-shop?

—Sí. Ya me imagino que no entiendes nada, pero todavía no sabes lo mejor. Estás hablando con la última amante de Julio Carrión González —esperó una respuesta, cualquier comentario, pero su amigo se había quedado mudo—. ¿No me dijiste tú que lo que tenía que hacer era atacar? Pues más que esto...

Y sin embargo, cuando se reunió con él estaba más nerviosa de lo que había calculado, y le miró un buen rato a los ojos antes de empezar a hablar. Le conocía muy bien, y sabía que si formaban un buen equipo era porque cada uno de los dos tenía la virtud de suplir con sus capacidades las deficiencias del otro. Raquel era más imaginativa, más valiente y mucho más audaz. Paco era peor pensado, más astuto y mucho más realista. Por eso, la autora del plan esperaba dudas, preguntas e incluso críticas, la respuesta habitual a los saltos mortales que sólo ella era capaz de concebir. Pero cuando llegó al final, Paco no se contentó con echarse a reír. También aplaudió.

—¡De puta madre, tía! —y siguió riéndose—. Pero de puta madre, es que es buenísimo, en serio...

Raquel celebró tanto su entusiasmo que cuando entraron juntos en un sex-shop inmenso de la calle Atocha sintió una efervescencia rejuvenecedora, la clase de impaciencia mezclada con temeridad, mezclada con emoción, mezclada con una risa intermitente, tonta y desbocada, que había sido siempre el preámbulo de sus

travesuras infantiles, sus gamberradas adolescentes. Quizás el dependiente se dio cuenta, porque se acercó a ella enseguida, y sonrió antes de preguntarle qué deseaba.

—Pues, mira, quiero como... —y se paró a pensarlo—. No sé, unas doce o quince películas, pornográficas, desde luego, pero normalitas. O sea, hombres y mujeres follando, y ya. Sin travestís, sin animales, sin menores, sin sadomaso... Todo legal, ya sabes.

—Puedes elegirlas tú misma —le dijo él—. Están justo detrás de ti, en esos dos pasillos.

—Ya, pero es que yo no controlo mucho, e igual meto la pata. Si fuera una sola, sí, pero tantas... Me puedo tirar la tarde entera. Por eso he pensado que, si no te importa, me las podrías escoger tú.

—Bueno —parecía perplejo—, eso suele ser muy personal, pero si lo prefieres...

Salió de detrás del mostrador y ella le siguió con una cesta de plástico en la mano y la misma actitud con la que se habría prestado a probar un queso nuevo en un supermercado. Estaba sola, porque Paco le había dicho que iba a darse una vuelta, a ver qué encontraba, pero no le necesitó para responder a las preguntas de su nuevo mentor.

—Lesbianas sí, ¿no? ¿Y tríos? ¿Sexo en grupo?

—Claro, eso es muy clásico. Lo único es que sean tranquilas, porque son para un señor muy mayor, y... No sé, no quiero que se me asuste.

—También tenemos ofertas. Son más antiguas, pero igual te interesan.

—No, es mejor que sean caras. Normalitas, pero de calidad, digamos. Quiero decir, nada casposo, gente elegante, jóvenes, guapos, en fin...

—Ya, ya, te había entendido. Aunque te advierto que las raritas cuestan más o menos lo mismo.

—Sí, pero... Yo sé lo que me digo.

Tenía su cesta casi llena cuando vio entrar a Paco por el pasillo con otra por el estilo.

—Escoge uno —le enseñó lo que traía y a ella le dio la risa—. Yo creo que los metálicos son más serios, a don Julio le pegan más —entonces se rió él también—. Pero los de colorines son mucho más bonitos y te pegan más a ti.

—Pero, Paco, de verdad... —estudió un momento los consoladores, uno plateado, otro de plástico blanco, el tercero de una especie de goma de color morado, el cuarto igual, pero verde pistacho—. ¿Tú crees que esto hace falta?

—Hombre, con un novio de ochenta y tres años... —y aquello ya eran carcajadas —, tú me dirás... Yo creo que lo que se dice sobrar, no sobra, eso desde luego.

—Entonces, el morado, que es más republicano.

—Estaba pensando... —pero el dependiente, que había abierto mucho los ojos al escuchar la edad del novio de su clienta, no quiso revelar aún su pensamiento.

—¿Qué? —le preguntó Raquel, que había anotado aquel gesto, mientras pasaba el consolador a su cesta.

—No, nada —el chico negó con la cabeza—. Se me había olvidado lo que me habías dicho antes —Raquel frunció las cejas y él bajó la voz—. Todo legal, ¿no?

—Bueno, en un momento dado... —se acercó a él y susurró cerca de su oído—, eso es sólo una manera de hablar, ya sabes.

Él asintió con la cabeza, avanzó hasta el fondo del pasillo, se colocó detrás de la estantería, y ellos le siguieron.

—Tengo un colega aquí al lado —dijo, dirigiéndose sólo a Raquel—, que pasa viagra. En las farmacias sólo la venden con receta, ya sabes. Yo tengo aquí otras cosas, pero no hay color, la verdad. Y por eso he pensado que, a lo mejor...

—Me interesa muchísimo. Pero muchísimo, en serio.

—¿Cuántas quieres? —preguntó él, marcando un número en el móvil.

—De momento, dos... —se paró a pensarlo y no cambió de opinión—. Con eso tengo bastante.

En aquel instante, Raquel Fernández Perea comprendió que todo iba a salir bien, porque la suerte estaba de su parte. Al salir a la calle, cargada con dos bolsas de plástico verde oscuro, opaco y sin marcas de ninguna clase, volvió a pensarlo. Paco la acompañó al bar donde les estaba esperando el camello, pero se despidió enseguida.

—He quedado con una tía y se me ha hecho tarde... —y miró al suelo, como si estuviera avergonzado de no haberlo dicho antes—. Seguramente pasaré el fin de semana fuera de Madrid, pero si pasa algo, lo que sea, me puedes localizar en el móvil, ¿vale?

—Vale —ella le dio un abrazo—. No sabes cómo te agradezco todo esto, en serio, no puedo decirte...

Pero él distinguió en aquel momento una luz verde, la soltó deprisa, levantó la mano para detener un taxi.

—Lo siento, Raquel, me tengo que ir, de verdad, me van a matar, el lunes hablamos... —y se marchó justo en el momento en el que ella había calculado que tendría que ceder, dejarse invitar a cenar, luego a tomar una copa en su casa, por fin acabar en la cama con él.

Estaba tan segura de que eso era lo que iba a pasar que hasta le apetecía, no mucho, desde luego, pero lo suficiente como para dejarse hacer con alegría. Mientras pagaba, la presión del ambiente la había animado a hacer cálculos, y acababa de darse cuenta de que no se acostaba con nadie desde Nochevieja, cuando Berta la arrastró a una fiesta donde se encontraron con un actor que le gustó mucho de repente, pero sólo de repente. Su particular campaña de resistencia, la negociación con Sebastián López Parra, el reencuentro con Julio Carrión González, los secretos de su abuela, sus visitas a la sede del Grupo Carrión, el entierro y sus consecuencias, la habían

mantenido demasiado ocupada como para pensar en el sexo. Y sin embargo, el sorprendente desinterés de Paco también era un signo de la complicidad del azar, porque si hubiera pasado la noche con él, ya no habría podido quitárselo de encima hasta el lunes por la mañana, y prefería trabajar sola. A partir de aquel momento, ya no necesitaba a nadie y, extinguidos el miedo y el peligro, confiaba más en sus propias capacidades que en las ventajas de cualquier asociación.

Lo hizo todo sola y lo hizo muy bien. No tuvo que recurrir a nadie más con la única excepción de su hermano Ignacio, que el día siguiente, a la hora de comer, le explicó que las pastillas blancas muy pequeñitas que se ponen debajo de la lengua se llaman cafinitrina y previenen los infartos, y otras un poco más grandes y también blancas podrían ser estatinas, para combatir el colesterol.

—¿Quieres verlas? —le dijo su abuela, sacando un pastillero del bolso, y añadió que naturalmente podía quedárselas—. En casa tengo un arsenal, pues sí, bueno es tu hermano, ahora, que lo que no sé es para qué las quieres...

—Pues sí, para nada, tienes razón —concedió ella—. Era sólo curiosidad... —y volvió a meter el pastillero en el bolso de su abuela con tres unidades menos, una pequeña y dos grandes que guardó enseguida en su paquete de tabaco.

Aquella mañana había comprado una cajita cuadrada de plata con la tapa rayada, muy parecida a la que Julio Carrión había volcado sobre la mesa en su última entrevista, y un portaminas de acero semejante al que había visto enganchado, siempre el mismo y en el mismo sitio, en el bolsillo de su chaqueta. También había hecho la compra más caprichosa de su vida, queso, foie-gras, frutos secos, galletas saladas y dulces, bombones, una botella de whisky y otra de ginebra, cocacolas, tónicas, servilletas de papel... Todo eso estaba ya en Jorge Juan, pero había llevado a su casa lo que había comprado para el baño porque el efecto sería mejor si se quedaba con los envases nuevos y llevaba al ático los que tenía a medio usar. La única concesión que se hizo a sí misma fue un viaje al chino de la esquina, donde encontró vasos, cuencos y cubiertos mucho más baratos que los que podría ofrecerle el barrio de Salamanca. Para escoger un DVD había seguido la misma filosofía, porque la operación picadero le estaba costando una pasta, por más que supiera que todo lo que fuera a parar a Jorge Juan volvería a sus manos antes o después, pero el azar recompensó su vocación de virgen sabia al ponerle delante dos docenas de velas pequeñas metidas en fanales de plástico transparente, que parecían fabricadas a propósito para decorar el borde del jacuzzi.

Dejó las fantasías para el final, y el domingo por la tarde, cuando todos los electrodomésticos funcionaban, la nevera había empezado a fabricar hielo, la cama estaba hecha y los ceniceros sucios, se puso una copa, se desnudó, abrió el grifo de la bañera y dejó caer encima un chorro de gel. Después colocó las velas, las encendió, sacó el consolador de su envase y se metió en el agua con él. Si no te apetece

estrenarlo, que sería lo suyo, le había aconsejado Paco, lávalo bien, varias veces, para que no huela a nuevo. No lo estrenó, pero lo tuvo en remojo media hora, el tiempo que tardó en consumirse más o menos la mitad de la cera. Después, sopló las velas una por una, como si fuera su cumpleaños, contempló su obra y se felicitó a sí misma. Estaba segura de no haber cometido ningún error, pero antes de marcharse, volvió a comprobarlo todo.

El día siguiente, a primera hora, Paco Molinero pasó por su despacho de camino hacia el suyo.

—¿Cómo estás?

—Bien —le aseguró ella, pero se corrigió sobre la marcha después de mirarle con más atención—. No tan bien como tú, pero muy bien. Un poco nerviosa.

—Ya —él no quiso hacer comentarios sobre su fin de semana—. ¿Quieres que comamos juntos?

—No puedo. Voy a comer con Álvaro Carrión.

—¡Ah! —él se quedó muy sorprendido—. No sabía que hubierais quedado para comer.

—Él tampoco lo sabe, pero he pensado que es lo mejor, ¿no? —se rió—. No puedo decirle que soy la amante de su padre así como así, y además, si comemos juntos puedo sacarle información.

—Puede ser —aceptó él—. Bueno, llámame luego para contármelo, ¿vale?

Aquella mañana se había levantado antes de que se activara la alarma que encendía la radio del despertador, se había probado la mitad del armario antes de escoger el vestido que llevaba puesto y había ido a trabajar sin pintarse. Lo hizo antes de salir y no quiso analizar por qué, como se había negado a analizar por qué no le cogía el teléfono a Sebastián, que volvió a llamarla el sábado, y se disponía a comer dos días después con un hijo de Carrión, a pesar de que su compañía resultara infinitamente más peligrosa. Cuando le distinguió, de nuevo con vaqueros y sin corbata, al otro lado de las puertas de cristal, sus labios sonrieron solos y todo lo demás ocurrió de una manera parecida. No había previsto tutearle, pero al acercarse a él, comprendió que no podía seguir llamándole de usted. Y ésa fue la última decisión consciente que tomó hasta que sacó la llave del ático de su bolso para ponerla encima de la mesa.

Al salir del restaurante, podría haber concluido que hacía muchísimos años que un hombre no le gustaba tanto, pero la cabeza no le daba ni para eso. Creía que sus piernas tampoco podrían llevarla a casa, y al darse cuenta, estaba ya a la altura del metro de Noviciado. Después, se encerró en el dormitorio, bajó las persianas, se tiró en la cama y se rió. Tenía muchas ganas de reírse y ninguna de pensar en lo que le estaba pasando. Y hasta que sonó el teléfono no hizo nada más.

—¿Qué ha pasado? —Paco parecía asustado, eran las seis y cuarto—. No me has

llamado.

—No, porque... Bueno, se me ha olvidado.

—¿Y qué tal?

—Muy mal —hizo una pausa, sonrió—. Y muy bien.

—¿Muy mal? —no entendía nada, y la perplejidad se asomó a su voz—. ¿Por qué?

Raquel se sentó en la cama, tomó aire, procuró ponerse seria.

—Álvaro Carrión es físico, Paco.

—¿Físico? —ahora entendía todavía menos—. ¿Por qué dices eso? ¿Tiene un gimnasio?

—No —y a pesar de sus buenos propósitos, volvió a echarse a reír—. Es físico, de la Física y Química, ¿te acuerdas de aquella asignatura del colegio? Es científico.

—¿Pero cómo va a ser...? —la sorpresa le impidió acabar la frase—. Con un padre empresario, millonario... ¿Es científico?

—Sí.

—Es lo más raro que he oído en mi vida.

—Pues sí —Raquel comprendía muy bien la reacción de su colega—, es muy raro pero es lo que hay —hizo una pausa que la estupefacción de Paco no acertó a llenar —. Sus hermanos mayores sí trabajaban con su padre, la típica dinastía empresarial, ya sabes, pero él no. Él es físico y da clase en la universidad. No tiene nada que ver con los negocios de su familia y no ha podido contarme nada de eso, claro. Tampoco ha reaccionado mal cuando le he dicho que su padre y yo éramos amantes, más bien no ha reaccionado en absoluto, y eso es una buena reacción, ¿no? Además parece progre, ¿sabes? Yo creo que por ese lado ha habido suerte.

—¿Y por el otro?

—¿Cuál es el otro? —ahora era ella la que no entendía.

—¿Pues cuál va a ser? El de la pasta.

—¡Ah! De eso no sé nada todavía. Tendré que esperar, ver por dónde respira... De momento no se ha indignado, no se ha ofendido, no me ha insultado ni me ha dicho que estaba mintiendo. Se ha quedado con la llave, eso sí. Me imagino que ahora irá por allí, y... No sé, tendrá que masticar todo esto.

—Ya, eso es lo normal, con eso ya contábamos, pero lo que no entiendo es por qué me has dicho que también ha ido todo muy bien.

—Pues... porque me he divertido mucho, la verdad.

—Pero, Raquel... —el asombro de Paco evolucionaba deprisa hacia la impaciencia—. Tú no has ido a comer con ese tío para divertirte.

—Pues no, tienes razón. ¿Pero qué quieres? Me he divertido.

No fue capaz de explicarlo mejor y dedicó el resto de la tarde a imaginar a Álvaro Carrión cayendo en todas sus trampas, un entretenimiento que la excitaba y la

conmovía a partes iguales. Creía tenerlo todo bajo control, pero cuarenta y ocho horas después, ya lo había perdido. Eso no le preocupó. Lo más notable de todo fue que le trajo sin cuidado.

Rafael Carrión Otero la llamó el 6 de abril, miércoles, para informarla de que se había convertido en el presidente de las empresas de su familia. Antes de que ella tuviera tiempo de darse por enterada, le anunció que se había hecho cargo de la situación, que estaba ocupadísimo, que le gustaría ir a verla al día siguiente, por la mañana, eso sí, porque por la tarde todos los herederos estaban convocados a una reunión muy importante, que le agradecería mucho que tuviese la documentación preparada y que iba a liquidar los fondos porque ésa era la voluntad expresa de su madre. Nada de lo que me cuente me va a hacer cambiar de opinión, añadió al final, y ella ni siquiera lo intentó. Adiós a los fondos, se dijo, pues muy bien, y Paco Molinero no opinó nada distinto. A aquellas alturas, eso ya les daba lo mismo.

El hermano mayor de Álvaro no le gustó nada. Se le parecía tan poco que ni siquiera la deformación profesional la animó a retenerle. Alto y delgado, pero con barriga, tenía los hombros encorvados, la piel muy blanca y un pelo pobre, fino y ralo, al que quizás le sentaría mejor renunciar. Por lo demás, era arrogante, prepotente y tan áspero como si pretendiera resultar antipático a propósito.

—Creía que las inversiones de mi padre las llevaba un chico, Aguado, ¿no? —dijo antes de firmar.

—En efecto —contestó Raquel—, pero hace poco se hizo cargo de una operación muy delicada, muy complicada. Tiene mucho trabajo y me ha pedido que me encargue...

—Da lo mismo —firmó antes de que su interlocutora tuviera tiempo para terminar la frase que tenía preparada, miró el reloj, seleccionó los documentos—. Esto es para usted, ¿verdad?

Al despedirse de él, Raquel se dio cuenta de que la miraba igual que si fuera un mueble. En aquel momento, no le dio importancia, pero se encontró recordando la expresión de su rostro sin querer una semana más tarde, al compararla con la mirada concentrada, risueña pero más que levemente ansiosa, que le dirigió su hermano desde la barra de un restaurante japonés.

Ella ya había calculado que probablemente Álvaro la llamaría para devolverle la llave, pero, aparte de comprarse un vestido tan corto y escotado que parecía una combinación de las que se usaban en 1950, y una chaqueta de punto rosa que subrayaba en un grado admirable lo que aparentaba disimular, no planeó ninguna estrategia, ninguna otra ofensiva para aquella cita. Y aquella noche, todo empezó a venirse abajo.

Si quince días antes alguien le hubiera enseñado esa escena, si hubiera podido verse y mirarse, escuchar sus palabras y leer los pensamientos que las inspiraban, se

hubiera echado a reír. Es imposible, habría dicho, ridículo, éste es el último hombre en el mundo con el que yo querría tener algo que ver en mi vida, el último, si naufragáramos juntos y fuéramos a parar a una isla desierta, construiría mi cabaña en el punto más alejado del que él escogiera para levantar la suya... Pero Álvaro Carrión sabía mirarla, y le pareció tan gracioso mientras señalaba en la carta los nombres del sushi con un dedo, y tan conmovedor al buscar las palabras justas para expresarse sin herirla, y tan encantador cuando confesó que había recogido todo lo que había en el ático para que su madre y sus hermanos no tuvieran que enterarse de nada, y tan inquietante en el momento que escogió para bajar la voz y mirarla a los ojos antes de preguntarle si había querido a su padre, y hacía tantos años que su cuerpo no crujía, y él lo lograba con tanta facilidad, que a la hora del postre se encontró pensando en el más inconveniente de todos los planes que el mundo era capaz de ofrecerle.

Él estaba pensando en lo mismo y ella se dio cuenta. Por eso pudo reaccionar, aquella noche sí, pero mientras miraba el reloj, fingía asustarse de lo tarde que era, y se recordaba en voz alta que tenía que madrugar al día siguiente, ya no estaba segura de nada, no sabía si iba a acertar o a equivocarse. Aquella noche, Álvaro Carrión ya era él, no la sombra de su padre, y Raquel Fernández Perea no podía seguir recurriendo a la debilidad de su tía Paloma para enmascarar su propia debilidad. Y sin embargo, se lo quitó de encima. Con suavidad y sin palabras, sin cerrar ninguna puerta ni despedirse hasta nunca, se lo quitó de encima y se dijo que había hecho bien, lo correcto, lo mejor, lo más sabio, lo más sensato, lo único que podía hacer. No quiso pensar que quizás nunca en su vida había tenido tantas ganas de acostarse con alguien, pero lo supo igual, hasta sin querer pensarlo. Y cuando entró en su casa estaba tan desmoralizada que ni siquiera tuvo fuerzas para pegarse a sí misma. Por imbécil.

Da lo mismo, mientras se metía sola en la cama se absolvió de sus pecados, se me pasará, y al levantarse por la mañana se consoló con el mismo pronóstico. Pero no dio lo mismo, porque no se le pasó. Pasaron los días, sí, uno, dos, tres, cuatro días, y el supuesto acierto de su renuncia empezó a diluirse en el ácido de los deseos insatisfechos, una sustancia tan irritante que es capaz de fabricar su propio antídoto.

¿Y qué?, ésa fue la primera dosis, ¿y si lo hiciera, qué?, yo no le voy a contar nada y en mi familia tampoco se va a enterar nadie... Aquella gota le sentó tan bien que empezó a tomar la misma medicina a cucharadas, y va a ser sólo una vez, ¿para qué más?, con un par de polvos lo arreglo todo, él está casado, así que, total, por una simple aventura sin importancia... Al final, comprobó que lo más eficaz era beber directamente de la botella, ¿y por qué me voy a enganchar, a ver?, si yo no me engancho nunca, si hace siglos que no me engancho con nadie, y además, lo más fácil es que no salga bien, ¿por qué va a salir bien?, lo normal es..., pues eso, que sea una cosa normal, agradable y punto, sobre todo la primera vez, y como no va a haber más,

es que no sé ni para qué me preocupo... Lo preocupante sería no hacerlo, eso sí, porque si no me acuesto con él, me moriré pensando que era el hombre de mi vida, y eso no puede ser, pero, vamos, seguro que no, ¿por qué iba a ser el hombre de mi vida un hijo de Carrión, precisamente un hijo de Carrión?, no, es imposible... Y lo de los instintos, otra tontería, porque el instinto funciona, seguro que funciona, pero luego entran tantas cosas en juego, y no sé nada de él, no sé nada de su vida, yo me lo puedo permitir, sí, ¿pero él...? Igual está en plena luna de miel, igual se acaba de enamorar de otra, igual le van a despedir, o le van a ascender, o se va a ir a vivir al extranjero y no tiene el cuerpo para complicaciones, yo qué sé, lo más fácil es que me diga que no y con eso se acaba el problema... Yo le llamo, le digo que quiero devolverle un par de cosas de su padre, y a lo mejor hasta me pide que se las mande con un mensajero, que para eso están, y con eso, cumplo de sobra conmigo misma, ¿que no?, pues sí, claro que sí...

Raquel Fernández Perea nunca sabría que el 4 de abril de 1947, al bajarse de un tren en la estación del Norte, Julio Carrión González había celebrado consigo mismo una negociación similar, con un resultado muy diferente. Y sin embargo, se dio cuenta de que, al margen de lo que pudiera ocurrir después, Álvaro la había salvado, porque sólo después de aquella cena en la que empezó a ser él mismo, Raquel comprendió que estaba tratando con un hombre, un ser vivo, delicado, indefenso, tan inocente de las culpas de un fantasma como la propia Paloma en el instante en que Julio la traicionó. A pesar de todo, aunque Carrión ya estuviera muerto y la historia demasiado lejos de la derrota, de la victoria, ella nunca podría cambiar de bando, seguir con alegría los pasos del traidor. Y eso era lo que había hecho hasta que las palabras, las sonrisas, las miradas de Álvaro la convencieron de que estaba tratando con él, no con su padre. Al pensarlo, sintió un escalofrío, y entonces todo se esfumó, sus planes, su ambición, su proyecto de venganza. En el hueco que dejó libre la sombra de un número de seis cifras, no halló sólo el resplandor rojizo y denso de su deseo, sino también el eco de las palabras de su abuelo, lo que es mejor para vivir aquí, y la memoria de todas las promesas que no había querido cumplir.

—No le he dicho nada —en la mañana que sucedió a aquella cena, Paco Molinero recibió sus noticias con una mirada estupefacta en la que ella no quiso detenerse—. No encontré el momento, ni la manera, y además... Da igual, ésa es la verdad, que ya me da igual. Creo que esto ha llegado demasiado lejos. He perdido el impulso, las ganas que tenía al principio, y ahora me parece que ha sido una locura. Me acuerdo mucho de mi abuelo, ¿sabes? Estoy segura de que es lo que habría preferido él, y de repente lo entiendo, entiendo muy bien sus razones...

Se las explicó y no logró convencerle, pero tampoco se dejó arrastrar por la vehemencia con la que él defendió los criterios opuestos.

—¿Pero cómo te va a dar igual un millón de euros, Raquel? Eso no puede ser, es

imposible, a nadie le da igual un millón de euros...

En aquel momento, Raquel se dio cuenta de que los dos habían dejado ya de ser un equipo, como dos emisoras de radio que han empezado a transmitir en frecuencias distintas. La culpa era suya, porque no le había contado la verdad. Por eso Paco no la entendía, no podía entenderla, pero desde entonces, la miraba con tanta atención como si la estuviera vigilando, o eso sentía ella, al menos.

—A ti te pasa algo —le advirtió unos días después—. Estás rarísima, tía. A ver, ¿qué es lo que te acabo de contar?

—Pues... —si es que se me nota, se decía entonces a sí misma, se me nota y es fatal, claro, es horroroso, porque así, ni se puede trabajar, ni se puede hablar con nadie, ni nada—. No sé, algo de las cuentas de esa cementera, ¿no?

—¿Lo ves?

—Sí, pero no me pasa nada —esto no puede seguir así, yo no puedo seguir así, de verdad, tengo que hacer algo, aunque sea para descalabrarme, pero algo—. Que estaba distraída, sólo...

Así entró un péndulo caótico en su vida.

Una semana después de haber cenado sushi con él, Raquel Fernández Perea llamó a Álvaro Carrión Otero y le propuso una cita para el día siguiente. Él no le dijo que no, y a ella se le olvidó hasta que aquella tarde había quedado con Berta.

—Creía que Jaime era un engreído insufrible que sólo sabía hablar de sí mismo y que en la cama daba juego pero tampoco era tan buen actor aunque estuviera ganando tantos premios.

Lo dijo de un tirón, sin pararse a saludar, y Raquel, por no entender, ni siquiera entendió qué hacía su amiga en la puerta de su casa a las seis menos diez de aquella tarde.

—¿Por qué lo dices?

—No sé, como te has puesto tu vestido de la suerte...

Raquel bajó la cabeza y vio exactamente lo que esperaba, la falda de un vestido estampado con florecitas amarillas y hojas verdes en el que confiaba más que en ningún otro modelo de su vestuario. Por eso lo llamaba su vestido de la suerte, porque era el que mejor le sentaba, el que más la favorecía, pero eso no explicaba la irrupción de Berta, ni su alusión al actor con el que se había acostado después de encontrárselo en una fiesta a la que habían ido juntas, la última Nochevieja.

—Sí, me lo he puesto —admitió—, pero eso no tiene nada que... —entonces se acordó—. ¡Ay, claro! Que habíamos quedado para ir al teatro, a ver a Jaime, y eso... —y se sujetó la cabeza con las dos manos, como si quisiera asegurarse de que la llevaba puesta—. ¡Ay, Berta!

—Se te había olvidado —supuso ella.

—Sí, es que... No sé, últimamente no doy una, de verdad...

—Has quedado con un tío.

—Sí... —la miró y se echó a reír—. ¡Sí! Y no sabes cómo es, no lo sabes, es... Bueno, he quedado con él a las seis y cuarto. Baja conmigo y te lo enseño. Vamos a ir a ver una exposición sobre agujeros negros.

—¿Qué?

—Agujeros negros —se quedó mirándola y se echó a reír—. El espacio estelar, ya sabes... Es físico, de la Física y Química, las palancas, las potencias y todo eso. La ha montado él.

Entonces fue Berta la que se rió.

—¿Y eso te apetece?

—Muchísimo.

—Mira que estás tonta, ¿eh?

—Perdida —y por fin se rieron las dos juntas—. Ya te lo he dicho...

Después, el azar le dio una oportunidad bajo la forma de una niña fea y gorda que no sabía qué era lo que le parecía raro en un aparato con dos chorritos de agua y una manivela. Mientras Álvaro desentrañaba su confusión en voz alta, Raquel sintió dos tentaciones simultáneas y contradictorias. O le beso en la boca o salgo corriendo. Había una tercera, contárselo todo, pero no quiso considerarla siquiera. Tampoco le apetecía correr, y por eso se limitó a consagrar como certeza una intuición que la había deslumbrado la última vez que estuvieron juntos. A Álvaro no le molestó escuchar que no parecía hijo de su padre, y estuvo de acuerdo en que lo mejor era no volver a acordarse de él, y aquél habría sido el momento de hablar, de consentir que la verdad aflorara al menos a una esquina de alguna palabra. Lo primero que hizo mi abuelo con mi abuela, después de acostarse con ella, fue enseñarle a leer y a escribir. Llegó a componer esa frase en la cabeza, pero pensó que Álvaro también era español, que estaría acostumbrado a los misterios, a los silencios, y que no le estaba mintiendo, ya no, no volvería a mentirle nunca más. Era verdad que le habían hecho un test de inteligencia en el instituto, y verdad que una de las pruebas tenía que ver con dos amas de casa que sujetaban una aspiradora a distintas alturas, y verdad que se había pasado de lista, que había metido la pata, que aquel error le había bajado la media de ciencias una barbaridad. El conocía la respuesta correcta, y era muy buen profesor, y le gustaba mucho, le gustaba tanto que estaba deseando meterse en la cama con él, y total, sólo iba a ser un polvo, como mucho dos, una simple aventura sin importancia. Pero dentro de la caja envuelta en papel de regalo que él puso encima de su plato antes de cenar, había dos péndulos, uno normal, estable, regular, encadenado a su propia previsible naturaleza, y otro caótico, caprichoso, loco, impredecible, y los dos juntos, funcionando a la vez durante toda la eternidad, no habrían servido para formular, ni siquiera con decimales, lo que le pasó aquella noche a Raquel Fernández Perea mientras todo empezaba a fluir con una sonrosada

placidez, la apacible costumbre del agua que corre.

—¿Pero tú te has vuelto loca o qué? —Berta se la quedó mirando con los ojos muy abiertos y ya era tarde.

Cuando le contó a ella, y sólo a ella, la verdad completa, ya estaba tan enganchada que ni siquiera podía explicar muy bien lo que significaba ese adjetivo.

Hasta entonces no se lo había contado a nadie porque no quería ni pensarlo, no quería medir las dimensiones de la ratonera en la que estaba siendo tan feliz, más que antes, más que nunca, no quería saber nada y por eso no lo comentaba ni consigo misma. Cuando estaba sola, prefería imaginar otra escena, un sábado por la mañana y el sol entrando a raudales por los balcones, Álvaro en casa, en pijama, ella volviendo de la compra con un ramo de flores que repartía entre varios jarrones de cristal transparente. Eso era lo único que quería saber, pero la noche anterior habían cenado los tres juntos, y había tenido que improvisar un mareo fingido para que Álvaro y Berta se callaran de una vez, y en aquella pizzería no hacía tanto calor. No había logrado engañar a su amiga y las dos se habían dado cuenta al mismo tiempo. Por eso la había llamado, y después habría podido soltarle cualquier otro rollo, llegó a imaginarlo, podría haberle dicho que habían discutido antes de ir a cenar y que se había quedado tan blandita que luego se había echado a llorar, podría haberle contado eso o cualquier otra cosa, pero había pasado el tiempo, apenas tres meses para los demás largos para ella como una vida entera, había llegado el verano y las flores de colores, los jarrones de cristal, estaban tan cerca como si fueran reales, como si pudiera tocarlos con las yemas de los dedos. La noche anterior, al hablar de sí mismo, Álvaro había hablado también de ella, porque alguna vez tendría que ser, alguna vez tendría que hablar, alguna vez tendría que contarle la verdad a alguien. Decidió empezar por su mejor amiga, y Berta la inestable, Berta la loca, la impulsiva, la caprichosa, la desequilibrada, Berta la inepta, la que jamás se liaba con un hombre que le conviniera, se llevó las manos a la cabeza y la miró con los ojos muy abiertos, la cara tan pálida como si fuera de cera.

—¿Pero qué me estás contando, Ra? —le dijo entonces—. No me lo puedo creer, en serio, es que no me lo creo. ¿Pero qué locura es ésta? ¿Cómo se te ha ocurrido meterte en una historia así?

—No me he metido, Berta —al principio intentó defenderse—. Yo no me he metido, me ha pasado... Ha pasado, solamente, y no he podido... Ha sido una casualidad, todo, una casualidad, yo... Yo no sabía que me iba a pasar esto, ¿cómo iba a imaginarme que me iba a enamorar de él? No sé, la verdad es que no lo sé, es que todavía no lo entiendo, era todo tan fácil, ha sido todo tan fácil, que no me he dado ni cuenta...

No lo estaba haciendo bien. Se dio cuenta de que no lo estaba haciendo bien, de que así no lograría convencer a nadie, pero su amiga no le pidió más explicaciones.

Se acercó a ella, la abrazó, y procuró parecer animada.

—Bueno, no pasa nada —pero Raquel se dio cuenta de que no se lo creía ni ella —. No creo que sea tan grave, porque... Tiene que haber alguna manera de arreglar esto, ¿no?

—Eso espero.

—Seguro que sí —su amiga volvió a abrazarla—. Y de momento, ¿qué vas a hacer? Seguir como si tal cosa, supongo...

—Claro —Raquel se sintió mejor—. Él está casado, tiene un hijo, no va a dejarlo todo por mí, ¿no?, los hombres casados nunca hacen eso. Y ahora nos vemos mucho, porque ya no da clase, está de vacaciones, pero luego... Pues, no sé, las cosas volverán a ser como antes y, mientras todo siga así... No voy a contarle nada, Berta, no puedo. No puedo contarle qué clase de hombre era su padre, qué clase de cosas hacía, podría odiarme sólo por eso. Y además, si se enterara, nunca más volvería a confiar en mí. Pensaría que soy una tramposa, una mentirosa, una estafadora... Yo no soy así, tú lo sabes, pero él... Si se enterara, no podría volver a mirarle a la cara, me moriría de vergüenza, ¿entiendes? Yo le quiero, Berta, le quiero tanto que no podría soportar que pensara eso de mí, ni siquiera podría vivir con él sabiendo que lo piensa, aunque no me lo diga. Yo le quiero, Berta, le quiero... Bueno, eso ya lo he dicho, ¿no?

Acababa de darse cuenta de que si seguía por ese camino iba a ponerse a llorar, y no se lo podía permitir, porque eso sería aceptar que todo iba a acabar mal, que su historia con Álvaro se desmoronaría más tarde o más temprano, pero sin remedio, así que sacudió la cabeza y procuró ser optimista.

—Sin embargo, si sigue pasando el tiempo, si estamos liados una temporada larga, si me conoce más y se olvida de su padre, a lo mejor... A lo mejor puedo no contarle nunca nada, o... A lo mejor, llega un momento en el que ya no sea tan importante. Y si se tiene que acabar, que se acabe, pero que dure lo más posible, ¿o no? Yo ya no sé nada, Berta, no sé qué pensar, ni qué creer... Nada.

—Total —concluyó Berta con un acento casi filosófico—, que debes de ser la única mujer en la historia de la Humanidad que se lía con un hombre casado y está deseando que no se vaya de casa —y las dos se echaron a reír.

Pero aquella noche, cuando se quedó sola, Raquel pensó en ella, pensó en Álvaro, repasó sus cálculos y sintió que se vaciaba, que su cuerpo se convertía en un hueco, un espacio vacío, un hoyo hambriento, capaz de devorarlo todo. Porque ella amaba a aquel hombre, le amaba más que nadie, más que a nadie, pero su amor no iba a servir de nada. No existía una pobreza comparable a la suya, una amargura semejante a la que estaba probando, un destino tan cruel como el suyo. Porque tanto amor no iba a servir de nada. Hacía tiempo que pensaba en sábados soleados, flores de colores, jarrones de cristal transparente, pero hasta aquella noche no comprendió que la

escena en la que se acunaba a sí misma antes de dormir era mucho más que una fantasía, una elección trivial o un residuo de romanticismo adolescente. Las flores inexistentes que ponía en unos jarrones que tampoco existían eran su seguro de vida, una garantía de supervivencia.

Aquella noche, cuando su amiga Berta se marchó, Raquel Fernández Perea se murió un poco. Se murió de pena, se murió de rabia, se murió de miedo. De amor no, porque el amor la mantenía viva, su amor la preservó viva e intacta, alegre y confiada, entera, hasta el instante del golpe definitivo. Y cuando la vida que deseaba se extendió ante ella, cuando Álvaro Carrión la desplegó a sus pies como una alfombra mágica, y le ofreció todo lo que tenía, y ella lo rechazó, Raquel sintió que se moría del todo y no quiso morirse, aquella noche no, en aquel momento no, con él delante no.

Berta le había dicho que tenía que haber una manera de arreglarlo y ella quiso creerlo. Tengo que encontrar una manera de arreglarlo, le dijo a Álvaro al día siguiente, mientras desayunaban juntos, y luego lo repitió para sí misma, una, diez, cien, mil, un millón de veces.

Tenía que encontrar una manera de arreglarlo, y una, diez, cien, mil, un millón de veces se tumbó en la cama, boca arriba, muy estirada, con las manos cruzadas y encima del pecho, igual que un cadáver. Era su postura de pensar, pero tampoco le sirvió de nada. El verbo desaparecer la acechaba desde todas las esquinas, la esperaba en todos los caminos, se asomaba detrás de cada una de las puertas por las que intentó escapar de su brutalidad, el despiadado designio que le imponía la renuncia de lo único que le importaba.

No puede ser, pensó, no puede ser. Una, diez, cien, mil, un millón de veces. Y se levantó de la cama, se fue al baño, se mojó la cara con agua fría, se miró en el espejo y volvió a tumbarse. Pero ya no volvió a tener una buena idea.

Mi hermana Clara estaba sentada en las escaleras del porche, esperándome. No había quedado con ella, pero tampoco me sorprendió verla allí, en el mismo peldaño donde solía detenerse cuando era una niña que tenía problemas o pretendía evitarlos desde la frontera, ni dentro de casa ni fuera del todo.

—Hola —le dije, y subí tres escalones para sentarme a su lado igual que entonces, en la época en la que yo era el único de sus hermanos mayores que estaba lo bastante cerca de ella como para entender que estuviera preocupada por haber estropeado un libro de la biblioteca del colegio, o por haberle prestado el reloj a una amiga que lo había perdido.

—Hola —me contestó, y sonrió para fingir que no estaba viendo mi ojo morado antes de sujetar mi cabeza con las dos manos para besarme en las mejillas, y habían pasado más de veinte años desde la última vez que me besó en aquel lugar, de aquella manera—. ¿Por qué vas vestido así? Se te va a arrugar la chaqueta.

Llevaba el traje gris de las tesis y las oposiciones, una camisa de vestir y una corbata. En las contadas ocasiones en las que no había podido esquivarla, nunca había logrado sentirme tan cómodo dentro de aquella ropa como para olvidar que la llevaba puesta, pero eso fue lo que sucedió aquella mañana, y necesité más de un instante para comprender el comentario de mi hermana.

—He venido a hablar con mamá —dije después, como si eso fuera una razón suficiente.

—Ya... —asintió con la cabeza, me miró, y vi que tenía los ojos húmedos—. ¿Y yo, qué? ¿Es que a mí no pensabas llamarme?

La resaca había sido espantosa, pero no llegué a percibir su intensidad hasta que estuve solo del todo, dentro del coche, la maleta de los viajes largos guardada en el maletero, su tristeza conmigo, empañando los cristales con un vapor frío y sucio que olía mal, a casa cerrada. Mi imaginación estaba entumecida, acobardada por el horizonte de un azul purísimo, los ojos de mi madre, su color más intenso, más bello aún, cuando nadaba en aguas turbias de emoción o de ira. No vayas, Álvaro, me había dicho Raquel, los suyos más extraños, verdosos pero oscuros, tan hondos de repente como si fueran negros, no vayas. Pero había venido, tenía que venir, y al cerrar la puerta del piso de Hortaleza, aquella casa que me gustaba tanto y a la que nunca iba a volver, pensé que tal vez fuera mejor así, mejor pasarlo todo a la vez, todo junto, como cuando éramos niños y alguno cogía la varicela, y mi madre metía a sus cinco hijos en una cama de matrimonio, para que nos contagiáramos y la pasáramos al mismo tiempo. Qué barbaridad, mamá, qué salvajada, solía decir Angélica cuando lo recordábamos, pero ella defendía su procedimiento, pues es lo mejor, ¿sabes?, lo que se ha hecho siempre...

Cuando cerré la puerta del piso de Hortaleza, me acordé de Miguelito con varicela, Mai y yo turnándonos en las caricias, en las canciones y en los cuentos, para

que estuviera entretenido y se rascara lo menos posible, y aquella fiebre altísima, el cuerpo de mi hijo sudoroso y blando, y después, tan deprisa que casi no pudimos darnos cuenta, la espléndida, agotadora pesadez de sus tres años de niño sano e incansable. Mejor así, pensé, mejor todo a la vez, mejor acabar ya, juntarlo todo, todas las lágrimas, todas las culpas, todas las preguntas, todos los secretos. Estoy hasta los huevos de conversaciones transcendentales, le había dicho a Raquel la noche anterior, y era verdad. No puedo más, y no podía, y sin embargo, mientras conducía por la carretera de Burgos y mi memoria, equitativamente leal y traidora, me bombardeaba con las mejores imágenes de la vida a la que acababa de renunciar, el cuerpo desnudo de mi mujer, la risa desbocada de mi hijo, la cómplice blandura de los dedos de mi madre cuando me llevaba de la mano por la calle y los tres tan guapos, tan adorables, tan luminosos como quizás no habían sido nunca, como no volverían a ser jamás, pensé que era mejor así, pasarlo todo junto, acabar de una vez.

—Claro que iba a llamarte —por eso no me importó encontrarme con Clara, aunque no la hubiera llamado, aunque ni siquiera hubiera decidido aún el momento de hacerlo—, pero tú eres más pequeña que yo, ¿no? Si yo no sabía nada, tú sabrías todavía menos.

—Yo no voy a saber nada, Álvaro —lo dijo sin mirarme, los ojos fijos en el horizonte—. Nunca.

—Porque no quieres saberlo...

—Por supuesto que no, ya me conoces —entonces me miró, me sonrió—. Soy muy cobarde, ¿no?, eso era lo que me decías tú siempre, de pequeños. Entra, Clara, habla con papá, con mamá, díselo, atrévete a decírselo, no puedes seguir escondiéndote, tendrás que cenar, no vas a quedarte a dormir en las escaleras... Cuando rompí la famosa bailarina de porcelana, aquel año que suspendí cinco, el día que me cargué el cristal de la ventana de la cocina de un balonazo y aquella noche que salieron todos, y nos quedamos tú y yo solos con Fuensanta, y me puse un vestido de Angélica para jugar y se manchó de tinta y ya no hubo manera de limpiarlo... Eso fue lo peor, creo que nunca he pasado más miedo en mi vida, ¿te acuerdas?

—Sí —me acordaba de todo y sonreí a su sonrisa—. No he sido yo, no he sido yo, yo no sé nada... Cuando alguien echaba algo de menos, ya no estaba en ninguna parte. Tú lo habías tirado a la basura, muy bien envuelto en una bolsa de plástico, y luego decías siempre lo mismo, no he sido yo, yo no sé nada, pero daba igual. Al final, te pillaban. Y esto es distinto, Clara.

—No —y negó varias veces con la cabeza antes de repetirlo—. No. Anoche, mientras hablaba con Angélica, oía la voz de papá, ¿sabes?, ratita, ratita, todo el tiempo. Y luego llamé a Rafa, para preguntarle cómo estaba, y seguía oyendo lo mismo, ratita, ratita..., ¿te quieres casar conmigo? Con Julio no hablé, no hacía falta.

Sé que él estará de tu parte, aunque no tengas razón, que no la tienes, porque no podéis tenerla ni Rafa ni tú, ninguno de los dos.

Ratita, ratita..., ¿te quieres casar conmigo? Cuando Clara tenía tres o cuatro años, aquél era su cuento favorito, pero sólo consentía que se lo leyera papá. Todas las noches aparecía por el salón de la casa de Argensola arrastrando el libro por una esquina, y al llegar hasta mi padre decía, ratita, ratita... Él le respondía con las mismas palabras, ratita, ratita, y la cogía en brazos, y leía el texto, que estaba escrito en verso y era muy corto, tanto que los dos se lo aprendieron de memoria y empezaron a recitarlo a todas horas, en todas partes, cuando estaban solos y cuando los acompañábamos los demás. Ella siempre hacía de ratita presumida, él iba cambiando de tono para representar todos los demás papeles, y al llegar al ratoncito del final, sacaba de alguna parte una vocecita delgada y tierna, muy cómica, con la que mi hermana se partía de risa. Así, Clara se convirtió en la ratita, ratita, y mi padre dejó de llamarla por su nombre hasta en las ocasiones más solemnes, y el día que salió de casa con ella vestida de novia, antes de atravesar la puerta, la cogió por los hombros, la miró y se lo dijo otra vez, ratita, ratita..., ¿por qué vas a casarte con otro?, y los dos se echaron a reír.

—¿Cómo está Rafa?

—Bueno... —arrugó los labios en la mueca con la que solía afrontar los asuntos desagradables—. Muy cabreado contigo, desde luego. Y con la cara hecha un mapa, creo. Han tenido que darle puntos y le han puesto un cacharro en la nariz, como una prótesis rígida, para que el tabique se quede en su sitio. Se lo habías desviado de un puñetazo, por lo visto. Me dijo que le dolía mucho.

—Lo siento —ella no quiso reaccionar todavía, yo insistí—. Te juro que lo siento, lo siento mucho, pero empezó él.

—Ya, eso me contó Angélica, y no hay más que ver cómo tienes el ojo. Pero, lo que no entiendo... —volvió a negar con la cabeza antes de mirarme—. ¿Cómo pudiste pegarte con Rafa, Álvaro? De él no me extraña tanto, porque con el carácter que tiene, pero tú... Y todo por una tontería, porque se metió con tu museo, ¿no?

—No, Clara, no fue por eso. Es verdad que se burló del museo, de mí, de mi trabajo, pero lo que pasó fue peor, mucho más grave... —hice una pausa para preguntarme si sería capaz de explicárselo, y concluí que, incluso en ese caso, lo más probable era que no me entendiera—. No se metió conmigo, sino con lo que yo pienso, con lo que creo que está bien, que es justo. Yo soy una pieza insignificante en un proceso y no me dolió lo que dijo de mí, pero me sacó de quicio que se riera de la ciencia, de los científicos en general, de los programas que hacemos con los colegios... —mi hermana frunció las cejas en un gesto de escepticismo casi cómico y calculé lo ridículas que habrían sonado estas palabras, las únicas que yo podía decir, al penetrar en sus oídos—. Ya sé que parece una tontería, lo sé, pero no lo es, Clara,

te aseguro que no lo es. No hay nada que odie más en este mundo que a la gente que alardea de no saber nada, a las personas que presumen de ser como animales, no las puedo soportar, no las soporto. Eso fue lo que hizo Rafa, y sabía por qué lo hacía, sabía lo que decía. Yo no soy religioso, ya lo sabes, pero no me dedico a blasfemar para insultar a quienes sí lo son.

—¡No compares, Álvaro! —había conseguido escandalizarla sin pretenderlo.

—Pues no comparo —la miré, sonreí, intenté tranquilizarla—. Si tú no quieres, no comparo, pero eso fue lo que pasó. Rafa vino derecho a por mí. Me buscó, y me encontró.

—Cuando me lo contaron, no me lo creí, no me lo podía creer, en serio, de ti no, Álvaro. Él... Es más violento, ¿no? Bueno, violento no es la palabra, pero tiene más carácter, es el mayor, el más autoritario, no sabe discutir sin que se le hinchen las venas y hay que dejarle, todos lo sabemos, y que luego se le pasa, pero tú no eres así, tú...

—Yo llevo toda la vida tragando, Clara —la interrumpí—. No es una cuestión de caracteres, ni de argumentos, nada de eso. Rafa chilla y yo me callo para que tengamos la fiesta en paz, pero eso no significa que yo sea pacífico, ni que él tenga derecho a decir siempre la última palabra aunque no lleve razón. Es sólo una costumbre, la costumbre de nuestra casa, la costumbre de este país.

Me había esforzado por controlar mis gestos, el volumen de mi voz, mientras percibía un velo oscuro sobre los ojos, un sabor grueso en el paladar, la compañía de las llamas anaranjadas y calientes a las que me había abandonado la tarde anterior, y el color, la temperatura de una tentación que no estaba dispuesto a probar nunca más. Pero alguna chispa había debido de saltar pese a mis esfuerzos, porque mi hermana me miraba ahora casi con miedo, los labios fruncidos en una expresión de extrañeza profunda, cargada de sospechas, de temores que ni siquiera ella era capaz de interpretar y que yo nunca había visto en su rostro.

—No te entiendo, Álvaro.

—Da igual —y lo repetí para mí mismo, daba igual—. No estoy orgulloso de lo que pasó ayer, y la verdad es que yo tampoco lo entiendo —no mentía y ella se dio cuenta—. Nunca me había pasado nada parecido, y estoy seguro de que no me va a volver a pasar.

Clara no quiso decir nada mientras yo volvía a sentirme culpable y algo peor, enfermo de vergüenza al imaginar aquella escena, Angélica entrando por la puerta de Urgencias del hospital, escogiendo a un compañero de confianza al que contarle al oído que dos de sus hermanos se habían liado a hostias, Rafa sentado en una silla de plástico, con la cara hinchada, llena de sangre, odiándome por dentro, y Julio a su lado, sin saber qué decir, cómo acompañarle mientras toda la sala de espera los miraba. Había tenido que ser horrible, humillante para todos, sobre todo para mí

aunque no hubiera estado allí, con ellos. Me daba tanta vergüenza imaginarlo que intenté justificarme y fue peor.

—Y además, tampoco es tan grave, ¿no? La gente se pega todo el tiempo, cuando se emborracha, cuando se da un golpe con el coche, se pegan por las mujeres, por... —me callé al contemplar una tristeza espesa y líquida, súbitamente sabia, en los ojos de mi hermana.

—Esta historia te está volviendo loco, Álvaro.

Intenté mirarme con aquellos ojos que seguían pareciendo dos gotas de miel dorada y limpia, los ojos de Clara, la pequeña, la mimada, la ratita, ratita, que cuando éramos niños me conocía mejor que nadie y después empezó a mirarme como si fuera un marciano, un ser extraño, incomprensible, que tenía un trabajo absurdo y tomaba decisiones absurdas, y decía, y pensaba, y creía cosas absurdas, pero que nunca había dejado de ser su hermano Álvaro, la otra mitad del equipo condenado a perder todos los partidos que jugaba contra su eterno rival, el equipo de los mayores. Ahora se había hecho mayor, tenía treinta y cinco años, acababa de decirme que me estaba volviendo loco y quizás tuviera razón, porque me miraba desde la distancia de su cordura, una impasibilidad casi absoluta que la anclaba sin ninguna complicación, ningún conflicto, en la plácida facilidad de una infancia permanente, un universo de colores pálidos donde las emociones tal vez no fueran muy intensas, pero jamás turbias ni desagradables. Para mi hermana, la vida nunca había llegado a ser algo muy distinto de la escalera donde estábamos sentados, no lo era mientras me miraba aquella mañana, tan pesarosa y desconcertada como si acabara de romper otra bailarina de porcelana, no más, pero tampoco menos. Para Clara, la vida nunca sería otra cosa, porque ella jamás lo consentiría.

—Esta historia volvería loco a cualquiera —le advertí, sin embargo.

—No, Álvaro, a mí no —me miró, sonrió, volvió a decir que no con la cabeza—. A mí no, ya lo sabes. Se lo dije a Angélica anoche, cuando intentó contarme que la chica esa por la que has dejado a Mai es prima nuestra, y que te ha contado... No sé, cosas horribles de papá y de mamá, de la abuela Mariana, ¿no? Le dije que no quiero saberlas, y te lo digo a ti, ahora, yo no quiero saber nada. Ni hoy ni nunca, nada. Yo voy a seguir llevándome bien con todos vosotros, porque todos sois mis hermanos y vais a seguir siéndolo, y papá era mi padre, y para mí era el mejor, siempre será el mejor, pase lo que pase, sepas lo que sepas...

Las lágrimas no la dejaron seguir, y yo podría haberle preguntado por qué lloraba entonces, cuál era el origen, la razón del llanto que contradecía su fe, el fanático fervor de esas palabras que había pronunciado con tanta dulzura, pero no lo hice. Conocía la respuesta y que ella sólo me daría otra distinta, lloro porque todo esto me da mucha pena, porque no puedo soportar que os peguéis, que os peleéis, porque os quiero mucho a todos. Eso era verdad, nos quería mucho a todos, todos nos

queríamos mucho, ¿cómo no íbamos a querernos?, éramos hermanos.

—Déjalo, Álvaro, por favor —me cogió de las manos y las apretó, igual que había hecho Raquel aquella mañana para pedirme que no me marchara—. Déjalo ya, una historia tan fea, tan sucia... Nosotros no podemos entenderla. Ya sé que tú dices que sí, pero yo creo que no, que Rafa tiene razón, que no podemos saber lo que habríamos hecho nosotros si... —no quiso seguir por ahí, y cambió de táctica—. Y, sobre todo, lo que no puedo entender... ¿A ti qué más te da? ¿Qué importa a estas alturas lo que pueda haber hecho papá cuando no le conocíamos? Después fue un buen hombre, un buen padre, un empresario inteligente y ambicioso, pero honrado, el mejor, le dio trabajo a mucha gente, todo el mundo le quería, así le conocimos y por eso le quisimos tanto, le quisimos mucho, y tú más que yo, Álvaro, tú más que nadie... Eso es lo más gracioso, lo más triste de todo, anoche lo estuve pensando, y... Julio y yo siempre fuimos de mamá, y de vosotros tres, él siempre te quiso más a ti, después a Angélica, y Rafa... ¡Pobre Rafa! —me soltó para apoyar su cabeza sobre las palmas de sus manos, la giró para mirarme y sus ojos se cargaron de melancolía —. Y tú le querías, Álvaro, más que ninguno, yo lo sé, siempre lo he sabido, esas cosas se notan. Por eso no entiendo... No entiendo nada, Álvaro.

—Yo le quería, Clara —confirmé—, y le sigo queriendo. Nunca podré dejar de quererle, aunque no me guste, aunque preferiría olvidarlo... Julio dice que se puede olvidar, que él lo ha conseguido, pero me temo que yo no voy a poder, ¿sabes?, yo no me parezco a Julio. Ahora me acuerdo mucho de papá, más que antes, me acuerdo sin querer, aunque esté pensando en otra cosa, y siempre le veo en los mejores momentos, ayudándome, cuidándome, ocupándose de mí, siempre igual... Con Mai me pasa algo parecido. Nunca ha sido tan guapa ni tan adorable como hoy mismo, nunca he sido tan feliz con ella como recuerdo ahora haberlo sido —miré a mi hermana y sonreí—. Eso es la culpa, mi culpa, lo sé, y sé que se me pasará. Y que si mi historia con Raquel no se hubiera complicado tanto, si no nos hubiera salpicado a todos, el recuerdo de Mai sería mucho más débil. Eso también lo sé, y puedo controlarlo, pero lo de papá es distinto. Lo de papá es algo que está por encima de mis posibilidades.

—Entonces, déjalo ya, Álvaro. No lo hagas por papá, ni siquiera por mamá, hazlo por ti... Y hazlo por mí. Deja las cosas como están, porque ya no sirve de nada, nada sirve para nada. Papá está muerto pero nosotros estamos vivos y tenemos que seguir viviendo, tenemos que intentar ser felices, y mira lo que has conseguido, ahora Rafa te odia, acabará odiando a Julio por defenderte, Angélica está fatal, y yo...

Mi hermana volvió a llorar y la abracé, le pasé un brazo por los hombros, la atraje hacia mí, apoyé su cabeza sobre mi pecho y pensé en ella, en sus argumentos y en los míos, en algunas palabras importantes para los dos, generosidad, responsabilidad, egoísmo, y en otras que Clara jamás aprendería, tú tienes que ser un hombre digno,

bueno, valiente, a lo mejor me equivoco, pero siento que estoy haciendo lo que tengo que hacer, y lo hago por amor... Ella no me entendía a mí, pero yo sí la entendía, más allá de lo que me parecía bien o mal, justo o injusto, sano, razonable, imprescindible. Clara no quería saber, prefería ignorar la cantidad y la calidad de cuanto desconocía, se había empeñado en vivir, o en hacer como que vivía, dentro de su propio invernadero de paredes de cristal. No era muy original, pero tenía derecho a escoger ese camino, a unir el estrépito de sus labios sellados al clamoroso silencio de millones de voces que habían elegido callar antes que ella, cerrar sus oídos al estruendo de un silencio más ruidoso que cualquier grito. Yo también había dispuesto de esa opción. Desde el principio, siempre había sabido que también se puede no hacer nada, meter los pedazos de una bailarina de porcelana en una bolsa de plástico, cerrarla con un nudo bien apretado, tirarla al cubo de la basura, amontonar encima otros desperdicios y prensarlos con el pie. Ése era su sistema, y cuando era niña, la pillaban siempre. Por mucho que corriera ahora, el futuro la iba a pillar igual, porque antes o después, acabaría sabiendo sin querer saber, escuchando lo que no quería escuchar, y siempre podría pensar que todo era mentira pero no lo lograría del todo, ya no. Algún detalle de la verdad, ese enemigo del que pretendía escapar, se deslizaría sin remedio bajo su piel como una astilla, uno de esos diminutos fragmentos de madera que no abren una herida ni convocan el color de la sangre, que ni siquiera hacen daño, pero se van endureciendo con el tiempo hasta convertirse en un relieve calloso que forma parte del dedo donde se han clavado, igual que el cuerpo blando de un camarón abandonado sobre una roca se hace piedra con ella. Eso era lo que iba a pasar, yo lo sabía. Seguía siendo su hermano mayor y había pasado antes por todas las fases del mismo proceso, pero ella tenía derecho a elegir, y había elegido.

—No te preocupes, Clara —le dije sin dejar de abrazarla—. Si no quieres saber nada, no te lo voy a contar. Yo también te quiero mucho, y seguiré queriéndote mucho, siempre —ella no se movió, no dijo nada, y la estreché con más fuerza—. Ratita, ratita...

Entonces separó la cabeza de mi hombro, se volvió hacia mí, me sonrió. Volvimos a abrazarnos, a besarnos, y me levanté. Ella me imitó enseguida, y no hizo nada por disimular la luz de alarma que parpadeaba en sus ojos.

—Te dije que se te iba a arrugar la chaqueta... —dijo sin mirarme, mientras intentaba alisarla con los dedos.

—Sí —y ya sabía por dónde iba a salir.

—Por favor, Álvaro, no entres a ver a mamá —no tardó mucho en confirmar mis previsiones, y cerré los ojos para ahorrarme su mirada lastimera, suplicante, insufrible—. Hoy no, todavía no, espera un poco. Tiene setenta años, está llena de achaques, ya lo sabes, la muerte de papá fue un golpe muy duro para ella, y ahora esto, encima... —abrí los ojos, y comprobé que la condición de su mirada no había

cambiado—. Por eso he venido, sólo por eso. Quería hablar contigo, saber cómo estabas, pero sobre todo quiero pedirte, rogarte, que no le des un disgusto a mamá, te lo pido por favor, por favor, Álvaro...

Cogí a mi hermana de las manos para liberarla de la inútil tarea de arreglar mi chaqueta, y respondí a sus súplicas con firmeza. Estaba muy tranquilo, porque lo único que había sabido desde el principio, desde mucho antes de llegar a La Moraleja, era que aquella mañana me tocaría escuchar esas palabras, que alguien se me adelantaría sólo para decírmelas, para servirme en bandeja la coartada perfecta, el argumento supremo, la excusa ideal.

—No he venido a darle un disgusto a mamá, Clara, he venido a hablar con ella, nada más —entonces fue mi hermana la que cerró los ojos—. Y no quiero que me cuente nada, sólo que me lo explique. Eso es lo único que quiero, escuchar su versión.

—Pero no corre prisa, ¿verdad? —volvió a mirarme, intentó sonreír, lo consiguió apenas—. No va a pasar nada porque esperes un poco, una semana, dos, el tiempo necesario para que te tranquilices, para que medites bien lo que vas a hacer, para que comprendas lo que estás haciendo... Todo esto es muy antiguo, Álvaro, pasó hace mucho tiempo, antes de que nosotros naciéramos, y no va a cambiar nada, tú lo sabes, no puede cambiar, las cosas son como son, mejores o peores, y así se van a quedar. Y no te pido que no hables con mamá, ¿cómo podría yo pedirte eso?, sólo que esperes un poco a que las cosas se calmen, tu situación con Mai, con esa chica, lo de Rafa, en fin...

—No puedo esperar, Clara —yo seguía estando tranquilo y ella estaba cada vez más nerviosa—, no puedo aguantar ni un día más con todo esto. Tengo que acabar de una vez, para poder seguir con mi vida, para volver a ser una persona normal... Esto ya no tiene nada que ver con mamá, ni contigo. Tiene que ver conmigo, con lo que yo soy, con lo que voy a ser cuando salga de aquí. A lo mejor no lo entiendes, y sin embargo... —lo que iba a decir era tan evidente que ni siquiera me paré a calcular sus consecuencias—. Tú tienes derecho a no saber, pero yo tengo el mismo derecho a saber.

—No, Álvaro —su voz se endureció, se endurecieron sus ojos, su gesto—. No tienes derecho a hacerla sufrir, no tienes derecho a estropearlo todo, a ir contando toda esa mierda sobre papá, a hacernos daño. Nos estás haciendo mucho daño, ¿sabes?, a todos, y para nada, sólo porque se te ha antojado, porque te has enconado con una y no se te ha ocurrido otra cosa mejor que convertirte en su héroe, no es más que eso, y no tienes derecho, no lo tienes...

—Lo que no tengo es la culpa de nada, Clara —y ni siquiera yo lo entendía, pero todavía estaba muy tranquilo—. Yo no he hecho nada malo, yo no he robado a nadie, no he entregado a nadie, no he traicionado...

—¡Tatatatatatatatatata! —apenas se detuvo a tomar aire antes de repetirlo—. ¡Tatatatatatatatatata!

Mi hermana chillaba, ¡tatatatatatatatatata!, con los párpados cerrados y los dedos en los oídos, las yemas blancas de apretar. Ésa era otra de sus estrategias clásicas, como sentarse en un escalón, ni dentro de casa ni fuera del todo, o quitar de en medio a toda prisa lo que acababa de romper. No quería escucharme, y yo tampoco tenía ningún interés en seguir hablando aunque todavía me quedaban algunas cosas que decir. La principal era que estaba seguro de que mi madre no se iba a venir abajo, de que no iba a derrumbarse, ni a deshacerse en llanto, y su corazón no se iba a parar por hablar conmigo. Pero Clara tampoco habría estado dispuesta a escuchar eso. Por eso la dejé atrás, y sin embargo, volví a escuchar su voz antes de alcanzar la puerta.

—Espérame, Álvaro —se peinó con los dedos, se estiró la ropa, se frotó los ojos y me abrazó, me estrechó con fuerza, me besó muchas veces—. Te quiero mucho, ¿sabes? Y si vas a entrar, quiero ir contigo.

La esperé y entramos juntos en la casa desierta, limpia, ordenada. El sol entraba hasta el centro del recibidor, y se alargaba sobre la reluciente tarima del pasillo hasta fundirse con la claridad que atravesaba las vidrieras entreabiertas que daban paso al salón. Al fondo, sentada en un sofá, de espaldas a la luz, en su sitio de siempre, mi madre nos miraba llegar. Tenía las piernas cruzadas, las manos descuidadas sobre la falda, y cuando nos acercamos a ella, suspiró.

—Déjanos solos, Clara.

El corazón de mi madre no se iba a parar por hablar conmigo. Lo sabía, estaba seguro de que ninguno de los dos corríamos ese peligro, pero no esperaba que me sonriera, ni que sonriera a mi hermana antes de repetir su última orden en un tono sereno, casi amable.

—Quiero hablar a solas con Álvaro, Clara.

—Pero, mamá...

—¿Por qué no esperas en el jardín? —señaló la dirección con el índice—. Lisette ha salido hace un momento, con los niños. Hace muy buen día, pero esto se acaba, ya estamos en octubre... —sonrió de nuevo—. Conviene aprovecharlo, ¿no te parece?

Mi hermana la miró, me miró a mí, se dio la vuelta sin decir nada.

—¿Quieres cerrar la puerta al salir, por favor, hija? —esperó a que estuviéramos solos de verdad para sonreír por tercera vez—. ¿Y tú, qué? ¿No me vas a dar un beso?

—Sí, claro, mamá...

Sabía que su corazón no se iba a parar, pero jamás habría podido imaginar que afrontara mi visita con tanta calma, aquella serenidad fronteriza con la indiferencia.

Al acercarme a ella, me fijé en sus joyas, en la suavidad brillante de su blusa de

seda, la perfección casi geométrica con la que su falda larga se desparramaba sobre el sofá como una mascota bien adiestrada. Estaba tan peinada como si acabara de salir de la peluquería, y una sombra rojiza, terrosa, coloreaba las mejillas que besé con cuidado para recibir a cambio dos besos francos, rotundos. Mi madre se había vestido, se había pintado, se había arreglado para recibirme, pero esa actitud revelaba en ella algo muy distinto de lo que representaban mi traje y mi corbata, y al comprobarlo me sentí perplejo, perdido en la confusión de mis expectativas y mis esperanzas, mientras cedía por un instante a la conciencia de su autoridad con la misma pasiva confianza que nunca cuestioné cuando era un niño, y ella el ángel del bien y del mal, la dueña de mi vida.

—Te has puesto muy elegante para venir a verme —ya no sonreía, pero su rostro aún conservaba el gesto amable y relajado de las sonrisas—. Me gusta mucho verte así, ya lo sabes... —no dije nada, y me señaló con la mano la butaca que tenía más cerca—. Siéntate, anda. Te estaba esperando.

La miré, y me miró, nos miramos como si no nos conociéramos, como si necesitáramos medirnos mutuamente, adivinar las fuerzas del contrario antes de arriesgar las propias, y me pregunté quién era esa mujer, que siempre había sido mi madre, y qué podía pensar, sentir ella al mirarme a mí, que siempre sería su hijo. No logré responder a ninguna de esas preguntas pero atrapé sin querer una respuesta que no estaba buscando al advertir que la actitud de mi madre no se parecía a la mía, pero tampoco a la de ninguno de mis hermanos. Cuando me encontré con Clara en la escalera, no me había fijado mucho en su aspecto, pero podía recordarlo ahora, el pelo recogido con una goma, las botas sucias, salpicadas de barro, y la preocupación pintada en la cara como todo maquillaje. Nos estás haciendo mucho daño, me había dicho, y yo sabía que era verdad, que a Julio le había dolido hablar conmigo y a Rafa mucho más, que Angélica habría pasado la noche en blanco, que ella estaba sufriendo por mi culpa, sola en el jardín, y que ninguno había sufrido, ni llegaría a sufrir, tanto como yo. En una escala elemental, que todos sus hijos habíamos calculado al mismo tiempo y con datos semejantes, a ella, viuda y sola, anciana e indefensa, le correspondería el grado supremo del sufrimiento, pero todas las señales apuntaban a que los cinco hermanos Carrión Otero habíamos cometido el mismo error.

Yo no había asumido el dolor de mi madre, no había querido pensar en eso, no podía hacerlo. Había decidido dejarlo para el final, para ese momento vago, fabuloso, en el que pudiera decirme a mí mismo que todo se había acabado, que había llegado el momento de trazar una raya en el suelo y saltarla con los pies juntos para empezar de nuevo, al otro lado. No había querido calcular su desesperación, medirla con mi culpa, porque entonces no habría podido moverme, no habría sido capaz de hacer ni de decir nada. Yo iba a ser un hombre digno, bueno, valiente, y a lo mejor me equivocaba, pero sentía que estaba haciendo lo que tenía que hacer, y lo hacía por

amor.

Sabía que mi madre era una mujer dura, fuerte, que no iba a venirse abajo, que no se derrumbaría ni se desharía en llanto, pero había presentido una escena muy distinta, una inquietud, una zozobra, una amargura cuya ausencia me impedía interpretar lo que estaba viendo. Su tranquilidad me parecía casi ofensiva, me desconcertaba, estuvo a punto de desorientarme del todo hasta que se me ocurrió pensar que a lo mejor no era sólo ella y no era sólo yo, que no éramos nosotros, porque no podía saber en cuántas casas se habían vivido ya o se vivirían aún escenas parecidas. Al comprenderlo, sospeché que ésa había sido mi verdadera equivocación, un gigantesco error de cálculo, porque las cosas no se conformaban con ser distintas de lo que parecían, sino que eran justo al revés, todo lo contrario, y ese fenómeno tenía que responder a algún principio, un elemento que yo no había sabido apreciar, valorar, colocar en el lugar adecuado. El tiempo no es una línea recta, nunca lo ha sido, y yo lo sabía muy bien, soy físico, pero no tan duro, tan fuerte como mi madre. Por eso, hasta aquel momento nunca había considerado que lo que para nosotros era una tragedia, para ella pudiera no ser más que un enojoso contratiempo.

La óptica es una ciencia paradójica pero las lentes no tienen corazón, carecen de sensibilidad, de memoria, de recursos para intervenir en las imágenes que distorsionan. A menudo, la distancia ayuda a enfocar, mejora la percepción de las formas, de los volúmenes de un objeto, y en la misma proporción, la proximidad puede representar un obstáculo para los ojos poco entrenados, pero sólo aplicamos esa regla a las cosas, no podemos invocarla cuando hay personas por medio, tantas personas con tanta tristeza a cuestas. Eso no puede ser, me dije, es imposible, imposible que nosotros, que ya estamos tan lejos, percibamos con claridad lo que no vimos, lo que no vivimos, y que ella, que estuvo allí, esté ahora tan tranquila, conmigo...

No tuve tiempo para madurar bien aquella idea, para apreciar del todo su catastrófica naturaleza, porque mi madre se me adelantó con la respuesta a una pregunta que no le había hecho todavía.

—Tu tía Teresa, la hermana de tu padre, vive en Alemania... —hizo una pausa para darme la oportunidad de decir algo, pero no pude aprovecharla, y siguió hablando con la misma naturalidad con la que había empezado—. Bueno, a lo mejor se ha muerto, porque no sabemos nada de ella desde el 78 o por ahí... Cuando acabó nuestra guerra, estaba en Argelia. Tu abuela consiguió meterla en uno de los barcos que iban a Oran, con una hermana del hombre con el que vivía, y allí se quedó. Luego, después de la guerra mundial, se casó con otro español que había estado preso en uno de los campos que tenían los nazis en el África francesa. Tuvieron varios hijos, no sé cuántos, y siguieron viviendo en Oran hasta la independencia de Argelia. Entonces se marcharon, pasaron una temporada corta en Francia, y a mediados de los

años sesenta emigraron a Alemania. Se instalaron en una ciudad medio famosa, no sé, Stuttgart o Dusseldorff, algo así, su marido trabajaba en una fábrica de Volkswagen. Tu padre no sabía nada de ella desde que volvió de Rusia, pero después de la muerte de Franco, cuando empezaron a volver los exiliados, la localizó a través de una asociación de republicanos españoles que habían estado trabajando en un ferrocarril, en el desierto del Sahara o algo parecido, ya no me acuerdo bien...

Ella hablaba y yo escuchaba, me esforzaba por comprender, por retener cada una de sus palabras, aquella información que no le había pedido, que me importaba menos que su serenidad, menos que la firmeza de su voz, el ritmo conocido, familiar, al que me había acostumbrado en mi infancia mientras la oía contar muchas otras historias, anécdotas pintorescas o divertidas, nimias, inofensivas. Pero mi madre hacía como que no se daba cuenta de nada, y me miraba, fruncía las cejas para recordar, movía la cabeza, seguía hablando.

—El marido de Teresa había sido uno de ellos, algunos de los que volvieron le conocían, conocían a su mujer, y le mandaron a papá su dirección. Él le escribió una carta muy larga, contándole lo que había sido su vida, diciendo que le gustaría verla, que se acordaba mucho de ella, en fin... Ella contestó enseguida, en una cuartilla, y le sobró media cara. Le decía lo que te acabo de contar, que estaba muy bien, que no necesitaba nada, que sus hijos se habían hecho mayores y se habían casado en Alemania, que allí se iban a quedar, y que si su hermano no se había acordado de ella en cuarenta años, no entendía a santo de qué se acordaba ahora. Nada más.

Volvió a mirarme e hizo una mueca extraña con los labios, un gesto impreciso, a medio camino entre una carcajada incipiente, una expresión de asombro y otra de desprecio, que parecía destinado a crear una pausa que yo todavía no pude rellenar.

—Yo creo que ella pensó algo raro —mi madre lo hizo por mí—, que papá quería beneficiarse de pronto de tener una hermana roja, no sé, algo por el estilo, que ya ves tú, menuda tontería... El caso es que le contestó con esa carta tan corta, tan seca, y él ya no volvió a escribir, claro. Y podría decirte que se llevó un disgusto, pero te mentiría. La verdad es que entonces no entendí por qué le dio por ahí, y sigo sin entenderlo. La última vez que se vieron, tu padre tenía quince años y su hermana doce, así que... Pero una noche, de repente, vimos en la tele una entrevista con un escritor exiliado, que ya no me acuerdo ni de quién era, y pusieron muchas fotos, ¿sabes?, y documentales de gente cruzando la frontera, y entonces, de repente, tu padre se levantó y en vez de decir que iba al baño, me miró y me dijo, voy a buscar a mi hermana. ¿A tu hermana? ¿Y por qué?, le dije yo, pero no me contestó, e hizo lo que le dio la gana, como siempre, eso por supuesto, ya sabes cómo era.

—Y no nos lo contasteis —por fin hablé, y mi propia voz me sonó tan ajena como si hubiera estado callado muchos años.

—Claro que no —mi madre me miró con asombro—. ¿Para qué os lo íbamos a

contar? Si la hermana de tu padre hubiera venido, habría sido distinto. Él quería traerla a casa, que os conociera a todos, se puso muy sentimental de pronto, no te lo puedes ni imaginar, luego no se lo explicaba ni él, el ataque que le dio, pero en fin... Papá nunca hablaba de eso, pero yo creo que se acordaba mucho de su madre, de ella sí, y entonces, pues... Yo qué sé. Habíamos estado tantos años sin saber nada de ellos, y de repente —ya no se molestó en reprimir una expresión de fastidio—. ¡Hala!, vengan republicanos por todas partes, muertos, exiliados, de México, de Francia, de Argentina, los niños de Rusia, los de Bélgica, éstos y aquéllos y los de más allá, todo el santo día, en los periódicos, en las revistas, en la televisión... Un latazo insoportable, que no había quien lo aguantara, que parecía que nunca había pasado otra cosa en el mundo, que nunca había habido otra guerra y que nosotros teníamos la culpa de algo... Total, que a tu padre le dio por buscar a su hermana, pero después de leer su carta, estaba muy claro que ella no quería saber nada de él. Nosotros tampoco volvimos a saber nada de ella. Ni ganas.

—¿Y por qué me lo cuentas ahora, mamá?

—Porque es lo único que no sabes, ¿no? —cruzó los brazos, se volvió hacia mí, y nos miramos de nuevo con tanta atención como si ella no fuera mi madre y yo no fuera su hijo—. Y porque es lo único que te voy a contar.

En el silencio que sucedió a su advertencia, me di cuenta de que nada había cambiado, nada había temblado ni se había endurecido dentro de ella, por debajo de su soltura, de la placidez con la que se recostó en el sofá para apoyar la cabeza en una mano, de su mirada azul, limpia y acuática. Se quedó un instante inmóvil, como si estuviera posando para un pintor, y entonces el hijo mayor de Clara, que jugaba al fútbol con su hermano, se acercó a la ventana, golpeó con los nudillos en el cristal, y gritó ¡hola, abuela!, para que ella y yo pudiéramos leerlo al mismo tiempo en sus labios. Mi madre cambió de posición, se volvió hacia fuera, le saludó con la mano, frunció la boca varias veces para enviarle otros tantos besos, y ya no dudé, no pude dudar más, dejar de comprender. Ella seguía haciendo tonterías, llamando la atención de Fran, luego de Íñigo, que llegó corriendo para golpear la ventana él también, y yo pensé en Clara, pensé en Rafa, en Angélica, en Julio y en mí, pensé en mi hijo, en mis sobrinos, en todos los niños que faltaban por nacer, pensé en mi padre, en su dinero, en aquella casa, pensé en mi propia madre mientras la miraba, y sentí que me faltaba el aire, que no podía respirar, que no debía seguir allí ni un minuto más. Pero los niños salieron corriendo tan deprisa como habían llegado, y su abuela recuperó la compostura, volvió a acomodarse en el sofá, estiró con cuidado los pliegues de su falda y me miró.

Yo necesitaba hablar, sabía que tenía que hablar, pero no podía, no me atrevía a pedirle que sufriera, y sin embargo eso era lo único que mi madre habría podido hacer por mí, lo único que me habría consolado, que me habría reconciliado con mi

nombre y con mis apellidos, con mi pasado, con el suyo, con aquel amor que no podía arrancar de mi memoria.

Tendría que haber hablado pero no me atreví, no pude pedirle eso, sólo pensarlo, sufre, mamá, suplicárselo en silencio, sufre, por favor, repetirlo una vez, y otra, y otra más, sufre de una vez, para escuchar mi propia voz a solas, sufre aunque sea un poco, sufre por Clara, que es la pequeña y está ahí afuera, mientras el mundo, ratita, ratita ¿te quieres casar conmigo?, se le viene encima y le hace daño, sufre por Rafa, sufre por él, mamá, porque tiene la cara como un mapa y una prótesis en la nariz, por mi culpa y por la tuya, por haberte defendido, por haber creído en ti, en tu marido, sufre un poco, mamá, aunque sea por Julio, el que dice que no sabe sufrir, el que ni siquiera sabe tomarse la vida en serio, sufre por él, que es tu favorito, y el mío, sufre de una vez, mamá, sufre, por favor, sufre por Angélica, que ahora mismo estará partida en dos, entre lo que cree que tiene que pensar y lo que no puede evitar sentir, sufre por ella, mamá, y sufre por mí, también por mí, aunque sea el más ingrato, el más cruel de tus hijos, sufre por este sufrimiento de no verte sufrir, por la soledad atroz a la que me condenas, sufre por mí, mamá, porque yo estoy solo, solo contigo, solo del todo, y estoy sufriendo.

—¿Por qué me miras así, Álvaro? —sufre, mamá, sufre, por favor, repetí por última vez, y me sonrió—. Yo ya sabía que esto iba a pasar. Tu padre y yo estábamos seguros de que pasaría antes o después. Ningún secreto se puede guardar eternamente y el nuestro siempre fue demasiado complicado. Había demasiada gente, demasiados rencores por medio. Lo que nunca habríamos podido imaginar es la manera en la que te has enterado de todo, pero... Bueno, la vida es así de rara. Está llena de sorpresas, desde luego, y...

—Explícamelo, mamá —no tenía previsto hablar, pero las palabras brotaron de mis labios sin pedir permiso—. No me cuentes los detalles porque no hace falta, lo sé todo, ya lo sabes, pero explícame cómo pudo ser, cómo pudo pasar todo esto, porque no lo entiendo, por más vueltas que le doy, no lo entiendo, no puedo entender... Tanta crueldad, tanta mezquindad, tanto cinismo...

Ella se reclinó en el sofá, se arregló la falda, cerró los ojos un momento, los abrió y volvió a mirarme.

—Tú me enseñaste lo que era bueno y lo que era malo, mamá, me enseñaste que no debía ser egoísta, ni avaricioso, que no debía envidiar a mis hermanos, ni pegarme con ellos, que todos debíamos compartir lo que teníamos, y perdonar. Tú me enseñaste el Padrenuestro, ¿te acuerdas?, perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Ya sé que ahora han cambiado el texto, el nuevo no me lo sé, pero el antiguo todavía lo puedo decir de memoria, porque lo aprendí de ti, tú me enseñaste a ser lo que soy, a distinguir el bien y el mal, a los inocentes y a los pecadores... Y ahora no puedo, no puedo con esto, mamá, no puedo aceptar que os

envilecierais tanto, tanto, hasta ese punto, y tengo que hacerlo, tengo que encontrar una manera de entenderlo, porque tú eres mi madre, y papá era mi padre, y yo le quería, te quiero a ti, y nunca podré dejar de quereros, nunca seré hijo de ningún otro hombre, de ninguna otra mujer, nunca tendré otra familia, pero no lo entiendo, no logro entender...

Sus ojos eran tan fríos, tan limpios, que no pude medirlos con los míos. Entonces, Clara empezó a pasear por el jardín, a pasar cerca de la ventana, y me encontré con que tampoco podía devolverle la mirada. Y ya no pude volver a levantar la cabeza mientras hablaba.

—Estoy muy solo, mamá —necesitaba mirarla, pero no me atrevía a hacerlo—. Estoy muy solo y esto es muy duro para mí, es durísimo, por eso necesito que me lo expliques, para poder creérmelo, ¿sabes?, porque no me lo creo, todavía no me lo creo, no puedo. Necesito que me digas por qué papá engañó a todo el mundo, por qué traicionó a la gente que confiaba en él, por qué nunca creyó en nada, por qué nunca quiso a nadie, por qué mintió, por qué robó, y por qué luego te quiso a ti, por qué nos quiso a nosotros, por qué le quisiste tú, mamá, explícamelo, cuéntame algo mejor que lo que sé, sálvale, sálvate, sálvanos a todos... Explícame por qué tu marido enterró en vida a su madre, por qué la negó, por qué me la robó, y salva a tu madre, de paso, devuélveme a mi otra abuela, si puedes. Cuéntame también eso, cómo se puede entregar a un hombre desarmado que sólo tiene hambre, que sólo está cansado, que sólo quiere dormir una noche en una cama, explícamelo, por favor, explícame por qué fue tu madre a denunciar al marido de su prima, si sabía que no había hecho nada malo, y sabía que lo iban a matar... Explícame eso o dime al menos que nunca pudo volver a dormir tranquila. Tú me enseñaste el Padrenuestro, mamá, dime que su conciencia la torturó hasta en el momento de su muerte, que habría hecho cualquier cosa por volver atrás, por regresar a aquella noche y devolverle la vida... No fue así, ¿verdad?

Escuché carreras, pasos, risas, y luego la voz de Lisette, atronando más allá de la puerta cerrada, ¡Íñigo!, indicios indudables de que la realidad seguía existiendo al otro lado de la puerta, aunque su eco sonara en mis oídos como el ruido de una pesadilla, ¡venga usted acá inmediatamente!

—Yo sé que no fue así, mamá, pero necesito que me lo digas, aunque me mientas... Dime eso, mamá, dímelo, porque esa verdad tampoco la entiendo. No entiendo a mi padre, no entiendo a mi abuela y no te entiendo a ti, que eres mi madre, no sé cómo pudiste casarte con el hombre que os había echado a la calle, el que os lo había quitado todo, el que tu madre odiaba más que a nadie en el mundo. Papá era su peor enemigo, tú su única hija, pero no se te ocurrió elegir a otro. Te casaste con él, te enamoraste de él sabiendo lo que sabías, y fuisteis felices comiendo perdices, como en los cuentos y aún más, porque vuestra felicidad no se acabó con la boda. Habéis

criado hijos felices y todos hemos sido buenos chicos, buenos estudiantes, responsables, sensatos, todos nos hemos convertido en gente de provecho, buenos profesionales, buenos ciudadanos, buenos padres para vuestros nietos... ¡Es increíble, mamá! ¿No te parece increíble? Es tan brutal, tan salvaje, tan... inconcebible...

Escuché de nuevo carreras, pasos, risas, luego el ruido de la puerta principal al cerrarse, y comprendí que mi sobrino no volvería a molestarnos.

—Por eso necesito que me lo expliques. Hazlo, mamá, explícamelo. Dime tú también que no puedo entenderlo, que no lo viví y que no tengo derecho a escandalizarme, ni siquiera a opinar, a juzgar a nadie...

Cuando el silencio se consolidó, lo celebré con una pausa y me dolió mi propio aliento, me dolió la lengua dentro de la boca.

—Que esto no era un país, sino el Salvaje Oeste, dímelo, mamá, dime que todo el mundo se vendía por un plato de lentejas, que la vida de las personas no valía ni el precio de la ropa que llevaban puesta, que nadie se acordaba de qué cosa era la dignidad y que no sé de lo que estoy hablando, porque a mí me tocó nacer en el bando de los afortunados y que con eso tendría que darme por satisfecho. Dime lo que quieras, lo que se te pase por la cabeza, cualquier cosa menos que tú nunca te enteraste de nada, que no sabías lo que pasaba, lo que pasó, lo que hicieron tu madre, tu marido... No me digas eso porque no me lo voy a creer. Eso no puedo creérmelo, mamá, aunque quizás sea verdad, la única que me falta por aprender, porque es difícil resistirse al ambiente, ¿no?

Sonreí para mí mismo, después para ella, y por fin volví a mirarla, pero me encontré sus ojos cerrados, parapetados tras sus manos.

—Debió de ser muy difícil vivir con la cabeza alta, con los ojos abiertos, con los oídos dispuestos a escuchar, eso sí puedo imaginarlo, porque el miedo humilla, y la vileza sólo engendra sentimientos viles, la indecencia no puede generar más que indecencia... Debió de ser algo así, ¿no? Puedo imaginarlo pero eso no me consuela, porque tú estabas viva, mamá, tú tenías ojos, tenías oídos, y en otras familias no habría discrepancias, nadie por quien llorar, por quien preocuparse, otros no tendrían ni deudas ni cadáveres sobre su conciencia, pero tú, tú, mamá, que tú me hables así, que nunca te hayas preguntado nada, que papá se haya muerto tan tranquilo... Por eso prefiero otra cosa, que me digas al menos que fue hace mucho tiempo, que ya no te acuerdas, o que no me entiendes, que no comprendes lo que me pasa, que no sabes qué salgo ganando yo con remover todo esto, a estas alturas. Que soy un ingenuo, que soy un imbécil...

Entonces se destapó la cara, abrió los ojos, volvió a mirarme.

—Dime por lo menos eso, mamá.

Ya no tenía nada más que decir, y ella se dio cuenta.

Estaba tan quieta como si hubiera dejado de respirar, y la inmovilidad acentuaba

sus arrugas, las hacía más graves, más profundas, subrayaba la presencia pastosa del maquillaje sobre los surcos, pero sus ojos, ahora más azules, más que fríos, helados de cólera, sostenían la mirada de una mujer joven. Era guapa, mi madre, siempre lo había sido, pero aquella vez, mientras la dureza afloraba a su rostro como si la piel fuera apenas un adorno, la funda de una máscara de metal, no me gustó. Por un instante, creí que me daba miedo, luego pensé que me daba pena, y más tarde que lo mejor sería que me diera igual. Pero eso nunca iba a suceder, y lo sabía.

—¿Me das un cigarrillo?

—¿Qué? —al principio creí que había oído mal, pero su dedo seguía señalando hacia mi paquete de tabaco.

—Que si me das un cigarrillo —repitió, con voz neutra.

—Claro —y le acerqué el paquete—. Toma, pero no creo que debas fumar...

—No debo —lo encendió con manos temblorosas, pese a todo, y aspiró el humo con ansiedad—. Pero me gusta.

Fumamos juntos, en silencio, y me dio tiempo a arrepentirme de lo que le había dicho y a comprender que no habría podido decir nada distinto, mientras ella se recobraba mucho más deprisa que yo, para volver a instalarse en aquella impasibilidad casi insultante.

—¿Sabes una cosa, Álvaro? —aplastó la colilla en el cenicero y ya era otra mujer, mi madre de antes, la de siempre—. Deberías cortarte el pelo. Es una pena que lo lleves siempre tan largo, porque te come mucho la cara y eres muy guapo, el chico más guapo de la familia, desde luego...

También soy el más listo, mamá, ¿no te acuerdas?, estuve a punto de decir, y he entendido el mensaje, no te preocupes, que ya me voy. Pero me levanté sin decir nada y no despegué los labios hasta después de haberlos posado sobre su frente. Nunca había vivido un instante más duro que aquél, y me di cuenta.

—Adiós, mamá.

Le di la espalda, y al empezar a andar hacia la puerta, descubrí que estaba mejor de lo que esperaba, quizás porque ya no era capaz de sentir nada, más allá de una repentina insensibilidad nacida del estupor que había consumido hasta su agotamiento, y de la derrota que aún no había empezado a padecer pero que ya pintaba de blanco todas las cosas presentes y pasadas, dentro y fuera de mí.

—Oye, Álvaro... —pero no habría piedad, no todavía—. Me acabo de acordar... El domingo que viene no, el otro, o sea, el día 16... —y frunció el ceño—, 16 será, ¿no...?, sí, es el 16... Bueno, pues, vamos a hacer una barbacoa en el jardín para celebrar que María cumple veinte años, nada menos...

Entonces sonreí yo, me encontré sonriendo de repente. Sonreía de puro asombro, por la absoluta incapacidad de creer lo que estaba viendo, lo que estaba escuchando, y no podía ser, aquello no podía estar pasando, pero yo también tenía ojos, tenía

oídos, los conocía bien, confiaba en ellos, y aquella mujer era mi madre, pensé, yo era su hijo, no podía estar hablando así, pronunciando aquellas palabras dulces, alegres, triviales, y mirándome a los ojos a la vez. No podía, y sin embargo siguió adelante, llegó hasta el final como si yo no estuviera allí, como si no fuera yo el hombre que masticaba la arena de un desierto helado y árido, blanco sobre blanco y todo blanco, en el centro del salón de su casa.

—Parece mentira, ¿verdad? —pero aquel hombre era yo y ella también sonreía—. Todavía me acuerdo de cuando Angélica se quedó embarazada, mi primera nieta, no me lo podía creer, a veces me digo, ¡qué barbaridad, si fue hace nada!, pero no, ya ves. Total, que a tu sobrina le hace ilusión lo de lo barbacoa, que no sé yo, porque en estas fechas, igual nos llueve que nos pelamos de frío, pero en fin, vamos a intentarlo, y estoy pensando que... Bueno, espero que vengas tú, por supuesto, y que me traigas al niño, Álvaro, por favor...

Y en ese instante, precisamente en ese instante, ni antes ni después, se le llenaron los ojos de lágrimas. Yo ya no pude pensar que aquello no podía ser, que no estaba pasando. No pude pensar nada excepto que, quizás, ya no podría volver a pensar.

—Estoy deseando verle, esto es lo que llevo peor de vuestros divorcios, de verdad, es que lo llevo fatal, lo de no ver a los nietos, es horrible... Así que cuento contigo, y con Miguelito, y no te preocupes por Rafa, que ya hablaré yo con él, pero, aparte de eso...

Desvió sus ojos de los míos un momento, se arregló la falda con las manos, volvió a mirarme.

—Quiero que sepas que, si tú quieres, puedes venir también con esa chica, Raquel, ¿no?

La blancura me deslumbró, me cegó, atravesó mis sienes como una aguja burlona y afilada.

—Me acuerdo de su nombre porque me llamó mucho la atención que en esa familia hubiera una niña con un nombre bíblico. Me imagino que será muy guapa, porque de pequeña era monísima, pero una monada, de eso me acuerdo también, y además estoy segura de que será una persona muy educada, muy culta, y de que sabrá estar...

Todas las cosas presentes y pasadas eran blancas dentro y fuera de mí. Eran blancos mis dedos, blancas mis manos, blanca la corbata que me quité y el bolsillo donde la guardé, blancos mis ojos y lo que contemplaban, blancos mis oídos, mi cerebro blanco en su blanquísima inutilidad.

—No me mires así, Álvaro —y mi madre, blanca ella también, de arriba abajo, sonrió con sus labios blancos—. Eres mi hijo y lo vas a seguir siendo, siempre, por encima de todo. Ya sé que esto ahora te parece gravísimo, pero no lo es, yo sé que no lo es. El tiempo pondrá cada cosa en su sitio, yo me moriré y tú te arrepentirás de lo

que me has dicho hace un momento, pero hasta entonces no estoy dispuesta a perderte, y por otra parte, esa chica... Peor que tu cuñada Verónica no puede ser, y ya ves. Ahora es la madre de dos de mis nietos. Lo mismo que las demás.

No sufras, mamá, en ese instante pude volver a pensar. No sufras, por favor, no sufras nunca, no sufras por mí, no sufras por nadie, no sufras ni siquiera un poco, no pruebes jamás el consuelo del sufrimiento, porque eso es lo único que no podría entender, ahora que las cosas empiezan a recobrar su forma, su color, ahora que estoy recuperando el control de mi cuerpo, cuando mis ojos, mis oídos, mi cerebro distinguen por fin algo más que blancura, ahora que ya sé lo que quería saber, quién soy y quién voy a ser, no sufras, mamá, no se te ocurra sufrir ni un instante, porque yo ya no sufriré por ti. No podré volver a hacerlo nunca, nunca más.

Me marché sin decir nada ni despedirme de nadie, arranqué el coche sin ponerme el cinturón y salí de allí tan deprisa como pude. Avancé sin saber adónde iba hasta que logré escuchar el sonido de la alarma y aparqué en una parada de autobús. Las piernas me temblaban, me temblaban las manos, todo el cuerpo, y me habría venido bien llorar, pero ni siquiera lo intenté. Yo lloro poco, muy poco, casi nunca.

No sé cuánto tiempo estuve allí, pero sé que volví a Madrid, que aparqué de milagro en la puerta del cuartel del Conde-Duque, que Raquel me abrió la puerta sin decir nada, y que entré en un ascensor diminuto con la maleta de los viajes largos y mi historia a cuestas.

Sé que entonces pensé que tal vez no fuera para tanto. El maquillado cinismo de mi madre, sus sonrisas despiadadas y exactas, la corteza de piedra de su alma, una muesca endurecida, seca, en el lugar donde habría debido estar su corazón, me picaban en los ojos y abultaban mis encías como un sabor amargo y ácido a la vez, que mis sentidos confundían con el gusto imaginario de la sangre. Y sin embargo, la mía no era más que una historia, una de muchas, tantas y tan parecidas, historias grandes o pequeñas, historias tristes, feas, sucias, que de entrada siempre parecen mentira y al final siempre han sido verdad.

Sólo una historia española, de esas que lo echan todo a perder.

... para los estrategas, para los políticos, para los historiadores, todo estará claro: hemos perdido la guerra. Pero humanamente, no estoy tan seguro... Quizá la hemos ganado.

ANTONIO MACHADO
(diciembre de 1938)

Al otro lado del hielo
Nota de la autora

La primera nota sobre esta novela que conservo en un cuaderno, lleva la fecha del 2 de diciembre de 2002. Desde entonces hasta hoy, una pequeña multitud de historiadores y escritores españoles, en su mayor parte de mi generación —la de los nietos de quienes se enfrentaron hace setenta años—, ha producido un considerable número de libros, tan importantes en sí mismos como relacionados con el argumento del mío. Con muchos de ellos he contraído una profunda deuda de gratitud mientras lo escribía. A algunos, como Enrique Moradiellos *(1936. Los mitos de la guerra civil)* o Ricardo Miralles *(Juan Negrín. La República en guerra),* tengo que agradecerles sobre todo la compañía, que ha representado para mí un bien mucho más precioso de lo que podría parecer a simple vista. Con otros, tengo deudas más específicas.

El exilio republicano español en Toulouse (1939-1999), una conmovedora recopilación de historias personales coordinada por una historiadora española, Alicia Alted, y otra francesa, Lucienne Domergue, me enseñó a mirar hacia el exilio francés. Sin el magnífico libro de Xavier Moreno Julià, *La División Azul. Sangre española en Rusia 1941-1945,* la aventura oriental de Julio Carrión González habría sido mucho más pobre, y más torpe. A Secundino Serrano, que ha soportado mis constantes peticiones de ayuda con tanta generosidad como paciencia, tengo que agradecerle algo semejante. Su libro *La última gesta. Los republicanos que vencieron a Hitler (1939-1945),* me emocionó tanto como me ayudó a comprender a sus protagonistas. Con mi vecino —y vecino de los Fernández Muñoz—, Jorge Martínez Reverte, tengo tantas deudas que no sabría por dónde empezar a contarlas, pero a cualquier lector le bastará con leer *La batalla de Madrid,* un libro de no ficción tan apasionante como la mejor de las ficciones, para descubrirlas. Y quiero agradecer también a Valentina Fernández Vargas, autora de *Memorias no vividas, Madrid qué bien resiste. La vida cotidiana en el Madrid sitiado,* que su trabajo me haya ayudado a sistematizar y profundizar en mi propia crónica familiar, un relato que ha llegado hasta mí a través, sobre todo, de mis tías abuelas, Concha y Charo Grandes Pérez, campeonas de las perdices evacuadas del número 10 de la calle Velarde, donde mi padre, Manolito, no se asustaba al escuchar las sirenas que alertaban de los bombardeos a la población civil. Para él, que había nacido en 1933, aquel sonido formaba parte de la normalidad cotidiana.

El corazón helado es una novela en el sentido más clásico del término. Es, de principio a fin, una obra de ficción, y sin embargo no quiero ni puedo advertir a sus

lectores que cualquier semejanza de su argumento o sus personajes con la realidad sea una mera coincidencia. Lo que ocurre es más bien lo contrario. Los episodios más novelescos, más dramáticos e inverosímiles de cuantos he narrado aquí, están inspirados en hechos reales.

Los pozos de Arucas, en Gran Canaria, existen. Yo he estado allí de la mano de Pino Sosa, hija del alcalde socialista que fue sepultado en vida, junto con otros sesenta y tantos republicanos también vivos, en un pozo que sus vecinos se apresuraron a bautizar como «Pozo de los gritos de las brujas». Y he estado también en la plaza de tientas que sigue existiendo en el sótano de Los Gabrieles, en la calle Echegaray. Aunque resulte difícil de creer, las mujeres madrileñas se iban al frente a insultar a los desertores en los peores momentos de noviembre de 1936, y preferían aguantar los bombardeos de pie, en plena calle, para vitorear a sus pilotos, en lugar de correr a los refugios. Todavía hoy, en la tapia del cementerio del Este —ahora llamado de la Almudena—, en Madrid, donde fusilaron a casi tres mil personas en la inmediata posguerra, hay flores encajadas en los agujeros que dejaron aquellas balas. Yo las he visto.

En todas las estaciones francesas por las que pasó el tren que transportaba a la División Azul a su campamento de Baviera, había refugiados republicanos dispuestos a acribillarlo a pedradas, y dentro, muchos rojos camuflados, que cruzaron Europa de punta a punta para pasarse a las tropas soviéticas a la menor oportunidad, convencidos de que aquella guerra también era la suya. Por ellos, y desde luego no por Stalin, me gustaría poder escribir que, después de la derrota del fascismo, no fueron a parar a los mismos campos de concentración que los voluntarios falangistas, pero ésa es la verdad. Como es verdad que, al final de la segunda guerra mundial, los aliados volvieron a traicionar de una manera vergonzosa, por segunda y definitiva vez, a la democracia española en general y, en particular, a las decenas de miles de antifascistas españoles que habían combatido contra los nazis —sobre todo, pero no exclusivamente, en el sur de Francia— y que se encontraron con que su lucha, y su sacrificio, sólo habían servido para afianzar a Francisco Franco en el poder.

La Ley de Responsabilidades Políticas del 9 de febrero de 1939, cuyos términos parecen el delirio de un mal guionista de cómic aficionado a las parafernalias totalitarias, existió en realidad, hasta tal punto que, aunque fue suprimida por decreto en 1945, se siguió aplicando —nada por aquí, nada por allá— hasta 1966. Eran objetos de dicha ley «las personas, tanto jurídicas como físicas, que desde el primero de octubre de 1934 y antes del 18 de julio de 1936, contribuyeron a crear o a agravar la subversión *(sic)* de todo orden de que se hizo víctima a España», las que hubieran

«ocupado cargos políticos durante el Frente Popular» o, sin ir más lejos, las que se hubieran «declarado públicamente a su favor». En el caso de las sanciones económicas, la Ley de Responsabilidades Políticas establecía que «se harán efectivas aunque el responsable falleciere antes de iniciar el procedimiento o durante su tramitación, con cargo a su caudal hereditario, y serán transmisibles a los herederos que no hayan repudiado su herencia».

Y en la realidad, el general Camilo Alonso Vega, director general de la Guardia Civil, se apropió después de la guerra de un chalet en la colonia de El Viso, en Madrid, que era propiedad de Francisco López Ganivet, sobrino de Ángel, que logró exiliarse en Londres, y de su mujer, Matilde Landa, dirigente del Socorro Rojo Internacional en el Madrid sitiado, que se suicidó en la cárcel de Palma de Mallorca en 1941, incapaz de resistir la presión que ejercían sobre ella las autoridades franquistas, que llegaron a amenazarla con quitarle la leche a las presas con hijos si no accedía a bautizarse. Cuando decidió que no podía asumir esa responsabilidad pero tampoco traicionarse a sí misma, se tiró por una ventana. Los testimonios de las otras reclusas coinciden en que no sobrevivió al impacto, pero el director de la prisión bautizó su cadáver para declarar después que, en aquel momento, Matilde todavía estaba viva y había pedido el bautismo con su propia voz.

Todos estos y muchos otros episodios de la historia española reciente, algunos de los cuales aparecen en este libro, parecen mentira pero, para nuestra desgracia, han sido verdad.

En este sentido, sólo hay dos excepciones deliberadas.

La primera tiene que ver con el golpe de Estado del coronel Casado, que quizás sea, por razones obvias, el hecho más oscuro, peor contado y documentado, de toda la guerra civil. Al margen de los combatientes comunistas, que sólo pueden aportar el punto de vista de las víctimas, sus contemporáneos suelen pasar por él de puntillas, seguramente por miedo a ensuciarse. Por eso, aunque estoy segura de que esos datos existen en alguna parte, yo no he sido capaz de encontrar una referencia geográfica concreta de los lugares donde los sublevados de marzo del 39 encerraron a sus prisioneros. Si he elegido los calabozos de la Puerta del Sol para Ignacio Fernández Muñoz, ha sido por su tristemente célebre notoriedad. Pura tradición.

El segundo momento en el que me he apartado de una manera consciente de la realidad, ha sido en el instante en que Pancho Serrano Romero cruza el río Voljov. Sé que ese río no puede cruzarse a pie ni siquiera en verano, ni siquiera en su tramo más estrecho y pedregoso, pero me he tomado la licencia de hacerlo encoger porque el discurso de Pancho, sus vivas a la República y a la gloriosa lucha del pueblo español,

habría perdido fuerza, y emoción, si su autor hubiera tenido que pronunciarlo sentado o haciendo equilibrios, de pie, en una barca.

Aparte de estos dos detalles, he podido cometer muchos errores que serán sólo culpa mía. Los aciertos, en cambio, se deberán siempre a la ayuda desinteresada de todas estas personas, a las que quiero dar las gracias:

A Juan Pérez Mercader, que en los primeros días de diciembre de 2002, y a propósito del hundimiento del *Prestige*, definió las emergencias en sistemas de muchos componentes como lo que ocurre cuando el todo resulta mayor que la suma de las partes. En aquella reunión interdisciplinar que se celebró en el Coto de Doñana y a la que yo también estaba invitada, Álvaro Carrión, que por aquel entonces ni siquiera tenía nombre, empezó a ser físico.

A Manuel Toharia, que me ayudó a encontrar trabajo para Álvaro en un museo de la ciencia.

A Ernesto Páramo, director del Parque de las Ciencias de Granada, que me regaló un péndulo caótico cuando estaban agotados en todas las tiendas de todos los museos de España, y no me preguntó por qué no podía esperar un par de semanas a que los recibieran.

Y, sobre todo, en el capítulo de los científicos, a mi amigo Jorge Wagensberg, físico, profesor universitario y director del museo CosmoCaixa de Alcobendas, así como del CosmoCaixa de Barcelona, que es su modelo y su hermano mayor. Casi todo lo que sabe Álvaro Carrión de física, lo he aprendido yo antes de Jorge, un prestigioso académico y ensayista que se entusiasma cada vez que deja con la boca abierta a un grupo de niños de diez años. Yo le aprecio y le admiro también por eso.

A mi amiga Laura García Lorca, que me contó la historia de su abuelo Federico, que al marcharse de España dijo «nunca volveré a poner un pie en este país de mierda». Aquí dejaba los cuerpos sin vida de uno de sus hijos —Federico, poeta— y de su yerno —Manuel Fernández-Montesinos, alcalde socialista de Granada—, ambos fusilados en el verano del 36 con pocos días de diferencia. Dejaba también todas sus propiedades a cargo de un vecino de Valderrubio que era «muy simpático, muy simpático», y del que precisamente por eso nunca se fió su mujer, Vicenta Lorca. Años después, cuando se acabó la segunda guerra mundial y comprendió que su profecía iba a cumplirse, don Federico empezó a escribir a aquel conocido tan simpático, tan simpático, pero él no contestó a ninguna de sus cartas hasta que recibió

un pasaje para viajar a Nueva York en un transatlántico. Esa oferta sí la aceptó. Al llegar allí, los García Lorca fueron a recibirle y le invitaron a comer. A los postres, su anfitrión se atrevió a proponer por fin, «bueno, pues vamos a ver ahora esos papeles...». Y aquel vecino de Valderrubio que era tan simpático, tan simpático, se dio una palmada en la frente y exclamó: «¡Ay, don Federico! ¿Se lo puede usted creer? Se me han olvidado en Granada los papeles».

A mi amiga Rosana Torres, que acabó de explicarme cómo habían sucedido las cosas cuando me contó la historia de su madre, que al final de la guerra, con veintidós años, embarazada de cuatro meses y sola en el mundo —sus dos hermanos fusilados, sus padres en la cárcel, su marido, comandante de Carabineros, preso también, y condenado a muerte—, se atrevió a ir a su casa, un piso en el centro de Valencia donde se había instalado la familia del hombre que denunció a sus padres, a pedir que le dejaran llevarse su máquina de coser, para poder ganarse la vida con ella. Le dijeron que no, y entonces les pidió que le dejaran llevarse su ropa. Volvieron a decirle que no, y por fin les pidió que le dejaran llevarse su ropa interior, «porque mis bragas no os las vais a poner, ¿verdad?». Y volvieron a decirle que no.

Y a Juana Reines Simó, la madre de Rosana, por haber sacado adelante a aquel hijo ella sola, por haber tenido tres hijos más cuando el comandante Torres salió de la cárcel, y por haber llegado hasta aquí tan guapa, tan lista y, sobre todo, tan joven que hace un par de años, en un homenaje a las mujeres republicanas, cuando un fotógrafo le pidió que se colocara con las demás, le dijo que no, «pero ni hablar, vamos, ¿cómo voy a hacerme yo una foto con estas señoras tan mayores?».

A mi amigo Benjamín Prado, porque si no lo hubiera sido, yo no habría ido al entierro de su padre, Benjamín Rodríguez, motorista en su juventud de la guardia de Franco. Y si no hubiera estado en el cementerio de Las Rozas aquella mañana de abril de 2002, no habría visto a una mujer joven y atractiva que se quedó a un lado, sin acercarse a saludar a nadie hasta el final de la ceremonia, y cuya aparición, misteriosa sólo en apariencia y sólo para mí, me regaló la imagen de la que ha nacido esta novela.

Y a mi querida Angelines Prado, que mucho antes de convertirse en la madre de Benjamín fue la hija del jefe de estación de Las Rozas, y cuando ya tenía un montón de nietos, reconstruyó para mí de memoria, con una precisión asombrosa, la línea del frente en la sierra de Madrid, antes y después de que la evacuaran a Torrelodones junto con los demás habitantes de su pueblo. En aquella época, otoño de 1936, era una muchacha. En el verano de 2004, felizmente evacuada por las vacaciones a un

merendero situado al borde de una playa de Rota, en Cádiz, lo recordaba todo tan bien que nuestra conversación tuvo un final sorprendente. «Entonces», dije yo, «Torrelodones no cayó hasta el final, hasta que cayó Madrid, ¿no?» Y Angelines me miró con los ojos muy abiertos para corregirme. «Mujer, caer, caer... Más bien lo tomaron.»

A mi amiga y socia Azucena Rodríguez, alias «la Rubia», porque sí, por estar ahí, y por haberme presentado a Carlos Guijarro Feijoo, un viejo amigo de su padre —Miguel Rodríguez Gutiérrez, el último preso del Valle de los Caídos— que sí se acordaba de cómo era el carné de la JSU, en la que ambos habían empezado a militar, uno en la clandestinidad, el otro en el exilio, justo después de que todo se hubiera perdido, pero antes de conocerse a finales de los años cuarenta, después de cumplir sus respectivas condenas.

A Carlos Guijarro Feijoo, que murió en el invierno de 2006 y que no podrá tener nunca entre las manos esta novela, que también escribió él al contarme cómo se libró su familia de ir a parar a Buchenwald cuando su madre se tiró llorando a los pies del médico alemán que estaba en el andén, clasificando a los prisioneros. Y cómo, después de que ella se comprometiera en nombre de todos a volver a su ciudad, Madrid, en un tren sin paradas, escuchó decir a su padre a la altura de Poitiers, «a España voy a volver yo, sí, para que me fusilen, no te jode... Al acercarse a la estación, el tren empezó a circular más despacio, claro, y entonces mi padre empezó a contar. Y a la de tres, nos tiramos los seis a la vez, él, mi madre, mis hermanos y yo». Después, como si los Guijarro no hubieran tenido ya bastante, Carlos se fue con su padre a una explotación forestal que estaba en Blois, cerca del castillo de Chambord, para sumarse a la guerrilla. Los dos lucharon juntos contra los nazis, y en octubre de 1944, él y su hermano Fermín cruzaron la frontera para seguir luchando en el interior. Y cayeron. Y los dos fueron a la cárcel. Y cumplieron un montón de años. Y al salir, siguieron luchando, militando en la clandestinidad. Y sesenta años más tarde, en su casa del Poblado Dirigido de Fuencarral, Carlos me contó todo esto como si no hubiera tenido importancia. Como si los episodios de su vida no fueran más que las anécdotas de una vida cualquiera.

Y a Mati, la mujer de Carlos, que cada vez que tenía un hijo, esperaba a que cumpliera quince meses, para que aguantara bien el viaje, y se iba a Francia a enseñárselo a sus suegros. «¿Qué otra cosa podíamos hacer? Ellos no se atrevían a venir, y a él, como había estado en la cárcel, pues no le habrían dado el pasaporte... No volvieron a verse, los padres y el hijo, nunca. En fin, que hemos pasado mucho, pero mucho, la verdad... Mucho.»

A Domingo Ramírez Moreno, que habrá estado sentado en la puerta de su casa, en Bajo de Guía, el barrio de los pescadores de Sanlúcar de Barrameda, mirando el Guadalquivir, mientras yo les convertía, a él y a su compañero Perea, en personajes de este libro. «Yo salí por Francia y me metieron en Saint-Cyprien, ya sabes, un campo de esos que había en una playa... Figúrate que teníamos que hacer nuestras necesidades en el mar, y para limpiarnos usábamos los billetes que habíamos llevado, porque el dinero republicano no valía nada, claro. ¡Somos los más ricos del mundo!, decíamos, ¡nos limpiamos el culo con billetes de mil pesetas...! En fin, una cosa horrorosa.» Él me contó también cómo se había fugado de Saint-Cyprien, en una noche de tormenta que a Perea, del que en realidad sólo conozco su apellido y que era malagueño, le daba tanto miedo como a sus centinelas senegaleses. «Mira, Perea, que yo me voy... O te decides o ahí te quedas, macho...» Y que, después de pasar cuatro meses con una familia francesa a la que no podía seguir poniendo en peligro por más tiempo, se arriesgó a creer en las promesas de los agentes franquistas. Entonces volvió a España, donde estaba seguro de que no le iba a pasar nada, porque «yo soy de un pueblo de Sevilla, pero hice la guerra en Santander, y allí no matamos a nadie, de verdad, a nadie», y fue derecho al penal del Dueso, para cumplir casi cinco años de condena.

A mi amigo Alfons Cervera, que me llevó a ver a Florián y a Reme una mañana de verano, en Valencia.

A Florián García Velasco, alias «Grande», que también escribió una parte de esta novela mientras bebíamos Agua de Valencia y él presumía de lo guapo que estaba en un viejo retrato, con el uniforme y la gorra de plato del Ejército Popular de la República. «Cuando el golpe de Casado, yo estaba en Madrid. Así que nos cogieron a todos los de mi compañía, y nos metieron en un calabozo. Teníamos un guardián que se llamaba Rogelio y era socialista. Le daba mucha pena vernos allí, nos daba tabaco... Yo hablaba mucho con él. Pero, Rogelio, hombre, le decía, ¿no te das cuenta de lo que estáis haciendo? ¿No comprendes que nos van a matar, a nosotros, que somos de los vuestros, que no hemos hecho nada? Y un día, ya, pues, nos abrió la puerta del calabozo, y nos dijo, ¡hala!, esperad un rato y largaos... Nos salvó la vida, a todos, ésa es la verdad. Y, luego, lo que son las cosas, me lo encontré en Albatera, ya ves. Oí que alguien me llamaba, ¡Florián, Florián!, y era él. ¡Rogelio!, le llamé yo, y él llegó hasta mí y me dijo, ¡ay, Florián, qué razón tenías! Y entonces nos abrazamos y estuvimos así, los dos abrazados, en medio del campo, y... No veas, nos hartamos de llorar...» Después le mandaron a Madrid para que se presentara en una comisaría con testigos o documentos aptos para identificarle, y él, «pues sí, me va a identificar a mí vuestra puta madre», al bajarse del tren, echó a andar sin mirar hacia atrás,

contactó con sus antiguos camaradas y, después de trabajar una temporada en la clandestinidad, se echó al monte, donde estuvo seis años.

Y a Remedios Montero Martínez, alias «Celia», mujer guerrillera y mujer de Florián, al que conoció en el monte y con quien se reencontró en Praga, muchos años después, en una historia digna de otra novela. Reme, que aprendió a leer y a escribir, «lo poco que sé», en la cárcel, era hija de un guardia forestal que no pudo mandarla a la escuela porque estaba demasiado lejos de su casa, en un pueblo cercano al lugar donde, ya en 1951, todavía en 1951, la Guardia Civil le mataría a tiros una noche, como había matado antes a su hijo Herminio, como había matado antes a su hijo Fernando, como mataría antes y después —sin detención previa, sin proceso, sin sentencia ni más trámite que el amparo «legal» de la ley de fugas, la herramienta que resultó más útil al régimen franquista para legalizar el asesinato— a tantísimos otros guerrilleros y puntos de apoyo de la guerrilla. Reme no quiso decirme cómo se llama ese pueblo de Cuenca, el suyo. Desde que volvió a España, a finales de los años setenta, no ha vuelto a poner un pie allí.

A Olga Lucas, traductora y cuentista, hija de refugiados republicanos comunistas en Francia, que nació en Toulouse, creció en una casa donde estaba prohibido hablar francés, pasó por Praga, aprendió checo para que tampoco la dejaran hablarlo en su casa, y recordó para mí la experiencia de su infancia y de su juventud, después de advertirme con una sonrisa ancha, luminosa, y un levísimo, misterioso acento, que en realidad «los chicos del exilio siempre hemos sido y seremos muy raritos».

A Santiago Carrillo Menéndez, que me puso en contacto con sus padres.

Y a ellos, Santiago Carrillo —que en su infancia madrileña aprendió a odiar el flamenco y en el exilio lo buscó con tesón por todos los sintonizadores de todas las radios que tuvo en tantos años—, y Carmen Menéndez —que nunca olvidará la fecha en la que el PCE fue ilegalizado en Francia porque ese mismo día se puso de parto por primera vez—, por la hospitalidad de su tiempo, de su casa y, sobre todo, de su prodigiosa e imprescindible memoria.

A Julio Rodríguez Puértolas, por compartir conmigo la cita que aparece como colofón de esta novela.

A mi familia, los Grandes de España, sin más palabras.

Y a mis editores, Toni López-Lamadrid y Beatriz de Moura, y Juan Cerezo, que a estas alturas ya son como otra familia para mí, y quizás por eso no se han quejado ni

una sola vez del tamaño de este libro.

A mi amiga del alma, Ángeles Aguilera, por tantas cosas, desde hace tantos años y los que nos quedan todavía.

Y a mis amigos Estrella Molina y Luis Muñoz, los otros dos miembros del «gabinete de crisis» sin el que no podría superar las mías, Bienvenido Echevarría, por dejarse llevar por la emoción, y Mariano Maresca, por estar siempre tan cerca, al otro lado del teléfono.

Y a Eduardo Mendicutti, que me quiere tanto como yo a él, y por eso no se atreve a leer mis novelas antes de que se publiquen.

A mi amigo Andrés Leal, por su particular asesoría sobre las asesorías financieras.

A mi amigo Javier Rioyo, que compra para mí en una librería neonazi libros imposibles de encontrar en otro lugar, «no, mejor no vayas tú, ya voy yo, no vaya a ser que te reconozcan y tengamos un disgusto», y desde que empecé a escribir esta novela, me ha regalado otros que me han resultado tan preciosos como la novela de Carlos María Idígoras, *Algunos no hemos muerto*, que ha sido mi principal fuente literaria sobre la campaña de la División Azul.

A mi amigo Chus Visor, minucioso lector de mi trabajo, al que ha contribuido con el regalo de rarezas bibliográficas tan útiles para mí como algunos panfletos de Ernesto Giménez Caballero —recuerdo en especial *Camisa azul, boina colorada*—, cuyos excesos ideológicos y argumentales no habría sido yo capaz de imaginar ni harta de vino y drogada hasta la inconsciencia. Y a Conchita, por su cariño y generosidad constantes.

A mi amigo Enrique Morente, por unas granaínas que no olvidaré jamás —*Desea el hombre una cosa, parece un mundo, luego que la consigue, tan sólo es humo*—, y por haber contestado a mi pregunta, ¿de quién es esa letra?, con una respuesta igual de emocionante: es popular.

A mi amigo Joaquín Sabina, que hace algunos años escribió la banda sonora de esta novela sin darse cuenta, pero sobre todo por ser mi amigo. Y a Jime, por la misma y principal razón.

A mis hijos, Mauro, Irene y Elisa, que se han tragado en la mesa, junto con la comida, docenas de relatos parciales de esta historia.

A don Benito Pérez Galdós, por haber escrito.

A María Teresa León, que se hizo dos uniformes militares de fantasía para seguir estando guapa en los mítines y en sus visitas al frente, y escribió después, para los españoles de mi generación y de las venideras, la memoria de su melancolía, la crónica más conmovedora, intensa y precisa, de lo que significó seguir viviendo para los exiliados republicanos de 1939.

A Max Aub, por el ejemplo de su vida y de su obra, tan emocionantes ambas, tan admirables y valiosas para cualquier español y desde luego para mí, que justifican el único guiño intertextual que aparece no sólo en esta novela, sino en el conjunto de mis libros. Si el capitán Fernández Muñoz encuentra en un calabozo al capitán Vicente Dalmases, es porque si yo no hubiera experimentado a tiempo la conmoción que me produjo la lectura de «El laberinto mágico», tal vez Ignacio no habría llegado ni siquiera a nacer.

A Luis Felipe Vivanco, poeta, vencedor derrotado por la naturaleza de su propia victoria, porque cuando le llegaba el momento de empezar a recoger, comprendió en qué país vivía, y se marchó a su casa. Otros se hicieron demócratas de la noche a la mañana, fundaron partidos, engrosaron las filas de la oposición moderada. Él no. Él hizo algo mucho más valioso, al menos para mí, mientras anotaba en sus «Diarios» algunas reflexiones que demuestran que es posible conservar la dignidad, incluso cuando nadie recuerda ya muy bien qué significa esa palabra.

A Francisco Ayala, por su constante y centenario ejercicio de decencia.

A Constancia de la Mora, por su fervor.

A don Juan Negrín López, por decir que no. «Estoy tan seguro de mi causa, de mí, que las derrotas militares nunca las creo decisivas. Me batiré en Barcelona, me batiré en Figueras. Mientras luche, no seré vencido. Me gustan los éxitos militares; por el momento no puedo tenerlos. Si vivo los tendré, porque vivo, porque lucho, porque digo: NO. Frente a Hitler, frente a Mussolini, no tengo nada. Un mal ejército. Pero digo NO. Rechazo creer en un *bluff*. Se me dice que estoy vencido: digo NO [...] ¿Para qué sirven unos militares que no consiguen victorias? Unas victorias, pero la

Victoria: la Victoria es un asunto de voluntad [...] Seremos todavía vencidos [...], pero en tanto yo esté aquí con mis camaradas, resistiremos.»

Y porque ya va siendo hora de que alguien, aunque sea tan insignificante como esta humilde escritora madrileña, le agradezca su clarividencia, «yo no entrego indefensos a centenares de miles de españoles que se están batiendo heroicamente por la República, para que Franco se dé el placer de fusilarlos», y todo lo que hizo para intentar salvar a este país.

A mi amigo Ángel González, por todo.

A Luis, por todo y siempre.

Y a don Antonio Machado, por todo y por el título.

ALMUDENA GRANDES
Madrid, octubre de 2006